

Historia de Francia desde los tiempos más remotos

L. P. Anquetil, Germán Sarrut, Semanario Pintoresco Español (Madrid)

que IV.







EDICIONES P PULARES

DE LOS LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS MAS LEIDOS EN E OPA, ENRIQUECIDAS CON PROFUSION DE GRABADOS.

BIBLIOTECA UNIVERSAL,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

de Don Angel Fernandez de los Rios.

HISTORIA DE FRANCIA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

POR L. P. ANQUETIL,

CONTINUADA DESDE LA REVOLUCION DE 1789 HASTA NUESTROS DIAS

por

GERMAN SARRUT.

TOMO II.





MADRID.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION
Á CARGO DE DON G. ALHAMBRA.
1851.



HISTORIA DE FRANCIA

POR L. P. ANQUETIL,

Continuada desde la revolucion de 1789 hasta nuestros dias

POR GERMAN SARRUT.

TOMO II.

RAMA DE LOS BORBONES.

Continuacion del reinado de Enrique IV.

I.

La entrada de un ejército español en el reino proporcionó á Enrique una razon plausible para acudir á sus vecinos en demanda de auxilios. Envió al efecto negociadores á Inglaterra, Holanda y Alemania, y en pos de ellos al vizconde de Turena en calidad de embajador. Se vió este con la reina de Inglaterra y el príncipe de Orange, y habló á los reyes de Suecia y Dinamarca, á los electores, los príncipes y las ciudades libres del imperio. En todas partes encontró bien arraigadas prevenciones contra la ambicion de Felipe II, y un vivo deseo de impedir el engrandecimiento de la casa de Austria; y por consecuencia disposiciones á ayudar al rey, ya con socorros directos, ya suscitando al otro dificultades. El resto del año y el principio del siguiente fueron empleados en estas negociaciones que Enrique dirigia desde su gabinete, sin descuidar por eso las operaciones militares.


El hambre.

Las que abrieron la campaña apenas fueron favorables á ninguno de los dos partidos. Los liguistas sufrieron un revés en San Dionisio, y otro en Paris los realistas. En la noche del 3 de enero, un fuerte destacamento de la guarnicion de Paris, mandado por el caballero de Aumale, hermano del duque de este nombre, penetró por las antiguas brechas de San Dionisio, donde estaba de gobernador por el rey el conde de Vic. Á los gritos de victoria de los que atacaban creyó el conde tomada la poblacion; y menos por recobrarla que por no sobrevivir á su pérdida, se arrojó con un puñado de hombres sobre los enemigos, tocando á ataque un solo trompeta que le acompañaba. Desbandáronse á tan brusca acometida los parisienses, creyendo mucho mas numerosos á los enemigos.

El gobernador los persiguió cada vez mas con ayuda de la guarnicion, que repuesta de la primera sorpresa corrió á unírsele. En el desorden de la retirada fué muerto el caballero Aumale, y su tropa salió á toda prisa por los mismos puntos que tan fácil entrada le habian proporcionado.

Dos dias despues quiso el rey sorprender á Paris. Este hecho de armas fué llamado la *jornada de la harina*, porque fué llevado á cabo por oficiales disfrazados de aldeanos que con asnos y carretas cargadas de harina debian entrar en la plaza. Su designio era apoderarse de un cuerpo de guardia una vez dentro, y sostenerse en una puerta hasta que entrasen las tropas que habia escondidas en los arrabales. Presentáronse en efecto antes del amanecer; pero sea conocimiento del proyecto ó simple recelo, no se les quiso recibir. Interin ellos instaban para que les permitiesen la entrada, llegó el dia y los habitantes corrieron á las armas. Enrique que solo habia meditado una sorpresa, no quiso aventurar un ataque. Retiró sus tropas con el disgusto de ver que esta tentativa habia proporcionado á los facciosos un pretesto plausible para introducir una fuerte guarnicion española, precaucion peligrosa á que los mas sensatos se habian opuesto siempre con buen resultado.

Aprovechándose de las circunstancias, se apoderó el rey de todos los pueblos inmediatos, poniendo en ellos guarniciones que con frecuentes correrias dificultaban el paso á Paris de las provisiones. Casi todos fueron tomados sin dificultad á escepcion de Chartres que fortificado por el arte y su posicion natural, se sostuvo obstinadamente: siguió sin embargo la suerte de los otros, pero mediante una capitulacion honrosa. A la entrada del rey le hizo el magistrado las ordinarias protestas de obediencia y fidelidad, á que dijo, «estamos obligados por derecho divino y humano.—«Y por el derecho del cañon,» añadió el monarca metiendo bruscamente las espuelas á su caballo. En esta conquista sucumbió el jóven y bizarro guerrero Chatillon, despues de la rendicion de la plaza, á consecuencia de la fatiga de los trabajos del sitio.

Este príncipe estaba por entonces atormentado por inquietudes que no le dejaban gozar de sus progresos. Al paso que la liga sublevaba el reino, la ambicion de algunos particulares le suscitaba enemigos en su propia corte y hasta en su familia. El cardenal de Borbon, hijo del príncipe de Condé, muerto en Jarnac y sobrino del que los liguistas habian proclamado rey, creyó encontrar en las dilaciones de Enrique su primo con respecto á la conversion, un pretesto plausible para aspirar al trono. Naturalmente el jóven prelado era mas aficionado á sus comodidades que al mando. Tenia hasta repugnancia á los afanes y vicisitudes de la intriga; pero sus antiguos preceptores, su ayo y las personas que le rodeaban con la esperanza de sacar partido de su fortuna, supieron inspirarle los sentimientos que convenian á sus proyectos.

El cardenal se prestó á cuanto se quiso exigir de él; permitió que se publicasen escritos en que se acusaba al rey de no tener intencion de convertirse nunca, y que escitaban á sus súbditos á que le abandonasen. El prelado llegó á pedir la proteccion del Papa, y dirigió amonestaciones á la liga, para que le reconociera por rey. Presentadas las pretensiones del cardenal á los cortesanos por hábiles agentes, causaron cierta fermentacion en los espíritus y dieron origen á una faccion que se llamó *tercer partido*. Mejor conducido y con un gefe mas osado, hubiera podido este bando hacerse temible; pero unas veces faltó la fortuna y otras la energía á sus planes, y estos fracasaron por mas que los liguistas se uniesen al tercer partido cuando se trataba de combatir al enemigo comun. Unos y otros contribuyeron á la empresa de Mantes. Habíase notado que Enrique por haber fijado su consejo en esta poblacion, iba á ella cuando las operaciones militares se lo permitian, y permanecia allí algun tiempo sin grandes precauciones. Esta seguridad hizo concebir la posibilidad de apoderarse de él. Belin, gobernador de Paris, y Villars-Brancas, gobernador de Rouen, se convinieron en subir el uno y bajar el otro por el rio al mismo tiempo, con el mayor número de tropas que pudiesen reunir para caer en dia y hora señalados sobre Mantes y sorprender la corte. Los del tercer partido que debian acompañar al rey, habian prometido secundar á los que atacasen, promoviendo algun disturbio en la poblacion. No dudaban del buen éxito. Lo único que los ocupaba era el resolver qué harian del rey una vez apoderados de su persona, porque segun Sully decian: «Tales pájaros no son apropósito para jaula;» espresion que indica que no hubieran tardado en deshacerse de él; pero la trama fué descubierta y se malogró por haber interceptado los realistas los pliegos dirigidos al Papa con los pormenores de ella.

Los consejeros del cardenal trataron de dar otro golpe que no tuvo mejor fortuna. Sabiendo que el rey debia proponer al Consejo la revocacion de los edictos publicados contra los calvinistas, exhortaron al jóven prelado á que aprovechase esta ocasion de demostrar su celo, obligando á sus partidarios á arrojar la máscara. Llega al Consejo con tales disposiciones. Hace el rey su proposicion: el cardenal se levanta, articula algunas palabras de protesta, y quiere retirarse; pero el monarca, al ver que los demas obispos presentes no hacian movimiento alguno para seguirle, le mira indignado, y le precisa á quedarse. El cardenal confundido volvió á su asiento, y no sacó de este paso mas que la vergüenza de su oposicion inoportuna.

Los ministros del rey, Sully entre otros, no fueron de opinion de romper desde luego con este jóven imprudente. Se trató de traerlo á la razon, demostrándole que obrando como obraba, era dar armas á los enemigos de su casa. Se tomó todavia un medio mas seguro: fué éste ganar por medio de honores, empleos y dinero á las personas que le aconsejaban; lo que amainó mucho el celo de estos ardientes católicos, y las pretensiones del tercer partido enmudecieron por algun tiempo. El rey tuvo tambien por entonces un pesar doméstico á causa de una mujer á quien habia querido y convertido el despecho en irreconciliable enemiga. Enrique, en su primera juventud, habíase dejado seducir por los encantos de Corisanda de Andouin, condesa de Guiche; se llegó hasta á acusarle de haber sacrificado sus intereses despues de la batalla de Coutrás al placer de ir á ofrecer los trofeos de la victoria á su querida. Corisanda amaba tambien con la mejor buena fé al monarca. Prueba de ello es que vendió sus joyas y empeñó sus bienes para ayudar al rey en las difíciles circunstancias que atravesaba. Pero los años fueron borrando los encantos de la condesa; cambió hasta el punto de que Enrique llegó á avergonzarse de haberla amado y á desdeñarla. Rara vez perdona una mujer afrentas de tal especie. El amor ultrajado incitó á Corisanda á la venganza, y la proporcionó los medios oportunos. Sabia que el rey se oponia al enlace de su hermana Catalina con el conde de Soissons, su primo, hermano del cardenal de Borbon, porque creia que acreceria el conde demasiado su poder con tal matrimonio, hasta llegar algun dia á querer darle la ley. Contaba por otra parte, aplazando el himeneo de Catalina, con hacerse algunos partidarios entre sus pretendientes; pero el príncipe y la princesa se amaban. En el conocimiento de este mútuo cariño basó Corisanda su venganza. Se torna su confidenta, aplaude la pasion de estos amantes, da pábulo á su fuego, y les proporciona los medios de seguir sus relaciones amorosas contra todo el torrente de Enrique. En fin, ella conduce el negocio hasta decidirlos á un matrimonio secreto. Súpolo el rey á tiempo para desbaratar el plan por medio de uno de sus ministros, á quien envió con toda diligencia. Enrique llamó á su hermana á su lado, y tomó contra la mala voluntad de la condesa precauciones molestas en sí mismas, y todavía mas cuando hay que atender á asuntos de mayor importancia.

Todo esto sucedia cuando el rey se encontraba amenazado de ver surgir un nuevo trono en oposicion al suyo, si no se hacia católico; cuando los calvinistas hablaban de elegir nuevo rey, si Enrique abandonaba su religion, y cuando otro nuncio entraba en Francia armado de todos los rayos del Vaticano para exhortar á la nobleza y al pueblo á unirse á la liga, y forzar á igual diligencia al clero so pena de escomunion. A Sisto V habia sucedido Urbano VII (Juan Bautista Castagna), que no reinó mas que trece dias, siendo reemplazado por Nicolás Sfondrate, milanés, que tomó el nombre de Gregorio XIV. Durante el prolongado y borrascoso cónclave que le exaltó al trono pontifical, el duque de Luxemburgo, encargado de negocios del rey en Roma, dirigió á todos los cardenales una carta que ponia de manifiesto todas las maquinaciones de la corte de España, y que les advertia se pusiesen en guardia contra las instigaciones de la liga. «Esta es obra, decia, del antiguo enemigo de los franceses, que se vale del pretesto religioso para fomentar la division en el reino, á fin de invadirle con mas facilidad una vez agotadas sus fuerzas por la guerra civil: casi todos los señores franceses de la primera nobleza y los principales magistrados son adictos al rey, quien ha prometido hacerse instruir, y lo hará si una severidad intempestiva no pone obstáculos á sus buenos deseos. Recordad las funestas innovaciones que un celo imprudente ha ocasionado á la religion en Alemania é Inglaterra, y temed el cisma, que estallará infaliblemente en Francia si quereis obligar á los católicos á abandonar á su legítimo rey.» El duque de Luxemburgo se dirigió tambien en los mismos términos al nuevo Papa, y le invitó á suspender todo juicio hasta que los príncipes y señores franceses le diesen las esplicaciones necesarias por medio de una solemne embajada que preparaban.

Pero las intrigas de los españoles y de los liguistas habian triunfado ya en el ánimo de Gregorio, que nacido súbdito del rey de España, le era completamente adicto. En lugar de esperar las instrucciones que se le anunciaban, dió principio levantando tropas, reuniendo recursos, y nombrando para su mando á su sobrino Hércules Sfondrate, duque de Montemarciano. Hizo partir al mismo tiempo á Francia con los mas ámplios poderes y bulas fulminantes contra los realistas, un nuncio llamado Marsilo Landriano, prelado milanés, tan aficionado á los españoles como el legado Felipe Sega, y no menos apegado que éste á las máximas ultramontanas.

A su llegada al reino, se celebró en Reims una asamblea á que asistieron con el nuncio los duques de Mayena y Lorena y los otros

príncipes de su familia, los enviados de Saboya y España y el cardenal de Pelleve, nombrado despues por el Papa arzobispo de dicha ciudad. El nuncio decia que habia venido espresamente á Francia para consagrar al rey que los Estados eligiesen. Metíase ya mucho ruido con estos Estados: los liguistas los consideraban como el golpe de gracia para el partido de los Borbones; pero todavía no estaban convocados. Se trató entonces de decidir si convendria su convocacion. Cuando se discutieron bien las razones en pro y en contra, los mas ardientes llegaron á convencerse de que antes de aventurar un paso tan ruidoso, último recurso de la santa Union, era preciso poner en mejor aspecto los negocios de la liga, por evitar el ridículo de decidir aquello que no se podria ejecutar. Se consideró pues necesario calcular las fuerzas de España con que se podria contar: el presidente Jeannin fué el encargado por la asamblea de informarse de este punto. El duque de Mayena le dió la comision secreta de sondear las intenciones de Felipe con respecto á él, y de descubrir si podia personalmente contar con socorros particulares para un lance decisivo.

Se agitó tambien entonces en la asamblea de Reims si seria apropósito que el nuncio hiciese desde luego uso de sus poderes en toda su estension. Mayena con los mas cuerdos opinaba por contemporizar, á fin de no agriar á los franceses, que siempre miraban con prevencion los intentos de la corte de Roma. «Por otra parte, decian ellos, las amenazas de escomunion surtirian buen efecto despues de una victoria, para servir de pretesto á los tránsfugas; pero ahora que los negocios del rey se encuentran boyantes, no creais que le abandone uno solo por tales temores.» Los otros creian que un acto vigoroso haria mella en los tibios; que siendo públicas las intenciones del Papa, el diferir la ejecucion de sus órdenes seria desconfiar de su propia causa; y que era preciso descargar el golpe con toda severidad á riesgo de lo que pudiera suceder. Este dictámen prevaleció, y Landriano, dando rienda suelta á toda la impetuosidad de su carácter, fulminó bulas, por las cuales se exhortaba á todos los que siguiesen el partido del rey á abandonarle, señalando el término de un mes á los eclesiásticos bajo pena de escomunion y privacion de sus beneficios.

Pero no quedó poco sorprendido cuando en lugar de la humilde obediencia que habia esperado solo llegó á oir reclamaciones generales. El rey publicó un edicto, en el cual, renovando la solemne promesa de hacerse instruir, lamentaba que así se suscitasen obstáculos á su conversion. Tachaba de precipitada la conducta del Papa y la del nuncio de imprudente. Para la conservacion de su reino y de las libertades de la Iglesia galicana, remitia el negocio á los parlamentos, y exhortaba á los arzobispos, obispos y demas prelados á que se reuniesen lo mas pronto posible en concilio, para decidir, con arreglo á los santos cánones, sobre la injusticia de las censuras lanzadas por Landriano.

En consecuencia, los parlamentos de Tours y Chalons calificaron de abusos las bulas del nuncio: las declararon escandalosas, atestadas de imposturas, con tendencias á escitar la rebelion, y como tales, las condenaron á ser quemadas por mano del verdugo. Emplazaron al mismo nuncio á comparecer, y prometieron una recompensa á los que se apoderasen de su persona y lo presentasen en el tribunal, prohibiendo á todos los súbditos el recibirle y alojarle en su casa. La misma sentencia declaraba criminales de lesa magestad y privados de cargos, honores y beneficios á cuantos publicasen y obedeciesen las bulas; prohibia el envío de dinero á Roma, y apelaba al futuro concilio de la eleccion de Gregorio XIV.

Los obispos realistas no demostraron menos celo. En términos mas conciliadores que los parlamentos, decidieron que las escomuniones fulminadas por el nuncio eran injustas en el fondo y en la forma, que habian sido lanzadas á solicitud de los enemigos de la Francia, y que no podian afectar ni á los obispos ni á los demas católicos adictos al rey. Exhortaban en consecuencia á los pusilánimes á mantenerse fieles súbditos á su legítimo monarca. Esta sábia providencia de los obispos realistas fué contradicha por los de la liga, como los acuerdos de Tours y de Chalons fueron combatidos por los del parlamento de Paris. Se escribió, se refutó é hizo quemar por los unos los escritos de los otros: modo de obrar que enardeció mas las imaginaciones, sin adelantar ni un paso en el asunto. Fué un triunfo para el rey que la liga no ganase nada en estas tentativas, sobre todo despues de un paso que este príncipe habia aventurado en circunstancias tan delicadas.

Se ha visto ya que en 1577 habia dado Enrique III en Poitiers un edicto muy favorable á los calvinistas, y que lo revocó, á su pesar, ocho años despues, cuando el duque de Guisa le obligó á la paz de Nemours. Enrique IV, apremiado por ambos lados, creyó que nada mejor podia hacer para establecer la buena inteligencia necesaria entre los calvinistas y los católicos de su partido, que poner nuevamente en vigor las disposiciones de este edicto. «Si nada se concede á los reformados, dijo el rey en un consejo reunido al efecto, es de temer que por sí mismos se hagan justicia, y que abandonados por su príncipe natural elijan un gefe, como en otro tiempo lo fué el almirante Coligny, llegando á haber dos reyes en el reino. Hé aquí, añadió, que llega un ejército estrangero en nuestro socorro: si al llegar encuentra á los reformados en la opresion, no hay que dudar que hará en su favor demandas exorbitantes. Prevengamos este caso. Concedamos espontáneamente lo que no podriamos rehusar despues; este es el solo arbitrio de impedir toda desunion entre súbditos fieles, para que vivan en paz bajo la proteccion de las leyes.» El Consejo se componia casi por completo de católicos, y entre estos muchos obispos; sin embargo, aplaudieron los motivos alegados por el rey, y el edicto fué renovado con cláusula de que tuviese fuerza de ley hasta que restablecida la paz, pudiesen arreglarse definitivamente de una manera amigable las diferencias de religion.

El ejército auxiliar de que hablaba Enrique avanzaba en efecto de varios puntos de Alemania hácia las fronteras francesas. Desde fines del año anterior, á la noticia de los preparativos que contra él hacian los príncipes católicos, el rey, como ya hemos dicho, habia enviado á Enrique de la Tour de Auvergne, vizconde de Turena, á recorrer las cortes protestantes en demanda de socorros. Los resultados de esta negociacion fueron lentos pero efectivos. Logró la formacion de un cuerpo de cinco á seis mil caballos y unos once mil infantes, con los que se dirigió á Francia á mediados de setiembre.

Enrique despues de Chartres cercó á Noyon, que el duque de Mayena, aunque á la cabeza de un ejército superior, dejó expugnar sin oposicion. Distribuyó en seguida el rey su infantería en las guarniciones de las plazas de Picardía, y con su caballería marchó á esperar al ejército aleman. Le encontró compuesto de escelentes tropas, y en reconocimiento del servicio que acababa de hacerle Turena, le casó con la heredera del ducado de Bouillon, recompensa política que reunia muchas ventajas. Por esta alianza alejaba Enrique á Turena de las posesiones considerables que tenia en el Quercy, Limosin y Perigord, donde por la multitud de sus vasallos era temible; oponia al duque de Lorena un adversario activo, y aseguraba esta frontera contra invasiones extrangeras. Desde el dia siguiente de las nupcias tuvo el rey que acudir á medidas estremas como el empeño de la joyería de la jóven esposa, para calmar á los alemanes que principiaban á murmurar por no haber hallado á su llegada el dinero que les habian prometido. Su intencion era atacar acto continuo al duque de Mayena.

Este general debia haber sido reforzado por las tropas del Papa, de quien la liga esperaba un gran refuerzo; pero estos auxiliares, lejos de seguir derechos á su destino, se habian detenido con el duque de Saboya á hacer la guerra en el Delfinado contra los generales del rey, sin resultado ventajoso; de manera que estaban muy disminuidos y en bastante mal estado, cuando despues de haber atravesado el Franco-Condado se unieron á Mayena en la Lorena. No atreviéndose este á oponerlos á tropas de refresco, los puso en buenos cuarteles con el resto de su ejército, y allí se fortificó. No habiéndolos podido alcanzar el rey ni obligar al duque á aceptar la batalla, tomó por la Picardía el camino de Rouen, cuyo sitio habia prometido á los ingleses.

De todas partes recibia las mas halagüeñas noticias. Sus tenientes eran dueños del pais en casi todas las provincias, y en aquellas donde no dominaban, equilibraban á lo menos los resultados. Tal sucedia en la Bretaña, donde el duque de Mercoeur pensaba formarse un estado particular con ayuda de los españoles que habia llamado. Un solo hombre contenia sus progresos, y hacia con muy escasos recursos lo que ejércitos enteros apenas podrian conseguir. Era este el valiente La Noue, cuya capacidad es harto conocida por los *Comentarios políticos y militares* que nos ha dejado. Escelente sobre todo en una guerra de estratagemas, bosques, pantanos, montañas, rios, todos los obstáculos que puede presentar el pais sabia aprovecharlos á su favor. Nunca estaba sin recursos: batido un dia, aparecia mas fuerte al siguiente. Su sola reputacion le daba soldados, y continuamente en movimiento no dejaba reposo á sus enemigos. Pereció al fin en el sitio de Lamballe, por haber querido reconocer por sí mismo la brecha para dar el asalto. Su pérdida fué objeto de pesar para todos los franceses. Sus virtudes militares resplandecian mas por la pureza de sus costumbres, su moderacion, y una equidad incorruptible. La Noue no dejó otra herencia á sus hijos que deudas considerables contraidas en servicio del Estado, de las que respondieron ellos religiosamente.

Así la Francia perdia sus mejores ciudadanos, mientras que los facciosos dejando á un lado todo sentimiento patriótico se quejaban de que el duque de Mayena ponia coto á sus ambiciosas miras. Segun ellos hubiera debido ceñirse la corona desde el principio, hacer duques y condes á todos sus parientes y á los mas acreditados gobernadores de las provincias, tratar con los católicos realistas y prescindir completamente del rey de Navarra. No es dudoso que el duque de Guisa hubiera obrado así, á no haber terminado sus proyectos ambiciosos en Blois con su vida; y en el estado en que se encontraban los ánimos, puede casi asegurarse que hubiese logrado

lo que deseaba. Pero aun aparte de que una resolucion de tanta monta no era para el carácter naturalmente moderado del duque de Mayena, ofrecia á este dificultades peligrosas: Guisa en su partido no veia á nadie que pudiese presentarse á disputarle la corona: Mayena por el contrario estaba rodeado de competidores parientes y estranjeros, y cuando menos lo pensaba apareció otro mas temible que los demas, Cárlos, su sobrino, duque de Guisa, que habiendo sido encerrado en el castillo de Tours despues de la muerte de su padre, se fugó en el mes de agosto de este año.

Enrique IV sintió al pronto esta evasion; pero se consoló luego pensando que un gefe mas en el partido contrario haria mas inminente la discordia, como sucedió en efecto. La famosa duquesa de Montpensier creyendo ver en el jóven sobrino á un hermano querido, se le aficionó completamente abandonando al de Mayena. Los parisienses dieron pruebas de su regocijo por tal acontecimiento, y los españoles cifraron en este jóven sus esperanzas como lo demostraron en los Estados de Paris, guardándole los mayores miramientos á fin de atraerlo á su partido. Mayena no pudo ocultar su descontento, y los facciosos de Paris lisongeándose de ser apoyados por un gefe mas emprendedor, adquirieron nueva audacia.

Despues de la *jornada de la harina*, *los Diez y Seis*, como ya hemos dicho, pretestando temer de otra sorpresa, hicieron aumentar con cuatro mil hombres la guarnicion estrangera de Paris, novedad que no pasó sin altercado entre los mas ardientes partidarios de España y el Parlamento. Esta disputa fué como un rayo de luz que puso en claro las intenciones de todos. Hasta entonces se habian creido animados de los mismos sentimientos y guiados en sus acciones únicamente por el amor de la religion y de la patria; no fué pues sin sorpresa la conviccion que adquirió el Parlamento de que los *Diez y Seis* y sus allegados no eran mas que una turba de traidores vendidos á España, dispuestos á trastornar el Estado por llevar á cabo sus compromisos. Los *Diez y Seis*, por el contrario, estaban tambien estrañados de que ellos solos fuesen los partidarios de los intereses de España, que miraban como inseparables de los de la Santa union.

De esto nació mútua desconfianza entre personajes antes tan unidos. No tomaban resolucion alguna, no ideaban un solo proyecto que no fuese mirado por los contrarios como una traicion. Desde entonces uniéndose á la animosidad de faccion el deseo natural en todos los hombres de hacer prevalecer sus opiniones, se atacaron en las conversaciones y los escritos, despues con manejos secretos, y por último con todo el furor del odio. Para sostenerse, cada partido se unió á aquellos de quienes podia esperar mas apoyo: los *Diez y Seis* á los españoles, el Parlamento al duque de Mayena.

El duque comenzó á tener mas miramientos con el Parlamento, sobre todo despues que se aseguró de las disposiciones de los españoles. Los primeros datos sobre ellas llegaron por Jeannin, á quien la asamblea de Reims habia enviado cerca de Felipe II. Hasta entonces habiase figurado Mayena que si los negocios no tomaban mejor aspecto, era por culpa de los ministros de España, siempre pesados en sus resoluciones, y no ponia en duda de que Felipe, mejor instruido, se apresuraria á socorrerle poderosamente. Pero Jeannin le aseguró que el consejo obrahaba solo con sujecion á las instrucciones del rey, y que el retardo no procedia de indecision, sino de cálculo en dejarle reducido á la necesidad de plegarse á las miras de España; que todo tendia en esta corte á hacer reunir los Estados generales en Paris que creia dominar por medio de la faccion de los *Diez y Seis*, y á hacer elegir en ellos reina de Francia á la infanta, singularmente amada de su padre; que fuera de esto no podia contar la liga con otra cooperacion por parte de aquella corte. Con tales informes, Mayena tomó tambien su partido. No pudiendo lisongearse de conseguir para sí la corona, resolvió retener por el mayor tiempo posible la autoridad de lugar-teniente general del reino.

En medio de todo esto llegó á consternar á los liguistas la muerte de Gregorio XIV. Inocencio IX (Juan Antonio Fachinetet) su sucesor, aunque deudor en mucha parte de su eleccion al partido español, declaró que el estado de su hacienda no le permite pagar por mas tiempo las tropas que su predecesor habia enviado á Francia; de suerte que se hubieran desbandado, si la España no las hubiera tomado á su sueldo. Parecia tambien que el nuevo Pontífice no estaba muy dispuesto á apoyar las sordas maquinaciones de Felipe, porque mostró un ardiente deseo de que tocase á su término la anarquía de Francia por la eleccion de un rey católico. Llegó á insinuar que convendria acordarse para este caso del cardenal de Borbon, lo que dió cierta importancia al *tercer partido*. Dejó sin embargo aun de legado en el reino al fogoso Sega, obispo de Plasencia que acababa de ser elevado á la dignidad cardenalicia por recomendacion de España, y á quien confirmó en sus funciones, por aquel principio de que «los nuevos ministros embrollan los negocios antes de llegar á entenderlos.» Continuó pues Sega en llevarlo todo al último estremo, por mas que su corte hubiera adoptado un sistema de moderacion.

Entregóse el legado con tanto mas afan á su sistema, cuanto que se lisongeaba de ver bien pronto realizados los proyectos de España con la vuelta del duque de Parma á Francia. Dos motivos decidieron á este general á venirse nuevamente con su ejercito: 1.° las reiteradas instancias del duque de Mayena que amenazó con entrar en tratos con el rey, si no se le ayudaba á libertar á Rouen, cuya caida en poder de los realistas llevaria necesariamente consigo la de muchas otras poblaciones, y acaso la disolucion de la liga; 2.° el deseo de promover la reunion de los Estados generales para hacer elegir á la infanta. Pero Farnesio menos confiado que los ministros de su rey, queria para el caso de un revés tener en su poder una plaza fuerte que le sirviera de apoyo, y pidió La Fere á pretesto de establecer allí su depósito de artillería. Mayena desechó la proposicion protestando que nunca entregaria esta plaza, que pretendia pertenecerle como parte de la dote de su mujer. Ademas si tiene uno mas aficion á lo que mas cuesta, debia serle indudablemente preciosa, porque su conservacion le habia costado un crímen. Habia nombrado la liga gobernador á Florimond de Halluin, marqués de Maignelais, señor de Picardía: Mayena llegó á recelar de que estaba de acuerdo con el rey, y fundado únicamente en simples indicios le hizo asesinar. Esta accion mereció grandes recriminaciones, pero el duque sostuvo que disponiéndolo así no habia estralimitado sus facultades de lugar-teniente general del reino. No estaban todos conformes con este derecho, y llegó á decirse públicamente «que las armas de la liga no se esgrimian mas que contra los que no se defendian.» A pesar de sus protestas, Mayena tuvo que ceder, y permitió que en La Fere entrase guarnicion española que permaneceria interin estuviese en esta plaza el parque de artillería.

Farnesio, prudente general, tenia en mucho el haberse proporcionado una plaza de defensa en el reino: pero Juan Bautista Taxis y Diego de Ibarra que estaban en Paris, abrigaban miras mas estensas. Eran los de esos hombres proyectistas que pululan en las cortes, ardientes imaginaciones que conciben un plan, lo revisten de cuantas eventualidades favorables entran en los límites de la posibilidad, y que si se les deja principiar arrastran á cuantos les protegen con fondos pecuniarios á continuar suministrándoles recursos para no perder los ya invertidos. Motivos de esta especie sin duda fueron los que del proyecto de invadir algunas provincias á pretesto de la guerra civil, sugirieron á Felipe el quimérico pensamiento de subyugar la Francia entera. Creyó facilitar la empresa derramando á manos llenas sus tesoros entre los facciosos de Paris; pero no consiguió otra cosa que escitar á la perpetracion de crímenes que desacreditaron su partido.

Mayena para quien el celo inconsiderado de los *Diez y Seis* era sospechoso desde mucho atrás, consideró el crédito de estos como una barrera puesta á su poder, así que quisiese separar sus intereses de los españoles, por lo cual se dedicó á minar la autoridad de ellos. Los *Diez y Seis* por su parte concitados por los agentes españoles, no descuidaban nada para ser árbitros absolutos en la capital. Los mas exaltados tenian reuniones en las cuales se murmuraba descaradamente contra el sistema contemporizador del duque de Mayena: quejábanse tambien de la tibieza de los mismos *Diez y Seis*, que se atribuia al deseo del cardenal de Gondy, obispo de Paris, de alcanzar la paz. Este prelado, de carácter dulce y moderado, hacia la oposicion al legado, quien para librarse de él le puso en la alternativa de firmar el decreto de la Sorbona ó dejar á Paris. Gondy prefirió retirarse á firmar un acta que escluia del trono al príncipe legítimo. Formalizáronse contra él algunos procedimientos, y sus rentas fueron aplicadas á las atenciones del partido, encontrándose por consiguiente el legado de director de lo espiritual en Paris.

Para que pudiera tambien hacerse árbitro de los negocios generales, hubiera sido preciso que los *Diez y Seis* conservaran su crédito é influencia anteriores; pero ya hemos visto que el duque de Mayena habia tenido la prevision de dar entrada en el consejo á personas prudentes y moderadas, que pudiesen contener los ímpetus de los otros. En efecto, sintieron estos el resultado, y para evitarias contrariedades que sufrian, hicieron una representacion al duque de Mayena, en la que le exigian que llevase al consejo hombres mas hábiles y adictos á la Santa Union; lo que en su lenguaje queria decir fanáticos y entusiastas como ellos. Esta representacion contenia otro artículo mas. Se quejaban de que el parlamento habia absuelto á un tal Brigard síndico de la ciudad, acusado de estar en inteligencia con el Bearnés. Mayena les dió á entender que lo que ellos hacian era mezclarse, sin motivo alguno en el gobierno del Estado traslimitando sus atribuciones, interpretando mal sus acciones y calumniándole para con el pueblo, mientras se entregaban por completo al consejo de España en daño de la obediencia que le debian como lugar-teniente del reino. No obstante les prometió alguna satisfaccion respecto al asunto de Brigard.

Como esta promesa no llegaba á tener ejecucion, incomodados de no poder hacer en este desgraciado un ejemplar que escarmentase á los demas, se dirigieron á sus mismos jueces, esto es, al parlamento. Era entonces presidente Brisson, entendido jurisconsulto y muy apegado á sus estudios y á sus libros. Cuando el parlamento se dispersó despues del atentado de Bussy, Brison admitió la

presidencia de los que quedaron en Paris. Fué criticado por esto; pero si tuvo la debilidad de aceptar la plaza, se condujo siempre segun las reglas de la mas estricta probidad, impidiendo todo procedimiento no incoado con sujecion á los trámites jurídicos. El fué el que salvó á Brigard, absolviéndole por no haber encontrado en su proceso la prueba de culpabilidad necesaria para una condenacion justa.

Tanta circunspeccion no podia ser del agrado de los exaltados que no querian obstáculos para sus venganzas. Brisson, el representante de la justicia y de las leyes llegó á serles odioso. Tramaron asesinarle; pero entonces no lo consiguieron, porque un soldado á quien habian querido seducir, no quiso prestarse á tan infame accion. Pelletier, cura de Santiago de la Boucherie, tuvo la audacia de decir en plena asamblea: «señores, basta de tolerancia. No hay que esperar ya traer á razon al parlamento de justicia: es fuerza pues acudir al puñal.» Y añadió con la misma osadia: «Hánme dicho que entre nosotros se encuentran traidores: es preciso arrojarlos al rio?»

En efecto, para la ejecucion de su odioso complot, solo necesitaban dóciles instrumentos incapaces de remordimiento. Tales eran Bussy, gobernador de la Bastilla, consejero del supremo consejo, Louchard comisario, Ameline abogado, Emmonot, Cocheri y Anroux capitanes de cuartel gefes de la empresa. Estos hombres sanguinarios juzgaron precisa la muerte del presidente; pero tanto para su seguridad como para el escarmiento quisieron revestir su sentencia con la forma de justicia. Habia en el consejo de la liga personas ilustradas y prudentes, á quienes no era fácil ni seducir ni sorprender; los conjurados sin embargo se propusieron apoyar con el voto de estos sábios la condenacion de Brisson, dándole la apariencia de un decreto del consejo general, y lo consiguieron.

A pretesto de que las deliberaciones no podian ser secretas entre tan crecido número, pidieron que de todos se sacara una comision de doce facultada para la resolucion de los negocios mas apremiantes. Así se acordó, pero á condicion de comunicar á la asamblea las medidas de mucho interés antes de su ejecucion. Esta comision fué compuesta de las personas que quisieron los exaltados. Todos los dias se reunia el *gran Consejo de la Union*, y era tema preciso el asunto de Brigard y las medidas que debian adoptarse para obligar al Parlamento á administrar justicia á fin de evitar que con la impunidad fuese mas comun la traicion. Estos doce hombres diseminados en la asamblea, concitaban los ánimos, comunicábanles su fuego y lograban prosélitos. Ya proponian ruegos y peticiones al duque de Mayena, ya tomaban resoluciones violentas, y otras veces soltaban el veneno de toda su ira con murmuraciones contra cuantos tenian ellos por apóstatas y traidores. Era frecuente en medio de estos accesos de fanático entusiasmo, que se adoptasen medidas trascendentales, á que prestaban los discretos su aprobacion, cuando no veian en ellas grandes peligros, por evitar borrascosos altercados.

Levántase un dia Bussy con gran estusiasmo y propone que se firme de nuevo el edicto de Union. Acto continuo coge un papel en blanco y á pretesto de falta de tiempo para escribir la fórmula, pone abajo su nombre y lo pasa á los demas para que le imiten. Otra vez un miembro del consejo de los doce suscita una dificultad, y como no se conformaran propone consultarlo á la Sorbona: presenta otro papel en blanco para firmar, diciendo que la consulta se escribiria despues; algunos se resistian, pero se dejaron al fin arrastrar por el ejemplo.

Dueños de las firmas escribieron estos malvados sobre ellas la sentencia de muerte del presidente Brisson, de Claudio Larcher consejero en el Parlamento, y de Juan Tardif, consejero en el Chatelet, los dos últimos odiados de los facciosos por ser partidarios de la paz. El 16 de noviembre muy temprano, diputados de la comision de los doce pasan á casa de Brisson en el momento en que este salia para ir al palacio de justicia. Dícenle que el consejo de la Union le espera en la casa consistorial, y se deja conducir. Al pasar por cerca del pequeño Chatelet, detienen su mula y le encarcelan.

El primer objeto que se presenta á su vista, «son hombres cubiertos con túnicas negras sobre las cuales se veia una gran cruz roja.» Sin darle tiempo para volver de su sorpresa le anuncian que va á morir. El uno le quita el sombrero, y el otro le hace ponerse de rodillas. Léele el escribano la sentencia. Decia esta que se le condenaba á ser ahorcado por haber estado en inteligencia con los hereges enemigos de la religion y del reino.» ¿«Quiénes son mis jueces? pregunta Brisson sorprendido. ¿Dónde están los testigos? ¿Cuáles son las pruebas?» Los malvados se sonrien al ver su sencillez y le dicen que no pierda el tiempo. Pide el presidente que á lo menos llamen al abogado Alenzon que vive en su misma casa; pero le rehusaron esta gracia. «Os pido pues, añade á sus verdugos que le digais que haga porque no se pierda el libro que tengo comenzado, porque es una obra útil.» Y volviéndose al sacerdote que habian mandado venir, se confiesa y se entrega despues á los ejecutores.

Apenas habia muerto, llegaron otros satélites con Claudio Larcher y Juan Tardif. Como principiasen á leerles la sentencia, viendo Larcher el cadáver de Brisson, dice que no hay necesidad de que le notifiquen mas, pues la vida le era una carga insoportable despues del indigno tratamiento que se tuvo con este grande hombre: se confesaron y se entregaron al verdugo sin proferir la menor queja. Los cadáveres de los tres magistrados fueron espuestos en camisa al público en la Greve con carteles infamantes. El pueblo acudió á verlos, pero sin dar la menor muestra de complacencia. Los conjurados habian llegado á esperar que el populacho aplaudiria, y que á favor de la impresion que causaria tal espectáculo, no seria dificil promover un alboroto y hacerse dueños de la ciudad, á pesar de la nobleza y los habitantes pacíficos y honrados. Con esta intencion tenian gentes apostadas en las avenidas de la plaza de la Greve. Mezclábanse en los grupos de los curiosos, y acriminaban con imputaciones calumniosas la memoria de los proscriptos, tratando de incitar á los que los escuchaban. Concurrieron tambien hombres armados, franceses y españoles, como dispuestos á secundar el celo de los bien intencionados; pero todo fué inútil. El pueblo se mostró silencioso. Los ciudadanos, los magistrados y los nobles se encerraron en sus casas abatidos de tristeza, viendo los conjurados á su alrededor horror y consternacion en lugar del furor y la sublevacion que esperaban. Siéndoles pues mas perjudicial que ventajoso el espectáculo de estos cadáveres, los quitaron del cadalso á los dos dias.

Este silencio amenazador, indicio seguro de la reprobacion general, les advirtió que era preciso atender á su seguridad. Las asambleas generales eran diarias. Los conjurados de la comision trataron de que se sancionara con ellas su crímen, pero inútilmente. Escribieron al rey de España para ponerse bajo su proteccion; reclamaron los buenos oficios de los agentes españoles y del jóven duque de Guisa para con el duque de Mayena, cuya cólera se les hacia temible: tuvieron hasta el designio, no confiando en las recomendaciones, de apoderarse de las duquesas de Nemours y Montpensier, madre y hermana del lugar teniente general, para que les sirviesen de rehenes contra su venganza.

Mayena estaba entonces con el ejército en Soissons á la espera del duque de Parma. Las princesas alarmadas le escribieron las cartas mas apremiantes. El parlamento, los principales ciudadanos y la nobleza unieron sus instancias. Todos le encargaban que inmediatamente se pusiese en marcha, y viniese á librarlos de la esclavitud y de la muerte. Los agentes de España ensayaron retenerle, sugiriéndole ideas exageradas sobre el estado de Paris; aparentaban temer contra él el furor del populacho que decian estaba á devocion de los autores de la muerte de los magistrados; aconsejábanle que no se espusiese, y que ventilase el asunto desde lejos; en fin, le ofrecian su mediacion y se comprometian á obtener de los culpables una reparacion con que quedase satisfecho. Sin escucharles, deja el lugar teniente general su ejército á las órdenes del duque de Guisa su sobrino, se pone al frente de un cuerpo escogido de caballería, llega á Paris, pone la milicia cívica sobre las armas é intima al gobernador de la Bastilla la rendicion. Bussy pide algunas horas para deliberar; pero Mayena manda asestar artillería contra la fortaleza, visto lo cual por el gobernador, se rinde con la sola condicion de que no se le pida cuenta sobre la muerte de los magistrados.

Cinco dias se pasan en adoptar precauciones y en evacuar las necesarias informaciones. Los agentes de España, los parientes y amigos de los culpables renuevan sus instancias. Ninguno quiere justificar el hecho, pero todos lo escusan con la intencion. Mayena oye impasible á todos, sin inspirar temor ni esperanzas. En la noche del 3 al 4 de diciembre son sorprendidos en sus lechos Louchard, Anroux, Emmonot y Ameline; ahórcanlos en una sala baja del Louvre, y sus cadáveres son espuestos en el patíbulo para que todos los vieran. Al mismo tiempo se publica una amnistía, de que son esceptuados Cromé y Cocheri, que fueron buscados inútilmente, pues lograron escaparse. El escribano y el verdugo que intervinieron en el suplicio de Brisson, fueron tambien esceptuados de la amnistía y castigados con la última pena. Restablecido el órden en la ciudad y destruida la tiranía de los *Diez y Seis*, volvió Mayena á tomar el mando de su ejército, que muy pronto se unió al del duque de Parma.

Durante todo este tiempo el rey estrechaba á Rouen. Esta plaza que diez y nueve años antes habia sostenido un sitio obstinado contra los católicos, encerraba ahora un pueblo fanatizado por la liga. Su guarnicion era numerosa y estaba mandada por Villars-Brancas, capitan esperimentado y celoso de su reputacion; nada pues descuidó de cuanto podia contribuir á la seguridad de la plaza: hizo reparar las fortificaciones y para la seguridad del rio armó barcos que puso al mando de un hábil marino llamado Lorenzo Anquetil. El parlamento secundó vigorosamente al gobernador. Renovóse despues de una misa solemne como en Paris, el juramento

de Union, y fué prohibida bajo pena de muerte toda correspondencia con el Navarro. Las cartas que este envió á la poblacion no fueron leidas, ni sus heraldos fueron escuchados, y algunos ciudadanos que se dejaron seducir fueron descubiertos y castigados con el último suplicio. Los habitantes compartieron con la guarnicion las fatigas militares y los trabajos de la fortificacion. Desde el principio del sitio se hizo un inventario de las provisiones, las que se repartieron con tasa. Sin embargo, la plaza sentia los rigores de la escasez desde principios de diciembre, y esperaba con impaciencia la llegada de los socorros del duque de Parma.

Mas cualquiera que fuese la necesidad de tal socorro, no era este ni el primero ni el principal motivo de la entrada del duque en Francia. Los ministros de España esperaban la reunion de los Estados y la eleccion de la infanta. Por ella querian comenzar, y así lo declararon al duque de Mayena con intimaciones que se aproximaban á la violencia. Viendo Farnesio que al duque de Mayena no agradaba esta proposicion, seguia el proyecto con mas cautela y miramientos, y no dejaba de condenar el celo indiscreto de Taxis é Ibarra, así como las consecuencias que habia producido. Interin estos dos agentes negociaban con todo el mundo para poder prescindir de Mayena, Farnesio, por el contrario, repetia frecuentemente á éste que queria tratar únicamente con él, y que al efecto tenia espreso encargo del rey de España. Para grangearse su confianza admitia muchas veces sus consejos, á pesar de los agentes españoles que, sea fingimiento ó persuasion, se quejaban altamente de Farnesio, y decian que se conducia como enemigo de los intereses de su amo.

Mayena, lejos de dejarse engañar por tales manejos, estaba cada vez mas sobre sí. Observaba con el mayor cuidado cuanto hacian los españoles, y procuraba que no llegasen á alcanzar ventajas ni en las operaciones militares ni en las negociaciones. En fin, mostró tanta firmeza en aplazar la asamblea de los Estados, alegando la necesidad de conferenciar con su familia, de poner de su parte á los grandes, y de proceder antes á alguna operacion militar que diese gloria al partido, que el duque de Parma consintió en comenzar sus hechos de armas yendo al socorro de Rouen.

Marchó por Picardía con el mismo órden admirable que en su primera incursion. El rey, dejando en el sitio de Rouen la mayor parte del ejército, se puso á la cabeza de un cuerpo de caballería, y se dirigió á incomodar y retardar los movimientos del enemigo. Ésta sola campaña daria materia para un libro voluminoso. Los militares aficionados al estudio no podrán estudiarla bastante en las historias de aquel tiempo. Desde que el rey encontró al duque de Parma en la frontera de Normandía hasta que volvió á Flandes, no le pierde ni un momento de vista. Aunque esperimentados generales, el rey por osadía y temeridad y el duque de Parma por escesiva precaucion cometieron infinidad de faltas, que siempre procuraron reparar.

Con alguna menos prudencia hubiera éste concluido la guerra en el combate de Aumale sobre la frontera de Normandía, donde el rey debió haber caido muerto ó prisionero. Dejando este príncipe atrás su caballería, se aproximó á Aumale con cuatrocientos nobles tan solo y unos quinientos arcabuceros de á caballo, llegando al mismo tiempo que se acercaba el duque de Parma con sus tropas en buen órden. Así que el rey pudo descubrir desde su posicion al ejército enemigo, vió demasiada caballería para intentar una escaramuza, y resolvió limitarse á un simple reconocimiento. Al efecto no retiene mas que cien caballeros, y ordena á los otros trescientos apostarse en la pendiente de la colina de Aumale, prontos á socorrerle en caso de necesidad, y coloca á Lavardin y sus arcabuceros en un valle cubierto cerca de la poblacion para contener al enemigo caso que se aproximase demasiado. Cumplidas estas disposiciones, atraviesa el puente de Aumale, y avanza osadamente por la llanura con sus cien caballos. Los que le acompañaban le representaron por medio de Rosny el peligro en que se metia. «Hé aquí, dice el rey, consejos de gente que tiene miedo.» Replica Rosny que ninguno tiembla allí sino por su real persona; que él se limita á trasladar sus órdenes, y que se retira. «Id, repone el rey, pues confio en vuestra lealtad; pero creed que no obro con el aturdimiento que pensais; que estimo tanto mi vida como otro cualquiera, y sabré guardarla tan pronto como vea que corre peligro.»

El duque de Parma, al ver avanzar al pequeño escuadron, considera esta maniobra como una celada que se le tiende, y cree que el objeto es hacer desplegar en la llanura su caballería, menos numerosa y no tan buena como la del rey, compuesta casi por completo de nobleza. Hace alto para asegurarse de las intenciones del enemigo, é instruido por su caballería ligera que por de pronto no se avistan mas que estos cien caballeros, los ataca bruscamente por todos los lados, envolviéndolos tan vigorosamente, que el rey se ve forzado á retirarse á toda prisa hasta el valle donde tenia escondidos sus arcabuceros. Así que podia ser oido de estos, grita con todas sus fuerzas: «*¡A la carga, á la carga!*» y los españoles, recelando la emboscada, se detienen; pero este grito solo fué seguido de algunos tiros que salieron del mismo peloton de Enrique. Lavardin no estaba en su puesto, pues se habia tomado la libertad de elegir otro mas cubierto, esponiendo con esta desobediencia imprudente á grave riesgo la vida del rey. No encontrando los españoles la resistencia que habian temido, se arrojan con toda seguridad sobre el pequeño escuadron, y le obligan al combate cuerpo á cuerpo.

Enrique, á quien no quedaba otro medio de salvacion que la retirada, la dirige con toda sangre fria hácia el puente de Aumale: colocándose él mismo en la retaguardia, combatia sin cesar, y tras su tropa, reducida á la mitad, pasó el último por dicho puente. En medio de la refriega recibió un balazo, que no hizo mas que rasgarle la piel, y así no le impidió sostener el combate desde el otro lado del puente, hasta que con la llegada de Lavardin pudo ganar la cuesta en que estaban sus trescientos caballeros. Estos presentaron tal actitud, que el duque, cada vez mas convencido de que no se queria otra cosa que atraer su caballería á un lance, hizo tocar retirada.

La herida del rey habia causado gran sensacion, y fué preciso que se presentase á sus tropas para evitar el desaliento. El enemigo, en cuyas filas circuló el rumor de dicha herida, envió para asegurarse á un trompeta, á pretesto del cange de prisioneros. El rey conoció el objeto del emisario, y le dijo: «Ya sé á qué habeis venido: podeis decir al duque de Parma que me habeis encontrado sano y bueno, y dispuesto á recibirle cuando quiera venir.» Cuando llegó á saberse en el campo español el peligro en que se habia visto el rey, los franceses que allí estaban se quejaban de que el duque de Parma hubiera malogrado tan escelente ocasion. «Yo obraba, respondió con frialdad, en la inteligencia de que peleaba con un general y no con un carabinero.» Picado el rey de este juicio, así que llegó á sus oidos, dijo: «Hace bien el duque de Parma en ser prudente y no tomarse grande interés en conquistas cuyo provecho no le tocará; pero yo defiendo mi corona, y es natural que aburrido de tan larga guerra prodigue mi sangre y arriesgue todo por llegar á su fin.» Estas palabras y las del duque esplican y justifican lo que hemos calificado de faltas en ambos generales.

Podia aun el duque de Parma despues de este lance, avivando un poco su marcha, impedir que el rey se uniera al ejército que sitiaba á Rouen, ó derrotar este ejército consternado por el feliz resultado de una salida hecha por Villars el 26 de febrero. Así lo temia Enrique; pero se salvó, gracias á la mala inteligencia que reinaba entre los duques de Parma y Mayena. Si el uno proponia que se avanzase, el otro oponia razones en contrario, y la misma antipatía cundió entre los soldados de ambas naciones. Los franceses, aunque contrarios de Enrique IV, tenian vanidad por la bizarría de este rey, y despreciaban la calma de los españoles. Estos al menor revés que sufrian los realistas, ponian en las nubes el saber y la prudencia de su general. A la rivalidad de nacion y gloria se unia la contrariedad de intereses. El auxiliar temia ser burlado al prestar socorro, y el liguista recelaba que el español llegara á utilizarse de las ventajas comunes. Por esta razon Villars, despues del buen éxito de su salida, creyéndose bastante fuerte para hacer levantar por sí solo el sitio, no pidió que avanzasen las tropas de Farnesio temiendo que una vez libre la plaza, fuera guarnecida con tropas españolas, y dejara él de ser gobernador.

Pero esta seguridad no le lisonjeó mucho tiempo. El rey reparó antes de lo que se esperaba el descalabro de la salida, apretó cada vez mas la plaza y la redujo al último estremo. Fué preciso pues volver á acudir á Farnesio, poco interesado en comprometer su crédito en Francia. Este general, que habia recibido con gusto las insinuaciones de Villars sobre la inutilidad de los socorros que podia ofrecer á Rouen, se contentó con dejar algunos destacamentos en el pais y se retiró al otro lado del Soma; pero noticioso de la necesidad de su auxilio, pasó de nuevo este rio, y á marchas dobles llegó en dos dias á los muros de Rouen, habiendo sorprendido al rey que apenas tuvo el tiempo preciso para reunir sus tropas esparcidas alrededor de la ciudad.

La infantería real estaba muy disminuida por la fatiga de sitio tan prolongado, en una estacion tan cruda como el invierno, y la caballería por las continuas marchas y contramarchas; sin embargo, lejos de retirarse campó el rey osadamente ante el enemigo. Dos medios se presentaban al duque de Parma para libertar á Rouen: era el uno atacar sin dilacion al enemigo aprovechando el estado de debilidad en que se encontraba, y el otro sitiar á Caudebec, poblacion poco importante en sí misma, pero de sumo interés por los abundantes almacenes que encerraba. No habiéndose tomado inmediatamente el primer partido, pues se perdió el tiempo en deliberaciones que el rey aprovechó para fortificarse, el duque de Parma contra todo su torrente, pero siguiendo el parecer de los demas, llevó su ejército contra Caudebec. Al establecer las baterías fué herido en un brazo de un tiro de mosquete. Tomó la villa, pero obligado á guardar cama para su curacion, no pudo aprovecharse de las ocasiones que tan frecuentemente le presentaba la temeridad del rey.

Este príncipe, cada dia mas intrépido, se presentaba sin cesar con su pequeño ejército, todavía inferior, aunque reforzado ya por muchos nobles que á la noticia del peligro de su rey acudian diariamente á unírsele. Penetró un dia con su caballería en un terreno quebrado, donde la infantería española hubiera podido batirle. Mayena lo propuso, apremió é insistió: «Ah! esclamó el duque de Parma; para batir al rey de Navarra hace falta gente de mucho vigor, y no cuerpos desangrados y medio muertos como el mio.»

El rey llegó á ser superior al español; sus tropas aumentaban cada dia, y la nobleza acudia de todas partes á su campo. No solo con diarias escaramuzas fatigaba al enemigo, sino que lo iba acorralando quitándole terreno á cada paso. En poco tiempo dejó reducido al ejército, triunfante poco antes, á una lengua de tierra, con el mar por un lado, el Sena por otro, y ademas el ejército cuyos acantonamientos se estendian desde el mar hasta el Sena, rio en este punto como un cuarto de legua de ancho. El duque de Montpensier con la vanguardia ocupaba las cercanías de Dieppe; el rey con el centro, Ibetot; y el vizconde de Turena, nuevo duque de Bouillon, al frente de la retaguardia estaba apostado cerca de Caudebet, en las aldeas de Folletiere, Beteville y Santa Margarita, separada del Sena por un bosque. El pan llegó á faltar á los españoles; pronto carecieron de forrage para la caballería; el agua del Sena, salada por la marea, les proporcionaba una bebida dañosa, y los soldados, espuestos á la intemperie, no tenian ni siquiera paja para evitar la humedad del piso. Para colmo de desgracia, los dos generales habian sido forzados á guardar cama, Farnesio por su herida y Mayena por recaida en una enfermedad descuidada.

Todo se presentaba malísimamente para ellos, y Enrique se lisonjeaba de que muy pronto tendria que rendírsele aquel ejército sin necesidad de disparar un solo arcabuz. Mas ¿qué no puede la confianza de un soldado en su gefe? Este ejército espuesto al mayor peligro y á todas las privaciones no dió muestras de inquietud ni miedo, ni aun se notó una desercion. Farnesio, abatido por acerbos dolores y un cruel insomnio, apela á toda la energía de su alma, combina su proyecto y aprovechándose del momento en que una flotilla holandesa, á las órdenes de Enrique, se dirigia á Quillebeuf, da órden de preparar con toda celeridad en el puerto de Rouen barcas, pontones y madera en cantidad suficiente para formar un puente en pocas horas. El 21 de mayo en la baja mar y á favor de la oscuridad, se prepara todo sin ninguna sospecha por parte del rey, á quien el ancho del rio por este lado le daba todas las seguridades necesarias, pues lo tenia por obstáculo insuperable para la evasion. Sin embargo, el puente se encuentra listo á media noche, y el 22 de mayo muy temprano habia pasado el rio la mayor parte del ejército, sin haber sido notado por los enemigos. El duque, con ayuda de una diversion que encargó á su hijo Ranuce, trasportó tambien la retaguardia y logró poner un ancho rio entre él y su enemigo. Ranuce, llenado su objeto, dispersó su tropa y penetró en Rouen sin esperimentar pérdida de consideracion. Farnesio se puso en camino á marchas dobles; en dos dias llegó á Saint-Cloud, repasó el Sena, rodeó á Paris, donde no quiso entrar porque no se le desbandaran los soldados, y no se detuvo hasta Chateau-Thierry, cuando se vió ya en seguridad por la delantera que tomó al rey.

Vió de esta manera Enrique IV arrancada de sus manos una victoria preparada con tanta fatiga y mirada como segura. Cuando le fueron á anunciar que el ejército enemigo habia pasado el rio, no lo quiso creer, y apenas daba despues crédito á sus ojos. Mandó inmediatamente algunos destacamentos en persecucion, pero no pudieron coger mas que algunos rezagados. Despues de la primera sorpresa conferenció el rey sobre los medios de sacar el mejor partido de su posicion para subsanar la falta de la brillante captura que se habia prometido, y propuso á los generales marchar rápidamente á Pont-de Arche, pasar el Sena y disputar el paso del Eure al duque de Parma. Pero los ingleses y holandeses querian regresar á su pais, los alemanes y suizos pedian dinero y los generales católicos no se tomaban grande interés por una operacion decisiva ínterin el rey no les diese garantías sobre el punto de religion. Se perdieron dos dias en deliberaciones, y el resultado fué que no pudiendo el rey por falta de recursos conservar reunido el ejército, se vió precisado á despedir muchas tropas auxiliares, como le habia sucedido ya despues del sitio de Paris. Envió los señores á sus gobiernos, y él con un cuerpo escogido apresuró su marcha por la Picardía y Champaña para alcanzar al enemigo cerca de la frontera, pero Farnesio le llevaba ya gran delantera. Enrique al ver que le era imposible alcanzarle, se dedicó á apoderarse de algunas ciudades de Champaña.

Se dice que despues de la accion de Aumale, habiendo enviado un trompeta al duque de Parma para preguntarle qué opinaba de su retirada, «es muy buena, respondió el duque, aunque yo prefiero no meterme donde tenga despues que retirarme.» Farnesio á su vez, cuando la suya de Caudebet, aunque se metió en lugar de donde le fué forzosa la retirada, envió tambien un trompeta á Enrique, quien respondió en el mismo tono: «Yo no me conozco en una retirada, y la mejor la tengo por una fuga.» Se pretende que la del duque de Parma no se hubiera realizado tan cómodamente sin una especie de connivencia por parte del mariscal Biron. Su hijo, el baron Biron, tan célebre despues por su catástrofe, habia ido a decir al rey que si queria darle cuatro mil infantes y dos mil caballos, se comprometia á hacer trizas la retaguardia enemiga. El mariscal, que estaba presente, se burló de esta proposicion, trató á su hijo de aventurero, y le impidió insistir por mas tiempo en lo que el príncipe deseaba conceder; pero este no osó disponer nada en vista de la oposicion del mariscal, que sobre todas las operaciones militares habia adquirido un influjo despótico. Pasmado el baron de encontrar en su padre resistencia para una empresa de éxito seguro, le preguntó en el mismo dia por la causa de que le hubiese privado de tan escelente ocasion de adquirirse gloria. «Veo que no estás al cabo de las cosas, le respondió el mariscal; demasiado sabia yo que harias tú lo que ofrecias; pero es necesario que tengas presente que fenecida la guerra, tú y yo seremos innecesarios y tendremos que volvernos á Biron á plantar coles.»

Si este hecho es exacto, no tardó el mariscal mucho tiempo en recibir el castigo por la misma guerra que queria perpetuar, pues en esta misma retirada y bajo los muros de Epernay recibió un balazo que terminó su vida. Aparte de su bravura y pericia militar, era Biron renombrado por su talento que cultivó mas de lo que acostumbraban los guerreros de su tiempo. Era muy apasionado á la lectura. «Desde su mas tierna edad, dice Brantome, habia sido aficionado á inquirir y saberlo todo, en términos que ordinariamente llevaba en su bolsillo cuadernos donde apuntaba cuanto curioso oia y veia, lo que dió orígen en la corte al proverbio, *lo has leido en los cuadernos de Biron*, cuando alguno referia alguna cosa no vulgar.» En el servicio preferia la obediencia á todas las demas virtudes militares. Habiendo mandado un dia á un capitan que fuese á quemar un caserío, como le pidiera este órden escrita para que despues no le inquietasen por ello, le respondió: «¡Qué! ¿sois vos de los que tanto temen la justicia? Os destituyo, porque para mí son inútiles los hombres que temen mas una pluma que una espada.» Este hombre tan absoluto, era sin embargo un escelente amo. Representándole un dia su administrador que tenia muchos criados, le dijo: «antes averiguad de ellos mismos si pueden pasar sin mí.» Biron tenia una de esas almas grandes y elevadas que saben dar á las cosas su justo valor, prescindiendo de prevenciones. Presentando al rey sus títulos para cruzarse caballero de la órden le dijo: Señor, hé aquí los documentos que comprueban mi nobleza,» y poniendo la mano sobre la empuñadura de su espada añadió: «Sin embargo, ved aquí lo que lo prueba mejor.» Concedíanle todos prudencia, talento para negociar y la escelente cualidad de no hacer nada sin consultarlo antes muy detenidamente. Pero como no hay virtud completa, se le acusa de haber sido imperioso, colérico, envidioso de la gloria de los demas y hábil en perpetuar la guerra para hacerse necesario.

El rey le perdió en un tiempo en que los recursos de su talento le hubieran sido muy útiles. Estaba en negociaciones con Mayena. Cuando el duque de Parma se evadió cerca de Caudebet, el lugar-teniente general le suplicó que se quedara en Francia; y no habiendo podido obtenerlo, sea por despecho ó quebranto de salud, se encerró en Rouen, donde se encontró casi abandonado. Ni oficiales ni soldados quisieron permanecer á su lado: todas las tropas siguieron al ejército, y dieron á conocer que se unirian al jóven duque de Guisa, á quien ostensiblemente favorecia el de Parma, manifestando llegaria á darle el mando de las tropas que dejase en Francia.

En estas circunstancias Mayena se entregó gustoso á una negociacion, de que Villeroy fué el mediador, entrando en ella Duplesis-Mornay por parte del rey. Estuvo la negociacion para fracasar en el primer artículo, porque exigia el duque como base del tratado una promesa del rey de convertirse, y este príncipe no queria le hiciesen fuerza sobre tal cuestion. Se adoptó pues el medio de que el negocio de la conversion se arreglaria por el Papa, á quien enviaria Enrique una embajada solemne al efecto. Hé aquí las demas condiciones propuestas por el duque de Mayena: que las poblaciones y plazas fuertes existentes en poder de gobernadores católicos, continuaran en tal estado por seis años; que conservaria él para sí y sus descendientes el gobierno de Borgoña, Lion y el Lionesado con todos sus derechos y regalías, y anejo uno de los principales cargos del reino, como el de condestable ó lugar teniente general; que se daria el Delfinado al duque de Nemours, la Champaña al duque de Guisa, la Bretaña al de Mercoeur, el Languedoc al de Joyeuse y la Picardía al de Aumale, todos como gobernadores; que los católicos conservarian todos sus cargos y empleos; que el rey declararia por un edicto que la guerra no habia

tenido otro motivo que la religion, y que era Mayena inocente de la muerte de Enrique III. El duque exijia como preliminar, que si tales proposiciones no eran aceptadas, quedasen á lo menos en secreto; lo que le fué prometido.

A haber sido admitidas, la liga hubiera subsistido, y Enrique IV se hubiera encontrado en la misma dependencia que habia estado Enrique III. Duplesis rechazó condiciones tan duras: persuadido ademas de que el objeto de Mayena al entrar en esta negociacion, era dar celos á los españoles, á fin de que le tratasen mejor, con-



Enrique IV en la batalla de Ivry.

tra la palabra empeñada, dió publicidad á los artículos con la esperanza de sembrar la division en la liga cuando se viera que el duque de Mayena negociaba solo, y no pensaba mas que en sus intereses y los de sus parientes; pero la astucia de Duplesis vino contra sus cálculos á redundar en beneficio de Mayena. Los gobernadores de las plazas miraron bien que se estipulase la conservacion de ellas por seis años; sus parientes le agradecieron las ventajas que exijia para ellos; el pueblo vió con agrado que se pensase en la paz; y el duque de Parma por no desesperarle, le dió el mando de las tropas españolas que quedaban en el reino. El Papa en fin, depositó la mayor confianza en el lugar-teniente general al observar su deferencia escrupulosa á la Santa sede. Los realistas católicos miraron con desagrado que tan importante negociacion hubiese sido confiada á un protestante, y que el rey ofreciese á los liguistas con ciertas condiciones, la conversion que ellos con sus instancias y sus servicios no habian podido conseguir. Hé aquí el resultado de la falsa política de Duplesis. Es este tambien un ejemplo entre otros mil que nos presenta la historia, del cuidado con que se debe tratar en todos los negocios de no separarse nunca de los mas estrictos principios de la buena fe.

Era á la sazon Papa Clemente VII (Hipólito Aldobrandin), quien á fines de febrero habia sucedido á Inocencio IX. Elevado al pontificado como su predecesor por la faccion española, de ilimitada influencia entonces en el conclave, no pudo menos de plegarse á las miras de sus protectores; pero su grande inteligencia en los negocios y su disposicion á sostener su dignidad, hicieron esperar para lo sucesivo una marcha mas prudente. Confirmó sin embargo al cardenal de Plasencia en su legacion, y le dirigió un breve escitándole á procurar cuanto antes la eleccion de un rey católico, pero esceptuando al rey de Navarra sin nombrarle. Este breve fué registrado por el Parlamento en octubre, y anulado en noviembre por los parlamentos de Tours y de Chalons, cuyos acuerdos fueron condenados al fuego en Paris en diciembre.

Todo esto puede decirse que era valor entendido, porque los ministros no abrigaban la intencion de llevar las cosas al último estremo. Dejaban siempre salida á las proposiciones para no comprometerse en partidos decisivos, que no les permitiesen alguna evasion. El soberano Pontífice, despues de algunas dificultades, recibió en Roma al cardenal Gondy, obispo de Paris, muy adicto á Enrique IV. El rey no se decidió á permitir el nombramiento de un patriarca para Francia, como muchos prelados católicos se lo exigian: y á pesar de las representaciones de los parlamentos de Tours y de Chalons, envió una embajada á Roma, de la que encargó á Juan Vivonne, marques de Pisani, acostumbrado ya á negociar en esta corte.

Tantas operaciones no eran del agrado de los mas celosos liguistas de Paris. Los *Diez y Seis*, mas abatidos que escarmentados con el castigo de sus gefes, hubieran querido encontrar materia para nuevas perturbaciones; pero no mandaban. El espantoso ejemplo del presidente Brisson y sus infortunados colegas habia abierto los ojos á los principales de la ciudad sobre sus verdaderos intereses. Los coroneles de los cuarteles, los capitanes de las compañías, los concejales y los gefes de las principales familias se reunieron, los unos en casa del señor de Aubray, antiguo preboste de los mercaderes, y los otros en casa del abad de Santa Genoveva.

Convinieron, despues de un maduro exámen, en que las desgracias precedentes eran efecto de que las personas honradas y de algun valer habian permitido que se apoderasen de los cargos públicos otras sin instruccion, salidas de la hez del pueblo, á quienes los españoles habian podido fácilmente arrastrar á escesos necesarios á sus proyectos. Tal habia sido la política del duque de Guisa cuando cambió los concejales despues de las barricadas, y la del duque de Mayena despues de la muerte de Enrique III. Demasiado convencidos del orígen del mal, los ciudadanos de mas crédito resolvieron recuperar la autoridad de que se habian dejado desposeer, y no tolerar en los cargos destinados á los vecinos mas distinguidos gente susceptible de seduccion por su pobreza. Se dispuso que los coroneles volviesen á entrar en el derecho usurpado por los *Diez y Seis*, de mandar cada uno en su cuartel. Esta sola disposicion dió un golpe mortal á la faccion española, porque de los diez y seis coroneles, trece se declararon contra ella, y el mismo pueblo comenzó á ponerla en ridículo así que se alejó el duque de Parma.

Este pueblo estaba cansado de la guerra, cuyos horrores principiaba á experimentar. El pan se habia encarecido notablemente en Paris, porque el rey no dejaba de recorrer las cercanías, interceptando el paso de los rios y los caminos. Levantó hácia fines del estío á cuatro leguas de Paris sobre el Marne, en Gournay cerca de Chelles, un fuerte que los realistas llamaron *pilla-tontos* (*pille-badaud*), nombre que designaba el efecto que se prometian. La guarnicion que allí pusieron interceptaba todos los convoyes, de manera que la carestía se aumentó en Paris, y con ella las quejas. Llegó á hablarse en una reunion habida en casa del abad de Santa Genoveva de la necesidad de entrar en negociaciones con el rey. Los facciosos llamaban *políticos* á los que se inclinaban á este partido, dando á entender que sacrificaban el Estado y la Religion á sus intereses particulares.

Poco inquieta por estas imputaciones, la nueva confederacion, tan fuerte por lo menos como la antigua, redujo á esta al silencio y á la inaccion. El presidente Aubrai tuvo con los que quedaban de los *Diez y Seis* una conferencia, en la que los llevó hasta á confesar que ellos no reconocian ni al Parlamento ni al duque de Mayena, de donde dedujo el género de relaciones que tenian con los españoles y sus perniciosos designios. Les demostró tambien, por la amnistía del duque de Mayena, que no les era permitido reunirse. No atreviéndose á hablar en su nombre se sirvieron del de la Sorbona, de que eran todavía árbitros por la retirada forzosa ó voluntaria de los mas hábiles doctores. Presentó la Sorbona una instancia al duque de Mayena, exigiéndole que hiciese ejecutar sus decretos, que prohibian bajo severas penas hablar jamás de arreglo con el rey de Navarra. Esta instancia no tuvo otra consecuencia que hacer evidente una mala voluntad sin término. Los políticos se vengaron desacreditando á los predicadores de la liga; acostumbrándose tambien el pueblo á oir calificar de inconveniente y poco religioso el que los ministros del altar hablasen de los negocios del Estado en sus sermones, y profiriesen invectivas en el templo.

Estos preliminares no prometian el mejor éxito á los Estados que la liga iba á juntar en Paris. No habia tiempo que perder. Escepto el rey, todos los bandos beligerantes los deseaban, porque todos, españoles, liguistas, poblaciones, príncipes y gobernadores se encontraban durante la guerra en una situacion incierta, que querian

cambiar por ótra mas fija. Todos esperaban ganar algo: los gefes la confirmacion de sus cargos; los estrangeros las plazas fronterizas, ó acaso provincias, y los pueblos la paz. El rey, por el contrario, no podia mirar esta asamblea mas que como una tempestad que se levantaba contra él. Lo menos que podia temer era ver convertido en cuestion entregada al exámen de la multitud, un derecho tan indisputable como el suyo: prueba peligrosa siempre para un soberano que nunca debe ponerse á la discrecion de sus pueblos. Esta asam-



Sitio de Paris por Enrique IV.

blea esponia ademas al rey á la situacion crítica que el sábio Sully le habia recomendado evitase á toda costa. «Guardaos, le decia, de negociar con vuestros enemigos cuando se encuentren constituidos en asociacion, y cuando amalgamados sus intereses, lleguen á obrar como un solo hombre.» Aconsejábale, por el contrario, que tratase con ellos en particular, dividiéndolos y ganándolos á unos por medio de otros. «De esta manera, añadia, tan encontrados pareceres, tantas ambiciones é intereses diversos engendrarán proyectos, celos, odios y pretensiones tan opuestas, que no podrán conciliarse, y desconfiando los unos de los otros, vendrán todos á echarse en vuestos brazos; y si vos os decidis á haceros católico, entonces os será mucho mas fácil.» Este consejo encierra en pocas palabras el plan de conducta á que se ciñó el rey durante y despues de los Estados.

Hubo alguna dificultad entre los interesados sobre el lugar donde debia celebrarse la asamblea. Los españoles deseaban que fuese Soissons, porque estando cerca esta poblacion de la frontera, les seria fácil aproximar un ejército é influir en las deliberaciones. Los príncipes Lorenas querian que fuese Reims, cuyos habitantes les eran afectos; pero el duque de Mayena, contando con Paris desde el escarmiento de los *Diez y Seis*, los convocó en la capital para el mes de enero del año siguiente. La asamblea no fué al pronto numerosa. No se vieron en ella príncipes de la sangre, ni pares de Francia, ni grandes dignatarios de la corona. La apertura se hizo por medio de discursos poco dignos de Estados generales de una monarquía como la francesa; y apenas habian comenzado las deliberaciones, fueron sus sesiones suspendidas á pretesto de espediciones militares que obligaban al duque de Mayena á dejar á Paris; pero en realidad, porque mediaba una negociacion cuyo éxito querian ver las partes interesadas antes de pasar mas adelante, y tambien porque los gefes de la liga y los españoles no estaban aun de acuerdo sobre el verdadero objeto de los Estados.

A dar crédito á los escritos que se publicaron antes de la apertura, como el edicto de convocacion del duque de Mayena en calidad de lugar-teniente del reino, una carta del legado dirigida á los católiros que seguian el partido del rey, y los discursos pronunciados despues en la asamblea por los gefes de la liga y los enviados de España, todos se proponian el término de las luchas intestinas y el bien de la nacion que creian dependia solo de la eleccion de un rey católico. Mas á través de esta aparente conformidad de sentimientos, se traslucia una diferencia de opiniones bien importante, á saber: el duque de Mayena enumerando en su declaracion los vanos esfuerzos hechos por él para obligar al rey á convertirse, daba á conocer que estaba dispuesto á reconocer á Enrique si abrazaba la fé católica: el legado y los españoles sentando como una verdad incontestable que un herege relapso no podia jamás ser elevado al trono, hacian patente que ellos no reconocian á Enrique, aunque se convirtiese, y que por consiguiente querian eternizar la guerra. Pero todos los políticos se engañaron y los negocios tuvieron un desenlace que nadie habia podido prever.

El duque de Mayena en el escrito que publicó para la convocacion de los Estados, exhortaba á los católicos realistas á que enviasen diputados, prometiéndoles todas las seguridades posibles y declarando que si se negaban, á ellos y no á él deberian imputarse en



Enrique IV y la abadesa de Montmartre.

lo sucesivo las conmociones que trabajaran y llevaban el reino á su ruina. Enrique dió una declaracion contraria á este escrito; pero al mismo tiempo que con un edicto enérgico condenaba esta convocacion audaz, como atentatoria á la dignidad real y calificándola de crímen de lesa magestad, algunos de sus ministros le aconsejaron que se prestase á la invitacion con que el duque de Mayena finalizaba su escrito.

Si despues de una promesa tan solemne, decian, rehusa una con-

ferencia pública con los realistas católicos, habrá motivo para tacharle de mala fe á la faz de la nacion: si acepta, se buscarán medios de conciliacion, ó bien la justicia de las proposiciones que se presentaren, destruirá prevenciones, confundirá á los mal intencionados y convertirá en inútil y hasta perjudicial á sus autores este pomposo edificio de los Estados, construido con tanto aparato contra la autoridad legítima. En vista de estas razones accedió el rey á la conferencia. Tratóse pues de arreglar el asunto de manera que no apareciese el rey ni reconociendo los Estados ni en contradiccion con su edicto.

Todo fué sabiamente combinado en un escrito formado á nombre de los príncipes, prelados, señores y otros católicos, súbditos fieles del rey, y firmado por un secretario de Estado con permiso del príncipe. Despues de las protestas ordinarias y comunes á todos los partidos, de no tener otras miras que el bien del reino y la religion, despues de imputar á los españoles todas las desgracias de la Francia, los señores realistas invitaban al duque de Mayena y sus partidarios á fijar un lugar cómodo entre Paris y San Dionisio para los diputados, á fin de arreglar allí amigablemente con los que ellos nombrasen, las cuestiones que los dividian.

Esta carta llevada á Paris por un parlamentario y hecha pública á últimos de enero, dos dias despues de la apertura de los Estados, los puso en gran perplegidad. Los escrupulosos en la observancia de las fórmulas descubrieron una falta esencial en no estar firmada por los señores realistas, á cuyo nombre estaba escrita, y sí solo por un secretario de Estado. Los políticos notaron el designio de suscitar dificultades á los Estados y de hacerlos odiosos al pueblo si no respondian favorablemente. Los españoles y el legado no vieron mas que heregía en aquello de anteponer el bien del Estado al de la Religion y en sostener que un herege relapso, condenado y escomulgado, pudiese tener derecho alguno á la corona de Francia. Consultaron la carta con los teólogos que opinando como ellos, la calificaron de absurda, herética, cismática, atestada de impiedad y dictada por espíritu de desobediencia á los mandatos de la Iglesia.

Faltaba que la mayoría de los diputados fuese del mismo modo de pensar. A pesar del rigor de la censura se puso á deliberacion la proposicion de la carta, y se decidió que habiendo invitado el mismo duque de Mayena á los realistas á la asamblea no podia en rigor, sin deshonrarse, rehusar la conferencia que solicitaban. Sin embargo, á fin de no disgustar al legado ni á los españoles sus adherentes, se estableció que durante la conferencia no se tendria ninguna clase de comercio con el rey de Navarra, ni herege alguno, sino con los católicos de su partido. Esta resolucion, fruto de dos meses de afanes y cuidados, dió por resultado elegir el pueblo de Suresne, á dos leguas de Paris, donde los diputados de una y otra parte provistos de salvos-conductos, principiaron á conferenciar en los últimos dias de abril.

Durante este intervalo celebraron los Estados algunas sesiones poco importantes. Se agitó en una de ellas la cuestion de si convendria recibir en el reino los cánones del Concilio de Trento; y con grande pesar del legado, estos Estados que él creia tan afectos, dejaron indecisa la proposicion. Esta indecision en una asamblea que tanto celo prometia, procedia de la ausencia del gefe. Mayena, inseguro del objeto á que dirigiria sus trabajos, los habia abandonado desde la primera sesion, como ya se ha dicho, por ir á Picardía á recibir las tropas y el dinero de España, y por enterarse mas á fondo de las intenciones de esta corte.

El duque de Parma acababa de morir de resultas de la herida recibida en Caudebet, y de las fatigas de su última campaña. La pérdida de tan gran general debia por consecuencia acarrear en Flandes un cambio desfavorable á los españoles, de que se resentiria tambien la liga. Urgia pues á la prudencia del duque de Mayena, antes de aventurar la eleccion de rey, conocer los recursos que se le ofrecian para sostenerla y saber tambien con anticipacion á quién destinaban el trono estos auxiliares interesados. Tal misterio político se despejó en la entrevista que tuvo en Soissons con el duque de Feria y con Mendoza, Taxis é Ibarra, agentes españoles.

Los encontró aferrados en el punto de que siendo los Borbones hereges y fautores de hereges no podian ocupar el trono. Ahora, decian, escluidos los Borbones, la ley sálica cae por sí misma, y la infanta Isabel hija del rey católico sucede de derecho en la corona como mas próxima descendiente de Enrique III, de cuya hermana Isabel es nacida; y si la eleccion corresponde á los Estados, debe ser tambien la infanta la elegida, ya por llamar al trono la mas próxima heredera, ya por gratitud al rey de España, sin cuyo auxilio seria toda la nacion desde mucho tiempo atras herege, y estaria bajo el yugo del rey de Navarra.

Tan convencidos estaban los españoles de la solidez de estas razones, que no comprendian se les pudiese objetar nada. En consecuencia, hacian las promesas mas deslumbradoras al duque de Mayena, y le ofrecian desde luego el mando de los ejércitos y cuantos bienes y dignidades pudiese apetecer. Pero instruido de que estos ejércitos estaban reducidos á mil caballos y cuatro mil infantes, y que no habia mas que veinte y cinco mil ducados de que disponer, Mayena les respondió con frialdad, que habian tomado muy pocas medidas para un plan tan vasto, y que si habia que concretarse á estos socorros jamás se conseguiria nada. «Por otra parte, añadió, ¿creeis que los franceses permitirán la anulacion de la ley sálica y se someterán tan facilmente á un yugo estrangero? Desengañaos: no conseguireis nunca cosa alguna sino sembrando dinero á manos llenas, y sobre todo presentando un ejército imponente para apoyar vuestra proposicion. Sin esto, hay que temer que á la sola sospecha de vuestros designios la mayor parte de los diputados se pase al partido del rey de Navarra.»

Confusos al oir estas objeciones que no esperaban, respondieron los ministros que sus socorros habian sido siempre bastantes para contener al rey de Navarra, si en su empleo hubiese habido mas habilidad; que no por ellos se habian perdido las batallas, y que con el dinero que habian derramado hubiera bastado para gente menos codiciosa. «Por lo demas, añadieron, que se elija á la infanta, y dinero, víveres, municiones, soldados, recompensas, nada faltará. ¿Es preciso un ejército de cincuenta mil infantes y diez mil caballos? No teneis mas que hablar y se os aprontará.» El duque de Mayena, sonriéndose á tan pomposas ofertas, replicó: «No hablemos del porvenir y atengámonos á lo presente: contad de seguro con que á menos de una ventaja inmediata para cada uno de los diputados, no los determinareis jamás á tragar un bocado tan amargo como la dominacion estrangera.»

A estas palabras, Mendoza mas propio para una disputa escolástica que para una negociacion de este género, se levanta encolerizado y dice: «Nosotros sabemos que los Estados no solo aceptarán la infanta, sino que se apresurarán á pedirla al rey de España, y que solo vos sois el que se opone.» Bueno, les responde Mayena, en tono mas burlon que enojado, id en buen hora; pero déboos advertir que no conoceis ni el carácter de los franceses ni la manera de tratarlos. Creeis poder manejarlos como á los pueblos ignorantes de la India, pero estais muy equivocados.—Ya lo veremos, respondió Mendoza, y os llegaremos á demostrar que no necesitamos de vos para alcanzar á la infanta la corona.—No temo tal cosa, repuso Mayena, y estoy seguro que sin mí, actualmente ni el universo entero la alcanza.—¿Lo creeis así? dijo el duque de Feria; fácil es sin embargo desengañaros con solo quitaros el mando de las tropas y darlo al duque de Guisa.—Y yo, esclamó ya despechado Mayena, no tengo mas que deciros, sino que me bastan ocho dias para lanzar todas vuestras tropas del reino. Obrais como si estuviéseis pagados por el rey de Navarra. No creais que teneis derecho aquí para tratarme como súbdito vuestro. No lo soy aun, y vuestra manera de proceder me pone en guardia para no serlo nunca.

Despues de tan vivo altercado parecia imposible la reconciliacion; pero como se necesitaban mutuamente, consiguió Taxis calmarlos. Volviéronse á ver y se convinieron en algunas condiciones, muy determinados á su cumplimiento mientras estuviesen en armonía con sus intereses; de esta manera se separaron reconciliados en apariencia. Los embajadores se fueron á Paris, y Mayena á activar el sitio de Noyon, de cuya plaza se apoderó. Despues de esta conquista, envió á Flandes la mayor parte de los españoles de su ejército, por el temor, decia, de que si los conservaba entre las tropas que llevara á Paris, se le acusase de querer influir en la eleccion. Creó entonces para dar mas viso á sus Estados, cuatro mariscales de Francia, La Chatre, Bois-Daufin, Rosne y Brissac, y un almirante, Villars-Brancas, gobernador de Rouen.

El duque de Feria, portador de una carta dirigida á los Estados, fué admitido en su seno á dar esplicaciones. Este español no habló de otra cosa que de la necesidad de elegir un rey católico; pero por mas moderacion que afectase en su discurso, no consiguió otra cosa que despertar el orgullo nacional. Hasta podríase decir que no fué menester mas que la presencia de este estrangero en medio de una asamblea francesa para reanimar los sentimientos patrióticos en los pechos mas apáticos, puesto que el cardenal Pellevé, ardiente partidario de la liga y de España, no pudo oir los elogios de que Feria colmaba á su nacion como para sacar diferencias desfavorables á la Francia, sin levantarse contra él en plena sesion. Quizá no debió Enrique IV las disposiciones favorables de gran parte de la asamblea, sino al despecho de los franceses al ver á los españoles erigirse en árbitros de sus destinos.

Hay señalado por la Providencia un término á las desgracias así como á la prosperidad de las naciones. Frecuentemente escápase tal término á la perspicacia de los políticos, y de la nube de que ellos creen estallará la tempestad, sale un rocío vivificador que trae la calma y la serenidad. La Francia, despues de veinte y tres años de guerras civiles, lejos de prometerse un porvenir mas halagüeño, estaba abocada a disturbios mas funestos y difíciles de terminar. Los Estados generales reunidos en la capital iban á elegir un rey, mientras que en la persona de Enrique IV tenian los franceses

cuanto podian exigir, aun cuando por la ley fundamental del Estado no estuviese llamado al trono. Era valiente, afable, generoso, dotado de todas las cualidades de un rey; pero por desgracia educado en una religion diferente de la dominante. Sin repugnancia á ésta, no queria ser obligado á adoptarla; mas por las circunstancias era una necesidad su abjuracion. Si no la hacia, sus partidarios católicos le mostraban en el cardenal de Borbon, su próximo pariente, un gefe que le opondria el tercer partido, ó en los Estados un rey de su religion con probabilidades de ser elegido. Si cambiaba, los calvinistas, sus antiguos amigos, exigian seguridades alarmantes contra los católicos. Y ¿era acaso seguro que adoptando la religion romana se atraeria á los liguistas, cuya mayor parte decia públicamente que jamás reconoceria á un herege relapso? Si perseveraban en su tenacidad y eran sostenidos por el Papa, Enrique con su conversion se hubiera enagenado el apoyo de los unos sin alcanzar nada de los otros.

En vano contaba con la esclusion recíproca que á los muchos aspirantes acarreaba su misma rivalidad. En una asamblea de personas preocupadas, acostumbradas por las últimas guerras á resoluciones estremas, era de temer una eleccion poco meditada que podia causar mucho derramamiento de sangre. Los esfuerzos de los españoles no eran de despreciar. Repartian dinero, y prometian mil ventajas: ofrecian la mano de la infanta á aquel de los príncipes de la sangre que osara partir con ellos los riesgos de la empresa. Con tal ofrecimiento ¿era mucho que hubiera desleales y traidores? Tal era el estado de los negocios á fines de abril, cuando la apertura de las conferencias de Suresne.

Dos prelados tomaron la palabra, Renauld de Beaulne de Semblanzay, arzobispo de Bourges, por los realistas, y Pedro de Espinac, arzobispo de Lion, por los liguistas. Acusábase al primero de ambicioso y de una exagerada adhesion al partido enemigo del Papa, á fin de hacerse elegir patriarca en Francia. Del segundo decian que se habia entregado á la liga por odio al duque de Epernon, quien bajo Enrique III le habia irrogado una ofensa de que no se habia podido vengar, y perseveraba en este partido por encubrir su vida licenciosa con capa de religion. Mas cualesquiera que hubiesen sido los motivos secretos, que no deben buscarse en los libelos de aquel tiempo, los dosdemostraron en esta ocasion las cualidades que se requerian para tan difícil encargo: inteligencia, erudicion, conocimiento de los negocios: elocuencia mas simpática, mas insinuante, mas nutrida de lógica en Reauld de Beraulne; mas viva, mas vehemente en Pedro de Espinac, como convenia á una causa que mas que convencer necesitaba entusiasmar. Otros delegados de los dos partidos, aunque no de una manera tan brillante, tomaron á su cargo la defensa del rey, Pomponio de Belliévre, Chavigny, Nicolás de Angennes de Rambouillet, Pont-Carré, Thou, Revol, Vic, gobernador de San Dionisio, Gaspar de Schomberg, aleman de origen, pero mas celoso que muchos franceses por el bien del reino; por los Estados hablaron Villars, creado recientemente por el duque de Mayena almirante de Francia, Belit, gobernador de Paris, Jeannin, Villeroy y otros hombres no menos notables del clero y la magistatura.

El arzobispo de Bourges abrió la conferencia con un discurso enérgico sobre las ventajas de la paz y sobre la necesidad de sacrificar venganzas, intereses particulares y odios personales, y tomar medidas que pusiesen coto á los males que todos deploraban. El arzobispo de Lion, no menos patético, insistió mucho en la misma union, pero dió á entender que debia únicamente haberla entre los católicos contra los sectarios. Replicó el primero con la enumeracion de las calamidades que afligirian al reino en tanto que no hubiese un solo gefe reconocido de toda la Francia, y probó que el primer fundamento de la tranquilidad pública debia ser la sumision á un rey, y que seria injusto y absurdo elegirlo fuera de la ilustre familia que por tan prolongada série de siglos habia dado señores y padres á la patria. Espinac contestó que lo que probaria mejor que la reunion bajo un solo príncipe no lograria restablecer la paz en Francia, era que bajo Enrique III, último rey cuya autoridad no habia sido cuestionada, las disensiones intestinas no affligieron menos al reino; de lo que deducia que no veia ser de absoluta necesidad el obedecer á un mismo rey, y mucho menos á uno herege, que tan engañados habia traido á los pueblos con la ilusoria promesa de convertirse.

Estos discursos absorbieron muchas sesiones. Se agitaron tambien las grandes cuestiones de si la Iglesia está en el Estado ó el Estado en la Iglesia, si los católicos deben obedecer á un rey herege, y si el poder que no tiene la sancion del vicario de Cristo en la tierra es legítimo. Se habló de las libertades de la Iglesia galicana y de las censuras. Los liguistas se quejaron de los actos de los parlamentos de Tours y de Chalons injuriosos á la Santa Sede, y de los decretos favorables á los hereges dados por Enrique, todo sin altercados y sin acritud, pero tambien sin decidir nada. En fin, una proposicion de los realistas puso á los liguistas en la alternativa de dar las manos en señal de convenio y paz, ó patentizar su mala fé.

El arzobispo de Bourges insistia sobre las esperanzas que debian concebirse de la conversion de Enrique, en apoyo de cuya creencia citaba la embajada que envió á Roma. El arzobispo de Lion respondia que esta embajada era á nombre de los señores católicos y no del rey, que tantas veces habia distraido á los pueblos con vanas promesas. Era esto reducir el negocio á la cuestion de la conversion del rey. Los mas leales ministros de Enrique se lo dieron á conocer, representándole que el no dar mas que vagas palabras, como habia hecho hasta entonces por término ilimitado, era suministrar armas á los mal intencionados, y dejarles tiempo para ejecutar sus malos designios de elegir un rey; y que era preciso un compromiso fijo público é irrevocable. Los confidentes de Enrique le conjuraron á que lo pensase sériamente. Toda su corte le hizo las mas vivas instancias: los señores católicos rogaron á los calvinistas que no se opusiesen; y muchos de estos no solo no se opusieron, sino que se lo aconsejaron: Rosny, tan celoso calvinista como era, fué de este número. En este cuentan tambien ministros protestantes, que consultados por Enrique, fueron de parecer de que era posible su salvacion en la comunion romana. Perron, hombre diestro y bondadoso, ganó su confianza; agradó al rey su conversacion, y se dejó arrastrar insensiblemente á conferencias metódicas que en poco tiempo adelantaron mucho su instruccion religiosa.

Estando así las cosas, los diputados católicos se volvieron á Suresne el 19 de mayo. Los liguistas tornaron á insistir sobre la necesidad de congregarse para la eleccion de un rey católico. Por toda respuesta, el arzobispo de Bourges les presenta una manifestacion del rey, en la cual asegura que está dispuesto á no dilatar mas su conversion; que se ocupa en adquirir la instruccion preliminar, y que con este objeto ha llamado los mas acreditados teólogos y obispos, así como invita desde luego para ello á cuantos quieran concurrir á obra tan meritoria. En seguida, sin dar tiempo para reponerse á los liguistas, el prelado les invita á que se ocupen cuanto antes de arreglar la paz, tomando por base del convenio la conversion del rey en un plazo determinado, sin cuyo requisito seria todo lo obrado nulo y de ningun valor.

«Nuestro monarca, añadia el arzobispo, desea con toda sinceridad que en su reconciliacion con la Iglesia tenga intervencion el Papa; pero como el influjo de los españoles en Roma hace temer dilaciones que podrian ser funestas á la Francia, cree el rey que desde luego puede darse cima á esta obra, dejando á salvo los derechos de la Santa Sede, decidido como está á dar en seguida al soberano Pontífice todas las pruebas de respeto y sumision que le deben. Y para que las dificultades de la guerra no retarden la ejecucion de tan laudable designio, ofrece S. M. una tregua general de tres meses, por mas que esta tregua suspenda sus ventajas, y sea por consiguiente contraria á sus intereses. Se lisongea de proporcionar los beneficios de la paz á su pueblo en este intervalo, durante el cual podrá tener lugar la recoleccion, la que no podrá verificarse si la guerra continúa devastando el pais.»

Al oir este discurso, los diputados de la liga, sorprendidos, no pudieron ocultar su confusion. Respondieron en pocas frases que era para ellos motivo de gozo el que Enrique de Navarra se hubiese al fin decidido á volver al gremio de la Iglesia católica; que deseaban fuese sincera esta decision; pero que no estando revestidos de poderes de sus comitentes para tratar la cuestion en el nuevo terreno en que acababan de colocarla, pedian un plazo para ir á consultar al legado, á los señores de su partido y á los Estados generales.

La indecision llegó á ser todavía mayor en el Consejo de la liga, cuando dieron cuenta de esta proposicion. Fueron tan diferentes las opiniones, que no pudo adoptarse resolucion alguna. Los realistas, antes de partir de Suresne, habian ofrecido á los liguistas copia de la declaracion del rey y del discurso del arzobispo de Bourges. Estos la rehusaron; pero el presidente Le Maitre, que estaba al frente del Parlamento de Paris, la pidió secretamente, é hizo distribuir un gran número de ejemplares en la capital. La buena fé del rey, las esperanzas que hacia concebir, y sobre todo la tregua que ofrecia, causaron notable revolucion en los ánimos. A fin de que se desearan mas las dulzuras de la paz, corrió Enrique á poner sitio á Dreux, uno de los depósitos de provisiones de Paris: tomó aquel pueblo, y logró con esta conquista hacer cada vez mas sensible la escasez en la capital.

Todo era en ella confusion. Los habitantes acomodados, el populacho, el clero, el duque de Mayena, el de Guisa y sus parientes, los diputados de los Estados, el Parlamento, el legado, los españoles, todos tenian intereses particulares, y se guiaban por miras diferentes, muchas veces contrarias, y que variaban frecuentemente de un dia á otro. Para los unos era el todo la autoridad de los Estados, que era tenida en muy poco por los otros. Salian á luz escritos sérios y jocosos, que ponian de manifiesto y ridiculizaban los planes políticos de los gefes. El mayor número se cansó de ser instrumento de agenas ambiciones, y razonó y emitió su opinion con la mayor libertad. Los eclesiásticos llegaron no solo á de-

iar de abogar en el púlpito por la liga, sino á clamar contra aquellos que se creian opuestos á entrar en el convenio.

Sin embargo de esta revolucion, los gefes no abandonaban sus proyectos, y creyeron deber aprovechar el poco calor que aun quedaba para activar la grande obra de la eleccion. Los españoles la deseaban tenazmente, así como el legado y los franceses sobornados con su dinero ó arrastrados po el fanatismo; las aspiraciones de los franceses de la liga se estendian lo mas á la exigencia de un rey católico; pero los españoles tendian, bajo pretesto de la eleccion, á invadir la Francia entera, á apoderarse de algunas provincias ó sembrar la discordia en términos que no pudiese estinguirse en mucho tiempo.

En cuanto al duque de Mayena, su conducta es casi inexplicable. Créese que no queria nuevo rey, si él mismo no habia de ser el agraciado, y que si por largo plazo suspendió la eleccion, fué para penetrar las disposiciones de los ánimos respecto á él y ver si le era posible hacer inclinar en su favor la balanza: otros opinan con alguna probabilidad de acierto, que arrastrado por el torbellino de acontecimientos de tanta magnitud, obraba sin sistema y al azar, conducta que parece mas conforme con su carácter indeciso. Sin embargo, como lugar-teniente general del reino y gefe de todas las asambleas, débensele los obstáculos con que tropezaron los agentes de España para llevar á cabo sus designios.

Antes que los liguistas diesen ninguna contestacion á los diputados realistas acerca de sus últimas proposiciones de instruccion del rey y tregua general, Feria, Taxis y Mendoza resolvieron emprender seriamente el negocio de la eleccion; demandaron á este propósito una conferencia, y fueron oidos en un consejo celebrado en casa del legado. Feria no se detuvo en miramientos ni consideraciones, y en un discurso asaz franco espuso directamente el motivo de la reunion, proponiendo á la infanta Isabel, nieta de Enrique II, que reunia en su cabeza todos los derechos á la corona de los tres últimos reyes hermanos de su madre.

En seguida, Roce, obispo de Senlis, panegirista del asesino de Enrique III, y de quien nadie hubiera sospechado que fuese capaz de abrigar en su corazon algun gérmen de sentimientos franceses, se levantó y dijo colérico: «Que principiaba á dar crédito desde aquel momento á cuanto hasta entonces habia mirado como calumniosas imputaciones de los hereges, á saber: que los españoles hacian de la religion un pretesto para llegar al logro de su ambicion; que la ley Sálica, observada constantemente en mil doscientos años, no permitia otros poseedores del trono en Francia que los vástagos varones de la familia real, y que si los españoles se obstinaban en sus planes interesados, tendrian por enemigos á el y á todos los católicos de buena fé.»

Tan brusca salida sorprendió á todos, y particularmente á los españoles. No por eso se desazonaron los franceses; mas porque no degenerase la asamblea en reunion tumultuosa, se apresuraron á calmar á Roce y á los españoles, á quienes concedieron el ser oidos en los Estados generales segun pedian. El jurisconsulto Mendoza repitió ante estos en un prolijo discurso atestado de citas y autoridades, lo que Feria habia dicho en pocas palabras ante el legado sobre los derechos de la infanta á la corona. Fué aplaudido por muchos diputados, pero no hubo deliberacion alguna.

Ocupaban todavía la atencion pública las conferencias de Suresne que marchaban con marcada lentitud. Los diputados de la liga dejaron de asistir á muchas sesiones á pretesto de indisposicion. Para mayor comodidad propusieron los realistas el fijar las reuniones en un punto mas cercano á Paris. En efecto, se designó á Roquette, casa de campo cerca del arrabal de San Antonio, y luego á Villete, al estremo del arrabal de San Martin, sin otro resultado que el poner mas y mas en evidencia la obstinacion de los liguistas y la buena fe de los realistas. Unos se negaban á aceptar todo lo que el Papa no aprobase antes, y otros ofrecian siempre la conversion del rey y una tregua general.

Los atractivos de la paz presentados al mismo tiempo que el rey hacia sus correrias por los contornos de Paris, poniendo á la vista todos los horrores y depredaciones de la guerra civil, llegaron á mover al pueblo. Un dia siguió en tropel á los diputados de la liga que iban á Villette, pidiendo á gritos la paz: mas al verlos volverse sin resolucion alguna, y sabiendo que los que se oponian á la tregua eran el legado y los españoles, estalló el descontento; formáronse grupos delante de la Casa Consistorial y en un momento todo hizo temer una sedicion. El duque de Mayena se encontraba entre dos fuegos, porque el legado, hombre violento y sin elevacion de miras, amenazaba con pedir sus pasaportes si se continuaba en tratos con un herege relapso. Las cosas, sin embargo, tomaron mejor aspecto que el que el lugar-teniente podia prometerse. El pueblo se apaciguó con las promesas que se le hicieron de que se trabajaria con ahinco en la consecucion de la paz, y se sometió á la prohibicion de reuniones de mas de seis individuos. El legado se calmó tambien al ver que el duque de Mayena se tomaba mas interés en la eleccion, objeto á que tendian todos los deseos del prelado.

Los ministros de España hicieron á este propósito una tentativa mucho mas hábil que la primera. Habian perdido terreno no solo proponiendo bruscamente á la infanta sino declarando que el proyecto de su padre Felipe II era casarla con el archiduque Ernesto, su sobrino, hermano del emperador Rodulfo II. Aunque colorasen este plan con la intencion de reunir á las fuerzas de España todas las de Alemania para sostener la eleccion, era siempre evidente que la Francia quedaria reducida á conquista de la casa de Austria, consideracion que cambió algunos pareceres y les enagenó no pocos partidarios. Despues de un maduro exámen pidieron otra audiencia y la obtuvieron en una junta celebrada espresamente en el Louvre. Declararon esta vez que si se queria nombrar á la infanta, elegiria el rey católico para casarse con ella á uno de los príncipes franceses de la casa de Lorena, con quien compartiria por igual la soberanía. Al mes de la eleccion, decian, habrá ya un fuerte ejército sobre la frontera, y dos meses despues otro, dinero, municiones, cargos y honores para los gefes y cuanto en fin puede esperarse de la gratitud del príncipe mas rico de la cristiandad.

Una corona, la boda de una jóven princesa, los tesoros de ambas Indias, el poder de la casa de Austria para sostener la empresa, todas estas consideraciones llegaron á hacer impresion en los menos ambiciosos. Los españoles, guardándose de nombrar al que habian de preferir, alimentaban la ambicion de todos. Se presentaron desde luego tres candidatos: Cárlos de Saboya, duque de Nemours, que sin mas títulos que su juventud y su cuna, entabló una negociacion con el de Mayena, su hermano uterino, para obligarle á que le fuese favorable: el cardenal de Borbon que ofrecia la union del tercer partido, y el jóven duque de Guisa, que reunia en su favor el nombre de su padre, su mérito personal y el voto general de los liguistas ardientes.

Esta maniobra de los españoles sembró la alarma en el consejo del rey. Los señores de su partido escribieron á los de la liga cartas que fueron publicadas, por las cuales se ponia de manifiesto toda la intriga de una manera capaz de desengañar á los mas ilusos. Se demostraba que la proposicion de casar á la infanta con príncipes franceses no tenia otro objeto que conseguir la eleccion, de cualquiera manera que fuese, sin perpetuar la guerra. Estos escritos causaron sensacion, llegando otro socorro no esperado en auxilio del monarca.

Recordarán los lectores la coaccion á que estuvo sometido el Parlamento de Paris despues del atentado de Bussy que arrastró á los gefes á la Bastilla. Desde entonces casi todas las deliberaciones de este cuerpo fueron dictadas por el fanatismo. Frecuentemente tuvo que robustecer con su apoyo á príncipes que aborrecia, y cuando queria elevar su voz por la patria y la justicia, los terribles ejemplos del presidente Brisson y de los consejeros Larcher y Tardif espuestos en un infamante patíbulo, sellaban los labios de los mas independientes.

Por mas que las cosas comenzasen á cambiar, habia aun demasiados motivos de temor para los pacíficos ciudadanos que querian oponer la justicia á las tenebrosas maniobras de los estrangeros. Los españoles conservaban una fuerte guarnicion en Paris. Todas las semanas distribuian granos y otros víveres á mas de cuatro mil padres de familia de la plebe, dispuestos á llevar á sangre y fuego cuanto sus bienhechores les mandasen. Aun en las compañías de la milicia cívica habia personas de buena fé que imbuidas de antiguas prevenciones hubieran sacrificado sus bienes y su vida por los españoles, á quienes miraban como el sosten de la religion católica.

En estas circunstancias pues, aquel Parlamento tan tímido hasta entonces, impelido como por una súbita inspiracion, se reune, delibera y publica en fin el 28 de junio el célebre acuerdo por el cual dispone que Juan Le Maitre, presidente, acompañado de cierto número de consejeros, se aviste con el lugar-teniente del reino, y á él y mas señores congregados al efecto les hagan saber que está dispuesto, en virtud de la suprema autoridad que egerce, á adoptar cuantas medidas sean necesarias para que bajo pretesto de religion no se coloque en el trono á ninguna familia estrangera, y á que no se lleve á cabo tratado, pacto ó convenio alguno, cuya tendencia fuera colocar la corona en las sienes de príncipe ó princesa estrangeros, declarando ademas los dichos tratados, si algunos estuviesen ya concluidos, nulos, contrarios á la ley Sálica y á las demas fundamentales del reino.

Estas representaciones fueron hechas con la mayor firmeza. El duque de Mayena pareció sorprendido. Calificó de atentado á su autoridad y de injuria personal un acuerdo dado en su ausencia y en cuestion tan grave, amenazando con anularlo. El presidente Le Maitre sostuvo con dignidad los fueros del Parlamento. Demostró que no habia en ello abuso de poderes, é hizo hábilmente conocer al duque de Mayena que lejos de darse por ofendido debia estar muy satisfecho por un acuerdo que le ponia al abrigo de impor-

tumas exigencias, y que le impedia tomar parte en algunos manejos indignos de su cuna y su carácter. Aparentó Mayena quedar satisfecho con estas esplicaciones. Algunos historiadores aseguran que estaba en inteligencia con individuos del Parlamento, y que cuanto se hizo en esta ocasion fué con consentimiento suyo.

Pero es mas verosimil que no tuviese Mayena conocimiento alguno de esta deliberacion, la cual fué propuesta y llevada á término con grande habilidad y no sin trabajo por Miguel de Marillac, consejero de la segunda cámara, y que fué despues guarda-sellos. El acuerdo fué dado en pos del informe de Eduardo Molé, que egercia entonces funciones de procurador general. Habló, dice un autor contemporáneo, *con mucha energía* al duque de Mayena. «Mi vida, le dijo, y mi fortuna estan á vuestra disposicion; pero soy verdadero francés, y antes de dejar de serlo sabré perder una y otra.»

Por mas fulminante que fuese este acuerdo, no consiguió desalentar á los emisarios españoles. Decididos á obtener una eleccion á pesar de todos los obstáculos, no abandonaron la empresa. Viendo que la proposicion de la infanta sola no agradaba, que menos habia gustado la del archiduque Ernesto con ella, y que no hacia fortuna tampoco la de casarla, una vez elegida, con un señor francés que Felipe designase, propusieron por último y de buena fé al duque de Guisa para compartir con ella el tálamo y el trono. Mayena creyó que esto seria un nuevo juego y rehusó entrar sobre ello en esplicaciones, suponiéndoles sin poderes al efecto; pero le enseñaron el consentimiento, por escrito, de su amo, é inmediatamente quisieron arreglar las condiciones. Pedian que los Estados confiriesen el trono á los dos esposos sin division ni preeminencia, *in solidum*; que la infanta, casándose con el duque de Guisa, tuviese como dote la soberanía de la Bretaña; y que si llegaba á morir el duque sin hijos varones, pudiese luego la infanta enlazarse con un señor francés á su eleccion. Todos los partidarios de España encontraban tan razonables estas condiciones, que no dudaban fuesen aceptadas por los Estados, sucediendo que por muchos dias llegó á estar rodeado el duque de Guisa de una corte real, quedándose como abandonado el de Mayena.

Este triunfo de teatro no fué muy duradero. Luego desilusionó Mayena á su sobrino. Despues de demostrarle que los españoles le engañaban con la perspectiva de un matrimonio que serian dueños de concluir ó romper segun les conviniese, le añadió: «No creais que el duque de Lorena y los demas príncipes de nuestra casa consientan en una eleccion que los pondrá bajo la dominacion de Felipe. Vereis como los Estados protestantes de Alemania, Inglaterra y casi todos los franceses se sublevarán contra este proyecto; y lo menos que podrá suceder será que comience de nuevo la guerra con mas encarnizamiento, y dividiéndose la liga, sucumbais víctima de la política española.»

El jóven príncipe aparentaba escuchar con docilidad las razones de su tio; pero daba á conocer al mismo tiempo que el brillo de la corona habia fascinado su imaginacion. Catalina de Cleves su madre, su tia la duquesa de Montpensier, todos los aduladores que le rodeaban le animaban á sostenerse. Su tio Mayena conoció que no era bastante la persuasion para arredrarle, y resolvió imponer tan duras condiciones que los españoles no las pudiesen aceptar. Desde luego les encareció su gratitud por sí y á nombre de todos los príncipes de su casa por el honor que Felipe queria dispensar á su sobrina. En seguida hizo las siguientes proposiciones: «La eleccion quedará secreta hasta consumado el matrimonio, no publicándose hasta que yo lo diga. Llegando á morir la infanta sin hijos varones, será solo rey el duque de Guisa. Si fuera este el que faltase antes, la infanta no podrá casarse sino con un príncipe de la casa de Lorena, el que elijan los demas. Si ella no tuviese sucesion, el mayor de los Guisas será el heredero. Los franceses serán esclusivamente admitidos á los cargos públicos y dignidades. Se me dará en soberanía perpétuamente para mí y mis hijos los gobiernos de Borgoña y Champaña, mis posesiones hereditarias, el principado de Joinville, Vitry, Saint-Dizier, una pension anual de cincuenta mil escudos, y desde luego garantía de ochocientas mil libras que he de recibir en varios plazos.»

Creia Mayena que los españoles á vista de exigencias tan desmesuradas, romperian ruidosamente la negociacion; mas con grande asombro suyo concedieron todo. Se dice que despechado, antes que ver rey á su sobrino se decidió á resucitar el tercer partido. Desgraciadamente para él, estaba ya el cardenal de Borbon atacado de la dolencia que poco tiempo despues le llevó al sepulcro, y lejos por consiguiente de poder secundar con alguna actividad por su parte los manejos del lugar-teniente general. Encontrábase apremiado por todos lados; tenia que hacer frente á los estrangeros, á los franceses y á su propia familia. Su madre le conjuraba á que ayudase á subir al trono á su nieto: la duquesa de Montpensier le hostigaba tambien; mas una objecion presentada en la asamblea le sacó del apuro.

Habíase comprometido á proponer la eleccion, y así lo hizo en efecto, pero de manera que dejaba entrever el deseo de ser contrariado. La Chatre, uno de los mariscales de su creacion, de acuerdo con él á lo que parece, se levantó y representó que nada seria mas imprudente que la eleccion de un rey sin tropas para apoyarla, mientras Enrique cuya abjuracion parecia infalible estaba al frente de un brillante ejército; que convenia aceptar cuanto antes la tregua de que tanta necesidad habia. Este razonamiento pasó de boca en boca: aprobólo el mayor número, y se decidió aplazar la eleccion.

Los Estados se reunieron con la mayor pompa en el Louvre el 4 de julio. Se invitó á los embajadores de España á que asistiesen. El presidente agradeció solemnemente á Felipe en sus personas cuanto habia hecho por la causa comun, y les entregó una carta en tal sentido para su amo, en la cual se decia ademas, que las circunstancias no permitian proceder á la eleccion; pero que los Estados no renunciaban á ella y le suplicaban hiciese avanzar cuanto antes su ejército, á fin de evitar que el enemigo los compeliese á un arreglo desventajoso. Los ministros españoles respondieron tambien por escrito, afectando desinterés, que el rey solo habia tenido por móvil de sus sacrificios el bien de la Francia; que sentia no efectuara desde luego la eleccion de un rey cuyo poder pusiera coto á tantos males; y que siempre estarian dispuestos á ayudar á la Santa Union con sus buenos oficios.

Una salida de este género, aparte la gravedad de los sucesos, dió á los Estados un viso de ridiculez que no pasó desapercibido á los satíricos de aquel tiempo. Los que mas se aprovecharon de ella fueron Le Roi, canónigo de Rouen y limosnero del cardenal de Borbon, Nicolás Rapin, Passerat, Pithou y Florencio Cretien, autores del libro intitulado *Catolicon de España* ó *Sátira Menipea*. Es esta una relacion burlesca de aquellos Estados con descripciones, arengas y alegorías que ponen de manifiesto el carácter y los secretos resortes de los autores principales. El estilo, aun despues de doscientos años, no ha perdido nada del primitivo interés, y por poco que el lector esté al corriente de los sucesos á que alude se lee todavía con placer esta obra. Entonces hizo una profunda sensacion, y se dice que el ridículo que echó sobre la liga contribuyó mas á su ruina que las conquistas de Enrique IV.

Este príncipe despues de muchas espediciones militares que inspiraban cada vez mas á los pueblos un ardiente deseo de disfrutar la paz, se trasladó el 9 de julio á Mantes donde por su órden se habian reunido bastantes obispos y teólogos, no solo de los que seguian su partido sino de los mismos de la liga. Invitados á contribuir con sus luces á la instruccion del rey, no creyeron deber abstenerse de ella por las amenazas y prohibiciones del legado, que tanto por sí, como por medio de sus emisarios trabajaba para que no le fuese concedida al rey la absolucion.

El cardenal de Plasencia quería que la Sorbona calificase de hereges á los eclesiásticos que habian correspondido á la invitacion del rey y que fuesen declarados revocables sus beneficios. Bajo este principio hizo procesar á José Foulon, abad entonces de Santa Genoveva. Los facciosos le espiaban mucho tiempo habia, porque su conducta les era sospechosa. Su casa en efecto, habia sido el punto de reunion de los descontentos de la liga. Fueron encontradas en ella varias cartas escritas á los partidarios de Enrique, en las cuales el abad manifestaba su contento por la conversion del rey. El legado se empeñó en ver en esta correspondencia un crimen de lesa magestad divina y humana, é hizo arrestar al presunto culpable, señalándole por jueces los mas determinados liguistas que siguieron el proceso con la mayor precipitacion. Recusó aquel la jurisdiccion ordinaria, y apoyado en las inmunidades de su Estado, protestó contra tal abuso. Los amigos de Foulon que lo eran en gran número y distinguidos, le aconsejaron que se fingiese enfermo; y con este pretesto pidieron se le dejase bajo caucion hasta su restablecimiento. El abad salió de la prision y se refugió al lado del rey, cuya conversion hizo olvidar entonces todos los demas asuntos.

Los prelados, doctores y teólogos reunidos por el rey, decididos á sobreponerse á antiguas dificultades, habian resuelto recibir su abjuracion. Exigieron, que una vez hecha enviase el rey al Soberano Pontífice una solemne embajada á pedir la absolucion. Enrique se comprometió á ello. Para hacer mas solemne su reconciliacion con la Iglesia, no pudiendo tener lugar la ceremonia en Paris, se trasladó la corte á San Dionisio, que solo está á dos leguas de la capital. Habíase preparado con una magnificencia régia cuanto podia dar pompa y brillo á este acto. El legado no quiso desperdiciar esta ocasion de aguar cuanto pudiese la funcion. Hizo publicar un escrito diciendo en sustancia que Enrique que se llamaba rey de Francia y de Navarra, herege relapso, impenitente, gefe y público apadrinador de hereges, solo podia ser absuelto por el Papa. En consecuencia declaraba nulo cuanto hiciesen los prelados realistas, y conjuraba á los católicos á no fomentar con su conducta un cisma funesto. En fin, les advertia caritativamente que siguiendo en aquella senda, incurrian en las censuras y perderian los títulos, beneficios y dignidades que poseian en la Iglesia católica. El duque

de Mayena por su parte prohibió la salida de Paris á todo el mundo el dia de la abjuracion, y colocó guardias en las puertas.

Estas precauciones no impidieron que el domingo 25 de julio, dia señalado para la ceremonia, asistiesen á San Dionisio multitud de parisienses. Unos habian previsto la prohibicion, y otros se habian evadido franqueando las fortificaciones. A las ocho de la mañana, el rey vestido de blanco acompañado de un numeroso cortejo de príncipes, señores y caballeros, se trasladó al templo. El arzobispo de Bourges rodeado de muchos prelados le esperaba á la puerta y con el libro de los Evangelios en la mano dice al rey: «¿Quién sois? ¿Qué quereis?—Yo soy el rey Enrique, responde este, y pido ser admitido en el seno de la Iglesia católica.—¿Lo deseais sinceramente?—Con toda mi alma, replica el rey, y poniéndose de rodillas jura en manos del arzobispo, vivir y morir en el seno de la Iglesia católica-apostólica-romana; ser su escudo aun á riesgo de su vida, y renunciar á todas las heregías que le eran contrarias.

Presenta acto continuo al prelado una profesion de fe escrita de su mano; entra en el templo y se dirigió al altar mayor que besó y allí repitió las mismas protestas. Entónase el *Te-Deum*. El pueblo transportado de júbilo confundió con los ecos del himno sagrado repetidas aclamaciones de *¡Viva el rey!* Al mismo tiempo Enrique recibia la absolucion del arzobispo bajo un dosel colocado junto el altar. Oyó la misa de pontifical y comió despues en la abadía. Por mas que la rabia de los liguistas debiese inspirar sérios temores, quiso el rey que se permitiese la entrada á todos. Tan grande fué la concurrencia, que era de temer se hundiese el tablado que se colocó para los asistentes. Terminó la ceremonia con un sermon patético que pronunció el arzobispo de Bourges, y el monarca se retiró despues de vísperas.

Al mismo tiempo que tan agradable sensacion hacia en San Dionisio la abjuracion del rey, daban á Paris los liguistas un espectáculo escandaloso. No hubo invectivas de que los predicadores no colmasen á Enrique y á los cooperadores de su conversion. Todavía existen en nuestros dias los sermones que Juan Boucher, cura de San Benito, pronunció en esta ocasion por nueve dias consecutivos en la Iglesia de San Mery. Pretende probar en ellos que la conversion del Bearnés es fingimiento é hipocresía, y que su absolucion dada contra los cánones es una cábala infernal.

Mas el pueblo escuchaba con indiferencia estas declamaciones. Habíase querido persuadirle que nunca debia transigir con el herege, y él ansiaba de veras la paz fuese cualquiera el orígen de donde procediese. Era importante para el rey suspender las alarmas de la guerra, á fin de familiarizar con la obediencia á los súbditos que nuevamente se habia conquistado con su conversion. El duque de Mayena, tambien sin dinero, sin tropas y casi sin partido, no tenia otro recurso que una suspension de armas para ganar tiempo y reanudar sus lazos con la corte de España. Todos pues entraron en una tregua que debia durar tres meses, á contar desde el 1.° de agosto.

Solo el legado mostró descontento. El duque de Mayena le satisfizo haciendo renovar el juramento de union en los Estados que duraban todavía. No habiendo podido alcanzar cuanto hubiera querido, aspiraba á lo menos el prelado romano á hacer recibir en Francia el Concilio de Trento. Se adoptó un medio singular de satisfacerle sin necesidad de acudir á los Estados. El lugar-teniente general los prorogó hasta el mes de setiembre, autorizando á los diputados para retirarse hasta aquella época: en seguida de esta declaracion se presentó el legado ante los mismos diputados. Se leyó á su vista un decreto para la recepcion pura y simple del Concilio de Trento; con lo cual se logró que el cardenal Pellevé pronunciase un discurso de gracias á los Estados. Se trasladó en seguida con los diputados á la Iglesia de San German de Auxerre, y se cerraron despues dichos Estados.

Desde San Dionisio escribió el rey á los parlamentos y á los gobernadores de las provincias, participándoles su conversion y la tregua general. Nombró embajadores en Roma al duque de Nevers, á Claudio de Angennes, obispo de Mans, y á Seguier, dean de la catedral de Paris, á quienes hizo preceder de un noble llamado Brochard de La Clielle, encargado de preparar el terreno y allanar dificultades. Evacuado todo esto, dejó Enrique á San Dionisio á fines de agosto. Un mes hacia que tenia la satisfaccion de verse colmado de bendiciones por parte de los parisienses, que disfrutaban de las ventajas de la tregua general. El deseo de respirar libremente despues de haber estado tanto tiempo encerrados, les llevaba á los pueblos de las cercanías y á las aldeas. Encontraron á sus parientes y amigos del partido realista. Felicitábanse con mutuos abrazos por esta reunion, aunque pasagera, y hacian sinceros votos por que se perpetuase. Los partidarios del rey nunca dejaban de hacer mencion en las conversaciones de la bondad del rey, su carácter apacible, su solicitud por sus pueblos; y cuando la curiosidad ú otros fines llevaban á algunos liguistas cerca de él, nunca se retiraban, por poco que su rango los recomendase, sin ir colmados de atenciones que agradaban á los mas prevenidos y ganaban los corazones. Veíase así en la benevolencia del rey y la satisfaccion del pueblo el gérmen de los buenos dias que siguieron.

Pero estas esperanzas, apenas concebidas, estuvieron á punto de ser frustradas por el horrible atentado de Pedro Barriere. Este desdichado, sin otro motivo que el disgusto de la vida y la idea de llevar á cabo una accion que los fanáticos le habian representado como meritoria á los ojos de Dios, concibió el espantoso plan de asesinar al rey. Afortunadamente se franqueó con un dominico que le denunció, dando indicios tan seguros, que el malvado fué preso cuando se disponia á la ejecucion del crímen. Fué ajusticiado, sin que Enrique permitiese se hiciesen pesquisas para descubrir los cómplices.

La liga para sostenerse, necesitaba acudir á tan detestables maquinaciones. Surgian desavenencias entre los mismos á quienes los vínculos de la sangre debian unir mas estrechamente, porque no mirando cada uno mas que á su interés, queria sacar de su cargo público cuanto en beneficio propio le fuese posible. El duque de Mayena escarmentó á los gefes infieles en la persona de su hermano uterino, el duque de Nemours, que queria formarse una soberanía con el Lionesado, donde estaba de gobernador. El lugarteniente general le hizo arrestar y retener encarcelado en Pierre-Encise; pero este castigo apenas hizo impresion en los demas. Algunos que separándose ó secundando débilmente las intenciones de la liga, obraban por su cuenta, se aprovecharon de la tregua general y ajustaron paces particulares. Así la guerra que devastaba con furor todo el reino al principio del año, fué poco á poco estinguiéndose en todas las provincias. Esta calma facilitó la administracion del pais y el limpiar los caminos de los bandidos que los infestaban. Se respiraba en fin despues de tantos desastres; pero los tres meses de la tregua se deslizaban rápidamente. El duque de Mayena solicitó una prorogacion que toda la Francia ansiaba, y que el rey concedió por un mes, que estendió despues á dos mas.

Esperaba en este intervalo noticias satisfactorias de Roma. La política hacia una especie de guerra, cuyo fin no vió Enrique sino despues de dificultades harto mas embarazosas que una guerra verdadera. Diputados de la liga, agentes españoles, escritores pagados, todos, hasta los calvinistas, se habian conjurado para impedir el acceso al trono pontifical á los embajadores del rey. Publicaban que su conversion era una superchería, y los mas fanáticos llegaban á asegurar que el mismo Papa no tenia derecho, aun cuando fuese sincera, para darle la absolucion. Arnaldo de Ossat, poco conocido entonces, pero á quien su participacion en este negocio ha asegurado un rango distinguido entre los negociadores mas hábiles, encontrándose á la sazon casualmente en Roma, hizo por sí solo frente largo tiempo á estos diferentes agresores. Refutaba las noticias falsas, propalaba las verdaderas, y tan incansable era en su celoso afan, que llegó, aunque sin carácter oficial, á llamar sobre sí la atencion del Papa, que de él quiso sacar las aclaraciones que necesitaba sobre la Francia.

En tal punto estaban las cosas cuando La Clielle llegó á Roma. Era portador de cartas dirigidas á Serafin Olivier, auditor de la Rota. El rey le recomendaba que proporcionase cuanto antes á su enviado una audiencia del soberano Pontífice. Serafin, instruido de las prevenciones de Clemente VIII, no encontraba tan fácil este encargo como Enrique presumia; mas el deseo de complacer al rey le hizo tentar fortuna. Tenia Serafin un carácter jovial, una conversacion amena y agudezas que eran muy del agrado del Papa. Preséntase un dia á él con ocasion de otros asuntos que iba á someter á la decision del Pontífice, y haciendo recaer diestramente la conversacion sobre la Francia, dice á Clemente con la mayor sencillez y sin mostrar interés alguno, que habia recibido cartas del rey, y que se creia en el deber de enseñárselas. El Papa que no estaba prevenido, se encontró perplejo al principio, y le dijo despues que no queria recibirlas de un herege. El auditor insiste, Clemente se irrita; mas Serafin, sin demudarse, tomando unas veces un tono de burla y hablando sériamente otras, venia á parar siempre en las cartas. «En fin, le dice, aun cuando fuera el diablo el que pidiera el convertirse, vuestra Santidad no podria dejar de oirle.» A esta ocurrencia se sonrió el Papa, y se entretuvo escuchando los chistes de que echaba mano Serafin para distraerle. Atreviéndose cada vez mas éste á medida que se atraia la benevolencia del Papa, llegó á pedirle que concediese una audiencia al caballero portador de aquellas cartas. «Vuestra Santidad, le decia el auditor, no corre riesgo alguno de comprometerse. Puede muy bien recibirle como á un particular cualquiera á quien concede este honor, y con quien casualmente habla de los negocios de Francia.»—«Ya lo pensaré,» respondió el Papa; y en la tarde de aquel dia avisó Ossat á La Clielle que estuviese prevenido, y que á pesar de la recepcion áspera que tuviese no se desconcertase.

A la siguiente noche un camarero del Papa fué á buscar á La Clielle en una carroza cerrada, y le condujo ante Su Santidad. La Clielle siguió los consejos que le habian sido dados. Prosternase á los pies del Pontífice, y comienza á hablarle de parte del rey. El Papa

se hace el sorprendido, y aparenta querer interrumpirle; mas La Clielle continúa impávido, y le presenta las cartas de su amo. Clemente se niega á tomarlas con apariencias de enfado: La Clielle las deja sobre una mesa y se retira respetuosamente. A la mañana siguiente fué presentado al cardenal Toledo. Este prelado era muy estimado del Papa. Habia sido jesuita, y aunque español de nacimiento, se mostró durante todo el curso del negocio muy favorable á Enrique. En esta primera audiencia respondió obstinadamente el cardenal á todos los ruegos de La Clielle, que habiendo vuelto el rey á la heregía despues de haber sido ya absuelto una vez, el Papa no podia escuchar sus súplicas; mas unió á tan dura respuesta algunas promesas, é hizo que le digese Ossat que diese buenas esperanzas al rey; que mostrase una verdadera conversion perseverando en la fé católica, y que no se estrañase de lo que sucediese al duque de Nevers, pues el soberano Pontífice, á pesar de las apariencias, no tenia en el fondo otro designio que absolverle.

Nada menos que estas seguridades eran precisas para hacer soportar al rey el modo con que se trató á sus embajadores. Apenas el duque de Nevers puso los pies en Italia, mandóle á decir el Papa que no seria de manera alguna recibido como embajador de un rey que él no reconocia. Se le hizo saber que solo tenia diez dias de permiso para permanecer en Roma, y que se le prohibia ver á los cardenales. Entró pues en la ciudad eterna como simple particular. Pudo lograr, sin embargo, cinco audiencias públicas, en las cuales habló siempre como enviado del rey, por mas que el Papa aparentase responderle como á duque de Nevers simplemente.

Cuanto la conviccion de obrar por una buena causa y el deseo de estinguir la guerra, de salvar á un pueblo desgraciado, de desenmascarar la maldad é hipocresía pueden inspirar, fué empleado por el duque de Nevers para obligar al soberano Pontífice, y siempre sin resultado. No encontró mejor acogida en las conferencias particulares, ni aun con el cardenal Toledo. Apremiado un dia este por las objeciones del duque y no teniendo ya que responderle, se echó á reir: «Reios, le dice el embajador alterado; reios ahora, señor, porque tiempo llegará en que verteremos lágrimas en abundancia y en que los alaridos de los desgraciados franceses llegarán hasta vos.»

En fin, agobiado por la tristeza que le consumia á causa del mal éxito de su embajada, se preparaba á abandonar á Roma. En su última audiencia, que tuvo lugar el 10 de enero, hizo al Papa una pintura de los males que su inflexibilidad iba á acarrear: le indica los mas ardientes deseos de poder convencer en su presencia á los liguistas de la pureza de intencion del monarca, y le pidió, á lo menos, que prescribiera las condiciones con que concederia la absolucion. Nevers ofreció dejar á su hijo en rehenes hasta su cumplimiento.

Sus dos cólegas de embajada, Angennes, obispo de Mans, y Seguier, dean de la catedral de Paris, trabajaban tambien por su lado en allanar dificultades; pero como eran eclesiásticos se encontraban envueltos por obstáculos que no habian esperado. El Papa no quiso admitirlos sin que se presentasen ante el cardenal inquisidor á dar cuenta de su conducta en la absolucion del rey. Tomaron esto por una afrenta como ministros públicos que no podian tolerarla. En vista de su negativa á comparecer privadamente ante el inquisidor, da el Papa órden para que los citen al tribunal. A esta noticia Nevers, fuera de sí, pónese en medio de sus dos cólegas y atraviesa Roma en mitad del dia, amenazando con matar con su propia mano al osado que ejecute órden tan injuriosa, y sale con ellos sin que nadie se oponga á su paso.

Esto sucedió á mediados de enero. Llegó por este tiempo la embajada de la liga, compuesta de un cardenal, un baron y un abad. Asi como el rey habia hecho preceder la suya por Clielle, el duque de Mayena envió tambien con anticipacion un agente secreto de su confianza llamado Montorio. «Llevaba, dice el arzobispo de Lion, en sus manos vientos para forjar nuevas tempestades.» No era esto seguramente lo que habian dado á entender al rey los que con él se interesaban por el duque de Mayena. A creerles, no tenia otro objeto mandando diputados á Roma que obligar al Papa á la paz. «Mas, decia el mismo arzobispo, el duque de Mayena aparentaba tener los brazos y los pies fuera de la liga, y estaba en realidad su corazon mas comprometido que nunca.»

Asi, lejos de trabajar por una reconciliacion, la embajada de la liga se ocupaba solo en justificar las operaciones de su partido, en dar á sus faltas el viso de males necesarios y mostrar sus negocios bajo el mejor punto de vista para obtener del Papa tropas y dinero. Pero este aire de confianza no logró seducir al soberano Pontífice. Difirió este la respuesta bajo varios pretestos, dándola al fin llena de ambigüedad. Dijo que necesitaba saber el rumbo que tomaba la España, y que la guerra de Hungría contra los turcos le costaba mucho. Por último, llegó á mostrar tan poco interés, que los embajadores escribieron al lugar-teniente general que no debia contar con él.

No le era mas favorable la respuesta de España. Frustrada la esperanza concebida por su corte de poner á la infanta en el trono, ya no entraba con el mismo ardor en las miras de la liga. El rey, por una astucia singular, llegó á enterarse de todo por el mismo Mayena. Los realistas despues de los Estados de Paris habian preso á un hombre conductor de pliegos para Felipe. Por sus credenciales y declaracion se conoció que no era solo un simple correo, sino un agente de confianza, portador de palabras secretas, autorizado para ser recibido, y cuya fisonomía era desconocida á aquellos con quienes debia entenderse. En tal seguridad, La Varenne, empleado ordinariamente por Enrique en sus mensages secretos, tomó el nombre, cartas é instrucciones verbales que pudo sacar del prisionero: parte pues á España, conferencia con los ministros y se apodera de sus secretos. Hácese presentar á Felipe, con quien sostiene impávido conversaciones del mayor interés. Como quisiese obtener una segunda audiencia, los que velaban por su seguridad le advirtieron que acababa de llegar un correo de la liga. La Varenne sale con toda precipitacion y llega a la frontera momentos antes que los emisarios encargados de prenderle.

Supiéronse así los misterios del gabinete de Felipe. Prometia siempre socorrer á la liga, pero daba á conocer su disgusto por no haberse verificado la eleccion, y que si seguia obrando era ya menos por miras personales que por fomentar la guerra. No era ya de temer que quisiera ceñirse la corona de Francia, y si únicamente que tratase de separar las provincias que le eran particularmente adictas. Enrique IV se apresuró á concentrar sus fuerzas para hacer frente al enemigo.

El monarca al prolongar la tregua dió una declaracion que logró el mejor éxito. Exhortaba á los pueblos á entrar en el deber y á reconocerle por rey, prometiendo entregar al olvido todo lo pasado. Confirmaba todos los fueros y privilegios y daba una amnistía general: pero al registrarla el Parlamento de Tours, esceptuó los cómplices de Jacobo Clement y de Barriere. A tal invitacion se rindieron pueblos y provincias enteras. Luis de Hopital, baron de Vitry, gobernador de Meaux, habia dado, desde fines del año anterior, uno de los primeros el ejemplo de sumision. El rey le demostró su reconocimiento y colmó de beneficios á los habitantes. Vió entrar en su obediencia en poco tiempo á Lion, Orleans, el Parlamento de Aix, casi toda la Picardía y gran número de señores, entre ellos Villeroy, que entonces abandonó sinceramente la liga. Reims, que mucho tiempo hacia estaba sujeta á los Lorenas, era aun guarnecida por tropas de la liga, lo que impidió allí la consagracion del rey. Eligió la ciudad de Chartres para esta ceremonia, que se verificó el 27 de febrero, trasladándose en seguida á San Dionisio.

Las cercanías de Paris eran elegidas con preferencia por la corte, con el objeto de aprovecharse de alguna oportunidad favorable que no debia tardar en el estado á que habian llegado las cosas. Los gefes dudaban si les convenia mas la guerra ó la paz, y el pueblo estaba indeciso. El duque de Mayena habia pedido otra próroga de la tregua; mas no habiendo agradado las condiciones que se imponian ni á él, ni al legado, ni á los españoles, se tenia ya por declarada la guerra aun cuando no habia hostilidades. Por mas soportable que fuese esta situacion comparada con las pasadas turbulencias, los parisienses que temian la reaparicion del azote murmuraban abiertamente. El Parlamento los apoyaba. El conde de Belin, gobernador de Paris, estaba tambien por la paz, segun se creia, sospecha que dió motivo á que el duque de Mayena le obligase á dimitir. Como el tino de su justa administracion le habia grangeado el aprecio público, su retirada que se conoció no haber sido voluntaria, escitó grandes quejas.

Hubo á este propósito representaciones del Parlamento al lugarteniente general. Se le recordó que cuando habia sido elevado á esta dignidad prometió no hacer nada sino de acuerdo con este tribunal, y que sin embargo muy recientemente habia rechazado por sí solo una tregua propuesta y separado á un gobernador que tenia las simpatías de la capital. Se le dió al mismo tiempo á entender que el Parlamento estaba dispuesto á adquirir un conocimiento mas exacto y minucioso de los negocios públicos.

Mayena conoció que si permitia procedimientos de este género se minaba su autoridad; en consecuencia, siguiendo el consejo de los españoles y del legado, reforzó las guardias y mandó patrullas, como si hubiese que temer alguna revolucion. No tuvo á mengua el reanimar los restos de la odiosa faccion de los *Dies y Seis*, que él mismo habia hundido. Con la ayuda de estos malvados y de los *medidores*, gente del mas abyecto populacho, así llamados porque les daban cada semana los españoles una medida de trigo á cada uno, pensó el duque tener á raya á los habitantes. Para mayor seguridad desterró á aquellos que le eran mas sospechosos, y el 24 de enero nombró gobernador en lugar del conde de Belin al autor de las barricadas bajo Enrique III, Cárlos de Cossé, conde de Brissac, á quien pensaba encontrar mas leal.

Así que este se puso al frente del mando de Paris, mas prudente que su bienhechor, trató de trabajar en pro de su fortuna. Despues

de concertarse con el preboste de los mercaderes Lhuillier, el regidor Langlois, el primer presidente Le Maitre, el procurador general Molé y algunos otros, entabló una negociacion secreta por la mediacion de Francisco de Epinay de San Luc, casado con una hermana suya, al que veia en los arrabales de Paris á pretesto de negocios de familia. Se convino en una amnistía general; Paris debia conservar todos sus privilegios; los posedores de todo cargo



Muerte del presidente Brisson.

ó empleo debian continuar en su goce en prestando al rey juramento de fidelidad; la guarnicion francesa y estrangera podria retirarse á donde mejor le pareciese; el conde, en fin, debia recibir doscientos mil escudos, una pension de veinte mil francos y la confirmacion de la dignidad de mariscal de Francia que le habia conferido el duque de Mayena. Madama de Nemours, madre del duque de Mayena, llegó á sospechar estos manejos y lo advirtió á su hijo. Sea confianza ciega en Brissac ó deseo de interesar su honor y delicadeza, el lugar-teniente general le participó el aviso que acababa de recibir, y el gobernador le tranquilizó con protestas de una lealtad de que estaba muy distante.

Madama de Nemours queria que su hijo sacase partido de su posicion en Paris para tratar ventajosamente con el rey; pero Mayena no podia abandonar de improviso sus ilusiones y separarse de la espectativa de un trono, sin echar antes mano de todos los medios de resistencia. Creia por otra parte que despues de sus declaraciones públicas no podia honrosamente entrar en tratos con el rey antes de que el Papa diese la absolucion al monarca. Resuelto á ver en qué quedaban las promesas de los españoles, se dispuso á ir á recibir en la frontera de Champaña las tropas que Cárlos de Mansfeld, hijo de Pedro Ernesto, le llevaba, y á tener al paso una entrevista con los príncipes Lorenas, sus parientes, á fin de adoptar de comun acuerdo una resolucion definitiva.

En los momentos de su partida demostró Mayena una vacilacion en que alternaban el temor y la confianza. No solo toleró contra lo dispuesto en órdenes suyas, sino que promovió en secreto una asamblea de los *Diez y Seis*. Vió con júbilo el juramento con que estos hombres sanguinarios se comprometian á no sufrir jamás que entrase en Paris el rey de Navarra. La mañana misma en que tuvo lugar esta asamblea, hizo decir Mayena al parlamento, que estaba muy disgustado de tal audacia, que la asamblea se habia celebrado contra su voluntad. Dos dias despues convocó á los capitanes de los cuarteles, les recomendó la obediencia al gobernador y anunció su viage; prometió una vuelta pronta, y añadió que como prenda de su palabra les dejaba allí cuanto le era mas querido en el mundo, su mujer y sus hijos; mas al siguiente dia 6 de marzo los llevó consigo: de esta manera Brisac quedaba árbitro de la capital.

No le era difícil entenderse con el rey, y estaba harto seguro de obtener cuanto deseaba á cambio de Paris. La dificultad procedia de los liguistas. Era necesario tapar los oidos y fascinar las miradas de tantos como estaban vigilantes contra una sorpresa, á hombres capaces á la menor sospecha de clavar el puñal y sepultarse en las ruinas de su patria. Oiase á los predicadores sediciosos deplorar la debilidad de los liguistas y echar de menos los dichosos tiempos en que nadie sin peligro de su vida se hubiera atrevido á arriesgar una sola palabra contra la Santa Union. Un fraile saboyano llevó su fanatismo hasta exhortar desde el púlpito á sus oyentes á un degüello general de realistas, prometiéndoles el paraiso en recompensa de tal barbárie. Cuanto mas débiles eran los *Diez y Seis*



Entrevista del duque de Mayena y de los enviados de España.

y los españoles, crecia en los últimos dias su arrogancia. Veíaselos andar armados por las calles, ponderar mucho las fuerzas y el valor de sus partidarios y hacer alarde, para imponer mas, de los almacenes de armas que tenian y sobre todo de las minas y subterráneos donde la pólvora y otros combustibles convertirian en ruinas la capital, bajo las que se sepultarian ellos mismos si de otro modo no podian impedir á Enrique la entrada.

Las gentes honradas estaban consternadas y temian un arranque de desesperacion por parte de estos furiosos. Se creyó en tal peligro deber implorar públicamente el socorro divino. A este efecto hubo el 17 de marzo una procesion general, en la cual se sacaron las reliquias de Santa Genoveva. Brissac caminaba siempre hácia su proyecto, sin precipitar ni detener su marcha. Se condujo con la mayor prudencia en circunstancias tan delicadas. Para impedir el uso de armas y los sermones y asambleas sediciosas, se valió de la autoridad del Parlamento. En cuantas ocasiones era preciso obrar contra los facciosos, se apoyaba en sus decisiones, que mitigaba en algunas circunstancias á fin de alejar toda sospecha. Con tal conducta, si no ganaba una entera confianza, encubria al menos sus designios. A pretesto de escoltar un convoy que le enviaba el duque de Mayena, menguó hábilmente la guarnicion española y colocó en los puestos mas importantes las tropas de que estaba seguro.

En fin, dispuesto ya todo en la tarde del 21 de marzo, junta Brissac en casa del preboste de los mercaderes todos los coroneles y capitanes de cuartel. Débese recordar que despues del escarmiento de los *Diez y Seis* ocupaban estos cargos los ciudadanos mas distinguidos. El gobernador entera á los que lo ignoraban, y repite á los que ya lo sabian todo lo que se proyectaba: señala á cada uno su puesto, y da sus instrucciones para el caso de sedicion. Dadas estas órdenes, los envia á sus cuarteles, y vigila por sí mismo sobre todo.

Dícese que recelosos los agentes españoles, sin embargo de la confianza que debian tener en el gobernador, habian mandado en su seguimiento dos oficiales y algunos soldados, encargados de asesinarle en el momento que sintiesen algun ruido por la parte esterior. Afortunadamente las tropas del rey, que llegaban de Senlis, retardadas por una noche tormentosa, no se presentaron hasta despues de las cuatro de la madrugada del 22, cuando aquellos espias se habian ya retirado. A la primera señal, Brissac que los esperaba con impaciencia, va por sí mismo á reconocerlos. Las puertas se abren á su órden; franquéanse las barreras, y las tropas realistas entran en silencio. Atraviesan las calles con grandes precauciones, y se apoderan de las plazas y encrucijadas. Un solo cuerpo de guardia español quiso resistirse, y fué inmediatamente envuelto y destruido. Los demas huian ante el vencedor, y los facciosos, viéndose sin otro recurso, se encierran tímidamente en sus habitaciones.

Todo seguro ya, Enrique, que habia sido recibido fuera de puertas por el preboste de los mercaderes y por el conde Brissac, quienes le presentaron las llaves de la ciudad, avanzó seguido de un cuerpo de nobles con las picas bajas en señal de que la ciudad no habia sido tomada por fuerza. Los gritos de *viva el rey* se hacen oir por todos lados. Aunque rodeada de un aparato militar, tenia su marcha mas de triunfo pacífico que de entrada guerrera. Vase derecho á la catedral, donde es recibido con pálio y felicitado como en plena paz. Despues de la misa y el *Te Deum* se traslada al Louvre, donde comió en público, y desde el mediodia se abrieron las tiendas, y se trabajó en París como en tiempos normales.



Abjuracion de Enrique IV en San Dionisio.

Por mas intrépido que fuese Enrique, dícese que no pudo evitar alguna inquietud al ver tan cerca los peligros de la empresa. Avanzó, miró atrás, volvió á retirarse, y preguntó si habia seguridad en la gente que guardaba las puertas. Bastaba en efecto una cadena tendida, una barricada, un tiro, una piedra ó una teja, lanzadas por un mal intencionado ó fanático, para ocasionar un espantoso degüello. Afortunadamente todo pasó con la mayor tranquilidad. A escepcion del cuerpo de guardia español, que por resistirse fué pasado á cuchillo al momento, no hubo otra violencia; aun esta sangre, decia el rey, que la hubiera rescatado de buena gana con la suya.

Desde este dia se contempló entre los parisienses como en medio de sus hijos. Estaba encantado de ver como le rodeaban: «Dejadles, decia á los suyos, que querian despejar la multitud que le cercaba en todos lados, dejadles, que están ansiosos de ver un rey.» Si los ministros le hubieran creido, habria tenido que sufrir en Paris algunos motines. Juzgando el corazon ageno por el suyo, lisongeábase de estirpar el ódio á fuerza de beneficios, y su bondad se afligió al tener que firmar el alejamiento de los mas obstinados. Enrique se indemnizó de esta violencia hecha á su carácter generoso con su conducta paternal respecto á los demas. Así que entró en la ciudad, dió seguridades de su proteccion á las duquesas de Nemours y Montpensier. Invitó al legado á que pasara á verle. Habiéndose negado á ello el prelado, el rey le protestó que podia permanecer honrosamente, permitiéndole tener bajo su salvaguardia á Varade, rector de los jesuitas, y á Aubry, acusado de complicidad con el malvado Barriere. La guarnicion española salió tambien en el mismo dia con todos los honores de guerra que Brissac le habia garantido en su tratado. Feria y los demas agentes de España se marcharon con ella. El rey fué á verlos pasar; y al desfilar las tropas ante él, dijo riéndose: «Recomendadme á vuestro amo, pero estimaré que no volvais.»

Apenas habian transcurrido algunos dias, y ya algunos de los mas exaltados liguistas cantaron la palinodia. La facultad de Teología dió el ejemplo. Corrió á hacer su sumision al rey, quien hizo ante ellos una profesion de fé que pudiese destruir los escrúpulos de los mas nimios doctores. Confesores indiscretos y fanáticos predicado-

res se permitian todavía alusiones peligrosas. Frailes poco instruidos ó imbuidos demasiado en las máximas ultramontanas, como los capuchinos, los jesuitas y los cartujos, rehusaron mencionar al rey en las preces públicas. Cuando se le hablaba de castigarlos, respondia: «Es necesario tener paciencia: estan enojados todavía.» Solo el cardenal Pellevé no disfrutó de su longanimidad; murió á lo que se dijo, de despecho por ver al rey dueño de la capital.

Todos los demás, hasta los desterrados, llegaron á sentir su benevolencia, puesto que ni uno solo de los castigados habia que no mereciese serlo con mas dureza. Algunos escritos del tiempo atribuyen esta gran clemencia del rey á política; mas parece imposible que un monarca en estado de vengar agravios pueda siempre contenerse por tal freno, si no tiene una predisposicion natural á la indulgencia. Ciertamente el título de *Grande* que Enrique recibió de la voz pública por este tiempo, fué la espresion de la ternura con que lo miraban por su bondad, mas bien que de la admiracion que pudiesen causar sus proezas militares.

Por lo que respecta á la capital, terminó concediendo capitulacion á la Bastilla y reuniendo en París los restos del Parlamento establecido en Tours y Chalons. Todo esto no se hizo sin dificultad. Los miembros que le habian sido fieles querian recompensas y distinciones en perjuicio de aquellos que se habian dejado arrastrar por el torrente de la liga; pero ignoraban que muchos, bajo la máscara de rebelion, habian conservado una fidelidad tanto mas estimable, cuanto los tenia mas espuestos á la venganza de los facciosos. Entre los demas débese notar al mismo Eduardo Molé que habia promovido el acuerdo del Parlamento en favor de la ley sálica, y el que á riesgo de su vida contribuyó á la sumision de la capital. Enrique seguia una correspondencia secreta con este magistrado, cuyos consejos tenia muy en cuenta para sus operaciones, mientras la prudente firmeza de Eduardo preparaba dentro los ánimos á la paz. El rey reconoció los servicios de Molé, confiriéndole un cargo de presidente: recompensó como las circunstancias se lo permitieron el celo de los otros; pero puso sobre todo especial cuidado en que no quedase rastro de desunion, y en que la concordia se restableciese por la igualdad. En conformidad con sus órdenes, se revocó cuanto los últimos acontecimientos habian introducido en contra de las leyes y del respeto debido al soberano.

Dió principio entonces para Enrique una carrera sembrada de precipicios y escollos muy difíciles de evitar. Los reformados, que le veian católico, pedian seguridades para su culto. Los católicos no le perdian de vista, espiando si concedia á sus antiguos amigos gracias y privilegios en perjuicio de ellos. Por otro lado los liguistas ponian precio á su sumision, y los realistas probados murmuraban de ver pasar á los rebeldes bienes y dignidades que creian recompensa debida á su fidelidad; por manera que el mas sincero y mejor de los reyes pasaba por hipócrita á los ojos de los católicos exaltados, y por ingrato y avaro á los del calvinista descontento y del cortesano mercenario.

Por los desahogos que alguna vez se permitió Enrique en las discusiones en que, por decirlo así, era estrujado por los dos bandos, se deja conocer que fueron aquellos los dias mas amargos de su vida. Educado en los campamentos, la celeridad de una marcha, la brusca acometida en el combate, estaban mas en armonía con su carácter que la calma del gabinete y la lentitud de una negociacion. Era muy al revés del duque de Mayena, cuya habilidad y calma para llevar á término un negocio eran estremadas. Enrique pintó un dia con un rasgo esta diferencia. Decianle que el duque era un gran capitan. «Ya lo creo, respondió, pero yo le llevaba siempre cinco horas de ventaja.»

Esta actividad le vino muy al caso en el sitio de Laon, plaza muy fuerte, donde se habia refugiado Mayena con su familia y efectos de mas valor. El rey la atacó con su presteza ordinaria. Los españoles llegaron en auxilio de aquel, conducidos por Mansfeld. Mayena compartia con él el mando que habia ido, por decirlo así, á mendigar á la corte del archiduque Ernesto, gobernador de los Paises Bajos. Corrió, sin saberlo, el peligro de perder su libertad, y mas grande aun, si sus enemigos hubiesen sido duros. Los ministros españoles, retirados á Flandes despues que se vieron obligados á abandonar á París, viendo á su disposicion al duque, querian hacerle prender. Era su parecer que se le procesase como á traidor, que pagado con el dinero de Felipe y auxiliado por sus tropas, se habia opuesto constantemente á la eleccion de la infanta, único anhelo de aquel monarca. Esta proposicion fué debatida acaloradamente en el consejo, y Mayena solo escapó á la venganza de los españoles, porque todavía necesitaban de su nombre y de su crédito para sostenerse en Francia.

Hubiera arriesgado bastante á haberse sabido que en una conferencia habida entre él y los príncipes Lorenas, sus parientes, se habia convenido en que todos, por sí y á nombre de él porque estaba ausente, entablaran una negociacion; por manera que mientras Mayena se comprometia con el archiduque, se hacian por él proposiciones al rey de Francia. Por lo demas, unos y otros se engañaban, porque los españoles, al paso que daban á aquel el mando de un ejército, sobornaban á los gobernadores de las provincias y hasta á sus parientes, á los cuales señalaban pensiones, á fin de que no dependiesen de los gefes de la liga, y sí de ellos solos.

Estas sordas divisiones no impedian que se obrase de concierto siempre que se trataba de operaciones militares. Los españoles llamados por Mayena llegaron al socorro de Laon. Largo tiempo tuvieron al rey en espectativa; pero logró apoderarse de un convoy considerable que les iba, cuya pérdida les forzó á retirarse, sin haber sido precisados á trabar combate. La guarnicion, al rendirse, obtuvo todos los honores de la guerra y seguridades para todas las personas allegadas al duque de Mayena, y para su hijo especialmente, que mandaba la plaza sin embargo de su tierna edad. El rey le habló, alabó su valor, y le encargo llevase á su padre palabras de paz.

La Francia perdió en este sitio á Givry, gobernador de Brie, jóven de brillantes esperanzas, de mucho talento, hábil en matemáticas y lenguas, prudente capitan é intrépido soldado. A él fué á quien escribió un dia Enrique esta sencilla carta, apropósito de triunfos debidos á la bravura de este jóven guerrero: «Tengo envidia de tus hechos. Están pues pagadas nuestras respectivas vanidades. Adios, Givry.» La conquista de Laon fué acompañada y seguida de muchas otras debidas á la pluma y á la espada. Amiens, Chateau-Thierry, Beauvais y Cambrai volvieron á la obediencia. El duque de Aumont sostuvo con ventajas en la Bretaña la guerra contra los españoles auxiliares del duque de Mercoeur, que queria formarse un estado independiente. Epernon, casi soberano en el mediodía de Francia desde que se habia retirado allí despues de la muerte de Enrique III, se sometió tambien á las órdenes del rey, notificadas por el duque de Montmorency, gobernador del Languedoc, y que se habia decidido á reconocer un señor. El duque de Guisa hizo la paz por sí y sus hermanos, que entregaron á Reims y todas las plazas que ocupaban; y el rey les confirió el gobierno de las mismas, añadiendo otros beneficios que escitaron las murmuraciones de los realistas. El duque de Lorena pidió y obtuvo una tregua. Villars entregó á Rouen, y se le confirmó el empleo de almirante que Mayena le habia dado. Biron cedió su castillo á cambio del baston de mariscal de Francia. La Chatre y Bois-Daufin obtuvieron tambien la confirmacion de la dignidad de mariscales de Francia que debian al lugar-teniente general, cumpliéndose así la prediccion de un chistoso, que dijo cuando esta promocion: «que Mayena hacia bastardos que se habian de legitimar un dia á su costa.» De Rosne fué el único de entre ellos que no pudo disfrutar de un favor que igualmente le estaba reservado. Habiéndole llevado su mala suerte á los españoles, se vió obligado, para alejar sospechas de inteligencia con el rey, á mostrar por sus intereses una aficion que en realidad no tenia. Por consecuencia de esto y contra toda su voluntad, contribuyó mas que otro alguno á sus ventajas en las campañas siguientes en que vino al fin á encontrar su muerte.

A los progresos del rey en el interior se unieron las esperanzas por el lado de Roma. Fueron estas llevadas por el cardenal de Gondy, obispo de París, harto instruido de la política italiana para dejarse engañar por los malos tratamientos esteriores que su adhesion al rey le habia acarreado. Se habia visto amenazado con la inquisicion: el Papa habia llegado á decir públicamente que era un mal cardenal. Sin embargo, mediante algunas ligeras satisfacciones habia sido rehabilitado; y aunque el soberano pontífice le hubiese declarado que no queria oir hablar en favor del rey, habia escuchado lo que se le decia de él sin visibles muestras de desagrado.

Era público en Roma que los españoles apremiaban al Papa para que agravase sus escomuniones contra el rey de Francia. Clemente respondia que harto grande era ya el fuego en este desgraciado reino sin atizársele mas, y que el rey católico, que con tanto ahinco solicitaba los rayos espirituales, debia antes emplear con el mismo rigor las armas temporales, para que aquellos no fuesen lanzados sin efecto. Gondy dió tambien á entender al rey que si queria ganarse por completo la voluntad del Papa, debia retirar al príncipe de Condé de entre los calvinistas, y hacerle instruir á su lado en la fé católica, porque á falta de hijos era este jóven príncipe su mas inmediato heredero.

Esta precaucion se daba la mano con los intereses políticos del rey. No todos los calvinistas habian sido igualmente indulgentes con respecto á su conversion. Los ministros de esta religion la habian visto con el mas grande despecho. El pueblo, eco ordinariamente de sus doctores, se miraba como vendido por la defeccion de su gefe. Entre los grandes, muchos pensaban como el pueblo. Acúsase á Turena, duque de Bouillon, de haber visto con placer el cambio religioso del rey por la esperanza de hacerse elegir en su lugar gefe de los calvinistas. Todo tendia en este partido á escoger un defensor contra la opresion que temia; y si sus pasos en la corte no mostraban este objeto, el rey sabia sin embargo lo que se meditaba. Así su prudencia debia tener dos miras: tranquilizar los ánimos alarmados, y quitar á los revoltosos el recurso de ciertos

nombres ilustres que pudiesen servirles de bandera. Esto precisamente fué lo que ejecutó Enrique, renovando el edicto de Poitiers favorable á los reformados, y llamando á su lado al príncipe de Condé: conducta sábia, hija de la esperiencia adquirida por el mismo Enrique, de cuanto puede un príncipe de la sangre al frente de un partido, siquiera sea aquel un niño.

Mientras la Francia, regida por tan hábil mano, comenzaba á disfrutar la calma despues de tan terribles tempestades, el genio del mal, envidioso de su dicha, provocó un nuevo parricidio para encender otra vez la tea de la discordia. Juan Chatel, hijo de un honrado habitante de Paris, de edad de diez y nueve años, fué el mónstruo que el infierno armó contra los dias de Enrique. Entregado aquel jóven á ciertos desórdenes, era presa algunas veces de los remordimientos. Acababa de concluir sus estudios con mucho aprovechamiento en el colegio de los jesuitas, que tenian con él grandes atenciones como jóven de esperanzas, y al que admitieron en sus ejercicios espirituales. En el interrogatorio no acusó á ninguno de sus maestros de complicidad en su crímen; pero declaró que les habia oido sostener frecuentemente en el colegio que era lícito matar al rey, porque era un tirano y no le habia reconocido el Papa; que esta opinion era la de la Compañía en general; que por temor al fuego eterno con que le amenazaban sus directores en vista de su perseverancia en el crímen, habia resuelto asesinar al rey con la esperanza de que en la otra vida se mitigasen sus tormentos por accion tan meritoria á la Iglesia.

Con esta intencion halló Juan Chatel medio de penetrar hasta la cámara del rey el 27 de diciembre, y le tiró una puñalada á la garganta; pero como en el mismo instante se inclinase Enrique para abrazar á un noble que le presentaban, recibió la herida en la boca, arrancándole un diente, sin causarle otro daño. El malvado fué cogido y condenado al suplicio de los criminales de lesa magestad. Sufrió con la mayor entereza la tortura, y como hombre que se somete á la violencia, sin cambiar ni un solo momento de sentimientos.

Tanta firmeza fué atribuida á los consejos de los jesuitas. Estos fueron arrestados en su convento, y sometidos á un rigoroso interrogatorio. Encontráronseles escritos subversivos. A consecuencia de este delito y de otros cargos acumulados contra ellos, Juan Guignard, jesuita, fué condenado á muerte, y los demas fueron estrañados del reino, saliendo de Paris el 8 de enero. «Hé aquí, dice el cronista de Enrique IV, cómo un simple ugier ejecuta en este dia lo que no se hubieran atrevido hacer cuatro batallones.»

El rey se mostró muy afectado. Por algunos dias estuvo estraordinariamente triste y aun se dejó abatir. Su corazon sufria de que entre el pueblo por quien, decia, habria dado mil veces la vida, se encontrasen mónstruos capaces de una rabia tan envenenada. Pero los negocios y el ruido de las armas distrageron bien pronto tal melancolía. Por mucho tiempo abusando Felipe II de la credulidad de los franceses, les habia hecho destruirse mútuamente bajo las banderas religiosas. Tranquilo en su corte este monarca, desde su gabinete atizaba la discordia en las naciones vecinas; nunca se encontraba mas contento que cuando veia enseñorearse la revolucion de un Estado, y cuando sus habitantes poseidos de un vértigo deplorable se despedazaban víctimas de una preocupacion las mas veces. Siempre eran sus tropas bastante poderosas para aumentar el incendio y débiles para estinguirlo. Sus tesoros estaban á disposicion de la perfidia que revela el secreto de los príncipes, del entusiasmo que subleva los pueblos, y del fanatismo que asesina á los reyes. En nada tenia sus pérdidas como quedasen malparados sus enemigos. Pródigo de la sangre de sus súbditos, Felipe II miraba á los hombres como nacidos para servir á su ambicion, y la victoria no le hubiera costado un solo suspiro, si hubiese podido subir al trono del Universo sobre montones de cadáveres (1).

Enrique el Grande puso coto á la fortuna de este príncipe. Aconsejábanle que entrase en negociaciones con Felipe, abandonándole algunas plazas y aun provincias para salvar las demas, y no arriesgar la pugna entre un estado estenuado y aquel coloso de poder; pero Enrique prefirió una guerra franca á una paz indigna y llena de recelos. Declaró pues la guerra á España. De esta manera obligaba á Felipe á desenmascararse. Le proclamó en cierta manera enemigo, no solo de Enrique de Borbon sino de toda la Francia, calificando de rebeldes á todos los franceses que siguiesen las banderas españolas.

Los mas notables que se conocian eran Mercoeur en Bretaña, Aumale en Picardía y Mayena en Borgoña. Este convertido de gefe de partido en instrumento de los españoles, apenas conservaba relaciones en Francia, á escepcion de la Borgoña que era su gobierno. Es sorprendente que en los nuevos pactos hechos con Mayena hablasen todavia los españoles de la eleccion de un rey, y que el duque se ocupase tambien de esta quimera. Debe creerse que se estaban engañando mútuamente con pleno conocimiento. Tan cierto es que los negocios de los grandes están con frecuencia mezclados con puerilidades que avergonzarian á los pequeños.

Enrique cuya corona, por decirlo así, se ponia á subasta, no estaba dispuesto á permitir que impunemente la manejaran. Mientras estuvo reducida la guerra á escaramuzas y espediciones poco importantes, dejó obrar á sus generales en las provincias, ocupado como estaba en los negocios del interior; pero tan pronto como supo que Velasco, condestable de Castilla, habia dejado la Italia, pasado los Alpes, atravesado la Suiza y que de concierto con el duque de Mayena, arrojado de la Borgoña por el nuevo mariscal de Biron, invadia el Franco Condado, corrió á defender la frontera. El rey por llevar socorros á Biron que sitiaba á Dijon, se habia separado de su infantería en Troyes y habia tomado la delantera con su caballería, fuerte de dos mil hombres próximamente. Llega á saber que el condestable de Castilla habia echado dos puentes en Gray, sobre el Saona para el paso de sus tropas. Inmediatamente se traslada á Luz, villa pequeña entre Dijon y Gray: da allí descanso á sus tropas, y señala las tres de la tarde para reunirse en Fontaine-Française. Púsose él en camino con parte de su escolta algo mas temprano, para reconocer el terreno y elegir un campo de batalla en caso que se trabase la accion.

Ya se distinguia al pueblo, cuando el marques de Mirabeau á quien habia enviado de descubierta con un centenar de ginetes, llega en desórden y le dice que el ejército combinado estaba encima. Biron que acompañaba al rey se ofrece á ir á reconocer al enemigo con trescientos caballos: á los mil pasos se encuentra con una guardia avanzada que se pone en fuga; pero pocos instantes despues descubre el grueso del ejército español que se adelantaba en batalla. Al mismo tiempo cuatrocientos caballos que perseguian una pequeña partida de franceses, se dirigen sobre él como para atacarle y se dividen despues en dos destacamentos para observarle. Biron divide tambien á los suyos en tres; dos para contener al enemigo impidiéndole reconocer si estaba apoyado, y el otro para acudir donde pudiese hacer falta. Novecientos caballos se unieron entonces á los primeros que le habian atacado, y le cargan por todos lados.

El mariscal con su pequeña partida hizo frente á todos; pero la superioridad de los enemigos le obligó á retirarse con algun desórden y no sin recibir un sablazo en la cabeza y una lanzada en el bajo vientre. Hubiera perecido, si el rey no le mandara otros cien caballos que fueron tambien rechazados, y si él mismo no hubiera avanzado con trescientos caballos mas que tenia aun á su disposicion. Antes de cargar, dirigiéndose á cuantos caballeros le rodeaban, les dice: «A mí, señores, y haced lo que me veais obrar.» Carga entonces con tal furia que desordena á los que encuentra y á cuantos habia á su espalda para sostenerlos. El choque fué terrible; y el combate presentábase mal para el rey, cuando Biron, á quien se creia fuera de combate, puesto que poco antes parecia desfallecer por la sangre que perdia, volvió á embestir con ciento veinte caballos que habia reunido de los dispersos y completó la derrota que el rey habia comenzado.

Las tropas entusiasmadas querian seguir adelante; pero el rey que habia combatido como soldado, obró entonces como capitan haciendo notar á los suyos la emboscada que tenian preparada gran número de arcabuceros detrás de un seto por donde era preciso pasar, y contuvo así el ardor de su gente. En este momento recibió un refuerzo de ochocientos caballos, cuya vista hizo creer al general español que era este el ejército real. Por el mal éxito de la escaramuza temió al azar de una batalla que no juzgó prudente arriesgarla, y á pesar de las instancias del duque de Mayena, preocupado únicamente con el deseo de defender el Franco Condado, volvió á tomar el camino del Saona que repasó al dia siguiente.

En este encuentro, célebre bajo el nombre de accion de Fontaine-Française, el rey fué tildado de haberse espuesto temerariamente; pero debe decirse en su abono que las circunstancias le obligaron á ello. Por una parte no podia abandonar al mariscal de Biron que tan bizarramente se habia ofrecido á ir á reconocer al enemigo, y por otra la fuga, frecuentemente mas peligrosa que el combate daria gran ascendiente á los españoles. Obligado á adoptar una resolucion estrema en un instante, la lealtad, el honor y sus instintos marciales le sirvieron de guia y acallaron los gritos del temor; siendo el resultado que con novecientos caballos y una pérdida de seis hombres solamente, tuviese la gloria de imponer á un ejército de

(1) Ni los españoles podemos canonizar á Felipe II; pero entre la verdad y las detestables imputaciones que le fulmina el historiador francés, hay una distancia inmensa. Segun este, el monarca español era un monstruo, un ser desnaturalizado. Pero ¿dónde estan las pruebas? Un respetable escritor actual dice que pocos fueron mas mal juzgados en su tiempo que Felipe II, y que pocos son en el dia por la generalidad mas imperfectamente conocidos. Asi le sucede á Anquetil en cuanto habla de nuestro gran rey, á quien procediendo con visible parcialidad, parece que no le puede perdonar la preponderancia que ejerció entre los franceses en un siglo en que España daba la ley a toda Europa.

(N. del T.)

doce mil infantes y tres mil caballos hasta el punto de hacerle retroceder.

Pero una gloria mas pura todavia es que en medio de la refriega y mil riesgos personales que le cercaban, conservase bastante sangre fria para ver otros peligros que los suyos y amparar á los que de ellos estaban amenazados. «¡Cuidado La Curée!» gritó á uno de sus oficiales que iba á ser herido por detrás. La Curee se vuelve, ve el peligro y derriba al enemigo. «En otras ocasiones, decia Enrique despues de este encuentro, he combatido por la victoria, pero en esta por la vida.» Escribia á su hermana: «Poco faltó, hermana mia, para que me heredaseis.»

Bastando á los enemigos este ensayo, firmaron un tratado de neutralidad en cuanto al Franco Condado y se volvieron á Milan. Dejaron pues tiempo al rey para ir á Lion, recorrer algunas provincias y restablecer el órden y la tranquilidad. Como en gran parte de la Francia los pueblos despues de la guerra civil no pagasen sus cupos de contribuciones y no hubiese órden ni equidad en los repartos, fué preciso acudir á nuevos edictos sobre Hacienda. La dificultad de sacar á los soldados de su pais para formar un ejército capaz de hacer frente á los españoles, le obligó á convocar las tropas señoriales. Estas levas generales trajeron dos beneficios: el de hacerse el rey con buenas tropas y gefes, y acabar con los malhechores que pululaban en el pais.

Perdió por este tiempo al mariscal de Aumont, francés de probidad reconocida, sinceramente adicto á su principe, general hábil y consejero sabio. Murió en Bretaña, donde hacia la guerra, igualmente sentido por todos los partidos. Lo mismo sucedió en Picardia con Humieres, que fué llorado como padre de los soldados. Esta provincia fronteriza con la Flandes, sufrió mas tiempo que las otras los azares de la guerra. Los españoles hicieron en ellas grandes progresos secundados por el duque de Aumale que era su gobernador, quien por una pension considerable, mayor que la que le podia dar Enrique, les entregó sus plazas y unió á las de aquellos las tropas que le seguian. Para castigar su obstinada rebelion propuso el rey al Parlamento que mandase confiscar sus bienes y que le declarase criminal de lesa-magestad, condenándole á ser descuartizado. La sentencia fué ejecutada en efigie.

Mayena no esperó á que las cosas llegasen á este estado. Conociendo bien despues de la accion de Fontaines-Française que los negocios de la liga estaban desesperados, pudiendo apenas encontrar un asilo en su gobierno de la Borgoña, cuyas plazas se rendian sucesivamente al rey, mandó á pedir á este principe que no le obligase á reconocerle antes de la absolucion del Papa. Enrique le concedió esta gracia, y le permitió retirarse á la ciudad de Chalons-del-Saona, con promesa de que no le inquietaria, y completo sobreseimiento hasta que el soberano Pontifice diese término á la cuestion religiosa.

Despues de los desastres de la liga y de la reduccion de la capital, parecia natural que la absolucion del rey no se hiciese esperar mucho. En esta esperanza Ossat continuaba la negociacion en Roma con Perron, á quien le habian dado por colega. Clemente VIII que observaba secretamente la conducta del rey, mostrábase cada vez mas satisfecho. No se temia mas que el resentimiento de Felipe II, cuyos pasos cerca de los cardenales, hechuras suyas la mayor parte, podian suscitar serias dificultades. En tal perplegidad llegó a decidirle una palabra de Serafin Olivier, auditor de la Rota. «¿Qué se cuenta en Roma de la guerra de Francia? le pregunta un dia el Pontifice. Se dice, respondió con imperturbabilidad Olivier, que Clemente VII con su precipitacion perdió la Inglaterra, como Clemente VIII con su calma va á perder la Francia.»

Esta terible amenaza dirigida á un Papa eminentemente religioso, disipa en un momento todos los escrúpulos de Clemente. Envia á España un cardenal á pretesto de tomar de acuerdo con Felipe medidas sobre la guerra de Hungria, pero realmente para prepararle acerca de la reconciliacion del rey: publica al mismo tiempo que estaba resuelto á someter este negocio al consistorio. El embajador de España tenia por seguro el triunfo, persuadido de que se decidiria en escrutinio público, porque tenia ganada la mayor parte de los cardenales; pero mas hábil el Santo Padre declaró que siendo tan árdua la materia le parecia que debia ser objeto de muy maduro exámen, para lo cual habia decidido oir en secreto y por separado á cada cardenal. De esta manera se hacia el Papa dueño de los votos, ya porque algunos timidos no osarian contradecirle, ya porque referiria despues al consistorio el resultado que le pareciese mas conforme á sus miras.

Dicese que empleó todavia otra astucia de no menor efecto. Como el cardenal Toledo era español, y por consecuencia no inspiraba sospecha á los de su nacion, Clemente le dirigió á la condesa de Benevento esposa del embajador de España. En una conversacion de confianza dijo á esta con el mayor sigilo, y en la seguridad de que lo referiria inmediatamente á su esposo, que el Papa estaba resuelto á dar la absolucion al rey de Francia. Esto como se proponia el cardenal, fué comunicado cuanto antes á la corte de España. El Santo Padre esperó el tiempo preciso para la respuesta; mas, como no se le manifestase nada, celebró consistorio, y á pesar de las reclamaciones del cardenal Colonna al que impuso silencio, dió al fin la absolucion.

Durante estas deliberaciones se hacian en Roma, por órden del Papa, rogativas públicas, y arreglábanse las condiciones con Perron y Ossat. El 17 de setiembre, dia señalado para la ceremonia, los dos ministros vestidos de trage talar se acercaron al Papa que estaba colocado en un trono elevado en la plaza de San Pedro y rodeado de cardenales. Fué leida la súplica del rey y las condiciones de la absolucion que Perron y Ossat en nombre del principe prometieron observar. Abjuraron en seguida, segun la fórmula prescrita, los errores contrarios á la fé católica. Pusiéronse de rodillas ante el soberano Pontifice, y recibieron de él como penitentes públicos unos cuantos golpes con una varita que aquel tenia en la mano mientras el coro cantaba el *Miserere*. El Papa se levantó, leyó algunas oraciones y volviéndose á sentar, puesta en la cabeza la tiara pronunció en alta voz la fórmula de la absolucion, entrando en seguida en la iglesia donde se cantó el *Te Deum*.

Asi dió fin tan importante asunto. La mayor dificultad con que tropezaron los embajadores del rey fué para mantener la independencia de la corona, pues algunos ministros del Papa querian que en las súplicas á nombre del rey constase que era tal en virtud de la absolucion pontificia. Los embajadores franceses no transigieron con este artículo. No poca firmeza necesitaron tambien contra la exigencia de la publicacion pura y simple del Concilio de Trento, de que ellos querian tomar solo lo conforme con las máximas y costumbres francesas. Pasaron por todo lo demas que se les quiso exigir. Los reformados los tacharon de sobrado blandos por haberse sometido á los golpes de la vara, que ellos por irrision llamaban *la paliza*; pero en el fondo, no era otra cosa esta ceremonia que una señal de pública penitencia, que debió sin embargo evitarse á los representantes de tan poderoso principe. Por lo demas, esta humillacion que solo choca á algunas imaginaciones porque es mirada bajo un falso punto de vista, fué compensada con grandes demostraciones de consideracion, de estima y de satisfaccion. En ninguna poblacion de Francia escitó este acontecimiento tanto entusiasmo, en ninguna fueron tan vivas y sinceras las muestras del regocijo público como en Roma. Se adornaron las fachadas de los edificios públicos, hubo iluminaciones y «el cañon del castillo de San Angelo, escribia en este mismo dia Ossat, retumba desde esta mañana haciendo mucho daño á los oidos de los españoles, teniendo que mirar en el resto del dia otras cosas que harán mas daño aun a sus ojos.»

Las condiciones de la absolucion eran en su mayor parte cláusulas de policia eclesiástica. Se hacia prometer al rey que solo nombraria para los beneficios personas de fe probada; que protegeria al clero; que revocaria las mercedes hechas á costa de la Iglesia; que ratificaria sus compromisos en manos de un legado que se enviaria á Francia, y que notificaria públicamente á todos los principes su resolucion de vivir y morir en la religion católica. Impuso tambien el Papa obligaciones personales como el rezar oraciones determinadas, oir misa todos los dias, construir monasterios para ambos sexos en diferentes provincias, recibir lo menos cuatro veces cada año, los Sacramentos de Penitencia y Eucaristia, y aun se añade que hubo una condicion secreta de volver á llamar á los jesuitas; pero esto es dudoso y se debe creer por el contrario que debieron su vuelta á la bondad del rey, puesto que fué ocho años despues de la espatriacion cuando fueron llamados.

Ya el duque de Mayena no tenia el menor pretesto para aplazar su sumision. Confinado en Chalons, deseaba poner un término á aquel estado de cosas. El presidente Jeannin trabajaba al efecto cerca del rey; pero se encontraban obstáculos que hubiesen de seguro desaparecido si el duque hubiera como en otro tiempo, podido negociar á la cabeza de un ejército. Una de las cosas que mas dificultaban el convenio, era la complicidad en la muerte de Enrique III. El duque de Mayena queria que un edicto declarase inocentes á él, á los principes y princesas de su casa, en términos que jamás pudiesen ser requeridos por este hecho; pero queria tambien que este artículo fuera redactado sin hacer mencion de otros que en realidad necesitaban gracia y perdon.

Pedia ademas el duque que se le permitiese tratar á nombre de los liguistas como si todavia fuese su gefe. Hubiérase podido rehusarle justamente esta ventaja, pero tenia ya deseos el rey de acabar de una vez con estos asuntos. Se encontraba este á la sazon en Folembray, sitio de recreo, con Gabriela de Estrees que intercedia por el duque. Mayena no habia sido nunca malvado. Se conocia que si hubiera amado menos á su patria, le habria hecho mas daño del que le hizo. Su sumision parecia sincera, cuando podia aun suscitar algunas dificultades uniéndose á los enemigos del rey. La generosidad de este no le permitió abusar de su situacion. Llamó al presidente Seguier, al procurador general y algunos consejeros, con órden de llevarle el proceso formado a consecuencia

del asesinato de Enrique III. Leido dicho proceso y consideradas todas las circunstancias, concibióse el edicto en estas términos: «deduciendo el rey por la inspeccion del proceso, que los principes y princesas que le han hecho la guerra no tuvieron parte alguna en este crímen, y visto que se han justificado tambien por juramento, prohibe al parlamento todo procedimiento ulterior en el asunto.»

El rey trató muy favorablemente al duque en los demas puntos cuestionables. Se encargó de sus deudas, eximió sus bienes de todas sus hipotecas, y reconoció que él y los demas liguistas habian solo tomado las armas por motivos religiosos; prohibió que fuesen en lo sucesivo molestados por sus inteligencias, pactos ó convenios anteriores con los estrangeros. El rey dió al duque tres plazas de seguridad, dos en Borgoña y una en Champaña y su dominio por seis años, con el privilegio de que no pudiesen tener en ellas reuniones los reformados. Señalóse en fin, un término durante el cual podrian los príncipes de la casa de Lorena presentarse á gozar de las ventajas del edicto.

Cuando este se llevó al parlamento, no fué registrado sin alguna oposicion. Diana de Francia, hija natural de Enrique II y hermana de Enrique III, y Luisa de Lorena viuda de este rey, hicieron la mayor oposicion al articulo del edicto que declaraba indemnes á personas sobre las cuales habian recaido grandes sospechas de complicidad en la muerte de este príncipe, y á pesar de las reiteradas órdenes del rey persistieron en sus protestas. El parlamento mostró tambien disgusto por tener que pasar por tantas gracias, privilegios, exenciones y salvaguardias que el rey concedio, y no registró el edicto sino despues de repetidos mandatos.

El rey no tardó en recoger los frutos de su bondad. Enrique, marqués de Sain Sorlin y entonces duque de Nemours por la prematura muerte de su hermano, acababa de evadirse de Pierre Encise y volvió á someterse. El duque de Joyeuse le trajo la ciudad y todo el pais de Tolosa. Este era el mismo que se habia hecho capuchino y que por el servicio de la liga habia cambiado el sayal por la coraza despues de la muerte de Antonio Scipion, caballero de Malta, su hermano, que sostenia el partido de la liga en Languedoc. Hizole el rey mariscal de Francia: despues volvió á tomar el hábito y lo llevó hasta la muerte.

En el resto del año, muchos señores ajustaron la paz con el rey, y le juraron una fidelidad que no fué desinteresada por parte del mayor número Los menos exigentes se contentaban con la confirmacion de sus mandos y dignidades. Los calvinistas no veian sin envidia estos favores concedidos á sus enemigos, y decian que á ellos que habian derramado su sangre por el rey asegurándole su corona, lo menos que se les debia conceder era como á los liguistas gobiernos, honores, indemnizaciones, en fin plazas de seguridad donde pudiesen egercer su religion sin dependencia del clero romano.

Estos discursos se habian repetido mucho desde el año anterior en dos asambleas sucesivas celebradas la una en Saumur en Anjou, y la otro en Sainte-Foi en el Perigord: asambleas convocadas con permiso del rey, pero en las cuales se digeron é hicieron hartas cosas no de su agrado. Los reformados se quejaron de que despues de haberles prometido solemnemente proveerá sus intereses, el rey se atenia al edicto de Poitiers que no era tan favorable como se creia. Pedian una nueva declaracion que los permitiese profesar libremente su religion en todo el reino, que asegurase á sus ministros rentas ó subvenciones independientes, que admitiese á los protestantes sin distincion á los cargos públicos, y que dispusiese que el personal de los tribunales se compusiera de miembros de las dos religiones. El rey los apaciguó esta vez con promesas, haciéndoles ver que los cuidados de la guerra, los negocios de la Hacienda y otros no le permitian por entonces satisfacerles.

Cuanto vieron que sucedia en este año no era lo mas apropósito para calmarlos. Aparte de los beneficios de que se colmaba á los liguistas, objeto perenne de su rivalidad, figurábaseles que se inclinaba demasiado el rey al partido católico. Observaron con inquietud cuanto tenia lugar con el legado que el Papa envió á Francia para ratificar la absolucion. El soberano Pontífice nombró para esta comision á Alejandro de Médicis, arzobispo de Florencia, y no podia en verdad haber hecho eleccion mas acertada. Era de carácter diametralmente opuesto al del fogoso Felipe Sega: apacible, moderado, conciliador, conocia los límites de un celo bien entendido y los hacia conocer á los católicos. El rey le colmó de honores y atenciones, correspondiendo el prelado con una prudencia nunca desmentida.

Este legado recibió la abjuracion de Carlota de Tremouille, princesa de Condé. Habiasele hecho alguna inculpacion por la muerte de su esposo, que se sospechó no haber sido natural; mas obtuvo dos absoluciones, la una del Papa por la heregía y la otra del Parlamento por el crímen imputado, ó mas bien sus magistrados proclamaron solemnemente su inocencia. Médicis se adquirió la confianza del monarca y preparó los fundamentos de la paz con España, lo que entraba tambien en su mision.

Veia bien clara la necesidad que tenia de paz la Francia, que solo se sostenia por el valor del rey. Desde el principio de la campaña habian tomado los enemigos muchas plazas importantes en Picardia, á las cuales agregaron Calais por los consejos y talentos de Rosne, que refugiado entre ellos, no encontró otro medio de patentizar su adhesion á los españoles y evitar los riesgos que corrió por sospecha de inteligencia con Enrique IV. Esta conquista alarmó á ingleses y holandeses: apremiados desde mucho tiempo antes á formar una liga ofensiva y defensiva, cuya terminacion se hacia eterna, llegaron al fin á entenderse y pusieron en pie una flota que inquietó bastante á los españoles, si bien no les causó grandes perjuicios.

El peso de la guerra caia siempre sobre Enrique, pero su valor suplia á su debilidad. A pesar de las fuerzas enemigas recobró muchas plazas, y hubiera sin duda llevado muy lejos sus victorias, si su mál pagado y provisto ejército no se hubiese desbandado á la mitad de la campaña. Los calvinistas aprovecharon este tiempo para renovar sus exigencias: formalizaron su peticion en una asamblea convocada en Loudun, asamblea que se vió Enrique forzado á permitir á fin de que no se celebrase á su pesar. Conjurólos el príncipe á que esperasen ocasion mas oportuna, y hasta llegó á nombrar dos hábiles jurisconsultos para que redactaran el edicto solicitado. Se separaron, pero con las mismas intenciones con que se reunieron, sin tener en cuenta los apuros del rey.

Esta especie de sorda rebelion no dimanaba del despecho pasagero de una turba descontenta: tenia su sistema y sus gefes. La Tremouille y Bouillon, los señores mas notables del partido desde que el rey habia abjurado, fomentaban las sospechas de los ministros de su religion, ya harto susceptibles, y escitaban el fanatismo del pueblo á fin de poder presentarse apoyados cuando se valiesen de la intimidacion para arrancar á la corte las gracias que ambicionaban.

Acaso con ayuda de los sínodos que ordenaban colectas bajo el nombre de limosnas, y apoyados en las plazas de seguridad y sus guarniciones que proporcionaban un ejército siempre en pie, se lisonjeaban resucitar el proyecto de sus padres y establecer en Francia una especie de república de que fuesen ellos los primeros magistrados. Enrique IV lo temia; pero escarmentado en Enrique III, su predecesor, que dejó á los católicos formar una asociacion y tomar un gefe á pretesto de una santa union, puso especial cuidado en hacerles mirar la autoridad real como el solo canal de las gracias y el único recurso contra las vejaciones. Queria de corazon que fuesen felices sus súbditos bajo la salvaguardia, no de privilegios que ellos se adquiriesen, sino de los que él les concediese. Por esto procuró que sus actos públicos, asambleas, exacciones y alardes militares llevasen siempre el sello de su autoridad é intervencion, aunque lastimaran el poder real.

Si los calvinistas hubiesen sido dirigidos por sanas intenciones, habrian ayudado al rey á echar por tierra los restos de la liga y á hacerse dueño de su reino, á fin de que el temor á los católicos no le impidiese adoptar medidas favorables para ellos; pero el interés de los gefes es con frecuencia muy diferente del de la causa. Bouillon, La Tremouille, Rohan y los demas corifeos del partido, viendo al rey amenazado por los españoles en Picardía y por Mercoeur en Bretaña, quisieron dar á conocer á su soberano con su inaccion lo que debia temer de sus esfuerzos si no los contentaba.

Demasiado orgulloso para regar y sobrado prudente para comprometer su autoridad, sufrió Enrique con una indiferencia aparente esta defeccion que no debia esperar de sus antiguos compañeros de armas, pero no lo olvidó jamás. Para no verse precisado á mendigar, por decirlo así, socorros que le faltaban en tan apremiante necesidad, convocó en Rouen los notables de su reino de todos los órdenes; clero, nobleza y magistrados. Pronunció en aquella asamblea Enrique un discurso que los cortesanos juzgaron impropio de la magestad del trono, aunque se propuso conmover el corazon de los franceses por medio de los sentimientos paternales que espuso tiernamente. «Si yo, señores, hiciera gala de orador, les dijo, hubiera acudido mas bien en este momento á limadas frases que á deciros lisa y llanamente lo que siento; pero mi ambicion tiene por norte una cosa mas alta que hablar elocuentemente: aspiro al glorioso título de libertador y restaurador de la Francia.

«Ya por el favor del cielo, por los consejos de mis leales servidores y por la espada de mi buena nobleza, la he sacado de la servidumbre y su ruina. Deseo ahora restituirla su antigua fuerza y esplendor. Tomad parte, señores, en esta segunda gloria, así como participásteis de la primera. Yo no os he llamado como mis predecesores para haceros aprobar mi voluntad. Os he reunido para oir vuestros consejos y seguirlos, para ponerme en vuestras manos, deseo que pocas veces se apodera de reyes ya canos, guer-

reros y victoriosos; mas el ardiente amor que tengo á mis súbditos me dice que es honroso y acertado este paso.»

En efecto, en una edad bien poco avanzada llevaba Enrique ya la marca de una vejez prematura. Sus cabellos estaban canos, y cuando le preguntaban la causa, respondia: «Es el viento de la adversidad que ha soplado fuerte.» El invierno se gastó en discusiones espinosas de la asamblea de Rouen. Se hicieron sabios reglamentos, pero no en tanto número ni tan enérgicos como el estado de las cosas reclamaba. El artículo esencial sobre todo, aquel por el cual habia sido convocada la asamblea, el que habia de proporcionar recursos pecuniarios, fracasó completamente; tomáronse únicamente algunas medidas de muy estériles resultados.

Esta es la razon sin duda porqué Enrique, tan activo siempre, dejó que en este año se le adelantaran los enemigos; sin embargo, sea cualquiera el influjo de la falta de dinero sobre las operaciones militares, se hacen al rey algunas acusaciones fundadas. Demasiado distraido por los encantos de Gabriela de Estrees, abandonaba entonces por ella los cuidados del gobierno y sacrificaba frecuentemente al amor momentos decisivos para el adelantamiento de los negocios. En el tiempo mismo de la asamblea de Rouen hizo bautizar con pompa régia una hija que tuvo de ella; por todas partes la llevaba consigo con el cortejo de una reina, y esta conducta imprudente escitaba murmuraciones. Mientras que así se enervaba en el ocio, llegó la noticia de que Amiens acababa de ser sorprendida por los españoles. Todo fué espanto en la corte, y Paris consternada creyó ver á los enemigos en sus puertas. Enrique aprovechó esta coyuntura para conseguir del Parlamento lo que no habia podido obtener de los notables; pero fué precisa su presencia y una mezcla de firmeza y bondad para lograr fuese registrado un edicto que tenia por fin un empréstito voluntario, un ligero aumento sobre la gabela, creacion de nuevos oficios, y el exámen de la malversacion de las rentas. Los magistrados investigadores sobrado minuciosos acerca de los inconvenientes de algunas de estas medidas, de que podia depender la salvacion de la Francia, alegaban todavía la penuria del Estado. «La primera necesidad del Estado, respondia el rey, es acabar con los españoles de Flandes: os pareceis á esos necios de Amiens que por haberme rehusado dos mil escudos para protegerlos, han perdido cien mil. Me voy al ejército á hacerme matar, y vereis despues lo que es haber perdido vuestro rey.» Cerca de tres millones de escudos que realizó con estos arbitrios le colocaron en una posicion firme y decidida. «Basta ya, dice, de rey de Francia; es tiempo de volver á las costumbres del rey de Navarra.» Monta á caballo y convoca su nobleza. Con las pocas tropas que inmediatamente puede reunir sitia y toma á Corbie. Durante este tiempo se organiza su ejército y pasa á acampar delante de Amiens.

La plaza fué defendida con valor. El archiduque Alberto de Austria, gobernador de los Paises Bajos, acudió por sí mismo á su socorro al frente de un fuerte ejército. La audacia del rey y el valor de sus tropas que suplia al número, impusieron al enemigo, y la plaza fué reconquistada. En esta campaña los diplomáticos franceses y españoles que se habian conocido en tiempo de la liga, tuvieron ocasion de verse, y prepararon el terreno para la paz entre España y Francia, haciendo el legado de mediador. En este sitio el duque de Mayena y otros señores que habian sido de la liga ayudaron al rey con sus consejos y sus espadas, pero no se encontraron allí La Tremouille, Bouillon ni los demas gefes calvinistas. Sin embargo, temiendo la mala nota que se echarian sobre sí si abandonaban al rey en un trance como este, reunieron tropas y acudieron, pero los destinó el rey á otros puntos por haber llegado demasiado tarde.

Era ya tiempo de acabar con estos gérmenes eternos de division, y esto no podia ser sino por una ley que asegurase el estado presente, que proveyese al futuro y arreglase de una manera fija las cuestiones que eran objeto de la discusion religiosa. En ello trabajaban sin descanso hombres sabios comisionados por el rey. Mucho tiempo estuvieron vacilantes sobre el rumbo que seguirian porque no tenian sistema ni bases fijas, y era preciso á cada momento consultar al rey sobre las proposiciones de los interesados y á estos sobre las concesiones del rey. Por otra parte, todos los negocios, guerra de España, invasion del duque de Saboya, turbulencias de la Bretaña y convenios particulares, tenian una recíproca conexion ó dependencia. Aplazado uno suspendíanse los otros. El sitio de Amiens tenia á todos en espectativa: así, terminado el cerco, los comisarios volvieron á su actividad anterior.

Enrique allanó muchas dificultades: su presencia bastó para convencer á los mas obstinados y disipar las facciones. A todos los pueblos de su tránsito acudian los gefes cercanos y distantes á presentarle su sumision. Ya no se trató pues de derechos sino de gracias. El duque de Mercoeur que tanto tiempo habia hecho el papel de soberano en la Bretaña, se humilló tambien. Obtuvo condiciones mas favorables que las que esperaba, merced al matrimonio contratado entre su hija y heredera y un hijo del rey y de Gabriela de Estrees, ambos niños todavía. Este convenio dió motivo á nuevas murmuraciones. Llegó á acusarse á Enrique de sacrificar el bien del Estado á la fortuna de Gabriela y al establecimiento de su familia.

La paz general, obra de la prudencia y bondad del rey, debió acallar todas estas quejas. Tuvo la dicha de proporcionarla este año á sus pueblos. Los españoles querian retener algo de sus conquistas en Francia; pero él declaró que preferia una guerra eterna á permitir la desmembracion de la menor parte de su reino, y el tratado se firmó el 2 de mayo sobre esta base en Vervins en la frontera de Picardía y del Hainaut, seis meses antes de la muerte de Felipe II. Este entró únicamente en posesion del condado de Charolais para disfrutarlo él y sus sucesores en calidad de feudo de la corona. Las diferencias entre la Francia y la Saboya fueron sometidas al arbitrage del Papa. Señalábase para este arreglo el término de un año, pero el duque volvia ya desde luego las plazas de Francia que retenia desde el principio de la guerra.

Antes de la conclusion del tratado de Vervins, y estando aun en Nantes el rey para pacificar la Bretaña, dió á los reformados el célebre edicto que tomó nombre de esta ciudad, y fué obra de los cuatro hombres mas sabios y prudentes del reino, Schomberg, Jeannin, Santiago Augusto de Thou el historiador, y Calignon, que trabajaban al efecto dos años hacia, ya juntos ya separados. El rey no lo hizo publicar hasta la partida del legado por miramientos á este prelado, á cuyos buenos oficios se debia la paz con España, y cuya conducta conciliadora bien merecia tal consideracion. Fué registrado en el año siguiente con bastante oposicion; para ello tuvo el rey que valerse de toda su autoridad con el Parlamento. El discurso que pronunció con tal motivo bien merece que hagamos mencion de él, á lo menos en parte, porque abunda en rasgos de carácter, de sanas miras y bondad.

«Señores, les dijo, aquí me veis en mi casa donde quiero hablaros, no cubierto con la púrpura real, ni con capa y espada como hacian mis predecesores, ni como príncipe que recibe embajadas, sino vestido como padre de familia dispuesto á departir amigablemente con sus hijos. He recibido vuestras representaciones escritas y verbales, y recibiré siempre cuantas querais dirigirme como servidores celosos. Las he sometido á mi consejo é hice reformar mi edicto, ó mas bien el del último rey en muchos artículos. Quiero creer que teneis por único móvil el interés de la religion; pero la religion católica solo puede subsistir firme á la sombra tutelar de la paz, porque la paz del Estado es la paz de la Iglesia. Yo tomo consejos de todos mis servidores; cuando me los dan buenos los abrazo y someto gustoso mi opinion si la suya me parece mejor. No hay uno solo entre vosotros que cuando quiera decirme «Señor, haceis tal cosa que es á todas luces injusta» yo no lo oiga con el mayor agrado.

»Es preciso no hacer distincion entre católicos y calvinistas: es preciso que todos sean buenos franceses, y que los católicos emprendan la conversion de los hugonotes con el ejemplo de su vida ejemplar. Yo soy un rey pastor que no quiere derramar la sangre de su rebaño. Quiero reunirle á mi alrededor con dulzura. Mucho tiempo hace que soy gefe de los sectarios, y esto me ha hecho conocer á todos. Sé quienes desean la guerra y quienes aman la paz. Conozco á los que hacian la guerra por la religion católica, á los que la hacian por ambicion, á los que la hacian por la faccion de España y á los que la hacian en fin por mas siniestros fines. Entre los reformados ha habido tambien de todos como entre los católicos, y harto trabajo he tenido muchas veces en hacerme obedecer de los hugonotes.

»Vosotros no conoceis los bienes y males del Estado tan bien como yo, y aun me atrevo á decir que ninguno de mis antepasados estuvo tan al corriente de ellos. Ahora he querido realizar dos enlaces: el uno de mi hermana como ya lo he hecho, y el otro de la Francia con la paz; pero este último no podrá tener lugar interin no rija mi edicto. Registradlo, os lo suplico. No quiero que nadie se llame mas católico que yo, pues los que tal quieren aparentar, obran con segundo fin.

Yo estimo mi Parlamento de Paris mas que á otro alguno; es necesario que yo vea la verdad; él es el solo donde se administra justicia en el reino: no está corrompido por el dinero como la mayor parte de los otros, donde actualmente se vende la justicia. Todo esto lo sé porque he contribuido á ello en otro tiempo, cuando cumplia á mis intereses particulares. Mi justicia es mi brazo derecho; y si me faltase el brazo derecho, salvaria todavía el Estado con el izquierdo; me costaria mas trabajo, pero lo salvaria.

»Vuestras dilaciones y dificultades ocasionan graves inconvenientes. Se han hecho rogativas en Tours y en Mans para que Dios inspirase á los jueces contra el edicto. Esto no se hace sino por malévolas instigaciones. Impedid que tal vuelva á suceder. Estoy enterado de que ha habido ciertas cábalas en el Parlamento y que se ha escitado a sediciosos predicadores, pero esta gente corre de mi cuenta. Con gran severidad se les ha castigado otras veces, por ha-

berse escedido menos que ahora en sus sermones. Este fué el camino de las barricadas y del parricidio del rey. Yo cortaré la raiz á estas facciones y perseguiré sin tregua á los que las fomentan. Ya que he sabido escalar los muros de la ciudad, escalaré tambien con mas facilidad las barricadas. No hay que alegarme la religion católica ni el respeto á la Santa Sede. No necesito que me adviertan mi deber como rey Cristianisimo; sé lo que debo á mi nombre y á la cualidad de primer hijo de la Iglesia. Los que piensan congraciarse con el Papa se equivocan; yo estoy mejor con él que ellos. Cuando yo quiera haré que se os declare hereges por no prestarme obediencia. Os pido pues que sea esta la última vez que tenga que hablar yo de este asunto.

Siendo este edicto la ley bajo la cual vivieron los calvinistas hasta su revocacion, merece ser conocida. Componianle noventa y dos articulos, aparte de otros cincuenta y seis llamados articulos secretos ó particulares que no fueron registrados, y no tuvieron por consiguiente fuerza de ley. El edicto de Nantes parece haber sido calcado sobre el de Poitiers y las convenciones de Bergerac y de Fleix, cuyas disposiciones principales con poca alteracion comprende. Es como un código general que fija los limites de ambas religiones, si bien no las pone en igualdad perfecta. El rey concede por él á los reformados el culto público en lugares determinados, y en aquellos donde ya á la sazon estaba establecido, pero á condicion de que en estos mismos puntos pueda celebrarse el culto católico, ventaja que no es reciproca para los calvinistas. Establécese tambien que los reformados esten subordinados á ciertas prescripciones de la Iglesia romana; no trabajar públicamente en los dias festivos, pagar el diezmo y llenar los deberes esteriores de feligreses; se imponen tambien severas penas á los que turben el órden en las ceremonias religiosas con palabras ó acciones irreverentes.

Ademas, quiso el rey que sus súbditos de la religion reformada estuviesen en el pleno goce de sus derechos de ciudadanos; que sus pobres y enfermos fuesen recibidos en los hospitales como los católicos; que los aptos pudiesen ser admitidos á todos los cargos y empleos; que hubiese en cada parlamento una sala de justicia que se llamó despues *cámara del edicto*, compuesta por igual de católicos y calvinistas para administrar justicia. En fin, el rey concede privilegios, fija la dotacion de los ministros de la secta, y dá á sus iglesias la libertad de elegir diputados que en épocas y lugares marcados se reunieran, aunque siempre con intervencion suya. Promételes tambien destinar cada año una suma cobrada de ellos mismos á las necesidades del partido. Por último, en virtud de secretos despachos de que ni en el edicto ni en los articulos secretos se hace mencion, permite Enrique IV á los reformados tener algunas plazas de seguridad por ocho años, cuyo gobierno se les conferiria. Se compromete ademas á destinar todos los años ochenta mil escudos al pago de las guarniciones.

Por muy esmerado que fuese el cuidado de los redactores del edicto en conciliar todos los intereses, eran estos tan complicados, que hubo muchas dificultades en la ejecucion. El rey tuvo que enviar á las provincias comisionados á arreglar las diferencias, ya amigablemente, ya valiéndose de su autoridad; fuéle preciso un tesoro de paciencia para calmar la malquerencia de los partidos, desenredar enmarañados litigios, y allanar obstáculos. Por medio de esta conducta conciliadora llegó á familiarizar á los católicos con los reformados. Principiaban á tolerarse, y despues de algunos escesos hijos de un celo inconsiderado, que fueron severamente reprimidos, se acostumbraron á vivir unidos bajo la proteccion de las leyes.

En cuanto á la liga, era aborrecido su nombre, y parecia imposible que por tanto tiempo hubiese podido servir de instrumento á los enemigos de la Francia. Los mas furibundos, cuyos escesos no podian tener perdon, se refugiaron unos en Roma y otros en Bruselas, donde vivieron despreciados de los mismos á quienes habian vendido su patria. Enrique IV habia conquistado su reino; pero á pesar de la destruccion de la liga y de la paz con España, quedaban todavia en la corte facciones que le inquietaban. Un solo confidente tenia de sus penas, uno solo á quien abria su corazon; y este amigo era Maximiliano de Bethune, marqués de Rosny y despues duque de Sully, á quien se propone ordinariamente y con justo titulo como modelo de hombres de Estado. Ambos inquirian el origen del espiritu de intriga que agitaba á los grandes, y sobre los medios que convenia adoptar para tenerlos á raya. Despues de muy maduras reflexiones se pusieron conformes en que dos cosas eran las que daban pábulo á la actividad de los proyectistas: era la una el deseo de complacer á Catalina de Albret, hermana del rey, que se buscaba partidarios á fin de compeler á su hermano á que la casase con su primo el conde de Soissons; la otra era el estado del rey, pues siguiendo unido con Margarita de Valois, su esposa, estaba como sin mujer, y por consiguiente sin esperanza de posteridad: dos razones que daban motivo á cálculos y cábalas que trastornaban algunas cabezas.

El rey se decidió á principiar casando á su hermana, pero no con el conde de Soissons. Temia Enrique hacer á la casa de Condé, de la que era el menor este conde, demasiado poderosa con la herencia de la casa de Albret, si él llegaba a morir sin hijos. Algo entró de alarde de autoridad en esta decision. Catalina y su amante nunca habian tratado de grangearse su voluntad; llevados de su pasion, se habian conducido como los enamorados que creen que basta quererse para llegar al fin. Habianse hecho promesas y dado escritos que miraban como compromisos irrevocables; pero así que el rey se decidió, rompió bien facilmente estas medidas. Pone negociadores en campaña; recoge los escritos dados por la princesa; separa al conde; y Catalina, que ya no era jóven, viéndose amenazada de quedar soltera si rehusaba al marqués de Pont, duque de Bar, hijo mayor del duque de Lorena, que le presentaban, no titubeó en la eleccion, y dió su mano á este principe.

Terminado ya este negocio, trata el rey de romper los lazos que le unian á Margarita de Valois. Este matrimonio, llevado á cabo pocos dias antes de la matanza de San Bartelemy, correspondió sobradamente á tan funestos auspicios. La politica que lo habia formado fué muy pronto reemplazada por la indiferencia. Los dos esposos se entregaron sin freno á desórdenes, que segun nuestras preocupaciones son mucho mas vergonzosos en la mujer, aunque sean igualmente criminales en el marido. Se separaron, se unieron y se abandonaron otra vez; y el divorcio existia de hecho entre ellos mucho antes que la razon de Estado lo llegase á proyectar. Enrique reconocia la necesidad de efectuar este proyecto; pero una debilidad que le dominaba suspendió su ejecucion.

No debe creerse que su predileccion á las mujeres fuese efecto de la fuerza de un temperamento que no podia reprimir; era mas bien necesidad de una tierna espansion, tan indispensable á las almas sensibles en ciertas circunstancias de la vida. Así se espresaba el frágil monarca acerca de su amor con Gabriela de Estrees, á quien habia hecho duquesa de Beaufort. «La llamo á mi lado, decia á Sully, como una confidenta, para comunicarla mis secretos y recibir familiares y dulces consuelos.» Un cariño fundado en tales motivos no era fácil de romper; era mas bien de temer que arrastrado por la costumbre y sus buenos instintos, quisiese el rey hacer legítimos á costa de su honor y su tranquilidad lazos que eran tan de su gusto. Un dia se franqueó con Sully en este sentido; pero lo hizo con una especie de embarazo que revelaba el combate que en su corazon sostenian la razon y el honor.

Principió por hacerle una pintura de la esposa que deseaba. Exigia tantas y tan eminentes cualidades, que Sully llegó á decirle que le parecia imposible se pudiese hallar tal conjunto en una sola persona. ¿Y qué diriais, respondió el rey, si yo os asegurase que podia nombrar una?—Diria, repuso Sully, que era preciso que hubieseis tenido con ella gran familiaridad para estar seguro de que no os engañábais.—Será lo que os parezca; pero os repito que si vos no habeis conocido ninguna, yo puedo nombrar una.—Nombradla pues, señor, replicó Sully, porque yo no tengo ingenio bastante para ello.—¡Qué torpe ó malicioso sois! le dijo Enrique en tono de chanza. Seguro estoy de que no habeis nombrado porque no os dió la gana, la que yo pienso; pues no podreis menos de confesarme que todas las condiciones que hemos dicho se encuentran en mi querida. No digo con esto, añadió como reprendiéndose á sí mismo, que se me hubiese ocurrido casarme con ella, no; sino por saber qué dirian si á falta de otra me viniese á la imaginacion esta algun dia.—Os diria, señor, replicó gravemente el ministro, que así como las hijas de Loth, creyendo que no quedaba mas hombre en la tierra que su padre, dejaron á un lado el pudor y la conveniencia, así V. M., no conociendo otra mujer que le dé hijos que la marquesa, por no privar al Estado y á todos nosotros de tan inestimable bien, habria prescindido de consideraciones respecto á su persona y á su dignidad.»

Esta sábia respuesta hizo sonreir al rey. Sully añadió otras razones, bastantes á su entender para que desistiera de tal designio. Era la principal que si se casaba con Gabriela, se veria en un conflicto para dar estado á los hijos adulterinos que ya tenia de ella. Sucederá, decia Sully, que los menores serán los herederos del trono, mientras los otros no tendrán derecho alguno. Puede ser esto orígen de guerras crueles entre hermanos, guerras que volverán á sumir quizá al reino en una situacion mas lamentable que de la que le habeis sacado. Esta consideracion hizo honda impresion en el ánimo del rey, que no volvió á hablar de tal proyecto.

Margarita de Valois, sin embargo, temia siempre su ejecucion, y se mostró poco dispuesta á dar su consentimiento al divorcio interin viviese Gabriela. Por mas que la reina por su conducta no debiese abrigar pretension alguna al corazon de su esposo, sabia éste que ella tenia rivalidad con la querida. Sin cuenta á las recriminaciones que sus licenciosas costumbres podian autorizar, nunca Margarita se ocupaba de Gabriela, que no uniese á su nombre epitetos infamantes, que son un castigo del vicio, sea cualquiera la elevacion en que se halle.

La duquesa de Beaufort ignoraba acaso estas intenciones con

respecto á ella: en una ocasion importante llegó á conocer cuánto arriesgaba la belleza en lucha contra el mérito. Tenia frecuentemente reyertas con Sully, ministro de Hacienda, ya por exigencias pecuniarias que este consideraba escesivas, ya por otras pretensiones á que se oponia como nocivas á los intereses del Estado. Colocado entre su querida y su ministro el rey, ordinariamente sin disgustar á este daba algunas ligeras satisfacciones á aquella, y los



Tentativa de asesinato de Juan Chatel contra Enrique IV.

reconciliaba; pero un dia fueron las cosas tan lejos, que ella tomó la resolucion de derribar al ministro arriesgándolo todo por su parte. La ocasion no podia ser mas oportuna. Abrigando siempre la esperanza de llegar á casarse con el rey, hizo anular la duquesa su matrimonio con el señor de Liancourt al principio de su favor. Contaba ella con que esta declaracion de nulidad bastase para que fueran legítimos y aptos para la sucesion del trono los hijos que tenia del rey. Por otra parte, se conducia con decencia y dignidad y como no habia obrado antes. Rodeaba á sus hijos de un fausto régio, como si hubiese querido acostumbrar á la nacion á ver en ellos á los que un dia habian de regirla. Como una consecuencia de estas pretensiones, en 1594 pidió permiso al rey para hacer bautizar á su hijo mayor César Monsieur, despues duque de Vendome, con la magnificencia usada en el bautismo de los hijos de los reyes. «Tengo un corazon demasiado sensible, decia Enrique, para negar á las súplicas y lágrimas de la que amo una simple ceremonia de corte.» Accedió pues, y aunque no mediaron órdenes suyas, se realizó todo con la mayor pompa. Esta exigencia se renovó en 1597 al nacimiento de Alejandro de Vendome, gran prior de Francia. Esta vez no solo mediaron órdenes del monarca, sino que el secretario de Estado Forget de Fresne, en el libramiento para que fuesen satisfechos los gastos de la funcion, añadia al nombre del príncipe la cualidad de infante de Francia. Sully se negó á pagar los gastos de esta ceremonia, que se le pedian como deuda del Estado, á no ser que antes se hiciese desaparecer del documento aquella calificacion. Gabriela, que conocia el exagerado amor que á sus hijos tenia su amante, creyó haber encontrado una ocasion favorable para separar al ministro. Prorumpió en quejas amargas contra él; pero el ministro fué inexorable. El rey, como otras veces, queria reconciliarlos: para lograrlo llevó al ministro á casa de la duquesa, á quien habia anticipadamente advertido que le recibiese bien; pero encontró á una mujer irritada, que no entraba en razon, que lloraba, se mesaba y decia «que ella que llevaba el título de dama, preferia morir á vivir con la ignominia de verse pospuesta á un valido.—¡Oh! señora, dice ya colérico Enrique, cuyo furor estalla de una manera violenta, esto es ya demasiado, y veo muy claro que esta farsa tiene por objeto hacer que despida á un servidor, sin el cual no puedo pasar; pero os lo juro, señora, no pienso adoptar medida alguna; y para que sepais en lo sucesivo á qué ateneros, os declaro que si me he de ver reducido á quedarme sin una ú otro, primero perderé diez queridas como vos, que un servidor como él.» Dichas estas palabras, le vuelve la espalda y hace ademan de irse; Gabriela se precipita á sus pies, y Enrique al fin la perdona; pero tal escena sirve de leccion á ella para lo sucesivo, no volviendo despues á esponerse á un desaire tan marcado.

Precisamente habia sido incitada por algun enemigo de Sully como el rey lo sospechó; porque Gabriela, abandonada á si, era apacible, complaciente y graciosa, sin tener nada de terca. Tal era el concepto que merecia á Enrique. La amó por sus escelentes cualidades mas que á ninguna otra mujer, llorándola sinceramente cuando la perdió. Su muerte fué acompañada de circunstancias que la hacen singular: la anunciaron presentimientos de que en vano se querria averiguar la causa. Partia de Fontainebleau, donde dejaba al rey, para ir a pasar la pascua á Paris. Cien veces se habia separado del príncipe para ausencias mas considerables en tiempo y distancia, sin esperimentar la agitacion que esta vez se apoderó de ella. Al darle el adios con triste acento, sus ojos se arrasaban de lágrimas: recomendábale sus hijos, y se separaba de sus brazos para echarse de nuevo en ellos. Llegó en fin á Paris el jueves santo, yendo á parar á casa de Zamet, su residencia ordinaria en estas cortas escursiones á la capital. La Varenne, confidente de los amores de Enrique IV, no la abandonó y escribió á Sully que ella comió con mucho apetito, y que su huésped le habia presentado aquellas viandas que eran mas de su gusto; lo que graduareis segun vuestra prudencia, porque la mia no alcanza á presumir cosas que no he visto.» Despues de esta advertencia, que suscita sospechas afectando alejarlas, cuenta el mismo que al dejar la mesa fué acometida de un accidente que se tomó por apoplético. Los dolores aumentaron, seguidos de horribles convulsiones. En los momentos en que podia respirar, gritaba: «Que me saquen de esta casa.» Quiso escribir al rey; pero el tormento que sufria en sus entrañas hizo caer la pluma de su mano. Parió un niño muerto, y sucumbió despues de veinte y cuatro horas de horrorosos padecimientos, quedando tan desfigurada que no se podia mirarla.

Sin duda no se presentó á los ojos de Enrique esta muerte sino como el ordinario tributo que se paga á la naturaleza, puesto que su conducta no demostró que abrigase las sospechas que concibieron otros. Lloró á Gabriela como amante, y la olvidó como rey. Aprovechóse este acontecimiento para obtener de la reina Margarita el consentimiento para el divorcio, y Enrique comenzó á ocuparse sériamente del proyecto de un nuevo matrimonio. Inquietábale una cosa, que da á conocer que en los afectos ordinarios de la vida frecuentemente los potentados de la tierra miran ciertas cuestiones por el mismo prisma que los demas hombres. «Quisiera, decia, encontrar una mujer que no me hiciese arrepentir de dar un paso tan azaroso: si fuera posible, desearia que mi esposa tuviese entre otras las siete condiciones siguientes: belleza, honestidad, amabilidad, talento, fecundidad, riqueza é ilustre ascendencia. Pero amigo mio, decia á Sully, este tesoro creo que no existe.»

Sin embargo, por mas dificultoso que le pareciese este negocio, se determinó á emprenderlo Enrique por una razon que merecia seguramente el reconocimiento de sus súbditos. No veia sin pesar que despues de su muerte su laboriosa obra de regeneracion del reino iria por tierra si no tenia hijos legítimos, cuyos derechos fuesen un obstáculo á las facciones, y que perpetuasen su marcha firme y de buen gobierno: resolvió pues, á pesar de sus prevenciones, formar nuevos lazos, y permitió que se trabajase en la consecucion del divorcio, preparando el camino para otro matrimonio. Mas con el pensamiento de buscar nueva esposa, no supo dominarse bastante para conservar su corazon entero y un cariño sin reserva, que habrian hecho su dicha y la de la elegida: arrastrado por nuevos amores, se preparaba una vida doméstica tormentosa.

Así que Gabriela murió, se aficionó á Enriqueta de Entragues, marquesa despues de Verneuil, hija de Balzac, señor de Entragues, y de Maria Touchet, que antes de su matrimonio habia tenido de Cárlos IX un hijo llamado el conde de Auvergne y luego duque de Angulema. Esta jóven, coqueta refinada desde edad bien tierna, aconsejada por un padre tenido por muy poco delicado, á pesar de

su afectacion de virtud, puso en juego cuantos artificios suelen emplear las mujeres para cautivar á un amante de buena fé. Mientras se propuso atraerle á sus redes, le permitió asiduas visitas, que por algun tiempo fueron inocentes. Así que Enriqueta se creyó segura de su conquista, con el pretesto de que era vigilada y contrariada por un padre severo, hizo, de acuerdo con este y su hermano mas difíciles las entrevistas; de suerte que el monarca, como podria



Prendimiento de los jesuitas cómplices de Juan Chatel.

suceder con el último de sus súbditos, se vió obligado á emplear disfraces, escalamientos y escursiones clandestinas y peligrosas: triunfó al fin de la fingida resistencia de su querida mediante palabra de matrimonio; medio vergonzoso que le sonrojaba en el mismo momento en que de él echaba mano.

Se comprometió á casarse con Enriqueta, si ella le daba un hijo en el término de un año. Sully siempre sincero amigo de su señor, consultado por Enrique acerca de esta promesa que el rey llegó á enseñarle escrita, le pidió tiempo para reflexionar sobre cuestion que tan vivamente le interesaba. «Hablad sin empacho, dijo el rey; así lo quiero y os lo mando.—Ya que lo quereis, señor, lo haré: pero ¿me dais palabra de no enojaros, aun cuando diga ó haga lo que no os agrade?—Sí, sí, dijo ingénuamente el rey. Al instante cogió Sully el papel en que estaba escrita la promesa, y haciéndolo trizas añadió: «señor, hé aquí mi consejo, ya que lo quereis saber.—¿Estais loco? dijo Enrique. Cierto, señor, respondió Sully ¡y pluguiese á Dios que fuese yo el único loco en Francia!» Entonces este buen ministro que tanto se interesaba por la honra de su señor y la felicidad de su patria, le espuso los peligros de un compromiso de aquel género precisamente en la crísis del negocio del divorcio; espúsole tambien las inducciones que algun dia podrian sacarse de tal proceder en perjuicio de sus hijos legítimos, y las dificultades en que se metia. Enrique que escuchaba como quien conocia su desacierto, no respondió nada: marchó como arrastrado por una fuerza irresistible á su gabinete; escribió otra promesa, y partió á una cacería del lado de Malesherves, donde le esperaban placeres que le costaron muchas amarguras.

Si la debilidad del desgraciado Enrique no pudiese ser escusada por la mas interesada indulgencia, es fuerza admirar al menos la noble y perseverante confianza que siguió dispensando á un ministro que le patentizó la verdad de una manera tan dura. Sully se habia creido en desgracia despues de este lance, porque el rey ni aun le miró al salir de su gabinete; pero esto procedia de un sentimiento de rubor por parte del príncipe, quien pocos dias despues dió al mismo Sully el cargo de general de artillería. Enrique no dejaba de sentir escrúpulos por sus desórdenes. «Pido continuamente á Dios, decia un dia á Mathieu su historiador, que me dé fuerzas contra mis pasiones, y sobre todo contra la sensualidad.» Si esta gracia le hubiera sido otorgada, se ahorrara algunos pesares que le costaron la marquesa de Verneuil y su familia. Puede decirse que esta mujer fué su castigo. Alternativamente caprichosa, complaciente, lisongera, desdeñosa, devota, libertina, facciosa y adicta, pero nunca franca ni leal, parecia tener en su mano el corazon del monarca, inspirarle despecho y odio, ó llenarlo con todos los furores de un violento amor. Su fecundidad le dió pretensiones como Sully habia previsto. En lugar de gustar á su lado como en otro tiempo al de Gabriela los placeres de la confianza y del cariño, Enrique la encontró siempre opuesta en sentimientos, en deseos y en intereses: de manera que se veia en el caso de estar muy sobre sí y temerla como á un enemigo; y en efecto ella



Enrique IV y Gabriela de Estrée.

figuró en todas las intrigas de que vamos á hablar y en las que veremos renacer el espíritu de faccion que no habia desaparecido del todo.

El que se declaró con mas ardor haciéndose por decirlo así, representante de los descontentos, fué Cárlos de Gontaut, duque de Biron, hijo del famoso mariscal de este nombre, uno de los capitanes á quienes debió Enrique la corona. Heredó de su padre las

virtudes de un buen general, prudencia en el consejo, actividad en la ejecucion, popularidad entre las tropas é intrepidez en el combate. «Ninguno, decia el rey, tiene vista mas perspicaz para reconocer al enemigo y mas pronta salida para adoptar disposiciones.» Así Enrique, igualmente hábil en el conocimiento de las cualidades estimables y exacto en la recompensa de los servicios, le hizo pasar rápidamente por todos los grados de la milicia. Despues de haber sido á la edad de catorce años coronel de suizos en Flandes, en seguida mariscal de campo, luego teniente general y almirante, Biron se habia visto á la de treinta y dos años mariscal de Francia, gobernador de la Borgoña, admitido en todos los consejos, colmado de riquezas, dueño de las tropas por el aprecio con que le miraban, y amigo de su rey.

Para asegurar tan hermosa fortuna, bastaba no querer aumentarla; pero Biron encontró desgraciadamente aduladores que le inspiraron una ambicion desmedida, y que se sirvieron de sus debilidades para arrastrarle á escesos que reconoció demasiado tarde. La historia de su seduccion es una de las lecciones mas importantes que pueden meditar los que habitan las cortes y rodean á los reyes. Los mas gloriosos dias de Biron fueron aquellos en que, sóbrio, moderado, modelo de disciplina para el oficial y el soldado, no trataba de otra cosa que de distinguirse por su celo en servicio de su rey y por sus hechos contra los enemigos del Estado. Tales dias parece no obstante que ya fueron oscurecidos muy pronto por alguna ligera nube, puesto que en algo se fundaria su padre, muerto demasiado temprano para su hijo en el sitio de Epernay, cuando le decia: «Biron, yo te aconsejo que en ajustándose la paz, te marches á tu casa á plantar coles, porque si no, puede que tu cabeza ruede en Greve.»

Solo la prevision de un padre podia distinguir una catástrofe á través de las brillantes esperanzas de que Biron estaba rodeado. ¡Así hubiera dado este mas fe á tan siniestra prediccion que á las magníficas promesas de los enemigos del Estado, y á los pérfidos consejos de sus falsos amigos! El que tuvo mas influjo sobre él, fué Beauvais La Nocle, señor de La Fin. Habia estado en otro tiempo empleado por el duque de Alenzon, hermano de Enrique III, cerca de los españoles cuando este príncipe queria hacerse soberano de Flandes. La Fin conservó siempre relaciones con estos enemigos del reino, y se puso tambien de acuerdo con el duque de Saboya, merced á algunos descontentos de la Provenza que le declararon su agente. Por estas correspondencias vino á ser el hombre de confianza de los liguistas que estaban emigrados.

La Fin era emprendedor, activo, insinuante y hábil sobre todo en aprovecharse del flaco de aquellos que queria ganar. Osado con los temerarios, circunspecto con los prudentes, parecia entregarse por completo á sus cómplices para salvarse despues á su costa. Así el rey que le conocia, inquieto por la estrecha amistad que observaba entre él y Biron, no pudo menos de advertir á este: «que dejase su compañía, porque sino La Fin le comprometeria. Desgraciadamente se encontró el mariscal espuesto á las envenenadas insinuaciones de La Fin, sin antídoto contra ellas. Habia sido mal educado: calvinista por educacion y católico por conveniencia, á los diez y seis años ya habia cambiado dos veces de religion, y en toda su vida no sintió mas que indiferencia á una y otra doctrina. En cuanto á los principios de moral, que establecen la santidad de los deberes para con el príncipe y la patria, Biron ó los ignoró ó los despreció: se acostumbró á plegar las reglas de la conveniencia á sus gustos é intereses. Siempre victorioso en la guerra, constantemente afortunado en sus otras empresas, alhagado en la sociedad, sin sufrir nunca contradicciones, escusado en sus faltas, aplaudido por sus actos, llegó á ser dominante, terco y presuntuoso; hubiera querido hacerse el centro de todo, «y que, decia á Enrique IV, nadie mas que él le pusiese el pié delante.»

Su conversacion, como la de las personas vanas, era algo imprudente. El rey le disculpó por mucho tiempo, y cuando le iban á contar los dichos inconsiderados del mariscal, que á veces tenian por tema al monarca mismo, sus costumbres y su gobierno, Enrique respondia: «Creo muy bien todas esas habladurías del mariscal, pero es necesario no tomar al pie de la letra estas fanfarronadas. Es necesario oirlas como de un hombre que no sabe contenerse al hablar mal de los otros y bien de sí mismo; pero cuando se encuentra á caballo y espada en mano se porta cual ninguno. «Hubiérale sido preciso estar ocupado en la guerra, para no caer en los desórdenes de la vida de la corte: sus enormes pérdidas al juego llegaron á espantarle: «yo no sé, decia, si llegaré á morir en un cadalso; pero de lo que estoy seguro es de que no pararé hasta un hospital:» funesta alternativa que debe ponerse á los ojos de los jugadores desenfrenados. Biron probó que del juego al crimen no hay mas que un paso. Abandonándose á cavilaciones despues de grandes pérdidas, se irritaba contra el rey que le tenia sin dinero: le acusaba de avaro, ingrato; nunca á creerle, habia pagado con bastante largueza sus servicios: se acordaba de los tiempos de turbulencias y desórden en que la rapacidad suministraba lo necesario para su prodigalidad y para atender á sus profusiones: á trueque de satisfacer sus caprichos, todo le parecia permitido, aun el sumir de nuevo al reino en los horrores de la guerra civil de que él mismo habia contribuido á sacarlo.

Los españoles supieron aprovecharse de estas disposiciones. Ya hemos visto que antes de la paz de Vervins solo hacian la guerra á Enrique por medio de artificios, y viendo que no podian vencer á sus generales trataban de corromperlos: desde entonces tentaron la fidelidad de Biron obteniendo solo vagas contestaciones. Durante el sitio de Amiens sus emisarios concibieron esperanzas; sabian sin duda que el mariscal era de aquellos que hubieran querido dividir la Francia en grandes feudos; notaron ademas que Biron que hasta entonces habia parecido muy indiferente á las prácticas de la religion, afectaba mucho celo por ella, llevaba rosario, frecuentaba las iglesias, hablaba con elogio de los mas exaltados de la liga, y se decia seguro defensor de los católicos cuando les fuese precisa su ayuda. Los agentes de España arreglaron su plan de seduccion sobre estos datos. Rodeáronle de personas que le repetian continuamente, que él era el solo recurso de la religion y la libertad. Los españoles, le decian, van á verse obligados á firmar la paz: el rey llegará á hacerse poderoso: ¿quién defenderá los católicos y los grandes si él los quiere oprimir? Biron respondia: «Cuando la paz sea hecha, sé demasiado que los amores del rey, el descontento de muchos, y la esterilidad de sus larguezas suscitarán discordias capaces de trastornar al Estado mas pacífico del mundo, y cuando ellas faltaren, la religion nos suministrará cuanto nos sea menester para irritar á los hugonotes de mas calma y sacar de quicio á los mas pacíficos liguistas.»

No era bastante para los españoles haber prevenido al mariscal contra el rey; necesitaban tambien inspirarle confianza en ellos. Para lograrlo le insinuaron que si queria ser de su partido, llegarian á formarle una soberanía independiente en el punto de la frontera de Francia que eligiese; que estaban prontos á suministrarle dinero, tropas y cuanto le hiciese falta; y que la prenda de tales promesas sería una infanta de España que Felipe III le daria en matrimonio. Desgraciadamente el rey que no habia concebido la menor desconfianza del mariscal, le eligió para que fuese á Bruselas á jurar en su nombre la paz de Vervins. Biron fué recibido allí no solo como representante de un rey, sino como un hombre cuyo mérito personal era infinitamente superior á su categoría. Púsose especial cuidado en adivinar lo que podia alhagarle: juegos, espectáculos, festejos brillantes, aclamaciones de los pueblos, respetuosas deferencias, nada quedó en olvido. Hombres y mujeres le hablaban de sus combates con entusiasmo, y la admiracion de los cortesanos rayaba en veneracion. «De todos los generales del rey, decian, ninguno como él merecia sus elogios: le tenian por el conquistador de su corona, y era de sentir que tan brillantes hechos fuesen pagados tan solo con distinciones que tanto se prodigaban. Ciertamente, añadian los que estaban en el secreto, solo se comprende esto estando el rey envidioso de vuestra gloria: de él no teneis que esperar mas que desaires; mientras que si os unís á nosotros, vereis de cuan distinto modo es apreciado vuestro mérito.»

Estos discursos no eran del todo nuevos para el mariscal: habíalos oido ya de boca de un tal Picoté, abogado, natural de Orleans, hombre oscuro, pero á quien la confianza de los enemigos de Enrique IV habia dado importancia. Siendo de los mas fanáticos liguistas, no habia podido lograr ser comprendido en ninguna amnistía: de manera que cuando tocaba á su término la guerra, habia tenido que huir al estrangero, y errante por las fronteras de Francia limítrofes á España, no se ocupaba mas que del espionage y otras malas artes. Estando en el Franco Condado fué cogido por una de las partidas que Biron, gobernador de la Borgoña habia enviado á esta provincia enemiga, á las órdenes del baron de Luz su teniente: este lo remitió al mariscal. Picoté tenia imaginacion brillante, mucho talento y una conversacion insinuante y viva; hablaba con la misma facilidad de guerra, política y religion, y persuadia porque parecia persuadido. Habia gustado mucho al baron de Luz que era hombre instruido, y encantó tambien al mariscal con el relato que le hizo del gran concepto que de él tenian los españoles, y con la perspectiva de una brillante fortuna si queria relacionarse con estos. Las lisonjas valieron al orleanés su libertad. Por desgracia encontróle Biron de nuevo en Bruselas, donde fué órgano de las adulaciones de los españoles. Propuso paladinamente al mariscal un tratado con Felipe III; sin embargo de sus apremiantes instigaciones no logró entonces un compromiso formal: el débil Biron creyó hacer mucho prometiendo solamente ponerse de parte de los católicos, si estos se lanzaban á la revolucion, y consintió que en este caso se le exigiese en Francia el cumplimiento de su palabra.

A estos esfuerzos se unieron los de Cárlos Manuel, duque de Saboya, que llegó á Francia á fines de este año, para tratar de obtener del rey la cesion del marquesado de Saluces que habia invadido durante la liga. Este príncipe enclavado entre la Francia y los esta-

dos italianos, y procedente de la casa de Austria, no habia llevado el título de rey á su ducado, objeto constante de su ambicion. Tenia muchos hijos y pocas posesiones para establecerlos, otro objeto que le agitaba, inspirándole aficion á las usurpaciones.

Aunque de corta estatura, era agraciado y unia á una fisonomía espresiva y agradable, maneras cortesanas. Hablaba bien, y la franqueza estaba constantemente en sus lábios, al paso que tenia el disimulo y doblez en el corazon. Valíase de hábiles ministros á quienes engañaba para que ellos engañasen á los demas. Manuel se mezclaba en todas las negociaciones. En el momento en que firmaba con una corte un tratado, era cuando se debia desconfiar mas de él, porque celebraba tambien otro contrario con el príncipe enemigo. Se le temia porque era fecundo en espedientes poco delicado sobre la justicia de los medios, buen general y estaba siempre armado.

Todas estas ventajas sin embargo no le habian podido conseguir la tranquila posesion de su injusta conquista. Casi siempre habia tropezado con Francisco de Bone, señor de Lesdiguieres, quien sin auxilio del rey, entonces muy ocupado, se opuso tenazmente á las empresas del duque. Cuando se acordó la paz con España, Enrique reclamó el patrimonio de su corona é intimó á Manuel que restituyera lo que poseia del marquesado de Saluces. El usurpador se encontró muy embarazado, porque no se le dejaba alternativa entre volver todo ó tener guerra: no obstante propuso un arbitrage, luego un cambio, y por último el depósito en manos del Papa hasta que fuesen puestos en claro los derechos respectivos. Viendo que sus subterfugios no tenian éxito determinó ir en persona á Francia, á probar si por medio de intrigas de corte podia conservar un territorio que tanto le acomodaba.

El rey adivinó las intenciones del duque. «Este hombre piensa, dijo, ser tan elocuente, sutil, fino y astuto que quizá trastorne á alguno: hace ya tiempo que me adula; pero yo le demostraré que no es tan fácil engañarme.» Sospechó pues el monarca que Manuel trataria de seducir á algunos, formar complots y suscitarle dificultades en el interior, para que abandonase los negocios del esterior. Los recelos del rey eran fundados. Los ministros de Manuel habian dicho á este que encontraria en Francia multitud de descontentos que solo esperaban apoyo y gefe, y creyó por consiguiente que bastaba que él se presentase para animar al partido. «Pero no conocia, dice Sully, la inconstancia de los hombres y sobre todo de los cortesanos franceses, que con la misma facilidad que se alteran se apaciguan, y á quienes basta una mirada, una sonrisa, una atencion cualquiera, una sola palabra de su rey, para cambiar los sentimientos mas enconados, y ofrecer el sacrificio de vidas y haciendas por su servicio.»

Manuel esperimentó la verdad de esta observacion. Encontró en efecto, como se encuentra en todas las cortes, envidiosos, personas que se creen mal recompensadas, caractéres sombrios y desconfiados que en todo ven un atentado á su posicion y fortuna, intrigantes, ambiciosos, proyectistas acostumbrados desde las últimas turbulencias á mezclarse en todo, pero de tantos elementos esparcidos no pudo formar un conjunto como se habia propuesto.

Puso en juego sin embargo hasta las circunstancias menos apropósito para sérias discusiones. Para no mezclar la amargura y los placeres le hizo saber el rey á su llegada, que ellos no se ocuparian de los negocios pendientes, sino comisionados nombrados por uno y otro. Tratóse pues únicamente de diversiones. Enrique dió magníficas fiestas: los cortesanos le imitaron, y á ejemplo del monarca se esforzaron en hacer agradable al duque su residencia en la corte de Francia. Manuel por su parte aparentaba no ocuparse de otra cosa que del juego, cacerías, espectáculos y otras diversiones que le ofrecian; pero sin perder un solo instante de vista su objeto, valíase de la confianza que engendraban estos festejos para sondear las disposiciones de los ánimos con respecto al rey.

Encontró á muchos resentidos por diferentes causas. Epernon, por ejemplo, que habia sido omnipotente favorito de Enrique III, no podia resignarse á no ser mas que estimado bajo Enrique IV. Los duques de Bouillon y La Tremouille, á quienes la guerra y la confianza del partido hugonote daban en otro tiempo tanta consideracion, veíanse con pena amenazados por la preponderancia de la autoridad real, de quedar reducidos á simples cortesanos. El conde de Auvergne estaba furioso de despecho, porque el rey, sujeto á las redes de su hermana la marquesa de Verneuil, no se casase con ella; y Biron, el desgraciado Biron se deshacia en quejas frívolas que creia importantes, y sin embargo denotaban mas bien desórden en sus ideas que corrupcion en el corazon.

Manuel, quejándose tambien y participando con fingido interés de los pesares de los demas, llegó á hacerse bien pronto el confidente de sus resentimientos. Tuvo conferencias secretas y entrevistas nocturnas, en las cuales procuraba reunir muchos señores, á fin de dar á su conformidad un aire de conjuracion, y que no pudiesen volverse atras al verse juntos é igualmente interesados en abatir el poder real. Convenian en las causas, medios y fines, pero así que se trataba de obrar, los encontraba el duque frios y poco emprendedores; ninguno queria tomar sobre sí la responsabilidad de los primeros pasos; solo Biron, incapaz de disimulo y de temor, se comprometió sin reserva.

Su defeccion fué obra de informes envenenados que escitaron su ira contra el rey. El duque de Saboya le decia que este príncipe no queria á la nobleza de su reino, y que temia su preponderancia. «Os voy á dar una prueba sin réplica, le dijo un dia el artificioso Manuel: ya sabeis que tengo numerosa familia; me hubiera alegrado de acomodar en Francia alguna de mis hijas; al efecto propuse al rey que os daria una de ellas, si él os proporcionaba la posicion correspondiente. ¿Qué eleccion habeis hecho? me respondió Enrique: esta familia ni aun ocupa el centésimo lugar en mi reino.— Confianza por confianza, dijo el arrebatado mariscal, el rey me tiene manifestado que sois un fullero, y que al mismo tiempo que le ofreciais poneros de su lado contra los españoles, firmábais un tratado de alianza con estos.»

Un político se hubiera sonreido al oir tales quejas; pero Manuel no las dió importancia sino porque le demostraban que su mala fé era ya conocida, y así comenzó á recelar por su persona. En efecto, se habló en el consejo de prenderle: salvóle la lealtad del monarca; pero no llevó este su generosidad hasta abandonar el marquesado de Saluces. Vió pues claramente el duque que era forzoso ceder ó prepararse á la guerra: redobló sus alhagos con Biron; hicieron causa comun de sus sentimientos, y para mejor cimentar su union llamó Manuel en su ayuda al famoso conde de Fuentes, cuyos consejos y ofrecimientos eran bien capaces de vencer los últimos escrúpulos que restasen á Biron.

Don Pedro Enriquez de Acevedo, conde de Fuentes, el mas encarnizado enemigo personal que tuvo Enrique IV, era gobernador de Milan por Felipe III, rey de España. Celoso de la grandeza de su nacion no podia sufrir que esta tuviese rival. Los venecianos, el Papa, los suizos, aunque poco sufridos, todos sus vecinos tenian alguna queja de su genio emprendedor. Cuando no los atacaba, los amenazaba; si no demolia sus fortalezas, alzaba otras en sus territorios. La España que siempre ganaba en estas operaciones, lo dejaba obrar menos cuando las quejas venian á ser demasiado fuertes, porque entonces desaprobaba su conducta, aunque siempre se quedaba con parte de sus usurpaciones. El duque de Saboya y el conde de Fuentes no eran amigos; mas como se temian, guardábanse mútuas consideraciones: no pudiendo deshacerse se unian, y el duque tenia siempre seguridad de contar con él cuando hubiese que obrar contra Enrique IV. Hay odios y simpatías cuya causa no podemos esplicar. La aversion de un simple gobernador de Milan á un rey de Francia de quien nunca habia sido súbdito ni prisionero, no es fácil de concebirse. Existia sin embargo, sea por rivalidad de nacion ó por despecho de ver á la Francia floreciente, y humillada su patria. Don Pedro no hablaba nunca de Enrique IV sino en términos ofensivos, y le agradaba oir hablar mal de él. Todos los emigrados del reino podian estar seguros de encontrar en él buena acogida, y le acusa la historia de haber sido instigador de algunas tentativas contra la vida del monarca. Por lo menos lo fué de conspiraciones contra el Estado, en lo cual quizá no hacia mas que imitar el ejemplo dado por Enrique, que tenia poco escrúpulo en la clase de socorros que prodigaba secretamente á los holandeses. Las preocupaciones nacionales nos impiden á veces ser justos y nos hacen calificar de bueno, útil y disculpable lo que en otros nos parece un crímen. Por lo demas, este hombre que no conocia freno en política, era en su gobierno juez severo é íntegro, fiel á su palabra, gran capitan ademas, laborioso, resuelto, tenaz, y tal en fin que su malquerencia no podia menos de ser temible. Luego que se convenció el duque de que era forzoso perder el marquesado de Saluces ó dar un equivalente, trabajó con afan por evitarlo ó remediarlo. La Fin que estaba siempre al lado de Biron y que sabia el secreto del conde de Fuentes, redactó un tratado sobre lo que tenian ya en proyecto. Se prometió la soberanía de la Borgoña al mariscal, y Manuel añadió á esto la mano de una de sus hijas. Con tal cebo Biron se entregó decididamente á los enemigos del Estado. Se convino tambien en que para salir del reino pasaria el duque por las condiciones que Enrique quisiese imponerle; pero que si vuelto á sus estados le convenia faltar á su palabra y hacer la guerra, el mariscal sublevaria los descontentos del reino y se uniria á él.

Por consecuencia de estas medidas y despues de no pocas dificultades y muchas proposiciones del duque de Saboya, encaminadas á conservar por lo menos una parte del marquesado de Saluces, conformóse al fin con el rey. El tratado disponia que restituyera pura y simplemente el marquesado, ó bien que si lo queria conservar diese en cambio la Bressa, el vicariato de Barcelonette, el valle de Sture, y los de Perusa y Pignerol. Manuel se utilizó hábilmente de la alternativa en que se le dejaba para pedir un plazo de diez y ocho meses, á fin de pensarlo y consultar con los grandes de sus estados. Los comisarios concedian seis, y Rosny no queria dar plazo alguno. Enrique tomó un término medio y señaló tres meses. El duque firmó en-

tonces bien resuelto á aprovecharse del plazo para no ejecutar lo convenido. Concluido el término le recordó Enrique lo pactado: Manuel respondió con la demanda de nuevo plazo; pero el rey no accedió, insistiendo por la última y perentoria resolucion del duque. Este que se creyó ya entonces bastante fuerte con los socorros que en el transcurso de la negociacion habia pedido á España, y con los que se prometia de los descontentos de Francia, arrojó la máscara y respondió insolentemente que no entregaria el marquesado, y que si el rey queria arrebatárselo por fuerza, le daria ocupacion para cuarenta años. Pero Sully que ya esperaba la negativa, como general de artillería habia preparado todo, á fin de que la guerra fuese corta. En efecto, esta se redujo á una sola campaña que terminó antes del invierno.

Enrique que ignoraba la intriga del mariscal, le ofreció el mando de uno de sus ejércitos, mientras él mismo con otro atacaria al duque por otro lado. El mariscal se encontró en grande aprieto. Tomar el mando era privarse del medio de intrigar en las provincias, mientras el rey estuviese ocupado en la guerra; no tomarlo cuando se sabia su aficion á tales empresas, era esponerse á recelos. Las opiniones eran contrarias en su consejo. La Fin queria que no aceptase, y al contrario el duque de Saboya, quien calculaba que poniéndose su cómplice al frente de las tropas francesas, no podia menos de presentársele mejor el resultado.

En efecto, no reparó el mariscal en pasar por la afrenta de malograr las empresas que se le confiaban; pero no quiso ser rechazado sin apariencias de choque. Sea escasez de medios ó confianza en la flojedad de los ataques, Manuel habia dejado sin víveres ni municiones las plazas, abandonadas á débiles guarniciones y á malos comandantes; de suerte que el mariscal trabajaba en vano para salvarlas. Hacia pasar á noticia de los gobernadores con anticipacion el plan de sus ataques, dejaba que les entraran socorros, las embestia por los puntos mas fuertes, y les exhortaba á que se defendiesen siquiera algunos dias. A pesar de esto expugnó todas las plazas en que se presentó; y en dos meses se vió Manuel espuesto á perder sus estados, ó reducido á una paz desventajosa: situacion que afligia á Biron y le hacia maldecir sus propias victorias.

El portador de sus avisos á los capitanes enemigos era Renazé, secretario de La Fin. Algunas veces los daba el mariscal por escrito, y entonces iban concebidos en términos que pudieran interpretarse favorablemente en el caso de ser cogidos. En tanto que así se empleaba el secretario, el amo iba con toda diligencia del campo de Biron al Piamonte, y del Piamonte á Milan, de donde llevaba á Biron nuevas calumnias contra el rey, nuevas por la manera de darlas, porque siempre se reducian á las antiguas imputaciones, á saber: que el monarca era presa de la mas ruin envidia contra el mariscal; que nunca le perdonaria sus victorias, y que tarde ó temprano cambiaria los trofeos en pompas fúnebres. Todo esto se decia como en tono de queja porque el mariscal, aunque á su pesar, continuaba conquistando los estados del duque de Saboya. Pareciales culpable á sus cómplices; porque no tomaba contra el rey los espedientes que le sugerian. «Se lamenta de que se vé obligado á combatir, decia el conde de Fuentes, cuando tiene un medio tan sencillo de lograr una paz favorable á todos los aliados. Que se apodere del rey cuando vaya á su ejército. Nosotros le llevaremos á España, donde será bien tratado y podrá divertirse en bailar y galantear las damas.»

Si estos discursos no arrancaron á Biron el consentimiento para una negra traicion, á lo menos le familiarizaron con la idea del crímen, y poco faltó para que la destreza de los malvados á quienes escuchaba, le hiciese culpable de un horrible asesinato. No cesaban de indisponerle contra el rey; le aconsejaban que pidiese gratificaciones exorbitantes, nuevos gobiernos, aumentos de poder que el príncipe no podia conceder. Biron era desatendido; y entonces su ódio, su rabia y su cólera no tenian límites. En tanto que estaba en uno de estos accesos de frenesí, tuvo deseos el rey, cuyo ejército no estaba distante, de ir á ver el del mariscal, que sitiaba una plaza enemiga. No dudó este último que iria á recorrer las trincheras, y mandó á Renazé avisar al gobernador que apuntase los cañones al punto que lo indicaba, y que colocase en otro una compañía de arcabuceros que hiciese fuego sobre los que se presentasen, á una señal convenida. La Fin que se hallaba presente, sea por verdadero horror al crímen, sea por probar al mariscal, manifestó sorpresa é hizo un gesto de desagrado. «¡Cómo! esclamó el fogoso Biron, ¿no tengo derecho de vengarme de un hombre que quiere arruinarme, que quiere quitarme la vida?» Estas palabras manifiestan las odiosas prevenciones que le habian inspirado. La resolucion que manifestaba una consecuencia de aquellas, no pasó, segun él mismo cuando se disculpó, de los términos de un primer pensamiento envuelto en las nubes de su cólera y de su despecho. Vuelto á sí mismo, se avergonzó de su arrebato, é impidió que fuese el rey al sitio funesto adonde habria podido conducirle su ordinario valor.

Por pocos remordimientos que demuestre un conspirador á sus cómplices, se espone á ser vendido. La Fin que estudiaba al mariscal, juzgó despues de esto que no era hombre capaz de arriesgarlo todo para salir adelante. Desde este momento tomó medidas contra el arrepentimiento de Biron caso que aconteciese, ó contra sus declaraciones, si la indiscrecion ó la necesidad le arrancaban algunas. Empezó á guardar todos los papeles, cartas, respuestas y memorias que podian contribuir á su defensa; y cuando el mariscal le mandó que los quemase en su presencia, los ocultó con destreza y puso otros en su lugar. La Fin no abandonaba por esto las negociaciones del duque de Biron, cuyo principal instrumento era siempre. En noviembre hizo en Milan un nuevo tratado que le mandó el mariscal que no firmase. Se convenia en él que el duque de Saboya pudiese hacer la paz, puesto que la rapidez de las conquistas de los ejércitos franceses le obligaban á ello; pero que tan pronto como estos se retiraran se romperia dicha paz; que entonces intervendrian los españoles en la guerra; que darian á Biron el título y autoridad de teniente general de su corona, y que le asegurarian la propiedad de Borgoña con la mano de una princesa de Saboya; que si la guerra salia mal, la España al hacer la paz, daria al mariscal un millon de presente y seiscientos mil escudos de renta en el punto que eligiera. Sin embargo, como todo esto era á condicion que Manuel abandonase sus pretensiones, y se plegara á las condiciones que la Francia le imponia, sostuvo la guerra todo el tiempo que pudo, suspendiendo la actividad de las armas del rey con proyectos de tratados, cuya conclusion evitaba cuando veia que estaba próxima.

Durante este tiempo, Enrique IV, cuya presencia no parecia tan necesaria en sus ejércitos victoriosos, vino á Lion al lado de su nueva esposa. Hacia muchos meses que se trabajaba en la disolucion de su matrimonio con Margarita de Valois. Como las partes estaban conformes, no esperimentó este negocio por parte de Roma mas que dificultades de fórmula. Se fundó la necesidad del divorcio en el parentesco de tercer grado y en la falta de libre consentimiento de los esposos, que habian sido obligados por Cárlos IX. Libre ya de los vínculos, Enrique contrajo otros nuevos con María de Médicis, hija de Francisco II, gran duque de Florencia. Tenia ella veinte y seis años, edad propia para hacer esperar una pronta fecundidad que deseaban los franceses para no verse espuestos á guerras civiles por causa de sucesion. Así toda la nacion celebró este acontecimiento con magnificencia y espansion de alegría, como una felicidad pública.

La realizacion de este matrimonio aconteció al mismo tiempo que la conclusion de la paz con Saboya, y fué nuevo motivo de fiestas y placeres. Manuel hizo lo que pudo para obtener otras condiciones que las del tratado que habia firmado en Francia; y recurrió á todas las personas que sabia tenian algun influjo con el rey, príncipes, reyes, al mismo Papa, pero en vano. Enrique estuvo inflexible, y todo lo que concedió fué que tendria lugar el primer tratado, que el duque de Saboya conservaria el marquesado de Saluces; pero que daria en cambio la Bressa, el Bugey y las orillas del Ródano de uno y otro lado hasta Lion. A este precio rescató Manuel sus estados de que habia sido despojado, é hizo por otra parte, como decia Lesguidieres, una paz de príncipe, en tanto que Enrique hacia una paz de comerciante.

Biron disfrutó tambien de la indulgencia del monarca. Tantas negociaciones, entrevistas y viages clandestinos no habian podido hacerse sin que el rey llegara á tener noticia de ellos. Un dia le llamó aparte en el claustro de los dominicos de Lion, y le preguntó, bajo promesa de perdon, en qué consistian las inteligencias que habia tenido con los enemigos del Estado, y cuál era su objeto y causa. Acerca de estas inteligencias, como hombre avergonzado de recordar hechos de que no querria tenerse que acusar, omitió los detalles, y solo dió esplicaciones imperfectas. En cuanto á la causa, confesó que se habia lisongeado con la idea de casarse con una princesa de Saboya; que sin embargo no hubiera olvidado su deber si el rey no le hubiese negado el gobierno de la ciudadela de Bourg en Bressa. Enrique lleno de bondad le abrazó, y le dijo: «Bien, mariscal, no os acordeis mas de Bourg, y no me acordaré yo de lo pasado.» Pero al perdonarle su falta, le advirtió que la reincidencia seria mortal.

Biron, contando al duque de Epernon la conversacion que acababa de tener con el rey, y cuán satisfecho estaba, «me alegro, le dijo el viejo cortesano, pero deberiais desear indulto, porque los pecados de esta clase jamás se perdonan.—¿Será un indulto replicó el mariscal, ¿mas seguro que la palabra del rey? ¿Y si el duque de Biron necesita un indulto, qué será necesario para los demas?» Olvidaba que el poder real comenzaba á tomar el desquite, y que cuando castiga un crímen de Estado, no distingue entre los culpables.

Su mayor desgracia fué que el rey no trató de penetrar en el fondo de la intriga; tal vez le hubiera arrancado á la seduccion, porque no pudiendo dudar el mariscal, que despues de las esplicaciones detalladas que se le exigieran, sus acciones se aclararian desde luego, se impondria la ley de obrar con mas regularidad en lo su-

cesivo. Es posible tambien que suponiendo al monarca instruido á fondo, hubiera conocido mejor el beneficio del perdon, y que sensible á la bondad del soberano, hubiera renunciado á alianzas que le hubieran hecho ingrato; en lugar que despues de su indulto, lejos de consolarse, se encontró como entre dos fuegos: atormentado del lado del rey, que de un momento á otro podia conocer todas las circunstancias del complot y hacer un crímen capital de sus reticencias, y confuso respecto al duque de Saboya y conde de Fuentes, que picados de verse desatendidos, podian entregar al rey las pruebas de su traicion y perderle. Pero sobre todo temia á Renazé y á los demas cómplices que habia empleado; porque su suerte estaba en sus manos, y no era necesario mas que una indiscrecion escapada ó provocada para hacerle perecer: resolvió pues tomar precauciones contra estos especialmente. Continuó su union con los enemigos del Estado, que siempre le lisongeaban; pero cambió los mediadores, persuadido que aun cuando se descubriesen los complots tramados por esta clase de gente, el perdon de Lion lo cubriria todo.

Enrique IV olvidó fácilmente la falta de un hombre á quien queria. Como conocia que tenia deseo de honores, le envió á Inglaterra para que participase su matrimonio á Isabel de Inglaterra, su buena amiga. El mariscal llegó allí poco tiempo despues que esta princesa habia hecho perecer en el cadalso al conde de Essex, su favorito. Se dice que la venganza de un amor despreciado tuvo mas parte en su suplicio que la política del Estado. Sin embargo, es preciso confesar que se habia hecho criminal, á lo menos por un proyecto de revolucion. Isabel contó á Biron con enternecimiento los errores del conde, el abuso que habia hecho de su bondad, y el recurso que hubiera encontrado en su indulgencia; le dijo que todo lo habia intentado para salvarle; que no deseaba mas que una confesion, una sumision; que hubiera pedido gracia. Despues, fijando de repente la vista en el mariscal, y como avergonzada de la sensibilidad que habia manifestado, y recordando los austeros deberes de reina, dijo: «Si yo estuviese en lugar del rey, mi hermano, tambien se cortarian cabezas en París como en Londres. Quiera Dios que le vaya bien con su clemencia; yo no tendria compasion con los que quieren turbar un estado.» Se notó despues que Biron, al dar cuenta de su embajada, no habló de esta advertencia.

Es raro que corrijan los ejemplos. Lo que Biron acababa de oir no le impidió tomar parte en una cábala que encontró formada en la corte, y cuyos gefes no debian haber causado jamás disgustos al rey. El primero, Enrique de La Tour de Auvergne, duque de Bouillon, se lo debia todo á Enrique IV, que le habia escogido entre todos los señores de la corte para casarle con Carlota de la Mark, soberana de Sedan, cuya mano estaba á su disposicion. El segundo, Cárlos de Valois, conde de Auvergne y duque de Angulema, estaba colmado perpetuamente de favores por el rey, tanto en memoria de Cárlos IX, de quien era hijo natural, como por consideraciones á Enriqueta de Entragues, su querida, de quien era hermano uterino. Uno y otro, olvidando lo que tenian y á quién se lo debian, no pensaban mas que en adquirir mas. El duque de Bouillon estaba devorado por el deseo de engrandecer su soberanía, y creia que no podria conseguirlo mas que renovando las turbulencias. El conde de Auvergne habia formado el proyecto de hacer recaer la corona en su familia, y la fecundidad de la reina no le parecia un obstáculo que debiese embarazarle.

María de Médicis en el curso del primer año de su matrimonio habia hecho al rey padre de un Delfin. Esta dicha no impedia que el monarca se entregase á los caprichos de un amor fugaz. Sus multiplicadas y poco secretas infidelidades incomodaban á la reina que no le ocultaba su disgusto. De aqui nació la frialdad y las disensiones que entre particulares no hubieran tenido consecuencia; pero que en la corte afectaban á la suerte del reino. Enriqueta de Entragues tambien habia tenido dos hijos del rey; y pretendia que solo habia llegado á ser madre bajo la fe de una promesa de matrimonio anterior al de María. En el momento de la celebracion manifestó una oposicion, que no se apreció en lo mas mínimo; pero que sirvió para hacerla creer que habia asegurado á su hijo los derechos que ella podia hacer valer. Se trataba desde luego de hacer declarar nulo el matrimonio del rey y al Delfin ilegítimo; proyecto quimérico; ¿pero qué cosa no cree posible el deseo de reinar y de suplantar á una rival? Enriqueta empleó para satisfacerse las armas del sexo mas débil, los encantos y la malicia: con los primeros retenia tiránicamente al rey bajo su imperio; la segunda le servia para alejar á Enrique de su esposa. La favorita poseia en alto grado el arte de imitar, y en los momentos de alegría imitaba el tono de la reina, sus maneras, su acento y su idioma medio francés y medio italiano; el rey se reia con estas locuras; pero la reina á quien se lo referian, se ponia furiosa y pedia venganza. Enrique trataba de eludirla, y no queria que se mirasen con seriedad bufonerias que solo se hacian, segun decia, con objeto de divertirle. María por el contrario insistia, y viendo que el rey la pagaba con defecciones, creyendo favorecida á su rival daba públicamente escenas de despecho que hacian viva impresion en el alma sensible del monarca. Enriqueta por el contrario se lisongeaba que estas escenas multiplicadas llegarian por fin á disgustar al esposo y podrian hacerle tomar un partido violento, tal como el de enviar la princesa á Florencia; y encontraba muy sencillo que el rey la reconociese en seguida por verdadera reina, en virtud de la promesa de matrimonio y que diese el título de Delfin á su hijo; tal fué el papel que representó la marquesa de Verneuil en este negocio; no era el mas fácil de ejecutar, si la naturaleza no la hubiera hecho apropósito para desolar á una esposa susceptible y cautivar á un príncipe dócil. El duque de Bouillon, el hablador mas fecundo y mas hábil de su tiempo, se encargó del segundo; formaba planes, discutia las dificultades, concertaba los medios, tranquilizaba á los que el peligro podia asustar: parecia que avanzaba mas que ninguno de los demas cómplices; pero tenia buen cuidado de no dejar en pos de sí ni escritos ni señales que pudieran comprometerle. El conde de Auvergne, emprendedor y temerario, enarbolaba atrevidamente el estandarte de la revolucion, recorria las provincias de mas allá del Loira, donde parece que habia fijado su residencia, y se conciliaba la nobleza por las consideraciones al clero con una grande afectacion de catolicismo, y al pueblo con una fingida compasion de la miseria que sufria por los impuestos con que se veia abrumado. A Biron se le destinaba el mando de las tropas, tanto las que facilitase la España como las que se levantasen en Francia. Debia oponérsele á Enrique IV, le decian los aduladores; idea capaz por sí sola de picar su vanidad y hacerle olvidar su deber. No dejaban de decirle que un hombre que obligase al rey á colocar en el trono á la esposa legítima y á hacerle reconocer al verdadero heredero, no debia esperar menos que una soberanía ó la recompensa que quisiera. Así el duque de Bouillon era el alma de la conspiracion, el conde de Auvergne la trompeta, por decirlo así, y Biron el brazo. Cada uno por sí solo hubiera sido poco temible, pero todos juntos y con otros muchos que no daban la cara, atacando al rey unos en la corte, otros en las provincias y otros en las fronteras, podian ocasionar en el Estado movimientos muy peligrosos.

Enrique IV tuvo algunas sospechas al principio del año. Supo que habia fermentacion en el Poitou y en las provincias adyacentes; partió con su prontitud ordinaria, se presentó á sus pueblos sin tropas y sin aparato amenazador y preguntó cual era el motivo de sus quejas. Le contestaron que se les habia dicho que queria aumentar los impuestos, destruir los privilegios del clero, de la nobleza y de la magistratura, y construir ciudadelas en todas partes para gobernar como déspota que no conoce frenos ni leyes. El rey se esplicó acerca de todos estos puntos con los diputados de los cuerpos; les hizo ver que habian sido engañados, que sus intenciones para consuelo de los pueblos eran puras y rectas. «En cuanto á las ciudadelas, las que yo haga se fundarán en el corazon de mis súbditos.» Enrique tenia afabilidad y ese tono de verdad que persuade, y su presencia y su discurso calmaron todos los temores, cesaron los murmullos y volvió triunfante de la malicia de sus enemigos.

Pero esta existia siempre en la corte de la misma manera que la inflamacion estensa y oculta que indica la esplosion de un volcan. El rey, seguro de que habia proyectos, sin conocer precisamente ni el fin ni los autores, vivia alarmado. Dufresne Canaye, su embajador en Venecia, ministro perspicaz é infatigable que estendia su correspondencia á toda Italia, le decia que en Milan y Turin se veian franceses con frecuencia; que se ocultaban en la sombra del misterio y que tenian nocturnas conferencias con los ministros de estas cortes. Dufresne nombraba á unos, designaba á los otros, marcaba hora por hora sus pasos, describia hasta sus trages y sus gestos. Decia ademas que la reputacion del rey se desgarraba en Italia en cuanto á sus costumbres; que se gritaba contra su gobierno, para que le despreciaran, que se rebajaba su poder á fin de persuadir á sus aliados que no se hallaba en estado de socorrerlos cuando fuera necesario, y por último que los mismos venecianos á su pesar, empezaban á escuchar las insinuaciones calumniosas y á desconfiar de la Francia.

Se debe admirar la indiferencia con que los ministros y aun el mismo rey recibian estos avisos. Llevaron la indolencia hasta el estremo de no dar á Dufresne el dinero necesario para el pago de los espias: no pedia mas que una suma módica para poder coger á uno de estos malos franceses, que tal vez lo hubiera revelado todo y se le negó; pero Enrique IV fué mejor servido por la imprudencia de Biron que por sus propios ministros. Despues de su regreso de Inglaterra, el mariscal pareció poco por la corte; todavía era el hombre descontento, desdeñoso, murmurando de todo lo que se hacia; algunas veces pensador, impaciente, colérico, tal como se ve á los que embarazados con algun mal negocio, afectan seguridad y se obstinan contra el grito de su propia conciencia. Su zozobra no era sin motivo. Su intimidad con La Fin empezaba á declinar, como sucede con todas las fundadas en intereses criminales. Se habian deslizado sospechas entre los dos: «l conde de Fuen-

tes, mas conocedor que el mariscal, creyó que aquel, en virtud de ciertas palabras que se le habian escapado, seria capaz de hacerles traicion, sin manifestarle lo mas mínimo, le envió á Francia y le comprometió bajo varios pretestos que se dirigiese á Saboya. Se habia avisado á Manuel, y La Fin hubiera perdido allí por lo menos su libertad; pero sea por casualidad, sea por prevision, se marchó á Suiza, y encargó á Renazé su secretario que fuese á Saboya, donde fué arrestado y encerrado en el castillo de Chiari.

Retirado La Fin á Auvernia, su patria, reflexionó sobre su situacion, y se vió enmedio de la Francia á quien hacia traicion, y sin asilo entre los estrangeros á quienes era sospechoso. En vano se quejó á Biron de la cautividad de su secretario, porque no recibió mas que respuestas que le inquietaron. No se le habló del desgraciado Renazé, sino como de un hombre á quien era preciso sacrificar á la seguridad comun, y cuya voz era menester sofocar en la tumba. El mariscal le aconsejó que no hiciese investigaciones ni amenazas á causa de su cómplice, sino por el contrario, ¡tan cruel es el temor! que se deshiciese secretamente de aquellos que le habian acompañado en sus viages, y podian atestiguar alguna cosa acerca de sus pasos; espantosas precauciones que hicieron conocer á La Fin la suerte que le esperaba cuando no fuera necesario.

Pero despues del perdon de Lion, el mariscal fiel á la resolucion que habia tomado de mudar de mediadores apenas se habia servido de La Fin. Entregó toda su confianza al baron de Luz. Sus viages á Milan y Turin se hacian por medio de su secretario Hebert, que tomaba por pretesto peregrinaciones ó compras de armas y sedas en Italia, ó acompañamiento de caballeros jóvenes que querian viajar. La Fin que se habia servido de los mismos medios, no se engañaba acerca de sus pasos. Deducia de aquí que Biron tenia siempre las mismas intrigas, pero que se valia de otros agentes. Por medio de las relaciones que conservaba en la casa del mariscal, estaba enterado de su conducta personal; le advirtieron que se separaba del rey y que afectaba despreciar su afecto y aun desafiarle, y que al mismo tiempo no tomaba ninguna precaucion para defenderse, ni aun para salvarse si se descubria alguna cosa. De todas estas circunstancias llegó á colegir La Fin que Biron corria á su ruina, y en cuanto á sí mismo tomó el partido de pedir una audiencia al rey.

Cosa sorprendente! en un tiempo en que los ojos y los oidos tanto del rey como de sus ministros, hubieran debido estar perpetuamente abiertos, la peticion de La Fin fué desatendida; y tal vez la hubieran olvidado del todo, si no hubiera llegado un fugitivo del Piamonte que dijo lo bastante al rey para inspirarle curiosidad acerca de lo que La Fin queria revelar. Se le despachó un espreso para convenir en la recompensa que le seria concedida y la conducta que habia de observar para no alarmar al mariscal. No pidió mas recompensa que su perdon, que le fué otorgado. Para sustraer su inteligencia con el rey de la atencion de Biron, imaginó escribirle que tenia un negocio de familia que exigia su presentacion en la corte; que si no iba en una ocasion tan importante se podria juzgar mal de las razones que le detenian en las provincias; que dudaba sin embargo aparecer en la corte temiendo infundirle sospechas y que se sujetaba á su decision. Biron siempre confiado, dejó en libertad á La Fin, quien vino á Fontainebleau, con consentimiento del mariscal y sin ninguna sospecha por su parte.

El rey le rogó. «Conociendo, dice La Guesle, el natural de los guerreros que hablan mucho, pero que obran de otro modo cuando los llama la trompeta,» no hizo gran caso de las manifestaciones del delator en tanto que se limitaron á discursos; pero cuando enseñó los papeles que habia sustraido á la vigilancia del mariscal, Enrique demasiado convencido escribió á Sully: «Amigo mio, venid á verme al momento para cosa que importa á mi servicio, á vuestro honor y al contento de los dos.» El ministro voló á su encuentro y llegó en ocasion en que estaba á caballo, porque marchaba á caza para distraerse de sus penas. Enrique se inclinó hacia Sully y apretando la cabeza contra su corazon, le dijo suspirando: «Amigo mio, hay muchas noticias; todas las conspiraciones contra mí y contra el Estado, de que no hemos hecho mas que dudar, se han descubierto.» Contó en seguida á su ministro que La Fin, principal confidente de Biron, era el que acababa de confesarlo todo. «Pero, dijo, envuelve en su deposicion á mucha gente y aun de la mas alta: adivinad. Yo, señor, contestó Sully, preguntar á un traidor, es lo que no haré jamás.» Enrique instó de nuevo á Sully, que resistió siempre, y por último le dijo sonriendo: Rosny tambien es de ellos, le conoceis?» Despues sin tomarse el trabajo de aquietarle sobre esta impostura que se destruia por sí misma, le mandó que fuese á oir la declaracion de La Fin con Villeroy y el canciller de Bellievre.

El resultado de su exámen fué que era preciso hacer comparecer en la corte al mariscal, y que habia suficientes pruebas para arrestarle. Era una empresa que en su ejecucion se vió ser fácil, pero que entonces podia parecer delicada; porque La Fin declaraba á la verdad, lo que habia pasado durante el tiempo que habia tenido la confianza del mariscal, es decir, hasta el perdon de Lion; así hasta entonces todo era conocido, y nada habia que temer; pero desde entonces no podian haberse formado planes mas terribles? No podia suceder que hubiese mayor número de cómplices y mas acreditados; que estuviesen mejor tomadas las medidas, y que solo fuera necesario una chispa para la esplosion de las minas preparadas en distintos puntos del reino? Era pues importante no alarmar á Biron, que hubiera podido ó salvarse ó llevar consigo su secreto y dejar al rey en la misma incertidumbre, ó dar el golpe y abrasar toda la Francia.

Habia enviado á la corte al baron de Luz para sondear el terreno. El rey se espresó con él respecto á Biron en términos afectuosos, y en efecto, á pesar del crímen del mariscal no podia librarse de cierta inclinacion amistosa á él y á los demas culpables. «Si lloran, decia, lloraré con ellos; si se acuerdan de lo que me deben, no olvidaré lo que les debo, me encontrarán tan lleno de clemencia como ellos estan faltos de afecto vivo: no quisiera que Biron fuese el primer ejemplo de la severidad de mi justicia, y que mi reinado que hasta ahora ha tenido un aspecto calmoso y sereno, se convirtiera de repente en tempestuoso.»

¡Que no hubiera sabido el desgraciado mariscal las disposiciones favorables de su señor! Pero engañado por La Fin, engañado tambien por sus amigos, que creian que aquel era sincero, creyó que no podia salvarse sino con el silencio. Deliberó sin embargo si se esponria á dar cuenta de su conducta. Muchas personas de la corte le aconsejaron secretamente que se pusiese en salvo; pero era ya demasiado tarde para dudar en obedecer. Bajo pretesto de renovar la pólvora y otras municiones de guerra y boca de las fortalezas de Borgoña, que eran inútiles, Sully las habia retirado sin sustituir otras; de manera que la provincia con que contaba Biron se hallaba privada de defensa sin que él lo supiese.

Llegó á Fontainebleau el 13 de junio, y su entrada en la corte fué un espectáculo. Se habia observado que La Fin tenia frecuentes conferencias con el ministro; que muchas veces salia de casa del canciller bien avanzada la noche, y que el rey iba tambien allí algunas veces. No faltaba mas para que los cortesanos estuviesen atentos al porte del mariscal; era orgulloso y altanero y con tanto mas motivo cuanto que al apearse le dijo La Fin al oido: «Animo, que nada saben.» Sin embargo como sus negocios eran el objeto de todas las conversaciones, como se sospechaba que no estaba exento de culpa, sin que se supiese precisamente hasta qué punto llegaba esta, se hubiera deseado menos presuncion. «No encontró, dice Mathieu, ninguno que hablase por su orgullo, y todos se hubieran interesado por su humildad.»

Se presentó al rey con seguridad. Enrique le recibió con bondad, le condujo á los jardines, recorrió con él las habitaciones y le hizo ver los adornos que habia mandado poner; de rato en rato suscitaba conversaciones capaces de promover una esplicacion; pero Biron miraba negligentemente, escuchaba como á su pesar, contestaba desdeñosamente y aun con insolencia; habia venido, decia, no para justificarse, sino para conocer á sus calumniadores y vengarse de ellos. El rey le hizo entender con bastante claridad que estaba instruido de todo, le rogó que le abriese su corazon, le dijo que queria oirle su entera confesion, y que con esta condicion le ofrecia un perdon general. Viendo que á pesar de esto no conseguia nada de este terco, destacó á algunos de sus amigos, cuyas instancias no tuvieron mejor éxito: «Amigo mio, decia tristemente el monarca á Sully, ¡qué desgraciado es el mariscal! tengo deseos de perdonarle, de olvidar todo lo que ha pasado, y de hacerle todos los beneficios posibles. Me causa lástima; mi corazon no se inclina á hacer mal á un hombre que tiene valor, del que me he valido tanto tiempo y que me era tan familiar. Pero toda mi aprehension es que aunque yo le perdone, él no me perdona á mí, ni á mis hijos, ni al Estado.»

Si Enrique el Grande tenia estos temores, ¡cuál seria el terror de Maria de Medicis! ¡Una reina, una madre que se veia amenazada de ser echada del trono y arrancado el cetro á su hijo! La Fin declaraba que habia oido decir al conde de Fuentes que jamás la España se fiaria á los franceses, si no estinguian la raza de los príncipes de la sangre empezando por el rey y su Delfin, y que la intencion del mariscal era trastornar toda la Francia. No se sabe en verdad este espantoso proyecto mas que por un cómplice que buscaba tal vez el medio de hacerse valer, y esta clase de prueba jamás es convincente; pero como todo se recuerda en ciertas ocasiones, algunos decian que Biron habia dicho, «que solo con un golpe de espada podia ser soberano,» y en un hombre bastante imprudente para dejar escapar estas palabras es disimulable que apelara á estremos peligrosos ó á un acto de desesperacion. El interés que la reina tenia en este negocio, no permitió al rey que le dejase ignorar su importancia. La llamó á los consejos que se celebraron con este motivo, y tal vez sus temores y lágrimas fueron las que arrancaron á la justicia del monarca las últimas órdenes contra el infortunado Biron. «Pero antes quiero decirle, dijo el rey, que si se deja procesar que no espere gracia.»

Poseido de esta idea, Enrique siguió con su vista al criminal, le vió hablar y obrar sin que pareciese inquieto. Por último, al acercarse la noche le hizo entrar en su habitacion, y haciendo el último esfuerzo: «Mariscal, le dijo, quiero oir de vuestra boca, lo que á pesar mio conozco demasiado. Os aseguro vuestro perdon, sea lo que quiera lo que hayais intentado contra mí. Confesando libremente os cubriré con el manto de mi proteccion y lo olvidaré todo para siempre.—Oh! esto es demasiado, contestó Biron, es demasiado obligar á un hombre de bien que no ha tenido otro designio que el que os ha dicho.—¡Quiera Dios que así sea! pero ya que nada me quereis decir, voy á ver si habla algo mas el conde de Auvergne.» Salió con este pretesto y examinó si lo que habia mandado ejecutar estaba pronto. Al entrar en su habitacion despidió á todos, y dirigiéndose al mariscal le dijo: «Adios baron de Biron, ya sabeis lo que os he dicho.»

Todavía era tiempo: Biron prosternado á los pies del monarca hubiera obtenido perdon: pero demasiado altanero para ceder, quiere salir y se cierra la puerta. Al momento Vitry, capitan de guardias, le coge por el brazo y le pide la espada. «Mi espada, esclamó el mariscal, mi espada que ha prestado tan buenos servicios.» Sin embargo la desciñe y pide hablar al rey; pero ya habia dejado trascurrir los momentos de clemencia, que pasando una vez no vuelven mas. Atravesó la sala de guardias y tuvo la imprudencia de decir: «¡Ya veis como se trata á los buenos católicos! frase que á ninguno hizo impresion.

Al mismo tiempo Praslin, otro capitan de guardias, pedia tambien la espada al conde de Auvergne: «Tomadla, le dijo sin desconcertarse: jamás ha muerto mas que jabalíes. Si tú me lo hubieras dicho antes, hace dos horas que estaria durmiendo.» En efecto, se acostó tranquilamente y durmió. El mariscal por el contrario pasó la noche envuelto en su capa, entregado á la mayor agitacion; se paseaba apresuradamente, daba puñadas á las paredes, apostrofaba á los guardas, se reprendia de no haber seguido el consejo que le daban de salvarse; rogaba que advirtieran á sus secretarios que quemasen unos papeles, que conservasen otros, que callasen una cosa, que confesaran otra; se interrumpia en seguida recordando que estaba prisionero y que no habia persona que le obedeciese. El desgraciado que empezaba á conocer el abandono general, la mas terrible prueba para un hombre acostumbrado á que le rodeara la muchedumbre, compañera inseparable de la grandeza.

Al dia siguiente el mariscal y el conde de Auvergne fueron trasladados por agua desde Fontainebleau á la Bastilla. El rey dió el 18 un decreto encargando la formacion de la causa al Parlamento. Se instruyó por Aquiles de Harlay, primer presidente; Nicolás Potier, tambien presidente, auxiliados por Esteban Fleury y Filiberto Thurin, consejeros relatores.

Antes de toda diligencia jurídica, los parientes y allegados del mariscal obtuvieron permiso para presentarse al rey. El duque de la Force tomó la palabra; recordó los servicios del prisionero, los de su familia, la ignominia que echaria sobre ella su suplicio, y empleó el tono patético que permitia el tema, para conseguir que la justicia del monarca cediese, y para despertar en él los sentimientos de su antigua bondad. Enrique le escuchó conmovido; y despues contestó que esta clase de castigo no deshonraba las familias y lo probaba con su propio ejemplo. «Porque, dijo, yo no me avergüenzo de descender de los Armagnacs y del conde de San Pablo, que han muerto en el cadalso. En cuanto á la clemencia que quereis que tenga con Biron, no seria misericordia, sino crueldad. Si no se tratase mas que de mi interés particular, le perdonaria como le perdono de buena gana; pero se interesan en ello mi Estado, al que debo mucho, y mis hijos que podrian hacerme un cargo despues, y todo el reino, si flaqueaba un poco, de que habia dejado sin remediar un mal que conocia. Yo dejaré que se instruya libremente el proceso, y me inclinaré todo lo que pueda á su inocencia. Os permito que hagais por vuestra parte todo lo que podais hasta tanto que se conozca que es reo de lesa magestad, porque entonces el padre no puede pedir por su hijo, ni el hijo por el padre, la mujer por el marido, ni el hermano por la hermana.

El historiador Mathieu nota que entre los papeles presentados por La Fin se escogieron veinte y siete, no de aquellos que presentaban pruebas mas concluyentes contra Biron, sino solo los que hablaban de él. En efecto, entre los documentos que se encuentran en las diferentes relaciones, ninguno indica la complicidad de Auvergne y del duque de Bouillon; solo hablan del mariscal. La acusacion contenia cuatro puntos principales: 1.° haber tenido inteligencia con el archiduque por medio de Picoté, cuyos viages pagaba; 2.° haber entrado en convenios con el duque de Saboya y el conde de Fuentes, ya directamente, ya por medio de La Fin; 3.° haberse entendido con el enemigo para retardar la toma de las plazas de la Bressa y hacer que el ejército real sufriera descalabros; 4.° haber advertido al gobernador de Santa Catalina que apuntase el cañon al punto donde debia pasar el rey, y le preparara una emboscada de arcabuceros.

Se le presentaron desde luego sus cartas y sus memorias, que reconoció. Como estaban escritos en doble sentido, les daba el mas favorable á su causa; y así quitó á esta prueba por el momento toda su fuerza. Los jueces le preguntaron en seguida si tenia algo que manifestar contra La Fin, y contestó que le miraba como á hombre de bien. Al momento le leyeron la deposicion de La Fin, que esplicaba el sentido de los documentos de un modo natural y contrario á lo que Biron habia dicho, y entonces se arrebató y dijo que La Fin era un traidor, un malvado seducido por sus enemigos para perderle.

Sin embargo, el sentido de los documentos era todavía incierto, porque cada uno daba el suyo. Para conseguir una prueba concluyente, era preciso que un nuevo testigo no recusado por el criminal determinase su significacion uniéndose á uno ó á otro, lo que aconteció de un modo sensible para el mariscal. «Si Renazé estuviese aquí, esclamó, desmentiria á La Fin.» Apenas lo dijo, apareció Renazé. El dia mismo en que Biron fué arrestado, se salvó este prisionero del castillo de Chiari despues de haber ganado sus guardas, que se marcharon con él, quien libertado de todas las pesquisas del duque de Saboya, vino inmediatamente á fortificar el testimonio de La Fin. Su presencia fué como un rayo para el acusado; apenas queria creer á sus ojos; no podia concebir por qué fatalidad este hombre, á quien creia muerto, salia de la tumba para confundirle. Pensó que Manuel le hacia traicion, y en el primer momento guardó silencio.

Sin embargo se repuso, y viéndose convencido acerca del sentido de los documentos, reclamó el perdon que el rey le habia concedido en Lion; pero él mismo hizo insuficiente este medio por las revelaciones que se le escaparon, porque interrogado sobre las circunstancias de este perdon, dijo: «No puedo negar que no he dicho al rey todo lo que habia pasado; pero al decirle que la no concesion de la ciudadela de Bourg me habia hecho capaz de hacerlo y decirlo todo, he creido que no debia especificar lo que me avergonzaba de haber emprendido. Escelente razon en otra parte que en un tribunal establecido para juzgar un crímen de Estado; crímen que no admite un perdon vago y verbal, sino que pide una abolicion específica y apoyada en un decreto. El mariscal añadió que nada habia maquinado contra su deber despues del perdon. Desgraciadamente la prueba que presentaba de su inocencia se volvia contra él; era una carta dirigida sin duda á La Fin, en la que escribia que no queria mezclarse en intrigas, y que el nacimiento del Delfin habia disipado *sus recelos y alternativas*. El perdon era del principio de 1601, y el Delfin no habia nacido hasta setiembre de aquel año: habian pues transcurrido desde el perdon muchos meses, durante los cuales Biron habia perseverado en sus recelos y en sus alternativas.

Es verosímil que el mariscal fijó en el perdon de Lion el fin de sus correspondencias con el enemigo, porque desde este tiempo no se habia servido de La Fin y se lisongeaba que no habia pruebas victoriosas contra él, y no se engañó. Sus confidentes en esta última época habian sido el baron de Luz su amigo, y Hebert su secretario. El primero refugiado en Borgoña no pudo ser obligado á salir de allí; el segundo sufrió los dolores del tormento sin confesar nada; pero no era fácil engañarse sobre los motivos que habian ocasionado su viage á Milan, ni creer que un confidente secretario se separase de su señor por razones tan frívolas como las que se alegaban, y que fuese á viajar cuando era necesario al lado del mariscal: si la firmeza y constancia de Hebert le salvaron la vida, no pudieron garantir la de su señor.

El 25 de julio se dirigió al parlamento el canciller: no conciliaron los pares que habian sido convocados, pero se juntaron ciento doce jueces. Se invirtirtieron tres sesiones en oir la lectura del proceso, y el 27 fué llevado el mariscal desde la Bastilla al Palacio. Apareció grande en esta ocasion, porque empleó en su defensa toda la modestia del arrepentimiento y toda la energía del dolor. El número de jueces, su gravedad, su silencio, objeto tan imponente, no le turbaron. Comenzó su apología por la esposicion de las maniobras empleadas para seducirle; puso entre estos medios pretendidos sortilegios de que La Fin se habia servido (de figuras de cera, que se movian y hablaban), siendo asombroso que una alma que no era débil se dejase sorprender así: prueba cierta que cuando se ha abierto una vez el corazon á la lisonja, cualquier arma llega á ser victoriosa en manos del adulador. El mariscal detalló en seguida las razones que le habian impedido hacer al rey las declaraciones que pedia, despues de su llegada á Fontainebleau». La Fin y yo, dijo, nos habíamos jurado no revelar nada y yo creia ligada mi conciencia con este juramento. Ademas, al llegar me dijo el mismo La Fin que nada habia dicho, y como estaba resuelto á no ejecutar nada de lo que habíamos proyectado, creí inútil declarar cosas que no debian tener consecuencias, y que podian deshonrarnos á los dos.»

Lejos de convenir de haber tenido designio de atentar contra la vida del rey, respondió que por el contrario La Fin era el culpable que habia dado este consejo, que él desechó con indignacion. En cuanto á la acusacion de haberse entendido con los enemigos

del Estado para reforzar sus tropas y sus plazas, hizo una rápida y vehemente enumeracion de lo que hubiera podido hacer contra el servicio del rey en las embajadas, en el Consejo, á la cabeza del ejército y en otras partes, sin que se le sospechase de traicion. «No podia, dijo, defenderme en Borgoña, reunir dinero, tropas, municiones y rehusar venir, puesto que estaba advertido? Una alma culpable y apesadumbrada por el horror de su conciencia se hubiera trastornado de miedo y de temor; pero el secreto convencimiento que tenia de mi fidelidad y la inocencia de mis designios no me podian dar la menor desconfianza. Yo siempre, me decia, he servido bien al rey para no creer que me aprecie como leal súbdito. No podia pensar que el rayo de la justicia del rey pudiese ofender á un hombre que reposaba en la tranquilidad de su conciencia. Por otra parte estaba seguro que el rey me habia perdonado, y que despues del perdon no le he ofendido.



Sully rompiendo la promesa de casamiento de Enrique IV.

Repitió lo que habia dicho á los relatores durante la instruccion.» No puedo negar que en esta ocasion no dije al rey todo lo que habia pasado; pero al decirle que la no concesion de la ciudadela de Bourg me habia tornado capaz de hacer y decirlo todo, he creido que no debia especificar lo que me avergonzaba de haber emprendido. Me concederia entonces el rey la vida para arrebatármela ahora? Si no queria tener consideracion á mis servicios y á las seguridades que me ha dado de su misericordia, me confieso digno de muerte. No espero mi salvacion en su justicia, sino en la vuestra, señores, que os acordareis mejor que él de los riesgos que he corrido en las bacanales de la liga, y sin los servicios que entonces he prestado, es bien cierto que no seriais ahora mis jueces. Imploro la misericordia del rey, y aunque yo no dijera nada, las cicatrices de que estoy lleno la pedirian por mí.» Despues añadió: «Mi falta es grande, señores, pero las grandes ofensas necesitan grandes clemencias. Suceda lo que quiera, yo confio mas en vosotros que no en el rey, que habiéndome mirado antes con ojos de amor, ahora solo me mira con los de cólera, desdeñando ejercer conmigo un acto de clemencia. Mucho mas me hubiera valido que no me hubiera perdonado la primera vez, que no dejarme la vida para hacérmela perder vergonzosamente.

Biron cesó de hablar; tuvo el consuelo de ver enternecidos á sus jueces y se retiró con alguna esperanza. El tribunal se reunió el 29 y se procedió á la votacion. La ley era contraria al acusado, porque confesaba que habia tenido comunicacion con los enemigos del Estado. El perdon concedido en Lion por una declaracion imperfecta no estaba revestido de formas legales, y por otra parte el rey en vista de la representacion de algunos ministros que temian la furia de Biron si se escapaba, le revocó por órdenes espresas que fueron dirigidas al Parlamento; se encontraban tambien en el proceso fuertes presunciones de que despues de este perdon habia perseverado en las mismas intrigas. En fin, negaba haber querido atentar contra la vida del rey, pero lo afirmaban dos testigos no recusados por él. Fué sentenciado por unanimidad á ser decapitado en la plaza de Greve, como convicto del crimen de lesa magestad por las conspiraciones fraguadas contra el rey y el Estado, prodiciones y tratados hechos con los enemigos del Estado.

Algunos jueces propusieron incluir tambien en esta sentencia á La Fin y Renazé; pero el canciller manifestó que los que descubren las conspiraciones en que han tomado parte, no solo son dignos de perdon sino que tambien merecen recompensa. «Tal vez, añadió, toda esta faccion no se cortará con la cabeza del mariscal; podrá renacer todavía, y no será fácil descubrirla si el buen trato que se da á los cómplices ahora no anima á otros á hablar.»



Enrique IV recibiendo á María de Médicis.

Esta precaucion era muy necesaria contra los enemigos de la persona y la fortuna de Enrique IV. Hemos notado ya que uno de los mas encarnizados era el conde de Fuentes. No seria fácil imaginar hasta donde llegaron su despecho y su rabia cuando creyo

descubiertos sus manejos por la detencion del mariscal. Fuentes dominaba la Italia por la grande idea que habia propalado del poder español comparado con el francés. Su politica era reprimir este y hacer creer que el rey de Francia no tenia ni justicia ni autoridad, y que las potencias de Italia que se separaran de la España para unirse á la Francia darian un paso en falso de que podrian arrepentirse.

Nada era tan capaz de destruir estas prevenciones inspiradas á los italianos, como una conducta firme de parte de Enrique, cuando se trataba de una conspiracion contra él. A la primera noticia de la prision de Biron, Fuentes sostuvo que el mariscal era inocente y que el rey le habia mandado arrestar por envidia. Publicó en seguida que toda la corte se declaraba por el prisionero, que la mitad del reino se levantaba en su favor y que el rey no se atreveria jamás á hacerle morir.

Dufresne Canaye, embajador en Venecia, decia á Enrique todo esto y la impresion que causaba á sus aliados.» La Italia, decia, tiene los ojos puestos en vuestra magestad, y si no castigais, vuestra indulgencia será tachada de temor y debilidad. Así concurrieron muchas causas á la muerte de Biron: *sus faltas*, los temores de la reina, la arrogancia del conde de Fuentes y de sus demas fautores, en fin, la necesidad de un ejemplar tanto para reprimir las turbaciones dentro como para sostener el credito del Estado en el esterior.

Se dejó pasar un dia entre la condenacion, que fué pronunciada el 30 de julio, y la ejecucion. Durante este intervalo, los parientes obtuvieron que el lugar de la ejecucion se mudase y que se procediese á ella en la Bastilla y no en la Greve. Algunas personas creyeron que contribuyó mas á este cambio la precaucion que las consideraciones, y que se hizo porque se temia algun movimiento por parte de sus amigos. El rey le concedió tambien la gracia de hacer testamento y no ir atado. «¡Qué gracias! esclamó Biron con una voz cortada por los suspiros. Señor, dijo al canciller Bellievre, puesto que habeis amado tanto á mi padre, podeis representar al rey que jamás he atentado contra su persona. «Cuando leyeron las palabras de la sentencia «por haber atentado á la persona del rey,» es falso, esclamó lleno de furor. Repitió todavía en el cadalso: «he faltado, pero contra el rey jamás.» Se llamó para presenciar este triste espectáculo algunas personas escogidas en diferentes cuerpos, como el Consejo, el Parlamento, la ciudad y los mercaderes. Fueron testigos de los transportes del mariscal y de la especie de delirio que se apoderó de él, no por la muerte que habia despreciado en los combates, sino por la vergüenza del suplicio. «¡Ah, dijo cuando vió al bajar los soldados sobre las armas; cuánto me alegraria que uno de vosotros me diese un arcabuzazo!»



Suplicio del mariscal de Biron.

Este deseo no asombrará al que conociese á Biron, y viese aquella alma desgarrada por multitud de dolorosas reflexiones. Era de un temperamento todo de fuego; la sangre le hervia en las venas. Naturalmente impaciente, jamás habia sentido la adversidad. Duque, par, mariscal de Francia, se ve de repente privado de su grandeza; repasa en su imaginacion sus victorias, sus triunfos; compara el antiguo brillo al estado humillante en que ahora se encuentra y á la muerte ignominiosa que le espera; recuerda los pérfidos que le precipitaron en el abismo y que solo le fué necesario una palabra para salvarse, que no quiso pronunciar. En este momento se presentan sus guardias consternados á besarle la mano y darle el último adios. Los ministros de la religion le prestan los debidos consuelos que su turbacion le impide apreciar. Se agita, despues reponiéndose marcha hácia el patíbulo con el mismo paso con que iba al combate, sube, mira á su alrededor buscando con la vista la espada del verdugo que habian ocultado, se precipita de rodillas y se venda él mismo los ojos, y al sentir que le tocaban para cortarle los cabellos, esclama enfurecido: «Que no se me acerque ninguno, porque si me enfurezco, degüello á la mitad de los que se encuentran aquí.» Su gesto y sus amenazas asustan á los mas atrevidos, y por último, habiéndose colocado bien, separa el verdugo la cabeza del tronco en un abrir y cerrar de ojos y de un solo golpe.

Así pereció Biron, víctima de su credulidad, de su orgullo y de su tenacidad: lo conoció demasiado tarde, cuando al hablar de sus cómplices los llamaba no cómplices de hecho sino verdaderos fautores é instigadores, y decia que él era el mas desgraciado, pero que ellos eran los malvados. Se ignora el grado de complicidad del conde de Auvergne y del duque de Bouillon; pero si hemos de creer á Siri, no fueron los únicos comprometidos en este negocio. Solo el rey supo su secreto por las conversaciones que tuvo con el baron de Luz y por las revelaciones de Hebert despues de la muerte de su señor. El primero se habia retirado á Borgoña y fué á buscarle á aquel punto el presidente Jeannin, quien le determinó á venir á hablar al rey, que se contentó con su franqueza y le despidió satisfecho de sus bondades. Hebert habia sido condenado á prision perpétua, y mereció la libertad por una relacion exacta de toda la intriga; se le permitió retirarse á Flandes, pero desde allí fué á unirse al conde de Fuentes. Enrique perdonó al conde de Auvergne á condicion de que no tendria relaciones con los españoles. En cuanto al duque de Bouillon, no quiso venir á la

corte por mas seguridades que le propusieron; se refugió en Alemania, donde estuvo largo tiempo errante.

Este acto de firmeza asombró á los grandes señores que hasta entonces se habian creido al abrigo de semejantes ejecuciones. A causa de las preocupaciones de la liga se habian hecho poco delicados sobre las austeras reglas de la fidelidad; se imaginaban que les era permitido formar confederaciones entre franceses y tener correspondencias con los estrangeros enemigos del Estado, ó con otros, siempre que no llegasen á las hostilidades. Estos principios anárquicos no se borraron tan pronto en Francia, puesto que Bassompierre, que escribia treinta años despues, dijo como reprobando la conducta del rey en esta ocasion: «Que hizo mucho ruido esta conspiracion, en la que no se levantó ningun hombre ni se hizo ninguna declaracion.» Isabel por el contrario, instruida de los rigurosos derechos de la soberania y celosa de su integridad, apenas supo la detencion de Biron; exhortó á Enrique á no dejar su crimen impune. «Los cetros, le dijo, son tizones encendidos que deben quemar las manos de los que quieran tocarlos.»

Esta princesa estaba incomodada por la paz de Vervins, que se habia hecho sin su consentimiento y que la habia puesto en alguna confusion. Aprovechó con ardor la ocasion de este negocio de Biron, cuyo instigador principal era al parecer el Consejo de España, para representar al rey que en vano esperaba tranquilidad de parte de los españoles, que continuamente le suscitarian obstáculos, y que asi el partido mas prudente era empezar una guerra abierta contra ellos. Enrique en su disgusto atendió á estas insinuaciones, pero el Papa, que deseaba sinceramente conservar la paz entre las dos coronas, imaginaba toda clase de medios para apaciguarle. Se le hizo creer que la corte de España sacrificaría al conde de Fuentes ó que á lo menos seria llamado de Italia como el rey deseaba, pero el tiempo calmó su resentimiento. Se hizo lo que se practica entre enemigos que quieren guardar todas las apariencias de amistad. El rey de España felicitó al de Francia por haberse librado del peligro, y este le devolvió el cumplimiento con tanta sinceridad como se le habia hecho. A pesar de la paz se daban siempre socorros á los holandeses sublevados contra la España, y los españoles continuaron, segun la espresion de Canaye, regando nuestras malas raices que todavia no estaban secas.

El conde de Fuentes, consternado de la catástrofe, dió desde luego todas las señales de una violenta desesperacion. Se consoló en seguida y aun encontró motivo de triunfo hasta tal punto, que se alababa de haber privado á la Francia de tan hábil general. Pero como todavia no habia hecho á este reino todo el mal que deseaba, no dejaba de buscar ocasion de causarlo, y el deseo de incomodar al rey le hacia hábil en encontrarlo.

No se sabe de una manera positiva si la marquesa de Verneuil estaba complicada en la causa de Biron, pero puesto que uno de los fines de la conspiracion era hacer dar á su hijo, en perjuicio del Delfin, los derechos de hijo legítimo, se cree que estuvo en inteligencia con el conde de Auvergne, su hermano, que trabajaba para ella. El rey quiso ignorar su falta ó la disimuló. Le perdonaba sus infidelidades, ¿cómo no la habia de perdonar sus crímenes? Segura del dominio que ejercia en el débil monarca, Enriqueta despues de su perdon no se decidió mas por él ni fué mas circunspecta. Amó á uno de los hijos del duque de Guisa, asesinado en Blois, Claudio de Joinville, despues duque de Chevreuse, nombre que su mujer ha hecho tan famoso. Estaba todavia en la flor de su juventud, edad poco apropósito para la discrecion. La marquesa, aunque mas esperimentada, no tuvo prudencia; ademas de las visitas frecuentes que permitia, entabló una correspondencia que su recíproca pasion hizo muy viva.

Sea ligereza, sea placer de la confidencia, Joinville participó su buena fortuna á madama Villars, tia de su querida. Esta se habia creido algun tiempo amada del monarca; pero ofendida de haberse engañado, se unió á la reina, y de acuerdo con esta princesa hizo traicion á la confianza del jóven y procuró que cayesen las cartas en manos del rey. Fácil es de adivinar la confusion que sentirian los amantes, pero Enriqueta tomó bien pronto su partido; negó que estas cartas fuesen suyas; los juramentos, las lágrimas, fueron empleados para persuadir que era obra de los celos de la reina y de su tia. Se presentó un hombre, que asegurado aparentemente de su perdon, afirmó que era él el que á instancia de la marquesa de Villars habia contrahecho la letra de la marquesa. Sin mas averiguaciones, como amante que busca pretestos para aplacarse, el rey se contentó con este ardid grosero, pero fué preciso que los amantes dejasen de verse y escribirse.

Esta prohibicion causó gran despecho al jóven príncipe, y se espresó con palabras y acciones poco propias de su edad. Los ministros españoles que espiaban todas las ocasiones que podrian favorecer sus miras, le escitaron á la venganza y le presentaron los medios. Recibió ansiosamente sus proposiciones y firmó un monton cuyos artículos, dictados por la pasion, no eran mas que una reunion de proyectos sin órden ni concierto. Enrique llegó á saberlo, é hizo seguir los pasos de uno llamado Tangí, agente del duque de Saboya y del conde de Fuentes, á quien detuvieron en la frontera y le encontraron el tratado que vino á pasar á manos del rey.

Sin dar á este negocio mas importancia que la que merecia, Enrique llama al jóven á su gabinete y le hace confesarlo todo en presencia del duque de Sully, de su madre y del duque de Guisa, su hermano. «He aqui, dijo, el verdadero hijo pródigo, que se ha imaginado bellas locuras; pero como son niñadas, le perdono en consideracion á vosotros y á Rosny que me lo ha suplicado, á condicion de que me respondereis de él en lo futuro, porque os lo entrego para que le guardeis y le enseñeis á ser prudente si acaso puede serlo.»

Sus parientes le hicieron viajar por Alemania, donde fué, dice Canaye, bien tratado por Baco, y bien acariciado por Venus en Venecia; y desde alli fué á tantear los favores de Marte en Hungría, suspirando siempre por la Francia de donde se veia alejado á su pesar. El reino tanto tiempo devastado, comenzaba á florecer por los cuidados paternales de Enrique el Grande. No omitia ninguno de los medios de fomentar la abundancia, y atendia al comercio, como un monarca debe atenderle, es decir, protegiéndole. Encerrado en su gabinete con Sully, examinaba las memorias que con frecuencia se presentaban á los ministros; pesaba las dificultades, calculaba las ventajas y ayudaba con su crédito y sus tesoros las empresas que prometian alguna utilidad; así se empezaron á abrir canales navegables, á edificar puentes, á construir calzadas; se cegaron las lagunas, se cortaron algunos bosques, se alinearon los caminos reales y disminuyéronse los portazgos. En 1603 y 1604 hizo el rey edificar mucho en San German y Fontainebleau y Monceau, empezó el canal de Briare, acabó el Puente Nuevo, levantó las galerías del Louvre, cuya parte baja destinó á los artistas, protegió las manufacturas de seda y de otras varias telas, favoreció las plantaciones y contribuyó á la fundacion de los carmelitas, capuchinos y hermanas de la caridad. Entre los proyectos útiles simplemente propuestos se encuentra el plan de un canal para la union de los dos mares.

La navegacion largo tiempo olvidada, volvió á revivir. Desde el siglo XV, los franceses habian formado sobre costas lejanas establecimientos cuya pérdida se debió á las guerras civiles. Renovándose á beneficio de la paz su antigua aficion á los viages, volvieron al Canadá, que habian descubierto hacia mas de cien años, y trageron en el actual muchos habitantes de allí, que consintieron en ser transportados á Francia. El vestido de estos salvages, su figura y costumbres, fueron un espectáculo para la corte y para el pueblo. El rey los recibió con bondad, y como queria servirse de ellos cerca de sus compatriotas para el comercio en aquellas comarcas, fueron despedidos llenos de presentes.

Enrique el Grande tenia aficion á los edificios, á los jardines y á todas las artes que son consecuencia de esta predileccion, como el dibujo, la arquitectura, la pintura y la escultura. La distincion que hacia de la agricultura nos es conocida por un hecho, cuyo recuerdo nos ha conservado Siri. Cuando el condestable de Castilla vino á Francia en este mismo año, le hizo gustar Enrique del vino de sus viñas. Le dijo: «tengo viñas, vacas y otras cosas, y sé tan bien la economía rural, que como particular podria vivir cómodamente.» Con tales sentimientos era imposible que dejara de manifestar preferencia á los labradores, porcion la mas preciosa de la nacion. Todo el mundo sabe aquellas palabras que han llegado á ser proverbiales: «si yo vivo, llegará tiempo en que los labradores tendrán gallina en la olla todos los domingos.»

Protegió tambien las manufacturas de seda, oro y plata, las fábricas de vidrio y otras artes de lujo necesarias en un gran reino, pero que, segun Sully, no deben ocupar jamás mas que á la parte menos numerosa del pueblo. Este ministro temia que el atractivo de la ganancia unida á esta clase de obras, poblase demasiado las ciudades á costa de los campos y enervase insensiblemente la nacion. «Esta vida sedentaria, decia hablando de las manufacturas de seda, no puede hacer buenos soldados; la Francia no es propia para tales bagatelas.» Por esta razon queria que los impuestos recayesen casi todos sobre el lujo. Enrique IV objetaba que este género de contribuciones descontentaria á la gente de cierta clase. «Esa gente, respondió Sully, es la de justicia, policía y hacienda, y la acomodada que ha introducido el lujo, y ellos solos gritarán. Si lo hacen será preciso volverlos á la vida de sus antepasados que aunque cancilleres, primeros presidentes y secretarios, no tenian mas que medianas habitaciones, muy modestos muebles y vestidos muy sencillos. Mejor querria, replicó Enrique, pelear con el rey de España en tres batallas que con toda esta clase de gente y sobre todo con sus mujeres é hijas, que me echaríais á los brazos.»

Pero la mas importante de todas las mejoras de Enrique fué la del tesoro. A la muerte de Enrique III, el Estado estaba gravado con diez millones de rentas, independientemente de las gracias unidas á los cargos de justicia y de hacienda. La mejor parte de los dominios estaba enagenada y la rebelion acababa de paralizar los recursos, no permitiendo la cobranza de contribuciones mas que par-

cialmente en las provincias que habian permanecido fieles. Francisco de O, favorito de Enrique III, tenia la superintendencia de hacienda. Su disipacion, de la que se aprovechaban los grandes, era la única que podia mantenerle en un puesto para el que no tenia las cualidades necesarias. Enrique que hubiera querido quitarle, pero que tenia que guardar ciertas consideraciones con todos los señores influyentes, no se atrevió á verificarlo, y las rentas continuaron de mal en peor hasta la muerte del superintendente en 1594. Nuevas causas habian contribuido á este trastorno; de una parte las deudas, que para sostener la guerra se habia visto obligado el rey á contraer con la reina de Inglaterra, la república de Venecia, el conde Palatino, el duque de Wurtemberg, el de Florencia, la Suiza y la ciudad de Strasburgo; y por otra las sumas exorbitantes que tuvo que conceder á la avaricia de los gefes de la liga para comprar su sumision. Para satisfacer estas diversas obligaciones, Enrique se habia visto obligado á abandonar una parte de las rentas á sus acreedores. Estos trataban á bajo precio con los arrendadores, y todos contaban grandes utilidades que una administracion mejor hubiera hecho entrar en las arcas del rey. Para colmo de desórden, el pueblo sobre el que pesaba la mayor parte de los impuestos, se veia ademas sobrecargado en todas partes con mil derechos vejatorios que los gobernadores y los oficiales de guerra y justicia por un abuso de autoridad le imponian ilegítimamente. Tal era el caos de que trató de sacar Enrique á la Francia.

Privado de conocimientos en esta parte y no sabiendo á quien confiarla, creyó que no podia hacer otra cosa mejor que nombrar un consejo de hacienda compuesto del duque de Nevers, del canciller de Cheverny, de Sancy, de Bellievre, de Retz y de Schomberg; pero la inesperiencia de estos hizo que fuese de poca utilidad. Al cabo de un año les unió varios colegas, y entre otros Rosny, cuyo espíritu de órden é integridad habia podido apreciar mas de una vez. La exactitud que queria introducir en todo aquello en que intervenia, suscitó disputas tan vivas que creyó oportuno retirarse; pero el rey quiso que volviera otra vez á esta comision, y le recomendó que se entregara á este trabajo por las miras particulares que tenia. Una recomendacion tan espresa fué para Rosny de tal efecto, que le hizo sobrellevar todos los disgustos que pudieran provenir ya de personas, ya de cosas. Entonces propuso al rey que se disponia á marchar á la asamblea de notables de Rouen, y tenia necesidad de dinero, que enviase á las principales generalidades del reino, personas encargadas de tomar conocimiento de las rentas, de las diminuciones que habian esperimentado, de los aumentos de que eran susceptibles, y autorizadas al mismo tiempo para recoger los fondos que hubiera en las cajas. Rosny que se habia encargado de tres generalidades, volvió bien pronto provisto de numerosos documentos y con mas de mil quinientas libras. Caumartin reunió doscientas: los otros comisarios no trageron mas que memorias de los gastos.

La destreza y actividad de Rosny en esta ocasion dieron lugar á un hecho que es necesario citar, para que se pueda juzgar de la naturaleza y multitud de las depredaciones en esta época. De las sumas recogidas por Rosny, habia mandado el rey que se pusieran aparte diez mil escudos, para pagar el sueldo del mes á varias compañías de suizos. Se les llevaba este dinero, cuando Rosny recibio de Sancy que los habia reclutado en su pais y que á este título intervenia en su paga, un billete en que le prevenia entregase al portador noventa mil escudos para el mismo objeto. Rosny respondió que él no recibia órdenes de Sancy, quien fué á quejarse al rey. Enrique le dijo: «Sancy ¿has pagado á los suizos? No señor, porque no quiere Rosny, y no sé si vos tendreis ya desconfianza de mí.» En este momento llegó Rosny. Le preguntó el monarca: «¿qué aconteco entre vosotros? Señor, contestó Rosny, no sabiendo lo que queria hacer Sancy de los noventa mil escudos que me ha pedido en lugar de los diez mil que se deben á los suizos, no quise entregarlos sin orden de V. M.» Suscitóse entonces entre ellos una disputa tan viva, que se vió el rey obligado á mandarles guardar silencio; pero confirmado por este incidente y por las mil quinientas libras que le habia procurado Rosny, de que habia juzgado bien de sus talentos é integridad, se apresuró á hacerle depositario de su autoridad en esta parte y le nombró superintendente.

Rosny tardó poco en corresponder á la confianza de Enrique. Se entregó desde luego á una inmensidad de trabajos preparatorios, cuya fatiga y fastidio soportó merced á un celo poco comun por su señor y el Estado. Antes de fijar su plan de reforma, quiso cerciorarse de las rentas, gastos y deudas. Sus investigaciones en los registros del consejo del Parlamento, en la cámara de cuentas, en las oficinas de hacienda y en los papeles de los antiguos secretarios de Estado, el exámen que hizo de los edictos que ordenaban los impuestos, en fin, un trabajo largo y penoso con los intendentes y tesoreros generales, le hicieron ver claramente que de todos los subsidios que se percibian en nombre del rey y que ascendian á ciento cincuenta millones, no entraba en el tesoro mas que una quinta parte; que el resto se consumia en gastos de administracion o por la infidelidad de los administradores, y que las pensiones y los gajes inherentes á los cargos y dispendios ordinarios y necesarios del Estado, escedian mucho mas de la quinta parte que entraba en las arcas. El esceso del mal lejos de desanimar á Rosny, parecia que aumentaba la vehemencia de su celo hasta tal punto, que concibió el atrevido proyecto no solo de restablecer el órden y pagar las deudas, sino tambien de aliviar al pueblo y enriquecer al soberano.

Los males inseparables de las guerras civiles habian reducido á los súbditos á una indigencia que los imposibilitaba para satisfacer lo que se debia de los antiguos impuestos. El ministro hizo que se les perdonara lo que debian del año 1597 y los anteriores hasta la suma de veinte millones, é hizo conceder una disminucion de seiscientos mil escudos para el año 1598. Tal fué su primera operacion financiera. La segunda, tambien provechosa para el pueblo, fué un decreto que prohibia la imposicion de ninguna carga sin una ordenanza espresa, y debia atajar todas las concusiones que vejaban.

El pueblo colmaba al ministro de bendiciones, pero no acontecia lo mismo con los cortesanos que se aprovechaban de las depredaciones. Los miembros del consejo tampoco eran estraños á estas: devoraban su descontento sin atreverse á hacer oposicion á las medidas del superintendente y con especialidad á la última; pero en cambio comprometieron al duque de Epernon, que habiendo sido de los que mas habian abusado, debia necesariamente ser de los que mas sufrieran. Acudió al consejo el dia que debia discutirse el proyecto; el rey estaba ausente, y la audacia del duque fortificándose con esta circunstancia, dirigió varios tiros á Rosny. Afectando confundir la dignidad de que estaba revestido con las oscuras funciones de un traficante, se permitió motejarle sobre la nueva profesion que habia abrazado, y terminó su discurso con la injuriosa comparacion de un hacendista como Rosny, con un hombre de espada, duque y par como él. Rosny no era duque ni par todavía, pero independientemente del orgullo natural que le daba su virtud, tenia sobre la importancia y lustre de su casa las ideas menos humildes del mundo; así se sintió ofendido. Contestó con bastante calma, que aunque hubiese mucha afectacion en considerarle como puro financiero, creia su profesion muy honrosa, sobre todo cuando se egercia en beneficio del Estado y del rey; pero que tambien manejaba la espada. La discusion que empezó por este tono, bien pronto fué tan tempestuosa, que los miembros del consejo tuvieron que ponerse entre ellos, y hacerlos salir por opuestas puertas. Enterado el rey de esta contienda le agradó tanto la firmeza de Rosny, que le escribió en seguida felicitándole, y dejándose arrastrar por el impulso de su amistad y por la franqueza de su carácter hasta olvidar su dignidad, le ofreció como un particular servirle de segundo. Al final de la carta tomando su carácter de rey, prometió escribir al duque de un modo capaz de quitarle la gana de renovar semejantes escenas.

Pero lo que hasta entonces se habia hecho por el pueblo hubiera sido en vano, si no se hubiese trabajado al mismo tiempo en la mejora de la hacienda. Entre muchas disposiciones que al efecto se adoptaron, hubo dos que con especialidad contribuyeron á ella. Por la primera se prohibia á todos los estranjeros y naturales dirigirse á título de acreedores contra los bienes y rentas del Estado, y se les mandaba acudir para el pago de sus pensiones y créditos al tesoro real. Apenas se hizo público el decreto, se levantaron mil clamores de parte de los señores y de los arrendadores, y fueron tan universales, que Enrique llegó á temer que Rosny por demasiado celo cometiese alguna imprudencia. Pero Rosny le tranquilizó bien pronto, demostrando que estaban tomadas todas las medidas para pagar á todos, y que era esencial que recobrase los terrenos, que reportarian en sus manos doble que en las de los arrendadores.

La segunda operacion fué la de prohibir los arrendamientos en grande, y quiso que cada parte tuviese su arrendatario. Hubo nuevos clamores por parte de los que arrendaban, pero el ministro estuvo tan firme que tuvieron que ceder. Los mas prudentes acabaron por venir á buscarle, y viendo que los beneficios que podian recoger habian pasado á otras manos á causa de su negativa, tomaron las fincas que antes habian esplotado, pagando el doble por el arriendo. La reversion á la corona de varias posesiones enagenadas á bajo precio, el establecimiento de la *paulette*, derecho anual sobre los cargos de magistratura, que llegaron á ser propiedad de las familias, y otras operaciones financieras, cuya enumeracion es agena de esta obra, acabaron de cubrir el déficit. Basta esta ligera reseña para dar una idea del desórden que reinaba, así como de los remedios que aplicó el sábio ministro, remedios en virtud de los que con una renta de treinta y cinco millones solamente, consiguió pagar doscientos millones de deuda y dejar todavía en las arcas del erario, independientemente de las rentas del año corriente, una reserva que se calcula de quince á cuarenta y cinco millones

Pero en vano se esforzaba Enrique tanto con sus operaciones rentísticas, como con todos los demas medios de su administracion paternal, por arreglar á todo el mundo: no podia evitar que hubiese descontentos. De este número fué el duque de Epernon, ya ofen-

dido por las medidas preservadoras del superintendente. Semejante á los demas gobernadores que hubieran querido formarse pequeños estados, y naturalmente mas independiente que ningun otro, afectaba la soberanía en Metz y todo su territorio. En tanto que todo se doblegaba á su poder, se atrevieron á hacerle frente dos hermanos llamados Soboles, que eran nobles, ligados con las mejores casas del pais. Esto habia obligado al gobernador á servirse de ellos cuando quiso establecerse sólidamente en la provincia y á darles empleos de confianza. Este medio sobrepujó sus designios, porque los Soboles adquirieron gran autoridad en la provincia, y llegaron á ser sospechosos á Epernon que resolvió destruir su obra. Los Soboles formaron un poderoso partido para defenderse: levantaron tropas en nombre del rey, diciendo que los derechos que Epernon revindicaba sobre ellos, escedian de los de un gobernador, y que se esforzaba para destruirlos solo por usurpar la autoridad real que era la que ellos defendian. Los dos partidos elevaron sus quejas al rey. Enrique empezó por prohibir las hostilidades, y se trasladó á aquel punto para juzgar de las diferencias. Desaprobó la conducta de los Soboles, pero no dió al gobernador toda la satisfaccion que pedia, y el orgulloso Epernon conservó en su pecho un vivo resentimiento.

Durante este viaje se presentó al rey una diputacion de jesuitas que pedian se les permitiese volver. Enrique los recibió perfectamente y prometió que se ocuparía de este negocio; pero el consejo y sobre todo Rosny no estaban bien dispuestos. Este creia pue habia peligro para el rey en su vuelta. Enrique pensaba todo lo contrario y decia á los que intentaban disuadirle: «¿me respondeis de mi persona?» Pudo atraer insensiblemente al consejo á su parecer, y se dió el edicto de restablecimiento. Se previno que los superiores debian ser franceses; que no podrian admitir estrangeros sin permiso del rey, y que habria siempre uno en la corte en calidad de predicador, para responder de la conducta de los particulares. Esta medida de desconfianza llegó á ser por la misma naturaleza de las cosas, uno de los mas sólidos fundamentos de su crédito. El rey les dió la casa de la Fleche para establecer allí un colegio, y les restituyó los bienes que poseian antes de su destierro. El parlamento registró el edicto despues de bastantes dificultades y representaciones. «No nos quejemos mas de la liga con los jesuitas, decia el rey; se han deslumbrado como otros muchos por falsas ideas: pero son franceses, y yo no quiero indisponerme con mis súbditos.»

Hácia esta misma época se dió un edicto contra los duelos. La pretension de hacerse justicia á sí mismo, resto de la independencia feudal, se habia perpetuado por las costumbres caballerescas de la edad media, que consideraban como deshonor el reconocer otra justicia que la de la espada. Se cuenta que este furor tan insensato como culpable en un gobierno bien dirigido, costó en un solo año cuatro mil caballeros á la Francia. Por el nuevo edicto sus diferencias debian arreglarse por el tribunal de los mariscales de Francia, y se pronunciaba la pena de muerte contra los duelistas. Pero por rigorosas que fuesen estas disposiciones, surtieron poco efecto. El recelo del deshonor que una preocupacion inveterada unia á la negativa de satisfaccion por medio de las armas, prevaleció sobre el temor de los castigos, y el rey que afectaba demasiado de caballero fué el primero á infringir su propia ley, ya con invectivas picantes, ya con agudezas caballerescas.

Enrique perdió en este año á Isabel de Inglaterra su fiel aliada; tenia setenta y dos años. Quieren suponer que en esta edad amaba á un irlandés jóven y bien formado, que se llamaba Clarincard, y que hubiera deseado que le ocupase lo suficiente para distraerla del recuerdo siempre presente del conde de Essex. En efecto, los síntomas que precedieron á su muerte demostraban los últimos destellos de una pasion espirante y la determinacion de su vida. Estaba triste y taciturna, hablaba con frecuencia del conde de Essex y siempre llorando; se alegraba de haberle castigado, pero sentia que la hubiera puesto en este caso. Suspiraba profundamente y permanecia dias y noches enteras sentada, sin disponer nada para lo futuro, sin decidir para el presente y sin oir nada: con frecuencia salian de su boca sonidos inarticulados que se escapaban á su pesar. Solo alguna vez se entendia: «Estoy cansada, quiero morir.» En fin, acabó dejando un gran problema para resolver, no sobre los talentos políticos, porque todo el mundo conviene en que jamás mujer ni aun hombre alguno reinó mas gloriosamente, sino sobre sus costumbres, sobre las cualidades de su alma, y sobre el grado de estimacion que debe concederse á las virtudes de que hacia ostentacion. Su muerte fué tanto mas sensible á Enrique IV, cuanto que no podia abrigar la misma confianza de Jacobo I su sucesor, y sin embargo tenia necesidad de un rey de Inglaterra que fuese amigo, porque muchos señores ingleses comenzaban á envidiar la prosperidad del reino y á ayudar á los descontentos de Francia. Rosny enviado á cumplimentar á Jacobo, llevó instrucciones para inducirle á un tratado de socorro á Holanda. Lo consiguió despues de muchas dilaciones y dificultades. Pero al año siguiente una negociacion contraria con España destruyó el efecto de este tratado, privó á las Provincias Unidas de la asistencia de la Inglaterra, y contribuyó á la pérdida de Ostende, que resistia hacia tres años á todas las fuerzas españolas.

El castigo de Biron habia asustado los ánimos turbulentos, pero sin corregirlos: parece por el contrario que el deseo de la venganza uniéndose al espíritu de banderia, tornó á los intrigantes mas activos. Dispersados por el temor los criados y confidentes del mariscal, se habian refugiado los unos á Milan y á Bruselas, los otros á las cortes de España y Saboya. Muchos de sus parientes y protegidos andaban errantes por el Perigord, el Poitou y las provincias adyacentes, donde hablaban contra los impuestos, contra el despotismo que decian afectaba el rey, y contra los proyectos de reforma que presentaban como innovaciones peligrosas, y exhortaban á la nacion á tomar precauciones contra los designios del gobierno, y á armarse para defender sus bienes y libertad. Por otra parte, el duque de Bouillon que no se habia atrevido á volverse á la corte, recorria la Alemania y manifestaba en su persona á los religionarios ya prevenidos, un hombre fiel al calvinismo, consagrado en todos tiempos al rey, de cuyos trabajos y penas habia participado, y por recompensa desgraciado, arruinado segun él decia, perseguido en odio de una religion á que el ingrato monarca debia la corona. En fin, hasta en los estados de Italia se habian introducido emisarios que gritaban contra Enrique. En Venecia le presentaban como un supersticioso consagrado al Papa; en Roma le hacian un hipócrita, enemigo secreto del catolicismo que no profesaba mas que por fuerza. Todos estos instrumentos de odio y de venganza, obraban de concierto y amontonaban de todos lados las exhalaciones propias para formar tempestades; pero en la corte de Francia era donde se reunian sobre todo las nubes mas peligrosas.

Se debe á la política de la casa de Austria la costumbre de conservar en las cortes embajadores sedentarios, destinados á penetrar los secretos de ellas y á convertirse en caso de necesidad en fautores de intrigas. Esta práctica hizo durante la liga á la España dueña de los grandes y del pueblo, y estaba muy bien hallada para no emplearla en tiempo de Enrique, cuyo valor y sagacidad temia. Puso cerca de él un embajador llamado D. Baltasar de Zúñiga, político refinado, muy propio para corresponder á las miras del consejo de Felipe III.

El mayor número de los que componian entonces la corte de Francia habia visto á la España dominar en ella; habian sido educados y se confirmaban en la opinion de que este reino era el mas rico del mundo, el mas abundante en soldados y buenos capitanes, fecundo sobre todo en hombres propios para el gobierno. Zúñiga se aprovechó de estas prevenciones favorables. Se revistió del tono de un hombre de recursos y de consejo; prestaba dinero, prometia pensiones, é intervenia en los intereses de las familias. Con tal manejo el embajador español se hizo tan importante, que los ministros no se atrevian á chocar con él. Tuvo la destreza de hacerse buscar al mismo tiempo por la reina y por la querida, y de prestar servicios al rey, á pesar de la repugnancia que tenia á todo lo que venia de España. Semejante repugnancia no era infundada, puesto que en este mismo tiempo esperimentó una traicion tramada por los españoles y muy sensible para sus ministros.

Enrique tenia tres ministros igualmente dignos de su confianza: Sully, el hombre del rey; Pedro Jeannin, sin antepasados ni descendientes, llamado con justo título el hijo de sus virtudes, y Nicolás de Neuville, señor de Villeroy, de quien decia el rey: «Los asuntos de mi reino son los de Villeroy.» Este tuvo la desgracia de encontrar en Nicolás de Hoste, su ahijado, un confidente infiel, que vendia á Zúñiga el secreto de los despachos. El conocimiento de este crímen vino de Madrid. Habia en este punto un anciano liguista llamado Razis, que mal recompensado por sus antiguos amigos, trataba de abrirse por medio de algun servicio importante el camino de su patria; y dió tantas vueltas, que descubrió el comercio de Hoste con el ministro español. Al momento se presentó á Barault, embajador de Francia, y le dijo que si el rey queria llamarle y darle una pension, tenia un secreto importante que comunicar. Barault escribió á Francia; tarda la respuesta; Razis impaciente pide razon de la tardanza; sabe que la carta habia ido por el correo ordinario, y que debia parar en manos de Villeroy. Sin pérdida de momento, Razis monta á caballo y parte para Francia.

Llegó á tiempo: Hoste habia despachado un correo; ya se buscaba á Razis en Madrid, y se le sigue la pista; pero franquea la frontera, y llega á Paris antes que Hoste pudiera tener noticia de su viage. Va á buscar á Villeroy, y creyendo éste con dificultad en la traicion de su ahijado, duda en hacerle prender. Hoste sabe entonces que Razis se encuentra en Paris; se escapa y toma el camino de los Paises Bajos, conducido por un correo de la embajada de España; pero le siguen, y ya estaban próximos á cogerle, cuando queriendo atravesar el Marne por un vado poco seguro, pereció con su caballo. Su cuerpo fué encontrado á la orilla desfigurado, y como el embajador de España tenia gran interés en que no capturasen á este jóven que podia descubrir sus maniobras, se cree que habia dado órden al guia que le matase si no podia salvarle: así los trai-

dores tienen que temer igualmente á los que ofenden y á los que sirven. Los cortesanos no dejaron de criticar la gran confianza de Villeroy; pero Enrique, seguro de su fidelidad, le escusó, aunque se encontraba en ocasion de desear saber mas que nunca lo que pasaba en la corte.

Su bondad le inducia á dejar en ella gentes que pagaron mal el primer perdon que les habia concedido. Cuando María de Médicis vino á Francia, trajo consigo una jóven de baja estraccion, llamada Leonor Galigai, á quien una señora de Florencia que la habia encontrado con talento, colocó al lado de la princesa. Fué en la infancia compañera de sus juegos y su confidenta en edad mas avanzada. Cuando se volvió á Italia el acompañamiento de María, Enrique consintió en que se quedara Leonor. Así la reina reunió en ella sola los favores que habia distribuido entre las demas. Su crédito tentó á un florentino llamado Concino ó Concini. Nacido pobre, ó reducido á tal por sus disipaciones, habia entrado en las galeras que condujeron a Francia á María, con ánimo de hacer fortuna, y se introdujo en la corte con buen suceso. Concini, de hermosa figura y conversacion agradable, se insinuó con la favorita, que siendo muy fea, se lisongeó de que un hombre de este mérito la prefiriese sobre tantas otras á quienes habria podido complacer. Le escuchó, se convinieron, y Concini pidió su mano, habiéndola obtenido bien pronto. Al momento las gratificaciones de todas clases llenaron las manos de los nuevos esposos. La reina no cesaba de pedir para ellos hasta importunar al rey.

A este le disgustaba que la pareja aduladora no se sirviese del ascendiente que tenia sobre el ánimo de la reina mas que para inspirarla prevenciones contra su esposo y para fomentar las que ya tenia. Ya sabemos por las quejas del rey que María era poco complaciente, tenaz y rival de sus queridas y de los hijos naturales, aun de los que habia tenido antes de conocerla. «No ama, decia, mas que á Leonor y á su marido; no pide mas que para darles; la llenan de cuentos, me rodean de espias y demuestran designios que esceden infinitamente á sus abyectas y viles estracciones; están vendidos al español; se sirven para este comercio de la intervencion de los agentes de Florencia; y al fin estos manejos vendrán á ser perniciosos al Estado y á mi misma persona.»

Estos funestos presentimientos turbaban el ánimo del rey, y se redoblaban sus agitaciones por la conducta desigual de su querida. Estos dos corazones, decia Sully, no pueden vivir el uno sin el otro, ni avenirse el uno con el otro.» A los dias calmosos y serenos sucedieron de repente sin causa ni motivo otros sombríos y tempestuosos. Hoy Enriqueta se entregaba con todo el transporte de la pasion al placer de ser amada por tan gran monarca; al dia siguiente queria ver al rey, pero sin privanza ni familiaridad particular. Enrique no creia en estos escrúpulos; por el contrario, juzgaba que obraba así á causa de nuevos amores. Consentia en que la marquesa dejase de dispensarle muestras de ternura, siempre que renunciase á toda galantería, y no queria que un corazon que habia poseido solo, se distribuyese entre muchos. Todo ó nada, decia, *aut Cæsar, aut nihil*. «Si nunca, añadia, puedo recobrar el reposo de mi espíritu, desterraré de toda pasion amorosa.»

Sully encontraba un medio de tranquilizar al rey, haciendo atravesar el mar á cuatro ó cinco personas y las montañas á otras cuatro ó cinco; es decir, remitir al embajador de España á su amo con algunos consejeros de la marquesa, y enviar á Italia á Concini y su mujer. Enrique juzgó muy bueno este medio, y encargó á Sully que se lo hiciese saber á la reina en lo que correspondia á su favorita. Hubo un momento en que parecia que consentia; pero queria que el primer sacrificio viniese de parte del rey, y que renunciase á su querida; despues se negó absolutamente a privarse de Concini, y Enrique no insistió. «Porque, decia, enemistarme con cinco ó seis italianos, por lo comun tan vengativos, será para atormentarme con sospechas y desconfianzas toda mi vida: estado peor cien veces que la muerte, y de que no podria librarme siempre que la viese triste, melancólica ó encolerizada.»

El partido de despedir al embajador de España convenia tanto mas, cuanto que era él el que fomentaba secretamente las turbaciones que agitaban la corte de Francia. Zúñiga habia descubierto en Enrique mucho desvío para una reconciliacion sincera con la casa de Austria. Persuadido de que todos los pasos del rey, el órden que ponia en sus rentas, la disciplina que establecia en las tropas, las alianzas que meditaba para sus hijos, eran otros tantos caminos para algun proyecto contra el poder de su señor, resolvió suscitarle obstáculos en el interior para impedirle que pensara en el esterior.

A fuerza de dádivas y promesas ganó á Concini y su mujer, y por su conducto hizo entender á la reina que el odio de su esposo á la España podia ser perjudicial á sus hijos. «Los franceses adictos á la religion romana, decia, miran siempre al rey mi señor como su recurso y apoyo; conocen que el rey católico no es aborrecido por el de Francia mas que porque este conserva siempre oculta su inclinacion á los hugonotes, de que el mio se ha declarado enemigo; si los pueblos llegan á conocer que se imbuye á los jóvenes príncipes desde la infancia en prevenciones contra el monarca mas fiel á la religion católica, no respondo que en un momento de fermentacion no se subleve la nacion entera contra los hijos del fautor de la heregía, y escoja otros señores.»

María, cogida por el lado mas sensible, que era el interés de sus hijos, se dejó penetrar de estos temores, tanto mas fácilmente cuanto que amaba á las personas que le inspiraban semejantes dudas; de manera que en todos los negocios en que podia tomar parte, se dejaba guiar por principios opuestos á los del rey. Tampoco encontraba Enrique conformidad entre sus sentimientos y los de su querida, á quien tambien habia seducido el embajador de España; el conde de Auvergne ó Auvernia fué el que proporcionó y fomentó sus relaciones. Al salir de la Bastilla ofreció al rey continuar en su inteligencia con los españoles y revelarle sus secretos, oferta que no manifestaba una probidad muy esquisita. Enrique lo aceptó como una represalia permitida en política. El conde, á quien Sully llamaba *el refinado*, hizo mas; encontró el medio de hacer al rey cómplice de su union con los enemigos del Estado. Este príncipe fué atacado de una enfermedad aguda que alarmó á la familia de Entragues. Enriqueta se presentó á él desconsolada, exageró su inquietud y apareció tan vivamente conmovida por el temor de caer ella y sus hijos en manos de la reina, que el enfermo, para tener tranquilidad, la concedió asilo en Cambrai, ciudad de la dependencia de los españoles, y dió al conde de Auvernia una autorizacion por escrito para hacer este tratado. Como el negocio se retardara, el rey concedió segunda autorizacion que no retiró, como ni tampoco la primera, cuando su convalecencia puso fin á la negociacion.

Así se introdujo Zúñiga en esta familia á título de hombre necesario. Esta cualidad le dió derecho á entrar en sus secretos, á examinar sus pretensiones, á insinuar consejos, á apoyar sus proyectos con recursos y promesas: siguióse de aquí que los Entragues, creyéndose poderosamente protegidos, cesaron de guardar al rey las debidas consideraciones. El padre afectaba descontento, y cuando le encontraba en casa de su hija le manifestaba un aspecto disgustado. El conde de Auvernia se chanceaba sobre la edad del monarca y sus galanterías. En fin, la marquesa admitia indistintamente en su casa á todos los descontentos; á franceses, antiguos partidarios de Biron, bajo pretesto que eran amigos ó aliados de su casa; á ingleses, celosos de la prosperidad del rey, que le estaban, segun decia ella, recomendados por parientes que tenia en Inglaterra; á todos los españoles, cuyo idioma hacia alarde de estudiar, de manera que el rey cuando iba á su casa se encontraba rodeado de enemigos.

Se hablaba con frecuencia entre estas personas de la promesa de matrimonio que habia hecho antes Enrique á su querida, se ponderaba el valor de aquella y se ensalzaba su importancia, como un acto que no podia invalidar otro posterior. La reina supo el interés que se queria dar á tal documento; temió sus efectos, y rogó al rey que lo retirase. El monarca, descontento por otra parte del proceder de toda esta familia, reclamó su promesa; se habian hecho dos copias tan semejantes al original que era imposible distinguirlo, á fin de que si el rey se obstinaba en exigirlo, se pudiese satisfacerle entregando una de ellas, conservando dicho original, pero este artificio de nada valió. En vano la marquesa y sus parientes protestaron ya de que lo habian enviado á Inglaterra, ya que se habia depositado en España y que no lo tenian; Enrique se sostuvo y cuando no pudieron defenderse, fué encontrado este importante papel en una arca de hierro enterrada al pie de un árbol en el parque de Marcoussi. El 2 de julio Entragues le envió al rey y certificó que era el original. Se hizo la entrega en presencia del conde de Soissons, del duque de Montpensier, de canciller de Sillery, de la Guesle, Jeannin de Gesvre y Villeroy, que firmaron un acta.

Si Enrique creyó que caerian por sí mismos los proyectos de la casa de Entragues por no apoyarse en este documento, se engañó. A la ambicion de esta familia se unió el despecho de haber sido ultrajada por la pérdida de un título que creia propio para salvar su honor. Esto fué suficiente para determinarla á emplear las últimas violencias, y el conde de Entragues se manifestó seriamente dispuesto á llevar las cosas al estremo.

No está bien averiguado que se hubiese incomodado hasta entonces de la amistad de su hija mayor con el rey; algunas veces habia representado el papel de padre irritado, pero se notó que en estas ocasiones careció de la firmeza necesaria á un progenitor que deseara impedir un crímen. Su connivencia llegó á ser incierta cuando se vió que tomando una resolucion supo sustraer á su hija segunda de los obsequios del monarca: poco faltó para que la hiciese servir de instrumento de venganza contra la mayor.

Enrique, desechado algunas veces por los caprichos de su querida, habia encontrado consuelo cerca de su jóven hermana, mas

amable y complaciente. Agradeció su atencion con magníficos regalos, entabló correspondencia con ella, y manifestó deseos de colocarla en la corte. El padre vió una pasion en estas atenciones y custodió á su hija; el rey se abstuvo de verla en público, pero sea que le fuese necesaria para hacer mas agradable la conversacion ó para averiguar los proyectos de sus parientes, sea que fuese un capricho, de que tan susceptible era este príncipe, no perdia ocasion de estar á su lado, hasta disfrazarse y atravesar, lo mismo de noche que de dia, bosques y veredas, casi sin acompañamiento; conducta que estuvo á punto de facilitar la realizacion de los proyectos de Entragues.

Nada menos procuraba que poner en el trono en lugar del Delfin al hijo que la marquesa habia tenido del rey: pero semejante empresa no podia tener buen éxito, mas que por medio de una revolucion casi general en el reino, y esta revolucion era imposible en tanto que el monarca viviese ó estuviese libre; por esta razon el conde resolvió apoderarse ó deshacerse de él. Aprovechó la facilidad que le daba la imprudencia del rey en sus viages al castillo de Verneuil; se emboscó en la selva con quince hombres determinados que apostó en el camino; la buena fortuna de Enrique le hizo burlar á los unos sin saberlo y desembarazarse de los otros con su vigor y presencia de ánimo.

Ni una ni otra le hubieran servido contra un lazo que se le tendió por medio de la jóven Entragues, si ella misma no hubiera podido inutilizarlo. Su padre la obligó á que le diese una cita en un sitio campestre y aislado, donde prometia escucharle. Cediendo á la violencia escribió el billete, pero avisó al mismo tiempo al rey de la emboscada y evitó el peligro mas grande tal vez que habia corrido en su vida.

Durante estas tentativas los conjurados, que eran mas numerosos que lo que él creia, estuvieron quietos en el puesto que respectivamente se les habia señalado. El duque de Epernon hacia el enfermo en Metz y se preparaba para unirse al de Bouillon, que debia recibir en Sedan á la marquesa de Verneuil y á su hijo. El marqués de Spinola á la cabeza de un cuerpo de tropas españolas tenia órden de reforzarlos y penetrar con ellos en Champaña. Al otro estremo del reino, el condestable de Montmorency se fortificaba en Languedoc y contaba con una irrupcion del duque de Saboya en Provenza y otra del conde de Fuentes en Borgoña, á donde debia acudir por la Valtelina y el Franco-Condado. La Guiena, el Delfinado, el Poitou, llenos de emisarios del duque de Bellegarde, de Humieres, de Arquien, despues mariscal de Montigny, y de los señores mas acreditados en estas provincias, estaban prontos á declararse por la marquesa y su hijo; tambien se hacian los mayores esfuerzos y los mas propios para quebrantar la fidelidad de los pueblos en Auvernia y en los paises adyacentes del centro del reino. El conde de Auvernia habia establecido allí su plaza de armas como punto en que sus posesiones, su nombre y la antigua union de la nobleza con la casa de Valois, de la que era el último vástago, le daban el mayor crédito.

El medio de que usó para permanecer allí sin causar sospechas al rey, fué el de hacerse desterrar. Para conseguirlo suscitó una contienda con el conde de Soissons y le envió un cartel. Soissons indignado de que el conde afectase igualdad con un príncipe legítimo, se quejó al rey, quien para contentarle desterró á Auvernia á Valois. En tanto que lo arreglaba todo para el momento en que el cautiverio ó la muerte del rey le permitiese obrar libremente, fué interceptada una de las cartas que dirigia á los corresponsales que tenia en la corte. Enrique no descubrió en ella el fondo de la trama, pero vió lo bastante para conocer que debia indagar mas y envió órden al conde para que se le presentase inmediatamente.

Esta órden fué como un rayo que destruyó los resortes de la accion, y redujo á los conjurados á una inaccion llena de inquietud. El conde pidió desde luego un salvo-conducto, despues una absolucion, y cuando la recibió, rehuyó hacer uso de ella. En vano fueron enviados muchos mediadores para exhortarle á confiar en la bondad del rey. «No me llama, decia, mas que para cortarme la cabeza en el patíbulo.» Su imaginacion asustada no le presentaba mas que prisiones, cadenas, el tormento y otros objetos siniestros: temblaba con la sola idea de que podia ser encerrado en aquella inmensa mole de piedras, como llamaba á la Bastilla. Para evitar esta desgracia tomó el partido de renunciar á todos los lugares habitados y no vivir mas que en los campos y bosques mas solitarios. El amor dulcificaba algunas veces su fastidio en estos lugares salvages, pero sin calmar su espanto. Tenia una amiga llamada madama de Chateugai, mujer de mediana edad, que unia la madurez del consejo á la vehemencia de la pasion; hábil en montar á caballo y manejar las armas, no temia ni la fatiga ni los peligros. Se daban citas en chozas apartadas, y en todas las avenidas colocaban criados con cornetas de caza para que avisaran en cuanto llegase alguna persona sospechosa; llevaban la precaucion hasta el estremo de tener perros para suplir la negligencia de los centinelas. Estos placeres pasageros, mezclados con tantas inquietudes, solo distraian por poco tiempo las penas del conde. «En fin, escribia Descures, uno de los agentes que el rey habia enviado á Valois, lleva sobre su rostro la señal de los remordimientos y de la tristeza; no tiene un sueldo para vivir, y está rodeado de todos los males y aflicciones que sufren los hijos maldecidos y desterrados por su padre.»

Dejarle vivir en tal estado era tal vez suficiente castigo: pero importaba demasiado saber sus secretos, y se pusieron en juego tantas astucias que al cabo se consiguió cogerle. Valois se dejó seducir á pesar de su amiga por el placer de recibir los saludos de su regimiento, que se mandó pasar espresamente por las inmediaciones. Apareció montado en un caballo que hacia diez leguas por jornada, proponiéndose no echar pie á tierra ni dejarse rodear. Preséntasele el comandante con solos cuatro acompañantes, y en el momento que se inclina para devolver el saludo, dos de los fingidos criados, que eran soldados vigorosos, le sujetan los brazos; los otros dos le bajan del caballo, le rodea el regimiento y una escolta ya preparada le lleva á la Bastilla. Al momento que el rey recibió la noticia de su llegada, hizo arrestar al conde de Entragues, puso guardia á la marquesa de Verneuil y dió órden para que se empezara el proceso contra los culpables.

El público vió con asombro que un príncipe tan encomiado por su clemencia entregara á la severidad de la justicia á una mujer objeto de su ternura, al padre de la misma y á su hermano, el último de los Valois, recomendado á su bondad por Cárlos IX al tiempo de morir. Se esperaba una funesta consecuencia de estos primeros golpes, pero los que conocian la corte no vieron en tal aparato de rigor mas que el proceder de un amante enojado que queria sujetar á su orgullosa querida, y así no temieron ningun acontecimiento siniestro.

Sin embargo, los procedimientos empezaron en setiembre con el mayor estrépito. Aquiles de Harlay, primer presidente, Esteban de Fleury y Filiberto de Thorin, consejeros, fueron nombrados relatores y pasaron á la Bastilla á interrogar al conde de Auvernia. Parecé que la falta en que mas insistieron fué en la correspondencia con España. El conde no la negó, pero sostuvo que la habia emprendido con consentimiento del rey, y presentaba como prueba algunos avisos que habia trasmitido á este príncipe sobre los designios de los españoles descubiertos por este medio; se justificaba tambien por cartas de autorizacion de que estaba provisto; se le preguntó por qué habia exigido documentos de perdon: «Por abundancia de derechos contestó.» A la objecion de que debia haberlos hecho aprobar, respondió que esta formalidad hubiera revelado á los españoles que estaba relacionado con ellos de acuerdo con el rey, descubrimiento que hubiera quitado toda ventaja á tales relaciones. En fin, cuando se le demostró que en un hombre que tenia tantos medios de justificarse, la negativa á presentarse cuando habia sido llamado demostraba una conciencia abrumada por otros crimenes, respondió que sabia que su suegro y su hermana habian jurado su ruina; su hermana, porque siempre se habia quejado de su mala conducta; el suegro, porque habia vituperado altamente su connivencia en los desórdenes de su hija; que ambos á dos le aborrecian y que jamás se hubiera entregado voluntariamente á personas cuyo resentimiento podia armar al poder real contra sus dias. «Que me enseñen, decia por conclusion, una sola línea del tratado que me acriminan con España, y estoy pronto á firmar mi condenacion.»

Este tratado habia existido sin embargo con la ratificacion de la España. Antonio Eugenio Chevillard, tesorero general de la gendarmería, primo de María Touchet, tenia este tratado oculto en las faldillas de su jubon cuando fué arrestado como intimo amigo y confidente del conde de Auvernia. Chevillard, viendo que no le habian registrado, lo rompió en pedacitos y se lo comió; de manera que no quedó rastro de semejante tratado.

Las respuestas del conde de Entragues no aclaraban mas el trabajo de los jueces. Se habia formado un plan de apología de que jamás se separó, apología que era mas bien una recriminacion contra Enrique IV que una justificacion. «Público es, decia, el oprobio con que el rey ha cubierto á mi familia. Por irritado que estuviese contra mi hija, no podia sofocar mi ternura, que me impelia á buscar los medios de retraerla del desórden. Si sobrevenia alguna indisposicion ya por parte de ella, ya del rey, ó acontecia alguna incomodidad entre ellos, yo la exhortaba á aprovecharse de la ocasion para romper el trato que la deshonraba. He querido casarla; he querido enviarla á Holanda al lado de la princesa de Orange, nuestra parienta; he querido establecerla en Inglaterra; me he reducido á aconsejar algunos viages de devocion, algunas peregrinaciones, persuadido de que la ausencia destruiria insensiblemente el hábito, pero el rey se ha opuesto siempre. En fin, cayó este enfermo. Mi hija, á quien la reina manifestaba mucha aversion, se creyó perdida; se imaginó que si el rey moria, lo menos que podia acontecerla era ser encerrada por el resto de sus dias. Sus inquietudes,

sus alarmas, sus agitaciones, sus temores eran estremados. No encontré otro medio para calmarla que proporcionarla un asilo fuera de Francia; hablé al embajador de España, que me prometió de parte de su señor que en caso necesario seria recibida mi hija en Cambrai. La convalecencia del rey hizo inútil este arreglo; llegó á saberlo; nada me dijo, y sin duda no hubiera hablado de él sin otro acontecimiento no menos aflictivo para un padre.» Entragues habló en seguida de la pasion del rey por su hija segunda, de los escesos á que se habia dejado llevar hacia algunos meses, de sus correrías de noche y de dia, y sobre todo de sus cartas que todavía se encontraban en poder de su hija. «Pero conociendo, añadió, que no puede burlar mi vigilancia, y lisonjeándose que conseguirá mejor su objeto cuando mi hija se halle privada de mis consejos, trata de deshacerse de mí por la imputacion de falsos crímenes, no pudiendo conseguirlo por otros medios.»

Nada pudieron averiguar respecto á lo que le preguntaron sobre su correspondencia dentro y fuera del reino, sobre su fin y sus designios particulares contra la persona del rey. No sacaron mejor partido de la marquesa de Verneuil; solo contestó á todas las preguntas que ella nada sabia, que el rey estaba enterado, y cuando querian forzarla, les hacia entender con reticencias misteriosas, que habia entre el monarca y ella secretos que no les convenia profundizar. Al principio del procedimiento, se manifestó Enrique dispuesto á no relajar nada de la severidad de las leyes; pero esta resolucion le era sumamente sensible y en un momento de enternecimiento, dejó conocer á la esposa del conde de Auvernia, que ni su marido ni el conde de Entragues tenian que temer por sus vidas. Sin embargo, dió libre curso á la justicia, y se pasó al careo.

Instruidos por el ejemplo de Biron que habia dejado robustecer las acusaciones intentadas contra él solo por no recusar á tiempo los testigos y los cómplices que le opusieron, el conde de Entragues, la marquesa de Verneuil y el conde de Auvernia, se dieron mútuamente recusaciones tan sumamente diestras, como hubiera podido imaginar el mas hábil criminalista. «Me detestais, decia Auvernia á Entragues, porque he vituperado los desórdenes de mi hermana y vuestra connivencia indigna de un padre. En cuanto á mi hermana, se sabe que ha dicho públicamente que no desea mas que perdon para vos, justicia para ella y un patíbulo para mí.» Lejos de negar que tuviese una violenta aversion á Valois, el conde de Entragues se jactaba de ella, y decia que en lugar de quejarse de la conducta de su hermana y de procurar ocultar su oprobio, habia sido el primero en publicarlo con circunstancias agravantes y falsas, y en desacreditarla todo lo posible, proporcionándola intrigas amorosas con multitud de jóvenes distinguidos. Finalmente, Enriqueta se enfurecia delante de sus jueces solo con oir el nombre de su hermano; le acusaba de mentiras y calumnias ultrajantes; era, segun decia, de mal corazon, alma indigna, capaz no solo de traiciones, sino tambien de asesinatos, y generalmente de los mayores crímenes. Estas recriminaciones demostraban tanta pasion, que era imposible que los jueces hiciesen uso de la deposicion de la marquesa.

Debieron sin embargo á través de tantos subterfugios, haber encontrado pruebas suficientes, puesto que dieron su sentencia en primero de febrero. Los condes de Entragues y de Auvernia fueron condenados á que les cortaran la cabeza en la plaza de Greve, y la marquesa de Verneuil á ser encerrada por el resto de sus dias. Esta última prueba era sin duda la que el rey queria hacer sufrir á su desdeñosa dama. Durante el proceso habia manifestado Enrique varias veces su impaciencia, porque ella no daba ningun paso para aplacarle. «¿Creeis, decia á Sully, que se humille y pida perdon?—Si, respondió el ministro, si cree que ya no teneis ternura para ella; pero si conoce que la amais todavia, y que cuanto se está obrando no es mas que para grangearos mejor su voluntad, es bastante orgullosa para no doblegarse.» En efecto, Enriqueta desmintió las palabras de sumision que se trasmitieron al rey como proferidas por ella; porque no queria que se la dijese, «que habia besado la mano que la encadenaba.» Pero cuando vió que pronunciada la sentencia, su padre y hermano estaban próximos á perecer en el cadalso, empleó sin duda los resortes que sabia eran omnipotentes en el corazon del monarca, puesto que no solo se suspendió la ejecucion sino que se variaron del todo las disposiciones del juicio.

Sin embargo no perdonó á los gefes hasta despues de haberse puesto en seguridad con el castigo de algunos cómplices subalternos, que en esta ocasion como en casi todas las demas pagaron por los mayores culpables. El rey se trasladó á Quercy, el Limosin y Perigord. Envió á Sully al Poitou y á las provincias adyacentes. Uno y otro fueron seguidos de un tribunal de justicia, cuyas operaciones intimidaron á muchos mas que los que castigaron. Enrique anuló en seguida con decretos todo lo actuado contra la marquesa; abolió la memoria de su delito, cualquiera que fuese; y la evitó tambien la humillacion de que se llevara el proceso al Parlamento para su registro; rehabilitó tambien á los condes de Auvernia y Entragues y alzó la confiscacion de sus bienes. Pero el inglés Morgan fué desterrado para siempre; Entragues confinado á Malesherbes, y Valois condenado á permanecer en la Bastilla para *castigar su indomable malicia*. Los señores de la corte, tales como Epernon, Montmorency, Bellegarde y otros, no sufrieron al parecer la menor desgracia en esta ocasion. Tal vez se contentó Enrique con enfrenarlos, haciéndoles ver que sabia sus manejos y podia preservarse de ellos; tal vez no entraron mucho en el complot; puede suceder que conociendo Auvernia sus disposiciones, hubiese presumido de ellos mas de lo que debia esperar, y que el edificio de esta conjuracion que hemos dibujado segun Vitorio Sisi, estrivase no tanto en compromisos ratificados, cuanto en vagos propósitos y promesas generales de los descontentos.

Si se cree al mismo autor, la vida del rey estuvo realmente en peligro. Refiere que la primera vez que Enrique vió al conde de Entragues despues de la conclusion de este negocio, le dijo: «¿Es verdad que has tenido intencion de asesinarme como se ha dicho?—Si señor, respondió atrevidamente el conde, y jamás se apartará de mi ánimo este proyecto, mientras V. M. me quite el honor en la persona de mi hija.» Enrique IV en esta ocasion olvidó que era soberano y que se veia amenazado; solo recordó que era el primero que habia ofendido á su súbdito; y se dominó bastante para no castigar á un audaz que le desafiaba. Ya sea por ciertas razones, ya por indiferencia ó fastidio de los caprichos de la marquesa de Verneuil, dejó insensiblemente de verla como querida, y se unió á Jacoba de Beuil, á la que hizo condesa de Moret, y cuyo trato no le causó los mismos disgustos.

En tanto que estaba atormentado por estas agitaciones domésticas, se trataba en su misma corte de atentar á su tranquilidad. Sully, el principal de sus ministros y confidente de sus secretos, no podia gozar de tanto crédito con su señor sin ser blanco de la malignidad de los envidiosos de su favor, que formaron una especie de liga para perderle. «Entraban en ella, segun él mismo dice, grandes, necios, tahures, santurrones españolizados, bastardos, queridas y financieros.» Todos tenian su papel marcado y le desempeñaban tan bien, que estuvo en poco que no consiguieran su objeto. Los grandes y los ministros casi nunca hablaban al rey sin representarle el peligro de dejar tanto poder en manos de un solo hombre. En efecto, Sully tenia á sus órdenes la artillería, el tesoro y la mayor influencia en todo el reino. Las embajadas y los gobiernos casi todos estaban ocupados por sus elegidos; por otra parte, decian los devotos inspirados por los españoles, es notorio su afecto al calvinismo, ¿y qué pensarán los príncipes católicos y sobre todo el Papa, si ven que vuestra magestad entrega toda su confianza á un ministro imbuido en semejantes principios? Las queridas y sus adictos, descontentos de la economía de Sully, decian que no concebian como podia el rey servirse de un hombre que hacia alarde de su aversion á todas las personas que su señor estimaba, y que en ódio de la ternura de Enrique á ellas, les rehusaba todo, o no les daba mas que con las mayores muestras de repugnancia. Finalmente, los financieros gritaban que el crédito del rey decaia; que á fuerza de reducciones de las rentas, los trabajadores se disgustaban, y esta parte de la administracion estaba próxima á caer en una confusion tan funesta para el Estado como para el monarca.

Pero los mas peligrosos de estos enemigos eran los que, lejos de vituperar á Sully y de inspirar temores, le colmaban de elogios y ponian en las nubes su celo, sus talentos, y sobre todo el éxito de sus planes. Decian tanto, que era imposible que el rey no llegara á imaginar que se miraba á Sully como el único que todo lo ordenaba y dirigia, y que era la única causa del Estado floreciente en que se encontraba el reino. Por este medio se introducia la envidia en el corazon del monarca, quien prestó atencion á las sátiras y á las alabanzas, tan envenenadas unas como otras. Los escritos llenos de elogios insidiosos ó de amargas críticas que se hacian llegar á sus manos, eran leidos y por decirlo así saboreados. Las reflexiones á que daban lugar le ocasionaban disgusto, y empezó á tratar con frialdad á su ministro. Sully lo notó, pero merced á su inocencia obró como si no lo hubiese conocido. El rey incomodado de esta seguridad, que atribuia á indiferencia, agravó su frialdad. El ministro se cansó á su vez al verse desgraciado sin causa, y resuelto á todo, tomó la determinacion de no dar ningun paso para salir de tal situacion.

Semejante determinacion no hubiera sido ventajosa á Sully sino á sus enemigos, si el rey, cuyo carácter franco y buen corazon sufrian con este disimulo, no hubiese roto la valla para esplicarse. Iba á cazar agitado por las dudas que surgian en su imaginacion á causa de tales insinuaciones. Sully que habia venido á visitarle se retiraba. «¿Adónde vais? le dijo el rey, que no buscaba mas que un pretesto para entablar conversacion.—A Paris, señor, le respondió, á los negocios de que me habló V. M. hace dos dias.—Bien, marchad, os recomiendo mis negocios y que me estimeis mucho.» En seguida le abrazó y le dejó marchar. Pero apenas habia dado Sully algunos pasos, le llamó Enrique. «¿No tienes nada que decirme? le preguntó. Al presente, no señor. Pues yo sí, le dijo, y tomándole por la mano le condujo á vista de toda la corte á un estremo del jardin.

Desde el primer momento de la conversacion se desvaneció toda sospecha y reserva. El monarca nombró al ministro los que habian trabajado contra él y le descubrió los manejos que habian empleado. Le enseñó las memorias, por medio de las que se habian esforzado en separarle, y leyó los trozos mas notables, no tanto para oir la justificacion de Sully, cuanto para sincerarse él mismo de haber dado crédito á ellas, vista la destreza con que se habia



El mariscal de Biron preso por órden del rey.

dirigido la calumnia; en fin, el rey manifestó en esta conversacion tanto pesar de haberse dejado alucinar, tantas promesas de una confianza y una amistad inalterables, que el duque arrebatado por su reconocimiento quiso echarse á sus pies para darle gracias. El rey se lo impidió estrechándole entre sus brazos. «Levantaos, le dijo, los que nos miran pueden creer que os perdono.» Le abrazó con el mayor cariño; y volviendo al círculo de cortesanos que los miraban con curiosidad, «señores, les dijo, quiero deciros que estimo á Sully mas que nunca, y que jamás nos separaremos.»

Estos ataques sordos de la envidia, de la malicia y de la falsedad, que parecia se disputaban el corazon franco y leal de Enrique, hacian que algunas veces echase de menos los tiempos en que no tenia que combatir mas que enemigos descubiertos. «Pero, le decia Sully, es preciso que los grandes reyes se resuelvan á ser ó martillos ó yunques, y por lo tanto jamás deben tener un momento de reposo. Esta manifestacion era necesaria sobre todo en ciertos momentos de desaliento, en que el ministro veia al monarca dispuesto mas bien á tolerar la independencia de algunos descontentos que á tomarse el trabajo de someterlos. Entonces Sully echaba en cara, por decirlo así, esta inaccion á su señor. «Ahora teneis muchas razones, le decia, para castigar á los autores de vuestras penas y medios en abundancia para realizarlo, á saber: un ejército respetable, siete millones de oro en la Bastilla para pagarle, los arsenales y almacenes llenos de uniformes, armas y municiones de todo género, y doscientos cañones; ingredientes y drogas, añadia, apropósito para curar las mas peligrosas enfermedades del Estado.» Al cabo Enrique resolvió ensayar este remedio contra los mal intencionados, empezando por el duque de Bouillon.

Ya se ha visto que despues de la muerte de Biron se habia refugiado en Alemania; recorria las cortes de los soberanos que componen el Cuerpo Germánico, y allí representaba el papel de un hombre perseguido, tanto á causa de su religion como de su soberanía de Sedan, que segun decia, ambicionaba el rey. De todos estos puntos dirigia al monarca ofendido cartas de recomendacion, apologias, protestas de fidelidad y obediencia, pero al mismo tiempo mantenia correspondencia con los descontentos de la corte de Francia y de las provincias. Les exhortaba á no desunirse ni desanimarse por los pasados contratiempos. «Llegará momento, escribia, en que se verá el rey obligado á ceder; no es tan poderoso como se figura, y la prueba es que con toda su mala voluntad no se atreve á usar de violencia contra mí.» Estas proposiciones alentaban las esperanzas de los que deseaban un cambio; de manera que á pesar del ejemplo dado en la persona de Biron, y del riesgo que acababa de correr la casa de Entragues, se sostenia siempre el espíritu de rebelion. Enrique resolvió derribar la columna á que se arrimaban todos los forjadores de turbaciones y los amigos de novedades; mandó al duque de Bouillon, retirado en Sedan, que viniese á justificarse, y le envió los pasaportes y las seguridades necesarias. Bouillon pidió tiempo; el rey amenazó, se armó, se puso en campaña, y marchó hácia Sedan. El temor hizo que apareciese á las claras un partido que se habia formado y aumentado á vista del rey sin que lo notase. La faccion española, que se llamaba católica, á fin de darle un título legítimo, presentóse de acuerdo con los calvinistas para impedir al monarca que quitase todo recurso á la independencia. Fueron secundados por los ministros que temian que Sully con la guerra se tornara demasiado poderoso, y por la reina misma, que queria acreditar sus disposiciones pacíficas; de manera que el rey se encontró asediado de representaciones y súplicas. Ocurrian éstas bajo los muros de Sedan, donde se hallaba encerrado el duque, siempre determinado, segun decia públicamente, á sepultarse bajo las ruinas de su principado; pero en particular, lejos de manifestar una disposicion desesperada, hacia entender al rey que deseaba someterse, con tal que se salvára su honor. Enrique hubiera podido imponerle la ley y obligarle á rendirse á discrecion, salvo el concederle despues el perdon; pero no estando sostenido por la firmeza de Sully que se tuvo cuidado de separarle del monarca durante esta espedicion, consintió en celebrar un tratado con su súbdito. Las condiciones no fueron duras; concedió al duque el perdon y no se reservó mas que el derecho de poner en Sedan una guarnicion francesa, á fin de impedir que Bouillon abusase de la soberanía que se le dejó.

Los años 1607 y 1608 fueron los mas felices de la vida de Enrique IV. Veia florecer el reino bajo su gobierno, y los ejércitos, bien pertrechados, imponian á los que hubieran querido inquietar en el interior, y ponian las fronteras al abrigo de incursiones enemigas. Las colonias se fortificaban, el comercio se estendia con ayuda de las manufacturas, la agricultura se veia favorecida; en fin, Enrique disfrutaba del placer tan lisongero para un buen príncipe, de poder auxiliar á sus súbditos, cuando los incendios, granizos, inundaciones ú otros males les acarreaban desgracias. Proveia tambien á la seguridad doméstica; todos empezaban á vivir tranquilamente en sus hogares, sin temer á los salteadores que antes infestaban las provincias. Durante las guerras civiles, muchos hidalgos se habian fortificado en lo mas espeso de los bosques, sobre rocas escarpadas, en lugares pantanosos é inaccesibles, especies de fortalezas que les servian de asilo. Despues de la paz, muchos soldados se retiraron á ellas: de aquí vino el que unas veces en inteligencia con los propietarios con quienes distribuian el pillage, y otras sin su noticia, saqueaban las aldeas vecinas y maltrataban á los viageros. El rey envió tropas que arrasaron y desmantelaron los pequeños castillos que habian llegado á ser el terror de los ciudadanos. El labrador pudo entonces gozar sin temor del fruto de su trabajo, y el mercader transitar sin peligro por los caminos que conducian á los lugares adonde los llamaban las necesidades del comercio.

La España no veia con tranquilidad el profundo reposo de que gozaba la Francia: la comparaba con el estado de un hombre herido que recobra sus fuerzas para ejercitarlas de nuevo contra su rival; era pues importante retardar esta especie de convalecencia. Los medios que empleaba eran empresas sordas, ya contra una parte del reino, ya contra otra. El embajador de España sobornó algunos caballeros provenzales que prometieron entregar á Marsella, pero fueron descubiertos, y el secretario del embajador fué tan acriminado por los cómplices, que no pudo librarse de un procedimiento jurídico. Enrique desdeñó castigarle ó pedir que le castigaran. Se vengó de los españoles de una manera mas sensible para ellos, con la consideracion que adquirió en perjuicio suyo en las

cortes estrangeras. Les quitó el honor de reconciliar á los venecianos con el Papa, y les obligó á ellos mismos á recibir su mediacion en la larga tregua que concluyeron con las Provincias Unidas.

El Senado de Venecia, ya culpable con respecto á los soberanos pontífices por diversas disposiciones, á las que Clemente VIII habia cerrado prudentemente los ojos, acababa, durante la última vacante de la Santa Sede, de prohibir la enagenacion de los bienes laicales en favor de los eclesiásticos. Habia hecho ademas arrestar á un canónigo y un abad acusados de crímenes enormes, habiendo cometido su conocimiento á la justicia secular. El nuevo papa Paulo V (Camilo Borgnese), pidió la revocacion de las dos ordenanzas; y en virtud de la negativa del Senado, que pretendió no haber obrado mas que con arreglo al derecho que procedia del mismo Dios, de hacer leyes, sobre todo para los legos y su proteccion, el Pontífice excomulgó al Senado y al dux y puso en entredicho la Señoría. El Senado á su vez prohibió la publicacion del monitorio del Papa, y desterró del territorio de la república á los capuchinos, teatinos y jesuitas, únicos eclesiásticos que cerraron sus iglesias. Una controversia animada sobre la estension y límites de las dos autoridades, sobre la distincion de los delitos civiles y religiosos, sobre la naturaleza del entredicho, que hiere á la vez á inocentes y culpables, se suscitó desde luego entre el Papa y la Señoría. Los cardenales Baronio y Belarmino por una parte, y Fray Pablo Sarpi por otra, fueron los que mas se distinguieron. Bien pronto se recurrió á otras armas, y á la guerra de pluma sucedieron los preparativos militares. El Papa, sin embargo, tuvo algun escrúpulo de haber avanzado demasiado, y deseó encontrar algun medio de salvar su dignidad. El duque de Saboya, el rey de España y Enrique IV se ofrecieron á porfía por mediadores. Solo el último fué preferido. Envió al cardenal Joyeuse á Venecia y á Roma, y despues de tres meses de negociaciones, habiendo obtenido que cada una de las partes cediese en sus pretensiones, restableció la paz con las condiciones siguientes: que los edictos de la Señoría se mantendrian en toda su fuerza, pero que los dos acusados serian puestos en manos del rey: que los religiosos desterrados serian restablecidos, escepto los jesuitas, que no participarian de este favor hasta nueva órden; y por último, que el Papa no concederia absolucion que le supusiera el derecho que le habia sido disputado, sino que en virtud de la peticion del rey y no de los venecianos, el cardenal Joyeuse, en nombre del Pontífice, declararia revocadas las censuras, lo que tuvo lugar el 21 de abril de 1607.



Enriqueta de Entragues suplicando al rey.

Los esfuerzos del rey para la pacificacion de la Holanda esperimentaron dilaciones y contrariedades, y no se pudo conseguir enteramente. El archiduque Alberto, hermano de Ernesto, al que habia sucedido en el gobierno de los Paises Bajos en 1595, y que los habia recibido despues en dote cuando contrajo matrimonio con la infanta Isabel Clara Eugenia en 1599, habia presentado proposiciones de arreglo desde 1606. Al siguiente año se convino en una tregua de ocho meses para facilitar las negociaciones. Solo la forma del tratado de tregua ocupó todo el año, y agotó de tal modo el tiempo estipulado para la misma tregua, que fué necesario prorogarla muchas veces para tratar del asunto principal. A fin de apresurar su conclusion, la Francia y la Inglaterra, cuyo comun interés era prolongar la escision ú obtener para los holandeses condiciones ventajosas que redundaran en menoscabo de España, se unieron con ellos por una triple alianza, cuyo objeto era, ó lograr una paz honrosa, ó seguir una guerra vigorosa. Pero las preocupaciones recíprocas y las intrigas del Estatuder Mauricio, hijo de Guillermo, que temia una paz, cuyo efecto inmediato seria quitarle parte de su influencia, hicieron que despues de otros ocho meses de trabajos se separaran los plenipotenciarios sin haber podido convenir en nada. Inglaterra y Francia insistieron en ofrecer su mediacion. Enrique sobre todo tomó el negocio con todo ahinco; hasta le miró como un punto de honor, y á fuerza de ruegos y amenazas obtuvo al fin una



Emboscada contra el rey.

tregua de doce años, que fué proclamada el 14 de abril de 1609, habiendo sido en su virtud reconocidas las Provincias Unidas como libres é independientes. Despues de tales testimonios de benevolencia esperaba Enrique conseguir fácilmente de los holandeses que concedieran á sus súbditos católicos el libre ejercicio de su religion; pero el espíritu de intolerancia, enfermedad del siglo, fermentaba entre los protestantes lo mismo que entre los católicos, y los hizo igualmente sordos á la voz de la justicia y á la del reconocimiento.

Los desgraciados moriscos, espulsados de España por Felipe III, volvieron tambien su vista hácia Enrique. Componian una poblacion industriosa de un millon doscientas mil almas, que católicas esteriormente, conservaban en secreto los dogmas y las prácticas de sus antepasados. El consejo de España, al que se los hicieron mirar como maquinadores de siniestros proyectos, no les dejó mas medio que el destierro ó la muerte. Ofrecieron á la Francia que vendrian á poblar las landas de Burdeos y á cultivarlas; no pedian mas que la libertad de conciencia. Enrique, ocupado entonces en graves intereses de política esterior, y temiendo por otra parte dar lugar á imputaciones de indiferencia sobre el artículo de la religion, no pudo ó no se atrevió á acoger sus proposiciones; y estos infelices, rechazados tambien de las costas del Africa, donde eran reputados desertores de su ley, perecieron casi todos víctimas de toda clase de trabajos.

Estas costas inhospitalarias, célebres entonces por las piraterías de sus habitantes, recibieron entonces un golpe, justo castigo de sus robos; habiendo sus barcos bloqueado el Estrecho de Gibraltar, inquietaban á flotas enteras. Los armadores de San Maló que se encontraban en el Mediterráneo y eran víctimas de sus escesos, concibieron el atrevido proyecto de destruir de un solo golpe la mayor parte de su marina, que se encontraba reunida en la rada de Túnez bajo la proteccion del fuerte de la Goleta. A mitad del dia, Beaulieu, su gefe, sostenido por ocho galeones españoles que secundaron su generosa empresa, penetró en la ensenada con audacia; el viento ó la artillería del fuerte impidió á sus bageles aproximarse lo bastante; entonces con cuarenta hombres solamente saltó á una chalupa, despreció el fuego del castillo, abordó al bagel almirante amarrado á los muelles, le quemó, incendió sucesivamente otros treinta y cinco, y dió la vuelta despues de tan peligrosa hazaña.

El carácter leal y generoso de Enrique, muy acreditado entonces en Europa, hacia apetecer su proteccion ó su alianza. Así se vió al duque de Saboya Cárlos Manuel, príncipe tan previsor, unido hasta entonces por interés á la España, empezar á conocer que la Francia podia serle útil, y desear por fin su alianza. Los príncipes alemanes, cuya independencia alarmaba á la casa de Austria, y los habitantes de la Valtelina, oprimidos por el conde de Fuentes, reclamaban socorros de la Francia; todos eran auxiliados, defendidos y protegidos, y los buenos oficios del rey se estendian á lo esterior tanto como á lo interior. «Sin embargo, decia Enrique con sentimiento á Sully, aquellos á quienes mas he colmado de beneficios y mas honores he dispensado, se atreven á decir que la paz de que actualmente disfruto me hace descuidar los negocios y despreciar las empresas gloriosas; que amo demasiado los placeres, en los que empleo el dinero que debia darles en gratificaciones, como merecen; que me agradan los edificios y las ricas manufacturas, la caza, los perros, los caballos, las cartas, los dados y todos los juegos; las damas, las delicias, el amor, los festines, las comedias, los bailes y las carreras de sortijas, donde me ven aparecer con mi barba gris, y envanecerme y estar tan contento por coger una sortija como en mi juventud.

»No niego, confesaba, que no haya algo de verdad en estos cargos; pero deberian perdonarme estas diversiones, que ningun daño producen á mis pueblos en compensacion de las amarguras y penas que he soportado hasta los cincuenta años. ¿Es estraño además que educado en la licencia de los campos, haya contraido algunos vicios? Las debilidades son la herencia de la humanidad; la religion no ordena que no se tengan defectos, sino que no debe dejarse dominar por ellos; y así he procurado obrar, que es lo mejor que podia hacer. Ya sabeis en cuanto á mis amigas, continuó diciendo á su confidente, que á pesar de que se cree ser mi pasion dominante por ellas, las he despreciado muchas veces, y que siempre os he preferido á las mismas.

»Y siempre obraré lo mismo, esclamó con una especie de transporte, y mejor perderé las queridas, el amor, la caza, los edificios, festines y placeres, que dejar pasar la menor ocasion de adquirir honor y gloria; y la principal para mi despues de cumplir mis deberes para con Dios, con mi esposa y mis hijos, mis fieles servidores y mis pueblos, será la de merecer el concepto de príncipe leal, de fé y de palabra, y obrar hasta el fin de mis dias de modo que sean coronados de gloria.»

Hé aquí á Enrique IV pintado por sí mismo con la noble franqueza que formaba el fondo de su carácter y con la inagotable ternura á sus pueblos, que debe hacer su memoria tan cara y respetable. Hablaba segun sus deseos, cuando se prometia desde luego un imperio absoluto sobre sus pasiones: pero estaba destinado á dar todavía al universo el espectáculo de una debilidad que tuvo mas funestas consecuencias que las otras.

El escollo de sus buenos propósitos fué Enriqueta Carlota de Montmorency, hija del condestable, jóven beldad, cuyos encantos elogian los escritores de aquel tiempo con una especie de entusiasmo. Fué presentada en la corte por Diana, duquesa de Angulema, su tia, que se encargó de dirigirla. Desde el primer momento se atrajo la atencion de los jóvenes señores que podian aspirar á su mano, y se advirtió tambien que fijaba en ella el rey sus miradas. Entre los que solicitaban la alianza del condestable obtuvo su preferencia Bassompierre, jóven recomendable por su talento y su figura, de nacimiento y mérito apropósito para desempeñar los primeros cargos de la corona. Trabajó por agradar á la jóven; y á causa de lo mucho que adelantó en tal tarea, dejó escapar el rey el secreto de su pasion. El temor de que cayera el objeto de su ternura en poder de un marido previsor, le hizo alejar á Bassompierre y proponer á Condé.

Este enlace era ventajoso á la jóven Montmorency. Condé no tenia mas que veinte y dos años; y era el primer príncipe de la sangre; por consiguiente heredero presunto de la corona, si los hijos del rey, todos de menor edad, llegaban á faltar. Su educacion era esmerada; hablaba latin, italiano y español; era muy instruido en literatura y mas versado en las ciencias que lo que suelen los príncipes. Bentivoglio, nuncio en Bruselas, que le habia tratado, refiere que era de facciones pronunciadas, pequeño y delgado, muy rubio, vivo como todos los franceses, de imaginacion fecunda, y que dispensaba fácilmente su confianza, hablando mucho y de una manera agradable, y era fácil en descubrir sus designios.

Las atenciones galantes del rey eran tan marcadas, que el príncipe dudó en comprometerse é hizo decir á Enrique por medio del presidente Thou, su tutor, que no se sentia inclinado á tal matrimonio. El rey, que adivinó el motivo de su repugnancia, le llamó y dijo en presencia del duque de Bouillon: «Podeis casaros sin ninguna sospecha por mi parte.» En virtud de estas palabras Condé lo arregló todo y se casó.

Despues de las fiestas de las bodas, que fueron brillantes y pomposas, los regalos de todas clases abundaron en casa de Condé; de manera que tanta generosidad llegó á ser sospechosa á los ojos del esposo, que empezó por alejar sin afectacion de la corte á su esposa. El rey conoció la precaucion, y manifestó algun sentimiento: pero sin disgustarse con el marido, trató por el contrario de ganarle con nuevos beneficios. Este ardid se volvió contra él. Los confidentes del príncipe, que al parecer no habia procurado ganar el monarca, calificaron de sospechosos estos dones, é hicieron ver á Condé en las liberalidades del rey un proyecto de seduccion al que no resistiria siempre su jóven esposa. El mismo Enrique dió márgen á estas imputaciones con las imprudencias que cometió. No contento con manifestar mucho disgusto por la ausencia de ella de la corte, emprendió disfrazado correrías nocturnas solo por el placer de permanecer algunos momentos á su lado. Estas indiscreciones confirmaron al príncipe en su proyecto de no presentar á su esposa en la corte, y aun de alejarla de los lugares que frecuentaba el rey. Entonces no solo cesaron las dádivas, sino que se quitaron al príncipe las rentas, cuya privacion le incomodó mucho mas, permitiéndose quejas y murmuraciones, á las que contestó el rey con amenazas. El duque de Sully fué el encargado de manifestar á Condé la órden para que atajase las indicaciones malignas y calumniosas que ocasionaban sus celos, trayendo á su esposa á la corte, donde encontraria toda clase de seguridad.

Sully, el menos apropósito para dulcificar lo amargo de tal órden, intimidó de tal manera al príncipe manifestándole el peligro de escitar en sumo grado la cólera del rey, mezclando en su discurso amenazas de destierro ó de prision, que resolvió Condé salvarse llevando consigo á la princesa. Habia tenido ya la precaucion de retirarse á su castillo de Vertenil en la frontera de Picardía, y partió de allí en 29 de noviembre dos horas antes de amanecer; la princesa y una de sus damas iban á la grupa de caballos montados por criados, y solo dos caballeros formaban el acompañamiento. Apresuraron la marcha, y el mismo dia á buena hora llegaron á Landrecies, primera plaza de los españoles en los Paises Bajos. Estas provincias estaban entonces gobernadas por el archiduque Alberto, que se habia casado con la princesa Isabel Clara Eugenia, su prima. Estos, tan unidos por sus virtudes como por los lazos del matrimonio y del parentesco, sostenian en su corte la gravedad de las costumbres antiguas. Las reuniones que eran muy frecuentes, los bailes y demas placeres, que por lo regular van acompañados de tumulto, participaban del gusto de los gobernantes por lo decoroso y bien ordenados. Se conocia la galantería, pero sin petulancia; la alegría del sexo se desplegaba sin reserva, porque no tenia que temer ni empresas alarmantes ni malignas interpretaciones. Todo en

fin se hacia con órden: los hombres se ocupaban de sus negocios: las mujeres, á ejemplo de la archiduquesa, trabajaban en sus labores y arreglaban las casas. Alberto y su esposa ponian todo su conato en hacer la felicidad de los pueblos confiados á sus cuidados, y en conservar en derredor suyo la paz, manantial de todos los bienes: nada temian tanto como verla turbada por las inquietudes que la guerra ocasiona; y por este temor se lisongeó Enrique de obligarlos á devolver la princesa de Condé, cuando supo que se habia refugiado á sus estados.

Sully cuenta de un modo chistoso la manera con que fué recibida en la corte esta noticia: representa al rey, abandonando bruscamente el juego, paseando con agitacion, dando patadas, y dejando escapar de vez en cuando esclamaciones de despecho, en tanto que los cortesanos, afectando un aire de tristeza, volvian la cabeza para reirse. En la cámara de la reina se manifestaba claramente la alegria que ocasionaba este acontecimiento: pero lo mas curioso de la escena pasó en el Consejo que hizo reunir el rey, no obstante estar avanzada la noche. Villeroy, que fué el primer votante, opinó por que se enviase al príncipe alguna persona grave que le hiciese conocer lo inconveniente del paso que habia dado, y le indugese por honor á regresar con su esposa. Este consejo anunciaba lentitud é incertidumbre, y no fué adoptado. «¿Cuál es vuestra opinion? dijo el rey á Sully.—Este negocio, contestó, es demasiado importante para juzgar inmediatamente. Acaban de sacarme de la cama, y mis ideas no son todavia bien claras.—Sin embargo, decid lo que os parezca. ¿Qué hay que hacer? repuso el rey.» Sully meditó un momento, y dijo: «Nada.—¿Cómo nada?—Nada, señor, y cuando los españoles vean que no os acordais del príncipe ni de su esposa, ellos mismos los abandonarán.» Enrique estuvo un momento pensativo, meneó la cabeza, y se volvió hácia Jeannin. Este, habiendo tenido tiempo de conocer lo que convenia al rey, aconsejó que se enviase á buscar á los fugitivos, y que los trajeran de grado ó por fuerza; que los reclamaran del archiduque si se hallaban en su territorio, y en caso de negativa que se le declarara la guerra. Este parecer conforme con la impetuosidad de Enrique, prevaleció, y se decidió que Praslin, capitan de guardias, marchara al instante á notificar al archiduque la órden del rey; Sully, al salir del Consejo, dijo al rey en tono joco-serio: «Ya sabia, señor, que no habiéndome dado tiempo para pensar, no diria cosa de importancia; pero si se me hubiesen concedido dos dias, habria dado un buen consejo.»

Praslin partió provisto de órdenes para los gobernadores de las plazas y para los comandantes de las tropas, á fin de que le auxiliasen. Hubiera podido, segun se dice, coger al príncipe, porque el archiduque, con intencion de guardar las mayores consideraciones con Enrique, rogó á Condé que buscase asilo en otra parte, y se vió este obligado á pasar por la frontera de Francia, donde habia muchas tropas, para ganar la Alemania, sospechándose que Praslin no quiso usar de todo su poder en una causa tan odiosa. La princesa estaba en seguridad. Condé, para no esponer á los que le habian concedido hospitalidad, resolvió llevarla consigo; pero juzgando la archiduquesa que faltaria al decoro, permitiendo que una jóven se espusiese á los riesgos de semejante correria, prometió al marido guardarla y la envió á Bruselas. Enrique no habiendo conseguido lo que deseaba con esta tentativa, resolvió emplear la astucia y la fuerza; no faltaron almas bajas y viles aduladores que sirviesen su pasion, y que tal vez la aumentaran con los consejos y esperanzas que le dieron.

Parece que al principio se lisonjeaba menos la princesa con el amor del rey, que con los goces que proporcionaba, tales como dádivas sin número, á cual mas preciosas, fiestas en que era la heroina, preferencias distinguidas, alabanzas, respetos y homenages que se acercaban á la adoracion. Cuando los celos de su esposo la obligaron á retirarse de la corte y á privarse de estos placeres, sintió alejarse del que los hacia renacer á cada paso; y al sentimiento sucedió una inclinacion que ocasionó desvio hácia su esposo. La archiduquesa hablando de ella, decia. «Es de un carácter angelical, y solo se la puede reprender por su pasion al rey, lo cual es un sortilegio.»

Pero este sortilegio nada tenia de sobrenatural, la magia consistia en los consejos de las mujeres que la rodeaban en Bruselas y que estaban todas ganadas: hacian llegar á sus manos las cartas del rey, la dictaban las respuestas, inflamaban su imaginacion y persuadian fácilmente á una jóven de diez y seis años, acostumbrada á estilo de las novelas á emplear términos de ternura y alusiones amorosas que no podia mirar mas que como juegos de ingenio, pero que redoblaban la pasion del rey, porque las consideraba como espresiones de un corazon enteramente consagrado á él. La mas diestra y ardiente de las mujeres que la rodeaban, era la esposa de Brulard de Puisieux, conde de Berny, hijo del canciller y embajador de Francia en Bruselas. El rey envió para auxiliarla al hermano de la hermosa Gabriela, Anibal de Estrees, marques de Cœvres, á quien encargó que no perdonase medio alguno, y que lo arriesgase todo: en su consecuencia, creyó lícitos cuantos medios eran imaginables para procurar á su señor la satisfaccion que deseaba. Se empezó como en todos los asuntos por las negociaciones. El rey se alegró de que el príncipe fuese á Bruselas, adonde llegó el 25 de diciembre. Desde este momento, las proposiciones que se hicieron no ofrecieron mas que inconsecuencias y contradicciones, porque, dice Siri, se hablaba siempre del príncipe y muy poco de la princesa, que era sin embargo el objeto principal de todos estos movimientos.

Los intereses eran muy complicados en la corte de Bruselas. El Consejo de España no tenia siempre las mismas miras que el archiduque. Este deseaba el acomodamiento, tanto por odio á los enredos, como por no ver caer sobre él todo el peso de la colera del rey. Los españoles por el contrario, fundaban en estas discordias la esperanza de encender en Francia la guerra civil, y así no querian que el príncipe se prestase á ninguna transaccion; exhortábanle á declararse abiertamente contra el segundo matrimonio del rey y contra la legitimidad de sus hijos, porque el divorcio segun ellos, habia sido pronunciado sobre hechos falsos, por lo que prometian apoyar sus derechos con todas sus fuerzas. Con el deseo de que Condé no se dejase alucinar por las promesas y regresara á Francia, don Iñigo de Cárdenas, embajador de España en Paris, le hacia decir que jamás allí habria seguridad para él, y que desconfiase de los espias y emisarios corrompidos, de que, segun sabia él positivamente, estaba rodeado. Spinola, el hombre de la España en Bruselas, tomó parte en estos proyectos; afectaba las mayores atenciones con huéspedes tan importantes, y so pretesto de velar porque no se les hiciese ninguna violencia, tomaba todas las precauciones necesarias para que no se pudiesen escapar. Se sospechó que á la política de Spinola se unia un interés mas poderoso, que era una viva pasion por la princesa. Esta lo conoció; y despues contando la aventura, decia sencillamente: «mi estrella me destinaba á ser amada de viejos.»

Los agentes del rey hacian al príncipe proposiciones que revelaban la mala posicion de ellos; le exhortaban á que volviese á Francia con su esposa; consentia en ello, pero pedia que se le dejara vivir retirado de la corte y se le concediera una plaza de seguridad. Los negociadores respondian que seria una precaucion deshonrosa para el rey, y que si temia algo, podia despues de haber acompañado á la princesa, dar un paseo de diez y ocho meses ó dos años por Italia. «Si lo preferis, podrá disolverse vuestro matrimonio, y el rey se encargará de activar en Roma su anulacion.» El príncipe se acomodaba á este estremo, pero hasta tanto que se cumpliese, queria ser dueño absoluto de su mujer. Estrees contestaba que era necesario estuvieran separados, á fin de que ella prestara libremente su asenso á los procedimientos. Se aparentaba saber que la jóven esposa esperimentaba malos tratamientos de parte de un marido suspicaz, y se hacia que la reclamase su padre el condestable al archiduque; ó bien madama Angulema, su tia, que se sabia era una de las favoritas del rey, ofrecia trasladarse á su lado para preservarla de los atentados de los celos.

Los mediadores no adelantaban en sus empresas, y transcurrió el mes de febrero sin que se hiciese nada. Estrees tomó entonces la resolucion de romper todas las dificultades por medio del rapto. Cuenta el mismo, que tenia espias al lado de la mujer y del marido, y que estaba enterado de sus disposiciones, habiéndole servido estas noticias para fomentar su desunion. El deseo de agradar á un rey ¿puede ennoblecer tales manejos? Conocia tambien los sitios que frecuentaba el príncipe y sabia en qué momentos estaba libre la princesa. Estrees se aseguró de su consentimiento, fácil de obtener de una jóven rodeada de personas consumadas en el arte de la seduccion. Formó el plan de su empresa que era infalible, y lo envió al rey. Devorado este por el deseo de lograr lo que ansiaba, contaba los momentos, y cuando juzgó que la ejecucion no podia esperimentar obstáculos, dijo á la reina: «tal dia y á tal hora vereis aquí á la princesa de Condé.» La reina avisó al instante al embajador de España. Este despachó un correo que caminó con tanta velocidad, que se adelantó á la hora fijada para el rapto. Condé pidió guardias, el archiduque se las dió, y se apoderaron de todas las avenidas del palacio de Orange. Estrees conoció que todo se habia descubierto, y determinó hacer frente á tal revés. Pidió audiencia, aunque era de noche; se quejó altamente de los rumores injuriosos que circulaban contra su señor, y pidió que se quitaran las guardias. Alberto respondió tranquilamente que estaba seguro de que habia un complot; que creia muy bien que el rey no tenia parte en él; que era sin duda obra de algunos franceses demasiado celosos, que habian creido servir á su señor por este medio, pero que para obviar todos estos inconvenientes, desde el dia siguiente daria asilo á la princesa en su palacio al lado de la archiduquesa.

Esta resolucion fué como un rayo para Estrees; destruia todos sus proyectos y esperanzas, y así se valió de cien medios para obtener una suspension. La princesa por consejo suyo se fingió enferma, y al mismo tiempo pidió un baile á Spinola, que con una

sonrisa irónica se escusó por las circunstancias. En fin, desde el dia siguiente, conforme lo habia prometido el archiduque, durmió ella en palacio. Entonces Estrees no guardó consideracion; hizo notificar por medio de notario á Condé una órden del rey que le mandaba volver á Francia, bajo pena de ser declarado reo de lesa magestad. Condé no se asustó, y respondió respetuosamente á la intimacion; pero hizo á Estrees cargos muy vivos por el papel que habia representado en este negocio. «Todo lo que yo he hecho, replicó el cortesano, ha sido por obedecer las órdenes del rey, mi señor, que debo ejecutar sean justas ó injustas.» Esta moral le consoló sin duda del mal éxito de su empresa.

Desde el momento en que fracasó cesó toda negociacion. A los pasos pacíficos sucedieron las amenazas de guerra. Enrique puso sus tropas en movimiento, y enseñó á España asombrada el armamento mas formidable que hubo jamás amenazado á ninguna nacion. Entonces fué, segun se dice, cuando concibió el proyecto de formar de toda la Europa una república pacífica, por medio de un consejo compuesto de diputados de todos los soberanos. El Consejo hubiera tenido á su disposicion un ejército formado con los contingentes de estos príncipes, siempre pronto á marchar contra aquellos que quisieran romper el equilibrio; proyecto ridículo, elogiado por algunos escritores, pero que se debe mirar como un delirio político, que nunca pudo albergarse en cabeza tan sana como la de Enrique IV.

Por mucha parte que pudiesen tener en este momento en las resoluciones del rey, su pasion por la jóven princesa, la vergüenza que resaltaba sobre él de las desconfianzas de Condé y las medidas del archiduque, es preciso no creer, con los compiladores de anécdotas galantes, afanosos por recoger todos los rumores que la ligereza, la política, la malicia y el odio hacian circular, de que estos eran los verdaderos motivos que determinaron á Enrique á la guerra y á romper con España y la casa de Austria. La prueba es que estaba dispuesto de antemano, que todo estaba pronto y que sus armamentos eran formidables. Este incidente contribuyó todo lo mas á afirmarle en sus resoluciones, á apresurarlas y á unir causas personales de rompimiento, con aquellas que prestaban ya suficiente título para declararse. Las verdaderas causas de la guerra eran un resentimiento profundo de las antiguas injurias hechas á la Francia en los desastres y turbaciones que la casa de Austria habia acumulado sobre este reino desde los tiempos de Francisco I, y la esperanza de prevenir su reproduccion, aprovechándose de todas las circunstancias para refrenar y humillar esta potencia. Esa ocasion propicia para la ruptura se habia presentado en Alemania desde el año anterior, y la primavera era la época que se habia fijado definitivamente para principiar las hostilidades.

Juan Guillermo, duque de Cleves y de Juliers que habia muerto sin hijos, habia dejado seis pretendientes para disputarse su rica sucesion. Eran: 1.° la casa Albertina ó electoral de Sajonia, fundada sobre antiguas espectativas, confirmadas por el emperador Federico III; 2.° la casa ducal ó Ernestina, por los derechos de Sibyla de Cleves, esposa del desgraciado elector despojado por Cárlos V, el cual le habia reconocido tambien un derecho de espectativa; 3.° el elector de Brandeburgo, como esposo de Ana de Prusia, hija de la hermana mayor del difunto; 4.° Felipe Luis, duque de Neuburgo, esposo de su segunda hermana, é hijo de aquel Volfango, duque de Neuburgo, muerto á su llegada á Francia en 1559; 5.° Juan Casimiro, duque de Dos Puentes Cleburgo, sobrino de Felipe Luis por su padre y madre, hermana tercera de Guillermo; 6.° por último, Cárlos de Austria, marqués de Surtgan, primo hermano del emperador y esposo de la cuarta. El emperador, juez natural de los pretendientes, llamó la causa á su tribunal, y mientras llegaba el resultado del juicio, mandó el secuestro haciendo depositario al archiduque Leopoldo su primo, obispo de Passau. El elector de Brandeburgo y el duque de Neuburgo rehusaron reconocer por juez á un príncipe, á quien acusaban de querer apropiarse esta herencia, y escitaron á los estados protestantes de Alemania á pronunciarse en su favor. Reunidos en Hale formaron la famosa *union evangélica*, y reclamaron el auxilio del rey de Francia, que habia sido el primer móvil por bajo de mano y que no dejó de adherirse. Enrique manifestó la misma buena voluntad á los pequeños soberanos de Italia y sobre todo á los grisones, que, hugonotes y soberanos de la Valtelina, cuyos habitantes eran católicos, se veian inquietados por el conde de Fuentes, bajo mil pretestos diferentes nacidos de esta causa. Este último los tenia sujetos por medio de varios fuertes que habia hecho levantar en las montañas, tanto para dominar el pais, como para asegurar la comunicacion del Milanesado y del Tirol, es decir, de las posesiones de las dos ramas de la casa de Austria; en fin, Enrique prometió tambien ayudar al duque de Saboya, que envidiando las rentas que la hermana de su esposa habia llevado en dote al archiduque Alberto, pretendia el Milanesado, como una herencia justamente debida á la duquesa. Enrique no se declaró mas que auxiliar, pero se proponia presentarse él mismo con su gran ejército en la frontera de Flandes, y atacar á esta provincia si no le daban la satisfaccion que exigia.

La España conoció que si se emprendia la guerra, no podria sostenerla sin pérdida, por cuya razon hubiera querido evitarla Felipe. Hizo proponer el enlace de la infanta su hija con el Delfin, los dos de una misma edad. El rey rehusó tratar de este negocio, y su negativa dió lugar á que se publicara que no era el interés de sus aliados, ni el de su reino los que le empeñaban á romper la paz, sino únicamente la pasion, y que la princesa de Condé era una nueva Elena que iba á abrasar la Europa. Esta opinion se difundió por Francia con toda la odiosidad con que se la pudo recargar. Se añadió tambien que el rey queria destronar al Papa y poner un hugonote en su lugar: imputaciones pueriles, calumnias ridículas é irreflexivas, pero que causaron impresion en el pueblo. Se notó que no habia el mismo ardor para la guerra, y que los alistamientos se hacian difíciles. Se permitian en las conversaciones sobre el rompimiento de la paz, reflexiones que demostraban que los motivos auxiliares no eran ni desconocidos ni aprobados. Los estrangeros juzgaban del mismo modo que los franceses. La fuga del príncipe de Condé, que no creyéndose seguro en Bruselas se habia trasladado á Milan, agravó la prevencion.

¡Qué asombro causó en toda Europa el ver que el mas próximo pariente del rey, el primer príncipe de la sangre tenia que ocultarse, huir, buscar un asilo entre estrangeros, porque no queria entregar su mujer! Los amigos de Enrique estaban consternados; sus ministros no le justificaban sino con una especie de vergüenza. El mismo no hablaba de la princesa, del príncipe y de su despecho, mas que en términos ambigüos que indicaban su confusion: se ponia impaciente, furioso; no aspiraba mas que al momento de encontrarse al frente del ejército, lisonjeándose sin duda que el ruido de las armas distraeria las negras ideas que le acosaban, porque entonces fué cuando esperimentó todas las inquietudes y alarmas interiores, que son como presentimientos y predicciones. Creyendo que su espedicion seria larga y que podria distraerle de los cuidados de su reino, queria dejar á su mujer de regenta; y para autorizarla mas, accediendo á sus instancias, resolvió coronarla, á pesar de que este acto era para él un verdadero tormento. Ya apresuraba los preparativos con la mayor diligencia, y ya receloso de la prisa que notaba en la reina, los retardaba y suspendia. En fin, en sus palabras como en sus acciones, se veian los síntomas de una agitacion que sorprendia tanto como la tranquilidad de los españoles.

Parece singular, en efecto, que viéndose amenazado por fuerzas tan considerables no tomasen ninguna medida para resistirlas. Esto hizo decir á Sully que, á falta de una defensa legítima, «estaban dispuestos á salvarse por traiciones, perfidias, envenenamientos y asesinatos.» Mornay era de la misma opinion; pero sin que recurramos á congeturas deshonrosas, tal vez se esplica su inaccion si se recuerda que creian tener á su disposicion un medio seguro y pronto de desarmar al rey cuando se viesen apurados, entregando al príncipe y á la princesa de Condé.

En tanto que los enemigos estrangeros afectaban esta seguridad, los franceses adictos al rey se dejaban turbar por acontecimientos ordinarios que transformaban en espantosos pronósticos. Se hacian circular tambien horóscopos, predicciones y rumores de conspiraciones y atentados, todos tan mal fundados que el rey incomodado ya no queria oir hablar de ninguno. A ejemplo suyo, los ministros, y Sully mismo, tan interesado en la conservacion de su señor, no hacian caso de estas advertencias y delaciones, que las consideraban mas propias para inquietar que para servir de nada.

Mas lo que ninguno de ellos debia despreciar era lo que á la sazon pasaba en la corte, donde reinaba una indiscrecion sin límites. Los malcontentos, que encontraban motivos de murmuracion en la guerra que iba á principiarse, no olvidaban en sus críticas al monarca. La reina, siempre lastimada por las infidelidades de su esposo, se desahogaba con quejas demasiado públicas que alentaban la maledicencia y la calumnia. Los confidentes de esta princesa, entre otros Concini y su mujer, se permitian chanzas impropias de su edad sobre las galanterías del rey, diciendo que este prostituia á otras una ternura á que ella era tan acreedora. En fin, algunos predicadores indiscretos se atrevian á apostrofarle en términos indignos del respeto que el lugar en que hablaban merecia. Enrique sabia los secretos tiros que se asestaban á su reputacion y tranquilidad. A veces pensaba castigar á los autores, pero volvia muy pronto á su ordinaria bondad y se contentaba con decir: «Cuando ya no exista, se verá lo que valgo.»

Estos disgustos no le impidieron el permitir la coronacion de la reina, que tuvo lugar en San Dionisio el 13 de mayo. Durante la ceremonia se le ocurrió á este príncipe una reflexion moral y cristiana que la historia no debe pasar en silencio. Viendo la gran afluencia de personas de todas clases y condiciones, dijo: «Esto me recuerda el dia del juicio, y cualquiera se quedaria asombrado si el juez se presentase.» Estuvo contento todo aquel dia; pero al volver á Paris volvió tambien á caer en su inquietud. A la mañana del siguiente 14 de mayo, dia verdaderamente funesto, se ocupó Enrique de los asuntos de la guerra. Habia mandado solicitar del

archiduque el paso por Flandes para penetrar en Alemania, y contando con una negativa, se preparaba para obtenerlo por fuerza. Se notó que al salir de su gabinete se paseó largo tiempo en las Tullerías con la marquesa de Verneuil, a quien no veia ya sino muy rara vez. Le ofreció que le daria á sú hijo una carrera brillante. Sus intenciones eran, segun se cree, hacerle una donacion de todo lo que poseia antes de haber subido al trono; y para patentizar que ya no tenia ningun resentimiento por lo pasado, queria sacar de la Bastilla al conde de Auvernia y confiarle el mando de la caballeria ligera; pero estos proyectos eran interrumpidos con frecuencia por pensamientos sombríos y melancólicos que, á pesar suyo, le causaban accesos de tristeza. En vano trataban sus cortesanos de que esta alma marchita recobrase algun vigor: «Amigos mios, les repetia, como si todos se hallasen conjurados contra él, un dia de estos moriré, y cuando me hayais perdido, conocereis lo que yo valia, y la diferencia que hay entre otro hombre y yo.»

Inútilmente se esforzaban en volverle á la alegría, haciéndole presentes las ventajas de que gozaba, como buena salud, un reino floreciente, una mujer bella y hermosos hijos. «¿Qué os falta? le decian: ¿qué podeis desear?—¡Ay, amigos mios! les contestaba suspirando; es preciso renunciar á todo eso.» Durante la comida habló de proyectos útiles para su reino, de su satisfaccion en hallarse á la cabeza de sus tropas, del placer que tenia en que esta guerra no costase nada á sus pueblos, y á la cual solo sacrificaria, á lo mas, sus propios ahorros. Despues de comer se paseó apresuradamente y con aire indeciso: pidió su carroza, subió á ella, hizo que subieran tambien los duques de Epernon y Roquelaure, Montbazon, Lavardin y La Force. Cuando se le preguntó adónde queria ir, «¡sacadme de aquí!» contestó con un tono que revelaba su desazon, y luego mandó que se le llevase al arsenal, en donde queria hablar con Sully. Las calles se hallaban ocupadas con los preparativos que se hacian para la entrada solemne de la reina. Al fin de la calle de la Ferronerie, que entonces era muy estrecha, creció el entorpecimiento con motivo de unos carros de vino, y hubieron de dispersarse los guardias y de detenerse la carroza. En este momento un hombre llamado Ravaillac, nombre demasiado famoso, que seguia al rey desde el Louvre, se subió sobre la rueda pequeña de la carroza, y le pegó á Enrique IV dos cuchilladas, con una de las cuales le atravesó el corazon.

Si Ravaillac hubiera arrojado su cuchillo y se hubiese confundido entre la multitud, jamás se hubiera podido descubrir el autor de aquel golpe. Pero se quedó al lado de la carroza, con su cuchillo en la mano como un hombre turbado: los lacayos de á pie le agarraron; los guardias, acudiendo al ruido con la espada desnuda, querian lanzarse sobre él; el duque de Epernon los contuvo, y le hizo poner en seguridad. Volvieron la brida á los caballos y trasportaron al Louvre, enmedio de una tristeza general, el cuerpo ensangrentado del desgraciado Enrique.

En ocasiones semejantes todos pretenden adivinar ó hallarse muy enterados de lo que pasa. La opinion mas comun fué que existia una conspiracion. Se mezclaban en ella personas de partidos y de carácteres absolutamente contrarios: la reina y la marquesa de Verneuil, los jesuitas y los hugonotes, el príncipe de Condé y el Consejo de España, el conde de Fuentes, todos en fin, los que tanto dentro como fuera del reino tenian relaciones directas ó indirectas con la corte. Sin poder indicarlos precisamente, es una creencia todavía bastante general que hubo varios cómplices. Si se los busca en la causa de Ravaillac, que es el documento mas auténtico que puede consultarse, no se encontrará ninguno. Este monstruo aparece siempre solo, dejándose arrastrar de visiones tan pronto pueriles como impías, devorado por escrúpulos hijos de la ignorancia ó de una falsa idea de la religion, aficionado a noticias políticas, escuchando con avidez y sin eleccion ni discernimiento lo que se decia sobre tal asunto entre las gentes del pueblo bajo, que era su sociedad ordinaria, y realizando en su negra imaginacion los injustos designios que estas personas mal instruidas atribuian al rey. Ravaillac, desde el instante en que fué preso, en sus interrogatorios, en la tortura, en el cadalso, sostuvo de una manera invariable que no tenia ningun cómplice: dijo y protestó que se habia determinado á cometer tal atentado porque creia que el rey favorecia á los hugonotes; que él mismo era hugonote en su corazon y queria hacer la guerra al Papa; que esta idea se la habian inspirado los sermones a que habia asistido; que por las quejas que oia del gobierno se habia persuadido de que no se queria al rey y de que prestaba un gran servicio á la Francia librándola de este monarca. En efecto, mostró mucha estrañeza cuando vio que en el momento de su suplicio el pueblo desconsolado por la muerte del rey le llenaba de maldiciones, le negaba las oraciones que ordinariamente se hacen por estos desgraciados, y no se desdeñaba de ayudar al verdugo á ejecutar la sentencia pronunciada contra él.

Ravaillac habia venido de Angulema, su patria, seis meses antes de cometer su crimen, con la intencion, decia, de hablar al rey, y de no matarle si podia lograr convertirle. Se presentó en el Louvre al salir el rey muchas veces, pero fué rechazado siempre y al fin se retiró. Vivió algun tiempo menos atormentado por sus visiones, pero poco antes de la Pascua se sintió tentado con mayor violencia; volvió á Paris, robó en una posada un cuchillo que encontró propio para su execrable designio, y tornó á retirarse. Hallándose cerca de Etampes, para no sucumbir, rompió entre dos piedras la punta de su cuchillo, la hizo de nuevo, volvió á Paris, siguió al rey por espacio de dos dias, y si no hubiera encontrado esta ocasion, estaba resuelto á marcharse al dia siguiente por carecer de dinero; afirmando, por lo demás, que jamás habia hablado de su intento, ni tomado consejo de nadie. Estos hechos minuciosos, que son los mas importantes en semejantes casos, hechos igualmente probados, no revelan que Ravaillac hubiera sido instrumento de alguna trama. No siempre son necesarias exhortaciones, dinero ó promesas para armar tales monstruos. Sordos murmullos, quejas atrevidas, alguna licencia en las reflexiones y en las congeturas, bastan para inflamar los temperamentos biliosos, los hombres devorados por un fuego sombrío, que se alimentan de la melancolía y saborean, por decirlo así, los disgustos. Vióse por las declaraciones de Ravaillac que era uno de esos fanáticos de la política, tan perniciosos y que abundan tal vez mas de lo que se cree.

Al primer rumor de la muerte de Enrique IV, producido por un atentado tan horrible, la Francia entera pareció sumida en luto. Se interrumpió el comercio, cesaron los trabajos de todo género, las gentes del campo acudian á bandadas á los caminos reales para adquirir noticias, y cuando vieron cierta su desgracia, esclamaron entre sollozos: «Hemos perdido á nuestro padre.» Así le pagaban con sus lágrimas la ternura que habia mostrado siempre por esta preciosa parte de sus súbditos. Este escelente príncipe tenia gusto en hablar con ellos; se informaba del precio de los géneros, de sus ganancias, de sus pérdidas, de sus recursos. Los cortesanos, que quisieran que todos los favores del soberano fuesen para ellos; los ministros, que algunas veces tienen razon para temer la curiosidad del príncipe, criticaban esta popularidad como incompatible con la magestad del trono. «Los reyes mis predecesores, les respondia, tenian á menos el saber cuánto valia un *teston*; pero yo quisiera saber lo que vale una blanca (1), y cuánto trabajo les cuesta á los pobres el adquirirla, á fin de que no se les cargue sino segun sus fuerzas.» Sentimientos paternales que le aseguraron para siempre el amor y la veneracion de los franceses. El nombre de Enrique IV trae á la imaginacion todavía la idea de un rey clemente, dulce, afable, bienhechor, y hasta mas recomendable por la bondad de su corazon que por sus cualidades heroicas; y si la severidad de la historia pudiese permitir el pintarle pasando por alto algunas verdades, todo escritor al hablar de él seria panegirista.

LUIS XIII.

De edad de 8 años y medio.

Enrique, llamado *el Grande*, dejó un reino floreciente, las rentas en buen estado, quince millones, fruto de sus economías, depositados en la Bastilla, un buen ejército y sus plazas abundantemente provistas, un cuerpo de oficiales valientes y esperimentados, alianzas sólidas y un consejo bien compuesto. El monarca, al partir para incorporarse al ejército, tenia intencion de nombrar regenta á su mujer. Esta disposicion era de buen agüero en favor de María de Médicis; pero este agüero se hallaba contrapesado por los partidarios del príncipe de Condé y del conde de Soissons, su tio, entrambos ausentes de la corte. Pretendian que estos príncipes tenian derecho á la regencia, y querian que se les aguardase para determinar acerca de ella. El duque de Epernon, muy adicto á la reina María de Médicis, pudo ganar muchos de aquellos, y tomó medidas á fin de que la mala voluntad de los demas no perjudicase á los designios de la viuda. No se dilató la ocupacion del solio como lo deseaban los amigos de los príncipes, y tuvo efecto al otro dia del asesinato. Muchas tropas apostadas por Epernon rodeaban el lugar de la Asamblea, y despues de los discursos fúnebres de los magistrados, interrumpidos por los sollozos de los asistentes, y seguidos de un profundo silencio, María de Médicis fué declarada regenta.

Por lo demas, no se hizo sentir en Francia el menor movimiento. La reina habló á los gobernadores de las plazas y de las provincias que se hallaban á la sazon en la corte, los colmó de bondades y los despachó á sus respectivos departamentos, adonde fueron á publicar las promesas de un gobierno dulce y humano, promesas

(1) Tanto el *teston* como la *blanca* son monedas antiguas de Francia.

que conservaron la paz general como si el rey viviese. Los efectos de su muerte se notaron mas fuera del reino. El duque de Saboya, que solo se habia empeñado contra España con la esperanza de ser poderosamente secundado por Enrique, se desanimó del todo. Los aliados de Alemania se desconcertaron: se les prometió, á la verdad, que no se les abandonaria, pero ellos conocian demasiado la diferencia que habia entre los socorros que podia prestarles una regenta tímida é indiferente, y los que esperaban de un monarca belicoso y personalmente incomodado contra sus comunes enemigos. El rey de España, al saber este trágico acontecimiento mostró mucha sorpresa, mas no alegría ni tristeza. Los holandeses y los venecianos se contristaron profundamente. El rey de Inglaterra sintió la desgracia del de Francia como se siente la de un amigo. El papa Paulo V derramó lágrimas y dijo al cardenal Ossat: «Vos habeis perdido un buen señor, y yo mi brazo derecho.» El archiduque Alberto, que debia temer mas que ningun otro las primeras señales de la cólera de Enrique, recibió la triste nueva como un hombre que, despues de haber sido á pesar suyo testigo de las debilidades de un gran rey, no tenia otro recuerdo que el de sus virtudes. El único que dejó brillar una alegría tan cruel como indecente fué el conde de Fuentes, quien creyó que al fin iba á hacer caer sobre la Francia todo el peso del odio que le habia jurado; pero la muerte le sorprendió tambien á él á los pocos meses. De este modo, el acontecimiento mas capaz de conmover la Europa no ocasionó al principio ninguna agitacion notable.

Pero los que conocian las interioridades de la corte de Francia debieron prever un cambio. No era verosímil que los ministros del rey, los que habian gozado con preferencia de su confianza y de su estimacion, tuviesen iguales prerogativas de parte de la reina; al contrario, las personas que este príncipe no toleraba sino con disgusto al lado de su mujer como capaces de aconsejarla peligrosamente, esperaron con razon el alejar muy pronto á aquellos. Tales eran los motivos de discordia que surgian al tiempo que María de Médicis tomó las riendas del gobierno: y lejos de sorprendernos de que sobreviniesen estas contiendas, debe estrañarnos que tardaran tanto en estallar.

La causa de esta dilacion fué la incertidumbre en que estaban todos los interesados en la conducta que la reina debia seguir en adelante. Los que hasta entonces la habian dirigido, ignoraban si, ya señora absoluta, continuaria aceptando sus consejos, y temiendo que no concediese á su celo un apoyo conveniente, solo la aconsejaban de manera que en caso necesario pudieran retractarse. Los demas esperaban que conociendo esta princesa que era indispensable una absoluta imparcialidad, renunciaria á las preocupaciones que en otro tiempo tenia contra ellos. Para adquirirse su buena voluntad, se prestaban complacientes á sus deseos, y contemplaban a sus adversarios con objeto de que estos los contemplasen á su vez. En fin, en un principio se condujo la reina con tal circunspeccion, que si hubiera durado, se habria hecho dueña de los acontecimientos. Por consejo de Villeroy conservó los antiguos ministros. Una multitud de pretendientes se disputaban la entrada en el Consejo: de este número eran el conde de Soissons, el condestable, el cardenal Joyeuse, los duques de Guisa, de Mayena, de Nevers, de Bouillon y de Epernon, guiados todos por intereses opuestos. Casi todos fueron admitidos por la reina en el Consejo, pues Villeroy le dijo que cuantos mas consejeros hubiese, mas fácil le seria desunirlos y hacer prevalecer su voluntad. Se cree que el ministro, al componer un consejo tan numeroso, tuvo otro motivo político, el de que no pudiendo haber ni union ni reserva en una asamblea tan grande, la reina, cansada de perpétuas disputas, concluiria por no ocupar al Consejo sino en los asuntos de menos importancia, y consultaria con los ministros solamente los de entidad; que asi conservarian el timon del Estado que se les disputaba: astucia cuyo éxito no fué completo sin embargo, por falta de resolucion de la regenta, que jamás tuvo un plan de administracion fijo.

El primer asunto de deliberacion que se presentó al Consejo fué la guerra que iba á principiar el difunto rey. El canciller de Sillery propuso un recurso, que debia impedir el romper la paz: el doble enlace de Luis XIII con la infanta de España y del infante de esta nacion con una infanta de Francia. Sully hizo presente que esto seria abandonar los aliados de Alemania y de Italia al resentimiento implacable de la casa de Austria, y queria que se empezase vigorosamente la guerra, siquiera para facilitarles el medio de hacer una paz menos desventajosa. No fueron aprobados ni el uno ni el otro dictámen. Se tomó una resolucion media, que consistió en presentar algunas tropas en el Delfinado, prontas á socorrer al duque de Saboya, que ya habia empezado la campaña.

Pero estas apariencias no impusieron bastante á los españoles para salvar al duque, y la Francia toleró que su aliado se viese precisado á enviar á Madrid á uno de sus hijos á pedir perdon por haber abandonado la alianza de esta corte por la suya, y que se publicase que el perdon habia sido concedido á sus propias instancias. Se hicieron por parte de Alemania esfuerzos mas serios y tambien de mejor éxito. Los franceses, mandados por el mariscal de La Chastre y unidos al príncipe Mauricio de Nassau, hijo segundo de Guillermo, fundador de la república de Holanda, recobraron la ciudad de Juliers, de la cual se habia apoderado ya el archiduque Leopoldo. La entregaron al marques de Brandeburgo y al duque de Neuburgo, los dos principales pretendientes á la sucesion de Cleves, quienes habian acordado poseerla en comun hasta una nueva y amigable decision definitiva. Pero no duró mucho tiempo esta armonía, y para procurarse apoyos favorables á sus pretensiones, se vió á los dos competidores ofrecer el espectáculo de una abjuracion de creencias. El elector, de luterano que era se convirtió en calvinista para ganar el favor de los holandeses, y el palatino se hizo católico para grangearse la proteccion de los españoles. Esta fué la única espedicion esterior de la administracion de María.

Despues de la guerra ocupó la atencion del Consejo la vuelta del príncipe de Condé. No habia ventajas á que no se creyesen acreedores sus partidarios en recompensa de los disgustos que habia esperimentado. «Veremos, decia con arrogancia la princesa de Orange su hermana, veremos cómo se recibe en Francia á mi hermano.» Desde Milan, en donde se hallaba á la muerte del rey, se vino el príncipe á Flandes, y se presentó impensadamente en Bruselas en la mañana del 19 de junio. Su esposa, inconsolable ya por el trágico accidente que le habia arrebatado su apoyo, se consternó con la llegada de su marido. No hubo de satisfacerse ella con las atenciones que él la dispensó, y él declaró públicamente que queria romper su matrimonio, fundándose especialmente y de una manera nada cortés, en el carácter veleidoso de su jóven esposa. El tono irónico del marido y su aire de descontento y violencia duraron algunos dias. Muchas personas interesadas en desavenir las casas de Condé y de Montmorency fomentaban la division: pero los esposos de veinte y dos años el uno y de diez y siete el otro, no podian estar mucho tiempo reñidos viéndose diariamente. Muy pronto trató de portarse el príncipe como un hombre que apetece solamente salvar las apariencias. Se quejaba de calumnias que se habian forjado contra su conducta con su mujer, sobre todo de una demanda presentada al difunto rey bajo el nombre del condestable, en la cual se le acusaba de maltratar á su esposa hasta el estremo de hacer temer por su vida. El condestable declaró que esta demanda no era suya, y que regularmente su secretario, ganado por algunos, se la habria hecho aprobar presentándole un papel por otro; «lo que era tanto mas fácil, decia, cuanto que no sé leer ni escribir.» El presidente Jeannin vino á apoyar esta esplicacion, diciendo que él era quien habia compuesto aquel documento por órden espresa del rey, por lo cual suplicó que le dispensase el príncipe, y este se mostró satisfecho. Todo se olvidó, y los dos esposos se reunieron. La princesa se unió sinceramente á su marido, y hasta se hizo despues compañera voluntaria de su infortunio. Mientras tenia lugar esta reconciliacion, Condé hacia tambien que se negociase su vuelta á Francia. Hubiera querido comprarla, y muchos consejeros apoyaban sus pretensiones; pero la reina no queria oir ninguna condicion, retractacion ni escusa de lo que habia pasado; se contentó con abrirle las puertas del reino y recibirle á pesar de los temores que se la inspiraban sobre los proyectos del príncipe contra la tranquilidad de su regencia.

Ya era grande el número de los malcontentos. En las circunstancias en que se hallaba María de Médicis á la muerte de Enrique IV, hubo de hacer promesas á todo el mundo: al conde de Soissons le ofreció la tenencia del reino, al duque de Bouillon el mando del ejército de Alemania, al duque de Epernon los empleos del de Sully, y al de Sully el sostenerle en los mismos empleos que desempeñaba. Hubo tambien muchos empeños contradictorios y muchas quejas cuando se vieron engañados. No obstante, acaso se hubiera quedado todo en murmuraciones si la reina no hubiese sublevado los espíritus con su predileccion á Concini y su mujer.

Creen muchos que los grandes no deben estar sujetos á las mismas debilidades que los demas hombres. «¿Cómo habeis adquirido, le preguntaron un dia á Leonor, cómo habeis adquirido tanto imperio sobre vuestra señora? ¿No habeis empleado filtros, magia ó algun medio sobrenatural? Ninguno, respondió ella, mas que el ascendiente que las almas fuertes tienen sobre las débiles.» El carácter caprichoso de María pudo tener parte tambien en un afecto tan obstinado. Se notó que los consejos que le daban sobre esto no servian sino para incomodarla y preocuparla mas. «Bien sé, dijo públicamente un dia, que toda la corte está contra Concini; pero habiéndole sostenido contra el rey, mejor le sostendré contra los demas.» Por desgracia el esceso de su favor recayó sobre personas muy capaces de abusar de él: no supieron moderar las bondades de la reina, ocultarlas, partir sus gracias con las familias que pudieran protegerlos, ganarse las voluntades sirviendo gratuitamente, disminuir la envidia, que siempre ocasionan las preferencias; finalmente, por querer elevarse demasiado, estos hijos de la fortuna se perdieron y arrastraron al precipicio con ellos á su señora.

Concini tenia mérito, pero tambien mas vanidad y presuncion que suficiencia. Cuando se vió con el poder de gobernar creyó que tenia talento para ello: se lanzó de hoz y de coz en los negocios, y á pesar de no tener carácter público, pretendia verlo y arreglarlo todo. Los ministros tuvieron la condescendencia de darle conocimiento de todo lo relativo á sus respectivos departamentos. Sully fué el único que se negó á concederle autoridad ninguna en la hacienda, y que quiso exigir, no solo que el favorito se mezclase absolutamente en nada respecto á ella, sino tambien que jamás solicitase gratificaciones para él ni para otros, sin que antes lo previniese. A lo que contestó Concini: «¿Aun quiere gobernar Sully? La reina es la señora, y yo aceptaré los favores que nos haga por los servicios que le hayamos prestado. No piense Sully que va á darnos la ley: mas necesidad tiene él de nuestro apoyo que nosotros del suyo: convendria en esto si supiese lo que se nos propone contra él, y solicitaria nuestro favor viendo que no hay principe ni señor que no lo haga.» Copiamos esta respuesta de las Memorias de Sully, para que se conozca á fondo cuál era la presuncion de tal favorito, sus interesadas miras, la persuasion de su crédito, su astucia para sembrar sospechas, y la rastrera flexibilidad de los cortesanos.

Mientras que el marido disponia del Estado, la mujer se mezclaba en todas las empresas lucrativas: vendia las gracias y los privilegios, apoyaba las solicitudes justas ó injustas, con tal que se pagasen; obtenia asignaciones sobre el tesoro real, y llenaba su casa de riquezas. Para un hombre que representaba tan gran papel, el nombre de Concini era demasiado pobre: compró el marquesado de Ancre, y la reina permitió que tomase este título. Tambien creyó conveniente, á fin de darle un rango en la corte, el que negociase con el duque de Bouillon el cargo de primer gentil-hombre. En fin, este estrangero, que jamás habia manejado las armas, obtuvo con asombro de todo el mundo el baston de mariscal de Francia, los gobiernos de Amiens, de Perona, de Bourg en Bresa, de Dieppe y del Pont del Arche; y su cuñado Esteban Galigay, que no habia hecho mas servicios á la Iglesia que Concini al Estado, hombre ademas ignorante, de malas costumbres y juguete de la corte, fué nombrado arzobispo de Tours y abad de Marmoutiers.

Por cada gracia que caia sobre esta familia se elevaba en la corte un grito general de indignacion. El marques de Ancre no halló otro medio de acallar los malcontentos que el colmarlos tambien de dones arrancados al tesoro público. Pero cuando se vió que para obtener solo hacia falta murmurar y quejarse, cuando el ejemplo de algunos favoritos despertó la codicia de los demas, ya no tuvieron medida las demandas y pretensiones.

En este tiempo puede fijarse la época en que los grandes principiaron á no avergonzarse de provocar imposiciones y á interesarse en ellas. Principes, duques, pares, mariscales de Francia, señores de primera clase, se unian á simples asentistas, calculaban con ellos el producto de un peaje con que cargaban cualquier pasaje libre, de un impuesto sobre alguna ciudad, lo que podria sacarse de un derecho perdido que se restableceria, de una provision, de un privilegio esclusivo, de la creacion de empleos ó de cartas de nobleza, del ajuste que se haria de atrasos y de antiguas deudas pretendidas. Discurrian cómo aumentar insensiblemente las asistencias, las gabelas y otros impuestos. Cuando se habia arreglado todo secretamente con las sanguijuelas públicas, los interesados apoyaban los proyectos en el Consejo y los hacian pasar. Todo fraude parecia justo cuando era lucrativo. Los gobernadores pedian guardias que no completaban, y aumentos de guarniciones á fin de sacar de los saldos de las cuentas para fortificaciones frecuentemente inútiles. Ellos mismos se ajustaban y arreglaban con los empresarios á espensas del rey. Las futuras se daban hasta la tercera generacion. Los que se hallaban escluidos de ellas exigian asignaciones sobre el tesoro real. Nada era mas comun que doblar y triplicar los sueldos, desde el empleo mas grande hasta el mas chico. Unos obtenian dotes para sus hijas, otros el pago de sus deudas; de modo que aquello era un robo general, y en poco tiempo casi todo el dinero reunido por Enrique IV y depositado en la Bastilla, se fué como el agua que encuentra una salida.

Sully cuenta todos estos pasos como noticias asombrosas é indignas de la nobleza francesa á quien degradaba y envilecia el ansia del lucro. ¡Si siquiera estas profusiones le hubieran procurado á la reina la tranquilidad que deseaba! Pero la envidia se introducia entre los grandes sobre lo mas ó menos que habian recibido; y para impedir la discordia particular, que de las familias hubiera pasado al Estado, la regenta se veia obligada á dar y volver á dar, sin que por eso tuviese mas seguridad de adquirir el afecto de sus súbditos.

Tal es el cuadro de la corte en los primeros años de la regencia de María de Médicis. Seria inútil y enojoso consignar aquí las pequeñas intrigas que diariamente producian mil disturbios y reconciliaciones, y hacer mencion de los minuciosos pretestos que los ocasionaban: ya era una preferencia, ya un derecho de habitar en el Louvre, la pretension de entrar en él en coche, de ser recibido ó anunciado, de privar de algun honor á su competidor, ó de igualarse con él en algo. De aquí el que las familias se malquistasen, se reconciliasen y se volviesen á malquistar. Así se formaban coligaciones tanto mas peligrosas cuanto que en esta especie de querellas, los amigos de una gran casa se creian obligados á defenderla en sus pretensiones á punta de lanza, y venian en tropel á ofrecerle sus servicios. Quizás hubieran tenido menos resultado estas bagatelas de corte, si la reina hubiera empleado mas firmeza para contener á cada uno en su lugar, y no hubiera concedido á los nuevos protegidos distinciones chocantes para los que las poseian de mucho tiempo atras. Sucedió por lo mismo que muchos grandes señores y hasta empleados de la corona, temiendo ser confundidos con estos hombres nuevos, no se hallaron en la consagracion de Luis XIII, que se celebró en Reims el 14 de octubre.

Despues de esta ceremonia continuaron y aun se aumentaron las disputas de las preferencias. Habia en la corte muchos principes jóvenes, parientes bastante allegados, y amigos como lo son las gentes de este rango. Ya los unia el gusto de los mismos placeres, ya los separaban los intereses de sus criados, y entonces se hacian rivales, enemigos y quimeristas. Viviendo en la capital hacian puntillo de honor de no dejarse ver sino con un suntuoso tren, y no daban un paso sin un cortejo de hidalgos montados sobre caballos ricamente enjaezados, cuyo ruido y esplendor atraian al pueblo. Como estuvieron por mucho tiempo mal empedradas las calles, era una deferencia el ceder el lado de las casas que se llamaba *la acera*; y exigirla era afectar una superioridad siempre sujeta á contestaciones, por poca igualdad que hubiese entre las personas. En las contiendas que sobrevenian muchas veces entre los quisquillosos valentones, irritados con frecuencia por otros motivos, tomaba parte el populacho y se armaban unos motines que daban que temer á la ciudad. Entonces se tendian cadenas; se tocaba el tambor; los propietarios principales tomaban las armas á la cabeza de sus vecinos, para contener á los obreros y artesanos que la curiosidad arrancaba á sus trabajos. Hallandose los espíritus en esta disposicion, toda ocasion de concurrencia era peligrosa, y este año se vió obligada la reina á impedir que se abriese la feria de San German, «porque vale mas, decia, que se arruinen quinientos mercaderes, que no que se turbe la tranquilidad del Estado;» reflexion justa pero que debe enseñar á los pequeños lo que ganan en mezclarse en las disputas de los grandes.

Los calvinistas que con solo el nombre de Enrique se contenian, y con cuya merecida reputacion de justicia y buena fe se tranquilizaban, empezaron tambien á dar muestras de inquietud. Supieron que se cambiaba la conducta del Consejo de Francia; que España y Roma empezaban á tener con él la mayor influencia, y se creyeron en el caso de tomar precauciones para lo sucesivo. Los diputados de las iglesias se reunieron en Saumur con el consentimiento que la regenta no se atrevió á negarles. Los duques de Sully y de Bouillon se presentaron tambien allí con distintas miras. El primero queria adquirirse un partido poderoso, con objeto de que el temor que inspirara obligase á sus enemigos á contemplarle. El segundo, no olvidando jamás que Sully habia pensado hacerle perder Sedan, trabajaba á fin de privarle de la intervencion de los calvinistas. Los intereses de estos dos rivales ocuparon mas á la Asamblea que los del partido. Se concluyó por acceder á algunos de sus deseos, y la corte en seguida obligó á los diputados á contentarse con promesas, y á separarse sin resultados satisfactorios. Sully hizo dimision de la administracion de las rentas y del gobierno de la Bastilla; pero conservó los del alto y bajo Poitou y de La Rochela, y los cargos de general de la artillería é intendente general de los caminos de Francia. Se retiró tranquilamente á sus haciendas, en donde vivió hasta una edad muy avanzada sin visitar la corte sino muy rara vez. Se ocupaba en dirigir sus asuntos domésticos, que conservó siempre en un estado floreciente, en resolver sin tardanza todo lo respectivo á sus empleos, y en examinar con sus secretarios los papeles de su ministerio, que al menos le recordaban los tiempos felices de la Francia. Sus Memorias mal redactadas, pero llenas de escelentes miras, de anécdotas interesantes, de proyectos sobre la gloria del reino y la felicidad de los pueblos, honran su talento, y un rasgo de su corazon pone el colmo á su elogio. Llevaba constantemente suspendida del cuello una medalla en la que estaba grabado el retrato de Enrique IV, á quien jamás daba otro nombre que el de *su buen señor*: la tomaba en sus manos muchas veces al dia, la contemplaba, la besaba suspirando, y elevaba al cielo sus ojos preñados de lágrimas. Sully murió en Villebon, el 22 de diciembre de 1641, á la edad de ochenta y dos años.

Parece que desembarazada la corte de las severas miradas de Sully, se entregó con mas libertad al favorito. Los ministros no titubearon en ir á trabajar á su casa. Los principes se presentaron placenteros en las fiestas que él disponia. El conde de Soissons, hasta entonces tan orgulloso, fué el primero en dar pruebas de su complacencia: lo restante de los tesoros de la Bastilla se consumió tambien entre los Borbones, los Guisas, los Bouillones, Los La Val-

lettes, los Villeroys, los Sillerys; y se presume con bastante fundamento que Concini y su mujer no se olvidaron á si mismos.

La armonía de esta sociedad de pillage no duró mucho tiempo. Los grandes que se aprovecharon de las gracias inmensas que la prodigalidad de la regenta les hacia por manos del marques, no estaban satisfechos todavía con enriquecerse: hubieran querido ademas ser los únicos poderosos y gobernar el Estado con esclusion de los ministros. La confianza que la reina dispensaba á estos, les disgustaba sobremanera; y como suponian que Concini tenia un imperio ilimitado en el ánimo de Maria, le culpaban del poco crédito que ellos merecian. Esta conducta del favorito y de su señor les hacia criticar y contradecir al ministerio, ya en secreto y ya públicamente, siempre que tenian ocasion para hacerlo. Se presentó una que no dejaron de aprovechar. Se trataba del matrimonio del jóven rey con la infanta de España, y del de la infanta de Francia con el de aquella nacion.



Captura del conde de Auvernia.

La reina deseaba ardientemnete este doble enlace que habia dispuesto por si misma; pero deseando tambien que el Consejo le aprobase, le reunió el 25 de abril. El príncipe de Condé, encargado de votar por el conde de Soissons, el condestable y los de su partido, se opusieron con todas sus fuerzas á aquella proposicion. El primero dijo que Enrique IV habia prometido su hija en matrimonio al príncipe del Piamonte, y que él creia faltar á la memoria de este gran rey si consentia en un enlace contra el cual se habia declarado abiertamente. Los que sabian que los mismos que asi hablaban se hallaban desavenidos con Enrique cuando este murió, no fueron engañados con esta pretendida delicadeza, y mas bien creian que con tal oposicion trataba esta pandilla de atraerse la voluntad de los calvinistas, á quienes les hacia gran sombra aquel doble enlace. Condé concluyó por pedir que se procediese á votacion. Habia cuidado de ganarse partidarios; pero Guisa, heredero de la audacia de su familia, se levanta, y mirando orgullosamente al príncipe, dijo: «¿Qué necesidad hay de deliberar? Es eso tan ventajoso, que solo debemos dar gracias al Todopoderoso por haberlo permitido y á la reina por haberlo alcanzado.» Los ministros aplaudieron confusamente la opinion de Guisa. Los de la oposicion quedaron mudos; el enlace fué aprobado á pluralidad de votos, y Condé y los suyos se retiraron del Consejo descontentísimos sin saber, segun decia el condestable su suegro, ni huir ni combatir.

Culparon del mal éxito de su pretension al canciller Sillery y al marques de Ancre. Los príncipes pidieron la separacion del primero, y creyeron obligar al segundo á retirarse por si mismo, haciéndole saber secretamente que les era fácil hacer que le asesinasen; pero de nada sirvieron las amenazas ni las astucias de los malcontentos. La reina sostuvo al canciller, y Concini en vez de abandonar el campo, se puso en disposicion de resistir en caso de ataque. Se cometieron entonces por una y otra parte atentados que la reina debiera haber reprimido severamente. El marques se apoderó por sorpresa de la ciudadela de Amiens, ciudad próxima á Ancre; puso una fuerte guarnicion en esta plaza, donde esperaba encontrar un asilo en caso de necesidad. Condé partió para su gobierno de Guyena, y se declaró abiertamente protector de los calvinistas, con los cuales afectaba públicas relaciones. Soissons por su parte, no contento con mantener correspondencias sospechosas tanto con señores franceses como con la Holanda, Inglaterra y los protestantes de Alemania, aumentaba la estension de su gobierno de Normandía,



Fuga del príncipe de Condé.

apoderándose por violencia ó sorpresa de varias plazas importantes que allí se habia reservado la reina.

Cuando supieron que el duque de Pastrana, ministro de España, se preparaba á pedir la princesa Isabel, hermana del rey, creyeron intimidar á la regenta presentándose en la corte á la cabeza de quinientos hidalgos; pero ella les opuso dos mil, y el despecho se disipó entonces con impotentes y pueriles muestras de descon-

tento. Por otra parte, la razon principal que habian alegado en contra de este matrimonio, ya les faltaba. El duque de Saboya acababa de consentir en recibir á Cristina, la segunda de las infantas de Francia, en lugar de Isabel que era la mayor; y aun debió alegrarse de desembarazarse por este medio, porque como sus relaciones con los príncipes para obtener la mayor de las princesas le hubiesen disgustado á la regenta, en poco estuvo que esta no concluyese un tratado con España, por el cual estas dos potencias se hubieran repartido los Estados de aquel príncipe: España se hubiera quedado con los de Italia, y Francia con los demas; pero Manuel paró este golpe, aceptando para su hijo la mujer que se habia querido darle. De esta manera se sintió en Francia un instante de tranquilidad y variaron los intereses, porque los príncipes necesitaron al marques de Ancre, contra el cual se habian declarado tan abiertamente.

María de Médicis no se encontraba todavía en edad de desdeñar los placeres; pero como su viudez no le permitia cierto ruido, habia formado una sociedad de las personas mas amables, con las cuales tenia cenas seguidas de bailes, juegos ú otras diversiones. La duquesa de Guisa, Catalina de Cleves, sucesivamente viuda del príncipe de Portien y del célebre Balafré, y la princesa de Conti su hija, estaban encargadas de la direccion de estos pasatiempos, en los que introdujeron al caballero de Guisa, el mas jóven de los hijos de la duquesa, cumplido caballero, á quien la reina dispensó grandes muestras de aprecio. Luego que supieron esto los príncipes, temieron que la regenta llegase á estimar á este caballero de tal modo que pudiese conducir la casa de Lorena á hacerse dueña de los negocios. Creyeron así oportuno, no solo dejar subsistir al marqués de Ancre para oponerlo al caballero de Guisa, sino tambien asegurarle mas, si posible fuese, en favor de su señora.



Enrique IV asesinado por Ravaillac.

Hallábanse, pues, en la corte dos facciones perfectamente ordenadas: la de los príncipes que estaba sostenida por los duques de Nevers y Bouillon y por el marques de Ancre; y la de la casa de Lorena, á la que se adherian los duques de Bellegarde y de Epernon. Entrambas trabajaron con todas sus fuerzas á fin de disfrutar del aprecio de la reina. La primera, ademas de la ventaja de contar con el marques de Ancre, se reforzó con un desertor de la segunda, que le reveló un secreto de importancia, y le procuró la superioridad.

Era este el baron de Luz, á quien hemos visto desempeñar un papel en el asunto de Biron. Su conducta le habia grangeado la reputacion de hombre de inteligencia. En esta persuasion se le adhirió la casa de Lorena, y por algun tiempo vino á ser su consejero; pero con motivo de una disputa sobre intereses, que tuvo con el duque de Bellegarde, en la que le pareció que el duque de Guisa no le habia servido como debiera, rompió con él y se puso de parte de los príncipes. Ya fuese por vengarse de sus antiguos amigos, ya por hacerse valer al lado de los nuevos, les descubrió á estos que el caballero de Guisa habia tenido intenciones de matar al marques de Ancre, á fin de quedarse sin rival. No se dejó de revelar esta audacia á la reina, quien se incomodó en estremo y dejó conocer su resentimiento. El caballero sospechó ó supo positivamente la causa, y la víspera del dia de Reyes sorprendió al baron de Luz en la calle de San Honorato, le obligó á bajar del coche, y le mató con la segunda estocada que le tiró. La regenta se ofendió mucho y mandó formar sumaria, y amenazó con un castigo severo al que resultase culpable. El hijo del baron de Luz, todavía adolescente, tuvo la imprudencia de retar al caballero de Guisa para vengar la muerte de su padre, y fué muerto el 31 de enero. La reina varió de conducta entonces; dijo que Guisa, habiéndose visto obligado á defenderse, no era en manera alguna reprensible, y se entorpecieron los dos espedientes: era que en veinte y cuatro dias habian cambiado totalmente los intereses.

La suerte del baron de Luz habia causado en el alma del marques de Ancre un pavor mortal. Espuesto á la envidiosa cólera de un rival tan peligroso, temia por sí mismo; y á esta época se refieren sus primeras ideas de dejar la Francia é ir á gozar tranquilamente de su patria en las riquezas que habia adquirido. Sin embargo, antes de abandonar el puesto quiso saber si habria un medio de unir las voluntades y obtener una paz duradera. Se sabia que para esto solo faltaban dinero y favores, y la regenta que se habia hecho con su favorito mas complaciente que nunca, echó por decirlo así el resto. Temiendo que los Guisas fortificasen el partido del príncipe de Condé por medio de Bassompierre, le ofreció al duque cien mil escudos y á su hermano la comandancia general de la Provenza. Tambien adquirió por la misma influencia el apoyo del duque de Epernon, quien orgulloso de que se le buscase, no admitió los favores con que se habia pretendido comprarle.

Entretanto el príncipe de Condé, incomodado porque se le habia negado el castillo Trompette, que le hubiera hecho poderosísimo en Guyena; el duque de Longueville á quien no se habia querido dejar la ciudadela de Amiens, que el marques de Ancre retenia como una plaza necesaria para su seguridad; los duques de Vendome, de Nevers, de Bellegarde y otros, disgustados por otras causas, difundian por entonces mil quejas y murmuraciones. De aquí resultó una fermentacion secreta, cuyos efectos fueron acelerados por las pasiones particulares de algunas mujeres.

No hay moderacion en las mujeres, dice Gramond. Si aman, se abrasan; si aborrecen, detestan; si se creen despreciadas, se enfurecen.» Ciertas preferencias de la regenta con motivo de las diversiones que tenia en su habitacion, habian encendido la cólera de algunas mujeres de la corte. Las que no eran admitidas, ó solo eran toleradas, sintieron una violentísima envidia; juraron turbar estos placeres, y «apelaron á la venganza padres, hermanos, maridos, parientes, y todos aquellos, dice el mismo autor, á quienes el amor hacia hervir la sangre en las venas.» El número no podia ser escaso en una corte que, habiéndose renovado en pocos años, estaba casi toda compuesta de una juventud viva y ardiente. Ya no existia, por ejemplo, el Mayena del tiempo de la liga; habia pagado su tributo á la naturaleza, dejando un hijo que no degeneró de las virtudes que su padre mostró en sus últimos años. El conde de Soissons acababa de ser reemplazado tambien por su hijo, que tomó el mismo nombre: otros muchos gefes de casas ilustres, ó no existian ya, ó tenian hijos, cuya edad los hacia propios para esperimentar pasiones y para escitar las de los demas. La ambicion no era pues el ordinario principio de estas cábalas; el amor era su comun instrumento.

Las mas distinguidas de estas mujeres lastimadas eran la condesa viuda de Soissons y la duquesa de Nevers, hija del famoso Mayena. Como los lazos del parentesco no son siempre una razon para amarse, habia entre María de Médicis y ellas una frialdad que las disponia á no quererse bien. La duquesa de Nevers dió pruebas de esta disposicion malquistando con la reina á Cárlos de Gonzaga su marido, á pesar de ser un pariente cercano de la regenta, y de hallarse hasta entonces muy reconocido á sus atenciones. La condesa de Soissons aun le hizo mas daño á la reina: es verdad que ademas de las preferencias acordadas á otros, de que ella estaba quejosa, queria vengarse del marques de Ancre y de su mujer, que pretendia que le habian faltado, y descargó su odio sobre su protectora. Despues de la muerte del conde de Soissons, la marquesa de Ancre manifestó á la viuda un afecto y un respeto tales, que toda la corte se asombró, como que eran de parte de una mujer que jamás habia prodigado atenciones. La causa de las que tenia con Leonor era el deseo de casar á su hija con el jóven conde de Soissons, para en caso de un revés de fortuna tener un apoyo en este enlace. Este matrimonio habia sido propuesto ya en vida del padre, y este príncipe encontraba tantas ventajas en él, que á pesar de su orgullo no lo desaprobaba del todo. La viuda se prestó á las mismas miras, pero cuando se trató de las condiciones, llevó hasta tal punto sus pretensiones, que el marques y su mujer se desanimaron. Resentida por haberse humillado inútilmente, resolvió adquirir bastante importancia para hacerse desear de nuevo. Aunque madre de un hijo que ya tenia edad para casarse, no carecia la condesa de atractivos: ensayó sus fuerzas con el duque de Mayena, con la intencion de quitárselo á la reina. Como era uno de los gefes de la casa de Lorena y de mucho peso en los negocios, no dudaba que su desercion fuese sumamente sentida por la reina, y muy útil á los príncipes que empezaban á buscar partidarios. Recibió pues al duque en su casa con aire de preferencia, y permitió que la hablase de matrimonio: si la apuraba, decia ella que solo se contenia por la dignidad de los primeros lazos; y si desistia, le atraia con esperanzas: este manejo de coquetería duró hasta que Mayena se comprometió con los malcontentos lo suficiente para no poder ya desdecirse.

Pero una pandilla de mujeres y de jóvenes sin esperiencia no le hubiera dado gran cuidado á la regenta, si el duque de Bouillon no se hubiese unido á ellos, y tomado, digámoslo así, su direccion. Habia conocido este que la reina solo le apreciaba por la necesidad que de él tenia. Cuando se celebró la asamblea en Saumur le empleó esta princesa en poner obstáculos á los malos designios de los calvinistas y de los malcontentos reunidos, y habia quedado satisfecha de sus servicios. Se los hizo tambien muy importantes en Inglaterra, donde el gobierno de Francia estaba muy desacreditado á causa de sus relaciones con España. En fin, ademas de su condescendencia en ceder al marques de Ancre su empleo de primer gentil hombre de cámara, Bouillon se jactaba de haber sostenido los ministros cuando Condé habia querido separarlos. «Pero, respondian estos, si el duque de Bouillon no nos ha precipitado, nos ha dejado caer, y no le debemos nada por nuestro restablecimiento.» Por consecuencia, ni ellos ni el marques de Ancre, ni la reina le distinguian en la distribucion de gracias de los que eran enemigos del gobierno abiertamente.

El duque de Bouillon, á quien no se le ofendia impunemente, se aprovecha de los elementos de revolucion que veia en los ánimos agitados y trama una sublevacion general que hiciese arrepentir á los ministros de haberle desdeñado, y obligar á la regenta á que le buscase. Se aboca con el príncipe de Condé, y le hace ver que es vergonzoso para él y para los demas príncipes y señores el dejarse conducir por un estrangero, por la gente de toga y por una mujer alucinada. Le exhorta á que sacuda el yugo; le hace conocer lo principal de la nobleza que habia tenido cuidado de prevenir, pronta á secundarle, y le traza un plan de operaciones que en poco tiempo debia hacerle dueño absoluto del gobierno. El príncipe, seguro de tener por compañeros de sus peligros á los señores mejor acreditados en la milicia y el pueblo, consiente en probar fortuna. Se tomaban las medidas con el mayor sigilo, y despues de un invierno pasado en los placeres, sin quejas que hiciesen temer nuevos disturbios, un dia dado, casi todos los grandes y el príncipe de Condé á la cabeza, dejan la corte y se retira cada cual á la provincia en que tenia influencia. El duque de Bouillon se reservó para sí el papel mas difícil, el de quedar cerca de la regenta, bajo pretesto de adhesion á su persona, pero en realidad para velar por los intereses de los sublevados.

La sorpresa de los ministros fué estremada, y la monarquía corrió gran riesgo entonces. Por la clase de los partidarios de la rebelion y por el número de lugares en que adquirieron cómplices, puede congeturarse cuán fuertes y generales serian las prevenciones contra el gobierno. Ademas de los príncipes, los duques de Longueville y de Fronsac, los condes de San Pablo, el duque de Vendome y el gran prior su hermano, los duques de Luxemburgo, de Nevers y de Retz, los condes de Choisy y de Suze, el vidame de Chartres, el marques de Bonivet, el baron de La Loupe, todos estos y otros muchos se declararon abiertamente. Ademas de Bouillon, el duque de Sully, el marques de Rosny su hijo, y el duque de Rohan, su yerno, eran secretamente de la confederacion. Tenian por ellos toda la Guyena, la Picardía, la Normandía, el Poitou y muchas plazas y partidarios en la Champaña, la Bretaña, el Berry, la Soloña, la Beauce, la Turena, el Anjou, el Maine, y los calvinistas esparcidos y todavía de mucha influencia en todo el reino. El embajador de España, viendo este desbordamiento casi general, escribió á su rey que tratase de aprovecharse de esta circunstancia para desmembrar la Francia, en vez de procurarla por el matrimonio de su hija una tranquilidad que pudiera perjudicar á la monarquía española.

Las hostilidades se redujeron á una guerra de pluma. Los confederados publicaron un manifiesto, cuyos cargos directa ó indirectamente se dirigian todos contra la regenta. «Se deja conducir, decian, por unos cuantos ministros que la engañan; todo lo resuelve con ellos solamente, sin llamar á su consejo á los príncipes ni á los altos empleados de la corona: prodiga las rentas del reino para enriquecer á un estrangero. Los empleos, las dignidades, las embajadas se dan sin discernimiento. En el gobierno no hay consistencia; hoy publica un edicto y mañana se retracta, y le restablece dos dias despues. El pueblo se halla abrumado con los impuestos: el clero, la nobleza, el Parlamento, todo el mundo se queja. Ya no se conoce el sistema político de la Francia: los españoles tienen dominio en el Consejo. La reina les deja usurpar la Navarra, y todo lo sacrifica al deseo de realizar un matrimonio generalmente desaprobado.» En fin, los malcontentos acusaban á María de Médicis de que no daba á su hijo ningun conocimiento de los negocios, de que le educaba mal con la intencion de prolongar su regencia, y concluian con pedir la reunion de los Estados generales.

Este manifiesto no quedó sin réplica: se le dió una contestacion titulada: *Defensa del favor contra la envidia*, título que caracterizaba bastante bien el motivo de todos estos movimientos. En él se demostraba que si hacia algun tiempo habia habido profusiones ruinosas para el Estado, los que declamaban contra ellas eran precisamente los que las habian arrancado por fuerza ó por importunidad, y de las cuales se estaban aprovechando todavía. En cuanto á las quejas de todas las clases se decia que eran sugeridas, falsas y mal fundadas; que los impuestos eran tan moderados como las circunstancias lo permitian; que jamás habia estado mas asegurada la paz en lo interior de Francia ni mejor sostenido su honor en lo esterior; y que el matrimonio con el infante, si es que tenia efecto, era lo mas ventajoso que el reino podia esperar.

La regenta fortificó estas razones con tropas que fácilmente puso sobre las armas en el reino y entre los suizos, porque no la faltaba dinero. Los príncipes que no lo tenian, no fueron tan bien servidos. Villeroy, hombre esperimentado, encanecido en el ministerio bajo cuatro reyes, testigo de las faltas de Enrique III, que se habia perdido por no haber atacado la liga antes de que se hiciese poderosa: Villeroy aconsejaba á María que se lanzase bruscamente sobre los confederados antes de que sus tropas se reuniesen y tomasen bien sus medidas; pero la reina temia una defeccion y dudaba: por otra parte el marques de Ancre, que aunque acababa de hacérsele mariscal de Francia, se sentia mas propio para negociar que para combatir, determinó á la reina á ensayar este medio.

Estremada como mujer, desde luego queria concederlo todo á los sublevados. «Bien conozco, decia, que su intencion no es otra que arrancarme cuantas gracias puedan, y hacerse dueños del gobierno. Les entregaré lo que no puedo defender, y convocaré los Estados generales, no porque ellos lo piden, sino á fin de reducir sus pensiones y deshacer una porcion de abusos á los cuales no

puedo oponerme.» Hubiera seguido este plan, y tal vez se hubiera puesto en estado de no recobrar jamás lo que hubiera cedido, si el Consejo no se hubiese opuesto á ello. Los ministros hicieron intervenir tambien al embajador de España, quien declaró que si la regenta debilitaba el trono de aquella manera, concediéndoselo todo á la faccion de Condé, su señor no podria entregar su hija en manos de sus enemigos. Vióse pues precisada la reina á mostrarse en la negociacion mas fuerte de lo que hubiera querido. El duque de Bouillon representó por entonces su papel. La reina hubo de recurrir á él. Se hizo hombre necesario como lo deseaba, y se valió de las circunstancias para darse importancia, y hacer conocer á la reina y á sus ministros que era peligroso desdeñarle. Las conferencias dieron por resultado el tratado de Sainte-Menehoulde, llamado así por una pequeña ciudad situada en la frontera de la Champaña. Fué firmado el 15 de mayo; tratado muy mal hecho, que dejaba en pie todas las pretensiones de los malcontentos, y hasta aumentó su fausto con dignidades y gratificaciones, sin acordarse para nada del alivio de los pueblos, que tan solemnemente habian prometido procurárselo en sus manifiestos: tan solo se dieron esperanzas de que los Estados generales proveerian sobre ello, y la reina se obligó á convocarlos. Esta paz se llamó tambien *Chanflona*, nombre que deja ver que se la tenia en muy poco. Entre los confederados, lisonjeándose con el apoyo de los protestantes, el duque de Vendome no quiso intervenir en un arreglo y continuó trabajando en su gobierno de Bretaña; pero Duplessis-Mornay, cuya influencia con los calvinistas era poderosísima, los contuvo en sus deberes, y habiéndose presentado en las fronteras de la provincia María con su hijo á la cabeza de un ejército, Vendome se sometió. En seguida, el 2 de octubre, en el Parlamento de Paris, la reina hizo reconocer á Luis como mayor de edad, y los Estados se reunieron en la capital el 26.

Estos Estados tuvieron al público en incertidumbre durante cinco meses. Los tres órdenes se reunieron en los agustinos, aunque separadamente. Se contaban en ellos ciento cuarenta eclesiásticos, ciento treinta y dos hidalgos y ciento ochenta y dos diputados del tercer Estado. Estos últimos, en su mayor parte empleados de justicia y de rentas, estaban presididos por el corregidor Miron. En la apertura de la Asamblea general, los oradores de los dos primeros Estados se dirigieron al rey en pie y descubiertos, y á Miron no se le permitió hablar sino de rodillas. Hasta tal punto llegaban entonces las preocupaciones sobre la desigualdad de las categorías. Eran tales, que la nobleza se resintió de que Miron hubiese asimilado su clase con los segundos de una gran familia, de la cual eran primogénitos el clero y la nobleza. Estas fastidiosas prevenciones aumentaron los motivos de desavenencia, que, á fin de apresurar la disolucion de los Estados, sembraron hábilmente los ministros entre los órdenes, escitándolos separadamente á que hiciesen peticiones á las cuales se sabia que se habian de negar los otros. Así es como pidió el clero que se recibiesen en Francia los decretos de disciplina del concilio de Trento; la nobleza que se aboliese el derecho de *paulette*, que hacia hereditarios los empleos de rentas y de judicatura, y el tercer Estado que se suprimiesen la multitud de pensiones no merecidas de que gozaban los grandes.

Existia aun una indignacion bastante general contra la reina á causa de los favores de que continuaba colmando al mariscal de Ancre y á su mujer, por quien se dejaba gobernar. Desde la muerte de Enrique IV parecia muy mal que su viuda no se mostrase mas sensible á tan funesto accidente, y que mantuviese á su lado personas que habian afectado con el rey una presuncion de que este habia dado muestras de disgusto. Siempre que se despertaba el odio contra los favoritos, se hacian circular libelos llenos de sospechas que recaian sobre la señora. Por último, hicieron tanto ruido en los Estados, que la reina se quejó de que se la faltaba al respeto y de que, bajo pretesto de criticar á sus protegidos, era á ella á quien se queria hacer daño. En efecto, muchos diputados del tercer Estado, que eran sin saberlo el órgano de la animosidad de los príncipes, decian y repetian incesantemente que la causa de Ravaillac habia sido mal formada, y que se hubieran encontrado cómplices si se hubiera querido.

Estas suposiciones produjeron vivas contestaciones, en las cuales hubo de tratarse de los grandes principios de la independencia de la corona y de la seguridad de los reyes. El tercer Estado fué el que puso á discusion estas cuestiones, reclamando una ley formal sobre la independencia del príncipe de toda autoridad espiritual y temporal. Pero añadieron indiscretamente á esta peticion la de un juramento que obligase á todos los eclesiásticos á considerar esta ley como evidentemente divina y conforme á la palabra de Dios. Este acto de religion impuesto al clero inquietó su conciencia. Pretendió que no pertenecia á los seglares el decidir lo que podia ser de fe indubitable y conforme á la palabra de Dios, y declaró que, creyendo escomulgados á los que atentasen contra la vida de los reyes, estaba persuadido de que existian consecuencias tan delicadas dependientes de la proposicion del tercer Estado, que se podian encontrar dudas sobre ellas, de suerte que el juramento que supone una certidumbre sobre toda duda no era aplicable á aquel caso. El cardenal Perron fué en esta ocasion el órgano del clero. Ha sido acusado de haber intercalado en su discurso máximas propias para fomentar la rebelion; se le critica entre otras esta frase singular: «Si un rey que al tiempo de su consagracion hubiese jurado ser católico se hiciese luego musulman, ¿no seria preciso deponerle?» Pero siempre fiel á Enrique IV en los tiempos mas difíciles, su doctrina no alarmó á la autoridad; y es necesario atribuir sus reservas á las preocupaciones de su época, preocupaciones tanto mas disculpables entonces cuanto que despues de dos siglos aun subsisten en el nuestro, en el cual es probable que si á cualquier príncipe se le ocurriese el hacerse católico, los pueblos, sordos á la voz de la filosofía, se pondrian de parte del dictámen del cardenal Perron. Sea de esto lo que quiera, desde que los Estados se empeñaron en estas espinosas cuestiones, no se ocuparon de lo demas sino muy débilmente. Así se pasó el tiempo en altercados, ceremonias y acciones de aparato.

Los malcontentos deseaban que los Estados se opusieran al matrimonio del rey con una española, y que pidiesen el cambio del ministerio; pero no se les satisfizo sobre uno ni otro punto. El 23 de febrero, dia de la presentacion de las actas de cada órden y de la última sesion de los Estados, el orador del clero Armando Juan Duplessis de Richelieu, obispo de Luzon, al presentar al rey la de su órden, exhortó al jóven monarca á que continuase conduciéndose segun los consejos de su madre, é insistió sobre la necesidad de realizar cuanto antes el doble matrimonio: hizo presente tambien que convenia que el consejo se compusiera de los príncipes, prelados y principales señores del reino, pero no habló de separar los ministros que no eran del agrado de los príncipes. El rey recibió las actas y ofreció examinarlas, y aun prometió dejar algunos diputados de cada órden con los cuales se deliberaria sobre las peticiones presentadas. Luis convocó estos diputados el 24 de marzo. El canciller les dijo que sus actas habian sido leidas; que por entonces era imposible acceder á todo, pero que mas adelante formaria S. M. una cámara de justicia que se ocuparia de los asentistas, y en seguida de la rebaja de las pensiones. Despues de conceder estos dos artículos, á los que se dió importancia, fueron despedidos los diputados.

La reina se creyó ya completamente desembarazada, pero se elevaron todavía nuevos obstáculos á sus proyectos, obstáculos que debió otra vez al duque de Bouillon. Apenas negoció este el tratado de Sainte Menehoulde, conoció que la reina le estaba menos agradecida por la reconciliacion, que disgustada porque la habia puesto en el caso de necesitarle. El duque esperaba obligar á María por medio de los Estados á que separase al mariscal de Ancre y á sus ministros para sustituirlos él; pero no habiendo correspondido aquellos á sus deseos, recurrió al Parlamento. Si no era el primero en el arte de conmover este cuerpo y de trazarle una marcha propia á los intentos de los demas, puede al menos citársele como un modelo, porque sus manejos consignados en las memorias de aquel tiempo han llegado hasta nosotros.

Los que conocen las corporaciones saben que estas se dejan conducir como los individuos por la vanidad, la ambicion y la venganza: muchas veces tambien, como los hombres virtuosos, se dejan dirigir por el honor ó por el entusiasmo del bien público. La astucia de un intrigante consiste en ganar en estos grandes cuerpos algunas personas que ó por su influencia ó por la rapidez de sus operaciones, pueden atraer la multitud hácia un partido. Para esto suele bastar la opinion bien motivada de una persona grave y estimada. A falta de este medio se emplea útilmente la viveza de la juventud, que una vez conquistada arrastra la circunspeccion de la vejez; solo que es preciso que los motivos sugeridos por los gefes secretos de la intriga aparezcan limpios de todo interés particular, y que las resoluciones parezcan tender únicamente al beneficio general. Si la corte entonces no sabe medir sus pretensiones y sus movimientos, si emplea altanería ó falta de miramiento, estas corporaciones, creadas para restablecer la paz, concluyen, á pesar de los mas prudentes, por contribuir al fomento de los disturbios.

En la última sesion los diputados del tercer Estado eran casi todos togados. Como la naturaleza de las ocupaciones que les son propias les da el hábito de profundizar las cuestiones, se portaron á veces de manera que disgustaron á la corte: esta en cambio no les ahorró pesadumbres, siendo una de las mas sensibles la diferencia marcada en el modo de tratar á los primeros órdenes y al último. Llena de atenciones lisonjeras para el clero y la nobleza, afectaba por el contrario en sus comunicaciones con el tercer Estado una indiferencia, un olvido de las conveniencias, que participaba de desprecio. Vueltos estos diputados á las provincias, difundieron en ellas su descontento: los que quedaron en Paris irritaron á los individuos del Parlamento, que casi todos eran parientes ó amigos. Como los Estados eran el objeto de las conversaciones, despues de su disolucion, llevada á cabo sin utilidad alguna para el reino, fueron cau-

sa de quejas y murmuraciones. Se decia que la reina habia engañado á la nacion, y no se hubiera sentido que se la castigara por esta especie de insulto público.

Dispuestos de esta manera los espíritus, no le costó mucho trabajo al duque de Bouillon conseguir que el Parlamento se prestase á algun movimiento poco agradable á la reina. Ella misma sugirió un pretesto para ello, porque habiendo disuelto los Estados y no sabiendo cómo desembarazarse de las instancias que hacian para determinarla á contestar á las actas, dijo que lo haria cuando el Parlamento lo solicitase del rey. Dió esta indiscreta escusa el 25 de marzo, y tres dias despues las salas del Parlamento enviaron á la sala primera dos consejeros cada una para pedir la reunion de las cámaras. Se concedió sin dificultad. Se trató desde luego sobre el modo de proceder á la redaccion de las solicitudes. Algunos observaron que seria oportuno llamar para este trabajo á los príncipes y á los pares del reino, y que se debia suplicar al rey que ordenase su presentacion en la Asamblea. Otros opinaron que era inútil semejante súplica; que los pares de Francia tenian derecho solo por su clase para tomar asiento en el Parlamento cuando quisiesen y creyesen que las necesidades del Estado lo exigian, y que por lo tanto bastaba darles á conocer estas necesidades. Prevaleció este dictámen, y en su consecuencia se acordó que teniendo voz deliberativa en el Parlamento que se hallaba entonces en Paris, los príncipes, duques, pares y altos empleados de la corona, serian invitados para que viniesen á deliberar con el canciller y con todas las cámaras reunidas, sobre las proposiciones que se harian para servicio del rey, el alivio de sus súbditos y el bien del Estado.

Este acuerdo fué un verdadero triunfo para el maligno duque de Bouillon. Habia recelado que el Parlamento no se contentase con trabajar sin lucimiento en representaciones que la corte hubiera desdeñado sin riesgo alguno; y la convocacion de los pares daba á este asunto una importancia que no consentia disposiciones ambiguas, despues de las cuales entrambos partidos se atribuyen la victoria: se hacia necesario ó que la reina impidiese la reunion de los pares, y no podia impedirla sin chocar con el Parlamento, ó que la permitiese, y en este caso tenia que temer el ver asestar violentos golpes á su autoridad de que era idólatra: alternativa igualmente agradable para el duque de Bouillon.

María se determinó á impedir la reunion de los pares que era el mal mas apremiante. Mandó que se prohibiese al príncipe de Condé y demas el presentarse en el Parlamento, aunque se hallasen invitados para ello; y al mismo tiempo, temiendo que el Parlamento continuase sus operaciones sin contar con ellos, llamó á los fiscales de los tribunales reales, y les dijo que se estrañaba mucho de que una corporacion fundada únicamente para hacer justicia á los particulares, se metiese á reunir así por su propia autoridad á las primeras personas de la nacion, para tratar de los asuntos de gobierno. Sin entrar en esta cuestion delicada del derecho ó de la incompetencia del Parlamento en los asuntos del Estado, el abogado general Servin se mostró sorprendido de que se tachase al Parlamento «de afectar autoridad real por invitar á los príncipes, á los altos empleados de la corona y hasta al canciller á presentarse en su congreso. La corporacion no tiene otro designio, dijo, que hacer testigos de su fidelidad á los principales del Estado.» A pesar de estas protestas, cuyo artificio penetraba la reina, hizo reunir el Consejo y obligó á los fiscales de los tribunales reales á participar el resultado al Parlamento. Servin ordenó al Parlamento que remitiese al rey el acuerdo de la convocacion de los príncipes y de los pares y el registro en que él se hallaba inscrito y le prohibia bajo pena de desobediencia de traspasar los límites de tal acuerdo. Eran tan terminantes las órdenes, que el Parlamento no se atrevió á desobedecer. Se envió el registro hasta con escusas. El rey las recibió con bastante frialdad, y dijo que haria que se le diese cuenta. «Así fué despreciado el Parlamento, y esto le adhirió mucho mas al partido del príncipe.»

Esto es lo que deseaba el duque de Bouillon: mas hubiera sentido que el Parlamento hubiese salido bien en esta primera empresa, que verle fastidiado con tan bochornosas circunstancias. Contaba con la firmeza que el despecho inspira algunas veces á las personas maltratadas, y no se equivocó en sus esperanzas. Sus emisarios, entre los cuales se hallaban presidentes del Parlamento, indicaron á la corporacion que era preciso no dejarse vencer por las dificultades, y que seria un acto meritorio el demostrar á un rey jóven verdades importantes para el bien de su reino, verdades que se le ocultaban, y que era de temer las ignorase para siempre: que habia hecho muy mal el Parlamento en ceder al primer golpe; que con solo haber fingido resistir, hubieran venido en su apoyo el príncipe de Condé y sus partidarios; que tanto este príncipe como los demas señores franceses de buena intencion, no se negarian todavía á unirse al Parlamento si pudieran prometerse mas constancia en sus resoluciones; que esta era una nueva tentativa que debia hacerse, y que era imposible que á la larga los esfuerzos del primer cuerpo de la nacion no triunfasen de algunos ministros y de algunos cortesanos, únicos autores de la afrenta que acababan de sufrir.

Estas razones y esperanzas se acreditaron en las cámaras hasta el punto de resolverse unánimemente renovar el asunto de las representaciones. El rey habia facilitado los medios al decir que examinaria el acuerdo del Parlamento, y que manifestaria su voluntad sobre el particular. El Parlamento acordó que se suplicase al rey que diese esta respuesta, y Verdun, primer presidente, se presentó á pedirla á la cabeza de cuarenta diputados, sacados de las diferentes cámaras. Sillery, canciller, pronunció en presencia del jóven rey un largo discurso que se redujo á dos objetos: 1.° que el Parlamento no tiene ningun derecho á mezclarse en los asuntos del Estado; 2.° que ni aun tiene derecho para hacer representaciones á menos que el rey no se lo ordene. «Vuestro acuerdo, añadió, es obra de los consejeros jóvenes, cuyo número escedió á la prudencia de los antiguos: el rey recordará la fidelidad de estos últimos, y los exhorta á que continuen con ella, pero al mismo tiempo os prohibe que pongais en ejecucion vuestro acuerdo de convocar á los pares y deliberar en adelante sobre este asunto.» La reina habló tambien bajo iguales principios, é insistió del mismo modo sobre la preponderancia de la juventud, á quien creia causa del desórden.

Al contestar al uno y á la otra, el primer presidente á imitacion de Servin no trató de probar los derechos que la corte negaba al Parlamento, pero como en el empeño que se mostraba de atribuir el acuerdo á los consejeros jóvenes, creyó ver la intencion de ridiculizar el pensamiento de todo el cuerpo, rechazó vivamente esta imputacion, y suplicó al rey que creyera que toda la corporacion habia concurrido á formar el acuerdo; que los que le habian dicho lo contrario no le habian hecho una relacion fiel, y que le rogaba se dignase honrarlos á todos con igual benevolencia. En seguida se retiró, y los ministros creyeron el negocio concluido.

Pero se habia difundido el rumor de que el rey se cansaba de vivir bajo tutela, y de que no le disgustaria que se le hiciese sabedor de los defectos del gobierno. Esto bastó para que el Parlamento se resolviese á no abandonar la obra de las representaciones. En vano irritada la reina queria interrumpirle con nuevas prohibiciones; los comisarios nombrados al efecto las continuaron con calor. Se examinaron por las cámaras reunidas, y presentadas al rey por la grande diputacion el 22 de mayo. Las calles por donde pasó, los patios del Louvre, las escaleras, las ventanas, todo estaba ocupado por una multitud innumerable; prueba segura del odio general contra los ministros, siempre espuestos á la envidia pública, y sobre todo contra el mariscal de Ancre, que se sabia que era particularmente censurado en las representaciones.

El rey y la reina esperaban la diputacion en la sala del Consejo, acompañados de los duques de Guisa, de Montmorency, de Nevers, de Epernon, de Vendome, del mariscal de Ancre, del canciller de Souvré, de los secretarios y principales consejeros de Estado. Fué introducida por un capitan de guardias. El primer presidente pronunció un discurso muy respetuoso y presentó el acta al rey, quien la tomó en sus manos, ofreció examinarla y les dijo que se retirasen. Ya se daban el parabien los ministros por haber reducido un paso tan solemne á una simple ceremonia, cuando el primer presidente tomó la palabra y suplicó al rey que hiciese leer las representaciones en presencia de los diputados, á fin de si se creyese que algunos artículos tenian necesidad de esplicacion, darla sobre la marcha. Antes que la reina pudiese parar este golpe, el jóven príncipe ordenó la lectura, y fue escuchada con el mas profundo silencio y la mayor atencion.

Estas representaciones, que fueron las primeras que se hicieron públicas, son notables por su fuerza y la libertad que en ellas domina. El Parlamento declara en el preámbulo «que siempre se ha mezclado con utilidad en los asuntos públicos, y que los reyes le han dado parte en ellos. Mal se le aconseja á V. M., dijo, cuando se le aconseja que principie el año de su mayor edad con tantos mandatos de poder absoluto, y se acostumbre á acciones que los buenos reyes como vos, señor, no emplean sino muy rara vez.» Añadió que á muchos reyes les habia pesado el haber *violentado* y no escuchado al Parlamento; que príncipes estrangeros, reyes, emperadores y Papas, se habian sometido á su arbitrage; que testigo de muchos desórdenes en el Estado, se habia reunido y habia deseado el concurso de los príncipes y de los pares, «no para ordenar y resolver los medios de remediarlos, sino para proponerlos á V. M. con mas fuerza y autoridad, cuando vea que han sido meditados por una corporacion tan célebre.»

Siguen las quejas en veinte y nueve artículos. Toda la administracion se recorre en ellos. Se trata de que la autoridad del rey y su seguridad han sido puestas en problema en los últimos Estados por los partidarios de las opiniones ultramontanas; de que las antiguas alianzas no se sostienen ya; de que el Consejo «está compuesto no de príncipes, de grandes del reino y de los antiguos ministros, sino de personas introducidas hacia pocos años, no por sus

méritos ni por sus servicios sino por el favor de los que quieren tener en él ahijados;» en fin, de que estos ministros, consejeros del rey y demas, están pensionados por las cortes estrangeras.

El Parlamento pide que los empleados de la corona no sean turbados en el ejercicio de sus funciones; que no se den mas futuras; que los empleos dejen de ser venales; que no se permita á los súbditos del rey, eclesiásticos y demas, comunicarse frecuente y secretamente con los embajadores y ministros estrangeros; que se sostengan las libertades de la Iglesia galicana; que se castiguen los pactos que ficticiamente trasmiten los beneficiados, y se supriman las coadjutorías; que se pongan límites á la multiplicacion de las órdenes religiosas; que no se nombren para los arzobispados, obispados y abadías sino franceses sabios y de buenas costumbres; que el rey haga florecer la Universidad de París, y persiga por los jueces ordinarios á los anabaptistas, judíos, envenenadores y mágicos, demasiado comunes entre los grandes que los protegen. Tambien se le suplicó al rey que castigase las violencias hechas á los jueces para impedir la administracion de justicia; que determinase qué clase de negocios podrian remitirse al Consejo, y lo que debia observarse sobre el particular; que no se suspendiese por simples peticiones la ejecucion de los decretos del Parlamento; que se castigase toda clase de crímenes sin gracia ni demora, sean cualesquiera los culpables; que no se consintiera que se alteraran fuera del Consejo los fallos que en él se pronunciaran, y que se quitaran los nuevos derechos de cancillería.

Por lo que hace á las rentas, desea el Parlamento que se administren mejor; que se disminuya el número de los que las manejan así como las pensiones; que se prohiba á los individuos del Consejo el recibir ningun regalo ni pension de las personas á quienes se adjudiquen las haciendas, que se haga un exámen severo de los recaudadores, cuyas restituciones se aplicarán en descargo de los pueblos. En fin, despues de algunas observaciones sobre el comercio, los juegos de azar, las manufacturas, los arsenales, las fortificaciones y el pago de las tropas, las representaciones concluyen con dos artículos notables, seguidos de una conclusion que no lo es menos: 1.° que no se ejecute ningun edicto ni comision sin comprobacion de los supremos tribunales y registro previo; 2.° que se permita, segun el acuerdo de 28 de marzo, convocar los príncipes y los pares siempre que el Parlamento lo juzgue conveniente; «y en el caso de que estas representaciones por malos consejos y artificios de los interesados no pudiesen tener efecto, V. M. permitirá, si lo tiene á bien, que los empleados de vuestro Parlamento hagan esta protesta solemne ante vuestra autoridad; que para descargo de su conciencia ante Dios y los hombres y para bien de vuestro servicio y conservacion del Estado, serán obligados á nombrar inmediatamente y con toda libertad los autores de estos desórdenes, y á hacer ver al público su mal comportamiento, á fin de que V. M. lo remedie oportunamente.»

Se concibe el efecto que causaria semejante lectura. Hubo un momento de profundo silencio: todos se miraban unos á otros. Por último, tomó la palabra la reina, y dijo que aquello no se habia hecho sino con el objeto de censurar su gobierno; que esto era faltarle al respeto, y que las representaciones ponian el colmo á las injurias que los libelos divulgaban contra ella. El canciller se contentó con hacer observar al rey que las representaciones no debian haber sido hechas sino despues de que S. M. hubiese enviado el reglamento que habia prometido sobre las actas de los Estados. El presidente Jeannin, que administraba las rentas, justificó su conducta con calor, é hizo ver que si los millones economizados por Enrique habian sido disipados, y si no se habian podido ahorrar otros, era por culpa de los príncipes, á quienes habia sido preciso prodigar gratificaciones y pensiones para impedir una guerra ruinosa. Luego habló cada uno sin atender al rango ni al órden. Se preguntaba, se respondia, se apostrofaba. Los señores de que hacian mencion las representaciones, sobre todo el mariscal de Ancre, lanzaban sobre el Parlamento miradas fulminantes. Se acaloraban los espíritus, y era de temer que una asamblea tan augusta no concluyese sin violencia. El rey tomó el partido de despedirla, y ofreció hacer saber inmediatamente su voluntad.

La respuesta no se hizo esperar; al dia siguiente, 23 de mayo, apareció un decreto que suprimia las representaciones como prematuras y compuestas sin permiso del rey. S. M. ofrecia un edicto sobre las actas de los Estados, y se obligaba á escuchar las representaciones que se hiciesen bajo las disposiciones de este edicto. El lúnes 1.° de junio se llevó al Parlamento el decreto del Consejo para ser registrado. El Parlamento ordenaba representaciones; el rey espedia decretos; así se trababa el combate, y el rompimiento parecia inevitable, cuando la certidumbre en que estaba el Parlamento de hacer doblegar la corte si se obstinaba en ello, le determinó, temiendo males mayores, á doblegarse él mismo.

El duque de Bouillon intrigaba en la corporacion continuamente: pasaba tan á las claras por el autor de todos estos movimientos, que la reina, hablando de él tranquilamente, decia: «Ya vereis cómo vamos á vernos obligados á recurrir á este hombre para salir del atolladero.» Cuando vió que los decretos del rey hacian estremecer á algunos miembros, por medio de emisarios hizo saber al Parlamento que con tal que se resistiese con firmeza, el príncipe de Condé se declararia en su favor, y que la nacion entera en el estado de descontento en que se hallaba, no podria menos de unirse al príncipe. Por entonces no se atrevió á hacer valer demasiado sus relaciones con los calvinistas que se reunian en Grenoble, y que ofrecian una poderosa diversion; pero dijo bastante para dar á entender que si el Parlamento persistia en su resistencia, se verian obligados los ministros ó á ceder ó á sufrir una guerra, que la intervencion del Parlamento se la haria seguramente perjudicial.

Así se vió el Parlamento arrastrado con sorpresa á enarbolar el estandarte contra su soberano, ó al menos á servir contra su intencion de salvaguardia y de pretesto á los revoltosos. Los miembros mas moderados de este cuerpo abrieron entonces los ojos á los demas sobre lo peligroso de su posicion: les hicieron comprender que seria una vergüenza eterna para ellos el ser los promovedores de la guerra, y que á pesar de sus buenas intenciones pasarian en la nacion y en el estrangero por haber cooperado á conmover el trono en otro tiempo afirmado por sus manos. Ademas, añadian, ¡qué imprudencia no seria en nosotros el entregarnos al príncipe, que tal vez no tendrá otro designio que espantar por nuestro medio el ministerio, y que para obtener una paz ventajosa, nos sacrificará en seguida á la cólera del rey!

Si el Parlamento dudaba, la reina y los ministros no estaban mas firmes; temian que apurada esta corporacion se adhiriese públicamente á los malcontentos, y los apoyase con alguna declaracion estrepitosa, que hubiera favorecido mucho al partido para con el pueblo. Estas diferentes consideraciones calmaron los primeros ímpetus, se avinieron los espíritus, y de las conferencias que se establecieron resultó una reconciliacion, por la cual todos allojaban sus pretensiones. El 23 de junio dió el Parlamento un decreto concertado, en el cual se disculpaba para con la reina, y decia que en sus representaciones no habia tratado de censurar ni á ella ni á su gobierno. Allí esponia modestamente que el último decreto del Consejo, si el rey exigia su entera ejecucion, seria infinitamente perjudicial al honor de la corporacion, y suplicaba á S. M. que no exigiese que el acuerdo de su Parlamento fuese anulado. El ministerio se contentó con esta reparacion. La reunion de los pares no tuvo lugar; pero tampoco fué tachado ni anulado el acuerdo del Parlamento en esta parte; el del Consejo no tuvo ejecucion, y al contrario el del Parlamento conservó toda su fuerza y sirvió de fundamento de esperanza para las ocasiones sucesivas.

Grande fué la prudencia que tuvo el Parlamento en detenerse á pesar de todas las personas que se esforzaban en que siguiera adelante: si hubiera dado algunos pasos mas, tal vez le hubiese sido imposible retroceder. El príncipe de Condé estudiaba sus movimientos. Estaba determinado á hacer la guerra, y esperaba que el Parlamento diese el primer golpe; pero demasiado persuadido de que esta corporacion no podria conciliarse jamás con la corte, dejó entibiar el calor de los espíritus; ya existia la avenencia cuando se vino á un abierto rompimiento.

La verdadera razon del rompimiento, que era el deseo de gobernar, se ocultó bajo un pretesto que Condé habia conservado siempre. Volvió á sus antiguas objeciones contra el matrimonio de Luis con la infanta, y se opuso en pleno consejo al viage que el rey intentaba hácia la frontera para recibir á su esposa. La reina no se cuidó absolutamente de esta oposicion, y por el contrario, hizo apresurar los preparativos del viage. En vista de esta conducta ya esperada, Condé con sus parciales abandonó la corte: Condé se retiró á Clermont en Beauboisis, Bouillon se presentó en Sedan, Mayena en Soissons, Longueville en Amiens, y los demas en los lugares en que creian tener mas crédito.

Al instante vuelan los escritos por Paris y por todo el reino. Se emplean por una parte las críticas contra los ministros, las sátiras contra el mariscal de Ancre, las observaciones malignas sobre los impuestos, y todo lo que sirve para sublevar los pueblos; por la otra se recrimina por medio de quejas contra la ingratitud de los príncipes, se promete á los pueblos, se hacen ofertas á los gefes, y lo que es mas eficaz que las palabras, por entrambas partes se levantan soldados. La reina entabló una negociacion con los malcontentos, que con este objeto se habian reunido en Coinci. Villeroy y Jeannin, diputados por la corte, pusieron las cosas muchas veces á punto de efectuar una reconciliacion; pero ó no tenian el secreto de María, ó entraron diestramente en sus miras, que se reducian á ganar tiempo.

María tenia profundamente ulcerado el corazon por dos cosas: 1.° porque los confederados en sus manifiestos denunciaban, por decirlo así, á la nacion á sus ministros favoritos, al mariscal de Ancre, al canciller de Sillery, al caballero su hermano, y á Dollé y Bouillon, hechuras del mariscal, á quienes se achacaban todos los disturbios del Estado, y de rechazo á ella misma; 2.° porque

se empeñaban en decir, escribir y repetir que no se habian querido descubrir los cómplices en la muerte del difunto rey, censura injuriosa para una esposa, y que la esponia á las mas odiosas sospechas; así es que la reina no pudo resolverse á perdonarles este insulto, y queria mejor tenerlos por enemigos declarados y apurarlos, que aceptar contemplaciones que habrian hecho creer que compraba su silencio. Dejó pues dilatar las negociaciones todo el tiempo que necesitaba para tomar sus medidas; y cuando se halló preparada la tropa, ordenó á los malcontentos que se dispusiesen á acompañar al rey en su viage á Guyena.

Esta órden se tomó por una declaracion de guerra. Los príncipes llamaron á su lado á todos sus partidarios, que formaron un ejército, aunque muy inferior al del rey en número y disciplina. Al mismo tiempo remitieron una justificacion de su conducta á los supremos tribunales, á la Asamblea de los calvinistas, que con autorizacion del rey se hallaba en Grenoble, y á todos los cuerpos menos á la Asamblea del clero; porque sabian, dice el *Mercurio*, que estaban resueltos á someterse enteramente á S. M. Si contaron con mas apoyo por parte de los parlamentos se equivocaron: estas corporaciones enviaban al rey sus pliegos sellados. Este concierto unánime de obediencia tranquilizó á la reina. Sin embargo, como habia en el Parlamento de Paris muchos miembros adheridos á los príncipes, se creyó oportuno privarles de los consejos de su gefe, que era el presidente La Jay, principal autor de las representaciones. El rey le hizo separar el mismo dia en que salió de Paris. El Parlamento le reclamó, y el rey contestó que le llevaba para servirse de él durante su viage; pero el del presidente no fué tan largo, porque se le dejó preso en el castillo de Amboise.

Luis XIII partió el 17 de agosto. La marcha del jóven rey á través de su reino para ir á recibir á su esposa, solo debiera ser acompañada de placeres; pero la singularidad de las circunstancias obligó á mezclar los preparativos de la guerra con la pompa de las fiestas que por esta razon brillaban á veces con nuevo resplandor. El rey caminaba enmedio de una lucida corte. Le seguia su ejército muy despacio, mandado por el mariscal de Laval Bois-Dauphin, que tenia órden de evitar una accion. Despues venia el ejército de los malcontentos á las órdenes del príncipe de Condé, dirigido por el duque de Bouillon. Cuando este se aproximaba, Bois Dauphin presentaba la cara, y Bouillon menos fuerte, se detenia ó buscaba rodeos. Se ha criticado á los dos generales por haber dejado escapar la ocasion de combatir cada uno con su contrario; pero su objeto no era medir ni aventurar de una vez los recursos de su partido. Bois-Dauphin solo queria asegurar el paso del rey; Bouillon solo queria inquietarle y penetrar en los puntos del reino en que contaba reclutar en grande. Uno y otro consiguieron lo que deseaban. Bois-Dauphin condujo tranquilamente la corte á Burdeos, adonde llegó el 7 de octubre; y Condé se estableció en Poitou, donde muchos hidalgos engrosaron el número de sus voluntarios.

Si se esceptuan los desórdenes inseparables de la marcha de los ejércitos, no se vieron en estos disturbios ni la animosidad ni los horrores que ordinariamente acompañan las guerras civiles. Los pueblos tomaron en ello muy poco interés. No les determinaba por la corte ó por el príncipe sino un pensamiento sin pasion. Donde la prevencion de los confederados prevalecia, se obedecia sin embargo al rey; y donde los realistas eran superiores en número, no eran incomodados los partidarios de los príncipes. No se puede dudar que toda Paris y el Parlamento estaban inclinados por los malcontentos; á pesar de eso esta corporacion formuló un edicto, que declaraba al príncipe de Condé y á sus partidarios criminales de lesa magestad. Estos opusieron al edicto escritos acres y mordaces, en los cuales cuidaban de repetir que el objeto de la confederacion era obtener la inquisicion y el castigo de todos los que habian sido cómplices en la muerte del rey. Escitados por el duque de Rohan, los calvinistas se reunieron en cuerpo con el príncipe, á pesar de las instancias de Duplessis-Mornay, de Lesdiguieres y de Chatillon, y fundándose en los mismos motivos levantaron tropas en su favor. El duque de Vendome, gobernador de Bretaña, hijo natural de Enrique IV, y á quien convenia mejor que á nadie el pretesto del asesinato, no hubo de despreciarlo; pero como todos tenian que confesar que tomaban las armas directamente contra el rey, publicaron que este príncipe se encontraba preso en las manos de los ministros, subterfugio gastado que no engañaba á nadie. Sin embargo, como debia temerse que los malcontentos no tuviesen en las provincias partidarios que se declarasen luego que la corte se alejase, envió la reina á las plazas de que sospechaba, comandantes de confianza con tropas que reprimiesen cuidadosamente los menores movimientos; de suerte que la alegría de las bodas no fué turbada por ninguna noticia de sublevacion. El duque de Guisa, á la cabeza de un destacamento del grande ejército, fué á conducir á la frontera á la princesa Isabel, destinada al infante de España, y llevó á la jóven reina á Burdeos, donde se ratificó el matrimonio el 22 de noviembre.

Ana de Austria tenia quince años cuando se desposó con Luis XIII, que era de la misma edad, con diferencia de cinco dias. A pesar de esta ventaja, su matrimonio no fué feliz. Los dos esposos se agradaron al verse, pero su union fué estorbada por los que aspiraban á la confianza esclusiva del rey y temian que su amor por la jóven reina disminuyese su crédito. Se inspiraron á Luis recelos sobre el cariño que Ana conservaba á su familia, y se insinuaba á la reina que su esposo no la amaba. Así vivieron como en un divorcio continuo, que no se interrumpió sino por algunas reuniones pasageras debidas á las circunstancias mas bien que á la ternura.

El primer intérprete de sus sentimientos fué Alberto de Luynes, hidalgo provenzal, que supo agradar al rey por su ingenio para la caza, y para inventar distracciones adecuadas á la edad de este príncipe. Le mandó llevar á su esposa la primera carta de cumplimiento en que le decia: «que Luynes era su amigo, y que creyese lo que le participase de su parte.» Esta lisongera comision dejaba ver el favor de que gozaba el cortesano; favor que no alarmaba á la reina madre, persuadida de que se reducia á la esfera de las diversiones, y que su hijo reservaba para ella sola el conocimiento de los negocios por los que únicamente se sentia ansiosa María de Médicis. El favorito la sostuvo hábilmente en tal creencia; pero se sirvió de la libertad de los placeres para hacer conocer á Luis lo débil que era el gobierno de su madre, y sobre todo su ciega prevencion en favor del mariscal de Ancre y de su mujer. Varias veces se le oyó decir á este príncipe, fiel á la discrecion que exigia sin duda su favorito, y hablando con los demas confidentes suyos: «Ese mariscal será la ruina de mi reino; pero no se le puede decir esto á mi madre porque se encolerizaria.»

En efecto, nadie ha llevado mas lejos que María la ira y el espíritu de venganza. No podia sufrir ni representaciones ni obstáculos; el despecho la hacia capaz de todo, y cuando algun interés la obligaba á reprimirse, la naturaleza violentada se esplicaba por la alteracion de su semblante y de su salud. Sus pasiones eran estremadas: la amistad era en ella una ciega abnegacion, y el odio, execracion. Nadie que la hubiese incomodado una vez podia lisonjearse de recobrar su buena voluntad, ni aun de ser tolerado: así es, que se preferia trabajar en contra suya á vivir por su indulgencia. Por consiguiente, esperimentó el poder de lo que sucede á los caracteres dulces y moderados. No están libres de los obstáculos y de las contradicciones de los demas; pero al menos su paciencia atrae las voluntades y por lo regular todo se concluye favorablemente para ellos; al paso que María de Médicis, despues de algunas ventajas obtenidas mas bien por fuerza que de grado, sufrió reveses humillantes que la castigaron sin corregirla.

Despues de haber casado á su hijo segun sus deseos, á pesar de los obstáculos poderosos que se oponian á ello, veia María dos medios igualmente fáciles para destruir ó disolver la cábala que le era contraria. Para destruirla no tenia mas que aflojar la brida al duque de Guisa, que acababa de ponerse á la cabeza de su ejército, muy superior al de los confederados; para disolverla le bastaba presentar el cebo de los favores á la mayor parte de los malcontentos. El primer partido era mas conforme al genio de María, y si no lo siguió, fué porque se vió obligada á sacrificar su gusto á consideraciones muy poderosas.

Al rey no le agradaba esta guerra: los que le rodeaban le decian en secreto que su matrimonio no habia sido mas que un pretesto, y que el verdadero motivo era la sublevacion de los grandes contra un insolente favorito por quien la reina estaba locamente infatuada; que con una palabra podria poner fin á todos estos disturbios, y si no lo hacia seria porque preferiria al marques de Ancre á la tranquilidad del reino y á la satisfaccion de su hijo. La jóven reina deseaba tambien con ardor el fin de estas turbulencias para dirigirse á Paris, donde la esperaban fiestas, cuya idea afeaba todavía mas á sus ojos la guerra que veia. Toda la juventud de la corte era de su misma opinion. Las personas de mas madurez anhelaban la conclusion de las hostilidades, si no para aprovecharse de los placeres, al menos por no verse espuestas á las incomodidades de los campamentos y de los viajes en tan áspera é incómoda estacion. En fin, como á pesar del estado de guerra en que se vivia, siempre habia relaciones de parentesco y de interés, se escribian, aunque siguiendo partidos contrarios, se comunicaban sus ideas y se convenia en general en que era preciso hacer la paz; y era tan general este deseo, que la reina temia que recayese sobre ella toda la odiosidad de la guerra, si no se prestaba á una negociacion. Trató pues de realizarla, pero con tan poca maña, que salió completamente mal en la forma y en el fondo.

En la forma, porque sufrió que la paz se tratase en una especie de congreso que se celebró primeramente en Fontenay le-Comte en Poitou, y luego en Loudun, dos lugares elegidos para la comodidad de los malcontentos; porque hubo de permitir que, ademas de las personas necesarias, como los ministros del rey y los gefes de los confederados, asistiesen á la conferencia diputados calvinistas, representantes de las principales familias del reino, y bas-

ta el embajador de Inglaterra, no en calidad de árbitro, como lo deseaban los príncipes, sino en calidad de garante, bajo el título de testigo.

Por el fondo, porque seria difícil reducirse á aceptar condiciones mas bochornosas que las de este tratado firmado en Loudun el 6 de mayo. Los dos primeros artículos están concebidos en estos términos: «Se hará una rigurosa indagacion de los que han sido «cómplices en el detestable parricidio cometido en la persona del «difunto rey; y considerando que en perjuicio de la voluntad y ór«denes espresas del rey y de la reina su madre, algunos empleados «están tildados de haber descuidado la averiguacion de los autores «de dicho parricidio, es del agrado de S. M. que se despache al efec«to una comision dirigida al Parlamento de Paris.» En seguida están la mayor parte de las peticiones hechas por los Estados que se resuelven en sentido favorable. Se pide tambien afectadamente en el artículo 13, que los empleos y dignidades, tanto seculares como eclesiásticos, no puedan darse jamás á los estrangeros, y el rey lo prometió: «reservándose no obstante S. M. conceder lo que con«venga al mérito, servicios y circunstancias de las personas.» Por lo demas, no hay en él sino estipulaciones generales para interés de los pueblos y la disminucion de sus impuestos.

En cuanto al príncipe y sus partidarios, no solo se les rehabilitó y declaró inocentes y buenos servidores del rey, sino que se les otorgaron sumas considerables para pagar sus deudas é indemnizarles. Los reformados obtuvieron tan solo lo preciso para hacerles creer que no habian sido olvidados del todo, á saber: el restablecimiento del ejercicio de su religion en algunos puntos. El Parlamento de Paris manifestó tambien algun recuerdo de los confederados que estaban interesados en contemplarle. Se trató de hacer obtener alguna satisfaccion sobre el derecho de convocar á los pares, que habia sido uno de los objetos y la causa de las famosas representaciones; pero este artículo se redujo á términos tan ambigüos, que el 13 de junio al encabezar el decreto del rey confirmando el tratado de Loudun, la corporacion acordó nuevas representaciones sobre este asunto.

Mientras se negociaba este tratado, vino el rey á Paris, donde hizo su entrada con la reina su esposa el 18 de mayo. Poco tiempo despues se vieron acontecimientos que habian sido prometidos en artículos secretos añadidos al tratado en número de quince. El ministerio fué totalmente cambiado. Se retiraron los sellos al canciller Brulard de Sillery y se le dieron al presidente Vair. El primero quiso entregárselos al rey en persona, y obtuvo una audiencia particular, de la cual el jóven príncipe salió con los ojos hinchados y húmedos. Las rentas administradas por el presidente Jeannin, se le confiaron á Barbin hombre nuevo. Richelieu, hechura del mariscal de Ancre que ya le habia obtenido el obispado de Luzon y la dignidad de limosnero de la reina, fué llamado al consejo, y esta fué la primera vez que apareció con brillo en la escena pública. Casi todas las personas afectas á los antiguos ministros recibieron muestras de desgracia. El duque de Epernon y otros muchos señores que se habian manifestado partidarios celosos de la reina, fueron abandonados al resentimiento de los malcontentos, que estendieron con intencion escritos en los cuales se desacreditaba á aquellos. Hasta el mariscal de Ancre pareció decaer de su crédito, pues cedió á sus competidores empleos y puestos que le envidiaban, entre otros el de Amiens, que ya hacia mucho tiempo codiciaba el duque de Longueville, gobernador de Picardía.

Tantos acontecimientos singulares dan lugar á sospechar que hubo en esta paz una composicion secreta, sobre la cual solo pueden tenerse congeturas. El duque de Bouillon y el mariscal de Ancre, que habian sido tan encarnizados antagonistas, aparecieron inmediatamente despues de la conclusion del tratado estremadamente amigos. El príncipe de Condé cambió tambien, por decirlo así, de la noche á la mañana; protegió abiertamente al mariscal contra la indiscrecion de los señores jóvenes y la mala voluntad de los viejos. Estos dos gefes de los confederados fueron los únicos que aparecieron contentos. Los demas calvinistas y parlamentarios se quejaban igualmente de que no se les habian procurado condiciones bastante ventajosas, prueba incontestable de que su consentimiento á la paz fué sacado por astucia, y que hubo en el negocio alguna connivencia clandestina, en la cual fué engañado el mayor número. Si se ha de juzgar por lo que en seguida aconteció, el príncipe de Condé y el duque de Bouillon bajo la promesa que se les habia hecho de asociarlos al gobierno, se habian contentado con obtener para sus partidarios algunas ventajas mas aparentes que reales; y la reina madre no habia titubeado en sacrificar los ministros de quienes no era muy afecta con la esperanza de hacer lo que se le antojase bajo el nombre del príncipe, ó de reducirle á él mismo á la impotencia de perjudicar privándole del auxilio de sus partidarios. A este plan de política es sin duda á lo que se refieren las palabras de Villeroy conservadas por Siri. Al tratar en el consejo de la peticion que hacia el príncipe de firmar los estatutos, «se puede poner la pluma en la mano, de quien se tiene el brazo» dijo, Villeroy. La intencion de María se encuentra mas descubierta todavía en una conversacion que Barbin tuvo con el marqués de Cœuvres con motivo de las pretensiones de Condé. «Es menester, le dijo, que el príncipe se determine á ser un buen vasallo del rey; de lo contrario, que sepa que no hay clase, condicion ni crédito capaces de asegurar á nadie que se encuentre en el Louvre el centro de la justicia y de la fuerza del rey.»

Pero el buen éxito alucinó á Condé y lo perdió; su vuelta á Paris despues de la paz fué una especie de triunfo. Todo el mundo le miraba como al que desde entonces debia ser el dueño de los favores, y él mismo se lo creyó: los cortesanos se apresuraron á rodearle y se vió mas buscado que el rey. Con la embriaguez de esta prosperidad no medía el príncipe ni sus acciones ni sus discursos: decidia independientemente en el consejo, resolvia de pronto toda clase de negocios, y distribuia los empleos y los cargos. Si bien es cierto que hizo agradecidos, tambien lo es que hizo muchos malcontentos. Ademas de esto, irritó de nuevo á la reina contra sí por la conducta que tuvo con el mariscal de Ancre, á quien no habia acariciado sino para precipitarle con mas seguridad.

Este coloso de favor estaba continuamente espuesto al odio de los grandes y de los pequeños y amenazaba ruina: «porque, dice Siri, es indispensable que toda madera sea carcomida por los gusanos y todo paño devorado por la polilla.» Sufrió este año dos contratiempos pesados, el segundo de los cuales fué un preludio bastante claro de una desgracia próxima. El primero fué la pérdida de su hija, que murió al tiempo de ir á casarla y á procurarse con un yerno de una familia distinguida un apoyo contra los golpes que le preparaban sus enemigos. No le quedó mas que un hijo, destinado á llevar el oprobio de la memoria de su padre sin haber participado de su fortuna, de que no le dejaba gozar su poca edad. El segundo revés fué el suplicio de dos lacayos suyos que fueron ahorcados delante de su palacio vestidos con su librea, por haber herido violentamente á un artesano. Hubo en este castigo circunstancias que dejaron ver que los criados eran víctimas del odio que se profesaba al amo. Concini lo sintió, y conoció fácilmente que se trataba de animar contra él al populacho de la capital, donde no se creia seguro. Su situacion en la corte no era menos alarmante: un ánimo todavía mas firme que el suyo se hubiera sin duda acobardado. Por ninguna parte veia sino asechanzas y traiciones, y sus palabras y acciones eran igualmente mal interpretadas. Si se presentaba en las fiestas que los grandes hacian, se tachaba su paso de insolente; si se retiraba porque conocia que no se le miraba bien, se atribuia su ausencia á desden ó á desprecio. Llegando un dia á casa del príncipe de Condé al fin de una comida, se encontró rodeado el mariscal por los convidados, la mayor parte jóvenes que le estrechaban, le insultaban y parecia que no esperaban sino una señal cualquiera del príncipe para lanzarse sobre él y asesinarle. A Condé le costó trabajo refrenar el ímpetu de esta juventud, pero al fin logró contenerla y libertar á Concini. Este corrió otra vez el mismo peligro por parte de toda la cábala que solicitaba el permiso de Condé para obrar y librarse de su enemigo. El príncipe se opuso á la ejecucion de esta trama y dió parte de ella al mariscal, aconsejándole que abandonara la corte por algun tiempo, á fin de dejar enfriar esta animosidad. El mariscal siguió este consejo y se retiró á Normandía.

Pero estas apariencias de buena voluntad por parte del príncipe no le servian de mucho á Concini, porque eran acompañadas de arrogancia y de un tono y un aire de desprecio públicos, que incitaban á los cortesanos á insultar al mariscal. Cualquiera que quisiese atentar contra sus gobiernos ó contra sus dignidades encontraba en el príncipe de Condé un apoyo seguro. En esta confianza el duque de Longueville se atrevió á apoderarse á mano armada de Perona, de que Concini era gobernador. Longueville sostuvo su usurpacion hasta contra las tropas que la reina le opuso. María cedió esta vez, y así dejó acreditar la persuasion de que Condé era el verdadero señor y de que ella carecia absolutamente de autoridad.

Sully la advirtió el mal efecto de su debilidad, y la hizo ver consecuencias que contribuyeron sin duda á la desgracia del príncipe. «En el estado en que se encuentran las cosas, la dijo, en ocho dias toda la autoridad pasará al príncipe de Condé, ó la recobrareis si sabeis retenerla. Dos poderes tan grandes son incompatibles. Los grandes y el pueblo están por el príncipe. Despues de la usurpacion de Longueville y la retirada del mariscal, ya no es nada vuestra autoridad, ni para los negocios ni para el consejo: toda está en manos del príncipe, tanto que no os creo en seguridad en Paris, donde se os puede cercar dentro del Louvre, y mas quisiera veros tanto á vos como á vuestro hijo á campo raso con mil caballos.—Encuentro muchos que me hacen ver el mal, dijo la reina, pero ninguno el remedio; yo he hecho todo lo que es humanamente posible por el bien del Estado, pero Dios no ha querido bendecir mis esfuerzos. Le he dado la pluma al príncipe y he

desarmado al rey; le quité al mariscal de Ancre el gobierno que tenia en Picardía; he tolerado que se le arrojase de la corte; hice bien á todo el mundo; no hice mal á nadie; no sé pues qué partido tomar.» Pero su irresolucion no duró mucho tiempo. Hizo ver, segun se lo habia ofrecido á Bassompierre, que la censuraba por



Ravaillac hurtando en una posada el cuchillo con que asesinó al rey.

el sueño letárgico en que parecia sumergida, «hizo ver que no dormia siempre.»

Por de pronto sacó de la Bastilla al conde de Auvernia, que se hallaba en ella hacia doce años. Este primer paso habria debido inspirar desconfianza á los condeistas (así los llamaba Bassompierre) si se sacaba de la prision en un momento tan crítico á un príncipe enemigo nato de la rama reinante, y debian pensar que existia aparentemente algun designio cuya ejecucion requeria un hombre firme y emprendedor. Los políticos hasta del pueblo lo comprendieron, pues divulgaron en sus reuniones que sobre la puerta de la sala que ocupaba en la Bastilla el conde de Auvernia se habia escrito *Se alquila esta sala*. Muchas veces basta una sola palabra basta para hacer abortar el proyecto mejor concertado. Pero se hallaba tan persuadida de su fuerza la faccion, que no hizo caso de esta chanza popular; se creia dueña de los acontecimientos. Sin embargo, como se hacian circular amenazas que podrian ser fundadas, los gefes, esto es, Condé, Vendome, Mayena y Bouillon, que en una ocasion reciente habia estado en poco el no cogerlos á todos cuatro en el palacio de la reina, se convinieron en no hallarse jamás juntos en el Louvre. Esta precaucion salvó á tres de ellos, y el príncipe de Condé, que no hubiera podido persuadirse que debia temer por sí, pagó por todos.

Habiéndose presentado para el consejo en el palacio de la reina madre el 1.° de setiembre, encontró en ella al rey que le recibió bien. La reina, bajo pretesto de algunos negocios, mandó llamar á su hijo á su gabinete, é inmediatamente acercándose Themines al príncipe le pidió su espada de órden del rey, y le hizo preso. Dióse órden para arrestar al mismo tiempo á Vendome, Mayena, Cœuvres, Joinville, Guisa y Bouillon, pero ninguno de ellos la esperó. Fueron avisados casi en el momento de la catástrofe del Louvre, y salieron de Paris. Al salir trataron algunos de sublevar al pueblo. La viuda de Condé recorrió las calles sumida en llanto, gritando que se asesinaba á su hijo, y exhortando á los parisienses á tomar las armas; pero estas tentativas no hicieron conmover sino á lo mas bajo del pueblo, que se presentó en gran número delante del magnífico palacio del mariscal de Ancre: echó abajo las puertas, rompió las ventanas, robó sus muebles suntuosos y los de Corbinelli, su secretario, todo sin la menor efusion de sangre. La corte se alegró de que el furor del pueblo recayese sobre muebles y alhajas: habia recelado efectos mas terribles, y en tanto que se arrestaba al príncipe, la reina hacia meter en el patio interior de Louvre sus coches cargados de fardos que contenian el dinero y la pedrería de la corona, dispuestos á llevar al rey si hubiese faltado el golpe ó si hubiese tenido consecuencias peligrosas. No tuvo otras que mucho movimiento entre los cortesanos, que triunfaban los unos y los otros trataban de hacer olvidar con sus condescendencias que habian seguido un partido desgraciado.

Luis XIII fué á presidir la sesion del Parlamento el 6 del mismo mes. Allí declaró que le habia costado un sentimiento estremo el haberse visto obligado á usar de su autoridad contra su primo: pero que la cábala formada bajo el nombre del príncipe se habia entregado á escesos que una tolerancia de mas tiempo los hubiera hecho irremediables. Estos escesos son, dijo el canciller, reuniones nocturnas celebradas en el palacio de Condé y en otras partes; pasos dados con la intencion de escitar á la nobleza á tomar las armas en las provincias, para obligar á que se declaren las personas principales de la vecindad de Paris, y á los predicadores á levantar la voz contra los principales desórdenes del gobierno. Han violado, añadió, el tratado de Loudun con la toma de Perona y otras plazas. El rey tiene avisos ciertos de que querian apoderarse de su persona y de la de la reina su madre, y acantonarse en las provincias. Para esto han hecho considerables provisiones de armas, hasta en Paris, y levas en las provincias, sin permiso del rey. En fin, se sabe á no dudarlo, que algunos partidarios del príncipe han tenido el atrevimiento de sugerirle pretensiones al trono, y que se burlaban entre ellos con una palabra (*Barre á bas*) que espresaba este designio. El canciller concluyó esta esposicion en nombre del rey con la confirmacion del tratado de Loudun y la promesa de conceder perdon y absolucion á todos los que antes de quince dias volviesen á su deber. Esta declaracion fué anotada en el Parlamento sin reclamaciones, aunque se susurró entre otras cosas que el príncipe queria resucitar el asunto de la reunion de los pares y hacerlos convocar á pesar del rey.

Los fugitivos se habian retirado á Soissons, en donde fanfarroneaban aunque no tenian ni dinero ni tropas. En vez de perseguirlos envió la reina á Boissise y Chanvalon á negociar con ellos, y durante este tiempo, en la noche del 24 al 25 de setiembre, se trasladó á la Bastilla al príncipe, que hasta entonces habia estado en el Louvre. Los malcontentos fingieron prestarse á un convenio; pero solo lo hacian para ganar tiempo, y poco tardaron en pronunciarse mas ostensiblemente, y en hacer levas en las provincias de que disponian. La corte los opuso tres ejércitos, mandados por el conde de Auvernia y los mariscales de Montigny y de Souvre, que á falta de los ahorros de la Bastilla, ya agotados, fueron sostenidos con el auxilio de algunos edictos pecuniarios.

El mariscal de Ancre no se hallaba al lado de la reina cuando fué arrestado el príncipe de Condé: ocupábase en Normandía en fortificar á Quillebœnf, por donde se creia que queria sujetar á Rouen y á toda la provincia y de rechazo á Paris; pero parece que no tenia intencion sino de obrar como los demas señores, que, bajo un gobierno borrascoso, trataban de asegurarse un asilo contra los primeros sacudimientos de la tormenta. El tiempo que eligió para vigilar sus trabajos hizo creer que al alejarse queria persuadir al público de que nada habia tenido que ver con el arresto del príncipe; pero si así lo pensaron algunos, su porte sucesivo los desengañó.

Concini, cuya altanería habia sido moderada por la política y la condescendencia, sobre todo hácia los grandes, volvió como un déspota que entra en su imperio. Hizo que se le quitasen los sellos á Vair, «cuya vida austera y estóica, dice Brienne, no podia avenirse con los que no querian que la voluntad de los soberanos tuviese límites.» Se los dieron á Mangot. El obispo de Luzon adquirió mucha superioridad en el consejo. Los antiguos ministros, tales como Villeroy, que se habian mantenido todavía en la corte en las últimas revueltas, se retiraron. Los nuevos tuvieron órden de trabajar bajo la direccion del mariscal; su poder desde entonces no tuvo límites. La reina madre descansó en él de los cuidados del reino, y aprobó que se mezclase en la conducta del rey, á

quien tuvo la torpeza de contrariar los gustos y de querer limitar los placeres.

Sin embargo no le cegaba su fortuna: se tiene una prueba de ello en una conversacion que en este tiempo tuvo con Bassompierre: «Siento en el alma la muerte de mi hija, le dijo, y la sentiré mientras viva; no obstante, soportaria este disgusto si no me anunciase en cierto modo mi ruina, la de mi mujer, de mi hijo y



La princesa Isabel abandonando la Francia para desposarse con el infante de España.

de toda mi casa, que la obstinacion de mi mujer hace inevitable. Conozco el mundo, la fortuna, sus elevaciones y declinaciones, y que una vez que el hombre ha llegado á cierto punto, se precipita con una velocidad proporcionada á la altura á que se ha remontado. Como me conoceis desde la infancia, nada tengo oculto para vos. Me habeis visto en Florencia relajado, preso algunas veces, desterrado, sin dinero, é incesantemente en el desórden y en la mala vida. He nacido hidalgo. No tenia un cuarto cuando vine á Francia. He adelantado y me he enriquecido á favor de mi matrimonio. He seguido á mi fortuna hasta donde podia llegar, en tanto que me ha sido favorable; pero conociendo que se cansaba y que me daba avisos, he querido retirarme muchas veces é ir á gozar en mi patria los muchos bienes que nos ha dado la reina. Cada vez que la fortuna nos pega un latigazo, apuro, conjuro á mi mujer, pero inútilmente. Yo pierdo mis amigos que se mueren. Se me arroja de mi gobierno de Amiens. El populacho me detesta y me insulta. Se ahorca á mis criados. Me veo obligado á huir y á desterrarme á Normandía. Se ha saqueado mi casa. Mi hija que podia proporcionarme un apoyo casándose, se muere, y mi mujer se resiste eternamente. Yo tengo con que pasar como soberano. He ofrecido al Papa seiscientos mil escudos por el usufructo del ducado de Ferrara. A mi hijo le dejaré todavía mas de dos millones. En fin, he suplicado á mi mujer, me he echado á sus plantas, pero ella me echa en cara mi timidez y mi ingratitud, y que quiero dejar á la reina: juzgad mi embarazo.»

Concini esperimentó en esta ocasion que un amigo demasiado celoso es mas temible que un enemigo. La reina madre veia sublevada la nacion entera por las preferencias que tenia con el mariscal de Ancre y su mujer; y cuanto mas se convencia de la aversion general declarada contra su eleccion, mas se obstinaba en dar pruebas de un afecto esclusivo. Los malcontentos que hubieran sufrido con gusto su autoridad si á haber participado en esta, viéndola toda en manos de un estrangero publicaban el abuso, empeñándose en publicar del mismo modo las muestras de su tenacidad, para atraer sobre él la burla ó el desprecio: pero con todo esto perjudicaron á María menos que un cortesano que á su vista se apoderaba diestramente del rey, y arrebataba á la madre la confianza de su hijo, que jamás recobró.

Este cortesano, adornado de todas las ventajosas y amables cualidades que supone esta palabra tomada en su mejor sentido, es Alberto de Luynes, de cuya entrada y progresos en la corte dejamos hecha mencion. Apenas se sintió afirmado, cuando llamó á su lado á Brantes y Cadenet, sus dos hermanos, muy capaces de secundarle. Formaron una reunion de jovenes, que á pesar de la gravedad del rey, hacian su corte alegre y animada. Delante de la reina madre jamás se hablaba mas que de placeres, de manera que no sospechaba que esta multitud juguetona pudiese ocuparse de otra cosa. Pero particularmente se daba parte al rey de los asuntos



Prision del príncipe de Condé.

de su reino, con los que jamás le ocupaba María sino brevemente, y como á pesar suyo. Despues de obrar de este modo, era muy fácil persuadir al jóven príncipe de que su madre queria tenerle en la ignorancia, á fin de gobernar sola. Parece que á estas insinuaciones se agregaban otras no menos sensibles para la reina. Bassompierre cuenta que un dia oyó decir al príncipe hablando de Cárlos IX: «No

fué el eco de la bocina lo que le mató, sino el haberse puesto mal con la reina Catalina su madre en Monceaux, y haberse trasladado á Meaux; pero si, segun la persuasion del mariscal de Retz, no hubiese vuelto á Monceaux, no hubiera muerto.» Sea por sugestion, sea porque hubiese tomado sus prevenciones con su carácter sombrío, Luis XIII creia que su madre queria mas á su hermano Gaston que á él, y que desearia verle subir al trono, á fin de reinar mas tiempo por sí misma y bajo su nombre. Estos recelos daban á los malcontentos muchas ventajas al lado del jóven monarca; les era fácil hacerle creer que atacando la autoridad de su madre trabajaban realmente para hacerle entregar la suya. Los emisarios que tenian en la corte contribuian á inspirar al rey estas ideas, y él mismo se convenció de que eran verdaderas cuando vió que el mariscal de Ancre, despues de haber alejado los que podian contradecirle, disponia de todo arbitrariamente, le trataba como á un niño y no le participaba de los negocios sino lo que de ningun modo podia ocultarle.

En tanto que la conducta de la reina madre era tan imperiosa, la de sus enemigos era dócil y llena de atenciones para con su hijo. Desde Soissons donde estaban fortificados, hicieron presente al rey el sentimiento que les cabia por una enfermedad que entonces tuvo. Le aseguraban al mismo tiempo que estaban dispuestos á someterse enteramente á su voluntad, y que solo necesitaba una palabra suya para tenerlos todos á sus pies. Asi se entabló una correspondencia secreta entre el rey y los que se llamaban sublevados. Por parte de la reina, al contrario, todo anunciaba odio contra ellos y el designio de someterlos completamente: hizo que se les intimase que se volviesen á la corte, ó al menos que se separasen, y puso tropas en pié para obligarles á ello. Hubo manifestaciones sangrientas. Como era esto, por decirlo así, una querella de familia á familia, como las mujeres tomaban en ella tanto interés como los hombres, no habia ninguna anécdota sobre el particular que no se hiciese pública, ni una censura que no se hiciese con tanta mas acritud, cuanto se habian conocido y apreciado mas. Se juzgaban no solo las acciones, sino las intenciones; y las mismas palabras que se aplaudian por unos, como dignas de los mayores elogios, eran criticadas por otros como espresiones de una insolencia punible. Lesdiguieres, á quien la reina solicitó que viniese en su socorro con las tropas que conducia victoriosas del Piamonte, respondió: «Yo fui á dar la paz á Italia, y vendré á dársela á Francia;» y esta contestacion mas altanera que heróica, de un súbdito á su señor, fué elogiada con el entusiasmo de la admiracion por los malcontentos que Lesdiguieres favorecia. El mariscal de Ancre al contrario, escribió á la reina: «He levantado en Alemania por V. M. seis mil hombres de á pie y ochocientos caballos, que se hallan en la frontera, y los conduciré para su servicio, sin que yo pretenda recompensa del gasto que hago con tal motivo.» Dirigió su carta, y se levantó contra él un grito de indignacion: se le trató de sanguijuela pública, de ladron, de tirano, sin hacerle la menor gracia, en favor de la causa que le llevaba á sacrificar sus intereses en defensa de su bienhechora.

Parece que despues de la conversacion con Bassompierre, de que hemos hablado, Concini, preparado para cualquier acontecimiento, tomó el partido de no contemplar á nadie, ni á los grandes ni á los pequeños, ni á los ministros, ni al pueblo; en una palabra, de fundar su poder sobre bases de firmeza ó perecer. Ademas de Quillebœuf, fortificó á Pont-del'-Arche y otras muchas ciudades en Picardía y Normandía, por medio de las cuales esperaba sujetar á Paris. Puso gefes á su disposicion en las plazas mas importantes del reino. En las guarniciones que no pudo ganar introdujo gente de su confianza. Suprimió pensiones, creó otras nuevas, entregó todos los empleos y todos los cargos que dependian de él, mientras que su mujer recibia públicamente el precio de los monopolios. Formó una guardia de cuarenta hidalgos, cuyo mayor número le acompañaba á todas partes, hasta cuando iba á ver al rey. Los consejos no se apreciaban mas que por la forma, y no se discutia sino sobre asuntos poco importantes; y tan luego como el jóven monarca mostraba deseos de tener conocimiento de alguno, bajo pretesto de evitarle trabajo, el mariscal se encargaba de la decision y de la ejecucion.

Este proceder desagradaba sobre manera á Luis, que principiaba á mostrarse celoso, no solo de ser el señor, sino tambien de parecerlo. Muchas veces habia insinuado á su madre que todas estas disensiones duraban demasiado; que podian concluirse poniendo límites á las preferencias y empleando á los grandes en el gobierno, á cada uno segun su nacimiento, su dignidad y sus talentos. Como el establecimiento de esta nueva forma hubiera herido mortalmente la autoridad esclusiva de que María de Médicis gozaba bajo el nombre de sus ministros, hacia oidos sordos ella. Sin embargo, creyó que debia mantener una negociacion sin reserva con los malcontentos, con objeto de no atraer sobre ella lo odioso de la guerra. Las conferencias se componian de actos de severidad y de clemencia. Si la reina no se satisfacia con la docilidad de los confederados, los declaraba criminales de lesa magestad: si ellos aceptaban los ofrecimientos de la corte, se les reconocia como inocentes, para facilitar una composicion que no tuvo efecto, á pesar de tomar parte en ella los confesores, los cardenales y los nuncios.

En fin, la reina ordenó al conde de Auvernia que tomase todas las plazas que los malcontentos ocupaban en los alrededores de Soissons, y los redujese á esta ciudad, cuyo sitio fué resuelto el 22 de marzo en un consejo secreto, compuesto de la reina, del mariscal de Ancre, del guarda-sellos, del obispo de Luzon y de Barbin. El duque de Mayena se habia hecho fuerte en aquella plaza, y la defendió con valor; pero á pesar de su defensa vigorosa, no tenia ya otros recursos que los socorros estrangeros conseguidos por el duque de Bouillon; socorros á que se opuso el duque de Guisa, recientemente separado de la liga, cuando un acontecimiento preparado con mucha antelacion en la corte, trajo en un instante la paz.

Para un rey que hubiese conocido sus fuerzas, la revolucion del gobierno podria muy bien no ser otra cosa que la obra de una desgracia: el mariscal de Ancre hubiera sido desterrado ó envenenado, y la reina madre se hubiera encontrado privada del conocimiento de los negocios; pero Luis y sus confidentes eran tímidos, y el temor de inconvenientes que tal vez no hubieran sobrevenido, les hizo tomar un partido violento. Volvia Concini de Normandía, á donde hacia un viage de cuando en cuando y volvia, dijo el rey en la declaracion que dió contra su memoria, «para alejar de su persona los únicos servidores fieles que le quedaban, y reducirle á una dura tutela.» Habia sido fácil hacer creer estos designios á un príncipe jóven á quien se le espantaba haciéndole encontrar al paso, en diferentes partes de su palacio, puñales, venenos y billetes que le advertian que se guardase bien. Las inquietudes que le causaron quebrantaron su salud. Se hallaba muy embarazado entre una madre que creia que no le amaba, y los malcontentos á quienes esta madre le pintaba como sublevados, pero que hacian llegar á sus manos secretamente las protestas de una sumision completa; en fin, sea por cansancio del yugo maternal, sea por la esperanza de pacificar su reino en un instante, se dejó arrancar la órden fatal.

Entrando el mariscal de Ancre en el Louvre el 24 de abril para el consejo, el capitan de guardias Vitry se le acerca y le pide la espada. Concini hizo un movimiento no se sabe si para entregarla ó para defenderse; pero al instante recibe tres descargas de pistola, cae y espira. La multitud de clientes que le rodeaba desaparece: el rey se asoma al balcon para autorizar esta accion con su presencia. Todos se agrupan alrededor de él como en un regocijo público: recibe las felicitaciones de todo el mundo; y durante esta especie de triunfo se desarma á los guardias de su madre, á quien se dan los de su hijo; se tabican las puertas que comunicaban con la habitacion del rey, y Leonor Galigay, mujer del mariscal, es arrestada casi á vista de su señora.

Lo restante de este dia lo emplearon los cortesanos en buscar ridiculeces, vicios y crímenes que atribuir al que adoraban la víspera. El populacho dió al dia siguiente un espectáculo terrible. El cuerpo del mariscal habia sido lanzado á las letrinas de la puerta; á la noche se le enterró secretamente en la iglesia de San German de Auxerre. Algunas personas llevadas por la curiosidad, descubren el lugar de la sepultura. El pueblo se amotina, exhuma el cadaver, le arrastra por las calles y por las plazas públicas, le cuelga en una, le mutila en otra. Algunos llevaron su barbárie hasta desgarrarle con sus dientes, y poner á subasta pedazos sangrientos, que encontraron compradores. Se dejó á la multitud satisfacer una rabia ciega, que no desagradaba á los autores de la catástrofe, porque estos escesos persuadian al rey de que habia habido razon para empeñarle á sacrificar á un hombre tan detestado.

Aun se convenció mas cuando supo lo que sucedió en Soissons al recibir la noticia de su muerte. Los confederados estaban avisados de que algo pasaba en la corte: y aun se pretende que Luis les habia hecho saber que si no se lograba lo que él meditaba, se retiraria á Compiegne, adonde los llamaria á su lado. Efectivamente una mañana entera estuvieron preparados para partir todos los equipages del rey; y los que se hallaban en Soissons tuvieron noticia antes que los sitiadores de lo que pasaba en el Louvre. El dia 24 dieron parte de todo al ejército del conde de Auvernia. Inmediatamente sin conferencias ni condiciones, cesó toda apariencia de hostilidad. Los gefes se vieron y se hablaron. Los malcontentos se presentaron al rey sin pedir perdon ni seguridad. Los antiguos ministros Sillery, Villeroy, Jeannin y Vair volvieron tambien. De los nuevos que habian sido colocados por el mariscal de Ancre, solo fué arrestado Barbin; los demas se retiraron por sí mismos, escepto Richelieu, que pareció dispuesto á seguir la suerte de la reina madre. Luego se sospechó que buscaba con esta apariencia de fidelidad sus ventajas mas bien que las de su bienhechora, de quien debia ser espia.

Nada pudo igualarse al asombro de esta princesa sino su pena. Era en efecto vergonzoso para una mujer que se tenia por política el haber sido tan hábilmente engañada por un rey tierno, aconseja-

do por favoritos jóvenes y sin esperiencia. Sin embargo, no se dejó abatir; y lisongeándose con la idea de recobrar fácilmente el ascendiente que habia tenido sobre su hijo, y de repararlo todo si conseguia solamente hablarle, solicitó este favor con diligencia; mas le fué negado siempre. Se le declaró que no recobraria la buena voluntad del rey sino consintiendo en alejarse de la corte por algun tiempo. La dureza de esta proposicion fué templada con todo lo que podia hacerla soportable. Se dejó á disposicion de la reina la eleccion del lugar adonde quisiera retirarse, la de las personas que la acompañasen, las rentas, el poder y los honores que debia gozar. Con estas condiciones se le ofreció que hablaria á su hijo, y que no partiria como una persona desgraciada. Despues de combatir mucho tiempo, María se resignó á su suerte: eligió para su retiro el castillo de Blois, y partió el 4 de mayo.

Pocas personas obtuvieron permiso para despedirse de ella. En el momento de la partida se presentó en su habitacion el rey. Todo lo que debian decirse estaba arreglado, hasta los términos y los gestos. Despues de haber tartamudeado entre sollozos algunas lástimas y de haber abrazado á su hijo, quiso añadir súplicas en favor de Barbin y de Leonor, que se hallaban presos. Luis la miró como un hombre turbado, y se retiró sin decir nada. María se adelantó para detener á Luynes que salia con el rey; pero este príncipe llamó muchas veces á su favorito con un tono absoluto. La reina volvió á su habitacion deshecha en lágrimas, se arrojó con la cabeza tapada al fondo de su coche, y partió. El rey la seguia con la vista con el aire de satisfaccion de un jóven libertado de la férula de un pedagogo importuno, y pasó lo restante del dia en los placeres.

No fué este el último acto de la tragedia. Leonor Galigay debia al universo el ejemplo de una favorita castigada por haberse dejado arrastrar por el torrente de la fortuna. Ni ella ni su marido tuvieron la culpa de esos grandes crímenes de que se sirven á veces los ambiciosos para forzar los acontecimientos. Se encontraron en la senda de las riquezas y de la grandeza, senda que les abrió la amistad de una reina poderosa; entraron en ella con intrepidez, marcharon con confianza, y al fin encontraron la muerte y la ignominia.

Seria injusto creer al mariscal de Ancre tal cual lo pintan los historiadores de su tiempo. Vendidos la mayor parte al nuevo gobierno, ó llevados de las preocupaciones que se tienen siempre contra los desgraciados, le pintaron con un carácter sombrío, capaz de las mas grandes atrocidades; pero los hombres que habian vivido con él, juzgándole mucho tiempo despues de su muerte, nos dan de él una idea muy distinta, idea que ningun hecho notorio nos desmiente. Bassompierre y el mariscal de Estrées dicen que Concini era un hombre caballeroso, de buen juicio, de corazon generoso, liberal hasta la profusion, de buena sociedad y de un trato sencillo. Antes de las revueltas era amado del pueblo, á quien daba espectáculos, fiestas, torneos, cañas y juegos de sortijas, en los cuales brillaba porque era de buena presencia y diestro en todos los ejercicios. Jugaba mucho, pero con nobleza y sin pasion. Tenia sólido y jovial entendimiento. Su conversacion era muy agradable por sus agudezas. Naturalmente bienhechor, jamás agravió á nadie: «de suerte que, dice Bassompierre, examinando las circunstancias de su muerte, no se la puede atribuir sino á un destino funesto.»

No se hace el mismo elogio de su mujer: al contrario, amigos y enemigos se conforman en decir que era altanera é insolente en la prosperidad, y sobre todo de una avaricia insaciable. Esceptuando esta sed de oro, mas ardiente en la mariscala que en su marido, y cuyos efectos no son un crimen en la corte sino para los desgraciados, no se ve que este matrimonio infortunado haya cometido ningun delito que mereciese un castigo capital, si no es el asesinato del señor de Proville, sargento mayor de la ciudadela de Amiens, asesinato en que hasta se encuentran algunas circunstancias que disminuyen la atrocidad del hecho.

Por lo que hace á las quejas acumuladas contra Leonor, son de tal naturaleza, que mas bien demuestran la pasion de sus enemigos, que prueban que fuese digna de la muerte. Su causa principió en el Parlamento el 3 de mayo. Se pasma uno cuando se ve sobre qué versa el interrogatorio de una mujer que, por decirlo así, habia tenido el timon del Estado. Se pasó con mucha ligereza, sin duda por falta de indicios y de pruebas, sobre lo que hubiera debido hacer el objeto principal del proceso, que eran las concusiones y las correspondencias con los estrangeros. La encausada contestó con firmeza que jamás se habia mezclado en ningun asunto de Hacienda; que jamás habia tenido relaciones con los ministros estrangeros sino con permiso ó por órden de la reina. Los jueces la interrogaron sobre la muerte de Enrique IV, preguntándole de dónde habia recibido el aviso de aconsejar al rey que se guardase del peligro; por qué habia dicho antes que sobrevendrian incesantemente grandes cambios en el reino, y por qué habia impedido que se averiguasen y buscasen los autores del asesinato.

Contestó á todas estas preguntas negando ciertos hechos, esplicando los demas de modo que no pudiesen quedar sospechas sobre esto ni contra ella ni contra la reina, á quien se pretendia implicar en el negocio. En fin, el grande crímen que se le objetó fué el crímen de los que no tienen ninguno, la brujería. Se hizo caso de personas que la acusaron de que habia tenido muy estrechas relaciones con un médico judío, que era mágico; de que no comia carne de cerdo; de no oir misa los sábados; de haber hecho venir religiosos lorenos y milaneses, con los cuales se habia encerrado en las iglesias para entregarse á prácticas supersticiosas. Tan pueriles le parecieron estas imputaciones á la mariscala, que no pudo menos de reirse. Sin embargo, cuando conoció que los jueces insistian, que preguntaban formalmente si no habia sido hechizada, si no habia tenido comercio con los demonios, lloró amargamente, é hizo comprender que bien conocia que se queria perderla cuando se admitian tales cargos contra ella por relacion de algunos delatores ocultos, mal intencionados ó de una veracidad recusable. No obstante, ella creia que no seria condenada sino al destierro; pero fué cruelmente desengañada el 8 de julio, dia de su juicio.

Parece que se tuvo el designio de no escusarla ninguna afliccion, sino por el contrario el de hacerla beber hasta las heces el cáliz del dolor. Desde luego se dejó llenar la capilla, adonde debia leersele su sentencia, de gente de toda clase, que vino á examinar su semblante. Leonor esclamó: «¡*Oimé*, cuánta gente!» Quiso taparse con el velo; pero se la obligó á escuchar con cara descubierta la lectura de su condenacion. La sentencia declaraba á Leonor Galigay culpable de lesa magestad divina y humana; que en reparacion de sus crímenes su cabeza seria separada de su cuerpo sobre un cadalso levantado en la plaza de Greve; que uno y otra serian quemados y sus cenizas arrojadas al viento. Proscribia para siempre el nombre del mariscal de Ancre, confiscaba y reunia todos sus bienes al dominio, hasta los que tenia en los Bancos estrangeros; declaraba á su hijo innoble é incapaz de poseer cargos ni dignidades en el reino; ordenaba que su casa, situada cerca del Louvre, se demoliese y arrasase; prohibia á todos tener relaciones con las potencias estrangera, hacer salir del reino ni oro ni plata sin el permiso del rey, y declaraba á todo estrangero incapaz para poseer en adelante empleos, beneficios, capitanías, gobiernos, ni cargos ni dignidades de ninguna especie. Cinco consejeros se negaron á tomar parte en este juicio inicuo, y se dice que el abogado general Servin no pidió la muerte sino en la seguridad que se le dió de que el rey perdonaria á la acusada.

Herida en su honor, en sus bienes, en su persona, en la de su hijo y en la de su marido, Leonor sucumbió por un instante á su amargura: prorumpió en sollozos; se enterneció por la suerte de su hijo; se lamentó del abandono general; mas despues de pagar este tributo á la naturaleza, la mariscala enjugó su llanto y se armó de una firmeza que ya no desmintió: no se le escaparon ni murmuraciones ni suspiros; se resignó cristianamente á su desgraciada suerte, y escuchó con sensibilidad los consuelos que la religion le presentaba. Se la arrastró al suplicio como á la mas vil criminal á través de un pueblo numeroso, que guardaba silencio, y parecia haber olvidado su odio. Poco ocupada de esta multitud, Leonor no pareció turbarse por sus miradas ni con la vista de las llamas de la hoguera donde iba á ser consumido su cuerpo; intrépida, pero modesta, murió sin arrogancia ni miedo.

Su hermano, arzobispo de Tours, se redujo á un pequeño beneficio, y vivió poco. Su hijo, jóven de quince años, dotado de cualidades amables, y que ya prometia mucho á la muerte de su padre, fué inhumanamente puesto á la censura pública, y sirvió de juguete á los empleados subalternos de la corte. A esta humillacion sucedió una cautividad de algunos meses en el castillo de Nantes, desde donde por último fué enviado á Florencia. Allí arrastró con una fortuna mediana una vida lánguida á que el pesar puso fin.

Siri nota que esta sentencia contra la mariscala pareció muy estraña á la gente sensata. Los jueces dijeron que obraba en la causa una carta, por la cual Leonor escitaba á su marido á que recordase las injurias de Prouville; y que habiendo seguido á esta carta el homicidio, no tuvieron escrúpulo en condenarla como causa y participante del crímen. El público ilustrado creyó que habia sido sacrificada á vivas instancias de los que esperaban obtener la confiscacion de sus bienes. Sea el que quiera el motivo, el mariscal y la mariscala de Ancre, desapareciendo de la escena del mundo, fueron un ejemplo terrible de la instabilidad de las cosas humanas. Dejaron el trono de las grandezas y el cadalso dispuestos para los que quisiesen seguir sus huellas, y ya veremos que á pesar de esta leccion tuvieron en este reinado mas de un imitador

El asesinato del mariscal de Ancre, el suplicio de su mujer y el destierro de la reina madre fueron acompañados y seguidos de la desgracia de casi todas sus hechuras. Barbin ya estaba preso. Mangot, que pasó de la antesala del mariscal á la plaza de guarda-sellos, hombre de talento, pero duro y tenaz, tambien fué arrestado. Richelieu, contemplado al principio hasta admitírsele en el Consejo, recibió órden muy pronto de separarse de la reina madre, á quien habia acompañado á Blois. Se retiró á un pequeño beneficio

que poseia en Anjou, llamado Cousai, luego á su obispado de Luzon, y por fin fué desterrado á Aviñon. Los antiguos ministros, esto es, el canciller de Sillery, Vair, Villeroy y Jeannin, á quienes los aduladores de Concini llamaban los *vejancones*, volvieron y tomaron otra vez las riendas del gobierno.

Villeroy no sobrevivió mucho tiempo á esta reproduccion de fortuna. Despues de cincuenta años de ministerio bajo cuatro reyes, en los tiempos tal vez mas borrascosos de la monarquia, murió cuando la Francia tenia mas necesidad de su celo y de su esperiencia; «y desgraciadamente, decia un cortesano, no se encontrará en ningun libro lo que él sabia.» Enrique IV todavia hacia un elogio mas honroso para el cuando decia: «Trabaja siempre, y jamás se cansa de obrar bien.» Pero el vivo interés que tomaba por los asuntos públicos con frecuencia degeneraba en obstinacion. Persuadido de la bondad de su opinion, queria que dominase siempre en el consejo. Cuando no podia conseguir atraer á su dictámen los sentimientos de los demas, por lentitud ó por otro medio ponia tantos obstáculos en la ejecucion, que se frustraba totalmente, ó por lo menos en parte, manejo tan peligroso á veces como la traicion, y del que supieron aprovecharse bien los españoles, que habian seducido á Villeroy por una ostentacion de religion. Estos últimos perdieron con él un gran apoyo, y puede fijarse en la época de su muerte la completa caida de su crédito en la corte de Francia. Luynes vivió con sus antiguos enemigos del reino, como debe vivirse con enemigos reconciliados. Sin dejarles ningun poder en el Consejo, les inspiró confianza, de suerte que no se mezclaron en las cábalas que empezaron á ejercitar la paciencia del favorito.

La envidia fué la primera pasion que estalló contra él. Segun algunos, ella fué quien le impidió el obtener en matrimonio á la señorita de Vendome, hija natural de Enrique el Grande. Segun otros, él mismo se negó á este matrimonio, que Luis XIII deseaba, y siguiendo los impulsos de su corazon, prefirió á Maria de Rohan, hija de Hércules, duque de Montbazon, célebre despues bajo el nombre de duquesa de Chevreuse. Grandes ventajas encontró en este enlace, el apoyo de una familia numerosa, poderosa é interesada en sostenerle, el recurso de un suegro político y guerrero, tan bueno para el consejo como para la ejecucion; en fin, el concurso de una esposa avisada, aunque jóven, y que adornada con el título de superintendenta de la casa de la reina, tomó tanto ascendiente sobre el marido como sobre la mujer. No puede darse mas imperio que el que adquirió Luynes sobre el débil Luis XIII, destinado desde este instante á vivir mas bien esclavizado que gobernado por sus ministros. Era tan visible esta esclavitud, que se hizo burla de ella públicamente. A las burlas siguieron las murmuraciones. La nacion pareció inquietarse al verse bajo el dominio de un jóven que empezaba á concentrar en sí toda la autoridad, y el convocar con gran aparato en Rouen á fin de año una asamblea de diputados, fué tanto por calmar estas inquietudes como por desacreditar el gobierno de la reina madre.

La asamblea se compuso de todos los órdenes del Estado, príncipes, obispos, cardenales, mariscales de Francia, hidalgos, consejeros y secretarios de Estado, presidentes, procuradores generales y consejeros de los Parlamentos, del tribunal de subsidios, del de cuentas, canónigos y doctores de la Sorbona, presididos por el hermano del rey, de nueve años de edad, y por cuatro vice-presidentes, los cardenales Perron y La Rochefoucaud, el duque de Montbazon y el mariscal de Brissac. Todos estos diputados eran escogidos por la corte, que trazó tambien á la asamblea el órden de las deliberaciones, y fijó del mismo modo las decisiones.

Se presentó un cuaderno de preguntas, sobre las cuales decian pedia el rey el dictámen de los diputados. Hé aquí la primera: ¿cómo debe componer su consejo el rey? Se respondió unánimemente: «La asamblea cree no poder dar al rey un dictámen mejor que el de que continúe el manejo de los negocios secretos en la forma que ahora lo hace, y con el dictámen y consejo de las mismas personas que en él están empleadas.» Una vez arreglado este punto, parece que era inútil proponer otros, porque hallándose reconocido como capaz y suficiente el consejo, convenia referirse en todo á su prudencia. Sin embargo, sea por la forma, sea por autorizar al ministerio, se hicieron todavia otras preguntas: ¿Qué asuntos deben atribuirse al consejo del rey, y cómo deben tratarse? ¿Es necesario disminuir los gastos de la casa del rey, reducir las pensiones, hacer mas escasas las gratificaciones, las exenciones de talla y los despachos de nobleza? Todas estas cuestiones se decidieron afirmativamente. En seguida se suplicó al rey que ya no vendiese los empleos de su casa, ni los gobiernos; que no concediese sobre estos cargos ni reservas ni futuras; que no nombrase sino regulares para las abadías y prioratos: que proveyese los arsenales, sostuviese las fortificaciones, pagase puntualmente á las tropas, protegiese el comercio; que no consintiese que los súbditos tuviesen correspondencia con los estrangeros, ni de ellos obtuviesen pensiones; que restringiese el derecho de *fueros*, revocase la *paulette*, y suprimiese la venalidad de los cargos de la magistratura. Todo esto fué propuesto, discutido y concluido en veinte y dos dias. La asamblea se separó inmediatamente, y todo el resultado fué la libertad del consejo del rey para gobernar absolutamente bajo la autorizacion de algunos reglamentos equívocos, que en lo sucesivo le fué permitido interpretar segun sus necesidades. Es preciso no obstante confesar, en honor del duque de Luynes, que este no era hombre capaz de abusar de la libertad. El pueblo hubiera estado tranquilo y hubiera sido feliz bajo su ministerio, si se hubiese podido salvarle del efecto de las cábalas que en la corte chocaban unas con otras.

Un preso y una desterrada dieron lugar á las primeras disensiones que estallaron. No bien habia caido en desgracia la reina madre, cuando los partidarios de Condé se imaginaron que este iba á salir de La Bastilla, mas poderoso que nunca, y él mismo se lisongeaba de ello. Esto era tambien todo lo que recelaba Maria de Médicis, quien hizo saber al consejo, que si se soltaba á Condé, consideraria esta indulgencia precipitada como una desaprobacion pública de su ministerio, y por consecuencia como la mayor afrenta que pudiera hacérsele; mas ella tenia otro motivo, quizá mas poderoso para temer la libertad del príncipe; y es que temia que al sacarle de prision, se tuviese el designio de oponerle un enemigo interesado por venganza y por temor en tenerla constantemente alejada. El duque de Luynes se sirvió algun tiempo de las esperanzas y de los temores recíprocos de María y de Condé para contener al uno con el otro. Si la reina madre manifestaba que se fastidiaba en su destierro, que tenia muchos deseos de volver á la corte, si amenazaba al favorito con obligarle á llamarla, inmediatamente mandaba el rey hacer una visita al príncipe de Condé, le concedia algun alivio, y le tenia miramientos, que hacian creer que iba á volver á su gracia. Si los partidarios de este, á su vez, espresaban con demasiada libertad la impaciencia y el despecho que tenian por ver sus esperanzas frustradas, se les mostraba á María pronta á volver á la corte; y esto era anunciar al príncipe una cautividad cuyo fin no podia preverse. Pero este manejo no pudo engañar mucho tiempo á cortesanos avezados á descifrar las astucias de la política. Hasta se propuso por algunos de entre ellos, indignados por ver á la reina y al príncipe de tal modo engañados, el reconciliar a María con Condé, y hacerlos obrar de acuerdo para obligar á Luis XIII á alejar á su favorito.

Luynes que sabia lo que debia temer de la reina, no separaba sus ojos de su conducta, y tomaba todas las precauciones posibles, á fin de que no se le escapase, ó pudiese meditar alguna empresa, sin que él lo advirtiese. Por eso no consentia al lado de ella sino personas ganadas ó susceptibles de serlo. María lo conoció y las despidió vergonzosamente. Se sustituian con otras igualmente corrompidas ó corruptibles, que la reina volvia á despedir; pero siempre habia algun espía que se ocultaba á su vigilancia; de suerte que la corte estaba informada del detalle mas minucioso de su vida, de sus proyectos y de los medios que se proponia emplear para recobrar su libertad. En su consecuencia, hubo quejas por parte del rey de que su madre, que podia vivir tranquilamente con las rentas, honores y poder convenientes á su dignidad, mantenia relaciones sospechosas, y se ocupaba de designios capaces de turbar la tranquilidad del reino. Respondió la madre, que denunciaba á toda la Francia la dura cautividad en que se hallaba, rodeada de tropas, de criados infieles, sin ningun poder en la provincia que habitaba, y privada del consuelo de ver á su hijo ni siquiera una vez, á pesar de que queria comunicarle secretos importantes que no podia hacer pasar por el canal del favorito. Esta última consideracion de una madre que se tenia cautiva, que se la separaba de su hijo, á quien acaso tenia que darle algun aviso, hizo impresion en la corte y en la ciudad. Se decia públicamente que en efecto el rey estaba preso, pues que el duque de Luynes y sus hermanos le vigilaban perpétuamente, y no consentian que nadie se le aproximase, sino ellos y sus amigos.

Para contener este descontento en su principio, y prevenir al mismo tiempo un regreso que le alarmase, el duque de Luynes trató de sosegar á la reina, ó por lo menos de suspender sus quejas. Si esta hubiese querido consentir en retirarse á Florencia: si hubiese sido una mujer capaz de contentarse con vivir en cualquier parte del reino que eligiese, sin pretensiones al gobierno, riquezas, poder, honores, atenciones de todo género, todo se le hubiera prodigado; pero ella queria ver á su hijo, queria verle cuanto antes, sin decir el tiempo que debia estar á su lado. Bien se conocia que esta diligencia no era inspirada sino por la confianza de recobrar en una entrevista el imperio que habia tenido sobre el jóven monarca, de separar de su lado á las personas que podian contrapesar su crédito, y de gobernar mas absolutamente que nunca. Era preciso que se viese en María un carácter muy tenaz y vengativo, para que el duque de Luynes, que era dulce y complaciente, no se hubiese atrevido á ponerla en disposicion de abusar contra él del favor que le hubiese procurado. Deageant, confidente del favorito, le aconsejaba que no la contemplase, y que

ya que no se podia tratarla á ella misma con rigor, se castigase severamente á sus domésticos y partidarios que le inspirasen proyectos y se empeñasen en ayudarla. Decia que este era el medio de subyugarla por el temor, y de quitarle, si no el deseo, al menos el poder para obrar mal, faltándole quien la secundase. Pero Luynes prefirió una composicion, y encargó de ella al duque de Montbazon su suegro, negociador hábil que no pudo conseguir nada. Cadenet, su hermano, de genio flexible é insinuante, no alcanzó mejor éxito: lo cual consistia en que no podian emplear sino razones políticas, contra las cuales se armaba ella de otras iguales, y su obstinacion la daba la victoria.

Solo quedaba un medio, el de interesar su conciencia en satisfacer los deseos de la corte. Fué empleado: se pusieron en movimiento los del oratorio y los jesuitas, y se trató, pero en vano de ganar su confesor. En fin se le envió el del rey. Era portador de una carta muy tierna de este príncipe, por la cual le ofrecia ir á verla tan pronto como sus ocupaciones se lo permitiesen, lo que no tardaria; y como ella habia mostrado algun deseo de ir en peregrinacion á Nuestra Señora de Ardillers, cerca de Saumur, el rey la exhortaba á hacer tal viaje, que su salud ó su devocion exigirian, declarándola en libertad para ir á cualquier punto del reino. El portador encargado del comentario de la carta representó patéticamente á la reina los males que una adhesion escesiva á sus designios, podria acarrear á la Francia, males de que seria responsable ante Dios; y añadió que el mejor medio de finalizar la desavenencia que existia entre ella y su hijo, y de hacer desaparecer todos los pretestos que la alejaban de él, era renunciar á las maniobras que fatigaban la corte, teniéndola en la inquietud, y sobre todo á salir de Blois sin el permiso espreso del monarca. Seducida por la esperanza que entonces sintió María de ver al fin llegar el término de su destierro, prometió, juró y hasta firmó todo lo que el enviado le exigió sobre el particular. Contestó á su hijo, y le dijo que esperaba con paciencia los efectos de su buena voluntad. Hizo tambien que se asegurase al duque de Luynes, quien triunfante por haber podido obligarla por la religion del juramento, se durmió tranquilamente en esta seguridad. Desde entonces se arreglaron muchos artículos concernientes á la casa de la reina, á sus rentas y autoridad, todo á su satisfaccion. Muchos señores obtuvieron permiso para ir á saludarla, y se entabló entre las dos cortes una correspondencia que tenia todas las apariencias de libertad.

La armonía de los del oratorio y de los jesuitas en este negocio, mostró que todavía no existia entre estas dos sociedades la division que despues estalló. Los últimos estaban entonces empeñados en un combate contra la universidad de Paris que se oponia á la apertura de sus colegios. El Parlamento favorecia á la Universidad; pero la corte entera estaba por los jesuitas, y á pesar del número y del crédito de sus adversarios, empezaron este año á enseñar públicamente. Sus buenos resultados, que hicieron en aquel tiempo, y que han hecho despues tantos envidiosos, han contribuido tal vez mas de lo que se piensa, á mantener en la Universidad la emulacion que siempre es provechosa para las ciencias, cuando no degenera en cábalas. El duque de Luynes los sirvió poderosamente en esta ocasion.

Tambien apoyó al clero relativamente á la restitucion de los bienes eclesiásticos en Bearne. Cuando fué destruida la religion católica en esta provincia se secuestraron los bienes que allí poseia la Iglesia: allí quedaron, y los Estados, el Parlamento y las comunidades de las ciudades disponian de las rentas, tanto para el pago de los ministros y de los profesores, como para reparos y adornos públicos. El clero pidió que se le devolviesen los fondos, cuya propiedad no habia perdido nunca. Luis XIII lo concedió: hubo en la provincia una reclamacion casi general, que se hizo peligrosa por la resistencia de los Estados y del Parlamento de Pau. Los comisarios que envió el rey fueron insultados, y estos movimientos tuvieron resultados funestos para la tranquilidad del reino.

Pero estos disturbios demasiado lejanos no resonaban en la corte sino muy débilmente: en esta se ocupaban menos de temores que de placeres. La joven reina bailaba; el rey, loco por la caza, invertia en ella todo el tiempo que podia robar á la representacion ó á los pocos negocios de que cuidaba. Todo pesaba sobre el duque de Luynes, que se aplicaba con asiduidad á gobernar. El rey le pagaba su trabajo con dignidades tan honrosas como lucrativas. Este favorito habia sido ya gratificado con los bienes confiscados al mariscal y á la mariscala de Ancre. Esta liberalidad no tuvo contradiccion en Francia; pero los bancos y los montes de piedad de Génova, Venecia, Paises-Bajos, Alemania, Florencia y Roma se negaron á desprenderse de sus fondos. Los soberanos de los paises donde estaban establecidos estos bancos, tomaron su defensa y sostuvieron que la confiscacion pronunciada en Francia, no podia dar ningun derecho sobre los bienes situados fuera de este reino, y que, pues no se presentaban herederos, estos bienes pertenecian á los pobres, para cuyo provecho habian sido fundados estos establecimientos. Las pretensiones fueron sostenidas de una y otra parte con todas las razones, subterfugios y rodeos que podia inspirar un interés tan grande. Muchas veces se quiso someter el asunto á árbitros; se habló de erigir un tribunal que sentenciase definitivamente. En fin, se compusieron los partidos, como sucede ordinariamente cuando se disputa sobre bienes agenos con ganas y poder de apropiárselos, es decir, los repartieron. Los diferentes bancos entregaron mas ó menos segun los mayores ó menores miramientos que tuvieron sus soberanos por las solicitudes y las amenazas que el duque de Luynes empleaba en nombre de la Francia. Por lo que á este hace, sacando lo que pudo, llevó la mayor parte que le sirvió para comprar tierras, y para formar para su familia grandes establecimientos en el reino.

Este negocio duró muchos años, y como era interesante para los soberanos, se habló de él en todas partes de un modo poco ventajoso al duque de Luynes. Se dijo y se escribió que la condenacion del mariscal de Ancre no se habia proseguido con tanto calor sino para autorizar la confiscacion de sus bienes, de los cuales queria apoderarse el favorito. Algunos libelistas fueron castigados muy severamente; pero sus malignas insinuaciones no se destruyeron con los suplicios. Siguió la obstinacion de escribir que las persecuciones contra el mariscal de Ancre no habian sido exentas de un sórdido interés por parte del duque de Luynes, y esta imputacion produjo muchos males: retardó largo tiempo la remision de los fondos estrangeros por la esperanza que dió á las potencias de que el donatario de la confiscacion desistiria para no continuar haciéndose odioso; alimentó entre los partidarios del antiguo gobierno un odio violento contra el favorito, y conservó en el corazon de la reina madre un despecho mortal por no poder vengarse, y el deseo de romper las cadenas que la pesaban mas cada dia.

Se habia lisongeado de que la promesa hecha por su hijo de venir á verla ó de llamarla á su lado tendria efecto; pero pasó el verano, corrió el otoño y el invierno estaba muy entrado sin haber recibido noticias satisfactorias. La reina volvió á sus quejas; y el temor de que tratara de libertarse de la opresion en que se hallaba, obligaba al ministerio á tomar medidas que aumentaban la tortura y el descontento de la princesa. Muchos señores empezaron á tomar parte en sus penas, y se lo hicieron saber secretamente; pero todos se contentaban con estériles votos, y ninguno de los que habia favorecido durante su prosperidad, hablaba de tentar por ella alguna empresa arriesgada.

El honor de librar á una reina de Francia de la especie de prision en que se consumia, estaba reservado á un estrangero; se llamaba Ruccelai y era natural de Florencia. No habia venido á Francia como Concini á hacer fortuna: sus parientes le habian dejado bienes considerables; sino que vino para gozar en una corte donde encontraba costumbres y placeres análogos á su carácter y á sus gustos. Es verdad que se arrimó al mariscal de Ancre y debió á su crédito la abadía de Signy en Rethelois. Las rentas de este rico beneficio contribuyeron á aumentar sus gastos de un modo que era muy agradable para los cortesanos. Ruccelai tenia una mesa espléndida, abastecida de los mejores vinos y de los manjares mas esquisitos, realzados con el condimento italiano, que entonces escedia con mucho al francés. En su casa se echaba el resto; y ademas de las comidas ordinarias, daba con frecuencia funciones amenizadas con la música y el baile, y embellecidas por los adornos que prodigaba un gusto delicado. Su casa, dice Siri, era un almacen de guantes, abanicos, flores, perfumes y cosas las mas gratas que producian la España y la Italia. Ruccelai en estas fiestas hacia grandes presentes á las damas, las que se apresuraban á manifestarle en cambio su reconocimiento protegiéndole. Por aquel tiempo ideó comprar un alto empleo en la corte, donde habia pensado fijarse, cuando tuvo lugar la catástrofe del mariscal de Ancre, la que trastornó todos sus planes. Siguió á la reina en su destierro, y despues bajo la caucion de Bassompierre pudo volver á Paris. No se creyó que el hombre mas voluptuoso de la Francia tuviese otros motivos para dejar á Blois que el disgusto de una soledad que allí reinaba y el deseo de gozar de los placeres de la capital. Sin embargo prohibiósele volver á ver á la reina madre y entablar ninguna relacion con ella. ¿Pero qué puede la autoridad contra la firmeza de los designios, la intrepidez en el peligro y la constancia que hace arrostrar los trabajos y fatigas? Ruccelai poseia eminentemente estas cualidades. Este hombre, de complexion delicada, habituado á la molicie, con tanta razon para amar la vida cuyas delicias saboreaba, concibió sin asustarse y siguió con constancia un proyecto que exigia disfraces sumamente incómodos, viajes muy molestos en la estacion mas rigorosa, y esponiéndose si fuera descubierto á ser conducido á un cadalso. Principió por abandonar en secreto su abadía, á donde habia podido ir sin escitar desconfianza de ningun género, y se fué hácia Blois. Estudió tan bien los momentos y los sitios, que se hizo observar por la reina y consiguió entablar una correspondencia conocida de ella sola. Entonces le fué preciso plantear un plan de operaciones que ella aprobó. En el momento que la reina le dió su

consentimiento, el negociador arrostró las nieves y los crudos frios de diciembre, y atravesando por entre espias diseminados en el camino, tanto de á pie como de á caballo, solo á veces y siempre de noche, volvió de Blois á su abadía, donde apenas se paró á descansar, y continuó la ruta para Sedan.

El duque de Bouillon vivia en una aparente tranquilidad, alejado de la corte, á la que parecia desdeñar, sin ningun contacto con la reina madre, con la cual no habia estado muy conforme en el tiempo que ella manejaba las riendas del gobierno. Este es el motivo del asombro que manifestó cuando Ruccelai le propuso que se pusiera á la cabeza del partido que organizaba para María. En realidad no le disgustaba que se le presentase tan favorable ocasion para salir del reposo que le incomodaba, afectando despreciar los favores por la misma razon que desconfiaba obtenerlos. Recibió las primeras proposiciones del agente de la reina con maligno placer, y la prueba de que le halagó esta confianza es que ya que por sí mismo no podia llevar á cabo el plan, indicó á Ruccelai el hombre apropósito para el caso.

Es preciso oir á él mismo para conocer lo que eran entonces los grandes señores. «El único, dice, capaz de emprender lo que deseais es el duque de Epernon. Tiene cinco grandes gobiernos: tres en el interior del reino, Saintonge, Angoumois y Limosin, provincias donde se encuentra multitud de ilustres caballeros aguerridos y enteramente á disposicion de su gobernador. Los otros dos grandes gobiernos son los tres obispados, y el Bolonesado, situados en la frontera. El primero le pone en disposicion de sacar socorros de Alemania, y el segundo, de establecer relaciones con Inglaterra. Tambien es gobernador de muchas ciudades particulares, mas entre estas, la que puede ser considerada como la mas útil á vuestro proyecto es la de Loches; comunica con la Turena, y está á muy corta distancia del Blesois, vecindad que será sumamente provechosa para facilitar la evasion de la reina. El duque de Epernon agrega á tal preponderancia rentas considerables, grandes riquezas que forman un gran tesoro y el empleo de coronel general de la infantería francesa, que pone habitualmente bajo sus órdenes de siete á ocho mil hombres, los mas disciplinados del reino; y finalmente, teniendo á su disposicion muchos jóvenes vigorosos y útiles, muy capaces de secundarle, gozando de una reputacion á toda prueba, de prudencia consumada, de firmeza y prevision acreditadas, en el momento que levante la bandera, multitud de descontentos de todos los partidos vendrá á aumentar el suyo. Bajo Enrique el Grande habia encontrado un amo, y un amo á quien estimaba; de manera que despues de tentativas inútiles para adquirir autoridad en el reino, se contentó con vivir únicamente con la consideracion inherente á sus cargos. Ahora las cosas cambian de aspecto; desprecia al favorito y á toda la juventud de la corte que no le habia acariciado. Aborrece al ministerio, que disminuye sus rentas, retarda el pago de sus pensiones y concede á otros honores y preferencias cuya privacion es para él á manera de injusticia y afrenta. No ama al rey; se ha atrevido á desafiar al favorito permaneciendo en la corte á despecho de este, y retirándose con un aparato que rayaba en insulto cuando se le manda ausentarse. Muy poco faltó para que el jóven monarca, sumamente picado, le hubiese hecho prender, por lo cual conservó el orgulloso viejo un resentimiento que le tornaba capaz de todo. Partid para Metz, donde ha fijado su residencia. Si sabeis halagar su amor propio, entrar en sus ideas, no contrariar su carácter obstinado, y sobre todo, si le agradais, no hay nada que no os podais prometer.»

Agradarle era precisamente de lo que Ruccelai no podia lisonjearse. Habia tenido una disputa muy acalorada con Epernon, y aunque él fué el maltratado, sospechaba que este señor conservaba algun resentimiento que frustrara sus pasos. Sin embargo, se determinó á probar fortuna con la precaucion de hacerse preceder por un tal Vicente Luis, en otro tiempo secretario del mariscal de Ancre, á quien habia recibido en su abadía de Signy al salir de la cárcel. Llegado á Metz, Vicente, sin darse á conocer, llamó á su posada á Plessis, á quien tenia por uno de los principales confidentes del gobernador. Este, por temor de una sorpresa, trae consigo á Cadillac, otro confidente: escuchan con atencion al emisario de Ruccelai, y cuentan al duque el objeto de la conversacion. El duque conferenció con los dos hijos que á la sazon estaban en su compañía, que eran el marqués de La Valette y el arzobispo de Tolosa, conformándose en examinar maduramente las proposiciones de Vicente. El duque de Epernon le oye en la abadía de San Vicente de Metz, donde le habia citado. El plan no estaba muy bien digerido, pero se entreveian en este caos bastantes medios para que pudiera llevarse á cabo la empresa. Epernon encargó á Vicente que le comunicara noticias sobre el número y cualidades de los partidarios que la reina se prometia, sobre las sumas que habia empleado y tenia dispuestas, y sobre todos los demas recursos que pensaba emplear.

Ruccelai, viendo el asunto en este estado, sea que no quisiese dejar el honor de la conclusion á un negociador subalterno, sea que mediaran dificultades que no podian ser allanadas por otro, se determinó á arrostrar el odio de Epernon y á tratar directamente con él. Parte para Metz, se para en Pont de Mousson, aldea cercana á la ciudad, y se hace anunciar. La furia del gobernador fue estremada cuando supo que su secreto estaba en manos de de un italiano ofendido. En su primer movimiento quiso arrestarlo, deshacerse de él, ó á lo menos retenerle hasta que nada hubiera que temer de su indiscrecion ó de su venganza. Ruccelai, sin desconcertarse, dice: «Que está muy resentido, que ha sido muy insultado, que sin embargo todo lo sacrifica al buen éxito de un proyecto útil para la Francia y honroso para Epernon, y que lleno de confianza en su generosidad no ha titubeado en acercarse á él sin seguridades ni condiciones.» Esta última razon hizo mucha impresion al duque, porque halagaba su vanidad. Recibió á Ruccelai con dulzura y le hizo esconder en un cuarto separado, donde el gobernador y sus hijos iban á conferenciar con él muchas horas diarias.

Se ignora lo que pasó en esta junta secreta. Sin duda Ruccelai siguió á la letra los consejos de Bouillon; fascinó con sus lisonjas los ojos del orgulloso Epernon, y le ofuscó sobre el peligro ó le hizo mirar como recursos conjeturas demasiado azarosas. La reina prometia la intervencion de los Montmorency, de la casa de Lorena, del caballerizo mayor, del duque de Bouillon y otros muchos descontentos; mas esta promesa no se apoyaba mas que en demostraciones muy vagas y muy inciertas de adhesion. No obstante, el duque se contentó con ellas, y como si fuera segura su resolucion de participar del peligro, les frustró la diversion que debian hacer para embarazar á la corte cuando él se reuniera con la reina. En seguida, sin mas precauciones, se preparó á sublevar la Francia á riesgo de atraer sobre sí todo el peso del poder real, y de ser por él aniquilado.

Por espacio de quince dias salia todas las mañanas de Metz tan pronto por una puerta como por otra, con parte de la guarnicion algunas veces, y las mas con todos los de su casa y bagaje. De este modo acostumbró á los habitantes á observar cosas estraordinarias sin sorprenderse. Si existian en la ciudad espias de la corte, les hacia titubear con sus idas y venidas; siempre en espectativa, no se atrevian á enviar noticias alarmantes. De esta manera tenia en continuo movimiento sus criados y caballos. En este tiempo visitábanse los caminos, sondeábanse los vados y distribuianse postas en aquellos. El 17 de enero escribió Epernon al rey, pidiéndole permiso para ir á sus gobiernos de Saintonge y de Angulema, donde decia que era necesaria su presencia. Supuso él que creian en la corte que no se marcharia de Metz sin esperar la respuesta, y que esta persuasion retardaria las medidas que se pudieran tomar para prenderle. El 18, el arzobispo de Tolosa dijo públicamente que las pensiones de su padre habian disminuido, que tenia necesidad de vivir con economía, que lo iba á practicar así en las haciendas de su familia, y partió el 21 por la tarde. Estando cerradas las puertas de la ciudad, el gobernador reune toda su gente, y da la órden para su partida al dia siguiente muy de madrugada. Distribuye á quince caballeros de sus mas adictos una gruesa suma de oro, con orden de que no le dejaran nunca. Coloca en la grupa de un vigoroso corcel, montado por un criado, la caja de las alhajas. Quince mulas conducian el equipaje, y la escolta, compuesta de cien ginetes armados de carabinas y pistolas, bien decididos y montados, se puso en marcha.

El marqués de La Valette se quedó en Metz, cuyo gobierno exigia una hombre activo y vigilante. Cerró las puertas, y así las tuvo durante tres dias. Redobló las centinelas en las murallas: se patrullaba sin cesar para que nadie se escapara y diera noticias. Hizo tambien que en el camino de Paris hubiese pequeños destacamentos con órden espresa de prender á todos los viageros procedentes de esta ciudad. A beneficio de estas precauciones, el duque de Epernon emprendió atrevidamente su marcha por los caminos mas comunes de Champaña, Borgoña, Nivernés y Berri, que atravesó sin obstáculo. Caminaba por dia diez leguas de una sola vez, aunque estaba corriendo la estacion mas rigurosa del año. El tiempo se encontraba hermoso, y como el otoño habia sido seco, los rios estaban bajos y fáciles los vados. No tuvo mas que algunas alarmas ligeras, ocasionadas por fortuitos encuentros de comerciantes y otras personas que transitaban asociados para sus propios negocios. No obstante, Epernon no cesó de temer hasta llegar á Confolens, villa limitrofe de Poitou, donde su hijo el arzobispo de Tolosa le salió á recibir á la cabeza de trescientos caballeros.

Creia encontrar noticias de la reina, y las hubiera recibido en efecto sin un accidente que pudiera haberle perdido, pero que por la mas dichosa casualidad no tuvo consecuencia ninguna. Tan pronto como Ruccelai dió sus primeros pasos, los escribió á la reina, y encargó estos despachos á un tal Lorme, de quien en otras ocasiones se habia servido. Lorme era jóven y queria hacer suerte. A virtud de las promesas que le hizo Ruccelai de una buena recompensa, calculó que los despachos que se le confiaban eran de suma impor-

tancia, y se lisonjeó de sacar mejor partido de la corte. Con esta esperanza llega á Paris y pide una audiencia al duque de Luynes; mas se le conceptua como un intrigante que viene á estafar algun dinero, y se le deja estacionarse en las antesalas durante tres dias. Un consejero del Parlamento llamado Buisson, muy adicto á la reina madre y al duque de Epernon, es avisado por un lacayo que Lorme está en Paris. Sorprendido de que no hubiese ido á visitarle segun su costumbre, le hace buscar y descubre que frecuenta el palacio de Luynes. Buisson recela entonces alguna traicion, y por medio de una persona que se dijo enviada por el duque de Luynes para oirle, le cuenta quinientos escudos y se apodera de los despachos, de que Luynes hubiera podido sacar mucha luz para su ulterior conducta en este asunto: y quizá medios para desconcertarlo en su principio.

No es estraño que la reina no diese ninguna señal de consentimiento. Epernon que ignoraba la razon de su silencio, se creyó vendido. En este momento hubiera querido deshacer lo hecho; pero se habia cerrado el camino con una carta que habia escrito al rey el 7 de febrero desde Pont-de-Vichy, despues de haber pasado el Loira. Servia tambien esta carta de respuesta á otras muchas que el ministro le habia escrito, en las cuales encargaba al duque que no partiera de Metz, donde era muy preciso para la correspondencia de Alemania. Epernon escribia al jóven monarca que no podia creer que S. M. no quisiese emplear un antiguo servidor como él mas que en recibir ó trasmitir despachos; que él podia serle mucho mas útil en sus gobiernos del interior del reino donde le constaba que habia muchos descontentos prontos á pronunciarse contra la mala administracion, y que iba á refrenarlos en cuanto le fuera posible. Acababa con la fórmula ordinaria de protestas de fidelidad.

Esta carta fué una de las primeras noticias que tuvo la corte de la empresa del duque de Epernon. Todavía se hubiera podido burlarla si se hubiese tenido presente que mas vale tarde que nunca; pero se supuso que seria inútil dar órdenes, porque sin duda la reina ya se habia escapado. En Angulema al contrario, adonde Epernon se habia retirado, se presumia que la corte no habia estado en la inaccion, y que sin duda alguna habia reforzado la guardia de la reina, de suerte que parecia tan difícil como peligroso el averiguar lo que pasaba en Blois. Con todo, Cadillac, confidente del duque, se encargó de la comision. La reina no estaba prevenida: la hizo saber su llegada, y en el instante que ella lo supo, le dió audiencia, y tomó en el momento la resolucion de ir á juntarse con los que se esponian por ella.

El conde de Bresne, su primer caballerizo, puesto al lado de ella por la corte, no merecia su confianza. Sin embargo, era preciso descubrirse. Dichosamente María le encontró dispuesto á seguir en un todo su voluntad. Cadillac fué enviado al duque de Epernon; Bresne se concertó antes con él, dió órdenes é hizo los preparativos necesarios. La noche del 21 al 22 de febrero, la reina bajó por una escalera que habia desde la ventana de su gabinete, y atravesó á pie los jardines acompañada de Catalina su camarista, favorita que llevaba el cofrecito de las joyas. No habia ningun hombre con Bresne, mas que Plessis, hermano de Richelieu, obispo de Luzon. La hicieron subir en un coche que la esperaba al estremo de los Puentes, y tomaron á la luz de los hachones el camino de Montrichard. No llevaban mas que quince ginetes de escolta, que fueron reforzados en el camino por quince hidalgos, á los cuales Ruccelai sirvió de guia. Aparecióse en Montrichard el arzobispo de Tolosa, cuyo acompañamiento aumentó el de la reina; y en fin, á una legua de Loches, el mismo Epernon recibió á María á la cabeza de sus guardias y de ciento cincuenta ilustres caballeros. Entró él en el coche de la princesa, á quien faltaron palabras para demostrar su reconocimiento. En seguida se habló de los peligros pasados y de los medios de prevenir los futuros.

La deliberacion hubiera sido inútil, si en el consejo del rey se hubiese seguido el parecer del duque de Luynes, quien queria enviar bastantes fuerzas hácia Angulema, adonde la reina se habia retirado para cogerla allí con sus defensores, y perdonar ó castigar en seguida á quien se hubiese querido. Este consejo, al parecer, era el mejor; porque á pesar de lo que se propalaba sobre el poder de los amigos de la reina, de su número y decision, nadie se movia en la corte ni en las provincias. Parecia que se esperaba el partido que tomaba el ministerio, á quien se hubieran sometido si hubiese sido vigoroso, pero cuando se le vió que vacilaba, y que no se trataba mas que de arreglo, cada cual se tranquilizó, y ni los mas tímidos desesperaron de sacar alguna ventaja de las circunstancias.

Forzado por la inclinacion del rey á reducirse á un tratado, el duque de Luynes estableció por base de la negociacion, que María abandonase al duque de Epernon, con el objeto de dar ejemplo. La reina respondió que jamás abandonaria á un hombre que se habia espuesto á todo por sacarla del cautiverio; y que lejos de dejarle á merced del resentimiento de sus enemigos, ella misma pararia los golpes que quisiesen descargarle. Epernon alegaba razones; presentaba para su defensa la carta en que el rey habia permitido á su madre ir á cualquier punto del reino que juzgase mas apropósito; y otra escrita despues del suceso, aunque la fecha parecia anterior á la evasion, por la cual la reina le rogaba favoreciese su salida y la recibiese en su gobierno. «Yo no he creido, decia él, deber rehusarme al deseo de la madre de mi rey, provista de un permiso tan auténtico.»

Luynes no retrocedió á pesar de esta derrota; persistió en la resolucion de acosar al duque de Epernon, é hizo avanzar tropas. Comenzaron las hostilidades, entre otras contra Uzerche, ciudad pequeña del Limosin, que se resistió y fué saqueada. En la corte, en la ciudad y en las provincias resonó un grito contra esta guerra, que se consideraba como odiosa en su principio y deshonrosa para el rey. «Una reina, decian, ¿es vituperable por haber hecho esfuerzos para salir del cautiverio? Como ella no exige mas que ver á su hijo, ¿pueden sin injusticia rehusarle esta gracia? En realidad no se la han cumplido las palabras que le habian dado; y aun cuando se las hubieran cumplido y ella procediese mal, ¿no es indecoroso que un hijo persiga á su madre á mano armada? Tal guerra no puede ser mas que desgraciada: trastorna hasta la naturaleza; la religion la reprueba, y los soldados no se prestarán á ella sino con la mayor repugnancia.» Estas especies se vertian públicamente en la ciudad y en la corte. Los predicadores en los púlpitos se estendian con complacencia sobre los encantos de la paz en las familias y sobre las ventajas de la union de la casa real. Por mas vigilado que estuviera el jóven monarca, por decirlo así, hasta con centinelas de vista de los Luynes, encontraba medio de leer estos discursos, y demostraba gran deseo de que la crisis terminara sin violencia. El favorito tambien encontraba obstáculos á sus proyectos de venganza en los intereses de los cortesanos. Estos, aunque no amaban á Epernon, no querian su ruina, que hubiera aumentado el poderío de Luynes. Los unos no realizaban mas que lentamente los alistamientos de que estaban encargados: los otros se oponian á ellos sordamente. Aconteció que estando el rey muy cerca de tomar á Metz por una secreta inteligencia, La Valette que mandaba por su padre, fué avisado por algunos del mismo Consejo, y así fracasó la empresa. Agitóse tambien la faccion de Condé, que alternativamente amenazaba y suplicaba, y por último toda la corte se llenó de cábalas é intrigas.

Instruido por esperiencia de las dificultades que surgen de la diversidad de intereses, Luynes adoptó este medio contra sus adversarios. Sembró y fomentó la escision en la corte de la reina. Con halagos, con dinero, con promesas, con muestras de confianza le fué fácil ganar los principales servidores que habian seguido á esta princesa. Por su conducto hizo que llegaran hasta ella misma los sentimientos que queria inspirarla. El ministro se vanaglorió por un momento de conseguir que abandonara á Epernon: ella era vivamente apremiada por Ruccelai, quien, sea por deferencia á las insinuaciones de la corte, sea por reproduccion de la antigua antipatía, nuevamente se habia disgustado con el duque. Aconsejó sin rodeos á la reina que le sacrificara, patentizándola las mas grandes ventajas si dictaba tal medida. Si por el contrario se manifestaba demasiado obstinada, deciala que se habia dispuesto relegarle á Florencia por el resto de sus dias: se sacaria á Condé de la cárcel para que fuera el ejecutor de las órdenes rigurosas que se dieran contra ella. Estas amenazas no inmutaron á María: respondió constantemente que estaba preparada á los mayores conflictos; pero en el momento que todo parecia desesperado, la presencia de un solo hombre trajo la paz que se creia tan lejana.

Richelieu estaba aburrido en Aviñon, donde el papa Paulo V no le toleraba sino con disgusto. Este pontífice le habia visto en Roma: dicen que le habia engañado, y que le miraba como un peligroso intrigante. Los obstáculos que el obispo de Luzon sabia que habia en la corte, le dieron márgen á congeturar que sus servicios podrian no ser desechados. Los hizo ofrecer por Renato de Vignerot, señor de Pont-Courlay, su cuñado: habiendo sido aceptados, recibió permiso para ir al lado de la reina. Antes que el prelado llegase á Angulema, este misterio de la corte fue propalado por indiscrecion del rey. Preguntó públicamente al marques de Villeroy, si el señor de Arlincourt, su padre, gobernador del Lionesado, estaba seguro en su gobierno y bien servido para descubrir y prender al obispo de Luzon, que debia pasar de incógnito. Villeroy escribió al instante á su padre, apostando una porcion de espías en el campo, quienes prendieron á Richelieu; y aunque el prelado llevaba un pasaporte en regla, se le detuvo en Lion con toda suerte de miramientos y atenciones. El rey, que solo habia querido chancearse, y que habia creido que el obispo habria pasado para cuando Arlincourt recibiera la noticia, no bien supo su detencion, envió la órden de dejarle continuar su marcha. Esta aventura descorrió el velo de la inteligencia de Richelieu con la corte; pero la reina lo ignoraba.

Su primera entrevista con esta fué prudentísima. No se presentó con importancia, quien orgulloso de la confianza de los dos partidos, pretendia hacerse el centro de los negocios, el esclusivo conciliador. Escuchó á todo el mundo; no pareció desear ninguna ven-

taja, ninguna preeminencia sobre los habitantes de la corte, tanto antiguos como nuevos. Se hizo introducir cerca de la reina por el mismo duque de Epernon; afectó buscar su amistad y su estimacion, y dijo que no queria mas que deber á él el favor de la princesa. Esta deferencia ganó todos los corazones á Richelieu, y dispuso los ánimos á la persuasion.

Habia sido precedido en este ministerio de paz por el conde de



El mariscal de Ancre asesinado por órden de Luis XIII.

Bethune, hermano del duque de Sully, cuya negociacion, tal como se la ve en Siri, es una obra maestra de circunspeccion, de respeto y de prudencia á una con la mayor probidad. Cuando llegó al lado de María, la encontró agriada contra su hijo, desencadenada contra el favorito, exasperada contra los ministros, amenazando con la publicacion de manifiestos y con divulgar sus quejas por toda Francia. Bethune calmó estos primeros transportes, diciendo á la reina que en las circunstancias de su evasion de Blois, el rey no habia podido tratarla con mas consideraciones, toda vez que á una carta dura y conminatoria de su madre se habia contentado con responder que aparentemente habia sido arrebatada contra su voluntad; que sin duda ninguna no era libre, y castigaria á los autores de esta violencia; que si se habia autorizado á las tropas para usar de los derechos de la guerra contra la ciudad de Uzerche, era mucho menos por disgustarla que por contener con el temor á los que querian amotinarse.

«Acaso, díjola él, teneis justos motivos de disgusto; pero en buena política debeis olvidar lo pasado, y no acordaros de las faltas que han podido cometer contra vos, mas que para procuraros un tratado conforme á vuestros deseos.» Mientras que por un lado Bethune dulcificaba la animosidad, por otro moderaba las resoluciones de la corte, donde sabia que el despecho sugeria proyectos violentos. Si no fué escuchado en todo, á lo menos puede presumirse que sus pacíficas exhortaciones evitaron grandes escesos. Siri le supone ademas el mérito, raro en un negociador, de no haber repugnado el partir con otro el honor del acierto, y de haber él mismo pedido un segundo negociador; lo que determinó á la corte á aceptar las ofertas de Richelieu.

Estos dos hombres reunidos echaron abajo al duque de Epernon, á quien su intrepidez sostenia contra el peligro de su posicion, aunque conociese todo su riesgo. Con el objeto de atraerle á tal empresa, se le habia prometido que los pueblos disgustados se levantarian; que los parlamentos intervendrian con sus representaciones; los hugonotes tomarian las armas; los facciosos de la corte, los partidarios de la reina y los de Condé se reunirian para desacreditar al favorito en el ánimo del rey y entorpecer al ministerio. Se le habian hecho todas estas promesas, y ninguna se realizaba. Nadie se movia: encontraba bastantes consejeros y mediadores, y aun espías que le daban avisos de los designios de la corte; pero ninguna ayuda, ningun socorro, ningun aliado bastante fiel ni generoso para disminuir su peligro esponiéndose á él. Luchaba pues contra todas las fuerzas del reino con el solo apoyo de la reina; apoyo que podia faltarle de un momento á otro, ya por defecto de firmeza en la princesa, ya por su impotencia. En este estado no era de pretender el imponer la ley; se podia dar por muy dichoso en sufrir la menos dura que le fuera posible. Esto fué lo que le significaron los dos conciliadores, quienes le aconsejaron que no siguiera los consejos imprudentes ó pérfidos de los que decian que era necesario zaherir á la corte y enterar á todo el reino de sus demasías; que debia al contrario emplear la mayor modera-



La mariscala de Ancre caminando al suplicio.

cion en sus discursos; sobre todo, no parecer adoptar las ideas de la reina madre contra el gobierno; finalmente, decir solamente que no habia tenido otras intenciones que poner á la madre en libertad de esplicarse con su hijo, y que quedaria satisfecho tan pronto como ella estuviese contenta.

Establecidos estos preliminares, los negociadores se ocuparon de las pretensiones de María, procurando ajustarlas con las de la

corte: despues volvieron al duque de Epernon, cuyo arreglo era una parte esencial del de la reina. El ministerio hubiera querido hacer un escarmiento. Nada menos se hablaba que de hacerle castigar como criminal de lesa magestad, lo que le hubiera acarreado, sino la pérdida de la vida, al menos la de los cargos públicos y la confiscacion de los bienes. Los negociadores demostraron que puesto que se hacia tanto como darse las manos para un tratado, no debian dictarse castigos ruinosos y vejatorios. Propusieron con respecto al duque, un olvido total de lo que habia pasado, bajo la condicion de que en algun tiempo no compareciese ante el rey, á quien habia ajado; pero Epernon no consintió en un silencio que le hubiera perpétuamente dejado bajo la mano de la ley. Como habia habido declaraciones, cartas y otros actos públicos emanados del trono, en los cuales él era tachado, queria uno, derivado del mismo poder, y tan auténtico que le descargase de toda acusacion, y le pusiese en seguridad para siempre. El rey ofreció cédula de perdon: la sola palabra incomodó al duque; pero el monarca le familiarizó con ella, viniendo hasta Orleans con un fuerte destacamento, que hacia seguir de cerca por otras tropas.

Epernon comprendió entonces que no estaba en la dignidad de un rey de Francia alabar á la faz de su reino una accion que se sabia haberle disgustado y preconizar como su mas fiel vasallo á quien se habia propasado á tal esceso de temeridad; era bastante que conciliasen bien los términos para que la falta del duque pareciera atenuada por la intencion. Esto se ejecutó en despachos que contenian el perdon, dados en junio y registrados en seguida en el Parlamento. De este modo Epernon tuvo el disgusto de verse humillado con un perdon que suponia una falta. Esta empresa rebajó mucho en la opinion del público su antigua reputacion de sagaz y prudente. Perdió mas de doscientos mil escudos, y recibió por resarcimiento las gracias de la reina y el presente de un diamante. En cuanto á ella, se la concedió, no lo que la embriaguez de los sucesos la hacia pedir en el primer momento de su evasion, sino lo que se hubiese considerado dichosa de obtener en Blois. El rey le dió el gobierno de Anjou con los derechos reales y las ciudades de Angers, Chinon y Pont-de-Cé, como plaza de seguridad, y cuatrocientos infantes con dos compañias de caballería pagados por el Estado para guarnecerlas. Se aumentaron considerablemente los sueldos de su casa, y por último obtuvo permiso para ir á ver al rey, pero con la condicion de que no permitiendo por circunstancias vivir reunidos, por el pronto no habria mas que una entrevista.


Entrevista de Luis XIII y su madre en el castillo de Coursiere.

Esta se verificó el 5 de setiembre en el castillo de Coursieres, cerca de Tours. El duque de Luynes se adelantó el dia anterior á visitarla, y fué graciosamente acogido. Richelieu se presentó tambien antes que la reina al rey, y recibió mil lisonjas proporcionadas al servicio que acababa de prestar. Así que se avistaron, la madre y el hijo manifestaron mas sorpresa que ternura. «Señor, hijo mio, dijo ella, cuánto habeis crecido desde que no os he visto!—Yo he crecido, señora, respondió él, para vuestro servicio.» Pasaron juntos tres dias, ó por mejor decir en el mismo lugar, porque Luis no vió casi á su madre en particular. Cazó mucho, y pareció haber encomendado á la corte el cuidado de festejarla. Tuvo motivo en efecto para estar satisfecha de las atenciones y las caricias de su nuera y demas hijos suyos, y de la alegria respetuosa de todos los señores. Pero si María pudiera haber elegido, habria preferido los obsequios de su hijo. «¿Cómo, preguntó un dia al príncipe de Piamonte, su yerno, cómo debo hacer para obtenerlos?» Y él respondió: «Amad sincera y verdaderamente todo lo que él ama: estas dos palabras contienen la ley y los profetas.» La leccion era buena, y María de Médicis fué desgraciada por no haber procurado conformarse con ella. Despues de esta corta entrevista, partió para Angers con la firme esperanza de ser bien pronto llamada al lado de su hijo, que volvió á Paris con toda su corte.

Apenas llegó, se ocupó en terminar el negocio de Condé. Habia tres años que este príncipe, cuyas faltas no eran claras para todo el mundo, padecia en una cárcel. Los grandes principiaban á murmurar de este largo cautiverio: el ministerio sabia tambien que habia habido recientemente intrigas para ligarse el prisionero con la reina madre y obtener por ella su libertad. En fin, le habian prometido pensar en él, cuando las dificultades suscitadas por esta princesa se hubiesen acabado. Se determinó pues soltarle, y la corte no creyó deber hacer gracia á medias. Ademas de las consideraciones que precedieron á su soltura, como el permiso de ver á sus amigos, y visitas de parte del rey, Luynes fué en personas sacarlo de Vicennes el 20 de noviembre, y el 26 apareció una declaracion del rey la mas ventajosa que este príncipe podia desear. Despues de un preambulo en el cual se removian todavia las cenizas del mariscal de Ancre y de su mujer bajo el nombre de «malos ministros que querian perderlo todo, ademas de los males que causaron á la Francia, uno de los mas grandes, dice el monarca, fué la prision de nuestro carisimo primo el príncipe de Condé.»

Añadia que la cosa, habiéndole parecido bastante importante para examinarla por sí mismo, no habia encontrado nada en las acusaciones formadas contra él, «sino los artificios y malos desig-

Imp. de D. J. M. Alonso, calle de Capellanes, num. 10. Tomo II.

nios de los que querian juntar á la ruina de su Estado la de su dicho primo.» Esta declaracion tan honrosa para el príncipe fué un motivo de disgusto para la reina madre que creyó ver una desaprobacion marcada de su gobierno. Quejóse altamente tambien de faltas de atencion, de gracias rehusadas á los que ella amaba, ú otorgadas á los que no la amaban, espresamente para mortificarla. El disgusto mas sensible que tuvo en este género fué la acogida favorable que encontraron en la corte de su hijo muchos de sus antiguos partidarios, de quienes creia tener motivo para resentirse. Sábense los servicios que la habia hecho el abad Ruccelai, servicios esenciales por los que habia comprometido su fortuna y su vida. Quizá pretendió por ellos una recompensa demasiado considerable; quizá tambien orgulloso de haber sido necesario, quisiese continuar siéndolo, y entrar en el secreto de los negocios; finalmente, por falta suya ó de la reina, á quien el reconocimiento podia desagradar, cosa no estraordinaria en los grandes, comenzó él á disgustar, y así lo conoció. Este revés llegó en la ocasion en que tenia mas necesidad de proteccion. Habiendo sido obligada la corte á sacrificar al bien de la paz su resentimiento contra los grandes, meditaba hacerlo sentir á los pequeños que se habian mezclado en la intriga. Ruccelai pareció el mas apropósito para servir de escarmiento. Se quejaron en Roma de sus relaciones con el duque de Bouillon y otros hugonotes. El designio era formarle proceso, y conseguir por lo menos el privarle de su abadía de Signy y los prioratos que poséia. El nuncio del Papa en Francia apoyaba la acusacion, halagado por la esperanza de obtener algun despojo. Ruccelai conocia que si dejaba empezar los procedimientos, lo menos que podria acontecerle, seria tener muchos disgustos y penas, y acaso dejarle algunos de sus beneficios en un arreglo forzado. Tomó la mas discreta resolucion, cual fué la de unirse con el mas fuerte. El marqués de Moni, caballerizo de la reina madre, partió disgustado de su lado, y bien recibido en la corte trató de atraer á Ruccelai, que fué igualmente bien recibido, con grande asombro de María, quien creia que nunca se le perdonaria lo que habia hecho por ella. Pero ignoraba que el consejo de su hijo tenia mas parte que ella misma en todo lo que pasaba en su corte.

Se ha visto que Richelieu no habia vuelto al lado de ella mas que con el agrado del rey, y sin duda con la condicion de hacer entrar á la madre en las miras del hijo. Representó que no podia cumplir sus empeños en tanto que quedase cerca de ella alguna persona capaz de contradecir sus consejos. Por esta razon hubo gran cuidado en comunicar todas las proposiciones por conducto del obispo. Hiciéronse nacer sospechas en María contra todos los servidores que hubieran podido participar de su confianza á la par que el prelado. Se les suscitaron disgustos de parte de la reina; y cuando ellos querian retirarse al lado de ella, se les fabricaba un puente de oro en la corte.

El padre José de Tremblay, capuchino que despues fué tan famoso, apareció en esta ocasion. So pretesto de misiones, reformas y asuntos de su órden, en la cual era él el superior, aunque muy jóven, hizo muchos viages á Angers. Era el agente del comercio secreto que el obispo de Luzon seguia con el duque de Luynes, el canciller, el nuncio del Papa, el P. Berulle, general de los del oratorio, el P. Arnoulx, jesuita confesor del rey, el cardenal de Gondi, y otros muchos personajes eclesiásticos y legos, poderosos en la corte de Luis XIII. Si á Richelieu le era sumamente fácil sostener relaciones ya útiles que podian proporcionarle otras con los ministros y cortesanos del rey, estos no estaban incomodados de hallarse en armonía con el canciller de María, su solo consejero, intendente de su casa y gefe de todos sus negocios. Preveia que tarde ó temprano el hijo y la madre se reunirian; mas como no se sabia si en esta reunion, la reina tomaria una autoridad igual á la que habia tenido, era prudente proporcionar acceso á ella por medio del que tenia el mas grande imperio sobre su ánimo.

El estado de la corte autorizaba semejante prevision. El duque de Luynes acumulaba al rededor de sí sus hermanos y aliados, los bienes, los honores y las dignidades. Gozaba de la autoridad mas estensa: de consiguiente era objeto de envidia general y muy enconada. Durante algun tiempo, á fuerza de mercedes hábilmente dispensadas, pudo suspender la mala voluntad de los mas poderosos entre los envidiosos de su fortuna; pero otros, mas dispuestos á agitarse, se habian encontrado obligados á la inaccion por el arreglo de Angulema; impacientes por suscitar nuevas dificultades al favorito, no creian poder escoger un momento mas oportuno. Cuando principiaron los últimos movimientos, María de Médicis estaba presa: era necesario emplear los primeros esfuerzos para libertarla en lugar que actualmente estaba libre, tenia plazas de seguridad y tropas: se podia pues conseguir fácilmente mucho mas éxito de empresas formadas en circunstancias tan favorables.

Conociendo el ascendiente de Richelieu sobre la princesa, es lícito creer como los escritores mas moderados lo aseguran, que si él no exhortó á llamar á los malcontentos, por lo menos no se disgustó de verlos agruparse cerca de ella con la esperanza de que el fin de estos alborotos, seria la reunion voluntaria ó forzada de la madre y del hijo, y seria tambien por una consecuencia necesaria un medio para entrar él en el ministerio. Sea inspirado por el prelado, sea forzado por las circunstancias, el duque de Luynes propuso entonces á la reina el regreso á la corte, insinuándola que ocuparia cerca de su hijo el puesto que habia tenido otras veces. El se persuadió que no teniendo los alborotadores otro punto de apoyo, la cábala se disiparía por sí misma; mas ni estas ofertas ventajosísimas, ni las mas enérgicas instancias pudieron obtener de la reina, lo que hubiera aceptado como una gracia algunos meses antes.

Los malcontentos que nada podian sin ella, la inspiraron un temor insoportable del crédito que gozaba el príncipe de Condé en el consejo del rey. Ellos la persuadieron que las instancias que se empleaban para hacerla volver á la corte, eran lazos que ocultaban el partido adoptado para encerrarla en la misma cárcel de donde el príncipe habia sido sacado. Un apologista de la reina madre da una razon singular de su gran deseo de reunir en torno suyo todos los enemigos del gobierno. «Ella calculaba, dice, que esparciéndose por las provincias y careciendo de centro comun, no trabajarian por sí mismos, ni perjudicarian al trono; en lugar de que teniéndolos cerca de sí, haciéndose de esta manera dueña de sus operaciones, se creia segura de conservar la corona de su hijo.» Luynes no estaba bien persuadido de la obligacion que el rey tenia con su madre, y veia con estremado disgusto que su corte se aumentaba á espensas de la de su hijo; pero por mas que empleó súplicas y amenazas al instante que principió la decepcion, esta fué á los pocos dias casi general. Fué como una epidemia que se comunicó, un furor de moda que trastornaba todas las cabezas. No sucedia esto tan secretamente que la corte no se apercibiese de ello: se comunicaban los proyectos de partida: se hacian públicamente los preparativos, y era el tema de todas las conversaciones y chanzonetas. En medio de los torbellinos ocasionados por este vértigo, el ministerio se encontraba muy embarazado. Cada dia veia divulgarse noticias las mas perjudiciales: y cuando todos los alborotadores se fueron adonde estaba la reina madre ó á sus gobiernos, se halló que ellos poseian todas las costas desde Dieppe hasta Bayona, muchas plazas interiores y los fuertes de los hugonotes sus partidarios secretos, lo cual constituia la mitad del reino.

El peligro comenzaba á ser inminente; se le habia dejado aumentar contemporizando, á pesar de los fundados consejos del príncipe de Condé. Queria éste, sin entretenerse en negociar, que el rey con su ejército, en el cual, dice Gramond, se contaban mas capitanes que soldados, fuese directamente á Angers, y pusiese á su madre en disposicion de no incomodarle. Este golpe de Estado era fácil, y los conspiradores preveian que el ministerio podria muy bien verificarlo. Esta es la razon por que los duques de Epernon y Mayena aconsejaban á la reina no quedarse en Angers, donde estaba espuesta á alguna brusca acometida, sino retirarse con ellos á la Guyena ó al Angoumois, donde podrian oponer al ejército real porcion de pequeñas plazas, que le impedirian penetrar prontamente hasta ellos. Al abrigo de estas murallas se lisongeaban poder sacar dinero, disciplinar tropas y hacerse de esta manera bastante temibles, para forzar al rey á alejar su favorito y á cambiar el gobierno, en el cual ellos serian los amos.

El plan estaba bien concebido; mas el interés de los que vivian cerca de la reina madre en Angers, impidió su ejecucion. Eran aquellos numerosos cortesanos ó comensales que sacaban de ella parte de su grandeza: los unos eran gobernadores de sus plazas; otros depositarios de sus rentas y repartidores de sus mercedes. Contemplados por el consejo del rey, cuyo favor esperimentaban á menudo para sí ó sus amigos, temieron perder estas ventajas, y recelaron que si María se escapaba de sus manos, fuese para otros el manantial de la fortuna y de la autoridad. Trabajaron pues por retenerla. Para esto la espusieron que los confederados no trataban de atraerla hácia el centro de sus fuerzas sino con el objeto de hacerse dueños de su persona, y que entonces deberia esperarse que se servirian de su nombre para proceder á la guerra ó á la paz, segun les conviniese, y sin que ella pudiese impedirlo. Richelieu, que hacia mucho tiempo estaba acorde con el favorito, de cuya recomendacion esperaba la púrpura romana, fué el que hizo valer con mas habilidad estas razones, cuyo resultado debia ser el poner á la reina en manos de su hijo.

Durante este conflicto de intereses, se retardaban en Angers las resoluciones: el rey se alarma al fin, deja á Paris el 7 de julio, y toma el camino de Normandía. Rouen abre sus puertas espontáneamente. Caen se rinde despues de una débil resistencia. El duque de Longueville escribe una sumisa carta y se retira á un rincon de su gobierno, donde se le deja sin incomodarle. Algunos gobernadores de plazas pequeñas pagan con su cabeza la simple demostracion de desobediencia. En todas partes emplea Luis el imponente aparato de la magestad. La reina le escribió, pero él rehusó recibir su carta y toda muestra de sumision hasta el momento de su llegada al lado de ella. Sin embargo, no la trata ni como inocente ni como culpable;

y si da una declaracion contra los rebeldes, no es tachada ni amenazada de ser perseguida como criminal de lesa magestad, sino solamente á los que han hecho armas á nombre de su dicha madre. En fin, recorrió como vencedor el Maine y el Perche, y llegó el 30 de julio á seis leguas de Angers.

Esta repentina marcha desconcertó completamente á los sediciosos. Habíanse ocupado en tantos proyectos, que no habian podido fijarse en ninguno; de suerte que no les quedaba otro recurso que procurar lo mas pronto posible obtener la paz. La reina diputó á su hijo el arzobispo de Sens y al padre Berulle para demandarla. El respondió á sus embajadores: «Hacedla presente mi buena voluntad; aseguradla que siempre tendré el corazon y los brazos abiertos para recibirla, y que no cesaré de suplicarla que se venga á mi lado. En cuanto á los revoltosos que oprimen á mis vasallos y que quieren usurpar mi autoridad, ningun peligro dejaré de arrostrar á trueque de hacerlos salir de Francia ó de reducirlos.» Pero á pesar de estas solemnes protestaciones de inflexibilidad, el ministerio no estaba dispuesto á llevar las cosas al último estremo. El duque de Luynes procuraba conciliar los ánimos y terminarlo todo amigablemente. Recelaba, dice Siri, que aconteciera durante el sitio de Angers lo que habia acontecido en el de Soissons; es decir, que se persuadiese al rey que para conseguir la paz, era necesario abandonar á su favorito; y que este príncipe, envidioso y poco fiel á sus compromisos, le sacrificara á su tranquilidad, como lo habia hecho con el mariscal de Ancre. Del sombrío Luis todo era de temer. Por esto Luynes queria mejor allanar las dificultades que tener que vencerlas: en Normandía habia comprado la sumision de Matignon por un despacho de mariscal de Francia; pagó con obsequios y pensiones las de Beauveau, Montgommery y otros muchos que no habia podido reducir á viva fuerza; prometió dádivas y mercedes á los principales sediciosos con el objeto de desunirlos. Estos no se atrevieron á exigir precio muy subido por miedo de anticiparse los unos á los otros. De esta manera, despues de la entrada del rey en Anjou, se entabló infinidad de tratos particulares; pero Condé no dió tiempo para concluirlos.

Este príncipe, que sosteniendo al hijo, acaso queria vengarse de la madre, adelantó el campamento del rey el 6 de agosto hasta dos leguas de Angers. Fácilmente se congetura el miedo y trastorno de esta corte, casi toda compuesta de mujeres y de eclesiásticos, de jóvenes oficiales poco esperimentados, de algunos otros gefes mas aguerridos, pero que no tenian á quién mandar mas que á reclutas sin disciplina ni municiones. El camino de la ciudad y del campo llenóse bien pronto de negociadores, que sin cesar iban y venian. El tratado no estribaba mas que en un punto, pero este punto era esencial: se convenia en conceder á la reina para si misma todo lo que quisiese, como regresar á la corte, asistir á los consejos y aumentar sus rentas, honores y prerogativas. Con repecto á sus partidarios, el rey declaró no querer tratar con ellos, y solo permitió que la reina los recomendase á su indulgencia, comprometiéndose entonces á mirarlos con bondad.

En esta crisis se hallaba el asunto, cuando el príncipe de Condé, fuese por apresurar la conclusion, fuese por impedir todo arreglo, hizo atacar el Pont-de-Cé, plaza de la reina, á media legua de Angers. Cuando se aproximaron las tropas del rey, las de María salieron de sus torres, esparciéndose por la verde pradera, teniendo á su cabeza multitud de oficiales adornados con cintas y plumas, montados en hermosos caballos, que hacian evoluciones brillantes. Mas al primer tiro los soldados se desordenaron; en vano los oficiales trataban de contenerlos; ellos mismos fueron envueltos por los reclutas. Hubo pocos muertos, muchos prisioneros, y los que escaparon fueron á aumentar el terror á la corte de la reina, que ya estaba asustada.

Esta brusca espedicion no fué aprobada por todos. Los mismos ministros del rey la vituperaron y manifestaron al duque de Luynes que hubiera podido escusar la efusion que hubo de sangre, pues no faltaba quizá mas que una hora para celebrar la paz. Sin dejar tiempo al favorito para tomar la palabra, Condé replicó: «No es el rey quien debe esperar.» Si se hubiese creido así, las condiciones del tratado hubiesen sido mas duras para la misma reina, como tambien para los otros, y sin duda hubiera ella tenido que sufrirlas; pero el duque de Luynes, siempre por la razon de acabar pronto, no quiso usar con rigor del derecho del mas fuerte. Se convino el 9 de agosto que en obsequio de la reina se diese libertad á los prisioneros, lo mismo que á todos los que entrasen en su deber en el término de ocho dias; pero que no se devolverian á los rebeldes sus destinos, porque el rey habia dispuesto de estos. En cuanto á lo restante, se apeló al tratado de Angulema, que fué confirmado de nuevo con algunos artículos secretos, siendo uno de los principales el capelo para Richelieu.

Los agentes de esta paz fueron los ministros del rey por un lado, el obispo de Luzon por otro, y los mediadores, el P. Berulle, el arzobispo de Sens, el cardenal de Retz, el de Sourdis y el nuncio del Papa. Encontrándose los eclesiásticos con preponderancia en el Consejo, hicieron resolver que el rey aprovechase el ejército que tenia en pie para someter los calvinistas del Bearne, que siempre rehusaban dar al clero sus bienes. El príncipe de Condé apoyó fuertemente este proyecto de guerra, porqué esperaba hacerse útil y ganar la confianza del rey. El duque de Luynes al contrario, no se prestó á él mas que con sentimiento por el temor de que acostumbrándose el jóven Luis al placer de las espediciones militares, se aficionara al príncipe que le habia inspirado este gusto.

La entrevista de la madre y del hijo se verificó el 13 de agosto en el castillo de Brissac, y fué mas cordial que la de Tours. El rey, abrazándola, la dijo: «Ya os tengo en mi poder, y no volvereis á escaparos.» Ella respondió: «No os costará trabajo el retenerme, en razon á que estoy persuadida de que siempre seré tratada como madre por un hijo como vos.» En seguida se arreglaron para realizar juntos el viage de Poitou y Guyena, y pacificar de concierto estas provincias. Por el temor de que la presencia de la reina autorizase á los grandes para exigir mas que lo que se les habia concedido, anticipadamente se apresuraron á contentarlos. En cuanto á los pequeños, abandonados por los señores por quienes se habian sacrificado, fueron forzados á ceder; y cuando se presentaron al rey, no esperimentaron mas que tibieza y desdenes, que no se habria atrevido á irrogar á sus gefes.

La reina madre volvió al principio del otoño á Paris, donde reunió su corte con la de su nuera. El rey pasó al Bearne, que subyugó en seis semanas, y lo reunió legalmente á la corona, estableciendo en Pau un Parlamento á la manera de los otros. Devolvió al clero todos los bienes que los calvinistas se habian apropiado; restableció en todos los pueblos el ejercicio de la religion católica, que cincuenta años antes habia sido abolido por Juana de Albret, y puso fuertes guarniciones en todas las plazas de defensa. El príncipe de Condé no acompañó al monarca en esta espedicion, en razon á que el favorito le significó con gran confianza que marchara á Paris, donde tenia necesidad de él para oponerle á María de Médicis, si esta hacia alguna tentativa durante la ausencia del rey; y el placer de contrariar á la madre hizo sacrificar á Condé la ventaja de ganar el corazon del hijo.

La vuelta de Luis XIII á Paris merece ser notada, porque tal vez fué cuando este príncipe se mostró algo galante. Llegó el 7 de noviembre á la madrugada acompañado de cincuenta y cuatro jóvenes corriendo á todo escape, precedidos de cuatro correos, que iban tocando cornetas; y así atravesó la ciudad, en la cual no habia sido anunciado. El ruido que hacia esta tropa lucida y bulliciosa sacó de las camas á todos los vecinos; las ventanas se llenaron de curiosos; y en el momento que conocieron á Luis, al jóven guerrero que volvia vencedor de la rebelion, en todas partes le aclamaban, y no se oian mas gritos que «viva el rey.» El pueblo le acompañó en masa hasta el Louvre. La guardia, viendo llegar tanta gente de á pie y á caballo gritando tan fuertemente, se puso en estado de defensa. Al ver al rey, ábrense las puertas, y la guardia añade sus aclamaciones á las del pueblo. Atraviesa Luis rápidamente los aposentos; va á abrazar á su madre, y desde allí pasa al cuarto de la jóven reina, á la cual causa igual sorpresa y placer. La ciudad participó de los transportes de la corte. Las pocas tiendas que estaban abiertas fueron cerradas; cesaron los trabajos; hubo bailes, banquetes y fuegos artificiales, y estos dias sin disputa fueron para Luis XIII los mas agradables de su reinado.

Los placeres reunieron durante el otoño y el invierno á los que la discordia habia separado, ó mas bien, la discordia particular reinó siempre bajo el esterior de los regocijos públicos, y aun en medio de los festines, espectáculos y fiestas de toda especie. La jóven reina bailó, y el rey, á pesar de ser tan grave, tuvo la complacencia de ser actor en estas diversiones. Los señores de la corte, tanto los que habian sido del mismo partido como los del contrario, se trataron recíprocamente. Se vieron y se visitaron con todas las apariencias de cordialidad; sin embargo, no se reconciliaron completamente.

Entre los rasgos cortesanos, es decir, las malas intrigas y la simulacion escondida bajo esterioridades finas y atentas, es preciso citar lo que aconteció al obispo de Luzon con motivo del capelo que se le habia prometido. Es muy cierto que en el negocio de Angers prestó esenciales servicios al duque de Luynes y al rey. En lugar de reconocer esta verdad, los envidiosos y enemigos le acusaron de haber procurado mas por sus intereses que por los del reino, y de no haber titubeado en sacrificar á su señora por el capelo. Mas cualquiera que hubiese sido el motivo secreto de su conducta, sobre el cual no se podrá jamás dar un fallo seguro, se puede asegurar que fué prudente, conforme á los principios de la sana política, y ventajosa al mismo tiempo á la Francia, que fué pacificada, y á María de Médicis á quien satisfizo. Todo lo que esta princesa podia desear era volver al lado de su hijo con los mismos honores y la misma tranquilidad de que habia gozado otras veces; volver, no como forzada y suplicante, sino triunfante y rogada. Los descontentos procuraron persuadirla que para conseguir este objeto era necesario

tenido entrevistas con el duque de Luynes y despues de su muerte con el de Lesdiguieres.

Ambas partes abrigaban iguales disposiciones. Ya se ha observado que no convenia la guerra á las miras secretas de la reina madre: tampoco era del gusto de los ministros: estos, en su mayoría eclesiásticos ó togados, como los cardenales de Retz y La Rochefoucauld, el canciller de Sillery y Puisieux, á quienes su edad y estado no permitian acompañar al rey al ejército, temieron que separado Luis de ellos se apoderara alguno de su confianza y les privara de su influencia. Recelaban sobre todo del príncipe de Condé, mirado siempre como enemigo suyo por María de Médicis, siendo él quien incitaba al rey á continuar la guerra. Persuadióse á Luis que era muy crédulo en cuanto á predicciones y muy susceptible de celos, que el príncipe no obraba mas que por interés, que se habia infatuado con cierta profecía que anunciaba la muerte del rey y de su hermano como cercana, y que á fin de encontrarse armado en el momento de tal suceso era por lo que deseaba continuar las hostilidades. Este anuncio causó tanta impresion en el ánimo del rey que concluyó la paz en Montpeller sin hablar de ella al príncipe, quien no supo tal novedad sino, por decirlo así, á una con el público. Incomodóle semejante falta de confianza, y la reputó por una injuria que mas bien que al rey imputó á la reina madre. Por no encontrarse con ella en la corte pidió permiso para viajar por algun tiempo y marchó á dejar sus desazones en Italia. Este arreglo vino muy oportunamente á los habitantes de la Rochela, cuya flota acababa de ser batida por el duque de Guisa, y quienes acosados cada vez mas por tierra, hallábanse amenazados de ver su canal cerrado por una estacada. Por otra parte, en nada se alteró la suerte de los protestantes, y no se hizo mas que confirmar los derechos que les habian sido reconocidos por el edicto de Nantes. Unicamente se estipuló que aunque eran libres para tener juntas en cuanto á los asuntos eclesiásticos, no lo serian para reuniones en que se quisiera tratar de política sin espresa licencia del monarca.

Las dos reinas se presentaron al rey en Lion, á donde le condujeron sus victorias, y hubo fiestas brillantes con motivo del casamiento de Gabriela, hija natural de Enrique IV y de la marquesa de Verneuil, con el marqués de la Valette, segundo hijo del duque de Epernon. Esta merced del rey en favor del hijo habia sido precedida de otra en favor del padre, á quien confirió el gobierno de Guyena, vacante por muerte de Mayena. El monarca coronó sus liberalidades con una gracia que hizo de mala gana, la del birrete al obispo de Luzon, quien por las instancias de la reina madre habia sido por fin promovido al cardenalato á despecho de los envidiosos.

Esta dignidad no le sirvió al pronto mas que de distincion, sin aumento de crédito. Mas de un año duraron las instancias de la reina para hacerle entrar en el Consejo, hasta que al fin triunfó á pesar de la oposicion de todos los ministros. Estos eran iguales, aunque Cárlos, marqués de la Vieuville, pasaba por primer ministro á pesar de no tener tal título. Cárlos era hombre de talento, muy versado en los negocios, gran trabajador, pero duro y burlon, dos defectos los mas apropósito para atraer el encono público sobre una persona encumbrada. Como era diligente, resuelto y complaciente para su amo, á quien profesaba la mas ciega adhesion, cautivó fácilmente tras la muerte de Luynes la confianza de un jóven príncipe que se asustaba de las menores dificultades en los negocios, y era muy amigo de que se tributara á su persona un homenage de preferencia. Luis fué por algun tiempo como una plaza fuerte espuesta al exámen y á las tentativas de varios generales que meditan su conquista: los cortesanos observan sus flaquezas para introducirse en su favor: las mujeres procuran sorprender su corazon: entrambas reinas ordenan fiestas y pretenden encadenarle á su lado con el juego, el baile y los placeres sedentarios: los ministros creian asegurarle é inspirarle amor al trabajo poniendo á su vista por menor todas las cosas. La Vieuville le aconsejó que siguiera su inclinacion á los ejercicios violentos, montando á caballo, cazando, manejando armas y formando reuniones en que se orillaran las dificultades de la discusion: llevábase despues el resultado al Consejo, en que no tardó en dominar Vieuville con su tono decisivo, su osadía en contrariar las opiniones de los otros ministros, y su tenacidad en sostener las suyas. Logró tambien que el rey le mirara como á hombre completamente consagrado á él, al aprobar su prevencion contra su madre y alabar su rivalidad contra su hermano Gaston, duque de Orleans.

Este príncipe fué encomendado desde su tierna edad al señor de Breves, quien juntaba al conocimiento de los hombres muchas luces políticas adquiridas en sus embajadas y una probidad rara. Nombrado ayo de Gaston, dedicóse á hacer germinar en el corazon de su discípulo las virtudes que practicaba, y á inspirarle aficion á las artes y ciencias que cultivaba. Hubo tales progresos, que el rey llegó á concebir envidia, y en lugar de afearle tal defecto no faltaron personas que se lo aplaudieron, aconsejándole que despidiera á Breves y diera á su hermano un maestro cuyas lecciones no fueran tan apropósito para acarrearle la estimacion y simpatías de la nacion. ¡Consejo infame, pero muy propio de los cobardes aduladores que no siempre son los últimos en rango y dignidad en las cortes! Breves se retiró colmado de alabanzas y dádivas, sustituyéndole el conde de Lude, quien aunque viejo era todavía amigo de placeres. La asiduidad propia de tal cargo era un freno sobrado sensible para él, quien por lo tanto lo confió á subalternos, cuyos malos ejemplos y condescendencias criminales variaron bien pronto las costumbres de Gaston. Formaron de este no un malvado príncipe ni un libertino determinado porque á ello se oponian su edad y carácter, pero pervirtieron sus principios y le quitaron el freno del pudor.

El conde de Lude falleció bastante á tiempo para que sus perversas lecciones no emponzoñaran irremediablemente á su discípulo. Con él desaparecieron los malos preceptores. El coronel Ornano que le reemplazó, tuvo mas que hacer en reformar los hábitos contraidos en tal escuela que el que habria tenido en inspirarle desde luego buenas inclinaciones: prevaleció sin embargo, aunque por un medio asaz peligroso: escitó la emulacion del príncipe, haciéndole vislumbrar la sucesion del trono como un acaecimiento quizá cercano, toda vez que el rey no gozaba de salud y carecia de hijos. A fuerza de inspirar á Gaston ideas superiores á su estado actual, Ornano llegó á avanzar mucho en ellas. Persuadióse que no podia rehusarse al presunto heredero de la corona la intervencion en los asuntos de una monarquía que indudablemente gobernaria algun dia. En consecuencia indujo al príncipe á pedir su entrada en el Consejo. Sospechose en este paso menos ambicion por parte de Gaston que de la de su ayo, quien intentaba al parecer tornarse importante por medio de su discípulo. El consejo acordó imponerle el castigo de la inconsiderada demanda del príncipe, y así Ornano fué encerrado en el castillo de Caen.

Vieuville patentizó en este caso sobrada deferencia para con el débil rey, y por lo tanto á los ojos de Gaston y del público pasó por el culpado del encarcelamiento del coronel. Tambien fué tachado de ser con falsos informes é imputaciones malignas el causante de la desgracia del canciller Sillery y de sus hijos, que acababan de ser relegados á sus tierras. Como era altivo é insolente, no disimuló la superioridad que se atribuia sobre los demas ministros que eran el cardenal La Rochefoucauld, el condestable, Aligre guardasellos y Bouillon; pero se advertia en él una conducta mas mesurada con respecto al cardenal Richelieu.

No le habia visto sin desagrado entrar en el consejo; aunque hacia mucho tiempo que estaban relacionados, y le llamaba amigo suyo. Es verdad que salvo las apariencias, bastante diestramente para que se propalara entonces, que hasta habia decidido al rey á admitir á Richelieu, hácia quien mostraba desvío el príncipe; pero si Vieuville contribuyó á abrir la puerta del consejo á Richelieu, arrepintióse bien pronto de haber escogido semejante colega, acreditando en consecuencia que antes le temia que no le amaba. No solamente le ocultaba los asuntos, manifestándole confianza nada mas que á medias, sino que se esforzaba por desvanecer la reputacion que el prelado podia conquistar en el ánimo de Luis XIII. «El cardenal, le decia, siendo hechura de vuestra madre, debe serle enteramente adicto; y si le escuchais, preparaos á volver á la tutela de que con tanta satisfaccion os libertásteis.» Mas al insinuar tales sospechas, cometió Vieuville el desacierto de dejar á Richelieu ocasion para desenvolver á los ojos del monarca los grandes talentos que le merecieron para siempre la estimacion de su príncipe, la cual fué su mas incontrastable dique contra las embestidas de sus rivales y contra los desaires del rey mismo.

Ella nació y creció de improviso en las conferencias que Richelieu tuvo con Luis acerca de dos asuntos importantes cuya direccion le habia confiado Vieuville, á saber: como debia procederse con los españoles en cuanto á la Valtelina, y con los ingleses en cuanto al casamiento de Enriqueta de Francia y el heredero de la corona de Inglaterra, que fué despues Cárlos I. A causa de alguna cesion que estas dos naciones exigian, hizo ver el cardenal al rey que su consejo era demasiado blando y tímido, lo cual daba mucha superioridad á los estrangeros. Luis para escusar la timidez de su consejo, no dejó de repetir lo que en él se hablaba diariamente sobre la postracion del reino, y que con actos sobrado firmes se corria riesgo de atraerse guerras que no podrian sostener. El prelado destruyó estos reparos patentizando al jóven monarca los recursos de Francia, su inmensa poblacion, la intrepidez de sus moradores, la fertilidad del suelo, la abundancia y variedad de sus producciones, sus hermosos bosques, sus canteras, la riqueza de sus minas, en especial su vino y sal, dádivas de la naturaleza que las demas naciones tenian que pedírselas, sus rios casi todos navegables, tan cómodos para el comercio interior, su feliz posicion entre los dos mares favorable al comercio esterior, la fuerza de sus fronteras defendidas por rios y montañas, muros naturales, ó por pueblos que con poco arte podian ser inespugnables; en fin, la

misma constitucion de su gobierno, que da á un solo hombre facultad para poner en movimiento todos estos recursos con una sola palabra y en un instante.

Luis no pudo menos de manifestar sorpresa de que en lugar de dar ley la recibiera ignominiosamente su reino. Esplicóle el cardenal las razones del estado de decadencia en que la Francia se encontraba, y los medios de que podria echarse mano para que se repusiera. Desde entonces medió entre el monarca y el ministro una correspondencia de ideas y acciones que sostuvo á este en adelante contra todos los esfuerzos domésticos y estraños, contra el cansancio mismo de Luis y de Richelieu, quienes disgustados á menudo por el contraste de sus caractéres y próximos á separarse, se reconciliaban por la necesidad de auxiliarse en la ejecucion de los planes que habian trazado. Si la Francia no se elevaba al rango superior que le tocaba entre las naciones, era segun Richelieu, porque toleraba muchas religiones en su seno, porque dejaba tomar demasiado ascendiente á los españoles en su consejo, porque no procuraba mantener un cuerpo de tropas nacionales siempre prontas á moverse, ni guardaba de reserva fondo alguno para las ocasiones apremiantes. El cardenal dió á entender en su *Testamento político*, que el mismo rey conoció que seria imposible remediar estos males, interin Vieuville permaneciera al frente de los negocios que manejaba sobrado bruscamente, por rutina y sin sistema, ademas de que era muy aborrecido y disipaba las rentas, cuya administracion habia proporcionado á su suegro. Todos estos motivos determinaron al rey á decirle que se retirase. Herido como por un rayo, Vieuville en lugar de obedecer quiso hablar á Luis para justificarse: para verle pasó á San German de Laye, donde fue escuchado favorablemente, y en el momento en que se creia reintegrado en el favor y vencedor de sus enemigos, fué preso y conducido al castillo de Amboise. La mudanza que ocurrió en el Consejo con la separacion del canciller y Puisieux, causó al instante en los asuntos la novedad que el cardenal deseaba, poniéndose él solo á manejar el timon del Estado, timon que sostuvo con mano firme hasta el fin de su vida.

Entonces comenzó á guardarse secreto en el consejo, cuyas resoluciones averiguaban antes los españoles, tanto por los ministros que les eran adictos, cuanto por los emisarios que mantenian cerca de los otros. El sistema político cambió enteramente. En lugar de las astucias, sutilezas y dilaciones afectadas que los embajadores de Francia estaban acostumbrados á emplear, se les espidió órden de hablar y tratar con firmeza. El de Roma, viendo un ministro nuevo cuando el cardenal se hizo dueño del consejo, creyó halagarle escribiéndole una larga carta, en la cual le indicaba con muchas palabras lo que era necesario hacer con esta corte. A estos documentos Richelieu respondió con solo dos palabras: «El rey no quiere ser engañado por mas tiempo. Direis al Papa que se enviara un ejército á la Valtelina.» La amenaza fué seguida del efecto, y por temor de que el embajador, hombre que podria tener pretensiones al capelo, estuviera espuesto á la seduccion, Richelieu colocó en su lugar al conde de Bethune, que era calvinista. Al mismo tiempo envió á los Grisones, soberanos de la Valtelina, al marqués de Cœuvres en calidad de ministro plenipotenciario, y autorizado para dejar este caráter y tomar el de general en el momento en que determinara á los Grisones á reducir los Valtelinos sus vasallos, que querian sustraerse á su obediencia y someterse al Papa.

La política de los españoles habia sembrado la discordia en estos pueblos, antes los mas dichosos. Cuando las nuevas religiones se introdujeron en Suiza, los Grisones sus vecinos abandonaron la romana, y los Valtelinos, vasallos de los Grisones, la conservaron. La diversidad de fe y de culto no causó ninguna diferencia entre los señores y sus vasallos. Por entonces los Valtelinos dejaban pasar por su pais á todos los que se presentaban; pero el conde de Fuentes, famoso gobernador de Milan, de que tanto se ha hablado, no teniendo en nada la libertad del paso si no se hacia dueño de él, escitó entre los Valtelinos algunas disputas de religion, induciéndolos á no deferir su conocimiento á los tribunales de los Grisones por la sola razon de que no podian juzgar siendo hereges. Estos no queriendo perder su derecho de jurisdiccion, se armaron para sostenerlo. Fuentes, bajo pretesto de socorrer á los católicos, envió tropas al valle y levantó á la entrada del territorio español una plaza fuerte, á la cual de su nombre llamó el fuerte de Fuentes. Limitóse á esto en vida de Enrique IV, mas despues de su muerte fomentó, prevalido de esta fortaleza, una perpetua discordia entre Valtelinos y Grisones, y al retirarse estos á consecuencia de algun convenio, Fuentes los seguia y edificaba nuevos fuertes en la cima de las montañas, para alejar, segun decia, del valle los enemigos de los católicos.

Con esta conducta diestra de Fuentes y sus sucesores se habia cumplido la prediccion de Enrique IV, quien viendo las primeras empresas del gobernador de Milan, dijo: «Quiere estrechar con un solo nudo la garganta de Italia y los pies de los Grisones.» Cuando murió este príncipe trataba de reprimir tales invasiones. La postracion del gobierno durante la regencia de su viuda no permitió seguir este proyecto, aunque no se desatendieron absolutamente los intereses tanto de los Grisones cuya soberanía era disputada, como de los Valtelinos que no advertian que sopretesto de protegerlos se queria avasallarlos. Logróse la destruccion de algunas fortalezas, pero nada se adelantaba interin quedara una sola en manos de los españoles. Francia lo conoció y amenazó. Entonces, siguiendo los presentimientos de Bassompierre, imaginaron los españoles un espediente que parecia sugerido por el amor de la paz y de la religion, y que se redujo á poner los fuertes en depósito en manos del Papa; pero esto no era sino lo que vulgarmente se llama una *escapatoria*. Era facil prever que en el primer momento oportuno los españoles volverian amigablemente á sus fuertes ó arrojarian de ellos sin dificultad á los soldados que sobre ser mercenarios eran poco aguerridos. Así que Richelieu llegó á dominar en el Consejo, demandó no un simple depósito sino la cesion absoluta de las fortalezas, y apoyó su demanda en un ejército que á las órdenes del marqués de Cœuvres entró bruscamente en la Valtelina, arrolló un cuerpo de tropas que tenia allí el Papa mandadas por el marques de Bagny, y se apoderó de casi todas las plazas con tanta rapidez, que habia la persuasion de que se entendian soberano Pontífice y los franceses. Pero lo que aconteció en la corte de Francia debió desengañar á los que tal creian. El nuncio del Papa se quejaba amargamente de esta brusca espedicion de un príncipe católico, aconsejada por un cardenal contra el mismo Papa en favor de los Grisones, pueblo herege. «Debeis, decia á Richelieu, estar muy embarazado en el Consejo cuando se trata de deliberar sobre la guerra.—Nada de eso, respondió el cardenal: cuando fui nombrado secretario de Estado, el Papa me dió un breve que me permite decir y hacer con seguridad de conciencia todo lo que es útil al Estado.—¿Pero y si se trata de ayudar á los hereges? decia el nuncio.—Pienso, replicó tranquilamente Richelieu, que el breve se estiende hasta eso.»

Los españoles intentaron entonces incomodar al cardenal y distraerle encendiendo la guerra civil en Francia; y al paso que clamaban contra los socorros que esta daba á los Grisones, no reparaban en prometerlos á los protestantes franceses, quienes se mostraban dispuestos á burlar los golpes con que les amenazaba el ministro. Quejábanse dichos protestantes de que no se habia observado ninguna de las condiciones de la paz de Montpeller; de que se habia puesto guarnicion real en esta ciudad contra el tenor espreso del tratado; de que lejos de demoler el fuerte Luis, que dominaba al puerto de la Rochela se alzaban nuevas fortificaciones en derredor de esta ciudad para sojuzgarla; que se vejaba á su comercio, se ponian trabas á su navegacion para arruinar su marina, y se hacia alarde en no respetar ninguno de sus privilegios. Pero por legítimos que fueran estos agravios fomentados por España, incurrieron en el esceso de la agresion. Recelando Soubise que una escuadra que se armaba en el puerto de Blavet y se decia destinada contra los turcos, no tenia otro objeto que bloquear el puerto de la Rochela, sale de este puerto al frente de una armada, entra de improviso en el de Blavet, sorprende los bageles que mandaba el duque de Nevers, los arrebata y va ademas á apoderarse de la isla de Re. Al mismo tiempo consigue el duque de Rohan sublevar el Languedoc. Epernon fué enviado contra Montauban, Themines contra la Rochela, y el mando de las armadas combinadas de Francia, Holanda é Inglaterra fué encomendado al duque de Montmorency. Los escrúpulos religiosos de sus aliados pensaron al pronto ponerle á discrecion de los rocheleses: mejor apoyado despues, se desquitó apoderándose de nueve de sus buques y dispersando el resto de la escuadra, mientras triunfaba Toiras en la isla de Re que servia de resguardo á su puerto. Los reveses aumentaron la desunion que ya reinaba entre los protestantes, muchos de los que hablaban de acomodamientos particulares. Por otra parte, Richelieu á quien amenazaba una poderosa cábala, no se desazonaria de proporcionarse una calma interior capaz de permitirle consolidar su poder. Mediante estas mútuas disposiciones no fué dificil ajustar la paz.

Llevóse esta á cabo á pesar de las instancias del nuncio del Papa, con la condicion de que el rey conservaria sus fuertes al rededor de la Rochela, pero que los habitantes no serian inquietados ni en sus bienes ni en su comercio. La ruina de los protestantes parecia entonces tan fácil de consumarse, que el clamor público no designaba á Richelieu sino con el nombre de cardenal de la Rochela y de pontífice de los protestantes. «Pero, decia él mismo en esta ocasion, es menester que escandalice mas todavía.» Con estas palabras significaba la guerra que continuaba en favor de los Grisones contra las tropas del soberano pontífice unidas á las españolas, y que se terminó en el siguiente año por el tratado de Monzon en Aragon, tratado concluido con celeridad y secreto, bastante ventajoso para Francia, porque bien ó mal orillaba las dificultades surgidas por causa de la Valtelina, y las que habia producido entre Génova y el duque de Saboya una guerra en que Luis habia tomado parte, aunque descontentó á cuantos se prometian ventajas, tanto de la alianza del rey como de los obstáculos que la guerra suscitaba á la Espa-

ña. En suma, Richelieu podia tambien llamar escándalo al tratado de liga ofensiva y defensiva que meditaba entonces con los ingleses con ocasion del matrimonio de la hermana del rey. Se escondió, por decirlo así, este proyecto á la casa de Austria, ordinariamente tan dichosa en alianzas. La consideracion que ella gozaba en Europa era tan grande, que Jacobo I envió en persona al duque de Yorck su hijo el infortunado Cárlos, á buscar á la infanta, sometiendo en



Ana de Austria y Buckingham.

Madrid el orgullo inglés á la gravedad española. La diferente religion de estos dos reinos fué un obstáculo que las negociaciones no pudieron superar. En Francia no fué tan difícil el mismo negocio: el casamiento se concluyó á pesar de una multitud de incidentes poco importantes, pero que sin embargo fueron el gérmen de las turbaciones de la corte de Francia en todo el reinado de Luis XIII. Para buscar la causa de estas desavenencias, cuyo fin casi siempre fué trágico, es preciso hacerse cargo de lo que pasaba en una corte donde todos tenian derecho á mezclarse en los negocios del Estado, á saber lo que pasaba en el consejo, á preguntar á los ministros, y bajo pretesto de libertad francesa, hacer del gobierno el tema de las conversaciones y el pasatiempo de los corrillos.

Represéntese en seguida á un ministro grave que conozca la necesidad del secreto y la conveniencia de conservar en la discucion de los intereses de los príncipes una gravedad que les dé una perspectiva augusta; un ministro que ha esperimentado el peligro de los vínculos sobrado estrechos entre los cortesanos y las relaciones con el estrangero; si se le ve dispuesto á romper estos antiguos usos de donde nacen la insubordinacion y el desórden, sorprendidos de tales innovaciones, los viejos murmurarán, los jóvenes se burlarán, las mugeres, al verse privadas de las confidencias que las daban importancia se airarán; y si se puede dudar que el monarca carezca de suficiente firmeza para resistir la importunidad, se le cansará con instancias, quejas y cuentos; comunicaránse unos á otros sus cuitas, formaránse cábalas que precisarán á la autoridad á armarse y castigar. ¡Triste recurso que mas de una vez hizo que en este reinado degenerara la justicia en crueldad!

El casamiento de la princesa no solo fué un negocio de Estado, sino una novedad de corte. Cada incidente que se presentaba agitaba una multitud de personas. Las mugeres querian dar su parecer, y demostraban una curiosidad que el ministro no conceptuaba oportuno satisfacer. No estaban acostumbradas á esta reserva, encontrándola muy estraña; lo cual produjo bastante despecho contra el cardenal. Este despecho se redobló cuando el duque de Buckingham, favorito del jóven príncipe inglés, que á la sazon sucedia á su padre, llegó á Francia con plenos poderes para el casamiento de la princesa. «Era, dice la señora de Motteville, bien hecho y de hermoso rostro; tenia el alma grande; era magnífico y liberal. Valido de un gran rey, podia gastar todos sus tesoros, que estaban á su disposicion, así como todas las pedrerías de la corona de Inglaterra.» Acompañaba á Buckingham la mas bella juventud de los tres reinos. Poco celosos los franceses, naturalmente galantes las francesas, vieron llegar con júbilo esta brillante comitiva. Presto todo los corazones estuvieron de acuerdo; los placeres formaron al instante nudos que Richelieu no vió con agrado. El aire satisfecho de Buckingham le habia chocado. El frenético amor que declaró en seguida á Ana de Austria, acabó de indisponerle con el ministro y todas las personas mas sensatas de la corte. En efecto, no solamente Buckingham se presentaba como hombre que quiere agradar, sino que hablaba y acompañaba sus declaraciones con imprudencias propias de su pasion. Todo el mundo, aun el mismo rey se alarmó, concibiendo sospechas contra su jóven esposa. Richelieu, para complacerle y satisfacer su personal aversion, mortificaba mucho al embajador. Este con sus quejas sublevó contra el cardenal á toda la juventud, disgustada de haber sido contrariada en sus placeres. Se publicó que el prelado no era tan delicado sobre el honor de las damas, sino porque él mismo estaba enamorado de la reina ó de la viuda del condestable de Luynes, duquesa entonces de Chevreuse. Se le miró como tirano de las sociedades, como perturbador de los placeres; dos tropiezos, quizá los mas odiosos que pueden existir entre jóvenes cortesanos. El odio que resultó, no se desvaneció en vanos discursos: quedó en todos los corazones y dió mas actividad á la ejecucion de los proyectos que la ambicion formó contra la fortuna del cardenal. La primera ocasion en que pudieron estallar estas pasiones de ambicion y de odio, fué otro casamiento. Se debe recordar la envidia del rey á su hermano. Ornano, como se ha visto, la aumentó mas y mas escitando á Gaston á pedir la entrada en el consejo, con la esperanza de influir él mismo en este cuerpo. La ambicion del coronel fué suspendida por la prision, pero no reprimida. El cardenal no tuvo la suficiente autoridad para despues agradar á Gaston, y así hizo volver á Ornano, no en calidad de ayo, la edad del príncipe no admitia este título, pero sí en calidad de gefe de su casa. Apénas el coronel volvió á ver á Gaston, principiaron las gestiones del príncipe para que se le admitiera al despacho de los negocios. Se advirtió de donde partian estas instancias; y el cardenal opinó en el consejo porque se diera al coronel el baston de mariscal de Francia, como última gracia que debia enfrenar para siempre sus pretensiones. En esta ocasion, Vialart, obispo de Avranches, contemporáneo é historiador del cardenal, observa una cosa que puede servir para esplicar la conducta de Richelieu en otras circunstancias, y es que con respecto á los señores á quienes su nacimiento ó mérito podia permitir pretensiones, tenia por sistema concederles mucho mas que lo que cabia en sus derechos ó esperanzas; pero tambien, si no se contentaban con semejantes larguezas, si en lugar de manifestarse reconocidos se sublevaban contra él, los trataba sin misericordia.

El infortunado conde de Chalais, gefe de la guardaropa, esperimentó el primero un rigor tan inexorable. Nieto del mariscal de Montluc, descendiente de la ilustre y antigua casa de Talleyrand Perigord, gozando en la flor de su edad del favor del rey y de un envidiable cargo en la corte, pudiera haberse labrado una suerte la mas halagüeña, si amigo sobrado ardiente y amante demasiado tierno, no se hubiera aficionado á proyectos caprichosos, de cuyo buen éxito ninguna ventaja personal podia resultarle. La intriga que condujo á Chalais al cadalso, se parece á las ocurrencias de familia en que se mezclan los vecinos, estraños y hasta los criados. Por malicia, curiosidad ó por celo indiscreto, examinan los pasos juzgándolos mal, recogen las palabras y las reproducen desfiguradas ó recargadas; hacen por lo mismo de una bagatela un asunto importante, que espone la fortuna, el honor y á veces la vida de las personas comprometidas. Así en esta desgraciada aventura, al lado de los primeros del Estado véase figurar personas oscuras, de condicion servil, duelistas, mujeres públicas y multitud de intrigantes que fueron alejados con desprecio, interin pagaba por todas una cabeza ilustre.

La reina madre queria casar á Gaston, su hijo, con la señorita Montpensier, la mas bella y rica de la corte. El príncipe, demasiado jóven para conocer la utilidad de este enlace, no creyó oportuno

consentir, por consejos que le daban la mayor parte de sus cortesanos, quienes se lisongeaban de manejarle mas á su placer en la disipacion de una vida libre, que cuando estuviera en las cadenas de una mujer simpática. Luis XIII hubiera querido poder evitar este himeneo: la sola idea de ver una posteridad en su hermano cuando él no la tenia, le hacia consumirse de envidia, y algunas veces se le vió hasta llorar. Por temor de ser menos considerada cuando



La duquesa de Chevreuse haciendo jurar á Chalais la muerte de Richelieu.

su cuñado tuviera sucesion, la jóven reina procuraba tambien impedir su casamiento. Estaba en su casa de superintendenta María de Rohan-Montbazon, viuda del condestable de Luynes y casada nuevamente con el duque de Chevreuse, hermano del duque de Guisa, y la cual, casi tan jóven como Ana de Austria, viva, apasionada por los placeres y amiga de dominar, era mas capaz de aconsejar segun sus intereses y su gusto, que conforme á la razon. Algunas veces la reina madre la hacia con este motivo objeciones, que sufria impacientemente; y aunque no fuera mas que por mortificar á esta princesa, y con ella á todas las damas de la antigua corte que criticaban la moderna, afirmó á su señora en la intencion de frustrar dicha boda. Cuidó tambien la superintendenta de aleccionar á sus subordinadas en términos que ni de dia ni de noche hablaban de otra cosa á la reina á quien hasta hubo la audacia de decirla que ella misma tenia interés en que continuara soltero Gaston, para que pudiera desposarse con él, si el rey, cuya salud era tan delicada, llegaba á morir sin hijos. En fin, Ornano y algunos de buena fé de la corte de Gaston deseaban que sus costumbres fuesen garantidas por el casamiento; pero el mariscal deseaba que se enlazase con una princesa estrangera, de cuya alianza pudieran esperarse auxilios de tropas y recursos en casos de apuro. A estos obstáculos se agregaban la pretension de la condesa de Soissons, que queria á la señorita de Montpensier para su hijo, y muchos piques secretos, celos de familia, que llamaban la atencion hasta de los mas indiferentes.

Tal era el estado de la corte cuando el mariscal Ornano fué preso segunda vez en Fontainebleau el 4 de mayo. Su crimen, como el primero, era sugerir al príncipe nuevas exigencias para que se le concediese la entrada en el Consejo. Igualmente se le acusó de inspirarle aversion al casamiento con la señorita de Montpensier. Este rasgo de autoridad provocó una prodigiosa fermentacion en los ánimos. Gaston lloró, amenazó, se quejó á su hermano, que le escuchó tranquilo, le acarició y calmó con promesas su primer ardor; mas los cortesanos tomaron con mas calor que él la afrenta hecha al heredero de la corona, y la primera resolucion que adoptaron los amigos del mariscal fué trabajar en derribar á Richelieu, como autor de la desgracia de Ornano y el solo interesado en perpetuarla.

En cuanto al cardenal, mientras que su fortuna y su crédito escitaban tanta envidia, no estaba sin alarma por la una y por el otro ni aun por su vida. Con respecto á su fortuna, se quejó al nuncio Spada, que parecia poseer toda su confianza, que la recompensa de sus trabajos no habia sido hasta entonces mas que una pequeña abadía, y que apurado por sus deudas, si se separaba del ministerio en este estado se veria obligado á esconderse para sustraerse á la persecucion de sus acreedores. «Mi reputacion, decia, no está mejor arraigada: colocado entre la reina madre y su hijo, los dos diametralmente opuestos en lo concerniente al casamiento del príncipe, tengo todas las penas imaginables para disminuir la repugnancia del uno y moderar las exigencias del otro. Poco ha faltado para



El cardenal de Richelieu en la cárcel de Chalais.

que en este conflicto no haya perdido las simpatías de los dos.» El rey sobre todo, á la menor deferencia que observara en el prelado por los sentimientos de su madre, se imaginaba que ella tenia la preferencia en su ánimo. Por esto concibió sospechas, y en uno de aquellos momentos, aconsejado por algunos jóvenes favoritos, estuvo dispuesto á desterrar al cardenal á Roma.

Con respecto al peligro de su vida es tambien muy cierto que

por entonces corrió uno muy iminente. Habian persuadido al príncipe que Richelieu era la causa de no poder ver libremente á su hermano, y de no obtener las gracias que deseaba; que si el cardenal no estuviese por medio, Gaston seria poderosísimo por el ascendiente que tomaria sobre el rey; que era necesario pues deshacerse de él; y que Luis, cansado de la tiranía del prelado, no se incomodaria por esto, ó que fácilmente se apaciguaria. En esta suposicion una multitud de jóvenes formaron el plan de asesinar al cardenal en Limours, casa de campo cerca de Fontainebleau, adonde se retiraba algunas veces. Chalais debia dar el primer golpe y huir á Holanda hasta que se hubiese obtenido del rey el perdon. Quizá oprimido por algunos remordimientos, comunicó su secreto al comendador de Valence: este se lo afeó, é hizo advertir al cardenal del peligro en que estaba, como aviso que le daba de parte de Chalais. «A pretesto de querer comer en Limours, dijo al prelado, enviará el príncipe sus oficiales, que ocuparán toda la casa; y cuando haya llegado él mismo, se pretestará una disputa, de la que se aprovecharán para consumar el proyecto.» Richelieu no podia creer semejante cosa; pero no le quedó duda cuando vió llegar desde por la mañana la especie de guarnicion anunciada. Al instante sube el cardenal á su coche; corre á Fontainebleau, donde estaba Gaston; se le presenta con audacia, y le dice que teniendo S. A. R. el designio de divertirse en su casa, se hubiera alegrado mucho de que se le hubiese dispensado la satisfaccion de agasajarle; pero que ya que S. A. queria estar libremente en ella, se la cedia. Pronunciadas estas palabras, el cardenal, sin aguardar la respuesta, saluda, se retira, y deja al príncipe y á sus cómplices bien confusos.

Asustado de tan siniestra empresa, Richelieu procuró sondear sus motivos. Examinó muchas personas, buscó indicios en la familia de Chalais, con la cual estaba en tratos, y le preguntó á él mismo. Obtuvo mas escusas que revelaciones, aunque de estas tambien las suficientes para arrancar del culpable palabras de arrepentimiento y para predecirle una suerte funesta si en adelante se mezclaba en intrigas: vanas amenazas para un jóven igualmente entusiasta en amor y amistad. Amaba á la señora de Chevreuse; esta detestaba al cardenal, quien por envidia, dicen, habia desconcertado sus relaciones con el duque de Buckingham. Ella patentizó á aquel jóven bastante complacencia para inspirarle su ódio y empeñarle en su venganza contra su tirano. Chalais pasaba tambien por amigo sin reserva del caballero de Vendome, gran prior de Francia, quien le habia cautivado ofreciéndose á ser su padrino en una contienda. El gran prior profesaba una enemistad tan grande á Richelieu, que le acusaba de impedir las mercedes que el rey queria derramar sobre su casa. Habia complicado en su descontento al duque de Vendome, su hermano, gobernador de Bretaña, hijo natural como él de Enrique IV, inspirando además su ódio á cuantos se le acercaban. La pasion fué en efecto la única causa de la conspiracion de que se trata. Vense en verdad aparecer en ella un agente de Inglaterra y el abate Scaglia, embajador de Saboya; mas es preciso considerarlos menos como representantes políticos que como ministros de ódio: el primero, instrumento de la animosidad de Buckingham; el segundo, de carácter altanero y enemigo personal de Richelieu, se jactaba en decir «que era el único Mardoqueo que no doblaba la rodilla ante este soberbio Aman.»

Viendo una liga tan formidable, á la cabeza de la cual estaban el hermano del rey y una parte de la familia real, el cardenal se disgustó ó pareció mirar con disgusto los negocios. Retiróse en consecuencia á Limours, y desde este punto envió al rey la súplica de que le separara del ministerio. Richelieu habia cuidado anticipadamente de informar á madre é hijo de lo que sabia de semejante asunto, y sospechaba que tropezarian con muchas dificultades para desembrollar por sí mismos aquel caos: ordenáronle pues que volviese, é indudablemente se prevalió de la circunstancia de ser él necesario para resolver la conducta que era preciso observar en lo sucesivo. En consecuencia anuncia el rey el designio de ir á pasar el verano á Blois. A título de confianza, pero en realidad para alejar al conde de Soissons de sus cómplices, le nombra gefe del consejo que debia permanecer en Paris. El gran prior sigue á la corte lisongeado con la esperanza de que se le daria el almirantazgo que deseaba. A pesar de lo hábil que era, cede hasta el punto de aconsejar á su hermano el duque á dejar la Bretaña y trasladarse á Blois, donde el rey deseaba verle. Como el duque demostraba algun recelo, Luis respondió al gran prior, que le daba parte de los temores de su hermano: «Os doy mi palabra de que puede venir á verme, y que no padecerá mas que lo que vos padeceis.» En consecuencia llega el duque, y en efecto la suerte de los dos hermanos fué igual, habiendo sido conducidos el 1.° de junio al castillo de Amboise.

Despues de algunos dias empleados en preguntar á los presos, que nada revelaron, el rey partió para Bretaña á pretesto de que el cautiverio del gobernador podia ocasionar allí trastornos; mas el designio real era alejar de la capital al príncipe y sus afiliados, á fin de que puesto en un estremo del reino, cercado de tropas, sin facilidad para sus relaciones, fuera forzado á someterse á lo que se le exigiera. Pero sin violencia y con la persuasion alcanzó Richelieu lo que se ansiaba.

Al principio de la prision de Ornano, Gaston mostró mucho ardor para procurarle la libertad, encargándose él mismo de las solicitudes é instancias. Este celo se entibió insensiblemente, y cuando el cardenal observó que el príncipe comenzaba á desatender este negocio, le insinuó que debia nombrar alguna persona de confianza para que corriera con dicho negocio. Acogida esta idea, indicóse al presidente Coigneux, á quien Gaston entregó todos los datos de la negociacion. Apenas fue elegido, personas que gozaban de la confianza del cardenal advirtieron al presidente que podia hacer un gran servicio al Estado, inspirando al príncipe mas sumision á la voluntad de su hermano. Por este medio, de un hombre puesto por Gaston para sostener los intereses de Ornano, el cardenal supo formar un instigador de sus propias resoluciones; y esta especie de traicion, que Gaston descubrió, y de la cual siempre se quejó, fué sin embargo constantemente empleada contra él con buen éxito. En las conferencias que el ministro tuvo con el presidente, insistió principalmente acerca de la docilidad del príncipe, y le dejó entrever que esta dispondria al rey en favor del preso. Coigneux comunicó á Gaston estas promesas, con insinuaciones capaces de acreditarlas; de suerte que Richelieu estaba casi seguro de sus operaciones, cuando la corte llegó á Nantes en los primeros dias de julio.

Con gran sorpresa se vió allí reunir las fiestas del himeneo al lúgubre aparato de un juicio criminal. Roger de Grammont, conde de Louvigny, hasta entonces confidente de Chalais, incomodado á la sazon con él á consecuencia de intrigas amorosas, y amenazado con malos tratamientos por algunos personages influyentes de la cábala, se imaginó no tener otros medios para sustraerse, que colocarse bajo la proteccion del cardenal, contándole todo lo que sabia acerca de los proyectos verdaderos ó falsos del gefe de la guardaropa. En su declaracion habia comprendido muchas principales personas de la corte, mas solamente Chalais fué preso. Luis XIII, del mayor cariño al favorito habia pasado al mas vivo encono contra él, como le aconteció muchas veces en su vida. Se le habia persuadido que Chalais le detestaba; que en el ejercicio de su empleo no podia menos de dejar escapar acciones despreciativas; y que en el plan de la conjuracion, que debia hacerle declarar inhábil para el matrimonio y trasmitir su trono y su mujer al príncipe. Chalais se habia reservado el cuidado de asegurar su persona. La ligereza de sus dichos, la temeridad de sus designios y chanzas indecentes sobre el rey, encontradas en las cartas que escribia á la duquesa de Chevreuse y fueron cogidas, dieron mucha importancia á estas imputaciones. Además se le acusaba de haber inducido á Gaston á pasos que hubieran podido ser muy perjudiciales á la paz del reino; como el dejar la corte, retirarse á la Rochela, sublevar los hugonotes, y haber tramado una intriga para procurarle retirada á Metz, y otra para que se le entregara la Bastilla; el haber aconsejado al duque de Montmorency que se dejara vencer por los rocheleses; finalmente, el estar intrigando sin descanso para incomodar al cardenal, y el haber armado contra él una cábala de los sugetos mas distinguidos de la corte. En esta intriga el ministro empleó el horroroso procedimiento de que él no fué inventor, aunque se sirvió de él con preferencia á los demas para hacer instruir el proceso de Chalais por una comision. Compúsose esta de consejeros de Estado y del parlamento de Bretaña, presididos por Miguel de Marillac, guarda-sellos. Los amigos del cardenal dijeron que habia tomado este medio por consideracion al honor de las familias, con el objeto de que los nombres de los acusados no quedasen anotados en los libros de un tribunal ordinario; pero el público creyó que no habia tomado este camino sino para vengarse mas segura y prontamente.

Los procedimientos fueron precedidos de un paso bien estraño por parte del cardenal. El mismo se presentó en la cárcel é interrogó á Chalais. Se ignora lo que pasó en esta entrevista. Los escritos publicados en favor del preso dicen que Richelieu le prometió el perdon si confesaba las faltas que se le imputaban, y que con esta esperanza Chalais manifestó cosas falsas, de que se retractó sobre el patíbulo. Los partidarios del cardenal dicen, al contrario, que fué por compasion el encargarse de sacar la verdad de este jóven á quien amaba; que hubiera obtenido el perdon si sus declaraciones hubiesen sido sin reserva, y que no fué castigado sino porque disimuló en esta especie de confesion hechos que estaban probados.

A la primera noticia del arresto de Chalais, Gaston habia querido huir. Coigneux, inspirado por el ministro, le retuvo. El jóven príncipe fué á solicitar merced para el preso con todo el ardor de su edad: rogó, conjuró, amenazó. «Con tres conservas, dijo el ministro al nuncio Spada, y dos ciruelas de Génova eché toda la amargura de su corazon.» Por lo demas, Richelieu era elocuente, y se concibe qué impresion debia hacer en un adolescente el discurso de un hombre, que armado de la autoridad, le representaba

sus mas sagrados deberes y la adhesion que debia á su madre, á su hermano, á su rey; que le demostraba tambien á lo que se habia espuesto asociándose á los rebeldes, haciéndose su protector y su gefe; y que el rey estaba en su derecho si le privaba de sus mercedes, le retiraba sus bienes, le reducia al estado de particular, y hasta le encerraba si no atendia á su amistad mas que á su justicia. En lugar de este proceder, demasiado merecido, se le ofrecia una esposa jóven y bella con trescientos mil escudos de renta, con patrimonio de mas de un millon y todos los honores debidos á su nacimiento. No era necesario tanto: despues de algunos combates en que decia Gaston «me he defendido como un leon,» sucumbio: los protegidos fueron abandonados, y el 5 de agosto se casó con la señorita de Montpensier.

Ornano en Vincennes y Chalais en Nantes no supieron este casamiento hasta que lo anunció el estampido del cañon. El mariscal exclamó dolorosamente: «¡O cardenal, qué poder tienes!» Chalais no dijo ni una palabra, y esperó con tristeza la suerte que este acontecimiento le anunciaba; ya estaba dispuesto á sufrirla con resignacion, pues desde principios del mes se le habia puesto en un calabozo. El 11 fué conducido á presencia de los comisarios. No se sabe lo que le preguntaron, si hubo testigos, ni si fueron confrontados; porque no ha quedado ningun rastro de este estraño proceso, que no fué puesto en conocimiento del público. Los unos dicen que pronunció en el cadalso estas palabras: «No es esto lo que se me habia prometido; cardenal malvado, tú me engañaste!» Otros aseguran que espresamente dijo: «No ha sido por la esperanza que me han dado de salvarme por lo que he confesado, sino porque la conviccion era completa.» En este caos de contradicciones, todo lo que puede deducirse de mas cierto es si Chalais fué condenado justamente ó lo fué ilegalmente. Su sentencia, notificada el 19, fué ejecutada el mismo dia. Los esfuerzos de sus amigos para diferir su muerte con la esperanza de obtener el perdon, no hicieron mas que prolongar su suplicio: ellos habian hecho esconder al verdugo; pero se valieron de un criminal inesperto en tal oficio, el cual dió treinta y cinco hachazos antes de separar la cabeza del cuerpo.

De los cómplices, los unos dejaron la corte, los otros fueron desterrados á distintos puntos. El conde de Soissons, que habia huido hácia la frontera, donde esperaba el acontecimiento, logró permiso para viajar fuera del reino. La señora de Chevreuse recibió órden para retirarse á su casa de Dampierre en la Lorena. La jóven reina, por haber sido solamente implicada en las delaciones, sufrió una sensible mortificacion. Luis XIII la hizo comparecer en pleno Consejo, y la reprochó con una sonrisa amarga de haber deseado otro marido. «Yo no hubiera ganado en el cambio,» respondió ella desdeñosamente. Lloró en abundancia, y conservó violento rencor al cardenal, á quien ella suponia autor de esta escena desagradable

En cuanto á los presos, Ornano murió en Vincennes casi de repente, en setiembre. Se sospechó el empleo del veneno; pero el parecer de los médicos hace ver lo contrario. El mariscal protestó al recibir los sacramentos que jamás habia atentado contra la persona del rey ni contra el bien del Estado; pero que viendo al cardenal apoderarse de toda la autoridad, habia tratado de sacar una pequeña parte de ella para el príncipe. El duque de Vendome hizo todas las confesiones que se le prescribieron, y salió de la cárcel, despojado de sus gobiernos y con una módica pension que apenas le dejaba medios para viajar oscuramente. El gran prior su hermano murió en las prisiones, no habiendo jamás querido confesar lo que se le exigia, protestando al contrario delante del Santísimo Sacramento que él no era de ningun modo culpable, á menos que no lo fuese por haber disuadido al príncipe de casarse con la señorita de Montpensier. Se escribió á las cortes de Inglaterra y de Saboya con grandes quejas contra los embajadores que se habian mezclado en este negocio: la primera no hizo gran caso, y quizá esta negligencia afectada atrajo á este reino los trastornos que se sospecha haberlos fomentado Richelieu. La corte de Turin, despues de haber inútilmente tratado de defender al abate Scaglia, tuvo la condescendencia de volverlo á llamar. Se cuenta entre los desgraciados al duque de La Valette, al príncipe de Marcillac, al comendador de Jars, á muchos señores, hasta á Baradas, favorito del rey.

Este Baradas nació caballero en Borgoña, y desde luego le dieron los honores de page. Se ignora como pudo agradar á Luis XIII; pero triunfó de tal modo, que este príncipe no podia pasar sin él. En seis meses le hizo primer caballerizo, primer gentil-hombre de cámara, capitan de San German y teniente de rey en Champaña. Todavía en menos tiempo le quitó todo, y de los restos de su grandeza apenas le quedó para pagar sus mas perentorias deudas; de manera que para significar una grande fortuna, disipada tan prontamente como adquirida, se decia como refran: *fortuna de Baradas.* Era poco flexible y complaciente, y manifestaba con sobrada franqueza su disgusto á la vida afeminada de la corte, en especial á los pasatiempos pueriles de Luis XIII. Dícese tambien que era orgulloso y poco sufrido, y que una vez tuvo la audacia de retar al marqués de Souvré delante del rey, lo que ocasionó su desgracia; pero su verdadera causa es que viendo la repugnancia del monarca á tolerar el matrimonio de su hermano, como buen cortesano aconsejó á su amo que no lo permitiera: así se encontró ligado la cábala contraria á Richelieu, aunque fuera enemigo personal de Chalais, rival suyo en favor. Luis XIII no reveló por algun tiempo al cardenal la conducta de su favorito, hasta que se le escapó el secreto en un momento de mal humor; y el ministro que no habia podido reducir á este jóven á depender de él, y notaba en su carácter altivo un inconveniente invencible para la sumision, hizo que se le despidiera. Habiéndose Baradas presentado algunos años despues á Luis XIII que pasaba por su provincia, recibiole bien el monarca quien le permitió seguirle; pero en vista de algunas muestras del mal humor del cardenal, no quiso correr los riesgos que este aviso indirecto le hacia presentir: desapareció de la corte y marchó á ofrecer sus servicios al estrangero, donde su valor, sin consideracion á lo que habia sido, le elevó á los grados militares.

Por una falta menos directa contra Richelieu que la de Baradas, perdió los sellos el canciller Aligre. En el momento de la prision de Ornano fué encontrado por Gaston, quien le preguntó vivamente porqué se prendia al mariscal: respondió con timidez escusándose por que no habia tenido parte en tal medida. Richelieu enterado de esta conversacion dijo: «Quien tiene el honor de ser admitido en el consejo del rey, debe sostener sus decisiones con intrepidez, aun cuando opine de otra manera.» Con esto hizo quitar los sellos á Aligre. Realizóse al mismo tiempo una gran reforma en el cuarto de la jóven reina: muchas de sus damas fueron despedidas: vedóse la entrada en él á los hombres hasta en las horas de reunion, si el rey no estaba presente: establecióse una etiqueta severa, muy incómoda para los placeres. En fin, el monarca para preservar en adelante á su primer ministro del riesgo que habia corrido en Limours, le dió guardia de mosqueteros y la ciudad de Brouage para plaza de seguridad.

Siri despues de proporcionarnos este conjunto de hechos que dejan vislumbrar faltas ó al menos imprudencias de parte de las personas castigadas, procura disculparlas, imputa al cardenal sin mas que simples congeturas, como él mismo lo confiesa, intenciones malignas, y supone que de estas se originaron la discordia de la casa real y la desdicha de las familias. Segun él, por medio de emisarios estimulaba el prelado al mariscal Ornano á hacer instancias para abrir á su discípulo la entrada del consejo, y al mismo tiempo alarmaba al rey sobre la ambicion de su hermano, exhortándole á reprimirla. Por un lado significaba á la reina viuda que no debia mezclarse demasiado en el ministerio, á fin de no dar sospechas á su hijo, y por otro inducia al rey á consultarle, á fin de que encontrándola circunspecta y fria para dar su dictámen, se confirmara mas y mas en la idea de que ella no se curaba de la prosperidad de su reino, y que amaba á Gaston mas que á él. En fin, habia en Luis estimacion al gran prior, amistad al duque de Vendome, ternura á su jóven esposa que nunca habia trabajado mas que en agradarle, aficion á los oficiales que le servian bien, á los jóvenes que habian sido educados con él, y á los de mas edad á quienes acostumbraba á respetar. Para borrar á la vez en el corazon del monarca todos estos sentimientos, el cardenal, segun el mismo Siri, sugiere al gran prior la peticion del almirantazgo: de esta peticion toma asa para esponer al rey que la familia de Vendome abriga miras peligrosas; que habiéndose atribuido el duque de Mercœur durante la liga derechos á la soberanía de Bretaña, el de Vendome casado con la única heredera de Mercœur, trabaja en reproducirlos, y que para apoyarlos es para lo que el gran prior, bravo guerrero y profundo político, pide el almirantazgo; que los Vendomes ya se habian agenciado el apoyo de los hugonotes, al permitir que Soubise se apoderara del fuerte de Blavet en prenda de su union. En virtud de estas observaciones, Luis XIII aprueba la prision de sus hermanos. Lisonjeábase Richelieu que para librarse de ella dirian lo que se quisiera; mas como el uno negaba constantemente los quiméricos proyectos que se le imputaban, y el otro no hacia mas que declaraciones forzadas de que no podian sacarse pruebas convincentes, encontrábase muy embarazado el ministro, cuando la imprudencia del conde de Chalais le suministró las armas con que no contaba.

Este jóven personalmente picado contra Richelieu que le estorbaba en sus amores y en el favor del rey, al ver que casi todos los cortesanos se habian rebelado contra él, creyó poder causar un gran incendio atizando el fuego que cada cual llevaba oculto. Habló, obró y agitó á cuantos se oponian al matrimonio del príncipe: sus pasos espiados y seguidos, dieron márgen á descubrimientos que no desatendió un político tan sagaz como el cardenal. Utilizóse de las conversaciones, de las palabras vagas, de las chanzas de sociedad y hasta de los deseos, que convirtió en crímenes. Así inspiró á Luis á quien tornó sombrío y feroz, sospechas contra cuantos le rodeaban, madre, hermano, esposa, ministro y criados, y se grangeó esclusivamente la confianza del monarca, persuadiéndole que él era

el único que no tenia intereses diferentes de los del rey y del Estado.

Por lo mismo que estas imputaciones son tan gravísimas, piden mayores pruebas para ser creidas, y Siri no aduce ninguna. Parece que recopiló los rumores esparcidos que acoge la envidia frecuentemente contra las personas que están en el candelero; que los combinó y formó un conjunto que merece ser mirado como un cuento: porque los sucesos sean favorables á un ministro, no debe creerse siempre que él los ha provocado. Sin cargar á Richelieu estos horrores, arguye bastante contra su gloria el haber de confesar, que sin duda no trabajó lo suficiente para curar á Luis XIII de su envidia; que acaso por considerarla ventajosa, dejó que se robusteciera esta triste pasion, no privándola de los alimentos con que se mantenia. No es menos cierto que Luis XIII y su ministro espusieron su reputacion, sustituyendo unos jueces escogidos arbitrariamente y procedimientos tenebrosos á los tribunales ordinarios y á las formas recibidas, que nunca, sino es para perdonar, cambiará un soberano discreto.

A esta escena trágica, Richelieu hizo suceder un grande espectáculo, á saber, la Asamblea de los notables, compuesta de diputados del clero, de la nobleza y del parlamento, presididos por Gaston. Se abrió en el palacio de las Tullerias el 2 de diciembre, y hubo treinta y cinco sesiones. El cardenal compareció dos veces, y habló con una limpieza y una fuerza de espresion, que fueron admiradas. Para la ejecucion de los grandes proyectos que meditaba, tanto fuera como dentro, eran necesarios recursos pecuniarios que absolutamente le faltaban; pues segun el nuevo guarda-sellos Marillac, que pronunció el discurso de apertura, en los años anteriores se habian tenido que gastar de treinta y seis á cuarenta millones, cuando no pasaban de diez y seis los ingresos. Empero la supresion de los altos empleos cuyos sueldos eran escesivos, la redencion de los dominios reales enagenados á bajo precio, la reduccion de las pensiones y la demolicion de las fortalezas interiores, ahorros políticos que entraban en los medios de economía que podian equilibrar los gastos con los ingresos, y que recaian directamente sobre los grandes y los hugonotes, necesitaban ser sancionados por un asentimiento que pareciera nacional. Para obtenerlo manifestóse la mas completa confianza en la asamblea. Esta se hizo cargo de todos los ramos de la administracion, y así atendió á la proteccion de las iglesias, á la conservacion de los edictos sobre religion, á la policía de las costumbres, á las recompensas á la nobleza, al estado militar, á la justicia, al comercio y á la hacienda. Sin embargo, esceptuóse un artículo que se creyó oportuno contradecir. Richelieu proponia que se moderaran las penas marcadas contra los reos de Estado, y que fueran reducidas á la sola privacion de sus cargos en pos de la segunda desobediencia: la asamblea sin atender á las observaciones del ministro, rogó al rey que mantuviera el rigor de las antiguas ordenanzas. Supónese que en esta muestra de indulgencia tuvo presente el prelado dos cosas; la primera hacer creer que á despecho suyo era como habia perecido Chalais, víctima del rigor de las leyes; la segunda amedrentar á los que quisieran correr los mismos riesgos, enseñándoles la espada de la justicia siempre suspendida sobre sus cabezas; pero esta última consideracion no fué capaz de destruir el espíritu de intriga que una costumbre inveterada y las nuevas circunstancias alimentaban en la corte.

El casamiento de Gaston produjo una cábala, su viudez produjo otra, y esta fué la primera causa de las desgracias de la reina madre. Al cabo de nueve meses, pasados en las dulzuras de un himeneo tranquilo, que fueron los mas dichosos de su vida, Gaston perdió su mujer al dar á luz una princesa que fué la famosa señorita de Montpensier. Apenas ocurrió esta muerte, Luis significó á su ministro que no queria oir hablar mas de casamiento para su hermano, y que dictaria las medidas necesarias para burlar las proposiciones que al efecto mediaran. La reina madre por el contrario, viendo al rey de un temperamento débil y sin hijos, pasea sus miradas por las cortes de Europa, y busca una esposa capaz de remediar la ligereza de su hijo y dar herederos al trono, deteniéndose con placer en la de Florencia, su patria, donde se encontraban dos princesas amigas de María y aun parientas, cuya alianza le hacia esperar el conservar siempre su poder sobre el ánimo de Gaston. Pero demasiado ardiente para contentarse con objetos lejanos, el duque de Orleans se enamora de María Luisa de Gonzaga, hija del duque de Nevers, á quien una hermana acababa de darle la soberanía de Mántua y de Montferrato. La jóven reina por su lado quiso, ó que su hermano político no se casase, ó que en caso de efectuarlo, fuese con una archiduquesa su próxima parienta: piénsase en una princesa de Baviera, en una de Lorena y otra de Módena, y todas estas personas eran propuestas por las damas de la corte, quienes sin ser rogadas procuraban inspirar al príncipe inclinacion á sus protegidas. Agitaban á todos los ministros, cortesanos y eclesiásticos, á los que arrastraban á este torbellino. «Yo no sabré compararlas mejor, decia en tal ocasion Vialart, que á un sol de primavera capaz de atraer los vapores á los aires, pero no de resolverlos. El ardor y el movimiento de sus pasiones se parecen á los esfuerzos de un impetuoso torrente que desgaja los árboles. Levantaron en efecto tempestades terribles contra Richelieu, pero sostuvo su choque con firmeza, y los infortunados que se embarcaron, merced á ellas, vinieron á estrellarse contra los escollos que la prudencia les opuso.

El amor ó la galantería figuró todavía en el partido que se formó para burlar los proyectos belicosos del obispo de Luzon. Despues de *escandalizar* á los católicos, como le decia él mismo, con la paz que proporcionó á los calvinistas, hallábase por fin pronto á descargar el golpe que hacia mucho tiempo meditaba, y á arrojarlos de la Rochela su último baluarte. A pesar de su disimulo no se les ocultó completamente su designio. Una fortaleza levantada en sus puertas, mantenida, aumentada, dotada de tropas mas numerosas, su comercio encadenado contra el tenor de los tratados, su marina debilitada por vejaciones sordas y denegaciones de justicia mas que por combates, las provincias vecinas llenas de soldados, negociaciones sostenidas con España é Inglaterra, muchos miramientos con estas potencias, á fin de quitarles hasta el menor pretesto de socorrer á los religionarios, todo esto les anunciaba un ataque calculado, al cual les seria muy difícil resistir: así nada omitian á trueque de conjurar la tempestad ó tornarla menos peligrosa.

Ademas de las hostilidades que siempre mantenian en Languedoc, Guyena, Poitou y Cevennes, tenian emisarios en todas las cortes, llenos de ardor, los que imploraban auxilios con el celo que inspira una religion que hay que salvar. Nada sacaron de España, donde el cardenal supo persuadir, que si Felipe IV se negaba á sus instancias, la Francia le dejaria gozar tranquilamente de las condiciones de un tratado que le daba grandes ventajas en la Valtelina. Richelieu hasta hizo valer tan bien la causa del catolicismo, que formó una liga secreta con España para agenciarse buques contra los rocheleses y contra Inglaterra que los protegia. Bajo este punto de vista, el tratado fué de ningun efecto. España creyó útil á sus intereses el faltar á sus compromisos, y perpetuar así las dificultades interiores de Francia, para impedirla que tomara parte en los asuntos de Alemania; pero el hábil cardenal recogió siempre el fruto principal de su política, que habia sido evitar el acuerdo de esta potencia con Inglaterra. Nada consiguieron tampoco los reformados por parte de Alemania, que estaba desolada por la guerra contra el emperador y el rey de Dinamarca, guerra que era resultado de una liga convenida en 1624 entre Francia, Inglaterra, Dinamarca y las repúblicas de Venecia y Holanda, tanto para la restitucion de la Valtelina á los Grisones, cuanto para el restablecimiento del desgraciado Federico, cuyo título electoral y la mayor parte de sus posesiones habia hecho pasar Fernando á la casa de Baviera, última del Palatinado.

Soubise, negociador el mas celoso de los hugonotes, encontró por fin mas favor en Inglaterra. Complacióse el rey en hacer alarde de su celo religioso al lado de los *puritanos*, los calvinistas de su pais, que se quejaban de sus empresas, y el ministro se complació tambien en encontrar ocasion de satisfacer su encono contra Richelieu. Buckingham realmente enamorado de Ana de Austria, ó llevado por la vanidad de hacer creer que agradaba, nada omitia para que fuera llamado á Francia, á donde ofrecia pasar como amigo á negociar una paz durable; pero la prevencion de Luis XIII le cerró siempre las puertas de su reino. Buckingham opinó que el ministro tenia mas parte que el esposo en su esclusion: juró vengarse de él, y presentarse tan bien acompañado, que no pudiera rehusársele la entrada en Francia. La duquesa de Chevreuse, relegada en Dampierre, morada bien triste para una intrigante, agregó su resentimiento al del favorito inglés. Olvidando todo decoro, por dañar al cardenal, recibió á lord Montaigu, confidente de Buckingham, y aparentó en público tratarle como amante, á fin de encubrir los designios políticos que le retenian al lado de ella. En sus conversaciones recordó esta lo que pudo saber durante el ministerio de Luynes, su primer marido, del Estado de Francia, de los intereses de los principales señores, de sus odios y amistades, y despues de enterar bien al agente de Inglaterra, le lanza, por decirlo así, al centro de los descontentos. Recorre la Francia, se anuncia á unos, sorprende á otros, reune muchos, entabla tratados, dá esperanzas á los calvinistas, vuela á Saboya, avístase con el abate Scaglia, forma con él el proyecto de una escursion, y cuando regresaba á Lorena, muy persuadido del feliz éxito de sus afanes, es detenido en la frontera. El cardenal que le hacia seguir, habíale dejado tranquilamente zanjar sus correspondencias, á fin de descubrirlas á la vez todas. Cogiéronse sus papeles, que era lo que se deseaba, y se le soltó; pero los marqueses de Rouillac y de O y otros muchos fueron conducidos á la Bastilla. La señora de Chevreuse huyó á Inglaterra.

Por este tiempo los grandes á quienes la muerte de Chalais no habia intimidado bastante, temblaron cuando vieron conducir al cadalso á Francisco de Montmorency, señor de Bouteville, y á Fran-

cisco de Rosmadec, conde de Chapelles, su segundo, quienes desafiando la autoridad de las leyes y no haciendo caso alguno del juramento que el rey habia hecho en su consagracion, de no perdonar á los duelistas, habian venido á batirse en la plaza real con el marques de Beuvron, y Enrique de Amboise conde de Bussy, que fué muerto. En vano toda la corte se interesó por ellos; fueron condenados y decapitados. Se dió el mas grande aparato á su suplicio, ejemplo casi único en Francia, de los grandes señores castigados públicamente sin crímen de Estado, y solo por haber faltado, no al príncipe, sino á las leyes. Era necesario un escarmiento como este para amortiguar un poco el furor de desafiarse, que quitaba á la Francia cada año multitud de ilustres caballeros. Bouteville se habia adquirido en este género de proezas una celebridad que despues de haber sido fatal á otros, acabó por ser funesta á él mismo. Dejó un hijo póstumo, que ha sido el famoso mariscal de Luxemburgo.

Aunque el descubrimiento de las tramas de Montaigu tornara á Buckingham menos temible, no por eso desistió este de su primer proyecto de armar la Inglaterra contra Luis XIII. No estaba pues mas que amenazada la Rochela, cuando apareció un manifiesto que reconvenia á Francia por multitud de escesos con respecto á la nacion británica. Al mismo tiempo salió de sus puertos una escuadra formidable que se presentó delante de la Rochela. La ciudad que ignoraba este brusco rompimiento, y en la cual estaban divididos los ánimos sobre la guerra y la paz, rehusó á pesar de las instancias de Soubise la entrada del puerto á la escuadra: esta volvió entonces sus miradas á la isla de Ré, la bloqueó, desembarcó tropas y cercó los fuertes que la defendian. A no mediar la habilidad de Toiras, comandante de la isla, la intrepidez de los soldados sumisos á sus órdenes, la actividad y vigilancia del ministro, dicha isla, mal surtida de víveres y municiones, habria caido en manos de los ingleses; y su toma hácia imposible la de la Rochela, porque hubieran formado allí una plaza de armas y un depósito de donde saldrian socorros prontos, casi diarios para la ciudad sitiada. Como si la fortuna hubiese querido apoyar los designios del enemigo, el rey que venia á reanimar con su presencia á sus tropas, cayó enfermo y tuvo que detenerse en el castillo de Villeroy. Desde entonces todo quedó á cargo del cardenal, quien á fuerza de cuidados y fatigas habia reunido los barcos y las naves de todos los puertos vecinos. Sus esfuerzos fueron coronados del triunfo. A pesar de las escuadras, á pesar de sus buques de alto bordo, que semejantes á baluartes arremetian á la isla por todas partes, en débiles pinazas que burlaron la vigilancia de los ingleses, logró Richelieu trasportar á ella un ejército entero, el cual á las órdenes del mariscal de Schomberg y de Luis de Marillac, hermano del guardasellos, los batió, rechazó y forzó á reembarcarse y tomar el rumbo de Inglaterra. Restablecido el rey llegó todavia bastante á tiempo para gozar de este grato espectáculo.

Luis, cuya salud siempre delicada le llamaba á Paris, fué inducido por tan hermosos principios á confiar la ejecucion de todos sus proyectos á su ministro. Le dio el poder mas lato, y los generales de mar y tierra recibieron órden de obedecerle como al mismo rey. El bloqueo formado por una circunvalacion de tres leguas, y comenzado en otoño despues de la retirada de los ingleses, se convirtió en la primavera en sitio regular, del que sin embargo, se esperó menos que de las medidas tomadas para impedir la entrada de socorros. Los mas poderosos debian llegar por mar. Richelieu les opuso un dique que cerró el puerto; dique famoso cuya ejecucion celebrada entonces como un prodigio, costó cinco meses bajo la direccion del ingeniero Mezeteau. Tenia setecientas cuarenta y siete toesas de longitud, doce de espesor en su base, y cuatro en su parte superior á donde no alcanzaban las mas altas mareas.

Dejóse en medio del dique una abertura de algunas toesas para disminuir la violencia de las corrientes, y se obstruyó este paso con naves que habian sido echadas á pique. Los rocheleses que contaban solamente con los simples esfuerzos de los vientos y el mar para echar abajo esta obra, no se opusieron á su construccion; pero los vientos y el mar la respetaron, y una nueva flota inglesa, mandada por Denbigh, cuñado de Buckingham, incapaz de sobreponerse á este obstáculo, se vió vergonzosamente obligada á volver á Inglaterra. Ansioso de vengar esta afrenta y la suya propia en la isla de Ré, Buckingham preparó una nueva armada, y con el auxilio de naves llenas de piedras y de pólvora que se debian lanzar contra el dique ó aferrarlas á este, se lisongeaba destruirlo. Mas en el momento en que él iba á montar el navío Almirante fué asesinado de una puñalada por uno á quien habia ofendido. Como todo estaba dispuesto, la flota partió á pesar de tal novedad. Luis á instancias de Richelieu presentóse de nuevo á animar sus tropas, y tuvo otra vez el placer de ver que despues de algunos esfuerzos inútiles volvian los ingleses á sus puertos. Las negociaciones que entablaron antes de su retirada, debilitaron el valor de los rocheleses. Estos, hacia bastante tiempo reducidos por el hambre al último estremo, y habiendo ensayado en vano desembarazarse de las bocas inútiles que fueron rechazadas por los sitiadores, tuvieron que recurrir á la clemencia del rey. A pesar de su carácter severo, los trató con bastante consideracion por el estado de miseria á que habian quedado reducidos, conservándoles la libertad de su culto; pero sus fortificaciones fueron demolidas. El cardenal no quiso que esta ciudad, *guarida de la heregia*, pudiese nunca servir de defensa á la rebelion. Se rindió el 28 de octubre, y el 7 de noviembre el mar arrasó cuarenta toesas del dique. El monarca volvió victorioso á Paris con su ministro, que participaba justamente del honor de un triunfo, arrancado tanto á la bravura de los enemigos como á la envidia de los cortesanos. Los mismos generales no se hubieran entristecido de que fracasara la empresa, porque conocian la preponderancia que el triunfo iba á dar al cardenal. Bassompierre, uno de ellos, decia: «Ya vereis como nosotros somos tan locos que tomamos la Rochela.» Pero mientras Richelieu se cubria de gloria, devoradoras inquietudes y amargos cuidados marchitaban los laureles de su frente. La nube se condensaba entre la reina madre y él, y los negros vapores de la envidia oscurecieron la buena inteligencia que hasta entonces habia reinado entre ellos. La desunion principió por una manera distinta de pensar sobre los negocios del Estado.

Ella llevaba á mal que hubiera otros sentimientos que los suyos, y se le hacia insoportable que se tratara de sostenerlos. La antigua regente no perdonaba á su protegido cierta frialdad que ella creia percibir para la celebracion del casamiento de Gaston con una florentina. El ministro hacia esteriormente todo lo que ella queria en tal asunto; mas cuando se creia cercana á triunfar, dificultades imprevistas trastornaban todos sus designios. María, que habia gobernado y sabia en consecuencia cómo se rechaza á veces con una mano lo que se atrae con la otra, estaba muy resentida de estos obstáculos. Su despecho aumentó con motivo de una empresa que ella miró como imaginada de intento para hacer triunfar á María de Gonzaga de los Médicis, sus parientes. Escitado por la Francia, y favorablemente dispuesto por las hábiles negociaciones del embajador Saint-Chaumont, Vicente II de Gonzaga, duque de Mantua y de Montferrato, biznieto de Federico, primer duque de Mantua, habia dejado al morir sus estados á su mas próximo heredero varon Cárlos de Gonzaga, duque de Nevers, habiendo consolidado sus derechos casándose la víspera de su muerte con María de Gonzaga, hija del duque Francisco, su hermano mayor, y de Margarita, hija del duque de Saboya, con el príncipe de Retel, hijo del duque de Nevers. El emperador y el rey de España, que querian conservar en Italia la superioridad de que gozaban, desde luego apoyaron las pretensiones del duque de Guastalla, que descendia de un hermano de Federico, ligándose despues para partir la herencia con el duque de Saboya, que pretendia el Montferrato en virtud de los derechos antiguos de Aymont, uno de los duques sus abuelos, el cual se habia casado con una princesa de esta casa: derechos ya reconocidos como inválidos cuando el primer duque de Mantua casó con la heredera de Montferrato, y en último lugar á la muerte del hermano mayor de Vicente. El duque de Nevers, apurado por unos competidores tan temibles, reclamó el socorro de la Francia. Durante el sitio de la Rochela se estuvo negociando para impedir que la casa de Austria se apoderara de los estados disputados; pero despues de esta conquista, el Consejo de Francia agitó seriamente la alternativa de socorrer eficazmente al duque de Nevers ó abandonarlo. Si la reina madre no hubiese alimentado una secreta animosidad contra este duque y sobre todo contra su hija á causa de la simpatía de Gaston, no hubiera titubeado en aconsejar su defensa en un tiempo en que su hijo se veia con un ejército aguerrido, dispuesto á conducirlo á donde se quisiese: pero el cardenal de Berulle, confidente de María, que no sabia obrar mas que por voluntad de la reina, habló fuertemente en el Consejo contra esta espedicion. Dijo que el ejército del rey que se ensalzaba tanto, estaba cansado y debilitado; que seria menester comenzar la guerra por ganar el paso de los Alpes, cuando los rigores de un tiempo frio y lluvioso agravarian las dificultades naturales; que esta sola empresa podria destruir en una campaña las principales fuerzas del reino; que entonces era de temer que la casa de Austria se moviera y cayera con todo su poder sobre la Francia, imposibilitada para sostener el choque. Richelieu, que aparentaba no temer á este coloso, rehusó altamente tales razones, y votó por la guerra. Trazó al rey un plan de operaciones tan sólido como brillante, y le prometió que en venciendo en Saboya le conduciria á triunfar en el mismo año del resto de los hugonotes en los Cevenas. Agradó al rey este parecer y partió en el mes de enero para Italia. Destinóse al pronto el mando del ejército á su hermano. Un acceso de envidia le hizo cambiar de resolucion. Llegó al pie de los Alpes á principios de febrero á la cabeza de veinte y cuatro mil hombres de infantería y dos mil quinientos caballos, teniendo bajo sus órdenes á los mariscales Toiras, Crequi, Bassompierre y Schomberg. Richelieu tambien le acompañaba, preparando la victoria con las armas de la negociacion; pero

colmado de distinciones las mas lisonjeras por el monarca, habia ya incurrido en el desagrado de la reina madre.

Esta no habia podido prescindir de mostrarle con sus modales y palabras indirectas el resentimiento que contra él abrigaba en el fondo de su corazon; el cardenal por su parte procuraba patentizar á la princesa que advertia su resfriamiento, pero respetuosamente lo imputaba á las insinuaciones de sus enemigos. Mediaron esplicaciones; intervino el rey; se aparentó acceder á una reconciliacion, pero de repente brotó una complicacion mas importante: la reina quiso quitar al cardenal la superintendencia de su casa y Luis volvió á intervenir. En las conversaciones que tuvo con su madre sobre la materia, confesó ella que siempre habia reconocido en el cardenal dotes oportunos para la administracion del reino, pero que no le queria para el gobierno de su casa: testimonio precioso por parte de una mujer descontenta.

Mucho faltaba para que Richelieu pudiera decir otro tanto de la reina madre, cuyos pasos, lejos de guardar conformidad con su afecto al Estado, no tenian otro norte que la pasion. Habiendo sido batidas algunas tropas francesas enviadas de antemano á Italia para inquietar á los españoles, dijo con placer que jamás triunfaria el duque de Nevers. En lugar de la dulzura que gana y persuade empleo el tono absoluto y la violencia para romper todo comercio entre Gaston su hijo y María de Gonzaga hija del duque. De aquí provino que las damas y los jóvenes se apresuraron á proporcionar á los amantes ocasiones de verse y hablarse: se les juntaba en fiestas públicas, en partidas de caza, en citas que se suponian casuales, en visitas y hasta en encuentros en las iglesias á pretesto de devocion. La reina se creyó burlada y así exasperóse su arrebatado carácter. Hizo saber á su hijo de parte del rey que desistiera de sus visitas á María, y al ver que este medio no era suficiente, dió bruscamente órden para prender á la princesa. Esta era entonces reclamada por su padre, y el jóven príncipe se proponia arrebatarla en el camino y salir con ella del reino, cuando en el primer dia de su viage al principio de una noche lóbrega vióse ella cercada por una escolta espantosa, separada de sus damas y trasladada con una sola de estas á un cuarto muy resguardado del castillo de Vincennes, que no se habia tenido tiempo de amueblar. No encontró allí ni cama, ni fuego, ni alimentos, y la primera mirada le presentó todo el horror de una espantosa carcel.

Mientras pasaba esto, Luis forzaba las barricadas que cerraban el paso de Suze, y su ministro fijaba toda la atencion en no dejarse sorprender por las proposiciones insidiosas del duque de Saboya. El rey y el cardenal vencieron respectivamente en su género. El duque consintió dejar el paso á los franceses por sus estados: los españoles levantaron el sitio de Casal, capital de Montferrato, y adhiriéndose al tratado firmado en Suze por el duque de Saboya, prometieron dejar en paz al de Mantua. Despues de esta espedicion, que fué brusca y corta, y durante la cual fué tambien firmada la paz en Suze con Inglaterra, Luis, segun la prediccion de su ministro, volvió á las provincias donde los hugonotes estaban guarecidos. Con los socorros pecuniarios de España se sostenian contra el príncipe de Condé y el duque de Montmorency, su cuñado, al cual Rohan habia hasta causado un descalabro. El rey cayó como un rayo, saqueó, quemó y destruyó las plazas que osaron presentarle resistencia. Las negociaciones del cardenal hicieron lo demas. A ejemplo de Enrique IV compró la sumision de los grandes dándoles mercedes. El duque de Rohan recibió cien mil escudos para licenciar sus tropas, pero no obtuvo libertad para ver al rey. Esto le mortificó en términos que pidió permiso para retirarse á Venecia, el cual le fué concedido con demostraciones lisonjeras de estimacion, que pudieron servirle de lenitivo contra un destierro de donde la corte le retiró poco tiempo despues, encargándole honrosas y delicadas misiones cerca de los grisones y de los suizos. El 27 de junio fué concluida en Alais la paz con los protestantes. Desde este momento no formaron cuerpo en el Estado; sus gefes no fueron mas que particulares sin autorizacion legal; sus ministros hombres científicos sin privilegios. El gobierno no se ligó con ellos por medio de tratados; no les soltó mas que buenas palabras, y los reglamentos formados con respecto á ellos fueron órdenes absolutas emanadas de la autoridad soberana, y no condiciones estipuladas, por decirlo así, de igual á igual como antes. Este fué, observan los historiadores, el mas brillante momento del ministerio de Richelieu. La Francia triunfaba dentro y fuera: los enemigos esteriores publicaban la superioridad de conocimientos del cardenal, y los calvinistas, suspirando sobre los restos de sus fortalezas pulverizadas por sus órdenes y á su vista, no podian prescindir por otra parte de reconocer su afabilidad, su facilidad en adoptar todos los medios de dulzura, y su fidelidad sobre todo en realizar sus promesas.

Así que llegó á Paris, Richelieu observó que la tibieza de la reina madre se habia convertido en odio. Ella habia tenido el disgusto de que su dureza con la princesa María no fuera aprobada por el rey: la madre hubiese querido que su hijo aplaudiera públicamente su conducta, pero por el contrario él la envió repetidas veces desde el ejército reconvenciones, secretas sí y respetuosas, pero muy sensibles, sobre el paso imprudente que se habia permitido. Todo lo que se creyó poder dar á su dignidad fué dejarla el honor de arreglar lo que ella habia comprometido. De esta manera se convino que Gaston iria á dar escusas y promesas á su madre, y á pedirla la libertad de la princesa. Ella lo concedió aunque de mala gana, quedando tan encolerizada contra el cardenal que no pudo callarse. Dijo que este debiera haberla sostenido en tal empeño, y determinar en favor suyo el ánimo del rey, á quien manejaba completamente. En consecuencia echóle la culpa del pesar que la causaba el desaire que habia sufrido, y recibióle muy mal al presentarse en la corte. Esta vez las negociaciones nada consiguieron, y el despecho llegó á tal punto que el prelado mandó á la marquesa de Combalet, despues duquesa de Aiguillon, su sobrina, y á todos los parientes y amigos que habia colocado en la casa real; á estar dispuestos para salir en razon á que iba á dejar la superintendencia. Luis se vió forzado á mezclarse en estos incidentes, y tanto por autoridad como por insinuaciones, moderó la cólera de su madre, que creyó conceder mucho tolerando que Richelieu pudiera presentarse ante ella. El rey subsanó al cardenal todas estas incomodidades concediéndole su plena y absoluta confianza y el título de principal ministro. El duque de Saboya no fué fiel al tratado de Suze; nuevamente abrió sus estados á los refuerzos españoles. El duque de Mantua se encontró acosado en su capital, y fué necesario volver á principiar una guerra que se creia terminada. Lo que animaba á Carlos Manuel era la discordia que sabia existir en la corte de Francia. María de Médicis decia que era vergonzoso arriesgarse á poner la Europa en combustion, por proteger á un príncipe de Italia á espensas del padre de su yerno. Por otra parte, la conducta de Gaston era la mas apropósito para conjeturar en él intereses poco ventajosos á los Gonzagas. Jóven, dueño de su voluntad y no conociendo dique ni freno, dióse á toda clase de placeres y liviandades, y cuando volvió el rey, ora por vergüenza de su vida licenciosa, ora por temor de reconvenciones, Gaston esquivó la presencia de su hermano y se puso á errar sin saber á donde ir. Su incertidumbre le arrastró á la frontera de Lorena. El duque le convidó con su corte, á la cual se dirigió, y esta corte realzada por princesas graciosas y bellas, fué para él una nueva ocasion de desplegar los atractivos de la galantería francesa, fijándose sobre todo su atencion en Margarita, hermana del duque. Así fué que con sentimiento cedió á las órdenes del rey que le llamaba, y á las instancias del duque de Lorena á quien el monarca amenazaba si no regresaba su hermano. Para realizar su regreso enviáronse negociadores que convinieron con el príncipe en una suma para pagar sus deudas y en un aumento de dotacion. Concedieron tambien á sus confidentes gratificaciones, dignidades y pensiones, pero con la espresa condicion de que no habian de dar á su amo sino buenos consejos, y que serian responsables de sus acciones. No se mencionó en este tratado á la princesa María de Gonzaga; Margarita la habia hecho olvidar espresamente. Dícese que Gaston la habia sacrificado á su madre, cuya gracia habia vuelto á conquistar. El duque de Nevers, cuyos deseos eran sin duda en favor de una alianza que debia considerar como prenda de un socorro seguro, encontró en su defecto un recurso no menos cierto en la política de Richelieu.

Este ministro juzgó que en el momento en que la Francia empezaba á levantarse del descrédito en que habia caido entre las naciones de Europa, la seria muy perjudicial permitir el menor desman al duque de Saboya. Hubo pues de decidir al rey á que se siguiese con vigor esta guerra, y para que nada se retardase en las operaciones por falta de reclutas ó de provisiones, se determinó que el rey mandaria en persona. Se queria que la reina quedase en Paris en calidad de regente, como habia sucedido durante la primera espedicion; pero ella se negó abiertamense á fin de mostrar que no aprobaba lo que se meditaba. Quiso al contrario seguir á su hijo sopretesto de que su salud podia ser considerablemente alterada por los trabajos de la guerra y el calor del clima; pero el verdadero motivo era el deseo de contrariar al cardenal, quien no aconsejaba al rey esta guerra, decia la reina, sino con el objeto de dominarle esclusiva y completamente. La jóven reina quiso tambien hacer este viaje, impulsada, se dice, por los celos que le habia inspirado la estimacion muy distinguida que el rey daba á la señorita Hautefort. En cuanto al príncipe, como ya se estaba seguro de él por el pacto hecho con sus confidentes, pagados únicamente para darle consejos combinados de antemano, se le destinó al ejército de observacion que quedó en las fronteras de Lorena, teniendo á sus órdenes al mariscal de Marillac. Tomadas estas precauciones, el cardenal precedió al rey partiendo el 29 de diciembre, revestido del título de lugarteniente general, representando la persona del rey y acompañado del cardenal de La Valette, del duque de Montmorency, y de los mariscales de Bassompierre y de Schomberg que debian recibir sus órdenes.

La campaña se alsió por medio de negociaciones. El duque de Saboya queria permanecer neutral, y rehusar bajo este pretesto el paso á las tropas para ganar á Casal, sitiada nuevamente por los españoles, á cuya cabeza estaba el célebre Ambrosio Spinola. En virtud del objeto que la Francia se proponia de socorrer al duque de Mantua era imposible acceder á semejante deseo: las hostilidades pues fueron rotas y los franceses tomaron á Pignerol; pero acercándose los imperiales y los españoles, no pudieron los franceses pasar adelante. El rey llegó á Grenoble, habiéndose quedado la corte en Lion: allí recibió un enviado del Papa, quien se proponia como mediador. Este era Julio Mazarino; mas como solicitaba la restitucion de Pignerol no se admitieron sus indicaciones, y el rey se dedicó á procurar en Saboya y en el Piamonte medios de indemnizar á su aliado de las pérdidas que habia sufrido en el Mantuano, cuya capital acababa de ser sorprendida, y en el Montferrato, donde solo le quedaba Casal. En este intermedio murió Cárlos Manuel, y aunque su hijo Victor Amadeo era cuñado del rey, no habiéndose cambiado el objeto de la guerra siguió esta su curso, lo cual fué en el corazon de la reina madre un resentimiento mas contra el cardenal. El duque de Montmorency que con tropas inferiores en número acababa de batir á los aliados en Veillare, se apoderó tambien del marquesado de Saluces; pero para librar á Casal donde el valiente Toiras se defendia heróicamente, se esperaban del ejército de Marillac refuerzos que no llegaban nunca, lo cual se atribuia á los consejos de la reina madre. Toiras, reducido casi al último estremo, se vió obligado á capitular con los españoles. Les abandonó la ciudad y prometió entregarles la ciudadela en fines de octubre si antes no era socorrido.

Una gran batalla dada en el norte de la Alemania vino á salvarle y á darla paso á la Italia. El rey de Suecia Gustavo-Adolfo estaba entonces encargado del brillante papel que el rey de Dinamarca batido por Tilly y Wallenstein, generales del emperador, habia dejado por fuerza en virtud del tratado de Lubeck, al cual Fernando no habia permitido que concurriese Gustavo llamándole usurpador. Esta es la tercera época de la guerra de treinta años. Nieto de Gustavo Wasa, hijo de Cárlos IX, que habia subido al trono por la negativa de obediencia de los suecos á Sigismundo, rey ya de Polonia y sobrino suyo, cuyos esfuerzos para restablecer la religion católica en Suecia le habian enagenado todos los corazones del pais, Gustavo á su advenimiento se habia visto empeñado en continuar unas gueraas que no eran otra cosa que consecuencia de la deposicion de Sigismundo. Siempre vencedor, en vano ofrecia la paz al vencido, á quien los socorros de Fernando acabaron de fijar en su obstinacion. Derrotado sin embargo cerca de Mariemburgo en Prusia, Sigismundo consintió en una tregua de seis años, y Gustavo, libre en fin de pedir razon de las altanerías y desprecios de Fernando, se declaró abiertamente protector de la libertad germánica, y sobre todo, d fensor del protestantismo oprimido y despojado el año antes por un edicto de restitucion, de todos los bienes eclesiásticos usurpados desde la abdicacion de Cárlos V. La entrada de Gustavo en Alemania, que tuvo lugar á fines de junio, fué la salvacion del duque de Mantua. El emperador, con el objeto de poder llamar las tropas que tenia en Italia, firmó el 13 de octubre en Ratisbona un tratado por el cual prometia investir al duque de Nevers con los ducados de Mantua y Montferrato, salvo algunos distritos que eran abandonados á los duques de Saboya y de Guastalla. La Francia por su parte se obligaba á restituir todas las conquistas hechas á Amadeo, y á no contraer alianza alguna con los enemigos de la casa de Austria.

Este tratado destinado á sufrir tantas interpretaciones, fué sometido á ellas desde su nacimiento. Tan pronto como fué conocido de los ejércitos, el mariscal de Schomberg rehusó conformarse á él, so pretesto de que los plazos fijados á la retirada de los enemigos obligaba á los franceses á prolongar otro tanto su permanencia en Italia, y á verse allí espuestos á las incomodidades del hambre, á las enfermedades y á los rigores del invierno. Hizo proponer á los españoles la evacuacion comun de los paises disputados y su entrega inmediatamento al duque de Mántua. El negociador era Julio Mazarino, tan famoso despues, y que entonces sin otro título que el de agregado á la legacion del Nuncio Pancirolo, encargado por Urbano VIII de procurar la paz en estos paises, no cesaba de trasladarse de un ejército á otro, para acortar las distancias entre los gefes y prevenir la inútil efusion de la sangre de tantos valientes. A la negativa del marques de Santa Cruz, que reemplazaba á Spinola muerto despues de la capitulacion de Casal, Schomberg, á quien el mariscal de Marillac acababa de reforzar, dió órden de avanzar hácia el campo español. Los franceses no pasaban de seiscientos, y ya se habian enredado las avanzadas, cuando el infatigable Mazarino que ya habia decidido á Santa Cruz á ceder, sale de repente de entre las filas españolas, y desafiando el peligro y las balas que silbaban en derredor suyo, levanta el sombrero con la mano y grita con toda su fuerza: «¡paz, paz!—Abajo la paz, fuera Mazarino,» respondian los soldados franceses escitados por el ardor marcial. Pero mas prudente el general, mandó hacer alto: avanzan los gefes de ambos ejércitos, se abrazan y Mazarino les hace firmar el acuerdo deseado por Schomberg. Su ejecucion principió al dia siguiente; la mayor parte de los franceses volvió á entrar en Francia: el resto quedó en el Piamonte bajo las órdenes de Toiras, quien fué hecho mariscal de Francia, como tambien el duque de Montmorency.

Desde las primeras operaciones militares de esta campaña, Manuel, igualmente hábil en los trabajos del campo que en las intrigas de gabinete, conociendo la tierna afeccion de María de Médicis á Cristina su hija, nuera del duque, habia hecho que esta princesa escribiese á su madre cartas llenas de amargas quejas contra el ministro. Decia que este desechaba las proposiciones mas razonables, de donde se podia juzgar que su intencion era reducir á su padre político á la desesperacion, á fin de obligarle á comprometerse con el rey al azar de perder sus estados. La repugnancia que María tenia hácia esta guerra y algunas otras prevenciones la hicieron creibles estas imputaciones. Juró pues la pérdida del cardenal, y asoció á su odio á todos los que por diferentes intereses podian reunirse contra el prelado.

Los principales fueron los dos hermanos Marillacs, el uno mariscal de Francia y el otro guarda sellos y superintendente de Hacienda. Ambos habian sido elevados á estos empleos por el cardenal á recomendacion de la reina madre. Desgraciadamente para ellos, prefirieron el favor de su protectora al del ministro, y se dejaron acariciar por la tentacion de reemplazarle. Ayudada de estos dos hombres, emprendió la reina una guerra abierta contra el cardenal, y no contenta con hacer sonar en los oidos del rey por todos los que le rodeaban mil quejas contra su ministro, resolvió con ayuda de sus auxiliares privarle de su mas firme apoyo para con Luis, el buen éxito de sus empresas.

Richelieu estuvo casi siempre en estado de probar al rey, que mientras él no trabajaba sino por el honor de la Francia, sus enemigos empleaban contra él medios odiosos, mas perjudiciales á los intereses del reino que á él mismo. Esta diferencia indica la causa de la fortuna del ministro y de los reveses de sus adversarios. En estas circunstancias, por ejemplo, es mas que probable que los Marillacs y su cábala tuviesen el intento de desgraciar al ministro en la guerra de Italia, que era todo su afan, para desposeerle de la confianza del rey; y que si hubiesen estado seguros de ocasionarle alguna desventaja importante, no hubieran dudado en sacrificar á este deseo la vida de los soldados y el honor de la nacion. En efecto, solo á este proyecto criminal puede atribuirse el estado á que se encontró reducido el ejército que mandaba el ministro, privado del dinero que el guardasellos se habia obligado á proporcionar, y de los reclutas que debian salir de las tropas de Marillacs; de suerte, que sino hubiera abrigado el rey el designio de volar á su socorro, quizá la Italia hubiese sido la fosa en que quedasen sepultados los franceses, y al mismo tiempo la ocasion infalible de la precipitada caida del cardenal.

La llegada del rey á la frontera no remedió de repente el mal: el primer ministro se vió obligado á pedir, como suplicando, al superintendente los fondos que este queria aplicar á otro objeto; y para contar con las tropas de Marillac que debian reforzar el ejército de Italia, fué preciso llamar al mariscal mismo y ofrecerle el honor de participar de la victoria. Con este socorro bien pronto conquistó el rey toda la Saboya; pero al concluir esta conquista, una enfermedad aguda vino á sorprenderle en Lion, á donde habia pasado á descansar algunos dias de sus fatigas. Estremo fué el peligro, y dió lugar á muchas temores y á muchas esperanzas. Postrado en el lecho del dolor, no estuvo exento el monarca de las angustias y tormentos que á los demas hombres asaltan en tan terribles momentos. Cada cual queria fijar su atencion é interesarlo en todo, cuando iba á dejarlo todo. El cardenal teniendo tanto que temer de una mujer irritada próxima á ser incontrastable, suplicó á Luis que proveyese á su seguridad. El moribundo hizo venir al duque de Montmorency: «Prometedme, le dijo, bajo vuestra palabra de honor, que á la primera reclamacion del cardenal tomareis una buena escolta, y le conducireis vos mismo á Brouage.» El generoso Montmorency empeñó su palabra. El prelado sostenia con consentimiento del rey en esta ciudad una fuerte guarnicion, y contaba con preservarse allí del primer golpe de venganza, retirándose despues á Roma por mar, sino veia la posibilidad de vivir con seguridad en su diócesis, y aun de volver á los negocios públicos, cuya clave él solo poseia.

La convalecencia de Luis hizo inútiles todas estas precauciones; pero espuso de nuevo á este príncipe á las maniobras de toda la corte coaligada contra el prelado. Con solo figurarse una madre y una esposa, uniendo sus quejas acompañadas de lágrimas y de vivas instancias á las tiernas atenciones cuyo precio tanto conoce un enfermo, se podrá comprender cuán natural era que el rey prometiese despedir al cardenal. Menos sorprendente es todavía que reflexionando sobre la multitud y la importancia de los negocios en que

estaba empeñado, resolviese Luis intentarlo todo por conservar su ministro: esperó pues el medio de conciliar los miramientos que debia á su madre con sus necesidades, lisongeándose con la idea de que ella no exigiria rigurosamente el alejamiento de un hombre tan necesario. Bien concebido estaba este plan: pero su ejecucion exigia mucha prudencia, y desgraciadamente Luis careció de ella en un punto esencial: tuvo la debilidad de confesar al cardenal en



Duelo de Montmorency en la plaza Real

un momento de confianza las tentativas hechas contra él, de circunstanciar los hechos y de nombrar personas. Siguióse de aquí que Richelieu concibió y conservó un odio implacable contra sus detractores, y que estos temiendo la venganza de un hombre tan hábil, creyeron que no habia salvacion para ellos sino con la ruina del ministro, para la que trabajaban sin descanso.

Si hubiera podido haber reconciliacion, hubiérase esta concluido indudablemente al volver de Lion á Paris. Richelieu agotó en esta ocasion todo el arte y destreza que en otro tiempo le hicieron estimar y amar de María. Con ella se embarcó en el mismo buque para surcar el Saona: estuvo jovial, prevenido, atento, complaciente, y nada olvidó de lo que podia curarla de sus prevenciones y obligarla á devolverle su gracia. La reina disimuló, y pareció acceder á sus deseos; los confidentes de María y las personas agregadas al cardenal se trataron como verdaderos amigos. El viage fué en verdad muy alegre; mas apenas la reina hubo llegado cerca de su hijo, le exigió la ejecucion de su promesa de despedir al cardenal, y con él á la señora de Combalet, su muy querida sobrina, y todos sus servidores, parientes y protegidos, que era preciso desterrar de la presencia real. El rey en este conflicto intenta aun calmar á su madre; la ruega, la conjura que acepte las disculpas de la sobrina y las súplicas y promesas del tio, de que el mismo rey sale garante. Al mismo tiempo manda al cardenal que concediendo algo al resentimiento de una mujer, prescriba la sumision á su sobrina, y por último obtiene á este precio la promesa de que María los recibirá á ambos en su gracia.

El 11 de noviembre, fiesta de San Martin, dia famoso en la historia de este tiempo, y que ha sido llamado *dia de los incautos*, fué el señalado para celebrar esta esplicacion, que debia arreglarlo todo y que todo lo enredó. La señora de Combalet es admitida en presencia del rey á la audiencia de la reina, que vivia en el Luxemburgo: se arroja á sus pies y la pide perdon de haberla desagradado. María la recibe con frialdad, y cansada bien pronto de contenerse, se entrega al arrebato de su carácter, la llena de reconvenciones y de injurias, la trata de ambiciosa, de ingrata, de solapada, de mujer desordenada, con tanta petulancia, que el monarca no puede contenerla, y se ve obligado á hacer á la dama una seña para que se retire. Trata de calmar á su madre: la suplica que se modere; y creyendo haber encontrado un momento favorable, hace llamar al cardenal. Este, que habia visto salir á su sobrina anegada en lágrimas, entra temblando, y la escena empieza y termina como la anterior. La reina, mas irritada que templada con las disculpas del cardenal, que ella apellida sumision hipócrita, llora, solloza y grita que el cardenal es un pérfido, un malvado, el hombre mas malo y mas detestable de todo el reino. «Vos ignorais sus proyectos, dice á su hijo; no espera sino el momento en que el conde de Soissons se haya casado con su sobrina, para colocarle vuestra corona sobre la frente.—Señora, la dijo el rey, ¿qué es lo que decis? ¿á qué escesos os lleva vuestra cólera? Es un hombre de bien y de honor: siempre me ha servido fielmente; estoy muy contento con él, y me incomodais de veras, poniéndome en



María de Gonzaga encarcelada en Vincennes.

un grande apuro: mucho trabajo me costará disipar la pena que me habeis producido.» Poco sensible al estado violento en que ponia á su hijo, cuya salud se alteraba fácilmente, persevera la reina en su cólera; y para poner un término á tan desagradable escena, se ve Luis obligado á mandar bruscamente al cardenal que salga. Créese este perdido, y se retira todo consternado: poco despues

el rey mismo sale á su vez profundamente herido de la doble ofensa que su madre le ha hecho con sus palabras y con sus acciones.

Tan pronto como la reina se encuentra sola, entran sus damas, sus confidentes y sus oficiales, todos son bien recibidos, y todos la rodean. Entonces cuenta ella con aire triunfante lo que ha dicho y hecho, cómo ha humillado al cardenal, y cómo este estaba confuso y desesperado: añade que si su hijo no la ha dado la razon delante del ministro, es por una condescendencia que no puede durar: cuantos la oyen aplauden su firmeza.

Los cortesanos, viendo que el rey se ha retirado sin decir una palabra, que todo es confusion y desórden en el cuarto del cardenal, que este quema sus papeles, empaqueta sus muebles y se dispone á una pronta partida, los cortesanos, ese pueblo móvil, que gira sin cesar impulsado por el viento del favor, corren en tropel al cuarto de la reina, y llenan todas las piezas. Preséntase ésta, habla, escucha, acaricia, da las gracias y respira voluptuosamente el incienso que sus aduladores queman á sus pies.

Pero Richelieu, por desconcertado que apareciese, no carecia completamente de esperanza. San Simon, favorito del rey, que todo lo habia visto y oido, y que era partidario decidido del cardenal, le prestó en esta ocasion el mas señalado servicio, haciéndole decir que tuviese ánimo. Á él debemos el conocimiento de las perplegidades de Luis XIII. «Y bien, le dijo el rey al separarse de su madre, ¿qué decís de todo esto? —Confieso, respondió el favorito, que creia vivir en otro mundo; pero al fin, señor, vos sois el amo.—Si que lo soy, replicó el rey, y lo haré conocer.» Mas se advertia que tenia que practicar un gran esfuerzo para ejecutar esta resolucion. «La obstinacion de mi madre me hará morir, decia á San Simon. Su empeño contra el cardenal es tan grande, que es imposible hacerla oir la razon. Quiere que yo despida un ministro que me sirve fielmente, y que confíe la administracion de mis negocios á ignorantes, mas afectos á sus preocupaciones que á la razon, y mas celosos de sus intereses particulares que de los del reino.» Sin embargo, el rey dudaba en combatir de frente la obstinacion de la reina madre. La incertidumbre que agitaba á su espíritu se retrataba en todos sus movimientos: paseábase apresuradamente por su cuarto, se arrojaba sobre la cama, se volvia á levantar con la mayor precipitacion, pedia de beber, abria la ventana para respirar el aire fresco, y se desabrochaba los vestidos, como si estuviese consumido por un fuego interior. En tal estado una palabra de San Simon vino á decidirle como un rayo de luz. «Estoy persuadido, dijo al rey, que por interés del servicio V. M. protegerá al cardenal contra una cábala de gentes sin mérito que dirigen sus miradas al ministerio mas bien que al ministro. Sin atacar directamente á la reina madre, V. M. puede contentarse con alejar á los que la inspiran ideas contrarias á V. M., y todo irá bien despues.» No desagradó á Luis el espediente; y á fin de estar mas libre para adoptarlo, se resolvió á salir de Paris y marcharse á Versalles.

Sin embargo, el cardenal de La Valette al rumor de la marcha de Richelieu, fué á verle, y le espuso que el peor partido que podia tomar era retirarse, escitándole en seguida á ir á Versalles y hacer valer allí sus servicios en tanto que los cortesanos le dejaban aun el puesto libre. Fué acompañando al ministro; y no atreviéndose este á comparecer desde luego á los ojos del rey, se presentó La Valette con el objeto de saber con seguridad lo que habia que esperar ó temer contra su amigo. Apenas le vió el rey, «¿estais sin duda muy sorprendido? le dijo. —Mas de lo que se puede imaginar, responde La Valette.—El señor cardenal, repuso el rey, tiene un buen amo; id á darle espresiones mias, y decidle que se venga al momento á Versalles.» Avisado el cardenal, se presenta, se arroja á los pies del rey, abraza y estrecha sus rodillas; pero despues de las primeras demostraciones de gratitud, suplica que se le permita dejar el ministerio: rehúsalo el príncipe, y el prelado insiste de nuevo. Hay quien pretende que tal solicitud no era de buena fé; sin embargo, es posible que quizá hubiera preferido retirarse á verse todos los dias espuesto á embestidas de esta especie; mas el rey le tranquilizó, prometiéndole protegerle contra todos.



La princesa de Condé y el pueblo pidiendo al rey perdon para Montmorency.

Entonces fué cuando los dos adoptaron con el mayor secreto medidas cuya ejecucion sorprendió en estremo. Marillac el guarda-sellos fué llamado á trabajar con el rey: apresuróse á venir lisongeado por la idea de que al cabo iba á apoderarse del timon de los negocios, mas su ilusion solo duró una noche: al rayar el dia fué encerrado en una prision y los sellos pasaron á manos de Aubespine, marques de Chateauneuf. Su hermano el mariscal que mandaba en Italia y estaba enterado de la intriga, aguardaba de un momento á otro un correo que le tragese la noticia de haber caido el cardenal y sido reemplazado por su hermano. Llegó el correo efectivamente, pero iba dirigido al mariscal de Schomberg con órden de apoderarse de la persona de su colega y de enviarlo bien escoltado á una ciudadela de Francia: órden que fué exactamente ejecutada. Al mismo tiempo que se verificaban estos cambios, Brienne, secretario de Estado, salió de Versalles á anunciarlos á la reina madre de parte del rey. Fué respetado el cuarto de esta; pero no se guardaron los mismos miramientos para con la jóven reina que se habia unido á su suegra contra el cardenal; su esposo la quitó varias damas que ella queria mucho y que habian intervenido en la union de

ambas reinas. El embajador de España que la habia aconsejado recibió la invitacion de no presentarse con tanta frecuencia en la corte, sobre todo cerca de Ana de Austria: en fin, solo libraron bien en medio de este desconcierto general el duque de Orleans y las personas de su comitiva. Lejos de cambiarlas el cardenal las confirmó en sus puestos y aun aumentó las ventajas de que gozaban; al presidente Coigneux le prometió un capelo de cardenal; un ducado con la dignidad de par, á Puylaurens; gratificaciones y dignidades á los demas confidentes; pero todo á condicion de que mantendrian á su amo en disposiciones favorables hacia el ministro y que responderian de su conducta. Teniendo asi en la mano el temor y la esperanza como dos riendas que tiraba ó aflojaba á su albedrío, hubiérase indudablemente procurado alguna tranquilidad, si el furor de los intrigantes reconociese freno.

La reina madre despues de un suceso tan ruidoso debió conocer que habia perdido todo su ascendiente sobre su hijo y que no le quedaba otro partido que tomar que el de abandonar por completo los negocios. Mas prudente ó mejor aconsejada hubiera permanecido en la corte disfrutando tranquilamente de las prerogativas de madre del rey, ó se hubiera retirado á alguna provincia en donde sin disputa hubiera poseido todas las ventajas que pudiera desear, con tal de que no llevasen envuelta pretension alguna al gobierno; pero María aunque batida por tan furiosa tempestad miró con desden el puerto que se presentaba á sus ojos, lanzándose por el contrario al proceloso mar de las intrigas, ilusionada con la esperanza de que su habilidad la preservaria de un naufragio. Inútil es enumerar los infinitos medios que la reina y el cardenal pusieron mútuamente en juego para suplantarse, porque fácilmente se presume lo que pueden intentar una mujer obstinada que á pesar de las dificultades de toda especie no pierde jamás la esperanza de triunfar, y un hombre impetuoso que se irrita á la sola sospecha de que su poder sufra contradicciones.

El duque de Orleans dió entonces un paso que de parte de un particular solo hubiera sido ridículo, pero que era trascendental de parte de un príncipe. El vituperio recayó sobre la reina y las prevenciones del rey contra ella crecieron considerablemente. Sabido es que ella se habia indispuesto con Gaston por causa de la princesa de Gonzaga. La madre y el hijo se reconciliaron y se indispusieron de nuevo, porque María llevó á mal que despues de la escena del Luxemburgo no hubiese su hijo abrazado abiertamente su partido: en seguida hizo diligencias para atraerse nuevamente á Gaston, de quien tenia necesidad. Por desgracia hubo entonces alguna lentitud en el cumplimiento de las promesas hechas anteriormente por el cardenal á Puylaurens y á Coigneux, y esto facilitó á los emisarios de la reina madre los medios de persuadir al príncipe á que rompiese con Richelieu. En consecuencia el 30 de enero, escoltado por multitud de cortesanos que parecian dispuestos á todo por servir á su venganza, va el príncipe á casa del cardenal, entra con gran tumulto, y mirándole con tono altivo y amenazador, «vengo, le dice, á retirar la palabra de amigo que os he dado y á declarar por el contrario que sabré castigar al bellaco que fomenta la desunion en la familia real. Ingrato y perseguidor para con mi madre, insolente para conmigo, vuestra audacia hubiera si lo ya castigada sino fueseis sacerdote; pero sabed que no hay carácter alguno que pueda sustraeros al justo castigo que merece un súbdito bastante osado para ofender á personas del rango de mi madre y del mio. Yo abandono una corte donde dominais y me retiro á mis Estados. Si allí se me ataca, yo sabré defenderme.» Despues de estas cortas palabras y sin querer oir esplicaciones de ningun género, sube á su carruage y parte con sus principales oficiales para Orleans, dejando bien desembarazado al cardenal que esperaba nada menos que ser asesinado. En este momento no estaba el rey en Paris; pero advertido por Richelieu se apresura á regresar, y tranquiliza á su ministro á quien promete servir de padrino contra todos, sin esceptuar su propio hermano: pasa en seguida al cuarto de su madre, á quien deja entrever sus sospechas de que sea cómplice en esta evasion. María parece admirarse y niega tener la mas ligera parte; pero se descubre que pocos dias antes habia ella devuelto al duque de Orleans el deposito de las alhajas de su primera mujer, y desde entonces ya no se dudó de la connivencia.

Esta calaverada, asi la llamaba Luis XIII, no se habia hecho sin motivos y sin medidas; porque no es de creer que los confidentes del príncipe que le inspiraban todos sus pensamientos y le dictaban todas sus acciones, no intentasen vengar á su madre. Como sus conciencias les remordian por las repetidas faltas de cumplimiento de su promesa de no conspirar mas, temian la prision y la hacian temer á su amo. Le convencieron por fin de que estando el rey muy mal de salud desde su enfermedad de Lion, no podia vivir largo tiempo; por consiguiente que solo se trataba de permanecer algunos meses en Orleans, ó todo lo mas de ir á esperar al estranjero caso necesario. Para estar seguro en Orleans, el príncipe hacia leva de tropas en Quercy y en el Limosin donde Puylaurens tenia sus relaciones. Reunia en torno suyo los señores amantes de la novedad, entre los que eran los principales el conde de Moret, hijo de Enrique IV y de Jacoba de Beuil, Cárlos duque de Elbeuf y Luis de Gouffier, duque de Rouannes; en fin, al salir de Paris vió su bolsillo perfectamente repleto por los cuidados del presidente Coigneux, quien facilitó fondos considerables bajo el nombre de tres capitalistas muy acreditados.

Luis entabló una negociacion con su hermano; se le hicieron las ofertas mas lisongeras para obligarle á venir á la corte; el rey llegó hasta vencer su repugnancia hácia el matrimonio de Gaston, y propuso darle la princesa María; pero el príncipe contestó obstinadamente que queria permanecer en Orleans. Luis le amenazó con ir á sacarlo de allí, y la cosa no hubiera sido difícil, si el monarca no hubiera creido deber empezar por asegurarse de su madre, cuya reconciliacion con el cardenal hubiera terminado todas las disensiones pasadas y futuras; pero era preciso que fuera sincera. Richelieu, que no contaba mucho con semejante sinceridad, exigió como base de todo que la reina entregase á la justicia del rey sus malos consejeros. La condicion era bien dura, si se pretendia forzarla hasta hacerlos sufrir una pena aflictiva: pero no era demasiado exigir si por ella se entendia que la reina los alejase de su lado. La negativa formal que opuso persuadió á su hijo de que ella queria reservarse siempre medios para perturbar el reino; por consiguiente adoptó él ciertas medidas que pudiesen al fin procurarle tranquilidad. Al efecto se celebró un gran consejo: el cardenal como demasiado interesado en la materia, no queria hablar, pero cediendo á los deseos del rey y á las súplicas de los demas consejeros de Estado, toma por fin la palabra. Empieza por describir la situacion del Imperio, de la España, de la Inglaterra, de la Lorena y de la Saboya, que humilladas con los triunfos de Luis y celosas de sus glorias, buscan en las intrigas de la corte los medios de interrumpir el curso de su prosperidad. En seguida representa la union de las dos reinas y del duque de Orleans como una conjuracion permanente, que los Parlamentos, los calvinistas y las potencias estrangeras encuentran siempre dispuesta á secundarles. «Hace pocos años, señor, añadió, habeis visto una simple intriga de mujeres ligadas con algunos jóvenes ingleses, que os causó las mas vivas alarmas y os obligó á derramar sangre. Y ahora ¿qué no debeis temer de una faccion que tiene á su frente á las primeras personas del Estado, y que se envanece de que jamás España é Inglaterra la dejarán carecer de dinero, ni la Alemania de hombres; de una faccion que ha tenido la audacia, cuando hicisteis prender al mariscal de Marillac, de escitar al gobernador de Verdun, hechura de este criminal, á defender la plaza contra vuestras tropas; que por último ha envalentonado al presidente Coigneux, canciller del príncipe, hasta el punto de anular por un acuerdo de su consejo otro acuerdo del vuestro? Si tales atentados quedan impunes, acabóse vuestra autoridad.»

El cardenal demuestra en seguida que estos desórdenes son obra de la pasion de la reina madre que ha jurado perderle; que ha declarado á Bouillon y á otros mil, que no habia que esperar que ella curase de semejante enfermedad. «Luego, añadió, en tanto que el duque de Orleans conserve la esperanza de verla triunfar, se mantendrá unido á ella; y mientras que V. M. se ocupe en estos negocios ¿cómo podrá proveer á los esteriores y á las necesidades del Estado? Cada dia aparecerán nuevos descontentos; los que permanezcan fieles á vuestra persona vendrán á ser importunos á fuerza de pretensiones y solicitudes: será menester encadenarlos con rasgos continuos de generosidad; y pudiera acontecer que se presentase una circunstancia en que fuese imposible cortar el mal que antes se habia dejado crecer.»

Despues de haber alarmado de esta manera al rey sobre su autoridad, Richelieu presenta á este carácter sombrío otros temores sobre su seguridad personal. «En una enfermedad, dice, estos enemigos encubiertos que teneis, pueden hacerse dueños de vuestra persona sin que á vuestros mas fieles servidores sea posible socorreros, sin que ellos mismos puedan salvar su propia vida ó su libertad, porque en tales casos todo el mundo vuelve la cara al sol que nace. Lo mismo puede suceder con ocasion de una derrota ó de un mal éxito que los mal intencionados mismos provocaran, á fin de poder echar la culpa á vuestros fieles ministros. Entonces vuestros mejores servidores quedarán á discrecion de cortesanos envidiosos, de mujeres irritadas, cuya inclinacion á la venganza es demasiado conocida.» De esta esposicion concluye el prelado, que los males que amenazan no pueden ser evitados sino con medidas estremas. «Porque los remedios débiles aplicados á los grandes males, no hacen mas que aumentarlos. Los remedios fuertes matan ó curan; y en las circunstancias en que nos encontramos hay que decidirse ó á no tocar la llaga, ó abrirla completamente.»

El cardenal desenvuelve en seguida los medios propios para alejar los inconvenientes que acaba de esponer. Encuentra cinco: el primero consiste en arreglar una paz sólida con la casa de Austria, á fin de que no teniendo ya guerras á que atender, pueda el rey temer menos las cábalas domésticas; pero al mismo tiempo que propone este medio, Richelieu lo destruye. «En tanto que los estran-

geros, dice, crean poder sacar partido del descontento de la corte, ó no suscribirán á la paz propuesta, ó no la otorgarán sino con condiciones vergonzosas, que serán siempre la semilla de nuevas guerras. El segundo medio seria ganar los consejeros del duque de Orleans; pero desgraciadamente una triste esperiencia acaba de probarnos que la generosidad es perdida en este terreno: con tanta impaciencia soportan el yugo del rey, que jamás estarán contentos» El ministro cita aproposito de esto varios malos consejos dados á Gaston, y cuyas consecuencias fueron perjudiciales á la tranquilidad del rey, al lustre de sus armas y al bien del reino. «Tenemos, continúa, un tercer medio, que seria apaciguar á la reina madre, medio el mas apetecible en verdad, pero tambien el mas difícil; porque ademas de que las mujeres son vengativas por naturaleza, la reina madre es de un pais y pertenece á una casa en que jamás se perdona. Los servicios que he tenido el honor de prestarla y de prestar á vuestro reino, ¿han impedido por ventura que me dirija los ataques mas estremados? ¿Qué han conseguido vuestros ruegos, señor, y vuestras súplicas en momentos en que la mala salud de V. M. exigia los mayores miramientos, y cuando la reina debia haber visto por sí misma que estas contradicciones solo podian aumentar vuestros dolores y con ellos el peligro? Despues de esta prueba, despues de la palabra dada en presencia de su confesor y en la del nuncio del Papa, palabra violada en el momento mismo, ¿es permitido esperar que venga al camino de sentimientos mas dulces? Jamás estará contenta sino cuando pueda esterminar cuanto aborrece; y no hay que temer que la completa inutilidad de la accion que ella misma lamentaria despues, atenue su pasion de venganza. Quizá el cuarto medio, que es el de alejarme de los negocios, seria el mas ventajoso: en este caso es menester emplearlo sin vacilar, y por mi parte lo deseo ardientemente; pero tambien acaso sea inútil.» Aquí Richelieu alega contra este espediente razones bastante plausibles: que no es seguro que él baste para calmar los espíritus irritados, y que por otra parte esta condescendencia que la cábala calificaria de debilidad, la envalentonaria hasta el punto de intentarlo todo para apoderarse del gobierno. Sin embargo, añade, si este remedio es bueno, empleémosle acto continuo sin reparar en los inconvenientes; si por el contrario, los peligros son mayores que las ventajas, vengámos al quinto medio.»

Este quinto medio era alejar á la reina madre. La destreza con que el cardenal pronuncia esta parte de su discurso en que se trata de obligar á un hijo á un rompimiento perpétuo con su madre, es digna de ser notada. Repite lo que ha afirmado ya, que la pasion de María contra él es la sola causa que mantiene la division en la corte; que no hay mas partido que tomar que rogarla se aleje por algun tiempo y despida de su lado á los facciosos, que la dan malos consejos; que por lo demas en la ejecucion de esta medida debia emplearse toda especie de miramientos; pero que como era posible encontrar mucha resistencia por parte de tantas personas interesadas en defender la reina, habia al mismo tiempo que tomar medidas, de modo que su buen éxito fuera infalible; «porque empezar y no acabar seria perderse irrevocablemente.» El sentido de esta frase, aun envuelta en una espresion dulce, era que si la persuasion no bastaba seria menester emplear la fuerza; y el cardenal, que conocia toda la dureza de este consejo, empleó para justificar su necesidad toda la elocuencia que poseia.

«Bien sé, dice, que voy á ser difamado por este violento cáustico; que todos los males de que he querido preservar al Estado van á recaer sobre mí: pero esta es una desgracia de que no hay que preocuparse, á la manera que el cirujano mira correr la sangre del brazo que corta. Si yo no mirase mas que á mí, jamás hubiera dado semejante consejo, que se puede creer dictado por la venganza. Se dirá tambien que la criatura atacó al Criador, y que pagó las bondades de la reina con la mas negra ingratitud. Las sátiras y los pasquines van á caer de todas partes sobre mí, y si hubiese de seguir el impulso de mi corazon, preferiria caer sin mancha á consolidarme por este medio; pero como debo mirar ante todas cosas á la seguridad de vuestra persona y á la de vuestra corona, no temo, señor, decir en vuestra presencia y ante vuestro Consejo, aun á riesgo de mi reputacion, que este último medio es el que yo adoptaria. Pero si place á V. M. adoptarle, como hombre que debe sacrificarse doblemente, suplico á V. M. que me permita retirarme del ministerio, en que ya no seré necesario, puesto que este golpe imprevisto disipará la cábala, y os bastarán los ministros que conserveis. El espíritu de la reina madre se curará tanto mas pronto, cuanto que se verá en la imposibilidad de hacer mal y separada de los que la escitan á la venganza; y aun estos mismos, una vez privados de su apoyo, buscarán el medio de colocarse bien. Nuestros enemigos, no pudiendo ya calcular sobre nuestras divisiones, se dispondrán á la paz por interés propio; y en poco tiempo, señor, vereis floreciente vuestro reino, sumisos vuestros súbditos, y adquirireis la estimacion de los pueblos, que siempre se mide por el buen éxito de las cosas.»

Indicar al rey la posibilidad de estas ventajas aun sin la cooperacion del ministro, era hacérselas ver mucho mas ciertas, si el ministro continuaba manejando el timon del gobierno: por eso Luis no vaciló un momento sobre el partido que debia tomar. Las personas llamadas á este Consejo fueron todas de la misma opinion que Richelieu, con la sola restriccion de que no convenia permitirle salir del ministerio, y la desgracia de la reina quedó decidida.

Estaba ella en Compiegne, adonde habia seguido al rey, quien pensando que en caso de una resolucion vigorosa era mas fácil ejecutarla aquí que en Paris, habia venido con esta intencion. El 23 de febrero al amanecer Luis despierta á su mujer. Desde la víspera se habian dado todas las órdenes, y en menos de una hora el rey, la reina, los señores, los ministros, todo se puso en camino, á escepcion de ocho compañías de guardias, cincuenta caballos ligeros y cincuenta gendarmes, que quedaron para custodiar á la reina madre so pretesto de hacerla los honores. Mandábalos el mariscal Estrees: tenia éste órden de hacer marchar á la princesa de Conti, hermana del duque de Guisa, casada secretamente con Bassompierre, para su castillo de Eu, sin permitirla hablar a la reina, lo que fué ejecutado. Al despertarse, se encontró María en una espantosa soledad: la mayor parte de sus damas habian sido cambiadas; Vautier, su médico, estaba preso, y ella ignoraba de todo punto la suerte de los demas confidentes suyos. Cuando quiso informarse del mariscal, á quien hizo venir al pie de su cama, cuando le preguntó lo que se exigia de ella, respondió Estrees respetuosamente que el rey la haria conocer muy en breve su voluntad.

El dia entero se pasó en esta perplegidad. Al siguiente llegó el consejero de Estado, Brienne de la Ville aux-Cleres, encargado de proponer á María que se retirase á Moulins. Aquí dió principio una negociacion, y en la que cada cual echó mano de sus armas: María, de las súplicas, la altivez, los ruegos, las amenazas, las promesas, los subterfugios, las enfermedades fingidas, y alguna vez ciertas, ocasionadas por el sentimiento. El ministro desplegó una firmeza siempre uniforme, no dando oidos á ningun proyecto, al cual la obediencia de la reina no sirviese de base: es decir, que se principiaba siempre por confinarla al punto que se conviniera. Es verdad que con el tiempo se moderó bastante la dureza de las primeras proposiciones: se la ofrecieron castillos mas habitables con el gobierno de la provincia en que estaban situados, dinero, pensiones, y en fin, toda la autoridad que ella podia desear; pero siempre era vivir separada de la corte y de los negocios, sacrificio á que no podia ella decidirse.

Durante este tiempo la condicion de sus partidarios empeoraba de dia en dia. Entre los señores notables, solo Bassompierre fué preso, pero la señora de Targis y los demas agregados á la reina madre perdieron las plazas que ocupaban tanto cerca de ella como de su hija política. Muchas personas distinguidas fueron desposeidas de sus empleos y presas ó desterradas. ¡Felices los que pudieron escoger un asilo en el estrangero! Corria el rumor de si se iba á formar proceso á los dos hermanos Marillacs que estaban presos; el padre Chanteloube, confidente de la reina madre, fué desterrado, y á medida que ella se resistia á obedecer, se la arrebataba ya un secretario, ya un oficial de su casa, ya una dama que ella queria, so pretesto que estas personas la daban malos consejos.

Gaston continuaba siempre en Orleans. Al principio dijo que no queria mas que vivir tranquilo separado de la corte, donde el poder del ministro le hacia sombra; pero á los primeros gritos de su madre que desde el fondo de su prision, decia él, reclamaba su ayuda, pareció despertarse de un letargo. Escribe cartas sumisas á su hermano y amenazadoras al ministro, y declara que quiere vengar el insulto que se hacia á su madre. A esta señal los descontentos se escriben de todas partes: los que viven cerca de Orleans vienen á agruparse en torno suyo. Redobla él su actividad, hace provisiones de armas y de dinero y envia comisiones para ejecutar levas. El rey lo intentó todo para calmarle: á las ofertas ya hechas de procurarle un casamiento ventajoso y á su gusto, se añadieron promesas de pensiones, de dinero contante, de aumento de patrimonio, de cargos y dignidades para sus favoritos. Estas proposiciones fueron una tentacion para los cortesanos de Gaston; pasaban el tiempo deliberando, y mientras tanto las precauciones de guerra se tomaban mas y mas tibiamente. Luis por el contrario á cada oferta que hacia daba un paso mas hácia Orleans, acompañado de una escolta que podia muy bien pasar por un ejército; en fin, los ojos se abrieron á la luz, y el duque de Orleans conoció que iban á embestirle. Tan pronto como él se aturdió toda su gente, y así Gaston huyó con los suyos el 13 de marzo, atravesando la Borgoña hasta la Lorena. El rey marchó detras siguiéndole paso á paso, y cuando le hubo arrojado fuera de las fronteras, hizo declarar criminales de lesa magestad á todos los que le habian prestado ayuda ó socorro.

Despues que el hijo dió este mal paso hácia la parte de la Lorena, la madre dió otro no menos aventurado hácia Flandes. Contando con las inteligencias de Gaston, que ella creia capaces unidas

á las suyas de levantar el reino entero, presenta peticiones al Parlamento como prisionera, y solicita de los súbditos fieles de su hijo que se armasen por la madre contra un ministro que la tenia cautiva: á estos escritos y á estas súplicas se respondia que era muy dueña de salir de Compiegne; que tal era justamente el deseo del rey, y que nada se la pedia sino que se fijase en el castillo que mas la conviniese. Replicaba ella que la oferta de otra residencia nó era mas que un engaño á cuya sombra se queria sacarla de Compiegne para cogerla con mas facilidad en el camino y llevarla á Florencia, separándola así para siempre de sus hijos. Como hiciese resonar en todo el reino el ruido de su cautividad, se dió órden á los guardias de que se alejasen y se la dejó en plena libertad. Algunos historiadores dicen que el ministro sabia de antemano que la reina abusaria de esta misma libertad, y que conociendo sus planes de evasion, la facilitó encubiertamente los medios de incurrir en una falta irreparable. Otros aseguran que no tuvo conocimiento de ella hasta el momento de su ejecucion. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que el ministro supo el proyecto con tiempo suficiente para volver contra la reina las medidas que ella misma tomaba.

Se proponia María acantonarse en la Capelle, pequeña ciudad de Picardía fronteriza de Flandes, de donde esperaba sacar socorros, caso necesario: se prometia tambien recibir allí los descontentos de Francia que ayudados por los españoles se fortificarian en la plaza en tanto que Gaston distraeria al rey hácia la Lorena. El marques de Vardes era gobernador de la Chapelle por cesion de su padre y residia allí. María trabó inteligencia con él por medio de la condesa de Moret, antigua querida de Enrique IV, que se habia casado con este jóven, y por medio de varias otras mujeres que se habian refugiado cerca de ella. Se alhagó la vanidad del marques con la promesa de un puesto eminente en la corte para cuando la reina volviese á ella, y con esta frívola esperanza convino él en recibirla en su plaza.

Llena de confianza en las medidas adoptadas, sale María de Compiegne el 19 de julio muy de mañana y emprende su viage hácia la Capelle. Ni guardia ni obstáculo de ningun género encontró en todo el camino; pero Richelieu habia enviado á la Capelle al viejo marques de Vardes, que llegó allí justamente algunos momentos antes que la princesa. Reunió la guarnicion, dió sus órdenes, se apoderó de las puertas, prendió á su hijo y echó fuera á todas las mujeres. Cuando María llegó, las encontró muy aturdidas en el arrabal celebrando una especie de consejo en que la reina tomó parte. Volver atras era forjarse nuevas cadenas; creer que á fuerza de lágrimas y súplicas se podria ablandar el corazon del viejo marques, era una ilusion; entrar contra su voluntad. era cosa imposible. Fué pues preciso adoptar la única resolucion practicable, á saber, la de ganar la Flandes española; y el gobernador desde lo alto de las murallas vió alejarse esta tropa que hubiera podido detener, si no hubiera sido mas ventajoso al cardenal dejarla marchar.

Libre el ministro de sus dos mas peligrosos enemigos trabajó en purgar la corte, no solo de los que le eran contrarios, sino aun de los que no le eran favorables. No habiendo querido el duque de Guisa ceder de grado el almirantazgo de Levante, se le llamó de su gobierno de Provenza para que viniese á esplicarse sobre sospechas de inteligencia con los españoles; mas no habiendo él creido prudente venir á justificarse en persona prefirió salir del reino so pretesto de una peregrinacion á Loreto. Epernon, el orgulloso Epernon, se dió por muy dichoso de poder comprar su tranquilidad á fuerza de sumisiones. Las precauciones de Richelieu no se limitaron á alejar sus enemigos de Francia: obtuvo del duque de Saboya que el abate Scaglia fuera enviado á Roma; y los otros soberanos que tenian necesidad del ministro, tales como los duques de Florencia y de Mántua, se vieron obligados á despedir de sus cortes respectivas á todos los que mantenian relaciones con la reina madre y el duque de Orleans.

Coigneux soltó una palabra, de la cual se infiere que quizá estas precauciones no eran del todo innecesarias. «Un hijo de Francia, decia él á Gaston, es siempre bastante fuerte cuando puede inspirar lástima.» En efecto, si este hubiera sabido inspirar confianza, habria podido armar en su favor á la España, la Inglaterra, la Saboya, al Papa y una gran parte de la Alemania contra un ministro de quien todas las cortes estaban celosas y descontentas. Pero el duque de Orleans y sus favoritos no servian sino para meterse en apuros, cuya salida no preveian jamás. En lugar de la actividad y de la aplicacion necesarias á cuantos forman empresas arriesgadas, no llevaron á la Lorena otra cosa que el espíritu de la galantería y el gusto de las diversiones: despertáronse en ellos las antiguas inclinaciones, y aun se formaron otras de que se ocupaban mucho mas que de los negocios importantes. Gaston no se proponia quizá mas que divertirse cerca de la princesa Margarita hermana del duque; pero sea estimacion, sea ternura, sea una obligacion política; sea en fin todo esto junto, es lo cierto que se casó en secreto con ella. Si creyó procurarse por este medio un asilo seguro contra la cólera de su hermano, y si el duque creyó sacar ventajas de esta alianza, como Gaston le habia hecho comprender exagerando las fuerzas de su partido en Francia, ambos se engañaron solemnemente. Vino Luis cuando menos se le esperaba á turbar el júbilo de estas bodas clandestinas, y apareció en la frontera en medio del invierno á la cabeza de un fuerte ejército. Cárlos sin preparativos ni reclutas, intentó engañar al rey aparentando la seguridad de la inocencia; y viniendo á encontrarle á Metz, se constituyó, por decirlo así, prisionero en sus manos. Mas viéndose en vísperas de perder sus estados, tuvo que sacrificar una parte á la conservacion del resto: y por un tratado firmado en Vic el 31 de diciembre, se obligó á subordinar sus alianzas á los inteseses de la Francia, y á recibir guarnicion francesa en sus mejores fortalezas, cuya posesion puso al monarca en estado de entrar cuando quisiese en Lorena, sin encontrar la menor resistencia.

Por un artículo añadido á este tratado el 6 de enero, se estipuló que Gaston saldria de los estados del duque, siendo esta cláusula hija de una série de sospechas que el rey concibió sobre el casamiento de su hermano. Luis y su ministro exigieron que saliese, sino para castigarle por un casamiento consumado, al menos para impedir que se consumase. El duque de Orleans se prestó voluntariamente al forzado deseo de su aliado; dejó á su esposa en Lorena, y fué á reunirse con su madre en Bruselas.

Allí se reunieron casi todos los desgraciados de la corte de Francia, no solo llenos de despecho, sino poseidos de una especie de rabia contra el cardenal. Richelieu pretendió que allí se fraguaban planes contra su vida; no faltaron en Francia personas condenadas al último suplicio como convictas de crimen meditado y aun intentado de asesinato y envenenamiento: otros fueron infamados, encerrados ó condenados á galeras por libelos virulentos contra el cardenal. Por último, fueron entregados á la justicia de los tribunales muchos de los refugiados en Bruselas, como consejeros ó cómplices en estos atentados, habiendo sufrido en sus efigies las penas fulminadas contra ellos. Si la reina madre no fué comprendida en estas sentencias, al menos no se eximió á ninguno de sus mas íntimos confidentes, cuya difamacion podia reflejar sobre la persona de la princesa, y aun ella misma no fué bien tratada en los folletos y escritos clandestinos, cuya distribucion favorecia el gobierno en secreto; venganza que se pretendia barnizar con la razon política de que importaba mucho no dejar sin respuesta las imputaciones capaces de desacreditar al ministerio.

Mas el cardenal no se limitó á escritos, é hizo ver con sus acciones que si la reina creia permitido todo para satisfacer su resentimiento, él no temia por su parte hacerse para siempre irreconciliable con ella. Todos los que vacilaban entre ella y él, fueron obligados á salir de la corte y á abdicar sus cargos y empleos; y no solamente ellos sino hasta los parientes y aliados que les eran afectos. En fin; se vió en la escena á un mariscal de Francia, sacrificado quizá al deseo de inspirar terror y á la venganza mas bien que á la justicia. Al leer su proceso, al examinar las formas desusadas y las circunstancias mortificantes que se encuentran en él, no se puede menos de reconocer que si Richelieu no trató este negocio con pasion, no se ocupó bastante en él para salvar las apariencias.

Luis de Marillac preso despues del *dia de los incautos* en medio del ejército del Piamonte que mandaba, fué desde luego encerrado en el castillo de Sainte Menehould. Durante algun tiempo se le dejó ignorar la causa de su detencion, y se le trasladó en seguida á la ciudadela de Verdun. Entonces el público pudo juzgar cuales eran los crímenes que se le atribuian. Siendo el mariscal gobernador de la frontera, habia edificado esta fortaleza: varias personas propietarias de casas, proveedores de materiales, maestros de obras y obreros se habian quejado de muchas vejaciones irrogadas en el tiempo de su favor, pero sin resultado. Mas habiendo cambiado las cosas, se estableció en Verdun para oirlas un tribunal compuesto de dos presidentes y doce consejeros del Parlamento de Borgoña, y se condujo prisionero á Marillac á esta ciudad, donde habia dominado con escesivo orgullo; humillacion que se le hubiera podido evitar. Las operaciones de esta comision fueron en estremo lentas; ella se disolvió, por decirlo así, por sí misma, y fué reemplazada por otra compuesta de veinte y cuatro jueces escogidos entre los jurisconsultos; y presidida por el guarda-sellos. Chateauneuf, enemigo natural del mariscal, á cuyo hermano habia sucedido en el ministerio. La nueva comision celebró sus sesiones en Reuil, pueblecito cercano á Paris, en la casa misma del cardenal, adonde el preso fué conducido; especie de prision que pareció muy estraña.

El mariscal se defendió muy bien, y empezó por recusar el tribunal como incompetente. El Parlamento de Paris reclamado por el acusado, pidió el proceso y dió providencias que fueron anuladas por decretos del Consejo; la autoridad pues prevaleció, y la comision quedó en pie. Marillac recusó en seguida varios miembros de la comision, á los unos como enemigos personales ó de su fa-

milia, á los otros por su mala fama, á otros, en fin, por haberse declarado demasiado abiertamente; pero el Consejo habiendo reservado el juicio de estos motivos de recusacion, los declaró mal fundados. Se procedió á la instruccion, y todas las acusaciones fueron colocadas en siete títulos: «Malversaciones en la fortificacion »de la ciudadela de Verdun, sobre los fondos, sobre la conducta y »sobre emolumentos ilícitos; mal gobierno de los ejércitos y mal»versaciones en el empleo de los recursos del rey; abusos y benefi»cios ilícitos sobre el precio de las municiones; falsificacion de re»cibos en las oficinas de contabilidad; sustraccion de la suma de cua»trocientas mil libras facilitadas por el rey para pago de las casas ad»quiridas y demolidas para la ciudadela de Verdun; aplicacion en pro»vecho propio de los nuevos oficios, de las fortificaciones en los Tres»Obispados y de los productos de la subasta y de la eleccion de »Bar-del-Aube. En fin, vejacion del pueblo de Verdun y vecinos.»

Cuál es el hombre, decia el mariscal, que despues de una administracion larga y complicada, obligado mucho tiempo despues que las cosas han sucedido á responder á doscientas sesenta preguntas y á ciento treinta testigos, ¿no se verá en falta en algun punto? Por estos olvidos, estas negligencias y otras faltas que el goce de la autoridad hace cometer algunas veces, imploraba él la misericordia del rey, y aun atenuaba la pena de estos delitos dirigiendo cargos graves á los testigos, cargos que algunos merecian perfectamente. En estas defensas insinuaba que habia otro crímen, el crímen verdadero que ni siquiera se mencionaba: era este su adhesion á la reina madre, de quien tenia el honor de ser parienta su esposa. Algunos historiadores cuentan que en un consejo celebrado antes del *dia de los incautos*, Marillac habia sido de opinion de que se llevase al cardenal á perder su cabeza en el cadalso, y añaden que Richelieu se complació en hacer sufrir á cada uno de sus enemigos la pena con que le habian amenazado. Así la reina madre fué castigada con el destierro, Bassompierre con la prision, y Marillac con la muerte. La comision por una estension forzada dada á la definicion de la palabra *peculado*, y una aplicacion análoga de las penas estipuladas contra este crímen en leyes antiquísimas, le condenó á ser decapitado en la plaza de Greve, «acusado y convicto de crímen de peculado, concusion, exaccion de numerario, falsificaciones y suposiciones de recibos, opresiones y malos tratamientos sobre súbditos del rey.»

La sentencia fué ejecutada el 9 de mayo: Marillac murió como cristiano, resignado, sin impaciencia, aunque nada se omitió en la ejecucion para que fuera dura y humillante. Se notó que perseverando hasta el fin en proclamarse inocente de los crímenes que se le imputaban, confesó que su conciencia le remordia incesantemente por otros que atraian con razon la justicia divina sobre su cabeza. Esta confesion reiterada con mucha amargura, hizo creer que los remordimiencos que desgarraban á este desgraciado nacian de su conducta cuando con el objeto de comprometer al cardenal en Italia, difirió el envío de los socorros que este pedia, y ocasionó con estos retardos viciosos la muerte de muchos franceses. Los escritos publicados entonces á favor del ministerio, autorizaron esta congetura, é insinuaron que este crímen habia sido el verdadero motivo de la condena, y que se habia tenido secreto por respeto á la reina madre, que de otro modo se hubiera visto envuelta en el proceso. La familia de Marillac participó de su desgraciada suerte: su esposa murió en una aldea adonde se habia retirado á esperar la suerte de su marido; y Miguel de Marillac su hermano, guarda-sellos, arrastró una existencia miserable en una prision donde las penas abreviaron sus dias. Sus amigos mal acogidos en la corte, se alejaron de ella, y el ministro apareció omnipotente en el reino, donde el miedo impuso silencio á sus rivales.

Mas la tempestad se formaba en el esterior; las cortes de Bruselas, es decir, la de la reina madre y la del duque de Orleans habian hecho los mas grandes esfuerzos para salvar al mariscal. Habian puesto en juego súplicas á los jueces, amenazas de tomar parte en el proceso, intervencion del Parlamento de Paris, tentativas de apoderarse de personas queridas del cardenal, tales como la duquesa de Aiguillon su sobrina, para hacerlas servir de rehenes ó represalias; en fin, decia el prelado, hasta maquinaciones contra su existencia. En el dia se encontraban reducidas á quejas y proyectos de venganza; pero proyectos tan mal concertados, que se decia no tendian á otra cosa que á hacer á Richelieu mas y mas absoluto, y á procurarle los medios de deshacerse del resto de sus enemigos. En verdad no era para una madre y un hermano mal medio de atraer al rey á su voluntad, es decir, á sacrificar á Richelieu, el de coaligarse con todos los enemigos naturales de su Estado, sublevar su reino, é introducir en él tropas estrangeras. Por el contrario, debia suceder que estas empresas, haciendo cada dia mas del ministro un hombre necesario, le tornaran tambien mas precioso; y efectivamente á las primeras noticias de lo que se tramaba en Bruselas, se notó entre Luis y el cardenal un concierto y una emulacion y actividad, tales cuales solo se ven entre personas que tienen que defender los mismos intereses.

Ademas del error comun á todos los hombres de creer que los demas piensan lo mismo, el duque de Orleans tenia el defecto peculiar de los grandes, de creer que el público no podia menos de tomar parte en sus querellas: así se imaginaba Gaston que tan pronto como se presentase en Francia con algunas tropas, todo el reino se levantaria y tomaria parte en su favor. No podia obtener grandes auxilios de los españoles, que aun no se atrevian á declararse abiertamente; pero no queriendo perder la ocasion de escitar desórdenes, licenciaron tropas que el príncipe tomó á sueldo suyo. Para pagarlas puso éste en venta sus diamantes, los de su madre y los de su primera mujer; pero nadie se presentó á comprarlos temiendo que el rey los reclamase como pedrería de la corona. El príncipe escribió á los gobernadores de las plazas y de las provincias de Francia, de los cuales algunos le devolvieron respuestas muy atentas, que miró como otras tantas afiliaciones en su partido. Con estas esperanzas, con un ejército que se asemejaba á una simple escolta, con carros cargados de manifiestos vehementes contra el cardenal y comisiones para levantar tropas, entra en Francia en el mes de junio, demasiado tarde para el duque de Lorena, á quien el rey, previendo sus designios, habia debilitado, desarmado é inutilizado, primero con una nueva batalla, y despues con un nuevo tratado firmado en Liverdun; demasiado pronto, al contrario, para el duque de Montmorency, quien no habia tenido aun tiempo para hacer sus preparativos.

Es estraordinario encontrar á este señor en el número de los enemigos del cardenal despues de haber hecho profesion de un afecto tan fiel al prelado, que Richelieu, durante la enfermedad del rey en Lion, amenazado de la desgracia ó acaso de un mal mas grande, no tuvo confianza sino en la proteccion de Montmorency. Desde entonces no se supo que mediase entre ellos ningun resentimiento público; se notó solamente cierta frialdad, de que los mal intencionados se aprovecharon para malquistarlos entre sí. Persuadieron al duque que despues de un servicio tan señalado no habia dignidad á que no tuviera derecho á aspirar, sobre todo á la de condestable, casi hereditaria hasta entonces en su familia. «Pero, le decian, en vano os lisongeareis de obtenerla por medio del cardenal; lejos de sufrir que los demas se hagan poderosos, su sistema es destruir las autoridades particulares para reunirlas en su persona. No hay mas que un medio de triunfar: es el de haceros mediador entre el rey y su familia. Epernon supo sacar á la reina madre de Blois: ¿por qué Montmorency no intentará lo que Epernon supo hacer? Si triunfais en tan bella empresa, es imposible que os falte la espada de condestable.

Este plan de conducta, cualquiera color que se le diese, iba á parar siempre á hacer la guerra al rey; y esta resolucion era muy dura para un Montmorency; mas él poseia un alma generosa, y le parecia muy bueno el papel de poner término á las discordias de la familia real, que tanto affigian á todo buen francés. Las instancias del hermano de su rey, le blandaron, y la suerte de María de Médicis refugiada en una corte estrangera, le interesaba tanto mas, cuanto que su mujer la princesa de los Ursinos, parienta de la reina madre, le ponia sin cesar ante los ojos razones que le obligaban. ¡Qué no pueden sobre un corazon sensible los ruegos de una esposa amada! Montmorency se dejó ganar; mas tan pronto como hubo olvidado su deber, la desgracia le siguio constantemente. Quiso sublevar el Languedoc: la corte envió á estos estados agentes que hicieron fracasar el intento: sus proyectos eran conocidos é imposibilitados antes de ponerse por obra. Hay quien asegura que Richelieu, en obsequio de la antigua amistad, le advirtió, le envió amigos comunes que le demostraron la inutilidad de sus esfuerzos, las dificultades insuperables con que iba á encontrarse, y el peligro á que esponia su vida, añadiendo que si desenvainaba la espada contra su soberano no tenia que esperar gracia ni perdon. Esclavo de un punto de honor mal entendido, Montmorency desoyó estos avisos, y permaneció fiel á los criminales empeños que habia contraido: conocia, sin embargo, que caminaba hácia su ruina; pero ya no le era dado detenerse, y sus cómplices aceleraron su caida.

Los emisarios de Gaston habian formado un pequeño ejército por la parte de Tréveris, compuesto de desertores alemanes, liejeses y napolitanos, escoria del ejército español, casi todos ladrones bandidos á quienes solo la esperanza de saquear traia á las armas. Entraron en Francia precedidos de una mala reputacion, que no dispuso á los pueblos á recibirlos bien: quizá el duque de Orleans los hubiera disciplinado si hubiera podido incorporarlos con las tropas del duque de Lorena; pero como ya hemos dicho, este habia sido prevenido por la diligencia del rey y obligado á deponer las armas. El príncipe entró en Francia por el Bassigny, y no habiendo sido recibido sino en puntos indefensos, pasó á la Borgoña que no le acogió mejor. Al acercarse su ejército, los habitantes del campo huian á las ciudades, llevando por delante el ganado y á cuestas los muebles y víveres que podian.

Tal abandono no era muy agradable á un ejército que marchaba sin provisiones ni almacenes. No teniendo pan los soldados, se

separaban á buscarlo y eran asesinados por los paisanos emboscados en los matorrales y en los montes. Esta tropa atravesó precipitadamente varias provincias, siempre perseguida de cerca, y no encontró reposo sino en la Auvernia, estendiéndose por las hermosas llanuras de la Limaña, cuyos campos cubiertos de trigo dorado pronto á caer bajo la hoz, fueron devastados en muy pocos dias. El duque de Orleans se detuvo en el ducado de Montpensier, donde creyó encontrar muchos caballeros y gentiles-hombres dispuestos á seguir su bandera, pero nadie se presentó: esta detencion permitió á las tropas reales que siempre le habian flanqueado, cercarle con mas estrechez; tuvo miedo de ser atacado, y á pesar de las observaciones del duque de Montmorency que manifestaba no estar todavía preparado, Gaston se arrojó al Languedoc.

Esperábanle allí dos ejércitos que á las órdenes de los mariscales de La Force y de Schomberg penetraron en la provincia tan pronto como la corte estuvo segura de la defeccion del gobernador. Aturdido este, por decirlo así, por la multitud de negocios que le rodeaban, tomó tan mal sus medidas que dejó en Paris en su casa seiscientas mil libras de que el rey se apoderó. Tambien le faltó el recurso de los estados de provincia que contaba hacerlos declarar en su favor, porque los miembros sospechosos al gobierno fueron presos y vigilados tan de cerca que no pudieron ayudarle. Los españoles á pesar de sus promesas no le enviaron ni tropas ni dinero; en fin, al primer ensayo que quiso hacer de las tropas del príncipe atacando el castillo de Beaucaire, vió perfectamente por la necesidad que tuvo de levantar el sitio, que no tenia que contar ni con la bizarria de los soldados ni con la habilidad de los capitanes. Los ejércitos del rey por el contrario prosperaban en todas partes; á medida que avanzaban, cada persona que encontraban con las armas en la mano, sea cual fuere su merito ó su nacimiento, pagaba la rebelion con la cabeza. ¡Horroroso presagio para Montmorency!

La posicion de este era de las mas críticas: aunque muy amado en su gobierno, no podia contar con ninguna ciudad, porque todas estaban sujetas por las tropas del rey, que llenaban la provincia: así la inclinacion cedia al temor. El duque, que conocia estas disposiciones, hubiera querido empeñar una accion y dar un golpe ruidoso que reanimase la confianza de sus partidarios. Los sitios no le presentaban desenlaces bastante brillantes. «Cuando hayamos batido á Schomberg, decia él, no nos faltarán ciudades; y si la fortuna nos vuelve la espalda, será preciso ir á Bruselas á hacer la corte.» ¡Feliz si hubiera encontrado este recurso! pero su imprudencia no supo procurárselo.

El mariscal de Schomberg avanzaba hácia Gaston con la circunspeccion de un hombre muy embarazado sobre la conducta que debe observar. Encargado del mando de un ejército contra el heredero presunto de la corona, hubiera deseado que se le hubiesen prescrito los pasos que debia dar, y saber de antemano si debia atacar ó retirarse: pero á todas estas preguntas el rey solo contestaba que se tuviese mucho miramiento con su hermano. ¿Y cómo tenerlo en una batalla? Por eso el mariscal lo intentaba todo antes de verse obligado á empeñar la accion. Viéndose ya en el instante de ser forzado á ella cerca de Castelnaudary porque el príncipe, estrechado al otro flanco por el duque de La Force, no podia avanzar ni retroceder, Schomberg envió al señor Cavoye á proponer negociaciones. Fuera por fanfarronada ó por desesperacion, Montmorency respondió: «Se parlamentará despues de la batalla.»

No tenia consigo sino la mitad de su pequeño ejército; la otra mitad, á las ordenes del duque de Elbeuf Cárlos de Lorena, esposo de una hermana natural del rey, hostigaba al cuerpo del duque de La Force. Con este debil resto Montmorency se determina á combatir y quiere ir en persona á reconocer al enemigo. En vano el duque de Orleans, desconfiando del temerario ardor de su general, quiere detenerle: solo obtiene de esta cabeza acalorada la palabra de honor de que no empeñará la accion hasta que se haya celebrado el consejo de guerra: el principe rodea al duque de personas que le recuerden su promesa caso necesario; pero como si hubiera jurado perderse, Montmorency á la cabeza de quinientos caballos, tan pronto como vé las avanzadas enemigas, pica derecho á ellas sin considerar el número: cae en medio de un escuadron, sufre la descarga de un batallon emboscado; sin embargo, avanza siempre sin echar de ver que apenas le sigue nadie, y bien pronto es desmontado, herido y hecho prisionero. Antonio de Borbon, conde de Moret, hijo de Enrique IV y de Jacoba de Beuil, habiéndose empeñado con la mayor temeridad, fué muerto con algunos jóvenes señores de su séquito. He aquí toda la pérdida de esta batalla, que no costó un solo soldado al cuerpo de ejército del duque de Orleans, porque al primer rumor de la prision de Montmorency se desbandó casi por entero. Ni Gaston ni los capitanes que le rodeaban tuvieron la suficiente presencia de alma para reunir algunos valientes y correr á rescatar al prisionero; con facilidad hubieran podido conseguirlo, porque los vencedores que se lo llevaban contra su propia voluntad, marchaban muy lentamente y tardaron mucho tiempo en incorporarse al grueso del ejército.

Si un principe de Francia tuviese la tentacion de hacer la guerra al rey, la situacion en que se vió reducido el duque de Orleans y las amargas reflexiones que le arrancó, pueden servir de buena leccion. Despues de esta funesta escaramuza se retiró á Beziers; allí, colocado en un estado tan diferente de su antiguo esplendor, sin crédito, sin dinero ni poder, temiendo por su libertad y por la vida de un amigo que se habia sacrificado tan generosamente, echándose á sí mismo en cara la muerte de otros muchos que habian caido bajo el hierro de los verdugos, comparando en fin su miseria y su humillacion con la tranquilidad y los honores que disfrutaba cuando era fiel á su hermano, no pudo menos de hacer sentir su indignacion á los que le habian dado tan malos consejos; los arrojaba de su presencia maldiciendo el dia y la hora en que habia tenido la debilidad de escucharles: culpaba al uno de haberle inspirado falsas esperanzas; al otro de haberle aterrado con temores infundados; á todos en fin por haber abusado de su inesperiencia.

Abatido como estaba, no tuvieron gran dificultad los ministros del rey enviados para reducirle, en imponerle las condiciones que quisieron. Sus confidentes, que en breve le desarmaron de su cólera contra ellos, facilitaron el tratado por su interés propio. Indican los historiadores que la desgracia de Montmorency no les afectó gran cosa, porque estaban recelosos de la autoridad que iba adquiriendo y de la confianza que el principe le dispensaba. La corte penetró estas disposiciones y sabiendo que Gaston no obraba sino por inspiraciones de sus favoritos, todo lo concedió á los que le rodeaban, y nada á los que la suerte de las armas habia hecho prisioneros. Se le vendió como una gran fineza el permiso dado á sus tropas de desbandarse y salir del reino en pequeños pelotones, habiendo podido hacerlas pedazos; la complacencia con que se dignaban concederle una sombra de libertad en Beziers, donde las tropas del rey podian apoderarse de él sin disparar un tiro; en fin, la indulgencia de permitir que conservase cerca de sí á Puylaurens y su casa; mas cuando él quiso hablar de perdon para el prisionero se le significó que su obstinacion sobre este punto podia agriar al rey, muy mal dispuesto ya contra él; que si pretendia imponer condiciones se esponia á no obtener nada; que en fin, era preciso dejar algo á la voluntad y clemencia del rey. Así, sin asegurar nada de positivo, se le dejaron concebir esperanzas que sus confidentes, ganados ya por la corte, le hicieron ver como cosa segura, y satisfecho con estas promesas vagas salió para Tours, donde se habia fijado su residencia, haciendo este viage por decirlo así con la alegría de un niño que evita el castigo merecido, y que libre del peligro olvida completamente cuanto ha pasado. En tanto que atravesaba una parte de la Francia rodeado de un regimiento de caballería, sin honores, sin recepciones ni cumplimientos en las ciudades por donde pasaba, sus soldados escarnecidos, befados y despojados, ganaron la frontera mendigando el pan. Sus partidarios consternados guardaron silencio sombrío, y Luis recorria el Languedoc á la cabeza de sus ejércitos, precedido del terror que inspiraba su severidad. El 22 de octubre llegó á Tolosa con este imponente aparato, y el 25 dió un decreto derogando los derechos del prisionero como duque y par, y mandando al Parlamento que encausase á Montmorency. El guardasellos Chateauneuf, que habia sido page del condestable, padre del duque, presidia el tribunal y Montmorency no le recusó; el 27 fué conducido ante los jueces é interrogado el mismo dia.

No hay ejemplo mas instructivo para todos los estados que la muerte de un grande que sabe hermanar la humildad cristiana con la nobleza de sus sentimientos, y que se presenta en el suplicio sin bajeza ni arrogancia: así acabó el duque de Montmorency. Su proceso no fué muy largo, porque no quiso altercar sobre su vida: desde la primera respuesta se confesó culpable; y sin descender á súplicas que creia inútiles, cuando se le preguntó «si reconocia su falta, si se arrepentia de ella y si estaba dispuesto á pedir perdon á Dios y al rey» respondió simplemente: «Si el rey me perdona le serviré mejor que nunca, y no lo deseo sino para emplear el resto de mis dias y de mi sangre en su servicio, y para reparar las faltas que reconozco haber cometido.»

Esta tranquilidad, esta moderacion, señales de un alma grande, no se desmintieron nunca; conversó con sus amigos, escribió á su mujer, arregló algunos negocios, y en todas sus acciones no pareció nunca ni turbado ni abatido: se reservó toda su sensibilidad para deplorar las faltas que habia cometido contra Dios, y su arrepentimiento igualó á su confianza. El 29 por la tarde el ejército entró en Tolosa. Esta ciudad se llenó de tropas que afligidas como el pueblo, parecian ejecutar contra su voluntad las órdenes recibidas para prevenir toda especie de movimiento. Estas precauciones no impidieron que los habitantes se entregasen abiertamente á su dolor: viéronse algunos que corrian como insensatos las calles y que gritaban con tono de desesperacion: «Que se nos tomen todos

nuestros bienes, que se nos mate á nosotros mismos, pero que se le conserve á él la vida.» Otros, no atreviéndose á vituperar al rey ni á su ministro, se desataban contra el tribunal: «Sin embargo, dice Siri, no hay jueces que no le hubieran condenado, ni rey que no le hubiese perdonado.»

Preténdese que Luis estaba dispuesto á ello; pero su ministro insistió tan frecuentemente en el consejo sobre la necesidad de un escarmiento que importaba á la tranquilidad del Estado y sobre los inconvenientes de la indulgencia, que el rey se hizo un deber en ser inflexible. En vano el pueblo debajo de sus ventanas y los cortesanos en derredor suyo, de rodillas y anegados en lágrimas, imploraban perdon para un héroe que hubiera reparado sus faltas: el rey permaneció inmutable: en vano la princesa de Condé, hermana del prisionero, trató de arrojarse á sus pies; para permanecer inexorable Luis se hizo inaccesible, y el cardenal por su parte se negó á prestarse á todo paso cerca del monarca, diciendo siempre que sería inútil. Se perdonó á la familia la confiscacion de sus bienes pronunciada por el Parlamento y se permitieron algunas circunstancias que debieron endulzar la ejecucion de la sentencia; pero la piedad de Montmorency le impidió de aprovecharse de esta última gracia.

Los pormenores de su edificante muerte están consignados en una relacion que entonces se publicó: allí se ve que no quiso usar del permiso que se le habia concedido de no marchar al suplicio con las manos atadas: «Un gran pecador como yo, dijo, no puede morir con sobrada ignominia.» El mismo se despojó de sus soberbios vestidos, que hubiera podido conservar si tal hubiera sido su voluntad. «Me atreveré, dijo, siendo un criminal, á marchar á la muerte con vanidad, cuando mi Salvador inocente muere desnudo en la cruz?» Todas las acciones de su último dia fueron, como esta, marcadas con el sello del cristianismo. Tenia tanta confianza que mas bien parecia desear la muerte que temerla: ni una sola queja se escapó á sus labios sobre su trage y prematuro fin: se adelantó hácia el cadalso con firmeza, colocó la cabeza sobre el tajo y dijo al verdugo en alta voz: «Hiere con valor,» y recibió el golpe encomendando su alma á Dios. Solo tenia treinta y ocho años de edad: en él concluyó la rama menor de la casa de Montmorency, tan fecunda en héroes. Su mujer, jóven aun, fué á encerrarse en un convento de religiosas de Moulins, donde hizo erigir un magnífico mausoleo á su esposo, cuya desgracia habia ella causado en gran parte; no cesó de llorar hasta el dia de su muerte, que no vino á terminar tantos pesares hasta una edad muy avanzada.

Parece que todo hubiera debido concluir con el castigo de un gefe tan ilustre, pero el consejo del rey no se limitó á esto: persiguió á cuantos sospechaba haber tenido parte en la rebelion: grande era el número de estos, y pertenecian á todos los estados, y así habia obispos, guerreros y magistrados: los primeros, á peticion formal de Richelieu, fueron juzgados por una delegacion de comisarios nombrados por el Papa, delegacion contra la cual protestó despues el clero de Francia en 1650. Un solo obispo, el de Alby, fué destituido y relegado á un monasterio: otros cómplices perdieron su cabeza en el cadalso. Entre los que quedaron con vida, los unos fueron desterrados ó encerrados, los otros privados de sus dignidades y confinados en sus casas, donde hicieron la vida mas oscura; se duda si esta severidad estendida á tanta gente no hizo mas mal que bien. Si estos castigos no hubieran persuadido á un gran número de que el cardenal era incapaz de indulgencia, algunos quizá se hubiesen esforzado en borrar por medio de una conducta mejor el recuerdo de su rebelion: pero creyendo que nada se ganaria corrigiéndose, cada cual guardó su odio y aplazó la venganza para tiempos favorables. El rigor de Richelieu agrió los resentimientos y sirvió de pretesto á la nueva evasion del duque de Orleans.

Cuando llegó al lugar designado para su residencia, aquellos mismos que no habian temido deshonrarle sufriendo que abandonase al duque de Montmorency, fueron los primeros en escitarle á vengar su muerte: «Creyó, dice el presidente Henault, ceder al resentimiento que abrigaba, siendo así que no cedia sino á los consejos de Puylaurens.» Estos consejos no eran dictados por el deseo de restablecer el honor del amo, sino por el interés particular de los favoritos: no pudiendo estos ver la severidad que se desplegaba con sus cómplices, sin abrigar recelo respecto á sí mismos, no encontraron mejor salvaguardia contra el castigo que la fuga. Partieron el 6 de noviembre: su evasion no hizo grande efecto en Francia, pues los ánimos estaban suspensos con motivo de una enfermedad muy peligrosa que habia atacado al cardenal. El guardasellos Chateauneuf tuvo la imprudencia de regocijarse, de mostrar á las claras su deseo de remplazarle en el ministerio, y hasta el atrevimiento de ir á trabajar allí. Este proyecto se formó entre personas que Richelieu moribundo creia ocupadas mas bien en llorarle que en repartirse sus despojos.

La compañía ordinaria del cardenal era una sociedad de jóvenes complacientes, de mujeres amables con las cuales iba á frecuentemente á distraerse de los trabajos del ministerio. Su asidua asistencia á un círculo tan poco apropósito para su gravedad, ha hecho sospechar que el cardenal fuese atraido á él por su inclinacion hácia la señora de Chevreuse. Esta señora no le queria, pero el ser preferida halagaba su vanidad, y le correspondia en público con ciertas atenciones de que se desquitaba en particular con sus confidentes: Richelieu era su juguete sin saberlo. La jóven reina, ligada con estas personas, celebraba mucho todo lo que podia ridiculizar al cardenal á quien detestaba: ella fué quien alcanzó el consentimiento de Richelieu al regreso de la duquesa despues de sus aventuras con Buckingham y Montaigu: el maligno público notó que el ministro, inexorable para con los demas, no se hizo rogar demasiado en esta ocasion. Antes se habia observado que en las informaciones contra Chalais se habian deslizado preguntas que revelaban el rival irritado; y que esta señora, culpable al menos por sus consejos, no habia sido castigada sino con un retiro bastante suave en sus tierras: las mismas observaciones tuvieron lugar durante la convalecencia del cardenal. Pero entonces despertó el leon: demasiado instruido de lo que se habia hecho durante su enfermedad, desterró, prendió y proscribió: la señora de Chevreuse huyó á España; Chateauneuf privado de los sellos, que se confiaron á Pedro Seguier, fué á pasar muy tristes dias al castillo de Angulema, donde el ministro le tuvo preso por todo el resto de su vida; pero el peor tratado no fué el ambicioso sino el hombre amable, el caballero de Jars, de la casa de Rochechouart, quien podia ser tildado de agradar á la duquesa mas que el hombre de sotana. Fué preso en invierno y encerrado en los calabozos de la Bastilla, donde permaneció once meses, hasta que sus vestidos se pudrieron encima de él: en seguida fué conducido á Troyes, donde se creó una cámara compuesta del presidial de la ciudad y algunos jueces vecinos presididos por el señor de La Feymas, intendente de Champaña.

Si se da crédito á las memorias de La Porte, aquel hombre llamado *el verdugo del cardenal*, era uno de los esclavos de la fortuna, que no conocen mas derecho que la voluntad de su amo. Indiferente sobre los medios de llenar las intenciones del ministro, á todo se rebajaba para servirle. ¿Se trataba de arrancar una confesion á un acusado? empleaba las promesas, las amenazas, las mentiras, las preguntas cautelosas: si la destreza no bastaba, este traidor echaba mano de los ruegos y de las lágrimas: enternecíase con la suerte del desgraciado, le abrazaba afectuosamente, le conjuraba á que no se perdiese obstinándose en callar. Despues volviendo á tomar el esterior del juez inexorable, presentaba los instrumentos de la tortura, los hacia tocar al preso, esplicaba su uso y dolorosos efectos; y no se avergonzaba de invocar el testimonio del verdugo, de cuyo odioso ministerio participaba tambien.

He aquí el hombre á quien fué entregado el comendador de Jars. Sufrió ochenta interrogatorios, sin que dejase traslucir nada de donde se pudiese sacar cargos contra él ó sus amigos: hubiérase querido encontrar correspondencia con España ó con los emigrados de Bruselas. Las preguntas giraron principalmente sobre el comercio que la jóven reina podia mantener con su familia; se le preguntaba si ella habia dirigido cartas á Madrid ó á otra parte, lo que contenian, si se trataba en ellas de los negocios del Estado, del rey, del ministro. Se pretende que Richelieu deseaba con ardor cogerla en falta en esta materia, á fin de hacerla sospechosa y de que ella tuviese necesidad de él para reconciliarse con su marido. ¡Chocante manera de contraer méritos para con las personas que se quiere cautivar! Pero toda la insidiosa maña de La Feymas, toda su fatal habilidad en el arte de hacer criminales, se estrelló contra la firmeza y presencia de ánimo del comendador: desafiaba á su juez y le arrojaba al rostro sus mentiras, sus engaños artificiosos, que llamaba rasgos de cobardía.

No habiendo podido el presidente rehusarse á las instancias del prisionero que solicitaba oir misa el dia de todos los Santos, le hizo conducir bien escoltado á la iglesia de los dominicos de Troyes, adonde él mismo asistió. El comendador que habia formado su plan, acecha á La Feymas, y en el momento en que volvia de comulgar, con la vista baja y el aire contrito, se lanza á través de los guardias, coge al intendente por la garganta, y sacudiéndole fuertemente le grita: «He aquí, malvado, hé aquí el momento de confesar la verdad: puesto que tienes á Dios en los labios, reconoce mi inocencia y tu injusticia en perseguirme: ya que aparentas ser cristiano, es preciso que hagas aquí una accion de tal; sino te recuso y al efecto tomo por testigos á todos los presentes.» La iglesia estaba llena de gente; cada cual se precipita hácia el altar mayor para ser testigo de esta escena violenta. En vano los guardias quieren separarlos, el comendador se sostiene firme; y aunque La Feymas era muy temido, los murmullos de la concurrencia rebelan que ni uno solo de los circunstantes estaba en su favor. Otro cualquiera hubiese cedido á las circunstancias y se hubiera recusado; mas él sin desconcertarse, responde al comendador en tono suave: «No os inquieteis, señor; os aseguro que el cardenal os quiere mucho; ireis á Italia,

pero permitid que antes se os enseñen unas esquelas de vuestra letra, las que demuestran que sois mas culpable de lo que decís.» Semejante insinuacion no era para tranquilizarle: Richelieu segun la señora de Motteville decia: «que con dos líneas escritas de la mano de un hombre se podia hacer un proceso al mas inocente; porque ajustando bien las cosas, se encontraba allí fácilmente lo que se queria.» Así, cuando el comendador oyó hablar de escritos, se creyó perdido, aunque procuró armarse de nuevo valor.



El príncipe Gaston y unos nobles se presentan á Richelieu.

Despues de muchas tentativas inútiles para arrancarle las declaraciones deseadas, los jueces, á quienes se aseguró que la medida que de ellos esperaba no era mas que un ardid para obtener dichas revelaciones, le condenaron á ser decapitado en la plaza del mercado de Troyes. Se le prometió entonces el perdon y en seguida se le llevó al tormento; pero ni temores ni esperanzas fueron capaces de hacerle romper el silencio. Fué conducido al suplicio, subido al cadalso y entregado al ejecutor de la justicia que le ató las manos y le vendó los ojos: cuando ya no esperaba mas que el golpe mortal, se le trajo el perdon. La Feymas quiso aprovecharse de este momento para hacerle hablar: «Ahora que esperimentais la bondad del rey, le dijo en tono afectuoso, confesad lo que sabeis de las intrigas de Chateauneuf.—Quereis, respondió el comendador, aprovecharos de mi aturdimiento para hacerme hablar contra mis amigos; pero sabed que todas vuestras caricias no obtendrán lo que el temor no ha podido arrancarme.» De allí fué vuelto á su prision, donde permaneció algunos años, habiéndosele dado despues permiso para viajar. No le quedó pues al cardenal, sino la vergüenza de una maniobra indigna de la magestad del trono, y que puede ser calificada de un espantoso abuso de autoridad. La conducta de los jueces fué muy inicua y reprensible, porque aunque se diga por salvar su honor que La Feymas les enseñó antes del juicio el perdon del acusado, arriesgaron honor y conciencia, esponiendo á la muerte á un inocente bajo una garantía que podia ser revocada. Así el comendador decia que no debia la vida sino á la justicia del cardenal, porque si este lo hubiera exigido, los muy cobardes le hubieran hecho morir.

Sin embargo, el matrimonio del duque de Orleans era ya público: el rey lo hizo declarar nulo por el Parlamento, y siguiendo el parecer de Richelieu se dirigió á la Lorena á la cabeza de un ejército, para castigar al duque por su connivencia con Gaston, y por su mala fe en el tratado de Liverdun. En efecto, el duque procuraba fraudulentamente soldados al emperador y al rey de España, con el licenciamiento ficticio de una parte de sus tropas, ó con la desercion favorecida de las que él se habia obligado á poner á disposicion de la Francia. Sin embargo, cuando vió que le atacaban con vigor, y que el ducado de Bar estaba ya invadido, envió á Pont-a-Mousson para que negociase, á su hermano el cardenal de Lorena. Ofrecia poner á su hermana en manos del rey, y entregarle ademas por cierto tiempo y como prenda de fidelidad, algunas plazas del ducado; pero no ofrecia á Nancy, cuyo depósito reclamaba el rey; y negándose Cárlos á consentir en ello, se comenzó el ataque de esta ciudad, donde estaba encerrada la duquesa de Orleans. Las negociaciones empero no fueron interrumpidas, y Richelieu se prestaba á ellas con tanto mas gusto cuanto que por la proximidad del otoño temia mal éxito en el sitio. El cardenal de Lorena con ocasion de estas disposiciones pacíficas, empezó por procurar la evasion de Margarita: obligado como estaba á ir sin cesar al campo del rey, habia obtenido un pase para él y la gente de su comitiva: la princesa vestida de hombre se aprovechó de esta coyuntura y salió en el carruage del cardenal: un buen caballo y guias seguros la condujeron en un dia á Thionville, y poco despues se reunió con su marido en Bruselas.

El descontento que esta noticia produjo al rey, hizo romper por de pronto todas las conferencias; pero el interés y el deseo de entrar al menos en posesion de la plaza, las reanudaron de nuevo. El duque Cárlos acantonado en las montañas de los Vosgos, autorizó á su hermano para ceder la nueva ciudad, recomendándole que echase mano de todas las lentitudes posibles, por cuanto esperaba un ejército español que salia de Italia: el rey desechó el ofrecimiento, queriendo absolutamente obtener la vieja y la nueva ciudad. El cardenal enteró de esta circunstancia á su hermano, quien el 6 de setiembre accedió por fin á las proposiciones que se le habian hecho: consentia en renunciar á su alianza con la casa de Austria, en servir al rey entregándole su hermana hasta la decision del Papa sobre la validez del matrimonio, y en abrir las puertas de la capital en el término de tres dias. Mas no proponiéndose sino ganar tiempo, estaba de antemano decidido á no ejecutar ninguna de estas condiciones y habia prevenido al gobernador de Nancy que no se rindiese la plaza hasta una nueva órden que iria marcada con cierta señal convenida. Así pasado el término de tres dias, la plaza no abrió las puertas y fué preciso recurrir al arriesgado espediente de un sitio en regla, no sin una inquietud violenta por parte del cardenal.

Sin embargo no desistia este de su primer plan, y envió nuevos diputados al cardenal de Lorena para esponerle que á pesar de la justa indignacion del rey, todavía habia medios de acomodamiento; le invitó á conferenciar de nuevo con su hermano, y aun obtuvo la seguridad de que él mismo se avistaria con el duque. Efectivamente, esta entrevista tuvo lugar en Charmes. Richelieu insistió sobre el depósito de Nancy hasta el término de la guerra de Alemania, ó hasta la conciliacion de las diferencias existentes entre el rey y él; ofreciéndole por lo demas, que continuaria allí su residencia y que la ciudad le seria devuelta tan pronto como pusiese á su hermana en manos del monarca. Aunque el duque estaba muy apurado por la falta de los socorros españoles que no llegaban nunca, se negó á admitir estas condiciones que le parecieron intolerables; y ya se proponia volver á sus montañas, cuando Richelieu que empezaba á perder las esperanzas de apoderarse de la ciudad sitiada, sino la obtenia amistosamente, y si por consecuencia se retiraba el duque sin concluir nada, afectó quejarse amargamente de la estrechez de sus poderes que no le permitian conceder mas, é hizo entrever al mismo tiempo al duque la posibilidad de obtener mejores condiciones de parte del rey, si queria dar por sí mismo una muestra de confianza, yendo personalmente á conferencia con el monarca. Por segunda vez cayó el duque en este grosero lazo: se dirigió al cuartel de Luis, donde fué perfectamente acogido; mas cuando por la noche quiso despedirse para regresar á Nancy, no tardó en conocer por las instancias mismas que se le hicieron para que quedase, que estaba verdaderamente prisionero. Para salir de este mal paso fué forzoso conformarse con la voluntad del ministro, y Nancy abrió sus puertas el 24 de setiembre: aunque el duque tenia derecho á permanecer en ella, prefirió ir á vivir á Mirecourt; y cuatro meses despues, por no verse obligado á la ejecucion de un tratado que le avergonzaba tanto como le indignaba, abdicó en favor del cardenal Nicolás Francisco su hermano, quien dejó en el momento el capelo, y sin esperar la dispensa del Papa se casó con la princesa

Claudia, hermana de la duquesa Nicole. Al cabo de dos meses, viéndose prisionero en sus estados, se fugó de Nancy con su mujer el 1.° de abril, saliendo los dos disfrazados con cuévanos en las espaldas: así burlaron la vigilancia de las guardias, y el mismo dia entraron en el Franco Condado, de donde pasaron à Italia, dejando sus estados á merced de Francia.

Mientras el ejército estaba todavía delante de Nancy, el cardenal, que algun tiempo antes habia negado á la reina madre, enferma á la sazon en Gante, su médico Vautier, detenido en la Bastilla, hizo condenar á la última pena á Juan Alfeston y Blas Buffet, criados de María, acusados y convictos de haber venido á Francia con el fin de asesinarle; y para difamarla por completo hizo que se condugesen de nuevo á Bruselas los caballos de la caballeriza de la reina, en que dichos criados habian venido á Lorena. Muchos franceses refugiados en Flandes fueron comprendidos en esta sentencia, especialmente el padre Chanteloube, confesor de la reina, como autor é instigador del crimen. Estas hostilidades recíprocas no disponian gran cosa los ánimos á la reunion que María de Médicis empezaba á desear sinceramente; pero las disensiones que se sospechaba fomentadas por los emisarios de Richelieu, dividieron en Bruselas las cortes de la madre y del hijo. Cansado de estas divisiones y del estado precario en que vivia, hizo la princesa instancias para ser recibida en Francia: no pedia María como en otros tiempos su rango en la corte y una parte en el gobierno; se contentaba con habitar un castillo en la provincia que se le indicase, una cantidad alzada para pagar sus deudas, y una pension que se le quisiese señalar; y consentia humildemente en recibir estas mercedes de manos del ministro, y á quedarle agradecida. La España esperaba sacar ventajas de la residencia de la reina madre y del duque de Orleans en los estados de Bravante y este era tambien el temor del cardenal; pero deseaba mucho mas volver á traer á Francia á Gaston, heredero presunto de la corona, que á María, quien una vez sola no podia inspirar mucha inquietud. Es de creer que si el ministro dió oidos á las proposiciones de la reina, no fué tanto con la intencion de satisfacerla, como por escitar celos entre sus partidarios y los de Gaston, obligando así al príncipe á tratar separadamente sin hablar de su madre: la discordia que reinaba entre los enemigos del prelado le facilitó la ejecucion de este proyecto.



Los habitantes de los campos huyendo del ejército de Gaston.

Cuando el duque de Orleans se fugó de Francia despues de haber sacrificado á Montmorency, la reina madre le recibió como á un hijo que viene á tomar parte en sus desgracias, y que podia servirla de consuelo y de apoyo: vió María que su hijo deseaba que su matrimonio con la princesa Margarita fuese reconocido, y sin dificultad se prestó á sus deseos. La reina madre recibió á su lado á la jóven esposa escapada de Nancy por entre las tropas que la rodeaban, la trató como á su hija, aprobó el matrimonio de Gaston, y el arzobispo de Malinas, apoyado en una consulta de la universidad de Lovaina, lo ratificó, mientras que el Parlamento de Paris lo declaraba nulo, y la asamblea del clero de Francia consultada al año siguiente sobre la misma cuestion, y apoyándose no en las leyes, sino en las costumbres, pronunciaba tambien la nulidad. Se sospecha que la reina madre se declaró tan abiertamente en este negocio, no tanto por servir á su hijo, cuanto por causar desqecho al cardenal, quitándole la esperanza de casar á madama de Combalet su sobrina con el duque de Orleans, honor á que se dice que el tio nunca cesó de aspirar; mas si la reina sintió una satisfaccion íntima ocasionando una pena á su enemigo, fué bien castigada por los obstáculos que su enemigo opuso á su regreso á Francia.



El cardenal de Richelieu y la duquesa de Chevreuse.

El orgullo de Luis XIII se resintió en gran manera de la altanería con que su madre provocaba su descontento, aprobando con afectacion un matrimonio que sabia le desagradaba. Esta disposicion

le impedia conocer cuán duras eran las condiciones que su consejo presidido por el cardenal, imponia al llamamiento de la reina. Se la pedia que separase de su lado y no permitiese volver á Francia al abate Fabroni el adivino, al abad de San German autor de multitud de libelos, al padre Chanteloube, enemigo declarado de Richelieu, y por último á la dama Fargis, considerada como el alma de todas estas intrigas. La reina contestó que su honor no la permitia abandonar á servidores fieles que se habian sacrificado en servicio suyo: que retirados con ella en cualquiera rincon de provincia, serian incapaces de turbar el órden del Estado ni de hacer sombra á nadie, y que por otra parte ella se obligaba á contenerlos siempre en los límites de la obediencia y de la sumision. El consejo de Francia no se contentó con estas promesas, y declaró que sin los requisitos impuestos por él no habia acomodamiento posible. Sin duda el ministro se lisonjeó con la idea de que jamás la reina madre aceptaria esta condicion; pero se encontró un medio de evadirla: las personas marcadas declararon que para asegurar la tranquilidad de su señora, estaban prontas á retirarse por sí mismas y á ir á vivir en paises estrangeros. A esta proposicion el cardenal finge gran regocijo, mucha satisfaccion, porque puede esperar que la buena inteligencia entre la madre y el hijo se restablezca por fin. Pero dice que es preciso no hacer las cosas á medias; habiendo estas personas sido culpables de calumnia á través de complicidad en proyectos homicidas, de falsos horóscopos y de predicciones que han mortificado al rey, la reina no daria á su hijo verdaderas pruebas de ternura y al reino y al universo el ejemplo que reclamaban las circunstancias, si no permitiese fuesen castigados estos culpables que han abusado de la confianza; que ella no podia prescindir de abandonarlos á la justicia del rey. María se rebeló contra una condicion tan irritante, y Richelieu se admiró de que la encontrara estraordinaria; mantúvose este firme contra ella, y al mismo tiempo para separar á Gaston de su madre acompañó las proposiciones que dirigió al príncipe con todas las modificaciones que podia hacerlas aceptables.

Bien sabia Richelieu que el duque de Orleans no se conducia sino por inspiracion de sus favoritos, entre los cuales Puylaurens ocupaba siempre el primer rango: el ministro le busca, le lisonjea, le hace ofrecer la mano de una de sus primas, un ducado y otras ventajas. Puylaurens se deja fascinar por las promesas seductoras del cardenal, renuncia á casarse con la hermana de Margarita, la princesa de Phalsburgo, que libre por la muerte de su marido se habia escapado de Nancy por entre las tropas francesas y le ofrecia su mano. Entregado completamente al hábil ministro, persuade á su amo á que acepte los ofrecimientos que se le dirigen, y le hace conocer que si su madre quiere perderse negándose á abandonar sus gentes, el príncipe no está obligado para halagar su obstinacion á renunciar á las gracias de toda especie que el favor de su hermano le prepara en Francia. Los españoles por su parte que sospechaban que el duque de Orleans iba á escapárseles de las manos, le obligaron de nuevo por medio de un tratado: Gaston accedió á fin de no dejar traslucir sus intenciones, pero lo puso en conocimiento del rey. No logró Puylaurens con la misma facilidad ocultar á los refugiados de la corte de la reina su comercio con el ministro; hubo indiferencia, resentimientos y pullas: hubo insultos, carteles y desafios. La madre se revistió de autoridad para con su hijo; este no quiso dejarse gobernar, y escenas muy graves tuvieron lugar entre ambos personages; en fin, poco faltó para que Puylaurens terminase sus dias de una manera trágica en Bruselas, víctima de la política y de los celos. Al subir la grande escalera del palacio, un tiro de carabina viene á herir dos personas á su lado, raspándole á él en la mejilla: el asesino huye dejando su casaca que era de la librea del duque de Elbeuf. En consecuencia, las primeras sospechas recayeron sobre el duque, conocido generalmente como enemigo personal de Puylaurens: pero pronto se advirtió la afectacion con que la casaca habia sido olvidada, y entonces las congeturas giraron sobre diferentes personas; sobre la princesa de Phalsburgo que tenia que vengar su amor desdeñado, y sobre el padre Chanteluobe el mas declarado de todos los confidentes de la reina madre contra el acomodamiento del duque de Orleans. En él se fijó el príncipe; y cuando hablaba de esta aventura no la llamaba mas que la Chanteulobada. Tambien Richelieu tuvo su parte de sospechas; pero lejos de tener interés en deshacerse de Puylaurens, el cardenal debia por el contrario desear conservarle, puesto que de él esperaba el buen éxito de sus negociaciones con Gaston.

Muy á su gusto llegaron estas á término. La reina madre, fija siempre en su resolucion de no entregar sus confidentes á una muerte cierta, privada por otra parte del apoyo de su hijo que le habria dado esperanzas en tanto que hubieran hecho causa comun, se encontró sin la menor esperanza de acomodamiento. Gaston salió furtivamente de Bruselas; tenia miedo á los españoles, quienes sin violar el derecho de hospitalidad hubieran podido detenerle, como infractor del tratado concluido con ellos. Tampoco dió noticia de su fuga á su mujer, que dejó recomendada á la reina madre por medio de una carta, y dos dias mas tarde llegó á la corte, donde fué recibido por su hermano como si volviese de un viage de recreo. Contentísimo el cardenal de haber arrebatado á los enemigos de Francia el heredero presunto de la corona, le dió fiestas magníficas; notóse que el prelado atento siempre á sus intereses, aprovechó la confianza que produce el placer para arrancar á Gaston sus secretos. En seguida comenzó á tantearle sobre su proyecto de matrimonio: envió de emisarios á Bouthillier, secretario de Estado, dos doctores de la Sorbona, tres jesuitas, el general del oratorio, el padre José, y Mazarino, nuncio del Papa. Quisieron estos persuadirle que su matrimonio era nulo, mas sostuvo su validez con una firmeza de carácter poco ordinaria en él: esta resistencia desagradó á Richelieu, quien difirió algun tiempo el cumplimiento de las promesas hechas á Puylaurens, persuadido de que era este quien le entorpecia inspirando este vigor á su amo; pero al fin el ministro creyó llegado el caso de colmar de gracias al favorito para ver si podia llenar su objeto. En consecuencia calculóse el valor del ducado prometido, realizóse su compra, y se llevó á cabo el matrimonio con la señorita de Pont-Chateau, prima del cardenal; y Puylaurens se vió de repente poseedor de seiscientos mil escudos de renta, duque y par, y pariente cercano de Richelieu.

Este floreciente estado duró apenas dos meses, y fué seguido del revés mas abrumador. Gaston se habia retirado á Blois, donde hacia una vida retirada, concentrada entre algunos confidentes íntimos que no dejaban transpirar nada ni de sus ocupaciones ni de sus diversiones; esta especie de misterio alarmó mucho á Richelieu, quien hizo cuantos esfuerzos pudo para obligar á Puylaurens á que le revelase lo que pasaba hasta ofrecerle gobiernos, el baston del mariscal de Francia y el mando de las armas. Tambien le advirtió y rogó que arrojase de su lado á Coudray-Montpensier y otros gentiles hombres, cuya residencia cerca del duque de Orleans desagradaba al cardenal. En fin, volvió á la carga para obtener del favorito que arrancase de su señor el consentimiento para la disolucion de su matrimonio. Puylaurens tardaba mucho, y mientras esperaba ganar tiempo pasaron por Blois unos españoles que habia conocido en Bruselas y que fueron recibidos como amigos: Richelieu aprovechó esta circunstancia para infundir sospechas en el ánimo del rey relativamente á las disposiciones de su hermano, haciéndole entender que estas relaciones de que Puylaurens era el alma, podian ser de la mayor consecuencia en el momento de un rompimiento que se meditaba. Estas observaciones parecieron justas, y la desgracia de Puylaurens fué decidida.

Era menester sacarlo de Blois, de donde se sabia que no saldria sin su amo. Se hicieron en la corte con ocasion del Carnaval grandes preparativos de fiestas, á las que el rey los convidó. Puylaurens sobre todo, bien formado y buen bailarin, debia de hacer el primer papel. Al llegar al Louvre el 1.° de febrero despues de medio dia para ensayar un baile, fué preso y conducido á Vincennes; varios amigos suyos sufrieron al mismo tiempo una suerte igual, y se les condujo á diferentes prisiones. El duque de Orleans se quedó aterrado con este golpe: por lo pronto no manifestó todo su resentimiento porque temia por sí mismo; se contentó con decir al rey que no pedia gracia para su favorito si era culpable, pero que le conjuraba que no se dejase prevenir; y despues de haber recomendado el prisionero á las bondades de su hermano, volvió á tomar triste el camino de Blois. Puylaurens no sobrevivió largo tiempo á su desgracia, y murió en el mes de julio de una enfermedad nacida del hastío de la prision. Gaston le lloró sinceramente: mientras vivió jamás quiso el príncipe oir hablar de recibir otro favorito de mano del cardenal, y mucho menos al cardenal mismo, que procuraba por medio de flexibilidad y destreza, insinuarse en la confianza del príncipe, á fin de gobernar al menor como gobernaba al mayor. A falta de este medio, Richelieu empleó otro que no fué mejor para Gaston, y fué el de componerle una casa: canciller, secretario, gentiles hombres, todos eran afectos al cardenal, de suerte que el duque de Orleans se encontraba como prisionero en medio de su gente. Asi, fiestas, placeres, alianzas, todo era bueno para el cardenal, cuando se trataba de atraer á los que él queria asegurar. Si no se valia de asechanzas, echaba mano de lazos que se convertian en pesadas cadenas, cuando sus obligados querian aflojar los nudos.

El duque de La Valette, viudo de Gabriela, hija natural de Enrique IV, se casó tambien con una señorita de Pont-Chateau, quien como su hermana tuvo que llorar las desgracias de su esposo, obligado mas adelante á emigrar á paises estrangeros. Es de notar que las atenciones que el ministro debia al cardenal de La Valette, su sincero amigo, no le impidieron el mortificar con estudio á sus hermanos y á su padre el duque de Epernon, el antiguo favorito tan poco acostumbrado á ceder. Era este gobernador de la Guyena y Sourdis, prelado guerrero, era arzobispo de Burdeos: dícese que esta eleccion fué espresamente hecha para causar sentimiento al gobernador. Pretensiones de poca monta suscitaron entre

ambos una miserable disputa que acabó en vias de hecho. Epernon, anciano impaciente y colérico, al hacer con el baston un ademan de desprecio, tiró al suelo el sombrero del arzobispo: este pretendió haber sido herido y escomulgó al gobernador. El gobernador reunió todos sus amigos en el consejo en que se debia ventilar el asunto: el rey se inclinaba en su favor contra el prelado, cuyas maneras por demas militares desagradaban al monarca; pero el ministro hizo valer con calor los cánones y leyes de la Iglesia en favor del arzobispo. Epernon salió mal del negocio, y recibió órden de ausentarse por algun tiempo de su gobierno y de someterse á las censuras: la escomunion no fué levantada sino cuando se resignó á escribir una carta de disculpa al arzobispo, y despues de haber oido con paciencia el sermon que este le echó antes de absolverle. De esta manera los mas grandes señores se acostumbraban á ceder ante la autoridad de las leyes, lo que no hubieran hecho en tiempo de la liga ni durante el débil gobierno de María de Médicis. Verdad es que castigando al gobernador por su violencia, el rey le dió al mismo tiempo un consuelo prohibiendo al arzobispo que se presentase en la corte. Esta desgracia desagradó á Richelieu, por cuanto exigiendo de sus protegidos el sacrificio de su voluntad, le gustaba indemnizarles con la aprobacion mas completa de sus acciones.

Un cuerpo entero, el que se dice mas libre de todos, el cuerpo de los literatos sufrió tambien la opresion del imperioso cardenal. Fundó este la academia francesa y la dotó de rentas y prerogativas que han asegurado su duracion; pero exigió de ella la crítica del *Cid*, tragedia de Corneille, autor muy poco cortesano que no le agradaba. Se sospecha que Richelieu compuso por sí mismo algunas piezas de teatro, ó al menos que tuvo gran parte en la tragi-comedia de *Mirame*, que apareció con el nombre de Desmarets. Fué muy mal recibida del público, y cuando el infeliz poeta se presentó al cardenal despues del fracaso de su pieza, el prelado le dijo como si tomase el mas vivo interés en el asunto. «¡Pues qué! ¿jamás tendrán gusto los franceses? ¡no están encantados del *Mirame*!»

Mas este deseo de ser el primero en todo, vituperable bajo cierto aspecto, es quizá la causa de las empresas útiles que ilustraron á la Francia bajo el ministerio de Richelieu. A su ardiente amar por toda especie de gloria, se debe sin duda el fomento que dió al comercio marítimo. No se creia que los franceses hubieran hasta entonces carecido del valor y de los talentos necesarios para largos viages; al contrario, es de notar que se adelantaron á las otras naciones europeas en la carrera de los descubrimientos. Desde 1417 en el reinado de Cárlos VI, Juan de Bethencourt, gentilhombre normando, habia fundado diversos establecimientos sobre las costas de Africa mas allá de las Canarias. La demencia del monarca, las guerras de Cárlos VII contra los ingleses, las de Luis XI contra sus vasallos y vecinos, las invasiones de Cárlos VIII y Luis XII en Italia, las desgracias de Francisco I, los furores de la liga, en fin todas las calamidades que afligieron á la Francia durante dos siglos sin interrupcion, impidieron al gobierno el secundar los esfuerzos de los particulares. Olvidáronse los descubrimientos, destruyéronse los establecimientos, quedando únicamente en ellos muy débiles vestigios, cuando Richelieu empuñó el cetro de los mares en calidad de superintendente del comercio y de la navegacion. Entonces se despertó la emulacion; los comerciantes seguros de ser protegidos por la marina real que el cardenal fundaba, acometieron empresas que tuvieron muy buen éxito. Ricos negociantes formaron compañías en que se interesaron personas muy opulentas y aun el cardenal mismo. Todos los establecimientos franceses de las Antillas deben su orígen á estas asociaciones, y aun la primera compañía llamada de las Indias Orientales, se fundó en 1642 bajo los auspicios del cardenal, cuando estaba próximo á morir.

En medio de sus desvelos para escitar todos los géneros útiles de emulacion ó para comprimir el orgullo y la independencia de los grandes, el ministro tenia los ojos fijos en los enemigos de fuera; y á fin de impedirles que tomasen parte activa en las intrigas y desórdenes del interior, empleaba toda su destreza en darles qué hacer dentro de su misma casa. El tratado de Ratisbona con el Austria apropósito de la sucesion de Mántua no habia recibido cumplida ejecucion, habiendo resultado una mera suspension de hostilidades: el emperador, sin embargo, habia sacado de ella la inmediata ventaja de retirar una parte de sus tropas de Italia, y de poder servirse de ellas para contener el ardor de los protestantes de Suabia y Franconia, que envalentonados con los triunfos rápidos del rey de Suecia en el norte de la Alemania, habian sacudido el yugo de la subordinacion. Por lo que hace á la Francia, solo habia encontrado la utilidad de su aliado, y aun le habia comprado á espensas de su propia independencia en la eleccion de sus relaciones políticas. Así el cardenal, al mismo tiempo que disculpaba á los plenipotenciarios de la Francia, Cárlos Brulart, prior de Lion, primo hermano del canciller, y el famoso padre José (Leclerc de Tremblay), sobre las diversas sospechas que habia podido concebir de la enfermedad del rey en Lion, y del estado en que se hubiera encontrado el reino despues de su muerte, declaró, sin embargo, que se habian escedido de sus poderes. Fué preciso volver á empezar las negociaciones, y solo despues de seis meses de trabajos se acordó un nuevo tratado, que fué firmado en Queraque el 6 de abril de 1631, y no diferia del primero sino en la abolicion de la cláusula prohibitiva, vejatoria para la Francia en sus relaciones con los enemigos de la casa de Austria. En ejecucion de los artículos estipulados, los ejércitos evacuaron la Italia; mas apenas los franceses habian entregado Pignerol al duque de Saboya, cuando sopretesto de algunas contravenciones del tratado por parte del gobernador del Milanesado, hicieron consignar de nuevo la plaza, primero á título de depósito y despues á título de compra. Tal fué el objeto de un convenio particular con este príncipe, quien recibió en cambio el marquesado de Ivrée, segregado del Montferrato. Mazarino fué el mediador en este último tratado, de que no osaron quejarse ni el duque de Mántua ni el emperador; el primero á causa de sus atenciones para con la Francia; el segundo porque á la sazon se encontraba demasiado estrechado por Gustavo para hacerse otros enemigos.

El dinero de la Francia habia contribuido no poco á la revolucion que se consumaba entonces en Alemania. Luis XIII por un tratado de subsidios formado el 16 de enero de 1631 en Berenwald, Brandeburgo, y del que habian sido agentes Charnace cerca de Gustavo y Oxenstiern en Paris, se habia obligado con los suecos á un socorro inmediato de cien mil escudos, y á pagar otros cuatrocientos mil anuales durante cinco años. El objeto de esta alianza era poner término á la opresion de la Alemania, y sobre todo devolver á los protestantes su antigua libertad, sin que por eso fuesen los católicos incomodados en el ejercicio de su religion. Por medio de esta reserva política se proporcionaba Richelieu una respuesta á sus detractores presentando sus estipulaciones con Gustavo como remedio de un gran mal, de que jamás podian ser ellas la causa.

En resúmen, mas hacia él por los protestantes que ellos mismos. Guiados por el elector de Sajonia, á quien miraban como á su gefe, se negaban á la alianza de Gustavo, á quien temian, porque este príncipe les pedia plazas fuertes donde abrigarse en caso de un revés; y esperaban la mútua destruccion de ambos rivales para inclinarse en favor del que mejóres condiciones les ofreciese. Mas con esta interesada política cometieron la imprudencia de declararse desde luego contra el emperador, reclamándole sus derechos á mano armada. Acostumbrado Fernando á vencer, se regocijó de una determinacion que le proporcionaba la esperanza de abrumarlos, y Gustavo por su parte aguardó con paciencia que sus pérdidas les hicieran volver los ojos hácia él. Tilly, que estrechando al elector de Sajonia se habia efectivamente lisongeado de la idea de obligarle con los protestantes de Suabia á renunciar á la liga de que era autor, no hizo sino ponerle en manos de Gustavo, y los esfuerzos de ellos, reunidos en los campos de Leipsick, triunfaron de sus talentos. Las consecuencias de victoria tan importante fueron para el elector la conquista de la Bohemia, y para Gustavo las de Sajonia, Franconia, Suabia, el alto Rhin, el Palatinado, y en fin, la Baviera, cuyo elector rehusaba acceder á una alianza que le hubiera obligado á restituir los despojos de Federico. Tilly, disputando el paso del Leck al rey de Suecia, encontró el fin de su carrera; de suerte que nada parecia impedir de hoy mas á Gustavo de situarse bajo los muros de Viena, para donde habia dado cita al elector de Sajonia. Mas en este intermedio habia Fernando llamado á Wallenstein, que habia caido en desgracia á consecuencia de una intriga á que la Francia no fué completamente estraña. Su regreso y la lentitud ó la traicion de los generales sajones restituyeron á las armas imperiales su antiguo ascendiente en Bohemia, y Gustavo se vió obligado á abandonar sus proyectos sobre el Austria, para volar al socorro de su aliado: los dos ejércitos se encontraron como el año precedente á los alrededores de Leipsick, y el 6 de noviembre de 1632 se trabó entre ellos una batalla memorable á que ha dado nombre la pequeña villa vecina de Lutzen. La fortuna de Wallenstein cedió á la de Gustavo; mas este quedó sepultado bajo su triunfo, y ya herido en la accion, recibió al retirarse de la pelea un golpe mortal, que se atribuye á una mano no enemiga. Solo dejó una hija de edad de seis años, que mas tarde fué la celebre Cristina.

En vano el canciller Oxenstiern fué bastante hábil para retener la Alemania en la alianza de los suecos; el imponente prestigio que Gustavo habia dado á sus armas se disipó poco á poco. Wallenstein las venció en Silesia, en Pomerania, á orillas del Danubio; y la muerte de este gran general, asesinado en Egra ejecutando las órdenes que le habia dado Fernando para detenerle, no interrumpió el rápido curso de sus desgracias, á las que puso colmo la batalla de Nordlinga. Asistido de algunos batallones loreneses que trajo el duque Cárlos de Lorena, débiles restos de su pasada fortuna, y de socorros mas considerables que el cardenal infante, hermano del

rey de España, conducia de Italia á los Paises Bajos, donde reemplazaba á Isabel el jóven archiduque Fernando, hijo mayor del emperador, destrozó á los suecos mandados por el mariscal de Horn y por el famoso Bernardo, duque de Sajonia-Weimar. Esta victoria devolvió á Fernando su antigua superioridad, y produjo en el año siguiente la paz de Praga. El elector de Sajonia, estipulando por sí y por los protestantes, los abandonó en cierto modo, así como á los hijos del elector palatino, á merced del emperador; pero la Francia tomó por su cuenta el protegerlos á todos, no solamente con su dinero sino con sus tropas. Esta es la cuarta y última epoca de la guerra de treinta años. Al efecto Richelieu recoge los restos del ejército sueco, entra en composicion con él, le compra las plazas que habia conquistado en Alsacia y que por el momento no podia defender; trata con los principes alemanes vecinos al Rhin, y envia á las aguas de este rio á los mariscales de Brezé y de La Force y al cardenal de La Valette, para sostener al duque de Weimar, á quien se prometis el Landgraviato de Alsacia. En fin, despues de haber estorbado con sus intrigas una tregua propuesta entre las provincias de los Paises Bajos fieles aun á la España y los holandeses, concluyó con estos un tratado de alianza ofensiva y defensiva, por si la España se negaba á entrar en términos razonables de arreglo. Pero Felipe, informado de un acuerdo que no pudo legitimar á sus ojos la cláusula capciosa que parecia haberle servido de motivo, se vengó en seguida sorprendiendo á Tréveris, y apoderándose del elector, quien en tiempos en que las victorias de Gustavo aterraban la Alemania, se habia puesto bajo la proteccion de la Francia y le habia abierto sus plazas. Richelieu, despues de haberlo reclamado en vano, rompió acto continuo sus relaciones con España, y aunque las medidas de ataque y defensa no estuviesen aun absolutamente dispuestas, envió á Bruselas un heraldo para denunciar las hostilidades, formalidad descuidada despues por las potencias europeas, y que fué entonces empleada por la vez primera. Así se encendió entre la Francia y las dos ramas de la casa de Austria una guerra fecunda en vicisitudes, que duró trece años con la una y veinte y cinco con la otra, que las minó y debilitó á ambas, y de que nació en Alemania un nuevo derecho público que hasta nuestros dias ha tenido fuerza de ley.

A la vez se rompieron las hostilidades en los Paises Bajos, en las márgenes del Rhin, en Italia y en la Valtelina, y en todas partes se vieron desconcertados los esfuerzos de la Francia en el curso de esta primera campaña por efecto de la poca armonía que reinaba entre los aliados que se habia buscado. El mariscal de Chatillon se dirigia sobre Maestricht, cuando encontró cerca de Avein al principe Tomás de Saboya, quien por una fingida disension con su hermano el duque Vitor Amadeo, se habia arrojado abiertamente al partido de los austriacos, y mandaba una division de su ejército. Este, con fuerzas que no pasaban de la mitad de las que se le oponian, se habia lisongeado sorprender las divisiones separadas del ejército francés y batirlas por separado; pero habiendo tomado mal sus medidas, se derrotó á sí mismo, perdiendo mucha gente ademas de la artilleria y todo el bagage. La lentitud, sin embargo, del príncipe de Orange, Federico Enrique, en reunirse con los franceses, á quienes ya empezaba á temer como vecinos, les impidió sacar provecho de su victoria. Apenas ambos ejércitos reunidos amenazaron á Bruselas, de donde salieron la reina y la duquesa de Orleans, y en seguida á Lovaina, bajo cuyos muros se habian guarecido los austriacos, la falta de víveres se hizo sentir en ellos y los obligó á separarse.

Lo mismo sucedió á orillas del Rhin: el ejército francés, que habia pasado á la derecha, y que desde luego habia hecho retroceder hasta Francfort al conde de Galás, minado insensiblemente ya por los rigores del invierno, ya por la falta de subsistencias en un pais que él mismo habia asolado imprudentemente, se vió forzado á pasar de nuevo á la orilla izquierda y á dirigirse á los Vosgos con nuevas pérdidas. En la penosa retirada que durante trece dias ejecutó el cuerpo del cardenal de La Valette, el jóven vizconde de Turena, mariscal de campo desde el año anterior, hermano del duque de Bouillon, y segundo hijo del que la amistad de Enrique IV habia hecho príncipe soberano procurándole la mano de la heredera de La Marck, empezó á dar señales de los raros talentos que mas tarde le colocaron entre los mas grandes capitanes. Los generales franceses y el duque de Weinar no se dedicaron ya sino á proteger las fronteras de la Lorena, donde empezaban á penetrar el duque Cárlos y los generales Galás Colloredo y Juan de Werth. Luis XIII corrió al seno del ejército para defender su conquista; mas su aparicion fué muy corta, y regresó á su capital despues de haberse apoderado de San Mihiel. Ambos ejércitos se limitaron á observarse: los franceses, porque la pérdida de una batalla hubiera abierto la Champaña á los austriacos; y estos, porque un revés semejante no hubiera sido á Fernando menos funesto. Veia en este momento á su nuevo aliado, el elector de Sajonia, estrechado por Banier, el mas ilustre de los discipulos de Gustavo, y él mismo estaba amenazado por Wrangel, á quien una nueva tregua de veinte y seis años, arreglada por Oxenstiern entre la Suecia y la Polonia, permitia pasar de Prusia á la Alemania. La falta de víveres en un pais arruinado acabó de separar dos ejércitos que mútuamente temian acometerse: los franceses se cubrieron con el Mosella; Galás volvió á pasar el Rhin; Juan de Werth se acuarteló en Alsacia y Colloredo en el Franco-Condado.

El mariscal de Crequi mandaba el ejército francés en Italia, teniendo por auxiliares los duques de Saboya, Mántua y Parma; mas solo el último habia entrado voluntariamente en la alianza de la Francia, en la que los dos primeros se encontraban casi por fuerza. Así que no tardó en desarrollarse un descontento mútuo entre el mariscal y el duque de Saboya, quien, á título de generalísimo, embarazaba las operaciones de los franceses, y quizá hizo perder la ocasion de invadir el Milanesado. La campaña no fué feliz sino en la Valtelina, donde el duque de Rohan, enviado á interceptar la comunicacion de los imperiales con los españoles por este valle, rechazó en el norte á un destacamento del ejército de Galás, que habia intentado penetrar por el Tirol, y en el mediodia al general Serbettoni, que habia venido del Milanesado á atacarle en combinacion con los primeros.

Al principio del año 1636 la guerra era mas viva que nunca en Alemania, Italia y Francia, siendo Italia donde Richelieu podia prometerse los mas seguros triunfos. Treinta y cinco mil franceses á las órdenes de los mariscales de Crequi y de Toyras y del duque de Rohan, obligaban á salir al de Saboya de una inaccion que ningun pretesto podia ya tener, sobre todo cuando el duque de Parma estaba perdiendo todos sus estados. Pareció determinarse á obrar; pero desechó todos los planes: fué pues preciso atenerse á los suyos, y nada estuvo pronto cuando se trató de ejecutarlos. De estas lentitudes afectadas resultó que habiendo salido de su valle el duque de Rohan en la época convenida, no se vió secundado, y que sus víveres se consumieron del todo, habiéndole sido forzoso ganar los desfiladeros sin haber podido hacer nada por la causa comun. Sin embargo, Amadeo perseguido sin descanso por Crequi á quien una obediencia siempre infortunada empezaba á fatigar, permitió por fin al ejército ponerse en movimiento; y aunque demasiado tarde para aprovechar la diversion de Rohan, no por eso dejó de dirigirse á la capital de la Lombardía. Al efecto atraviesa el Pó, avanza hasta el Tesino, y al paso se apodera del fuerte de Fontanetta, donde pereció el mariscal de Toiras. Los franceses pasan el rio, y mientras que Amadeo lo costea por la derecha, rompe el acueducto que llevaba las aguas á Milan, y espárcese allí la mas viva alarma. El marqués de Leganes, que corre á toda prisa á oponerse á esta marcha, reconociendo que el duque de Saboya estaba al otro lado, se apresura á atacar á los franceses, y les da una batalla de diez y ocho horas. La fatiga de los combatientes iba á terminarla sin que se decidiese la victoria, cuando el duque, acabando de pasar el Tesino por un puente que empezó á echar cuando apareció Leganes, se dió el fácil honor de fijar la jornada, obligando á los españoles á retirarse; pero poco celoso de favorecer el poder de los franceses en Italia, se compuso de manera que todas las ventajas se limitaron á la precaria posesion del campo de batalla. Una incursion de los españoles en el Piamonte y la disminucion del ejército francés por las enfermedades y la desercion, mientras que los enemigos se aumentaron cada dia con los refuerzos que recibian de Nápoles, fueron los pretestos plausibles para retroceder y renunciar á las mas brillantes esperanzas

Algunos ligeros triunfos conseguidos en Alsacia por el cardenal de La Valette y el duque de Sajonia-Weimar, servian de débil compensacion. Los dos generales habian hecho levantar el sitio de algunas plazas, y aun se habian apoderado de Saverne; pero no habian podido impedir al duque Cárlos de Lorena que entrase en el Franco-Condado á hacer levantar el sitio de Dole, atacada por el príncipe de Condé. Con arreglo á tratados anteriores y con el objeto de alejar las hostilidades del territorio de la Suiza, el Franco-Condado y la Borgoña debian permanecer neutrales en las disputas que agitaban las dos coronas. Precauciones de defensa tomadas por la primera de estas dos provincias, sirvieron de motivo ó de pretesto para acusarla de haber faltado á la neutralidad, y autorizaron la invasion del príncipe de Condé; por lo demas, esta no fué demasiado feliz, y cuando el duque de Lorena apareció, ya el príncipe estaba levantando el sitio de Dole, segun las órdenes que habia recibido de la corte, que necesitaba las tropas en otro punto amenazado de mas grande peligro.

Poco faltó para que el cardenal que parecia tener en la mano los acontecimientos, esperimentase este año la instabilidad de la fortuna. Vaciló en efecto su poderio, mas las sacudidas que le dieron sus enemigos solo sirvieron para robustecerle. De esta época puede decirse que data la especie de tiranía que el ministro ejerció durante su vida sobre el monarca, á quien manejó con la altanería de un servidor que se cree necesario y desafía, por decirlo así, la indignacion de su amo: entonces tambien se empezó á verle emplear abiertamente las estratagemas de una negra política que le

impelia á dividir, á indisponer y á arrastrar con sordas vejaciones á la desesperacion á aquellos que temia ó aborrecia, obligándolos por decirlo así á cometer faltas que causaban su perdicion.

Richelieu creia haber tomado bastante bien sus medidas para alejar la guerra del centro de la Francia con los ejércitos que sostenia en los pueblos vecinos, en Saboya, en Navarra, en Lorena, en Alsacia; esperaba tambien ocupar lejos de él las fuerzas de la casa de Austria y aun arruinarla por partes en las operaciones que habia hábilmente combinado en Alemania. El cardenal-infante gobernador de los Paises-Bajos deja al cardenal francés que arrulle su imaginacion con estas esperanzas: burla su vigilancia, reune un ejército poderoso sobre todo en caballeria, y á la cabeza de cuarenta mil hombres mandados parcialmente por el príncipe Tomás de Saboya, el duque Francisco de Lorena, Juan de Werth y Piccolomini, cae impetuosamente sobre la Picardía. Muchas ciudades mal defendidas o mal provistas se rinden sin defenderse: la caballeria española se estiende por la Picardía y por la Champaña como una inundacion, llevando la desolacion á estas provincias. No habia medio de oponerse á este torrente que amenazaba ya la capital quedando solo un pequeño cuerpo de tropas, parecido mas bien á un destacamento que á un ejército mandado por el conde de Soissons, príncipe altanero, á quien el cardenal estimaba, que desdeñó su amistad, y fué víctima de su venganza. Como hubiera habido demasiada afectacion en dejar sin mando á un príncipe guerrero, único entre los príncipes franceses, mientras el rey ponia cinco ejércitos en pie de guerra, el ministro le habia relegado, por decirlo así, con un pequeño cuerpo de ejército á la provincia allende el Oise y el Aisne, donde no pensaba que los enemigos pudiesen hacer una irrupcion tan peligrosa.

A la primera noticia de esta invasion, Richelieu hizo pasar al príncipe todos los refuerzos de que podia disponer, enviándoselos mandados por el mariscal de Chaulnes y por su cuñado el mariscal de Breze, á quien Soissons no estimaba. El príncipe miró á este asociado como un hombre destinado á hacerle malograr la empresa ó á arrebatarle la mitad de la gloria. Estos primeros socorros no hubieran podido detener la marcha de los generales de Felipe; pero prefirieron asegurar las plazas que tenian á retaguardia y pusieron sitio á Corbie, última plaza de defensa de que se apoderaron fácilmente. La consternacion creció de punto en Paris: considerable número de vecinos huyó precipitadamente llevando mas allá del Loira sus mujeres é hijos y sus mas preciosos enseres; hablábase generalmente contra el cardenal, acusándosele de haber carecido de prevision. Se decia que él era quien atraia sobre el reino la cólera del cielo por los sentimientos desnaturalizados que escitaba en el corazon de los hijos contra la madre. El rey mismo no pudo eximirse de estos temores, engendrados por los remordimientos, ni de sospechas sobre la capacidad de su ministro, y aun hubo un momento en que este, desconcertado y abatido, pensó abandonar la direccion de los negocios. Dicese que fué el padre José quien le tranquilizó: por consejo del capuchino se atrevió á pasearse sin guardias por las calles de Paris, halagó al pueblo, se burló de sus temores, y se presentó como un hombre que cuenta con recursos y el triunfo. Esta confianza aparente la inspiró real á los parisienses: reapareció el ánimo, la juventud de la capital y de los alrededores se alistó, los gremios escotaron para su equipo y mantenimiento, y á los pocos dias salió de la capital un ejército de soldados, medianos en verdad respecto á esperiencia, pero cuyo número podia imponer.

Afortunadamente para Richelieu, los enemigos no supieron sacar partido de sus primeras ventajas: despues de la toma de Corbie se divirtieron en desolar el campo en lugar de ir derechos á la capital, segun la opinion que Juan Wertp esponia al príncipe Tomás. Podian esperar ó cangearla ó acordar una paz ventajosa bajo sus muros, lo que hubiera perdido al cardenal: por lo que á este toca, supo aprovecharse perfectamente de la inaccion de aquellos. Sus órdenes enviadas á todas partes atrajeron al derredor de Luis multitud de nobles, que uniéndose á las milicias y á los cuerpos de tropas regulares destacadas de los ejércitos mas vecinos, formaron en breve tiempo uno muy numeroso, bien dotado de artilleria y rico de provisiones de toda especie. Al mismo tiempo escitaba á los holandeses á que atacasen por su lado ó á que al menos lo fingiesen: los españoles tuvieron miedo á su vez y retrocedieron hácia la frontera, dejando á Corbie, su principal conquista, espuesta á los esfuerzos de los franceses que la pusieron sitio.

El conde de Soissons, en el momento de la irrupcion del cardenal infante hizo cuanto era moralmente posible con las pocas tropas que mandaba; no se podria en efecto asegurar que conservase siempre la misma voluntad, y que viendo el descrédito que ocasionaban al ministro su falta de prevision y sus desgraciadas consecuencias, no se alegrase quizá de las ventajas obtenidas por los enemigos; pero nadie prueba que hubiera contribuido á ellas con su negligencia ó malas maniobras. Tuvo sin embargo el gran sentimiento de saber que el rey sospechaba que él era causa en gran parte de sus desastres. A juicio de Soissons, estas impresiones desfavorables del monarca nacian necesariamente de las inspiraciones de su ministro, quien encontraba la doble ventaja de imputar sus propias faltas á uno que aborrecia. Furioso con esta calumnia, toma el conde la resolucion de vengarse por medio de un golpe de mano, y se asocia en este proyecto al duque de Orleans.

Continuaba Gaston bajo la tiranía del prelado, rodeado de espias con capa de criados, contrariado en todos sus gustos que era preciso someter á la inspeccion del ministro, no pudiendo dispensar sin su consentimiento ni su confianza ni su favor, obligado en fin á tener á su mujer apartada lejos de él, y hasta privado desde el principio de la guerra de proveer á las necesidades de la duquesa; deber que le fué prohibido so pretesto de que este dinero pasaba á manos de los enemigos del Estado. Cuando se verificó la invasion de los españoles, Gaston siguió á su hermano al ejército, cuyo mando le fué dado, para evitar al conde de Soissons el que viniese á tomar las órdenes del cardenal. Durante el sitio de Corbie, el rey permaneció en el campo con el duque de Orleans y el conde, cada cual en su cuartel, y el cardenal se estableció en Amiens, donde se celebraba el consejo: con estas disposiciones se formó el plan de la empresa.

Montresor y Saint-Ibal, gentiles-hombres agregados al conde y personas de consejo y de ejecucion, van á encontrarse con el duque de Orleans; le hacen ver la especie de vergüenza de que se cubre sufriendo aquel género de esclavitud: procuran convencerle de que la reina madre perseguida por un criado ingrato, muchos ilustres proscriptos que andan errantes con ella por paises estrangeros, y muchos grandes del reino encerrados en las prisiones, esperan de él su libertad; y que el rey mismo se veria con gusto libre de un servidor que le sojuzga y ha venido á serle odioso. A consecuencia de estas observaciones, Gaston promete autorizar con su nombre todo lo que se haga contra el cardenal. Viendo los conjurados que seria muy difícil arrestar al prelado y aun mas tenerle encerrado, resuelven deshacerse de él, aplazando la accion hasta el primer dia de Consejo que se celebrara en Amiens: de esta decision dan parte al duque de Orleans.

En consecuencia, yendo los dos príncipes á Amiens, se hacen escoltar por 400 ó 500 gentiles-hombres y entran en casa de Richelieu: Montresor se acerca á Gaston y le pregunta si continua en la misma resolucion. Sí, responde el príncipe en tono decidido, y sobre esta palabra se confirman las órdenes dadas de antemano. El consejo termina su sesion: los príncipes y los ministros acompañan al rey á su carruaje: parte este: Saint-Ibal estaba de pie detrás de Richelieu pronto á descargar el golpe: los demas conjurados rodean al cardenal. Montresor mira á Gaston buscando en sus ojos su consentimiento; bastaba un solo gesto suyo para que el ministro hubiese dejado de existir: pero el príncipe vuelve la cabeza y se retira precipitadamente en la mayor confusion. El prelado ve disiparse poco á poco la muchedumbre que le rodeaba, y se retira tranquilamente, habiéndose librado sin saberlo del mas grande peligro que corrió en su vida.

No parecieron los príncipes muy apesadumbrados del mal éxito del proyecto, comprendiendo sin duda que un asesinato por cualquiera motivo que sea, es siempre una accion baja y odiosa; mas al abandonar este medio perseveraron en la resolucion de emplear todos los recursos de la política para derribar al cardenal. En efecto, se convinieron en unir invariablemente sus intereses, en desoir toda palabra de acomodamiento separado, y en no encontrarse jamás juntos en la corte, á fin de que si el uno era preso, pudiese el otro tomar la defensa. Así arregladas las cosas se pensó poner en movimiento á todos los señores franceses que podian contribur á la causa comun. Montresor fué á hablar al duque de Epernon y á La Valette su hijo, para escitarlos á sublevar la Guyena, esperando que este ejemplo produciria el levantamiento del Languedoc y de todo el mediodia del reino; los españoles al mismo tiempo debian penetrar en él por Navarra y el Franco-Condado, entrar en la Picardía y ayudar al duque de Lorena á reconquistar sus estados. Los príncipes se prometian que el sitio de Corbie daria tiempo á estas invasiones; y que entonces el rey embarazado por todas partes prestaria oidos á los discursos que se pronunciaban contra su ministro: el uno se encargaria de deprimir su gobierno interior, diciendo que era detestado de los franceses y que la causa de todas las desgracias era el odio que le profesaban el pueblo y los grandes; el otro de hacer ver que no entendia nada de guerra ni de sus preparativos, por mas que se obstinase en atizar su fuego en la Europa entera para hacerse necesario, y que si Luis quisiese despedirlo, veria en el momento mismo caerse las armas de las manos de los descontentos y de los estrangeros.

Este proyecto contra el cardenal fundado sobre las futuras victorias de los españoles, vino abajo con sus reveses. En todas partes donde se presentaron para entrar en Francia, fueron rechazados. Galas y el duque de Lorena á quienes la retirada del príncipe de Condé habia permitido penetrar en Borgoña, fueron detenidos

por la pequeña villa de San Juan de Losne: defendida desde luego por solos sus habitantes, fué despues socorrida por el conde de Rantzau y libertada completamente por el caldenal de La Valette y por Weimar, quienes obligaron á los imperiales á retirarse en el mayor desórden. Banier los batia al mismo tiempo, así como á los Sajones en Wisttstok en el Brandeburgo, y perseguia á los unos y á los otros hasta Erfurth: en fin, el mismo conde de Soissons se vió obligado a tomar á Corbie por mas que desease hacer durar el sitio.

Luis que habia vacilado en su estimacion al cardenal mientras duró el peligro, se la devolvio toda entera cuando pasó este, y el ministro se hizo mas poderoso que nunca. En estas circunstancias no hubiera sido prudente de parte de Epernon escitar ningun movimiento: en vano La Valette su hijo, muy acalorado contra Richelieu, queria arrastrar á su padre; el prudente anciano no le respondió sino con los ejemplos de Marillac y Montmorency; de suerte que Montresor en lugar de la noticia de una correria por parte de Epernon, no trajo á los príncipes otra cosa que el consejo de ponerse en salvo. El conde de Soissons lo aprovechó retirándose á Sedan al lado del duque de Bouillon; y por lo que hace al duque de Orleans, se encaminó á Blois aparentando un enojo que con la mayor facilidad habia de quitarse.

El emperador que á pesar de la derrota de Wittstock habia tenido bastante crédito para hacer elegir al fin del año á su hijo Fernando rey de romanos, murió en los primeros meses del año siguiente. Los principios del nuevo emperador Fernando III fueron bastante felices: redujo á Banier y á Weimar á la defensiva, el primero en Pomerania y el segundo en Alsacia; y de concierto con la España trató con los Grisones descontentos de la Francia, porque no habia pagado los subsidios que se obligó á satisfacerles. En el estado de dispersion en que se hallaban los franceses en la Valtelina, en vano hubieran intentado sostenerse contra los naturales del pais, y el duque de Rohan se vio precisado á concluir un tratado de evacuacion. Ya este se estaba ejecutando, y las tropas se encaminaban hácia la Suiza para ganar el Franco-Condado, cuando llegó la órden de hacer alto; pero el temor de que fueran degollados multitud de franceses que por todas partes se encontraban en manos de los Grisones, hizo que el duque permaneciese fiel á su primera resolucion, temiendo sin embargo que el cardenal le hiciese responsable de esta medida de justicia y humanidad; y teniendo al mismo tiempo indicios de que se le podia prender, entregó el mando de su ejército al conde de Guebriant, que desgraciadamente habia llegado tarde con una parte del dinero de los subsidios. Desde allí se fué á reunir con el conde de Weimar su amigo, á cuyas órdenes se puso en calidad de voluntario, mientras llegaban del rey para volver á Venecia.

Los españoles en Italia obligaban al duque de Parma á renunciar á su liga con los franceses, cuyo valor y medios continuaban sujetos á la perfidia de Victor Amadeo. Perdida por ellos esta campaña como las precedentes, ocurrió la inesperada muerte del duque; y los desórdenes que fueron su consecuencia, impidieron mucho tiempo aun á la Francia de sacar algun provecho de su alianza con Saboya.

Hacia el fin del año encontró sin embargo algunas ligeras indemnizaciones en los progresos que hicieron el cardenal de La Valette y el mariscal de Chatillon en los Paises-Bajos; y por otra parte el duque de Longueville penetró en el Franco-Condado, donde quitó algunas plazas á los españoles. El arzobispo de Burdeos, Sourdis y Enrique de Lorena-Elbeuf, conde de Harcourt, que empezaba entonces á labrar su reputacion militar, volvieron tambien á tomar en las costas de Provenza las islas de Santa Margarita y San Honorato. El duque de La Valette hacia entrar en la obediencia á la provincia de Guyena, sublevada por el aumento de impuestos, y arrojó de ella á los españoles que en el año anterior la habian invadido con este pretesto. En fin, el duque de Halluin, hijo del mariscal de Schomberg, conocido por este nombre desde esta época, puesto á la cabeza de las milicias del Languedoc, milicias hechas á las fatigas de la guerra durante las revueltas de la religion, obligó á los españoles á levantar el sitio de Leucate en la frontera del Rosellon, y forzó á reembarcarse al conde de Serbelloni que habia bajado á la costa.

Richelieu sin embargo dejaba al duque de Orleans tascar el freno en su honroso destierro; mas el rey cansado ya de todos estos enredos, declaró esplícitamente que queria verlos terminados: fué pues preciso pensar en componerlo todo. Empezaron las conferencias, y desde la primera notaron los enviados del ministro que mejorando todo lo posible la condicion del príncipe, seria fácil traerlo á separar sus intereses de los del conde de Soissons, con tal que se le dejase el honor de cierta resistencia; sobre este conocimiento fueron ellos conduciendo las negociaciones. Haciase una proposicion: Gaston pedia tiempo para comunicarla al conde; se le concedia en efecto; pero mientras tanto avanzaban tropas hácia Blois. Entonces el príncipe gritaba que se le violentaba; las tropas hacian alto: nuevas proposiciones, nuevos plazos pedidos y otorgados; las tropas avanzan otra vez y de nuevo se detienen. En fin, el rey se pone en camino, Gaston se deja embestir y escribe al conde que no puede ir á reunirse con él en Sedan segun lo convenido, y que le es forzoso atenerse á las condiciones que el rey le imponga. Estas condiciones eran alguna pequeña ventaja pecuniaria y la promesa muy ambigua de no insistir en la anulacion de su casamiento. Bien poco era esto en verdad en comparacion de lo que el duque de Orleans pretendia. Pedia este una plaza fuerte, tropas mantenidas, la vuelta de su madre, la libertad de sus servidores comunes y la de todos los señores presos en la Bastilla y en las demas cárceles. A nadie se soltó sino al abate de La Riviere, que apareció entonces en escena con Goulas, secretario de Gaston y dueño de toda su confianza. A ambos hizo sentir su férula Richelieu para que fueran mas flexibles á su volnntad, y no los toleró cerca de la persona del príncipe, sino cuando estuvo seguro de que el miedo de la prision los dispondria á no hacer ni aconsejar nada que los espusiese á ser de nuevo encerrados.

Por lo que toca al conde de Soissons, cuando vió que el príncipe se habia acomodado, escribió al rey una apologia de su conducta, fundada sobre las vejaciones sordas del cardenal que le habia obligado á alejarse: se limitó á pedir que se le permitiese permanecer en Sedan, sin estar obligado á venir á la corte ni á otro punto cualquiera donde el ministro tuviera autoridad. En vano Richelieu le hizo promesas y protestas que equivalian casi á pedirle perdon; el conde permaneció casi inflexible en su resolucion de no fiarse jamás de él, y cuando se advirtió que su negociacion marchaba con mucha lentitud y que se tomaban medidas para sacarle de su asilo, indignado ya de algunos malos tratamientos hechos á su madre y á varios amigos suyos, el príncipe se aplicó seriamente á reanudar con la reina madre y los españoles un tratado que la debilidad de Gaston habia interrumpido. Entonces temió sucumbir el cardenal, si en tanto que estaba embarazado con la guerra estrangera se atraia ademas un enemigo muy estimado y tan temible por la firmeza de sus resoluciones como por su valor Se determinó pues á otorgar al conde lo que pedia, y entonces se vió á un príncipe de la sangre conservando sus dignidades y pensiones autorizado para no presentarse en la corte y aun para permanecer en Sedan, es decir, en una fortaleza perteneciente á un príncipe estrangero, cuya guarnicion estaba puesta á sus órdenes, y que para la seguridad de este desterrado voluntario era pagada por la Francia. Así Soissons, colocado en la frontera del reino, el amigo, el apoyo, el recurso de todos los que las enemistades de la corte arrojaban de ella, se asemejaba á uno de esos nubarrones negros y densos que se ven levantarse sobre el horizonte, atraerse las otras nubes, aumentarse, crecer y venir á ser mas formidable por el rayo que abriga y se enciende en su seno. Pero antes que estas tempestades estallasen tuvieron lugar en la corte escenas que merecen ser descritas á nuestros lectores, porque aunque sean minuciosas en la apariencia, las costumbres privadas de los reyes y de los príncipes tienen á menudo tal influencia sobre la suerte de los pueblos, que conviene que los grandes aprendan por la historia, que nada de lo que les concierne es indiferente.

Los favoritos, las queridas y los confesores de los reyes cuando pierden su crédito es generalmente porque han cesado de agradar al monarca; en tiempo de Luis XIII, aunque agradasen al rey, caian en desgracia si no convenian al ministro Aun se recuerda bien la catástrofe de Chalais, quien hubiera podido evitar su desgracia si hubiera tenido la política de ceder á Richelieu el corazon de la duquesa de Chevreuse. Baradas, hecho para el movimiento y la guerra, se aburria cerca de Luis; tuvo la torpeza de demostrarlo, y el rey le despidió; pero hubiera podido retirarse con muy buenos restos de su fortuna, si no hubiese incurrido en el odio del cardenal aun mas que en el del rey. En fin, San Simon que le sucedió, se encontró en la feliz coyuntura de poder ser útil á Richelieu en el *dia de los incautos*: en tanto que el ministro fué perseguido injustamente por la reina madre y sus adherentes, San Simon abrazó su partido sin titubear; pero cuando el cardenal á su vez se hizo perseguidor, San Simon no pudo menos de ponerse de parte de los desgraciados. Temiendo Richilieu las insinuaciones de un hombre que tanta influencia tenia con su señor, hizo comprender al rey que San Simon era mucho mas afecto á su madre y á su hermano que á él mismo, crimen irremisible para con Luis. Un acontecimiento desagradable vino á apoyar la mala voluntad del prelado: Saint-Leger, tio del favorito y gobernador de la Chapelle cuando la invasion de los españoles, entregó esta ciudad demasiado pronto en sentir del ministro. Saint-Leger decia que no tenia ni municiones ni tropas suficientes. Richelieu quiso instruirle un proceso, pero el gobernador se fugó: entonces pretendió el cardenal que este habia sido avisado por su sobrino, y pidió su separacion al rey que no pudo negarla, si bien le conservó su estimacion y fortuna.

Algun tiempo transcurrió sin que fuese reemplazado, porque no era muy solicitada la gracia de Luis: hacia una vida tan triste que pocas personas deseaban entrar en su intimidad: aquellas á quienes dispensaba esta honra se hastiaban al momento, porque era menester pasar el tiempo en distracciones pueriles ú oyendo continuas murmuraciones contra su ministro, cuyo yugo soportaba sin embargo. Separado de su madre á quien tenia en destierro, prevenido contra su mujer, celoso de su hermano, desconfiado siempre con sus parientes y con los señores que le rodeaban, no veia mas que por los ojos de Richelieu, á quien detestaba, y sin el cual creia no poder reinar. En tal posicion, el papel de favorito era demasiado embarazoso; estaba obligado á hacer traicion al amo comunicando al ministro cuanto decia en momentos de mal humor, ó si por el contrario aplaudia las quejas del rey ó las ocultaba al cardenal, su silencio solo le esponia al odio del prelado, porque mas pronto ó mas tarde el débil príncipe le confesaba todo lo que habia pasado en estas conversaciones. No solamente los favoritos propiamente tales, sino señores sin pretensiones y oficiales domésticos, fueron castigados simplemente por no haber cerrado sus oidos á lo que no podian menos de oir: de suerte que las gentes sensatas huian de un monarca rodeado por la sospecha y la tristeza, y con el cual era imposible tener ninguna ventaja, puesto que únicamente el ministro dispensaba las gracias.

Viéndose así abandonado, llevaba el rey su aburrimiento á sus habitaciones y al círculo de la reina: se aficionó á la compañía de algunas damas, que mas bien pueden colocarse en el número de sus favoritos que en el de sus queridas, puesto que no las amaba sino por el placer de la confidencia. Hemos visto que á la señorita de Hautefort fué á quien primero se inclinó; era bella y despejada, y su favor hubiera sido sostenido mucho tiempo á pesar del ministro, cuyo apoyo afectaba desdeñar, si despues de haber roto con la jóven reina no la hubiera profesado un afecto tan marcado que hubo de desagradar al rey. Tuvo este celos de no ser amado esclusivamente, y segun la costumbre de las personas atacadas de esta enfermedad, se le figuró que era despreciado y engañado por la esposa y por la amiga. No descuidó Richelieu formentarle esta sospecha, y despues de muchas riñas y de varios acomodamientos, la señorita de Hautefort fué enviada á una de sus posesiones del Maine, donde vivió hasta la muerte del rey.

En uno de estos intervalos frios entre Luis y su favorita, se aficionó aquel á la señorita de La Fayette, linda morena, menos bella que la señorita de Hautefort, pero que tuvo el mérito de pagar la ternura del rey con una sincera correspondencia. Las razones que la determinaron á sepultar sus esperanzas en un claustro, nacen de las intrigas que entonces alarmaron al cardenal. Vió este al mismo tiempo sublevados contra él la reina, la favorita, los señores franceses y los estrangeros, compadecidos de la suerte de la reina madre, al padre Caussin, confesor del rey, y en fin, se dice que hasta al padre José, su confidente intimo, apellidado la *Eminencia gris*: sin embargo, de todos triunfó la *Eminencia roja*.

El objeto de su inquietud era entonces la reina reinante: esta princesa no tuvo sino disgustos en su matrimonio. Como la reina madre conocia á su hijo capaz de dejarse conducir por cualquiera persona que obtuviese su confianza, tuvo cuidado de hacerle sospechosa la capacidad de su esposa. Al privarla así de la estimacion de su esposo, la privó tambien de su amor. El condestable de Luynes tomó medidas mas decorosas para contar con el rey: relacionó intimamente á su mujer con Ana de Austria, de suerte que él dominó por medio de insinuaciones y sosteniendo la buena inteligencia entre los esposos. No teniendo Richelieu los mismos recursos, reprodujo la marcha de María de Médicis, procurando aumentar los recelos de Luis. Las ligerezas de una persona jóven que hablaba sin precaucion de cosas posibles, fueron pintadas como resoluciones y proyectos, y en manos del astuto cardenal tomaron algunas imprudencias el aire y la apariencia de crímenes de Estado; con lo cual creyó él forzarla á temerle Algunos escritores la acusan de haber deseado mas que miramientos y deferencias. La reina tuvo en efecto que recurrir alguna vez al crédito del cardenal para salvarse de los lazos que se la tendian: acosada por todos lados, buscaba consuelo entre sus parientes. Escribia al rey de España y al cardenal infante, sus hermanos, y á otras personas de las cortes de Madrid y de Bruselas. El cardenal hizo ver que en estas cartas se podia tratar de la paz general ó de la vuelta de la reina madre, cosas ambas que él temia igualmente. El rey se persuadió de que habia un misterio peligroso en lo que Ana de Austria hacia sin saberlo él, y á instigacion de su ministro resolvió sorprender á su esposa.

Iba con frecuencia la reina al Valle de Gracia, donde se la habia construido un bonito cuarto para pasar en compañía de religiosas amigas algunos dias que la eran muy gratos, merced á la tristeza que solia tener en la corte. El canciller se trasladó allí por órden del rey: hizo abrir los armarios, registró los cajones, examinó los papeles, interrogó á las religiosas y á la reina, y la obligó á entregarle una carta que queria ocultar en su seno. Mientras tanto se prendia á sus mas fieles servidores. Ana se vió precisada á ir con su marido á Chantilly, donde vivió encerrada en su cuarto, reducida á las personas absolutamente indispensables para su servicio. Como la desgracia es contagiosa, los cortesanos huian de los que pasaban por adictos á la reina. Decíase públicamente que iba á ser restituida á España. Esta amenaza, que parecia singular despues de veinte años de matrimonio, quizá no carecia de fundamento por cuanto el cardenal no habria tenido inconveniente en alimentar el ódio de las dos casas de Austria y Francia. El efecto de esta mala voluntad no pudo realizarse: se cree que el canciller previno muy secretamente á la reina de la pesquisa que iba á hacer; así que no se encontró en Valle de Gracia sino papeles inútiles, y los cajones llenos de disciplinas y cilicios colocados allí, segun se dice, para ridiculizar al cardenal.

Los agentes de la reina negaron constantemente haberla servido en el convenio clandestino que se la imputaba, y á pesar de las promesas y amenazas de Richelieu, que los examinó por sí mismo como quien desea encontrar culpables, poniendo para atemorizarlos los instrumentos de la tortura ante los ojos de algunos, todos se mantuvieron firmes. En fin; cosa admirable! encerrados en piezas separadas, confiados á carceleros escogidos por el ministro y vigilados por centinelas de vista, encontróse medio de hacerles saber lo que debian callar y declarar, á fin de que sus respuestas no discrepasen de las de la reina, y estos avisos les eran trasmitidos por los parientes mismos del cardenal. ¡Tan general era la indignacion contra el despotismo altanero de un ministro tiránico que hasta las inclinaciones queria dominar! La reina, que habia sido apercibida en pleno consejo en tiempo de Chalais, se vió obligada en esta ocasion á firmar un escrito en que se confesaba culpable de imprudencia. Cuando Richelieu no podia encontrar á las personas bastante criminales, era cálculo de su política procurarse títulos contra ellas en caso de reincidencia, y segun su costumbre, hizo valer á la reina la reconciliacion del rey como una gracia, fruto de sus solicitudes.

Mas todo hace creer que esta reconciliacion fué mas bien debida á las observaciones de la tierna La Fayette, cuya conducta es un modelo de virtud, único quizá en la historia. Sensible á las espansiones cordiales de Luis, amaba ella su persona, se interesaba en su gloria y hubiera querido verle feliz dentro y fuera de su familia; pero la pusilanimidad del rey se oponia al cumplimiento de sus deseos. Cuando se consideraba rodeado de tantas guerras é intrigas, creia que nunca podria librarse de ellas sin ayuda de su ministro; y por el contrario, todo el mundo estaba persuadido que su ministro era quien le armaba todos los conflictos, y que con el alejamiento de Richelieu se allanarian todos los obstáculos. Era difícil sugerir estas ideas al monarca sin que lo notara el cardenal, y mas difícil todavía evitar que las destruyera; de suerte que La Fayette conoció con dolor que Luis se resentia de su yugo, pero que lo creia necesario, y que para conservar su favor era preciso someterse al mismo yugo.

Demasiado orgullosa para depender de otro que del rey, La Fayette se determinó á romper unos lazos que comenzaban á alarmar su delicadeza. Ella misma ha referido que Luis ordinariamente recatado, la hizo un dia la espresiva proposicion de darla en Versalles, á la sazon sitio de recreo, una morada adonde él iria á verla libremente, habiéndola dirigido tal proposicion con una vehemencia que la sorprendió. No dice La Fayette si ella participó de la emocion del príncipe; pero manifiesta que le amaba, que él se ruborizó de su arrebatamiento, que ella se sonrojó de haberlo ocasionado, y que ningun espediente juzgaron tan eficaz contra su flaqueza como el separarse. De acuerdo con el rey á quien este consentimiento costó mucho, marchó La Fayette á encerrarse entre las religiosas de la Visitacion donde tomó el velo. Nada ganó Richelieu con esta retirada que el mismo habia apresurado; porque Luis, aunque conforme con el estado de su amiga á quien respetaba, la vió con mas frecuencia, y no temiendo ella ya nada que aventurar habló con mas desembarazo. Las visitas al locutorio duraron mucho tiempo y alarmaron grandemente al cardenal, quien por fin intimidó á un tal Boisenval confidente de este comercio; por ese medio poseyó el ministro el secreto de estas conferencias, se apoderó de las cartas, falsificó unas, suprimió otras y estampó en ellas espresiones que hirieron la delicadeza de ambos hasta el punto de realizarse su separacion de una manera tan brusca, que ni el uno ni la otra se dignaron esplicarse.

Sintiólo la reina, porque si bien la señorita La Fayette no la habia mostrado tanto afecto como la señorita Hautefort, la habia aquella prestado mas eminentes servicios que esta, impulsando á Luis á reconciliarse con su esposa. Dícese que esta victoria sobre el rey fué obtenida por La Fayette en una entrevista muy secreta celebrada en el locutorio en que aparecieron claras como la luz del dia las intrigas del cardenal. La señorita La Fayette, aprovechando el grande ascendiente que esta circunstancia la daba, hizo tales ins-

tancias y tales súplicas, que el rey no se separó de ella sino para ir al cuarto de la reina. El fruto de esta reconciliacion fué despues de veinte y dos años de esterilidad, un hijo que nació el 5 de setiembre de 1638 y que se llamó despues Luis XIV. Ana de Austria, reconocida á los buenos oficios de La Fayette, hizo toda clase de esfuerzos para impedirla que consumara su sacrificio; pero fueron inútiles, y ella quedó en el claustro, donde vivió generalmente estimada, dando al mundo el raro ejemplo de una jóven que en la edad de las pasiones se inmola generosamente por no arrastrar en su caida á un príncipe que amaba. El rey supo la maniobra del cardenal; despidió á Boisenval su infiel agente, pero sin decir nada á su corruptor. Richelieu dejó al traidor sin recompensa, y gozó tranquilamente del buen éxito de sus artificios contra la esperanza bien fundada de sus enemigos. Los regocijos públicos á que dió lugar el nacimiento del Delfin, se mezclaron con la humillacion de los reveses.



Richelieu y el padre José recorriendo las calles de Paris.

La campaña no habia sido feliz mas que sobre el Rhin, donde el duque de Weimar despues de haber sido batido bajo los muros de Rheinfeld que estaba sitiando, y donde perdió al duque de Rohan, sorprendió cinco dias despues á los austriacos en medio de la embriaguez y seguridad que inspira la victoria. Su ejército fué completamente dispersado. Los cuatro generales que lo mandaban cayeron en manos del vencedor, y entre otros Juan de Wert, que dos años antes habia sembrado el terror en Paris. Esto fué una razon para que se le trajese á la misma ciudad, siendo cangeado despues por el mariscal de Horn. Esta victoria facilitó á Weimar la toma de las plazas fronterizas, y Brisach llegó á caer tambien en su poder luego que fueron rechazadas las tropas que habian acudido á su socorro.

Mas por la parte de los Paises Bajos el príncipe Tomas y Piccolomini habian detenido los progresos del mariscal de Chatillon delante de San-Omer, y el levantamiento del sitio de Fuenterrabia sobre la frontera de España habia sido aun mas vergonzoso. El arzobispo de Burdeos habia podido destruir una flota española que iba al socorro de la plaza, y cuando ya estaba esta para capitular, el aplazamiento de un asalto á pretesto de no estar aun practicable la brecha, dió tiempo á que llegase el almirante de Castilla á atacar las líneas francesas. Forzó el campo de Sourdis que habia querido tomar parte en las operaciones de tierra, y en seguida el del príncipe de Condé. Debieron ambos su salvacion á la presteza con que buscaron un refugio en la flota. El duque de La Valette, separado una legua, cuanto pudo lograr fué rehacer los dispersos y conducir al ejército en retirada hasta Bayona.

El mariscal de Crequi habia sido muerto en Italia al principio de la campaña cuando se preparaba á libertar el fuerte de Breme sitiado por el marques de Leganés. El cardenal de La Valette que fué á reemplazarle, se ocupó mas bien de intrigas que de operaciones militares. Habia fenecido ya el término de la alianza de Francia con la Saboya. España proponia á la regente, viuda de Victor Amadeo, que guardase la mas estricta neutralidad. Esta era la manera de pensar de la princesa, y el consejo que la habia dado su esposo al morir; mas al verse amenazada por el cardenal Mauricio de Saboya y por el príncipe Tomás, sus cuñados, que reclamaban la regencia, creyó deber buscar un apoyo y se fijó para ello en Richelieu. Firmó pues el 3 de junio un nuevo tratado ofensivo y defensivo con la Francia, abandonándose á todo el resentimiento de España. No era esto bastante para el ambicioso ministro: hubiera querido ser tambien el ministro de la duquesa, mandar en sus estados con la misma soberania que en los de su hermano, y hacer para facilitar todo esto que le confiasen el jóven duque. De aquí resultó grande oposicion por parte de los leales servidores de Cristina y nuevos planes contra el cardenal.



Luis XIII y la señorita de La Fayette.

Lo que no habia podido ejecutar una favorita hermosa, insinuante y de talento, lo emprendieron dos jesuitas: el padre Caussin, confesor del rey, *hombre de bien*, decia el cardenal, y el padre Monod, director de Cristina, *hombre malicioso* segun el mismo prelado. Esto es, segun el modo de ver las cosas de Richelieu, que el primero era ordinariamente dócil á su voluntad, y que el segundo era siempre un estorbo para las medidas que tomaba, á fin de gobernar la corte de Saboya tan despóticamente como la de Francia. Hacia mucho tiempo que este jesuita estaba empleado en los negocios de Saboya. Fué uno de los que intervinieron en el matrimonio de su señora con Victor Amadeo, y con tal ocasion estuvo en Francia, donde conoció á Richelieu. Es preciso tener presente que este hizo cuanto pudo para ganarlo. Envióle un magnífico regalo, que aunque se le remitió á nombre del rey, iba acompañado de una carta del cardenal, quien daba á conocer que su amistad no le era indiferente. Sin embargo, fuese antipatía ó conviccion de que sus miras políticas eran contrarias á los intereses de Saboya, el jesuita opúsose siempre á los planes del prelado, y aun llegó á trabajar para derribarle. Hizo nacer en el alma del padre Caussin, á quien escribió, escrúpulos acerca de la ignorancia en que dejaba al rey en cuanto á su ministro; ignorancia que causaba el desórden en la casa real, y por el cual sufrian tanto la religion como el Estado. El confesor convencido atacó á su penitente con todas las armas que le suministró su celo. Trató de enternecerle con una pintura de la situacion de su madre, que con tantas instancias pedia el echarse en sus brazos. Representóle el peligro del mal ejemplo que daban al reino sus perpétuas rencillas con su esposa, su hermano y los demás parientes; le representó que al ver tantos señores de los mas distinguidos errantes por reinos estrangeros, tantos otros encarcelados, no pasaba un solo dia en que sus cortesanos no temiesen por sí ó sus allegados: de lo cual deducia que la corte de Francia era presa de la desconfianza, la envidia y todas las malas pasiones. Mas lo que debia hacerle temblar, era, añadia el padre, la terrible cuenta que tendria que dar á Dios de la opresion en que se encontraba la religion católica en Alemania por sus alianzas con los protestantes. «Y vos respondereis, señor, le dijo, acerca de vuestra salvacion con la sangre que haceis derramar en la Europa.» Luis sorprendido, le respondió que el cardenal le habia enseñado los pareceres de muchos doctores y hasta de jesuitas correligionarios suyos, que no pensaban como él. «¡Ah señor! replicó Caussin, no los creais: tienen que edificar una iglesia.» (Los jesuitas edificaban entonces la iglesia de la casa profesa de la calle de San Antonio). En vano el rey quiso disculpar á su ministro: tuvo que sucumbir á las



Ana de Austria confiando el jóven rey al duque de Beaufort.

razones del jesuita. «Y últimamente, dijo Luis, ¿á quién nombraremos en su lugar?» Caussin, que no habia previsto tal pregunta, se quedó como embarazado. Pidió algunos dias para satisfacerla, y habiendo pasado revista á todos los hombres mas ilustres de la corte, creyó haber encontrado el que necesitaba en Cárlos de Valois, duque de Angulema. Este, hijo natural de Cárlos IX y de María Touchet, que fué señora de Entragues, despues de haberse mezclado en una porcion de intrigas y de haber sido castigado con largas prisiones, podia por su talento natural y su esperiencia ser mirado como un hombre apropósito para gobernar. Caussin lo juzgó así; y no queriendo proponerle sin contar con su consentimiento, le comunicó su conversacion con el rey. El duque se quedó muy sorprendido. Consintió sin embargo, con grandes demostraciones de reconocimiento; pero reflexionando despues acerca del grande influjo que el cardenal tenia sobre Luis, y figurándose que este príncipe podia vacilar en el momento de la ejecucion, y que todo esto podia ser tambien un lazo del cardenal, se decidió á revelárselo todo. El prelado no dejó de prodigarle atenciones y promesas en señal de gratitud; pero para no quedar muy obligado, le añadió sonriendo: «que no hubiera tardado mucho en saber por el mismo rey el complot.»

Al mismo tiempo Caussin, que ignoraba este paso de Angulema, hostigaba cada vez mas á su penitente, quien le propuso que se ventilaran las dos opiniones ante doctores y ante el mismo cardenal. Caussin aceptó: se señaló dia; pero en el momento de entrar en la cámara del rey, donde habia de tener lugar la discusion y donde estaba ya el cardenal, fué notificada á Caussin la órden de retirarse, y tan pronto como llegó á su casa, recibió otra para que inmediatamente se trasladase á Quimper-Corentin, poblacion de la Baja Bretaña. Encontráronse entre sus papeles pruebas de la complicidad, ó como decian los aduladores, de la seduccion empleada por el padre Monod. El cardenal no tardó en hacer conocer á este su indignacion. No hubo medio que no pusiese en juego para tenerle á su discrecion. «Es preciso, escribia á Emery, su agente en Turin, que la duquesa esté privada de juicio si no le envia á Francia.» Mas el jesuita juraba que no veria al cardenal sino en retrato. La duquesa defendia á su director, disculpando por lo menos su intencion; pero el prelado creia injustificable una intencion que perjudicaba á sus intereses. En vano concedia Cristina al cardenal todo lo demás que le exigiese, el sacrificio de sus ministros, de territorio y de sus cuñados. «Ella estaba, dice Siri, para con el cardenal como para con Dios aquellas personas cuyas acciones privadas de la gracia no son meritorias á sus ojos. Eran todas obras muertas interin no entregase al padre Monod.» Llega á hacerla conocer su resentimiento, susci-

Imp. de D. J. M. Alonso, calle de Capellanes, núm. 10. Tomo II.

tándola dificultades, retirando del ducado toda especie de auxilios y abandonándola á merced de los españoles y sus dos cuñados; de manera que el jesuita, temiendo otras maniobras secretas, se apresuró á aconsejarla que le encerrase en un castillo como por via de castigo; pero el cardenal no se dejó engañar. Miró el arresto del padre Monod menos como una satisfaccion que se le ofrecia, que como un manejo empleado para arrebatarle su presa. Dió á conocer á la duquesa que el rey no se fiaba de ella, porque no ser leal á Richelieu era entonces no serlo á la Francia. Deja pues á un lado consideraciones: se apodera de una parte de sus estados á pretesto de defenderlos; y fué quizá el primer político que dió el escandaloso ejemplo, muy imitado despues, de encubrir la usurpacion bajo la aparente salvaguardia de la proteccion.

Algunos autores pretenden que el padre Caussin no se dirigió al duque de Angulema sino despues de la negativa del padre José, y que esta eleccion se habia hecho por consejo de la señorita de La Fayette, parienta muy cercana del capuchino. Dícese que este, fiel al cardenal, rehusó el ministerio; mas que reconocido á la buena voluntad del jesuita, le guardó el secreto. Richelieu, se añade, no pudo perdonarle esta reticencia, y concibió prevenciones que fueron despues funestas al capuchino. Difícil se hace averiguar lo que pasaba entre dos hombres tan interesados en ocultar sus sentimientos. Los que los trataron de cerca en sus últimos tiempos creyeron notar en ambos mútuo descontento. Richelieu era rencoroso, y tenia una calma orgullosa, mientras el padre José era brusco y poco sufrido. Se nota que estos defectos, á pesar de los cuales habian vivido siempre en buena armonía, principiaban á serles recíprocamente pesados, y motivaban altercados entre uno y otro. Las cosas habian llegado á este punto, cuando la reina madre, para conseguir ser recibida en Francia, se sometia á todas las condiciones: pedia solamente que no se la obligase á entregar su servidumbre, comprometiéndose á dejarla en el estrangero. Los pueblos esquilmados pedian la paz á gritos: los españoles la ofrecian honrosa y con ventajas. Todas las familias reclamaban sus amigos y parientes desterrados, proscriptos ó presos. Algunas palabras ú otros signos inequívocos escapados al padre José dieron á conocer que no aprobaba la inflexibilidad del cardenal. El rey, todavía afecto á la señorita de La Fayette, hablaba con el capuchino con grande confianza. Richelieu ofreció á este el obispado de Mans para alejarle de la corte; mas el padre José rehusó y redobló en esta ocasion sus instancias para lograr el capelo que le habia sido prometido. De todas estas circunstancias dedujeron los políticos que el capuchino aspiraba por esta dignidad á ponerse á la par del cardenal para suplantarle; que por lo menos tuvo el prelado motivo para creerlo, y que la enfermedad del padre José fué efecto de los celos del ministro. Es sin duda esta una de esas imputaciones á que no debe darse crédito sin tener á la vista pruebas irrecusables. Puede, por el contrario, probarse que estos dos hombres estuvieron unidos hasta el fin, puesto que Richelieu manifestó todas las inquietudes que debe dar una grave indisposicion del hombre á quien se estima. Quiso tenerle á su inmediacion: le hizo transportar á Rueil y cuidar con toda la solicitud de un amigo. El padre José por su parte dió al cardenal una prueba nada equívoca de sincera adhesion, haciendo pasar á manos del rey un escrito en que justificaba bajo todas sus fases la administracion de aquel, y le representaba como el único hombre capaz de dirigir los negocios. El cardenal no pudo menos de esclamar á la muerte del fraile: «He perdido mi brazo derecho.»

Era este en efecto un hombre infatigable que llevaba á todas las empresas la actividad y la constancia propias para alcanzar el fin. Habíase familiarizado con los obstáculos y los afanes en las misiones y reformas de los conventos; trabajos á que se dedicó desde su juventud. Se habia acostumbrado á prescindir de las voluntades, gustos é inclinaciones de los hombres, y á obligarlos cuando no le era posible persuadirles. El padre José penetró en los gabinetes de los príncipes, y presentándose osadamente se mezclaba en todo, y para todos los negocios encontraba salida en su mayor complicacion. Su vida sobria y dura, su exactitud en el desempeño de los penosos deberes de su estado y su esmero en no dejarse arrastrar por los atractivos de una vida mas cómoda á que le convidaba la corte, le conservaron el aprecio de los grandes: él los trataba sin consideracion cuando no se sometian á sus consejos, y les hablaba con la audacia del hombre que desafia los acontecimientos y que nada tiene que perder. Activo, absoluto y poco sensible á las penalidades del mando y de la obediencia, no se cuidaba de dulcificar prescripciones duras para los demas. No se notó en él solicitud cariñosa mas que para la congregacion de religiosas del Calvario, de que fué fundador; pero nunca se le advirtió aficion alguna particular. Los cortesanos encontraban singular que fuese dispensador de gracias, y no retuviese una sola para sí ó su familia. Los devotos no concebian que al mismo tiempo enviase misioneros á predicar el Evangelio y ejércitos que inundaban la Europa de sangre, que organizase institutos monásticos y se ocupase de tratados de alianza con los herejes. Mas las personas que tienen alguna esperiencia comprenden perfectamente que todo esto cabe en algunas cabezas. Richelieu á la cabecera del fraile moribundo, se ocupaba todavía mas de las operaciones políticas que de las exhortaciones religiosas que se usan en tales casos. «Valor, padre José, le decia, Brissach es de los nuestros.» Le dejaba siempre una libertad completa en los negocios en que intervenia, y hasta el enmendar sus propios planes, convencido de que tales hombres son siempre voluntariosos.

Alguna vez se imputó al padre José la severidad del cardenal, implacable siempre que se creia ofendido; pero no se notó que fuese mas indulgente despues de la muerte de su amigo; parece, al contrario, que recelando que surgiesen maquinaciones al verle privado de este apoyo, quiso castigar hasta la apariencia de faltas, á fin de prevenirlas por medio del terror. Si alguno por ejemplo merecia miramientos, era el duque de La Valette, coronel de infantería francesa, tio de una hermana natural del rey, casado con una parienta del cardenal, hijo del duque de Epernon, anciano respetable, hermano del duque de Candale y del cardenal de La Valette, que esponian entonces su vida por la Francia en el Piamonte: recomendable en fin por sí mismo, aunque no fuera mas que por la derrota de los zoqueteros (*Croquants*), gente sublevada de Guyena, cuya revolucion habia puesto en aprieto al ministro. Que á pesar de tantos títulos á la consideracion de este, La Valette hubiese caido en desgracia, no debe sorprender sabiendo que era tan orgulloso como su padre, y que sin contemplaciones criticaba públicamente y desaprobaba los actos del cardenal; pero la adhesion y sacrificios de sus hermanos por Richelieu debian haberle salvado de la proscripcion, y evitado al padre pesares que emponzoñaron sus últimos dias.

Se ha visto que por el duque de Epernon su padre no habia tomado parte La Valette en el complot tramado contra la vida del carnal. El prelado se acordaba de esto y decia algunas veces: «El asunto de Amiens no está olvidado.» Sin embargo, empleaba á La Valette en el ejército, ya porque no lo pudiese negar á un coronel general de infantería, ya con la esperanza de encontrar en el servicio ocasion para perderle: esta creyó encontrarla en el descalabro que sufrieron los franceses ante Fuenterrabía.

El príncipe de Condé dijo haber sido mal secundado por La Valette su primer teniente. Epernon y su hijo habian quedado ofendidos por el mando que la corte dió en esta ocasion en perjuicio suyo al príncipe en el gobierno de Guyena y provincias adyacentes. El ministro instruido de esta envidia, que quizá habia suscitado con intencion, persuadió al rey de que La Valette habia aprovechado una ocasion que se le presentó para hacer sufrir un revés al príncipe en la frontera, con perjuicio de los intereses del Estado. Irritado el monarca nombró para juzgar el hecho un tribunal que presidió él mismo. Estaba compuesto de muchos duques y pares, consejeros de Estado, presidentes del Parlamento y del decano de esta corporacion, á quienes se habia llamado á San German sin prévio conocimiento del motivo de la reunion.

Habiéndoles informado el rey de que habian sido llamados para procesar al duque de La Valette y que á consecuencia de los informes del procurador general, Mateo Molé, este habia pedido la órden de arresto, le representaron todos por boca del primer presidente Le Jai, que ellos no podian dar su opinion fuera del Parlamento y suplicaron al rey enviase á él este negocio. A esta objecion respondió Luis con recriminaciones algo fuertes: «Vosotros haceis alarde de independencia, les dijo, y de ser los tutores de los reyes. Yo únicamente soy el árbitro. Es un error grosero el creer que me falta autoridad para juzgar á los duques y pares de mi reino cuando me plazca. Por último, el duque de La Valette no merece ser juzgado de otra manera.» Esto queria decir bien claro que debia ser juzgado ilegalmente á fin de que, si quiera fuese inocente, no escapase á la condena que el rey habia ya pronunciado en su interior contra él. Pinon, decano del Parlamento, obligado á dar su opinion, suplicó á Luis remitiese al duque á su tribunal natural. El rey le apremió á que diera su opinion sobre el fondo de la cuestion. Pinon respondió que lo que habia dicho era suficiente. Sin embargo, no pudiendo resistir ya á las instancias amenazadoras del monarca, dijo que su opinion era la de los empleados del rey. El presidente Nesmond despues de haber mostrado igual repugnancia, dijo que opinaba lo mismo, pidiendo, así como todos los del Parlamento, que constase en la sentencia que todo lo obrado habia sido por órden espresa del rey.

El presidente Bellievre se distinguió entre los demas. A las observaciones precedentes unió vivas pero respetuosas representaciones sobre el peligro que habia de intimidar á los jueces, y sobre lo poco conveniente que seria el presidir el rey el juicio de un súbdito: «Vuestra Magestad, le dijo, ¿podrá sostener la mirada de un noble que se siente en el banco de los acusados y que salga de vuestra presencia al patíbulo?» Esta observacion no desconcertó al rey: mandó á Bellievre terminantemente que emitiese su opinion, y este concluyó proponiendo la menor de las penas en materia criminal,

que era el emplazamiento personal. El presidente de Novion, despues de haber puesto en claro la insuficiencia de los cargos, opinó como Bellievre. El presidente Bailleul, creyendo sustraerse á la necesidad de opinar, dijo que al entrar en la sala habia oido al cardenal que el rey podia todavia ejercer su bondad con el duque de La Valette, y que su dictámen era que se le suplicase: «No os cubrais con mi capa, le dijo irónicamente Richelieu, dad vuestra opinion.» Ninguno de los pares reclamo para el acusado los derechos de su rango: y entre los consejeros de Estado hubo quien para alegar la validez y competencia de la comision, trajo á cuento las costumbres despoticas del Asia, donde el monarca se deshacia sin forma alguna de proceso de aquellos que se le antojaba; dando con esto á entender que el duque de La Valette era todavia afortunado en que el rey quisiese someterle á un juicio. Asi por este primer fallo, este señor que habia sido cuñado del rey, fué mandado arrestar, y espirado el plazo sin que se le pudiese haber á mano, fué por otro sentenciado á muerte. El cardenal no dió su opinion en esta segunda sentencia. Se retiró alegando que como aliado del duque de La Valette no podia dar consejo. En vano Bellievre hizo nuevos esfuerzos en favor del acusado. Los dependientes del rey le calificaron de culpable de inteligencia con los españoles, y de desobediencia á su general. Bellievre represento que la traicion de que se hablaba, apoyada en vagas congeturas y en la deposicion de testigos recusables, no estaba probada. Dijo en cuanto á las faltas de disciplina, que solo un consejo de guerra era competente para examinar si el duque habia ó no estado en la imposibilidad de obedecer. Sin embargo, ora por dar alguna satisfaccion al rey, ora por suministrar á los jueces de buena intencion un recurso favorable al acusado, Bellievre añadió que no encontraba escusa para uno de los oficiales de la corona que desobedecia las órdenes del rey cuando le llamaba para justificarse; que esta falta era de muy pernicioso ejemplo y merecia ser castigada: y en consecuencia pedia que el duque de La Valette fuese condenado á nueve años de destierro y á cien mil francos de multa.

Ninguno siguió esta opinion. El rey se levantó irritado, y para hacer mas patente el crimen imputado al esposo de su hermana, hizo un elogio de su bravura, y puso por testigos á los señores presentes, que como él le habian visto dar pruebas del mas grande valor en ocasiones de mucho empeño. Aseguro que la brecha de Fuenterrabia estaba practicable; que el duque hubiera entrado á haber querido, y que el no haberlo hecho probaba su delito. Contra esta asercion de un rey irritado, nadie oso reclamar: la sentencia de muerte fué pronunciada, y se ejecutó en efigie.

Esta fué como la señal de las desgracias que cayeron sobre esta familia. El duque de La Valette que habia visto llegar la tormenta se habia refugiado en Inglaterra; el de Gandale, su hermano mayor y el cardenal de La Valette, que era el menor, murieron en el Piamonte á poca distancia el uno del otro: el primero delante de Casal, al mismo tiempo que se procesaba á su hermano, y el segundo en Rivoli; y el duque de Epernon, padre infortunado, se encontró á la edad de ochenta y seis años privado de sus hijos, confinado en su posesion de Plassac, y sin autoridad en sus cargos y gobiernos, de que no le dejaron mas que los títulos.

Sin embargo, los príncipes de Saboya apoyados por los españoles y por un numeroso partido nacional conseguian ventajas en el Piamonte. Richelieu ofrecia á la duquesa todos los socorros de la Francia, aunque no gratuitamente. Ora pedia un territorio en las cercanias de Pignerol, ora alguna plaza ó fortaleza que decia ser necesarias para la seguridad de las divisiones francesas; unia en fin amenazas de invasion, cuando la dureza de sus condiciones sugeria á la princesa la idea de un convenio con sus cuñados. El por otra parte los ponia á sus ojos como ambiciosos que solo querian reunirse á ella con objeto de deshacerse de su hijo; y al mismo tiempo, para perpetuar la discordia, hacia por bajo de cuerda avisar á los cuñados que si la duquesa se disponia á entrar en tratos con ellos, era con el insidioso fin de apoderarse de sus personas. Victima de estas intrigas, cedió ella á la necesidad y consintió en entregar tres de sus plazas al cardenal de La Valette; mas siguiendo el parecer de su consejo, rehusó constantemente separarse de su hijo. El conde Felipe de Aglié, uno de sus ministros, hombre de mérito á quien se hizo pasar por amante suyo, fué el principal que se opuso con mas tenacidad á los designios del cardenal. Acompañó á la duquesa á Grenoble, á donde el rey la habia citado para tratar de este asunto, y no contribuyó poco á afirmarla en su resolucion. Richelieu poco acostumbrado á que le fallasen sus planes, picado de ver que en este no alcanzaba nada y sobre todo de haber comprometido la dignidad del rey, por la desconfianza que se le demostraba, propuso en el consejo hacer arrestar al conde «á ese miserable, decia, que compromete la reputacion de Cristina.» No osando el Consejo autorizar con su asentimiento semejante violacion del derecho de gentes, el cardenal tuvo que dejar marchar á Aglié, pero sin perderle de vista como una presa que se proponia no abandonar.

Por entonces fué cuando murió el cardenal de La Valette, y cuando fué enviado en su reemplazo el conde de Harcourt. Turin estaba en poder del príncipe Tomás que habia entrado por sorpresa, aunque no habia podido apoderarse de la ciudadela. Para conservar comunicacion con esta, el conde se habia colocado en Quiera y Cheri, entre el príncipe Tomás y el marques de Leganes. En tal posicion no debian tardar en faltarle los víveres, y asi luego se vió en la necesidad de abandonarla. La dificultad era practicar esta diligencia sin que de ella pudiera apercibirse el enemigo. Tomó tan bien sus medidas, que salieron bien en parte; y cuando el príncipe Tomás reconoció la vanguardia mandada por el vizconde de Turena, se habia apoderado ya este de todos los puntos que debian asegurar la retirada. El príncipe no tenia á su favor mas que el número. Trató de aprovecharse de este, y fué rechazado con pérdida, debiendo á la noche su salvacion. El marques de Leganes que atacaba al mismo tiempo al conde de Harcourt, sufrió otro descalabro: continuaron los franceses su ruta sin obstáculo, y llegaron á Carmagnole y Carignan, donde establecieron sus cuarteles de invierno.

En los Paises Bajos el marques de La Meilleraie, pariente del cardenal, tomó á Hesdin, y recibió del rey sobre la misma brecha el baston de mariscal de Francia. Menos afortunado que él el marques de Feuquieres, encargado del sitio de Thionville con un ejército harto débil, fué derrotado por Piccolomini y herido de muerte. El general austriaco aprovechándose de esta ventaja invadió la Champaña y puso sitio á Mouzon. Chatillon se desquitó entonces en San Omer; y aunque menos fuerte que Piccolomini le obligó á levantar el campo. El príncipe de Condé en el Rosellon se apoderó de Salces; pero embestida otra vez esta plaza por los españoles, la volvieron á tomar sin embargo de la obstinada resistencia que hizo su gobernador. Achacó aquel esta pérdida al mariscal de Schomberg; pero sus quejas no tuvieron esta vez acogida en el ministro, que queria sinceramente al mariscal.

El duque de Weimar murió este mismo año en el momento en que se disponia á entrar en campaña. El rey obtuvo de los esfuerzos de sus generales y ejército hermosas conquistas, miradas con envidia por todas las potencias beligerantes, y en especial por el príncipe palatino que llegando de Inglaterra con el designio de sacar partido al atravesar la Francia, fué detenido y preso como desconocido, y retenido por algun tiempo en la Bastilla. El duque de Longueville dado por gefe al nuevo ejército, se lanzó sin éxito sobre el bajo Palatinado y efectuó sin obstáculo el paso del Rhin. Lo verificó merced á los cuidados del conde de Guebriant, á fines de diciembre, en muchos dias y en barcos pequeños, de suerte que el enemigo que no tenia noticia de preparativo alguno, no los advirtió hasta que fué terminada la operacion. Estas tropas unidas á las de Banier consiguieron se uniesen á la liga muchos de los príncipes del Norte de Alemania que se habian visto forzados á abandonarla: y aunque la rivalidad de los suecos puso obstáculos á las ventajas que debian prometerse en estas comarcas, no dejaron de ser útiles para entretener á las fuerzas del emperador.

Sucedio todavía que por falta de concierto entre los aliados escapasen de grave peligro los Paises Bajos amenazados por tres ejércitos franceses á las órdenes de los mariscales La Meilleraie, Chaulves y Chatillon, y por el príncipe de Orange. Con el mas hermoso ejército que nunca habia mandado, Federico Guillermo no se atrevió á tentar fortuna. Los franceses por su parte, levantaban todos los sitios que habian emprendido. Sin embargo, para terminar con algun hecho honroso se unieron los tres sobre Arras. El general Lamboy que llegaba al socorro, fué batido por La Meilleraie. El cardenal-infante y Cárlos de Lorena acudieron tambien é hicieron en vano prodigios de valor para forzar las líneas de los sitiadores; el duque se cubrió de gloria; pero sin alcanzar nada, y la plaza tuvo que rendirse. Este fué todo el fruto de una campaña de que se esperaban otros resultados. El duque de Enghien, Luis de Condé, segundo de este nombre, y conocido despues con el de *Gran Condé*, se dió á conocer en esta campaña.

La de Italia fué mas brillante. El marques de Leganes habia puesto sitio á Casal que tenia aun guarnicion francesa, y cuya posesion era por este lado la llave del Milanesado. El conde de Harcourt aunque con menos gente corrió decidido al socorro de la plaza. El marques en lugar de salirle al encuentro, perdió la ventaja del número dejándose atacar en sus líneas, que fueron forzadas por tres diferentes puntos á la vez. El vizconde de Turena se distinguió allí particularmente, pero sobre todo el conde de Harcourt, que para dar ejemplo se arrojó el primero á los atrincheramientos é inspiró su valor á todo el ejército. Los españoles perdieron mucha artillería, la cuarta parte de su gente y fueron obligados á levantar el sitio. El general francés para sostener la gloria que acababa de adquirirse, marchó al punto sobre Turin con la intencion de socorrer la ciudadela. Aunque menos fuerte que el príncipe Tomás, osó poner sitio á la poblacion. El marques de Leganes le siguió de cerca, y á pesar de ser todavía superior con los restos de su ejército, fué arremetido y se le interceptaron todos los pasos

por donde podia recibir los víveres. Tanto en la poblacion como en las líneas francesas, solo á fuerza de pelear se podia alcanzar algo; y de una y otra parte la perseverancia le sostenia con la esperanza de causar la del enemigo y reducirle á la imposibilidad de sostenerse. Un ataque concertado entre el príncipe y los españoles por medio de granadas, á que se habia dado el nombre de *correos volantes*, dentro de las cuales iban las comunicaciones, y eran lanzadas con morteros por encima de la circunvalacion, hizo renacer la confianza entre ellos; pero accidentes imprevistos malograron la inteligencia, siendo rechazados separadamente, por haber atacado cada cual por su lado. Al dia siguiente, el vizconde de Turena, á quien una herida habia obligado á retirarse á Pignerol, acudió con un refuerzo considerable de gente y víveres, que decidió de la suerte de Turin. El príncipe Tomás obtuvo libertad para salir con su guarnicion retirándose á Ivrea, y Cristina volvió á su capital. Ella daba sus órdenes á la guarnicion francesa mandada por Duplessis-Praslin; pero en rigor dependia de este. El cardenal la mortificó cruelmente, arrancando de su lado al conde de Aglié, á quien hizo encarcelar en la Bastilla. A las quejas y reclamaciones de Cristina no opuso Richelieu otra cosa que un desden insultante. «Hay ciertas ocasiones, dijo, en que si no se desprecian las lágrimas de las mujeres, contribuye uno á perderlas.» La escribió diciéndola que tanto interés por la libertad del conde haria concebir sospechas poco favorables á su reputacion. Puso, en fin, á los ojos de Luis XIII esta violencia, como un efecto del vivo interés que él tomaba por el honor de la princesa su hermana.

La inmensidad de los recursos que eran necesarios para una guerra tan dispendiosa, dió origen á revueltas así en España como en Francia. El proyecto concebido por el duque de Olivares de hacer que contribuyera Cataluña en la misma proporcion que las demas provincias españolas, pareció á los catalanes una violacion de sus privilegios. Su descontento creció con las estorsiones á que se les sometió para el servicio del ejército castellano destinado á la defensa del Rosellon, y sobre todo con los escesos á que se entregó esta milicia indisciplinada. Algunos soldados de los que mas se habian distinguido en aquellas depredaciones, conocidos en Barcelona un dia en que se encontraban en la ciudad muchos lugareños, escitaron la indignacion y fueron blanco del furor popular. El tumulto creció en proporcion de la resistencia opuesta por el gobernador, y la muerte de este acabó al fin la jornada en la ciudad que levantó ya descaradamente el estandarte revolucionario y solicitó socorros á la Francia para sostener su independencia. Espenau que se habia adquirido buena reputacion en la defensa de Salces, fué enviado á Cataluña con cuatro mil hombres, débil recurso contra un ejército de veinte y cinco mil soldados mandado por el nuevo virey marques de Los Velez, quien con innumerables ejecuciones sembró el terror en todas partes. Una guerra defensiva podia únicamente suplir á la desigualdad de las fuerzas. Con esta intencion se fortificó Espenau en Tarragona, pero mal secundado por los reclutas de Cataluña tardó poco en capitular, evacuando no solo la plaza sino la provincia. Esta ventaja de los españoles fué ampliamente compensada por otra defeccion: la de Portugal donde una conjuracion fomentada por el odio general contra la dominacion española, colocó en el trono á don Juan de Braganza, descendiente por su abuela de un hijo de Manuel el Grande, y por su padre de un hijo natural del rey Juan de Avis, por quien se habia perpetuado la línea masculina de la familia real de Portugal.

Socorros mas considerables enviados á Cataluña, fruto de la resolucion tomada por los catalanes de renunciar á su primer proyecto de República y de ponerse en manos de Luis XIII, reanimaron su valor. De concierto con los franceses arrostraron las iras españolas bajo el cañon de Monjuich; pero no pudieron reconquistar á Tarragona, y los esfuerzos del conde de Lamothe-Houdancourt por tierra y del arzobispo Sourdis por mar, fueron totalmente inútiles delante de esta plaza que fué abastecida por una poderosa flota española. El mariscal Brezé fué enviado por Luis XIII en calidad de virey á esta provincia para jurar la conservacion de sus fueros.

El príncipe Tomás, poco despues de haber evacuado á Turin habia entablado una negociacion con la Francia, y bajo la garantía de esta potencia habia concluido un tratado de reconciliacion con su cuñada. En consecuencia de este convenio debia marchar á Paris; pero su desconfianza en el conde de Soissons, con cuya hermana se habia casado, le echó de nuevo en brazos de los españoles. Reprodujo sus pretensiones de regencia, á la que habia renunciado, y volvieron á comenzar las hostilidades. Turena enviado contra Ivree, tenia la esperanza de apoderarse de esta plaza cuando por un falso movimiento de los españoles fué llamado contra Chivas. Durante toda la campaña, el conde de Sirvela que habia reemplazado á Leganes, destinado á Cataluña, tuvo el talento de burlar todas las tentativas del conde de Harcourt para obligarle á un lance decisivo. Este en la imposibilidad de alcanzarle, cayó sobre Coni, y los españoles sobre Montcalvo, cuya toma no fué bastante para compensar la pérdida de Coni.

Banier al principio de este mismo año y el conde de Guebriant que habia sucedido al duque de Longueville, dejando ambos al mismo tiempo sus cuarteles, se unieron casualmente delante de Ratisbona. Su proyecto era sorprender la Dieta ocupada entonces en los medios de arrojar á suecos y franceses del territorio aleman: El deshielo inesperado del Danubio frustró sus planes. Los dos generales privados de los auxilios necesarios para el paso del rio, se retiraron y separaron despues descontentos el uno del otro, en ocasion precisamente en que mas que nunca les era precisa la union por la proximidad de las tropas de Weimar. El archiduque Leopoldo aprovechando esta mala inteligencia iba á arrojarse sobre Banier; pero Guebriant corrió á su socorro. Banier murió poco despues de esta nueva union, y el mando general se encontró provisionalmente en manos del general francés. Era un triunfo el poder reunir en un solo cuerpo á un ejército compuesto de elementos tan discordantes; Guebriant hizo mas: batió á Piccolomini en Wolfenbutel; pero la mala voluntad de los suecos no le permitió aprovechar la victoria, y permitió al emperador volver á incorporar á su partido muchos aliados de ambas coronas.

En Flandes el mariscal de La Meilleraie habia tomado á Aire á vista del cardenal-infante; pero aumentando este sus fuerzas con la union del general Lamboy, forzó á su vez á los franceses á decampar, y se estableció en sus mismas líneas para reconquistar la plaza. El mariscal demasiado débil para desalojarle, se encaminó á Bassee, Lens y Bapaume que fueron tomadas sucesivamente. Mas ni las pérdidas ni las instancias del conde de Soissons, amenazado entonces en Sedan, fueron bastantes para distraer á los españoles de su primer objeto, y Aire tuvo que ceder á su perseverancia, rindiéndose á D. Francisco de Melo, sucesor del cardenal-infante, muerto durante el sitio.

Tantos reveses sufridos este año por la casa de Austria persuadieron al duque Cárlos de Lorena que debia renunciar á entrar en sus estados por el solo crédito de esta potencia. Acudió pues al del cardenal, quien le ofrecia ademas obtener del Papa su divorcio con la princesa Nicole, de la cual se habia disgustado, y favorecer su enlace con la condesa de Cantecroix, que le seguia en todas las espediciones, y á quien llamaba él *mi esposa de campaña*. Un acto de sumision á Luis XIII á quien fué á encontrar en San German, el abandono de los condados de Clermont, Stenay y Jametz, el depósito de Nancy hasta la conclusion de la guerra, y la renuncia de toda alianza con el Austria, el paso por sus dominios y la cooperacion en fin de sus tropas, fueron las condiciones impuestas á la restitucion de los estados; y en el caso de una nueva infidelidad que temia el cardenal, consentia el duque en que fueran unidos á la Francia.

La reina madre hizo por entonces sus últimas tentativas para ser admitida en Francia. Esta princesa comenzaba á inspirar compasion, y se habia visto obligada á abandonar los Paises Bajos, donde el bien parecer la impedia permanecer desde que estaban en guerra con la Francia. Pasó á Inglaterra á fines de 1638, y su yerno Cárlos I la recibió con satisfaccion; pero las turbulencias que ya devoraban á este reino hacian temer á este rey que no podria dar por mucho tiempo un tranquilo asilo á su suegra; emprendió luego el reconciliarla con su hijo. Richelieu, á quien la quebrantada salud del rey habia inspirado el pensamiento de ser regente despues de su muerte, estaba menos dispuesto que nunca á favorecer ningun paso que pudiera ser un obstáculo á sus proyectos. Fueron sin embargo tan apremiantes las instancias de Cárlos, que no se pudo menos de someter á deliberacion el caso en el Consejo. Ni un solo voto obtuvo la vuelta de la reina á Francia: solo Bouthillier opinó porque se la señalase Aviñon por residencia. Todos los demas concluyeron porque que se la relegase á Florencia, y el monarca aprobó tan dura decision. María de Médicis, conservando siempre la misma repugnancia á volver á su país natal, testigo de sus desgracias, permaneció en Inglaterra, ínterin los negocios de Cárlos se lo permitieron; pero algunos procedimientos del Parlamento, sugeridos segun se dice por Richelieu, la obligaron de nuevo á alejarse. Pasó á Holanda, donde pensaba fijarse; pero el temor de enojar al cardenal hizo que se la negara este refugio. La infortunada princesa, abandonada de todos sus hijos, rechazada por los aliados de su esposo y obstinada en no querer vivir en Florencia en el estado humillante á que se veia reducida, miró en torno de sí para ver si aun podia encontrar algun asilo cuya eleccion no fuese objeto de la animadversion de sus perseguidores. No vió otro que Colonia, ciudad imperial, libre y neutral, y en ella se refugió.

Richelieu la habia dado poco antes un nuevo compañero de destierro en el duque de Vendome, hermano natural del rey. Este príncipe vivia tranquilo en sus posesiones con su esposa la duquesa y los duques de Mercœur y Beaufort, sus hijos, cuando llegó á saber que se habia dado acogida á las deposiciones de dos miserables infamados ya por la justicia, que le acusaban de haberlos solicitado para envenenar al cardenal. Vendome se burla desde luego

de esta calumnia, tan despreciable por la manera con que estaba forjada como por sus autores: pero al saber que le daban alguna importancia, envió á la corte á su mujer y á sus hijos para que hiciesen presente, así al rey como al ministro, lo absurdo de semejante imputacion y á ofrecerles que iria él mismo si lo creian necesario. El rey le coge la palabra y le emplaza para un dia señalado: entonces reflexiona Vendome: recuerda cuánto en otra ocasion ha sufrido en una prision, la suerte de su hermano muerto con las apariencias de un envenenamiento, la resolucion del duque de La Valette y tantos otros que prefirieron arriesgarlo todo á comprometer su libertad y su vida. Bien examinado todo, resolvió abandonar su justificacion, tarea que se le presentaba fácil, si no creyese que habia decidido empeño en encontrarle culpable, y huyó á Inglaterra. Luis formó contra su hermano una comision parecida á la que habia juzgado á su cuñado: se reunieron los jueces, y cuando incoado ya el proceso se iba á pedir su dictámen á cada uno de ellos, el cardenal que como ofendido habia tenido la delicadeza de no entrar en el número de los mismos, envió al canciller una carta en la cual le suplicaba pidiese al rey perdon para el culpable. Luis se sostuvo por algun tiempo, y aparentando al fin ceder á las instancias del tribunal, dijo: «Adoptaré únicamente un espediente, que es reservarme el proceso criminal de Vendome y suspender todo juicio definitivo: «segun su conducta ulterior obraré despues ejerciendo con él mis bondadosos instintos.» No pudieron alcanzar mas todos los ruegos. Si esto no bastaba para el acusado, era ya mucho para el cardenal; porque al paso que hacia alarde de sentimientos generosos, inspiraba al rey prevenciones no solo contra los directamente atacados, sino contra sus parientes y amigos, sobre quienes se podria echar la nota de complicidad.

Mientras que así alejaba de la corte y del reino á aquellos que podian hacerle sombra, acogia lisonjeramente á un hombre que le habia dado algunas pruebas de adhesion. Este hombre, tan célebre despues, era Julio Mazarino. El marques de Mongïat, que se dejaba llevar de las preocupaciones de su siglo, dijo que el padre de Mazarino era un comerciante de Mazare, en Sicilia, á quien algunos negocios desgraciados le llevaron á Roma. Envió á su hijo á estudiar á la universidad de Alcalá en España. Despues de sus estudios, el jóven Mazarino entró á servir en el ejército español, y transcurrido poco tiempo se fué á Roma al lado de su padre. Una vez allí, Julio supo introducirse en casa del cardenal Sachetti: este le presentó al cardenal Colonna, y habiéndose casado la hermana de este último con Tadeo Barberini, sobrino del papa Urbano VIII y hermano del cardenal Antonio Barberini, este prelado se le aficionó y le hizo entrar en los negocios. Principió su aprendizaje á las órdenes del nuncio Pancirole, encargado de arreglar la sucesion de Mantua, que daba orígen á debates que turbaban la paz de Italia, y Mazarino consiguió llevar las cosas á un término satisfactorio. De vuelta á Roma cambió la espada por la sotana. Fué vice-legado de Aviñon y enviado á Francia en el momento de la declaracion de guerra á España, para tratar en favor de la paz general. Algunos pasos del vice-legado, mas favorables á Francia que á España, le hicieron sospechoso de haberse dejado seducir por Richelieu. El Papa le llamó y dió á conocer su descontento. Sea temor del castigo ó conviccion de que nada tenia que esperar de Roma para su fortuna, abandonó los Estados Pontificios y llegó á Paris, yendo á parar á casa de Chavigny, con quien era familiar. Este le recomendó eficazmente á Richelieu, quien le envió en calidad de embajador estraordinario á Turin, despues como plenipotenciario á Alemania, y logró en seguida, á pesar de la repugnancia del Papa, que se le confiriese la investidura cardenalicia; en fin, muerto el padre José, descargó el ministro sobre el nuevo cardenal el cuidado de los negocios estranjeros, ayuda que le llegó con tanta mas oportunidad, cuanto que distraia toda su atencion lo que pasaba por la parte de Sedan.

El conde de Soissons seguia siempre en una posicion equívoca; no siendo rebelde ni habiéndose sometido, estaba incomodado de encontrarse relegado fuera del reino y privado de las consideraciones debidas á su rango, atormentándole el deseo de recobrarlas y el miedo de que sus esfuerzos empeorasen su posicion. Por su parte Richelieu veia con despecho que este solo príncipe no se doblegase ante su omnipotencia. De vez en cuando decia al ocuparse de Soissons: «Esto no debe tolerarse en buena política; pero el rey se empeña en ver el fin de sus manejos.» Hacia alusion con esto á las inteligencias harto públicas del conde con la reina madre, el duque de Vendome, la duquesa de Chevreuse, el duque de La Valette y todos los espatriados que estaban esparcidos por Inglaterra, Italia, España y Flandes. Sospechaba tambien que estaba de acuerdo con la reina reinante, el duque de Orleans, todos los descontentos del reino y aun con Cinq-Mars, jóven de hermosa presencia y de genio mas complaciente que discreto, que el ministro habia sustituido á Saint-Simon en el favor del rey y que principiaba á separarse de las intenciones de su bienhechor.

Mientras el Estado estuvo amagado de una crisis peligrosa, fué forzoso contemporizar con estos genios díscolos y aun guardarse de irritarlos; pero poco á poco habian desaparecido los síntomas alarmantes. El español, obligado á defender sus hogares amenazados por la revolucion catalana y portuguesa, dejaba tranquilas las fronteras de Francia. Las tropas de Weimar ganadas, é incorporadas sus conquistas al reino, le servian de baluarte por el lado de Alemania. Las correrías de los holandeses garantizaban los paises limítrofes con Flandes. El duque de Lorena que lanzado de sus estados y reducido al papel de aventurero, tenía tropas que llevaba adonde su interés se lo aconsejaba, por este mismo interés se habia unido á la causa de Francia, y en el caso de una deslealtad ya prevista, la ocupacion de sus plazas y estados en que habia consentido, si tal sucediese, le reducia á la nulidad. Por último, la política de Richelieu habia tenido el mejor éxito con la duquesa de Saboya: malquistada con sus cuñados y con los españoles, se encontraba en una absoluta dependencia de los franceses, que ocupaban sus plazas fuertes y dominaban el pais por medio de partidas que se daban la mano desde Génova hasta Valtelina. Estas partidas podian reunirse en caso de necesidad formando un cuerpo de ejército, y servian para guardar el reino por aquel lado contra los socorros que la casa de Austria podia sacar de Italia, donde varios príncipes, en odio de Richelieu ó envidiosos de la prosperidad de la Francia, auxiliarian con gusto á sus enemigos.

Con tales precauciones podia ya Richelieu herir impunemente al conde de Soissons con el golpe que meditaba mucho tiempo hacia. Aunque este príncipe estaba en inteligencia con todos los descontentos, es de presumir, por lo mucho que costó al duque de Bouillon decidirle á obrar, que se hubiera mantenido tranquilo á no haber sido provocado por las secretas vejaciones del cardenal. El rey queria que le dejasen quieto en su retiro; pero las circunstancias hacian muy diferentes los intereses del monarca y los del ministro. La salud de Luis XIII decaia sensiblemente y hacia temer una muerte próxima. No menos quebrantado Richelieu, se ocultaba á sí mismo el peligro lisonjeándose con sobrevivir á su señor. Para un ambicioso no era sobrevivir el quedar sin poder; en consonancia con esto, creyóse notar algunos manejos, cuya tendencia era asegurarse la regencia para aquel caso. Era preciso presumir mucho de su capacidad y su fortuna para concebir tan osado proyecto contra los derechos de dos reinas, de un hermano del rey, muchos príncipes de la sangre y todos sus mortales enemigos; del conflicto de tantas pretensiones esperaba el ministro el éxito de las suyas. He aquí cómo preparaba el terreno.

«A la muerte del rey precisamente habrá divisiones: es probable que la reina madre quiera revindicar una autoridad que ha dejado escapar otra vez con harto sentimiento suyo. La jóven reina viuda no querrá cedérsela. El duque de Orleans reclamará los derechos de su nacimiento. Todos tres se verán muy embarazados al encontrarse sin tropas, sin dinero ni consideracion. Si no lo hacen espontáneamente, yo procuraré que alguno de ellos recurra á mí, como dueño de arrastrar á aquel lado á que me incline los gobernadores de las provincias y plazas y los gefes del ejército, todos hechuras mias. Si desdeñasen recurrir á mí, yo les opondré la casa de Condé, que será de gran peso en la balanza.»

En efecto, el príncipe de Condé era hombre de cabeza y con un carácter apropósito para el gobierno. El duque de Enghien, su hijo, daba ya precoces pruebas de ambicion y mostraba para el mando de las tropas la disposicion y talentos que tan célebre le hicieron despues. Richelieu le habia asegurado dándole por esposa á su sobrina Clara Clemencia de Maillé, hija del mariscal de Brezé, y al mismo tiempo protegia en el servicio de la marina al marques de Brezé, hermano de la jóven princesa, destinado por él al puesto de almirante, dignidad á que se hubiera hecho acreedor, si una muerte gloriosa no le hubiera arrebatado en la flor de su edad. Es indudable que estos dos jóvenes guerreros, con ayuda de los consejos de su tio, podian dar mucho brillo y ventaja á la casa de Condé contra dos mujeres sin poder y contra Gaston, príncipe desacreditado: no habia mas que el conde de Soissons, príncipe generalmente estimado, que pudiese contrariar los proyectos del cardenal. El prelado se habia apresurado á ponerle de su parte, ofreciéndole en matrimonio á su sobrina mas querida la duquesa de Aiguillon. Puesto que tal ofrecimiento, acompañado de las mas brillantes promesas, no habia sido bastante á seducirlo, no quedaba otro recurso que acabar con él, obligarle á huir ó imprimirle la marca de criminal de lesa mugestad, á fin de inhabilitarlo á los ojos de la nacion para hacer valer sus derechos. Esta era la tendencia de una declaracion del rey que se publicó el 8 de junio. Apoyándose en imputaciones de planes formados para sublevar las provincias, de dinero recibido de los enemigos del Estado, de convenios hechos con ellos, se mandaba al conde de Soissons, al duque de Bouillon y al jóven duque de Guisa Enrique, que se presentasen en la corte en el término de un mes á sincerarse y probar su fide-

lidad, y al mismo tiempo se hacian marchar tropas sobre Sedan á las órdenes del mariscal de Chatillon.

Si entre el conde y todos los descontentos no habia correspondencia abierta, como era preciso para su mútuo apoyo, existia á lo menos una inteligencia muda, como la que se encuentra entre los desgraciados á quienes la necesidad sirve de prenda de union y que se entienden sin que sea preciso esplicarse. Así pues fueron casi simultáneos el peligro y las seguridades de servicios; los consejos, los votos y los socorros mas efectivos de hombres y dinero que le llegaron de todas partes. No sin pesar se decidia el conde á desenvainar la espada contra su soberano. Tambien con despecho de Luis XIII era como avanzaban sus tropas contra su pariente; pero era arrastrado el uno por su ministro y el otro por Bouillon. El duque no veia seguridad para su soberanía sino en la guerra. Si el conde de Soissons hacia un convenio, cosa que deseó hasta lo último, Bouillon estaba seguro de que la primera condicion que se impondria sería que el príncipe se alejase de Sedan. Entonces se echaba esta cuenta: «¿Cuántos pretestos no encontrará el cardenal para apoderarse de mi principado, que no tendrá por salvaguardia la presencia del príncipe? Si nos decidimos á estar pasivos, el ministro hallará cuando quiera pretesto para atacar al conde y su defensor; quizá nos sorprenda. Ya pues que estamos preparados, es preciso jugar el todo por el todo para saber á cuál de los dos, si á Richelieu ó al conde de Soissons quedarán las riendas del gobierno.»

Los descontentos en su manifiesto del 2 de julio no ocultaron esta intencion, porque entre los motivos del bien público, tema ordinario de esta clase de documentos, se veia en términos claros el designio de separar del rey al cardenal; y como era evidente que el príncipe no podia prescindir de ser dirigido, era decir que aspiraban al ministerio y al influjo que aquel ejercia. Parece que era muy indiferente á Luis el resultado, y que se serviria con el mismo placer de Soissons, cuya probidad apreciaba, ó de Bouillon, cuya capacidad sabia, como se servia de Richelieu. Se fué muy despacio hasta Perona sin mostrar su actividad ordinaria. Las tropas parecian participar de la indolencia del monarca. No sin pesar avanzaban contra un príncipe de la sangre á quien se creia reducido á la desesperacion por el ministro. Richelieu quiso hallar traidores en la servidumbre y el ejército de Soissons, mas con todos sus tesoros no pudo lograrlo: al mismo tiempo que sin seduccion, la corte y las tropas del rey estaban llenas de personas que hacian votos por la prosperidad del conde y que estaban dispuestas á apoyarlo.

Para mayor ventaja por parte de los confederados, el mariscal Chatillon, que mandaba las tropas reales, era un valiente militar, pero el mas negligente de los generales. Avanzaba con direccion á Sedan, pensando que no tendria que combatir mas que con gente tímidamente encerrada en las plazas, é ignoraba que le saldria al paso un ejército tan fuerte como el suyo. Habíalo organizado Soissons con voluntarios franceses que habian acudido á ponerse bajo sus banderas y con alemanes enviados por el emperador á las órdenes del general Lamboy, capitan valiente y esperimentado. Solo en el último estremo aceptó el conde este socorro. Lamboy habia pasado ya el Mosa y unídose á los franceses, cuando todavía Soissons queria escuchar proposiciones para un convenio. Bouillon por el contrario miraba esto como una astucia imaginada para hacer sospechoso el príncipe á sus aliados, ó como una prueba de que el príncipe desconfiaba de sus fuerzas. «En uno y otro caso, decia, no conviene dejarse alucinar por ofrecimientos insidiosos ó interesados. Se jugó pues la suerte, y la accion se empeñó el 6 de julio en la llanura de Bazeille, cerca del bosque de La Marsee, á la vista de Sedan. Los mejores historiadores hacen el merecido elogio de Chatillon por sus disposiciones y su valor: dicen que supo elegir el campo de batalla, que ordenó bien su ejército y que tanto en acertadas maniobras como en intrepidez nada dejó que desear; pero que todos estos esfuerzos nada pudieron alcanzar del mal espíritu de sus tropas. El oficial estaba disgustado porque se le emplease contra un príncipe de la sangre á quien estimaba, y el soldado por algunas retenciones que se habian hecho de sus antiguos alcances que queria cobrar íntegros; de suerte que despues de una muy débil resistencia, todo el ejército, como de acuerdo, se desbandó. Cuerpos enteros de caballería se retiraron á son de trompeta en el mejor órden. Se oyó á algunos soldados que uniendo el escarnio á la desercion, decian en su fuga: «Esto por los cinco escudos, aludiendo al descuento. Chatillon, despues de las mayores pruebas de valor, viéndose casi solo en el campo de batalla, tuvo que incorporarse á los fugitivos, que le llevaron mas de ocho leguas.

El conde de Soissons, rodeado de algunos oficiales, avanzaba tranquilamente por la llanura viendo huir el ejército real. De improviso se oye un pistoletazo, y cae el príncipe: acuden los de su séquito y le levantan: estaba muerto. Habia recibido el tiro en la frente; tenia la bala en la cabeza, y la cara quemada por la pólvora. Dicen unos que se mató él mismo al levantar con el cañon de su pistola la visera del casco, costumbre que tenia y cuyo peligro le espusieron varias veces. Otros cuentan que vieron pasar como una exhalacion por delante de él á un ginete que le disparó á quemarropa, desapareciendo en seguida. Esta última opinion ha prevalecido como mas verosímil y propia de las circunstancias en que se encontraba el cardenal. Su dominacion era sostenida por el terror. No ignoraba que todas las clases del Estado eran enemigos suyos. Habia tratado con escesiva arrogancia al clero y á la nobleza y á los Parlamentos con desprecio: las tropas estaban mal pagadas y los pueblos agobiados de impuestos. En tan crítica posicion bastaba una victoria para abrir al conde de Soissons el camino de París, porque el ejército que hubiera podido suplir al de Chatillon, estaba ocupado en el sitio de Aire y demasiado lejano. El rey parecia cuidarse poco del resultado. A la primera noticia de la derrota de sus tropas se dispuso tranquilamente á volverse á París sin demostrar pesar ni inquietud, como hombre que habia tomado su partido, y que estaba seguro de arreglarlo todo en sacrificando á su ministro. La muerte del conde de Soissons era pues necesaria al cardenal: pero esta necesidad no prueba que la hubiese dispuesto él, y el evidente peligro que hubiera corrido un asesino en el instante en que acaeció, es otro motivo mas de duda.

Dos horas despues de la noticia de la derrota llegó la de la muerte del conde. En un instante cambiaron las disposiciones de Luis. Como si estuviese deslumbrado por la fortuna de su ministro, no escuchó mas que sus consejos y no atendió mas que á sus proyectos: llegó á mostrarse mas ardoroso que el mismo Richelieu en el castigo de los rebeldes. El ejército batido volvió por su órden sobre Sedan, y no se hablaba mas que de arrebatar al duque de Bouillon sus pequeños estados; mas harto contento ya con haberse librado de tal peligro á tan poca costa, el cardenal concedió ventajosas condiciones al duque, algunas de ellas muy significativas para atraerle á su partido; pero no obraba de buena fe, como lo demostró mas tarde. Sus aliados no fueron tratados con la misma consideracion. Los principales caudillos de la conjuracion, Guisa, La Valette y Vendome quedaron bajo el anatema de los procesos seguidos ó comenzados contra ellos, quitándoles hasta la esperanza de volver á sus hogares. Los cómplices secretos, aun cuando no hubiesen hecho mas que votos por el conde, sufrieron mortificaciones proporcionadas á su estado. El duque de Epernon sirvió de ejemplo: fué sacado de su linda casa de Plasac, donde le agradaba vivir, y confinado al castillo de Loches, del cual era gobernador, pero que en aquella circunstancia lo debia mirar como su prision. Algunos meses despues de estos acontecimientos murió allí, mas acabado por los pesares que por los ochenta y siete años que contaba cuando descendió al sepulcro. Fué pues el resultado de aquella desgraciada empresa el remachar mas los eslabones de la cadena con que á todos sujetaba Richelieu.

Esta pretension del dominio esclusivo hasta sobre las voluntades, está probada por el ejemplo del desgraciado Thou, hijo del célebre historiador. Su primer estado fué la magistratura: habiéndole negado una intendencia de ejército, abandonó el partido del cardenal. Quiso ceñir espada, y entrando en la corte sin empleo, eligió el peor de todos los estados para un genio ardiente, porque la manía de ser algo le llevó á mezclarse en todo. Su familia inquieta por una conducta cuyos peligros preveia, le suplicó varias veces que renunciase á sus quimeras, y se dedicase á algun objeto sólido; pero sea repugnancia á la sujecion de un cargo determinado, ó placer por la consideracion que da la familiaridad de los grandes, continuó viviendo en la corte, y llegó á ser el amigo y consejero de Cinq-Mars, caballerizo mayor y favorito del rey.

Este jóven, hijo del mariscal Effiat, íntimo amigo de Richelieu, debió su favor á la eleccion del ministro, que creyó, elevándole á aquel puesto, colocar una valla entre los disgustos del rey y las sugestiones de los mal intencionados. No omitió instrucciones ni consejos, que puestos en práctica habrian proporcionado á su favorito la completa confianza de su señor. Estos cuidados no surtieron el apetecido efecto desde luego. Cinq-Mars en la flor de su juventud y de temperamento vivo y ardiente, no podia ser lo mas apropósito para la vida sedentaria que exigian la inclinacion y salud quebrantada de Luis. El favorito no ocultaba su estrema repugnancia á vivir como encadenado á un hombre de humor tétrico, siempre disgustado, y que sin ser viejo tenia casi todos los repugnantes achaques de la decrepitud. El cardenal exhortaba al favorito á que tuviera paciencia, y le reprendia por sus vivacidades y ligerezas: y por otro lado pedia al monarca, que tambien se quejaba del atolondrado Cinq-Mars, que disculpase algo en la juventud y usase de indulgencia.

Todo iba bien interin fué el ministro el confidente de ambos. Así sabia todas las secretas disposiciones del rey, y tomaba en consecuencia sus medidas. Mas estos manejos pronto se volvieron contra su autor. Como se habia visto obligado Richelieu, para que se resignara Cinq Mars á su enojoso estado, á presentarle la perspectiva de los honores y otras ventajas de la corte, el jóven conoció

bien pronto que el premio no estaba á la altura de sus sacrificios si no tomaba alguna parte en el gobierno. Esto era precisamente atacar á Richelieu por su lado sensible. Trata de hacer mas moderado á su protegido; mas asi que fueron conocidas las intenciones de este, fué asediado por todos los enemigos del cardenal. Dábale uno un consejo; el otro le apuntaba un proyecto; los grandes y los príncipes le buscaron; Gaston y la jóven reina le hicieron manifestar su benevolencia. Le animaron á sacudir la tutela del ministro, y á que pidiese al mismo rey lo que su eminencia le rehusaba.

Trató pues de congratularse mas con su señor, y de emplear para ponerlo de su parte las complacencias que en otro tiempo le habia enseñado el cardenal. Logró su objeto hasta el punto de que el rey dijo un dia al cardenal al dirigirse al Consejo, refiriéndose á Cinq-Mars que estaba á su lado: «¿No seria bueno que entrase tambien nuestro amigo para que fuese aprendiendo?» A la verdad, fué dicho esto con un embarazo y tono de verguenza, que dió seguridad al ministro. Hizo este un gesto de severidad que contuvo por entonces al rey y á su favorito. En otra ocasion el cardenal prohibió á Cinq-Mars que asistiese al Consejo, y diciendo él que le habia autorizado el rey, le contestó orgullosamente aquel: «Id á preguntarle, y vereis como es esta su opinion.» Aun cuando el caballerizo mayor hubiera llevado á cabo su proyecto, no deberia prometerse grandes ventajas para lo sucesivo, puesto que el mismo Luis le decia: «Tened presente que si el cardenal se declara abiertamente enemigo vuestro, yo no os puedo seguir teniendo á mi lado; contadlo por seguro.» Despues de este aviso no quedaba al favorito otro recurso que plegarse á los deseos del ministro ó aceptar el gobierno de Turena que el cardenal le ofrecia; pero se obstinó en esperar acontecimientos mas favorables, y quiso arriesgarlo todo antes de sufrir una apariencia de desgracia.

Luis XIII iba debilitándose, y esta postracion le hacia desear el reposo, mientras que la guerra que amenazaba por todas las fronteras exigia de él trabajo y movimiento. Por otra parte, en este estado de sufrimiento habitual, los cuidados y la solicitud de una madre tierna y de una esposa querida parecian indispensables á sus afecciones y á sus necesidades: pero inútil la una á su hijo, quizá hasta perjudicial por las reflexiones que su ausencia excitaba, se consumia en el destierro; privada la otra del amor y estimacion de su esposo, no se acercaba nunca á él sino con cierto temor inspirado por la frialdad que reinaba en las relaciones de ambos. Ni aun tenia el consuelo de poder contar con la adhesion de los subalternos que le servian, pues por poco que observase el cardenal que se encariñaba con ellos ó ellos con su señor, obligaba al débil príncipe á despedirlos; por manera que se vió con sorpresa á dependientes de palacio y capitanes de guardias, personas de honor y probidad, sacrificadas á los recelos del cardenal y forzadas á alejarse. Algunas veces tuvo valor bastante para conservar á aquellos mas queridos sus cargos y obvenciones á pesar del ministro.

El imperioso Richelieu exigia estos sacrificios, amenazando para conseguirlos al monarca con abandonarle á los enemigos que dentro y fuera habia concitado contra él. Esta amenaza temible arrancaba á veces quejas al rey, quien recelaba que se la rodeaba de obstáculos como de cadenas para retenerlo. Las quejas de los pueblos abrumados de impuestos, las de los espatriados, los lamentos de los presos y las murmuraciones de toda la Europa harta ya de tanta guerra, llegaban algunas veces á los oidos de este príncipe. El mismo á veces cansado ya de tanta esclavitud, prorumpia en amargas recriminaciones, y no ocultaba el deseo de llegar á ser libertado. ¡Ay sin embargo de aquellos que tomando á la letra sus vagos deseos cometian la imprudencia de ofrecerle su ayuda y fomentar sus proyectos! Richelieu llegaba luego armado de todo su ascendiente. No solo cambiaba las disposiciones de su señor alarmado, sino que le hacia confesar los nombres de los que en su corazon habian influido de una manera opuesta á sus intereses; y estas confesiones las arrancaba al monarca pusilánime, recordándole un juramento por el cual se habia comprometido á revelarle cuanto le dijesen contra él.

Como todo tiene fin en este mundo, creyó Cinq-Mars que el poder del cardenal tocaba á su término. El prelado lo creyó tambien, pero en diferente sentido. Cinq-Mars, confidente de las quejas de Luis y de sus murmuraciones, se imaginaba que el príncipe en un momento de impaciencia podia despedir á su ministro ó aprobar que le privasen de él de cualquier manera que fuese. Richelieu, por el contrario, que conocia la debilidad del rey y cuánto le abrumaban los menos importantes negocios, no podia persuadirse que el monarca tuviese nunca resolucion bastante para privarse de sus servicios. No temia pues llegar á descender de su puesto por falta de favor sino por muerte de Luis. El estado de su salud le hacia presumir que este momento no estaba lejos, y no dudaba que en aquel instante mil brazos se alargarian para precipitarle de las gradas del trono. Así pues en llegando la muerte del rey, parecia á todo el mundo indudable la caida del cardenal, y no se veia medio de que pudiera sostenerse; pero algunos observadores creyeron que Richelieu no abandonaba el campo, sino que antes por el contrario contaba con su constante fortuna.

Se ha visto ya cuáles podian ser sus proyectos cuando Luis XIII llegase á morir, y podia lisonjearse que la necesidad que tendrian de él los pretendientes á la regencia no dejaria defraudadas sus esperanzas; mas para darles mayor solidez, era preciso que el cardenal se encontrase entonces en un centro de fuerza capaz de dar impulso á los mas apartados resortes: á esto fué á lo que se dirigieron todos sus afanes. Aunque el rey estaba sumamente postrado y casi moribundo, se decidió á abandonar su palacio y á marchar al estremo del reino para asegurar la Cataluña y conquistar el Rosellon. Queria que la reina dejase sus hijos en el castillo de Vincennes al cuidado de Chavigny, su confidente, y que siguiese ella á su esposo á aquellos apartados paises, donde se encontrarian entre dos ejércitos compuestos de las mejores tropas del reino y mandados por dos próximos parientes del prelado. Es verdad que esto no se llevó á cabo, porque la reina lloró, se desesperó y protestó que primero la arrancarian el corazon que apartar de su lado á sus hijos. Fué pues forzoso dejarla en la capital; pero quedó sin autoridad, y el poder por entero fué confiado al príncipe de Condé, de quien Richelieu estaba seguro. En cuanto á Gaston, recibió órden de seguir á su hermano y obedeció.

El rey y su ministro marcharon á su conquista rodeados de igual pompa. Lo numeroso de su cortejo no les permitia ir comodamente unidos desde Paris á Lion, por lo cual solo se juntaron en cuatro puntos del tránsito, donde las poblaciones podian proporcionar lo que era preciso á sus numerosas comitivas. De este modo el cardenal, durante tan larga ruta que hizo á cortas jornadas, abandonó al rey á las sugestiones de Cinq-Mars que le acompañaba: imprudencia que hubiera costado cara al ministro si el favorito no hubiera cometido por su parte otras muy grandes; ó mas bien, toda su conducta no fué otra cosa que un tegido de imprudencias que le condujeron á la última catástrofe.

No debia esperarse otra cosa de un jóven de veinte y dos años, cuyos proyectos sugeridos por el odio al cardenal y por intereses diferentes, dirigidos por personas apasionadas, no podian ser mas que un conjunto contradictorio. Odiaba á Richelieu: queria derribarle á toda costa, y desde el primer paso le embarazó ya la eleccion del que le reemplazaria; porque conocia bien que Luis acostumbrado á descargar el peso del gobierno en su ministro, no se contentaria con el primero que le presentaran por consecuencia de su mismo carácter desconfiado é irresoluto. Cinq-Mars se fijó en el duque de Bouillon, cuya capacidad apreciaba debidamente el rey. Bouillon, que á consecuencia del peligro en que estuviera cuando salió al campo con el conde de Soissons, se habia decidido á no intervenir en los negocios políticos, cambió de opinion á la perspectiva de posicion tan elevada. Puso su confianza en el favorito. Formóse el proyecto; se unió Gaston; la reina reinante entró en él indirectamente; se estendieron las confidencias, y multitud de sugetos descontentos mas ó menos importantes quiso tomar parte en el plan. El rey era tácitamente el gefe, y el caballerizo mayor el alma de la intriga; el nombre de que se echaba mano era el del duque de Orleans, y el de Bouillon era su consejero.

Cada uno emitió su parecer. Querian los unos que se obligase al rey por medio de una guerra civil á separar al ministro: otros que se rompiese el nudo con el asesinato del cardenal; proyecto odioso que espantaba á Cinq-Mars, pero al cual acudia su imaginacion con frecuencia al considerar las dificultades y peligros que por do quiera le rodeaban. Thou, el mas sincero y discreto de sus amigos, rechazaba este medio. Queria que el favorito no emplease con el rey mas que la insinuacion y las razones; armas á que concedia grande efecto en aquella ocasion siendo bien manejadas. Exhortaba pues al caballerizo mayor á cultivar mejor la amistad del rey, á merecer su confianza y estimacion con una conducta menos disipada y con mayor asiduidad y complacencia. Obrando así, le decia, fácil os será encontrar momentos favorables para representar al rey los desafueros de su ministro, sus grandes faltas y la facilidad de pasar sin él en la paz y la guerra.

Vacilante entre tan diferentes opiniones, Cinq-Mars las escuchaba todas, pero no se decidia á adoptar una esclusivamente; echaba alternativamente mano en cuanto podia de una ú otra; por consecuencia de esta falsa política, ocultaba á Thou lo que tramaba con Bouillon, y solo á medias le decia lo que se convenia con Gaston. Sin embargo, algo ponia en práctica de lo que le aconsejaba su amigo, y este plan parece que probaba bien, puesto que el rey se acostumbró á oir murmurar del ministro, y hasta á permitir que se le hablase de separarle bruscamente, habiendo llegado á consentir que Thou escribiese á Roma y á España para ajustar la paz sin participacion de Richelieu. El prelado no advirtió hasta muy tarde de que menguaba su crédito para con Luis, en las entrevistas que tuvieron en el camino. Quiso hablar contra el favorito, pero fué escuchado con frialdad é indiferencia. Sus conversaciones sobre la guerra y los detalles sobre la administracion en que otras

veces se ocupaba con el monarca, fueron escuchados con visible mal humor. Desde entonces el ministro se puso sobre sí, y quiso estar siempre á alguna distancia del rey. Mientras que el monarca estaba en su campo delante de Perpiñan, él permanecia en Narbona. Cuando Luis se puso en viaje á esta última poblacion, el cardenal se dirigió hácia Tarascon á pretesto de tomar las aguas; pero trabajaba sordamente en la ruina del favorito, buscando, exami-



La Meilleraie recibiendo el baston de mariscal sobre la brecha.

nando y esperando sobre todo mayores imprudencias del caballerizo mayor.

La guerra pareció restituir al rey alguna actividad. Habia revistado en Lion al ejército en que servian el vizconde de Turena y el duque de Enghien, y que mandaban los mariscales de La Meilleraie y Schomberg. En Valence dió el birrete al cardenal Mazarino, unido ya á los inteseses de Francia, y el baston de mariscal al conde de La Motte-Houdancourt, que acababa de batir á los españoles en Cataluña y estaba en observacion para impedirles llevar socorros al Rosellon. El mismo honor fué conferido al conde de Guebriant por una pareceida ventaja obtenida en Alemania. Encargado de resguardar las fronteras del Rhin á fin de asegurar la espedicion del Mediodia, se habia separado de Torstenson, enviado de Suecia para reemplazar á Banier, y que en vano habia querido arrastrar á los franceses á la Bohemia. Separados uno de otro los dos generales no dejaron por eso de vencer á los austriacos: Torstenson triunfó en Schweiduitz, Silesia y en Leipsick, campo de batalla favorable siempre á los suecos, y Guebriant en Kempen, cerca de Meurs, donde hizo prisioneros á los generales Lamboy y Mercy, ventaja que le hizo dueño del electorado de Colonia. Por el lado de los Países Bajos la guardia de las fronteras habia sido confiada á Antonio de Grammont, conde de Guiche, mariscal desde el año precedente despues del sitio de Arras, y al conde de Harcourt, al que el duque de Bouillon reemplazaba en Italia. La guerra cesó este año en la última comarca entre los príncipes de Saboya y la regente. Renunciaron aquellos á la alianza de España; y las prendas de la reconciliacion fueron desde luego el matrimonio del cardenal Mauricio con su sobrina, hija mayor de Cristina, y ademas tierras y posesiones considerables que fueron asignadas en Francia á los dos príncipes.

Enmedio de todas estas disposiciones, los progresos fueron rápidos en el Rosellon; y un descalabro que sufrió el mariscal de Grammont en Honnecourt, cerca del Catelet, así como la reconquista de Lens y Bacee por D. Francisco de Melo, no cambiaron el resultado. Los españoles derrotados en Villafranca en el mes de marzo, entregaron á Collioure en el de abril, y á Perpiñan en el de setiembre; y por último, el mariscal de La Motte cerró la campaña con una victoria que consiguió en Lérida sobre el marques de Leganes, quien se vió obligado á levantar el sitio de esta plaza.

Cinq-Mars se entregaba á una peligrosa indiscrecion: llegaron las cosas al punto de que la princesa María de Gonzaga le escribia: «Vuestra empresa se sabe tan bien en Paris, como que el Sena pasa por debajo del Puente Nuevo.» Mas tal publicidad no inquietaba á este jóven que fiándose de las demostraciones esteriores de los cortesanos, creia tener á todo el mundo de su parte y obraba sin reserva. Olvidando los buenos consejos que le habia dado Thou, se abandonaba á sus pasiones y á su frivolidad y daba lugar á reprimendas por parte del rey, las que ocasionaban alguna frialdad en su influjo. Pero esto duraba poco, y el caballerizo mayor por poca aplicacion y asiduidad que quisiese mostrar al lado de su señor, volvia á adquirir su ascendiente. El de Richelieu disminuia hasta el punto de que los espedientes con tanto éxito ensayados en otras circunstancias para reconquistarlo, eran ya inútiles. De él salió, si se ha de creer á Siri, el que para suscitar dificultades al monarca se dejase batir el conde de Guiche sobre la frontera de Picardía, dejándola abierta al enemigo; pero esta astucia, si es verdadera, no consiguió otra cosa que una órden muy seca del rey al cardenal, para que inmediatamente pusiese remedio á tal accidente, y no le restituyó la confianza de Luis. De un momento á otro esperaba el ministro su separacion, y se daba por satisfecho si su desgracia se limitaba á la pérdida del empleo. Mas un suceso inesperado cambió enteramente la faz de los negocios.

Interin Cinq-Mars hácia el fin del año vacilaba sobre los medios de derribar al cardenal, se le ocurrió ó le sugirieron que era bueno tener preparado un asilo para el caso de un revés. Solicitólo pues el duque de Bouillon en Sedan. Gaston hizo otro tanto. La reina reinante embargada de terror cuando la quisieron forzar á seguir al rey, pidió la seguridad de ser recibida con sus hijos en el mismo punto, si su esposo llegaba á morir en poder de Richelieu. Bouillon que ya habia espuesto su principado con el conde de Soissons, se hizo rogar mucho tiempo antes de arriesgarlo segunda vez. En fin, no accedió sino á condicion de que se le garantizase la ayuda de España. Gaston y Cinq-Mars accedieron á ello. Los tres enviaron conformes á Madrid á un noble llamado Fontrailles que concluyó un tratado en su nombre y lo firmó en 13 de marzo: veinte artículos contenia, dirigidos todos contra el cardenal, poniéndose en todos ellos gran cuidado en consignar que si entraban en tratos con los estranjeros, lo hacian hostigados por la tiranía del prelado. Thou no tuvo noticia de este tratado cuando se hizo; pero llegó á saberlo despues por el mismo caballerizo mayor: lo desaprobó y exhortó á su amigo á que rompiese estas inteligencias criminales, y á adoptar prontas medidas que le pusiesen al abrigo de las consecuencias; pero la multiplicidad de los negocios y los placeres ocuparon toda la atencion de este jóven. El cardenal ausente y enfermo parecia hallarse ya en la pendiente de su ruina, y que bastaba un ligero soplo para precipitarle. El rey separado de él en apariencia, era cada vez mas bondadoso para con el favorito. Hubo sin embargo momentos en que creyó este observar cierto cambio en el monarca, pero miraba esto como uno de los accesos de mal humor á que Luis estaba sujeto, y se lisonjeaba de que aquellos síntomas no volviesen á aparecer. Mas este cambio procedió de la vida desarreglada de Cinq-Mars, y sobre todo del conocimiento de su infidelidad.

El ministro fué el que puso esta en conocimiento del monarca. La copia del tratado llegada á sus manos no era auténtica; temia pues que si avisaba al rey mirase el príncipe esta noticia como una invencion suya, que llegase á advertir á los culpables quienes adoptarian medidas para privarle de justificar la acusacion. Por esto hizo llegase la primera noticia á conocimiento del rey por una persona que no diese á conocer obraba por instrucciones suyas. En seguida despachó á Chavigny con la copia del tratado. Sabiendo Cinq-Mars que iba á llegar este, quiso hacerle asesinar antes de que hablase á Luis; pero ya habia visto al rey Chavigny cuando quisieron ejecutar el crimen. El caballerizo mayor no tenia mas salvacion que la fuga; desgraciadamente la adoptó demasiado tarde. Su conducta habia sido tan imprudente, que habia advertido á todos los que podian temer algo para ponerse en salvo. El y Thou fueron arrestados en Narbona el 13 de junio. Desde este momento el monarca y el ministro obraron con el mayor acuerdo. El duque de Bouillon, que

mandaba las fuerzas de Francia en Italia, fué el segundo ejemplo en este reinado, de un general preso al frente del ejército que mandaba. Se le encerró en la ciudadela de Casal; y el duque de Orleans que seguia de lejos la corte para conducirse segun las circunstancias, se encontró de improviso rodeado de tropas en Auvernia.

En està sorpresa lo primero que hizo Gaston fué arrojar prudentemente al fuego el original del tratado; pero su conducta posterior



Richelieu conduciendo á Cinq-Mars y á Thou al suplicio.

no correspondió á esto. Contra él especialmente dirigió Richelieu sus tiros para sacarle una declaracion que abrumase por completo á los otros El ministro no se engañó en sus medidas. Gaston tomó la iniciativa, asegurando el éxito al cardenal: envió al prelado el abad de La Riviere con vagas protestas de arrepentimiento y súplicas de perdon. Era un augurio favorable para las intenciones del ministro la intervencion en este asunto del abad, de alma baja y venal, adulador eterno de quien tenia seguridad que se prestaria á servirle por miedo ó intereses, de instrumento á las sorpresas que se arrancarian á la credulidad del príncipe. Desde la primera entrevista se insinuó al agente de Gaston que nunca se hubiera creido capaz al príncipe de entrar en tan odioso complot, pero que habia grandes indicios que lo hacian creer. Esta sospecha inspiró un cruel espanto al negociador, cuya alarma intimidó tambien á su señor, quien le volvió á enviar cargado de manifestaciones, sino concluyentes, propias á lo menos para hacer exigir otras mas estensas y exactas. A una carta muy sumisa con que Gaston envió sus primeras declaraciones, respondió el cardenal con esta: «Señor, puesto que Dios quiere que los hombres alcancen con una entera é ingenua confesion de sus faltas su absolucion, os indico el camino que debeis seguir, á fin de sacaros del criminal estado en que se encuentra vuestra conciencia. Vuestra alteza ha principiado bien, y debe perfeccionar la obra, así como á sus servidores toca el suplicar al rey le mire con fraternal bondad.»

El primer testimonio de bondad que el ministro prometió sacar del rey fué que permitiera á su hermano viajar y fijarse en Venecia con una módica pension; pero sin despedirse de él antes de la partida. Para alcanzar un aumento en la pension y el favor de ser admitido á la presencia de su hermano, hizo el príncipe otras confesiones. Con esto hubo nuevas exigencias por parte del cardenal, y la insinuacion de poder quedarse en Francia, aunque alejado por algun tiempo de la corte: por último, por todas estas pretendidas gracias hábilmente graduadas se obtuvo del débil Gaston que se dejara interrogar por el canciller, y que sus respuestas sirvieran de prueba contra sus cómplices; exigió solo que no se le sometiese á un careo, sin duda por no verse espuesto á recriminaciones que le hubieran cubierto de ignominia.

Su facilidad fué el golpe mortal para los prisioneros: sabian estos que su salvacion estribaba en su silencio, porque si persistian en negar el haber solicitado ayuda de España, nunca se encontrarian pruebas bastantes para descargar sobre ellos penas jurídicas. El original del tratado, única prueba que podria declararlos convictos, estaba en poder del duque de Orleans. No le creian de alma tan negra que fuese capaz de venderlos, mas despues de lo que habia pasado en el asunto de Chalais, de Montmorency, de Soissons y tantos otros, hubieran debido sospechar que su debilidad llegase á descubrir los secretos mas importantes á la seguridad y vida de sus amigos. Por esto pues, el cardenal que tan bien conocia el carácter de Gaston, dirigió contra él las operaciones pre-



Cinq-Mars y Thou abrazándose al pie del cadalso.

liminares á la instruccion del proceso, de la manera que era menester para comprometerle.

El rey aprobó en Tarascon este plan de conducta en una visita que hizo el 3 de julio á su ministro. Fué verdaderamente un espectáculo singular el que ofrecieron estos dos hombres tan próximos á descender á la tumba, postrados cada uno en su lecho, ocupados, por decirlo así, en abrir el sepulcro á dos infortunados. Hubo en esta entrevista quejas muy amargas por parte de Richelieu y

muy sumisas escusas por parte de Luis, que trató de apaciguar al ministro confiriéndole en el reino una autoridad sin límites y poder para que le obedecieran como á él mismo sus vasallos, de cualquiera condicion y estado que fuesen. Despues el rey tomó el camino de Paris, y el cardenal partió para Lion llevando consigo á los dos prisioneros en un barco remolcado por el suyo: y el duque de Orleans se fué á dos leguas de esta ciudad para estar mas cerca de los jueces que debian interrogarle. La comision establecida para este proceso, fué compuesta de consejeros de Estado y de algunos magistrados del Parlamento de Grenoble presididos por el canciller.

El negocio se habia principiado demasiado bien para no concluir á gusto del cardenal. Solo el silencio podia salvar á los culpables, y el príncipe ya habia hablado. Es verdad que su confesion extrajudicial y sin confrontacion no debia ser válida segun las reglas ordinarias; pero se decidió que estas formalidades no eran precisas, precediendo la declaracion del hermano del rey. Ademas, Cinq-Mars solo sostuvo su negativa interin no supo la deposicion de Gaston; y aun entonces se revistió de una moderacion y dignidad que debieron confundir al duque con cuya cobardía tanto contrastaban. No contento Gaston con relatar los hechos, no habia tenido vergüenza en agravarlos diciendo, «que era Cinq-Mars el que le habia hecho caer en el crimen con sus apremiantes instigaciones.» ¡Un hombre de cuarenta años, hermano del rey, seguro de su gracia, por evitarse alguna reprension ó queja, cometió la bajeza de acusar á un jóven de veinte y dos, de haberle seducido y separado del deber! Príncipe y todo como era, Cinq-Mars hubiera podido entregarlo al desprecio público con circunstancias infamatorias que prefirió callar, confesando únicamente lo que no podia menos de decir sin acritud ni recriminacion, á saber: «que todas las veces que estaba mal con el rey ó el cardenal, el duque de Orleans le solicitaba y prometia su proteccion; que en uno de estos momentos habia sido, cuando por sugestion de él y del duque de Bouillon habia imaginado tratar con España para procurarse un asilo contra el resentimiento del ministro, y obligarle á condescender á una paz general; que este habia sido su objeto; que por ello no se creia menos culpable, y reclamaba la bondad del rey como su único recurso.»

La infortunada víctima de la debilidad de los dos hermanos, ignoraba que mientras el uno suministraba á los jueces pruebas para su condenacion, el otro le denunciaba públicamente como criminal en una circular remitida á todos los parlamentos de su reino. Decia en ella: «Desde un año á esta parte hemos observado un notable cambio en la conducta del señor de Cinq-Mars, quien estaba en relacion con los calvinistas y los libertinos, y tenia placer en desfigurar las ventajas y exagerar los reveses de nuestras tropas, propalando noticias alarmantes. Hemos notado tambien en él una maligna intencion de desacreditar los actos de nuestro primo, el cardenal duque de Richelieu, ensalzando los del duque de Olivares. Esta conducta nos ha hecho concebir sospechas, y para penetrar la causa y objeto de ella hemos dejado hablar y obrar con mas libertad que antes al señor de Cinq-Mars.» ¡Estraño modo de obrar de un monarca con un jóven salido apenas de la adolescencia, á quien hubiera debido enseñar, reprender y hasta alejar de su lado antes que dejarle caer en faltas que se veria forzado luego á castigar! Mas bajo la apariencia de esta política indisculpable puesto que era insidiosa, queria Luis cubrir su falta de haber animado á su favorito á maquinar contra el ministro, confiándole sus resentimientos y escuchando sin repugnancia los asaz claros ofrecimientos que le hacian de desembarazarle de su tirano. Todas estas consideraciones que hacen á Cinq-Mars si no inocente, merecedor al menos de gracia, no pudieron influir en la decision de los jueces. El crimen de haber estado en tratos con el enemigo estaba probado: se vieron pues obligados á condenarle, y todos unánimes votaron por la última pena.

Thou los embarazó un poco. No se le podia acusar de otra cosa que de no haber revelado el tratado hecho con España. A la pregunta de que por qué no lo habia descubierto, respondió: «No he tenido conocimiento de él hasta mucho despues de su conclusion y por una simple confidencia del caballerizo mayor. Desde entonces no he cesado de exhortarle á que le rompiese y solicitase el perdon del rey descubriéndolo. Por otra parte, siendo evidente por una cláusula espresa del tratado, que solo podia tener ejecucion si nuestras tropas fuesen batidas en Alemania, al ver que seguian siempre victoriosas, no creí deber esponerme á pasar por traidor y entregar un amigo, por salvar al Estado de un peligro que veia muy lejano. En fin, no sabiendo de tal tratado mas que por una conversacion, y no teniendo nada que me sirviese de prueba de la verdad de mi deposicion, me hubiera espuesto á sufrir la pena de los calumniadores si los culpables se obstinaban en negar.»

Estas razones no estaban desprovistas de fuerza, y algunos jueces quisieron tenerlas en consideracion; pero como la ley que condena al último suplicio á todos aquellos que conocen una conspiracion contra el Estado y no la revelan, no admite distincion ni escepcion, la mayoría opinó por la muerte. Este era tambien el voto de Richelieu, que aborrecia á Thou porque su padre en la historia de las guerras civiles habia contado una anécdota poco honrosa á un Richelieu. Pero el odio del prelado tenia mas bien por fundamento la conviccion en que estaba de que Thou era el consejero de Cinq-Mars, en todo lo que este habia intentado contra él, y de que queria castigarle por el triunfo que su habilidad habia pensado proporcionar á su amigo: quizá tuvo tambien el ministro el designio de intimidar á los sediciosos, patentizándoles que su escarmiento seria indefectible. Así, víctima tanto de su lealtad para con su amigo, como del encono y de la política, Thou oyó su sentencia sin quejarse de la fatal confidencia que le perdia, y cuando Cinq-Mars quiso pedirle perdon por su indiscrecion, le interrumpió abrazándole: «No debemos tratar ya, le dijo, mas que de prepararnos á bien morir.» Estaba ya tan dispuesto á ello, segun aseguraba, que no deseaba vivir, porque quizá en ninguna otra ocasion le hallaria la muerte tan dispuesto.

Esta resignacion fué en él la obra de violentos combates con las repugnancias de la naturaleza, combates en que solo la religion le dió la victoria. Pero el jóven Cinq-Mars, cuya corta vida no habia sido otra cosa que una especie de rápida fantasmagoría, no habia tenido tiempo para pensar en la instabilidad de las cosas del mundo, y así le sorprendia mas y mas su temprana muerte. De la cumbre de las grandezas descendió al patíbulo con la misma presteza que un actor cambia de trage; pero no mostró emocion hasta que le llevaron á la sala del tormento: entonces demandó gracia, y la obtuvo, ó porque se trataba únicamente de intimidarle, ó porque habia confesado espontáneamente cuanto se queria saber de él. Algunos historiadores dicen que el objeto de la curiosidad de Richelieu fué menos conocer los cómplices, que asegurarse si era cierto que el rey hubiese consentido en que se le desembarazase de su ministro. Despues de la confesion del caballerizo mayor, el cardenal, añaden, no dudó que si hubiera encontrado un hombre de resolucion como el mariscal de Vitry, Luis le hubiese sujetado á la misma suerte que al mariscal Ancre; y esta conviccion determinó á Richelieu á separar del rey con mas cuidado que nunca á todas aquellas personas que podian hacerle sombra.

Estos dos infortunados fueron conducidos juntos al patíbulo levantado en la plaza mayor de Lion el 12 de setiembre; y hasta sus últimos momentos mostró cada uno su carácter diferente. Thou, á quien una edad mas madura hacia capaz de remordimientos por su vida pasada y de temor por la futura, veia con horror la próxima separacion del alma de su cuerpo. Las exhortaciones de su confesor, su confianza en Dios, los consuelos de una religion que siempre habia respetado, bastaban apenas á calmar sus terrores. Murió arrepintiéndose públicamente de haber sacrificado á la vanidad y al servicio de los grandes, dias que la aplicacion á cualquiera estado útil hubiera hecho mas meritorios á los ojos de Dios y de los hombres.

Cinq-Mars llenó tambien con fervor los deberes de la religion; pero por lo demas, parecia mas bien sorprendido que espantado. Hasta en el patíbulo hizo alarde de sus maneras orgullosas y de su ligereza; pero esto no tanto era afectacion de indiferencia y baladronada, como costumbre y defecto de su edad. En fin, los dos causaron profunda sensacion en sus jueces: Cinq-Mars por su candor é ingenuidad; Thou por la elevacion de su alma y su resignacion, arrancando uno y otro lágrimas á los espectadores de su suplicio. El duque de Bouillon, mas criminal sin duda que Thou, rescató su vida y su libertad mediante la cesion de su principado de Sedan por los ducados de Albret y Chateau-Thierry, y los dos condados de Auvernia y de Evreux que le fueron dados en cambio: el duque de Orleans, el mas criminal de todos, logró el permiso de retirarse á Blois para vivir allí como particular. Esta fué la segunda vez que atravesó parte de la Francia sin honores ni distinciones, cargado con la ignominia de haber sacrificado sus amigos cuyas sangrientas imágenes y remordimientos debian atormentar su alma.

Mientras Gaston recorria las provincias como fugitivo, Richelieu partió de Lion el mismo dia de la ejecucion, y tomó el camino de Paris como un triunfador, llevado por sus guardias en un carruage donde cabian su lecho, una mesa y una silla comodidades de que no podia prescindir por el estado de su salud. La servidumbre que le rodeaba marchaba con la cabeza descubierta á la intemperie. Cuando las puertas de las poblaciones y de las casas eran demasiado estrechas, se las ensanchaba á fin de que su eminencia no sufriera ninguna molestia. Llegado á Paris, fué á apearse en el palacio cardenal, donde se encontraba ya multitud de personas esperándole, ansiosas unas de verle y otras de ser vistas. Habló á muchos, y con una mirada protectora pagó la atencion de los otros. En su pálido semblante que revelaba la enfermedad que minaba su existencia, se advirtió un rayo de alegría al contemplarse en su casa rodeado de sus parientes y amigos, que no ha-

hia pensado volver á ver, y señor aun de aquella corte en que tantos se lisonjeaban de que no volveria á aparecer.

La mala voluntad de sus enemigos no habia disminuido; pero despues de esta última prueba de su poder ya no habia nada que temer de ellos. Iban perdiendo insensiblemente sus mejores apoyos: los señores mas importantes estaban presos ó espatriados. Gaston tan humillado, era difícil que en mucho tiempo pudiese ni quisiese ponerse al frente de un partido. Por otra parte ¿quién se hubiera querido apoyar en hombre tan débil y desacreditado? La reina madre, siempre temible por sus intrigas secretas y por sus públicos lamentos y quejas, acababa de morir en Colonia el 3 de julio, reducida por falta de recursos á desprenderse de todo aparato real, á despedir á su servidumbre, y limitada á lo puramente indispensable para la vida. Se la compadeció como se compadece á todo el que sufre; pero es fuerza confesar que gran parte de sus desgracias se las acarreó ella misma con su caracter imperioso y obstinado. Hay ademas en su vida una mancha indeleble: segun el presidente Henault, «ni le sorprendió ni la afligió mucho la muerte de uno de nuestros mas grandes reyes.» El cardenal dispuso se la hiciesen magníficos funerales, y habló de ella como si en sus últimos tiempos hubiesen estado en armonía. Es verdad que ella le perdonó al morir; pero queriendo obligarla el nuncio del Papa que la asistia en sus últimos momentos, á que en señal de reconciliacion enviase á Richelieu su retrato que estaba en un brazalete que tenia puesto, se volvió al otro lado diciendo: «esto es ya demasiado.» El ministro se hubiera sin duda alegrado de contar con una señal de estimacion, que hubiera hecho valer para con el rey como una justificacion sin réplica de su conducta.

Sin embargo, puede creerse que entonces atendia menos á grangearse la aprobacion y afecto del monarca, que á guardarse de su aversion. Está casi probado que Luis XIII no habia mirado mal los atentados propuestos contra la vida ó libertad del cardenal. No sin razon pues, debia el prelado estar alerta contra alguna traicion súbita. En consecuencia redobló su cuidado en poner de su parte á los capitanes mas nombrados por su decision, y en conseguir del rey el alejamiento de aquellos á quienes no habia podido seducir, y cuya intrepidez hiciese temer algun golpe de mano. Luis hostigado por su ministro se determinó á tener con él por segunda vez esta complacencia; mas hacia observar á aquellos á quienes sacrificaba, que despues de la rápida declinacion de la salud del cardenal, su desgracia no seria muy larga.

En efecto, mientras se escudaba así Richelieu contra la muerte, la abrigaba ya en su seno. Habia estado enfermo en Narbona de harta gravedad para creerse en el caso de hacer testamento. A una apariencia de mejoría sucedieron frecuentes recaidas, una fiebre que le minó insensiblemente, y úlceras, signo de una sangre corrompida. Padeció aun algunos meses mas atormentado por los remedios que por su enfermedad: en fin, su estado llegó á ser ya desesperado. No se vió sin embargo entonces lo que acontecer suele en casos parecidos: proyectos, intrigas y manejos por parte de los que ambicionan el puesto que va á vacar. Todo estaba tan bien subyugado que nadie se atrevió á moverse; no parece sino que el alma encerrada en aquel cuerpo que perecia, conservaba toda su fuerza é imponia á los mas osados. El cardenal dispuso soberanamente del ministerio, del favor del rey y de su confianza; le indicó aquellos á quienes debia preferir, y dócil el monarca siguió al pié de la letra su voluntad; de manera que puede decirse que Richelieu reinó todavia despues de muerto.

Mostró mucha presencia de ánimo en sus últimos momentos, y recibió los sacramentos de la Iglesia con piedad y resignacion. Es de notar que no pidió perdon á los asistentes de las faltas que hubiese podido cometer, tanto en su administracion como en su conducta particular, ya porque su conciencia no le acusase de ninguna, ya porque no quisiese conceder á sus enemigos el pequeño triunfo de decir que se habia retractado en alguna cosa. En cuanto á sus afecciones privadas, demostró mucho cariño á sus parientes que recomendó al rey, y conservó hasta el último momento una ternura preferente por su sobrina la duquesa de Aiguillon, á quien habia siempre amado mas que á los otros. Dejóla como gefe de la familia. Hechas estas disposiciones, murió tranquilamente el 4 de diciembre á los cincuenta y ocho años de edad, colmado de honores y dignidades. Durante su agonía se vió sonreir al rey: lo que confirmó la opinion bastante estendida de que este príncipe veia con placer el término del dominio que sobre él tenia su ministro. Cuando le anunciaron que acababa de espirar dijo, simplemente: «¡Ha muerto un gran político!»

Esta corta oracion fúnebre abarca cuanto pudiera decirse de él respecto á su administracion. El es el autor del equilibrio establecido entre las grandes potencias de Europa, sobre las cuales habia tenido hasta entonces la casa de Austria sobrada preponderancia. Redujo tambien á los reformados franceses á un estado de impotencia que no les permitia poner en conflicto al gobierno. Estas son las dos obras maestras de su administracion; pero se compraron á costa de mucha sangre. A estos grandes hechos políticos puede unirse la humillacion de los grandes, á quienes, sacándolos de sus castillos donde podian disponer de fuerza y consideracion harto funestas á veces, los convirtió en simples cortesanos. Se le acusó mucho de haber trabajado en abatir la alta nobleza, mas por interés personal que por el bien de los pueblos, y de no haber obrado con franqueza sino valiéndose de malas artes contra aquellos á quienes queria perder: esta imputacion no está desprovista de fundamento. Pero le corresponde una gloria sin mancha; la marina, el ejército, el comercio esterior y otros varios ramos de la administracion comenzaron á florecer bajo su direccion. Protegió las letras, y no descuidó nada que pudiese contribuir á ilustrar á la nacion. Sin embargo, no debe creerse que quisiera hacerla feliz, al considerar la multitud de edictos que publicó sobre hacienda, y los muchos actos de autoridad que tan frecuentemente escitaron las murmuraciones del clero, de la magistratura y demas órdenes del Estado; así su ministerio fué brillante, pero opresor.

Esta conducta imperiosa con todos hasta con los soberanos estranjeros, era consecuencia de su carácter decisivo, firme y obstinado. Persuadido de su capacidad y de la superioridad de sus luces, aspiraba á una reputacion general. Richelieu escribió un libro de controversia teológica; se entretuvo con la poesía dramática; se erigió en juez competente de los autores, y los mas célebres incurrieron en su desgracia cuando no tuvieron la complacencia de plegarse á sus opiniones. La confianza en su talento no solo le persuadia de que en todo obraba bien, sino que nada estaba bien hecho de aquello en que él no intervenia. En consecuencia se permitió los actos mas estraños á su estado, como mandar en persona los ejércitos, instruir procesos criminales, hacer le presentasen los prisioneros é interrogarlos por sí mismo. A la verdad, pocos tuvieron en grado tan eminente y como el talento para descender á pormenores, junto con grandes miras y con el conocimiento de cuanto podia contribuir al éxito de una empresa. Todo esto puede notarse en sus despachos, en sus instrucciones á los embajadores, y sobre todo en sus cartas al rey. El estilo es noble, puro y sentencioso: reina en él un tino especial para presentar en relieve lo que quiere insinuar, y para destruir y aun prevenir las objeciones; por manera que hablase ó escribiese, estaba siempre seguro de hacer adoptar sus ideas á su señor.

Tambien se ha notado que nunca Luis tuvo otras prevenciones que las inspiradas por su ministro. Antes de que muriese, le proporcionó la satisfaccion de vengarle de su hermano con una declaracion infamatoria registrada pocos dias despues de su muerte por el Parlamento. Hacia el rey en ella una exagerada enumeracion de las faltas de Gaston; las palabras de traicion é ingratitud estaban en ella demasiado repetidas, y concluia declarando al duque de Orleans incapacitado para todo cargo del Estado y especialmente para la regencia.

Sin embargo, como ya no estaba Richelieu para sostener sus resoluciones, algunos meses despues volvió Luis su gracia á su hermano, y dió una declaracion contraria á la primera: contraria en cuanto á las disposiciones concernientes á las dignidades y regencia, porque no siendo esta mas que un perdon, las calificaciones de traidor é ingrato quedaron, y por consiguiente la infamia que las acompañaba. De la misma manera obró con los demas perseguidos de su reinado: á poco tiempo se abrieron las prisiones, y fueron franqueadas las fronteras á los espatriados. Viéronse aparecer al lado del rey á sus oficiales así militares como domésticos, que el cardenal habia alejado. La duquesa de Guisa volvió de Florencia, trayéndose los cuerpos de su esposo y dos hijos muertos en la emigracion. El duque de Vendome, hermano natural del rey, y sus hijos, obtuvieron permiso para entrar en el reino y abandonaron la Inglaterra, que les habia servido de asilo. Todos estos señores eran seguidos por una multitud de personas unidas á su fortuna, cuya vuelta daba lugar en las familias á grandes festejos: puede asegurarse que en estos primeros transportes de júbilo se ocupaban poco de la memoria del cardenal. Los mariscales de Vitry y de Bassompierre, el duque de Cramail y muchas personas notables salieron de la Bastilla, de Vincennes y de otros fuertes y ciudadelas donde estaban presos; pero muchos de ellos ó no fueron admitidos á la presencia del rey ó no lo fueron sino tarde. Así, aunque consintió en mitigar algo la dureza inspirada por el ministro, Luis XIII mostró siempre deferencia á la voluntad de Richelieu, dejando impreso el sello de la desgracia en los que habia marcado el vengativo cardenal.

La muerte de Richelieu no fué sabida con menos júbilo fuera del reino que en él. Molestada la Europa tanto tiempo hacia por los ambiciosos planes de este ministro, debió concebir por un momento la esperanza de que con él se habrian desvanecido, y lisonjearse de que la paz, igualmente deseada por todas las potencias beligerantes, iba en fin a permitir algun tiempo de respiro á la humanidad; pero habia tan vigorosamente cimentado sus medidas el cardenal, que se sostuvieron como por sí mismas despues de él, y

á pesar del diferente genio del ministro que le reemplazó, á pesar de la debilidad del monarca, las dificultades de una minoridad y las inclinaciones de la regente, continuó la guerra con el mismo calor que antes, y la casa de Austria no pudo escapar al golpe mortal á que Richelieu la habia sentenciado. Mazarino, que de él habia recibido su cargo, temiendo desacreditar su ministerio separándose con medidas pusilánimes de la enérgica marcha trazada á los negocios por su predecesor, siguió los mismos planes: con sus consejos y á pesar de las prevenciones de unos y otros, el jóven aliado del cardenal, el duque de Enghien, que aun no tenia veinte y un años, fué puesto al frente del ejército de Flandes, donde debia darse el mayor impulso á la guerra. En Cataluña y en Italia se decidió estar á la defensiva.

En medio de esta corte, que por la vuelta de tanto desterrado debia ser la mansion de la alegría y del placer, y que la melancolía del gefe hacia cada vez mas lúgubre, Luis XIII, atacado de una mortal hipocondría, se preparaba á su fin, que avanzaba á pasos de gigante. Sus últimos años no fueron otra cosa que un tegido de pesares é inquietudes, y en sus postreros meses no hubo mas que ansiedad y amargura por causa de la regencia. Parece que de todos los motivos que alimentaban la indiferencia del rey para con su esposa, ninguno le afectaba tanto como el negocio de Chalais. Si la reina, viendo la débil salud de su esposo, tuvo en efecto el designio de casarse con Gaston despues de la muerte del hermano, no se la puede eximir de censura. En pleno consejo se la echó en cara esta falta; pero ella sostuvo constantemente que era inocente, y solo se habia sometido á la humillacion de sufrir la acusacion, porque se la habia amenazado con enviarla á España. Luis sin embargo, la acusó en el fondo de su corazon de haber deseado su muerte; y cuando al verle próximo á espirar, le conjuró que no llevase á la tumba tan odiosa prevencion, respondió él á Chavigny, que hablaba por ella: «En el estado en que me encuentro estoy obligado á perdonarla, mas no á creerla.»

Con esta prevencion fortificada por la intervencion de la reina en varias intrigas, y por la persuasion en que estaba el rey de la incapacidad de su esposa y de su parcialidad por su patria España, no es de estrañar que hubiese querido escluirla de la regencia. Mucho tiempo anduvo viendo de qué manera podria lograrlo; mas no pudiendo valerse de su hermano á quien no estimaba, ni de otros príncipes que no eran suficientes para sostener su eleccion, despues de infinitas combinaciones políticas nombró regente á la reina, y á su hermano lugarteniente general del reino; pero creó un Consejo soberano inamovible, prohibiendo terminantemente á su esposa y á Gaston el cambiarlo. Puso de presidente al príncipe de Condé; y el 19 de abril, habiendo hecho jurar á su esposa y á su hermano el conformarse con estas disposiciones, firmó su declaracion, poniendo debajo de su mismo puño: «Lo que queda escrito es mi espresa y última voluntad, que quiero sea ejecutada.» Al dia siguiente fué registrada en el Parlamento. El rey padeció todavía cerca de un mes, durante el cual sufrió una especie de abandono, no tanto motivado por las cábalas que distraian á los que debian emplearse en su cuidado y compañía, como por su indiferencia. Murió el 15 de mayo á la edad de cuarenta y tres años sin ser llorado, porque no se habia hecho amar.

Toda Paris ha admirado la estatua ecuestre de Luis XIII, monumento augusto, cuyas inscripciones habian sido sin duda hechas para fijar el juicio de la posteridad sobre el príncipe á quien están dedicadas. Decíase que el monarca cifró su gloria en vencer á los enemigos de su reino, en someter á los rebeldes, domar la heregía y hacer triunfar la religion, y que si sus trabajos no hubieran apresurado su muerte, «habria vengado la larga esclavitud del santo sepulcro.»

Mas el panegirista debió hacer mencion de la afabilidad, la dulzura, la bondad y el amor para con sus súbditos, virtudes no menos preciosas para los pueblos, y tan dignas de los reyes como la bravura y los talentos militares. Luis XIII tenia un carácter sombrío y receloso. Ganábase su voluntad con solo aparentarle una adhesion esclusiva. La amistad con él no era siempre consecuencia de la estimacion. Amaba sin estimar, y estimaba sin amar; y como la estimacion es imperiosa, dió á Richelieu sobre su amo el ascendiente que siempre disfrutó, á pesar de los esfuerzos de cuantos Luis amaba.

LUIS XIV.

De edad de 5 años.

Un mes habia transcurrido entre las últimas disposiciones de Luis XIII y su muerte; durante este tiempo las alternativas de su enfermedad variaban sin cesar el aspecto y la actitud de los cortesanos; cuando el mal arreciaba sus ataques, los desgraciados que habian vuelto últimamente, no podian menos de mostrar su satisfaccion á través de la gravedad que el decoro les imponia en aquel caso; cuando se observaba algun alivio, los favoritos del reinado espirante volvian á tomar la apariencia de seguridad que estaban muy lejos de tener, pero que afectaban para ocultar su inquietud á los enemigos. Sin embargo, estos solo esperaban mortificaciones, y aquellos favores que les indemnizasen de las humillaciones pasadas. Esta persuasion inspiraba docilidad á los que habian mandado, é inflexibilidad á los que habian cedido; disposiciones que imprimieron á los negocios un curso muy diferente del que se habia previsto.

Era natural que Ana de Austria depositase su confianza en los antiguos partícipes de sus penas, algunos de los cuales podian mirarse como mártires de su adhesion á ella: el principal de estos era el conde de Beaufort, hijo segundo del duque de Vendome. Preténdese que no ignoraba el interés que la reina tenia en el buen éxito de la tentativa de Cinq-Mars contra el cardenal; que el prelado quiso arrancar esta confesion al duque por medio del ofrecimiento de gracias y honores; pero que Beaufort se sostuvo siempre inaccesible á las seducciones del ministro, y que prefirió abandonar el reino á quedar espuesto á tales sugestiones. Cuando volvió le recibió la reina con la mayor distincion y dijo públicamente: «He aquí el hombre mas honrado de Francia.» Le dió el dia antes de la muerte del rey una prueba nada equívoca de su estimacion. El duque de Orleans y el príncipe de Condé tuvieron entonces algunas diferencias, y precisamente el mismo dia el mariscal de La Meilleraie, general de artillería, recibió un aviso falso de que luego que espirase el rey seria arrestado, así como todos los parientes y amigos de Richelieu. Llamó para su defensa á todos los dependientes de su cargo. Advertida Ana de Austria de su llegada, imaginó que eran tropas llamadas por el duque de Orleans ó el príncipe de Condé con el objeto de apoderarse del Delfin y del duque de Anjou. Hizo venir á su lado al de Beaufort, le entregó sus hijos en presencia de toda la corte y ordenó á las tropas de la guardia que le obedeciesen como á ella misma. Esta confianza en un hombre tan estrechamente ligado con los antiguos desgraciados, dió á conocer bastante á qué lado se inclinaria la balanza del favor.

Ana de Austria pareció desde entonces no pensar ni obrar mas que por inspiracion de los enemigos del anterior ministerio, que se encontraban á su lado á la muerte de su esposo. San-Ibal y Montresor, los dos hombres sombríos que en otro tiempo habian tenido levantado el puñal sobre Richelieu, eran como los representantes del partido que se formó entonces. Se le llamó la *Cábala de los importantes*, porque orgullosos con la confianza de la reina se daban cierto aire de suficiencia y proteccion. De este número eran muchos oficiales, empleados y damas. Tenian de su parte las casas de Vendome, Guisa y Epernon, á los mariscales de Vitry y Bassompierre y multitud de personas últimamente escapadas de los grillos y la proscripcion, conformes todos en su odio contra Richelieu, pero conociéndose poco los unos á los otros, ó habiéndose olvidado en los destierros y prisiones, y por consecuencia sin lazos de amistad ni estima, sin conocimiento del estado de los negocios y manifestando en su conducta la circunspeccion y timidez que da necesariamente el recuerdo reciente de la cautividad.

La cábala contó desde luego con Agustin Potier, obispo de Beauvais, á quien la reina quiso hacer ministro, pero no tenia ni principios de gobierno ni aptitud para adquirirlos. Era este un hombre presumido y limitado, que todo lo creia fácil, que decidia y rompia por todo sin cuidarse de que en todo es preciso seguir un sistema y emplear espedientes para lograr el éxito. Así que espiró el rey, Potier y todos sus secuaces proclamaron que la regencia pertenecia de derecho á la reina; que las restricciones puestas á su autoridad por la creacion de un Consejo eran injuriosas á su magestad, y que no habia otro medio para evitar tal vergüenza que anularlas. Ana aplaudió este transporte de celo y resolvió hacer anular la declaracion cuya observancia habia jurado en manos de su esposo; pero así que quiso ejecutarlo, tropezó con dificultades insuperables. Por de pronto faltaba saber si el Parlamento se prestaria á abrogar una disposicion prudente en sí misma y que acababa de registrar. Habia que temer que su negativa seria apoyada por el príncipe de Condé, gefe del Consejo que se queria suprimir, por el canciller Sequier, por el cardenal Mazarino, por Chavigny y por todos los demas miembros de este Consejo, cada uno de los cuales tenia numerosos partidarios. Ademas, una vez anulada esta declaracion de que emanaba la autoridad de la reina, el duque de Orleans querria acaso revindicar sus derechos á la regencia. No era pues cosa de dar un golpe de mano como pretendian el obispo de Beauvais y sus ecos: fué preciso negociar, halagar al príncipe de Condé, ganar al canciller, agenciarse el consentimiento de Mazarino, Chavigny y demas miembros del Consejo.

El príncipe de Condé cedió á las instancias de su esposa, íntima amiga de la reina, que se comprometió á asegurarle en bienes y dignidades ventajas superiores á las que podia prometerse de su cargo. Para decidir á Seguier y los otros á abandonar el rango y

la autoridad que les daba la declaracion, se les prometió el mismo poder bajo título diferente. Fué preciso tambien calmar el descontento de los amigos del cardenal de Richelieu, para quienes la declaracion era una salvaguardia contra la venganza de la reina. Tenian todavía un partido influyente que podia servirles en el Parlamento. Ana habló á los gefes en particular y á la duquesa de Aiguillon, espeniéndoles sus sanas intenciones y benevolencia. Con este paso principió á disponérlos favorablemente para con ella. En cuanto al duque de Orleans, no fué difícil á la princesa por el ascendiente que sobre él tenia, atraerlo á sus miras. Sedujo al abad de la Riviere que tenia en él grande influjo, y el príncipe se sometió á todo, de manera que las cosas se arreglaron á placer de la reina en la sesion del Parlamento presidida por el rey niño, el 18 de mayo. Ana de Austria fué declarada regente, tutora sin restriccion y facultada para formar á su voluntad el Consejo. De esta manera fué respetada *la muy espresa y última voluntad* de Luis XIII. Omer Talon, abogado general, motivó esta disposicion en el peligro de dividir el poder, «porque de tal division, dijo, nacen las facciones y los partidos:» primer ejemplo, renovado con frecuencia en esta minoridad, de decisiones parlamentarias de que se creia autor el cuerpo que las pronunciaba, no siendo mas que órgano.

La reina habia quedado muy satisfecha de la conducta de Mazarino en esta ocasion. No se habia manifestado muy resistente á descartarse de los derechos que le concedia la declaracion. Habia hasta contribuido á determinar á Chavigny y mostrarse dispuesto á ejercer tambien gustoso la autoridad ó cargo que le confiriese Ana de Austria, lo mismo que si emanase de Luis XIII. Tal proceder disminuyó el resentimiento que alimentaba aquella contra él, porque sabia que él y Chavigny habian sido los que redactaron la fatal declaracion, y aun sospechaba que la habian inspirado al rey. Los amigos de Mazarino hicieron conocer á la regente que lo que ella atribuia á mala voluntad no habia sido en el fondo otra cosa que un verdadero servicio, toda vez que dispuesto como estaba su esposo á no dejarla mas que lo que no la podia quitar, habria sin duda tomado contra ella medidas mas difíciles de romper. Por una parte los devotos de la corte, el padre Vicente de Paul, fundador de misioneros, lord Montaigu, celoso católico, el duque y la duquesa de Liancourt, y piadosas damas adoctrinadas por los carmelitas y otros religiosos, exhortaron á la reina al olvido de las injurias y al perdon de sus enemigos; por otra los políticos que temian que la cábala de los *Importantes* llegase á tomar sobre ella sobrado influjo, la representaron que solo el cardenal Mazarino entendia la clave de los negocios estrangeros, que era laborioso, activo y sinceramente adicto á la Francia, á pesar de alguna simpatía que tenia á España, donde habia estado en su primera juventud; inclinacion que estaba muy lejos de ser un motivo de reprobacion para Ana de Austria. Todo esto hizo profunda sensacion en la reina. El aire cortés de Mazarino, sus maneras espresivas y su deferencia á la voluntad é inclinaciones de la regente, consiguieron lo demas.

La señora de Motteville, despues mariscala de Estrees, que habia conocido á Mazarino en Roma, dijo de él antes que pudiese tener interés alguno en disfrazar la verdad, «que era el hombre mas agradable del mundo; que tenia el arte de encantar á los hombres y de hacerse querer de aquellos á quienes la fortuna le sometia; su conversacion era alegre é instructiva; parecía sin pretensiones y ponia hábilmente estudio en no eclipsar con su mérito el de los demas.» El primer acto que le dió á conocer en Francia, aquella paz que con evidente riesgo de su persona ajustó en Casal entre dos ejércitos dispuestos á embestirse, debió ponerle ya de realce á los ojos de los franceses, y sus nobles maneras pudieron aumentar tan favorable prevencion. Conservó siempre el aire decoroso y galante de su antiguo estado, y el lord Montaigu parece haberle pintado bien, cuando á las diferentes preguntas de la reina acerca del carácter del italiano, le respondió: «Es el reverso de la medalla del cardenal de Richelieu.»

Se ha sospechado tambien que Ana de Austria no fué insensible á las amables cualidades de Mazarino. Esta princesa era coqueta, tomando esta calificacion en la acepcion mas favorable, es decir, que le gustaban las lisonjas y el notar que no la mirasen sin interés; inclinacion que, á pesar de la magestad del trono, la espuso á los tiros de la maledicencia cortesana. En cuanto á Mazarino, se condujo con la mayor circunspeccion. Lejos de enorgullecerse con el favor de su soberana, halagaba y atendia á todos á fin de burlar los golpes de la envidia que suele ensañarse con los nuevos favoritos; decia que solo estaria en el ministerio el tiempo que se tardase en ajustar la paz, y que lograda esta se volveria á Roma. Esta especie de subterfugio engañó completamente á los mas envidiosos. No pusieron la mayor atencion en el aumento de consideracion que cada dia lograba el cardenal con la reina; y el obispo de Beauvais, entretenido con la promesa que le hacia la regente de que tendria á su lado al prelado italiano solamente el tiempo preciso para instruirle de los negocios y que le separaria despues, llegó á mirarle como á un hombre cuyo crédito pasagero no podia inquietarle.

Lo que debia decidir á los ojos del público sobre la preponderancia de los partidos, era la acogida que hacia la reina á la duquesa de Chevreuse y al marques de Chateauneuf, personages considerables de distinto modo que los que hasta entonces habian figurado al frente de los *Importantes*. El uno encerrado en el castillo de Angulema, y errante el otro en los Paises Bajos y en España, habian hecho una larga penitencia por haber atacado á Richelieu, á quien se habian propuesto hacer el blanco de sus intrigas y artificios. Sea que Luis XIII estuviese supeditado por las prevenciones de Richelieu, ó que hubiese conocido por sí mismo en estas dos personas cualidades peligrosas cuyo pernicioso influjo en su esposa temia, recomendó espresamente en su declaracion que nunca fuesen llamadas á la corte. Esta voluntad del difunto fué respetada como las otras. Apenas habia cerrado los ojos, los dos desterrados pidieron su vuelta. La reina, que creia que por ella habian sido perseguidos, se la concedió; pero durante su viage tenia lugar una revolucion imprevista en el alma y corazon de Ana de Austria.

Los hombres que temian la capacidad del marques, y las mujeres que veian con celos los encantos de la duquesa, se unieron para desacreditarlos. Chateauneuf encontró en la princesa de Condé á quien la reina profesaba cariño, una enemiga poderosa que obró directamente contra él. No podia esta perdonarle el que hubiese presidido la comision que condenó á su hermano el duque de Montmorency, cuando podia haberse escusado mediante las sagradas órdenes que habia recibido, y que hubiera debido hacerlo á toda costa, porque habia sido page de la casa. Insinuóse á la regente que estos personages se prometian gobernar el reino; que ofrecian gracias y proteccion, se jactaban de que ellos serian los que distribuirian los empleos y dignidades y manejarian á la reina; que por otra parte, se engañaba Ana sobre el motivo de su antigua desgracia; que Chateauneuf y la duquesa de Chevreuse no habian sido castigados por su adhesion á ella sino por una intriga amorosa entre los dos. Estas observaciones parecieron plausibles á la regente, y su amor propio ofendido la hizo variar de resolucion. A pretesto de no querer contradecir abiertamente la última voluntad de su esposo, escribió á Chateauneuf que con aire de triunfo se dirigia a la corte, que hasta nueva órden se retirase á su casa de Montrouge cerca de Paris; y en cuanto á la duquesa de Chevreuse, Ana de Austria, despues de haberla recibido públicamente como amiga, la dijo en particular que por las mismas razones que la impedian ver por algun tiempo á Chateauneuf, la aconsejaba que se retirase tambien al campo. La duquesa, muy sorprendida, combatió estas razones, rogo, se sometió á condiciones y obtuvo al fin el permiso, si no de residir continuamente en la corte, de estar en ella por temporadas. La regente al mismo tiempo por no malquistarse con todo el partido, designó al obispo de Beauvais para el cardenalato.

No se sabe qué intencion seria la de Mazarino en el paso que dió con la duquesa de Chevreuse, aunque se supone obró de acuerdo con la reina. Fué á visitarla al dia siguiente de su arribo, y despues de los cumplimientos que pueden halagar á una mujer llena de pretensiones á la gloria del talento y á la de la belleza, la ofreció su crédito y su bolsillo con el honroso pretesto de que llegando de un largo viaje debia estar desprovista de dinero, y siendo tan lento el pago de las asignaciones sobre el tesoro real muchas veces, se encontraria quizá con alguna dificultad de este género. La duquesa le agradeció negándose á recibir el dinero. En cuanto á la oferta de servicios, la acogió con aire marcadamente irónico, como una persona maravillada de que se quisiese hacerla entrever que podia tener necesidad de proteccion para con la reina. Sin embargo, prometió poner luego á prueba la voluntad y el poder del cardenal.

Llena de despecho contra la casa de Richelieu, sus parientes y amigos, hubiera querido anodadarlos á todos. Pidió con reiteradas instancias que se separase al mariscal de La Meilleraie del gobierno de la Bretaña, que se le habia concedido cuando Luis XIII, despues del negocio de Chalais, lo quitó al duque de Vendome. Ella queria que este fuera repuesto en dicho cargo; que se retirara el almirantazgo de la casa de Brezé que lo poseia, concediéndolo al duque de Beaufort; en fin, que se despojase al jóven duque de Richelieu del gobierno del Havre para darlo al príncipe de Marsillac, duque despues de La Rochefoucauld, nueva conquista que ella unia á su carro. Estas pretensiones y muchas otras menos ruidosas sublevaron una parte de la corte contra los *Importantes*, de quienes la duquesa no era mas que órgano. Sin embargo, la reina no creyó deber romper con ellos por medio de una terminante negativa: quiso temporizar, y como de estas exigencias la en que mas se insistia era la de restitucion del gobierno de la Bretaña á la casa de Vendome, que la hacian mirar como de rigorosa justicia, tomó la regente el título para sí misma y dejó lo esencial al ma-

riscal de la Meilleraie, á quien nombró lugar-teniente general de la provincia. De las demas exigencias de menos importancia, unas fueron otorgadas y otras eludidas. Solo con respecto al almirantazgo y gobierno del Havre satisfizo Mazarino con promesas que los acontecimientos que siguieron le dispensaron de cumplir.

Previendo Richelieu que despues de su muerte su familia y amigos serian probablemente inquietados, les dejó un apoyo en la proteccion de la casa de Condé; con este objeto casó á su sobrina con el duque de Enghien, y sobre esta casa derramó cuantos bienes, honores y autoridad eran necesarios para ponerla en estado de defender sus aliados. Uniendo á estas ventajas la princesa de Condé el favor de la reina, separó de la duquesa de Aiguillon los primeros golpes de la desgracia que ya la amagaban. Apoyó tambien á los jóvenes Richelieu y Brezé, á quienes se queria privar del gobierno del Havre y del almirantazgo; puso tanto mas cuidado en esto, cuanto que se destinaba el almirantazgo para el duque de Beaufort, á quien aborrecia, porque despues de haberle pedido en matrimonio su hija la señorita de Borbon, habia abandonado la pretension desairando á esta princesa que se casó despues con el duque de Longueville. El príncipe de Condé no demostraba el mismo celo por servir á sus aliados. Aparentaba mirar con indiferencia todo, siempre interiormente ofendido de que se le hubiese quitado la plaza de gefe del Consejo de regencia que Luis XIII le habia dado por su declaracion testamentaria. Mas el duque de Enghien no se mantuvo en la misma neutralidad que su padre, y momentos hubo en que se le creyó entregado por completo á la cábala de los *Importantes*.

Este guerrero, mas apropósito para la adusta franqueza del campamento que para las intrigas cortesanas, y á quien sus faltas y desgracias no han podido arrebatar el nombre de Grande, acababa á los veinte y dos años de ganar la batalla de Rocroy, consiguiendo una victoria que hubiera hecho honor al mas hábil y afortunado general. D. Francisco de Melo, vencedor del general Grammont en Honnecourt, se habia prometido en este año grandes ventajas. Con la mira asaz atrevida de invadir la Champaña, dejó sus cuarteles y atacó á Rocroy. Esta ciudad situada enmedio de una vasta llanura estaba rodeada de bosques y pantanos, teniendo por único acceso un desfiladero. Si D. Francisco hubiese defendido este paso, quizá habria contenido la marcha del príncipe y espugnado la plaza despues de algunos asaltos; pero la confianza de la victoria sobre un ejército mandado por un general de veinte años, le hizo dejar libre el paso hasta él, y únicamente para asegurar el triunfo, mandó al general Beck que fuese á unírsele.

El duque de Enghien habia sido nombrado al mismo tiempo gefe del ejército de Flandes, y gobernador de Champaña. Por este doble título tenia él á mengua que le arrebatasen á Rocroy, y se daba prisa á embestir á los españoles, cuando recibió la noticia de la muerte del rey y órden de que no arriesgase lance alguno. El mismo mandato se habia dirigido al mariscal Hopital que le habian dado por moderador; pero á medida que el viejo mariscal siguiendo las instrucciones ponia obstáculos á cuanto se dirigia á arriesgar una batalla, el jóven príncipe que estaba muy lejos de participar de la circunspeccion del veterano, se valia de la mayor destreza para comprometerle á la pelea. Pretestó únicamente al principio el deseo de introducir algunos socorros en Rocroy. Hopital persuadido de que el desfiladero estaria tomado y que esta tentativa quedaria por consiguiente reducida á un simple choque, no se opuso al movimiento; pero su prudencia fué desmentida por presuntuosas combinaciones del enemigo. Habiendo pasado la cabeza del ejército sin encontrar resistencia, fué preciso que pasase tambien el resto para apoyarla; y situadas todas las fuerzas en la llanura, fué menester sostenerse en ella, porque la retirada hubiera sido mucho mas peligrosa que el combate. Fué forzoso tambien apresurarse á atacar antes que se uniese al enemigo el general Beck, á quien de un momento á otro esperaban los españoles, lo que les daria gran superioridad numérica sobre la que ya tenian. El jóven duque tomaba en consecuencia sus medidas, cuando el marques de La Ferté, que sin órden quiso hacer penetrar un refuerzo en Rocroy, descubrió su ala izquierda y le puso casi en la imposibilidad de evitar una derrota. El príncipe, en el lugar del general español, no hubiera desperdiciado aquella ocasion de batir á su adversario; y á este golpe de vista rápido que le hacia conocer las faltas de su enemigo para aprovecharse de ellas, debió la mayor parte de sus victorias; pero D. Francisco creyó mas prudente esperar que llegase Beck, y esta prudencia intempestiva salvó al ejército francés. Sin embargo, por el tiempo que necesitaba para restablecer el órden, se vió obligado el duque de Enghien á diferir la batalla al dia siguiente 19 de mayo, quinto dia despues de la muerte de Luis XIII. Sea por cansancio ó seguridad, durmió profundamente mientras aguardaba el combate, y fué preciso dispertarle al rayar el dia, como á Alejandro en Arbelles.

El ejército español contaba diez y ocho mil infantes y ocho mil caballos; el francés menos fuerte en tres mil infantes y mil caballos, se movió el primero. El duque mandaba la derecha, Hopital la izquierda, y Sirot, baron de Viteaux, cuya bravura era renombrada desde que se batió con tres reyes y de un pistoletazo pasó el sombrero de Gustavo Adolfo, conducia la reserva. El príncipe despues de haber recorrido las filas arengando á los soldados y animándolos á que supiesen estrenar la corona del nuevo rey, dió la señal del combate cargando de frente á la caballería enemiga, mientras que Gassion, su brazo derecho y confidente, cargaba á la misma por el flanco, despues de haber dispersado á una partida de mosqueteros que la cubria. Este doble ataque la puso muy pronto en derrota. Dejando el príncipe á su teniente el cuidado de perseguirla é impedir que volviera á ordenarse, cayó sobre la infantería alemana, italiana y walona; estos cuerpos, á pesar de la desventaja del campo, sostuvieron con valor las cargas de la caballería, pero al fin tuvieron que ceder.

El mariscal de Hopital no era tan afortunado en la izquierda. Su caballería partiendo al galope desde mucha distancia, cansada ya cuando embistió al enemigo, fué rechazada con gran pérdida. Herido él mismo enmedio de sus esfuerzos por restablecer el combate, creyó perdida la batalla é hizo decir á Sirot que tocase retirada. «No, no, respondió este: la batalla no está perdida, porque Sirot no se ha entregado, y el duque de Enghien vive todavía.» Participó inmediatamente á este el apuro en que se hallaba el ala izquierda, y con las fuerzas de la reserva sostuvo el combate hasta la llegada del príncipe, que enterado de todo atacó por detras á los batallones españoles, y cayó de improviso sobre la caballería victoriosa que en un momento se desbandó y apeló á la fuga.

No quedaban ya del ejército mas que los famosos tercios españoles, cuerpos de infantería invencible compuesta de soldados nacionales. El conde de Fuentes los mandaba; aunque viejo y achacoso habia conservado todo el vigor para el mando, y haciase llevar de fila en fila en una silla de manos para afirmar en aquel trance el valor de sus valientes veteranos. Estos para no desperdiciar su fuego mortífero, tenian órden de no disparar hasta que los franceses estuviesen á cincuenta pasos. Una impenetrable barrera de picas los cubria ademas, y solo se abria para los disparos de diez y ocho piezas de artillería ocultas en sus filas. Cercados por todas partes rechazaron hasta tres ataques consecutivos, y ya sucumbian de fatiga, cuando amenazados por otra carga pidieron cuartel sus oficiales. El duque de Enghien se adelantaba para concederlo, pero su gesto mal interpretado, hizo que silvara una lluvia de balas á sus oidos. Indignados por lo que creyeron una traicion los soldados franceses, se arrojaron con furia sobre el batallon español é hicieron una horrible carnicería. El jóven vencedor arrebató de tal frenesí un corto número de guerreros que se refugiaron á su lado; pero fueron vanos sus esfuerzos para salvar al gefe español. Así fué destruida esta infantería tan formidable, que desde Cárlos V era el alma de los ejércitos españoles y cuya gloria desapareció para pasar á los ejércitos franceses. Beck llegó sobrado tarde, y no pudo ayudar mas que á ordenar la retirada y reunir los fugitivos.

Mucho tiempo hacia que la Francia no habia conseguido una ventaja tan decisiva, pero era preciso recoger sus frutos. A esto se dirigieron los cuidados del jóven príncipe, que como capitan esperimentado no se durmió sobre sus laureles. Thionville podia interceptar los socorros enviados de Alemania á los Paises Bajos, y así se decidió á apoderarse de aquella plaza: mas en un ejército organizado para la defensiva, no habia tren de batir. Dió órden para que se preparase lo que le hacia falta, y en el interin hostigó al enemigo, amenazó al Brabante, amagó á Bruselas, y cuando Melo llevó á este lado todas sus fuerzas, cayó de repente sobre Thionville antes de que hubiese podido ser reforzada. Beck, burlando la vigilancia de uno de los oficiales del príncipe, introdujo dos mil hombres que prolongaron la defensa, pero que no pudieron impedir que la plaza fuese tomada.

La posesion de esta plaza le permitió darse la mano con el mariscal de Guebriand, cuyos talentos se estrellaban en un ejército indisciplinado y mercenario. Encontrábase entonces acorralado en la orilla izquierda del Rhin por Mercy, empleado en el servicio de Baviera, y por el duque de Lorena, á quien su inconsecuencia habitual habia hecho olvidar sus últimos juramentos. Un socorro de cinco mil hombres mandados por el conde de Rantzau, y enviados por el duque de Enghien, le dió medios para volver á tomar la ofensiva. Abandonó desde entonces un pais asolado por la guerra, repasó el Rhin con intencion de ir á invernar en Suavia, y á fin de establecerse con mayor seguridad sitió á Rothweil, de que se apoderó, aunque fué herido de muerte. Rantzau que le reemplazó se dejó sorprender en Dutlingen por el duque de Lorena, Mercy y Juan de Werth. Fué completamente batido y hecho prisionero, repasando únicamente el Rhin cinco ó seis mil hombres de un ejército que habia sido el terror de la Alemania. La corte se apresuró á enviar al vizconde de Turena que era conocido de ellos, por haber sido camarada suyo á las órdenes del duque de Weimar. Llamáronle al efecto de Italia, donde durante la ausencia del príncipe Tomás, retirado por su quebrantada salud, mandaba en gefe, y donde por algunas

ventajas se habia hecho acreedor á la edad de treinta y dos años al baston de mariscal de Francia.

Cuando el duque de Enghien despues de una campaña tan brillante volvió á presentarse en Paris, radiante de gloria y rodeado de una turba de jóvenes caballeros compañeros y testigos de sus proezas, los partidos que dividian la corte se la disputaron, por decirlo asi, é hicieron los mayores esfuerzos por poner de su parte á esta brillante juventud y á su gefe. La eleccion del jóven príncipe no se hizo esperar: vano y frívolo como es cualquiera en su edad, se inclinó á aquel lado donde le brindaban lisonjas y placeres. La corte de Ana de Austria no era ni triste ni sombria, y la misma reina dejaba con frecuencia traslucir su carácter alegre al través de las fúnebres tocas de su viudez: pero las damas admitidas á su familiaridad, desprovistas de las gracias de la primera juventud, no poseian mas que las de la edad madura, reducidas á la variedad de los conocimientos, á la rectitud en el razonar y al atractivo de la conversacion. Esta sociedad apropósito para hombres reflexivos, era demasiado grave, por demas imponente para el vencedor de Rocroy y su séquito bullicioso. Encontrábanse mas holgados en el círculo de las duquesas de Chevreuse y de Montbazon: esta se habia casado con el padre de la primera, siendo mas jóven que la hija de su esposo. Ambas tenian esperiencia y eran de esas mujeres de mundo que saben reemplazar las gracias y candor de la juventud con complacencias y agasajos, y que usurpan con frecuencia sobre los corazones sencillos un imperio que la virtud y decencia no pueden obtener. Se rodeaban de los mas amartelados que en los dos sexos reunia la corte, y la libertad que reinaba en estas asambleas encantaba á los jóvenes guerreros. El duque de Enghien se aficionó á madama de Montbazon y se encontró ligado al partido de los *Importantes*: pero una maliciosa imprudencia de la duquesa le arrojó al partido contrario.

Entre las personas que se distinguian en esta sociedad y que por consecuencia escitaban la envidia, brillaba la jóven duquesa de Longueville, hermana del duque de Enghien. Cartas amorosas que esta habia perdido y fueron encontradas por madama de Montbazon, se leyeron y comentaron en plena reunion de una manera harto desagradable para la ausente. La princesa de Condé indignada de la imputacion, y todavía mas de la publicidad que se le habia dado, pidió justicia á la reina como de una afrenta hecha á la familia real. Este chisme que debió haberse despreciado, llegó á ser un negocio importante. El duque de Beaufort se declaró campeon de madama de Montbazon, de quien estaba apasionado, y el de Enghien desafió desdeñosamente á los detractores de su hermana. Los cortesanos segun sus inclinaciones ó sus intereses, llegaron á ofrecer sus espadas á los rivales, y se pasó por el inminente peligro de un sangriento combate. La regente, despues de haber empleado inútilmente la persuasion, se revistió de su autoridad y condenó á la duquesa de Montbazon á dar una reparacion. Mazarino arregló la forma, el lugar y el ceremonial, tropezando con tantas dificultades como si se ventilara un tratado que hubiera de decidir de la suerte de dos imperios. Para la ejecucion, la princesa de Condé convocó en su palacio una gran asamblea en que compareció la duquesa de Montbazon. Leyó esta con tono burlon algunas líneas de escusas y cumplimientos convenidas de antemano; la princesa respondió con algunas frases pronunciadas con tono agridulce, y se separaron mas enemigas que antes. Tal fué lo que La Chatre llamó la pena honrosa de madama de Montbazon. La reina temiendo la reproduccion de escenas semejantes, prohibió á la duquesa hasta nueva órden, que residiese en los lugares donde estuviese la princesa de Condé. Esta disposicion que daba la victoria por completo á los condes que se sabia eran sostenidos por el cardenal Mazarino, advirtió á los *Importantes* el ascendiente que iba tomando; pero en lugar de trabajar para reconquistar cerca de la reina el terreno que habian perdido y poner su crédito á la altura de el del ministro, hicieron cuanto podia acelerar la elevacion de este y la ruina de ellos mismos.

Ana de Austria era buena, familiar en su vida privada, dispuesta á hacer favor; pero no queria que sus amigos tratasen de dominarla, y se enfurecia cuando hallaba contradiccion. Las señores de Chevreuse y de Hautefort y las demas personas adictas á la reina en vida de su esposo, no habian podido estudiar su carácter porque solo la habian conocido en la opresion: dueña ya de seguir sus inspiraciones propias, les insinuó y aun declaró terminantemente que aspiraba á no sufrir ninguna clase de compromiso esclusivo en su amistad que pudiese esponerla á la crítica, y á las quejas. A pesar de estas advertencias creyeron algunas personas que en no dejándola ignorar las especies que corrian entre su servidumbre y el público acerca de ella y su ministro, no titubearia en despedirle. Pero sucedió muy al revés: lejos de agradecerlo á aquellos que tan vivo interés afectaban tomarse por su reputacion, llegó á creerlos autores de las censuras mortificantes de que no bastaba á librarla la corona, y se decidió á aprovechar la primera oportunidad para deshacerse de gentes tan oficiosas. El orgullo de los *Importantes* la proporcionó la ocasion apetecida.

Como muy á pesar del partido se habia sometido la duquesa de Montbazon á ceder á la princesa de Condé, creyó que algunos encuentros fingidamente casuales podrian tomarse por escepcion de la regla y volverla insensiblemente á la compañía de la reina que la princesa no abandonaba. En consecuencia habiendo obtenido la duquesa de Chevreuse el permiso de dar á la regente una fiesta campestre, madama de Montbazon se trasladó allí para ayudar, decia, á su hija política á hacer los honores. La princesa de Condé advertida á tiempo, pidió permiso á la reina para ausentarse á fin de no turbar sus placeres, pero la reina no lo consintió y envió á decir á madama de Montbazon que se valiese de cualquiera pretesto para retirarse. Esta se escusó de obedecer, y Ana de Austria ofendida por ello no quiso asistir á la fiesta. Al dia siguiente desterró á la suegra, é hizo decir á la nuera, causa de tal disgusto, que saliera al campo.

Algunos dias despues, sin embargo, volvió á llamar á madama de Chevreuse. Sensible al recuerdo de la amistad que en otro tiempo habia tenido con esta mujer, la habló como amiga y aconsejó para su comun tranquilidad que tratase solo de vivir alegremente en Francia sin mezclase en intrigas. «Os prometo, la dijo, mi amistad con esta condicion; mas si os empeñais en revolver la corte, me veré precisada á alejaros, y no puedo prometeros otra gracia que la de que no seais la primera que sea espulsada.»

El duque de Beaufort tomó el destierro de madama de Montbazon como un héros de novela. Lo mismo que si hubiese de romper lanzas con todos por la señora de sus pensamientos, llevaba siempre impresos en su semblante el despecho y el mal humor. Era descortés con unos, desairaba á los otros y criticaba al cardenal á quien acusaba de haber escitado á la reina á alejar á la duquesa. Este príncipe tan desprovisto de juicio como de política, obraba muy irreverentemente con la reina misma. Afectaba volver la espalda cuando ella le llamaba: si le hablaba, ó no respondia, ó lo hacia en términos poco comedidos. La reina tuvo la paciencia de sufrir por algun tiempo estas locuras; pero llegó á temer que tanta indulgencia le hiciese mas osado, tanto mas, cuanto que se hablaba entonces de asambleas secretas, de maniobras y de gentes armadas que buscaban al cardenal para apoderarse de él ó asesinarle. Este proyecto jamás se verificó, pero Mazarino tuvo miedo ó fingió tenerle. La regente participó de sus temores, lo mismo que el duque de Orleans y el príncipe de Condé, y con su consentimiento en el momento en que el duque de Beaufort se creia seguro de todo ataque, el valiente de la corte, el guardian del trono, el protector de la regente, el cumplido caballero á quien habia confiado sus hijos, cinco meses despues de esta distincion gloriosa, fué arrestado el 2 de setiembre y encerrado en la fortaleza de Vincennes. Su desgracia se hizo estensiva á la duquesa de Chevreuse, Chateauneuf, Saint-Ibal, Montresor y muchos otros á quienes se desterró de la corte. El obispo de Beauvais fué tambien enviado á su diócesis, privado hasta de la esperanza del cardenalato. Así concluyó, casi sin ninguna convulsion la cábala de los *Importantes*.

Despues de la borrasca causada por los *Importantes*, comenzaron los hermosos dias de la regencia, celebrados por los poetas como la edad de oro de la Francia. Parecia que libre de un ministro suspicaz bajo un rey taciturno y melancólico principiaba á disfrutar de una nueva existencia. Los corazones de los cortesanos comprimidos antes por el temor, tenian ya espansion y se abrian á la alegría, compañera inseparable de la confianza. El pueblo se regocijaba y corria en tropel á los festejos que se daban frecuentemente con motivo de las victorias alcanzadas sobre los enemigos. No iba á admirar en silencio las magnificencias que solo satisfarian la vista, sino á demostrar su sencilla alegria que prorumpia en entusiastas aclamaciones. El magistrado se entregaba con celo á sus funciones, seguro de no esperimentar los golpes de autoridad que tan perniciosa coaccion ejercian antes sobre los tribunales. El guerrero se esponia gustoso á los peligros, sin temer que una política sombría le hiciese responsable de los acontecimientos. En fin, todas las clases del Estado parecia que revivian. Los impuestos eran en verdad considerables; pero se pagaban sin murmurar, porque se ganaban batallas y tras cada una se esperaba la paz.

Turena despues de haber tomado cuarteles de invierno en la Lorena, provincia menos desolada que la Alsacia, y reunido fondos para equipar y reorganizar su pequeño ejército, habia vuelto á pasar el Rhin por Brisac para estar en observacion de Mercy que sitiaba á Friburgo. Demasiado débil para atacarle, pidió refuerzos, é ínterin le llegaban se empeñó en inquietar al enemigo; pero por mas que trabajó no pudo impedir la toma de la plaza, llegando poco despues el duque de Enghien, enviado en su ayuda. Aunque Mercy, aun despues de la union de los dos generales franceses, les fuese todavía superior en número, no creyó oportuno jugar en una batalla la suerte de una conquista que ya tenia asegurada, y tomó medidas para evitarla. Rodeado en la llanura de Friburgo de pantanos, lagunas, barrancos y asperezas impracticables, que no dejaban entre sí mas que estrechos desfiladeros, puso todo su cui-

dado en fortificar estas defensas naturales. Parecieron estas inexpugnables á Turena que, proponia apurar por hambre al bávaro; pero no opinó así el jóven príncipe que menos avaro de la sangre del soldado resolvió atacar á viva fuerza. Turena fué el encargado de ocupar un desfiladero, ínterin el duque de Enghien por el lado opuesto debia escalar una montaña.

A pesar de las infinitas dificultades que ofrecia el paso de la



Ultimos momentos de Richelieu.

garganta cortada por varios fosos y erizada de árboles derribados y otros obstáculos que á cada paso detenian á los soldados, Turena llegó el primero á la llanura, mas no sin nuevos peligros por la falta absoluta de caballería para proteger su division. El príncipe que pocos momentos despues ganó la cresta de la montaña, no podia serle de ninguna ayuda. Afortunadamente llegó la noche; pero si salvó á Turena, tambien cubrió la hábil retirada de Mercy que se fué á tomar posicion una legua mas allá.

Al dia siguiente fué atacado con el mismo calor, pero con peor suceso, habiendo sido enorme la pérdida de los franceses: fué imposible al príncipe á pesar de sus deseos, renovar el combate al otro dia; las fatigadas tropas necesitaban reposo, y al fin se adoptó el plan de Turena, de cortar la retirada al enemigo y acosarlo por hambre en su mismo campo. El ejército se puso desde entonces en movimiento para apoderarse de los puntos que aseguraban las comunicaciones y los víveres del general bávaro; pero Mercy, dió muy pronto en el motivo de este movimiento, y para burlarlo levantó su campo. Rose destacado contra él para entretenerle, arrostraba la furia de todo su ejército con ochocientos hombres, y hubiera sido deshecho si el duque que desde la cima de un monte vió el peligro que corria, no hubiera volado á su socorro separándose de su primera direccion. Mercy aprovechándose hábilmente del retardo que sufrian las tropas francesas por este accidente, abandonó en la Selva Negra su bagaje y artillería, y escapó como por encanto á las sabias combinaciones, bajo las cuales iba á sucumbir: de tal manera terminaron estos combates célebres conocidos con el nombre de *Jornadas de Friburgo*, donde el vencido hizo comprar muy cara la victoria al vencedor. Conservó es verdad á Friburgo, pero no pudo impedir que cayeran en poder de los franceses ambas orillas del Rhin desde Basilea hasta Colonia. En la primera de estas jornadas fué cuando el duque de Enghien echando pie á tierra y arrojando su baston de mariscal á los atrincheramientos enemigos, se lanzó con dos mil soldados cansados sobre las fortificaciones aventando á tres mil vencedores y cubiertos.

Gravelinas por el mismo tiempo caia en poder del duque de Orleans. Los cuerpos de los dos mariscales de La Meilleraie y Gassion, que servian á sus órdenes, estuvieron para embestirse despues de la toma de la plaza, por disputarse el vano honor de entrar los primeros. Lambert, mariscal de campo, se pone entre ellos, y con su energía y valor salva á millares de valientes, dando tiempo á Gaston á que arreglase todo amigablemente. La campaña de Italia fué casi nula, y en Cataluña el mariscal de La Motte no pudo impedir la reconquista de Lérida por el rey de España. Esto le costó el comparecer ante un consejo de guerra, no siendo absuelto hasta pasados cuatro años.

El cuidado de conservar las conquistas del Rhin habia sido confiado á Turena. Era esta una tarea algo difícil con las escasas tropas que le dejaban. Tuvo el talento de duplicarlas durante el invierno por medio de enganches, y se encontró en estado, en la primavera



Muerte de Luis XIII.

de ir al encuentro de Mercy, que tambien habia reparado el suyo, pero á quien acababan de quitarle cuatro mil hombres para la defensa de los paises hereditarios de la casa de Austria. Era esto consecuencia de una nueva victoria ganada en Jenkowitz cerca de Tabor, en Bohemia, por Torstenson; victoria despues de la cual marchó sobre Viena, pero con una lentitud que permitió oponerle tropas de refresco, que le obligaron á volverse á Bohemia. Turena,

aprovechándose de la debilidad de su adversario, le obligó á evacuar la Suabia y le acosó en Franconia hasta mas allá de Wurtzburgo y Nuremberg, donde le perdió de vista. Sus tropas le pidieron entonces cuarteles para rehacerse. El alejamiento de Mercy y el ejemplo de este general, que segun decia Rose, enviado á la descubierta, se acantonaba tambien, parecian autorizar esta condescendencia; la fatiga de las tropas, el temor de un acto de insubordinacion, y sobre todo la conmiseracion del gefe por soldados maltratados por los trabajos de una campaña como aquella, le arrancaron su consentimiento. El vigilante Mercy expiaba esta falta, única de que se puede reconvenir á Turena, falta que él mismo se echó en cara y que procuró reparar. Mercy no le dejó mucho tiempo para reconocerla: apenas fué cometida, cayó de improviso en Mariendal sobre los cuarteles separados. En vano Turena dió órdenes para que se reunieran: en la confusion de la sorpresa fueron mal ejecutadas; y no habiendo podido reunir el general francés mas que una pequeña parte de sus tropas cuando el enemigo apareció con todas las suyas, se vió en la necesidad de correr el azar de un combate desigual de que no pudo evadirse. Su pequeño cuerpo, envuelto bien pronto por el número, tuvo que apelar á la fuga, y se vió él mismo en grave riesgo de caer prisionero. Así que se encontró en salvo, recogió los restos del ejército, y en lugar de tratar de repasar el Rhin, como lo débil de sus fuerzas parecia aconsejar, hizo su retirada sobre Hesse. Habia formado el proyecto de atraerse á Mercy y obligar así á los de Hesse y á los suecos, sus aliados, á dejar sus cuarteles de invierno y salir de una inaccion perniciosa para la causa comun. Tal astucia logró por completo su fin, y le puso al frente de un ejército con que á su vez forzó á Mercy á la retirada.

Pero ya á la noticia de su derrota, la corte le habia enviado un superior en la persona del duque de Enghien con refuerzos. Habiendo este adoptado el plan de operaciones de Turena, dióse á la persecucion de Mercy con todo el ardor que le era natural; pero se vió detenido en su marcha por la negativa de los generales aliados á seguir mas lejos, picados por su altivez en el mando. Ya no hablaba el príncipe mas que de cargarles, pero el prudente Turena le aconsejó la condescendencia y trató de calmar los ánimos agitados. Logró cuanto quiso de los de Hesse, mas no así del tenaz Konigsmark, que haciendo montar los infantes en las ancas, desapareció con todos sus suecos.

Mercy continuó siendo acosado con el resto; pero habiendo recibido un refuerzo, hizo alto en Nordlinga, y se fortificó de manera que no era fácil desalojarle. El duque de Enghien contra el consejo de Turena, se determinó, aunque inferior en número, á combatirle, y Mercy, prometiéndose la victoria de una resolucion que tachaba de imprudente, se felicitó de que le atacasen. El principio de la accion correspondió á este juicio. El mariscal de Grammont que mandaba el ala derecha del ejército francés, fué puesto en completa derrota por Juan de Werth; pero Mercy recibió una herida mortal. Por mas que sus tropas quisieron vengarle, el desaliento amainó su furia, y los esfuerzos de Turena en la izquierda así como una carga del duque de Enghien al frente de los de Hesse, acabaron de decidir el triunfo por los franceses, arrebatando á los campos de Norlindga el renombre funesto que once años antes se habian adquirido. Una grave enfermedad de que entonces fué atacado el duque de Enghien, y un refuerzo considerable llevado por el archiduque Leopoldo á los imperiales, obligaron á los franceses victoriosos á retirarse, poniéndose á la defensiva sobre el Rhin. Sin embargo, habiendo alejado el invierno al príncipe aleman, que fué á tomar cuarteles en Bohemia, Turena embistió á Tréveris y restableció al Elector, que habia debido su libertad á la regente. Esta era la condicion espresa que ella habia puesto á los preliminares de la paz que entonces se negociaba.



Las duquesas de Longueville y Bouillon en la Casa Consistorial.

El duque de Orleans se apoderó todavía de algunas poblaciones en Flandes; y en el mediodia el conde de Harcourt, despues de haber establecido una completa comunicacion entre el Rosellon y Cataluña, facilitando la toma de Rosas á Duplessis-Praslin, á quien valió este hecho el baston de mariscal de Francia, pasó el Segre, y ganó aun en Llorens una victoria con que terminó la campaña.

La del siguiente año nada tuvo de brillante para las armas francesas. La union de Turena con Wrangel, que habia sucedido á Torstenson, y las hábiles maniobras de estos dos generales, que debian llevar á cabo la ruina del Elector de Baviera, llegaron á ser inútiles por la fortuna que tuvo este á fines del año de que aprobara su neutralidad la regente. Este incidente hizo llamar á Turena á Luxemburgo; y apenas habia allí llegado, cuando volvió el Elector á sus antiguas alianzas. Gaston siempre en Flandes, y teniendo á sus órdenes á los mariscales Gassion y Rantzau, se apoderó de Mardilk á vista del duque de Lorena, quien no osó aceptar el combate que le ofreció el príncipe. Se retiró despues de esta hazaña, y dejó el mando al duque de Enghien. Secundado este por el almirante holandés, Martin Tromp, apoderóse de Dunkerque en diez y ocho dias, cuando se creia ya fenecida la campaña.

Estas ventajas fueron compensadas por un descalabro sufrido por el conde de Harcourt, afortunado siempre hasta entonces: fué

batido por el marques de Leganes, á quien en otro tiempo obligó á levantar el sitio de Casal en Italia, y que á su turno le forzó á levantar el de Lérida. Poco mas ó menos sucedió lo mismo en Italia, donde el príncipe Tomás tuvo que renunciar al sitio de Orbitello, pueblo á una jornada de Roma, adonde, por inquietar á Inocencio X y satisfacer una venganza particular, habia llevado Mazarino la guerra. El duque de Breze, cuñado del de Enghien, debia cooperar por mar á este sitio; y batió en efecto á la flota española que se le oponia, pero fué muerto en el combate.

El año de 1647 fué todavia menos dichoso. Una suspension de armas entre España y las Provincias Unidas, siempre inquietas por la vecindad y hechos de los franceses, permitió al archiduque Leopoldo volver toda su atencion y fuerzas contra Flandes, donde Rantzau y Gassion no pudieron impedir sus progresos. El último fué muerto al apoderarse de Lens, dando motivo á que dijese Monglat; «La Francia en este dia ganó una bicoca y perdió un gran capitan.»

Turena estuvo encadenado casi toda la campaña por la indisciplina y retirada de los de Weimar, á quienes no se habia podido satisfacer su sueldo por entero. Siguiólos en su marcha, y negociando siempre con sus oficiales, pudo contener algunos al pasar por Philisburgo, y entre otros á Rose, á quien habian elegido por gefe. Persuadió á muchos, y con ellos persiguio hasta Franconia á los mas tenaces, cargándoles y haciéndoles algunos prisioneros; pero no pudo impedir que se le escapasen la mayor parte yendo á engrosar el ejército sueco. Se entraba ya en el otoño cuando Turena pudo llegar á Luxemburgo, donde su presencia, obligando al archiduque á dividir sus fuerzas, contuvo sus progresos.

El duque de Enghien, príncipe ya de Condé por muerte de su padre, acaecida en el año último, y que habia sido enviado á Cataluña para reparar el revés del conde de Harcourt, no fue mas afortunado que él. Fuese uso del pais ó fanfarronada, hizo abrir la trinchera delante de Lérida con música: el gobernador, Gregorio Brit, portugués, respondió al pronto con iguales ceremonias, y despues con un fuego tan nutrido y unas salidas tan hábilmente combinadas, que el príncipe dispuso que el ejército, diezmado por combates, enfermedades y desercion, y amagado por otro que se acercaba, se pusiese en retirada, no sin pesar de oficiales y soldados.

Nada notable ocurrió en Italia, donde el duque de Módena habia sucedido al príncipe Tomás en el mando de las tropas combinadas, y donde los españoles estuvieron á la defensiva por la inquietud que les causaba la sublevacion de los napolitanos, promovida por las estorsiones de los vireyes. Se habian puesto bajo la proteccion de la Francia, y habian llamado al duque de Guisa para que los mandase; pero este, mal secundado por la corte, fué hecho prisionero al año siguiente por D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, y Nápoles volvió á someterse.

El buen estado de los negocios asi en el interior como en el esterior al principio de la regencia, daba á la nacion gran seguridad: viósela volver á tomar el carácter vivo, ligero y jovial que la distingue; y las mismas turbulencias de la Honda, que luego vinieron, no lograron alterarle. Se le verá entretenerse en los negocios públicos sin ocuparse demasiado en ellos; apasionarse por los partidos sin encarnizarse; leer con avidez libelos, y no recordar mas que los chistes; hacerse sin odio la guerra; batirse con bravura y no mezclar en las hostilidades ni atrocidades ni rencor; pasar casi sin intervalo de la tranquilidad al tumulto y de este á la sumision. Puede decirse que el estado de la nacion durante este tiempo fué un estado de delirio, y bajo este punto de vista deben mirarse los acontecimientos que vamos á narrar. El cardenal de Retz, el duque de La Rochefoucauld y muchas otras personas de un rango distinguido nos han dejado estensas memorias sobre este objeto. Como veian los sucesos muy de cerca, y en ellos hacian el principal papel, pecan sus escritos de apasionados, aumentando la importancia de cada uno: pero el ojo de la historia los ve en su justa proporcion; y así nos los representaremos, evitando el ser difusos y el dejar de hacer mérito de todo lo que lo merezca.

Tan bellos dias de la regencia duraron sobre unos tres años, en los cuales se aseguró el cardenal en el ministerio contra las sacudidas que tendian á destruir su fortuna. Mazarino fué odiado porque no supo captarse ni el aprecio ni la confianza, que son los mejores apoyos de los gobiernos. No tenia, es verdad, grandes defectos, pero casi todas sus buenas propiedades eran contrariadas por debilidades opuestas. Si daba, era siempre con parsimonia y obligado; si prometia, era con la intencion de no cumplir hasta que le compeliesen á ello. Hablaba con facilidad y de una manera que seducia; pero abusaba de este don para adornar sus evasivas con la mas pomposa fraseología. Valiase tambien con frecuencia de dar largas á aquellos asuntos que no eran de su agrado: «El tiempo y yo» decia algunas veces. Esta marcha lenta y tortuosa no podia ser del gusto de los franceses, amigos siempre de la presteza asi en proyectar como en ejecutar. Su gusto por la precipitacion les hacia aparecer ridículo al ministro, y este por su parte los miraba como una nacion frívola. Resultó de todo esto un desprecio recíproco sin fundamento alguno por una y otra parte, pero que influyó mucho en los acontecimientos sucesivos. Parece que el cardenal Mazarino hubiera preferido la vida de un hombre opulento y sin cuidados á la de ministro, porque era aficionado á los placeres, á los goces de la mesa y al juego. Tenia aversion al trabajo, y dejaba con frecuencia retrasarse los mas importantes asuntos. Sin embargo, cuando queria aplicarse, en poco tiempo recuperaba lo perdido. Las audiencias y ceremonias le disgustaban: por su gusto se hubiera estado continuamente metido en su casa ocupado en bagatelas, como pájaros, monos, cuadros y objetos raros á que era aficionado, y de entre los cuales siempre le arrancaban muy á su pesar. Por último, tenia un defecto gravísimo en un ministro, pues se sabia que para conseguir de él lo que se quisiese, bastaba amedrentarle. «Haced mucho ruido, decia su propio hermano el cardenal de Santa-Cecilia, que él concederá todo.» En una corte donde los placeres multiplicaban las relaciones, necesariamente habian de ser muy luego públicos los defectos del ministro; así es que muchas personas trataron de utilizarse de ellos. El cardenal conoció los inconvenientes de tanta familiaridad; pero los esfuerzos que hizo para disminuirla ocasionaron la primera sublevacion contra él.

Ana de Austria en vida de su esposo no hallaba mayor consuelo para sus penas que la libertad de desahogarse con sus criados, sus damas y todas las personas que la rodeaban. Una vez en su mano las riendas del gobierno, continuó hablando de lo que la afectaba; de modo que á ejemplo suyo todos se ocupaban de los negocios del Estado. Mazarino hizo presente á la regente todos los peligros de esta costumbre, y ella se corrigió; pero aquellos que escuchaban antes las confidencias de la reina, con las cuales satisfacian su curiosidad y se daban cierta importancia, concibieron un vivo resentimiento contra el ministro. Cuidóse este poco del odio de los subalternos, persuadido de que, ínterin tuviese de su parte á los príncipes de la sangre, los grandes dignatarios de la corona y los mas distinguidos gefes del ejército, los demas se considerarian felices siempre que contaran con su proteccion. Puso en consecuencia todo su cuidado en tener contentos á los primeros, en prevenir sus deseos, y sobre todo en lisonjear su vanidad y en entretenerlos con buenas palabras. Mazarino no reflexionó que casi todos los grandes son manejados por los pequeños. Estos, negociantes, abastecedores y criados, en contínuo contacto con los cortesanos, no dejaron de inspirarles prevenciones contra el ministro que los desdeñaba. Si concedia gracias, no se debia agradecerle, decian, porque eran efecto del temor y no del aprecio; al contrario, utilizándose de su debilidad debian exigirle mas. Si incomodado por tantas peticiones se negaba á conceder, el enjambre de descontentos que por todas partes se estendia ponia el grito en las nubes. Entonces se juzgaba sin compasion al ministro. Es, se decia, un avaro, un ambicioso, un egoista que acumula sobre sí dignidades y beneficios, que dilapida el tesoro real de que se ha hecho dueño con sus manejos, que prolonga la guerra para tener un pretesto de esquilmar á los pueblos; en fin, es una sanguijuela pública, un hombre sin palabra ni fe, que deshonra el gobierno entre los estranjeros y del cual es preciso deshacerse á toda costa.

No era mejor tratada la regente en estos desahogos populares. «*Effussa est contemptio super principes*, decia Talon, abogado »general: *La animadversion general ha caido sobre los princi»pes*. La persona del rey no estaba á cubierto de la maledicencia »á causa de su tierna edad; pero la de la reina ha recibido toda »clase de afrentas é imputaciones; el pueblo se ha tomado la li»bertad de hablar con insolencia y sin reserva.» Se injuriaba en efecto á la regente con las mas negras acusaciones que podian manchar su reputacion. Igual suerte corria su conducta política. Se la acusaba públicamente de haber depositado toda su confianza en un estranjero que apenas poseia el idioma y que no conocia el carácter, usos y leyes de la nacion, y de haber compuesto el Consejo de hombres para cuyo nombramiento se habia atendido menos á las necesidades del Estado que á las miras particulares de su ministro. A la verdad, habia conservado en la presidencia al canciller Seguier, hombre de mérito, aficionado á las letras y amigo de los sabios, práctico en los negocios, laborioso, empleado de crédito ya en tiempo de Richelieu y capaz de dar acertados pareceres; pero pasaba por el cortesano mas contrario al Parlamento, y era «tan dócil, dice Talon, tan deferente y flexible, tan poco independiente de la reina y del gobierno, que estaba totalmente desconceptuado.» Ademas se habia dejado decir en plena sesion «que él tenia dos conciencias: una de Estado que se plegaba á la necesidad de los negocios, y la otra particular: proposicion que escandalizó y le enagenó muy justamente la confianza y estimacion pública, que es el mejor galardon á que puede aspirar un hombre de posicion elevada.

Con una conducta contraria se hizo Chavigny un gran partido

en el Parlamento. «Era aficionado á la devocion y hasta al jansenismo, dice el autor citado, y ya se sabia que todos los que seguian esta opinion eran poco adictos al gobierno.» Estaba dotado de gran capacidad y apropósito para la direccion de los negocios. Debiale Mazarino su elevacion, pero luego vió que no le convenia á sus miras en el Consejo y se descartó de él. «Es altivo y audaz, decia el cardenal: hubiera obrado cuerdamente en contentarse con participar de mi fortuna, pero siempre está exigiendo y me hostiga demasiado.» Se calificó esto de ingratitud muy reprensible. Chavigny se retiró, por decirlo así, al Parlamento, donde tenia por partidarios declarados á los presidentes Longneil y Viol, á quienes se unieron los presidentes Novion y Blancmesnil, enemigos del ministro, porque estaba en desgracia su pariente Potier, obispo de Beauvais. Chateauneuf que no habia salido en todo este tiempo de Montrouge, tomó partido con ellos, así como otros muchos consejeros turbulentos, formando un complot que se hizo temible. Mazarino no encontró mejor arbitrio para debilitar su fuerza que dispersar á los gefes. Chateauneuf recibió órden de retirarse á Berry. Chavigny fué obligado á ponerse al frente de su gobierno de Vincennes, que le habia sido dado por Richelieu; otros fueron confinados á sus casas de campo, de donde el ministro, poco inclinado naturalmente á medidas de rigor, los llamó bien pronto. Sin embargo, como todas estas medidas adoptadas sin forma alguna de proceso y por solo golpes de autoridad recayeron sobre individuos, miembros en su mayor parte del Parlamento, esta corporacion dió á conocer su disgusto.

La guerra de España muy costosa, si bien acompañada de brillantes resultados, duraba aun. Necesitábase dinero para sostenerla, así como para alimentar el lujo y los placeres de una corte fastuosa, para satisfacer las pensiones de los grandes, creadas con el fin de comprar su fidelidad, y para cubrir en fin los empeños del tesoro, agotado por una administracion poco económica. Las provincias esquilmadas no ofrecian recursos á pesar de la habilidad del superintendente general de hacienda para escogitar arbitrios y medios de imposicion. Era este un italiano, Juan Particelli, señor de Emery, recaudador sin piedad, que hacia gala de su misma dureza. Cuéntase que yendo cierto dia un poeta á ofrecerle una laudatoria, incienso que los autores indigentes suelen prodigar á los poderosos, le dijo sencillamente Emery: «En vez de alabarme, haced que se me olvide, si podeis, y yo os lo agradeceré: los superintendentes de hacienda no han nacido sino para recibir maldiciones.» De parte de un hombre que tan poco se cuidaba de la execracion pública, todo era de temer: así fué grande la ansiedad en la capital cuando los ciudadanos llegaron á ver sus propiedades amenazadas, resultando una agitacion sorda tan pronto como advirtieron que se pasaba á medidas de hecho.

Parecia inicuo que, solo por agenciar dinero, se desenterrase de los archivos un reglamento que tenia cien años de fecha. Era este un edicto de 1548, que prohibia la prolongacion de los arrabales de Paris y las construcciones fuera del recinto marcado, bajo pena de demolicion, confiscacion de los materiales y multa proporcionada á la estension ocupada. En consecuencia se procedió á la medicion de los solares que ocupaban las nuevas construcciones, para graduar las multas y obligar á los propietarios al rescate de sus casas por una contribucion, si querian evitar la demolicion. Todo esto se ejecutó en virtud de un acuerdo del Consejo que ponia nuevamente en vigor el decreto de 1548 y las penas con que conminaba á los contraventores: claro está que cuanto mas tiempo habia transcurrido, tanto mas dinero se esperaba sacar de las contravenciones que se habian multiplicado hasta el infinito. La medicion sembró la alarma en multitud de familias que vieron en ella un semillero de pleitos entre los coherederos y propietarios. El pueblo se amotinó y fueron insultados los peritos y dependientes de la administracion. Reclamaron estos el auxilio de la fuerza armada; pusiéronse á su disposicion dos compañías de soldados que fueron bastantes para impedir las violencias, mas no las quejas y los murmullos. Los propietarios reclamaron la intervencion del Parlamento que tomó al fin cartas en el asunto é hizo enérgicas representaciones. La corte aflojó un tanto el rigor de estas medidas, y creyó haber obtenido la victoria porque consiguió su objeto en parte; pero no se cuidó de que iba sentándose el funesto precedente de acostumbrarse el pueblo á reclamar tumultuosamente y á reunirse el Parlamento sin su intervencion.

La fermentacion llegó á su colmo con la publicacion de un arancel que recargaba considerablemente los derechos de puertas. La medicion solo habia alarmado á algunas familias; pero el arancel hirió á toda Paris. La corte espantada por los murmullos que degeneraban en clamores los retiró sustituyéndolo con otros decretos sobre las rentas públicas, los que parecieron tan onerosos al Parlamento que llegó á preferir el arancel modificado; pero todo esto no sucedió sin muchas conferencias con el ministro, reuniones de la Cámara, diputaciones á la regente, fuertes representaciones, acres respuestas, arbitrariedades, discursos y escritos, en los cuales las grandes cuestiones de los derechos de reyes y pueblos, del poder arbitrario y del poder limitado, eran arrojadas á la arena del debate. Los relatores, esperanza de la alta magistratura, ordinariamente del partido de la corte por sus intereses, se levantaron tambien contra el ministro, porque aumentó el número de ellos á quienes por lo mismo quitó honor y utilidades. En fin, los tesoreros y otros poseedores de cargos y oficios, formaron asociaciones para eludir ciertas gabelas, y repartieron circulares para que se les uniesen cuantos estuviesen en el mismo caso que ellos. Fueron arrestados los que mas se distinguieron, pero se les puso en libertad tan pronta é imprudentemente como habian sido presos. El entusiasmo llegó al punto de que uno de los mas comprometidos que habia sido soltado por miramientos particulares, fué á quejarse de ello al ministro como de una afrenta; «puesto que no merecia, decia él, mas consideracion que los otros, porque no era mas inocente;» y esta bravata quedó impune.

Pero lo que hizo mas peligrosa esta oposicion fué el pronunciamiento de la magistratura en masa contra la *paulette*. Este derecho llamado así de Cárlos Paulet su inventor, era un espediente imaginado para hacer lucrativa al tesoro real la venalidad de los empleos. Quien alcanzaba algun empleo estaba obligado á satisfacer por él anualmente la sexagésima parte del precio en que lo adquiriera: bajo esta condicion, su familia heredaba el cargo á su muerte; pero si dejaba un año de satisfacer esta contribucion y moria en él, volvia al Estado el empleo que perdia la familia del poseedor. El derecho adquirido por la *paulette* no era perpétuo; los reyes acostumbraban renovarlo cada nueve años como una gracia. Concluida esta especie de arrendamiento, el ministro al conceder su continuacion quiso exigir de todos los tribunales superiores y oficinas generales, escepto el Parlamento, cuatro años de sus sueldos por via de préstamo.

El gran Consejo, la direccion de Contribuciones y el tribunal de Cuentas se pronunciaron contra esta exaccion; representaron al Parlamento que la escepcion no se habia hecho mas que para desunirlos, y que si abandonaba á las demas corporaciones luego se arrepentiría, porque no tardaria el gobierno en hacer con él lo mismo despues de haberlas sometido. Este temor prevaleció contra los manejos de la corte para impedir que hiciesen causa comun, y el 13 de mayo fué dado el famoso *decreto de union* que puede considerarse como el estandarte bajo el cual se alistaron cuantos hacian la oposicion al ministro. Decíase en él que «se elegirian en cada cámara del Parlamento dos consejeros para conferenciar con los diputados de los otros cuerpos, que informarian á las cámaras reunidas, y estas adoptarian despues lo que mejor pareciese.» Conoció la regente que este proceder de las primeras corporaciones, limitado por el pronto á la ventilacion de intereses particulares, llegaria á tomar vuelo. Hizo cuanto pudo para impedirlo. El *decreto de union* fué anulado por otro del Consejo. El Parlamento fue citado ante el trono: la reina hizo allí alarde de toda su severidad, reprendiendo y amenazando, y concluyó halagando á la corporacion y en particular á aquellos miembros cuyo influjo creia mas peligroso. El duque de Orleans desde el principio de la regencia vivia tranquilo y sin tomar parte alguna en los negocios públicos. Ana de Austria le llamó para que interviniese en estas escisiones. Una gran diputacion del Parlamento pasó á su palacio: principiada la conferencia, Gaston que se espresaba con facilidad, valiéndose de dignidad y dulzura, convenció á los que le oyeron; mas sus proposiciones elevadas á las cámaras reunidas, desnudas del encanto que habia sabido darles, no encontraron la misma acogida.

Mazarino quiso tambien entrar en conferencias; pero como pronunciaba bastante mal el francés, su acento é idioma natales dieron motivo á chocarrerias por parte de la juventud que intervenia en estos debates, y fué ridiculizado. Semejante falta eclipsa en Francia todas las buenas cualidades. Se creyó por otra parte deducir de la intimidad de su conversacion, que era doble, artificioso, mas astuto que diestro, osado hasta la insolencia cuando no temia, y adulador y rastrero con aquellos de quienes necesitaba. En estas conferencias lisonjeaba sin tino á los consejeros jóvenes y viejos, á quienes llamaba «restauradores de la Francia y padres de la patria:» necia adulacion que á ninguno engañó y que no le acarreó mas que el desprecio. Los medios que propuso para llevar las cosas á un arreglo fueron desechados; y los magistrados se empeñaron en llevar adelante el decreto de union. Principiando á agitarse ya los ánimos en el pueblo, se vió la corte obligada á tolerar las juntas de la *cámara de San Luis*, en las que se reunieron los consejeros diputados por el Parlamento y por las demas corporaciones independientes.

La reina al tolerar esta especie de congreso le mandó á decir, que su intencion era se diese impulso al despacho de los negocios públicos, paralizados, y sobre todo que decidiera cuanto antes sobre los arbitrios convenientes para encontrar recursos. «De estos dos objetos, el segundo, que era el que mas interesaba á la corte, fué precisamente el que se descuidó. Los diputados se dedi-

cáron con preferencia á la discusion de las cuestiones de público interés, como mas propia para adquirirles consideracion y popularidad. Las materias de que se ocupaban eran presentadas por uno de los miembros: se discutian detenidamente y recaia sobre ellas la decision que no tenia fuerza hasta que era sancionada por las cámaras reunidas. Resultaron de aquí dos inconvenientes que pusieron á la corte en conflicto: el primero que se perpetuó, fué que no bastando una sesion de las cámaras reunidas para los negocios del Estado, se continuaba en otras sesiones la discusion, prescindiendo de los asuntos de interés particular. De esta manera no podia administrarse justicia, y los dependientes de los tribunales se encontraban sin ocupacion.

Estos por curiosidad ú ocio corrian á presenciar los debates y pasaban dias enteros recogiendo los murmullos y reflexiones que oian y servian de pasto á los círculos de Paris y las provincias. Los proyectos de reforma y los medios hasta violentos de llevarla á cabo, eran el tema obligado de todas las conversaciones. No se hablaba de otra cosa en las tiendas, en los talleres, en las calles y plazas. Esta manía de ocuparse de los negocios del Estado se apoderó de todas las cabezas, y la Francia entera se encontró dispuesta á tomar parte en las agitaciones de la capital.

El otro inconveniente de la *cámara de San Luis* fué la facilidad que daba á los mal intencionados de poner en pugna al Parlamento con la corte, porque el solo freno que suele contener á los caractores fogosos en las grandes asambleas, es el temor de concitarse la enemistad y resentimiento de los ministros con proposiciones atrevidas. Permitiendo aquellas juntas preparatorias, la regente rompió este freno, y los consejeros que querian agitar cuestiones desagradables al gobierno las encargaban secretamente á los diputados de la cámara de San Luis, que se ocupaban de ellas y llevaban en seguida las proposiciones á las cámaras reunidas, quedando oculto y sin temor el verdadero motor de todo.

Maravilla la multiplicidad de objetos que la cámara de San Luis llegó á discutir en diez sesiones, desde el 30 de junio hasta el 9 de julio. Justicia, hacienda, policía, comercio, sueldo de las tropas, gracias, patrimonio del rey, estado de su casa, en una palabra, cuanto concierne al gobierno fué sometido á exámen en ella, y por consiguiente en el Parlamento. Las dificultades sobre todos estos objetos, presentados á las cámaras reunidas, hubieran sido zanjadas con la misma precipitacion que se propusieron, á haberse seguido los deseos de la juventud del Parlamento que era contraria al ministro. Muchas causas contribuian á calentar las cabezas, tanto de esta juventud tumultuosa como de personas mas graves y maduras que no estaban menos animadas. Los jóvenes por de pronto, aburridos en su mayor parte con el estudio árido de las leyes y fatigados por los importunos litigantes, encontraban sumamente agradable un pretesto plausible para abandonar sus oscuras ocupaciones y entregarse á la investigacion entretenida de los hechos, ponerse en evidencia en las asambleas y hacer brillar su elocuencia. Es verosímil tambien que muchos de ellos tuviesen la presuncion de creerse *protectores del pueblo*, título que les daban sus aduladores, y que se creyesen necesarios á la nacion: persuasion capaz por sí sola de inspirar el entusiasmo republicano, siempre peligroso en una monarquía. Hízose en fin de moda el hablar mal del gobierno, censurar sus actos, y sobre todo atacar al cardenal. Tomaron luego nombre estas facciones: los partidarios de la corte se llamaron *Mazarinos*, y *Honderos* los de la oposicion.

Esta última denominacion debió su origen á las pedreas de los muchachos, que divididos en bandos en las afueras de Paris se lanzaban piedras con hondas. Como algunas veces ocasionaban desgracias estos juegos, los prohibió la policía y enviaba arqueros á separar á los combatientes. Se dispersaban estos á su vista; pero así que desaparecia la patrulla volvian al campo de batalla. Sucedia tambien que cuando se veian bastante fuertes se unian los dos bandos y ponian á pedradas en derrota á los arqueros. El flujo y reflujo de estas tropas de muchachos, que tan pronto cedian á la autoridad como se resistian, pareció á un festivo consejero del Parlamento un retrato asaz natural y parecido de las alternativas de las cámaras: comparó los adversarios de la corte á los honderos. El chiste fué acogido, y desde entonces, trages, comidas, juguetes, adornos, trenes, todo fué á la *honda*. Claro está que siendo ya cuestion de moda, las mujeres se mezclaron de derecho, y para ser bien recibido en las reuniones particulares era preciso andar en algo *á lo honda*. Esta exigencia puso contra la corte á los consejeros jóvenes, que á ello no se habian movido por otras razones.

En cuanto á los magistrados de mas edad y sexo, que por irrision eran llamados vejancones, se sabe, poco mas ó menos, por qué los de la oposicion tronaban contra los abusos ciertos ó supuestos del gobierno. Hemos hecho ya observar que el presidente Renato Potier de Blancmesnil y toda la casa de Gevres, odiaban al cardenal porque habia derribado al obispo de Beauvais su pariente. Renato Longueil de Maisons estaba picado porque no podia alcanzar una plaza de presidente para su hermano, y para sí mismo la dignidad de canciller. El presidente Viole prohijaba el resentimiento de su amigo Chavigny, ex-ministro que acusaba á Mazarino no solo de no haberle sostenido, sino de haber contribuido á su caida. El presidente Charton era de un genio sedicioso y turbulento, que aborrecia á los ministros por la sola razon de que mandaban. Broussel, en fin, simple consejero, tan célebre despues, tenia el humor de todos los descontentos de oficio, que no pueden perdonar que se les deje en la oscuridad, ínterin otros á quienes suponen inferiores en mérito suben y se enriquecen. La corte hubiera podido atraerle con solo conceder á su hijo el mando de una compañía de guardias que solicitaba, pero lo desatendió. Sea que esta indiferencia hubiese ofendido al antiguo consejero, ó que fuese escitado por el celo del bien público, es lo cierto que no se presentó una sola vez proposicion ú opinion contraria á la corte, de que no fuese autor ó apoyo, sin transigir, especialmente en materia de impuestos, fuese cualquiera el paliativo con que se quisiese dulcificarlos. El pueblo, testigo de su firmeza, le colmaba de bendiciones y le llamaba *su padre*. Sus opiniones siempre estremas y seguidas por el mayor número, hubieran arrastrado sin duda al Parlamento á resoluciones violentas, sin las barreras que la sabia circunspeccion del primer presidente Mateo Molé oponia á la impremeditacion del momento.

Este magistrado, nacido para las difíciles circunstancias en que se encontró, fué entonces juzgado desfavorablemente por los dos partidos. Los ministros al ver el rigor con que llevaba á cabo las decisiones adoptadas contra ellos, le tachaban de parcial por los honderos. Estos, incomodados de verse siempre contenidos por el primer presidente en los límites que querian traspasar, le acusaban de estar secretamente vendido á la corte: pero inaccesible al temor y á la lisonja, Molé no atendia mas que á la paz y al órden: y si sus esfuerzos no pudieron alcanzar estos bienes, á él se debe que aquellas discusiones no hubiesen llegado á minar los cimientos de la monarquía. Tenia una singular sagacidad para descubrir los resortes secretos y burlar las empresas perniciosas; sobre todo, estaba dotado del talento de oportunidad que le inspiraba siempre las respuestas que exigian el lugar y el carácter y circunstancias de cada uno. En sus discursos, á través de alguna rudeza de espresion, se ven pensamientos fuertes, un estilo varonil y enérgico, mucha pureza y precision, y no se encuentran las metáforas y digresiones científicas propias de la elocuencia de aquella época.

Mateo Molé pasa por uno de los hombres mas intrépidos de su siglo. El que arrostra valerosamente la muerte en las batallas, temblaria quizá al oir los ahullidos de un populacho amotinado, y al ver mil instrumentos de muerte contra su cabeza. Tranquilo Molé en estas ocasiones como si estuviera en su tribunal, con una sola mirada contenia á los sediciosos, y una amenaza suya pronunciada con tono severo bastaba para dispersarlos. El valor en él no se limitaba á ciertas ocasiones: iba impreso en cuanto hacia. Su conducta fué siempre firme é igualmente sostenida, por mas que fuese blanco de las malignas interpretaciones de sus enemigos, de la crítica de un pueblo prevenido, y con frecuencia de las vituperaciones de sus parientes, amigos y colegas. Su constancia se vió perpetuamente espuesta á muy duras pruebas en la corte, en la ciudad y en el Parlamento, y no se desmintió jamás.

Conocia demasiado á los que escitaban la fermentacion, así como sus móviles secretos. Los principales eran Chateauneuf, Laigues, Fontrailles, Montresor y Saint-Ibal, resto de la cábala de los *Importantes*; Chavigny, que se habia unido á ellos; y el mas peligroso de todos, Juan Francisco Paul de Gondi, arzobispo de Corinto, coadjutor del arzobispo de Paris, su tio, y conocido despues con el nombre de *cardenal de Retz*. Lo que querian estos intrigantes era suscitar á la regente dificultades de todo género, á fin de ponerla en el trance de separar á sus ministros, cuyas plazas se lisonjeaban que entrarian á ocupar; pero se guardaban muy bien de dejar traslucir sus intenciones á los magistrados que seducian; al contrario, para ellos tenian únicamente por móvil el desinterés, la moderacion y el bien público, y no se proponian mas que la reforma del gobierno y la gloria de la nacion, obra reservada al Parlamento si la queria emprender. Para sostener la popularidad á que aspiraban, ponian todo su cuidado en que los proyectos contra la corte llevados de la cámara de San Luis al Parlamento, no pareciesen inspirados sino por el mas ardiente celo del bien público: tales eran la supresion de los intendentes de provincia adoptada por unanimidad, la creacion de un tribunal de justicia destinado á tomar cuentas y castigar á los recaudadores que abusaban de su encargo en perjuicio del público y del tesoro, lo que era muy agradable al pueblo; en fin, muchos reglamentos sobre contribuciones, buenos en sí mismos, pero inoportunos porque sembraban la alarma entre los prestamistas, quitaban la confianza y privaban de recursos al erario. Fué consecuencia de esto que en algunas provincias el pueblo, al ver el descrédito en que el Parlamento ponia á los colectores, se negase á pagar los impuestos. Los labradores sublevados se apoderaron de los caudales públicos, y lo menos que resultó fué que

se abstuviesen de pagar hasta el fin de los debates de la magistratura con el ministerio.

El duque de Orleans, á ruegos de la reina, se presentó en las cámaras con frecuencia, é hizo cuanto estuvo de su parte para limitar la exorbitancia de algunas pretensiones. Representó que los intendentes eran necesarios para la marcha, distribucion y subsistencia de las tropas en las provincias; que con dificultad podrian reemplazarse; que en lugar de suprimirlos era lo mas acertado restringir sus funciones y poderes; y que la corte se prestaria con gusto á ello. En cuanto al tribunal de justicia, se tropezó con una dificultad, á saber; si los miembros serian sacados de todos los demas tribunales supremos, ó solo del Parlamento. Hubo por esta causa debates que impidieron la constitucion del tribunal, y esto era lo que el ministro deseaba. Sobre otras materias, como la formacion de un arancel para la cobranza de los derechos de puertas en Paris, el pago de los arbitrios del ayuntamiento y otros asuntos rentísticos, se suscitaron incidentes que hicieron perder de vista el objeto principal y enfriar el celo de los honderos; pero todas estas estratagemas no lograron mas que retardar la decision sin cambiar las opiniones.

Sin embargo, como el primer presidente se prometia mucho del tiempo, secundaba el espediente de las dilaciones y estaba en espectacion de un pretesto cualquiera, para disolver las asambleas ó tornarlas inútiles. Al efecto se echó mano de largas deliberaciones, discursos estudiados, digresiones, conferencias con el duque de Orleans, y otros medios con que se entretiene á las corporaciones mejor que á los particulares; pero al cabo vino la diligencia de donde procedian los retardos. Los ejércitos no eran pagados y era de temer una sedicion de que podrian aprovecharse los enemigos, que llegarian á ser menos tratables sobre las bases de la paz que pensaban hacer ó diferir segun sus intereses, prevalidos de las discordias intestinas. La regente tomó el partido de acabar de una vez con todas las diferencias pendientes, concediendo de grado al Parlamento, parte de lo que parecia dispuesto á tomarse por fuerza. Celebróse para esto una sesion régia el 31 de julio.

La declaracion que se leyó en ella revocaba muchos derechos pecuniarios establecidos recientemente sobre los géneros y mercaderías, suprimia los doce cargos que tan mal habian sido acogidos por la magistratura; y ademas contenia reglamentos sobre la cobranza de contribuciones para poner coto á la rapacidad de los recaudadores. El canciller añadió que el rey estableceria muy pronto un tribunal de justicia para la investigacion y castigo de antiguas depredaciones, y concluyó prohibiendo la continuacion de las sesiones de la cámara de San Luis, y recomendando la administracion de justicia á los súbditos del rey.

Era preciso conocer muy poco á los hombres para creer que con estas concesiones, equívocas la mayor parte, quedaria satisfecha la juventud del Parlamento, y que despues de haber tenido intervencion en los negocios del Estado, volveria sin dificultad á las enojosas tareas del foro. Desde el dia siguiente á la sesion régia, volvieron á principiar las asambleas de las Cámaras. En vano representó el presidente que todo habia concluido con la declaracion de la víspera, y que lo que hacia falta era administrar justicia á los litigantes que la demandaban á gritos. Inútilmente tambien el duque de Orleans se presentó á advertir que la intencion del rey era que se cerrasen las sesiones. Respondióse que la declaracion del rey no remediaba los males que aquejaban al pueblo; que habia aun mucho que hacer; que el canciller habia prohibido en verdad las sesiones de la cámara de San Luis, mas no las de las cámaras reunidas; y que era un deber sagrado de los magistrados hacer justicia á la nacion entera que la esperaba de ellos, con preferencia á algunos particulares. Se sometió pues á exámen la declaracion y se decidió dirigir reclamaciones. Mientras la comision nombrada se ocupaba en esto, se pusieron á discusion otras cuestiones diferidas ú olvidadas.

La regente recelaba que este fuego estuviese alimentado por personas interesadas en que no se estinguiese. Por consecuencia de algunas sospechas hizo arrestar el 2 de agosto al intendente del duque de Vendome, y que fuesen reconocidos sus papeles que podrian dar alguna luz sobre la conducta del duque y la de su hijo el duque de Beaufort. Se valió tambien de espias para vigilar á los sindicados y saber sus manejos, sobre todo los del coadjutor. Este prelado que en sus memorias parece que quiso confesarse con el público, dice que desde el 23 de marzo hasta el 25 de agosto dió inversion con el objeto de adquirirse partidarios, á treinta y seis mil escudos, que segun la actual moneda equivalen á mas de doscientas mil libras. Añade que con la intencion de captarse la estimacion y confianza del público, visitaba con frecuencia á los curas de Paris, los convidaba á su mesa y les consultaba sobre el gobierno de su diócesis. Mostrábase muy celoso por el decoro del culto, por la pompa de las ceremonias, las misas solemnes, las vísperas y novenarios, y las procesiones: asistia á todo, oficiaba él mismo de continuo, y predicaba en la catedral, los conventos y las parroquias, con lo cual ganaba un crédito estraordinario entre el pueblo. Gondi hace tambien mencion con cierta complacencia, de que estas graves y místicas ocupaciones le dejaban tiempo para frecuentar las reuniones y hacer la corte á las damas con el mejor éxito. Pinta muy al vivo los conciliábulos en que se reunian él y los consejeros de la oposicion, con los cuales se valia de una conducta artificiosa y seductora. El coadjutor los atacaba por los sentimientos del honor y patriotismo: estaban destinados, les decia, á la salvacion del pueblo que en ellos cifraba su esperanza. Pintaba el prelado á este pueblo abrumado con el peso de los impuestos, á los ejércitos mal pagados y careciendo de todo, oprimido el clero, la nobleza vejada, el comercio espirante y la gloria de la nacion comprometida por la ciega prevencion de la regente en favor de su ministro.

Gondi reconocia que debia muchísimo á la reina: ella le habia nombrado coadjutor, pero le rehusó el baston de gobernador de Paris, cargo que él habia querido unir al báculo episcopal. Muchas veces le habia dado ella á conocer que desaprobaba sus pretensiones, su vanidad, y que su regularidad esterior no la engañaba como al pueblo. En fin, ella daba abiertamente la preferencia en su privanza al cardenal Mazarino. Estos agravios alteraron considerablemente el reconocimiento del jóven prelado, si no lo destruyeron por completo. Insinúa sin embargo en dichas memorias que él hubiera podido estarse tranquilo y sumiso sin los consejos de Laigues, Saint-Ibal y Montresor, sus parientes, que le exasperaron, aunque confiesa tambien que le encontraron muy dispuesto á escucharlos: de manera que por propia confesion y llamando las cosas por su nombre, Juan Francisco Paul de Gondi, arzobispo de Corinto y coadjutor de Paris, era un ingrato, un faccioso, un revolucionario, un hombre desarreglado, un ambicioso, un hipócrita, á quien solo faltó poder para arrojar en los negocios una chispa de fanatismo para poner en combustion el reino.

Tal como acabamos de presentarle á los lectores retratado por sí mismo, se adivina que sufriria con impaciencia las dificultades que suspendian las operaciones é impedian llevar las cosas al último estremo. Creyó verse mas alejado que nunca de su sueño de ambicion, así que llegó á sus oidos la noticia de una victoria ganada en Lens por el príncipe de Condé sobre los españoles. Era natural suponer que esta victoria enorgulleceria al cardenal y seria capaz de inspirarle algun osado proyecto contra los Honderos. Persuadióse de ello el coadjutor y se fué al Louvre cuanto antes para juzgar por sí mismo, en vista del continente de la reina y del ministro, sus disposiciones. Observó la satisfaccion pintada en todos los semblantes, pero nada que pudiese hacerle temer alguna medida violenta. Se volvió á su casa muy persuadido de que Mazarino malograria esta oportunidad de sembrar, con un golpe hábil y atrevido, el terror entre sus enemigos. La seguridad pasó del arzobispo á aquellos cuya conciencia inquieta podia inspirarles algun temor; nunca se notó alegría mas espansiva en la córte y el pueblo, que el 26 de agosto, cuando el jóven rey acompañado de su madre y un brillante cortejo, fué á la catedral adonde de antemano se habian convocado los tribunales supremos, á dar gracias á Dios por la victoria ganada en Lens.

La ceremonia terminó con una catástrofe en que nadie pensaba. Apenas habia salido el rey de la iglesia corrió la noticia de que los guardias que aun quedaban tenian órden de arrestar á muchos consejeros. Estos turbados se precipitan de sus asientos, salen en tropel de la iglesia, se dispersan por las vecinas calles y trata cada uno de ocultarse donde puede. Ya se principiaban á oir las amenazas del pueblo; gritábase á las armas por todas partes, y Paris, tan tranquila antes del *Te Deum*, ofrecia una hora despues el espectáculo de un pueblo en revolucion. Este cambio tenia una causa que no debió haber producido tanta alarma.

La regente cansada de los obstáculos que el Parlamento ponia de continuo á cuanto emprendia, habia decidido hacer en los miembros mas obstinados un escarmiento que contuviese á los otros. Creyó dar mas lustre al poder real y ejercerlo con menos riesgo, aprovechando un dia de público regocijo; porque en él los guardias franceses y suizos y los demas de la casa real militar, estarian sobre las armas y prontos por consiguiente para reprimir cualquiera demostracion sediciosa. Tomadas en cuenta estas consideraciones, dió órden para arrestar á Charton y Blancmesnil, presidentes, y á Broussel, consejero. El primero supo burlar las pesquisas de los guardias deslizándose por entre ellos: el segundo fué cogido y llevado á Vincennes. El tercero vivia cerca de Saint-Landry, barrio habitado por marineros y artesanos, de quienes era el ídolo. La vista de una carroza á su puerta y de un capitan de guardias que entraba en su casa, llamaron la atencion de aquellos. Mientras observaban, se abre la ventana, y apareciéndose en esta la hija de Broussel y su única criada, lloran y piden auxilio, y al mismo tiempo se presenta el anciano en la puerta, enfermo, pálido y trastornado. Los guardias le ayudan para andar, y alzándole le colocan en la carroza y parten. Una multitud sigue la carroza; sus gritos alarman á los habitantes de las vecinas calles, y la muchedumbre agolpada obstru-

ye el paso con cuanto encuentra á mano; los caballos logran pasar esta barricada, pero el coche se rompe: el que le substituye tiene la misma fortuna: en fin, Cominges, capitan de guardias, se mete con su prisionero en otro carruage y le lleva al castillo de Madrid.

Durante este tiempo el pueblo amotinado acosa á los guardias suizos y franceses que no teniendo órdenes se replegan al palacio real. El mariscal de La Meilleraie hizo salir algunos ginetes para proteger la retirada de los infantes, cosa que logró no sin trabajo. En este momento se presentó el coadjutor que llevaba en pos de si una multitud de mujeres y muchachos que gritaban: «*Broussel y libertad.*» Esta turba habia seguido sus pasos muy á pesar suyo cuando á la primer noticia del tumulto quiso ir á palacio. El gran-maestre y el prelado juntos entraron donde estaba la regente rodeada de su corte. Las mujeres temblaban: los hombres al ver la serenidad de Ana de Austria, tambien la aparentaban; pero á la verdad era general el temor, si bien se trataba de ocultarlo hasta con gracias y chocarrerias impropias del caso. La Meilleraie se creyó en el deber de advertir á la reina que el tumulto se hacia grave. «Ya lo sé, dice la reina mirando fijamente á Gondi, y este tumulto es fuerza sofocarlo.»

El ruido continuaba y el pueblo amenazaba forzar las guardias. Fueron entrando sucesivamente personas que digeron que la sedicion iba en aumento. Fué preciso ya deliberar sobre el partido que se debia tomar. Todos tenian allí libertad para emitir su opinion. «Mi consejo es, dice Guitaut, que se entregue á las turbas ese pícaro de Broussel muerto ó vivo.—Pido la palabra, dice el coadjutor: el primer partido no será nunca adoptado por la piedad ni la justicia de la reina, y el segundo podrá hacer cesar el motin. —Ya os entiendo, señor coadjutor, añade la reina enfurecida, lo que querriais vos seria que mandase poner en libertad á Broussel; primero lo desharia entre mis manos y á aquellos que.....» Y la cólera no la permitió concluir la frase. Mazarino se aproximó á ella, y hablándola al oido logró calmarla. Este sin haber tomado parte visiblemente ni en las chocarrerias de los unos ni en el temor de los otros, tenia un semblante equívoco, que la llegada del lugarteniente criminal y del canciller decidió bien pronto.

Estos dos magistrados llegaban de recorrer la ciudad, y aunque solo dirigieron al pueblo palabras de paz por todas partes, fueron recibidos á pedradas. Era tan profundo su espanto, que luego penetró en todos los corazones y sobre todo en el del cardenal. Tartamudeó algunas palabras, y era tan visible su desconcierto, que concluyó con que era preciso prometer la libertad de Broussel á condicion de que todos se retirasen á sus casas. No hubo uno solo que no encontrase admirable el espediente, pero ninguno queria ser el que se habia de entender con los amotinades. Mazarino designa al coadjutor, que se escusa; pero apremiado á ello, dice que le diesen á lo menos un escrito de la reina en que se consignase la libertad de Broussel y demas presos: contestó ella que bastaba su palabra. Los cortesanos rodean á Gondi y le conjuran á que haga este servicio a la Francia. Gaston se lo suplica amistosamente; los guardias del rey le abren paso, y lo llevan casi en sus brazos. En un momento se encontró á la puerta del palacio, escoltado por los caballos ligeros, y La Meilleraie á su lado.

Este último, *hecho todo de bilis*, dice el coadjutor, en lugar de adoptar un continente de paz, desenvaina su espada y grita: «¡Viva el rey: Broussel ya está libre!» Como se veia bien su gesto, y no se oian sus palabras, el populacho, lejos de calmarse se alborota mas y embiste á La Meilleraie y su séquito, obligándole á ponerse en defensa. Despues de haberse contenido mucho tiempo, dispara al fin sus pistolas y deja mortalmente herido á un hombre que cayó á sus pies. El coadjutor que iba repartiendo bendiciones á todos lados, llega y confiesa al desdichado que estaba tendido en la calle. Este acto de caridad evangélica suspende por algunos momentos el furor del pueblo; pero interin vacilaba entre el ataque y la retirada, treinta ó cuarenta hombres armados de arcabuces y alabardas desembocan de la calle de Prouvaires á la de San Honorato, donde pasaba esto, y hacen una descarga de que resultan heridos de la escolta de La Meilleraie. El arzobispo cae tambien de una pedrada; al levantarse uno de aquellos furiosos le pone la boca de su mosquete junto á la cabeza é iba á dispararle ya: «¡Desdichado! ¿qué haces? le dice Gondi, ¡si te viera tu padre!» Estas palabras salvan al prelado: reconócese su hábito y todo el pueblo grita ¡Viva el coadjutor! Se aprovecha hábilmente de esta reaccion, se dirige hácia una plaza próxima y lleva tras sí á aquella multitud; de esta manera La Meilleraie se encontró fuera del apuro y pudo llegar libremente al palacio.

El arzobispo encuentra muchos hombres sobre las armas; les obliga á dejarlas diciéndoles que solo á esta condicion iria á pedir á la reina la libertad de los prisioneros. Consienten en ello; y Gondi se dirige al palacio al frente de treinta ó cuarenta mil hombres, no como antes, furiosos y amenazadores, sino tranquilos y desarmados. «Venid, le dice La Meilleraie abrazándole, hablemos á la reina como buenos franceses y ciudadanos; y bueno será que recordemos el lance cuando llegue el rey á la mayor edad, para hacer colgar á esos polillas del Estado, infames y cobardes aduladores que quieren hacer creer á la reina que todo esto es insignificante.» El mariscal habla á la reina con efusion de celo por el Estado y de gratitud al arzobispo; mas ella le escucha con frialdad. La Meilleraie animándose por grados la dice que al dia siguiente no quedaria piedra sobre pieda en Paris, sino se ponia en libertad inmediatamente á Broussel. El prelado quiso apoyar al mariscal; pero le interrumpió la reina diciéndole irónicamente: «Id á descansar, porque veo que habeis trabajado mucho.» Retírase confuso sin encontrar á su paso aquella multitud lisongera que dos horas antes le llevaba como en triunfo, llamándole el recurso y salvacion del reino. Tuvo prudencia para ocultar su resentimiento, é hizo por reponerse algo para presentarse á dar cuenta de su mision al pueblo que esperaba su respuesta. Como apenas le oian, algunos hombres de los amotinados le levantaron en sus hombros y le colocaron sobre su carroza. Desde esta singular tribuna, les asegura el prelado que su docilidad habia hecho mucha impresion en la reina; y que la sumision completa era el solo medio de destruir prevenciones y alcanzar cuanto pedian. Despues de dichas estas palabras les exhorta á retirarse, «y no me costó gran trabajo, dice, persuadirles, porque se aproximaba la hora de cenar; y he observado que en todas las conmociones de Paris aun los mas ardientes no estan por tener el estómago vacío.» De esta manera se disipó aquel tumulto y el cardenal se retiró al palacio donde vivia, tanto mas ofendido cuanto habia tenido que contenerse.

Para esplicar la conducta de la reina con el coadjutor, es preciso suponer á esta princesa perfectamente instruida de los manejos secretos del prelado y convencida de que si no era él directamente autor de esta última conmocion, era culpable de haber agitado los ánimos desde mucho antes y de haberlos dispuesto á la asonada que acababa de ocurrir. Por otra parte, Ana de Austria creia firmemente que este movimiento no era otra cosa que *fuego fátuo* que se estinguiria por si mismo, y se encontraba menos dispuesta á demostrar su gratitud al prelado por lo que habia hecho, que á abatir con un marcado desden su orgullo que podia inspirarle grandes pretensiones. En este sentido se trató esta cuestion en la mesa de palacio, donde se desfiguró y exageró todo para poner al cardenal en ridículo. Llegaron á soltarse tambien algunas palabras que daban á entender que habia respecto de él ciertos proyectos que llegarian á ponerse en planta, una vez á cubierto la corte de los ataques del Parlamento y del pueblo. Estos designios no serian acaso mas que congeturas; pero Gondi se puso en guardia por lo mismo que no tenia su conciencia tranquila y aunque obligado á confesar «que las virtudes de un gefe de partido, eran vicios en un arzobispo,» se decidió por estos vicios, y los justificó á sus ojos con la idea de que eran necesarios á su conservacion y á la de su bando. Estas reflexiones inspiraron al coadjutor la resolucion de hacerse temer de la corte ya que no podia hacerse amar, y no encontró mejor espediente para lograrlo que renovar las barricadas de la liga.

La misma distincion que hemos hecho hablando de los miembros del Parlamento, debe hacerse de los habitantes de Paris. Habia entre ellos de esos hombres hechos para la revolucion, caractéres ardientes que solo viven en el trastorno y desorden. Pocos buenos ciudadanos se contaban en este número que entraban á componerlo muchos artesanos, populacho y las mujeres. Este era el ejército del coadjutor. Otros conocian las faltas del gobierno y querian reformas: en esto estaban de acuerdo con los mas sensatos de la corte y del Parlamento, pero por temor á la anarquia apoyaban y robustecian la autoridad. A estos hombres moderados se debe sin duda la salvacion de la ciudad, que sin ellos hubiera sido presa de los instrumentos de Gondi. Hizo circular este durante toda la noche emisarios con noticias las mas á propósito para poner en combustion los elementos anteriormente hacinados. Propalaban ya que debia ser preso todo el Parlamento, y diezmados los consejeros y ciudadanos para hacerlos morir con Broussel y los otros prisioneros; ya que la regente habia decidido sacar al rey de Paris y poner despues fuego á la poblacion por todos sus costados, haciendo que fuese saqueada antes sin compasion: la conclusion de todo esto era que á la primera alarma urgia ponerse en defensa y hacer barricadas.

Como si hubiera querido secundar las miras del coadjuter, la regente en lugar de poner su cuidado en que la calma y confianza renaciesen en el pueblo, le irritó mas con nuevas medidas. No se ha sabido nunca á punto fijo qué es lo que ella habia resuelto. Unos dicen que su objeto era anular cuanto habia hecho el Parlamento desde la apertura de la cámara de San Luis: otros pretenden que avanzaba en sus planes hasta á disolver el Parlamento ó suspenderlo y desterrar á sus individuos. Mas cualesquiera que fuesen sus designios es indudable que eran violentos; y de todas cuantas medidas podian tomarse para asegurar la ejecucion, escogió Ana las peores, porque sabiendo que los amotinados no depo-

nian las armas, hizo que todos los ciudadanos de cuya lealtad tenia pruebas, se armasen tambien. La vista de esta milicia autorizada obligó á aquellos que obraban por inspiraciones del coadjutor á establecer sus cuerpos de guardia y fortificarse durante la noche. Notaron que habia frecuentes mensajes entre los ministros y el canciller Seguier; nuevos motivos de inquietud para los facciosos que les movian á ponerse en guardia contra los acontecimientos. Donde quiera que la corte parecia adoptar medidas de resistencia, oponian los Honderos gente dispuesta á disputar el terreno. Pero por entonces todos estuvieron en observacion, permaneciendo todo tranquilo hasta el momento en que el canciller salió el 27 de agosto para ir al palacio.

Serian sobre las seis de la mañana y el Parlamento ya estaba reunido. Al salir de su casa el canciller encontró una barricada que le obligó á dejar su carruage y seguir en silla de manos. A poca distancia otra barricada le forzó á seguir su camino á pie. Unos cuantos revoltosos le conocen é insultan; unense á ellos un litigante que habia perdido su pleito, y otras muchas personas que amenazaban herirle. Atraviesa como puede acompañado del obispo de Meaux su hermano, y de la jóven duquesa de Sully su hija, quienes al ver el peligro á que se esponia no habian querido abandonarle. Llegados á la travesía de los Agustinos y encontrando abierto el palacio de O, habitado por el duque de Luynes entran en él y cierran la puerta. Antes que los amotinados pudiesen echarla abajo, una mujer de la servidumbre del duque los oculta en un gabinete secreto contiguo á un salon. Desde su asilo separado de donde sus perseguidores estaban por un simple tabique, oia Seguier al populacho irritado, amenazar con hacerle pedazos, así que lo encontrase; los mas moderados se contentaban con cogerle y retenerle en rehenes para cangearle despues por su ídolo Broussel. Golpean las paredes y escuchan para ver si oian algo: se figuran que aquel era un departamento abandonado del palacio y van á descargar su furia en otros donde roban y destruyen á su sabor.

La noticia del riesgo en que se encontraba el canciller llegó hasta el palacio real. El duque de La Meilleraie al frente de una compañía de guardias acude en su socorro, y le saca del palacio de O. El lugar teniente civil proporciona una carroza en la cual entra el canciller con su hermano é hija. Los sediciosos al ver que les arrebataban su presa, corren tras la carroza gritando furiosamente. La Meilleraie tan imprudente siempre como celoso, les hace cara con sus guardias, manda disparar y mata una mujer. Cae entonces una lluvia de tiros y piedras sobre la carroza y los guardias: algunos son muertos; la duquesa de Sully recibe una herida ligera, y solo á fuerza de mucho trabajo pueden unos y otros llegar hasta el palacio real donde se refugian.

La llegada fué oportuna, porque mientras la escolta de La Meilleraie era retardada por los revoltosos que tenia al frente, estos recibian refuerzos que hubieran hecho imposible la retirada. Los primeros llegaron de la puerta de Nesle. La corte habia destacado allí una partida de Suizos para asegurar la retirada por aquel lado en caso de necesidad. Un oficial disfrazado seguido de algunos soldados vestidos tambien de paisano, pagados todos por Gondi, traban disputa con aquellos suizos; de las palabras pasan á los hechos; son muertos treinta ó cuarenta de estos; tómanles una bandera y los ponen en dispersion. Al estampido de los tiros abandonan el trabajo los hortelanos del cuartel de San German. Reúnense en pelotones y se dirigen al Puente Nuevo, al mismo tiempo que los vencedores de la puerta de Nesle tomaban la misma direccion por otro lado. Desde el estremo del arrabal de Santiago bajaba tambien en la misma ocasion una multitud de amotinados dirigidos por la esposa de Martineau, consejero y coronel de aquel cuartel, partidario acérrimo del coadjutor. Ella fué la primera que hizo tocar el tambor de alarma. A su sonido se puso en movimiento todo el barrio Latino, los arrabales de San Marcos, San Victor y la plaza Mauvert. Estos cuarteles vomitaron en poco tiempo una nube de obreros de imprenta, estudiantes, artesanos y vendedores que pasaron el puente-chico y el de San Miguel y se desparramaron por los alrededores de palacio, donde habia armas que tenian á prevencion los emisarios de Gondi. Hicieron muy pronto una bandera y recorrieron las calles gritando: «Libertad, Broussel, viva el rey, viva el Parlamento!» Algunos añadian: «¡ Viva el coadjutor!» Quisieron penetrar por los puentes de Change y Nuestra Señora en las calles de San Dionisio y San Martin; pero los mercaderes y otros vecinos cerraron el paso á este populacho desenfrenado. Tendieron cadenas á lo ancho del paso sujetas á barricas llenas de tierra, tras las cuales se guarecieron armados de picas, arcabuces y cuanto podian haber á mano. Así se hacian las barricadas. A las diez de la mañana se contaban ya, dice Talon, mas de mil doscientas en la ciudad, algunas de las cuales estaban muy inmediatas al palacio real.

El Parlamento, durante este tumulto que no desagradaba á todos sus miembros, pronunciaba muy tranquilamente providencias contra Comminges y los otros oficiales que habian arrestado á Blancmesnil y Broussel. Sin embargo, como ignoraba lo que podria resultar, se puso á deliberar sobre las medidas que convendria adoptar en aquellas circunstancias. Todos los pareceres estuvieron de acuerdo en que se fuese á suplicar á la reina para que fuesen puestos en libertad los presos. Esto era casi legitimar la sublevacion, pero hay momentos en que de todos los medios se eligen siempre los peores. El Parlamento entero, en número de ciento sesenta personas, se dirigió al palacio real: «Fué recibido y acompañado en todas las calles del tránsito con las mas entusiastas aclamaciones, dice el coadjutor; todas las barreras y obstáculos cayeron á su llegada.»

No tuvo el mismo recibimiento en la corte. La regente los recibió con semblante severo: les imputó la sedicion; díjoles que ellos eran sus autores por la manía de independencia que en su conducta hacia algun tiempo habian mostrado dando tan mal ejemplo. «La posteridad, añadió, verá con horror la causa de tantos desórdenes, y el rey mi hijo os pedirá estrecha cuenta algun dia.» Mencionó su sorpresa por la indiferencia con que miró el Parlamento la prision en la Bastilla del príncipe de Condé por la reina su suegra, y de que tanto ruido hiciesen ahora por la de uno de sus miembros. Despues de tan dura reprimenda, Ana de Austria les volvió la espalda. Aturdidos con esta recepcion, los consejeros se miraban en silencio y se dirigian ya algunos á la puerta; pero el primer presidente los contuvo y propuso una nueva tentativa. Pidió otra audiencia y empleó para conseguirla los ruegos de los príncipes y grandes que tenian la entrada libre. A fuerza de perseverancia llegó hasta la reina; pero obstinada siempre esta en no querer dar libertad á los presos, no respondia y huia de la cámara á su gabinete y de este á las galerías. Molé la perseguia: el cardenal Mazarino llegó en su ayuda. Consiente al fin ella en poner en libertad á los presos á condicion de que el Parlamento no volveria á mezclarse en los negocios del Estado que no le fuesen consultados. El primer presidente por sí solo no podia comprometerse á ello: lo consultó á los demas individuos, y estos contestaron que era preciso deliberar antes. El cardenal queria que esta deliberacion se evacuara allí mismo; pero algunos le hicieron notar que si se efectuaba allí tendria visos de violencia. Prometieron reunirse despues de medio dia para discutirlo y llevar al dia siguiente la respuesta. Mucho era para la corte ganar todo este tiempo; tal dilacion era mas honrosa tambien para el Parlamento que una negativa; por consecuencia, semejante espediente pareció bien, y así todos se separaron mutuamente satisfechos.

El pueblo creia que Broussel y Blancmesnil estaban detenidos en palacio; buscólos al salir los miembros del Parlamento, y no encontrándolos preguntó por ellos. Se le contestó que su libertad no estaba concedida aun, pero que habia muy buenas esperanzas. Los ciudadanos de la primera barricada quedaron al parecer satisfechos con esta respuesta, y los dejaron pasar; los de la segunda murmuraron; pero en la tercera, que estaba frente á la cruz de Trahoir, no se oyó mas que un grito general de sedicion. Un comerciante en hierro llamado Raquenet, capitan de este cuartel, cogió al primer presidente por el brazo y apoyando el cañon de una pistola en su cabeza, le dijo: «Vuélvete, traidor, si tú y los tuyos no quereis ser degollados: tráenos ahora mismo á Broussel, ó á Mazarino y al canciller en rehenes.» Atemorizados con esta violencia inesperada, cinco presidentes y veinte consejeros abandonan á sus compañeros y se confunden entre la multitud; los demas vacilan entre huir ó quedarse al lado de su gefe, á quien los amotinados injurian y amenazan. Este, «conservando siempre la dignidad de la magistratura en sus obras y palabras, reune á los que puede de los suyos y se vuelve al palacio real acompañado de los denuestos, execraciones y blasfemias de aquellos furiosos.»

Al ver entrar de nuevo al Parlamento, la impaciencia de la reina llegó á su colmo, pues creia terminado ya aquel asunto. En su despecho parecia no meditar mas que medidas violentas, como mandar que le cortasen la cabeza á Broussel y echarla al pueblo, ó hacer colgar de las ventanas de su palacio algunos consejeros para escarmiento, ó retener á los mas moderados y entregar los otros á la rabia del populacho; proyectos todos arriesgados y odiosos que apoyaban sin embargo algunos cortesanos imbuidos en los sanguinarios principios de Richelieu. Costó bastante el calmar á la regente y hacerla conocer cuán grave podia ser en aquellas circunstancias un paso impremeditado. El primer presidente «que nunca hablaba tan bien como en el peligro» empleó allí toda su elocuencia. El duque de Orleans la suplicó que cediese á las circunstancias; los príncipes se echaron á sus pies, y al fin la arrancaron estas palabras: «Pues bien, señores del Parlamento, ved lo que se debe hacer.» Se decidió deliberar allí mismo. Colocáronse muy de prisa bancos en la galería principal. El Parlamento abrió la sesion, y acordó que se diesen gracias á la regente por la libertad de Broussel y demas presos, y que hasta las vacaciones no volveria la corporacion á ocuparse de los negocios públicos, á escepcion de los arbitrios de ayuntamiento y del arancel de puertas. La reina firmó las

órdenes para la libertad de Broussel y Brancmesnil, é hizo salir públicamente del palacio dos carrozas del rey en las cuales iban parientes y amigos de los presos, portadores de las órdenes de soltarlos. El Parlamento salió tambien con aire mas satisfecho. El populacho aplaudio este resultado, y los presidentes y consejeros se fueron á sus casas, dejando todavía en pie las barricadas, pero muy dispuestos los amotinados á retirarse.



Orígen de la Honda.

Al siguiente dia 28 de agosto por la mañana se reunió el Parlamento. El primer presidente hubiera querido que los consejeros se hubiesen quedado cada uno en sus cámaras para entregarse á los asuntos del despacho ordinario; pero los fiscales creyeron de derecho examinar el acta y decision de la víspera, como procedentes de una sesion celebrada sin libertad y en lugar incompetente. Mientras deliberaba este cuerpo se oyeron algunos tiros que sembraron la alarma entre sus individuos; pero luego se calmaron sabiendo que eran los ciudadanos que celebraban con salvas la libertad de Broussel. Tan pronto como entró en la ciudad, los principales ciudadanos le acompañaron hasta el palacio, seguidos de un inmenso pueblo que gritaba: «¡Viva Broussel, viva nuestro libertador, viva nuestro padre!» Así que entró en la gran Cámara, el primer presidente, que muy á su pesar se habia prestado á lo que se hizo por su libertad, le dirigió un discurso. Broussel le contestó con otro de gracias. La vuelta de Brancmesnil reprodujo el mismo ceremonial: en fin, concluyó la sesion votándose una órden para que todos los ciudadanos depusiesen las armas é hiciesen desaparecer las barricadas: á medio dia ya estaban libres todas las calles como antes de la sublevacion. Sin embargo, se conservó aun por algunos dias una fermentacion que inquietaba bastante á la reina y al cardenal. Este siguió oculto y presto á partir, porque se decia que el pueblo queria tenerle en rehenes para usar con él de represalias si la corte echaba mano de violencias. En efecto, á la noticia que se habia estendido de que aparecian tropas al rededor de Paris, hubo algunos chispazos de rebelion ya en uno ya en otro cuartel, y oiase de vez en cuando un ruido de armas y disparos que tenian en contínua zozobra á las gentes pacíficas. La regente no logró apaciguar completamente al pueblo sino demostrando la mayor confianza, alejando las tropas que le inquietaban y quedándose con una guardia muy reducida: condescendencia que costó mucho arrancar al orgullo de Ana de Austria.

Tales fueron las barricadas que la proximidad de los tiempos y escritores distinguidos, actores casi todos en estas escenas, han hecho tan célebres. El coadjutor en sus memorias hace á estos acontecimientos mas bien asunto de risa que de graves consideraciones, con las anécdotas y comentarios de que siembra su relato. Dice que vió á un niño de ocho años armado con una pesada lanza del tiempo de la guerra de los ingleses; vió tambien á madres armar por sí mismas á sus hijos de puñales y ceñirles enmohecidas espadas de no menos lejano orígen. Ondeaban en las barricadas banderas y estandartes conservados en las familias desde la liga; pero los ciudadanos que las defendian se ocupaban mas al abrigo de sus atrincheramientos, del juego y comilonas, que de las faenas militares. Hizose notar á Gondi una gola de plata sobredorada en la que estaba grabada la figura del asesino de Enrique III con esta inscripcion: *Santiago Clemento*, y no dejó de mencionar en sus Memorias que reprendió duramente al oficial que llevaba tal insignia que hizo romper á su presencia. Es de notar que este pueblo en el mayor frenesí de la sedicion, al ver alguna accion que indicaba respeto al monarca, aplaudia con entusiasmo, gritando: *Viva el rey*; pero, añade el coadjutor, el eco respondia: *Abajo Mazarino*.

Este era el deseo del prelado, que habia tenido la habilidad de inspirarlo al pueblo. Gondi era solo enemigo de la autoridad real en tanto que Mazarino era su depositario. Queria á toda costa castigar á la reina por la preferencia con que seguia distinguiendo á su ministro. Durante el tumulto le envió ella á decir muchas veces que hiciese por calmar la sedicion, pero él respondió siempre con fingida modestia que no se creia con bastante influjo en el pueblo para conseguirlo. Mas no era tan disimulado con sus amigos, y saboreaba con gusto en la sociedad de los honderos las alabanzas que le prodigaban por haber concertado tan bien su venganza.

Sin embargo, despues de haber halagado su amor propio con el placer de hacerse temible, reflexionando Gondi sobre todo lo que acababa de pasar, comenzó á inquietarse por las consecuencias que para él podian tener tanta audacia. La regente le envió á llamar la mañana de las barricadas: hízole la recepcion mas distinguida; le agradeció los buenos consejos que la habia dado, y le dijo que si la hubiera creido estaria muy lejos de encontrarse en aquel trance. El cardenal Mazarino encareció todavía mas las espresiones de la reina y dijo á Gondi en su misma cara, «que no habia mas hombre de bien en Francia que él, porque los demas no eran otra cosa que infames y bajos aduladores, y que en lo sucesivo solo se guiaria por sus inspiraciones.» En estilo de corte era decirle que se conocian sus manejos, que se tomaba tiempo para hacerle arrepentirse cuando menos lo pensase, y que por de pronto se deseaba inspirarle confianza para dar con mas seguridad el golpe; pero no era él hombre que se dejaba engañar con facilidad, y no vaciló sobre el partido que debia escoger. Conocia demasiado que sin el apoyo del Parlamento estaba en el aire; pero este cuerpo era un apoyo harto inseguro, pues muy bien podia suceder que llevado demasiado lejos volviese atras y procesase á los mismos que le hubiesen escitado. Dar oidos á los enemigos del Estado, á los espanoles que ofrecian socorrer á Paris si se ponia en revolucion, era un partido estremo á que aun no creia Gondi hubiese necesidad de recurrir. Adoptó un término medio que fué ponerse al servicio de un príncipe de la sangre cuyo nombre y crédito diese paso al partido, y ninguno le pareció mas apropósito que el vencedor de Lens y de Rocroy. Condé era jóven: el mando de los ejércitos le habia acostumbrado á dominar, dos motivos para presumir que escucharia con gusto las proposiciones que tendiesen á darle autoridad y poder. Este príncipe debia llegar al fin de la campaña á descansar en Paris de los afanes de la guerra. Interin le esperaba, se dedicó el coadjutor á alimentar el fuego que habia encendido en el Parlamento, para que continuase ardiendo sin resplandecer demasiado; pero no fué dueño de moderar toda su actividad.

Debe recordarse que despues de las barricadas, la juventud del Parlamento hizo fuese examinada el acta de la sesion celebrada en el palacio real. La mayoría la confirmó; pero muchos resolvieron interiormente no encerrarse en los límites que prescribia á las deliberaciones. Sin embargo, en los primeros dias no se suscitaron cuestiones mas que sobre las materias esceptuadas, á saber: el pago de los arbitrios de ayuntamiento y el reglamento para la exaccion de los derechos de puertas; pero no se tardó en mezclar algunas frases y palabras, como sin intencion, que aludian claramente á asuntos del gobierno. El coadjutor se habia introducido en las asam-

bleas secretas que tenian algunos miembros del Parlamento. Tomaba allí la iniciativa muchas veces sobre las materias que debian proponerse y la manera como debian presentarse á fin de conservar en agitacion continua a la corporacion. Para conmover el pueblo se echaba mano de otros espedientes. Sus emisarios hacian circular noticias alarmantes, como que la reina estaba dispuesta á llevar á cabo el sitio de Paris; que las tropas que á ello se destinaban estaban ya en las inmediaciones; uno habia visto soldados de á caballo de feroz aspecto; otro flamencos y suizos, hombres inhumanos de quienes la reina quería valerse para renovar los horrores de San Barthelemy. No era lícito poner en duda estos proyectos que estaban anunciados por profecías que en secreto se confiaban y marcaban el dia y hasta la hora del desastre. Anunciaban tambien hambres, pestes, inundaciones, incendios y azotes de toda especie, que no podian menos de afligir á los franceses bajo un gobierno tan depravado. Distribuíanse ademas libelos, versos y canciones que aludian maliciosamente á la prevencion de Ana de Austria por su ministro; de suerte que una grande inquietud se habia apoderado de los ánimos y llegaron á estallar nuevas conmociones antes que el mismo Gondi hubiera querido.



La regente y su hijo yendo á la catedral.

La reina contaba con las vacaciones que se aproximaban; pero el Parlamento pidió una próroga á pretesto de negocios urgentes que no podian aplazarse. La regente se negó á ello, y el Parlamento insistió, hasta que viendo al fin ella que la tomaria por sí mismo si no se le concedia, accedió á la próroga de quince dias. La seguridad de conservar sus protectores enardeció al pueblo, dispuesto siempre á propasarse. Osó faltar al respeto á la reina en sus paseos, y sufrió esta la mortificacion de oir en las calles á su paso canciones indecentes y de verse perseguida por la gritería de la plebe. La perseverancia del Parlamento en su marcha y la insolencia del populacho decidieron á Ana de Austria á dejar á Paris. Salió en efecto el 13 de setiembre y llevó al rey á Reuil, adonde les siguieron el duque de Orleans, otros príncipes de la sangre, los ministros, el canciller y toda la corte. Al marchar manifestó la reina al preboste de los mercaderes que solo abandonaba el palacio real por ocho dias, para que se hiciesen en él algunas reparaciones.

Quizá era solo su objeto ver el efecto que producia este golpe tan ruidoso, y si el temor de las consecuencias hacia un poco mas moderados á los honderos. Hubieran en efecto tomado las cosas este giro si el coadjutor llevara á cabo su plan, que era no hostigar á la corte de manera que acudiese á medidas estremas, interin no tomase él las suyas. Mazarino y él se hacian una especie de guerra de observacion, pero le llevaba el ministro gran ventaja en poder echar mano de la fuerza cuando la astucia no le servia. De ella se valió contra tres personas que no pudo seducir por otros medios: Chavigny y Chateauneuf, muy ligados con los oposicionistas del Parlamento, y Goulas, secretario de Gaston, tildado de trabajar con el coadjutor para conseguir enemistar á su amo con el ministro. El primero fué preso en Vincennes, de donde era gobernador, y los otros dos fueron desterrados.

Este golpe de autoridad apresuró la ruptura. El interés particular de los principales honderos que se vieron amenazados con medidas parecidas, les determinó á trabajar á todo riesgo en la caida del ministro. Para anticipársele fueron á escitar en la asamblea de las cámaras el 22 de setiembre los mismos sentimientos de que estaban animados: representaron allí lo que acababa de suceder á Chavigny y otros como una accion tiránica y un atentado contra la seguridad individual. Por primera vez fué Mazarino designado por su nombre en aquellas declamaciones y calificado de ignorante, mal intencionado, incapaz para el gobierno, y se propuso la renovacion, con aplicacion á él, del fallo pronunciado en 1617 contra el mariscal de Ancre, fallo por el cual los estranjeros no podian ser ministros bajo pena de vida. La mayoría no adoptó la proposi-



Las barricadas en tiempo de la Honda.

cion, pero decidió que los príncipes y los pares fuesen convocados, espidiendo para ello el correspondiente llamamiento. La reina anuló todo esto por otro acuerdo del Consejo, é hizo fuese sacado de Paris secretamente su hijo el duque de Anjou, que por encontrarse enfermo no habia podido seguirla antes.

Esta especie de rapto sembró la alarma en la capital, y fueron adoptadas todas las medidas que se acostumbran en una plaza que teme ser sitiada. El Parlamento mandó al preboste de los mercaderes y á los regidores que tratasen de proveer y asegurar la capital. Los ciudadanos prepararon sus armas. Parecia que no les arredraban fatigas, sacrificios ni peligros y que se esponian gustosos á los azares de una guerra civil; pero el coadjutor tenia todavía interés en suspenderla, y con este fin, mas que por amor á la paz, adoptó medidas conciliadoras así que creyó la ruptura inevitable.

Estaba determinado á hacer marchar á Bruselas un negociador encargado de hablar al conde de Fuensaldaña para que llevase un ejército español al socorro de Paris; mas el duque de Chatillon, confidente de Condé, se presentó á anunciarle la llegada del príncipe que no esperaba tan pronto el prelado. Renunció inmediatamente á su proyecto con los españoles, y dirigió sus cuidados á seducir al príncipe y procurar su proteccion al partido. Sucedió entonces á Condé lo que ya le habia acontecido en tiempo de los *Importantes*: la corte y la honda se lo disputaron. El coadjutor tuvo con él muchas conferencias, en las cuales se esforzó en probarle que la reina era con sus desaciertos la causa de cuanto habia pasado; que su mala direccion de los negocios habia provocado la resistencia del Parlamento y la sedicion, y que no serian posibles órden, concierto ni buen gobierno ínterin tuviese á su lado á Mazarino, á quien era preciso derribar á toda costa. El príncipe estaba de acuerdo con Gondi sobre el último punto, porque tenia tambien sus quejas del cardenal; pero no queria conceder al coadjutor que no se hubiese propasado muchas veces el Parlamento en sus pretensiones ó escedídose en el modo de presentarlas. «Apoyar estas pretensiones, decia, es dar al Parlamento una autoridad de que abusará muy pronto en detrimento del poder real: yo me llamo Luis de Borbon, y en el que lleva este nombre no puede tener un enemigo la corona. La reina me hostiga tambien á que secunde su venganza, y conozco que si pongo á su disposicion mi brazo comprometo mi reputacion y mi vida por sostener á un estranjero que detesto. Siquiera si el Parlamento quisiera moderarse por algun tiempo... Mas (añade en un transporte de impaciencia) parece que estos perros de golillas han formado empeño en que me lance mañana á la guerra y los estermine á ellos mismos.»

Por último, despues de haber meditado muy maduramente la cuestion, Condé se decidió por un partido medio, á saber: tranquilizar los ánimos por de pronto zanjando diferencias, y trabajar en seguida para descorrer el velo que cubria á los ojos de la reina ciertas cosas, á fin de que gradualmente fuese disgustándose de Mazarino, y que si no queria precipitarle bruscamente del rango á que le habia elevado, que le fuese retirando su apoyo para poder despues alejarle de una vez. Aprobó el coadjutor este plan, no como el príncipe por celo del bien público, sino por la doble ventaja de no verse obligado á una guerra defensiva, cuando aun no se encontraba fuerte para sostenerla, sin perder al mismo tiempo la esperanza de derribar al ministro ó de renovar los motines.

Interin el Parlamento, en consecuencia de su acuerdo, ordenaba una diputacion á los príncipes y pares para convocarlos á las sesiones, recibió cartas de Gaston y de Condé que le demandaban accediese á una conferencia para arreglar amigablemente las cuestiones del dia. Fué aceptada y se celebró en San German el 25 de setiembre, durando hasta el 22 de octubre. El cardenal Mazarino sufrió la mortificacion de no ser admitido y de no poder escluir á sus mayores enemigos como queria; pero tomó el negocio como hombre cortesano y se hizo encontradizo con los diputados, á quienes saludó profundamente. Esta afectacion promovió las risas de los miembros del Parlamento, poco acostumbrados á las maneras de los cortesanos.

El artículo que dió lugar á mayores dificultades fué el que se llamaba *de seguridad*, porque por él se ponian límites á la facultad de privar de su libertad á los ciudadanos. Suscitóse esta cuestion á consecuencia del arresto de Chavigny y otros sin forma de proceso. El Parlamento pedia que no pudiese ser detenida persona alguna mas de veinte y cuatro horas sin tomarle declaracion. Los príncipes se oponian á ello, pretendiendo que en materia de negocios de Estado un interrogatorio precipitado podia desvanecer ó enervar pruebas que se robustecerian obrando de otra manera. La regente se obligó á no retener á nadie por mas tiempo de seis meses sin tomarle su declaracion, y redujo despues el plazo á tres.

El Parlamento estaba ya dispuesto á aceptar esta especie de composicion; pero el presidente Brancmesnil se opuso á ello por razones que un hombre recientemente escapado de las cadenas debia hacer valer mejor que otro alguno. Sentó por principio que los reyes ni por privilegio de la corona ni por ley alguna del Estado estaban autorizados para privar de su libertad á los súbditos sin procesarlos. Conceder tres meses, añadió, seria revestirlos de aquella autoridad en perjuicio de la ley y de la seguridad pública; seria mantener en perenne zozobra el reposo y la vida de todos; porque teniendo los ministros tres meses de plazo para vejar impunemente á los ciudadanos, podrian encontrar mil medios de deshacerse de ellos antes que soltarlos; y esto mismo hubiera sucedido á Bassompierre y tantos otros durante el mando del cardenal Richelieu; mas como este se abrogaba la facultad de tener á aquellas personas que le parecia presas el tiempo que le acomodaba, nada le podia obligar á atentar á la vida de tantas personas de valimiento que sufrian sus iras. Es preciso pues que puedan ser retenidos los ciudadanos el tiempo que plazca al poder sin formarles causa, ó guardar rigurosamente la prescripcion de las veinte y cuatro horas de término, porque en tan breve tiempo no podrán los ministros cubrir su arbitrariedad con un crimen sin esponerse á fundadas sospechas, ó mejor á una prueba de su tiranía. Estas reflexiones convencieron á todos. La reina pidió siquiera que el plazo fuese de tres dias y despues de no pocas dificultades se acordó así; pero se negó á que esta restriccion puesta al poder absoluto se insertase en la declaracion que debia arreglar las demas diferencias; dijo que debia satisfacerles la palabra que empeñaba de no hacer prender á nadie durante su regencia sin que fuese interrogado en los tres primeros dias de su detencion. El príncipe de Condé que estaba muy lejos de creer que algun dia llegaria á arrepentirse de no haber exigido á la reina otra mas formal obligacion, se empeñó con el Parlamento para que no pidiese otra.

Como no se insistió durante estas conferencias en la idea de reproducir el edicto de 1617 contra el ministerio de los estranjeros, la reina que veia salvado á su ministro, concedió gustosa todo lo demas que fué casi cuanto propuso la cámara de San Luis; el 24 de octubre fueron publicados la declaracion, edictos y decretos necesarios para llevar á efecto todo lo convenido. Disponian una disminucion en algunas contribuciones, la rebaja del arancel de puertas, varios reglamentos sobre la cobranza de tributos, y seguridades para la inmunidad de los individuos de los tribunales superiores.

En este mismo dia fué firmada en Munster la *paz de Westfalia* que terminó la guerra de los treinta años. Fué llevada á cabo en virtud de negociaciones comenzadas ya al advenimiento del rey y por el éxito de la campaña de este año que fué tan activa como si no estuviera para cerrarse la paz. El príncipe de Condé enviado á Flandes habia salido á esperar cerca de Lens al archiduque que se apoderara de esta plaza. El ejército francés estaba á la sazon en deplorable estado; mal pagado, mal vestido y menguado por las enfermedades y la desercion; y para colmo de desgracia, Rantzau subordinado al príncipe, recibia de la corte órdenes que contrariaban con frecuencia sus operaciones. El archiduque aprovechándose de la poca armonía de los gefes, de la penuria del ejército y de la superioridad numérica del que mandaba, iba ganando terreno y se lisonjeaba con la idea de que siguiendo las discusiones intestinas, llevaria en breve la guerra á territorio francés. Sin embargo, á la aproximacion del príncipe cuyo carácter emprendedor era conocido, tomó posiciones; y si bien Condé no veia nada imposible á su valor, levantó tambien su campo: esperaba con este movimiento llevar al archiduque á otra posicion y no se equivocó: su retirada fué inquietada y hasta llegó á sufrir un pequeño descalabro su retaguardia. Mas el gran número de enemigos que su resistencia puso en movimiento, decidió el del ejército de ellos; pues creyendo por su primera ventaja infalible la victoria, sacrificaron su posicion á esta esperanza. El ejército francés hizo frente, y ya en batalla en el nuevo puesto designado por su general, tuvo por de pronto la ventaja del órden sobre el ejército español que no podia formarse sino á medida que iban llegando al campo sus batallones. El resto del lance correspondió á tan acertadas disposiciones, y la sangre fria del príncipe no fué menos notable que su valor. La derrota del enemigo fué completa, no costando á los franceses mas que quinientos hombres.

La rama imperial de Austria no habia sido mas afortunada en Alemania. Turena y Wrangel habian llevado la guerra sobre el Danubio para castigar la defeccion del Elector de Baviera, que despues de haber reconquistado todo cuanto habia cedido el año anterior para obtener su neutralidad, habia rechazado á los suecos hasta el pais de Brunswick. Atacaron á Melander, general del ejército imperial en Summerhausen, mas allá del Danubio al retirarse. Poco faltó para que su retaguardia que mandaba el conde de Montecuculi, fuese deshecha por la vanguardia francesa conducida por Turena. Melander llegando de pronto pudo salvarla, pero pereció en la accion. Los imperiales retirándose sobre Augsburgo pusieron luego el Lech entre ellos y los aliados, y muy pronto el Ammer, el Iser y el Inn, refugiándose á los paises hereditarios y abandonando la Baviera á discrecion de los vencedores. El Elector, anciano de setenta y ocho años, huye á toda prisa de Munich á Saltzburgo, desde donde apremia al emperador para que se preste á la conclusion

de la paz, único recurso que podia salvarle de perder sus estados. Las pérdidas que este sufria en Bohemia, donde el general sueco Konigsmarck y el príncipe Cárlos Gustavo, conde palatino de Deux-Ponts y luego rey de Suecia, acababan de entrar tomando á Praga y haciendo un inmenso botin, le determinaron á poner término á tan larga y desastrosa guerra.

Desde el tiempo de Richelieu se habian manifestado disposiciones pacíficas por las potencias beligerantes, y por la mediacion de Dinamarca habíase dado principio á los preliminares desde 1641, aunque sin consecuencia. Uno de los primeros pasos de la regente fué reanudar estas negociaciones; le indicaron á Munster y Osnabruk, ciudades de Westfalia que distaban poco entre, si como puntos para las conferencias. La primera para la reunion de los negociadores católicos, y la segunda para la de los protestantes: el emperador mantenia enviados en las dos.

A pesar de los votos de la Europa entera por la apertura de este Congreso, las conferencias no comenzaron hasta los primeros dias de mayo del año de 1644. Los católicos tenian por mediadores á Fabio Chigi, nuncio del Papa y que llegó él mismo despues á ser Papa tambien con el nombre de Alejandro VII, y al noble veneciano Cárlos Cantarini, que fué despues dux de su república. Los protestantes no reconocieron mediadores. Los plenipotenciarios de la Francia fueron el duque de Longueville, Claudio de Mesmes, conde de Avaux y Abel Servien; los de Suecia, Juan Oxenstiern hijo del gran canciller Axel, y Adler Salvius, canciller de la corte. El emperador nombró para tratar con los primeros á los condes de Trautmansdorff y de Nassau-Hadamar y al consejero Wolmar; y con los segundos al mismo conde de Trautmansdorff, al de Lemberg y al consejero Crane. Los príncipes católicos habian dado sus poderes á Felipe de Schoemborn, obispo de Wurtzburgo, y los protestantes al duque de Sajonia-Altemburgo, primo hermano del famoso Bernardo de Sajonia-Weimar.

Mably nos traza en pocas palabras el objeto de este célebre Congreso. «Tratábase, dice, de poner en claro un inmenso caos de opuestos intereses, de quitar á la casa de Austria provincias enteras, de restablecer las leyes y libertad en el imperio oprimido y de tocar, digámoslo así, manos profanas al incensario, dando riquezas á los protestantes á espensas de los católicos para establecer entre ellos una especie de equilibrio.» Tal era en general el asunto de las negociaciones que se iban á entablar en aquel Congreso. La Francia tenia pretensiones muy hábilmente indicadas á los negociadores en sus instrucciones, en las que fueron trazadas con talento, así como la manera de hacerlas valer y la marcha circunspecta que debia seguirse para no arriesgar su éxito. Fieles á ellas y á fin de poner desde luego de su parte á todos los príncipes alemanes de corto poder, los plenipotenciarios franceses se negaron á abrir las conferencias antes de la llegada de estos, y así lo esplicaron en un manifiesto repartido con profusion, en que el despotismo imperial era acusado de haberles quitado hasta entonces un derecho inherente á sus intereses. Quejóse el emperador de que se hiciesen nacer pretensiones insólitas y de que se calumniase el legítimo ejercicio de la autoridad imperial; sobre esto no consiguió mas que algunas satisfacciones en cuanto á la forma.

De una y otra parte salian á plaza las mas opuestas exigencias. Los imperiales querian fuese tomado por base del tratado el de Ratisbona de 1630, esto es, de una época en que la Francia, no habiendo tomado partes en la guerra, no habia hecho conquistas en Alemania; aceptando esta base tendria que restituir todo lo conquistado desde entonces. Ocurria esta discusion preliminar, cuando el duque de Enghien era vencedor en Friburgo, y Gaston triunfante en Gravelinas amenazaba á toda la Flandes. Hasta el año siguiente puede decirse que no se hizo nada formal. Los plenipotenciarios franceses propusieron diez y ocho artículos en que se trataba muy poco de la Francia y mucho del imperio; único objeto, decian enfáticamente, que los preocupaba. Los imperiales no parecieron sorprendidos con las demandas escesivas de los suecos: parecia que ya en todo estaban acordes; pero esta gran condescendencia de una parte y el desinterés de la otra solo podian fascinar á los de cortos alcances: el viejo Oxenstiern respondia á los que le felicitaban por la perspectiva de una próxima paz, que «quedaban todavía nudos que solo con la espada serian cortados.»

Los acontecimientos de la guerra, en efecto, hacian cambiar á cada momento las disposiciones de los ánimos, y hasta los celos entre los enviados ponian obstáculos á la unidad y perseverancia de sus esfuerzos comunes. Los suecos por ejemplo, que trabajaban para obtener un territorio en Alemania y votos en la Dieta, contrariaban á la Francia con tal pretension; y los franceses que consentian en que se hiciesen á los protestantes concesiones importantes, se oponian al mismo tiempo a que se despojase por entero al clero católico, contra el cual se desencadenaban los suecos. Trautmansdorff supo aprovechar varias veces estas disensiones para obtener mejores condiciones; y por último, despues de mil intrigas, la fuerza de las circunstancias los llevó á un acuerdo que satisfizo á todas las partes interesadas, porque las ventajas concedidas á los protestantes nada costaron á los católicos sino á su clero. Solo el Papa protestó contra las decisiones adoptadas; pero ni el emperador ni estado alguno católico quiso arrostrar una guerra de religion por sostener las Protestas del pontífice.

Los artículos de este célebre tratado son de dos clases: los unos relativos á las satisfacciones otorgadas á las potencias interesadas; y los otros son concernientes al estado público de la religion y del gobierno de Alemania. Por los primeros se reconoció la soberanía de la Francia sobre los tres obispados de Metz, Toul y Verdun y la ciudad de Pignerol que ya poseia antes de la guerra; fuéle ademas abandonada la Alsacia y el derecho de guarnecer á Filisburgo, conservando al mismo tiempo á los pueblos de la provincia cedida todos los derechos y privilegios compatibles con la soberanía del monarca.

La Suecia obtuvo la Pomerania citerior ú occidental, Stetin, Wismar, la isla de Rugen, el arzobispado de Bremen y el obispado de Verden, que fueron secularizados; tres votos en la Dieta y cinco millones de escudos imperiales, pagaderos por los círculos del imperio á escepcion del Austria y la Baviera. El Elector de Brandeburgo recibió el obispado de Magdeburgo, y los de Halberstadt, Minden y Camin; el duque de Mecklemburgo, los obispados de Schwerin y Ratzeburgo y las encomiendas de Mirow y Nimirow; los duques de Brunswick-Luneburgo, la alternativa en el obispado de Osnabruck, poseido por turno ya por un católico elegido por el cabildo, ya por un príncipe de la casa de Brunswick.

El landgrave de Hesse-Cassel obtuvo algunas abadías, así como otros príncipes de menos nota. El Elector palatino volvió á la posesion de sus estados á escepcion del Alto-palatinado que pasó á la Baviera; y fué creado un octavo electorado en su favor para subsistir hasta la estincion de la línea masculina de cualquiera de las dos casas palatina y bávara. En compensacion del Alto-palatinado, el Elector de Baviera renunció á un préstamo de trece millones que habia hecho al emperador, y este recibió tres millones de la Francia como indemnizacion de la Alsacia, cuya investidura habia dado al archiduque Fernando-Cárlos su primo.

En cuanto á las disposiciones relativas á la religion y al gobierno de la Alemania, los calvinistas fueron admitidos á la participacion de todos los derechos concedidos á los luteranos; todos los bienes eclesiásticos de que estaban en posesion los príncipes protestantes en 1624, y el Elector palatino en 1619 debian quedar en su poder; y se establecia tambien que todo beneficiado católico ó protestante al cambiar de religion, perderia su beneficio. La Cámara imperial investida del derecho de zanjar las diferencias entre los estados, fué compuesta de veinte y seis consejeros católicos y veinte y cuatro protestantes; y el Consejo áulico cuya principal atribucion era el juicio de las causas feudales, recibió seis consejeros protestantes.

Se arregló tambien para lo sucesivo el modo de declarar la guerra y hacer la paz entre los estados del imperio, de publicar leyes generales, de imponer contribuciones, de convocar las Dietas en épocas determinadas, y se establecieron las cualidades de sus miembros, así como los requisitos necesarios para ser elector cuando hubiese que nombrarlos. Se aplazaron para la próxima Dieta las resoluciones sobre eleccion de *rey de romanos*, la facultad de poder hacerlo en cualquiera individuo de la familia real reinante, y otras mil incidencias con que la Francia, ingiriéndose demasiado en las cuestiones del imperio, contrariaba con frecuencia, como lo habia hecho en las anteriores, las miras de los plenipotenciarios del emperador. La Francia, así como la Suecia, se hicieron garantes de la exacta ejecucion del tratado.

La España que desde principios del año habia ajustado la paz con las Provincias-Unidas, abandonándoles su territorio en Europa y fuera todos los establecimientos comerciales que habian tomado á Portugal interin hacia parte de España, no quiso entrar en el tratado de Westfalia, ya á causa del sacrificio que se le exigia de los Paises Bajos y del Franco Condado ó del Rosellon y la Cerdaña, ya porque se lisonjeaba de encontrar con ayuda de las turbulencias de la Francia un equivalente de lo que perdia por el lado de Alemania. En fin, el duque de Lorena á quien la Francia consentia en volver sus estados aunque conservando las fortalezas y los caminos militares, se negó á aceptar estas condiciones prefiriendo su vida de aventurero á la cabeza de un corto número de tropas, con las cuales se ponia al servicio del príncipe que mejor le pagaba.

Reconciliada ya la corte de Francia con el Parlamento volvió á la capital á últimos de octubre en mediode las aclamaciones del pueblo entusiasmado. «Ya no falta mas, heróica corporacion, dice el autor de la *Historia del tiempo*, que nosotros os consagremos nuestras vidas y los hermosos dias que habeis rescatado de la oscuridad y las tinieblas que antes nos rodeaban. Ya solo falta que os hagamos sacrificios y os elevemos altares por tanta accion gloriosa y victoria tanta. Vosotros, señores, habeis esterminado todos los monstruos que dominaban la tierra y tenian sumida la Francia en

tan deplorable situacion. Cumplimos pues con un deber sagrado publicando vuestros hechos y celebrando vuestra gloria. Vosotros habeis quedado dueños del campo de batalla: en vuestras manos está el conservar las ventajas de la victoria y el honor del triunfo.»

Los honderos del Parlamento no necesitaban por cierto que les animasen á volver al terreno donde tan afortunadamente habian combatido. Cuando se reunió el Parlamento en 13 de noviembre, las asambleas de las cámaras volvieron á comenzar á pretesto de falta de ejecucion de algunos artículos de la declaracion. El primer presidente representó que aquellas infracciones eran de tan poco momento, que estaban muy lejos de merecer se ocupase de ellas la corporacion entera, bastando que lo hiciesen comisionados de algunas cámaras; pero á los consejeros jóvenes gustábales demasiado aprovechar cualquiera ocasion de intervenir en los negocios del Estado, para escuchar la voz de su gefe. Continuaron pues las asambleas; y no solo se trataba en ellas de las materias comprendidas en la declaracion, sino de todo lo concerniente á la administracion, por poco enlace que tuviera con las demas que se discutian. Los enemigos del cardenal Mazarino, que eran en gran número, le pintaban abiertamente como autor de las infracciones de los artículos de la declaracion hecha en favor del pueblo, y por medio de sus declamaciones le hacian blanco de la pública animadversion.

Mas aparte de que los honderos tenian la ventaja de poder invocar en el Parlamento el nombre del pueblo para hacer la oposicion, encontrábanse tambien animados á afrontar á la corte con ventaja por las disensiones que surgian en su seno. Interin tenian lugar los debates parlamentarios que produgeron la declaracion de octubre, el ministro para poner de su parte al duque de Orleans, que solo veia y pensaba por inspiracion agena, se habia visto obligado á seducir á Luis Barbier, abad de La Riviere, su favorito. Este hombre se habia elevado desde los últimos empleos de la casa de Gaston, á ser su confidente y consejero. Pocos intrigantes han sido pintados con mas negros colores. No se le han imputado, es cierto, acciones crueles y atroces; pero se le han echado en cara todos los defectos de las almas bajas y despreciables; la adulacion, la mentira, la mas sórdida avaricia, el abuso de confianza, la traicion, la bajeza, el vender sin conciencia á su amo y traficar con su honor. Es preciso vivir en las cortes para creer que existan seres tan viles, y que sean por tanto tiempo ciegos los príncipes que no los conozcan. En la crísis de los últimos acontecimientos habia prometido Mazarino á La Riviere el capelo de cardenal, si ponia de su parte al duque de Orleans; mas pasado el peligro, el ministro eludió el cumplimiento de su promesa, y decidió pedir el capelo para el príncipe de Conti. Condé viendo las ventajas de que su hermano entrase en el estado eclesiástico, apoyó la pretension de Conti. Entonces La Riviere conociéndose incapaz de sostener la competencia, tomó el partido de retirarse; pero tan astuto como el italiano, logró irritar á su amo persuadiéndole que en él recaia la afrenta hecha á una persona que distinguia con su aprecio. Gaston prorumpió en quejas y amenazó con volver á apoderarse de su autoridad de lugarteniente general del reino y hacer valer sus derechos; pero al mismo tiempo que tan alto hablaba, á consecuencia de ciertos movimientos que observó en la regente, llegó á temer que le arrestásen. El miedo le obligó á escuchar proposiciones; y al ver La Riviere que su señor amainaba, se satisfizo con tomar una plaza en el Consejo á cambio del capelo.

El orgullo y la firmeza de Condé en esta ocasion picaron vivamente al duque de Orleans, devorado ya por antiguos celos contra el vencedor de Lens y de Rocroy. Sin embargo, á pesar de cuantos esfuerzos hicieron los interesados en enemistarlos, ambos obraron con la mayor armonía en los negocios públicos. Cuando volvieron á comenzar las asambleas del Parlamento, la regente suplicó á los dos que asistiesen á las sesiones para moderar á los mas ardientes. Gaston tenia maneras corteses y agradables, cierto aire de estimacion y confianza que inspiraba á aquellos á quienes se dirigia, y sobre todo una elocuencia insinuante que le tornaba apropósito para representar en aquel teatro. Condé, jóven y violento, no tenia la paciencia necesaria para tales asambleas, donde todos sus miembros, discretos é indiscretos, instruidos é ignorantes, esperimentados é inespertos, se creian con derecho á emitir su opinion abiertamente. La proligidad y calma de las deliberaciones le fastidiaba, escuchaba desdeñosamente y no podia sufrir que se le contradijese. Sucedióle en una sesion un poco tumultuosa, dejar escapar un gesto amenazador: salió de allí y se encargó el duque de Orleans de hacer en su nombre al Parlamento una reparacion que humilló al príncipe sin satisfacer á las personas ofendidas. Desde entonces perdió Condé todo su crédito para el Parlamento, y él mismo llegó á aborrecer á un partido en que era preciso andar perpetuamente en unos términos tan poco conformes con su carácter. La corte que lo advirtió, le colmó de atenciones y lisonjas, atrayéndole así el ministro á sus intereses.

El coadjutor hizo esfuerzos para retenerlo. Repetíale lo que ya le tenia dicho, que no era la autoridad real lo que atacaba el Parlamento, sino á Mazarino, cuyos defectos é incapacidad eran públicos; que muy bien sabia él cuán pernicioso era al Estado el mando de este hombre, y que á él estaba reservado echarlo del reino con ayuda del Parlamento. «Si no teneis, le dijo, un crédito ilimitado en esta corporacion, es porque no os quereis plegar á ciertas miras. Sed mas popular, mas condescendiente: tratad con consideracion á los consejeros ancianos y amistosamente á los jóvenes, y vereis como haceis de ellos cuanto os acomode.—No, contestó Condé, pero nada se puede contar con personas que no pueden responder de sí de un cuarto de hora á otro, porque unos sin otros nada importan: no puedo resolverme á ser el general de un ejército de locos, y ningun hombre que discurra podrá comprometerse con una caterva como aquella. Yo soy príncipe de la sangre y ni quiero ni debo turbar la paz pública.» Despues de esta firme respuesta, Condé ofreció al coadjutor que le reconciliaria con la corte, y le aconsejó amigablemente que abandonase al Parlamento, cuya ruina era inevitable.

En efecto, esta corporacion cuya parte sensata no tenia otra mira que el bien público, acogia cuantas proposiciones podian redundar en beneficio del pueblo. Pedia grandes rebajas en los impuestos, publicaba severos reglamentos para impedir la malversacion de los fondos por los traficantes, é impedir los anticipos que arruinaban la hacienda con sus intereses. Llevada por su celo no atendia mas que á estos cuidados cuyas ventajas eran problemáticas, pues quitaban al rey todo recurso, y le imposibilitaban de encontrar dinero, cuando la guerra con España lo hacia tan urgente; esta conducta sumia tambien á la corte en una situacion desesperada, poniéndola en el caso de estrellarse un dia con sus autores. Tambien los parisienses hubieran sufrido luego la escasez y se habrian visto obligados, como decia el príncipe de Condé, á ir con el dogal al cuello á echarse á los pies de la regente, si el coadjutor no lo hubiese previsto todo sin que ellos lo supiesen.

Cuando vió este que no se podia contar ya con Condé, buscó otro apropósito para reemplazarle, y ninguno le pareció mejor que el príncipe de Conti su hermano, descontento por no haber hallado cabida en el Consejo, y fastidiado de la superioridad y desden con que le trataba su hermano mayor. Conti, de edad de diez y ocho años, de una complexion delicada, apacible, cortés, y muy aficionado á las ciencias y artes, mostraba casi todas las buenas cualidades que son de desear en un buen príncipe, y pocas de las que constituyen un hombre grande. Nacido para la vida íntima, no tenia ni la viveza de carácter, ni la entereza que necesita un gefe de partido, y nunca hubiera entrado en la faccion, si la duquesa de Longueville su hermana, que ejercia sobre él un grande influjo, no le hubiera arrastrado. Pretenden algunos que esta misma princesa tampoco hubiera tomado parte sin las instigaciones de los que tenian algun dominio sobre su corazon. Negligente por naturaleza, adoptaba las inclinaciones y gustos de los demas, en lugar de inspirar los suyos. Pero la languidez y pereza no son siempre incompatibles con la viveza; y cuesta trabajo creer que hombres que solo ansiaban ayudarla, hubiesen llegado á exigir de su ídolo acciones repugnantes á su carácter. Estaba ella entonces muy irritada contra Condé, que á consecuencia de una intriga amorosa se habia creido en el caso de ir á revelar á su esposo el duque de Longueville, las debilidades ciertas ó falsas de la duquesa, aconsejándole que tomase con ella medidas de rigor. En el conocimiento de las disposiciones interiores de esta familia, basó el coadjutor su plan.

Ganando á la duquesa estaba seguro de ganar al príncipe: lo intentó con la perspectiva de causar gran despecho á su hermano el príncipe de Condé, logrando su objeto. Presentó otros cebos á los grandes, cuyo descontento y flaco conocia. Miras de intereses, ambicion, celos y envidias, lazos y disgustos de familia, grandes y pequeños resortes, en fin, puso en juego para suscitar partidarios á la *Honda*; de manera que cuando la corte se preparaba á tomar la ofensiva, encontró una resistencia mucho mas vigorosa que la imaginada por la regente.

Bien convencidos Ana de Austria y su ministro de que el Parlamento por sí mismo no pondria término á las asambleas, resolvieron apelar á medidas estremas. A fuerza de ruegos hicieron consentir al duque de Orleans en que permitiese que Paris fuese atacada, y determinaron al príncipe de Condé á que se encargase del bloqueo: creian que en colocando soldados en todas las avenidas y en tomando los puntos que dominan el rio y los caminos, cesarian muy pronto de llegar provisiones de todo género; que el hambre no tardaria en hacerse sentir y que el pueblo forzaria al Parlamento á someterse á los planes de la corte. No podian creer los cortesanos que pudiese haber otro resultado, porque para barrer los caminos los parisienses necesitaban tropas y generales, y no se les veia lo uno ni lo otro; pero sobrábales dinero y animosidad contra el cardenal. Con estas dos armas hábilmente manejadas ¿qué no puede hacer una poblacion numerosa?

Continuaba el Parlamento suscitando obstáculos á la regente en todos sus proyectos para adquirir recursos. El coadjutor por su parte acosaba cada dia mas al ministro con libelos que le hacian

blanco del desprecio público. A favor de una asamblea de párrocos, doctores, canónigos y religiosos á cuyo exámen sometió las condiciones de un empréstito que el cardenal proponia, se valió de frases las mas ofensivas contra este y su administracion. La impaciencia de la reina llegó á su colmo y estalló al fin saliéndose de Paris el dia 6 de enero, dia de Reyes, á las tres de la madrugada, con sus hijos. El duque de Orleans, el príncipe de Condé y toda la familia real, á escepcion de la duquesa de Longueville, la acompañaron; siguiéronla los ministros, y aquellos á quienes no se habia podido prevenir por miedo de generalizar demasiado el secreto, fueron advertidos por esquelas, marcando á San German como punto de reunion. Los mas diligentes alcanzaron en el camino á los príncipes. Aunque la oscuridad de la noche y el frio retenian á todo el mundo en sus habitaciones, el galopar de los caballos de los que andaban avisando á los comprometidos en el partido de la corte, denunció á los habitantes la evasion de ella. Tomaron estos las armas, se apoderaron de las puertas y colocaron guardias; de modo que desde el amanecer ya fué imposible salir sin pasaporte.

El Parlamento se reunió declarándose en sesion permanente. No hubo mas que confusion en las primeras deliberaciones. Se envió á buscar una carta que la regente habia enviado al preboste de los mercaderes y á los regidores de la ciudad. Decia en ella á nombre del rey: «Que habia salido de Paris por no permanecer mas tiempo »espuesta á los perniciosos proyectos de algunos individuos del Par»lamento, quienes de acuerdo con los enemigos del Estado, des»pues de haber atentado contra su autoridad en diversas ocasiones »y abusado largamente de su bondad, conspiraban para apoderarse »de su persona.» Ordenábales en seguida que proveyesen á la seguridad y órden públicos. Esta carta y otras dos del duque de Orleans y del príncipe de Condé en que aseguraban que ellos mismos habian aconsejado á la reina que sacara al rey de Paris, dieron lugar á un acuerdo harto estraño, por el cual se mandaba al lugar-teniente civil «que pusiese la mayor diligencia en introducir víveres en Pa»ris, y al preboste de los mercaderes y demas empleados munici»pales, que hiciesen retirar toda la gente de armas de los pueblos »y caseríos á veinte leguas de la ciudad,» como si cosas parecidas bastase para ejecutarlas la simple lectura de un acuerdo del Parlamento.

Nuevas dificultades al dia siguiente: la regente mandó que todos los dependientes del rey fuesen á unírsele en Montargis, adonde queria tambien transferir el Parlamento. Los pliegos que contenian esta órden fueron presentados cerrados á las cámaras; despues de prolija discusion se concluyó que no se abriesen y que se hiciera una representacion á la regente, rogándola nombrase á las personas que habian calumniado al Parlamento para proceder contra ellas con arreglo á las leyes Algunos desde este dia 7 de enero pidieron la espulsion del ministro. Esta proposicion fué entonces mal acogida, porque se esperaba el efecto de la representacion; pero asi que supieron que la reina se habia negado á recibir á los encargados de ponerla en sus manos, el 8 de enero por la mañana las cámaras unidas pronunciaron contra el cardenal el célebre acuerdo que dice asi: «En atencion á que el cardenal Mazarino es evidentemente autor de los desórdenes del Estado, el Parlamento le declara perturbador del reposo público, enemigo del rey y de la nacion: se le intima que en el término de un dia salga de la corte y en ocho del reino, y espirado dicho término se prohibe á todos los súbditos encubrirle ni albergarle.»

Este acuerdo rompió el dique al odio general contra Mazarino. Se habla, se comenta, se ridiculiza, se escribe contra él en prosa y verso, se hacen canciones, en fin, se acaloraron las cabezas y pasan del abatimiento á la audacia. El Parlamento se apoderó del mando y adoptó medidas para la defensa de la ciudad. Ordenó al preboste de los mercaderes, á los regidores y al duque de Montbazon, gobernador, que alistasen tropas. La regente por el contrario, por nuevos pliegos mandó al Parlamento que inmediatamente fuese á Montargis y á aquellos les prohibió obedecerle. Lejos de poder dar esta satisfaccion á la reina, el presidente Le Feron, preboste de los mercaderes, fué por poco víctima del populacho por la simple sospecha de que no era adicto á aquella corporacion. A esta se unieron el tribunal de Cuentas y el de Subsidios, que fueron tambien invitados á abandonar á Paris. Limitaron su obediencia á representar muy enérgicamente en favor del Parlamento. Solamente el Gran Consejo quiso trasladarse á Mantes, pero no le fué posible conseguir el pasaporte: sus esfuerzos para obedecer fueron mas sinceros que los del coadjutor. Habia sido llamado este á San German y salió del palacio arzobispal como para encaminarse á esta ciudad, pero ya tenia á prevencion gentes apostadas que no le dejaron pasar, desenganchando el ganado y rompiendo su carroza. El populacho le rodeó entonces y le llevó á su palacio; conjurábales él con fingido sentimiento á que le permitiesen obedecer las órdenes del rey: aparentó por fin ceder á la fuerza, pero la corte supo á qué atenerse.

Mientras asi triunfaba en todos sus manejos, no estaba exento de inquietud por las consecuencias. A la verdad el clero, la magistratura, los ciudadanos y hasta el mas humilde pueblo, todos parecian inspirados por un mismo sentimiento por la causa comun; pero era de temer que á la primera dificultad llegase este fuego á estinguirse por falta de un gefe acreditado que lo alimentase y sostuviese; caso tanto mas probable, cuanto era difícil que pudiese por mucho tiempo haber armonía entre tantos elementos heterogéneos. Sabíase que el preboste de los mercaderes, muchos dependientes de la municipalidad y otros vecinos de lo mas granado de la ciudad, eran del partido de la corte. Los curas de Paris que tenian grande influjo en el pueblo no estaban muy seguros de la rectitud de las intenciones del coadjutor, ni entregados por completo á su voluntad. En fin, creíase tambien que el primer presidente no seguia al frente del Parlamento, ni resistia en apariencia á la corte sino con el objeto de servirla mejor. A la verdad llevaba á cabo con una energía notable todas las decisiones de la corporacion; pero se notaba tambien que no perdia ocasion de ganar tiempo y de hacer prevalecer las opiniones moderadas. Gondi desconfiaba pues, del primer presidente y temía por el porvenir, principalmente al ver que transcurridos tres dias despues de la salida de la corte, ninguno de cuantos prometieron secundar al Parlamento habia parecido aun.

En fin, el 9 de enero llegó con sus hijos el duque de Elbeuf, de la casa de Lorena, hermano mayor del conde de Harcourt. «No ha encontrado que comer en San German, decia el duque de Brisac, y viene á ver si le dan de cenar en Paris.» Era esto indicar demasiado el objeto que alli llevaba que no era otro que hacer fortuna. Su presencia lejos de tranquilizar al coadjutor no hizo mas que causarle nueva inquietud. Todo era de temer por parte de un hombre con el cual habia tenido ya algunas diferencias no muy satisfactoriamente concluidas, y que decidido á sacar partido á causa de su escasez de medios, podia ser ó convertirse en instrumento de la corte. En segundo lugar, esperaba de un momento á otro al príncipe de Conti, cuyo nombre en calidad de príncipe de la sangre, le hacian mas á propósito para estar al frente de un partido. Se ignoraba este recurso del coadjutor; de modo que cuando el duque de Elbeuf se presentó, ansiosos como estaban de gentes de distincion, los parisienses le recibieron como á su salvador y le designaron por su general. La misma noche del 9 al 10 llegó el príncipe de Conti que observado por la corte como sospechoso en San German, habia escapado no sin trabajo á la vigilancia de su hermano el príncipe de Condé. Llegó acompañado del duque de Longueville, del de Bouillon, del mariscal de La Mothe y de muchas otras personas de rango. Este grupo alarmó la guardia de la puerta que se negaba á abrir. Fué preciso ir á buscar al coadjutor. Gondi corrió á la puerta con numerosa escolta y banderas, dando á la entrada del príncipe cierto aire de triunfo; mas ya desde la mañana de este triunfo la gloria del triunfador sufrió un descalabro. Elbeuf fué nombrado por el Parlamento general de las tropas que se estaban reuniendo, y obtuvo esta ventaja propalando que Conti estaba de acuerdo con la corte. La misma sospecha de traicion hizo recaer hábilmente al siguiente dia el coadjutor sobre el duque de Elbeuf. Estos dos rivales chocaron el dia 11 en la asamblea de las cámaras. El primer presidente y algunos magistrados, con la esperanza de que esta querella pudiese alejar la guerra civil fomentaban la desunion; pero cuando ambos pretendientes estaban mas encarnizados, sus amigos lograron reconciliarlos. Convínose que el príncipe de Conti fuera generalísimo á condicion de que no saldria de Paris y ocuparia su asiento en el Parlamento; que el duque de Longueville le ayudaria con sus consejos; que los duques de Elbeuf, de Bouillon y el mariscal de La Mothe serian sus tenientes generales, cada uno en su dia por turno; que Elbeuf comenzaria; que ocuparia el primer puesto en el consejo de guerra y que sus hijos desempeñarian los primeros empleos Despues del príncipe llegaron muchos otros señores á quienes se encargaron las levas, las fortificaciones, la instruccion de los reclutas y á los cuales se dieron plazas en varios consejos que se crearon. Esta turba de descontentos fué reforzada por el duque de Beaufort que habia podido huir de Vincennes. Llegó tambien poco despues el ídolo del populacho á quien designaron con el nombre de *rey de los Mercados*. Hubo en fin pocas familias notables que no diesen algun defensor á Paris mientras sus parientes la atacaban.

Como los intereses que dividian á la corte y á la ciudad no eran de los mas importantes, pues habia entre los gefes mas competencia que verdadero rencor y en el pueblo mas prevencion que animosidad, sucedió que estas turbulencias no trageron las atrocidades que suelen dejar á su paso las guerras civiles. Al contrario, escepto algunos momentos lúgubres, despues de algunas escaramuzas en que perecieron personas dignas de otro fin, no se vió reinar mas que la alegría y el buen humor: las revistas eran espectáculos y las espediciones militares una especie de fiestas públicas. Las esposas animaban con su presencia á los ciudadanos convertidos en soldados; y el artesano miraba como un dia de placer aquel en que esta-

ba de faccion. Al llegar de un combate desgraciado, los fugitivos se consolaban de su derrota con dichos picantes y canciones dirigidas contra sus generales. No se oian quejas ni murmullos y sobraba toda clase de víveres: esta abundancia procedia de la del dinero que todo lo atrae á pesar de los mayores obstáculos.

En San German de Laye pasaban las cosas muy de diferente manera. Habia huido la corte en medio del invierno con tal precipitacion, que se encontraba sin muebles, ropas ni provisiones, sufriendo en viviendas desmanteladas todas las injurias de la estacion, privada de lo mas indispensable y reducida á las mas apremiantes necesidades; de manera que aquellos que como la reina y su ministro no estaban animados por el despecho y la espectativa de saborear el placer de la venganza, deseaban de todas veras la paz aun antes de que la guerra hubiese comenzado. Condé, teniendo á sus órdenes á los mariscales de Grammont y Duplesis-Praslin con seis ó siete mil hombres, tomó posiciones en Lagny, Corbeil, Saint-Cloudy y San Dionisio, de donde hacia salir destacamentos para vigilar los caminos é interceptar la comunicacion de la capital con las provincias. Los soldados y los oficiales, obligados á trabajos penosos en los caminos y orillas de los rios, de noche, sin fuego, sin abrigo y sin casas donde recogerse, envidiaban la suerte de los parlamentarios que eran mas numerosos, estaban menos recargados de fatiga, y la harian mas cómodamente á cubierto, bien pagados y perfectamente alimentados. Esta diferencia desanimó á los soldados de Condé; y el poco interés que tomaban en esta guerra que hacian muy á su pesar, les predisponia á dejar pasar víveres, lo que siempre les producia algo.

La regente habia concertado tan mal sus medidas, que abandonando á Paris ni aun habia tratado de asegurar la Bastilla que hubiera podido tener constantemente inquieta á la ciudad; la dejó sin pan, sin municiones y con veinte y dos soldados al mando del señor de Tremblay, hermano del famoso padre José; fuerza mas á propósito para custodiar los presos que para guarnecer una fortaleza. Le fué intimada la rendicion el 11, y se le dispararon dos cañonazos que *hicieron brecha*, dice el *Diario del Parlamento*, esto es, en apariencia, porque las balas solo descalabraron un poco el muro. El gobernador ofreció rendirse si no era socorrido á las veinte y cuatro horas, y salió en efecto el 13 á mediodia, privando de esta manera á las damas de la ciudad del placer con que durante el sitio iban á pasearse en el jardin del arsenal frente á la fortaleza. Muchas llevaron su intrepidez hasta ir á visitar la bateria establecida contra ella. El Parlamento dió á entender que veria con gusto encargado de su gobierno á un individuo de su seno; y los generales por complacerle nombraron al *honrado* Broussel que fué autorizado para que se hiciese suplir por La Louviere su hijo.

Mientras los honderos llevaban á cabo tan peligrosa empresa, uno de sus destacamentos, fuerte de quinientos caballos, rechazaba vigorosamente los escaramuzadores que llegaban á tiro de pistola de los arrabales. Las tropas parisienses estaban compuestas de artesanos y tenderos que al primer redoble del tambor salian mal armados de sus casas, unos á pié, á caballo otros, y seguian la bandera ó la abandonaban si les placia. A la cabeza marchaban siempre, sin embargo, soldados mas disciplinados, aunque en muy corto número, á quienes los generales habian llamado de las guarniciones que dependian de ellos. A la casa consistorial era á donde los jóvenes oficiales iban á tomar las insignias de su grado de manos de las duquesas de Longueville y Bouillon, y á los pies de estas heroinas iban tambien á deponer los trofeos de sus victorias. «La mezcla de escarapelas azules, de damas, de corazas y violines en las salas; el ruido de los tambores, y el sonido de las trompetas en las plazas, eran, dice Gondi, un espectáculo que solo en las novelas se puede encontrar.» El coadjutor conocia mejor que nadie la influencia de estas representaciones; de ellas se habia servido ya para conciliar el favor del pueblo al príncipe de Conti contra el duque de Elbeuf, cuando este echaba sobre aquel las sospechas de connivencia con la corte. En aquella ocasion Gondi fué á buscar á la duquesa de Longueville á quien hizo acompañar por la de Bouillon: llevó á estas dos señoras con gran pompa á la casa consistorial, y allí las depositó como prendas de la lealtad, la una de su hermano y la otra de su esposo. «Aparecieron ellas, dice, en el balcon, mas bellas que lo que realmente eran por lo mismo que estaban con cierto desaliño. Cada cual tenia en brazos uno de sus hijos, hermosos tambien como sus madres. La Greve estaba llena de gente hasta encima de los tejados y azoteas; todos los hombres daban aclamaciones de júbilo, y todas las mujeres estaban enternecidas.»

El coadjutor tan fecundo en comparaciones hubiera podido añadir en su estilo familiar, que hacia él entonces el papel de los charlatanes que divierten al pueblo por sacarle dinero. Este era, en efecto, el fin de tales escenas populares. Ellas entusiasmaron todas las cabezas, y el resultado fué una oferta voluntaria de cerca de dos millones, para cuya suma entró el Parlamento por quinientas mil libras lo menos. Los demas tribunales superiores dieron á proporcion. Se echó mano del dinero del Tesoro, así como en casa de los banqueros del que se creyó pertenecia á Mazarino. Nombráronse comisarios que iban á las casas de los particulares sindicados de *Mazarinismo*, á examinar su fortuna é imponer la contribucion. Con estos recursos se organizaron tropas mas regulares. Se echó mano de los caballos de los carruajes, y los que se encontraran en las posadas para la caballeria. El coadjutor que era arzobispo titular de Corinto, formó á sus espensas un regimiento de caballeria, cuyo estreno no fué muy feliz; sufrió una derrota la primer vez que salió, y esta derrota fué llamada la *primera á los Corintios*.

Con tales fuerzas y recursos se disponia la capital á sostener todo el peso del poder real. Pocos de sus habitantes hubieran podido decir claramente por qué se batian, y qué era lo que querian. Los mismos oradores de los sublevados encontraban con frecuencia algun embarazo para dar un aspecto de importancia y gravedad á los motivos de la colision. La regente se habia reducido á un solo punto. «Espulsad, decia al preboste de los mercaderes y á los regidores, echad fuera al Parlamento; y al mismo tiempo que salga el por una puerta entraré yo por la otra.» En efecto, si el Parlamento se viese obligado á huir ó á someterse á la corte, el coadjutor, los generales y sus partidarios no hubieran tenido otro remedio que entregarse á discrecion á la regente, que seria con ellos tanto menos generosa cuanto que la mayor parte se habia declarado en rebelion, ó sin causa ó por razones harto débiles. Conócense los que impulsaron al duque de La Rochefoucauld por aquellos versos escritos de su puño, debajo de un retrato de la duquesa de Longueville:

> *Guerra, insensato, á mi rey*
> *hice por su amor, é hiciera,*
> *si ella asi me lo pidiera,*
> *del mismo infierno á la grey.*

El coadjutor que no le amaba, dió pábulo á su gusto por la intriga, aunque al mismo tiempo á su característica irresolucion. «Todas las mañanas, decia el conde de Matha, el gracioso de la corte promueve una riña y trabaja todas las tardes en llevar á cabo una reconciliacion.» La Rochefoucauld era el proyectista del partido; el duque de Bouillon era el boletin, porque todo lo hablaba: el objeto de este era hacerse conceder por medio de la guerra su principado de Sedan, ú obtener una indemnizacion que la corte le habia prometido. Su esposa por otra parte que no era francesa y si muy aficionada á los españoles, se inclinaba á todo lo que podia tender á ponerla en relaciones con este pais. Muchas personas estaban contra la corte, porque Condé estaba por ella; unos buscaban venganzas y otros iban en pos de la fortuna; otros habia que solo se habian decidido por un partido, porque en él veian á sus parientes y amigos. Alguno habia cuyos motivos estaban ciertamente muy distantes de su objeto: tal era el que impulsaba al duque de Luines, quien era muy devoto, y la austeridad de la moral que advertia en los jansenistas le inclinaba á ellos. Como el coadjutor protegia á estos, se declaró por el prelado, cuyas miras no eran por cierto tan puras como las del duque, porque el mismo Gondi confiesa que únicamente era tolerante con los jansenistas, porque los encontraba dispuestos siempre á hablar y escribir contra el lujo y la corrupcion de la corte, contra el fausto del cardenal Mazarino y contra su sistema rentístico; de suerte que sin verse obligado á reformar su vida, disfrutaba la ventaja de poder hacer pasar á su enemigo por corrompido y usurero.

Poco despues de las personas de rango que tomaron el partido de la *honda*, entraron en Paris muchos oficiales esperimentados y valientes que hicieron la empresa del bloqueo algo mas difícil que Condé se habia imaginado. Este estaba noche y dia á caballo, recorriendo los puestos, sin dejar un momento de descanso á sus tropas y sin tomárselo él mismo; pero su vigilancia y autoridad no podian impedir que entrasen varios convoyes en la plaza. No tenia mas que siete ú ocho mil hombres, buenos soldados todos á la verdad; mas por bien distribuidos que estuvieran no bastaban para cubrir todos los puntos que debieran estarlo, y para vigilar un recinto de tanta estension. Interin algunos rebaños ó carretas distraian por un lado á los destacamentos, pasaban por otros convoyes considerables; y no solo tenia que atender Condé á estos engaños, sino á salidas vigorosas que á veces hacian los sitiados.

La accion mas considerable de esta guerra es el ataque y toma de Charenton, posicion importante que dominaba ambas orillas del Sena y del Marne. Los parisienses tenian allí una fuerte guarnicion á las órdenes del marques de Chanleu. El 8 de febrero por la mañana se presentaron los realistas ante el pueblo, mandados por el duque de Chatillon. Sin detenerse corrieron al asalto que fué sostenido con la mayor intrepidez. Condé colocado en las alturas de Saint-Mandé, cubria á los que atacaban, contra la salida que temia de la

ciudad. Toda la noche en efecto sonó el tambor en Paris, y al amanecer habia mas de treinta mil hombres sobre las armas. La vanguardia de este ejército avanzaba ya por el lado de Vincennes, cuando estaba aun la retaguardia en la plaza real. Los generales salieron de la ciudad asegurando que iban á dar una batalla. El coadjutor montado en un gran caballo con sus pistolas en el arzon, opinaba tambien por el combate. Se celebró consejo en Picpus. Desde allí oian estos guerreros los cañonazos y el fuego de fusilería de Charenton. Mientras ellos deliberaban, forzaban los realistas las barricadas. Chanleu se sepultó en la última, sin querer entregarse habiéndole ofrecido cuartel; y el silencio que sucedió advirtió al ejército parisiense que Charenton habia sido tomado.

Le quedaba aun el recurso de atacar el cuerpo de observacion que mandaba Condé y reconquistar el pueblo. Los generales deliberaron de nuevo, y despues de admirar el marcial continente de sus tropas, las retiraron á la ciudad; prudencia á que se inclinaron de buena voluntad y que fué aplaudida en el *Diario del Parlamento*. «Porque hay razones, deciase en él, para creer que el príncipe de Condé habia dispuesto este ataque solo con la mira de provocar á los parisienses á una batalla, prometiéndose derrotarlos, si no hubiera sido por la prevision de sus generales.» No hay en efecto medio mejor de evitar una derrota que una retirada á tiempo. Al siguiente dia de este rasgo de prudencia, el príncipe de Conti dió cuenta al Parlamento de los poderosos motivos que le obligaron á obrar así, en los términos siguientes: «Habiendo celebrado consejo de guerra para saber si convendria presentar la batalla al enemigo, se ha resuelto por unanimidad que no debia arriesgarse la vida de tantos ciudadanos de Paris como estaban en la infantería, y de cuyo valor y corazon no debiamos abusar, por temor de que si perecian algunos como no podia menos de suceder, gritasen sus mujeres é hijos.»

Estas consideraciones no impedian que los parisienses encontrasen ya la guerra onerosa. Cansábanse de pagar las contribuciones y veian que tardaban en quedar sus casas de campo libres de soldados amigos y enemigos que todo lo destruian. En estas circunstancias no hubo medio de que no echase mano el coadjutor para reanimar el entusiasmo que se iba estinguiendo. Habia logrado tomar asiento en el Parlamento como sustituto del arzobispo de Paris su tio, ausente á la sazon. No sin dificultades pudo alcanzar este privilegio. El primer presidente se opuso á ello declaradamente: disputó este derecho al coadjutor, promovió despues cuestion sobre el tiempo que duraria este privilegio, sobre la manera como podria ejercerlo el prelado, y sobre el juramento que se le haria prestar. Gondi satisfecho con el fondo del asunto no reparó en la forma y se sometió á todas las condiciones. Grandes ventajas podia sacar de asistir á las asambleas. Se familiarizó con los consejeros, observólos, estudió su carácter, penetró sus secretas disposiciones, y adaptando á este conocimiento sus discursos, sus contestaciones y hasta su gesto, estaba seguro de hacer aprobar cuanto se proponia.

Hé aquí la marcha que se trazó en la asamblea de las cámaras, de la cual se separó muy poco. Siempre que se trataba de algun incidente nuevo en el proyecto ó en la manera de ejecutarlo, nunca tomaba á su cargo los primeros pasos: dejaba siempre este honor en las discusiones á los consejeros jóvenes, á quienes lisongeaba sobre manera esta deferencia, y se reservaba esponer despues las razones que creia apropósito para alcanzar el fin. Se encargaba tambien de comentar y parafrasear las aducidas por otros, inspiradas frecuentemente por él mismo. No faltaban entonces acontecimientos que servian de tema á prolijas declamaciones, porque el fuego de la rebelion ardia ya en algunas provincias y en otras se iba preparando. Las ventajas del partido no eran muy grandes á la verdad en estos puntos, pero se abultaban para fascinar al pueblo.

Bajo este punto de vista es necesario considerar lo que se publicaba del duque de Longueville. Habia este salido de Paris diciendo que iba á sublevar su distrito de Normandía, y pocos dias despues escribió que llevaba al socorro de la capital mil nobles y tres mil soldados. Este número habia sido aumentado por el mismo y fué todavía mucho mas exagerado en escritos que se repartieron profusamente, en los cuales se decia que Longueville iba á llegar al frente de diez mil hombres; que al pasar por San German trataria de apoderarse de la corte, si esta no procuraba escudarse con el ejército que rodeaba á Paris, en cuyo caso habria desaparecido el bloqueo. Lo que habia de verdad en todo esto era que el Parlamento de Rouen habia respondido favorablemente á la escitacion del de Paris, dirigida así á aquel como á los demas de la nacion para que siguiesen su marcha; por consiguiente el duque de Longueville podia ser reputado poderoso en Rouen, donde sin embargo no dominaba, y solo se sostenia por la tolerancia que con él se usaba, y ni una sola persona mas se movia en Normandía. Lo mismo sucedia en la Provenza: el Parlamento de Aix se habia unido al de Paris, en odio á Luis de Angulema, conde de Alais, gobernador de la provincia é hijo del conde de Auvernia. Queriendo el populacho espulsarlo de la ciudad, así como á Armando Juan Viguerod, duque de Richelieu, hijo del sobrino del cardenal, que habia llegado á su socorro, les hizo correr á ambos el peligro de la vida; pero los vecinos acomodados los salvaron de las manos de aquellos furiosos. Una cosa parecida aconteció en Reims, donde el marqués de la Vieuville, lugarteniente por el rey, corrió el mayor riesgo por parte del pueblo, del cual lo libraron los ciudadanos principales. Hubo tambien motines en Caen, Rennes, Burdeos y otros puntos, promovidos por amigos y parientes de los generales de Paris. Las noticias de todos estos acontecimientos que llegaban alteradas á la capital, eran de tal manera circunstanciadas y amplificadas que hacian creer á los parisienses que la Normandía, la Champaña, la Provenza, la Guyena, en una palabra, las tres cuartas partes del reino combatian por ellos. En fin, á aquellos que eran capaces de guardar secreto, se les entretuvo con la esperanza de que el vizconde de Turena, hermano del duque de Bouillon, que mandaba un ejército contra los españoles, llegaria en socorro de Paris: ilusion agradable que no llegó á realizarse.

Aunque los chispazos que habia en varias partes se disipaban fácilmente, era de temer que este fuego llegara á encontrar combustible, y que no fuese ya posible estinguirle. De la misma manera, por quejas, murmullos y un sordo descontento habia principiado el espantoso incendio que devoraba á la Inglaterra. Cárlos I perecia entonces (30 de enero de 1649) en un patíbulo, víctima de un partido fanático, que subyugó á la nacion y llegó á cometer el mas espantoso de los crímenes. Su viuda, refugiada en Francia, hija de Enrique IV y cuñada de la regente, vivia en Paris en el palacio de sus padres, y por un fatal concurso de circunstancias estaba allí espuesta á los mayores apuros. El aspecto de esta reina desolada puso de manifiesto á los mas sensatos de los parisienses el encadenamiento fatal de sucesos que arrastra á veces á un pueblo á atrocidades de que en vano se arrepentirá despues. La catástrofe de Cárlos no preocupaba menos á la regente, y era un motivo vehemente de alarma si atendia á las disensiones del pais que gobernaba. Estas reflexiones unidas á las insinuaciones de personas de sana intencion dispusieron á ambos partidos á la paz insensiblemente.

El ministro dió los primeros pasos, pero de manera que no pudiera inferirse que era él quien deseaba el convenio. Envió un heraldo, que se presentó la mañana del 12 de febrero en la puerta de San Honorato, vestido con su cota de armas. Tocó llamada, y pidió que se le introdugese en la ciudad para entregar pliegos de la regente al príncipe de Conti, al Parlamento, al preboste de los mercaderes y á los regidores. El coadjutor no desconfiaba del contenido de dichos pliegos: á haber creido que estos contendrian órdenes ó amenazas capaces de conmover los ánimos encrudeciendo la contienda, no hubiera vacilado en opinar que se recibiese al heraldo; mas si se hubiera figurado que tales cartas contenian proposiciones conciliadoras, hubiese temido que el Parlamento se llegase á ablandar votando por la paz y abandonando á sus defensores. Era pues un contratiempo para él el inopinado arribo de este heraldo, y Gondi anduvo buscando en su imaginacion pretestos para no recibirle, sin aparentar falta de respeto al rey. Encontró por fin uno, que hizo á Brousel que lo propusiese. Representó este consejero que la llegada del heraldo era una especie de lazo que Mazarino tendia á la corporacion, porque tales formalidades solo se observaban con los enemigos. «Si el Parlamento le recibe, decia, en ese solo hecho se declara enemigo del rey: no hay pues otro partido que tomar que despedirle; pero es indispensable que le siga una diputacion encargada de ir á recibir las órdenes de la regente y asegurarle la lealtad de la corporacion.» Este consejo fué adoptado por aclamacion. Creyó Gondi conseguir una victoria impidiendo la recepcion del heraldo; pero toda la ventaja fué para la corte, que consiguió un acto de sumision por parte del Parlamento, y la esperanza de entablar una negociacion como único fin que se habia propuesto.

Pasaron algunos dias en la discusion de la forma de los pasaportes, y en fijar los puntos capitales de las reclamaciones que debian hacerse. Durante este intervalo el coadjutor ideó llamar la atencion que habia escitado la llegada del heraldo, sobre una aparicion tambien inesperada. Sabia que toda la Francia deseaba la paz con España, y que el Parlamento se daria por muy satisfecho en ser el instrumento de ella. Por otra parte los honderos del Parlamento, que principiaban á agitarse por el deseo de entrar en convenio, tenian necesidad de ser sostenidos por alguna poderosa ayuda. Gondi, seguro de que cuando la pasion se apodera de las personas, no hay astucia por grosera que sea, que no pueda arriesgarse para sostener un engaño, empleó una que apenas hubiera podido lograr efecto en un hombre de mediana ilustracion.

El prelado tenia en Bruselas por agentes á la duquesa de Chevreuse, á Noirmoutiers y Laigues; por medio de ellos sostenia una negociacion reservada, pero muy importante, con los españoles, que querian ingerirse en los negocios de la Francia; por esto el coadjutor estaba en guardia y no osaba comprometerse demasiado

«por el temor, decia él mismo, de verse reducido de arzobispo de Paris á limosnero del archiduque.» Iban sin embargo tomando las cosas un giro que no permitia ya medio entre ceder la victoria á la corte y someterse á las condiciones que quisiese imponer, ó apelar á socorros estranjeros. Para enardecer la oposicion del Parlamento y ayudarla á subyugar á la parte moderada, se propuso en el club secreto renovar la escena de Busy le Clerc, que arrastró du-



Fuga de la regente.

rante la liga al Parlamento á la Bastilla; y es preciso convenir en que esta violencia hubiera podido ejecutarse perfectamente por el populacho, entregado por completo á la *honda*; pero Gondi y Bouillon, que dirigian los movimientos del partido, prefirieron ponerse á la sombra del Parlamento á destruirle. Escribieron pues al archiduque que estaban dispuestos á aceptar sus socorros.

Inmediatamente el conde de Fuensaldaña, su ministro, envió una persona de su confianza con encargo de examinar á fondo el estado de los negocios y proponerle cuanto le pareciese mas acertado. Era este un monge bernardo llamado Arnolfini. Gondi le hizo dejar el hábito, disfrazarse de caballero, y le dió el pomposo nombre de D. José de Illescas. Se forjaron instrucciones, arengas y cartas atestadas de planes y promesas propias de las circunstancias y del carácter de las personas. Con estos documentos y una carta credencial vaga y lacónica, despues de tres dias de lecciones y ensayos hechos en secreto por Gondi y Bouillon, el monge Arnolfini hecho un D. José de Illescas, arribó con gran estrépito á media noche á casa del duque de Elbeuf, á quien se queria engañar primero, para que ayudase á engañar á los demas.

Elbeuf, lisonjeado de la confianza de los españoles, sus antiguos amigos, con los cuales habia vivido doce años en el último reinado, recibió al enviado con transportes de júbilo. Hace preguntas á Don José, entérase de sus órdenes, le ayuda con sus consejos, y bespues de haber discutido largo tiempo sobre la manera de entablar la negociacion propuesta, convida á comer al príncipe de Conti, á los generales, á los mas exaltados honderos del Parlamento, sin echar en olvido al duque de Bouillon ni al coadjutor. En la mesa giró la conversacion naturalmente sobre los negocios públicos. Algunos hicieron observar la crítica posicion en que se iban á encontrar sin defensa contra la corte; esto dió motivo á que el duque de Elbeuf indicase que tenia él en su mano el medio de arreglarlo todo ventajosamente.

Hizo esta insinuacion Elbeuf con unas circunlocuciones y un misterio que divirtieron mucho á Gondi y Bouillon, y que llegaron á inspirar gran curiosidad á los otros; últimamente nombró al archiduque y presentó la carta credencial de su enviado. Su vista asustó á la mayor parte de los parlamentarios y especialmente al presidente Nesmond, aunque de los mas exaltados honderos: al presidente Le Coigneux no causó la misma pavorosa sorpresa: los demas fueron familiarizándose con esta idea, y concluyeron unos y otros por examinar con calma las ventajas y desventajas de una alianza con los españoles. Fué llamado el enviado. Se convino al fin en admitirle, y fué encargado el príncipe de Conti de presentarle al dia siguiente á las cámaras reunidas.

El 19 de febrero era el dia en que debian dar cuenta de su cometido los consejeros enviados á la corte á hacer presentes las razones porque se habia negado el Parlamento á recibir al heraldo. La regente, los príncipes, los ministros, todos habian rivalizado en dispensarles una obsequiosa acogida. Acababan apenas de dar cuenta del resultado de su mision en la Asamblea, cuando el prin-



Entrada del príncipe de Conti en P. ris.

cipe de Conti, á fin de ahogar los sentimientos pacíficos que aquel incidente habia despertado, se levantó para anunciar la llegada de un enviado del archiduque pidiendo que se le oyese. El presidente Mesme le contestó no pudiendo ocultar su emocion: «¿Es posible, señor, que salga de un príncipe francés la proposicion de que se admita á un emisario del mas irreconciliable enemigo de las flores de lis?» El apóstrofe era violento, y quizá hubiera prevalecido si no

hubiera añadido el presidente dejándose llevar de su celo: «Y qué! vos que os oponeis á la entrada de un heraldo de vuestro rey bajo el mas frívolo pretesto, pretendeis...» El coadjutor, que le veia venir, le interrumpió bruscamente diciéndole: «Me permitirá el señor preopinante que le advierta que no está autorizado para calificar de frívolos pretestos lo consignado en un acuerdo del Parlamento.» Al oir estas palabras, la parte mas exaltada de la Asamblea, compuesta de la juventud, aplaudió furiosamente. El primer presidente y los ancianos quisieron apoyar al presidente Mesme. El debate se animó, degenerando en agrias personalidades y mútuas acusaciones; afirmó uno lo que otro negaba; pasaba el tiempo y era forzoso decidir algo; por temor últimamente á cosa peor, cedieron los mas sensatos. Entra el fingido Illescas, toma asiento y pronuncia un estenso discurso que en sustancia se resume en lo siguiente: «Que Mazarino habia ofrecido á España una paz muy ventajosa; pero que enterado el rey su amo de lo que pasaba en Francia, se habia negado á tratar con un hombre aborrecido de la nacion que gobernaba; que creia mas conforme á su dignidad entenderse con el Parlamento, al que miraba como tutor y consejero de los reyes, y que le merecia tal confianza la sabiduría de esta ilustre corporacion, que la dejaba árbitra de las condiciones.» La falsedad de todo esto saltaba á la vista, porque ¿quién podia persuadirse de que el rey de España hubiese rechazado ofertas ventajosas de un ministro que las podia realizar inmediatamente, por recurrir á un cuerpo que nada podia ceder ni garantizar? Pero momentos hay en que no se reflexiona y se cree todo. Se contestó al enviado con lisonjeras frases y se decidió que fuese registrado su discurso y puesto en conocimiento de la regente. Esto fué cuanto pudo alcanzar el coadjutor. Creíase que estaria aburrido por haber trabajado tanto para obtener tan poco; mas no sucedió así, porque era lo hecho cuanto pedia y cuanto se habia atrevido á esperar. Esta especie de compromiso que acababa de echar sobre sí el Parlamento oyendo las proposiciones de los españoles, en guerra abierta entonces con la Francia, era como una autorizacion y salvaguardia para Gondi y todos los demas que proyectaban entenderse con el enemigo. El prelado conoció tan bien la importancia de este hecho, que él mismo se sorprendió de su buen resultado. Pero no era solo en conocer sus riesgos: Molé, Mesme, el abogado general Talon y los mas distinguidos del Parlamento llegaron á espantarse del ascendiente que en la corporacion iban tomando los exaltados; y por temor á las consecuencias resolvieron sacrificarlo todo al pensamiento de poner fin á las intrigas y conseguir la paz.

Muy á pesar de los honderos sostuvieron aquellos la negociacion entablada ya con la corte. Las contrariedades que tenian que superar y los sinsabores que esperimentaban no consiguieron desalentarlos: pasaban por alto odiosas calificaciones, contemplaban á unos y otros, y en los informes mútuos que tenian que presentar, prescindian de aquellas palabras que podian encrudecer los ánimos y se apoyaban en ideas conciliadoras: en fin, devoraban en silencio los disgustos, y solo atendian á lo esencial, á su objeto pacificador. Con estos actos, dignos de los elogios de todo buen francés, llevaron las cosas á un punto tan adelantado, que aterró á los honderos. No hubo obstáculo que estos no suscitaran para deshacer su obra. Hicieron llegar un nuevo enviado del archiduque, y firmaron con él un tratado que debia introducir á los españoles en Francia, poniendo la capital y el Parlamento bajo la dependencia de los enemigos. Sublevaron al populacho, y ni una sola vez llegaban los diputados de Reuil, donde se celebraban las conferencias, que no fuesen asaltados por la multitud que gritaba desaforadamente: «¡Fuera transaccion! ¡Fuera Masarino!» Estas violencias no intimidaban á Molé y sus colegas: avanzaban con paso firme é igual por entre la terquedad que se oponia y la baja complacencia que todo lo concedia; y cuando la corte, enterada de las dificultades que la rodeaban, queria aprovecharse de ellas para imponer mas duras condiciones, los encontraba revestidos de la mayor entereza contra sus insinuaciones y amenazas. Llegó hasta á suceder un dia que se rompiese la conferencia por la tenacidad del príncipe de Condé en no querer ceder en nada de sus exigencias; ya ellos partian, y toda esperanza de conciliacion quedaba frustrada, cuando el duque de Orleans dijo al príncipe: «Primo, si esta gente llega á la primavera, se unirá infaliblemente al archiduque, siendo las consecuencias muy funestas al Estado, y nos veremos en el caso de humillarnos; ahora pues que la tenemos en nuestra mano, concedámosla algo, y concluyamos este negocio: esto es á lo que los hombres de bien pueden aspirar.» Llamóse á los diputados, que volvieron gustosos á reanudar la negociacion.



La regente enseña al pueblo el jóven rey dormido.

Pero presentábaseles difícil hacer aprobar esta conducta moderada por la mayoría de sus colegas: unos decian que obraban con demasiada lentitud y timidez, y otros declaraban abiertamente que estaban vendidos á la corte. Los honderos, que sugerian y apoyaban esta calumnia, no la creian; pero les convenia desacreditar á aquellos magistrados para retardar su obra. Con esta intencion encargábaseles exigencias desmedidas, y suspendian ó ponian restricciones cuando estaban prontos á firmar la paz, una vez ventiladas suficientemente las anteriores. Sin embargo, á fuerza de paciencia y habilidad superaban todo y avanzaban siempre. Conti, Bouillon, Elbeuf, el coadjutor y los demas principales de la faccion, que no

querian advirtiese el pueblo que tenian miras particulares, habian declarado repetidas veces que ellos se satisfarian y depondrian las armas así que el Parlamento lo creyese necesario; los diputados no los mentaban en las conferencias, y este silencio maligno por parte de Molé y sus compañeros comenzó á inquietar á los generales, que no eran tan desinteresados como querian parecerlo. Resolvieron darse importancia por sí mismos en el caso de que el Parlamento los abandonase. A fuerza de aumentar el sueldo, y recibiendo á cuantos se presentaban, habian llegado á organizar un cuerpo de unos diez mil hombres compuesto de muy buenas tropas. Sacáronlo de Paris y lo acantonaron en la confluencia del Sena y Marne, en un campo que el mismo Condé creia inespugnable. Despues de bien fortificados en esta posicion, corrieron la especie de que su objeto era ir á esperar los socorros del archiduque y el ejército de Turena. Esta actitud inquietó á Mazarino, que llegó á persuadirse de que mientras él conferenciaba con los diputados del Parlamento, los honderos se aprovechaban de la ausencia de estos magistrados para dominar en las cámaras, y se hallaban acaso en vísperas de revocar la diputacion. Llegó tambien á temer que los generales le forzasen despues á hacerles concesiones perjudiciales á la autoridad real, y comunicó sus dudas y temores al presidente Mesme.

Mesme le dió esta respuesta, digna de ser consignada en la historia: «Puesto que las cosas han llegado á este estado, es fuerza que hagamos el sacrificio de nuestras vidas, si es preciso para salvar el Estado: firmemos pues la paz. Es de temer que despues de las restricciones puestas por el Parlamento á nuestros poderes, los revoque mañana: arriesguémoslo todo aprovechando el dia de hoy. Si somos desairados en Paris, nos tratarán de traidores y nos procesarán; á vos toca ofrecernos condiciones que puedan servirnos para justificar nuestra conducta. Esto está en vuestro interés, puesto que si aquellas son razonables, sabremos nosotros hacerlas valer entre los facciosos. Obrad sin embargo como querais: estoy pronto á firmarlas cualesquiera que sean: yo diré que es el único arbitrio que he hallado para salvar el reino. Si son aceptadas, tendremos la paz; pero si no, aun conseguiremos debilitar la faccion por mas que hayamos de ser víctimas de nuestro patriótico empeño.» Estos generosos sentimientos hallaron eco en el noble corazon de Molé, y se dedicaron con el mayor ardor á terminar definitivamente el negocio.

El convenio por fin fué concluido en Reuil el 11 de marzo, y firmado por los príncipes, los ministros y todos los diputados. El mismo cardenal Mazarino lo suscribió tambien, aunque los diputados se oponian fundados en que no se atreverian á presentar un documento en que apareciese la firma de un hombre condenado por un acuerdo del Parlamento. Contenia el convenio veinte y un artículos: los principales establecian el compromiso del Parlamento de trasladarse á San German, donde se celebraria una sesion régia y de no tener asamblea de las cámaras por todo el año de 1649; una amnistía para todos los que tomaron las armas así en la capital como en las provincias, y el ofrecimiento de la regente de llevar cuanto antes al rey á Paris. A estas condiciones, á algunos reglamentos rentísticos y á algunas vagas promesas de disminuir los impuestos y de trabajar para conseguir una paz general, se redujo un tratado que en atencion al calor de los ánimos y á las cuestiones agitadas pública y privadamente, parecia deber dar lugar á dificultades sin término y á una nueva forma de gobierno.

Los honderos lo recibieron muy mal. Aquellos que estaban de buena fe creian que habian sido abandonados los intereses del pueblo; pero era mayor el despecho de los gefes, porque veian defraudadas las esperanzas que les habian impelido á acudir á las armas. Cuando el primer presidente y sus colegas dieron cuenta el 13 de todo lo obrado, se levantó un rumor general en la asamblea de las cámaras. La sesion fué tumultuosa y se empleó en quejas y justificaciones. Poco mas tranquilas fueron las sucesivas. A las violentas recriminaciones de los honderos se unieron los furores del pueblo. Invadiendo las salas, pedia este á gritos que se le entregase el documento firmado por Mazarino para quemarlo, y que le fuesen entregados los traidores que firmaran tan infame tratado. Molé sostuvo este ataque con su intrepidez ordinaria: arrostró con la misma serenidad el resentimiento de sus colegas y los ahullidos del populacho. Los mismos gefes de los facciosos que así le hostigaban no podian menos de estimarle, y temiendo por su vida á la salida de la Asamblea, trataron de ponerle en salvo. El respondió gravemente: «Yo no me oculto jamás. Aun cuando estuviera seguro de perecer, no cometeria tal cobardía, que por otra parte solo llegaria á aumentar la osadía de los sediciosos; me encontrarian en mi casa si conociesen que yo los temia aquí.» En medio de los facciosos, desencadenados, por decirlo así, contra él, se burlaba del coadjutor al que creia autor del tumulto, y que oficiosamente aparentaba temer por su vida. Un fanático llegó á poner la boca de una pistola en su cabeza; y Mole, sin separarla, le dijo: «Así que me hayais muerto, nada mas me hará falta que seis pies de tierra;» y no dió un solo paso para huir. En fin, en lo mas crudo del peligro no olvidó sus deberes y compromisos. Habiendo dicho uno que era de sentir que así concluyese todo, cuando algunos individuos de la corporacion estaban negociando con los españoles, esclamó Molé: «Nombrad á esos que así se olvidan de lo que deben á su rey, á su patria y á su conciencia, y vereis cómo los formamos proceso como á criminales de lesa magestad. «De esta manera se verificaba la observacion que habia hecho el coadjutor en otra ocasion, de «que no era prudente confiar en corporaciones que aprobaban hoy para condenar mañana.»

La duda de si podrian contar constantemente con el Parlamento inquietaba á los honderos. En sus reuniones particulares no vacilaban en dar rienda suelta á sus sentimientos de independencia; pero en las asambleas eran mas cautos y pesaban mas sus espresiones; era preciso que las protestas de fidelidad al rey y de sumision á sus órdenes precediesen siempre á las proposiciones de resistencia: nada habrian obtenido sin tomar antes por pretesto el deseo del bien público y la paz. Esta especie de impostura se hizo mas necesaria sin embargo de ser mas difícil despues del tratado de Reuil; mas necesaria, porque solo con ella podian dilatar el registro del convenio, y mas difícil porque principiaba á descorrerse el velo de sus miras particulares. Lograron no obstante sostener todavía algunos dias la ilusion, y diestramente fingiendo olvidarlo, solo atacaban el convenio por los artículos que se referian al Parlamento, por ejemplo, aquellos en que se consignaba la sesion régia de San German que tenian por humillante, y un perdon que no yendo acompañado de mercedes, no creian bastante para ponerlos al abrigo de castigo mas tarde; y en fin, el tratar de igual á igual con Mazarino, á quien habian condenado ellos mismos, lo cual tenian por deshonroso. Los honderos supieron hacer valer tan bien sus observaciones sobre estos artículos y otros menos importantes, que consiguieron se resolviese que los diputados volviesen á la corte para pedir la reforma de algunos y la aclaracion de otros. Este acuerdo dió lugar á nuevas conferencias que comenzaron en San German el 16 de marzo, y en las que los generales, quitándose al fin la máscara, dieron á conocer todas sus pretensiones. Eran estas exorbitantes, y las propusieron con altivez personas que acababan de sufrir un cruel desengaño en la defeccion del ejército de Turena, compuesto casi en su totalidad de tropas mercenarias. Turena que las mandaba, habia sido solicitado por todos los partidos; pero era tan agena á su carácter la intriga, que no cabia duda sobre su eleccion por la corte. Sin embargo, con gran sorpresa de todos y por motivos «que todavía estoy por adivinar, decia Gondi, trató de declararse contra ella, á pesar de ser general del ejército real, y de trabajar para que le imitasen Balafré y el almirante Coligny.» Prometió una fuerte recompensa á los coroneles si querian llevar sus batallones al socorro de Paris, y se pusieron en marcha. Pero Bouillon no pudo obtener dinero del Parlamento, ni por consiguiente enviarlo á su hermano; y por falta de una cantidad asaz módica, este cuerpo, último recurso de la *Honda*, se le escapó. Volvió al servicio del rey por efecto de las sumas empleadas por emisarios de Mazarino, teniendo su general abandonado que buscar un asilo en los estados del Landgrave de Hesse, su primo hermano. Otra desgracia que esperimentó el partido fué la retirada del archiduque, quien apoyado en la invitacion de los honderos, habia avanzado hasta mas allá de Reims con un respetable ejército; pero á la noticia de que el Parlamento habia hecho un convenio y que los generales estaban en negociaciones, se retiró con sus tropas.

Cayó desde luego sobre Ipres y Saint-Venaut, de cuyas plazas se apoderó, é hizo levantar el sitio de Cambray al conde de Harcourt, á cuyo mando habian pasado las tropas weimaranas. El conde se desquitó de este revés derrotando al duque de Lorena en Valenciennes, y tomó en seguida á Mauberge. Mas en Cataluña y en Italia no habia estas débiles compensaciones. Desprovistos de recursos de toda especie los ejércitos á causa de las disensiones intestinas, se miró como gran ventaja que el conde de Marsin, socorriendo á Barcelona, la hubiese puesto al abrigo de los progresos que hacian los españoles en la provincia; y en Italia se permitió al duque de Módena, por no habérsele podido ayudar, que ajustase la paz con España.

Los generales de la *Honda*, abandonados por el archiduque, quisieron sacar partido de la timidez del ministro. Por otra parte, como sucede siempre en las guerras civiles, tenian en la corte muchos amigos y parientes, que al verlos abatidos no podrian menos de darles la mano; y hubiera sido quizá peligroso reducirlos á la desesperacion. El duque de Bouillon habia dicho que era preciso *purgar* el Parlamento; esto, en su estilo, queria decir que se debia por lo menos diezmarlo. El coadjutor se habia dejado llevar por sus apasionadas miras hasta deliberar si echaria mano de la furia del populacho contra los autores de la paz. El duque de Beaufort, ídolo del populacho, cuyo lenguaje y maneras poseia, no hablaba mas que de sublevarle, y sin duda lo hubiera logrado á haberle dejado obrar Gondi. Era preciso pues contemporizar con gentes capaces de todo, cuyas proposiciones no debian rechazarse bruscamen-

te por disparatadas que fuesen. El mismo Mazarino no se dió por ofendido cuando le enteraron de que ofrecian desistir de todas sus demandas si era él espulsado del reino; proposicion hecha con el fin de dar largas al negocio ó de alcanzar una indemnizacion proporcionada á su valor si se rechazaba. El ministro negoció, prometió, rogó; y este hombre cuya capacidad tenian en tan poco, consiguió quedarse en su puesto y contentar á sus enemigos con un simple mensage dirigido al Parlamento, mensage que podia pasar mas bien por una ironía que por un acto formal y serio.

Daba principio por una amnistía general y ámplia, y á esto se reducia cuanto tenia de importante. Se contestaba en términos vagos, aunque atento á las exigencias de cada uno de los pretendientes. Respecto á las del duque de Beaufort, «Su Magestad, afecto siempre á la casa de Vendome, deseando demostrar en todas las ocasiones el deseo de favorecerla, empleará su autoridad para que los estados de la Bretaña lleven á cabo su anterior promesa de indemnizarla por la demolicion de sus castillos... Su Magestad encuentra muy justa y en su lugar la solicitud del duque de Elbeuf para que se le pague lo que se debe á su esposa (hija natural de Enrique IV y Gabriela de Estrees) y adoptará disposiciones para que sea satisfecho... Su Magestad hará en favor de los condes de Harcourt, de Rieux y de Lillebonne cuanto esté en su mano y utilizará sus méritos y servicios oportunamente. El conde de Rieux especialmente será atendido, así que los negocios de Su Magestad lo permitan... Se justipreciará el principado de Sedan que el duque de Bouillon cede al rey para recibir una compensacion equivalente en posesiones ó dinero... Cuando Su Magestad ponga algun ejército en campaña, sabrá utilizar los méritos y circunstancias del señor mariscal de Turena... El mariscal de La Mothe-Houdancourt continuando en servir á Su Magestad, recibirá en cambio por lo pasado y el porvenir inequívocas muestras de su real munificencia...»

Así estaba concebido este mensage lleno de conceptos equívocos y en el cual todo es oscuro y está sujeto á interpretaciones y restricciones. Fué presentado el 1.° de abril á las cámaras: se leyó ante ellas, y esta fué toda la autenticidad que se dió á tan singular documento. La regente unió á él una declaracion que contenia las mismas cláusulas y condiciones que la de 11 de marzo, á escepcion de que ya no se hablaba en ella de la sesion régia que debia celebrarse en San German, ni de impedir á las cámaras que se juntaran durante el año de 1649; pero el primer presidente y los otros emisarios del Parlamento se habian comprometido verbalmente á no tolerarlo. Al registrar estos documentos, el Parlamento acordó «que se suplicara al rey y á la reina regente que honrasen á Paris con su presencia. Y como los honderos diesen á conocer su descontento, porque los diputados del Parlamento habian obtenido tan poco para ellos, con el fin de calmarlos se acordó tambien «que se hicieran gestiones en favor de los intereses particulares de los generales, y que se dispusiese desde luego el licenciamiento de las tropas.» El ministro compró con la misma moneda, es decir, con promesas sin medida, la sumision de los que se habian pronunciado en las provincias. En fin, se dieron satisfactorias esplicaciones á los parlamentos de Normandía y Provenza, que habian llevado como los otros sus pretensiones á las conferencias de San German. De esta manera concluyó la guerra.

El carácter espansivo de los franceses no es apropósito para guardar rencor. El duque de Orleans y el príncipe de Condé llegaron á Paris con sus allegados y fueron muy bien recibidos. Los duques de Elbeuf, Bouillon y los suyos, se fueron á su vez adonde estaba la corte: y si la magestad del trono los desconcertó á primera vista, muy luego tomaron la familiaridad natural á toda la nacion. En fin, los mas comprometidos de ambos bandos se vieron y se abrazaron, hablaron de lo pasado, se incomodaron, volvieron á reconciliarse y tornaron á sus disensiones. Estas alternativas se hicieron notar especialmente entre la juventud de la nobleza en sus cacerías y giras campestres. Disputas hubo que terminaron en combates.

Sin embargo de la paz, continuaron apareciendo pasquines, sátiras groseras y canciones indecentes que aludian á la predileccion de la regente por su ministro. Estos libelos alimentaban la prevencion del público contra Mazarino, y su efecto era muy del agrado del coadjutor. «Tenemos hecha todavía para largo tiempo, decia, provision en la imaginacion del pueblo.»

Entre las personas que se presentaron en la corte, si no real aparentemente arrepentidas, no se vieron al duque de Beaufort ni al coadjutor. No quiso el primero obtener el permiso de saludar á la regente á costa de una visita al ministro; el segundo adoptó, segun Joly, el partido de hablar á la reina sin echar ni una mirada al cardenal, que estaba á su lado; tuvo en seguida con el ministro una conferencia secreta para tratar de la vuelta del rey á Paris, con cuyo asunto queria grangearse Gondi la benevolencia del público. Creia el ministro que no podria mostrarse en la capital sin riesgo de su persona despues de lo que habia pasado, si el coadjutor no preparaba antes el terreno: la reina le dió á entender que se lo agradeceria, y Gondi, que no queria cerrarse la puerta del favor, calmó las prevenciones ó mas bien no las escitó; de suerte que cuando el rey hizo su entrada el 18 de agosto, vieron los parisienses con indiferencia al cardenal al lado de su carroza con Condé que le servia de salvaguardia. Este fué el último servicio que prestó el príncipe al ministro, y el término tambien del reconocimiento de Mazarino. Dícese asimismo que se hacia pesado al cardenal el yugo de esta gratitud, y que ya lo habia conocido el príncipe.

Estas indicaciones las debia á la princesa de Longueville, su hermana, y á su madre. «En las monarquías, dice Montesquieu, las discusiones de las mujeres, sus indiscreciones, sus repugnancias, celos y chismes, arte que tienen las almas pequeñas y vulgares para interesar las grandes, ejerce siempre un influjo poderoso.» Estas armas hábilmente empleadas por la madre y hermana de Condé, fueron la causa de todas sus desgracias. Orgullosa la primera de tal hijo que á la bravura de los Borbones unia la capacidad y renombre de los Montmorencys, y que la hacia la madre mas ilustre de la Europa, creia que todas sus pretensiones estaban aun lejos de los merecimientos de su héroe. La hermana reconciliada de nuevo con él, cuyo despecho durante la sedicion marcaba muy bien el esceso de su ternura, queria encontrar en su vuelta al favor el crédito que no habia podido conquistarse en la revuelta. Las dos le obligaron á pedir al ministro ya distinciones sin cuento para él, ya cargos lucrativos para sus protegidos y allegados. Algo concedia el cardenal, negándose á hacer mas por razones que hubieran debido satisfacer al príncipe, á no hallarse rodeado de personas que tenian continuamente la palabra *ingratitud* en la boca. Ellas le sugirieron que pidiese para el duque de Longueville el gobierno de Pont-de-Arche y otras plazas que hubieran aumentado ilimitadamente su influjo y poder en Normandía. Arrastrado Condé por las importunidades de su familia, dió á entender con altivez á Mazarino, que queria fuese sostenido el conde de Alais, hijo de una hermana de su madre y gobernador de la Provenza, contra el Parlamento de Aix, que de una manera muy enérgica se oponia á su tiránico mando; y por el contrario que fuese abandonado el duque de Epernon, gobernador de la Guyena, á quien odiaba, á discrecion del Parlamento de Burdeos, tan descontento de las altivas maneras del hijo, como lo habia estado del orgullo del padre. A exigencias tan imperiosas é inconvenientes opuso el ministro vagas promesas y dilaciones. Echó tambien mano del mismo espediente para desvanecer el ambicioso proyecto inspirado á Condé de organizar un ejército de aventureros, que su reputacion llevaria en gran número á alistarse bajo sus banderas, y conquistar con él el Franco-Condado, de cuyo territorio queria hacerse un principado independiente. A falta de este osado proyecto quiso el príncipe comprar el principado de Montbeliard, que estaba en venta. Mazarino pareció entrar en sus miras, y envió comisionados á que tratasen de la compra, pero con secreto encargo de no hacer nada definitivo. Por último Condé puso sus miras en el almirantazgo, de que estaba desposeida la casa de Vendome desde sus últimos reveses.

Cansados de sostener contra el poder real combates que constantemente les habian sido funestos, el duque y la duquesa de Vendome trataron de buscarse un apoyo en la corte. Se dirigieron á Mazarino y concertaron el matrimonio del duque de Mercoeur, su primogénito, con Laura Mancini, sobrina del cardenal, que debia llevar en dote el almirantazgo. Este cargo desde la muerte de Brezé estaba como en depósito en manos de la regente, que se lo habia apropiado bajo el título de superintendente de los mares. Habíase valido de este ardid para no darlo á los Vendomes que lo solicitaban otra vez; pero cuando en estas circunstancias quiso volvérselo, se encontró con la oposicion de Condé; fué preciso pues para no contrariarle diferir el proyectado consorcio, que aquel miraba como un baluarte en que el ministro se fortificaba contra él.

La altivez de Condé, sus burlas insultantes, sus maneras desdeñosas é imprudentes palabras que diariamente dejaba escapar contra Mazarino, se hacian ya notar en la corte aun de las personas mas dispuestas á escusar los estravíos de los príncipes: prescindió de ello y aun se humilló el cardenal, sacando por fruto de su indulgente porte, mas y mas insultos y desprecios. La reina dió á conocer su disgusto por las imprudencias del príncipe, pero este aparentó no advertirlo, y no parecia menos indiferente por el aura popular que nunca sin riesgo desdeñan los grandes. Su casa, su continuo cortejo lo componian jóvenes presumidos y vanos que orgullosos con el crédito de su protector, afectaban un aire de superioridad despreciativa. Se les llamó pisaverdes, nombre que como los de *Importantes* y *honderos* ha quedado en el idioma.

Despues de haberse malquistado con la corte y el pueblo, Condé se enagenó la amistad de la nobleza. Se empeñó en hacer dama de honor á la princesa de Marsillac, cuyo esposo no era todavía duque de La Rochefoucauld. Muchos nobles pretendieron tener igual derecho á esta distincion, y pidieron que ó no se concediese á la princesa de Marsillac, ó se concediese tambien á sus esposas. En este sentido hablaron al príncipe de Condé; pero al ver que no desistía, la nobleza tuvo juntas particulares para discutir sus privilegios, é in-

dicó otras generales á las cuales fueron convocados el clero y diputados de los tribunales supremos, que se dispusieron á asistir. Asi se hubieran encontrado reunidos los Estados generales, sin que hubiera habido tal intencion. La reina habia mirado este asunto como cuestion de Condé con la nobleza; pero cuando vió las consecuencias que tal asamblea podia traer, negó permiso al clero para asistir y fué obedecida. Se prometió á la nobleza no realizar innovacion alguna, y se separó quedando sin embargo muchos señores resentidos contra Condé, al que acusaban de haber querido hacer valer sus pretensiones con un orgullo ultrajante. No obstante, á pesar de los defectos que tanto partido le quitaban, asi que se supo su rompimiento con el cardenal, merced al aprecio general que inspiraban sus buenas cualidades, un sinnúmero de personas distinguidas por sus empleos ó cuna, corrieron á ofrecerle su apoyo.

Los honderos no fueron los últimos. Desde la vuelta del rey á Paris vivian en una espectativa alarmante, y siendo blanco del odio de la regente que les atribuia las prevenciones y ultrajes del pueblo contra ella y su ministro. Si Ana de Austria hubiera conocido su fuerza, no la habria sido dificil desembarazarse de ellos por medio del destierro ó la prision, al paso que la magestad real apareceria con todo su brillo imponiendo á las corporaciones rebeldes y á los particulares inquietos. El coadjutor y los suyos convencidos de su escaso poder, no podian alejar el temor, y sin embargo de la seguridad que afectaban, á todas partes dirigian la vista en busca de un apoyo contra la venganza de la corte. Cuando vieron á Condé en pugna con el ministro, creyeron que el resentimiento del principe tendria por término únicamente la caida del prelado; y sin vacilar corrió Gondi á proponerle la union de sus fuerzas para lograrlo. Despues de logrado esto debia formarse un ministerio á gusto de la faccion: se colocaria de guardasellos a Chateauneuf en reemplazo de Seguier; se haria entrar á Chavigny en el Consejo y llamar tambien á Molé, no por recompensarle, sino por sacarlo del Parlamento para poner en su lugar á Bellieyre, de quien la *Honda* estaria mucho mas segura. Despues de haber escuchado al coadjutor cuanto quiso decir, le respondió Condé: «Está la reina tan infatuada por su ministro, que nada de esto podrá llevarse a cabo sin una guerra civil.» Ya esperaba el coadjutor que el principe se iba á decidir, cuando añadió este: «Ni mi conciencia ni mi honor me permiten tomar tal partido. A ninguno de mi cuna puede convenir la conducta de un *Balafré*.» Despues de estas pocas palabras despidió al tentador confuso por este resultado, y entró en un arreglo del cual el duque de Orleans se hizo mediador. El abad de La Riviere fué el que impulsó á Gaston á mezclarse en este asunto, con la esperanza de que esta reconciliacion, llevada á cabo, le alcanzaria el suspirado capelo. Condé puso alto precio á la promesa de dejar á Mazarino en el ministerio. Obligó á la reina á que firmase el acuerdo de 15 de setiembre, por el cual se comprometia á no disponer de cargo alguno, empleo ni beneficio, ni á levantar tropas sin su consentimiento. Contenia este convenio otras cláusulas tan imperiosas, que por no quedar bajo la dependencia del principe de una manera tan humillante, prefirió Mazarino echarse en los brazos de los honderos sus enemigos, buscando desde luego un medio para ponerlos de su parte contra el principe.

El superintendente Emery, privado de la direccion del departamento de Hacienda por complacer al público, acababa de tomar de nuevo posesion de este empleo con aplauso general de este mismo público que un año antes habia pedido su destitucion. Hizo preceder su vuelta por algunas liberalidades que le ganaron el favor del populacho; pero menos celoso por el favor de la clase media, ó apremiado por las obligaciones del Estado, destinó á las atenciones que creyó de mas urgencia los productos ó arbitrios municipales que el Parlamento habia destinado al pago de los juros y rentas que pesaban sobre el ayuntamiento. Los censualistas se quejaron al ver que no se les pagaba: y como el preboste de los mercaderes y los regidores, por miramiento á la corte, no mostraban mucho celo por sus intereses, eligieron doce síndicos, entre los cuales se encontró el famoso Joly, consejero en el Chatelet. El primer presidente se opuso á la eleccion como hecha sin autorizacion, porque los electores no estaban reconocidos como una corporacion del Estado y mucho menos podian darse gefes. Pretendió tambien que este negocio no debia llevarse á las cámaras. Hubo con este objeto conferencias en su casa: y mientras él contemporizaba, tomaba sus medidas la corte para apoderarse de los síndicos mas ardientes, y los honderos encontraron en este acontecimiento un pretesto para procurar la reunion de las cámaras, que tanto temia la corte.

Lograron su objeto conmoviendo al pueblo y Parlamento con una impostura hábilmente manejada. Hiciéronse desde luego públicas las malas intenciones, verdaderas ó falsas de la corte, respecto á los síndicos, añadiéndose en los círculos que si no podia vengarse el italiano prendiéndolos, era muy capaz de echar mano del asesinato. Una vez dispuestos asi los ánimos, Joly, el mas osado de los síndicos, el mas vehemente en sus discursos contra el ministerio, y por lo mismo el mas querido de la multitud de censualistas, se propuso para víctima fingida de la ira del cardenal. Hizo que durante la noche fuese disparado un tiro á su carruage y capa, y abriéndose él despues una pequeña herida en el brazo correspondiente, corrió desolado á casa de un cirujano que tomando un simple rasguño por una herida formal, puso un apósito completo. Al momento corrió la noticia del supuesto atentado, llegando hasta palacio, donde se hallaban muchos censualistas. Gritase en todas partes que acababa de ser asesinado uno de estos: interrúmpese la audiencia. Los fiscales del Parlamento entran atropelladamente en la gran cámara mezclados con los censualistas, y piden la formacion de causa. El primer presidente se obstina en no dar un paso que salga de la forma ordinaria, negándose sobre todo á que se tratara este asunto en las cámaras reunidas. La comedia hubiera concluido en este acto, sin un nuevo incidente que suspendió el desenlace y estuvo á pique de convertirlo en trágico.

Por una coincidencia bien singular, el mismo dia en que los honderos querian suscitar el tumulto, habia tenido la corte el mismo designio; ó bien meditaba esta una superchería del género de la anterior, que tuvo tambien un éxito parecido: a no ser que la impostura de la mañana hubiese ideado la de la tarde. El marqués de La Boulaye, conocido de los parisienses, á quienes habia servido durante el sitio, tan pronto como llegó á sus oidos el supuesto asesinato de Joly, entró en la gran sala hecho un *endemoniado*, dice Gondi, gritando que se habia asesinado á Joly, porque se temia su entereza en la defensa de los intereses públicos; y que era preciso acudir á las armas y ponerse en defensa, para evitar un degüello general que principiaria por el asesinato del duque de Beaufort y del coadjutor. La elocuencia de La Boulaye y los gritos de sus satélites no hicieron grande impresion ni en palacio ni en las calles. Broussel y Gondi á cuyas casas fué para demostrar su celo por el partido, le reprendieron ásperamente su imprudencia. El inconsiderado celo de este hombre ha hecho escribir á los honderos que estaba apostado por la corte, y que cuanto hizo fue de acuerdo con ella.

La Boulaye paseó gran parte del dia su tropa por las calles de Paris á son de tambor, sin verla aumentar. Por la tarde colocó á la entrada de la plaza Delfina ginetes de centinela, que parecian emboscados para tentar algo contra el Puente Nuevo; llegó una patrulla á reconocerlos y fué recibida á pistoletazos. Los habitantes de la plaza temiendo alguna violencia de estos desconocidos, toman las armas y disparan contra ellos. Enmedio del desórden una bala perdida, aunque otros suponen disparada con intencion, alcanza al carruage del principe de Condé que pasaba vacio el Puente Nuevo. Condé se encontraba en el palacio real adonde habia acudido á la primera alarma de la mañana. Iba ya á marcharse, pero llegan algunas personas todas atemorizadas á decirle que se quiere atentar á su vida. Búrlase él de la advertencia. Le aseguran entonces que habia una vasta conspiracion formada contra él, y que desde tres ó cuatro dias antes no se hablaba de otra cosa. La reina le suplica que no se esponga, y el cardenal, casi de rodillas, le ruega que no salga: todos los cortesanos le conjuran á que se quede: califica su miedo de terror pánico, y quiere ir por si mismo á juzgar de la verdad. Por último se obtiene de él, no sin trabajo, que enviara delante á su carruage con un lacayo. Pasa este el Puente Nuevo: aproxímanse dos hombres á caballo, y uno de ellos que se cree era La Boulaye, dispara un pistoletazo y hiere al lacayo. Algunos escritores dicen que la herida del lacayo fué solo miedo: pero sea lo que quiera, resulta de este atentado que Condé llegó sinceramente á creer que se habia querido asesinarle. Despues de las instancias que Ana de Austria y Mazarino acababan de hacerle para que no saliese, no podia imputarles este delito. Sus sospechas fueron á recaer naturalmente sobre los honderos, y resolvió vengarse: la reina secundando el resentimiento del principe á fin de enemistar para siempre al principe con aquellos, envió órden al Parlamento de proceder contra el duque de Beaufort, el coadjutor y Broussel, como sospechosos de haber dispuesto el asesinato. Este asunto absorbió bien pronto la atencion haciendo olvidar el de Joly.

Dificil seria pintar la sorpresa del coadjutor cuando se vió enredado en la misma red que tendia á otros. Habia querido echar sobre la corte la mancha del asesinato de Joly, y la corte echaba sobre él el de Condé, porque no se podia dudar que la imputacion procedia del ministerio. Este al menos proporcionó testigos, concertó el procedimiento con el primer presidente, y sobre todo fué el que tan bien propaló por toda Paris la opinion del crimen del coadjutor y del duque de Beaufort, que llegaron á verse en los primeros dias muy mal mirados por todos. Este repentino cambio de la opinion pública sembró la alarma entre los honderos. Las mujeres vieron con espanto las consecuencias. La duquesa de Montbazon resolvió huir á Perona, llevándose consigo al duque de Beaufort y al coadjutor.

Esta fuga era sugerida por emisarios de la corte que hubiera querido que los honderos se dejaran llevar del espanto, desemba-

rrazándola de su presencia; pero Gondi sin temor á un proceso criminal intentado por una parte tan poderosa y ante un juez prevenido, fué á casa del príncipe á suplicarle no le hiciese la injuria de creerla culpable. Viendo que esta deferencia no habia alcanzado nada, y que por el contrario, no satisfecho Condé con pedir justicia mezclaba en sus instancias una ostentacion insultante, pues no se presentaba nunca en el tribunal sin un cortejo numeroso de nobles y palaciegos, resolvió el coadjutor oponer bravatas á bravatas. Hizo llegar de las provincias otros nobles y militares que unidos á los honderos de Paris le formaban una escolta brillante; pero no se dió importancia hasta que conoció que el público iba volviendo de sus prevenciones, lo que sucedió así que se conocieron los testigos y sus deposiciones.

No podia haberse elegido peor para unos y otros. Los testigos eran hombres ridículos é infames por igual; Canto, Pichon, Sociande, La Comete, Macassar, Gorgibus; «nombres, dice Gondi, que corrian parejas con los de Escobar y Tambourin de las cartas de Port-Royal.» Uno de ellos habia sido condenado á la horca, otro á la rueda, el tercero habia sufrido tambien sentencia por falso testimonio, y los otros dos estaban reputados de ladrones. Estos malvados eran portadores de salvo conductos firmados por la regente ó un secretario de Estado, que los autorizaban para asistir á las juntas de los censualistas, donde podian obrar, hablar y deliberar sin que pudiesen ser reprendidos ni castigados por sus palabras ó hechos. En estas asambleas era donde decian haber oido que el coadjutor y el duque de Beaufort debian hacer asesinar al príncipe y primer presidente; añadian que el consejero Broussel era del complot.

Una vez oidas estas declaraciones en la asamblea de las cámaras, y cuando se vió que este complot que tanto ruido hacia y que hasta se llegaba á compararle con la conspiracion de Amboise, se reducia á simples dichos de personas dignas de la picota, contra un nieto de Enrique IV, un arzobispo y un magistrado respetable, cambiaron las ideas. Se sospechó, sí, una trama, pero no formada por los acusados sino contra ellos. Gondi en un discurso hizo su defensa con una vehemencia que causó sensacion en el auditorio, y sobre todo, pintó con tan vivos colores la infamia de los *acusadores con salvo-conducto*, y cuán denigrante era para un ministro echar mano de semejantes instrumentos, que no se oyó en toda la cámara mas que un rumor de indignacion. Sin embargo, como la acusacion quedaba en pie, el primer presidente declaró que siendo partes el duque de Beaufort, el coadjutor y Broussel, no podian permanecer como jueces, y que se retirasen. «¿Y el príncipe?» esclama el coadjutor.—«Yo! yo! dice Condé en tono vivo y como ofendido.—Sí! sí! dice con altivez Gondi, la justicia iguala á todos.» El príncipe en tal momento debió querer muy mal á aquellos que con sus consejos le habian hecho descender á un palenque, donde se veia obligado á batirse con campeones que hubiera desdeñado en cualquiera otro terreno. El coadjutor sacó de esto el honor de verse medido con un príncipe de la sangre. Como acusados él, Beaufort y Broussel, tuvieron que retirarse para dar lugar á las deliberaciones; pero los aplausos de un pueblo numeroso que llenaba las salas, dieron á su retirada un aire de triunfo.

El 29 de diciembre cambió la escena. A su vez hicieron dejar al presidente su asiento, pidiendo su recusacion. Decian en su escrito que siempre se habia mostrado contrario suyo, que ademas eran acusados de haberle querido asesinar y que por mas que la calumnia fuese notoria, podia dejar en su imaginacion algunas prevenciones bastantes para impedirle que fuese juez. Molé respondió que no tenia prevencion de ningun género ni en favor ni en contra de acusados ni acusadores. No obstante, sea porque se hubiese notado alguna parcialidad en su conducta, ó porque la juventud del Parlamento tuviese un placer en mortificarle por la entereza con que los dominaba á veces, se quiso deliberar sobre la súplica, y Molé tuvo que ir á la secretaría á esperar la decision. Fuele favorable: se decidió que no habia motivos para la recusacion: pero el primer presidente no vió con serenidad esta especie de afrenta, y á este hombre tan firme se le humedecieron los ojos al dejar su asiento.

En todo el curso de este negocio estuvo lleno el palacio de hombres armados. Apenas habia presidentes ni consejeros que no tuviesen un puñal oculto bajo la toga. El mismo Gondi llevaba uno, y habiéndolo visto un sugeto de buen humor el puño que asomaba en el bolsillo, dijo á los que le rodeaban: «Ved el breviario del coadjutor.» La mayor parte de los nobles y oficiales que los dos partidos llamaban en su ayuda, se conocian. Departian amigablemente en las salas; pero al menor ruido ó motivo de alarma se separaban bruscamente y tomaban puesto cada cual en su lado, dispuestos á embestirse; esto es, «los militares llamados por el coadjutor »á su lado, y al del príncipe los enviados por la corte; siendo lo »mas raro, añade Gondi, que los que estaban dispuestos á degollarnos eran precisamente aquellos con quienes estábamos de acuerdo.» Este enigma se esplica con una sola palabra; el coadjutor estaba entonces acorde con el ministro.

Este fenómeno ignorado á la sazon por todos, habia sido motivado por las imprudencias del príncipe. Madama de Nemours dijo á este propósito en sus memorias: «Casi todos los grandes prín»cipes, aun aquellos mas sensatos y moderados, están en su juven»tud tan persuadidos de que se les teme, como las mujeres hermosas »ó que presumen de serlo, creen que son amadas. Es tan difícil »desilusionar á aquellos acerca del pretendido terror que causa su »nombre, como desengañar á estas sobre el efecto de sus encan»tos.» Esta confianza en sus fuerzas arrastró al príncipe á pasos sobre que debió haber pensado mas. Rompió abiertamente con los honderos sin estar reconciliado con Mazarino, á quien nunca hablaba sino en términos despreciativos. La lentitud del proceso que exigia de él grande asiduidad á las audiencias, en las cuales oia con frecuencia cosas muy poco agradables, le causaba un despecho mortal; y llegó á suceder que dejase escapar la idea de que algun dia tomaria venganza del ministro que le habia metido en tal enredo, asegurándole que era negocio de muy pocos dias. Los honderos le propusieron abreviar ó cortarlo por medio de una reconciliacion con ellos: mas él desdeñó sus ofertas. Particularmente reconocia su inocencia, pero queria que fuesen castigados por haber osado luchar contra él, y exigia que se desterrase al coadjutor, aun cuando para ocultar lo deshonroso de esta medida hubiese que darle la embajada de Roma ó la de Alemania. Condé acusaba á la reina de que no le ayudaba como hubiera debido en este trance; acosaba al ministro é importunaba al duque de Orleans á quien, mal de su grado, llevaba á la audiencia: Gaston se hacia con frecuencia el enfermo para no tener que complacerle. Como si todo el mundo debiese plegarse á sus caprichos, favoreció los amores del jóven duque de Richelieu por madama de Paris, y los casó á pesar de la oposicion de la duquesa de Aiguillon, tia del duque. Por ello esperaba el príncipe tener á su disposicion al Havre de Gracia, de cuya plaza era gobernador el duque, y darla si le convenia, á su cuñado el duque de Longueville; pero la duquesa de Aiguillon le tomó la delantera y ganó á la guarnicion, cerrando las puertas á su sobrino. Dos faltas cometió en todo esto Condé: la primera, indisponerse con una mujer cuyos osados manejos podian serle funestos algun dia; la segunda, aumentar el descontento de los honderos, sacando de sus filas á un rico heredero que destinaban para la señorita de Chevreuse.

Mas lo que colmó la medida fué un insulto hecho á la reina. Habia en la corte un marques llamado de Jarsay, hombre vano y frívolo, que se dejó decir llegaria á contar á Ana de Austria en el número de sus amorosas conquistas. Esta manía era hereditaria en su familia. El mariscal de Lavardin su abuelo, habia querido pasar tambien por amante público de María de Médicis, por lo cual habia sido castigado. El nieto lo fué tambien, pero con mucha lenidad, porque la regente despues de haberse divertido algun tiempo con sus galanterías que creia sin consecuencia, temia dar escándalo quejándose de impertinencias á que habia dado pábulo. Contentóse pues con prevenirle que no se presentase en palacio. Jarsay que era de la corte del príncipe, fué á quejarse á este de su desgracia. El príncipe que habia animado á Jarsay á que hablase y escribiese, tomó á punto de honra el que fuese de nuevo llamado su protegido. «Fué á encontrar al cardenal, cuenta madama de Nemours, y le »dijo que era preciso que la reina viese á Jarsay aquel mismo dia. »En vano le representó Mazarino que despues de sus imprudencias »nadie podria obligar á recibirle á la última mujer de la sociedad; »pues él no contestó mas, segun la costumbre de entonces, sino »que era forzoso que se realizase, pues que él lo queria así. La rei»na tuvo que admitir la visita de Jarsay.»

Este último acto de tiranía determinó á la regente y á su ministro á sacrificarlo todo para no esponerse á otros. Mazarino dió á entender algo á la duquesa de Chevreuse. Ana de Austria escribió un lisonjero billete al coadjutor: corrió este á verla, aunque disfrazado para no ser conocido, y en tres ó cuatro conferencias nocturnas se discutió y acordó cuanto podia asegurar la venganza de la regente y de los honderos. Por mas secreto que presidió á estas entrevistas, el príncipe llegó á tener conocimiento de ellas y lo comunicó al cardenal, mas como una cosa divertida que grave. Mazarino le contestó en el mismo tono. «Sin duda, dijo á Condé, que debe ser la cosa mas graciosa del mundo el ver al coadjutor con sombrero de plumas, grandes botas, su capa roja y una espada al lado. Doy palabra de reirme mucho si llega á presentárseme con tales arreos.» Dijo esto el cardenal con una risa tan sencillamente franca, que el príncipe salió engañado por completo.

El italiano empleó tambien con el príncipe otra especie de ironía que los sucesos posteriores hicieron muy picante. Díjole que uno llamado Descoutures, testigo decisivo en su negocio contra los honderos, acababa de ser preso fuera de Paris; pero que era de temer que cuando lo llevasen á la capital fuese arrebatado, y que convendria enviar alguna tropa á su encuentro. Condé consintió en ello, y firmó la órden para que los gendarmes y los caballos ligeros custodiasen hasta Vincennes los presos que se les entregasen. Nada

mas faltaba que el consentimiento del duque de Orleans. Aunque á Gaston repugnaban las medidas violentas, le decidió la reina á fuerza de ruegos, y despertando su envidia contra el vencedor de Rocroy. Alcanzó tambien de él que nada revelase á su favorito el abad de La Riviere, cuyas relaciones con la casa de Condé hacian temer alguna indiscrecion. Tomadas todas las medidas fueron llamados al Louvre á pretesto de un consejo, los príncipes de Condé y Conti y el duque de Longueville, siendo allí arrestados el 18 de enero. Este golpe imprevisto aterró á Conti y Longueville, pero Condé ni aun demostró sorpresa. Sin embargo, como los llevasen por una escalera escusada y muy oscura, erizada de guardias, dijo á Guitaut que era el encargado de su persona: «¿Se querrá acaso renovar la escena de los Estados de Blois?—No, no, príncipe, contestó este: nada temais: jamás se cometerá á mi vista un asesinato y mucho menos por mi órden.» Cuando se vió Condé rodeado de los gendarmes y caballos ligeros á quienes él mismo habia dado la órden para que le condujesen á Vincennes, les dijo: «Amigos, no se trata ahora de la batalla de Lens.»

Difícil seria pintar la sorpresa de la corte y toda la capital. Como la resolucion tomada contra la libertad de los príncipes, aunque confiada á una docena de personas, no se habia difundido, se les creia aun en favor y continuaban en su casa tan asiduos como antes sus allegados y aduladores, de manera que todos fueron sorprendidos *in fraganti*, digámoslo así, demostrando su afecto á los caidos, sorpresa muy desagradable para los cortesanos. Muchos temieron ir á participar de su suerte, pero la conducta y los discursos de la regente los tranquilizaron luego. Hizo esta alarde de un verdadero sentimiento por haberse visto obligada á acudir á tal estremo contra un príncipe que estimaba tanto, y á causar un pesar tan grande á la viuda de Condé, princesa que constantemente habia sido su amiga y su consuelo en la desgracia; pero los honderos no supieron poner freno á su alegría: aquellos que antes no osaban presentarse en palacio, rodeaban ahora á la reina con aire de triunfo. La acusacion criminal intentada contra Beaufort y el coadjutor cayó por sí misma; apenas se dió lugar á las formalidades que debian preceder á la sentencia. No sufrió tampoco contrariedad alguna el registro de la declaracion enviada al Parlamento contra los presos. El pueblo de Paris se entregó á demostraciones de alegría, cual si hubiera un gran motivo de regocijo público. Las dos princesas de Condé recibieron órden de retirarse á Chantilly. La duquesa de Longueville, á la cual se queria arrestar tambien, se refugió en la Normandía: Turena, La Rochefoucauld, Bouteville y otra porcion de señores y nobles ligados con los príncipes, fueron á las provincias, donde esperaban encontrar proteccion. Por último, el abad de La Riviere, creyendo que despues de las últimas pruebas de desconfianza que Gaston le habia dado no debia contar ya con su apoyo y favor, abandonó la corte y con ella la esperanza del capelo, que tantas intrigas le habia hecho imaginar.

A juzgar del porvenir por los primeros acontecimientos que siguieron á la prision de los príncipes, habiérase creido que esta llegaria á ser de mucha duracion. La duquesa de Longueville no encontró la proteccion que esperaba en la Normandía, que se habia prometido sublevar. La regente no hizo mas que mostrar al rey al frente de algunas tropas mandadas por el conde de Harcourt, y cuantos se disponian á tomar las armas trataron de ponerse en salvo. La duquesa huyó á Flandes, de donde despues de algunos manejos se fué á Stenay, ciudad cedida por el duque de Lorena al rey en 1641, y dada por este cinco años despues al príncipe de Condé, donde Turena se habia refugiado. Las instancias y encantos de ella tuvieron bastante fuerza para separar aun otra vez al prudente Turena del camino del deber. Las alhajas de la duquesa sirvieron para levantar un pequeño ejército, del cual se declaró «lugarteniente por el rey para conseguir la libertad de los príncipes;» ella tambien consiguió arrastrarle á negociar con los españoles: firmó con ellos un tratado por el cual estos no debian escuchar proposicion alguna de paz ínterin los príncipes no estuviesen en libertad, y él en cambio se comprometia á emplearse en su servicio hasta que no se les dirigiesen proposiciones razonables de paz. Los partidarios de los príncipes no alcanzaron mas ventajas en Borgoña que en Normandía. Un cuerpo bastante reducido al mando del duque de Vendome y la presencia del rey que se trasladó allí despues de recorrer la Normandía, calmaron la efervescencia originada por el primer calor en favor de Condé, gobernador de esta provincia. El fuego de la rebelion se concentró en Guyena, pero fué alimentado mas bien por el poco tacto del ministro que de un soplo pudo haberle estinguido.

El príncipe de Condé, sea por odio contra el duque de Epernon, ó por conviccion de que las quejas de los gascones eran fundadas, habia sostenido constantemente á estos pueblos contra su gobernador, y en el mismo dia en que fué arrestado debia defender su causa en el Consejo. Esta circunstancia inspiró á los bordeleses mucha compasion por el príncipe, su bienhechor, así que circuló entre ellos la noticia de su prision; por manera que los partidarios suyos que se refugiaron á esta provincia, encontraron á muchos dispuestos á secundarlos. El gobernador tenia tambien gente dispuesta á apoyarle contra el Parlamento. La nobleza y las tropas estaban por él; la clase media y el pueblo por el Parlamento; pero aun en estos mismos cuerpos y hasta en las familias habia division. «La diversidad de intereses y de caracteres hacia, dice el coadjutor, un galimatías inesplicable en los negocios de la Guyena, y dudo que para desenredarlo hubiese sido bastante el buen sentido de Jeannin y Villeroy en una cabeza como la de Richelieu.» Pero esta confusion tan aflictiva para el que ama la paz, es muy del gusto de los gefes de partido que desean subvertir el órden.

Al momento que se verificó la prision de los príncipes, el duque de La Rochefoucauld, escapado de las pesquisas de la corte, se declaró abiertamente por ellos. Tomó las armas y rompió las hostilidades por el lado de Anjou. No fué afortunado en esta guerra de escaramuzas porque tenia pocas fuerzas. Despues de una derrota se puso en salvo en Turena, cerca del duque de Bouillon, que se habia retirado allí tambien para preservarse de las órdenes de arresto dadas contra él. Estos dos hombres, fecundos en arbitrios, concibieron el proyecto de ligar la causa de los bordeleses á la de los príncipes, y de llevar á cabo con los españoles una alianza que diera fuerza al partido. Se prometieron hacer de Burdeos como una especie de plaza de armas, desde la cual se estenderia la guerra por todo el Mediodía de la Francia, al mismo tiempo que el mariscal de Turena con las escasas tropas que habia reunido en Stenay, inquietaria las fronteras del Norte llamando la atencion por aquel punto; pero se persuadieron de que solos no serian capaces de alimentar el entusiasmo que es indispensable para las guerras civiles. Necesita el pueblo en tales casos el espectáculo. La Rochefoucauld y Bouillon se lo dieron tambien haciendo marchar delante de ellos á la jóven princesa de Condé, esposa del preso, y al duque de Borbon su hijo, muy niño todavía.

Clara Clemencia de Maillé de Brezé no habia gozado hasta entonces de gran consideracion en la familia de su esposo, porque era hija de un simple hidalgo y no se habia llevado á efecto su matrimonio mas que por no desagradar al cardenal de Richelieu, de quien era sobrina. Cuando la prision del príncipe, la corte que no la miraba como peligrosa para su tranquilidad, se habia limitado á mandarla á Chantilly con su hijo. Sin embargo, estaba allí vigilada. La vida que por algun tiempo hizo la princesa era muy apropósito para tranquilizar al ministro. Lenet, consejero del Parlamento de Dijon, uno de los hombres que se ponen á la sombra de los poderosos, que intrigan y en todo toman parte, hace mencion en sus Memorias que una porcion de jóvenes que habian seguido á las princesas y damas, se ocupaban mucho mas de elegías, canciones y madrigales que de los intereses de partido.

Estos agradables pasatiempos fueron interrumpidos por correos del duque de Bouillon, que llamaba á su lado á la princesa y su hijo. Fué burlado el espía de la corte, suponiéndole que aquella estaba enferma, y colocando en su lugar en una cámara oscura á una de sus doncellas que se la parecia mucho, con el hijo de un jardinero que era de la misma edad del duque niño; de manera que cuando la regente fué enterada de esta superchería, Clemencia estaba ya en Montrond, fortaleza muy importante de Borgoña. La princesa se vió muy pronto en peligro de ser atacada; salió pues dejando una guarnicion capaz de resistir, á la que pagó con atenciones y lisonjas: «Caricias de los grandes, dice Lenet, es una moneda que pasa en todas partes. Tontos y hombres honrados se dan por satisfechos con ellas.»

Clemencia poseia en alto grado el arte de dar curso á esta moneda. Simpática sin ser hermosa, de un carácter apacible, complaciente y accesible, se espresaba con gracia y facilidad y se mostraba ventajosamente en las ocasiones que exigian sangre fria y vigor. Desde Montrond pasó á Turena, y de Turena los duques de Bouillon y La Rochefoucauld la llevaron con una fuerte escolta á Burdeos. Creian ser recibidos allí sin dificultad, porque tenian de su parte al pueblo; pero los ciudadanos de mas nota y el Parlamento repugnaron admitir en su ciudad gente armada en número capaz de dominarlos, y de llevarlos mas lejos de lo que querian. Temiendo pues que su union con los partidarios de los príncipes los empeñase en una guerra larga, consintieron en recibir en la ciudad á la princesa y su hijo; pero se negaron á abrir las puertas á la escolta, compuesta de un cuerpo respetable de nobleza y tropas regulares; así como á los duques de Bouillon y La Rochefoucauld, en tanto que estuviesen al frente de esta especie de ejército. Ambos duques se quedaron en los arrabales; pero entraban diariamente con el pretesto de visitar á la princesa, y hablaban á los consejeros y habitantes influyentes que ellos creian mas dispuestos á dejarse seducir; halagaban al pueblo, ganando las voluntades con sus liberalidades y porte, y se condujeron con tal habilidad que lograron fuesen recibidas sus tropas en la ciudad.

Tratóse despues de hacer aparecer al Parlamento en armonía

con el partido. Sabiendo los duques que aquella corporacion no se prestaria voluntariamente á semejante apariencia, resolvieron obligarla á ello arrancándole acuerdos que ligasen públicamente al Parlamento con su partido. Lenet propuso el espediente de hacer en Burdeos lo que se habia hecho en Paris; amotinar el populacho: pero como los gascones son mas vivos que los parisienses, poco fué menester para que muy pronto avanzaran mas de lo que se habian propuesto sus escitadores. Rodearon el Parlamento que deliberaba sobre cuál de los dos partidos debia tomarse, si unirse á los príncipes ó abandonarlos: pusiéronse aquellos á amenazar y gritar como furiosos; algunos consejeros tuvieron miedo y procuraron ponerse á salvo del motin; fueron rechazados y obligados á volver á la cámara, saliendo algunos heridos. El Parlamento hizo advertir á la princesa del peligro en que se encontraba, y al mismo tiempo llamó en su ayuda á la milicia urbana, que tomó las armas y acudió á tambor batiente. Lenet, que habia estado muy lejos de pensar que á tal estremo llegarian las cosas, ruega á la princesa que corra á apaciguar el tumulto. Lleva esta consigo dos damas de su acompañamiento, y se presenta en las gradas del palacio, en el momento precisamente en que los dos bandos, es decir, los amotinados y la milicia urbana se iban á embestir. Ya se habian disparado algunos tiros, cuando Clemencia que agitaba su pañuelo, llama la atencion de unos y otros y grita: «El que me quiera que me siga» y toma la direccion de su morada. Todo el populacho la siguió gritando: «¡Viva la princesa!» y el Parlamento quedó en libertad. Cuando contaron á Condé este lance, no pudo menos de reirse por el contraste de su situacion con la de su esposa. «¿Quién hubiera creido, dijo, que algun dia habia de cuidar yo flores mientras mi mujer hace la guerra?»

La mayor dificultad ocurrida á los partidarios de los príncipes en Burdeos era impedir al Parlamento concluir la paz sin estipular la libertad de los príncipes. Si hubiera querido hacer la paz prescindiendo de esta condicion, los emisarios de la corte le ofrecian las mayores ventajas; mas aparte de que la corporacion, dominada por el populacho, no podia contar con la ejecucion de lo que decidiese, muchos de sus miembros estaban por quedarse á la espectativa de los acontecimientos y no resolver nada. Sabiase que los honderos, siempre temibles en Paris, deseaban que la paz con Burdeos no se hiciese tan pronto, temiendo que Mazarino, libre ya por aquel lado, tornase todas sus fuerzas contra ellos.

La buena inteligencia entre los honderos y el cardenal comenzaba en efecto á enfriarse. Este llegó á arrepentirse de haber separado del duque de Orleans al abad de La Riviere, de quien echaba mano para inspirarle las resoluciones que le convenian. Temia y con razon que Gondi, que se habia conquistado el lugar del abad en la confianza de Gaston, tuviese la misma complacencia para los ulteriores proyectos del ministro, ó que la hiciese pagar muy cara. Creyó ver tambien algunas tergiversaciones políticas sugeridas por el coadjutor en la conducta equívoca que el duque de Orleans observó en el Parlamento, cuyas asambleas volvieron á ser tan tumultuosas como antes. Mazarino resolvió no dejar traslucir su descontento: al contrario, colmó al prelado de atenciones y le aseguró que iba á prepararlo todo para conseguir para él la púrpura cardenalicia; dió algunos pasos ostensibles al efecto, solicitó su amistad y le ofreció un asiento en el Consejo. Lejos de entregarse á una imprudente confianza en vista de todo esto, Gondi se puso en guardia contra las arterias de Mazarino. Rehusó todas las gracias aparentes que tenia la conviccion de que se le proponian para hacerle pasar por íntimo del cardenal y concitarle el odio del pueblo. Para evitar este lazo, jamás tenia entrevistas con el ministro sino en secreto, casi siempre de noche, y en público no abandonaba ni las maneras ni los discursos que le hacian ser mirado como constante enemigo del cardenal. A falta de la amistad de Gondi, trató Mazarino de captarse la de los otros honderos. Distribuyó entre ellos honores y empleos que ganaron á muchos; y sabiendo que desconfiaban del canciller Seguier, la reina, sin estar descontenta de él, nombró en su lugar guardasellos á Chateauneuf, íntimo amigo de la duquesa de Chevreuse. Todos estos manejos tenian por causa el poder sacar sin obstáculo á la corte de Paris, donde se veia siempre bajo el yugo de los honderos. La regente logró al fin, á pesar de la oposicion sorda del coadjutor, que los demas mirasen bien su viage á la Guyena, donde la revolucion de Burdeos hacia ya indispensable la presencia del rey. Partió pues en los primeros dias de julio, dejando en Paris al duque de Orleans y al guardasellos encargados con el primer presidente Le Teiller, de velar por la conservacion del órden en la capital.

Si el coadjutor ha llamado á lo que pasaba en Burdeos al principio de sus turbulencias un *galimatías inesplicable*, lo que sucedió en Paris durante el viage de la Guyena no merece menos aquella calificacion; fué aquello un caos de intereses, miras, resoluciones y proyectos á cuál mas disparatados, que indican perfectamente la embarazosa posicion de sus actores. El Parlamento se encontró de nuevo metido en los asuntos de Estado por las instigaciones del de Burdeos, que creyó obtener de esta manera condiciones mas ventajosas para la paz. Presidentes y consejeros diputados por el de Paris fueron á negociar á la Guyena, donde entretuvieron con buenas palabras á los bordeleses interin las tropas realistas cercaban su ciudad. Los españoles, en la imposibilidad de acudir con socorros eficaces, volvieron á su antigua astucia de proponer con afectacion la paz para hacer recaer sobre el cardenal lo odioso de la continuacion de la guerra. Este, hábil siempre en negocios diplomáticos, batió á los españoles con sus mismas armas, pues no solo aparentó ver con el mayor gusto aquellas pacíficas disposiciones, sino que nombró plenipotenciarios sacados del Parlamento, en el número de los cuales ofreció poner al coadjutor, para tratar de la paz, bajo la direccion del duque de Orleans. Al mismo tiempo entabló directamente una negociacion secreta con el Consejo de España, al cual no tuvo dificultad en persuadir que un ministro, árbitro de los ejércitos y plazas fuertes, podia hacer algo mas que los particulares, siquiera tuviesen á un príncipe de la sangre á su frente. Esta contra-batería produjo la brusca ruptura de las negociaciones de Paris. Diestro y atento en fin á todas las eventualidades, Mazarino se alarmó bastante con la invasion de los españoles en Champaña.

Turena, despues de haberse apoderado de Chatelet, La Capelle, Chateau-Porcien y Rethel, dejando á fines de agosto el grueso del ejército español, habia avanzado sobre Paris al frente de tres mil caballos, y aventando las tropas del marques de Hoquincourt que le disputó el paso, fué á acampar á Dammartin, desde donde pensaba al dia siguiente trasladarse á Vincennes. Los emisarios del cardenal supieron inspirar tan bien el terror, que el duque de Orleans y su consejo consintieron en la traslacion de los príncipes á Marcoussi, fortaleza á seis leguas de Paris, en el camino de Orleans, que los muchos rios que era preciso pasar ponian al abrigo de toda tentativa por parte de los españoles. Gondi conoció demasiado que esta precaucion se tomaba menos por los españoles que por los honderos, cuya reconciliacion con los presos se temia en tanto que estos estuvieran, digámoslo así, en contacto con ellos; así hizo se opinase por custodiarlos mas bien en la Bastilla que en otro punto cualquiera, si se temia un golpe de mano fuera de Paris. El prelado conoció que no habia congeturado mal cuando vió que poco á poco iban disminuyendo las atenciones que el ministro guardaba con él, y cuando á las representaciones suyas le respondió el guardasellos que estaba entonces entregado á la corte: «Los príncipes no estan ya á la vista de Paris; no hay pues razon para que el señor coadjutor hable tan alto.»

Desde el pie de las murallas de Burdeos manejaba Mazarino todas estas intrigas. Toda su astucia, sagacidad y disposicion para estas cosas le eran precisas para no perderse en tan enmarañado laberinto; porque aparte de la atencion que exigia el fondo de los negocios, habia que fijar la eterna irresolucion del duque de Orleans, la ligereza de la duquesa de Chevreuse, el capricho de madama de Monthazon, y la afectacion de otra porcion de señoras; habia que penetrar la profunda malicia del coadjutor, preservarse de lo que Gondi llamaba los exabruptos del duque de Beaufort, y distinguir lo bueno de lo malo y lo falso de lo verdadero en las insidiosas proposiciones de Bouillon, Lenet, La Rochefoucauld y otros gefes de Burdeos que con frecuencia presentaban la oliva para ocultar en ella el puñal. Lo mas enojoso de la situacion de Mazarino era que tenia muy pocas personas en quienes poder depositar su confianza. A escepcion de Servien, Le Tellier y Lionne á quienes llamaron despues los *sub-ministros*, el abate Fouquet y el obispo Ondedey sus bajos aduladores, toda la corte estaba contra él. Las mismas tropas le servian á disgusto, pues creian que era mas bien la causa del cardenal la que defendian que la del rey; mas la presencia del jóven monarca las contenia en los límites del deber, lo que hizo muy encarnizados el ataque y la defensa de Burdeos. La petulancia ordinaria del mariscal de La Meilleraie dió lugar á un suceso deplorable. Hizo colgar de un árbol á un oficial que habia sido recibido en su campo en calidad de parlamentario de Burdeos. Estaba en el mismo concepto en la ciudad el baron de Canolles, capitan realista; y los duques de Bouillon y La Rochefoucauld, así que supieron aquella crueldad convocaron el consejo de guerra, y en él se decidió la muerte del baron, que inmediatamente fue ahorcado en la plaza á vista de un pueblo inmenso que aplaudia esta ejecucion.

Esta cruel represalia no impedia que siguiesen las negociaciones para el convenio. Como al fin no llegaba en socorro de la plaza la flota prometida por los españoles, fue forzoso pasar por las condiciones impuestas por los sitiadores. Los bordeleses recibieron una amnistía, mas no satisfaccion alguna pública por sus agravios. Se prometió únicamente en secreto sustraerlos á la dominacion del duque de Epernon su gobernador, causa del movimiento. La princesa de Condé, su hijo, Bouillon, La Rochefoucauld y los demas que les siguieron, obtuvieron permiso para retirarse á sus casas, sin volverles los cargos y empleos de que estaban en posesion al principio de la revolucion y de los cuales habian sido privados. Al retirarse

la princesa fué admitida á una audiencia de la regente, y los duques tuvieron con el cardenal conferencias clandestinas que escitaban los celos de los honderos. Gondi presume que la intencion de Mazarino era sembrar la discordia entre ellos. «Empleaba, dice, estas finezas y atenciones misteriosas, aunque insignificantes en el fondo, que inficionaban su hábil política. Creia distraer con negociaciones y con ellas le engañaban. El resultado fué que sus negociaciones formaron una nube en la cual fueron envueltos los honderos: se inflamaron despues las exhalaciones y se prepararon los rayos.» De esta manera son indicadas por el coadjutor las nuevas intrigas que hicieron romper á la *Honda* con Mazarino, y que ligaron á esta faccion los partidarios de Condé.



El presidente Molé.

Cuando el cardenal se vió desembarazado de la guerra de Burdeos, y dueño aun de los presos, no se creyó en el caso de tener que ocultar sus disposiciones respecto á Gondi. Decia siempre que le venia al caso que si habia tropezado con dificultades en la espedicion de Burdeos, á nadie las achacaba sino al prelado; que él era quien habia hecho intervenir en el asunto al parlamento de Paris, y quien habia provocado las tentativas de los españoles, las pretensiones audaces de Gaston en favor de los rebeldes, y los obstáculos para la traslacion de los presos. Por su consejo, añadia maliciosamente el italiano, ya se habria tomado una medida estrema con el principe; y al mismo tiempo que Mazarino hacia públicas estas insinuaciones odiosas, mandaba decir al duque de Orleans que el coadjutor le vendia y le sacrificaba á Condé, con quien trataba de reconciliarse.

Atacado con tal animosidad, el coadjutor principió á temer. Llegábale por varios conductos la noticia de que la reina estaba muy irritada contra él; que le miraba lo mismo que el ministro como al autor de todas las turbulencias, y que estaba resuelta á encarcelarle. Quizá la intencion era solo amedrentarle y obligarle á huir; pero tambien podia creerse verdad todo esto; y el coadjutor reflexionando en ello, nada encontró mas fácil en la ejecucion que un golpe de mano contra él. Su influjo sobre el pueblo habia menguado bastante por su reciente conducta ambigua, y porque habian llegado á ser públicas sus relaciones con Mazarino. De sus amigos los honderos, los unos se habian entregado por entero á la corte, y no pensaban mas que en conseguir gracias, empleos y honores de que Mazarino era asaz liberal con ellos; los otros conservaban cierto resentimiento de que Gondi en el tiempo de su privanza los hubiese abandonado, y estaban por consiguiente ó frios ó celosos. Nada mas le quedaba que el duque de Orleans, débil recurso para cuantos conocian la inconstancia de este principe y su indiferencia para cuanto no era su persona ó para su bien. Los amigos intimos á quienes patentizó el coadjutor su posicion crítica, se espantaron de la nube que se preparaba contra él; idearon espedientes, buscaron una salvaguardia cualquiera para sustraerlo á la venganza del ministro, y nada encontraron tan apropósito como la dignidad de cardenal.

Mazarino la habia ofrecido á Gondi, y hasta le habia apremiado á que la aceptase en las conferencias que precedieron á la prision de los príncipes. Este, siempre receloso de las mercedes demasiado públicas de su enemigo, habia rehusado, diciendo que no queria deber sus adelantos á las necesidades y desgracias de la nacion. Pero otras circunstancias trageron nuevas ideas. Gondi habia hecho alarde de una negativa apoyada en tan honroso motivo, cuando se necesitaba de él; pero en este momento veia solo en el cardenalato su áncora de salvacion, ora se lo concediera, ora se lo negara el ministro. Si se le concedia, se daba un igual que cubierto con los privilegios de su dignidad como con una egida, podia desafiar sus iras; si se le negaba, iba á concitarse tantos enemigos como personas tomaban interés en esta promocion. Gondi puso todo su afan en engrosar el número de estas. En un consejo de honderos celebrado espresamente con este objeto, presentó la tentativa que iba á realizarse con Mazarino para alcanzar su consentimiento, como la piedra de toque que pondria en claro la confianza que se podia tener en sus promesas. La conquista del capelo fué mirada allí por este prisma; los asistentes lo tomaron con tanto interés como si fuese para cada uno de ellos, y Gaston á quien se persuadió que era conveniente que su favorito fuese decorado con la púrpura, lo tomó tambien con calor.

La corte estaba en Fontainebleau. Así que llegó allí despues de la paz de Burdeos, llamó á su lado al duque de Orleans. Era su objeto pedirle su opinion y consentimiento para sacar á los príncipes de Marcoussi, donde no los creia bastante seguros. Se prometia tambien que en alejando á Gaston de sus consejeros, podria destruir mas fácilmente las prevenciones que mostraba contra su administracion, y sobre todo, su aversion á Mazarino, que creia inspirada por el coadjutor. Este, por la misma razon, temia que el duque, escapado á su influjo, no pudiese resistir á las insinuaciones de la reina que tenia un gran ascendiente sobre él, cuando por algun tiempo residian en un mismo punto. Pero las instancias de Ana de Austria llegaron á ser tan apremiantes que se hizo imposible detener por mas tiempo á Gaston. Se contentó el coadjutor con adoctrinarlo bien, amoldándole á sus miras. Se le recomendó que no opusiese una negativa demasiado terca á la traslacion de los presos para evitar que cansándose la regente tratara de arreglarse con ellos. Debia pues el duque no contrariarla sino en cuanto fuera menester para que se apreciara su condescendencia, y se obtuviera en cambio el nombramiento deseado.

Gaston llegó á Fontainebleau el 10 de noviembre. El rey acompañado del ministro salió á su encuentro: la reina le recibió con cordialidad, y muy pronto le habló de su proyecto de hacer trasladar los presos de la ciudadela del Havre, porque su custodia seria allí mas segura y costaria menos. El duque le respondió francamente que recelaba que hubiese aun una razon de mas fuerza, que era hacerse árbitra de su suerte. «Encargaos vos de guardarlos,» repuso orgullosamente la regente, bien segura de que el duque no querria echar sobre sí lo odioso de tal comision. Vaciló este algunos momentos, y dió en seguida á entender que su consentimiento dependia de la complacencia de ella en alcanzar para su favorito el capelo. Sin prometerlo positivamente, la regente dió esperanzas: presenta la órden al duque de Orleans que la firma, é inmediatamente fueron sacados los presos de Marcoussi y conducidos al Havre con una fuerte escolta mandada por el duque de Harcourt. Cuando se volvió á tratar del cardenalato, respondió la reina que ella no podia decidir nada sobre este punto sin anuencia de su consejo. Fué convocado al efecto. Mazarino hizo la proposicion hablando en favor del coadjutor; mas Servien y Le Tellier se pronunciaron contra su opinion «con una altivez y una entereza que no se habia visto, dice Gondi, en el consejo cuando se combatian las opiniones del primer ministro.» El viejo Chateauneuf á quien no hubiera disgustado cubrir su canas con el birrete rojo, se espresó con una vehemencia que era algo mas que celo. Pintó con muy negros colores el carácter del coadjutor, sus intrigas, sus relaciones, sus cos-

tumbres, y concluyó echándose á los pies de la reina y conjurándola de rodillas á no dejarse arrancar gracias de tal importancia, para un súbdito rebelde, que las pedia, por decirlo así, con las armas en la mano. El *pobre cardenal* aterrado por lo patético de esta escena, se retractó; y el duque de Orleans se volvió no poco disgustado á Paris, donde le esperaba con impaciencia la *Honda* para poner en juego sus resortes.



La princesa de Condé hablando al pueblo.

Es cierto que los partidarios de los príncipes hubieran querido mejor deber su libertad á la corte que á los honderos; pero Mazarino no se pudo persuadir de que Condé, tan ofendido á pesar de sus honrosos antecedentes, se determinase á perdonarle jamás; en tanto que el coadjutor que no habia hecho mas daño al príncipe que el necesario para su defensa, no le creyó implacable y tomó á pechos el empeño de darle la libertad de que le privaran. Ana de Gonzaga, hija segunda de Cárlos de Gonzaga, duque de Nevers y de Mántua, y esposa de Eduardo príncipe palatino, hijo cuarto del infortunado elector Federico V, conocida por la Palatina, fue la primera que concibió el proyecto de limar los hierros de Condé con las mismas manos que los habian forjado. No debe confundirse á esta con las demas mujeres que en aquel entonces intervenian en los negocios: de ellas se servia la Palatina. Empleó á la duquesa de Chevreuse y su hija, así como á las señoras de Guemeneé, de Rhodes, de Montbazon y cuantas pudo, para inspirar á los hombres que las galanteaban, las disposiciones que hacian al caso; pero era muy superior á todas ellas en política. El coadjutor desde la primera entrevista la encontró «de una sorprendente capacidad, especialmente en aquellas materias en que se sabia fijar; lo que es, dice, una cualidad rara que demuestra un claro ingenio y un talento no vulgar.» Una cualidad mas rara todavía en las personas que toman parte en las intrigas es la buena fe; la Palatina la sentaba por base de todas sus operaciones, jamás pretendia engañar, y de sus labios nunca salia mas que la verdad; de manera que cuando lograba su objeto en cualquiera empresa, aquellas personas á quienes vencia con armas de tan buena ley, lejos de ofenderse, estaban dispuestas á depositar en ella su confianza.

La dificultad del coadjutor y la Palatina estrivó menos en las condiciones de la union de ambos partidos, que en la manera de estipularlas. Un tratado solo, si llegaba a ser descubierto, podia poner en evidencia los resortes de la *Honda* y del partido de los príncipes, que principió á llamarse la *pequeña honda*. Siendo entonces dueño Mazarino del secreto de la empresa hubiera podido desbaratarla. Las dos partes contratantes creyeron pues mas oportuno hacer tres tratados: el primero entre todos los gefes de la antigua *Honda* y los de la nueva contra el ministro. Comprometiéronse por él á ayudarse recíprocamente con todas sus fuerzas; debiendo ser la prenda de la union, el matrimonio del príncipe de Conti con la duquesa de Chevreuse. El segundo tratado se referia esclusivamente al duque de Beaufort. Condé consentia en sacrificarle todas sus pretensiones al almirantazgo, á condicion de que trabajara con el duque de Orleans para conseguir la libertad de los príncipes, y que hasta romperia con el coadjutor si se oponia á ello. Esta última cláusula fué sugerida por Gondi para que Mazarino creyese, que no estaban en la mejor armonía, si los espías de que tenia rodeado al duque de Beaufort le daban noticia del tratado. Por último, era el tercero del duque de Orleans tambien solo: prometiase libertad y su apoyo á Condé, y comunidad de intereses, lo que se aseguraria con el matrimonio de la se-



El mariscal de La Meilleraie hace ahorcar al enviado del pueblo de Burdeos.

ñorita de Orleans, hija de Gaston, con el duque de Enghien, tan pronto como uno y otro tuviesen la edad competente, y por el pronto prometia el cargo de condestable, que se volveria á crear, para el duque de Orleans y el capelo para su favorito Gondi. La cláusula del matrimonio del príncipe de Conti con la señorita de Chevreuse se insertó tambien en este tratado. «Gaston, el hombre mas aficionado del mundo, dice Gondi, á los negocios la princi-

piarlos, se habia ocupado mucho de estos tratados interin no pasaron de negociaciones; pero como era tambien el hombre del mundo que mas temia la conclusion de los negocios, hizo mil objeciones y buscó rodeos cuando se le exigió su firma.» Caumartin, el amigo, el confidente, el agente de Gondi, se encargó de lograr la firma deseada; se ocultó al efecto en los aposentos del duque, y al sentirle pasar le sorprendió entre dos puertas, púsole la pluma entre los dedos y le presentó su espalda por pupitre; y «Gaston firmó, dice madama de Chevreuse, lo mismo que hubiera firmado la cédula del sábado, si temiera ser sorprendido por su ángel bueno.»

En cuanto á los presos, se tenian de ellos poderes que suplian á las firmas. A pesar de la vigilancia del feroz Debar, su carcelero se sostenia con ellos una no interrumpida correspondencia. Proponian y se les respondia, marchando los negocios tan segura y prontamente como si estuvieran en libertad. Entre el dinero que se les enviaba iban unos escudos huecos tan bien fabricados, que pasaban por manos del Debar sin que conociera este que podian contener algo: por tal medio escribian y se les contestaba. Ademas, sin embargo de la atencion minuciosa de su infatigable carcelero, ¡tanto es lo que discurre é inventa un preso! Condé se habia procurado una espada y puñales. Cuando fueron trasladados de Vincennes y Marcoussi, habia ya pensado en su evasion, y quizá hubieran sido libertados algunos dias mas tarde. Se formaron proyectos para sacarlos de la ciudadela del Havre; mas como hubiera sido preciso emplear la fuerza, y podria verse en riesgo la vida de los príncipes, sus partidarios, aun los mas empeñados en su libertad, juzgaron á propósito renunciar á este medio y atenerse al plan acordado por los confederados, segun el cual el ataque era dirigido al Parlamento.

Cuando la prision de los príncipes, la corporacion vió á la viuda de Condé pedirle de rodillas la libertad de sus hijos; muchos consejeros opinaban que debia atenderse á su súplica; pero la mayoria arrastrada por el duque de Orleans y dominada por los honderos, dejó el caso á la conmiseracion de la reina. Aquella madre desolada no pudo sobrevivir á un golpe tan acerbo, y al morir espresó con cuanto pesar dejaba en cautividad á un hijo que era su orgullo. Lo que no pudo lograr el espectáculo de una princesa prosternada á los pies de los jueces, lo consiguió despues una simple instancia, porque los ánimos estaban bien dispuestos. Fué presentada esta al dia siguiente de su vuelta por un consejero á nombre de la esposa del príncipe. Pedia que este fuera sacado del Havre, pais mal sano, cuyos aires podian alterar su salud; que fuese trasladado á la Consergería bajo la custodia del Parlamento, y que se le procesase. El primer presidente se fijó en una cuestion de forma, que era la falta de autorizacion del esposo para este paso. En el momento se presentó un noble portador de una carta escrita, segun decia, por los mismos príncipes durante su viage al Havre. «Molé, dijo que encontraba el negocio muy difícil aunque no imposible; porque, añadió, hemos visto durante la guerra cartas del archiduque, llegadas con la misma oportunidad que esta, escritas sin duda alguna en la calle de San Dionisio.» A pesar de esta cita irónica la carta fué tenida por buena: dióse curso á la instancia y se señaló dia para deliberar. La reina envió una órden para que nada se hiciera: el Parlamento acordó representar, y de esta manera se empeñó el combate. Este primer choque no desconcertó al cardenal; y aun cuando le hubiera alarmado, un suceso grato vino á darle seguridades.

La guerra se habia hecho este año con muy escasa fortuna. No habiendo podido remitir socorros á Italia, los franceses habian perdido á Piombino y Porto Longone, de cuyas plazas se habia apoderado cuatro años antes. Por la misma causa el duque de Mercoeur enviado en calidad de virey á Cataluña, donde habia hecho arrestar al conde de Marsin por sospechoso de maquinar en favor de los príncipes, no habia podido evitar la toma de Urgel, de Balaguer y de Tortosa. Pero lo mas aflictivo era que la Champaña estaba completamente abierta al enemigo. Cuando Turena abandonó la tentativa contra Vincennes, volvió á incorporarse á los españoles que habian avanzado hasta Fismes en los confines de Soissons, y se retiraron con él á la frontera, donde se apoderaron de Monzon. Turena queria que todo el ejército continuase entre el Mosa y el Aisne para proteger sus conquistas; pero el archiduque se obstinó en irse á sus cuarteles de invierno en Flandes, y dejó únicamente ocho mil hombres al general francés para velar por la seguridad de las plazas conquistadas. Esto dió lugar á que acudiese el ejército francés reforzado con las tropas que ya no eran precisas en la Guyena, y Duplessis Praslin que lo mandaba, atacó de improviso á Rhetel. Turena, mucho menos fuerte que él, creyó deber dejar formalizar el sitio, y no llegó «hasta dos ó tres dias despues, á fin de encontrar diseminadas las tropas en sus diferentes puestos del recinto de la plaza, abiertas las trincheras y la artillería en batería, lo que dice en sus memorias, siempre debilita mucho.» Contaba, por otra parte con la conocida pericia del gobernador Delli Ponti, que por medio de una carta le acababa de asegurar que podia muy bien sostenerse aun cuatro dias. Nada mejor combinado que las disposiciones del mariscal para alcanzar la superioridad que le faltaba: y aun no habia llegado el cuarto dia, cuando ya se acercaba á la plaza como habia proyectado; pero esta no respondia á las señales con que la avisaba su aproximacion, y muy pronto se enteró de que desde la víspera estaba en poder de los enemigos. Era esto efecto de la habilidad del cardenal, que habia querido presenciar esta espedicion y habia comprado la defeccion del comandante. No le quedó ya entonces á Turena otro partido que la retirada; pero el ejército de Praslin que le esperaba cerca de la aldea de Sommepy, le salió al encuentro el 15 de diciembre y le obligó á un combate desigual. Turena en el ala izquierda logró en el primer choque ventaja sobre Aumont, á quien hizo replegarse; mas puesta en derrota el ala derecha por Rose y el marques de Hocquincourt, se encontró envuelto y corrió peligro de caer prisionero. Dejó dos mil hombres en el campo de batalla y tres mil prisioneros, entre otros á D. Esteban de Gamarra, general de los españoles. El se salvó en Montmedy, donde se reunieron los restos de su ejército. Esta victoria importante que sacó á la Francia de una posicion tan crítica, valió el baston de mariscal á los tenientes generales Hocquincourt, Aumont, La Ferté-Senneterre, y simples felicitaciones y vanas promesas de un ducado á su gefe, que habia perdido un hijo en la refriega. Mazarino se atribuyó la gloria, porque habia dado algunos consejos, presenció la accion y combatieron sus guardias. Este resultado le llenó de vanidad: creyóse ya general y se estuvo quieto aun despues de la partida de Praslin, para disponer los cuarteles. Lleno de confianza en su poder, al que se figuró que nada en lo sucesivo podria resistir, se volvió á la capital, donde esperaba una entrada verdaderamente triunfal; pero el coadjutor le preparaba otra bien diferente.

Habia ya en el Parlamento muchos miembros á devocion de los príncipes: el mismo primer presidente deseaba su libertad, y los honderos le hicieron servir á sus designios con entero conocimiento. En su casa redactaron estos la instancia en favor de los presos; y leyéndola, decia satisfecho: «Esto es servir á los príncipes en las formas legales y como gente de bien, y no como facciosos.» En efecto, nada habia de malo hasta entonces: solo insensiblemente fueron desenvolviéndose los resortes de la faccion, y la resolucion tomada de emplear la violencia en caso de necesidad para arrancar á la reina su consentimiento para la soltura de los presos y separacion del ministro.

La victoria de Rethel dejó consternados á los honderos del Parlamento y de la ciudad. Se notó cierta inquietud en los semblantes en el *Te Deum* que se cantó; pero el coadjutor echó mano de este mismo acontecimiento para lanzar el primer tiro al cardenal. Se manejó de manera que el primer presidente no llegase á penetrar la union de las dos *hondas* por temor de que se opusiese á sus comunes esfuerzos como hijos de una cábala. Gondi representó á la asamblea de las cámaras que hasta entonces no se habia decidido á hablar de los vicios de la administracion y de la opresion de los pueblos, temiendo que los enemigos se utilizasen del conocimiento de los males y del descontento que tal conocimiento escitaria; pero que habiendo puesto á la Francia la última victoria al abrigo de todo recelo por parte de aquellos, y dando lugar para ocuparse en los males interiores, que son los mas peligrosos, creia de su deber someter á la consideracion del Parlamento objetos tan dignos de su atencion; y concluyó pidiendo se representase á la regente sobre los desórdenes del Estado: «y siendo la conservacion de los miembros de la real casa, dijo, el principal recurso de la nacion, debe suplicarse al rey que haga salir del Havre á los allí encerrados, trasladándolos, interin no se ordene su libertad, á otro punto cualquiera donde su salud corra menos riesgo.—El consejo es artificioso, dijo Molé: es favorable á los príncipes, pero se deja percibir la animosidad del prelado contra ellos.»

Sin embargo, por la razon de que la aquiescencia del Parlamento debia ser útil á la libertad de los presos y disgustar á la *Honda*, el primer presidente cooperó á la adopcion del acuerdo, por el cual se decidia que se hicieran humildes representaciones á la reina para que apresurase el momento de la reconciliacion de toda la real familia y de la libertad de los príncipes; que se permitiese á sus parientes residir públicamente en Paris para solicitarla, y que se nombrara una comision compuesta de un presidente y dos consejeros para suplicar al duque de Orleans que interviniese en este asunto.

Antes de este paso decisivo que la *Honda* hizo dar al Parlamento el 30 de diciembre, le habia acostumbrado ya á oir llamar á Mazarino el autor de los males del Estado y á que circulase de boca en boca la proposicion de que era preciso suplicar á la reina lo separase del ministerio. Los mismos discursos eran el tema de las murmuraciones del pueblo, que de nuevo comenzaba á agitarse. El duque de Beaufort era constantemente su ídolo. Al pasar á las diez de la noche su carruage por la calle de San Honorato, fué detenido, siendo muerto un noble de su séquito. El primer presi-

dente dijo desde luego que esto no era mas que un lance aislado sin significacion alguna; otros pensaron que los asesinos eran ladrones; y otros, personas apostados por el cardenal para atentar á la vida de Beaufort. Los honderos se decidieron por esta última opinion, y la revistieron de cuantas probabilidades podian hacerla prevalecer en el público. El coadjutor se creyo autorizado á tomar precauciones, á no andar por la ciudad sino escoltado, y á poner de noche centinelas; y todas estas precauciones tendian á persuadir que el cardenal era un malvado capaz de todo por deshacerse de sus enemigos.

O Mazarino fué mal enterado del odio general que ardia contra él, ó fué bien imprudente por no alejar la corte de Paris; podia de un momento á otro ser envuelto por los honderos y obligado á recibir la ley. Sin duda se prometió dividir la cábala á fuerza de intrigas y negociaciones; y los honderos no quisieron quitarle toda esperanza por temor de que se pusiese de parte de los principes reconciliándose con ellos. Se observaron, por decirlo así, como dos ejércitos que están frente á frente, en todo el mes de enero, el Parlamento pidiendo, la corte respondiendo á sus representaciones, y la reina escusándose con su salud que los pesares minaban demasiado. Hubo en este intervalo dos especies de escaramuzas de que la corte salió mal. La reina y su ministro, persuadidos de que sin los consejos del coadjutor el duque de Orleans no seria ni tan osado en sus proyectos, ni tan tenaz en sus resoluciones, trabajaban para inspirar á Gaston desconfianzas contra dicho coadjutor. El cardenal en una entrevista con el duque, puso a su vista con muy negros colores la conducta intrigante y desarreglada de Gondi. Gaston quiso defenderlo: Ana de Austria entró á la carga en el mismo sentido que el cardenal; la disputa se acaloró; y como era la reina de un carácter irascible, llevó tan adelante su virulencia, que su cuñado tuvo miedo; y al salir del palacio real, se dejó decir que no volveria á caer en manos de *aquella furia*. Esto precisamente era lo que querian los honderos; deseaban verlo alejado de la reina, fuese por temor de que lo hiciese arrestar, ó por evadirse á sus importunidades para ganarlo, dos cosas igualmente temibles para ellos. En la misma conversacion cometió Mazarino otra imprudencia: comparó el Parlamento á la cámara baja de Londres, y algunos de sus miembros á Fairfax y á Cromwel; comparacion que así que fué sabida le grangeó el odio de los que hasta entonces habian sido indiferentes.

Esta escena precipitó la crisis de los negocios. El coadjutor no cesaba de representar al duque de Orleans que si no obraba vigorosamente, dejaria á Mazarino la ventaja de soltar á los principes, y que entonces nada le deberian á él; que no debia perder tiempo; que era preciso hacer consentir en ello á la regente, echando mano de ella misma en rehenes si venia al caso. Gaston conoció demasiado toda la fuerza de este razonamiento; pero la idea de hacer á su rey prisionero le espantaba. Hubiera querido encontrar otros medios, y «en una noche, decia su esposa, parió mil proyectos con mas trabajo y dolor que yo todos mis hijos.» Temia sobre todo que el Parlamento, espantado como él de una violacion tan temeraria, le abandonase en la ejecucion. Por esto puso Gondi el mayor empeño en ligar á la corporacion por medio de sus deliberaciones y acuerdos, de modo que no pudiese desdecirse. Su arte al efecto consistia en hacer que los suyos propusiesen en la asamblea de las cámaras ya cargos al cardenal sobre su administracion, ya su comparecencia personal ó su arresto; ó en fin, que sin tanto exámen pidiesen á la reina su separacion: proposiciones que no eran adoptadas de un golpe, pero que siempre dejaban en las actas algo que servia de base á otras.

Esta continua insistencia en imputaciones graves, estremas resoluciones y observaciones maliciosas, trastornaba las cabezas de la juventud, que por su impetuosidad natural no reparaban en esclamaciones inconsideradas, y alteraban el órden de la discusion: y cuando los ancianos querian reclamar la observancia del reglamento, sus voces eran ahogadas por la *escopeteria de los fiscales* sostenida por *salvas* del pueblo, que en gran número era introducido á presenciar los debates, á fin de atemorizar á los pusilánimes y apoyar á los audaces.

Viendo la corte que Gondi dirigia su ataque por el Parlamento, intentó arrebatarle todo credito en esta corporacion. El 4 de febrero, estando reunidas las cámaras para decidir sobre la suerte del ministro, llega el primer maestro de ceremonias con un pliego sellado en que se mandaba al Parlamento que enviara al palacio real una comision de su seno. Despues de alguna vacilacion sobre si debia ó no obedecerse una órden dictada sin la intervencion del duque de Orleans, parte la diputacion, volviendo poco despues con un escrito firmado por cuatro secretarios de Estado. Era el escrito una invectiva sangrienta que el primer presidente dispuso fuese leida en el momento. Decia la reina «que el coadjutor era un malvado, un genio díscolo é inquieto que daba consejos perniciosos al duque de Orleans. Quiere trastornar el Estado, añadia, por la sola razon de que se le ha negado el capelo, y se ha vanagloriado de que sublevará el reino por sus cuatro costados, poniéndose al frente de cien mil hombres para esterminar á cuantos se le opongan.» Una declaracion de esta especie podiá pasar por una verdadera acusacion, y Molé pensaba darla sus efectos; habia llegado ya á convencerse de que Gondi se sirviera en contra suya de su respeto á las fórmulas legales, y que habia llevado á la corporacion al borde de un precipicio. No desesperaba, sin embargo, de suscitar dificultades al prelado, siguiendo las cosas en el mismo sentido; pero la mayoría, intimidada por los gritos que se oian en la sala, no se resolvió á nada; pedian los unos que se rogase al duque de Orleans velase por la salud del Estado, y otros llegaron á proponer rogativas públicas como en tiempo de calamidad.

El coadjutor estaba colocado entre los consejeros de la gran cámara y los fiscales. Cuando le llegó el turno de hablar, se levantó tranquilo y sereno, y dijo que los que le habian precedido en el uso de la palabra, como no habian hablado de aquel *papel*, indicaban claramente que le daban la misma importancia que en otro tiempo á las cartas credenciales de los espias que depusieron contra él, por mas que en ellas se hubiese empleado ó mas bien profanado el nombre sagrado del rey. Despues, adoptando el tono de Scipion cuando negándose á responder a las calumnias de sus enemigos, llevó el pueblo al Capitolio á dar gracias á los dioses por sus victorias, echó mano de una cita latina, que venia á decir: «En los tiempos borrascosos no he abandonado la república; en los buenos nada he tomado para mí, y cuando parecia todo desesperado, no he temido ni un solo momento.» Perdonad, señores, añadió, si con esta corta justificacion he olvidado por un instante el objeto de la declaracion: vuelvo pues á ella diciendo que es mi opinion que se hagan respetuosas representaciones al rey con el objeto de suplicarle se digne conceder su gracia y la libertad á los principes, y que separe de su persona y consejo al cardenal Mazarino; hecho lo cual, volveremos á reunirnos el lunes para saber la contestacion de S. M.» El acuerdo concebido en estos términos fué aprobado casi por unanimidad.

Pero Gondi contó ya con que seria efímero su triunfo. Apenas habia sido votado el acuerdo, entro Brienne, secretario de Estado, á llamar públicamente al duque de Orleans de parte del rey, á cuyo lado era indispensable entonces su presencia, y si el príncipe se negaba á obedecer, iba tambien Brienne encargado de suplicar al Parlamento pidiese esta complacencia á Gaston. Inútilmente la reina desde algunos dias antes buscaba esta entrevista; ella misma habia ofrecido dar los primeros pasos y á hacer se resignase el cardenal á ir al Luxemburgo á justificarse. El príncipe se habia obstinado en no recibirla ni en irla á ver, diciendo que no habia seguridad para él en el segundo paso, ni era decoroso el primero. La misma fué su respuesta en el Parlamento. El primer presidente le ruega, le apremia y le conjura con la mayor vehemencia: Talon, abogado general, le habla con toda la energía de un buen patricio, vivamente afectado. Prostérnase de rodillas, y levantando sus manos, invoca los manes de San Luis, y le pide su proteccion para la Francia. «¡Ah! señor, le dice Molé conmovido, no perdais al reino; vos habeis amado al rey constantemente.» Todos estaban con la mayor ansiedad: se guardaba un silencio profundo: Gaston estaba vacilante, pero una mirada del coadjutor bastó para que se repusiese. Sugirió al príncipe que digese que se atendria á lo que opinase el Parlamento. «Es preciso pues deliberar, replicó el prelado.—¡A deliberar, á deliberar! gritaron los jóvenes; y en la deliberacion que nada arrojó de decisivo, Gaston que se espresaba con facilidad en público, hizo una somera esposicion de su conducta, terminando el incidente con la resolucion de no esponerse á la discrecion de la reina.

Entonces sucedió acaso que irritada la regente por esta conducta, quiso arriesgar el todo por el todo; llamar tropas, acantonarlas en el cuartel del palacio real, y hacer frente al duque de Orleans que vivia en el Luxemburgo. Mas sea prudencia ó timidez, el cardenal se opuso á este plan; y convenciéndola de que su alejamiento de la corte por algun tiempo podria calmar los ánimos, en la noche del 6 de febrero abandonó Mazarino á Paris y se retiró á San German.

Despues de este sacrificio renovó Ana de Austria sus instancias para obtener una conferencia con su cuñado; éste se disponia á complacerla; pero el coadjutor le aconsejó que contestase que el cardenal estaba demasiado cerca, que era público que desde su retiro gobernaba como antes, y que interin no se encontrase mas lejos, no creia que hubiese seguridad para su persona. La reina redobló sus ruegos: convocó una asamblea de la nobleza, de los grandes del reino y de los mariscales, que fueron todos á ofrecerse en rehenes á Gaston. Agradecióselo este, pero insistió en su negativa. Los honderos no se dieron por satisfechos con las seguridades verbales que la reina les daba de que pondria en libertad á los principes, por mas que llevara su condescendencia hasta hacer partir al duque de Grammont con órdenes al efecto. Se continuó hostigándola con representaciones que tendian á exigir como preliminar y garantía de-

sus concesiones el alejamiento definitivo y para siempre del cardenal Mazarino. Ana de Austria no pudo resistir mas, y despues de violentos combates consigo misma, se dejó arrancar el 9 de febrero la promesa de no volver jamás á llamar al ministro. En seguida por temor de que se desdigese, el Parlamento acordó: «Que en consecuencia de la declaracion y voluntad del rey y de la regente, al décimo quinto dia de la publicacion del presente acuerdo el cardenal Mazarino, sus parientes y domésticos estrangeros saldrán del reino, y transcurrido dicho plazo perentorio, se procederá contra ellos estraordinariamente si no lo hubiesen ejecutado, mandándose en este caso á todas las justicias de S. M. que se apoderen de sus personas.»

Esta promesa que el Parlamento se apresuró á hacer solemne por un acuerdo, la habia soltado la reina mas bien con el objeto de adormecer la vigilancia de los honderos y escapar de su poder. Lo sorprendente es que no hubiese tratado de hacerlo ya cuando el cardenal, y en vano quiso despues reparar su falta. Como los cortesanos se ponen siempre al lado del partido que triunfa, viendo que los honderos tenian todas las probabilidades de dominar, se apresuraron á advertirles secretamente que la regente debia marcharse en la misma noche que siguió al dia del acuerdo, llevándose al rey. Entonces fué cuando tuvo necesidad el coadjutor de toda su elocuencia para con el duque de Orleans; pero ni él ni su esposa, que empleó todo su influjo, ni la señorita de Chevreuse, ni sus allegados y servidores, aun los mas acostumbrados á manejar su carácter, pudieron recabar de él la órden para poner á las tropas sobre las armas, rodear el palacio real é impedir la evasion de la reina. Firmola la duquesa á falta de su esposo, y Gondi, que de mucho atrás tenia tomadas sus medidas, la puso muy pronto en ejecucion. Aunque este paso se decidió á media noche, en menos de una hora recorrian las calles de la capital patrullas, apoderándose unas de las puertas y otras de las avenidas del palacio, secundadas por un numeroso pueblo que habia acudido á las armas; de manera que enterada Ana de Austria de estas disposiciones, renunció á su proyecto é hizo acostar al jóven rey, que muy pronto quedó profundamente dormido. En este estado le enseñó al capitan de guardias del duque de Orleans, quien le habia enviado á advertirla del peligro á que se esponia. Este testigo no sospechoso fué á decir al pueblo que no se trataba de arrebatarle su rey, como se habia supuesto, porque en palacio todo estaba en la mayor tranquilidad. Muchos exigieron convencerse por sus propios ojos, y su osadia y precipitacion produjo una escena muy tierna en esta noche de desórden. La reina hizo abrir las puertas. Entró una multitud; mas imponiéndose los unos á los otros el silencio y la circunspeccion del respeto, miraban con una especie de religiosa avidez al príncipe cuyo semblante embellecia la calma del mas dulce sueño: no se cansaban de admirar sus gracias. Los que estaban mas cerca del lecho no podian decidirse á marchar, y los que ya le habian visto querian verlo otra vez, y todos le colmaban de bendiciones. Aquella madre afligida disfrutó entonces de cierta satisfaccion en medio de sus alarmas. No se desdeñó de emplear ciertas maneras populares de que saben echar mano los grandes cuando les conviene, y siempre con el mejor efecto; y para quitar al pueblo toda sospecha, abandonó al vecindario la custodia de la ciudad.

Al dia siguiente de esta noche tormentosa se trató de hacer aprobar por el Parlamento todo lo sucedido. El duque de Orleans se presentó con cierto remordimiento despues que le aseguraron que la mayoria aplaudiria cuanto se habia obrado en su nombre. El coadjutor se apresuró á darle esta seguridad, pues habia dispuesto en la sala multitud de honderos de tal manera que debian con sus gritos é interrupciones imponer silencio á los que llegasen á interpelarlos, pero no hubo necesidad de ello. Unicamente Molé osó mostrar su sentimiento por la ofensa hecha á la magestad real. El coadjutor le encontró desde muy temprano ocupando su asiento en la gran cámara y entregado al despacho ordinario. «La tristeza, dice Gondi, estaba pintada en su semblante, pero era aquella tristeza comunicativa que nada tiene de abatimiento.» Tan pronto como llegó el duque de Orleans dijo que habia tomado medidas muy eficaces para lograr la libertad de los príncipes: Molé le respondió: «El príncipe está en libertad, pero el rey nuestro señor está prisionero.» Gaston repuso: «El rey estaba prisionero en manos de Mazarino, pero á Dios gracias ya no lo está.»—Ya no lo está, gritaron los jóvenes como por eco; dando fin la sesion con un discurso en el cual se empeñó en probar el duque que habia sido necesario retener al rey por temor de que su salida de la capital ocasionase una guerra civil.

Esta firmeza dió á conocer al cardenal que seguia aun en San German, que nada tenia que esperar de la negociacion en Paris. Quiso ver el prelado si seria mas afortunado en el Havre, y se encargó de poner por sí mismo en libertad á los príncipes. Llegó allí el 15. Lo que pasó en esta entrevista se cuenta de diferentes maneras. Joly dice «que el cardenal se humilló hasta abrazar las rodillas del príncipe, pidiéndole con lágrimas su proteccion.» La Rochefoucauld que debió estar mejor enterado, cuenta que quiso justificar su conducta para con ellos, confesándoles su fin en hacerlos arrestar: en seguida les pidió su amistad, y les dijo sin embargo con dignidad que eran dueños de concedérsela ó no, y que, aun cuando hiciesen lo último, podian desde aquel momento salir del Havre é ir á donde les pareciese. En apariencia, añade La Rochefoucauld, ellos le prometieron cuanto quiso; comió el cardenal con ellos aquel dia, partiendo despues para Sedan, desde donde se retiró á las tierras del elector de Colonia. Sin duda queria que los príncipes le agradeciesen su libertad, porque se anticipó á las órdenes que no llegaron sino cuando estaban ya libres. Quizá esperaba entablar un tratado á favor de esta atencion; pero ya era tarde. No se sabe, sin embargo, si á falta de un convenio, Mazarino disfrutó del placer de inspirar á los príncipes en medio de la espansion y cordialidad que reinaron en la mesa, prevenciones contra sus libertadores. Condé, Conti y Longueville llegaron el 16 á Paris. El duque de Orleans les salió al encuentro, acompañado del coadjutor y del duque de Beaufort. Fueron presentados á la regente por Gaston, que ya la víspera la habia ido á ofrecer sus servicios. Estas dos entrevistas fueron igualmente frias; pero todos los grandes, aun sus enemigos, corrieron á felicitar á los príncipes: y el mismo pueblo que se entregó á estremos de alegria por su prision, trece meses despues hizo lo mismo por su libertad.

En tanto que duraron las disensiones viéronse muchas alternativas de esta especie no solo en el pueblo sino entre los gefes. Los intereses cambiaron con frecuencia hasta hacerse absolutamente contrarios. Del odio á Mazarino salió la *Honda*, y el príncipe de Condé combatió por el ministro bajo las murallas de Paris; unióse este despues á los honderos, y llegó á ser la víctima de estos y Mazarino reunidos, que le pusieron aherrojado: estos enemigos reconciliados volvieron á dividirse, y la libertad del príncipe, arrancada á la regente fue la prenda de nueva union entre él y la Honda; en fin, reviviendo los gérmenes de la discordia llegaron á cambiar otra vez los intereses.

El triunfo de Condé era completo: Mazarino huia cargado del odio y desprecio públicos. Era de admirar que el príncipe desde el fondo de su prision hubiese tenido sitiado al rey en su propio palacio. Todas las miradas estaban fijas en él como si de su voluntad dependiese la suerte del reino. Los honderos que habian estipulado con él condiciones para sacarle de la prision, se las propusieron de nuevo hallándose ya en libertad, y Condé apreciando tal generosidad, confirmó todas sus promesas; de suerte que se miró el matrimonio del príncipe de Conti y de la señorita de Chevreuse como cosa decidida. Condé tambien lo aguardaba, pero destinado á ser arrastrado siempre por las pasiones é intereses de los demas, cambió muy pronto de ideas.

El duque de La Rochefoucauld odiaba al coadjutor; habíanse dado ya varias veces pruebas de antipatía, que demostraban que por mas que militasen en un mismo partido, nunca podrian marchar unidos. A punto estuvo el prelado de perder todo el fruto de sus afanes y tratados, volviéndose en su contra las armas que templaba; porque cuando se trataba de la union de las dos *hondas*, La Rochefoucauld fué á ver á Mazarino, y sin comprometer nombre alguno le contó cuanto se tramaba, y le predijo que los príncipes serian á pesar de él puestos en libertad, exhortándole á que se apresurase á entrar en negociaciones con ellos. El cardenal no lo creyó entonces, y bastante se arrepintió despues de su ligereza; pero las confianzas del duque no fueron del todo perdidas. Por ellas conoció Mazarino que no le seria muy difícil arrojar la manzana de la discordia entre las dos *hondas*. Retirado á Breuil, casa de campo del elector de Colonia, desde donde dirigia los negocios, indicó á la reina que convendria tratar de ganar á una persona influyente en el ánimo del príncipe de Condé, que le diese á entender que para él seria mucho mas ventajoso estar acorde con la regente que con los honderos. Ninguno era mas apropósito para esta negociacion, de los que rodeaban al príncipe, que el duque de La Rochefoucauld, porque temia que haciéndose el coadjutor necesario, le enagenase la confianza y amistad de Condé; cosa muy probable cuando el prelado se viese apoyado por las gracias y talento de la señorita de Chevreuse, una vez hecha princesa de Conti. La Rochefoucauld sublevó pues contra este matrimonio á la duquesa de Longueville, demasiado dispuesta á tener celos de una cuñada tan amable: predispuso tambien en contra al duque de Beaufort, á madama de Montbazon, y los demas á quienes se habia hecho misterio de este enlace en los tratados. Todas estas personas se unieron y fueron disponiendo al príncipe tanto á separarse de Gondi, como á aproximarse á la reina.

Condé no queria al coadjutor, á quien miraba como un intrigante muy peligroso y osado, capaz de aconsejarlo todo. Mas antes de romper con él cometió en plena asamblea del Parlamento la imprudencia de descubrir el fondo de su corazon. Acababase de pronunciar contra Mazarino la esclusion del ministerio como cardenal. Broussel opinó que se debia hacer estensiva esta especie de proscripcion hasta á los cardenales franceses, bajo el pretesto de juramento que prestaban á un príncipe estrangero. Molé sabia que tal deci-

sion no podia ménos de desagradar estremadamente al coadjutor, porque deseaba con ardor el cardenalato, y especialmente porque de esta dignidad queria hacer un escalon para el ministerio: esta era la razon porque el primer presidente apoyó con tanto ahinco la opinion de Broussel. Casi por unanimidad se admitió la proposicion, y Condé testigo de este concierto, dijo con maligna sonrisa, al ver que todos opinaban lo mismo: «¡Hermoso eco!» Estas dos palabras abrieron los ojos á Gondi sobre las secretas disposiciones del príncipe.

Hubiera debido ya advertirlas antes y sospechar la defeccion de Condé, cuando le vió entrar con cierta complacencia en las miras de la corte apropósito de la asamblea de la nobleza. Habia sido esta convocada para tratar de la libertad de los príncipes: y despues de conseguida, dos ó trescientos nobles continuaban reuniéndose en el salon de los franciscanos, donde habian dado en tratar de los negocios del Estado, aunque sin salir ni una sola vez de los límites del órden y del decoro. Llevaron las cosas al punto de pedir la convocacion de los Estados generales. La regente temió que sino la decretaba, acaso se reunirian por sí mismos: el clero habia ofrecido ya concurrir, y no faltaba mas que el estado llano, para cuyo llamamiento se trataba ya de enviar convocatorias al ayuntamiento de la capital y á las provincias. El duque de Orleans veia con placer la perspectiva de una asamblea, en la cual podia representar un papel tan brillante como ventajoso. Mazarino por el contrario temia esta decision, que probablemente le cerraria para siempre la entrada en el reino. Escribió que debia emplearse para evitar la reunion al príncipe de Condé, que sólo en segundo lugar podia aparecer en ella, y que por lo mismo no podia estar tan interesado en su celebracion. Se habló con él en este sentido y se encargó de insinuar á Gaston que tal asamblea podia llegar á ser muy perjudicial, tanto para la tranquilidad del reino, como para las prerogativas y privilegios de los príncipes de la sangre. El duque convencido se dejó conducir por Condé á la asamblea: allí rogaron á la nobleza que se separase, y obtuvieron esta demanda despues que prometieron que los Estados generales serian convocados á la mayoría del rey, cuya declaracion tendria efecto á fines del año.

Como preliminar de lo que la corte queria obrar por Condé en compensacion de este servicio, se convino con él en hacer una variacion en el consejo. El príncipe veia con disgusto de guardasellos á Chateauneuf, al cual tenia por enemigo de su familia. La reina le complació con tanto mas gusto cuanto que estaba ofendida por algunos secretos ataques que Mazarino debia á Chateauneuf que aspiraba al puesto del cardenal, y se comprometió á llamar á Chavigny, cuya vuelta seria mirada por el duque de Orleans como una afrenta que Condé le habia irrogado. La regente prometió tambien nombrar guardasellos á Molé, muy afecto al príncipe: pero exigió de este en cambio que rompiese el enlace proyectado de su hermano con la señorita de Chevreuse, lo que debia enemistar irreconciliablemente á Condé con el coadjutor.

Algunas dificultades encontró Condé por parte de su hermano. Conti estaba muy contento por el compromiso que le habian hecho contraer en la prision. Amaba á la señorita de Chevreuse con toda la pasion de un primer amor, y estaba cada vez mas prendado de ella, tanto por las gracias seductoras de que la naturaleza la habia dotado, como por los consejos de varias personas muy previsoras de la pequeña *honda*, que temian que hiriendo á la grande en una parte tan sensible, se acarrearian los príncipes muchos enemigos que les suscitarian nuevos conflictos. Estas reflexiones no hicieron mella en Condé: exigió de su hermano el sacrificio de su pasion, y le predispuso á complacerle por medio de la pintura que le trazó de la conducta sospechosa de la señorita de Chevreuse, y en general de todas las mujeres que se mezclaban entonces en las intrigas políticas, siendo en las habitaciones de aquellas casi todas las citas nocturnas que tenian por pretesto los negocios públicos. Contadas á Conti por el mismo Condé las frecuentes visitas del coadjutor á la casa de Chevreuse, y las congeturas y murmuraciones que eran su consecuencia, le disgustaron enteramente, y se desazonaron sin guardar las consideraciones que se deben á todo el mundo, y en especial á una parienta.

Este golpe tan ruidoso fué seguido de las variaciones que la reina habia prometido al príncipe. El 3 de abril participó al duque de Orleans que llamaba á Chavigny al consejo, y que separaba á Chateauneuf, poniendo en su lugar á Molé. Gaston, lugarteniente general del reino, quiso quejarse de que disposiciones de tal monta se formasen sin su intervencion. «Otras muchas habeis tomado vos sin contar conmigo,» respondió orgullosamente Ana de Austria. La *honda* se quedó aturdida de tanta altivez, y todavía mas de la manera cómo tomó Condé este suceso. Concurrió con Beaufort y otros miembros de la pequeña *honda* á la asamblea que Gaston convocó en el Luxemburgo, para determinar lo que convenia hacer en aquellas circunstancias. El coadjutor no tituheó en opinar que era preciso que el duque de Orleans enviase á quitar los sellos al primer presidente. «Tal consejo, dijo el duque de La Rochefoucauld, tiene todas las trazas de un llamamiento á la sedicion.» Condé se negó á emitir su dictámen, porque él no entendia nada de la guerra de intrigas. «Hasta me siento perezoso, dijo, en todas las ocasiones de tumulto popular y sedicion.» Dichas estas palabras se retiró con Conti y Beaufort a una pieza vecina á la sala donde se celebraba el consejo, como para hacer ver que no queria tomar parte en aquella cuestion. El coadjutor que conoció que á él se dirigian aquellas palabras, decidió vengarse. No solo él sino las señoras del partido que allí estaban, acosaron al duque para arrancarle una resolucion estrema: este, casi inclinado ya á complacerles, les dijo: «Mas si nos decidimos á esto es preciso arrestar al momento, así á ellos como á mi sobrino Beaufort. Decid una palabra, esclamó la señorita de Chevreuse que tenia tambien su injúria particular que vengar: con una vuelta de llave está todo hecho. Dejad á una jóven el honor de prender á un vencedor en batallas.» Al mismo tiempo tomó la direccion de la puerta para ponerlo en ejecucion; pero el duque de Orleans la contuvo, y los tres príncipes salieron pocos momentos despues del Luxemburgo, riéndose del conflicto en que dejaban al coadjutor, é ignorando el peligro que acababan de correr ellos mismos.

Gondi importunó por muchos dias á Gaston para que no dejase impune la afrenta que le habia sido hecha. Le ofreció la ayuda del pueblo y la cooperacion del Parlamento, con cuyos elementos se prometia, á pesar de Condé y Molé, hacer á la reina arrepentirse de lo obrado. Ana de Austria por su lado trataba de calmar el resentimiento de su cuñado. Haciale para ello ofrecimientos y promesas capaces de seducirle. El tiempo y las instigaciones causaron al fin mella en el carácter versátil del duque. El coadjutor llegó á conocer que sus consejos violentos y á veces hasta su presencia le disgustaban, y así temió el ser, como tantos otros, sacrificado por Gaston y arrestado. Este temor le sugirió una resolucion estraordinaria que los acontecimientos justificaron hasta mas allá de sus esperanzas.

Sabia cuanto ascendiente podian darle sobre el pueblo el aprecio de los curas y la veneracion de los devotos: sabia tambien que esto no era difícil lograrlo, siempre que mostrara algun celo por su clero y se dedicara á las funciones de su dignidad de una manera que indicase su renuncia á los demas negocios. Estaba persuadido de que por muy fuerte que se encontrase entonces la corte no conseguiria sacarle de entre su rebaño, y lo que podia peor esperar era, segun él, vivir tranquilo, querido y respetado, pudiendo muy bien acontecer que la reina se llegase á ver en la precision de buscarle. Hechas estas reflexiones fué á ver el prelado al duque de Orleans, y pretestando la perplegidad en que se encontraba su alteza entre el deseo de defender á su favorito y el de satisfacer á la reina, le dijo que para sacarle de tal conflicto renunciaba á los negocios públicos para consagrarse en lo sucesivo esclusivamente á los negocios de su ministerio. Gaston recibió esta noticia del coadjutor con el mayor contento, puesto que semejante resolucion le llegaba con la mayor oportunidad. Confesó al coadjutor, con una especie de vergüenza, que en aquellas circunstancias le hacia con ello un señalado favor: le prometió su proteccion contra cualquiera tentativa, y concertó con él una correspondencia secreta que el prelado no se precavió de rehusar. Gondi fue en seguida á participar su resolucion al príncipe de Condé, que se chanceó con él, y le deseó buen exito. El príncipe de Conti le felicitó por su conversion, y le dijo al separarse: «Adios, hermano ermitaño.» La duquesa de Longueville y las otras damas no economizaron con él las chanzonetas y sarcasmos. Respondióles siguiendo su buen humor, y se retiró á su palacio, de donde no salió mas que para predicar, confirmar, oficiar de pontifical y asistir á otras funciones religiosas. Sin embargo no se fió lo bastante en la inviolabilidad que al parecer le daba esta egemplar conducta, para no tomar otras medidas que le pusiesen á cubierto de una sorpresa. Tomó á sueldo oficiales escoceses que escapados de la espada de Cromwel se habian refugiado en Francia, y los apostó en las casas que rodeaban su residencia; mas á su inmediacion fueron colocados nobles franceses con soldados resueltos. Hizo meter en una de las torres de la catedral polvora y granadas, y diariamente eran renovadas las provisiones de boca para poder sostener un bloqueo de algunos dias y dar tiempo al pueblo de reponerse y socorrer al coadjutor si era atacado. Con estas precauciones medio pacíficas y medio guerreras esperó Gondi tranquilamente el desenlace de los acontecimientos que la fermentacion general anunciaba.

Muchas semanas transcurrieron durante las cuales se esmeró cuanto pudo en sostener las apariencias de una regularidad ejemplar, sin privarse por eso de sus visitas á casa de Chevreuse y de las otras distracciones que podia robar á la atencion del público. Llegósele á creer totalmente separado del mundo y no se volvió á hablar de él mas que para comentar irónicamente esta retirada. Desembarazado de este rival, el príncipe de Condé quedaba dueño del campo. Se conciliaba el afecto del pueblo con demostraciones continuas de odio contra Mazarino y su partido. Como no se veia al duque de Orleans ni al coadjutor en el Parlamento, esta corpora-

cion se acostumbró á mirar á Condé como el mas firme apoyo de sus acuerdos contra el cardenal proscrito. El por su parte no cesaba ó por si mismo ó por sus emisarios de dar materia al Parlamento para nuevas deliberaciones. Eran denunciados á las cámaras cuantos tenian relaciones con el desterrado, sus banqueros, sus criados, los cortesanos que le iban á visitar á Breuil, los que hablaban á su favor, y sobre todos estos objetos recaian acuerdos y sentencias encaminadas no tanto á herir á aquellos que eran nombrados, cuanto á alimentar el odio en los corazones.

La reina se revestia de paciencia con la esperanza de que todo tendria fin por el tratado que entonces negociaba con el príncipe, y quiza exageraba él su animosidad contra el ministro de una manera tan ostensible por hacerse pagar mas caro el cambio de opinion; pero á medida que esta princesa concedia, aumentaba Condé sus pretensiones. Tan grande era sin embargo su deseo de restablecer á Mazarino, que ella llegó á conformarse el 1.° de mayo con que el príncipe de Conti disfrutara del gobierno de la Provenza y del de la Guyena con todos sus derechos y regalias, de muchas ciudades y fortalezas adyacentes, de empleos, honores y dinero, asi para él como para los que le fuesen leales. De este modo se habria formado Condé un pequeño reino de facil defensa por la vecindad de los españoles, limítrofes de la Provenza, y hubiera podido inquietar á la Francia por la parte de los Paises Bajos, valiéndose de Stenay que se le dejaba.

Algunos escritores pretenden que estas condiciones solo fueron otorgadas con el fin de hacer odiosa la ambicion del príncipe así que fuesen públicas, y que jamás la reina las habria ejecutado. Otros dicen que indudablemente las hubiera llenado sin las representaciones del cardenal, que la escribió desde Breuil una carta atestada de sólidas razones, y cuyo fin, si es cierto, hace honor á su desinterés. «Vos sabeis señora, la decia, que el mayor enemigo »que tengo en el mundo es el coadjutor; pues bien: os aconsejo »que echeis mano de él primero que sucumbir á las condiciones que »exige el príncipe. Haced á aquel cardenal; dadle mi empleo; po»nedle al frente de mi departamento. Será acaso mas inclinado al »duque de Orleans que á vuestra magestad, pero el duque no quie»re la ruina del Estado. Sus intenciones en el fondo no son malas. »En fin, todo, señora, antes que pasar por las exigencias del prín»cipe; si las consiguiera, habria que llevarle luego á Reims.»

En vista de esta carta la reina no titubeó en llamar al coadjutor. Envióle un billete de garantia: cogió el billete, le besó respetuosamente arrojándolo despues al fuego y fué á verla aquella misma noche. Desde luego le propuso la regente que se reconciliase sinceramente con Mazarino, y para alcanzarlo empleó ella razones, ruegos y hasta melindres mugeriles: armas poderosas contra el coadjutor en manos de una mujer hermosa todavía y rodeada del esplendor del trono. Gondi se negó no solo á reconciliarse, sino ni aun á aparentarlo, diciendo que tal apariencia no serviria mas que para hacerle daño, sin ningun bien al ministro; que el pueblo y el Parlamento le creerian tan enemigo como siempre del cardenal; que llegaria á perder todo su crédito poniéndose en estado de no poderle servir, lo que fortificaria infinitamente el partido del príncipe; que convenia pues que en apariencia fuese constantemente opuesto al prelado y á su vuelta. «Mas en realidad, decia la reina, es necesario convenir en que es lo mas estraño del mundo que para servirme haya de ser preciso que seais enemigo del que tiene mi confianza. ¡Si vos lo quisierais!.. añadia afectuosamente, ¡si vos lo quisierais!...» El coadjutor embarazado con este ataque, quiso valerse del duque de Orleans, diciendo que antes de consentir este á Mazarino otra vez en el ministerio, se pasaria al partido del príncipe. «Poneos de mi parte, respondió vivamente la reina, y yo me burlaré de vuestro duque de Orleans, que es el último de los hombres.» Le ofreció en seguida el nombramiento de cardenal y una plaza en el Consejo, instigándole á que aceptase la de primer ministro. No quiso admitir esta última, porque conocia demasiado que no se le ofrecia mas que *por llenar el nicho* en que seria reemplazado por el verdadero santo tan pronto como se pudiese. «Por último, le dijo la reina en tono apremiante: yo estoy dispuesta á hacerlo todo por vos; ¿qué hareis vos por mí?—Vuestra magestad, respondió él, me permite que diga lo que se me ocurre, por mas que envuelva alguna falta al respeto que debo á la sangre real?—Decid, decid, repuso la reina con viveza.—Pues bien, señora, obligaré al príncipe á que salga de Paris antes de ocho dias, y al duque de Orleans desde mañana.—Tomad, dice ella alargándole su mano; despues de esto sois cardenal, y á mas el segundo de mis amigos.» Los pasos necesarios para la realizacion del proyecto fueron materia de dos conferencias. Para los pormenores apoderó la reina á la Palatina, que fué la mediadora entre Mazarino y el coadjutor. Ana de Gonzaga habia declarado que solo serviria á los príncipes hasta que estuviesen en libertad. Cumplió su palabra poniéndose despues del lado de la reina, á quien no abandonó despues; pero seguia sosteniendo sus antiguas relaciones en el otro partido, que la sirvieron de mucho en esta ocasion. Gondi depositó en ella entera confianza. Se convino entre ellos que se volveria á Chateauneuf el empleo de guardasellos separando á Molé; que el mismo Chateauneuf ocuparia el puesto de primer ministro, y que tan pronto como tuviese él preparada la opinion por medio de escritos que meditaba, se presentaria al Parlamento; pero, decia á la reina, «á condicion de que todo esto no tendrá por objeto volver á Mazarino al ministerio.—Sois un verdadero demonio, le contestó la reina sonriéndose.» Gondi comunicó todo esto al duque de Orleans que se mostró muy satisfecho, porque iba á ser humillado el orgullo de Condé. «Hé ahí, dijo á sus confidentes, al príncipe y al coadjutor en pugna, y yo pienso darme buen rato con sus querellas:» dicho que pinta fielmente el carácter de tan *estraño señor*, como le llamaba Ana de Austria.

La gran *honda* principió la guerra contra la pequeña por medio de hojas volantes y folletos ya serios, ya jocosos; pero siempre picantes en cuanto hacian públicas las ambiciosas miras del príncipe y las que le suponian. «La importancia de los gobiernos de Gu»yena y Provenza fué exagerada; la vecindad de España é Italia fué »supuesta; los españoles que todavía no habian evacuado á Stenay, »aunque el príncipe tuviese la ciudadela, no fueron olvidados. Es»ta era idea de Caumartin, dice Gondi, de que yo sacaba todo el »jugo posible.» Las mismas observaciones circularon muy pronto en las conversaciones particulares; y cuando el público estaba mas distraido con tales cuentos en el mes de junio, se soltaron en un dia mas de cincuenta ciegos por las calles de Paris que gritaban: «La apologia de la antigua y legítima *honda*; la defensa del coadjutor; la carta del Mayordomo al cura; el Verosimil; el Solitario; los intereses de la época é intrigas de la paz, etc.;» y al mismo tiempo el coadjutor saliendo de su retiro, se presentó bien acompañado en el palacio.

Como rivales que van en el palenque á dirimir su querella con la espada preludiando su combate con el saludo, así el coadjutor hizo una profunda reverencia al príncipe al entrar en la sala, siendo de la misma manera contestado por Condé. Midiéronse algunos momentos con la vista y entraron en la gran cámara. Tenia el príncipe la costumbre de declamar contra Mazarino y su camarilla; pero este dia recargó sus ordinarias declamaciones. Deploró que la fuga del prelado en nada hubiese cambiado el estado de las cosas: que desde su destierro gobernaba el reino como antes; que se veia sin cesar en el camino de Breuil á Paris á los Berthel, Brachet, Milet y al abate Fouquet, que le llevaban la correspondencia de la regente y volvian con las respuestas que en los negocios eran siempre egecutadas; que el consejo dependia mas que nunca de Mazarino, puesto que le componian sus protegidos Le Tellier, Servien y Lionne subministros que no osaban separarse de su voluntad en lo mas insignificante, que en vano el Parlamento habia libertado á la Francia de la tiranía del italiano, si dejaba reinar á sus confidentes. Por consecuencia de estas consideraciones concluia Condé pidiendo la espulsion de todos estos.

Pareció duro aun á muchos de los que odiaban al cardenal que se hubiese de exigir á la reina, ademas del sacrificio del primer ministro, el de los demas, comenzando á desaprobar algunos miembros del Parlamento el encarnizamiento con que el príncipe mortificaba á la regente. El coadjutor penetró sus disposiciones y confirmó su conducta. Lejos de rebatir los golpes dirigidos á Mazarino, apoyó la opinion del príncipe con respecto á la necesidad de cerrar para siempre al cardenal la entrada en el reino; en cuanto á los subministros nada dijo personalmente ni en favor ni en contra de ellos. Dió solamente á entender que puesto que la reina se habia prestado á los deseos del Parlamento en lo esencial, no debia hostigársela tan vivamente por lo accesorio. Este sistema de moderacion fué adoptado por el mayor número. Se calmó la efervescencia de los ánimos, y en pocos dias se adquirió el coadjutor en la asamblea de las cámaras tanto influjo como tenia el príncipe.

Entonces dieron principio los manejos para obtener mayoría. Se echó mano de arengas insultantes, graves imputaciones y recriminaciones picantes, de lo que se siguieron las odiosas personalidades, cuyo pormenor es mas bien objeto de las memorias particulares que de la historia. El afan de herirse en secreto era el que aguzaba los dardos que en público se disparaban. Condé, llegó á saber por fin que el coadjutor entraba con calor en la animosidad de la regente contra él; que habia aprobado el proyecto de arrestarle otra vez, y hasta propuesto los medios de verificarlo. Este proyecto y estos medios fueron revelados al príncipe por emisarios de la reina, que aparentaba no tener otras miras que deshacerse de la grande y la pequeña *honda*, procurando que se destruyese una á otra. Condé se alarmó y huyó á San Mauro, de donde no volvia sino bajo la garantía del duque de Orleans, quien por cierto, tenia entonces poca voluntad y poder para defenderle. La escision que reinaba en la casa real, estalló en todas partes, y principalmente en palacio, cuyas salas llegaron á ser como campos de batalla, donde no era raro ver cuatrocientos ó quinientos militares armados é igual número de ciudadanos con pistolas y puñales bajo

sus capas. La mayor parte no tenian quizá para arrimarse á uno ú otro partido motivos mas importantes que los marqueses de Canillac y de Rouillac. Encontráronse casualmente ambos en casa del coadjutor al cual acababan los dos de ofrecer sus servicios. Así que el primero observó al segundo, «me dijo, cuenta Gondi, haciéndome una gran reverencia de despedida: yo venia, señor, á asegurаros mis servicios; pero no me parece justo que los dos mayores locos del reino se encuentren en un mismo bando; me voy pues á casa de Condé. Y así lo hizo en efecto.»

Es de notar cual en ocasiones como estas se llegan á exasperar los ánimos, y el grande interés que suele tomar el pueblo en querellas en que debia estar tan poco interesado. Poco importaba á los parisienses que la victoria fuese de Condé ó del coadjutor; sin embargo se apasionaron por ambos partidos con un furor que no toleraba neutralidad; corrian en tropel á las sesiones é invadian las cámaras y las avenidas del palacio; los gefes se servian de esta multitud para dirigir á sus enemigos insultos con cuya odiosidad no querian cargar ellos. Así viendo un dia el príncipe de Conti salir del palacio de justicia á la señora é hija de Chevreuse, que como otras muchas mujeres habian sido llevadas allí por la curiosidad, dió orden á los *gritadores ajustados*, de seguirlas con insultos y silbidos. Mucho trabajo les costó huir de este populacho que las hizo verter lágrimas de ira y vergüenza por las injurias de que las cubria, en algunas de las cuales iba mezclado el nombre del coadjutor. Al dia siguiente apostó este hombres armados que se presentaron al príncipe con gesto amenazante cuando salió, quien á su vez se vió obligado á pasar por delante de aquellas damas haciéndoles reverencias que ellas contestaban con aire altivo é irónico. Estos ataques y otros parecidos tan indecentes como escandalosos, duraron hasta la famosa sesion del 21 de agosto.

Debia agitarse un asunto personal del príncipe. El odio entre él y Ana de Austria habia llegado á un punto que ya no se podia disimular: la reina no ha dicho los motivos, pero sí dado á entender que eran poderosos. «¿Es posible, decia ella al duque de Orleans, que encuentre él en vos acogida despues de lo que me ha *hecho* y lo que no quiero decir?» El agravio conocido era sin duda *la aventura* de Jarsay, que jamás fué olvidada. Lo que ella no decia serian quizá los sarcasmos que Condé, naturalmente satírico y burlon, dejaba escapar acerca de su afecto á Mazarino, y ataques poco honrosos que se permitió algunas veces, como apoderarse de cartas que ella escribia á su ministro y presentarlas en pleno Parlamento, queriendo abrirlas y leerlas públicamente, indiscrecion de que esta corporacion, á pesar de su prevencion contra ella no quiso hacerse cómplice: así Ana se dejaba decir en su furor: «él ó yo pereceremos.» Si ella no quiso hacerle asesinar, es cierto á lo menos, que cuando proyectó arrestarle segunda vez, pensó valerse de medios que no podrian emplearse sin poner en peligro la vida del príncipe; y madama de Motteville su apologista dice que fué consultado por la reina un casuista para saber si podria en conciencia valerse de tales medios.

El príncipe amenazado, aunque no supo toda la estension del peligro, habia creido deber tomar precauciones. No asistia á la corte y ponia gran cuidado en evitar encuentros fortuitos desde un dia en que corrió riesgo de ser arrestado, pues se encontró con el rey, yendo él casi solo. El estado de las cosas le hacia prever, que no podria subsistir por mucho tiempo como se hallaba flotando entre pugnas y reconciliaciones, gozando de un crédito precario que dependia del capricho de un pueblo inconstante y de las resoluciones de una corporacion que era preciso engañar ó seducir á cada paso. Las negociaciones que se emprendian para llegar á un estado normal teníalas por emboscadas, y con esta prevencion lejos de romper sus inteligencias con los españoles las fortificaba cada vez mas. Hizo marchar á su esposa é hijo á Montrond, plaza fuerte que le pertenecia en Berry, y separó algunas tropas con que contaba de las del rey, temiendo que un dia fuesen envueltas. Por todos estos pasos, algunos de los cuales no dejaban de dar motivo, fué acusado por la reina ante el Parlamento del crímen de lesa magestad por medio de un escrito que fué presentado á la asamblea de las cámaras el 17 de agosto. El Parlamento acordó que se pidiese á la reina que esplicase mas claramente algunos puntos de la acusacion que no estaban bastante determinados; y en esta sesion del 21 de agosto debia pronunciar sentencia, tanto sobre los agravios dichos, como sobre las recriminaciones del príncipe que atribuia todo á la maldad de los subministros Le Tellier, Lionne, y Servien, cuya espulsion del reino pedia.

Desde mucho atrás, los gefes de las dos *hondas* no se presentaban en el palacio sino con fuertes escoltas. Fueron reforzadas considerablemente en esta ocasion en que iba á decidirse quien venceria, si el príncipe ó la reina, de la que el coadjutor era el campeon. Desde la víspera habia el prelado reunido su gente y señalado á cada uno su puesto. Envió gran número á las salas; ocultó á otros en los gabinetes, corredores y escaleras: unos debian atacar de frente á los partidarios de Condé, otros por el flanco ó por detrás. De esta manera la gran cámara se encontró como sitiada: los armarios de los departamentos de descanso estaban llenos de granadas, y dió por contraseña á los suyos *Nuestra Señora*. Llegó el primero al palacio en la mañana del 21 de agosto. Condé se presentó una hora despues con un cortejo menos numeroso, pero compuesto de oficiales y nobles, valientes y aguerridos todos, que llevaban por contraseña *San Luis*. Todos estos que veian en los del bando opuesto parientes, amigos ó simples conocidos, se mezclaron luego con ellos, poniéndose á conversar esperando órdenes cuya causa y objeto eran ignorados por la mayoría. Habiendo ocupado su asiento el príncipe, dijo que no podia maravillarse bastante del estado en que se encontraba el palacio; «que parecia mas bien un campo de batalla que el templo de la justicia; que habia posiciones tomadas, señales convenidas, y otra porcion de medidas guerreras adoptadas: que no concebia como pudiese haber en el reino personas tan insolentes que osasen disputarle el primer lugar.» Esta última frase fué repetida por él dos veces, mirando de hito en hito al coadjutor, que por contestacion le hizo una gran reverencia y le dijo: «sin duda alguna, tampoco yo creeria que hubiese en el reino quien fuese osado á disputar á V. A. el primer lugar; pero hay personas que no pueden ni deben por su dignidad, cederlo mas que al rey.—Yo os lo haré dejar, respondió el príncipe.—No será muy fácil, » repuso el coadjutor. Se movió en aquel instante un rumor general favorable al prelado. Los presidentes y los consejeros ancianos se pusieron en medio de ambos bandos rivales. Molé les conjuró en el nombre de San Luis y por el bien de la Francia que diesen tregua á su animosidad y no ensangrentasen el templo de la justicia. Se logró al fin calmarlos. Condé consintió en hacer salir del palacio á sus amigos, y Gondi fué á despedir los suyos. Al volver á la cámara, queriendo abrir las dos hojas de la puerta que estaban entornadas, el duque de La Rochefoucauld que allí se hallaba, cerro de pronto y le cojió en tal disposicion que quedó el coadjutor sujeto con la cabeza dentro de la cámara y el cuerpo fuera. «Que le maten» gritó el duque. Uno de los partidarios de Gondi y Champlatreux, hijo del primer presidente, acudieron al momento. Al mismo tiempo, habiendo echado mano á las espadas algunos imprudentes, en un abrir y cerrar de ojos se vieron mas de cuatro mil desenvainadas: «mas por una maravillosa casualidad de que acaso no ha habido ejemplar, estas espadas, estos puñales y estas pistolas se quedaron sin accion.» La sangre fria del marques de Crenan, capitan de guardias del príncipe de Condé, salvó á todos aquellos valientes. «¿Qué es lo que hacemos señores? esclamó; lo que debemos hacer es cortar la cabeza al príncipe y al coadjutor que así nos comprometen. ¡*Schelm* (palabra alemana que significa infame) el que inmediatamente no vuelva el acero á la vaina!» Una aclamacion general de ¡*Viva el rey*! salida de los dos partidos resonó en un instante y se marcharon en seguida unos y otros. Al volver á su asiento apostrofó duramente el coadjutor al duque de La Rochefoucauld, que no le respondió con menos acritud. Los amigos tomaban ya parte en la querella, cuando los ancianos interpusieron sus ruegos y reflexiones. Se levantó á las diez la sesion, y se fué cada uno á su casa con la agitacion producida por la proximidad de un peligro tal como el que acababan de pasar. Esta agitacion llegó á estenderse en la ciudad, y durante toda la mañana habia sido sostenida por la incertidumbre del resultado. El populacho corria, gritaba y alarmaba á la poblacion. Los ciudadanos se reunian y se escitaban mútuamente al ataque y á la defensa. Los pocos obreros que trabajaban tenian las armas á su lado, y bastaba solo el fuego de un mosquete para abrasar toda la ciudad. «¡Qué dia de júbilo para Mazarino! decia Condé. ¡Y es posible que sean sus dos enemigos capitales los que hayan de proporcionárselo!»

Cuando se calmó un tanto la conmocion, reflexionaron unos y otros sobre los desmanes á que estuvieron á punto de entregarse, y un sentimiento de vergüenza se apoderó de ellos. La mayor parte de los consejeros del Parlamento abrió los ojos. Llegaron á conocer que creyendo interesarse por el bien público, no habian hecho mas en realidad que fomentar intrigas de corte; desde entonces cambió la opinion, y los mas sensatos lograron por algun tiempo hacer prevalecer sus ideas. En las sesiones siguientes, en lugar de debatir las pretensiones particulares de los gefes, se decidió que urgia ver de reconciliar la familia real. El duque de Orleans fué solicitado para intermediario. Molé indicó al coadjutor que convenia cediese al príncipe de Condé. El prelado se abstuvo de asistir á las asambleas; hízose valer para con el príncipe esta deferencia, y se arregló á satisfaccion de todos la cuestion de los subministros: Condé no logró el placer de verlos separados nominalmente por un decreto, declarados indignos de poseer empleos y desterrados, como exigia; pero consiguió que no se presentaran en público como tales ministros.

La regente no exigia al príncipe en pago de su condescendencia sino que volviese á la corte á ocupar sin intrigas el puesto que á su rango correspondia; pero Condé desconfiaba de tanta complacencia:

temia las ocasiones en las cuales presumia que Ana de Austria pudiera ejercer la mala voluntad que la suponia siempre. Por esta sola razon se negó á asistir á la sesion régia celebrada el 7 de setiembre para proclamar la mayoría del rey. En esta ceremonia Luis XIV reconoció solemnemente la inocencia de Condé, atacada por la reina en su escrito al Parlamento. Ana de Austria queria que el príncipe se contentara con una satisfaccion por su parte; pero por las impu-



Tentativa de evasion del príncipe de Condé.

taciones que aludian á la seguridad del Estado, y que llevaban consigo la calificacion de crimen de lesa magestad, Condé representó que una simple satisfaccion ó desagravio no bastaba, y por eso se le concedió una declaracion revestida de todas las fórmulas. Mas la reina le hizo sufrir al mismo tiempo una mortificacion que compensó aquella ventaja. Segun lo habia convenido con el coadjutor, separó del consejo á Chavigny, partidario del príncipe, que disgustaba al duque de Orleans, y volvió á llamar á Chateanneuf, el patriarca de los honderos, odiado por Condé; y el destino de guardasellos, que habia sido dado al primer presidente y quitado despues, le fué devuelto, porque partidario y todo como era de Condé, se le creia de bastante energía para sostener contra él la autoridad real.

Gaston, siempre irresoluto, amigo débil y picado aun de una secreta envidia contra el príncipe, habia fluctuado en el curso de estas cosas entre él y Ana de Austria. En lugar de servirse de su cualidad de tio del rey y lugarteniente del reino para contener á los dos partidos, se habia hecho alternativamente instrumento del uno y del otro: era constantemente de la opinion del último que le hablaba. Cuando la proclamacion de la mayoría, estaba ligado á la regente por el coadjutor. Vió por consiguiente el príncipe en su contra á los pocos dias al Parlamento, donde, sin embargo, contaba aun con algunos amigos que Molé contenia; á la capital, predispuesta por el coadjutor; al poder real, que por la declaracion de la mayoría habia recobrado toda su plenitud; y al Consejo, donde no tenia ya partidarios ni amigos. Esta posicion falsa le dispuso á dar oidos á aquellos de sus confidentes que esperaban alguna ventaja de los trastornos. Mazarino, que sobre todo temia á Condé al frente de un ejército, burló su resolucion. «Todo, escribia á la reina, concededlo todo; todo es bueno, señora, con tal que impidais que salga al campo.» Se le propuso en consecuencia que se retirase á su gobierno de la Guyena, con un poder muy estenso y la promesa de convocar en el año siguiente los Estados generales para poner remedio á los abusos que denunciaba. Condé, cubierto de laureles, Condé, que por confesion del mismo coadjutor, su enemigo, no miraba la cualidad de gefe de partido sino como una desgracia, veia con gusto esta retirada, que debia ponerle al abrigo de tentativas que contra su vida ó libertad recelaba de la corte; pero para efectuarla tropezaba con dificultades que exigian nuevas negociaciones.

Muchas veces por efecto del cansancio que despues de las grandes vicisitudes se apodera del ánimo, se prefiere tomar un mal partido á volver á deliberar. Desde su prision el príncipe vivia enmedio de un laberinto de intrigas y ocupado de continuo en concertar planes, sostener inteligencias secretas, formular exigencias y rechazar acusaciones; en hacer en fin lo que se llama la guerra de gabinete, tan desagradable para quien por aficion ó estado no la elija. Habia marchado de Chantilly y tomado la direccion de la Guyena que él pensaba convertir en teatro de sus proezas ó lugar de descanso. Detúvose en el camino en una casa de campo donde es-



La madre del príncipe suplicando al Parlamento.

peraba, á una hora convenida, un correo portador de las resoluciones conciliadoras del Consejo. Interin se encontraba en el estado de ansiedad que esperimenta todo hombre en vísperas de un acontecimiento de que pende su porvenir, llegaron á advertirle que se aproximaba un escuadron de caballería destinado sin duda contra él, al paso que el esperado correo no parecia por una equivocacion de nombre, pues se habia dirigido á Augerville en el Gatines, en

lugar de Angerville en Beauce. Entonces sus amigos que en su mayor parte deseaban la guerra por miras particulares, le escitaron á que no se dejase sorprender. Muéstranle las provincias del Mediodia de la Francia como dispuestas á pronunciarse en su favor; á su discrecion las rentas reales, los españoles prontos á acudir en su ayuda con una flota y un ejército formidables; y diez mil franceses, antiguos compañeros de sus glorias, que estaban diseminados en guarniciones cercanas, y esperaban solo el llamamiento para unirsele. «La reina, le decian, no tiene ni recursos, ni crédito, ni consideracion. Todas las tropas están ocupadas en la frontera: os encontrareis pues á poca costa dueño del interior. Las concesiones que os hacen no son mas que pruebas de una debilidad que se intenta ocultaros. Tratan únicamente de enfriar vuestro ardor y envolveros en eternas negociaciones. No os dejeis engañar: romped de una vez el nudo; que solo así podreis salir bien.»



Entrada de Luis XIV y de su esposa en Paris.

Entre tantos como impelian al desgraciado príncipe á un abismo no hubo uno solo que fuese bastante amigo para representarle las inquietudes, los pesares y los remordimientos á que se iba á entregar; inquietudes por sus propios cómplices, de quienes un gefe de partido es siempre el primer esclavo; por sus enemigos, por el pueblo y por todos aquellos cuyos caprichos no se pueden rechazar y cuyas traiciones se deben temer; pesares por los reveses, las privaciones y hasta las mismas ventajas cuya gloria es oscurecida por la tacha de rebelion; remordimientos, por desgarrar el seno de la madre patria, por minar un trono que debia sostener, y en fin, por echarse en brazos de los enemigos de su nacion, teniendo acaso que llegarse á ver forzado á mendigarles un asilo que solo se obtiene frecuentemente por el sacrificio de los mas sagrados deberes. No puede dudarse de que Condé, á pesar del entusiasmo que se trató de inspirarle, hubiera hecho estas reflexiones, padeciendo su ánimo al prever las consecuencias de este paso. «Puesto que lo quereis, decia en una reunion de sus amigos, haré la guerra; pero recordad algun dia que muy á mi pesar desenvaino la espada, y que aseguro que seré quizá el último á envainarla.»

Apenas fué desplegado el estandarte de la rebelion, los partidarios del príncipe decidieron como primera hazaña apoderarse de la persona del coadjutor y sacarle de Paris. Ya habia este prelado corrido peligros del mismo género durante la prision de los príncipes cuando maquinaba contra el cardenal. Madama de Guimené, una de las mujeres á cuyas casas concurria Gondi por las noches, hizo amueblar una gruta que tenia en un punto retirado de su jardin, y ofreció al ministro retener en ella al coadjutor cuando la fuese á ver sustrayéndole á la vista de todo el mundo, á condicion de que no se le haria daño alguno y que seria ella su guardiana. Mazarino no aceptó el ofrecimiento. Algunos rivales de amoríos y aduladores ofrecieron tambien al ministro atentar contra la vida de Gondi, pero aquel nunca quiso prestarse á tan criminal venganza En esta ocasion no se queria atentar mas que á su libertad. El plan fué concebido por Gourbille, hombre intrépido y sagaz, que por sus talentos y lealtad habia pasado de la caballeriza del duque de La Rochefoucauld, á la antecámara, á la mesa, y á la intimidad sucesivamente de su amo. El coadjutor, sin cuidarse de que un gefe de partido tiene fija sobre sí la atencion de todos, vivia en la capital en la mas completa seguridad. Despues de destinar el dia á los negocios iba á pasar las noches, ya en casa de la Chevreuse, ya de otras señoras, y ordinariamente despedia su carruaje y criados. Sobre esta conducta, que era harto conocida, basó Gourbille su plan. Salió del Angoumois sin dinero y sin gente. En el camino se encontró á un colector de tributos, y dándole un recibo á nombre del príncipe le arrebató cuanto llevaba. Una vez en Paris, Gourbille tomó algunos perdidos dispuestos á todo, y escribió á Dambilliers, plaza perteneciente á Condé, para que el gobernador le enviara alguna caballería á fin de proteger su fuga y preparar su emboscada. Azares que toda la sagacidad humana no podria prever, la lluvia y otros obstáculos no menos casuales, salvaron por dos veces al coadjutor. Gourbille no se desalentó por eso; pero el proyecto, como confiado á muchos, llegó á saberse. El autor se fugó; pero quedaron á disposicion del prelado algunos de sus cómplices, á quienes tuvo la generosidad de perdonar.

Hubiera, sin duda alguna, sido de mucha utilidad á Condé separar de Gaston el coadjutor, que empleaba su grande influjo sobre él en perjuicio de los intereses del príncipe. Hubiera sido, por el contrario, de grande sentimiento para Gondi, el verse reducido á la impotencia por un arresto, cuando precisamente se presentaba á sus ojos tan agradable perspectiva. Disfrutaba á la sazon para con la reina de una consideracion ilimitada. Lisongeábanle con la idea de que muy pronto podria llegar hasta á sustituir á Mazarino. Las mujeres que creian conocer el corazon de Ana de Austria, le aleccionaban sobre la manera como debia conducirse con ella. «Haceos el distraido á su lado, echad pestes contra el cardenal, y dejad lo demas de mi cuenta.» Gondi fué exacto á estas instrucciones; y Ana que conoció bien pronto estos manejos, no se dió por ofendida, esperando que con ayuda de esta ilusion podria llevar mas fácilmente á término sus miras políticas.

El partido del príncipe se presentó desde luego con apariencias formidables. Los espanoles hicieron poderosos preparativos por mar y tierra, á fin de aprovecharse de la ocasion que se les deparaba: hicieron con él cuantos tratados quiso, y le prometieron mas tro-

pas y dinero que lo que pedia, suministrándole algo desde el principio como para halagarle. Las provincias de mas allá del Loira casi enteras, Guyena, Poitou, Saintonge, Angoumois, y una parte considerable de los otros gobiernos, con lo mas granado de la nobleza que las habitaba, se declararon por el príncipe. Por último, Marsin, que al mismo tiempo que él habia sido vuelto á la libertad y á su gobierno de Cataluña, le llevó una parte de sus tropas, siendo el resultado de esta defeccion que los españoles pudiesen poner sitio á Barcelona; mas las negociaciones de la corte que comenzaron al mismo tiempo que la guerra, entibiaron este primer entusiasmo. Condé en su prosperidad no habia puesto el mayor cuidado en tener contentos á sus amigos. Turena se quejaba de su orgullo; y Bouillon, enfermo entonces, no se encontraba á propósito para el activo movimiento de las facciones. El primero á quien remordia la conciencia por sus compromisos contrarios á la Francia, invitado por una carta del rey, habia solicitado de la corte un negociador que pudiese eximirle del cumplimiento de la palabra que habia dado á los españoles de estar á su servicio hasta la conclusion de la guerra. A consecuencia de estas instancias, Croissy, consejero del Parlamento, habia sido enviado á Stenay para negociar sobre la paz, y hasta se trató de una entrevista entre Gaston y el archiduque; mas la falta de plenos poderes por parte de este último, paralizó las negociaciones. La España, á pesar del estado de postracion que en este año la dejaba reducida, así como á la Francia, á la defensiva sobre las fronteras de Flandes, queria esperar el resultado de la guerra civil que veia proxima á estallar. La negativa de esta potencia á cooperar á los esfuerzos del mariscal para alcanzar la paz, pareció á este un descargo legítimo de sus compromisos con ella, y se prometió tomar otros mas análogos á sus inclinaciones. No costó mucho á la reina ganar á los dos hermanos, á los que puso efectivamente en posesion de las tierras que habian sido prometidas al duque en equivalencia del principado de Sedan. El ejemplo de estos personajes arrastró á otros muchos que fueron á engrosar el partido real; y muy luego, con ayuda de algunas tropas sacadas de las fronteras, se vió el conde de Harcourt, á quien se confirió el mando del ejército de operaciones, en estado de contener los progresos de Condé.

Ana de Austria tomó la resolucion de mostrar el jóven rey á las provincias turbadas, ya por dar seguridad á los que vacilaban, como por inspirar confianza á los súbditos leales; pero temia no poder ser libre en dejar á Paris, y que le fuesen puestos obstáculos por parte del duque de Orleans y del coadjutor que tenian interés en retenerla. En esta ocasion fué cuando recogió ella el fruto de sus contemporizaciones con el presuntuoso prelado, al que habia dejado concebir ridículas esperanzas. El allanó, por solo complacerla, todas las dificultades, y redujo á la nulidad todas las oposiciones que por él eran suscitadas ordinariamente. Habiendo pasado la reina desde Bourges una declaracion al Parlamento contra el príncipe de Condé, cuyo registro sufria dilaciones, porque el duque de Orleans hacia esperar que con el tiempo volveria el príncipe al deber, el coadjutor, solicitado por la reina, echó por tierra el sistema de Gaston, y Ana de Austria logró la satisfaccion de ver el edicto que declaraba á Condé criminal de lesa-magestad, y que habia sido dado en el mes de octubre, registrado el 4 de diciembre.

Todo marchaba bien para la reina. Con solo presentarse habia confinado, por decirlo así, á la duquesa de Longueville y al príncipe de Conti á Burdeos: sus tropas tenian bloqueados en Montrond á la madre y al hijo de Condé. El mismo príncipe á quien se habia hecho esperar que tan pronto como desenvainase su espada, correrian á ponerse bajo su bandera los antiguos compañeros de sus glorias, se encontró reducido á hacer la guerra con reclutas que carecian de disciplina y subordinacion. Muchas veces su valor y capacidad suplieron á su poca fuerza; otras trambien le hizo conocer el conde de Harcourt que no era indigno de luchar con él. El conde se apoderó de los fuertes de La Rochela, hizo levantar al príncipe el sitio de Cognac, y le echó al otro lado del Charenta; mas no se atrevió á pasar este rio. Conocia toda la superioridad de talento de su rival, y no obraba sino con la mayor circunspeccion y como general que desconfia de sí mismo. Las alternativas de esta guerra establecieron entre ambos una especie de equilibrio fatal para el príncipe que tenia necesidad de algunos hechos brillantes. Este estado de cosas duró todo el invierno que la corte pasó tranquilamente en Poitiers. No tenia esta inquietud alguna por Paris, donde el poder del duque de Orleans y del coadjutor estaba contrapesado por el del canciller Seguier y del guardasellos Molé. Por otra parte los negocios interiores y esteriores eran perfectamente conducidos bajo la direccion de Chateauneuf, antiguo y esperimentado ministro, que evitaba á la reina el enojoso conocimiento de los detalles y no la dejaba echar de menos á Mazarino. Era secundado acertadamente por Bouillon, hombre de cabeza y fecundo en arbitrios, el que no gozaba menos de la confianza de la princesa; lo mismo sucedia con Villeroy. Habian estos puesto de concierto á su lado al príncipe Tomás de Saboya, su pariente, á quien ella estimaba mucho, y que hacia, á no dudarlo, el papel de primer ministro; de suerte que se creyó por algun tiempo que llegaria la reina á deshacerse del cardenal. Hizo ella que le insinuasen que convendria se retirase á Roma, donde necesitaria de sus talentos; y respondió á madama de Navailles que la habló en su favor, «ya os debeis figurar que nadie desea como yo su vuelta; mas el pobre hombre es tan desgraciado!... Los negocios marchan perfectamente en manos de estos hombres. Antes de que vuelva es preciso echar de aquí al príncipe.»

Si Ana de Austria llegó á tener esta veleidad, no fué duradera; quizá fué solo su intencion distraer la atencion hasta el momento en que creyese oportuno declararse. No esperó ella, como su prudencia se lo aconsejaba, á que fuese *echado* el príncipe, sino que por una impaciencia que Talon calificó de *ardor femenino*, mientras los sucesos estaban aun equilibrados, hizo decir á los bonderos de Paris que el honor del rey exigia que llamase á su ministro, y les mandó á preguntar si se opondrian á su vuelta. Al oir esta proposicion, el partido se fijó en el coadjutor: éste vió entonces toda la estension de su falta dejando salir á la corte de Paris. Confesó con toda la confusion de un hombre avergonzado de haberse dejado burlar, que esta falta era *de las mas groseras, palpable é imperdonable*, y que despues de cometida, ya no quedaba medio en buena política entre ser de la corte ó del partido de Condé. Sin embargo, tomó uno que se llamó *tercer partido*. Se supuso que el Parlamento no veria impasible infringir sus acuerdos por el llamamiento del proscripto; que nuevos acuerdos, mas encarnizados quizá vendrian en apoyo de los primeros, si se podia sostener al pueblo en su prevencion y mostrarle á esta corporacion dispuesta á secundarle; que seria fácil que los Parlamentos de las provincias se uniesen al de la capital para hacer cumplir sus decisiones; que llegaria de este modo á formarse un partido muy considerable en el Estado: partido que tendria por bandera, no pedir auxilio al estrangero, no tener relacion alguna con el rebelde Condé, ser muy adicto al rey y muy contrario al ministro. He aquí cómo debia formarse el *tercer partido*; pero Gondi se prometia que las cosas no estarian por mucho tiempo en esta especie de equilibrio; que entrando Mazarino por fuerza en el reino, era natural que las poblaciones, obedeciendo á los parlamentos, le opondrian la fuerza, y que llegaria el caso de encontrarse el duque de Orleans al frente de un partido que daria la ley á los otros dos. Este proyecto suponia que la corte dejaria formarse la nube sin tratar de disiparla antes que tomase cuerpo, y que el príncipe ya no trabajaria por su parte; suposicion absurda que hizo decir á Gondi: «que entonces caminaba á ciegas y combatia á manera de los Andebales, es decir, á tientas, y que se lanzaba á los mayores inconvenientes para evitar los mas pequeños.» Estos eran dejar á la reina llamar á su ministro y gozar de un triunfo que Mazarino hubiera noblemente pagado. Los grandes inconvenientes eran, estar rodeado de inquietudes, esponerse á innumerables peligros y acabar realizando la profecía que el coadjutor hacia á Gaston: «Vos sereis príncipe francés en Blois, y yo cardenal en el bosque de Vincennes.»

Ser cardenal era entonces su sueño. Así, cuando los emisarios de la reina trataron de obligarle con la amenaza de revocar el nombramiento si se oponia á la vuelta de Mazarino, contestó sin vacilar: «Si se revoca, desde mañana me paso al partido del príncipe.» Ana de Austria, contenta con haber hallado medio para impedir la reconciliacion de estos dos enemigos, y viendo que solo tenia que contrarestar los acuerdos del Parlamento que ella temia poco fuera de Paris, se dedicó á allanar al cardenal Mazarino el camino de Francia.

Uno y otra estaban en igual perplegidad: ambos deseaban juntarse, y ambos tropezaban con grandes dificultades para conseguirlo. No era prudente en el cardenal, sobre quien pesaban sentencias de proscripcion, atravesar el reino á riesgo de caer en manos de los dependientes de justicia, ni en la reina esponerle á este peligro. Si no se presentaba en la corte, temia él por otro lado ser olvidado. Sabia por lo que le noticiaban sus amigos que la reina parecia vacilar entre el honor de volver á colocar al ministro en su antigua plaza, y el temor de los pesares que le causaria este triunfo. En cuanto al jóven rey, inspiraba á Mazarino completa confianza. Antes de su partida le habia rodeado tan bien de personas que le eran adictas, que deseaban la vuelta del ministro tanto como la regente. Luis asistió á todos los consejos que se celebraron con este objeto; jamás dejó traslucir nada de aquello que firmaba con el carácter de reservado. Mazarino, con cincuenta mil escudos, restos de su fortuna, hizo levas en Alemania. Advirtiendo los cortesanos que con inclinarse á él eran bien mirados, se apresuraron á llevarle gente. Pudo así organizar un ejército de ocho mil hombres, cuyo mando tomó el mariscal de Hocquincourt en la frontera. Todos los oficiales gastaban escarapela verde, color del cardenal, é hizo le precediese una carta al rey, carta concertada, en la cual le decia, que teniendo de él todos sus bienes, no veia empleo mas legítimo que darles que consagrarlos á la defensa de S. M. contra sus súbditos rebeldes.

Estos manejos no pudieron estar ocultos por mucho tiempo al público. El coadjutor trabajó, segun su sistema, en sublevar contra la vuelta de Mazarino el pueblo y el Parlamento, sin que se le pudiese tachar de favorecer la rebelion del príncipe. Escitó á los consejeros honderos á que no sufrieran que impunemente se infringiesen las decisiones del Parlamento, y amotinó al populacho á fin de que sus *ahullidos* contra Mazarino pudiesen asegurar á los que vacilaban, animar a los *antimazarinistas* é intimidar á los demas. Interin no se trató mas que de representaciones, diputaciones al rey y otros medios que no pasaban los límites de la conveniencia y sumision, el primer presidente dejaba correr el torrente; mas por poco que las opiniones tendiesen á medidas violentas, las reprimia vigorosamente, y era todavía apoyado por el mayor número. Habiendo dicho en una sesion un consejero que las tropas que se reunian en la frontera al servicio de Mazarino se burlarian de las órdenes del Parlamento, si estas no eran intimadas por ugieres armados de escelentes mosquetes y buenas picas, oyó un murmullo general de reprobacion. Sin embargo, dice el coadjutor, aquel consejero hablaba harto sesudamente, es decir, que hablaba de una manera muy conforme á la opinion de Gondi, que queriendo en apariencia marchar entre la guerra y la paz, no deseaba en el fondo mas que desórden y conmociones, con tal que otros fuesen tenidos por sus autores.

Tomó á sueldo muchas de esas gentes que con tanta facilidad se encuentran en las poblaciones, gentes á las cuales la vagancia y la miseria tienen dispuestas á todo. Recorrian las calles como furiosos, se detenian delante de las viviendas de los consejeros, y amenazaban con el incendio y pillage á los que aflojaran en la oposicion á Mazarino. Se presentó un dia esta turba ante la casa del primer presidente. Molé trabajaba entonces con dos mariscales de Francia que queria enviar á buscar tropas. Ya sus criados cerraban todas las puertas y se preparaban a la defensa. El magistrado las hace abrir, y se presenta á los amotinados con faz severa, preguntándoles que querian, y amenazandolos con hacerlos ahorcar por sediciosos. Como si hubiesen tenido delante cien cañones dispuestos á esterminarlos, se dispersaron por las calles vecinas: Molé se volvió tranquilamente á su trabajo. Llamóle la reina aquellos dias para ejercer sus funciones de guardasellos; mas se creyó que su objeto era abandonar á la confusion al Parlamento, privándolo de los consejos y direccion del primer presidente. Se fué de Paris á la corte el 27 de diciembre, diciendo al despedirse de la corporacion estas notables palabras: «Yo me voy á la corte, y puesto allí, diré toda la verdad; despues no habrá mas remedio que obedecer al rey.»

Despues que se ocupó en dictar varios acuerdos que ordenaban pesquisas y confiscaciones, y que atacaban en fin á Mazarino por cuantos medios era posible, el Parlamento puso á precio su cabeza el 29 de diciembre; le declaró perturbador del reposo público, criminal de lesa magestad; exhortó á todas las justicias se apoderasen de él, y mandó que fuese vendida su biblioteca, «de cuyo precio en venta, decia la sentencia, se deducirá la cantidad de ciento cincuenta mil libras para ser entregada á quien presente al dicho cardenal muerto ó vivo; disfrutando ademas el que lo presentase de completo indulto por cualquiera otro delito que hubiese cometido.» Esta sentencia no alcanzó la aprobacion de todos los enemigos del ministro. Se decia y con justicia, que el Parlamento debia sentenciar é indicar al poder jecutivo á quién y cómo debia herir, mas nunca herir por sí mismo. ¿Y á quién proscribia? A un gefe del Consejo del rey, á un primer ministro, á un cardenal, á un hombre que solo era culpable de haber agradado á quien lo ocupaba, y al cual sus mayores enemigos no podian echar en cara la menor crueldad. Reducirle al estado del mas infame de los bandidos, á no poder mirar á los hombres que le rodeaban mas que como otras tantas furias y verdugos conjurados en su daño, á no saber dónde encontrar un asilo, y tener que mirar toda la tierra como teatro de su suplicio, era por cierto una situacion bien violenta. El clero se quejó enérgicamente de que se tratase así á uno de sus miembros, y Mazarino quedó hondamente afectado por esta prueba de un odio tan cruel y perseverante.

Sin embargo, á pesar de las sentencias del Parlamento, iba avanzando en Francia rodeado del ejército que mandaba el mariscal de Hocquincourt. Habia entrado por Sedan, y de allí se dirigió á la Champaña para ganar á Poitiers. Su ejército tenia que pasar los rios Yonne, Sena y Loira. El Parlamento pensó disputarles el paso. Nombró tres consejeros, Bertaud, Coudray y Giviers, en apariencia los mas determinados, á los cuales dió comision de salir al paso al cardenal. Segun sus instrucciones hicieron tocar á rebato en las aldeas, rompieron puentes, cortaron caminos y colocaron cincuenta soldados en Pont-del-Yonne, que debia ser el primer paso que forzaria el enemigo. Se retiraron despues al lado de Sens, desde donde contaban hacer lo mismo sobre el Loira. Mas interin ellos marchaban rodeados de paisanos armados, de ugieres y de corchetes, una docena de ginetes de la vanguardia de Hocquincourt cayó sobre ellos: uno pudo salvarse, pero los otros dos cayeron prisioneros. Bertaud llevado ante el mariscal, é interrogado sobre su estado y sus funciones, respondió como el senador: «que solo responderia desde su asiento en el tribunal.» Este atentado de un mariscal de Francia contra dos consejeros del Parlamento que no tardaron en ser puestos en libertad por espresa órden del rey, escitó un sentimiento de indignacion en la asamblea de las cámaras. Unos querian que se decretase su arresto, otros que sin dilacion se le declarase criminal de lesa magestad. «Yo voy (dijo por lo bajo al coadjutor el consejero Barhaumont, hijo del presidente Le Coigneux y conocido por su buen humor), voy á adquirirme una pasmosa reputacion, porque la opinion que emitiré será que se debe descuartizar al señor de Hocquincourt, que ha tenido la avilantez de dispersar á aquellos que iban sublevando el pais contra él.» Se decidió que no fuera el mariscal reconocido por tal gefe del ejército, y sí por fautor y defensor de Mazarino.

Esta distincion fué imaginada para preservar al duque de Orleans de la imputacion de rebelion, y para obtener que dejase obrar á sus tropas en favor de la *Honda*. Tendria este escasamente cuatro mil hombres entre sus guardias y gendarmes y alguna infantería que puso al mando del duque de Beaufort. Unió á estas tropas algunas compañías formadas por señores que le eran adictos y de algunos nobles que se prometian ventajas de servir al tio del rey y al Parlamento. El príncipe de Condé creyó la ocasion propicia para invitar á que hiciesen causa comun con él á todos los enemigos de Mazarino. Despachó un noble á Gaston para que le representase que dividiendo el tercer partido sus fuerzas, seria la ruina del uno ó del otro. Le ofreció sus ciudades, sus fortalezas, sus amigos y sus tropas, con la promesa de ponerse él mismo bajo sus órdenes. Gaston respondió á estas proposiciones con ambigüedades; respuestas dictadas por la doblez del coadjutor que queria tener para con la reina el honor de haber evitado la union de ambos príncipes, y que al mismo tiempo no queria privarse absolutamente de los socorros de Condé.

El mismo enviado se presentó al Parlamento, y pidió sobreseimiento en cuanto á la ejecucion de la declaracion dada contra el príncipe, la union de las principales ciudades del reino y de los príncipes de la sangre, y la autorizacion para cobrar contribuciones y levantar tropas. La palabra *union*, que recordaba la liga, sublevó los animos. «La adhesion de todos los corazones al trono no dejó que hallasen eco aquellas proposiciones. El presidente Mesme, que habia reemplazado á Molé, exageró elocuentemente la ofensa que se hacia al Parlamento creyéndolo capaz de una union que produciria infaliblemente la guerra civil.» «Y al fin, decia Gondi al abogado general Talon, ¿no es tambien una inconsecuencia manifiesta que sea aquí admitido el enviado de un príncipe que vosotros mismos habeis declarado criminal de lesa magestad, y pretender, sin embargo, no desobedecer al rey?—¿Qué quereis? respondió ingenuamente el magistrado; nosotros no sabemos lo que hacemos; estamos ahora fuera de las reglas.» Y repetia sin cesar: «Conservad la autoridad real, porque (añadia prohijando las prevenciones de la mayoría, que le avasallaban tambien), como todos los estremos de oposicion son legítimos respecto al cardenal, así todos los estremos de respeto y deferencia son debidos á la autoridad real, de la que jamás es permitido separarse.» En consecuencia el príncipe no obtuvo mas que su primera peticion sobre el sobreseimiento en la ejecucion de la declaracion dictada contra él, hasta que Mazarino fuese espulsado del reino.

No pareció muy proxima la terminacion de este plazo, á juzgar por el recibimiento hecho al cardenal en la corte. Llegó el 28 de febrero. El rey salió á recibirle á dos leguas de Poitiers acompañado de los principales señores; algunos ministros y la nobleza jóven fueron mas lejos. Los demas cortesanos le aguardaban con la reina que esperó mas de una hora en el balcon del palacio para verle llegar. No tuvo necesidad de que se le instruyera de la situacion de los negocios: se conoció demasiado por su espedicion en el despacho, que nada le estaba oculto. No despidió á Chateauneuf, pero le trató con una altivez que le obligó á presentar su dimision. Este viejo cortesano murió poco despues «cargado de años y de intrigas, que son, dice madama de Motteville, obras bien poco meritorias á los ojos de Dios.» Mazarino al tomar el mando se presentó mas altivo que antes; y Brienne nota que se portaba como hombre «que habia concebido un soberano desden hácia la nacion francesa que no pudiera deshacerse de un estrangero que la era odioso.» Conservó, sin embargo su carácter tímido y enemigo de violencias, y cuantos tuvieron la paciencia de sufrir sin quejarse, algunos desaires insignificantes, quedaron en sus puestos: muchos llegaron hasta á ser amigos de él. Se aplicó Mazarino á ganar la confianza del rey. Se conoció en poco tiempo un cambio radical de sistema. Habia mas secreto y firmeza en el consejo, y mas energía y vigor en la ejecucion. Mazarino dispuso el sitio de muchas plazas que guarneció con tropas reales. Estas conquistas, unidas con los preparativos que por todos lados se hacian con ardor para reducir

á

al príncipe, comenzaron á dar reputacion al nuevo ministerio.

El príncipe de Condé siguió con el cardenal las negociaciones entabladas con los otros ministros. Eranle tanto mas necesarias, cuanto que á pesar de su genio, la guerra le producia muy pocas ventajas; muchas ciudades que espontáneamente se declararon por él, cambiaron luego de opinion así que quiso guarnecerlas. Los habitantes de Agen que Condé quiso sujetar, levantaron contra él barricadas, en las cuales por poco encontró el príncipe la muerte. Sus soldados, reclutas casi todos y mal pagados y municionados, volvieron la espalda ante las tropas reales, mas aguerridas y disciplinadas; en fin, Condé se veia en vísperas de ser arrojado del Angoumois y de Saintonge, y encerrado en el Bordelés. Esta situacion crítica no era muy á propósito para las negociaciones del príncipe, cuyo resultado no podia serle beneficioso. Por la razon contraria, el peligro en que se encontraba determinó al duque de Orleans á unirse con él.

Fué verdaderamente un tratado bien singular el que medió entre los dos príncipes. Se convinieron en unir sus intereses solamente en lo que concernia á la espulsion de Mazarino. Gaston confiaba sus tropas á Condé, con tal que no las emplease en contra de las del rey, ni las uniese con los españoles, de quienes sabia que esperaba refuerzos. Por lo demas, Gaston no se mezcló en la manera de pensar de su pariente con respecto al coadjutor. Dejólos que se conservasen su antiguo rencor: «pero estipuló, dice Talon, que podria aconsejarse del enemigo del príncipe.»

Gondi contaba siempre con que esta enemistad perpetuada le alcanzaria el capelo que la reina le habia ofrecido á tal precio: mas viendo Ana de Austria que fuera de esto, en todo lo demas le era Gondi contrario, se creyó libre del cumplimiento de su palabra. Escribió á Valenzay embajador de Francia en Roma, que retirase el nombramiento del coadjutor, concediéndole lo hiciese valer en su favor. Inocencio X habia conocido á Mazarino en su juventud y no le queria. Muy pocas personas le estimaban en Roma. No se habian notado en él las cualidades eminentes que hacen subir á los hombres oscuros y que bastan para conformarse con su fortuna; creíase por el contrario, que solo á la adulacion, á oscuros manejos y quizá á servicios bajos y vergonzosos debia su encumbramiento. Los que se ruborizarian de alcanzar los favores de la fortuna por tales medios y los que no se ruborizarian, tienen igual placer en sembrar de tropiezos el camino de los hijos mimados del favor y en causarles pesares y disgustos; á estos sentimientos debió Gondi el capelo. Roma le miraba como muy superior á Mazarino en talentos políticos; y se persuadian allí que Gondi, una vez con derecho á sentarse á su lado por su nueva dignidad, luego se pondria sobre él: de esta manera, á pesar de la imputacion de jansenismo, imputacion ya grave é importante con que se trató de mancharle, á pesar de las acusaciones harto fundadas contra sus costumbres y á pesar de los interesados esfuerzos de Valenzay, Inocencio le preconizó el 28 de febrero en un consistorio de que no se dió conocimiento al embajador. Al ver que ya no tenia remedio, la corte de Francia aparentó tener gusto en ello, y Mazarino fué del número de los que felicitaron al nuevo cardenal. La reina poseia aun un freno para retener al coadjutor, á saber: el temor de no recibir el birrete de manos del rey, lo que es como el complemento de la dignidad cardenalicia en Francia. Gondi dejó de asistir á las asambleas de las cámaras, que habian llegado á ser, decia él, «unos clubs enojosos é insoportables.» Pero acudia asiduamente á las de la casa consistorial que estaban compuestas de lo mas escogido de la ciudad en cuna y riqueza, y donde se procedia con mas órden y justicia que lo que el príncipe hubiera deseado.

Existia en Paris una especie de consejo presidido por Chavigny: Chavigny que separado del ministerio y continado á Turena «no habia podido acomodarse, dice Gondi, á aquella vida tranquila, y habia vuelto á Paris á buscar la intriga y la faccion, que eran su elemento.» El y sus confidentes se esforzaban por persuasion y dinero en organizar á Condé un partido numeroso; y no eran vanos sus afanes con el populacho, que atacaba ya públicamente á los que suponia contrarios á Condé. El mismo coadjutor no estuvo al abrigo de estos insultos. Pero tales tentativas no podian asegurar á Condé un ascendiente permanente en Paris, si no eran sostenidas por hechos militares que diesen reputacion al partido; y para esto se destinaba el ejército de Cárlos de Saboya, duque de Nemours, que se aproximaba. Condé ocupado con la defensa de la Guyena contra el conde de Harcourt habia enviado á Nemours á reunir las tropas que tenia diseminadas en las cercanías de Stenay. Fueron estas reforzadas con cinco ó seis mil alemanes ó flamencos á las órdenes de un príncipe de Wurtemberg, que estaba á sueldo del rey católico, y que desde cuatro años antes hacia por él la guerra en Flandes contra los franceses. Cuando este ejército, compuesto próximamente de doce mil hombres, entró en Francia, se elevó un solo grito de indignacion en el Parlamento contra una alianza tan manifiesta con los enemigos del Estado. El duque de Orleans sostuvo en plena asamblea de las cámaras, que estas tropas á las cuales acababan de juntarse las suyas mandadas por el duque de Beaufort, no eran españolas sino alemanas y estaban pagadas por él. «Quise, dice el coadjutor, avergonzar á Gaston por una manera de hablar tan contraria á las verdades mas demostradas. Burlándose de mi respondió: el mundo quiere ser engañado.»

Nemours entró sin resistencia en el reino, en razon á que las tropas del rey estaban divididas; penetró hasta Mantes, decidido á tomar el camino de Guyena, para poner la corte entre dos fuegos; mas esta no esperó la ejecucion de tal designio. Si ella habia tenido fuertes motivos para dejar la capital, tenia muchos mas fuertes para regresar en el momento en que una faccion cuyo ascendiente podia arrastrar todo el reino, se fortificaba en sus muros. Dejáronse bastantes tropas al conde de Harcourt para circunscribir al príncipe en la Guyena, y la corte iba por las márgenes del Loira con un ejército inferior al de Nemours, cuyo mando fué dividido entre el mariscal Hocquincourt y Turena que se le asociaron. La marcha de este ejército amenazaba á Orleans, capital del patrimonio del duque del mismo título, y la discusion que hubo renovó todas sus perplegidades. En un momento queria cerrar las puertas al rey; en otro temblaba de las consecuencias que podia ocasionarle una accion tan atrevida contra su soberano. En vano se le representaba que despues de cuanto habia obrado, como tratados con el príncipe, connivencia con los enemigos del Estado, ultrages al ministro y de rechazo á la reina, no habia mas que deliberar. «Nosotros príncipes, decia á Gondi, no contamos para nada las palabras, pero no olvidamos jamás las acciones; la reina no se acordará mañana á mediodia de ninguna de mis declamaciones contra el cardenal si yo quisiese tolerarle mañana por la mañana; pero si mis tropas disparan un mosquete, ella no me lo perdonará nunca.» Estas angustias concluyeron por el espediente de enviar á la señorita de Orleans á esta ciudad á sostener los partidarios de su padre contra los que ya se sabia haber sido ganados por la corte.

Esta princesa tenia el ánimo novelesco; se le habia puesto en la cabeza que si ella hacia algun importante servicio á su padre, nunca celebraria este la paz sino casándola con el rey. Su padre no tenia gran confianza ni en su criterio ni en su conducta; y cuando ella tomó su licencia, dijo él al verla marchar: «esta caballeresca dama seria bien ridícula, si el buen ingenio de las señoras de Fiesque y de Frontenac no la sostuviesen.» Pero no es siempre el buen sentido lo que vale mas para las acciones arriesgadas. La jóven enteramente encantada de representar un papel, se persuadió de que lo sacaria bien. Con esta seguridad partió el 26 de marzo, fundándose principalmente sobre la prediccion de un astrólogo: ¡tan debilitado estaba su espíritu! Así que llegó delante de la ciudad, encontró las puertas cerradas. Se la grita que espere bajo los muros, que los habitantes estaban en junta para decidir si se recibirian al guardasellos y al Consejo del rey que querian tambien entrar. Ella observa algunos barqueros; les da alguna cantidad, y se informa si ellos no podian introducirla. La enseñan una antigua y derruida puerta, y se ofrecen á introducirla por esta, aceptándolo ella con un transporte de alegría. Los unos rompen las tablas, los otros separan las inmundicias, consiguiendose hacer un agujero, por el cual introducen a la jóven princesa con sus dos damas. La colocan sobre un viejo sitial de madera, y de esta manera es conducida en triunfo a la casa de ayuntamiento, siguiéndola todo el populacho que se habia juntado al momento con este espectáculo. Su llegada con tan imponente comitiva, puso fin á la deliberacion de los vecinos desarmados. Se envió á decir á Molé que no se podia recibirle, y la señorita de Orleans mandó que se acompañase este mensage con una salva de mosqueteria que hizo cambiar de direccion al Consejo.

Este suceso hubiera podido abrir al ejército hondero las provincias del otro lado del Loira, interin el ejército real no se hallaba todavía en estado de oponerse á sus progresos; pero la falta de conformidad de los gefes, impidio aprovecharse de sus ventajas. Los duques de Beaufort y de Nemours se aborrecian mortalmente; aunque el segundo estaba casado con la hermana del primero, mutuamente se reprochaban de falsas confidencias en los negocios y asuntos que les eran comunes, desconfianzas y desprecios, de donde nació una antipatía, que terminó de un modo muy funesto. Como estos gefes no querian subordinarse á nada entre sí, afectaban obrar independientemente el uno del otro, y esta pretension salvó á la corte de un gran peligro. No habiendo podido ser recibida en Orleans, donde se figuraba poderse introducir en seguida del Consejo, repasó el Loira, poniendo siempre este rio entre ella y el ejército de los rebeldes al que se le creia bastante lejos. La corte se estendió tranquilamente en la llanura, y su ejército se manifestaba en destacamentos en alturas bastante distantes. De repente, en el momento en que el rey iba á pasar por delante de Gergeau, el baron de Sirot, teniente general del ejército enemigo, cayó sobre el puente, que una corta guarnicion situada en esta villa y desprovista de municiones, estaba encargada de defenderlo de un golpe de mano. Turena habia enviado tropas para reforzarla, pero estas aun no habian llegado. El momento era crítico; se trataba

nada menos que de la libertad del rey que podia correr riesgo. En este conflicto, Turena, mientras se construyó una barricada detras de él, marchó con treinta hombres á la cabeza del puente, y mandó al resto se presentara sobre la muralla. Para imponer al enemigo en medio de su debilidad, prohibió en alta voz que se disparase un solo tiro bajo pena de la vida, y se abandonó de este modo en su puesto á todo el fuego de sus adversarios. Diez de los suyos habian muerto á su lado, cuando la barricada construida le permitió ponerse al abrigo y continuar defendiéndose hasta la llegada de refuerzos. Entonces, haciendo saltar la barricada con la mayor confianza, desembocó en el puente é hizo retroceder á los agresores. Habiendo sido muerto Sirot en la segunda carga, entró el desórden entre los suyos y huyeron. El duque de Beaufort, con quien se habia concertado la empresa sin noticia del de Nemours, llegó demasiado tarde para secundarla eficazmente; no obstante, hizo una tentativa que habria podido ser dichosa si hubiera sido ayudado por su colega. Pero la falta de concierto la frustró, y Turena para que no se reprodugera tal tentativa, hizo romper el puente. «Jamás, dice el mariscal de Plessis, la Francia habia estado en peligro mas grande; porque si Gergeau hubiese sido tomada, nunca hubieran podido rescatarla sus magestades.» Esta escaramuza fué el motivo de una esplicacion entre los dos cuñados en presencia de la señorita de Orleans en el arrabal de esta ciudad, donde hubo consejo de guerra para tratar qué se haria del ejército. Nemours reprochó á Beaufort, que no obraba francamente en favor de Condé. Beaufort respondió que estaba á sus órdenes. «Un mentis, dice el coadjutor, que Beaufort pretendió bastante ligeramente haber recibido, produjo un bofeton que el señor de Nemours no recibió tampoco al decir de las gentes, mas que en imaginacion.» De aquí resultó una disputa cuyas consecuencias estorbó la señorita, pero de que se resintieron los negocios públicos. La discordia pasó de los generales á los oficiales, y de estos á los soldados. Las tropas de Orleans y las del príncipe estaban algunas veces muy próximas á venirse á las manos. Los gefes estrangeros, sumamente escandalizados de esta division, en vano interponian sus buenos oficios. Hubiera sido necesario un solo general superior á todos los demas, y este general no podia ser otro que el duque de Orleans ó el príncipe de Condé. En cuanto al primero, estaba cansado de guerra, aun antes que esta principiase. El segundo no concebia que pudiese escaparse de la Guyena, sea batiendo al conde de Harcourt, que era cuatro veces mas fuerte que él, sea engañando su vigilancia; y aun cuando consiguiese sorprenderle ¿cómo hacer una marcha de ciento cincuenta leguas, atravesando un pais lleno de enemigos sin ser socorrido? A pesar de esto, Condé lo intentó y triunfó.

Tomó con él seis personas, entre las cuales estaban el duque de La Rochefoucauld y Gourville, recomendó la paz á su hermano y hermana que no vivian muy acordes, y confió sus secretos é intereses al general á Larsin y á Lienet: el primero fué encargado de la guerra, el segundo de las negociaciones. El príncipe partió el 24 de marzo. Los viageros carecian de postas, relevos, descanso fijo, provisiones y de todo asilo en caso de accidente adverso. Condé tuvo tiempo durante la marcha de reflexionar sobre la locura de un príncipe que se espone á las peligrosas consecuencias de una empresa como la suya. Forzado á disfrazarse de criado, fingir maneras ordinarias, tomar bajos empleos, mentir, depender del albedrio de sus sirvientes, con muchos otros trabajos, como el riesgo de que se le prendiera y se llevara su cabeza al cadalso. Encontró en esta ruta lo que por lo regular en vano buscarian los príncipes en sus cortes, á saber, verdades. Como no le conocian, oyó algunas muy poco agradables sobre su carácter y sobre su conducta irreflexiva. Finalmente, despues de ocho dias de una marcha tan fatigosa como espuesta, llegó á su ejército que estaba en las cercanías de Lorri al lado del bosque de Orleans.

Al instante se informó del estado de los negocios. Se habia decidido en el consejo de guerra el ir á sitiar á Montargis, que habia cerrado sus puertas al duque de Beaufort, y que poseia un vasto depósito de víveres y municiones. Condé aprueba el proyecto y lo ejecuta él mismo; se presenta delante de la ciudad, y con el desprecio insultante que tan frecuentemente le enagenaba los ánimos, con el reloj en la mano la intima que si en el término de una hora no se somete, haria ahorcar á todos los vecinos en sus puertas. Se hizo igualmente dueño del castillo, que era el mas peligroso, y que estaba mas dispuesto á hacer resistencia; pero una de las torres se hundió durante la tercera intimacion. Tomando en seguida lo mas escogido de su caballería con todos los timbales y trompetas de su ejército, cae en una noche oscura sobre los cuarteles del mariscal Hocquincourt que los habia distribuido al rededor de Bleneau. La tropa del príncipe, aunque poco numerosa, ataca muchos caseríos á la vez; los fugitivos llevan el espanto á los otros. Las trompetas, tocando por todos lados, hacen la alarma general. En un instante se cubre el campo de ginetes que corren á la ventura, y son perseguidos por los destacamentos del príncipe al débil resplandor de las fogatas que se encienden en todas partes; pero esta luz es perjudicial, porque pone de manifiesto el corto número de combatientes. Hocquincourt reune cuantos puede de los suyos, y toma una posicion propia para recibir á los otros y parar los progresos del príncipe. Condé con su acostumbrada prontitud ataca á este cuerpo, mucho mas numeroso que el suyo, le desbarata y dispersa, y asegura la victoria.

Turena colocado dos leguas de allí y mas cerca de Gien, donde estaba la corte, mandaba un cuerpo de tropas separado del de Hocquincourt. Habia advertido á este que sus cuarteles estaban demasiado desparramados; pero Hocquincourt, mas soldado que capitan, no habia hecho caso de los consejos de un colega á quien miraba con celo. Turena supo durante la noche por los fugitivos el ataque de los cuarteles, y por el conocimiento que tenia de la posicion de estos, juzgó que debian ser ocupados. Tenia que escoger entre dos solos partidos: el uno retirarse al lado de la corte, y el otro ir á presencia del enemigo. Lo primero era lo mas seguro; pero dejaba todas las tropas de Hocquincourt, que era la mayor parte del ejército, á merced del príncipe; lo segundo arriesgaba el ejército entero, que era el último recurso del rey. Turena en esta perplegidad avanza sin embargo, resuelto á obrar segun las circunstancias. Al amanecer se para en una altura para recibir los soldados de Hocquincourt que Condé seguia de cerca. Este llega á presencia de Turena. Tenia catorce mil hombres á sus órdenes, y su adversario solamente cuatro mil. Estos dos rivales se observan, calculan y juzgan; pero Turena adivina mejor. Supuso que Condé tomaria por un lazo la facilidad que él le ofrecia de deshacerle, y que en esta persuasion no se atreveria á aprovecharse de tal facilidad. Así aconteció. Turena, que ocupaba la cabeza de una calzada estrecha, por la cual era necesario pasar hasta llegar á él, mandó á sus tropas retirarse. Condé desconfió de esta especie de invitacion, y se contentó con una ligera escaramuza que en efecto no le salió bien. Tan luego como una parte de sus escuadrones se comprometió en el paso, Turena hizo volver caras, y una batería dispuesta por él barrió en un momento toda la calzada. Despues de un cañoneo sumamente nutrido que duró todo el dia 8 de abril, y que no hizo perder un solo hombre á Turena, los dos generales se replegaron á sus puestos. Turena se fué á Gien á tranquilizar la corte, la cual durante este combate habia estado en las mas fundadas dudas y alarmas. Habianse cargado los carruajes, y cada cual estaba pronto á partir, aunque sin saber adónde, porque lo que habia acontecido delante de Orleans cuando esta ciudad habia rehusado abrir sus puertas al rey cuyo ejército era compacto y floreciente, hacia presumir lo que aconteceria en las otras grandes ciudades cuando se presentase como fugitivo. Retz afirma secamente, «que no habria ni una ciudad que no cerraria sus puertas á la corte.» Tranquilizada por el triunfo de Turena se retiró sin cuidado á Sens, desde donde dominó las inmediaciones de Paris; y Condé con Beaufort, Nemours y La Rochefoucauld, volviendo á Montargis, partió tambien para la capital, dejando su ejército bajo el mando de Tavannes.

Se dice que pasaron á dicha capital para ofrecer los trofeos de sus hazañas á las duquesas de Montbazon y de Chatillon, y que el mismo Condé no estuvo exento de esta debilidad. Otros le atribuyen el deseo de recibir en persona los aplausos de los parisienses. Mas si fué arrastrado por estos motivos, se debe tambien confesar que tuvo otro mas plausible y mas importante, á saber: asegurar el apoyo del Parlamento, de la capital y del duque de Orleans. Tenia desgraciadamente cerca de Gaston dos poderosos enemigos, la envidia y el coadjutor. El primero hacia que aunque su partido fuera aniquilado, Gaston hubiera preferido ver á su primo derrotado y fugitivo mejor que triunfante; y Gondi, aunque conociese la injusticia de mala inteligencia entre los dos príncipes, se habia comprometido con la corte á trastornar su union, y quiso cumplir su palabra para ser agraciado con el capelo por mano del mismo rey. Desde luego aconsejó á Gaston que se declarase abiertamente contra el viage de Paris y manifestara á Condé que él no lo aprobaba; pero no habiendo podido inspirar al mismo Gaston tal firmeza, le sugirió el medio de hacer que la permanencia del príncipe fuera mas corta que lo que este quisiera. El ayuntamiento flotaba en una especie de irresolucion que el presidente Aubry, gefe de los confederados, inclinaba ordinariamente á favor de la corte, de quien era partidario. El coadjutor le habló por medio de varios amigos que le indugeron á convocar una asamblea para deliberar sobre la llegada próxima del príncipe, la que se anunció esplícitamente. La Asamblea mandó una diputacion para suplicar al duque de Orleans que impidiera á Condé la entrada en Paris por el temor de los daños que sus tropas pudiesen hacer en las cercanías. El duque de Orleans respondió que su primo vendria poco escoltado y por poco tiempo. Con estas esplicaciones públicas creyó imponer al príncipe la necesidad de no hacer, por decirlo así, mas que manifestarse en estado de no eclipsar á Gaston, y regresar al instante á su ejército; pero esta astucia no era tan oportuna para abreviar la permanen-

cia de Condé en la capital, como los desaires que en ella esperimentó.

Desde luego tuvo bastante trabajo para ser admitido, tanto en el Parlamento como en las otras corporaciones supremas, que él queria comprometer á recompensar sus servicios contra Mazarino, y si á pesar del crimen de lesa-magestad con que estaba tildado por sentencia obtuvo asiento, no fué mas que para escuchar cosas muy amargas. Bailleul, que presidia el Parlamento en ausencia de Molé, y Amelot, primer presidente del tribunal de subsidios, le dijeron casi en unos mismos términos «que se asombraban de ver sobre las flores de lis un príncipe que acababa de ligarse con los enemigos de las flores de lis, y quien teniendo todavía las manos tintas en sangre francesa, venia á hacer alarde de sus victorias en el santuario de la justicia.» Algunos miembros de la cámara de cuentas no le hablaron menos vigorosamente. Condé se sonrojó de estos apóstrofes, pero no demostró el vivo resentimiento que se debia esperar de un hombre de su carácter; y pareció que menos para vengarse de los particulares que para someter los cuerpos, fué por lo que permitió amotinar al populacho contra los que le eran contrarios. Hubo como ya habia acontecido, muchos consejeros insultados en las calles: los salones de palacio se llenaban diariamente de mercenarios jornaleros, artesanos y criados que gritaban: «vivan los príncipes ¡nada de Mazarino!» Igual tumulto se dejaba oir en la plaza de Greve cuando el ayuntamiento se juntaba. Sin embargo el príncipe, á pesar del temor que inspiraba, no pudo obtener del Parlamento mas que decretos agravantes contra Mazarino, y ninguna autorizacion para levantar tropas y auxilios como deseaba. La corporacion municipal á la cual exigia que escribiese á las principales ciudades del reino para formar union con la capital, se contentó con ordenar que se enviara una diputacion al rey, para suplicarle diese la paz á su pueblo. El príncipe fué mas dichoso cerca del duque de Orleans; sus miramientos y deferencias ganaron enteramente á Gaston que unió su fortuna á la de Condé, sin que por esto renunciase á la facultad de oir algunas veces los consejos del coadjutor. Mientras el príncipe trabajaba en robustecer su partido con los sufragios arrancados á la capital, se disminuia su ejército acantonado al rededor de Etampes, en los cuarteles de descanso, bien fuese por la desercion, ó bien por las enfermedades que la inaccion producia. Turena al contrario, se reforzaba con los destacamentos que le enviaban de la frontera, dejada así á fuerza de desguarnecerla á merced de los españoles. El ejército real se colocó entre los rebeldes y Paris, con el fin de que el partido que el príncipe mantenia en esta ciudad no pudiese sacar ventaja de sus fuerzas. Esta posicion produjo tambien á Turena la ocasion de restablecer el honor de las armas del rey, algo mancillado en Bleneau. La señorita de Orleans se fastidiaba en esta ciudad, aunque no carecia de diversiones. Escribia que ella hacia parar los correos, abria las cartas de los particulares, sabia los asuntos de familia, los intereses del comercio, las intrigas domésticas que la divertian con sus camaristas. Sin embargo, como no tenia ocupacion brillante en esta ciudad, deseaba volver á Paris. Pidió pasaporte á Turena, contestándole que no solamente se lo enviaria, sino que pondria en el camino su ejército en batalla. Esta carta comunicada, lastimó el honor de los oficiales del ejército de Etampes, como lo habia previsto. Trataron de darla el mismo espectáculo de su ejército en batalla. Casi todos jóvenes y galantes acompañaron á la princesa mas allá de sus líneas. Se recibió en ellas á las señoras de Frontenac y de Fiesque, *mariscalas de campo*, segun una chanza de Gaston, que las habia dado este título. Tan luego como la princesa habia partido y todavía se estaba en el desórden de esta fiesta militar, apareció Turena, á quien se le creia ocupado en preparar la suya. Habia dejado en su campo á sus lugartenientes el encargo de recibir á la princesa, y él mismo con lo mas escogido de su ejército, vino á caer sobre el del príncipe, á quien sorprendió cuando entraba en la ciudad. Habia tropas viejas que se formaron al instante, sostuvieron el choque con firmeza y se retiraron combatiendo en el arrabal de Etampes, donde detuvieron á Turena. Como él no tenia ni cañones ni municiones, se retiró; pero volvió algunos dias despues á poner sitio á esta plaza, para envolver como en un solo sepulcro las principales fuerzas del partido. El ejército sitiado era casi tan fuerte como el sitiador. Esta igualdad ocasionó frecuentes y mortíferos combates, cuyo éxito era difícil de prever; mas los gefes tenian esperanzas próximas de un socorro que debia inclinar la balanza. El duque de Lorena, Cárlos IV, paseándose siempre como una tempestad sobre las fronteras de Francia y España, se entregaba con mas facilidad á la última potencia, pero sin contrariar el derecho de dedicarse á la Francia, si esta queria comprarle mas caro. No se ignoraba que siempre estaba venal, y la corte le compró. El duque de Orleans que era su cuñado, hizo tambien su puja. Sin comprometerse positivamente ni con uno ni con otro, Cárlos entró en Francia por la Champaña, que recorrió y tranquilamente saqueó, en razon á que la corte creyendo haberle pagado bastante para estar seguro de él, prohibió á sus tropas el inquietarle en lo mas mínimo; pero fué cruelmente engañada, cuando llegado el 31 de mayo cerca de Paris, Cárlos se reunió con los príncipes.

Al instante se habló de ir á socorrer á Etampes; en los consejos que hubo acerca del modo de ejecutar esta empresa, el duque de Lorena demostró el mas grande ardor sin que hubiese ninguna objecion, ninguna dificultad por su parte; pero cuando se trató de marchar sobrevinieron obstáculos. La artillería no estaba dispuesta; la pólvora faltaba; habia necesidad todavía de informarse: Cárlos estaba desolado con estos contratiempos; se ponia furioso: se tiraba y arrastraba por el suelo; se golpeaba la cabeza de despecho, por ser contrariado en tan brillante carrera, como si él mismo no hubiese suscitado las dificultades de que se manifestaba tan desesperado. Para consolarle se le daban banquetes y fiestas, y cuando estaba en medio de los placeres, parecia olvidarlo todo, y no podian sacarle de ellos. Si se le hablaba de negocios, respondia tanto con ridícula gravedad, cuanto chanceándose: Gondi quiso probarle en presencia del duque de Orleans. «Con los sacerdotes, dijo Cárlos irónicamente, es necesario orar; que me den un rosario; no deben ellos ocuparse en otra cosa mas que en orar y hacer rezar á los demas.» Pagó en la misma moneda á las damas de Montbazon y de Chevreuse. «Bailemos, señoras mias, las dijo templando una guitarra, os es mejor esto que hablar de negocios.» No le fué posible al príncipe de Condé mantener con él una conversacion seguida. Cárlos la eludia siempre; y cuando la señorita de Orleans hacia por entablar una conversacion, la cortaba al instante estasiándose con sus encantos y ponderando su talento. La besaba la mano, se ponia delante de ella de rodillas, y mezclaba con su galantería ideas y maneras tan burlescas, que acababan por producir risas, y no se sabia qué pensar de su carácter.

Todo se esplicó por fin cuando se supo que estas estravagancias encubrian una negociacion del duque de Lorena con la corte. Esta sabia que ofreciéndole dinero estaba siempre dispuesto á presentar la mano para recibirlo. Se le hicieron ofertas y consintió en volverse con tal que se levantase el sitio de Etampes. Esta condicion no podia menos de ser agradable á Turena, que así se encontraria libre de un sitio cuyas consecuencias le inquietaban. Ejecutó fielmente el tratado y retiró sus tropas de Etampes. Dejó así al ejército de los príncipes libre de concurrir á una perfidia que Cárlos meditaba. El lorenés se habia acampado en Villeneuve-Saint-George, y tenia sobre el Sena un puente de barcas por donde contaba recibir las tropas que saldrian de Etampes, y con los dos ejércitos reunidos perseguir el del rey. Turena presintió su proyecto, y sin consultar á la corte que se divertia, forzó sus marchas, se guareció en el bosque de Senat, salió luego á la llanura en la mañana del 14 de julio, y envió á decir al duque que levantara el campo al instante y le entregara su puente de barcas, pues de lo contrario le arremeteria. Cárlos no esperaba esta aparicion; su campo no tenia fortificaciones; la mayor parte de sus oficiales estaba en Paris, donde se divertian con el príncipe de Condé; nada estaba preparado para una accion: el duque titubeó, prometió, se retractó, ganó tiempo, se puso en defensa, engañó á un enviado de la corte para que dijera al mariscal que el rey no tenia mejor amigo que el duque, y que era necesario abstenerse de atacarle. «Nos engaña, respondió Turena; mas yo no me atrevo á tomar á mi cargo el ataque.» Avisó al rey apresuradamente; llegó la órden, pero Cárlos no juzgó conveniente esponer al riesgo de una batalla su ejército, que era todo su bien. Aceptó las condiciones de Turena, dió rehenes y entregó su puente que fué destruido al instante. Aun era tiempo, porque Condé habia corrido con su caballería haciendo que le siguiera con la mayor celeridad su infantería. Desde las márgenes del rio donde la falta del puente le detuvo, vió al dia siguiente con dolor levantar el campo á su aliado vergonzosamente. El duque de Lorena volvió por el mismo camino y acabó de devastar las provincias que habia saqueado cuando pasó antes por ellas. Estos estranjeros habian hecho gala á la misma vista de los parisienses de los despojos de la Francia. Su campamento era como una feria donde se veian espuestos vestidos, muebles, efectos de toda especie quitados á los habitantes del campo. El pueblo de Paris corria en masa á comprar estos robos hechos á los franceses. Los oficiales daban fiestas á las damas que les traian de Paris, tratándolas magníficamente: los bailes, las revistas, los festines alternaban y se sucedian, mientras que el triste labrador lloraba por su campo pisoteado por los caballos en la víspera misma de la recoleccion, y vertia lágrimas amargas sobre la suerte de su mujer é hijos, errantes y dispersos. El pastor seguia silencioso y melancólico su ganado, que era arrebatado por el rapaz soldado, y los labriegos echados de sus hogares buscaban inútilmente un asilo en las poblaciones vecinas en que aumentaban la miseria. Quedaban en ellas espuestos á todas las injurias del aire en medio de las calles y de las plazas públicas. «Yo he visto, dice Leporte en sus Memorias, yo he visto en el puente de Melun tres niños sobre su madre, que estaba difunta, uno de los cuales todavía estaba mamando.» Estos azotes entristecian no solamente á los que los sufrian, sino tambien á cuantos los contemplaban. El Parlamento hacia á la corte frecuentes represen-

taciones y súplicas para que alejara los ejércitos. La corte diferia para cansar á los parisienses, y los príncipes diferian tambien con el objeto de que el esceso de los desórdenes escitase á Paris á defenderse: por la misma razon sostenian y animaban al populacho, quien perseguia con gritos y ahullidos lo mismo en las calles que en los palacios, á los consejeros que les indicaban como *infectos de mazarinismo.* Esto era lo que Gaston llamaba divertir al Parlamento: pero este modo de divertir no tuvo siempre el éxito deseado. El Parlamento afrontó á veces la vejacion. Acogió con significativo silencio la proposicion que hizo el duque de Orleans para que se le dieran poderes mas amplios, mas estensos para hacer la guerra, y aun algun título especial como el de lugarteniente general para sí mismo, y el de generalísimo para el príncipe. El Parlamento desestimó tal pretension, y el duque se resintió tanto que dió rienda suelta á sus encargados de divertir. Al salir de la asamblea fueron injuriados muchos miembros del Parlamento, derribados y golpeados por la multitud, y algunos corrieron peligro de perder la vida. Querian dejar el servicio, pero los príncipes los tranquilizaron prometiendo castigar á los mas culpables de los sediciosos. Estas violencias hicieron temer otras mas grandes. Mirábanse como amenazados de la cólera celeste si no se procuraba aplacarla. El pueblo pidió que se sacara en procesion la urna de Santa Genoveva: el dia mismo que así lo decretó el Parlamento, se deliberó tambien sobre el modo de obtener los cincuenta mil escudos prometidos al que presentase la cabeza de Mazarino. Esto dió márgen al consejero Courcelles para decir: «Estamos hoy muy devotos: ordenamos procesiones, y trabajamos para hacer asesinar á un cardenal.» La procesion se verificó con el mayor recogimiento. Condé manifestó una devocion que pareció escesiva á muchas personas; se le supuso mucha menos fe que intencion de captarse la voluntad del pueblo por medio de estas demostraciones de piedad que le eran familiares; así se le colmó de bendiciones, pero estas no le subsanaron de la pérdida de la estimacion de los mas notables de la ciudad, que se apartaban de él tanto porque principiaban á conocer lo fútil de sus proyectos, cuanto porque se cansaban de la guerra. Los príncipes procuraban contener esta impaciencia por medio de negociaciones con la corte, propalando entre el público que esperaban de ellas los mas felices resultados. Con este designio daban á sus diligencias un aparato muy notable. Los mensageros de los príncipes, los diputados del Parlamento y los del ayuntamiento estaban incesantemente en el camino de Paris á San German, donde residia la corte. El ministro en medio de estos manejos se conducia con mucha habilidad: cuantos se metian en las negociaciones afectaban no querer ninguna relacion con él, quien parecia prestarse á sus deseos y consentir en no verlos mas que en particular; pero tenia buen cuidado de que el público traslluciera el objeto de sus entrevistas secretas, á fin de atraer sobre ellos la odiosidad ó el ridículo. Aunque la primera proposicion que se hacia fuera siempre que saliera del ministerio y que abandonara la Francia por algun tiempo segun unos, y para siempre, segun otros, Mazarino no se alteraba con tan dura proposicion desentendiase de esta dificultad, discutia las demandas principales, volvia á la primera, otorgaba ó negaba, y todo con maneras de que nadie se manifestaba sino complacido. Pródigo de miramientos y urbanidad, colmaba de atenciones á cuantos se presentaban, de suerte que no habia persona que no quisiera verle. De aquí resultó que se cruzaban los negociadores, proporcionando al ministro pretestos plausibles para suspender las decisiones.

Mazarino supo que el príncipe en el acceso de una violenta pasion á la duquesa de Chatillon se habia lisonjeado de procurarle muchas distinciones. Hizo el cardenal insinuar á esta dama que deberia ocuparse de los negocios, y que su capacidad y encantos valdrian mas en la corte que el buen lenguaje y los razonamientos de otros. Halagada de este modo obtuvo de Condé un poder muy estenso, y partió con un tren de embajadora. Fué muy bien recibida y se la obsequió con placeres y honores, mientras que los adeptos que ella habia traido trazaban planes; y el astuto italiano les dejaba creer que los llevarian á cabo, cuando en realidad estaban mas distantes que nunca de conseguirlo. Las gentes sensatas no llevaron bien que el príncipe mezclase cosas de galantería con negociaciones que debian decidir de la suerte del reino: observaban con disgusto que en el gefe y sus partidarios mas familiares dominaba un gusto de frivolidad muy contrario á los pensamientos serios que deberian ocupar á hombres encargados de tan grandes intereses; que el cuidado de un baile y de una fiesta llevaba á veces mas tiempo y fijaba mas la atencion que los preparativos de una espedicion militar. Los emisarios que la corte mantenia en la capital no cesaban de vituperar tal conducta, y las reflexiones consignadas en los escritos que se publicaban, arrebataban insensiblemente á Condé la estimacion de las personas discretas; de suerte que todos los gefes de la clase bien acomodada, el corregidor, los regidores, coroneles y comisarios eran realistas, aunque todavía pareciera adicta la ciudad á la *Honda*, pudiendo por todo decirse que el príncipe, aunque se hallaba en la capital, realmente la habia ya perdido. Empero él no queria alejarse de ella por temor de verse reducido al papel de un oscuro rebelde, forzado á huir de provincia en provincia, y á mendigar por fin un asilo en el estrangero. Permaneciendo en Paris se lisonjeaba que siempre seria buscado por la corte, y que al fin obtendria condiciones ventajosas. Esta esperanza le inducia á conservar sus tropas en derredor de la ciudad, donde sin embargo no podia introducirlas, porque las puertas estaban guardadas por el vecindario.

Se alojó en San-Cloud. Turena ocupaba la llanura de San Dionisio. Condé, aunque mucho mas débil que los realistas despues de la retirada del lorenés, se creia bien resguardado, porque si el enemigo queria acercársele por un puente que habia hecho construir cerca de Argenteuil, el príncipe, dueño del puente de San-Cloud, podia pasar al lado del bosque de Boulogne y poner siempre el rio entre él y Turena. Pero las medidas del príncipe fueron desconcertadas por la llegada del mariscal La Ferté que dejó la frontera de Champaña, donde molestaba á los españoles, y el cual vino á reunirse con Turena. Condé temió que pasando uno de los dos ejércitos el puente de Argenteuil viniese á atacarle á su campo, mientras que le destruyese el otro presentándose en el puente de San-Cloud y le espusiera á una derrota inevitable. No habia otro indicio de salvar sus tropas que apoderarse de Conflans. Para ganar esta ventajosa posicion, el camino mas seguro era la llanura de Grenelle, pasando por los barrios de San German, Santiago, San Marcelo y San Victor, y atravesando el Sena por cerca del sitio donde está el hospital general; pero era necesario hacer subir por Paris un puente de barcas, y Condé no estaba seguro que se lo permitiese el pueblo. Por otra parte, lo largo del camino podia dar á los enemigos el tiempo necesario para alcanzarle. Entonces Condé estaria obligado á replegarse sobre el barrio de San German, donde era muy posible que los cañonazos de los realistas llegasen hasta Luxemburgo, asustasen al duque de Orleans y le determinasen á arreglarse bruscamente con la corte. Despues de todas estas consideraciones, Condé escogió el camino mas peligroso, aunque el mas corto, que era por el bosque de Boulogne y las afueras de los barrios de San Honorato, Montmartre, San Dionisio, San Martin y San Antonio, y se lisonjeó que con un poco de presteza tomaria á Charenton, antes que Turena, colocado cerca de San Dionisio, pudiese atacarle. Con esta esperanza, la noche del 1 al 2 de julió pasó el puente de San-Cloud y marchó con una celeridad que no la entorpecieron ni las vueltas de los caminos ni el estorbo del bagage. Su vanguardia iba á conseguir el resultado apetecido, cuando Turena, á la cabeza de su caballería, llega sobre la retaguardia que estaba todavía cerca del barrio de San Dionisio. Condé vuela á su socorro, la salva y reune todo su ejército á la cabeza del barrio de San Antonio, detras de algunas malas barricadas que los loreneses habian dejado.

Entonces principió el famoso combate en nuestros anales por el lugar donde se dió, por la importancia de la causa y la celebridad de los generales. Estos demostraron que sabian reunir el valor de soldado á la sangre fria de capitan. Se les vió desplegar en un terreno reducido toda la ciencia de los ataques, todo el arte de las retiradas. A los soldados de Condé una barrera, un lienzo de muralla eran suficientes para afrontar los esfuerzos de los batallones que sin cesar llegaban de refresco, y que les atacaban por frente y flancos. Agujereaban las casas donde se encontraban, y allí con encarnizamiento se batian á pesar de las brechas abiertas en los tabiques. Condé se hallaba en todos lados; su valor se multiplicaba. Si sus soldados se retiraban, él los llamaba, se ponia á la cabeza y los conducia á la carga. Su invencible escuadron llevaba siempre el terror y la muerte á las tropas enemigas; pero frecuentemente se veian tambien caer al rededor de él sus mas esmerados servidores, sus mejores amigos, guerreros ilustres que merecian verter su sangre por mejor causa.

Desde el principio de la accion, el duque de Orleans, despues de haber visto la disposicion de los dos ejércitos, se habia retirado á su palacio de Luxemburgo. Los vecinos de Paris contemplaban desde sus murallas lo que pasaba sin parecer tomar ningun interés. El príncipe obtuvo con trabajo que se recibiesen sus heridos. La vista de tantos desgraciados conducidos por sus criados, espirantes, mutilados y ensangrentados, despertó en el pueblo alguna compasion. Al pasar por las calles, los heridos agradecian las muestras de enternecimiento que se les manifestaban, y casi insensibles á su propia suerte, manifestaban el disgusto de no poder ayudar mas al héroe que perecia á sus puertas. Este espectáculo produjo mas efecto que las exhortaciones del duque de Beaufort, antiguo ídolo del pueblo. Desde por la mañana Condé le habia enviado á arengar al pueblo en las plazas y calles. Por largo tiempo habló en vano, hasta que despues de medio dia principió á reunirse gente; algunos pelotones de artesanos y jornaleros se presentaron delante de Luxemburgo. Las mujeres distinguidas cuyos padres, her-

manos, hijos y maridos combatian en el ejército del príncipe se habian juntado, solicitando de Gaston hiciese armar al pueblo y marchar al socorro de su primo. Resistió á sus instancias. Está conducta le habia sido trazada por el coadjutor, el cual en este crítico momento no parecia por el Luxemburgo, pero enviaba de cuando en cuando recados para confirmar al duque de Orleans en su repulsa. Sin embargo no pudo conservarse contra tantas personas que con el mayor ardor le suplicaban de hinojos y deshechas en lágrimas. Por último se dejó arrancar antes que conceder á su hija la órden de que se abriera la puerta de San Antonio para recibir al ejército del príncipe en Paris.



Labradores llorando por las mieses devastadas por los señores.

Mas habia una órden contraria en el ayuntamiento, escrita toda de mano del rey y fechada en Charonne, donde él estaba durante el combate. El gobernador, los regidores y el Consejo reunido querian obedecer esta órden, en la cual se mandaba á la milicia urbana sostener y conservar la puerta cerrada. La señorita de Orleans, previo el consentimiento de su padre, se presenta en el ayuntamiento á la cabeza de inmensos grupos que pedian á gritos se acogiera al príncipe y su ejército. El Consejo no se atrevió á desconcertar esta imponente multitud, y accedió á lo que esta deseaba. Entonces se adelanta la señorita hácia la puerta de San Antonio y avisa á Condé. Este aprovecha el momento en que Turena suspendia sus esfuerzos para hacerlos despues mas decisivos, y acude á verse con la princesa. «Estaba, dice ella, todo cubierto de polvo y sangre, aunque no se hallaba herido; su coraza estaba abollada de los golpes, y tenia su espada desnuda en la mano por haber perdido la vaina.» Así que entra se arroja en una silla derramando lágrimas. «Perdonad, la dice él sollozando; perdonad el dolor que tengo; no veis mas que un hombre desesperado. He perdido todos mis amigos.—No, respondió ella, no están mas que heridos y no peligrosamente.» Esta buena noticia le consoló: mostróse muy reconocido á la señorita suplicándola que continuara con sus bondades, que velara por el alivio de los heridos, y se volvió á su ejército. La princesa queria detenerle, pero no pudo conseguirlo. «Yo no entraré, decia él, sino al último estremo, y jamás se me reconvendrá porque yo haya huido de la presencia de los mazarinos:» respuesta igual á la que habia dado por la mañana á Gaston, quien le proponia dejase el mando al duque de Nemours y se retirase á la ciudad. «Yo no puedo ni debo abandonar á mis amigos en tal ocasion: es preciso vencer ó morir con ellos.»

En efecto no habia medio. Condé, estrechado entre el enemigo y las murallas de Paris, no queriendo rendirse de miedo de que su cabeza rodase en el cadalso, hubiera perecido con sus principales partidarios, y por último la carnicería hubiera sido horrible. Así, aunque no se pueda justificar á la princesa por los recursos que procuró al príncipe impidiendo la total derrota de la rebelion, se debe sin embargo agradecerla porque salvó muchos bravos guerreros, los cuales, jóvenes en su mayor parte, llegaron á ser algun dia el honor y la fuerza del reinado de Luis XIV. Su benevolencia se estendió hasta á los soldados estranjeros; estos desgraciados, ignorando la lengua del pais, se arrastraban por las calles levantando las manos en ademan de súplica, á fin de que les admitieran en los hospitales y en casa de los cirujanos.

El duque de Orleans, vencido por las instancias de cuantos le rodeaban, monta á caballo, hace armar al pueblo, y acude á favorecer la retirada del príncipe, que era absolutamente necesaria. Turena no habia suspendido sus esfuerzos mas que para disponer de otra manera sus tropas. El ejército de La Ferté acababa de juntársele y se proponian encerrar á Condé entre ellos y Paris, ya los realistas desfilaban por derecha é izquierda, y al acercarse debian envolver el barrio de San Antonio, y dar un ataque general al que no hubiera podido resistir Condé. Así lo presintió y no pensó mas que en salvar el resto de sus fuerzas, disminuidas y cansadas de la marcha y del calor mas que del combate. Al frente de sus escuadrones dió una carga que rechazó al enemigo hasta mas allá de las barreras del barrio. Durante este tiempo introdujose su infantería en la ciudad, y él entró con su caballería de los últimos. Las puertas se volvieron á cerrar. Los mosqueteros colocados sobre las murallas detenian á los realistas que querian aproximarse; y la señorita hizo que tirasen cañonazos de la Bastilla sobre los mas lejanos.

El asombro de la corte fué estremado cuando vió que el príncipe se le habia escapado. Pensó al pronto por lo mucho que confiaba en sus inteligencias de Paris, que el cañon de la Bastilla tiraba, no sobre sus tropas sino sobre las de Condé. Cuando Mazarino se aseguró de lo contrario, y supo que la señorita habia dispuesto este golpe atrevido, dijo friamente: «ella ha muerto á su marido», haciendo alusion al deseo que manifestaba de casarse con el rey ó con alguna otra testa coronada. Desde las alturas de Charonne, donde estaba el jóven monarca durante el combate, el cardenal le condujo á San Dionisio, donde la reina habia quedado haciendo oracion en la iglesia de los carmelitas, y el ejército se quedó en sus puestos. Condé hizo pasar el suyo por Paris y lo estableció en la llanura de Ibry á lo largo del rio Biebre. En esta jornada sacó la ventaja de salvar su ejército, pero la gloria debe dividirse entre él y Turena, que demostró la misma capacidad, la misma sangre fria, la misma intrepidez, y que únicamente dejó de vencer en razon á que la fortuna abrió un asilo á su rival. El peligro que el príncipe habia corrido de caer en manos de Mazarino si el pueblo mas compasivo que los gefes del ayuntamiento no les hubiese obligado á abrir las puertas, le hizo tomar la resolucion de hacerse mas fuerte en Paris. Algunas personas le hacian sombra; entre otras el mariscal del Hopital (Vitry) gobernador, Lefebre de la Barre, corregidor y sobre todo el cardenal de Retz. En cuanto á este, el designio de Condé era ir bien acompañado á hacerles una visita en el palacio arzobispal, tomarle con mucha finura en su coche, conducirle fuera de Paris, y prohibirle la entrada. Verificada esta diligencia, el príncipe se lisongeaba de que Gaston, acostumbrado á sacrificar sus servidores, se hubiera fácilmente consolado de este percance. En cuanto á los otros, ninguno se atreve á manifestar si quiso desembarazarse de ellos á viva fuerza, ni si el degüello que aconteció en la casa consistorial el 14 de julio, fué efecto de un plan formado, ó de un concurso de circunstancias imprevistas. Los príncipes pidieron una junta general en dicha casa consistorial. Despues de dar las gracias por haber admitido á Condé, debian proponer que la ciudad se declarara contra el rey abiertamente; mas previendo que solo con dificultad se accederia á tal proyecto, hicieron disfrazar á oficiales y soldados con el encargo de mezclarse entre la plebe y amotinarla, para amedrentar á los gefes de la ciudad, si se negaban á entrar en sus miras.

Se vió desde por la mañana á muchas personas que llevaban paja en los sombreros y que la presentaban á los transeuntes, así hombres como mujeres, como un signo contra los *mazarinos*. Apareciéronse sobre todo alrededor de los palacios real y arzobispal, diciéndose que se habian colocado en las inmediaciones del último

para favorecer la visita de Condé al coadjutor y el rapto de este; pero sea que no hubiera una resolucion bien fija, sea que se encontrasen grandes obstáculos, Condé dejó al cardenal de Retz tranquilo, y los dos príncipes se encaminaron al ayuntamiento. Encontraron la asamblea formada, y se les dice al tiempo de entrar que acababa de llegar una órden del rey para que se pusiera término á toda deliberacion dentro de ocho dias. «Sin duda, dijo el gobernador, se piensa en obedecer.» Los príncipes no considerándose los mas fuertes, se contentaron con dar las gracias á la asamblea porque habia hecho abrir las puertas á su ejército, retirándose al instante como para dejar en libertad de deliberar sobre la órden del rey. Parecian muy disgustados, y al subir al carruage digeron en voz alta: «la sala está llena de *mazarinos*.»



Procesion con la urna de Santa Genoveva.

Estas palabras dieron motivo para la asonada, levantándose en la plaza de Greve que estaba llena de gente un grito general de indignacion. A las invectivas mas duras y acaloradas, añadian una lluvia de piedras que lanzaron contra la casa consistorial. Los guardias respondieron con algunos disparos de fusil que hicieron caer á algunos desgraciados. La vista de la sangre aumentó el furor: los guardias, siempre acosados con las piedras huyeron; los amotinados fueron á tomar gran cantidad de leña al puerto: la juntaron y colocaron delante de las puertas del ayuntamiento y pegaron fuego. El humo que se esparció por las salas, obligó á los consejeros á abandonarlas y á buscar alguna seguridad ó asilo en los parages mas retirados; los que se presentaron en las ventanas bajas para salir, fueron degollados sin distincion de *mazarinos y honderos*. Se observó que hubo mas víctimas de los últimos, quienes por creer que serian respetados acudieron en mayor número. Algunos se salvaron á fuerza de dinero, enseñando el signo de la faccion, que era paja, la cual desde este dia llegó á ser necesaria. Las mujeres la llevaban en lugar de ramillete, los hombres en la botonadura, y los frailes en sus capuchas; como al principio de los trastornos todo habia sido llamado *á la honda*, ahora vestidos, peinados y todo lo que constituye la moda, fué llamado *á lo paja*.

Los príncipes, vueltos á Luxemburgo, ignoraban lo que pasaba. A la primera noticia, Gaston exhortó al príncipe á trasladarse á la casa consistorial: Condé se escusó y propuso enviar al duque de Beaufort. Este aceptó, y la señorita se reunió á él. Ella se jactaba que su sola presencia calmaria los furiosos. Beaufort decia que si dejaban las armas, mas bien seria por deferencia á él que á ella. Esta competencia tan inoportuna cuando se iba al socorro de personas que se degollaban, les entretuvo y divirtió en el camino. Llegaron tarde: la plaza ya estaba desierta. Solo se observaba al resplandor del fuego que aun habia algunas personas ocupadas en reconocer y retirar los muertos que les interesaban. Beaufort y la princesa encontraron la misma soledad en la casa de la ciudad. En todas partes reinaba silencio y oscuridad, que eran mas y mas pavorosos por los reflejos de luz vacilante que causaban los fuegos de fuera. A la voz de la señorita, muchos de la Asamblea, eclesiásticos entre ellos, dejaron los escondites en que estaban. El corregidor presentóse delante de ella *tranquilo y sereno*. Ella le ofreció una escolta que fué aceptada. El gobernador no quiso deber ningun favor y se salvó disfrazado. Otros muchos fueron conducidos fuera de la plaza, y pudieron entrar en sus casas, no sin correr graves riesgos en las calles. Este acontecimiento sumergió en el mas profundo luto á las principales familias de Paris, donde pasaron cosas que hicieron creer que Condé no fuese el único instigador.



El rey y el cardenal Mazarino van á buscar á la reina madre en los carmelitas.

Se notaron entre los sediciosos personas que pertenecian á la corte. Un hombre con puñal en la mano se presentó delante del coche de la señorita, y apoyándose en la portezuela, preguntó: ¿está aquí el príncipe? —No, respondió ella, y él se retiró confundiéndose entre la multitud. Estas particularidades han dado márgen á pensar que Mazarino tenia en Paris emisarios encargados de escitar tumultos ó aprovechar sublevaciones principiadas por

otros, para deshacerse de sus enemigos, ó tornarlos odiosos. Si abrigó el último designio, prevaleció este hasta mas allá de lo que se esperaba. Pasáronse algunos dias sin saber sobre quien echar la culpa de tales desórdenes. Todos cavilaban y examinaban, mas ninguno osaba descubrir sus sospechas. Al fin las conversaciones confidenciales y los escritos que aparecieron, fijaron en Condé la opinion pública. Al afecto de que el príncipe habia gozado, sucedieron el odio y temor. Abandonáronse las asambleas de la Casa consistorial y del Parlamento, y la mayoría de los miembros buscó pretestos para no asistir á ellas. Los príncipes dieron pasos, prometieron seguridad y trataron de reanimar la confianza; y si se consiguió resucitarla, solo fué por el reparo de ser tildado de *mazarinismo* y de correr los riesgos de la proscripcion. Así ya no esperimentaron los rebeldes obstáculos en sus intentos. Destituyeron al corregidor poniendo en su lugar al viejo Broussel, patriarca de la *Honda*; sustituyeron regidores de su partido á los realistas, y como el mariscal Hopital encerrado en su casa, no funcionaba como tal gobernador, nombraron para esta dignidad al duque de Beaufort. Gaston y Condé agitaron sus pretensiones para hacerse nombrar por el Parlamento: el primero, lugarteniente del rey, á quien se suponia cautivo en manos de Mazarino; el segundo, generalísimo de sus ejércitos. Crearon tambien un consejo, en el cual admitieron dos individuos del Parlamento, y este ratificó sus disposiciones en decretos de 19 y 26 de julio. «Los hombres, dice el coadjutor en esta ocasion, no son conocidos en semejantes especies de fiebre del Estado, que rayan en frenesí. Yo conocia hombres de bien que estaban persuadidos hasta el martirio, si fuera necesario, de la justicia de la causa de los príncipes: y por el contrario, conocí otros de virtud desinteresada y consumada, que hubieran muerto con placer por la causa de la corte.» Estos hablaban, mas sus voces eran ahogadas por la prevencion de los otros, siempre mas atrevida que la razon, y por el sufragio de los hombres tan comunes en los bandos, y á quienes se podia llamar con un embajador de Inglaterra: «humildísimos servidores de los acontecimientos:» de modo que á pesar de las reclamaciones, los príncipes encontraban siempre medio de cubrir con el manto de la justicia, y de imprimir, por decirlo así, en todas sus pretensiones el sello legal de la nacion.

Mas esta treta no engañaba mas que al pueblo y á las personas distantes de la capital y poco instruidas en los negocios. En Paris no tardaron en conocer que recibiendo á Condé con sus tropas, se habian dado un amo y se quedaron como aterrados con el golpe. No obstante, despues de algunos dias de aturdimiento principiaron á reflexionar. El primero que levantó la cabeza fué el cardenal de Retz. Cuando reflexionó lo que habia acontecido en el ayuntamiento, se asombró de haber tomado tan pocas precauciones contra una sorpresa ó un insulto. Otro cualquiera hubiera huido, y Gondi conviene en que era el partido mas prudente y el mas seguro, en razon á que su salida de Paris le hubiera podido reconciliar con la corte; pero la vanidad de luchar todavía contra Condé le contuvo. Colocó soldados en el palacio arzobispal y en las casas inmediatas, hizo provision de víveres y municiones; llenó de granadas las torres de la catedral como lo habia verificado cuando él representaba *el papel del buen padre ermitaño*. A la menor alarma, podia ir á su fuerte por un oculto camino; pero esta alarma no llegó: el príncipe le desdeñó; temió ó no juzgó á propósito medir sus fuerzas con las del prelado. Paris estaba entonces en una de esas situaciones en que el mas ligero movimiento hecho imprudentemente, puede ocasionar un trastorno general. El pan mas barato, valia á ocho sueldos la libra. El pueblo, envalentonado por la necesidad espiaba la ocasion de sorprender á los ricos. El ejemplo de los soldados del príncipe, los que despues de haber saqueado los caserios de las cercanías, vendian públicamente su botin en su campamento, daba á los parisienses que iban á comprarlo, una viva tentacion de hacer otro tanto en la ciudad. No habia ni policía, ni freno, ni subordinacion: los que hubieran podido contener el populacho como los vecinos honrados y magistrados, se escondian ó huian á pesar de las centinelas puestas para impedir la salida. En estas circunstancias, el rey mandó á decir al Parlamento en 6 de agosto, que cesara sus funciones en Paris, y que se marchara á Pontoise. Esto no se ejecutó mas que en parte. Anuló por decretos del consejo la creacion del gobernador, del corregidor y de los regidores hecha por los príncipes, y suspendió el pago de las rentas de la casa de la ciudad. El Parlamento de Paris anuló estos decretos, y el Parlamento de Pontoise se incomodó muy ágriamente con el de Paris. Este conflicto entre los magistrados tornó la justicia poco temible al pueblo; lo que promovió desórdenes que Condé hubiera querido reprimir, pero la necesidad de tolerarlo todo al pueblo para retenerlo en su partido, burlaba sus deseos.

El mismo tenia que devorar disgustos personales, porque nivelando la revuelta á todo el mundo, ya no se encontraba en los oficiales y soldados la subordinacion que es indispensable. El conde de Rieux, uno de sus cortesanos, le faltó cara á cara, osando en el calor de una disputa hacer un gesto amenazador, que el duque de Orleans castigó con algunos dias de encierro en la Bastilla, y que Condé lo hubiera vengado de una manera mas seria en otras circunstancias. A pesar de la prohibicion de entrambos príncipes, los duques de Beaufort y Nemours que eran cuñados, se profesaban una enemistad escandalosa y se batieron á pistola. El intratable Nemours que se negó á todo acomodamiento, fué muerto cuando por no haber acertado con la bala se arrojaba espada en mano sobre su adversario. Diariamente ocurrian conflictos y reconciliaciones que fatigaban á Gaston, impacientaban á Condé, y daban al partido un aire de cábala, disgustando á las personas honradas que hasta entonces eran del mismo partido.

El parlamento de Pontoise no fué al pronto muy numeroso, pero en cambio se componia de las mejores cabezas presididas por Molé. Estos magistrados animados de un verdadero celo por el bien del reino, pusiéronse á buscar los medios de salvarlo del inminente peligro en que se encontraba. Se sabia que el duque de Lorena volvia á Francia: habia fielmente cumplido la condicion de salir del reino, impuesta por Turena; mas tan pronto como llegó á sus propiedades y tierras hizo tirar dos cañonazos, y al instante volvió á tomar el camino de Paris. Por este tiempo los españoles enviaron á Francia doce mil hombres bajo el mando de Fuensaldaña. Todas estas tropas debian reunirse al príncipe en la capital, que por lo mismo habia de llegar á ser el centro de una guerra ruinosa, difícil de terminar, y cuyos variados sucesos podrian menoscabar gravísimamente la autoridad real. El parlamento de Pontoise representó que en tal crisis pudiera ser conducente conceder algo á la prevencion del pueblo contra el ministro; que la rebelion del pueblo no parecia estar autorizada mas que por la llamada del cardenal; que era preciso quitarle este pretesto, y que seria muy glorioso para Mazarino sacrificar su fortuna al reposo del Estado. Demostrósele al mismo cardenal que el ejército del rey no era invencible, y que si llegaba este á sufrir algun descalabro, aborrecido como se hallaba él por los pueblos, poco estimado de los cortesanos y cargado de fallos contra su libertad y vida, correria los mayores peligros. Mazarino respondia que la corte podia retirarse al otro lado del Loira y aguardar allí con seguridad los sucesos; pero Turena sonrojó á la reina por semejante proposicion, que hubiera acarreado al partido del rey gran descrédito en el espíritu público, y hubiera abierto la Francia á los estranjeros. De esta manera se resolvió que el cardenal dejase otra vez la Francia. Partió el 19 de agosto, y se retiró á Sedan, desde donde continuó gobernando el reino bajo el nombre del príncipe Tomás de Saboya, que italiano como él y enteramente estraño á los negocios de la administracion, indicaba por estos dos títulos que no era mas que un reemplazante simulado.

La noticia de su marcha causó en Paris gran satisfaccion. Los miembros del Parlamento que habian quedado, enviaron un mensaje de gracias al rey. Los príncipes tambien parecieron participar sinceramente de la alegría pública: afectaron reanudar las negociaciones suspendidas por las operaciones militares, y halagaron al pueblo con una paz cercana, aunque interiormente se propusieran hacerla depender de la suerte de las armas. Era natural que Condé, próximo á juntar dos ejércitos, se prometiera un éxito favorable, y no se apresurara á terminar: pero antes de que aquellos se juntaran, la destreza de Mazarino le arrebató la mitad de las esperanzas. El cardenal sabia que si los españoles ayudaban al príncipe, era menos por agradarle que por perpetuar la guerra. Con este conocimiento imaginó una celada en la cual cayó Fuensaldaña. Mazarino escribió desde Sedan al duque de Lorena una carta de respuesta, como si existiese entre los dos una negociacion pendiente. Discutia proposiciones de arreglo, y despues de negarse á las unas y acceder á las otras, acababa por decir que si Cárlos se obstinaba en rehusar las ofertas de la corte, la reina se veria obligada á entenderse con Condé que la apremiaba, queriendo ella mejor entregarse á un príncipe de la sangre, que esponer á una invasion el reino. El correo portador de este despacho, recibió órden de pasar por cerca del ejército español y dejarse prender. El general abrió la carta. La amenaza con que concluia le hizo reflexionar, y dedujo como el italiano lo esperaba, que no habia necesidad de reforzar á Condé para que fuera formidable á la reina; y en lugar de reunirse con el duque de Lorena, Fuensaldaña, sabiendo por otra parte que Turena estaba acampado en Compiegne, se contentó con enviarle alguna caballería, y volvió á Flandes con su ejército.

Cárlos sin embargo avanzaba hácia Paris, manteniendo negociaciones con la corte, la cual se dejaba entretener como la primera vez. Si hubiese tratado con un general menos perspicaz, hubiera puesto al ejército del rey entre dos fuegos, esto es, entre el suyo y el de Condé. La reina fascinada mandó á Turena que no inquietara á Cárlos en su marcha; pero Turena respondió: «estoy tan persuadido que el duque engaña al rey, que por muy esplícitas que sean las órdenes, quiero mejor esponerme á llevar mi cabeza al cadalso, que aventurar perderlo todo obedeciendo.» Continuó pues estrechando el ejército del duque, pero no pudo impedir su union

con las tropas del príncipe. Estos dos cuerpos reunidos, que ascendian á veinte mil hombres, acamparon en las márgenes del Sena y del Marne, cerca de Ablon; y Turena no teniendo mas que ocho mil hombres, tomó una posicion sumamente ventajosa cerca de Villeneuve-Saint-Georges, guareciéndose detrás de un bosque en el ángulo que forma el rio Hyeres al caer sobre el Sena. Estos dos ejércitos se observaron en todo el mes de setiembre: durante este tiempo se entabló y continuó multitud de negociaciones, de las cuales la mas notable fué la del cardenal de Retz.

La retirada del ministro habia producido una revolucion total en los ánimos. Los que antes eran implacables contra la corte, convenian en que dicha retirada era acreedora á miramientos; todo el pueblo se hubiera echado con mucho gusto en los brazos de su rey. Los votos mas sinceros de los parisienses, eran verle volver al seno de ellos. Testigo de estas disposiciones, Gondi creyó poder obtener el honor y la gloria de negociar esta vuelta, y que un servicio tan brillante borraria sus pasadas faltas. Patentizó á Gaston que todo iba en decadencia para su partido: que á pesar del refuerzo del ejército lorenés nada habia que esperar, y que era preciso reconciliarse á toda costa con la corte. Gaston convino y puso todos sus intereses en manos del coadjutor. Provocó una asamblea de los principales del clero y de vecinos notables, en la cual se resolvió que se enviara al rey una diputacion á fin de suplicarle que volviese á Paris. Gondi se fué á Compiegne á la cabeza de estos diputados que formaban una imponente comitiva. Desde luego recibió de manos del rey el capelo que hacia mucho tiempo era el objeto de sus deseos. En seguida se puso á negociar, pero no encontró tan buen juego, por decirlo así, como se habia prometido. No ignoraban los ministros lo que pasaba en Paris: conocian que si los rebeldes querian reconciliarse, era no tanto por amor á la paz como por necesidad. La reina escuchó las primeras proposiciones como persona que quiere favorecer; pero los amigos del cardenal, Servien, Letelier y Ondedey, desconfiando de su facilidad, la contuvieron, y aplazando la conclusion, desecharon todas las ofertas del coadjutor, inclusa la del duque de Orleans de retirarse á Blois y de no mezclarse mas en nada, siempre que se asegurara su estado, el de los príncipes y sus partidarios por medio de una amnistía honrosa con gobiernos y cargos lucrativos.

Lo que exigia fué otorgado. Una amnistía general propuesta por la corte bajo la condicion de que los príncipes se desarmarian tres dias despues de su publicacion, esceptuó solo aquellos que fuesen culpables de delitos comunes; pero en tal escepcion creyeron vislumbrar los príncipes una reserva insidiosa para buscar sus partidarios, toda vez que era imposible no hubiesen resultado lesiones privadas del estado de hostilidad por que se habia pasado, y así pidieron que se ampliara la amnistía. De aquí nuevas negociaciones y demandas que la corte algunos meses antes hubiera sin duda acogido con mucho anhelo, pero que desestimaba ahora, porque esperaba recuperar sus derechos sin gracia ni condiciones. Teniendo siempre Turena estrechado al ejército lorenés, avisó á la reina que podia diferir las negociaciones cuanto la acomodara. «Por mas que propalen los príncipes, decia, que me forzarán á una batalla ó á morir de hambre, ninguna violencia ni sorpresa temo de ellos sino que seré siempre dueño de retirarme cuando me parezca.» En efecto, la conducta de las tropas lorenesas y de su gefe no era capaz de inspirar temor: casi siempre habia tantos oficiales en Paris como en el campo, á pesar de que los parisienses no los miraban con buenos ojos, sino que se burlaban públicamente de ellos y de sus cálculos en cuanto al ejército real, por jactarse que lo batirian cuando les diese la gana. Provocábaseles á poner en ejecucion sus fanfarronadas, las que no tardó Turena en patentizar ser tan ridículas como vanas. Despues de haber llenado su objeto que era cansar á los parisienses con la presencia de los soldados estranjeros, todos indisciplinados, entretener á los príncipes con negociaciones, y desacreditarlos, Turena á favor de los puentes que habia echado sobre el rio Hyeres para facilitar forrage, levantó el campo el 4 de octubre por la tarde, apoderándose al dia siguiente de Corbeil, y dejando al ejército enemigo admirado de su retirada. Esta se verificó con el mayor órden y sin disparar un solo tiro. Tal sorpresa que quitaba á Condé el único medio de dar un golpe decisivo, le enfureció, profirió amargas quejas y ultrajantes palabras contra Tabannes y Vallon, que habian quedado en el campo mientras él estaba enfermo en Paris. «Son unos asnos, decia, y hay que enviarles albardas.» Los loreneses y españoles fueron befados y escarnecidos por los parisienses que se divierten con todo. El pueblo, de la mayor simpatía con ellos, pasó á odiarlos, y el mismo duque de Lorena fué insultado en las calles. A los pocos dias Condé temió ser entregado á sus enemigos, ó verse obligado á defenderse á viva fuerza en Paris. Cansado de esta crítica situacion é igualmente fatigado de las fórmulas palaciegas y de las inconsecuencias del Parlamento, así como tambien de la importancia de la clase media y de la insolencia del pueblo, y mas cansado todavía de las negociaciones que se hacian interminables, se puso en manos de los españoles, y el 18 de octubre emprendió con el duque de Lorena el camino de Flandes por la Picardía.

Al partir recomendó al duque de Orleans que no entregara la ciudad, sin haber obtenido condiciones ventajosas. Era de presumir que Gaston fuese mas dueño del pueblo que lo habia sido Condé; pero los parisienses que se habian apasionado contra Mazarino sin saber por qué, y principalmente porque hubo maña para inspirarles odio, volvieron por sí mismos á su deber en el momento en que vieron ejemplos de sumision. La diputacion del clero provocó otras diputaciones. Los seis cuerpos de los mercaderes enviaron á Pontoise donde estaba la corte, diputados que fueron muy bien recibidos y obsequiados á espensas del rey. Despues de estos, los coroneles de los cuarteles, un vecino y un oficial por cada compañía en número de ciento cuarenta y nueve, fueron á San German á exhortar á su magestad que volviera *á su buena ciudad.* Fueron acogidos con mas distincion todavía que los otros, y no solamente obsequiados á espensas del rey, sino servidos por sus oficiales al son de timbales y trompetas, y visitados durante la comida por el mismo jóven monarca y el duque de Anjou su hermano. El pueblo, sabiendo esta cordial acogida hecha á sus diputados, estaba lleno de gozo: se hacian referir los mas minuciosos detalles, se repetian los unos á los otros las mas pequeñas particularidades, y acababan siempre con esta pregunta: «¿Cuándo vendrá?»

Atemorizado el duque de Orleans con este entusiasmo general, les gritaba que no se precipitasen, sino que le diesen tiempo para acabar su tratado; que el afan de ellos desconcertaba todas sus medidas. Pero ¿qué importaba al pueblo engañado el interés de unos gefes que le habian seducido y arrastrado á la rebelion? Ya se sabia que ellos nada tenian que temer del restablecimiento de la potestad real, y que de esto no podia resultar al pueblo mas que seguridad y tranquilidad. La parte del Parlamento que se habia mantenido en Paris y el ayuntamiento quisieron tambien enviar diputaciones: pero la corte no quiso recibirlas, y no pudiendo ser recibidas en cuerpo, sus individuos se mezclaron con las otras.

Anularon tambien por sí mismos ó miraron como caducadas y sin fuerza todas sus disposiciones sediciosas, como elecciones irregulares de un gobernador y de regidores anti-realistas, creacion de un consejo de union, concesion del título de teniente-general al duque de Orleans y de generalísimo á Condé. Gaston conoció entonces lo que debian aguardar los súbditos mas elevados, los príncipes de la misma sangre real cuando se separaban del rey. Del trono sacan todo su esplendor, y si ellos acostumbran á los pueblos á despreciar la autoridad, tarde ó temprano son castigados por el desprecio en que ellos mismos caen. El duque de Orleans confesaba con disgusto esta verdad humillante que esperimentaba en todas partes: hubiera querido persuadirse á sí mismo y persuadir á los otros que él podia resistir con buen éxito si se obstinaba, y que no cedia mas que por condescendencia.

El cardenal de Retz describe con bastante donaire el combate entre la vanidad de Gaston y su temor. «¿No haré yo mañana la guerra, dijo al prelado, y mas fácilmente que nunca?—Si señor.—¿El pueblo no es siempre mio?—Sin duda alguna.—¿No se juntará á mí el príncipe si yo lo exijo?—Tal creo, señor.—¿El ejército de España no avanzará si yo quiero?—Todas las apariencias lo indican.» Gaston, añade el coadjutor, conocia lo ridículo de estas cuestiones, y si las proponia no era mas que con el fin de que se le refutara, para poder decir en seguida que él hubiera hecho prodigios si no se le hubiese retenido, poco mas ó menos como cuando Trivelino dijo á Scaramucia: ¡qué de cosas te hubiera yo dicho si hubieras tenido valor para contradecirme! De manera que los grandes acontecimientos que atrajeron la atencion del universo, considerados bajo otro punto de vista, no son á veces mas que unas comedias, cuyos actores, si fueran vistos de cerca, inspirarian mas lástima que estimacion. La *Honda* terminó como cosa de teatro. Despues de los incidentes que formaron la intriga y sostuvieron el interés, la llegada del primer personage produjo el desenlace. Los otros desaparecieron de la escena, cayó el telon, y no quedó de estos grandes disturbios mas que un recuerdo, que fué bien pronto olvidado por el gran reinado de Luis XIV.

El 21 de octubre, tres dias despues de la partida del príncipe de Condé, el monarca entró en su capital en medio de las aclamaciones del pueblo, cuya alegría se manifestaba con transportes difíciles de pintar. No estaba comprometido por ninguna promesa de amnistía; tenia libertad para castigar, si queria; pero el castigo no fué severo, y se limitó solo á los mas culpables. Luis hizo decir á su tio que dejase á Paris, y éste obedeció. Previendo la señorita que se la comunicaria tal órden, se desterró voluntariamente á una de sus posesiones. Muchos personages y otras personas turbulentas de diferentes estados huyeron ó se escondieron juzgadas y condenadas por su propia conciencia. Las duquesas de Montbazon y Chatillon se hubieran alegrado de presentarse en la corte: pero no se las permitió hacerlo, y partiéronse para sus castillos. El duque de Beaufort siguió al de Orleans, abandonando no sin pena el pe-

queño imperio que se habia formado en los mercados. El hijo de Broussel entregó la Bastilla así que se le amenazó con la horca, si permitia que se le sitiara. Por último, al dia siguiente de su entrada, el rey tuvo sesion régia en el Louvre, donde reunió los consejeros de Paris con los de Pontoise: los primeros no sufrieron reconvenciones ni apercibimientos. Solamente á diez ó doce de ellos que no habian sido convocados á esta sesion, se prohibió permanecer en Paris. En esta prohibicion fueron comprendidos algunos miembros de otras corporaciones, todos los oficiales de los príncipes de Condé y de Conti y hasta las damas del servicio de la duquesa de Longueville.

En esta sesion régia el rey hizo leer y registrar un edicto que prohibia al Parlamento toda deliberacion sobre gobierno del Estado y de las rentas, y toda clase de procedimiento contra los ministros que le agradase escoger. Contenia tambien reglas de disciplina para el honor y la independencia de la corporacion, no permitiendo á sus miembros tomar hábitos demasiado familiares en los palacios de los príncipes y de los grandes, ni recibir presentes, gratificaciones ó pensiones, ni aun asistir á los consejos en que se trataran sus negocios económicos y domésticos. Por lo demas, el monarca acordó una amnistía general, que tranquilizó los ánimos y restituyó el órden y la tranquilidad. El cardenal de Retz se halló en el Louvre al llegar el rey. La reina dijo á su hijo que le abrazase como á quien debia particularmente su vuelta á Paris. No obstante, no habia verdaderamente contribuido á ella mas que con no oponerse. Dejando el Louvre, á creer á Joly, se fué el cardenal á insinuar al duque de Orleans que se pusiera en estado de defensa y no se dejara oprimir por el poder real; pero él mismo pretende que dejó solamente entrever á Gaston la posibilidad de amotinar al pueblo, hacer nuevas barricadas y apoderarse de la persona del rey. Añade que el duque de Beaufort aconsejaba fuertemente tal empresa, y que en cuanto á sí mismo se contentó Gondi con asegurar á Gaston que si se determinaba á tal empresa, él le apoyaria con todo el prestigio que conservaba todavía sobre el pueblo. Esto era ciertamente llevar la rebelion hasta donde no podia ir por sí misma. Con todo, Ana de Austria quiso no castigar al prelado mas que alejándole, y aun á esto no se determinó hasta despues de asegurarse con diversas tentativas que le seria imposible hacer regresar á Mazarino y asegurar la tranquilidad de su ministerio, interin Gondi permaneciese en Paris. Ella le ofreció la embajada de Roma, donde se le prometia dejarle nada mas que tres años, cien mil francos y pagar sus deudas, una pension de cincuenta mil escudos y otros cincuenta mil para ponerse en marcha.

El coadjutor dice que no rehusó esta oferta, sino porque nada se queria dar á sus íntimos partidarios: quiere persuadir que fué víctima de la amistad; pero es mas probable que se creyó todavía en disposicion de intimidar á la corte y de hacerse pagar mas caro. Continuó en derredor de sí con una especie de guardia que á veces ascendia á doscientos nobles, y solo con esta escolta salia de su palacio fortificado, donde siempre tenia municiones, y así era este punto susceptible de resistencia. Cuando pasaba á la corte, presentábase con aire ceñudo y altivo, y desechaba desdeñosamente las condiciones que no se ajustaban á las que pretendia imponer. Su insolencia fué tan grande, que el Consejo dió órdenes para prenderle y aun para atacarle á mano armada si no se le podia coger de otro modo. «Estas órdenes, dice él, no eran muy diferentes de las que fueron dadas al mariscal de Vitry cuando mató al de Ancre. Viendo los verdaderos amigos de Gondi que se perdia, vinieron al cabo á empeñarse para que cediese algo de sus pretensiones. Se determinó á tratar directamente con el cardenal Mazarino, al cual escribió. Sobre la fe de estos preliminares llegó acompañado al Louvre, donde fué preso el 10 de diciembre, y conducido á Vincennes sin que el pueblo manifestase el resentimiento que se temia. Solamente hubo algunas demostraciones de tristeza por parte del clero: el cabildo de la catedral ordenó rogativas de cuarenta horas; pero el arzobispo, tio del coadjutor, hizo que cesasen.

Turena, despues de haber traido al rey á Paris, habia volado á las fronteras, que durante toda la campaña habian estado casi enteramente desguarnecidas; de modo que los españoles habian vuelto á tomar á Gravelinas, Mardik y Dunkerque; y Condé, á pesar de la separacion del duque de Lorena, habia señalado su llegada á ellos con la toma de Chateau-Porcien, de Rhetel, de San Menehould y de Barle-Duc. Turena siguió los pasos de este último, y dejando detrás todas las ciudades, por medio de las cuales habia esperado el príncipe retardar su marcha, y que no habian servido mas que para debilitar al mismo con las guarniciones que en ellas habia dejado, le acosó sin descanso hasta Luxemburgo, donde le forzó á invernar; retrocediendo en seguida, redujo fácilmente la mayor parte de las plazas indicadas, apoderándose tambien de sus guarniciones. Así el enemigo, á pesar de sus esperanzas, se vió reducido á tomar cuarteles de invierno fuera de Francia. La distancia de Cataluña é Italia no habia podido menos de influir en que la campaña fuera todavía mas desgraciada que en Flandes. Don Juan de Austria habia restituido á Barcelona y parte del Rosellon á la obediencia de los españoles; y Casal, retenida hacia mas de veinte años por los franceses, habia caido tambien en su poder, habiendo sido devuelta por estos al duque de Mántua, cuya neutralidad fué de gran fortuna para Francia.

En tanto que el cardenal de Retz sentia en la sujecion y soledad de la cárcel todos los tormentos que puede sufrir un ambicioso encadenado por su rival, Mazarino se paseaba en la frontera en medio de ejércitos franceses, y gozaba del honor de los últimos triunfos que los generales le habian deparado y ofrecido por la preponderancia que conservaba en la corte, donde disponia de todo, aunque distante de ella. Despues de haberse hecho desear por algun tiempo, llegó á Paris el 3 de febrero acompañado de Turena y de los primeros oficiales del ejército. El rey salió á recibirle á seis leguas: la reina le acogió con loca alegría, que no era nueva, pero que siempre llamaba la atencion, porque muchos indagaban por dónde habia él merecido tal fortuna. Deslumbrados los demas por su dicha, quemaban incienso delante del ídolo, sin examinar si era ó no digno de tales obsequios. La Francia entera estaba prosternada á sus pies. Los parisienses le hicieron una especie de honrosa reparacion de sus insultos escesivos con homenages que tambien eran escesivos. Dieronle en la casa consistorial una fiesta, en la cual se le prodigaron casi todos los honores reservados hasta entonces al soberano. Edictos sobre fondos, que el ministerio presentó al Parlamento bajo el motivo ordinario de proveer á los gastos de la guerra, no esperimentaron grandes dificultades. Se dice que el cardenal, viendo á la nacion tan inconstante, se ratificó en el desprecio que ya habia concebido por ella; y hallándola tan dócil, no formó escrúpulo en saquearla y amontonar tesoros inmensos para no esponerse en caso de desgracia á la penuria que habia esperimentado algunas veces durante su residencia forzosa en el estrangero.

Como una dicha conduce naturalmente á otra, el ministro no necesitó, por decirlo así, mas que de dejar correr los acontecimientos para apagar las últimas chispas de la guerra civil. Despues que Paris se habia rendido, el foco de los motines existia en Burdeos. El duque de Vendome, entrando con una flota en el Garona, cortó toda comunicacion con los españoles; y esta ciudad, comprimida fuertemente, fué bien presto acosada por el hambre. El conde de Harcourt, que habia comenzado á cercarla, habia infringido sus juramentos y faltado á la fidelidad que tenia tan acreditada: dominado del espíritu de vértigo de que no se habian eximido las mejores cabezas, y de la quimérica idea de formarse una soberanía en Alsacia á favor de la ocupacion que Condé daba á los ejércitos franceses, habia atravesado la Francia con la caballería del suyo y sorprendido á Brissac y Filisburgo. El duque de Candale, hijo del de Epernon, nombrado para reemplazarle delante de Burdeos, carecia de sus talentos militares, bien que ya no habia necesidad de ellos. La faccion se aniquilaba por sí misma, merced á la mala inteligencia del príncipe de Conti y de la duquesa de Longueville, mala inteligencia fomentada por sus domésticos y consejeros. Entre todos estos agentes mediaba una competencia interesada en tratar con la corte: los del hermano querian anticiparse para con el ministro á los de la hermana, y vice-versa, á fin de conseguir el honor de la pacificacion y una recompensa personal. Mazarino escuchaba á todos, y no se apresuraba á concluir en razon á que la tardanza hacia que los negociadores se malquistaran, y así se arruinaria el partido por sí mismo.

Durante estas dilaciones, pasaban escenas sangrientas en Burdeos. Cuando Lenet y Marsin, agentes de Condé, que habian quedado en la ciudad con Conti y la duquesa de Longueville, quisieron escudarse con la autoridad del Parlamento á la manera de los honderos de la capital, amotinaron al populacho, sirviéndose de él para intimidar á dicho Parlamento. Este populacho tomó la costumbre de reunirse en el paseo de los Olmos. Desde este punto, á la señal de los gefes partidarios de los príncipes, se esparcia por toda la ciudad insultando, hiriendo y despojando á todos los que eran tildados de *mazarinos*. Contra esta feroz cábala, en la cual uno llamado Dura-Testa, simple artesano, fué gefe, formóse la asociacion del *sombrero rojo*, así llamada por el nombre de una de las calles de la ciudad. Esta asociacion estaba compuesta de gente honrada. Muchas veces llegaron los dos bandos á las manos. Los *olmistas*, mas numerosos, sacaban frecuentemente el mejor partido, y señalaron sus victorias con toda suerte de crueldades contra los *sombreros rojos*. Muchos de estos dejaron la ciudad con los principales del Parlamento, que el rey trasladó á Agen.

Burdeos estaba reducida á este estado de anarquía, cuando se habló de tratar con la corte. En lugar de mantenerse unidos y hacer causa comun, los agentes del príncipe ausente, los de Conti y los de la duquesa de Longueville se embrollaron, y embrollaron á sus amos con pretensiones que intentaban aislada y esclusivamente. El ministro aumentó la discordia manifestándose dispuesto á preferencias. Cada cual trató de merecerlas con una sumision mas pronta é ilimitada, siendo el resultado de tal conducta que la corte im-

paso la ley que quiso. Concedióse á la princesa de Condé libertad para seguir á su marido á Flandes ó España con su hijo y todos sus partidarios poco notables. Marsin fué de este número, y obtuvo facultad para llevarse los regimientos del príncipe y del duque de Enghien, sus guardias y gendarmes, componiendo todos dos mil quinientos hombres, que cruzaron la Francia con etapa, encaminándose á Stenay. El príncipe de Conti y la duquesa de Longueville, su hermana, fueron relegados á puntos lejanos de la corte, hasta que su buena conducta los hizo acreedores á ser llamados. Algunos señores sufrieron la misma suerte con mezcla de rigor é indulgencia. Dióse una amnistía general para Burdeos y las aldeas adyacentes mas ó menos complicadas en la rebelion. Se esceptuó á Dura-Testa, gefe de la faccion *del Olmo*, y cinco de sus compañeros mas culpables, con los cuales se hizo un escarmiento, siendo su sangre la única que la venganza real permitió verter. Tambien se creyó no deber dejar sin correctivo á la faz del universo la rebelion del príncipe de Condé, quien por el tratado que habia hecho con los españoles debia quedar dueño de todas las plazas quitadas á la Francia. Este mismo Parlamento de Paris, muchos de cuyos miembros podian ser tachados de haber sido sus cómplices, le formó proceso, como lo habia predicho el coadjutor. El jóven monarca asistió al juicio con el esterior de un hombre conmovido. Declaróse á Condé criminal de lesa magestad, y fué despojado de todos los empleos, cargos y gobiernos que el rey le habia dado, y condenado á muerte sin especificar el género de suplicio por respeto á la sangre real. En cuanto á los otros gefes de partido, se eclipsaron sin que pareciese que se hacia caso de ellos. El duque de Orleans se retiró á Blois, de donde alguna que otra vez volvia á la corte, acariciado con política por el monarca y su madre, poco atendido de los cortesanos, pero mucho por el ministro, que reputaba por honor llevarle en su carroza. Su hija, la señorita, trajo largo tiempo una vida errante en sus castillos. Siempre encontró obstáculos á los casamientos que convenian á su nacimiento, y al fin fué obligada á comprar con el sacrificio de una parte de sus grandes bienes el derecho de casarse con el gentil-hombre Lauzun, que la despreció. La duquesa de Longueville, no pudiendo pasar sin intrigas, despues de haber renunciado á las del amor y de la política, encontró donde satisfacerse con la devocion. La guerra entre los solitarios de Port-Royal y los jesuitas principiaba á animarse. La duquesa se decidió por los primeros, y tuvo como un placer en ser del partido no favorecido por la corte. El príncipe de Conti se quedó en paz casándose en los primeros dias de 1654 con Ana-María-Martinozzi, una de las sobrinas del ministro, precisamente en la época en que Mazarino trabajaba por la condena de su hermano en el Parlamento. Vivió sin brillo, como buen marido y buen padre, siendo mas dichoso en esta especie de vida privada que en la borrascosa de los negocios públicos. El duque de Beaufort, que obtuvo del rey la futura del cargo de almirante de Francia, que poseia su padre, se distinguió en diversas espediciones marítimas, y en 1669, habiéndose puesto á la cabeza de una tropa de voluntarios, á quienes permitió el rey ir en socorro de los venecianos á Candia, halló una muerte gloriosa en la brecha de la Canea. Los grandes señores que habian tomado parte en los disturbios, apenas estuvieron empleados en el reinado de Luis XIV, á pesar de su mérito personal, y sus hijos borraron con dificultad la mancha de sus progenitores. En cuanto á los sediciosos inferiores, muchos de sus nombres, borrados de las matrículas de la magistratura, desaparecieron totalmente ó no existen mas que en condiciones subalternas.

El cardenal de Retz causó todavía algunas inquietudes á la corte. De coadjutor llegó durante su prision en Vincennes á arzobispo de Paris por muerte de su tio. Se le pidió su dimision y se le puso en libertad á este precio. El la hizo, y mientras se esperaba la ratificacion de Roma, quien la rehusó por odio á Mazarino y á instancias del mismo dimisionario, fué transferido al castillo de Nantes donde se refugió, y desde allí se encaminó á Roma, donde fué revestido del pálio, condecoracion confirmatoria de su título. Al escaparse sufrió una caida de la cual quedó estropeado para toda su vida. Mientras vagaba por Flandes, España, Roma y Alemañia, un cura de la Magdalena llamado Chassebras, á quien habia nombrado vicario suyo, defendia sus intereses con una intrepidez é inteligencia singulares. Daba decretos en nombre del cardenal, y repudiaba los vicarios capitulares puestos á ruegos de la corte: lanzaba monitorios contra los perseguidores de su arzobispo, y los amenazaba con escomunion. Estos actos pasaron por ser de los solitarios de Port-Royal, que la corte principió á mirar como poseidos del espíritu de rebelion, y empeñados en esparcirlo por todo el pueblo; sospecha de que jamás se desentendió el ministerio. Dícese que los documentos se imprimian en la torre de Santiago; y á pesar de la vigilancia de los espías, y lo muy numerosos que eran estos, siempre llegaban aquellos á manos de las personas que debian recibirlos, ó se encontraban fijados de intento donde habia necesidad, sin que las pesquisas ni las amenazas del ministerio hubiesen podido jamás intimidar al vicario y sus cooperadores, los que si bien se escondian, nunca dejaban de obrar.

Como estos escritos estaban bien redactados causaban sensacion. El clero clamaba por su arzobispo, el pueblo murmuraba, y si Gondi hubiese sabido secundar el celo de sus partidarios con una conducta oportuna, y con su perseverancia, quizá habria obligado á la corte á dejarle su arzobispo; pero se cansó de sufrir. Si se ha de dar crédito á Joly que siempre le acompañó, habia contraido en sus viages inclinacion á una vida libre, exenta de deberes, sujeciones y aun decoro; vida que deseó poderla continuar. Tomó, pues, el partido de transigir con la corte. Se le dieron pingües abadías en cambio de su arzobispado. Fijó su morada en Lorena, y á fuerza de tiempo pagó sus deudas. Al fin de su vida obtuvo el consentimiento de volver á Paris; y este hombre que no se habia contentado con el primer puesto al lado de los príncipes en la capital, se creyó dichoso en concluir sus dias casi ignorado, aunque no cedió su arzobispado hasta despues de la muerte de Mazarino, al cual no quiso dar la satisfaccion de que fuera testigo de su humillacion.

La *Honda* concluyó por la dispersion de sus gefes, cesando la guerra en el interior del reino, pero se avivaron las hostilidades en las fronteras contra los españoles, impulsados por la capacidad y los consejos del príncipe de Condé, los cuales para dicha de la Francia no fueron siempre seguidos. Condé habia entrado en Picardía á la cabeza de veinte y cinco á treinta mil hombres, con el título de generalísimo de los ejércitos españoles. Ya habia pasado el Soma; y despues de haber tomado y arrasado la mala plaza de Roye donde la nobleza de Picardía se habia atrevido á esperarle, proponíase establecer el centro de las hostilidades en las cercanías de la capital, cuando Turena, que acababa de dejar la Champaña, acampándose á algunas leguas de él, le detuvo al instante con un ejército menos que la mitad del suyo. Demasiado débil para arriesgar una batalla, no dejó Turena de proponer el paso del Oise, rio que separaba los dos ejércitos, con el objeto de acosar al enemigo constantemente. Así, decia Turena, será el ejército mas que suficiente para impedir los progresos de los españoles, tanto porque no podrán atacar las ciudades del Soma, situadas en terreno pantanoso sin debilitarse con el alejamiento indispensable de sus cuarteles, cuanto porque si osaren avanzar mas adelante, y marchar sobre la capital, correrian el riesgo de quedar incomunicados con Cambrai, donde existen sus almacenes. Este dictámen fué adoptado por el consejo del rey, que se habia trasladado al campo con Mazarino.

Mas la presencia de un general como Condé exigia toda la habilidad de Turena para ejecutar tal plan. Estos dos grandes hombres apuraron todo lo que su esperiencia en el arte de la guerra sabia, el uno para poder encontrar á su adversario, y el otro para burlarle. Procuraron en vano sorprenderse el uno al otro, y jamás la diversidad de los ataques, cuya eleccion tuvo siempre Condé en razon á ser el mas fuerte, pudo encontrar á Turena desprevenido, y hacerle arriesgar el menor movimiento en el cual el príncipe pudiese sacar alguna ventaja. Al fin de la campaña, sin embargo, en las cercanías de Perona hubo un momento en que la prevision del general francés estuvo muy espuesta. Una falsa maniobra del mariscal La Ferté que mandaba el ala izquierda, estuvo á punto de comprometerle con el ejército enemigo y á esponerle á ser batido por Condé del mismo modo que diez años antes, el mismo La Ferté habia pensado batir á Condé por medio de Melos en Rocroy. Turena reparó esta falta con un cambio rápido de posicion, que le dió tiempo para atrincherarse, siendo ya respetable su situacion cuando llegó á su presencia el ejército enemigo fatigado de calor y de sed. Condé sin embargo queria atacarle; pero en consideracion á la sangre y al cansancio de los soldados, el conde de Fuensaldaña que mandaba parte del ejército español se opuso, y la accion fué aplazada para el dia siguiente. Turena se aprovechó de este descanso, y durante la noche aumentó su defensa, hasta tal punto que el mismo Condé juzgó imposible forzarle. Prorumpió en amargas quejas contra Fuensaldaña, y sus reconvenciones aumentaron la mala inteligencia que ya existia entre ellos, y perjudicó mucho á las operaciones de esta campaña y las siguientes. Cansado de la inutilidad de sus ensayos para obligar á Turena al combate, Condé se determinó á repasar el Soma, y dirigiéndose desde luego á Arrás para atraer al enemigo á este lado, de repente torció á la frontera de la Champaña y embistió á Rocroy, teatro de sus primeros triunfos, que ahora trataba de desvirtuarlos. Turena tenia por máxima que no incurriendo en faltas era siempre seguro atacar á un ejército en sus líneas, y así aparentó seguirle; pero la campaña que hasta entonces habia sido tan dichosa por la exacta fidelidad en observar el plan que se habia trazado, continuaba siendo la regla de su conducta, y por lo tanto esquivó el encontrarse con el príncipe que hubiera podido levantar sus cuarteles para revolver sobre él. De acuerdo con las instrucciones de la corte cayó sobre Monzon, con el objeto de subsanar en lo posible la pérdida que temia de Rocroy. Las dos plazas se rindieron en el transcurso de dos dias. Turena sostuvo todavía algun tiempo la campaña para proteger el sitio de

San Menehould en que se hallaba ocupado el mariscal Du Plessis-Praslin. Tomada la ciudad, la devastacion del pais, la escasez de forrage, la humedad de la estacion y el natural deseo del reposo precisaron á los dos ejércitos á tomar cuarteles de invierno. Así se concluyó esta sábia campaña, objeto del estudio y de la admiracion de los inteligentes, de la cual la Francia sacó todas las ventajas, haciendo desvanecer las esperanzas bastante fundadas que habia podido concebir el enemigo.

En Italia la guerra seguia con flojedad, y no tanto con el objeto de conquistar, cuanto con el de retener al duque de Saboya en la alianza de la Francia. Una victoria dudosa en la Roquette sobre el Tanaro, obtenida por el mariscal de Grancey sobre el marques de Caracena, proporcionó dicho objeto. Los triunfos fueron tambien á medias en Cataluña. Los españoles se desgraciaron delante de Rosas, donde fueron batidos por el mariscal de Hocquincourt, y los franceses delante de Gerona, donde D. Juan de Austria hizo lo mismo arrojando al mariscal al Rosellon.

Aprovechóse el ocio en los cuarteles de invierno que siguieron á esta laboriosa campaña para ocuparse de la consagracion del rey, que los trastornos del reino habian hecho diferir hasta entonces. Faltaron á ella cuatro príncipes de la sangre: el duque de Orleans que siempre permanecia relegado en Blois, el príncipe de Conti que mandaba en el Rosellon, el de Condé y el duque de Enghien, su hijo, á quien la rebelion mantenia fuera del reino. Luis XIV despues de su consagracion, que tuvo lugar en el mes de junio, apareció como un sol brillante que disipó todas las nubes de las facciones. No es sin embargo en este momento el en que se pueda decir que principió su administracion. Desde 1643 que subió al trono, no contando mas edad que la de cinco años, hasta su mayoría en 1651, se ha visto que figuró muy poco en el gobierno. La historia de este tiempo no es mas que la de la regencia de su madre y de la *Honda*. Despues de su mayoría, merced á los acontecimientos públicos, Mazarino absorbió toda la autoridad y la conservó hasta su muerte. No obstante, ya se encuentran en estas dos épocas hechos aplicables al jóven monarca, como matices de carácter y rasgos que no son todavía la fisonomía, pero que anuncian lo que será, y que así es preciso no dejarlos perder.

Mazarino era el director de la educacion de los dos hermanos Luis y Felipe. Se dedicó, segun confesion de la reina madre, á *virilizar* al uno y á *afeminar* al otro. Luis, de aventajada estatura, ya imponente, sin tener nada de desdeñoso, serio sin afectacion, atraia el respeto en una edad que no se piensa mas que en agradar. Felipe tenia en amabilidad todo lo que su hermano en magestad. Se le aficionó á las galas y los adornos, y á su hermano mayor se le acostumbró muy temprano á *hacer el rey*: pero por recelo de que aquel *se escapara de sus andadores*, el cardenal tuvo cuidado en rodearle de distracciones propias para conservarle en su dependencia.

El prelado vió con satisfaccion al jóven monarca concretarse casi esclusivamente á la sociedad de sus sobrinas. Habia hecho venir siete de Italia, todas jóvenes, vivas, sagaces y graciosas: entre ellas se distinguian las dos mayores Laura y Olimpia, que tuvieron por hijos dos de los mas grandes capitanes de este siglo, el duque de Vendome y el príncipe Eugenio, pero sobre todo María Mancini, que despues fué la condestable Colonna. No era esta una belleza; pero á la edad de 14 ó 15 años, con ingenio y una finura muy espresiva, no la fué dificil conmover un corazon nuevo que *buscaba dueña*, ni al tio que tenia designios de fijar al rey en el círculo de estas jóvenes y amables personas.

La galantería no impedia á Luis aplicarse á adquirir conocimientos y cualidades, no aquellos que hacen á un hombre instruido (en lo cual el abate Beaumont de Perefije, su preceptor, á quien hizo arzobispo de Paris, no pudo enorgullecerse) sino los que eran necesarios á su rango. Asombrado de sus progresos, Mazarino que le habia sondeado, decia al mariscal de Grammont que le felicitaba por las disposiciones que suponia al rey para dejarse guiar: «Señor mariscal, no le conoceis: hay en él tela para hacer cuatro reyes y un hombre honrado.» El mismo decia al mariscal de Villeroy al salir de una audiencia dada por este príncipe á los diputados de Borgoña: «¿Habeis reparado, señor, como el rey escucha como dueño y habla como padre? Está en su carrera un poco atrasado, pero irá mas lejos que ningun otro.» Mazarino hizo que empuñase las primeras armas con harta dureza. Nada de equipage, nada de mesa, siempre á caballo aun en el camino, y comiendo con el general. No se le contempló mas en los peligros; se le dejaba visitar las trincheras y correr en las escaramuzas, atravesando el fuego y las balas de cañon que caian alrededor de él sin que pareciese alterarse.

A la vuelta de sus campañas, en las cuales ocurrian siempre algunos hechos en honor del príncipe que se complacian en citar, se puede juzgar cómo el jóven monarca era recibido en una corte idólatra adonde él traia los placeres. En su juventud, Luis XIV no se contentaba con ser espectador de las fiestas; deseaba figurar en estas con los cortesanos, y por tal razon eran mas animadas y agradables á él mismo y al pueblo. La reina y el cardenal sentian una especie de vanidad por los aplausos que arrancaban, cuando Luis aparecia en público, su gracia y magestuoso continente. Habia cabalgatas, carreras de sortija, en cuyos entretenimientos se recordaba la antigua caballería. Todo lo mas galante de la corte, vestidos con el gusto mas esquisito y montados todos en briosos corceles, pasaban y repasaban por debajo de los balcones de las damas. Estas contribuian con su hermoso tocado á la belleza del espectáculo, y daban á este mayor interés por las circunstancias á que hacian alusion las divisas de los caballeros.

Se daban tambien frecuentemente bailes, los unos con entradas para todos, los otros limitados á algunos privilegiados. Para animar al rey, un poco tímido con las personas que no le eran familiares, la reina habia dejado introducir una libertad sorprendente para los que se acordaban de la severidad de etiqueta de Luis XIII y Richelieu, su ministro. Mazarino, muy diferente, como si hubiese querido hacer disimular su poder, atraia la alegría en derredor del trono, y algunas veces añadia una magnificencia desconocida en Francia hasta entonces.

Inmediatamente despues de la consagracion y cuando el rey tocaba en la edad de diez y seis años, hizo su primera campaña. No habiendo admitido el príncipe de Condé las nuevas proposiciones de arreglo, la corte para castigarle decretó el sitio de Stenay que le pertenecia, y la toma de esta plaza fué el ensayo del monarca. El sitio por largo tiempo cubierto por Turena era dirigido por Taber, oficial de fortuna y despues mariscal de Francia, que por su adhesion á Mazarino, á quien recibió en Sedan á pesar del clamor general, le llevó á este grado que merecia. Hijo de un librero de Metz, rehusó ser caballero de la órden, en razon á exigirsele pruebas de su nobleza que hubieran sido admitidas sin exámen bajo su juramento; pero él rehusó una dignidad que hubiese sido preciso comprar con una mentira.

Aunque Condé confiase en la fuerza de su plaza hasta el punto de haberse atrevido á decir que el jóven monarca habia tenido mala eleccion para ganar reputacion en sus primeros hechos de armas, es probable que supusiese tambien que esta plaza no seria abandonada á sus propios recursos; pero no pudo determinar al archiduque á que introdujera en ella los menores socorros. Independientemente de la rivalidad que existia entre ellos con motivo de la igualdad en el mando, igualdad pretendida y obtenida por Condé, tenia este todavía que combatir la repugnancia de los loreneses á tal espedicion. Esta oposicion se fundaba en que Stenay no habia sido dada al príncipe sino despues de haber sido quitada á su duque, y estaban todavía disgustados de la cláusula del tratado de los españoles con el príncipe, por la cual las conquistas hechas en Francia debian ser de su propiedad, lo cual les privaba de la esperanza de compensar con ellas las pérdidas de la Lorena. El duque Cárlos habia manifestado su resentimiento de un modo tan altanero amenazando retirar sus tropas, que la corte de España, ya lastimada de lo tratado con Francia durante los alborotos de la capital, habia dado órden de prenderlo al principio de este año, lo que fué ejecutado en el palacio mismo del archiduque. Dicha corte tuvo la habilidad de retener sus tropas con las dádivas que las hizo, y dándolas por gefe á Francisco, hermano del duque Cárlos: pero no pudo conseguir el destruir sus enojosas pretensiones contra Condé, y todo lo que pudo obtener fué una vigorosa escursion por otro lado, la cual fué dirigida sobre Arras, por donde aun se podia abrir en este año entrada en el reino. Embestida dicha plaza desde luego por la caballería lorenesa, fué bien presto cercada por treinta mil hombres.

Turena acometió desde entonces á Stenay, pero fiel á su táctica dejó á los enemigos la libertad de establecerse bien en sus cuarteles, y se limitó á perseguir sus convoyes. En esta ocasion escribe en sus memorias «que él no es de la opinion comun de que es preciso hacer obrar desde luego á los franceses, y que está persuadido que tienen la misma paciencia que las demas naciones cuando se les conduce bien.» A pesar de estas disposiciones, el marques de Bouteville, discípulo de Condé, y que anunció desde entonces al mariscal de Luxemburgo, burló su vigilancia ó mas bien la de uno de sus oficiales; y despues de haber salvado en Aire un convoy de municiones que conducia á los sitiadores, tuvo aun la habilidad de introducirlo en sus líneas. Hasta despues de la toma de Stenay, y la union de los cuerpos del mariscal de Hocquincourt y de La Ferté, no se determinó Turena á atacarlos. El mismo habia hecho los reconocimientos con la intrepidez de un soldado y la sagacidad de un gran capitan. Habiéndose aproximado temerariamente al cuartel de don Fernando de Solís, respondió á los que le criticaban: «yo me guardaré muy bien de hacer otro tanto en el cuartel del príncipe de Condé; pero conozco á los españoles: don Fernando no emprenderá nada sin consultar con Fuensaldaña, este con el archiduque, y el archiduque mismo con el príncipe de Condé, que convocará á consejo, y durante estas consultas se hará el reconocimiento.» Lo que habia previsto, aconteció precisamente como lo habia anun-

ciado, y con las instrucciones que tomó bien despacio estableció su plan de ataque. Su ejecucion tuvo lugar en la noche del 24 de agosto contra el cuartel de Solis. El triunfo de Turena fué completo, tanto sobre él como sobre Fuensaldaña y el archiduque. El principe de Condé fué el único que resistió sus esfuerzos, y maltrató aun á Hocquincourt y La Ferté; pero no pudo mas que cubrir hábilmente la forzosa retirada de los españoles, género de gloria en que siempre vencedor hasta este dia, dió entonces la mas relevante prueba de pericia. Forzado á volver atras hasta Mons, recibió aquí refuerzos é hizo retroceder á Turena á su vez hasta Quesnoy, que este último habia tomado á consecuencia de la salvacion de Arras.

Todo le salió bien al rey en esta campaña. El principe de Conti se habia apoderado en el Rosellon de Villafranca y Puigcerdá en la Cerdaña; y el mariscal de La Ferté con la rendicion de Brissac y de Filisburgo proporcionó el arrepentimiento del conde de Harcourt, que volvió á estar en gracia y obtuvo el gobierno de Anjou en lugar del gobierno independiente que habia contado formarse en Alsacia. Solamente en Italia fueron de poca monta las ventajas en razon á las pocas fuerzas que allí habia. Estaban cansados de la guerra, y hubo al principio del año una pequeña tregua fundada en la esperanza que se habia concebido por la paz. No obstante, todavía se protegió una nueva insurreccion de napolitanos, y el duque de Guisa, recientemente salido de su prision de España por respetos á Condé y bajo la promesa de no mezclarse en los asuntos de Nápoles, fué enviado sin embargo á este pais por la corte. Desembarcó en Castellamare con siete mil hombres; pero los napolitanos refugiados en Francia le habian engañado sobre la disposicion del pueblo. Nadie se le reunió, y la escasez de víveres le obligó á volverse á embarcar. A la vuelta, parte de su flota pereció en una borrasca.

Aunque fuesen satisfactorios tantos sucesos, no podian obtenerse mas que por medio del dinero; y á falta de un grande esfuerzo y de medidas generales que estos tiempos agitados y de oposicion no permitian emplear, no hay clase de edictos sobre recursos y de medidas ruinosas que la urgencia de las necesidades no hiciera inventar á Mazarino para agenciarlos. De esto resultó un desórden que consumió anticipadamente las rentas de los años siguientes, y cuyo efecto, siempre creciente, se ha sentido hasta nosotros. En el mes de mayo de este año el rey habia hecho registrar muchos de estos edictos en el Parlamento. Contaba con su ejecucion, cuando los magistrados, á pretesto de que la presencia del monarca habia arrancado los sufragios, creyeron conducente reunirse para ratificar el asentimiento que habian dado. Sabedor de este proyecto el rey, parte en seguida de Vincennes, donde se encontraba entonces, y en trage de caza, con botas, espuelas y un látigo en la mano, entra en la cámara y toma asiento. «Señores, dice entonces á los consejeros, tan asombrados de su diligencia como de su trage, todos saben las desgracias que han producido las asambleas del Parlamento. En adelante quiero evitarlas. Mando que cesen estas asambleas, que han principiado despues de los edictos que yo he hecho registrar en sesion régia. Señor presidente, os prohibo permitir otras asambleas, y ninguno de vosotros podrá tampoco demandarlas.» La magestad del principe, la nobleza de sus facciones y la seguridad de su tono impusieron en aquel momento; pero al dia siguiente esta impresion se debilitó, y no se hablaba ya mas que de reunirse de nuevo. Mazarino quiso arreglarlo por las vías de la negociacion, y el discreto Turena fué empleado como mediador. El respeto con que miraban su carácter allanó los obstáculos; y mediante ligeros sacrificios hechos al amor propio de los magistrados, obtuvo de estos lo esencial. Así, en el descanso de los cuarteles de invierno como en los trabajos militares de las demas estaciones, Turena siempre era útil al Estado, y se preparaba á continuar siéndolo cuando el momento de las operaciones llegase.

En este año meditaba penetrar en los Paises-Bajos, y al efecto arremetió á Landrecies al principio de la campaña. Condé, cortándole la comunicacion con Guisa, habia creido quitarle el recurso de víveres y municiones; pero el general francés no habia dejado tomar esta posicion á su adversario, sino porque podia sacarlos del Quesnoy. La maniobra del principe fué pues inútil, y en el interin capituló Landrecies. El resto de la campaña ofreció poco mas ó menos lo que la de 1653, con la sola diferencia de que Turena y Condé cambiaron de papel. El primero atacó y el segundo estuvo á la defensiva. Parapetado de una manera formidable detrás del riachuelo Haine, que da su nombre á la provincia, Condé retaba á Turena, cuando este, tomando el camino por Bouchain, Valenciennes y Condé, se dispuso á atacarle de flanco y hacerle perder la ventaja de sus largos trabajos. El principe, que observó su maniobra, cambió de posicion, saliéndole al encuentro hasta Valenciennes, donde se atrincheró. Turena dió la órden de ataque; pero ya el ejército español desaparecia y Condé protegia su retirada. Dejó los Paises-Bajos abiertos á Turena, quien se apoderó de Maubeuge, de Saint-Guillain y de Condé, que le sirvieron de puntos de partida para la próxima campaña. Los españoles no pudieron oponerse: encontrábanse debilitados por la defeccion del príncipe Francisco de Lorena, quien fingiendo socorrer una de las plazas amenazadas, pasó con su cuerpo de ejército al servicio de la Francia. La poca salud del príncipe de Conti, que no tenia las dotes militares de su hermano, ni era mas que un valiente, le condujo á Paris al fin de la campaña. El duque de Vendome, que le reemplazó en la mar, batió en vano á la flota española cerca de Barcelona; D. Juan de Austria á la cabeza de una corta fuerza, desconcertó con su habilidad casi todas las operaciones de Conti.

El príncipe español pasó á Flandes en el año siguiente para reemplazar al archiduque Leopoldo, llamado por el emperador su hermano, despues de haber perdido este monarca á su primogénito, quien habia sido elegido rey de romanos, y cuya muerte hacia incierta la ocupacion del trono germánico despues de Fernando. El marques de Caracena reemplazaba á Fuensaldaña en los Paises Bajos. Turena aprovechándose de los entorpecimientos imprescindibles en estos cambios, levantó el primero sus cuarteles, amenazó á Tournay, y prevenido por Condé se arrojó sobre Valenciennes, plaza fuerte, pero cuya guarnicion era débil. D. Juan se aproximó hasta media legua de las líneas para libertar la plaza. Turena tenia la superioridad del número, pero ella de nada le servia por la disposicion de los cuarteles que estaban separados por el Escalda. El mariscal de La Ferté tenia su tienda á un lado del rio, y Turena la suya al otro. Noticioso el último por sus confidencias de que el príncipe de Condé se proponia atacar á su colega, avisó á este y le propuso refuerzos. La Ferté se resintió, y ofendido como de una injuria, pagó cara su presuncion, porque sus cuarteles fueron enteramente envueltos y él mismo hecho prisionero. Turena quiso volar á su socorro, pero una inundacion preparada por el gobernador de Valenciennes, que habia abierto sus esclusas, cubrió los puentes de agua, impidió así la comunicacion de los cuarteles, y hasta cortó los progresos del enemigo. Así vengó Condé su descalabro de Arras: el sitio fué levantado; mas Turena se retiró en tan buen órden al Quesnoy y presentó una actitud tan imponente, que el enemigo á pesar de tenerle siempre á la vista, no se atrevió á atacarle. Hubo mas fortuna en Italia; Valencia, situada sobre el Pó, dominando á este rio, cercada por los duques de Módena y de Mercœur, de tal modo que ningun socorro pudiese penetrar, fué forzada á rendirse despues de tres meses de resistencia. España y Francia que en este tiempo se afanaban en dañarse, habian llamado en su socorro los culpables medios de la rebelion, que eran fomentados en los estados de uno y otro pais. Despues olvidaron ambas naciones todos los miramientos en pretender la alianza de Cromwell, el asesino del rey de Inglaterra, habiendo logrado la Francia la ignominiosa ventaja de la preferencia. Un tratado de 9 de abril de 1657 puso á su disposicion una escuadra y seis mil ingleses para invadir la Flandes marítima. En el reparto de las conquistas, la Inglaterra no se reservaba mas que Dunkerque, y la Francia en cambio se obligaba á no dar asilo á los hijos de Cárlos I: del campo de Turena, donde combatian estos príncipes infortunados, pasaron al de Condé.

El rey pasó revista al desembarcarse á las tropas de su nuevo aliado; y tan pronto como estas se reunieron al ejército francés, amenazaron á Aire y San Omer. D. Juan para socorrer estas plazas quitó la guarnicion de otras, y entre ellas á Cambray, donde no quedaron mas que trescientos hombres. Turena que lo supo, atacó con su caballería é hizo principiar el bloqueo. Mientras se trabajaba en los preparativos y deliberaban los españoles sobre este incidente, Condé que se encontraba en las inmediaciones, reune tres mil hombres y á favor de la oscuridad y conocimiento perfecto del terreno, engaña la vigilancia de Turena, y pasando sobre los cadáveres de los que le obstruian el paso, penetra en la ciudadela. Turena que no habia pensado mas que sorprenderla, se fué desde luego á Luxemburgo para proteger el sitio de Montmedy. Condé que tenia proyectos sobre algunas ciudades de Flandes, no le siguió. Montmedy fué tomada, y Turena regresó á tiempo para inutilizar las tentativas del príncipe sobre Ardres y Calais. Terminó la campaña con la toma de Mardik que fué entregada á los ingleses, aplazando el ataque de Dunkerque para el año siguiente. El principio de este año no fué dichoso. El mariscal Aumont engañado por falsas inteligencias que él creia tener en Ostende, se habia aproximado á sus muros con confianza, hallándose ya bajo los cañones de la ciudad, cuando una division enemiga le cortó la retirada y él conoció su error. Arremetido por la artillería de la plaza, y sin salida para poderse sustraer, fué obligado á rendirse.

Turena sin embargo no desistió de sus designios sobre Dunkerque, espedicion arriesgada en medio de las muchas plazas que pertenecian todavía al enemigo; pero que reclamaba Cromwell, cuyas exigencias eran tan fuertes, que hubiese sido peligroso no satisfacerlas. El bloqueo en un pais cubierto por las aguas, donde el viento y la marea trastornan y estropean todas las obras, fué difícil de establecer. D. Juan que no podia creer que se pensase formalmente en este sitio, dejó todo el tiempo necesario para emprenderlo, y hacia cerca de un mes que de él se estaban ocupando,

cuando el peligro de la plaza hizo por fin que atendieran á ella los españoles. Pasando entoncés de la lentitud á la precipitacion, suponiendo que su presencia era suficiente para inspirar confianza á los sitiados, sin aguardar á su artillería pusiéronse en marcha, y el 13 de junio se presentaron á un cuarto de legua de las lineas, á pesar de las observaciones de Condé y del duque de York. Habian tambien contado con la circunspeccion habitual de Turena, quien



El duque de Nemours muerto por Beaufort.

sin embargo no tardó en patentizarles que ella cedia á las circunstancias. Saliendo en efecto al dia siguiente de sus lineas, sin dejar en estas mas que lo necesario para guardarlas contra los insultos de la plaza, marchó en derechura hácia el enemigo, sin darle tiempo para prepararse ni calcular los medios de rehusar la batalla. Condé previó al instante su éxito. «¿Habeis presenciado la pérdida de una batalla?» dijo al duque de York.—«No.—Pues bien, vais á verla ahora.» Sobrecogidos efectivamente al encontrarse sin artillería, apenas se sostuvieron los españoles. Condé mantuvo el combate en su ala, donde rechazó vivamente al marques de Crequi y pensó penetrar hasta la ciudad; pero siendo rodeado muy pronto por todos lados y esponiéndose á caer prisionero, tuvo que ceder y retirarse. La pérdida de los españoles fué considerable, en especial de prisioneros: la de los franceses fué casi nula. El mariscal Hocquincourt, á quien su descontento contra el cardenal habia lanzado al partido de los españoles, sucumbió en el reconocimiento de las lineas. Dunkerque fué el premio de la victoria; pero Luis XIV no entró en esta plaza sino para entregarla á los ingleses, quienes le devolvieron Mardik. Turena rechazó los españoles hasta los muros de Bruselas, y arrebató sucesivamente á Furnes, Gravelinas, Oudenarde, Menin é Ipres, donde se habia metido el príncipe de Ligne despues de batido por el general francés. Todavía hubieran sido mayores sus progresos, á no haber tenido que desmembrar el ejército para comprimir algunos gérmenes de rebelion en diversas provincias del reino.

En Italia hubo triunfos como los de Flandes. Mortare, quitada en el Milanesado á los españoles por el duque de Módena, abria libre paso hasta Milan, que hubiera podido ser sitiada al año siguiente, si merced á la paz, fruto de tantas ventajas, no hubiera venido á ser inútil. Esta esperanza de ver un término próximo de las largas calamidades de la guerra, habia paralizado en Cataluña los esfuerzos recíprocos de españoles y franceses. Poco despues de la batalla de Dunas, el rey cayó malo en Calais. El cardenal que despues de su vuelta parecia no pensar en otra cosa mas que en ganar y conservar la gracia de su pupilo, contempló á cuantos podian serle útiles al efecto: á los demas, esto es, á los señores que pretendian el favor del jóven monarca, ó sostenerse en aquel independientemente, les hacia sentir que nadie se le oponia impunemente, y así los mortificaba hasta que ó bien se retiraban por sí mismos, ó bien caian en desgracia con el monarca. De esta manera, á la menor muestra de revolucion en su fortuna, se levantaba en derredor de él una nube de enemigos. Así lo esperimentó en esta ocasion. El rey fué tan vivamente atacado, que desde el primer dia se desesperó de su vida. En tan críticos momentos, Luis mostró una firmeza digna de admiracion. Sin manifestar ningun pesar por lo que iba á perder, no se ocupaba mas que de la eternidad que se abria delante de él, y de los deberes consoladores de la religion. Mazarino contento con agradar al rey, jamás habia tenido muchos miramientos con el príncipe Felipe á quien trataba como á niño, y menos con sus cortesanos. Viéndose próximo á depender de los mismos á quienes habia desdeñado, comenzó á buscarlos; pero mientras aguardaba con desconfianza su benevolencia, puso en salvo sus efectos mas preciosos, y recurrió á la proteccion del mariscal Turena y otros señores, que aunque en corto número gozaban de la estimacion pública, y podrian calmar su alarma. Esta no fué de larga duracion. Con el uso del emético, remedio entonces poco conocido, administrado contra el parecer de los médicos de la corte



Luis XIV y las sobrinas de Mazarino.

por Dusaussoy, médico de Abbeville, el rey se restableció tan pronto como habia adolecido, y el ministro libre de sus temores, no tardó en desbaratar la cábala que se habia formado para derribarle. Unos fueron desterrados de Paris, otros simplemente de la corte y algunos relegados á sus tierras; y Mazarino con mas poder que nunca, dispuso de todo soberanamente.

El imperio que ya ejercia absolutamente sobre su pupilo, le hizo esclusivo, separando hasta la sombra de los favoritos, inculcándole fuertemente la resolucion de no tenerlos jamás, y consintiéndole inclinaciones galantes cuyo objeto eran sus sobrinas. La reina persuadida de que esto no era mas que un entretenimiento sin consecuencia, permitia á su hijo frecuentar la morada de Olimpia Mancini, la cual estaba casada con el conde de Soissons, hijo del príncipe Tomás de Saboya, y en su casa tenia una reunion familiar donde se encontraba Maria su hermana, causa principal de las visitas de Luis. Mazarino afectó alarmarse de estas relaciones con el designio de sondear á la reina. «Temo, la dijo un dia, que el rey trate con demasiado ardor de casarse con mi sobrina.» Si el rey fuese capaz de tal indignidad, respondió ella, yo misma lo impediria y haria todos los esfuerzos posibles con mi segundo hijo contra el rey y contra vos.» El cardenal, que conocia su firmeza, renunció de buena fe á estas primeras intenciones, y contribuyendo desde entonces con todo su poder á disuadir al rey de una perjudicial simpatía á su gloria á sus intereses, y trabajó eficazmente por concertar su casamiento con una princesa estrangera.

La reina y el ministro diferian sobre la eleccion de la persona, dividiéndose entre Maria Teresa, infanta de España, y Margarita princesa de Saboya. Ana de Austria deseaba la infanta con el doble objeto de tener una nuera de su sangre y afianzar la paz. Mazarino se inclinaba á la princesa de Saboya, en razon á que habiéndose ya casado una de sus sobrinas con el conde de Soissons, primo carnal del jóven duque de Saboya, y no osando lisonjearse de poner á su sobrina María en el trono de Francia, deseaba al menos aproximarse, colocando en él á la princesa Margarita su aliada. Sin embargo, con el objeto de no contrariar las voluntades de la reina, dacia todo lo posible para disimular sus intenciones sobre esta boda, aparentando que en cuanto á ella no hacia mas que ceder á las instancias de la duquesa de Saboya, que ponia por su parte todo lo posible por conseguirla. Esta princesa esperaba lograr su objeto manejando el negocio por sí misma, y al efecto obtuvo una entrevista en Lion al fin del año de 1658, habiendo concurrido á esta ciudad las dos cortes de Francia y de Saboya.

Todo aconteció al pronto á satisfaccion de la duquesa. Aunque Luis hubiese declarado que queria una mujer hermosa, no le chocaron los pocos atractivos de la princesa Margarita, que compensaba lo que se puede llamar fealdad con la juventud y con el mucho talento, decoro y dignidad que tenia. Luis la manifestó aprecio y hasta unos sentimientos que fueron causa de que la señorita Manzini, que acompañaba á su tio en este viaje, y que interiormente habia calculado poder conseguir hasta la mano del monarca, osara mostrarse celosa, sin que por esto el rey pareciese ofenderse; pero un acontecimiento imprevisto que condujo á la paz, vino á trastornar sus esperanzas y las de la duquesa de Saboya.

En el año 1656 habia enviado Luis XIV un mensaje de paz á Madrid por conducto del marques de Lionne, pidiendo la mano de la infanta y los Paises Bajos para su dote; pero entonces muchas circunstancias se oponian á llevar á cabo esta negociacion. Independientemente de la cesion pedida, con la cual no se conformaba Felipe, y de las esperanzas que este cifraba en los trastornos de Francia, le repugnaba al contemplarse sin herederos varones, que pasaran los derechos de sucesion á la casa de Francia, enemiga de la suya; prefiriendo por lo tanto para yerno á Leopoldo, hijo de su hermana y del emperador Fernando, el cual ya estaba reconocido rey de Bohemia y de Hungría. Pero en 1658, las cosas habian cambiado de aspecto: el emperador habia muerto, y Leopoldo su hijo pretendia sucederle en el imperio. Era necesario tener diez y siete años cumplidos, edad requerida para ser elegido, y no teniéndolos todavia, la perspectiva de una sucesion que le hubiera dado el poder de Cárlos V, podia conducir á muchos recelos á los electores, cuya buena voluntad era ya fuertemente contrariada por los ministros de Luis XIV, los cuales solicitaban la corona imperial para su monarca, ó al menos trabajaban para hacerla salir de la casa de Austria. Por otra parte, en este mismo año habia tenido Felipe un hijo, y María Ana de Austria su esposa, hija del último emperador Fernando, se hallaba nuevamente encinta. Su herencia que desde entonces creyó asegurada en su propia familia, los desastres que habia esperimentado en Flandes y en Italia en la última campaña, y la entrevista de Lion, le condujeron naturalmente á otras ideas y pensamientos. Despues de haberse lisonjeado de conseguir lo que deseaba con el casamiento de su hija, principió á temer que le fallase este medio, y así que supo la negociacion de la Francia con la Saboya, se apresuró á despachar á Lion á Antonio Pimentel, uno de sus consejeros privados, para llevar de su parte la proposicion de alianza. Pimentel llegó á Lion en el mismo dia que la corte de Saboya, é hizo al instante su proposicion. La reina la acogió con satisfaccion suma cuando la supo por medio del cardenal, el cual no participaba



Muerte de Turena.

de la misma alegría, pero que sí tuvo otros designios ambiciosos, supo sacrificarlos al interés público. Se sondeó al jóven rey, el cual, á pesar de la primera impresion que le habia hecho la princesa Margarita, y su pasion por María Manzini, se manifestó dispuesto á tomar el partido mas conveniente á él y á su reino.

Ya no se trató mas que de desentenderse con política de la corte de Saboya: Ana de Austria se encargó de conferenciar con la duquesa su cuñada, y de hacerla aprobar los motivos de preferencia por la España, cuya paz era tan necesaria á los dos reinos. Este era el objeto principal. La duquesa se conformó, pero lloró mucho. La princesa Margarita, que habia verificado este viaje de mala gana y solo por no contrariar á su madre, sufrió este golpe con una firmeza que la grangeó el aprecio de todos. El duque de Saboya afectó una indiferencia que no tenia, y desde entonces nació acaso su conducta equívoca con Luis XIV durante todo su reinado. Las dos cortes, al separarse, se manifestaron una sincera y cordial amistad, marchándose ambas á su respectiva capital.

En seguida se entabló negociacion con España. Fué dirigida aquella por agentes subalternos hasta que los primeros ministros de los dos reinos la juzgaron bastante avanzada para intervenir ellos en la conclusion, y mientras llegaba esta, acordóse una tregua hasta el mes de julio. Durante el trabajo de los negociadores, trabajo cuyo fruto debia ser necesariamente la boda con la infanta, Mazarino, conociendo que no convenia dejar á María, su sobrina, esperanzas que quizá habian pasado por su cabeza, la envió á Brouage á un convento en que habia colocado las otras sobrinas. La separacion de los dos amantes fué dolorosa y la despedida tierna. El jóven monarca no pudo contener sus lágrimas. «Llorais, le dice María con ternura, llorais; sois rey, y yo parto.» La conducta del cardenal agradó mucho en esta ocasion á la reina, quien sabia que la pasion de su hijo, si hubiese sido fomentada por la presencia del objeto que la inspiraba, no hubiera hecho mas que causar disgustos á la infanta su sobrina.

A fines de julio, el cardenal dejó la corte, viajando pausadamente hácia la parte meridional de la Francia. La corte de España procedia lo mismo, encaminándose al punto que habian convenido para poner el último sello al tratado de paz ya muy adelantado. Este punto era una pequeña isla llamada de los Faisanes, colocada en medio del Bidasoa, rio que separa los dos reinos. Se construyeron en ella aposentos á propósito para los plenipotenciarios. Mazarino y Don Luis de Haro, quienes se juntaron en el mes de agosto. Los papeles que representaban eran muy diversos. El francés representaba á un jóven monarca, vencedor de las facciones que habian agitado su minoría, y lleno de gloria militar. El español, al contrario, representaba á un rey que no estaba sentado, por decirlo así, sino sobre los restos del trono de sus antepasados.

¡Qué diferencia entre la España de Felipe IV y la España de Felipe II! Esta poseia los Paises-Bajos en su totalidad, y dominaba en la mayor parte de la Italia. A las coronas de Nápoles y Sicilia juntaba la de Portugal, y contaba las dos Indias entre sus posesiones. La España de Felipe IV, atacada con éxito por los holandeses, sus antiguos vasallos, privada del cetro de Portugal, y no sosteniendo mas que con mano débil el de Nápoles y Sicilia, era pellizcada por los franceses en todas sus fronteras; y finalmente, destrozada en Asia y América, no presentaba mas que el esqueleto de su antiguo poderío bajo un príncipe indolente, que no era insensible á sus pérdidas, pero que fácilmente se consolaba olvidándolas.

Se le puede comparar á los pródigos, que ven sin incomodarse la ruina de su fortuna con la esperanza de que la reparará una buena boda. Esto acontecia á Felipe IV. Solicitado muchas veces por la Francia á aceptar una paz que en algunas circunstancias hubiera podido no ser muy desventajosa, siempre habia rehusado aceptarla á pesar de sus reveses, lisonjeándose que llegaria época en que todo se le restituiria en cambio de la mano de su hija; pero Mazarino se prometia no comprar este enlace con grandes sacrificios. Si se juzga de la intencion de los dos ministros en las conferencias por sus acciones, se deduce que el cardenal confiaba envolver al español con sus propias astucias, forzarle encastillado en su circunspeccion y atraerle á las cesiones que deseaba. D. Luis por su lado se prometia cansar la actividad de Mazarino con una paciencia inalterable, y desconcertarle con su fria contemporizacion. En efecto, los dos estaban superiormente dotados de talento. Don Luis jamás daba palabras positivas, y Mazarino cuando las daba eran equívocas.

Los puntos principales, es decir, los intereses políticos de las dos naciones estaban ya arreglados en los artículos preliminares. La Francia hizo confirmar la cesion de la Alsacia decretada por el tratado de Munster, y la de Pignerol obtenida por el segundo tratado de Querasque. Al efecto Mazarino usó de una superchería, de la cual se alaba en sus comunicaciones. La España habia aprobado el primer tratado en que no se hablaba de Pignerol: en el de los Pirineos Mazarino hizo que se obligara en cuanto al segundo recordando la primera aprobacion y confirmando los *tratados de Querasque* en plural y no en singular. La Francia obtuvo ademas el Rosellon y la Cerdaña hasta el pie de los Pirineos y muchas ciudades en los Paises-Bajos; en Artois, Arras, Hesdin, Bapaume, Lillers, Theruana y el condado de San-Pol; en el ducado de Luxemburgo, Montmedy, Thionville, Damvillers, Marville, Ivoy y Chavancy; en el condado de Flandes, Burburgo, San Venant, Ecluse y Gravelinas; en Hainaut, Quesnoy, Landrecies, Mariemburgo, Filipeville, Avesnes, etc.

Mazarino ofreció restituir la Lorena al duque Cárlos, que acababa de ser puesto en libertad, con la condicion de que Nancy y dos ó tres ciudades serian desmanteladas; que el rey conservaria guarnicion en algunas otras, y que se le cederia con toda soberanía un camino de media legua de ancho para que pasaran sus tropas libremente á la Alsacia y Alemania. La España, que no tenia necesidad del duque, consintió; pero este rehusó acceder. No concertó el duque la paz sino pocos dias antes de la muerte del cardenal Mazarino, y con las mismas condiciones que habian sido estipuladas en el tratado de los Pirineos, salva la devolucion que se le hizo del Barrois. No quedaban mas que dos grandes intereses por ventilar: la rehabilitacion del príncipe de Condé, en la cual la corte de España mostraba mucho empeño, y las condiciones del contrato matrimonial.

Durante la *Honda*, el príncipe se habia permitido con respecto al cardenal chanzas que difícilmente se perdonan, en razon á que producen el ridículo de aquel á quien se dirigen; por lo que se creia que la perseverante obstinacion de Mazarino á humillar al príncipe así en las conferencias como en el tratado, fué provocada no tanto por el designio de hacer un gran escarmiento á fin de que desistiesen los rebeldes de recurrir á los estrangeros y llamarlos para sostener su rebelion, cuanto por el deseo de hacer sentir su poder á quien le habia despreciado.

En la discusion que hubo entre Mazarino y D. Luis de Haro, se pueden comparar los dos negociadores á dos campeones que se ponen en guardia, se observan, se atacan y se paran los golpes con igual destreza; pero la superioridad quedó por el primero. Desde el principio de las conferencias, Mazarino dijo con respeto á Condé la resolucion en que seria inexorable, á saber: que el príncipe no debia esperar ser nada en Francia mas que entregándose á la clemencia del rey sin esplicaciones ni restricciones; que solamente podria recibir del rey de España alguna suma que le ayudara á reponer los bienes que habia perdido por su felonía. «Pero, decia D. Luis, si mi rey, despues de las promesas que le ha hecho, abandona al príncipe, se espondrá á no tener nunca aliados.—¡Aliados! replicaba Mazarino, no tenemos necesidad de dar este nombre á los súbditos que se amotinan contra su monarca; y si teneis interés en recompensar esta clase de aliados, nosotros, al contrario, emplearemos todos nuestros esfuerzos para que sean tratados de modo que no sea fácil á la corona de España conseguir nada.—No dar al príncipe mas que dinero, replicaba D. Luis, es pagarle y no recompensarle. ¿No se le permitirá á mi rey reconocer noblemente sus servicios ofreciéndole el principado de Calabria ó el reino de Cerdeña, ó formándole un estado en algunos cantones de Flandes?» Con esta proposicion queria sondear D. Luis; y en efecto la proposicion de un principado á las puertas de Francia, que hubiese sido el refugio de todos los descontentos, debia sonar mal al cardenal, quien respondió con frialdad: «soberanías y reinos lo que gusteis, pero que el príncipe no piense ni por asomo volver á Francia. Por otra parte, teneis demasiada penetracion para no conocer que el príncipe no desea un estado á las puertas de la Francia sino para entregarle al rey en precio de su reconciliacion. Pero, añadió con tono de sinceridad y confianza, puesto que estais tan apasionado por las prendas que adornan al príncipe, yo tambien quiero contribuir á su favor, y suplicaré al rey, mi amo, que apruebe una condicion que voy á presentaros, y por la cual el príncipe obtendrá todavía mas ventajas que las que pretende.»

Al oir estas palabras, continua Mazarino, D. Luis se puso muy atento: «sí, añadí con una vehemencia proporcionada á su atencion; sí, suplicaré al rey que el príncipe y su hijo sean restablecidos en todos sus cargos y gobiernos de provincias y plazas; que se le den otras en cambio de las que se han arrasado; y que si esto no es bastante, se devuelvan ademas á S. M. C. todas las conquistas que ha tenido por conveniente abandonarnos, con tal que deje á Portugal como estaba antes, y se concluya de este modo la guerra en todas partes.»

Nada tan pérfido como esta proposicion, que dando al rey la doble ventaja de hacerse un mérito del sacrificio de sus intereses á los de la casa de Braganza, y de esponer cada vez mas á D. Luis á las gestiones importunas de los agentes del príncipe, no era aceptable sin embargo, en razon á que uno de los principales motivos que determinaban al rey de España á hacer la paz con Francia, era precisamente el poder reunir todas sus fuerzas para emplearlas en reconquistar el Portugal. «Así, observa Mazarino, jamás he visto

á D. Luis tan conmovido como en este momento; encendiósele el rostro á pesar de su natural flemático: rompió la conferencia, y se retiró desconcertado.»

D. Luis volvió á la siguiente provisto de ejemplos, de concesiones estipuladas por tratados y otorgadas por Francia á príncipes que se habian sublevado. A Mazarino no le costó mucho trabajo destrüir las inducciones que se pretendia sacar de las gracias reclamadas por las circunstancias. Objeciones y respuestas, todo se hizo con calma y tranquilidad. «Pero, añade el cardenal, para conocer el verdadero fondo del corazon de D. Luis, juzgué conducente acalorarme gradualmente, y alzando la voz con fuerza, le dije: Jamás el rey consentirá que la España dé al príncipe una recompensa que serviria á la posteridad de honroso monumento de su rebelion. Si persistis en estas pretensiones, decidle francamente que no se hará nada, y que quedará á la España la mancha de haberse negado por favorecer á un rebelde y dar la paz á la Europa. No podré deciros, escribió el cardenal á la reina, hasta qué punto llegó el asombro de D. Luis, y cómo se confundió en protestas de amistad y deseo sincero de la paz.»

En virtud de estas disposiciones, las gracias otorgadas á Condé por el tratado no podian llegarle mas que por conducto del prelado. El príncipe confesó que habia hecho saber al rey por medio del cardenal Mazarino, que tenia el mayor dolor de haber observado por espacio de algunos años una conducta que habia sido del desagrado de S. M.: que quisiera lavar con su sangre todas las hostilidades de que habia sido causa dentro y fuera del reino...; que para patentizar con las obras cuánto deseaba conquistar el honor de la benevolencia de S. M., nada pretendia en la conclusion de esta paz con respecto á los intereses que podia tener, mas que la sola bondad de su rey y soberano, y que hasta deseaba que S. M. se dignara disponer de la manera que se acordara de todas las indemnizaciones que el señor rey católico quisiera concederle, y ya le habian ofrecido. Estas indemnizaciones consistian en las ciudades fronterizas de Rocroy, Catelet y Linchamp, que los españoles habian abandonado, siguiendo lo pactado, y en la de Avesnes que habian agregado á ellas con una suma de dinero, y que cedió al rey al entregarle las otras tres. A este precio volvió á la posesion de sus bienes y al gobierno de Borgoña. Los partidarios del príncipe se reconciliaron lo mismo que él, y solamente perdieron los cargos que por su desercion habian pasado á otras manos. Marsin es el único que fué esceptuado por causa de su defeccion, que habia acarreado la pérdida de Cataluña; pero Condé, á cuya amistad se habia sacrificado, logró mas adelante su regreso arrebatándole á los españoles. Contento con no tenerlo ya por enemigo, el rey no se aprovechó de su capacidad; pero dispensó su confianza á su hijo, hombre bondadoso, buen oficial y mal general, que perdió las famosas batallas de Hochstedt y Turin, pereciendo en la última.

En cuanto al contrato del casamiento, convínose tomar por modelo el de Ana de Austria. Felipe IV, al casar á su primogénita María Teresa de Austria con Luis XIV, la exigió que renunciara á la corona de España y á toda sucesion que proviniese de la casa de Austria, y quiso ademas que esta renuncia fuera aceptada y confirmada por su esposo. No tenia Felipe gran confianza en su ejecucion, porque segun su espresion referida por D. Luis, creia que tal renuncia no era mas que una *patarata*; pero él la exigia para complacer á su segunda esposa, apasionada por la gloria de su casa, á la cual suponia ella que podia aprovechar dicha renuncia. D. Luis, tan poco convencido como su amo de la eficacia de esta, insistia sin embargo, por no desagradar al Consejo de España en que dominaba el partido austriaco. No disimulaba él tal manera de pensar, y en un momento de confianza dijo á Mazarino: si el rey venia á perder sus dos hijos, como era de recelarse por ser endebles y no tener el mayor todavía veinte meses, se podria desear antes que esperar que la Francia tomara todas las medidas posibles para suceder. Esta frase anfibológica espresaba lo que pensaba tambien Mazarino, de que en llegando el caso de la sucesion, seria poco respetado el acto de la renuncia, por mas fuerza que se quisiera darle. Ocupáronse sobre este principio como de una cosa necesaria para el momento y poco importante para lo sucesivo; pero acaso era tambien esto una sagacidad del español para conseguirlo con mas seguridad.

El artículo que la encierra y de donde emanaron contestaciones que degeneraron en hostilidades, está concebido en estos términos: «Mediante el pago efectivo hecho á S. M. cristianísima de su dote, consistente en quinientos mil escudos de oro ó su justo valor, en términos así estipulados, á saber: la tercera parte al consumarse el matrimonio, la otra al cumplirse el año de dicha consumacion, y la otra á los seis meses despues: dicha serenísima infanta se tendrá por contenta y se contentará con la susodicha dote sin que despues pueda alegar ningun derecho ni accion ó demanda, pretendiendo que puedan pertenecerla algunos otros bienes, derechos, razones y acciones para los de herencias y mayores sucesiones de SS. MM. católicas padre y madre por cualquier título que sea, bien lo supiera ella al tiempo de su renuncia, ó bien lo ignorara.»

Lo que merece notarse en este artículo es: 1.° la renuncia misma, que no debe tener lugar mas que por medio del pago de la dote; 2.° la estension de la renuncia, que alcanza á todas las herencias y sucesiones *por cualquier título que sea conocido ó ignorado:* dos cláusulas que hubieran podido servir de materia para un pleito entre particulares, y que entre soberanos fueron causas de guerra.

Este contrato y el tratado que terminaban todas las contestaciones habidas entre los dos soberanos, fueron firmados en 7 de noviembre. La corte, durante las conferencias, recorria los castillos vecinos; el cardenal, con el objeto de acostumbrar al jóven rey á gobernar, le daba cuenta cada dia de todas sus operaciones. Si se juzga á este ministro por sus cartas, que son el espejo del alma cuando no hay interés en empañarlo, Mazarino tenia todos los talentos que son de desear en un negociador, como son: la ciencia de la historia, el derecho de las naciones, el conocimiento del carácter de su émulo, la destreza para aprovecharse de él y no dejarse penetrar, circunspeccion para proponer, imperio sobre sus facciones, mirada y toda su apostura, y nada de alteracion en la fisonomía mas que la que él mismo queria. A todo esto puede añadirse lo que no es inútil en ningun ministro, la jovialidad, el talento de agradar, el arte de aplaudir á los demas y de darles buena opinion de ellos mismos; y finalmente, la calma y serenidad en la agitacion de los grandes negocios.

Por lo demas, Mazarino, que tan bien habia sabido leer en el porvenir con motivo del casamiento de la infanta, fué menos previsor con respecto al hijo de Cárlos I. Cromwell acababa de morir; y este acontecimiento ocasionaba á la Inglaterra una estremada confusion. Cárlos llegó á los Pirineos á pedir algunos socorros á las dos potencias para entrar en su reino. Algunas memorias contemporáneas espresan que Mazarino le ofreció socorros si queria casarse con una de sus sobrinas, y que la negativa desdeñosa atrajo al príncipe mas que negligencia por parte del cardenal: otras afirman por el contrario, que Cárlos II se habia ofrecido á casarse con una de dichas sobrinas, y que el cardenal fué quien se negó á ello. Como quiera que sea, prodigábanse todas las atenciones á lord Lockart, embajador de Inglaterra, el mismo que habia mandado las tropas inglesas en las dos últimas campañas, y que preguntado si estaba por la monarquía ó la república, respondió: «Yo soy el mas humilde servidor de los sucesos.» Mazarino escribia al mismo tiempo á Le Tellier su confidente, que los malos consejeros de que Cárlos se hallaba rodeado, y los desacertados pasos que le dictaban, lejos de ayudarle á recuperar lo que habia perdido, serian capaces de quitarle lo que le quedaba. En setiembre de 1659 era cuando así desconfiaba del restablecimiento de Cárlos II, y ya en junio de 1660 habia subido este príncipe al trono. ¡Tan fácil es en los casos de revolucion el equivocarse hasta con la mayor sagacidad sobre los acontecimientos futuros!

El general Grammont fué el encargado para pedir la mano de la infanta. Entró en Madrid soberbiamente vestido, lo mismo que toda su comitiva, y en posta para manifestar la impaciencia de su amo. El almirante de Castilla le obsequió con un magnífico festin, mas á propósito para agradar á la vista que al paladar. Se sirvieron setecientos platos todos adornados con las armas del almirante. Todos los manjares estaban azafranados y dorados. Fueron devueltos conforme habian llegado á la mesa, sin que nadie los tocase, dice un testigo ocular, aunque la comida duró mas de cuatro horas con la misma gravedad.

El rigor del invierno no permitió al valetudinario Felipe aproximarse á sus fronteras, y el casamiento fué aplazado para el buen tiempo. En el interin visitó el rey sus provincias del Mediodía. En Marsella hizo levantar la fortaleza de San Juan para tener á raya á los habitantes de esta ciudad, cuyos usos y costumbres que todavía se resentian de cierta independencia, guardaban poca conformidad con la subordinacion monárquica. Hizo tambien demoler las fortificaciones de Orange, cuya mal pagada guarnicion infestaba las cercanías. Esta plaza pertenecia al famoso Guillermo III de Nassau, niño á la sazon y nieto por su madre del malaventurado Cárlos. El rey por último pasó á Aviñon, donde ejerció muchos actos de soberanía. Durante su morada en Aix, el príncipe de Condé vuelto á Francia despues de firmada la paz, presentóse delante de él, y habiendose puesto de rodillas para suplicarle el olvido de lo pasado, interrumpióle el rey y con la amabilidad que medió desde entonces entre ellos, le dijo: «Primo, no trato de recordar unos males que no han perjudicado mas que á vos.» El duque de Orleans, estraño hacia mucho tiempo á los negocios públicos, falleció durante estas negociaciones, y el rey recompensó á su hermano con el patrimonio de su tio.

Para no desmentir la triste fiesta del almirante en el casamiento de la infanta que se celebró por poderes en Fuenterrabía el 3 de junio de 1660, todo se hizo con la mas grave formalidad. Tres dias

despues, en la isla de la conferencia se vieron ambas cortes. Los dos reyes se abrazaron y juraron la paz sobre el Evangelio. Uno y otro estaban acompañados de numeroso séquito. Turena, se hallaba en la comitiva de Luis. El rey de España quiso verle, y despues de contemplarle por algun tiempo, dijo á su hermana: «Este es el hombre que me ha hecho pasar muy malas noches.» El 9 de junio, renovóse por fin la ceremonia de los desposorios en San Juan de Luz, donde el rey se casó con la infanta en persona, celebrándose tal suceso en toda Francia con regocijos, que en oposicion con las fiestas españolas, fueron menos notables por la magnificencia que por la franca alegría del pueblo, el cual mostróse generalmente ebrio de gozo, en especial al entrar el rey y la reina en la capital. La marcha duró todo el dia del 26 de agosto. Madama Scarron, de quien tendremos ocasion de hablar, confundida entre la multitud, escribia al siguiente dia á una amiga suya, que por espacio de diez ú once horas, habia estado transformada en ojos y oidos; que es imposible imaginar cosa mas hermosa; y como mujer que pensaba mas que en cosas del momento añadia, «que la reina debia estar asaz satisfecha del marido que se habia escojido.» Lo verdaderamente magnífico fué la casa del cardenal, la cual competia con la del príncipe en riqueza y magnificencia: en fin, hubo una pompa real que el conde de Estrees no pudiendo disculparla enteramente, llamaba una fastuosa sencillez.

La época de la paz y del casamiento debe ser considerada como la del verdadero triunfo de Mazarino. El pueblo que le habia injuriado, le recibió con aclamaciones, y los magistrados que le habian proscrito, fueron á cumplimentarle. Su carrera hasta el fin fué brillante; tres sobrinas le quedaban por colocar. Habia visto á soberanos pedirlas en casamiento, y habia rehusado particularmente á los duques de Saboya y de Lorena. Estos príncipes desinteresados pedian cada uno una plaza fuerte, limítrofe de sus estados. El ministro desechó noblemente estas condiciones onerosas para la Francia, y enlazó á María Mancini con el condestable Colonna que tenia cien mil libras de renta en Italia, y su magnífica casa de Roma, y Ortensia que era la mas bella se casó con el duque de La Meilleraie, mayordomo mayor del rey é hijo del mariscal, con la condicion de que tomase el nombre de Mazarino con quince mil libras de renta y un inmenso ajuar. Finalmente aseguró á la última una dote suficiente para entrar en la casa de Bouillon cuando lo permitiera su edad. Procuró todavía nuevas ventajas á las que estaban casadas en Francia. A la princesa de Conti, la superintendencia de la casa de la reina madre, y á la condesa de Soissons, igual plaza al lado de la reina reinante.

El rey no le rehusaba nada, y antes seguia su voluntad con la docilidad de un pupilo, ya por costumbre, ya por reconocimiento á los cuidados que el cardenal tomaba para instruirle; porque es necesario tributarle la justicia de que si en la infancia no enseñó á Luis XIV mas que *á hacer el rey*, á medida que este príncipe adelantó en años le acostumbró á serlo verdaderamente. Esta fué su principal ocupacion durante los pocos meses que sobrevivió á la paz y al casamiento. Poco despues fué atacado de una enfermedad, sintiéndose debilitar sin inquietud, y murió sin manifestar pena ni temor dejando inmensas riquezas. Los escrúpulos que le hizo concebir Joly su confesor, cura de San Nicolás, y los consejos que este mismo le dió, le decidieron á entregar todos sus bienes al rey á pretesto de que habiéndolos recibido de su liberalidad, debia dejar á la generosidad del monarca el disponer de ellos segun mejor lo entendiese á favor de sus parientes. Este espediente tranquilizó su conciencia y nada perdió; porque el rey correspondiendo á la confianza que le manifestaba su ministro con esta especie de fideicomiso, decretó tres dias antes de su muerte, que le donaba cuanto habia adquirido durante su ministerio.

Algunos comparando á Mazarino con Richelieu, juzgan como equívoca su reputacion de habilidad. El cardenal de Retz se inclinaba á este dictamen y decia: «Dejadme al rey á mi lado por dos dias, y vereis si encuentro obstáculos. Richelieu estuvo sin cesar ocupado en luchar contra su señor, y sin embargo dominaba los acontecimientos. Mazarino durante la *Honda* tuvo siempre á su favor la autoridad real, y sin embargo sucumbió algunas veces; pero al fin triunfó completamente: lo que indica que cada uno de ellos tenia el genio de las circunstancias.

La administracion del reino fué arreglada dos dias antes de la muerte de Mazarino al tenor de sus indicaciones, y ya estaba corriente la máquina, cuando Harnay de Chanvallon, presidente de la asamblea del clero, habiendo venido á pedir la vénia al rey sobre á quien se dirigiria en lo sucesivo al tratar de negocios, el monarca le respondió: «A mí.» Hubo al pronto cuatro ministros: el canciller Seguier, de justicia: Letelier, de guerra; Lionne, de estado, y Fouquet, de hacienda. La desgracia de este merece ser referida por las circunstancias que la acompañaron. Parece que Fouquet fué tildado al rey por el cardenal Mazarino como un disipador, y que era preciso exonerarle. El jóven monarca no dejó ignorar al superintendente las sospechas que abrigaba, exhortándole á disminuir sus gastos, á manejarse mejor en el desempeño de su cargo, habiéndole tambien prevenido que le espiaba, como se lo acreditó con observaciones y preguntas. Fouquet intentó reformarse; pero como la pasion vence á veces á la prudencia despues del primer impulso de enmienda, era imposible que un príncipe de veinte años se sujetase algunas horas del dia á cuentas y cálculos, materia seca, ocupacion árida de la cual se disgustaria pronto. Si el rey se obstinaba en tal empeño, lisongeábase el superintendente que con su esperiencia le seria fácil desconcertar á un jóven en tal tarea, haciéndole desistir de ella.

Quizá hubiera prevalecido Fouquet, si el rey no hubiese echado mano de Colbert, á quien Mazarino le habia designado como un hombre de órden, exacto y previsor, en quien podia tener entera confianza. Hacia doce años que Colbert estaba relacionado con Mazarino, y aquel fué el que durante los dos destierros de este, habia sido el intermediario de su correspondencia con la regenta, siendo tambien quien le ilustraba en las operaciones rentísticas, á las que el cardenal era estraño, á pesar del puesto que ocupaba. Hacia mucho tiempo que Mazarino habia pagado sus servicios procurándole la dignidad de consejero de estado, y añadiéndole en sus últimos años el favor de hacerle conocer al rey, quien fué iniciado por él en los conocimientos de la administracion; y aun pretenden que moribundo el cardenal, dirigiéndose al monarca, le dijo: «Os debo todo, señor, pero creo pagaros de algun modo, dandoos á Colbert.» A este le comunicaba el jóven monarca por la tarde los estados que habia recibido por la mañana del superintendente. Colbert le mostraba todos los vicios, esplicándole la mala fe de Fouquet. Al dia siguiente, el rey hacia á Fouquet observaciones, tanto para demostrarle que no le perdia de vista, cuanto para ver si á fuerza de tentativas le atraeria á ser sincero. Esta prueba duró muchos meses, Fouquet engañando, Luis pareciendo engañado, y Colbert impidiendo que lo fuera.

El superintendente no se enmendaba. Su lujo y profusiones eran enormes. Hizo, por decirlo así, alarde de ellas en una fiesta que dió al rey en su hermosa casa de Vaux, con motivo del casamiento del duque de Orleans, hermano del rey, con Enriqueta de Inglaterra, hermana de Cárlos II. Estaba la casa tan escandalosamente fastuosa, que el rey no pudo disimular su sorpresa, y tuvo intencion de mandar prender á Fouquet, en medio de sus magnificencias: pero le disuadió la reina madre, quien deseaba que la desgracia de Fouquet se limitara á perder el favor régio; mas razones de Estado determinaron á obrar mas severamente.

Le habian presentado á Luis XIV, como muy peligroso el tal superintendente por sus proyectos y correspondencias. Se le suponian muchos partidarios en Bretaña, lugar de su nacimiento, adictos muy fogosos y exagerados, capaces de sublevar la provincia al primer aviso de su parte. Habia adquirido y fortificado á Bella Isla, donde todavía se trabajaba, con el objeto, segun se añadia, de acantonarse contra el rey ó servirse de esta posesion para precio del asilo que Fouquet iria á pedir á los ingleses. Ademas, casi todo la corte, desde el mas pequeño hasta el mas grande, recibia de él dádivas y pensiones. Un príncipe que comienza á reinar y que todavía no conoce los hombres, puede imaginarse que los que reciben empeñan su reconocimiento; no es pues estraño que Luis abrigara temores y tomara precauciones, como mandar tropas á Bretaña, que podia ser el foco de la insurreccion, y dirigirse allá en persona para oponerse á los primeros movimientos. Fouquet, arrestado en Nantes, fué al instante trasportado al castillo de Angers; su mujer y sus hijos fueron conducidos á Limoges, y partieron correos para que se ocuparán todas sus casas. Se hubiera podido en este intervalo distraer muchos papeles, sobre todo en su casa de Saint-Mande, donde estaban los mas interesantes. El abate Fouquet su hermano, hombre de resolucion, queria que sin reconocerlos se pegase fuego á la casa. Este estraño modo de dar las cuentas, hubiera sido muy útil á muchas personas. El superintendente tenia la mala costumbre de guardar todas las cartas que recibia; los memoriales, peticiones, súplicas, proyectos, proposiciones y cartas amorosas: es fácil de adivinar lo que habria en el gabinete de un disipador, ambicioso, pródigo y voluptuoso. Muchas personas de los dos sexos se vieron comprometidas: «Porque, dice madama de Motteville, habia pocas en la corte que no se hubiesen sacrificado al becerro de oro.» No hubo al pronto moderacion ninguna en los juicios que se formaron acerca de Fouquet; á los desgraciados jamás les faltan crímenes. Se decia que revelaba los secretos de estado á los ingleses; que queria por este medio la soberanía de Bella Isla, y el ducado de Pentiebre que habia comprado. Por el contrario, decian sus defensores, que si bien habia tratado de formar una poblacion y hacer seguro su puerto, no se proponia mas que atraer allí el comercio del Norte, privar á Amsterdam de este tráfico, y prestar así un gran servicio á la Francia. En efecto, su génio elevado y capaz de grandes designios daba bastante verosimilitud á tal proyecto. Lo que mas le perjudicó fué una instruccion en que ordenaba lo que debian hacer los amigos que especificaba, en caso de

ser aprisionado. Esta instruccion fué encontrada en Saint Mande tras un espejo, cubierta de polvo, como un papel desechado. Esto seria un desvario, pero habia alguna apariencia de verdad con haberlo hallado. Como lo que Fouquet pedia á sus amigos eran crímenes de lesa magestad, todos tuvieron que recurrir á la clemencia del rey, el cual podia creer que ellos habrian accedido á practicar lo marcado en tal documento. Esta imprudencia que comprometió á muchas personas, agrió al pronto los ánimos contra él; pero como no habia sido jamás un pícaro, insensiblemente la indignacion se cambió en compasion, sobre todo cuando se vió a sus enemigos encarnizarse en público contra él, mientras que la sala de justicia erigida en el arsenal, le procesaba con rigor.

La gloria de las letras sacó un nuevo lustre de las simpatías generosas que conservaron á Fouquet, y no temieron manifestar en su desgracia algunos escritores de nombradía, á quienes habia protegido. Se conocen las relaciones que tenia con la señorita de Scuderys, las interesantes cartas de la señora de Seviguè á Pompone sobre su proceso, la oda y la tierna elegía (*á las ninfas de Vaux*) de La Fontaine acerca de su detencion, y sobre todo las elocuentes defensas de Pelisson su amigo y principal allegado: preso con el superintendente, habia sido transferido como él á la Bastilla. Desde su cárcel Pelisson encontró medio de hacer interesar al público con apologías tan bien escritas, tan sabias y tan tiernas, que produjeron el efecto de que muchas personas se volviesen en favor de Fouquet. Se conoció el estilo, y el autor fué custodiado mas estrechamente. En este estado, y á pesar de la incomodidad que sufria, se dice que consiguió hacer un servicio esencial á su bienhechor. Sabia algunos secretos peligrosos estampados en los papeles, de los cuales habia tenido conocimiento. Receló que el superintendento, interrogado sobre estos secretos, é ignorando que los papeles habian sido destruidos, declarase cosas que pudiesen serle perjudiciales. En tal conflicto, imaginó revelar él mismo á los jueces alguno de estos secretos. Como él no se esplicaba mas que imperfectamente enterado, no pudieron hacer en pos de él al acusado mas que preguntas inciertas que le determinaron á negar los hechos que se le oponian. Hubo entonces careo, que es lo que Pelisson deseaba. Aparece este delante de Fouquet, y repite lo que ya habia dicho. Este consternado de la infidelidad de su amigo, titubea; pero Pelisson, tomando la palabra de una manera firme y elevada, le dice: «No me negariais tan atrevidamente si no supieraisque se quemaron todos estos papeles.» Esto fué un rayo de luz para el desgraciado, que con la ingeniosa sagacidad de Pelisson evitó hacer una confesion que hubiera podido perderle.

La diversidad de opiniones fué grande entre los jueces de Fouquet. Los unos le creyeron digno de la pena de muerte, y los otros de mucho menos. No se le encontraba culpable de crímen capital, á no ser por haber abusado de su estado, y prodigado el dinero de los pueblos para su ambicion y placeres. Los jueces no se guiaban por ninguna ley concerniente al género de castigo que merece semejante abuso, y adoptaron la mas suave. Por decreto de 20 de diciembre de 1664 le condenaron á destierro perpétuo con la confiscacion de todos sus bienes. Los ministros no quedaron satisfechos de un juicio que no esterminaba al culpable á quien temian, ni disimulaban su disgusto, porque dieron lugar á esta respuesta incisiva de Turena. Vituperábase en presencia de este el encono de Colbert contra Fouquet, y se alababa la moderacion de Le Tellier: «Efectivamente, dijo, yo creo que Colbert tiene mas gana de que sea ahorcado, y que Le Tellier tiene mas miedo de que lo sea.» Se representó al rey, diciéndole que la seguridad del estado corria grandes riesgos si se libraba el superintendente, en razon á que podria comunicar los secretos al estranjero: para evitar este inconveniente, que no era cierto, el rey conmutó la pena de destierro en prision perpétua, y el desgraciado Fouquet estuvo reducido á arrastrar una vida de disgusto y de amargura, en la ciudadela de Pignerol.

La época de la muerte de Fouquet es todavía un misterio. Segun unos murió en la cárcel; segun otros en el seno de su familia, y hasta habria sido enterrado en Santa María de la calle de San Antonio; y finalmente, hay quienes como Gourville en sus Memorias, le hacen evadirse de Pignerol y morir en pais estranjero. Fantin Desodoardo, continuador de Velly, refiere que en la toma de la Bastilla, en 1789, reconoció entre diversos monumentos que hubiesen podido ser útiles á la historia, y fueron presa de una ignorante multitud, varias cartas que contenian datos sobre algunos de los encerrados en esta fortaleza. Estaban firmadas por ministros ó agentes del poder; y una de ellas con el número 89,000 que él no pudo quitar al que acababa de encontrarla, pero que le permitió copiarla, contenia estas palabras: «Fouquet llegando de las islas de Santa Margarita con una máscara de hierro.» Seguian *tres* XXX y encima *Kersadion*. De este modo se esplicaria por medio de Fouquet, el largo enigma de la *máscara de hierro*, salvas las particularidades novelescas de Voltaire, que no pudo comprobar: tales como el perpétuo uso de la máscara, y el respeto de los ministros al prisionero. Así este acontecimiento tan singular no ofreceria nada de estraordinario, si en efecto el gobierno despues de la evasion de Fouquet, le hubiese hecho pasar por muerto, y habiéndole cogido despues en estranjero suelo, creyó de su dignidad no dejar desmentir su asercion.

El empleo de superintendente de rentas fue suprimido á la caida de Fouquet, y Colbert, hombre severo, puesto al frente de la hacienda, con el título de administrador general, principió á hacer echar de menos la dulzura de Fouquet; mas Colbert, duro con los avarientos cortesanos, Colbert cuyo ojo penetrante, mirada austera y ceño, eran tan temibles para los que se le acercaban, procuró al pueblo un alivio de tres millones. Este beneficio tan oportuno dió gran idea de su administracion, y atrajo al monarca plácemes que alhagaron su corazon demasiado sensible á la alabanza. No era menos sensible á los golpes que se daban á las prerogativas de su corona. El baron de Batteville, embajador de España en Lóndres, habia usado de astucia y de violencia, en la solemne entrada de un embajador de Suecia, para adelantarse al conde de Estrades, embajador de Francia. Los criados del español habian cortado los tirantes de los caballos del francés; y para evitar igual percance, el mismo habia hecho doblar los suyos con cadenas de hierro, lo que probaba que la injuria era premeditada. Hubo por este choque hombres heridos y muertos. Luis XIV exigió reparacion pública y la obtuvo. Felipe IV envió á su yerno un embajador estraordinario, el cual, en una audiencia solemne á la que fueron invitados todos los embajadores estrangeros, declaró que el rey su amo habia mandado á sus embajadores y ministros, que evitaran competencias, no presentándose en sitios donde pudieran suscitarse dificultades de precedencia entre ellos y los ministros y embajadores de Francia.» El rey, dirigiéndose entonces á los ministros estrangeros, les dijo que escribiesen á sus cortes lo que acababan de oir. Esto acontecia al mismo tiempo que Luis mortificaba á su suegro con el parto de María Teresa su esposa, que dió á luz un hijo.

Una reparacion no menos ruidosa fué exigida á Inocencio X, con motivo de una riña entre los criados del duque de Crequi, embajador de Francia en Roma, y los corsos de la guardia del Papa. Los palacios de los embajadores y aun las calles adyacentes eran entonces en Roma asilos inviolables que favorececian la impunidad del crimen. Por una anomalia inesplicable, las potencias estrangeras tenian á mucho honor el perpetuar este abuso, que los papas ansiaban destruir; sobre esto habia ya diferencias entre Francia y el Papa, cuando el nuevo embajador tolerando con afectacion la insolencia y los desórdenes de los numerosos franceses que formaban su comitiva, agrió mas y mas los malos sentimientos de las dos partes. Habiendo en estas circunstancias detenido la guardia corsa algunos franceses que alteraban la tranquilidad pública, fueron estos arrancados de manos de aquella por los lacayos del duque. Un refuerzo llegado á la guardia, les obligó á refugiarse á su palacio, y en la pelea se vertio bastante sangre de una y otra parte. Hasta aqui nada de reprensible habia en la conducta de los corsos; pero encontrando en medio del furor de que estaban animados á la embajadora que entraba en palacio, la apedrearon y mataron un page, é hirieron á varios criados. El duque de Crequi salió de Roma y exigió reparacion. Cuatro meses se pasaron en negociaciones. El Papa creyó arreglarlo haciendo ahorcar á un corso y un esbirro, y destituyendo al cardenal Imperiali gobernador de Roma, como culpable de incuria en este negocio; pero el rey de Francia no se satisfizo con esto: apoderóse de Aviñon y su condado, y amenazó con un ejército á Italia. Viendo el Soberano Pontífice al emperador y Venecia ocupados contra los turcos y á España en Portugal, conociendo que no tenia nada que esperar de estas potencias y temiendo verse sitiado en la misma Roma, accedió á todo lo que se quiso. El tratado fué concluido en Pisa. El Papa se comprometió á restituir al duque de Parma los ducados de Castro y de Ronciglione; á desterrar á su hermano Mario Chigi, general de sus tropas, á quitar la guardia corsa, levantar en Roma una pirámide con una inscripcion que contuviese el relato de la ofensa y de la reparacion, y finalmente á enviar á Francia al cardenal Flavio Chigi sobrino suyo, á pedir perdon al monarca. Este fué, observa un historiador, el primer legado de la corte romana enviado á pedir perdon.

El rey trabajaba todos los dias con sus ministros juntos ó separados; se levantaba á las ocho, aparecia á las diez, tenia Consejo, y salia de este á mediodia. Despues de la misa, en el tiempo que le quedaba hasta la hora de comer, daba audiencia ó se entretenia con las reinas. En seguida de la comida se conversaba y aun daba algunas audiencias. Escuchaba con atencion y paciencia, y despedia con amabilidad. Ciertos dias se iba á caza; otros habia comedia y conciertos, y pocos juegos y jamás de los de azar. La cena era su comida favorita; la prolongaba con bastante gusto, y segun la estacion y las circunstancias se divertia en ligeros bailes.

Estos no eran difíciles de formar porque habia en la corte multitud de *doncellas de honor* que estaban al servicio de las reinas y de las princesas. Entre ellas se encontraba la señorita de Lavalliere. «Lavalliere, tan interesante, tan tierna, dice madama de

Sevigne, y tan ruborizada de serlo.» El rey la conoció en casa de Enriqueta de Inglaterra, su cuñada, en cuyo servicio estaba Lavalliere. Habia entre Enriqueta y el monarca, su cuñado, gran intimidad, que sin pasar los límites de una galanteria delicada, inspiró celos al marido hasta tal punto, que la reina madre juzgó conveniente hacer observaciones al rey, su hijo. Enriqueta estaba llena de encantos y de gracias, y relacionada con la condesa de Soissons, que tan bien sabia formar y sazonar las diversiones. La jóven reina, reservada, devota y asidua al lado de la reina madre, su tia, rara vez asistia á tan bulliciosa reunion, donde Luis se recreaba estremadamente. Las dos damas que la presidian estuvieron mucho tiempo persuadidas de que ellas solas atraian las simpatías del monarca. Lo mismo que su esposa, no observaron el verdadero motivo de su asiduidad á su tertulia, así como tampoco las demas damas de la corte. Al vituperar la debilidad de Lavalliere, tan tierna y tan desgraciada por su pasion, se debe decir que jamás se entregó á esta pasion sin sentirse arrastrada á la virtud por escrúpulos que no temia se hiciesen públicos, como para castigarse ella misma por los impulsos de su arrepentimiento.

La pasion no ocupaba á Luis de tal modo que se olvidase de su gloria, y se puede poner entre los medios que empleó para conseguirla, la recomendable proteccion que dispensó á los hombres sabios. No solamente dispensó dones considerables á los de su reino, sino que hasta estendió su liberalidad á los estrangeros, de los cuales algunos, sin esperarlo, recibieron dádivas tan honrosas para él como para ellos. Las ciencias se propagaban por el reino lo bastante para estimular su cultivo y progresos. Este gusto encontró donde satisfacerse en un periódico (*el Diario de los sabios*), cuyo fundador fué un consejero del Parlamento de Paris llamado Dionisio Salo, y que ha sido el modelo de todos los que le han seguido. Colbert favorecia con gozo las empresas útiles; estableció y fomentó las manufacturas; se deben á él las de los gobelinos y las de los paños finos de Louviers, las puntas de Francia de Paris y los espejos de Cherburgo, despues de Saint-Gobin. Tambien se prestó al gusto de Luis en las construcciones, é hizo principiar el canal de Languedoc, el observatorio, el cuartel de inválidos, el jardin de plantas, la fachada del Louvre y el palacio de Versalles, sitio ingrato donde tantos y tantos millones empleados con una profusion digna de tan gran monarca, de su siglo y de su nacion, han sido el pretesto de muchas declamaciones, quizá tan erróneas en sus motivos como en sus cálculos.

La economía, y principalmente los sanos designios del ministro, sobre todo el conjunto de la administracion, subvinieron no solamente á estas costosas empresas, sino tambien á la adquisicion de Dunkerque, que se hizo al mismo tiempo, y cuyo comercio prodigioso esparció la vida, la abundancia y la opulencia en el reino, así como á compras considerables de granos que fueron distribuidos á los desgraciados en momentos de escasez, y finalmente á los gastos de asombrosas fiestas en que el jóven rey ocupaba sus momentos de ocio. Nada sin embargo era mas deplorable que el estado de las rentas, cuando Colbert fué llamado á encargarse de ellas. Despues de Sully, ninguno de los ministros que le habian reemplazado habia conocido otro método para ocurrir á las necesidades, que establecer nuevos impuestos, sin inquietarse porque perjudicaran al comercio ó á la industria, ni se agotara el manantial del tesoro público. Pero era poco este primer desórden: siempre con ansia de dinero, apenas los edictos eran publicados, cuando los superintendentes traficando á vil precio con los usureros, ó sin consideracion á la disparidad futura de las necesidades y los ingresos, abandonaban el impuesto por una cantidad alzada á las villas ó á las provincias que querian redimirlo. Por el curso natural de las cosas, resultó de estas operaciones, que á medida que los impuestos crecian, disminuian los ingresos en el tesoro. Así se reconoció en 1660, que si bien los derechos de las aduanas habian aumentado desde hacia treinta años con sesenta por ciento, su producto era menor que antes del aumento; que los tributos que ascendian á cincuenta y siete millones, producian menos que en 1620, en que no pasaron de veinte, y por último, aunque la totalidad de los ingresos fuese de noventa millones, estaba consumida con anticipacion la renta de dos años.

A este caos que amenazaba sumergirlo todo, opuso desde luego el nuevo ministro una sala de justicia para que examinase la conducta de los recaudadores, y acosándolos en todos los subterfugios de que podrian usar para ocultar sus malversaciones, les hiciese restituir sumas considerables. Las aduanas, casi generalmente retiradas á las fronteras, tasas calculadas por las necesidades de la industria, una proteccion particular dispensada al comercio nacional que fué descargado de los derechos impuestos á los navegantes estrangeros; la supresion de multitud de cargas inútiles; la reduccion de las rentas adquiridas á vil precio, reduccion que suscitó quejas y odios que despreció el ministro; el órden, en fin, que desterró todas las transacciones tenebrosas usadas hasta entonces, coronaron la obra y aumentaron de repente la fortuna del Estado, sin agravar la carga de los pueblos. El rey percibiendo la totalidad de su renta y no pagando mas que las obligaciones imprescindibles, se encontró con un escedente de ingreso que subió á cuarenta y cinco millones en 1662, á cincuenta y uno en 1665, y que se aumentó así de año en año hasta 1667, en que subiendo las contribuciones á cien millones y los gastos á veinte y seis, hubo un escedente de setenta y cuatro millones. Entonces las rentas sobre el Estado se encontraron tambien reducidas á siete millones.

La guerra, á la cual se oponia el económico ministro, y que al contrario era deseada por el ambicioso Louvois hijo de Le Tellier, á quien su padre habia hecho dar su empleo, vino á interrumpir esta prosperidad. Desde 1671 el gasto escedió al ingreso en nueve millones, y ni los impuestos que Colbert habia hecho suprimir y que la fuerza de las circunstancias le forzó á restablecer, ni ocho millones de renta que creó sobre la ciudad durante su ministerio, pudieron restituir el equilibrio. Un error de administracion, error que favorecian las preocupaciones del tiempo, y al cual no pudo sobreponerse, contribuyó quizá á aumentar las dificultades, y á neutralizar sus grandes designios de mejoras: este error fué la falta de libertad que dejó al comercio interior de granos. El labrador, disgustado porque encontraba poca salida, cultivó poco y no pudo dar mas que un precio módico por sus arriendos. El propietario obligado á la economía, no pudo secundar con el consumo los esfuerzos de la industria, y el Estado en consecuencia tampoco pudo imponer mas que módicas contribuciones que fueron difícilmente pagadas.

Al tiempo de estas útiles reformas y vastas empresas, el ardor del soldado francés estaba ocupado en diversas espediciones militares. El duque de Lorena, siempre entregado á la volubilidad de su inconstante carácter, apenas habia sido reintegrado en sus estados, cuando por un tratado que hizo con Luis XIV, le instituyó su heredero con la condicion de que los príncipes loreneses serian herederos de la corona de Francia á falta de los Borbones, y para seguridad de la ejecucion de este empeño, se convino en entregar á Marsal. Pero el sobrino de Cárlos por una parte, y los príncipes legítimos de Francia por otra, protestaron contra este convenio, de suerte que el Parlamento no lo ratificó por faltar el consentimiento de las partes interesadas. Cárlos, que se arrepentia ya de la resolucion que habia tomado, se aprovechó de esta coyuntura para recobrar á Marsal; pero el rey, resentido por tal proceder violento, marchó en persona á Lorena para tomar posesion de la plaza. El sitio duró once dias, hasta que el duque transigiendo de nuevo con el rey, dió órden de entregar la ciudad, y entró nuevamente á este precio en el resto de sus Estados.

El favor con que Colbert se proponia fomentar al comercio nacional, habia ya hecho concluir con los holandeses una alianza protectora de comercio entre los dos pueblos. Con los mismos designios se resolvió á limpiar el Mediterraneo de los piratas berberiscos que le infestaban. Esta operacion fué confiada al duque de Beaufort, quien los batió dos veces reduciéndolos á sus puertos y apoderándose hasta de Gigeri, en el reino de Argel. Se propuso formar allí un establecimiento, mas la falta de víveres y municiones frustró este proyecto.

A instancias del emperador Leopoldo, dirigióse una espedicion mas brillante contra los turcos. Los franceses que formaron parte de ella al mando de los condes de Coligny y de Feuillade, contribuyeron mucho al lustre de la campaña de 1664. En la jornada decisiva de San Gothardo, donde Montecuculli deshizo completamente al gran Visir Ahmed-Kouprouli, ellos rechazaron á los turcos de las márgenes del Raab, y sostuvieron el centro de los alemanes, muy próximos á ser envueltos. De la izquierda que ocupaban, partiendo al instante sobre este mismo punto, cayeron con furia sobre los genízaros y les arrancaron la victoria que estos ya proclamaban. Por los detalles que Montecuculli nos ha dejado de esta accion en sus Memorias, se puede juzgar en qué poco estriba á veces la suerte de los combates. Confiesa en efecto que sin el valor probado de los franceses y de algunos regimientos del emperador, que permitieron oponer el arte y el valor á los esfuerzos de la multitud, el ejército estaba cogido por los flancos, y que la batalla era infaliblemente perdida. Si esta hubiese durado mas tiempo, llegaria á escasear la pólvora, y por falta de víveres no se hubiera podido aspirar á la victoria, hasta que la proporcionaran las circunstancias. Concertóse una tregua de veinte años entre la Turquía y el Austria. Por lo demas, los franceses fueron mal recompensados en punto á su bizarría; los ministros imperiales los alojaron en los peores cuarteles de invierno, fatigándolos de tal modo con marchas y contramarchas, que de un cuerpo de seis mil hombres volvieron muy pocos á Francia: prueba de la profunda enemistad que á pesar de la alianza y la paz, alimentaban entre sí las casas de Francia y de Austria.

No era menor la discordia que mediaba entre ingleses y franceses. A pesar de la buena inteligencia de los dos reyes, ligados por el casamiento del hermano de Luis, se observaban en los isleños

síntomas de envidia, con motivo del establecimiento de las compañías de las Indias Orientales y Occidentales, el cual anunciaba sobre el comercio designios de que comenzaban á inquietarse. Por causas bastante frívolas, los ingleses estaban entonces en guerra con los holandeses; estos en virtud de su alianza reclamaron los socorros del rey contra Inglaterra. Luis tenia interés en contemporizar con Cárlos, para que no se opusiese á las miras que él habia formado sobre los Paises Bajos. Empero, el testo del tratado era formal: Luis declaró la guerra; mas por un pacto secreto entre los dos monarcas, tal declaracion no fué mas que una cosa ilusoria; y fuese política en dejar debilitar las dos marinas, fuese vergüenza en mezclar las débiles embarcaciones francesas con los navíos de sus aliados, el duque de Beaufort, que debia reunirse con los holandeses despues de la espedicion del Mediterráneo, no apareció en el Océano, y dejó á los contendientes que ventilaran ellos solos sus diferencias en los combates que labraron la gloria de los opuestos generales: el duque de York, el príncipe Roberto, y el duque de Albemarle del lado de los ingleses; Opdam, Cornelio Tromp, hijo del célebre Martin, y sobre todo Ruyter, del lado de los holandeses. Este último llevó la alarma á todas las costas de la Gran Bretaña; amenazó á Lóndres subiendo por el Támesis hasta Chatam, á cuatro leguas de esta capital, y quemó por medio de Cornelio de Witt muchos buques ingleses, hasta debajo de sus mismos muros. Estas espediciones tan atrevidas como dichosas, produgeron en 1667 la paz de Breda que terminó despues de tres años de hostilidades sin resultados, una guerra emprendida sin motivos. La Francia, en virtud del tratado, recobró la Acadia, de la cual los ingleses se habian posesionado algunos años antes.

Estas diversas operaciones eran muy poco importantes para distraer al monarca de sus placeres y de las mejoras de la paz. Entre las últimas, no se deben echar en olvido las colonias de Cayena y del Canadá, la policía de la capital y su alumbrado, la institucion de las academias de pintura, escultura y ciencias, la rígida disciplina establecida entonces en el ejército que á la sazon recibió nuevo uniforme y cesó de ser el terror del ciudadano, la ordenanza en fin de 1667 sobre los procedimientos civiles, ordenanza que acreditó á sus redactores, y que fué seguida en 1669 de la de las aguas y bosques para su conservacion y el servicio de la marina, y en 1670 de la que arregló los procedimientos en materia criminal.

Durante estos trabajos, Luis perdió á Ana de Austria su madre, que murió el 20 de enero de 1666 despues de tres años de quebrantada salud. Un ponzoñoso humor que corria por sus venas, se habia fijado en el seno y le produjo un cáncer; esta enfermedad tan terrible por los dolores que la acompañan, tan horrorosa por los remedios que reclama, tan incómoda en fin por la infeccion que es su natural consecuencia, fué espantosa para la reina que temia escesivamente los malos olores, y buscaba con empeño y asiduidad los agradables. Esta princesa era de una delicadeza singular en todo lo concerniente al aseo de su persona. Costaba bastante trabajo encontrar batista fina para hacerla camisas y sábanas á su gusto. El cardenal Mazarino, chanceándose sobre esta particularidad, la decia que «si ella se condenaba, su infierno sería un lecho con sábanas de lienzo de Holanda.»

Habia esperimentado muchas vicisitudes en su vida. Tan pronto era atormentada por un imperioso ministro, y entonces objeto de la compasion del pueblo, como ultrajada por este mismo pueblo murmurador y revoltoso. A pesar de estos escesos que hubieran debido agriarla contra la nacion, ella hizo la guerra á España como si esta nacion la fuera del todo indiferente. Así tuvo la satisfaccion de ver á la Francia desengañada, y hacer finalmente justicia á sus estimables cualidades.

Ana de Austria pasó los últimos años de su vida entregada al sosiego de la virtud; únicamente se consagró á hacer bien y á procurarlo, sin mezclarse en nada del gobierno: conducta admirable despues de tanta sed de mando. Sus limosnas eran abundantísimas. Durante su enfermedad manifestó la mas resignada paciencia. Las personas que se le aproximaban, no observaban lo que ella sufria mas que por involuntarios movimientos, y encontraban siempre en su semblante la sonrisa y el agrado. Cumplió con todos los deberes de la religion con un fervor que edificó á toda la corte. El rey, la reina y los príncipes no se separaron de ella, y hasta el último instante hizo conocer con sus enternecidas miradas lo muy satisfactorios que la eran sus constantes cuidados. Las lágrimas de sus hijos la consolaban. No demostró apego á la vida mas que por ellos, y patentizó que no era lo que mas la costaba el sacrificio de ella. ¿Qué es una corona cuando se muere?

El rey la lloró sinceramente y con razon: ninguna mujer se ha esmerado mas en los cuidados maternos. A pesar de las dificultades que producian las guerras civiles durante la infancia de su hijo, no ocupó á nadie en lo que ella podia hacer por sí misma. Presidia las lecciones durante la primera edad del rey, y añadia instrucciones particulares, velando asiduamente para que no hubiera cerca de él personas capaces de hacerle adquirir malas costumbres. Reboulet observa, que la costó trabajo el quitarle la de jurar. No lo tuvo menor en hacerle perder lo que ella llamaba *la sequedad* que tenia como su padre: mas consiguió inspirarle, sino la dulzura de carácter, y la afabilidad de que estaba dotada mas que ninguna otra mujer, al menos la urbanidad que le hacia cuando él queria, el mas amable de los monarcas. Inspirándole siempre sentimientos nobles y elevados, habituándole á no dejarse deslumbrar por el brillo de la corona, grabó en su alma un respeto sincero á la religion, que reverenció siempre aun cuando se alejaba de sus principios.

Dichosa ella si hubiese podido moderar la fogosidad de la pasion voluptuosa de su hijo, que no hizo por el contrario mas que crecer, arrastrándole á estravios que la historia protectora de las costumbres no debe disimular. Lavalliere subyugada, no era ya aquella jóven tímida que no osaba aparecer en público, creyendo que cada mirada que se la dirigiese fuera una reconvencion. Menos á la verdad por gusto, que por obedecer á su amante y por ternura á sus hijos, ella habia aceptado el título, el rango y los honores de duquesa; y la señorita de Blois y el señor de Vermandois se criaban y educaban públicamente.

Pero mientras ella creia asegurada la ternura de su amante, una rival la arrebataba secretamente su corazon, único bien que estimaba en toda su fortuna. Esta rival era Francisca Atanasia de Montemar, duquesa de Montespau, la cual tomó insensiblemente la costumbre, siendo dama de palacio, de acompañar á la reina cuando esperaba al rey despues del juego ó de cualquier otra diversion de la noche. Cuando entraba el rey, acostumbraba hablar con ella. La duquesa de Montespau era caústica, chismosa, sagaz y al mismo tiempo remedaba con mucha gracia. Se creyó por algun tiempo que el rey no la buscaba mas que para entretenerse. La misma reina estaba así persuadida y no tenia la menor sospecha de otra cosa, en razon á que madama de Montespau la acompañaba en todas sus devociones; pero el público maligno no pensaba tan favorablemente de su virtud.

Su inteligencia con el rey, al pronto muy reservada, llegó insensiblemente á hacerse mas libre. Lavalliere lo observó, se quejó, y estas quejas no fueron escuchadas. En su despecho abandonó violentamente la corte, y se encerró en el convento de las hijas de Santa María en Chaillot. Luis la envió á Colbert y á Louzun, que figuraba en la corte como favorito. Luis calculó que Colbert tendria bastante prestigio sobre Lavalliere, particularmente por la razon de estar encargado de sus hijos, y Lauzun, porque estaba superiormente dotado del talento de la persuasion. Por fin, estos salieron con su empresa y la condujeron á la corte. Lavalliere volvió á las cadenas cuya opresion sintió entonces sin poder todavía romperlas, continuando arrastrándolas dolorosamente en la corte, hasta el momento en que por un fervor generoso las destrozó totalmente.

Estas intrigas pasaban en San German, donde el rey habitaba, en Versalles que estaba edificando, y en sus viajes á la frontera de Flandes, adonde le llamaba la guerra que habia emprendido contra la España. Una de las condiciones espresas del tratado de los Pirineos, era que la Francia no diera ningun socorro á la casa de Braganza, restablecida en el trono de Portugal y que hacia los mayores esfuerzos para conservarse contra los de Felipe IV, rey de España. Se observó que la lucha entre estas dos potencias, fué el origen de establecerse los ingleses fuera de su pais. Portugal ya mal secundado por la Francia, antes de la paz de esta con la España, lo era todavía mas débilmente despues de dicha paz, por la especie de empacho que tuvo Luis IV en faltar tan pronto á uno de sus principales artículos. Los socorros que se prestó á dar se limitaron á quinientos ó seiscientos oficiales, destinados á disciplinar los portugueses, á la cabeza de los cuales estaba un aleman, el conde Schomberg, que fué despues mariscal de Francia, y á quien su calidad de estrangero permitia tomar semejantes empeños. Pero por mucho talento que tuviera este general, y aunque fuera guiado por los consejos transmitidos por Turena, á quien el rey habia confiado el seguimiento y los detalles de esta operacion, eran menester medios mas eficaces para salvar el Portugal, y la regente los buscó en Inglaterra. Cárlos II pidió ó aceptó en 1662 la mano de Catalina de Braganza, hermana del jóven rey Alfonso, el cual tardó poco tiempo en precipitarse del trono por sus vicios. Catalina trajo á Cárlos la ciudad de Tanger en Africa, á la que se agregó casi al instante la de Bombay en Asia. Por su parte, los ingleses dieron al Portugal un millon de *cruzados*, y le enviaron una escuadra y tropas. De esta manera, con tal cesion y la conquista de la Jamaica, que habian conseguido de los españoles en 1654 en tiempo de Cromwell, los ingleses que hasta entonces no habian tenido ningun establecimiento fuera de su pais, se encontraron poseedores en diez años de puntos de apoyo respetables en las cuatro partes del mundo.

Felipe IV rey de España, habia muerto á últimos del año 1665,

algunos meses antes que su hermana, y dejando un hijo de cuatro años. Cárlos II, príncipe de escasa salud, comenzó á reinar bajo la tutela de su madre. Interin vivió Ana de Austria, Luis por miramientos á ella, manifestó poco el proyecto que habia concebido de apropiarse á título de herencia, algunas porciones de la monarquía española; mas desde que ella murió, la altivez de sus pretensiones tardó poco en producir la guerra. Esta habia sido prevista



El hombre de la máscara de hierro.

desde la paz de los Pirineos. Se encontraban sus motivos en las dos cláusulas principales del contrato de casamiento del rey, á saber: la renuncia de María Teresa á todos los bienes y sucesiones de sus magestades católicas, y el pago de la dote, sobre el cual la renuncia estaba fundada. En cuanto al segundo artículo, á pesar de las instancias hechas por el rey, los tres términos fijados por el contrato de casamiento para el pago habian transcurrido, sin que ni uno solo se hubiera realizado; y decian los franceses: si no hay pago, tampoco hay renuncia. Ademas añadian, que aun cuando el defecto del pago no anulara la renuncia, aunque fuese general, esta no comprenderia los bienes de la casa de España situados en Brabante á causa de una costumbre particular del pais, concebida en estos términos: «si un hombre y una mujer tienen hijos y muere uno de los padres, la propiedad de los feudos procedentes del que sobrevive, pasa al hijo ó hijos de este matrimonio, y el sobreviviente no tiene en los mismos feudos mas que un usufructo hereditario.» Ahora bien, María Teresa, esposa de Luis XIV, era el único hijo que habia quedado del primer casamiento de Felipe IV con Isabel de Francia, hija de Enrique IV. Desde el momento de la muerte de su madre, se encontraba en posesion de los feudos del Brabante, de los cuales su padre no era mas que un usufructuario hereditario. Estos feudos, por mucha estension que se diese á la renuncia, no podian entrar en ella á causa de que en el tiempo de su casamiento ya ella los poseia, y la cláusula del contrato de casamiento, no la hacia renunciar mas que á las herencias y sucesiones de sus magestades católicas.

Luis XIV exigia á Cárlos II su cuñado la sucesion entera del ducado de Brabante y sus anejos: el señorío de Malinas, la Alta Güeldres, Namur, Limburgo, las plazas de mas allá del Mosa, el Artois, el Cambresis, el Hainaut, el ducado de Luxemburgo, y en fin, todo lo que era propio del Brabante. En cuanto á lo demas de la sucesion que proviniese de la casa de Borgoña, pretendia que su esposa, único vástago del primer matrimonio de Felipe IV, debia partirlos con su hermano Cárlos II y su hermana Margarita Teresa del segundo matrimonio, sin que se pudiese oponerla su renuncia, en razon á que no era válida por defecto de pago.

Luis XIV apoyó estas razones con tres ejércitos que hizo pasar á Flandes á mediados del año de 1667. Púsose á la cabeza del mas numeroso mandado por Turena, á quien el rey habia nombrado mariscal general desde el año de 1662. El galante monarca llevó consigo á esta espedicion que recibió el nombre de *toma de posesion* á la reina su esposa con una corte brillante, y caminaban alegremente como unos colaterales y herederos directos van á recoger una sucesion. Los trastornos de la menor edad de Cárlos II, la guerra de Portugal que absorbia la mayor parte de las fuerzas de la monarquía, y la recaudacion precaria de los galeones, espiados sin cesar por los piratas ingleses que se aparecieron entonces y desolaban toda la América española, neutralizaron todo medio de resistencia en Flandes. De esta manera no hubo oposicion ninguna: ningun ejército habia para proteger las ciudades amenazadas, las que quedaron abandonadas á los débiles recursos de sus guarniciones. No hubo mas que una sola accion de caballería, en que el marques de Crequi hermano del embajador de Roma, batió á Marsin que se habia quedado al servicio de España, y al príncipe de Ligne que habian intentado abastecer á Lila. En dos meses tomó el rey á Charleroy, Binch, Mons, Ath, Donay, el fuerte de Scarpe, Tournay, Oudenarde, Lila, Armentieres, Courtray, Furnes y sus dependencias. Lisonjeado con tantas victorias, el vencedor se paró y volvió á Paris á fines de agosto, dejando asombradas á las naciones, las que podian reflexionar acerca de lo que debian temer de un jóven conquistador tan activo y dichoso. Asi que, regresó, remitió á los ministros españoles un plan de pacificacion que contenia la alternativa de dejarle lo que habia tomado, ó en su defecto entregarle otras plazas que especificaba.

Estas proposiciones dieron lugar á una negociacion en la cual los holandeses que comenzaban á temer la vecindad demasiado próxima del conquistador, se demostraron mas bien árbitros imperiosos que mediadores. Para apresurar la decision, el rey teniendo á sus órdenes al príncipe de Condé, vuelto á la vida activa por la envidia de Louvois, al mariscal de Turena y á Bouteville, á la sazon duque de Luxemburgo, amigo y discípulo del príncipe, se habia trasladado en lo mas crudo del invierno al Franco Condado, del cual se apoderó en un mes. El temor que estos sucesos inspiraron, determinó á las altas potencias á hacer con la Inglaterra y la Suecia un tratado que se llamó *la triple alianza*. Estas potencias reunidas se comprometian á obligar á Luis XIV á no pasar mas adelante en sus conquistas en Flandes, ó á aceptar compensaciones que se le fijarian; no aviniéndose á estas proposiciones, estaban resueltas á hacerle la guerra por mar y tierra.

Luis se incomodó mucho por este complot, tramado principalmente por los holandeses, á los que con mucho gusto hubiera arremetido, á no tener el temor de que la marina que poseia espuesta en su infancia á la marina mas que adulta de las tres potencias, sucumbiera al nacer. Por consiguiente aceptó la paz. Esta fué firmada en Aquisgran el 2 de mayo de 1668. Nueve artículos componian el tratado, mas solo tres son dignos de llamar la atencion, á saber: el tercero, cediendo á la Francia todas las ciudades conquistadas; el cuarto, restituyendo el Franco Condado á la España, y el octavo, conservando á las partes contratantes, todos los derechos que resultaban del tratado de los Pirineos. Lo que se otorgó al rey en Flandes, era mucho menos de lo que él se habia prometido; por lo que guardó un vivo resentimiento contra los holandeses que le obligaban á contentarse con lo conquistado. La época de la paz de Aquisgran fué tambien la de la paz llamada de Clemente IX, que puso fin por treinta años á las discordias religiosas que hacia mas de veinte agitaban la iglesia de Francia.

En 1640 habia aparecido una obra póstuma de Jansenio, obispo de Ipres, el cual se habia condecorado con el nombre de *Agustino*, como para dar á entender que él reasumia la doctrina de este padre de la Iglesia, en la gran cuestion de la gracia y de la libertad. Su sistema, segun Bergier, se reduce al punto capital de que el placer, único móvil del hombre despues de su caida, inevitable cuando llega, é invencible cuando ha llegado, conduce al hombre á la virtud, si viene del cielo ó de la gracia, y al vicio si viene de la concupiscencia; y que la voluntad es forzosamente arrastrada por cualquiera de los dos que sea el mas fuerte, de donde resulta que el hombre obra invenciblemente, aunque por su vo-

luntad, el bien ó el mal, segun es dominado por la gracia ó por la codicia, y que jamás se resiste ni á la una ni á la otra. El Papa, á cuyo juicio sometió el mismo autor su libro, le condenó en 1642, por renovador de los errores de Bayo, proscritos sesenta años antes; pero ni la obra ni la desaprobacion produgeron desazon alguna en Francia, cuando el cura de San Cyran, amigo de Jansenio, y despues el jóven Arnaldo discipulo del cura, proyectaron el propagar las opiniones del obispo, sin que se conciba ni qué ventajas podian resultar de ellas al hombre ni qué gloria á Dios. Por lo demas, si tuvieron adeptos tambien encontraron adversarios.



Luis XIV y la señorita la Valliere.

Nicolás Cornet, síndico de la facultad de teología en Paris, denunció en 1649 la afectacion de la mayor parte de los candidatos que preconizaban una obra condenaba por la autoridad apostolica, y cuya sustancia redujo á cinco *proposiciones que son su alma*, segun la espresion de Bossuet; pero la facultad no pudo pronunciar á causa de la apelacion de abuso que fué interpuesta en el Parlamento por algunos jóvenes doctores; apelacion inconveniente en razon á que los magistrados no podian pronunciar sobre una materia de doctrina. Ochenta y ocho obispos escribieron al Papa con el objeto de evitar las consecuencias de tal escándalo, y le pidieron que diese su parecer sobre las cinco proposiciones. Inocencio X estableció al efecto una congregacion en 1651, y despues de un exámen de dos años, y de la comprobacion de multitud de memorias dadas por los dos partidos, en pos de las conferencias en que fueron oidos sus defensores, y despues en fin de haber confrontado las cinco proposiciones con el mismo libro de Jansenio, pronunció un fallo definitivo declarándolas heréticas. La bula fué recibida en Francia, aceptada por la asamblea del clero, y revestida con real cédula.

Se debia esperar que asi se hubiera concluido la contienda; pero obligado Arnaldo á reconocer que las cinco proposiciones eran justamente condenadas, eludió este juicio, pretestando que no tenia ninguna conexion con la doctrina de Jansenio, fundándose en que escepto la primera proposicion no encontraba las demas, palabra por palabra, en el *Agustino*. Esta distincion, que heria evidentemente la buena fe, en que no es necesario para que un estracto sea fiel, que conserve las mismas espresiones del original, pareció irrebatible; porque tal es el espíritu de partido que ofusca aun en los hombres mas virtuosos é ilustrados, las nociones mas sencillas é incontestables.

Este incidente, que se llama la distincion del hecho y del derecho, necesitó una nueva represion, y el papa Alejandro VII, que habia sucedido á Inocencio X, aprobando el parecer de treinta y ocho obispos reunidos en Paris en 1655 por el cardenal Mazarino, declaró por nueva bula de 1656, «que habiendo asistido como cardenal á todas las congregaciones que habian tenido lugar en tiempo de Inocencio X para el exámen de las cinco proposiciones, afirmaba que estaban sacadas del libro de Jansenio, y que habian sido condenadas en el sentido mismo en que este autor las habia esplicado.» Solicitado despues por el rey y por los obispos que habian creido deber forzar la resistencia en sus últimos parapetos, con medidas de precaucion personal que parecieron entonces vejatorias por no estar bastante autorizadas, dió su asentimiento á la idea de *un formulario* propuesto á la asamblea del clero de 1661, obligando á todos los eclesiásticos, los religiosos, los doctores de todas las facultades y á los preceptores so pena de procederse contra los refractorios por las vias canónicas, á condenar las cinco proposiciones sacadas de Jansenio en el sentido propio del mismo autor.



Louvois visitando las minas de Tournay.

Las religiosas de Port-Royal, dirigidas por los gefes de las opiniones condenadas, no creyendo poderse determinar confiadamente bajo la garantía de la Iglesia, á pronunciar anatema contra un libro condenado por ella, alegaron su ignorancia, que las reducia á la imposibilidad de comprobar los testos de Jansenio, y quisieron valerse de tal pretesto para abstenerse de firmar. Hardouin de Perefixe, arzobispo de Paris, agotó todos los medios de condescen-

dencia, para atraerlas á la sumision, y las envió sin resultado alguno á Bossuet, que no era todavia obispo, pero que ya gozaba de gran consideracion. Este incidente proporcionó á la Iglesia la preciosa carta que este prelado las dirigió con tal motivo, carta que es obra maestra de lógica y de claridad, y que reune en pocas páginas todo lo mas decisivo que se ha dicho ó escrito en millares de volúmenes, sobre la cuestion del silencio respetuoso que la escuela de Port-Royal procuraba entonces promover.

Cuatro obispos intentaron tambien renovar en su misma suscricion, la distincion del hecho y del derecho, que se proscribia en el formulario. Aquellos eran Pavillon, obispo de Aleth; Cautelet, obispo de Pamiers; Choart, obispo de Beauvais, y Arnaldo, hermano del doctor, obispo de Angers; quienes dieron decretos, estableciendo que la Iglesia, infalible en su juicio sobre tal ó cual proposicion que ella condena como herética, puede errar en el que pronuncia atribuyendo ciertos errores á un autor ó á un libro, y que entonces se estaba en el caso de dar á su decision la simple aquiescencia del silencio respetuoso: asercion estraña que reducia á la Iglesia á la imposibilidad de juzgar de un libro pernicioso, y de prevenir los fieles contra su veneno.

Luis XIV disgustado con esta resistencia, suplicó al Papa que nombrase una comision de doce obispos para procesar á los cuatros refractarios. Esta medida no era estrictamente conforme á las reglas canónicas: los prevenidos tenian sus jueces naturales, los obispos de sus provincias, y el Papa se encontraba con una causa, de la cual no podia conocer mas que por apelacion. Los cuatro obispos trataron de alarmar al rey por el ataque que se daba á las libertades de la Iglesia galicana, y al episcopado, porque se atentaba contra su jurisdiccion. El monarca no hizo caso de semejante gestion, pero unos veinte obispos sumisos tomaron partido por los cuatro. De aqui surgieron dificultades de una y otra parte, que hicieron desear un convenio amistoso. César de Estrees, obispo de Laon y despues cardenal, el arzobispo de Sens, Gondrin, y Felix de Vialart, obispo de Chalons-del-Marne, fueron mediadores, y se concertaron con el nuncio del nuevo papa Clemente IX, para escogitar cualquier espediente que pudiese conciliar todas las oposiciones. Encontróse uno amoldado al amor propio y á las preocupaciones, no exigiendo la retractacion de los decretos ni de las reglas, al exigir la suscricion sincera del formulario. Sea que esta indulgencia satisfariese á los obispos, sea que la aquiescencia sincera exigida de ellos, no les pareciese sinónima de una conducta pura y simple, é impulsados de una parte por los comisionados nombrados, y de otra por la impaciencia de sus amigos, se conformaron con estas condiciones, escribiendo al Papa que para contribuir á la paz de la Iglesia, habian creido deber cambiar de modo sobre la manera de exigir el formulario, é imitar á los otros obispos.

Sin embargo difundióse un rumor sordo de que á esta nueva sumision todavia habian acompañado reservas, que se motivaban en la prontitud con que habia sido vencida la terquedad de los prelados. En efecto, por las dos partes hubo despues acusaciones de restricciones culpables, y lo mismo recayeron sospechas sobre los obispos, como sobre los mediadores y el nuncio. Es un hecho que pasa por averiguado entre los escritores de partido para salvar el honor de sus prelados, que estos fueron autorizados por el mismo Papa para obrar como obraron, como si para ellos el valerse de una tolerancia que seria un verdadero subterfugio, y los hubiese puesto en oposicion con actos públicos y auténticos, hubiera sido menos bochornoso que el hacer francamente el sacrificio de su opinion particular al sentimiento general de la iglesia. Pero el Papa, lejos de prestarse á tal condescendencia, mandaba hacer por el contrario informaciones sobre el asunto, y solo mediante la seguridad dada por uno de los mediadores, fué como los cuatro obispos habian satisfecho sinceramente las intenciones de la Santa Sede, la habian prestado la obediencia que se le debe en cuanto á los libros condenados, y espidió por fin el Pontifice un breve aprobando su conducta, fechado el 19 de enero de 1669, breve en que aplaudiendo su sumision, menciona el resultado de sus investigaciones diciendo formalmente: «Nos jamás hubiéramos admitido sobre este asunto ni escepcion ni restriccion alguna.»

Port-Royal imitó el ejemplo de los prelados, y las religiosas desterradas en otros monasterios, volvieron á entrar en el suyo de París. El rey, á quien el Papa habia escrito que los obispos se habian sometido á su deber, declaró que estando satisfecho el Papa, él tambien lo estaba; y no solo cortó los procedimientos comenzados contra los cuatro obispos, sino que quiso se le presentara el doctor Arnaldo, que habia promovido y fomentado tal contienda. Asi fué restablecida la calma, alterada por estas enojosas discusiones, hasta la época fatal en que la cuestion de los casos de conciencia vino en 1702 á renovarlas con mas escandaloso estrépito, para durar todavia medio siglo.

Durante el año que siguió á la paz de Aquisgran, el rey se puso en estado de castigar á los holandeses por sus intrigas y orgullo. Estos estaban envidiosos de la prosperidad que principiaba á tener el comercio francés con la ejecucion del derecho de flete concedido á los buques nacionales, y con el aumento de tarifas en cuanto á los estrangeros. Resentidos por no haberlas podido hacer rebajar á su favor, prohibieron los géneros de Francia, pretestando que la desproporcion entre el número de buques franceses y la cantidad de sus esportaciones, forzaria por su escesiva abundancia en los puertos, á recurrir á ellos, que impondrian condiciones onerosas. Despreciáronse entre sí, y la medida que habian creido tan política, se vió inutilizada por los tratados que ella provocó con los negociantes de Hamburgo y del Báltico, tratados que hubieran castigado á los holandeses mejor que el recurso á la via de las armas; mas en ambas partes dominó la animosidad, y esta no permitió calcular á sangre fria los azares de un rompimiento. Los holandeses á la sazon enseñoreaban el mar y rebosaban riquezas. Presuntuosos como republicanos y recien enriquecidos, no supieron gozar modestamente de su poder. Se apropiaron en inscripciones fastuosas «la gloria de haber pacificado la Europa, y de ser los árbitros de los reyes.» Era esta demasiada vanidad á los ojos del monarca francés: cansaron aun mas su paciencia, ya rehusando de la manera mas dura é inconveniente todas sus peticiones justas é indiferentes, como por ejemplo, la que les hizo en cuanto á tolerar el culto privado de los católicos, ya permitiendo que se esparcieran escritos en que se jactaban de haber mortificado su ambicion, y limitado sus conquistas en los Paises Bajos, y finalmente, tolerando á sus escritores, grabadores y pintores, caricaturas y alusiones picantes, á las cuales Luis XIV se mostró muy sensible.

Su primer cuidado para la guerra que meditaba, fué reducirlos á sus propias fuerzas quitándoles el auxilio de la triple alianza. Cárlos II, rey de Inglaterra, fué el primero que se desunió. Este príncipe habia vendido Dunkerque á Luis XIV por cinco millones. Esta compra hizo conocer que se podian obtener de él muchas cosas por medio del dinero, y así se le hicieron proposiciones, no solamente á él sino á sus ministros. Colbert de Cromy, hermano del administrador general, en un viaje que hizo á Lóndres, espuso á dichos ministros que si se prestaban al abatimiento de la Holanda, el rey conseguiria hacerse mas poderoso en Inglaterra, aumentando ellos mismos su autoridad. Los ministros se dejaron sorprender por esta ilusion, apoyada con buenas sumas de dinero, ó al menos lo fingieron.

Para determinar á Cárlos II á una guerra que disgustaba á la nacion, ademas del dinero se emplearon las instancias de Enriqueta, duquesa de Orleans, su hermana. Ambos habian sufrido igual desgracia, despues del destronamiento y suplicio de Cárlos I su padre. Esta coincidencia daba á la princesa bastante prestigio para con su hermano. Se ha dicho que ella buscó el apoyo de una hermosa bretona, la señorita de Queroual, despues duquesa de Portsmouth, que no fué inútil durante la negociacion, y que residiendo al lado del rey de Inglaterra, sirvió para mantenerle en buenas disposiciones para con la Francia. La negociacion de la princesa fué un grande misterio en que no intervino su esposo, porque se temia su indiscrecion. Turena y Louvois eran los únicos que lo sabian, y sin embargo el secreto se hizo público. Dicho esposo que lo supo por el caballero de Lorena, su favorito, segundo hijo del famoso conde de Harcourt, habló sobre el negocio al rey, quien tomó el partido de revelárselo todo, y se admiró mucho cuando le manifestó su hermano el conducto por donde habia sabido los detalles. Seguro de la discrecion de Turena, el rey sospechó y aun creyó culpable á Louvois. No obstante, habiendo hecho llamar al primero, le dijo: «Habladme como si fuera vuestro confesor. ¿Habeis dicho á alguien lo que os he confiado acerca de los negocios de Holanda, y sobre el viaje de la hermana del rey de Inglaterra?» Si el corazon de aquel grande hombre pudo luchar alguna vez entre la verdad y la vergüenza de confesar su debilidad, lo fué en esta ocasion: con todo, la verdad triunfó, y fué uno de los mayores combates en que se encontró este gran capitan. «¿Cómo, señor, contestó Turena tartamudeando, sabe alguno el secreto de vuestra magestad? —No se trata de eso, replicó el rey estrechándole, ¿habeis dicho algo?—Yo no he hablado nada de vuestros designios sobre la Holanda, respondió Turena, pero voy á decirlo todo á vuestra magestad. Tenia recelo de que la señora de Coetquen que queria pasar á la corte, no lo verificase, y para que tomara sus medidas con anticipacion, la dije que la señora princesa pasaria á Inglaterra á ver al rey su hermano: yo no he dicho mas que esto, y por ello pido perdon á vuestra magestad, á quien se lo confieso.» El rey se echó á reir, y le dijo: «Caballero ¿amais á la señora de Coetquen?—No señor, contestó Turena, pero ella es una de mis mejores amigas.—Bien, dijo el rey, lo hecho hecho, pero no la digais mas, porque si la amais, tengo el disgusto de deciros que ella ama al caballero de Lorena, á quien se lo cuenta todo, y el caballero de Lorena cuenta á mi hermano.»

La confusion de Turena en este incidente no puede compararse sino con la sencillez de su confesion, que le aumentó la estimacion del rey. Era la segunda vez que las seducciones del amor habian he-

cho desviar á este grande hombre del sendero del deber; y tanto menos se debia esperar tal cosa, cuanto que ya se habia pasado la edad de las pasiones, y pensamientos muy graves que acababan de efectuar su conversion á la religion católica abandonada por su padre, eran entonces el pasto ordinario de su espíritu. La vergüenza que esperimentó hizo en él tal impresion, que habiéndole ido á ver mucho tiempo despues el caballero de Lorena, recayendo la conversacion sobre este negocio, le dijo: «Caballero, si gustais hablar de eso, principiemos por apagar las luces.» El viaje de la hermana del rey de Inglaterra se verificó, y fué muy espléndido y divertido menos para la princesa que estuvo siempre indispuesta. Segun las medidas tomadas, pasó de Calais á Douvres, donde la esperaba su hermano, á cuyo lado permaneció ella algunos dias, habiéndole reducido á buenas disposiciones, y regresando satisfecha y con mejor salud; pero la desgraciada princesa llevaba en su seno el gérmen de la enfermedad cruel que la mató bien pronto, ó mas bien la mano execrable que debia precipitarla en el sepulcro, preparaba ya su crimen. Enriqueta llegó á principios de junio, y el 29 cundió súbitamente en su morada de San Cloud esta noticia horrorosa: *la señora se muere*, y ocho horas despues, *la señora habia muerto*. El mal se declaró con terribles dolores al acabar de beber un vaso de agua de achicoria. Su primera esclamacion fué que estaba envenenada. Retractóse sin embargo cuando su confesor la manifestó el peligro que esta acusacion vaga podia ocasionar. Pero considerando lo que aconteció durante su corta enfermedad é inmediatamente despues, no se sabe qué congeturar. Esta princesa fué asaz notable para que se permitan algunos detalles sobre este acontecimiento. La señorita, que acudió de las primeras con el rey, refiere circunstancias que son preciosas. «Al llegar á San Cloud, dice ella, nos encontramos con que nadie se manifestaba afligido. El príncipe parecia estar asombrado: vimos á su esposa despeinada en una camita, pues habia carecido de descanso para que la peinaran: su camisa estaba suelta por el cuello y los brazos, el rostro pálido, la nariz contraida, y parecia hallarse muerta la enferma. Unos hablaban, otros iban y venian, y habia risas, como si ella estuviese en otro estado. La paciente observaba con pena la tranquilidad de todos. El rey quiso hablar con los médicos, quienes no sabian qué responderle. Valot habia decidido que no era mas que un cólico que pasaria al instante. Los otros no se atrevian á hablar. Pero decia el rey, no se deja asi perecer á una persona sin ningun socorro. Se miraban y no contestaban ni una palabra.»

Esta relacion indica, si no una muerte premeditada, al menos ocasionada por falta de medidas para combatirla. Argenson cuenta en sus *Ensayos*, que entre los reposteros de Enriqueta habia uno que se consideró bastante rico despues de su muerte para no desear como los otros el entrar al servicio de la segunda mujer del príncipe. Como al leer ella la lista de dichos reposteros viera que faltaba el mencionado, preguntó si habia muerto. «No, la contestó su marido; creo que no servirá jamás. Se ha notado, dice el mismo escritor, que este hombre no hablaba nunca del príncipe; jamás iba al palacio real ni á San Cloud. Se pretende ademas que se trastornaba cuando se hablaba delante de él de su antigua señora.»

Los médicos que asistieron á la inspeccion del cadáver, no se conformaron sobre el estado de las partes principales: los unos las hallaron sanas, y los otros viciadas de otro modo que el que debian de serlo por una enfermedad: contradiccion muy favorable á los juicios que se permite la malicia humana en estos casos. Por otro lado se pudo observar que Enriqueta padecia hacia algun tiempo accidentes sobrevenidos durante sus embarazos, y placeres usados sin discrecion habian debilitado su temperamento. Agregando á esto los disgustos domésticos, los celos del marido, la insolencia de sus favoritos, y acaso remordimientos que sin grandes faltas suele haber en las personas bondadosas, todas estas causas pudieron ocasionar la irrupcion súbita de un mal por largo tiempo oculto, y que hubiera sido superior á los remedios aun cuando estos se hubiesen administrado á tiempo. Dejó dos princesas: la una casada con el duque de Saboya, fué dichosa; la otra, como veremos, esperimentó la suerte favorable y adversa de su madre.

Apenas llevaba un año de viudo, cuando el príncipe pensó en volverse á casar. Desde luego se fijó en la señorita, heredera la mas rica de Francia, y esta circunstancia hizo romper el casamiento proyectado por el rey entre esta princesa y Antonio Nompar de Caumont, marques de Peguillain, despues duque de Lauzun. Pero constante en su primer proyecto, desposóse la señorita secretamente con Lauzun, lo que fué motivo para que este estuviese preso diez años en Pignerol. Fijóse entonces el príncipe en Isabel Carlota, hija del elector palatino. En este casamiento medió la política, y el rey quiso asi zanjar la neutralidad del elector durante la guerra que meditaba contra los holandeses.

La muerte de Enriqueta no interrumpió la negociacion con su hermano. El 10 de diciembre de 1670 celebróse entre los dos reyes un tratado para que cada uno aprontase soldados, bageles y dinero; la Inglaterra seis mil hombres para la guerra de tierra, cincuenta navíos y seis brulotes: Luis XIV agregaba á la flota inglesa mandada por el duque de York una division de treinta navíos de línea a mando del mariscal Estrees. Todo esto era fruto del celo de Colbert para la restauracion de la marina francesa, celo que en el intervalo que habia pasado desde la paz de Aquisgran, le habia permitido aumentar el número de las construcciones navales á sesenta buques de alto bordo y cuarenta fragatas. En cuanto á las tropas de tierra, el rey no ponia límites y daba todavía tres millones por año al de Inglaterra para los gastos. A estas cláusulas se añadió para satisfacer al pueblo inglés la promesa de cederle despues de la conquista algunas islas de Holanda y de Zelanda.

El rey de Suecia, Cárlos XI, se separó tambien de la triple alianza por un subsidio, y entró en una liga ofensiva y defensiva, comprometiéndose ademas á dar socorros. El mismo cebo ganó al obispo de Munster, Bernardo Van Galen, prelado guerrero que habia ya hecho campañas con los holandeses, al de Colonia y á otros príncipes del imperio sus vecinos, que tenian las márgenes del Rhin y se habian obligado á partir los despojos de los republicanos. Ademas agenció el rey durante la guerra la neutralidad del emperador, haciendo con él un reparto sumamente secreto de la monarquía de España para cuando aconteciese la muerte de Cárlos II, que conceptuaban muy próxima. Pero las instancias de Luis XIV para inducir á la España á abandonar á su suerte á los holandeses que la habian salvado, y aun las ofertas que habia hecho de restituir todo lo que habia adquirido de ella por la paz de Aquisgran, fracasaron igualmente contra su reconocimiento.

Estando todo dispuesto, el 6 de abril de 1672 aparecieron las declaraciones de guerra de los reyes de Francia y de Inglaterra contra los Estados Generales de las Provincias Unidas. Ambas declaraciones son semejantes. Quéjanse los dos reyes de las inscripciones injuriosas y llenas de falsedades contra ellos y sus súbditos, de las pinturas y medallas del mismo género espuestas en público por órden de los Estados. Luis añadia reconvenciones por los servicios hechos por sus predecesores á los holandeses y tan mal reconocidos: Cárlos se quejaba del poco miramiento que tenian á su pabellon, de la pesca prohibida en sus costas y de contravenciones de comercio: sobre estos motivos frívolos se encendió una guerra que abrasó toda la Europa.

Los ejércitos de Luis eran brillantes y tenian mas de cien mil hombres, todos jóvenes, habiéndose licenciado á todos los soldados viejos incapaces de poderse prestar á la dura disciplina que queria introducir. Esta reforma no fué del gusto de todos; y esto hizo acaso que digera Despreaux al príncipe que le enseñaba su ejército y le pedia su parecer sobre él: «Creo que será muy bueno cuando sea mayor de edad.» Sin embargo, se puede creer que hay exageracion en lo que añade madama de Sevigné, «que el de mas edad no tenia mas que diez y ocho años.» Pero estos pupilos con unos tutores como Condé, Turena, Luxemburgo y Crequi no conocian ni dificultades, ni obstáculos, ni peligros, é hicieron cosas prodigiosas.

Los generales eran poderosamente secundados por Louvois, que principió durante esta guerra á hacerse célebre por la prevision, órden é inteligencia en los detalles, y sobre todo por el esmero con que cuidó de la subsistencia y salud del soldado. La primera casi incierta hasta entonces, y la segunda de tal modo descuidada, que los ejércitos, sin hospitales ni carros para los heridos, dejaban morir á estos infortunados en el mismo sitio en que caian, y si se levantaban, iban regando con su sangre los caminos. Esta capacidad tan reconocida de Louvois en todo lo concerniente á su ministerio, la debió al ardor de instruirse en cuanto atañe á la guerra tanto de sitio como de campo. Para la primera el mismo Vauban fué su maestro. «Me preguntó, dice este hábil ingeniero, algo que el pudiera estudiar sobre el ataque de las plazas. Desde entonces me encerraba, y recordando todas mis ideas hice un grueso tomo. Nada ha sido jamás tan útil para mí mismo como esta consideracion atenta y exacta, con la pluma en la mano, de todo lo que me habia ocurrido sobre la materia; y reflexionando asi, fué como me figé en el modo de atacar que practico hoy dia.» La curiosidad, pues, de Louvois, dió ciencia al ministro, y al ingeniero la idea de elevarse sobre las reglas comunes. La misma curiosidad hizo bajar a Louvois á las minas de Tournay, que recorrió mirando, examinando é informándose de todo, y si se añade lo que dicen todos sus contemporáneos sobre su gran deseo de aprender y sus esfuerzos para conseguirlo, se encontrarán muy pocos ministros que hayan hecho tanto como él para adquirir los talentos necesarios en su puesto.

La paz que subsistia entre Francia y España no permitió penetrar en el riñon de la Holanda por el camino mas corto. Convocáronse las tropas á Charleroy sobre el Sambre, y el teatro de las primeras operaciones militares se estableció entre el Mosa y el Rhin. El rey, el príncipe de Condé y Turena mandaban cada uno un ejército y se reunian en caso de necesidad. La primera operacion importante fué intentada por Turena con el sitio de Maseik, cuya

toma, cortando la comunicacion de Maestricht con el resto del territorio holandés, evitaba la necesidad de perder tiempo y hombres en el ataque de esta plaza fuerte. Mucho menos provistas de soldados y de municiones, Rhinberg, Orsoy, Burick y en frente de estas plazas la de Wesel, que pertenecia al Elector de Brandeburgo, pero en que los holandeses tenian guarnicion, fueron sitiadas á la vez por el rey, el principe y Turena, y cedieron á las amenazas mas bien que a las hostilidades que se emplearon contra ellas. La campaña habia principiado en mayo, y al principio de junio todo lo de entre el Mosa y el Rhin estaba en poder del rey. Propuso entonces el paso del Issel, detras del cual estaba parapetado el jóven príncipe de Orange, Guillermo III, quien á la edad de veinte y dos años habia sido nombrado comandante general de las tropas holandesas.

Concentrada toda la actividad de los holandeses en la marina, habian descuidado su ejército de tierra, y las amenazas de Luis XIV no pudieron sacarles de tal indiferencia. Apenas contaban para oponerse cincuenta mil hombres, de los cuales las tres cuartas partes estaban encerrados en las plazas fuertes. Con la otra cuarta parte se veia el príncipe precisado á hacer frente al numeroso ejército francés. La profundidad del Yssel y la aspereza de sus márgenes se lo permitian en este momento; pero Turena y Condé, que conocieron al instante la dificultad del paso, consiguieron que no lo intentara el rey, y le propusieron penetrar en la fértil isla de Betaw ó de los bátavos, formada por los dos brazos del Rhin conocidos con los nombres de Leck y de Wahl. El conde de Guiche, hijo del mariscal Grammont, habia descubierto un parage casi enteramente vadeable al mismo nacimiento de los dos brazos y bajo el cañon del fuerte de Tolhuis construido sobre sus márgenes. Acordóse el paso, y su direccion fué confiada al príncipe de Condé.

A la incertidumbre del principe de Orange, la cual hizo muchas veces socorrer y abandonar este punto, se añadia la irresolucion de los pocos soldados dejados para la defensa de la ribera. No habia en esta mas que quinientos caballos y cuatro mil infantes mal parapetados y sin artillería, cuando la comitiva del rey, protegida por algunas baterias, entró en el rio sin esperimentar casi resistencia, habiéndose formado á la otra márgen en número de quince mil hombres: Condé no creyó deber esperar la infantería para someter una tropa tan dispuesta á entregar las armas. Avanzaba con este objeto, cuando el jóven duque de Longueville, su sobrino, todavía lleno de ardor, sea por una francachela de la víspera ó por una correria parcial que acababa de verificar por el lado del Issel, corre con pistola en mano hasta los atrincheramientos, dispara un tiro y grita: «nada de cuartel á esta canalla.» La necesidad de la defensa obligó á los holandeses á una descarga. El jóven principe fué la primera víctima, y Conde no debió mas que á un movimiento involuntarió el recibir en la muñeca un golpe que iba dirigido á su cabeza. Siguióse á este doble accidente una carniceria espantosa, cuando tal maniobra apenas debia haber costado nada. El jóven duque poseia brillantes cualidades, que segun se refiere, habian inducido á los polacos, descontentos con su débil rey Koributt, á fijar los ojos en aquel, pretendiéndose que una hora despues de su muerte llegaron al campo emisarios que le traian los votos de la nacion. Como quiera que sea, la intemperancia de que dió prueba en la víspera de su catástrofe, la intrepidez insensata que cifraba la gloria en derramar inútilmente sangre, y sobre todo el menosprecio insultante de la humanidad que respiraba el grito feroz, causa de su muerte, contribuyeron acaso á que su pérdida fuera poco sentida. Tal fué el famoso tránsito del Rhin, inmortalizado por los versos de Boileau, mas célebre por lo que hubiese podido ser que por lo que lo fué realmente, y porque la ignorancia de las particularidades que le acompañaron hizo compararle inoportunamente al paso del Gránico.

La herida de Condé, que era bastante seria, obligóle á dejar el mando, que recayó en Turena. Habiendo echado varios puentes sobre el Leck, penetró desde Betaw en las provincias de Utrech, Gueldres y Overissel, las cuales se apresuráron á capitular, llegando las tropas hasta las mismas puertas de Amsterdam. Si hubiesen podido aquellas apoderarse de sus esclusas, el pais era irrevocablemente conquistado; pero la lentitud permitió á los holandeses reponerse de su aturdimiento, y adoptar medidas de defensa, habiéndose salvado merced á las repetidas faltas de Luis.

La primera fue no haber escuchado los consejos de la moderacion. Los Estados consternados habian dado algunos pasos para someterse, y enviado al rey una diputacion á la cabeza de la cual estaba el hijo del célebre Grocio, para saber la voluntad del monarca sobre la futura suerte de la república. Satisfechos con salvar su religion, libertad y soberanía, ofrecian dinero, á Maestricht y todas las ciudades no comprendidas en el territorio propiamente dicho de las siete provincias. Pero Luis cuyo amor propio estaba profundamente lastimado, Luis victorioso y enorgullecido con sus triunfos, rodeado de aduladores cortesanos, y muy lejos de sospechar que llegaria dia en que él sufriria las mismas humillaciones en el mismo pais y en circunstancias semejantes, recibió desdeñosamente sus ruegos, desechó sus peticiones, é hizo redactar por Pomponne y Louvois las condiciones que podian aplacar su descontento. Nada menos contenian aquellas que el restablecimiento del libre ejercicio de la religion católica, el abandono de los templos para el uso del culto romano, el compromiso de costear á sus ministros, 20 millones para los gastos de la guerra, la cesion de todo lo que las provincias unidas poseian en Flandes y en el Brabante, y en general mas allá del Wahl y del Rhin, rios que debian en lo sucesivo servirles de límites, y finalmente medallas satisfactorias que cada año serian presentadas al rey en señal de que las provincias dependian de él en cuanto á su existencia y libertad.

La dureza de estos artículos, la especie de vasallage que hacian contraer á la república, el celo de su religion que los holandeses creyeron amenazada por la concurrencia, los socorros de la España, sus promesas para el porvenir, los movimientos que principiaba el emperador y los socorros efectivos que traia el elector de Brandeburgo, reanimaron el valor de los republicanos: á lo cual contribuyeron sobre todo las exhortaciones del joven Guillermo, á quien el favor del pueblo y los peligros de la patria acababan de elevar al cargo de Estatuder, á pesar de los esfuerzos opuestos del gran pensonario Juan de Witt, quien algunos años antes habia hecho abolir esta dignidad por un edicto perpétuo. En vano este y el almirante Cornelio su hermano, asustados de los progresos de la ambicion de Guillermo, trataron de conciliar los ánimos por medio de disposiciones pacíficas, y de evitar las consecuencias de una guerra igualmente funestas en sus reveses como en sus triunfos, en los reveses por las escesivas pretensiones que presentaria el monarca, y en los triunfos por la preponderancia que adquiriria el Estatuder. El celo de ambos fue mal interpretado, é incurrieron en la sospecha de estar vendidos á la Francia habiéndoles degollado el populacho, despues que por mucho tiempo habian sido sus ídolos. Ruyter y Grocio pensaron ser tambien envueltos en su desgracia. Al mismo tiempo, Amsterdan y las otras ciudades de la provincia de Holanda tomaron el desesperado partido de abrir sus esclusas y romper sus diques, é inundando de esta manera las campiñas inmediatas á costa de sus ganados, cosecha, casas y granjas, preservaron su libertad. Los buques de los holandeses pudieron entonces defender las murallas de sus ciudades, y los innumerables soldados de Luis se encontraron imposibilitados para proseguir sus conquistas.

El rey habia á esto contribuido en cierta manera con dos faltas graves que le fueron sugeridas por Louvois contra el parecer de Turena y de Condé. La primera fue haber devuelto al ejército holandés, vendiendo al módico precio de 4 escudos por cada uno, 25 mil prisioneros que los dos generales aconsejaban fuesen enviados á trabajar al canal de Languedoc: la segunda, haber al contrario mermado el suyo con las guarniciones que tuvo que dejar en las plazas conquistadas, plazas que segun Turena y Condé debian ser desmanteladas. Louvois para aumentar, segun se cuenta, su departamento, aconsejó conservar las fortificaciones: su opinion fue seguida, y de aqui resultaron las desgracias previstas por tan espertos generales. Disminuidos los ejércitos y no pudiendo conservar sus conquistas, estuvieron muy distantes de poderlos reponer con otros; y la guerra que de la manera que habia principiado, hubiera debido acabar en una campaña, se prolongó muchos años, porque pronto cambiaron las cosas de aspecto. No pudiendo avanzar mas, dejó el rey su corte ejército á Turena y volvió á Paris, donde el vano trofeo de la puerta de San Martin celebró la toma de tres provincias y 40 ciudades conquistadas en dos meses, y evacuadas antes que el monumento estuviese concluido.

Los primeros esfuerzos de la marina francesa no fueron tan brillantes como los de tierra. No obstante, el combate naval de Soultsbay, dado sobre las costas de Inglaterra por el Conde de Estrees, reunido al duque de York contra el almirante Ruyter, hizo honor á la bizarria y habilidad de los franceses. El duque de Yorck que mandaba las dos escuadras combinadas, combatió dos horas al abordaje contra Ruyter, y fue tan maltratado su buque que se vió forzado á trasladar su pabellon á otro. Sin embargo, las dos partes se atribuyeron la victoria: una ventaja real quedó á los holandeses, cual fue la de haber puesto sus costas al abrigo de todo insulto, y el poder introducir con toda seguridad sus convoyes en los puertos. Hubo todavía en 1673 tres acciones que no tuvieron grandes resultados; mas la gloria de estos combates marítimos y sobre todo la súbita conquista de la mitad de las provincias Batabas, esparcieron la alarma en toda la Europa y trajeron protectores á la Holanda.

El primero que se declaró fue el elector de Brandeburgo, Federico Guillermo, llamado el Gran Elector. Interesados en los acontecimientos de la guerra por la mezcla de sus posesiones de Gueldres con las de los holandeses, se habia comprometido desde los últimos dias de mayo á proveerles con veinte y cinco mil combatientes, y en el mes de setiembre avanzaba para satisfacer su promesa. Turena por efecto de las medidas impolíticas de Louvois no tenia mas

que doce mil hombres para impedirle el paso. Una honrosa defensiva que pudiese impedir á los aliados tomar mas allá del rio fuertes posiciones fue la órden que recibió, y por el recelo de algun contratiempo, el príncipe de Condé curado de su herida, estaba en segunda línea para socorrerle.

Turena juzgó de otro modo las circunstancias, y para mejor observar al enemigo, creyó deber él mismo atravesar el Rhin por Wesel, y entró en el condado de la Marck donde recibió un refuerzo de cuatro mil hombres. Era este un socorro poco proporcionado al que le llegaba al Elector con las tropas del duque de Lorena y con las de Montecuculli á nombre del imperio y del emperador. Este á quien la mejoria del rey de España habia desvanecido la esperanza de participar de su sucesion, acababa de adoptar otros intereses y de ligarse con él, contra el francés, á quien habia prometido permanecer neutral. En consecuencia hacia marchar sus tropas y las del imperio sobre el Rhin, en tanto que la España ayudaba por otro lado á los holandeses con sus fuerzas de los Paises Bajos. La habilidad de Turena, habilidad característica que le distingue de todos los generales, y que por débiles que fuesen sus recursos se tornaba siempre superior en cada punto particular de ataque, le sirvió en esta ocasion. Merced á ella retuvo por mucho tiempo desunidas las fuerzas del enemigo, y para cuando se reunieron habian pasado tres meses en vanas tentativas para pasar el rio: de suerte que ellos no pudieron pensar en adelante, mas que en tomar cuarteles de invierno en Westfalia.

Mas era de temer que retragesen de la alianza del rey á los príncipes de estas comarcas Luis XIV creyéndose muy venturoso con el resultado de la campaña, la abandonaba gustoso por la salvacion de su ejército!, y mandó á Turena que repasara el Rhin, antes que la estacion lo impidiese y el rio fuese impracticable. Esto era á fines de diciembre. A tal órden y á otras mas apremiantes que se siguieron, el general francés no contestó: recapacitando despues sobre el punto mas ventajoso para permanecer, continuó donde estaba, y aun buscó al enemigo al cual presentó batalla. Montecuculli estaba enfermo y habia recomendado evitar choques: se siguió su consejo, y los imperiales se retiraron. Turena los persiguió sin descanso, sorprendió todos sus puntos, formalizó sitios aunque se estaba en medio del invierno, y redujo en fin á los aliados á separarse. Arrebató entonces sin dificultad todas las posesiones Brandeburguesas en Westfalia, y con los estragos que causó, forzó al Elector á solicitar su neutralidad.

Sin embargo, no se oia hablar en la corte del ejército francés. El violento Louvois ya no podia dominarse á sí mismo. El rey mas moderado comenzaba á impacientarse de ignorar lo que habia acontecido á Turena. Los envidiosos del vizconde anunciaban ó presagiaban grandes desgracias, cuando llegaron por fin noticias de sus triunfos. Las murmuraciones se convirtieron entonces en elogios, y el rey para manifestar á Turena su propia satisfaccion, creyó deber dirigirle plenos poderes para tratar con el elector de su neutralidad. Esta fué reconocida mediante la renuncia que hizo el elector á toda alianza con los holandeses; y á este precio se le restituyeron ademas todas las plazas que le habian sido conquistadas

Durante estas espediciones, fué cuando Turena echándose á dormir detrás de un zarzal que apenas le resguardaba de la nevada que habia, fué hallado por algunos de sus caballeros. En un momento armaron con sus capas y algunas ramas de árboles una especie de barraca para ponerle al abrigo. Turena se despertó al ruido, y habiéndoles preguntado qué era lo que hacian allí, en lugar de continuar su ruta le respondieron: queremos salvar á nuestro padre; este es nuestro mayor cuidado. Ah! si le perdiésemos, ¿quién nos volveria á nuestro pais?

Por su parte, el duque de Luxemburgo confinado en Utrecht por la inundacion, despues de haber inútilmente tentado darle curso con sangraduras que eran neutralizadas por los holandeses recogiendo el agua por medio de sus esclusas, procuró aprovechar los rigores del invierno para penetrar hasta el Haya, y obligar á los Estados Generales, á condescender con los deseos de su señor. En el momento de conseguir su objeto, un deshielo inesperado le quitó esta esperanza, reduciéndole á un peligro inminente. Estando con doce mil hombres en medio de un mar facticio, no tenia mas recurso que una calzada estrecha, fangosa, cortada por un fuerte que le prohibia la retirada, y delante del cual el ejército francés sin artilleria, debia perecer falto de víveres. Por una dicha inesperada, el comandante del fuerte abandonó cobardemente su puesto, y la vuelta de las tropas no esperimentó ningun otro obstáculo. Al retirarse saquearon é incendiaron dichas tropas dos ricas ciudades porque pasaron; cuyo desastre dejó largos recuerdos de odio contra la Francia en la memoria de los holandeses. Louvois, que preveia la evacuacion necesaria del pais, afectaba no hacer caso: hacia intimar sus órdenes al príncipe de Condé, el que apenas se atrevia á quejarse de ser el intermediario de estos rigores, asi como de verse reducido á la inutilidad en la comarca en que se le confinaba, y donde la inundacion no le dejaba obrar. Empero aprovechando el príncipe de Orange la distancia de los generales franceses, reforzado por diez mil españoles mandados por el conde de Marsin, y persuadido de que para hacer evacuar su territorio, era necesario atacar al enemigo, realizó una audaz correria hasta Charleroy, á cuya plaza acometió despues de haber burlado á los franceses, haciéndoles creer sucesivamente que se proponia reunirse al elector de Brandeburgo, para luego sitiar á Tongres ó Maseik. Engañado por sus movimientos, Montal, gobernador de Charleroy, afamado para la defensa de las plazas, habia abandonado la suya, para meterse en Tongres; pero de aquí volvió á salir con sesenta hombres, y consiguió regresar á Charleroy. Su actividad y el estraordinario frio forzaron á Guillermo á levantar el sitio; pero de esta tentativa el príncipe sacó siempre la preciosa ventaja de inspirar confianza á sus compatriotas con el prestigio de una maniobra ofensiva.

Al año siguiente salióle esta mejor en Bonn, residencia del elector de Colonia, que él cercó con el auxilio de tropas españolas é imperiales. Montecuculli habia pasado en este año el Rhin por Coblenza; y los talentos de Turena no habian podido evitar la defeccion del obispo de Wurtzburgo y del elector de Tréveris, que habian entregado sus puentes, el uno sobre el Mein y el otro sobre el Rhin. Esta conquista de los aliados terminó la campaña, á la que habria servido mas que de contrapeso la toma de diez ciudades imperiales en Alsacia, y la de Maestricht de que se apoderó en persona el rey ayudado por Vauban, si la fuerza de las circunstancias y la necesidad de reformar un ejército, no le hubieran precisado á evacuar todas las plazas ganadas en Holanda, donde no reservó mas que á Grave y Maestricht. La retirada se hizo sobre los Paises Bajos católicos, no habiendo creido el rey deber por mas tiempo contemporizar con España, que le declaró formalmente la guerra.

Sin embargo, negociábase la paz en Colonia, bajo la mediacion de Suecia; pero la exasperacion del emperador hizo prender á uno de los plenipotenciarios, el príncipe Guillermo de Furstemberg por haber nacido súbdito suyo, y la presa que ordenó de los carruages de los enviados franceses y de las sumas en aquellos escondidas, so pretesto de que las invertirian como medio de corrupcion, hicieron cesar las conferencias, produciendo la ruptura mas completa con Francia. Casi todo el imperio tomó parte. Los indiferentes renunciaron á su neutralidad, y los aliados de Luis XIV desesperando recibir sus socorros, rompieron los tratados cerrados con él. La Inglaterra habia dado el ejemplo de la defeccion. Los emisarios de los Estados Generales habian asustado al Parlamento por las relaciones de Cárlos con el rey de Francia, de las cuales nada menos debian resultar segun ellos que el restablecimiento de la religion católica, y la resurreccion del poder absoluto. En el Parlamento cundió la alarma. Aprobóse desde luego el acta del *Test*, que obligaba á todos los agentes de la cosa pública á abjurar la fe en la *presencia real*, lo cual hizo perder el almirantazgo al duque de York, y en seguida se quiso volver contra la misma Francia las fuerzas que habian obrado á su favor; pero no habiéndose podido lograr que hasta tal punto llevara Cárlos su condescendencia, este se vió forzado al menos á ajustar la paz con los Estados generales, habiéndosele privado de los recursos indispensables para continuar la guerra. Firmóse dicha paz en Lóndres el 19 de febrero. La Suecia resentida por el desprecio que se le habia hecho de su mediacion, fué la única que se mantuvo fiel á la Francia; pero habiéndola contrapuesto el emperador la Dinamarca, Luis tuvo que sostener lucha casi con toda Europa. La fuerza real de su Estado, la unidad de intereses y medidas y la habilidad de sus generales y ministros le sacaron vencedor de ella.

Los primeros triunfos tuvieron lugar en el Franco-Condado. Las mútuas consideraciones de las potencias beligerantes para con la Suiza, que deseaba ver alejado de sus fronteras el teatro de las hostilidades, conservaban esta provincia en un estado de neutralidad. Los aliados quisieron que penetraran en ella sus tropas, con la intencion de atacar en seguida á la Borgoña que no ofrecia ninguna defensa, y al efecto pidieron tropas á los suizos. La antigua alianza de estos con la Francia, las reclamaciones de Luis XIV, su dinero y sobre todo, la proximidad del ejército, que Turena condujo á las inmediaciones de Basilea, rompieron esta negociacion. Mas el viejo duque de Lorena, habiendo encontrado medio de introducir en el Franco-Condado por otro camino un cuerpo de tropas al mando del príncipe de Vaudemont su hijo, á quien habia tenido de la princesa de Cantecroix, el rey tomó de aquí ocasion para mirar como rota la neutralidad de esta provincia, y determinóse á atacarla. El duque de Navailles, teniente general de Borgoña, recibió la órden de entrar en ella, y se apoderó desde las primeros dias de la campaña de la mayor parte de las plazas pequeñas. Quedaban por ser sometidas Besanzon, Dole, Salins, Pontarlier y Dormans, cuando el rey partió de San German para acabar esta conquista, acompañandole Vauban, Merced á los trabajos de este hábil ingeniero, Besanzon no se sostuvo mas que nueve dias, y el resto de la provincia pasó á la obediencia de la Fran-

cia en seis semanas. Turena, colocado cerca de Montbelliard durante la espedicion, no contribuyó poco á favorecerla, poniendo obstáculos al paso de los socorros que el duque de Lorena, establecido en Rhinfeld, del otro lado del Rhin, espiaba la ocasion de introducirlos. El rey no dejó para guardar su conquista mas que una parte de las tropas que habian sido empleadas en terminarla, y el resto lo envió á Flandes.

Con el refuerzo de las guarniciones de Holanda, Condé se encontraba á la cabeza de cuarenta y cinco mil hombres; mas el príncipe de Orange, con la reunion de los españoles y de los imperiales á quienes Turena no habia podido impedir el paso del Rhin, contaba sesenta mil. Condé creyó de su deber estar á la defensiva, observando solamente al enemigo, con la intencion de aprovechar la primera falta en que pudiera incurrir. En consecuencia abandonó á Grave á sus propias fuerzas, y cubrió á Charleroy, en cuya plaza fijó nuevamente el príncipe de Orange sus miras.

Al aproximarse buscaba Guillermo el acontecimiento de una batalla que la ventaja del número le prometia favorablemente: pero la fuerte posicion de Condé, cerca del pueblo de Senef, le disuadió de atacarlo. Despues de varios movimientos para ver si podia sacarle de allí, el 9 de agosto se determinó á levantar el campo y trasladarse á Ath, atravesando muchos desfiladeros peligrosos que permitian atacarle parcialmente. Condé dejó desembocar tranquilamente por uno de estos desfiladeros, cercano á Mons, tanto á los imperiales que formaban la vanguardia, como á los holandeses que componian el cuerpo de batalla; pero con todo su ejército cayó sobre la retaguardia formada de españoles mandados por el marques de Assentar. En el momento en que el principe hizo tocar á la carga, fué cuando el jóven Villars que no tenia mas que veinte y tres años, y ya era capitan de caballería, gritó lleno de entusiasmo: «¡Ah! Esto es lo que siempre deseaba ver, al gran Condé espada en mano.» En menos de una hora, y sin perder arriba de cien hombres, los franceses mataron mas de dos mil. Hicieron tres mil prisioneros, se apoderaron del bagaje de los holandeses y españoles, y cayó en su poder la caja militar. Al ruido de este ataque, el príncipe de Orange advirtió al conde de Souches, rochelés al servicio del emperador, que mandaba la vanguardia, que volviese atras, y él mismo se formó mas allá del desfiladero, sobre una altura, donde una numerosa infantería, protegida por huertas y setos, favorecia la retirada de la retaguardia vencida. A pesar de la ventajosa posicion del enemigo, Condé arrastrado por su valor, y lisonjeándose por otra parte que el terror que habia debido esparcir su primer triunfo, podria proporcionar otro, marcha adelante con la mayor intrepidez. En este momento, Fourilles, uno de sus mejores oficiales, á quien el arma de caballería le debia una nueva disciplina, lo mismo que la infantería á Martinet, quiso hacerle algunas observaciones sobre una órden de ataque que recibió del príncipe. «No son consejos lo que os pido sino obediencia, respondio el príncipe, cuya boca no estaba bastante cerrada á las palabras de ultraje y de impaciencia; no es ahora cuando he sabido que gustais mas de razonar que de combatir.» Fourilles no merecia tal reprimenda: obedece lleno de cólera, y dispersa á cuantos se le oponen; mas es herido mortalmente: cae, y sensible todavía á su afrenta, dice al espirar: «no pido á Dios mas que una hora de vida para ver cómo el príncipe sale de esta empresa.» Le hubiera visto victorioso, porque Condé, á la cabeza de los guardias de corps, venció la obstinacion de sus adversarios. El marques de Assentar, á pesar de haber recibido seis heridas, no quiso separarse del campo de batalla, y la sétima le costó la vida. Imitando su ejemplo, casi todos sus oficiales fueron muertos despues de heridos varias veces, y los soldados casi sin gefes, fueron perseguidos hasta el pueblo de Fai, adonde llegaba el conde de Souches.

El príncipe de Orange se fortificó allí apresuradamente detras de los bosques y pantanos dominados por las alturas, donde colocó su artillería, y conservando siempre la ventaja del número, contó ademas con la de la posicion. Mas la derrota completa del enemigo no podia apagar en Condé la sed de gloria; forma al instante su plan de ataque, lo ejecuta, y no retrocede ni por las pérdidas que esperimenta ni por los refuerzos de tropas que de refresco opone el enemigo en reemplazo de las que sucumben. Un regimiento de infantería cede á su lado: Condé se apea de su caballo para ponerse á su frente; pero su presencia no puede ya contener la fuga, y queda él casi en poder del enemigo. «Salvaos, señor, le gritan; corred, ó si no vais á ser cogido.» Dueño de sí mismo, aun en medio del peligro, responde festivamente haciendo alusion á la gota que padecia: «no puedo correr con mis malas piernas.» Sin embargo, manda un movimiento decisivo á dos batallones suizos, los que asustados de la empresa y considerando imposible su buen éxito, dan muestras de desaprobacion y no obedecen. Era necesario alguna cosa que pudiese escusar esta desobediencia, y en lugar de incomodarse, cual se podia esperar de su natural violento, Condé se contentó con decir friamente: «busquemos otros, porque estos no marcharán amás.» La noche que sobrevino no detuvo el encarnizamiento de los soldados. La luna alumbró hasta media noche un combate que duraba desde las nueve de la mañana, y á la vuelta de la aurora el príncipe queria renovarlo; pero era él solo quien tenia aun ganas de batirse, y se dice que en este momento los dos ejércitos, sobrecogidos de un pánico terror, se alejaron simultáneamente del campo de batalla. Veinte y siete mil muertos fueron enterrados en un espacio de dos leguas, y la pérdida de los franceses fué poco mas ó menos igual á la de los enemigos. No hubo otra señal para creer que la victoria fuese del príncipe de Condé, mas que el número de prisioneros que hizo y el estado de postracion á que redujo á los aliados, que no pudieron emprender nada de considerable en la campaña. El príncipe de Orange, haciéndola casi indecisa con su firmeza, despues de la falta de su retirada, patentizó en un guerrero de veinte y tres años toda la esperiencia de un general viejo. Sin embargo, el mismo dia de esta batalla decia con modestia: «sin guia, y obligado á formarme á mí mismo, daria la mitad de lo que poseo por hacer algunas campañas bajo el mando del príncipe de Condé.»

Se ha censurado á este príncipe en esta ocasion mas que en ninguna otra, el haber prodigado la sangre de sus soldados y la suya propia, porque tuvo tres caballos muertos, y el no haber querido contentarse con el primer triunfo. Pero no se observa que si el príncipe de Orange no hubiese mostrado entonces un talento superior, todavía ignorado, Condé podia sin presuncion prometerse nuevas ventajas; que hasta debió buscarlas para reducir al enemigo á la impotencia de realizar sus proyectos de invasion, y no limitarse cual general vulgar al estéril honor de haberle batido. Llenó su objeto; pero compró caras sus victorias, en razon á que se encontró con una resistencia que no podia esperarse. A su vuelta á la corte, subiendo con pausa á causa de su gota por la escalera del palacio real, á la cual el rey salió á recibirle, dijo: «Señor, pido perdon á V. M. por haberle hecho esperar tanto tiempo.—Primo mio, contestó graciosamente Luis, cuando uno está cargado de laureles como vos, dificilmente puede andar.»

Mientras pasaban estas escenas en Flandes, Turena ofrecia en Alsacia y en Lorena el espectáculo de una campaña no menos brillante, y que tuvo el mismo resultado. En las cercanías de Basilea, desde donde él habia protegido la espedicion del Franco-Condado, se habia trasladado á Sabenne con el aparente designio de cubrir la Lorena contra la proyectada invasion del conde Eneas de Caprara, general del ejército de los Círculos, y del duque de Lorena, quienes reunidos cerca de Heidelberg, no esperaban para obrar mas que un refuerzo de húngaros conducido por el duque de Bournonville. Turena juzgó urgente evitar esta incorporacion; y cuando se le creia muy tranquilo á veinte leguas de Filisburgo, pasó el Rhin, y dio alcance á los dos generales. Estos, decididos á no combatir antes de la llegada del duque de Bournonville, se dirigen al instante sobre Heilbron para cruzar por allí el Neckre; pero el 16 de junio, Turena los alcanzó á mitad de camino cerca de la pequeña ciudad de Sintzheim. Los dos ejércitos eran casi iguales en número, ascendiendo uno y otro á nueve ó diez mil hombres, pero la ventaja de la posicion doblaba la fuerza de los imperiales, parapetados sobre una altura, á la cual no se podia llegar mas que por un estrecho desfiladero. Las sabias combinaciones del general francés les quitaron una parte de defensa. Turena tomó desde luego la ciudad, desalojó en seguida al enemigo de la altura, le mató dos mil hombres, le hizo seiscientos prisioneros, y merced á las nubes de polvo desapareció el resto, poniéndose en salvo al otro lado del Neckre. El ejército francés se asombró de su propia victoria, y los oficiales se reunieron para felicitar á su gefe. La ventaja no era sin embargo muy importante en sí misma, porque los numerosos refuerzos que esperaba el enemigo deberian compensar pronto su pérdida; pero fué considerable en la opinion que desde entonces adjudicó á Turena, al sentir de propios y estraños, la ventaja de la igualdad, aunque el enemigo tuviese fuerzas duplicadas con respecto á las de él. Pronto se vió la prueba.

Turena repasó el Rhin con sus tropas para procurarlas algun descanso. El duque de Bournonville se reunió al conde de Caprara, el cual dobló las fuerzas fortificándose los dos generales sobre el Neckre, y esperando nuevos socorros prometidos por los Círculos. Turena, reforzado por quinientos ó seiscientos hombres solamente, no titubeó en impedir esta union. Mal instruidos de sus fuerzas y temiendo sus talentos, los dos generales retrocedieron, y no se creian en seguridad hasta despues de haber puesto el Mein entre ellos y él. De esta manera quedó el palatinado á merced de los franceses.

El elector, despues de estar con la Francia, se habia vuelto contra ella. Para castigarle é impedir al enemigo que subsistiera en este pais, el ejército vivió en él á discrecion destruyendo todas las esperanzas de recoleccion. El labrador, en medio de la desesperacion, vengó su ruina con atrocidades que perpetraba en los merodeadores que caian en su poder, y sobre todo en algunos ingleses de los regimientos de Douglas y Hamilton, que á pesar de la paz

entre la Inglaterra y los Estados Generales, habian rehusado por estimacion á Turena dejar su ejército. Habiendo encontrado á sus camaradas mutilados de la manera mas bárbara, degollaban á todos los que se les presentaban, y caminando como furiosos á sangre y fuego, incendiaron muchas villas, aldeas y lugares antes que se hubiera podido tener noticia de este desórden. En fuerza del dolor é indignacion, mandó el elector á Turena una carta insultante en que atribuyéndole la órden formal de tales incendios, le felicitaba irónicamente por la mudanza que se observaba en él tras su conversion á la religion católica; y despues de recordarle que el pais desolado por sus tropas habia en otras ocasiones servido de asilo á su padre, concluia por exigirle hora y sitio para que le prestara una satisfaccion, que no podia obtener al frente de un ejércitó. Turena en su respuesta omitió respetuosamente lo concerniente al desafio; negó haber dado las odiosas órdenes que le imputaba el elector, y le refirió con su verdad y sencillez acostumbradas las causas que habian producido tales desgracias imprevistas, ofreciéndole castigarlas. Por lo demas, conforme á su plan continuó sobre una y otra ribera del Rhin, privando al palatinado de todos los recursos que podia ofrecer al ejército de los Círculos. Este tenia á la sazon treinta y cinco mil hombres dispuestos al parecer a atacarle, y Turena marchó á esperarle en medio de la abundancia á las cercanias de Landau y de Weissemburgo.

Hacia poco que se habia retirado, cuando el ejército combinado, habiendo pasado el Rhin por Maguncia á pesar de la neutralidad del elector, cayó en efecto sobre el palatinado. La alarma fué general en Francia. Se creyó ver invadidas la Champaña y Lorena, y para defenderlas especialmente, Turena recibió órden de abandonar la Alsacia; pero este general no obedecia, persuadido de que siempre habria tiempo para llegar á tal estremo, y que era dar mucha ventaja al enemigo el no oponerle esfuerzos que le entretendrian mucho y acaso permitirian ganar la estacion del reposo. Louvois le reiteró la órden de la retirada por mano del mismo Luis XIV. Turena no dejó de continuar en su posicion, pero esplicó sus motivos al rey. «Los enemigos, le dijo, por mucho número de tropas que tengan, no podrán en la estacion en que nos encontramos pensar en otra empresa mas que en hacerme salir de la provincia en que estoy sin víveres ni medios para pasar á Lorena. Si me trasladara espontáneamente á esta provincia como V. M. me lo manda, haria yo lo que con dificultad me obligarian á ejecutar. Cuando se tiene un número regular de tropas, no se deja un pais sin que el enemigo le tenga mucho mayor. Estoy persuadido que valdria mas para el servicio de V. M. perder una batalla que no el abandonar la Alsacia y repasar las montañas. Si lo hago, Filisburgo y Brissac serán bien pronto obligadas á rendirse; los imperiales se apoderarán de todo el pais desde Maguncia hasta Basilea, y llevarán acaso la guerra desde luego al Franco-Condado, de allí á la Lorena, y concluirán por destrozar la Champaña. Conozco, añadia al final, la fuerza de las tropas imperiales, los generales que las mandan, el pais donde estoy: todo lo tomo bajo mi responsabilidad y cargo con los acontecimientos.» Este tono de seguridad respecto de incidentes futuros no era presuncion en Turena. Nadie mas exento que él de este defecto; era una confianza natural é irresistible de un buen jugador de agedrez contra uno mediano, á quien está seguro de ganar aun dando ventajas. El rey, convencido por las razones de su general, le dejó obrar como le pareciese, y le remitió un socorro de seis mil hombres, con el cual ascendió su ejército á veinte y dos mil.

Empero el enemigo que no tardó en conocer lo incómodo de su posicion y la dificultad de forzar á los franceses en la suya, repasó el Rhin; pero habia seducido á los magistrados de la ciudad neutral de Estrasburgo, y merced al puente que esta plaza tenia sobre dicho rio, desconcertó las sabias precauciones del general francés y penetró sin dificultad en Alsacia. La posicion de Turena era tanto mas crítica, cuanto que el elector de Brandeburgo á la cabeza de veinte y cinco mil hombres se habia puesto en marcha, para reunirse á los treinta y cinco mil del duque de Bournonville; pero como la estacion estaba muy adelantada, y el elector por este año no intentaba mas que acuartelarse en Alsacia caminaba muy lentamente. Turena aprovechó esta circunstancia para atacar al duque de Bournonville antes de juntarse, escogiendo sin precipitacion el momento mas oportuno para triunfar. En el dia por él fijado, cuando solo se podia suponerle ocupado en asegurar su campo, movióse para invadir el del enemigo. Desgraciadamente una copiosa lluvia retardó su marcha, y en vez de ser sorprendido, púsose el enemigo en batalla y atrincherado en parte detrás de Ensheim, cerca de Estrasburgo.

La lluvia no cesaba, y en lo mas encarnizado del combate se redobló con tal violencia, que obligó á uno y otro ejército á una tregua de algunos instantes; no permitió ninguna de las evoluciones que deciden ordinariamente la victoria, y en la fuerte posicion de los imperiales sobre su izquierda, no habia mas que el valor del soldado y el ejemplo del general para poder desalojarlos. Toda la fuerza del combate fué en este lado, el cual fortificado y cubierto por un bosquecillo resistió cuatro ataques vigorosos de la infantería, y cedió al quinto capitaneado por el mismo Turena, quien se espuso como un simple soldado y perdió su caballo. Este triunfo acarreó el de la batalla, la cual ocurrió el 4 de octubre. Los enemigos dejaron tres mil hombres y se retiraron con bastante órden protegidos por el cañon de Estrasburgo. Turena quedó dueño del campo de batalla; y aunque se retiró poco despues, bastóle el nuevo prestigio que adquirió para retener al enemigo en la inaccion hasta la llegada del elector. Turena despues de su victoria se aproximó á Saverne y Haguenau, y desde la nueva posicion que ocupó, aprovechando las municiones y forrajes de las cercanías, protegió todavía estas dos ciudades convirtiéndolas en puntos de retirada en caso de necesidad.

El elector llegó por fin con un ejército superior en número al de Turena. La alarma se renovó en toda la Francia: solo su general estaba tranquilo, quien hasta parecia que desafiaba al enemigo desde su posicion, y que este titubeaba en atacarla. Por fin se resolvió á ello, pero en el momento en que tomaba las últimas medidas, Turena por medio de una retirada hábil se le escapó y apostó nuevamente en Dettweiller, á cuatro leguas de allí, en una posicion fuerte y elegida de antemano, desde donde solamente cubria ó protegia Haguenau, Saverne y la Lorena. En esta especie de fuerte recibió seis mil caballeros de la nobleza que asustada la corte habia convocado, y cuyo socorro por la indisciplina era mas aparente que real, por lo cual Turena los despidió como incómodos, despues sin embargo de haberse prevalido de ellos, para imponer mas al enemigo. Mejor partido sacó de algunos batallones y escuadrones destacados del ejército de Flandes que habian entrado temprano en sus cuarteles; pero rehusó una division de catorce mil hombres del mismo ejército que le traia el conde de Saulx, á quien suplicó que la acantonase en la Lorena alemana.

Esta negativa que no podia esplicarse, fundábase en el mismo motivo que al parecer le habia impulsado á despedir á los caballeros de la nobleza. La estacion estaba avanzada: una escesiva reunion de tropas hubiera inquietado á los enemigos en términos que les habria quitado la confianza que el general francés creia deber inspirarles. No tardaron efectivamente en retirarse para tomar cuarteles, aunque sin descuidar las precauciones indispensables por la proximidad de un general fecundo en recursos. Apresuróse Turena á tranquilizarlos, abandonando la baja Alsacia y cruzando los Vosgos para establecer tambien sus cuarteles en Lorena. Asi parecia llegar el fin de la campaña. Aunque esta retirada que le habia sido ordenada desde un principio solo se realizó en el último estremo, la reputacion del general padecia y parecia eclipsarse con su especie de fuga y con la disparidad de los sucesos y sus promesas, pero segun los planes de Turena no se estaba entonces mas que comenzando la verdadera campaña.

Dueño el enemigo de toda la Alsacia, habiendo desterrado todo recelo y aplazado para la primavera las grandes operaciones que proyectaba, se estendió pacíficamente por toda la provincia para establecer sus acantonamientos. Gozaba con seguridad de un descanso necesario, cuando á fines de noviembre y con un frio que tornaba inverosímil toda marcha de ejércitos, Turena puso en movimiento todos sus cuarteles, como igualmente la division que habia quedado en la Lorena alemana; marcharon durante un mes los dos ejércitos, sin saber el uno del otro por distintos caminos y atajos impracticables, atravesando los Vosgos, y el 27 de diciembre los reunió en la llanura de Befort y en medio de los cuarteles del duque de Lorena, los cuales fueron ocupados inmediatamente. El duque no podia creer los primeros avisos que se le comunicaron, y la noticia de la aparicion de Turena fue recibida con la misma incredulidad por los generales alemanes, quienes no se convencieron hasta que sus pérdidas diarias les forzaron á dar crédito. A cada instante partidas enemigas que ignoraban la posicion y la proximidad del ejército francés, caian ó se estraviaban en medio de sus divisiones; solo los cuarteles mas lejanos pudieron sustraerse á esta especie de red, que envolvió sucesivamente á todos. Reuniéronse los sorprendidos con bastante prontitud en Turkheim, cerca de Colmar, cuartel del elector de Brandeburgo; mas el 5 de enero treinta mil franceses llenos de confianza se presentaron dispuestos á atacar á un enemigo desanimado por sus pérdidas y por su sorpresa. Turena queestaba bien enterado de las disposiciones de los dos ejércitos, esperó la caida del dia para dar rienda suelta al suyo. Contando con el triunfo queria que la oscuridad de la noche inspirara á los imperiales el partido de la retirada, con lo cual seria mas y mas floja su resistencia. No se engañó: los enemigos cedieron y procedieron en efecto á la retirada. De Colmar se fueron á Benfeld y de Benfeld á Estrasburgo, donde el 11 de enero disminuidos en mas de la mitad volvieron á pasar el Rhin y evacuaron al fin la Alsacia, como se habia prometido Turena.

Esta campaña meditada hacia mucho tiempo y cuyo plan habia sido trazado y enviado al ministro en el mes de octubre desde el mismo campo de Dettweiller no tiene necesidad de elogios. La Europa entera soltó un grito de admiracion, y á esta se agregó en Fran-

cia un sentimiento de veneracion hácia el modesto vencedor que la habia preservado de la invasion. A su vuelta á Paris, en todo el camino y especialmente en Champaña, todas las poblaciones en masa le salieron al encuentro.

La Francia no habia sido tan dichosa con respecto á la España. El teniente general Lebret habia sido batido en el Rosellon perdiendo dos mil hombres; pero el motin de Mesina, que se puso en este tiem-



Turena durmiendo sobre la nieve.

po bajo la proteccion del rey compensó tal fracaso, forzando á los españoles á disminuir las fuerzas de Cataluña. Con esto al siguiente año pudo hacer progresos en esta provincia el conde de Schomberg, que habia acabado de sustraer el Portugal á la dominacion de España. Sesenta mil franceses á las órdenes del rey, del príncipe de Condé y de los mariscales de Luxemburgo, y Crequi se estendian entonces desde Brabante al Mosella, y contaban no solamente con frustar los designios del príncipe de Orange contra Maestricht, sino que se prometian además grandes triunfos. Lieja, Dinant, Huy, y Limburgo se rendian en efecto á sus armas aunque no sin repetidos contratiempos, consecuencia de las marchas y contramarchas inquietadoras del príncipe de Orange, á fin de salvar sus plazas: merced á estas tentativas fue menester enviar socorros á la Alsacia, lo cual debilitó al ejército y cortó el curso de sus lentas espediciones. El rey acostumbrado á arrebatar provincias enteras, se disgustó de una defensiva que humillaba su orgullo y dejo á Condé el cuidado de proseguirla. No era este el género de guerra que mejor convenia al violento carácter del príncipe, pero plegándose su genio á todas las circunstancias no se manifestó menos capaz entonces y contrarestó la superioridad del enemigo.

Turena en Alsacia ya no tenia que combatir aquella reunion de príncipes, cuyos pareceres frecuentemente discordes habian ayudado á sus proyectos. El gran elector, el duque de Bruswick y el obispo de Munster, reunidos en este año con el rey de Dinamarca, atacaban al de Suecia, aliado de la Francia, en sus posesiones de Alemania. Un solo hombre dirigia las operaciones en el Rhin. Este era Montecuculli, el vencedor de San Gotardo, único capitan que hubiese podido oponerse á Turena, con el cual tenia muchos puntos de contacto. Mandaba un ejército numeroso y aguerrido, y esto era para el ministerio una razon de no dejar á Turena en una grande inferioridad.

Montecuculli se proponia invadir la Alsacia penetrando por el puente de Estrasburgo. Esta ciudad, á pesar de sus protestas de guardar neutralidad mejor que en el año anterior, no la guardaba sino por miedo, y se habria entregado á los alemanes sin el terror que la proximidad del general francés la inspiraba. Para alejar á este, Montecuculli usó en vano de mil medios; descendió por el rio hasta Spira, le pasó por este punto y acercóse á Landau, pero siempre con poco fruto. Turena aprovechó tal ausencia, y la facilidad que le ofrecieron muchas islas del Rhin cubiertas de árboles para echar un puente en Orteneau, cuatro leguas encima de Estrasburgo, de donde ganando el puesto importante de Willstedt á una legua de Kehl, cabeza del puente de Estrasburgo, cortó completamente la comunicacion de esta ciudad con Montecuculli, quien para hacer evacuar este puesto, amenazó al puente de Orteneau; mas Turena multiplicándose con la actividad de sus tropas, se mantuvo firme en todos los puntos y no abandonó ninguno. Empero como sus movimientos no dejaban de fatigar estremadamente al ejército, aproximó su puente á una legua, estableciéndole en Altelheim, sin que el enemigo advirtiese los trabajos necesarios para



La marquesa de Brinvilliers envenenando los enfermos del hospital.

esta mudanza. Seguro de haberle cerrado el paso de Estrasburgo, Turena no se ocupó desde entonces mas que en alejarle de allí enteramente, privándole de recursos. Logrólo ocupando ciertos puntos lejanos por donde le llegaban los víveres, y casi burló la prevision de Montecuculli, que habia confiado demasiado en la distancia. Este general retrocedió y se estableció cerca de Baden, apoyando su derecha en el pueblo de Salzbach, puesto ventajoso por su

situacion á la entrada de las montañas. Turena que habia reconocido su importancia, proyectó tomarlo; pero habiéndosele anticipado los imperiales, se propuso atacarlos al dia siguiente. Este dia, 27 de julio, despues de haber oido misa y comulgado muy temprano, dispuso su órden de batalla. La izquierda y el centro tomaron posicion en el sitio que debian ocupar en el combate, y su derecha no tuvo que hacer mas que un movimiento para situarse. Considerando en este momento las disposiciones del enemigo, y no pudiendo á pesar de su reserva habitual contener el esceso de su confianza, esclamó: «Ya, son mios: voy á recoger el fruto de tan penosa campaña.» Hacia cuatro meses que duraba, y los dos opuestos gefes agotaban todas las combinaciones de la mas sabia táctica.

Sin embargo, los oficiales de la derecha inquietos por el movimiento de una columna enemiga, no cesaban de pedir instrucciones al mariscal, y de rogarle que se presentara él mismo á enterarse de tal maniobra. Accediendo á sus instancias, para reunirse con ellos tomó un camino resguardado del fuego, «porque, decia al conde de Hamilton, no quiero morir hoy.» Al acercarse conoció en una eminencia al marques de Saint-Hilaire, teniente general de artillería, y se aproximó á él para adquirir algunos datos sobre la columna de que le hablaban. El marques se la indicaba con la mano, cuando disparando dos piezas de campaña contra algunos batallones franceses puestos en movimiento para atajar el del enemigo, uno de los cañonazos llevó un brazo á Saint-Hilarie y fué á herir á Turena que anduvo todavía unos veinte pasos á caballo, y cayó muerto. La bala no penetró, y Turena solamente recibió una contusion terrible que le ahogó al instante. Así murió á los 64 años este gran capitan, cuyas virtudes morales igualaban á sus talentos militares, y que la segun la espresion de Montecuculli en su despacho al emperador, hacia honor á la humanidad.



Tourville dispersando la escuadra inglesa.

Luis aumentó su propia gloria con las exequias que hizo á la memoria de este gran hombre, y con la sepultura que le concedió en San Dionisio entre los sepulcros de los reyes.

El hijo del marques de Saint-Hilaire que ha dejado unas memorias en las que cuenta los pormenores de esta catástrofe, á la cual él estaba presente, se arrojó en este momento sobre su padre, y buscaba en él con inquietud un resto de vida que temia no encontrar, cuando el herido le dirigió estas sublimes palabras, comparables con todo lo mas heróico consagrado por la antigüedad: «No es por mí, hijo mio, sino por este grande hombre, por quien es preciso llorar;» y grande él mismo en sus palabras y en sus acciones, mandó al mismo hijo que se separara, y corriese al servicio de sus baterías.

Montecuculli supo casi al instante la muerte del mariscal, tanto por haber cesado el movimiento de la derecha, como por un aleman ayuda de cámara del conde de Bouflers, que desertó para darle tal noticia. La consternacion en que se hallaba el ejército francés, era quizá el momento de atacarlo; pero el general enemigo á quien Turena habia obligado á aceptar la batalla, ó á hacer una retirada peligrosa por las montañas, habiendo obtenido algunas ventajas de posicion que hubiese tenido que perder para ir á buscar al ejército francés que se quedó inmóvil, prefirió maniobrar en términos de forzarle á repasar el Rhin. Al efecto destacó en la mañana siguiente al conde de Caprara, el cual á la cabeza de la caballería, por la falda de las montañas se dirigió sobre Willstedt, y amenazó al puente de Altenheim, tan importante para que el ejército recibiera víveres y volviera á entrar en Alsacia.

Con Turena habian perecido sus planes sobre esta jornada, y para colmo de desgracia los dos tenientes generales que estaban á sus órdenes, el conde de Lorges sobrino suyo, y el marques de Vaubrun, no estaban acordes, y cada cual pretendia el mando. Sin embargo, el movimiento de Montecuculli obligaba á tomar un partido. Los oficiales subalternos hicieron convenir á los dos gefes en alternar cada dia, y resolvióse la retirada para la noche siguiente. Una violenta tempestad evitó dichosamente que tuvieran conocimiento de ella los imperiales, y hasta el amanecer no pudo Montecuculli ponerse en marcha tras los franceses, á quienes procuró ocultarse, con la esperanza de sorprenderlos en desórden al pasar algun rio. Esto debia serle tanto mas fácil, cuanto que contra todas las reglas del arte, un cuerpo de infantería era el que formaba la retaguardia de los franceses, y cuanto que para reconocer al enemigo, el alcance de la vista no podia suplir á la caballería.

La vanguardia en su mayor parte habia repasado el Rhin sin noticia alguna sobre la distancia de los imperiales. La segunda línea esperaba entre el rio y el riachuelo Schuttern con las armas descansadas el paso de la primera, y por fin la brigada de Champaña que formaba la retaguardia, todavia estaba mas allá del riachuelo, cuando Montecuculli apareció de repente con todo su ejército y dispersó fácilmente la brigada. Sin embargo, no habiendo él tenido el tiempo necesario para reconocer la posicion exacta del enemigo titubeó en avanzar. Aprovechâronse de esta circunstancia los franceses, quienes al ver á sus adversarios y antes de haber podido recibir órden alguna de sus gefes, tomaron apresuradamente las armas, y sin pensar si estaban apoyados por una segunda línea, espontáneamente se marcharon á las márgenes del riachuelo, sostuvieron cinco cargas consecutivas del enemigo, y ademas resistieron

una division de caballería que habiendo pasado el riachuelo, les embestia por la espalda. Tan vigorosa resistencia dió tiempo á la vanguardia para repasar el Rhin. El marques de Vaubrun que la mandaba, fué muerto en la primera carga, y su muerte fué una fortuna para el ejército, que así no tuvo mas que un gefe. La reunion de las dos líneas apresuró el fin del combate, y esta jornada, mas sangrienta para el enemigo que para los franceses, permitió á estos el volver á pasar el Rhin sin ser inquietados. Mas los habitantes de Estrasburgo, á quienes solo contenia el gran prestigio de Turena, ofrecieron su puente á Montecuculli, y el teatro de la guerra se estableció en Alsacia.

La corte no vió mas que á Condé capaz de reemplazar al gran Turena. El vencedor de Rocroy dejando pues á Luxemburgo para reemplazarle en Flandes, abandonó este pais, donde hacia una guerra mas útil que brillante, y se trasladó á la Alsacia, que debia verle con un ejército menor que el de su adversario, á tener que estar á la defensiva. No se avergonzó de retroceder algunas veces, de esperimentar algunos reveses y de atrincherarse; pero al fin maniobras dignas de Turena, con cuya sombra hubiera querido conversar Condé para enterarse de sus miras, hicieron levantar sucesivamente á Montecuculli los cercos de Saverne y de Haguenau, y de posicion en posicion le espulsaron completamente de Alsacia. Esta importante campaña fué el término de la carrera militar de tres grandes guerreros, de Turena por su muerte, de Montecuculli y Condé por sus achaques. Este pasó los últimos diez años de su vida en su deliciosa casa de Chantilly, visitando poco la corte, donde por el recuerdo de la *Honda* era ordinariamente recibido con una seriedad que rayaba en indiferencia. En este retiro, convencido de las ilusiones de la juventud, y desengañado de los vanos sistemas de incredulidad de que por largo tiempo fué uno de los mas ardientes fautores, no cultivó mas que los intereses del cielo, especialmente en sus dos últimos años; lo cual ha hecho decir que durante estos no fué mas que su sombra, y aun que no le quedó rastro de sí mismo. En este juicio apasionado se reconoce la prevencion de Voltaire, quien se ofuscaba con la idea de la religion, y calumniándola en muchos grandes hombres que honran la humanidad, hizo de Turena un hipócrita, de Bossuet un ambicioso, y de Fenelon un incrédulo.

Entre los discípulos de estos grandes capitanes, que en lo sucesivo van á ocupar la escena, uno de los mas notables fué Crequi, el que con su impetuosidad vino con una débil division á desafiar en Consarbruck al viejo duque de Lorena, y al de Luneburgo que sitiaban á Tréveris. Su temeridad fué castigada con una derrota completa, y con mucha dificultad pudo refugiarse con tres hombres en Tréveris, donde no trató mas que de ocultar su afrenta. Sordo á toda proposicion de rendirse, á pesar suyo redactaron sus oficiales una capitulacion en que rehusó ser comprendido, y con gran riesgo de su vida fué hecho prisionero en una iglesia, donde todavia se defendia. No le faltaba mas que esta desgracia, decia de él Condé, para nivelarse con los grandes generales. La toma de Tréveris fué el último laurel del viejo y bizarro duque de Lorena, quien murió dejando sus derechos y esperanzas á Cárlos V, su sobrino, cuñado del emperador, y ya conocido por diversas hazañas militares que no eran mas que el preludio de otras. El fué quien mandó á los imperiales en Alsacia en la siguiente campaña.

Desde los primeros dias de esta, los franceses se abrieron una nueva carrera de gloria sobre un elemento que les era todavia poco familiar. Apenas formados en la táctica naval, resistieron solos á Ruyter, quien para secundar los esfuerzos de los españoles contra Mesina y Augusta, habia entrado en el Mediterráneo. El 8 de enero desconcertó sus designios el marques de Duquesne en el combate de Stromboli, y el 21 de abril en el de Augusta, que costó la vida al almirante holandés. Finalmente, el 3 de junio el mariscal de Vivonne, aunque con menos navios que la escuadra holandesa, habiéndola atacado cuando salia de Palermo, acabó de destruirla.

Sin embargo, el rey teniendo á sus órdenes á su hermano y á muchos mariscales de Francia que recientemente habia creado, y que madama de Cornuel llamaba con donaire *la moneda de Turena*, habia entrado en Flandes, y amenazando á muchas ciudades á la vez, tomó á Condé antes que el príncipe de Orange pudiese socorrerla: mas este llegó delante de Bouchain al mismo tiempo que el rey. Los dos ejércitos se encontraron frente á frente cerca de Valenciennes, de modo que se creia inevitable una batalla. El príncipe que la deseaba, aunque inferior en número, era contrariado por los españoles que temian las consecuencias, y los franceses estaban discordes. El mariscal de Lorges insistia con vehemencia por combatir; pero Louvois, á quien se ha atribuido el motivo de perpetuar la guerra para continuar siendo necesario, se oponia á una batalla que podia, segun dicen, terminarla, lo que no es muy seguro. Sea lo que fuere, él espuso que la batalla era enteramente inútil para el designio de tomar á Bouchain, y que las consecuencias siempre inciertas, podian ser funestas tanto al Estado como al rey. Habiendo dado el monarca algunas señales de aprobacion, los mariscales de Schomberg, Humieres y La Feuillade, amigos de Louvois, fueron de su parecer y no hubo batalla: pero al siguiente año, cuando el hermano del monarca hubo batido al príncipe de Orange en Cassel, se dijo que Luis sintió haber malogrado la ocasion de adquirir igual honor, y que no se creyó satisfecho con haber tomado á Bouchain en presencia del príncipe.

Pero estas campañas de Flandes que se abrieron de una manera tan brillante, siempre estaban destinadas á concluir desventajosamente por los socorros que reclamaba la Alsacia. El rey abandonó nuevamente el ejército, confiándolo al conde de Schomberg. El príncipe de Orange bloqueó al instante á Maestricht. Esta ciudad estaba defendida por Calvo, uno de los cuatro valientes, del cual Luis XIV decia que sus enemigos le respetarian siempre en sus plazas: los otros tres eran Montal, Chamsilly y Fay. Calvo no desmintió su reputacion, y cincuenta dias de resistencia, durante los cuales el príncipe de Orange perdió doce mil hombres, permitieron á Schomberg desembarazarle.

Luxemburgo, tan emprendedor cuando mandaba como segundo, mostróse tímido en la primera vez que mandaba en gefe. A la cabeza de cincuenta mil hombres en Alsacia, se habia opuesto al nuevo duque de Lorena, que tenia sesenta mil. Suponiendo al enemigo la intencion de penetrar en Lorena, Luxemburgo se parapetó en los Vosgos á la altura de Saverne, y dió ocasion al duque para atacar á Filisburgo. El príncipe cubrió su sitio fortificándose sobre el Lauter, y no abandonó sus márgenes á vista de los numerosos batallones de refuerzo enviados á Luxemburgo, sino para atrincherarse de nuevo y de una manera inatacable en un recodo formado por el Rhin, delante de la misma Filisburgo. Fay mandaba en la plaza; mas en seis meses de bloqueo y setenta dias de ataque, habiendo agotado los recursos de todo género, no perdió nada de su gloria por haber sido forzado á rendirse. Una escursion de Luxemburgo por el condado de Montbeliard y por Brisgau, forzando por otra parte á los imperiales á acudir allí, les impidió avanzar á la Alsacia, viéndose obligados á tomar sus cuarteles de invierno sobre la derecha del Rhin. En el Rosellon, los franceses y los españoles se mantuvieron igualmente á la defensiva; pero en el norte de la Alemania el rey de Suecia fué batido y arrojado por los aliados.

Los Estados generales sin embargo principiaban á cansarse de una guerra que era sostenida con sus subsidios; y de las otras potencias beligerantes, unas con la esperanza de consolidar sus conquistas, y otras con la de recobrar sus pérdidas, aspiraban igualmente á la conclusion de la guerra: de aquí un asentimiento general á aceptar la mediacion ofrecida por la Inglaterra. Luis XIV antes de nombrar los plenipotenciarios, pedia la libertad del conde de Furstemberg, como igualmente la restitucion de las sumas quitadas en Colonia á sus embajadores, y sobre todo rehusaba para la celebracion del congreso un pais que fuera dependiente del emperador. Con términos medios le dieron satisfaccion sobre los primeros puntos. La consiguió entera sobre el último, y los plenipotenciarios se reunieron en Nimega. El caballero Temple estaba á la cabeza de los de Inglaterra: el mariscal de Estrades, el marques de Croissi y el conde de Abaux, sobrino del plenipotenciario de Munster, eran los de Francia. Pero si el deseo de la paz era un voto general, las pretensiones demasiado contrarias se oponian á su conclusion, y antes de conseguirla fué necesario que la sangre corriera durante dos campañas. Estas labraron la corona del mariscal de Crequi, cuyas maniobras, manantial de gran instruccion para los militares, recordaron las de Turena, é hicieron concebir la posibilidad de reemplazarle.

Crequi habia sucedido en Alsacia al mariscal de Luxemburgo, y solamente con veinte y cinco mil hombres debia de resistir á sesenta mil del duque de Lorena, que dueño de los puentes de Estrasburgo y Filisburgo, atacaba á la vez la Alsacia y la Lorena. El rey, que conocia la necesidad de socorrer á su general, queria hacerse en Flandes con algunos puntos de apoyo que le permitiesen reducir allí sin inconveniente el número de sus tropas. En el momento que se le creia mas entretenido con las diversiones del carnaval, partió repentinamente de Versalles, y el 4 de marzo estaba á la cabeza de su ejército. Al instante atacó á Valenciennes antes que el príncipe de Orange hubiese podido pensar en socorrerla, apoderándose de ella el 17 antes de sospechar él mismo que las primeras obras esteriores hubieran sido ocupadas. Este triunfo inesperado fué debido en gran parte á la conducta tan prudente como resuelta de los mosqueteros, que habian sido destinados con otros cuerpos á dar el asalto á una de dichas obras. Dióse este asalto por consejo de Vauban de dia contra el uso ordinario, contra el parecer del ministro, y contra el de los cinco mariscales que acompañaban al rey. En vez de detenerse despues de la toma, los mosqueteros penetraron en otro puesto; bajaron el puente levadizo que comunicaba con los otros, y siguiendo siempre al enemigo de trinchera en trinchera sobre el primer brazo del Escalda, despues sobre el segundo mas considerable, se introdujeron con él en la ciudad. Allí en lugar de dispersarse, como se podia esperar de su inesperto y exaltado va-

lor, se parapetaron detras de carros, se apoderaron de las casas vecinas y se establecieron de modo que no podian ser echados, imponiendo de tal modo con su audacia, que el ayuntamiento intimidado, despues de haber dado y recibido rehenes, envió una diputacion al rey para tratar sobre la rendicion de la plaza.

Sin perder tiempo, el rey se marchó á Cambrai, é hizo que San Omer fuera cercada por su hermano y por el mariscal Humieres. El príncipe de Orange, que no habia podido socorrer á Valenciennes, encontró dificultad para aproximarse á Cambrai, y marchó á San Omer. Ya estaba en Castel cuando el hermano del rey abandonó sus líneas para recibirle· Guillermo no temia el acontecimieneo de una batallla, y aun la deseaba. Con el objeto de prepararse, se paró sobre una colina é hizo avanzar solamente una parte de su primera línea para defender un arroyo que separaba los dos ejércitos, y que por el mucho fango de que sus márgenes estaban cubiertas, impedia el movimiento de un cuerpo de la derecha destinado á abastecer á San Omer. Pero el duque de Luxemburgo, á quien el rey, enterado de la marcha del príncipe de Orange, acababa de enviar á su hermano, habiendo penetrado el designio del enemigo, no le dejó tiempo para ejecutarlo, y haciendo atacar bruscamente los destacamentos que defendian el arroyo, los puso en un desórden que no pudo ser reparado por el resto de la línea á causa de su distancia, y que hasta se comunicó á la segunda asi que todo el ejército francés hubo pasado el arroyo. El príncipe hizo vanos esfuerzos para ordenarla. La pérdida de cuatro mil muertos y tres mil prisioneros, es decir, cerca de la cuarta parte de su ejército, le obligó á dejar el campo de batalla. El hermano del rey dió en esta accion, que tuvo lugar el 11 de abril, pruebas de valor y presencia de ánimo, que contrastaban con los hábitos de molicie en que le habian criado. Se dice que el rey tuvo envidia, y que esta fué la razon porque no mandó mas su hermano. Sea lo que quiera, San Omer, habiéndose rendido ocho dias despues y capitulado la ciudadela de Cambrai al mismo tiempo, el rey y su hermano se separaron del ejército, y el mando fué confiado al mariscal de Luxemburgo.

Crequi con una parte del suyo observaba entonces al duque de Lorena, quien despues de haber ganado á Tréveris se dirigia sobre Metz. Por medio de hábiles maniobras estorbó su marcha, interceptó sus víveres y le detuvo tres meses en las márgenes del Sarre y del Mosela, sin que el príncipe Cárlos pudiese llenar su objeto, ni tampoco encontrar ocasion de obligarlo al combate. Entonces dirigióse el duque hácia el Mosa para secundar á lo menos al príncipe de Orange, que habiendo rehecho su ejército, habia atacado á Charleroy, siempre codiciada por él; pero en el intervalo Luxemburgo hizo levantar el sitio: de manera que burlado el duque en todas sus empresas, tuvo que regresar á la Alsacia con un ejército agobiado de cansancio. El marques de Monclar, durante la ausencia de Crequi, habia obligado al príncipe de Sajonia Eisehach á evacuarlo, y el mariscal consiguió bien pronto la misma ventaja sobre el duque de Lorena, despues de haber batido en Kochersberg, cerca de Estrasburgo, un reducido cuerpo de tropas destacado por este con la intencion de empeñar una accion general, que el mariscal supo evitar. Eneonces Crequi pasó el rio, y terminó la campaña con la toma de Friburgo.

Luis, á quien debilitaban los mismos triunfos, deseaba una honrosa paz; el príncipe de Orange, al contrario, á pesar de los reveses de los aliados, veia en la continuacion de la guerra la consolidacion del poder estatuderano que esta misma guerra le habia proporcionado. Luis, adivinando su política, recomendaba en sus instrucciones á sus negociadores en Nimega como una cosa de primera y absoluta necesidad el emplear todos sus esfuerzos, caricias, lisonjas y esperanzas para ganarle; pero el sombrío Guillermo no se dejó seducir con tal cebo. El rey, segun se cuenta, habia lastimado su orgullo, proponiéndole por mera insinuacion el casarse con la señorita de Blois. Guillermo respondió que una hija legi;ima no seria mucho para él, y nunca perdonó este proyecto al rey de Francia, cuya gloria por otra parte eclipsaba sus envidiosos ojos. A la verdad tuvo razon en desechar el enlace, porque buscó otro mas honroso con la mano de la princesa María, hija primogénita del duque de York, sobrina de Cárlos II y heredera presunta del trono de Inglaterra, por carecer Cárlos de sucesion y de hijo varon el duque: enlace bien funesto para este lo mismo que para Luis XIV, quien así que fué celebrado, esperimentó sus desagradables efectos. El nuevo esposo separó desde luego á Cárlos II de los intereses de la Francia, y le obligó á prestarse contra sus inclinaciones á un tratado de alianza con Holanda. Este tratado, que fué formado en Londres el 10 de enero de 1678, contenia un plan de paz muy opuesto á las intenciones de Luis. Este debia entregar todo lo conquistado en Holanda, al emperador y al imperio, y restituir á los españoles á Ath, Oudenarde, Charleroy, Courtray, Tournay, Condé, Valenciennes, Saint-Guillain y Binch. Este plan debia serle propuesto con la alternativa de una guerra federativa contra la Alemania, la España, Dinamarca, la Holanda y la Inglaterra si á él no se sometia.

El efecto inmediato de este proyecto fué la evacuacion precipitada de Mesina por los franceses, cuya vuelta habria quizá sido azarosa, si las flotas inglesas hubiesen entrado en el Mediterráneo. Fuera de tal medida Luis quiso probar que lejos de estar en situacion de recibir la ley, se hallaba en estado de darla. Partiendo al efecto de Versalles, todavía mas pronto que en el año precedente, trasladóse á Lorena, amenazó á Luxemburgo, y luego que consiguió atraer fuertemente la atencion del enemigo por este lado, una marcha acelerada le condujo á Flandes, atacando á Gante, punto central de la reunion que debia verificarse por los aliados: tomóla en cinco dias, cayó sobre Ipres, y tambien se apoderó de esta ciudad con rapidez. Entonces tomando Luis la iniciativa, formuló proposiciones; y si bien por prevencion, bien por orgullo fueron al pronto rechazadas, el temor de progresos mas considerables no tardó mucho tiempo en hacerlas recibir para bases al menos de una negociacion, sobre todo con los holandeses, que eran los menos interesados entonces en la guerra. Luis, persuadido que de la permanencia de ellos en la liga dependia la duracion de esta coalicion, no titubeó despues de haberse enterado del tratado de Londres en hacer todos los sacrificios que podian reconciliarle con sus primeros enemigos.

Observaremos que este tratado del 10 de enero, que debia apretar mas el nudo de las dificultades, fué precisamente lo que contribuyó á aflojarlo. Conocia el rey que si esperaba á que se le esplicasen las potencias coaligadas, podria verse obligado á una paz desventajosa ó á la continuacion de una guerra que le era insoportable. Los Estados generales por su parte, sujetos por el tratado á subsidios muy considerables, preveian que el principal peso de la guerra iba á caer sobre ellos: consideraban ademas con un temor bien fundado la preponderancia que el casamiento del Estatuder iba á darle en la república, especialmente si duraba la guerra. Escucharon pues con anhelo la proposicion que hicieron los plenipotenciarios franceses de restituir á la república lo que la habia sido quitado, y pidieron para trabajar mas eficazmente por la paz una suspension de armas de seis semanas. Desde el primer momento todos se pusieron de acuerdo; pero convinieron en no dejar penetrar su buena intencion, temiendo que los coaligados á quienes el interés ó la pasion impulsaba á continuar la guerra, pusiesen obstáculos á la conclusion. Y en efecto, por temor de que franceses y holandeses llegaran á entenderse á fuerza de esplicaciones, los aliados hicieron fijar un término bastante corto, despues del cual se continuaria la guerra si no se firmaba la paz entretanto. Este término fatal era el 10 de agosto.

Los plenipotenciarios holandeses que no tenian ya que ocuparse sériamente respecto á sí mismos, emplearon el tiempo en hacer que consintieran los españoles en los sacrificios que se les exigian. Luis, á pretesto de que habia sido atacado, queria conservar las conquistas que habia verificado contra ellos y que eran el Franco-Condado, Valenciennes, Bouchain, Condé, Cambrai, Aire, San Omer, Ipres, Warwick, Warneton, Poperinga, Bayeul, Cassel, Bavai y Maubeuge con todas las dependencias anejas á sus territorios. El accedia á restituir á Charleroy, Binch, Oudenarde, Courtray, Saint-Guillain y Puigcerdá en Cataluña, de cuyo punto el mariscal de Navailles, ya vencedor del conde de Monterey en la campaña precedente en la garganta de Bayuls en el Ampurdan, se habia apoderado al principio de ella. Pero Luis añadia á esta restitucion la reserva de que sirviera de garantía á los suecos hasta que recuperaran lo que las armas de Dinamarca y del Elector de Brandeburgo les habian arrebatado. Esta restriccion casi lo desbarató todo; mas los plenipotenciarios franceses circunscribieron con política toda la negociacion á este punto, con el objeto de derrotar á los aliados que querian la continuacion de la guerra, y que no insistian mas que sobre este solo artículo en razon á que le consideraban suficiente para conseguir el rompimiento. Cuando ya no restaba mas que transigir sobre este punto, los suecos, persuadidos de que encontrarian en el poder de Luis XIV otros medios de restitucion, allanaron por sí mismos la dificultad renunciando á la especie de hipoteca que les habia proporcionado el rey. Los españoles no firmaron, sin embargo, su tratado sino seis semanas despues que los holandeses.

Tan bien se habia guardado el secreto entre estos y los franceses, que los otros coaligados, viendo á los franceses exigir siempre en las conferencias públicas, las condiciones imperiosas que los holandeses no debian nunca otorgar, se mantuvieron tranquilos convencidos de que la obstinacion recíproca de las principales partes, causaria la disolucion del congreso. Para robustecer tal credulidad y prevenir los esfuerzos de los mal intencionados, los franceses imaginaron presentar por sí mismos obstáculos que fueran dueños de hacer desaparecer cuando les conviniese, lo que ejecutaron con mucha sagacidad. El 1.° de agosto, despues de haber ratificado con los holandeses todas sus convenciones, los plenipotenciarios franceses declararon que aun les quedaban dos condiciones de que jamás podian desistir: la primera que las autoridades holandesas forzaran á Dina-

marca á restituir á Suecia lo que esta habia parecido abandonar; la segunda que la república enviara una embajada solemne al rey de Francia, que estaba en Gante, á cumplimentarle por la paz. Los plenipotenciarios holandeses, que todo lo creian concluido, se quedaron asombrados, y respondieron que despues de haberse arreglado en lo que personalmente les concernia, no esperaban verse detenidos por intereses estrangeros que se podrian conciliar mas adelante. En cuanto al viage de Gante declararon que lo consideraban como un homenage humillante al cual su conciencia les impedia prestarse en ningun caso.

Noticiosos los aliados de tal incidente, procuraron agravar esta repugnancia. Los franceses insistieron manifestando gran disgusto de que hubiera obstinacion en una negativa que calificaron de injuriosa. Los holandeses continuaron mostrándose muy irritados por tal exigencia, que segun ellos solo tendia á envilecerlos; y juzgando los aliados que iba á ocurrir un rompimiento sin ningun esfuerzo de su parte, contemplaban con satisfaccion una lucha que aseguraba el triunfo de sus intenciones hostiles. Todos los dias desde el 1.° de agosto se pasaron pues en agitacion, en pasos de conciliadores que se fatigaban por encontrar espedientes y medios para una avenencia, tropezando con la misma obstinacion por ambas partes. Llegó el 9 de agosto: nada se arreglaba; la misma obstinacion, ninguna esperanza de paz; no se trataba mas que de separarse. Diéronse órdenes para la marcha. Mañana, se decian los aliados de Londres felicitándose, se presentará el fatal tratado al orgulloso Luis XIV; mañana, decian tristemente los individuos de la asamblea, sensibles á los males que debian resultar á la humanidad, mañana se continuarán por mucho tiempo los horrores de la guerra. El 10 cerca de las nueve de la mañana, los plenipotenciarios franceses se dirigieron con gran pompa á casa de los plenipotenciarios holandeses. Se creia que iban á despedirse. Despues de los primeros cumplimientos y de algunas quejas sobre su perseverancia en no querer acceder á lo poco que se les exigia, añadieron: «¿Insistis en eso?—Sí, respondieron firmemente los holandeses.—Pues bien, repusieron alegremente los franceses, no hablemos mas y firmemos.»

Al instante se difundió el regocijo por la ciudad. Se mandó copiar los tratados, y los secretarios pusieron en seguida manos á la obra. Durante este trabajo, los plenipotenciarios franceses, bien por miramiento á la mediacion de Inglaterra, bien para complacerse con el embarazo del caballero Temple, gefe de la embajada inglesa y el mas ardiente en contrariar la paz, pasaron á su casa á hacerle proposiciones de paz. Manifestóse incomodado, recibiólos como enfermo, les agradeció la atencion y les rogó que no se molestaran. Volvieron al lado de los plenipotenciarios holandeses, y apuraron á los copistas, quienes fueron tan diligentes que los tratados se encontraron listos en el mismo dia 10 de agosto, habiendo sido firmados entre once y doce de la noche, en la embajada de Francia, adonde habian acudido los holandeses.

El príncipe de Orange se malquistó por su parte con los ingleses. Entonces estaba cerca de Mons, y se proponia hacer levantar el bloqueo que el mariscal de Luxemburgo habia puesto á esta ciudad. Estando tan cerca de Nimega, era imposible que ignorara el 14 de agosto, que la paz se habia formado el 10; pero aparentó no saberlo, y atacó cerca de la abadía de San Dionisio al mariscal que tranquilamente descansaba en virtud de haberle participado el conde de Estrades la celebracion de la paz. Guillermo pensaba batirle sorprendiéndolo; pero el fué el batido, no quedándole mas que la vergüenza y los remordimientos de haber sacrificado inútilmente á su despecho, la vida de muchos millares de hombres que quedaron en el campo de batalla.

Firmaronse dos tratado en Nimega con los holandeses; el uno titulado de *paz y de alianza*, restituyéndoles todo lo que les habia sido tomado; y el segundo intitulado de *comercio, de navegacion y marina*. Este tratado tiene treinta y ocho artículos, y puede considerársele como un código marítimo por su precision, prevision y exactitud, siendo acreedor á que se le coloque al lado de los reglamentos de los Rhodios, que sirvieron de ley á los navegantes, hasta el tiempo de los romanos que los adoptaron. Desembarazados pues los holandeses por sí mismos, se dedicaron á reconciliar las potencias beligerantes. De aquí nació una série de tratados, de los que el mas importante para la Francia fue el que ajustó con el emperador. Este se habia rehusado lo mismo que la Dinamarca y el elector de Brandeburgo, á acceder á la paz. Pero tres combates en que Crequi batió al príncipe de Baden y al duque de Lorena, que se habia acercado á Friburgo con intencion de recuperar esta ciudad; el incendio del puente de Estrasburgo que habia tan frecuentemente proporcionado paso á los imperiales; la toma del fuerte de Kehl, que le cubria y la de otros de las márgenes del Rhin; y finalmente, la invasion de la misma Wesfalia al paso que los mariscales de Luxemburgo y de Schomberg se apoderaban del territorio de Cleves haciéndole tributario, trageron á estas potencias á disposiciones mas pacíficas, y firmóse por fin con el emperador un tratado en Nimega el 5 de febrero. La posesion de la Alsacia, que Leopoldo se habia lisongeado quitar á la Francia, fue confirmada á esta, y los plenipotenciarios tuvieron la sagacidad de eludir todas las proposiciones que se les hicieron en cuanto á la restitucion de las diez ciudades imperiales de esta provincia, de que el duque de La Feuillade se habia apoderado tanto por fuerza como por abuso de confianza. Friburgo, antiguo dominio de la casa de Austria, quedó tambien para la Francia, pero en cambio de Filisburgo, que quedó al imperio. Finalmente estipulando el emperador por el duque de Lorena, abandonaba al rey Nancy y cuatro caminos militares en la provincia; y á pesar de haber protestado el duque contra tal abandono, Luis se hizo cargo de todo. El elector de Brandeburgo y el rey de Dinamarca fueron los últimos en prestarse á una reconciliacion que les quitó casi todas sus conquistas en Suecia. Fué suficientemente sin embargo lo poco que retuvieron, para que disgustados los suecos, se creyesen sacrificados por la Francia. En estos tratados, se juró *una amistad verdadera y sincera*, amistad de tratados, de cuya sinceridad se juzgará pronto por su duracion.

En los años inmediatos á la paz de Nimega hubo muy pocos acontecimientos dignos de contarse, á escepcion de hechos particulares que la historia no recogeria, sino conviniera indicarlos. Tal fue por ejemplo el casamiento de Delfin con la hija del elector de Baviera, enlace que fué ocasion de la desgracia del ministro de negocios estrangeros, Arnaldo de Pomponne. El rey esperaba con impaciencia la noticia de este convenio que importaba tanto á su política cuanto á sus rentas. El correo que la llevó entregó los despachos al ministro que estaba entonces en el campo, donde todavía permaneció dos dias. Divulgóse entre tanto la noticia, y habiéndola sabido el rey por otro conducto que por el del ministro, le insinuó que hiciera dimision, habiéndose conferido el destino de Arnaldo al mismo negociador del casamiento, el marqués de Croissy, hermano de Colbert. Pomponne era generalmente estimado, aun por el rey; pero apreciaba los jansenistas á quienes el rey no queria: por otra parte despues de la paz de Nimega, donde Luis habia sido árbitro de la Europa, la vanidad del monarca se habia exaltado, y no soportaba la estudiada reserva de los despachos é instrucciones de sus ministros.

Pero entre los hechos que recojemos, no mancharíamos nuestras páginas con la relacion que vá á seguir, si importantes personages no se encontrasen complicados en ellos. En 1676, una mujer jóven y bella, de distinguida familia, la marquesa de Brenvilliers, sin motivo de odio ni de venganza, envenenaba esposo, parientes, amigos criados y hasta pobres para ella desconocidos, á los cuales bajo pretesto de caridad llevaba á los hospitales manjares regalados que debian acarrearles la muerte. Nunca se ha sabido el verdadero motivo de esta horrorosa manía. Fué castigada con el suplicio del fuego.

Se creyó ver renovado en 1680, el crímen de la marquesa de Brenvilliers por Vigoreuse y Voisin, mujeres de costumbres mas que sospechosas, y cuyo proceder llamó la atencion de la policía, vendiendo como vendian esencias, polvos, pomadas y bebidas eficaces, segun ellas decian, para la curacion de muchas enfermedades rebeldes á la medicina. Tambien adivinaban y predecian el porvenir. Por estas causas llenábase su casa de gente de todas condiciones y estados de la corte y la ciudad, habiendose convertido dicha casa en refugio de intriga y de seduccion. Se descubrió que su comercio no se concretaba á pastas sanas y útiles; que habia cosas de que se podia hacer muy mal uso, y que el amor contrariado, el fastidio de un largo himeneo, los furores de la rivalidad, el deseo ardiente de las riquezas, el ansia de una herencia que tardara mucho en llegar, podian encontrar en su arsenal armas peligrosísimas. Fueron presas, y con ellas muchas personas de distincion y de la hez del pueblo. Se creó, para seguir este gran proceso, un tribunal que se tituló *cámara ardiente*, en razon á que conocia de un crímen, cuyo castigo debia ser el fuego. Pero por los interrogatorios, los jueces se convencieron de que la mayor parte de los escesos se reducia á conversaciones indiscretas, tanto festivas como serias, dimanadas de la curiosidad mas que del deseo de hacer daño. Se encontraron muchas mas personas alucinadas que culpables. De ellas no se castigó con estrépito mas que á algunos oscuros miserables; pero muchas personas distinguidas sufrieron la pena del destierro, aunque absueltas del crímen, por haberse comprometido en asunto tan vergonzoso con aventureros, mujeres perdidas y la sociedad mas despreciable.

Dos personas célebres tuvieron parte en esta ignominia; el mariscal de Luxemburgo, y la condesa de Soissons. Luxemburgo ilustrado por tantas victorias sufrió la humillacion de la cárcel. Estuvo poco, pero probó la desgracia y el destierro. La condesa de Soissons en otro tiempo admitida á la intimidad de Luis con Enriqueta su cuñada, á la noticia de que Voisin habia sido presa, se escapó á España. La reina recientemente casada con Carlos II, é hija de la desgraciada Enriqueta, recibió bien á la antigua amiga de su madre, manifestándola mucha confianza, á pesar de los consejos de

su esposo, que desconfiaba; en efecto, despues de haber bebido una jarra de leche que la condesa la presentó, murió casi instantáneamente en 1689 con grandes dolores. La condesa se atrajo vehementes sospechas y se retiró apresuradamente á Alemania, donde arrastró una vida oscura, concluyendo por morir en Bruselas en el mas grande aislamiento, despreciada de todo el mundo y muy poco considerada del príncipe Eugenio, su hijo.

Ella fue, segun dicen, movida á este crimen contra una jóven princesa que la colmaba de beneficios, por el embajador del emperador Leopoldo en la corte de España. Este gefe de la casa del Austria-Alemana no veia mas que con un estremado despecho la preponderancia que la reina estimadísima y amada de su esposo, proporcionaba á la Francia en el consejo de Carlos II; y se ha creido que el embajador, persuadido que su soberano se lo agradeceria, juzgó conveniente libertarse envenenando á la reina, de las dificultades que esta oponia á relaciones muy íntimas entre las dos ramas austriacas.

Entre los acontecimientos politicos de la misma época, se debe notar el asunto de la *regalia*. Se daba este nombre al derecho que poseian los reyes de Francia, con esclusion de los demas soberanos, de gozar interin la vacante de las sillas episcopales, y hasta que prestaran juramento solemne los nuevos obispos, de las rentas que les pertenecian, y de conferir ademas diversos beneficios de la misma procedencia á súbditos que no estaban obligados á solicitar la institucion canónica de los Vicarios generales. Semejante uso puramente honorífico á nuestros reyes, que despues de Carlos VI abandonaban estas rentas á la Santa Capilla, y despues de Luis XIII á los sucesores de los obispos muertos, era tan antiguo, que su origen y sus motivos eran casi desconocidos. Pero, por la razon misma de su antigüedad y del privilegio particular de los reyes de Francia, habia acontecido que este derecho no se estendia á ciertas iglesias, que antiguamente estaban fuera del reino. Encontrábanse en aquel caso especialmente los Arzobispos y Obispos del Languedoc, Guyena, Delfinado y Provenza. Luis XIV presumiendo que su calidad de rey de Francia le daba los mismos derechos sobre todas las iglesias de sus dominios y apoyándose por otra parte en el ejemplo de sus predecesores, publicó en 1673 un edicto que sometia todas las iglesias del reino á la regalia.

Si algunos obispos, cuyas iglesias estaban exentas de la regalía, creyeron poder denunciar sin escrúpulo su privilegio, y ceder por el bien de la paz á un príncipe de entereza en sus deseos, y que manifestaba por otra parte decidida voluntad á favor de los ministros del altar, otros vieron en tal condescencia el abandono de principios los mas sagrados y se creyeron obligados á defenderlos. Tales fueron los obispos de Alet y de Pamiers, ya célebres en las disputas del jansenismo. El último pretendió hasta negarse á reconocer los miembros de su cabildo que el rey acababa de nombrar en virtud de la regalía, y aun procedió á escomulgarlos. La autoridad civil tachaba de abusivas medidas tan violentas, cuando el Papa Inocencio XI respetable por su piedad y por la pureza de sus intenciones, pero abrasado de un celo austero, que rayaba en dureza, vino en auxilio de estos prelados por medio de una bula que ensalzaba sus rigores con respecto á los regalistas y sus fautores. El Parlamento mandó la supresion de la bula, y de aquí una guerra abierta entre Francia y Roma. Luis XIV, habiendo consultado sobre la cuestion á una Asamblea del clero convocada en 1681, esta emitió el voto de un concilio nacional, como única autoridad que podia obligar al Papa á alguna circunspeccion; mas el rey no aprobó enteramente este parecer y se limitó á convocar una asamblea general del clero, que fué decretada para el 9 de noviembre próximo.

Componíase la asamblea de veinte y cinco prelados, de dos agentes generales del clero y de treinta y cinco diputados de segundo órden. Bossuet pronunció el sermon de apertura, en el cual despues de establecer los fundamentos de la preeminencia de la iglesia de Roma y de la deferencia que la es debida, espuso la constancia de la iglesia galicana en mantener el derecho comun y el poder de los ordinarios, segun los concilios generales y las máximas de los Santos Padres; y propuso á lo último remedios que pudiesen prevenir las menores señales de escision y trastorno.

El 3 de febrero, la nueva asamblea se adhirió unánimemente á la estension de la regalia, en atencion especialmente á haber abandonado el rey en un edicto del mes de enero toda pretension á que los elegidos en virtud de la regalia estuviesen dispensados de obtener la institucion canónica. Los obispos en la carta que dirigieron al Papa para justificar su adhesion, encarecieron esta condescendencia como esencial por lo que se rozaba con la jurisdiccion espiritual, y opusieron como una débil compensacion los nuevos derechos que se arrogaba el monarca. Añadieron con la autoridad de muchos doctores y aun de diversos Papas, que habia circunstancias en que la conservacion de la paz debia comprarse con sacrificios; que era el caso de hacerlos, cuando se reducian á un simple cambio en la disciplina, que en nada interesaban á la fe, y finalmente ellos habian creido licito evitar con su aquiescencia á los deseos del monarca el comprometer á Su Santidad con el mayor de los monarcas, cuya benevolencia y celo por la Iglesia y por la estirpacion de la heregia merecian ser correspondidas. Inocencio, poco sensible á estas consideraciones, anuló todo lo asentado en la asamblea, á la cual disputó el derecho de representar á la iglesia de Francia; y manifestó á los obispos que esperaba de su honor y de su conciencia una retractacion formal de su decision.

Pero estos previendo ya la respuesta de la Santa Sede y la inutilidad de sus pasos cerca de ella, lejos de retractarse comprometiéronse mas y mas con los cuatro famosos articulos de la declaracion de 13 de marzo de 1682, que decia en sustancia: «1.°, que el Papa no tiene ninguna autoridad directa ni indirecta sobre lo temporal de los reyes, y que no puede desatar á sus súbditos del juramento de fidelidad; 2.°, que la plenitud de poder inherente á la Sede Apostólica, no deroga en nada lo que el concilio de Constanza, confirmado por los Papas, por la Iglesia en general, y por la de Francia en particular, pronunció sobre la autoridad de los concilios generales en su cuarta y quinta sesion, y que la iglesia galicana no aprueba á los que ponen en duda la autoridad de estos decretos, ó que eluden su fuerza, diciendo que los padres de Constanza no hablaron mas que para tiempo de cisma; 3.°, que el poder apostólico debia ser ejercido con arreglo á los cánones y á las prácticas recibidas por las iglesias particulares; 4.°, en fin, que pertenecia principalmente al Papa el decidir en materia de fe, y que sus decretos obligan á todas las iglesias, pero que estos no son sin embargo *irrefragables* sino cuando la Iglesia los ha adoptado.»

El rey hizo registrar al instante los cuatro artículos en todos los Parlamentos, y mandó que se enseñasen en las escuelas de teologia. El Papa á esta medida de vigor respondió con una de inercia que no dejó de sentirse, habiéndose negado las bulas á cuantos habian pertenecido á la asamblea del clero de 1682. Sea que el rey no hubiera nombrado para los obispados vacantes, sea que los nombrados no hubiesen podido lograr las bulas ó no las pidieran, segun dice el abate Choisy, de tal obstinacion reciproca resultó que al fallecimiento del pontífice habia treinta y cinco diócesis sin pastor. Los obispos elegidos por el rey no dejaron de administrar sus obispados, aunque en virtud de las facultades que les fueron conferidas por los cabildos; y este espediente, sugerido por Bossuet, remedió las necesidades de la iglesia de Francia, y evitó el funesto cisma que habia hecho temer una discordia que duró doce años.

La atencion del rey se dirigió entonces á las regencias berberiscas del Mediterráneo; ellas infestaban este mar poniendo trabas al comercio francés, único recurso que podia curar las heridas abiertas por la guerra al Estado. Argel, dos veces bombardeada por Duquesne con ayuda de lanchas bombarderas que acababa de inventar el caballero Renau, puso en sus manos los esclavos cristianos que la restaban despues de la ferocidad con que los bárbaros intentaron aterrar á los sitiadores, arrojándoles por medio de sus morteros los miembros palpitantes de los infelices cautivos y del cónsul mismo. Génova esperimentó en el año siguiente un desastre parecido al de Argel. La república durante la última guerra habia suministrado secretamente socorros á los españoles, y entre estos republicanos era donde los piratas, aunque enemigos suyos, encontraban por la codicia de los comerciantes las municiones de que necesitaban. El rey deseaba tener un almacen de sal en Sabona para el surtido de la ciudad de Casal que acababa de comprar al marques de Mántua, y así lo pidió á la república. Esta respondió con una negativa formal, suponiendo que aunque el monarca se arrogaba cuanto le convenia, no trataria de hostilizarle. En medio de esta mútua desconfianza, un armamento de cuatro galeras que la república pretendia no haber realizado sino para seguridad de sus riberas, y que el rey sospechó ser un socorro para el de España con quien estaba desavenido, fué la señal de la venganza de Luis.

El marqués de Seignelay, hijo de Colbert y ministro de marina, se presentó delante de Génova á la cabeza de una escuadra formidable mandada á sus órdenes por Duquesne; y poco satisfecho de las evasivas respuestas de los magistrados á lo que él exigia en nombre del rey, mandó el bombardeo, que duró diez dias y destruyó una parte de los famosos edificios que habian dado á la ciudad el nombre de *Génova la soberbia*. El orgullo natural de los republicanos y el apoyo de los españoles hicieron soportar este ataque con valor; pero la amenaza de una segunda empresa ablandó su resolucion é hizo buscar la mediacion del Papa. El crédito del Pontífice parecia no deber ser mucho en la corte de Francia; pero el rey, que se lisongeó atraer con sus deferencias al mismo Papa á sentimientos de moderacion, acogió sus proposiciones y prometió reconciliarse, siempre que la república desarmara sus galeras, saliera de Génova la guarnicion española y el Dux se presentara en Versalles con cuatro senadores á ratificar su sumision. Así lo verificaron: siendo recibidos con una magestad imponente, pero al mismo tiempo con toda clase de política y miramientos.

En esta misma época ocupaban al rey intereses mas importantes; se trataba de un arreglo cuyas bases habian sido trazadas en el tratado de Nimega. Se habia dicho en este, como ya lo hemos observado, que las cesiones serian acompañadas «de todas sus dependencias y anexidades.» Los negociadores se habian lisongeado de que estas agregaciones se harian amistosamente; pero el rey de Francia se creyó con derecho á arreglarlas solo. En consecuencia, á principios de 1680 estableció una cámara soberana en Besanzon, y dos consejos tambien soberanos, el uno en Brisach y el otro en Metz, para examinar las dependencias y anexidades, y fallar sin apelacion sobre su suerte. Al instante que estas cámaras juzgaron que tal feudo, ciudad ó provincia entraba en el círculo de las cesiones, las tropas francesas partieron y se apoderaron de todo. El rey de Suecia, como duque de Deux-Ponts, el elector Palatino, el de Tréveris, el duque de Wurtemberg y otros príncipes menos poderosos, fueron así despojados de una parte de sus dominios. El rey de España se vió tambien inquietado, habiéndole reclamado Luis el homenaje del ducado de Luxemburgo, y aun la propiedad de Alost y su territorio, por suponer que formaban parte de las concesiones de Nimega.

Este proceder brusco y casi arbitrario ocasionó las reclamaciones de los soberanos y vasallos que se creian agraviados. Para apaciguar los primeros clamores, Luis XIV accedió á una especie de congreso y á conferencias que se celebraron en Courtray en 1681; mas no por eso desistió de sus pretensiones de reunion, las que le dieron pacíficamente en menos de cuatro años mas territorios que los que hubiera logrado mediante la mas dichosa guerra. Se debe contar en el número de estas conquistas ó usurpaciones importantes á Estrasburgo. Esta ciudad, lo mismo que las otras diez imperiales de Alsacia, conquistadas por el duque de La Feuillade, habian rehusado hasta entonces renonocer la soberanía otorgada á la Francia sobre esta provincia por el tratado de Munster. Las últimas habian cedido al cabo en 1680. Solo Estrasburgo se mantenia todavía en su independencia. Cuando menos se esperaba, Louvois se presentó delante de la plaza, á la cabeza de un ejército de veinte mil hombres mandada por el marques de Montelar, y compuesto de diversos destacamentos que habian estado esparcidos por las cercanías, á pretesto de trabajar en las fortificaciones de las poblaciones adquiridas por el tratado de Nimega. La sorpresa, las amenazas y la seduccion, empleadas de concierto, condujeron bien pronto á una capitulacion, que ocurrió en 1681. Conservóse un gobierno municipal á los habitantes, lo mismo que su religion y sus templos, escepto la iglesia de Nuestra Señora, que fué devuelta á los católicos.

Los holandeses, vecinos al teatro de estas invasiones, hicieron para atajarlas una liga con el emperador, la España y los círculos mas espuestos del imperio. Esta liga fué firmada en el mismo dia de la toma de Estrasburgo. Todas estas potencias se contentaron con aliarse. Indicóse un nuevo congreso para Francfort, y despues fué trasladado á Ratisbona. Pero indignados los españoles de ver á los franceses sacar á pretesto de dependencias tributos hasta las puertas de Bruselas, rechazaron á viva fuerza á los exactores, y comenzaron las hostilidades. El mariscal Humieres se apoderó de Courtray y de Dixmude, y el mariscal Crequi de Luxemburgo. La España era demasiado débil para medir sus fuerzas con la Francia, y el emperador harto ocupado en defender su capital contra los turcos que la amenazaban, era un aliado inútil para ella. Estas circunstancias produjeron negociaciones y obligaron á la España á hacer nuevos sacrificios. Esta creyó poner su honor á cubierto, consintiendo en una tregua de veinte años, á la cual accedieron la Holanda y el emperador. La tregua fué firmada en Ratisbona en el mes de agosto, y autorizó á Luis XIV para conservar durante ella á Luxemburgo, Estrasburgo y todas las agregaciones decretadas por sus cámaras soberanas, hasta el 1.° de agosto de 1681.

Los turcos no habian esperado la espiracion de la tregua de veinte años, acordada despues de la jornada de San-Gotardo, para penetrar de nuevo en Hungría. Cerca de trescientos mil hombres bajo el mando del presuntuoso gran visir Kara-Mustaphá, la inundaron por todos lados, y aun penetraron hasta Viena, formalizando el sitio de esta ciudad. La vigorosa resistencia del conde de Stahremberg, durante nueve semanas, permitió al rey de Polonia, Juan Sobiesky, á los electores de Sajonia y de Baviera y al ejercito de los círculos, el reunirse con el príncipe Cárlos de Lorena, que habia tenido que retroceder á vista de tal torrente. Llegaron cuando la plaza estaba reducida á los últimos apuros: pero maniobraron al instante, y casi solo los preparativos fueron suficientes para libertar la capital de Austria. En efecto, el combate que se dió bajo los muros de Viena en 12 de setiembre de 1683, y en que los turcos fueron puestos en completa derrota, costó poca sangre y esfuerzos. La guerra duró todavía diez y seis años, concluyendo tan solo por el tratado de Carlowitz en 1699. Algunos jóvenes señores franceses á pesar de las diferencias entre el emperador y la Francia, quisieron en esta ocasion ensayar su valor contra los infieles. De este número fué el jóven príncipe Eugenio de Saboya, entonces de edad de diez y siete años, hijo de la condesa de Soissons y nieto del príncipe Tomás, por haberse malquistado con Luis XIV.

La reina esperimentó el desagrado de que entre su hermano y su marido se suscitara una viva contienda sobre las cesiones del tratado de Nimega, no habiendo tenido el consuelo de verla concluida por haber fallecido en 1683. Adornada de todas las virtudes de su sexo, María Teresa fué sobre todo un modelo de paciencia para sufrir las infidelidades de su esposo, á quien no cesó de amar tiernamente. Luis XIV dijo en el momento de su muerte: «Jamás me dió disgusto alguno.» Bajó al sepulcro en los momentos mas brillantes de Luis XIV. Este subió al trono en 1643, pero no se debe principiar la historia de su reinado en cuanto á la administracion, sino desde la muerte de Mazarino en 1661. En los veinte y tres años trascurridos hasta 1684, fué cuando el monarca llevó á cabo todo lo mas memorable para la gloria y utilidad de su reino. El comercio era casi nulo, y Luis le dió vida hasta en Asia y América, estableciendo las compañías de Indias, y auxiliando á las colonias nacientes de las Antillas y del Canadá. Hizo que circulara libremente en el interior del reino, por los rios que puso navegables y por las carreteras que fabricó; abrió el canal de Languedoc para enlazar los dos mares. Estableció manufacturas de todos géneros: quitó á Venecia sus espejos, á Flandes sus tapicerías, á Turquía sus soberbias alfombras. Creó la marina, fomentó la agricultura, procuró la abundancia, reformó el derecho francés, corrigió las leyes, estableció otras nuevas, reprimió el furor de los duelos, y convirtió las dignidades eclesiásticas en premio de la capacidad y de la virtud. Las academias de pintura, de escultura y arquitectura le deben su orígen. Agenció á toda costa modelos de Roma, donde fundó una escuela para que se perfeccionaran los súbditos franceses acreedores á tal distincion. Favoreció á los sabios, tanto estrangeros como nacionales, y quiso ser el protector de las academias francesa, de bellas letras y ciencias. Todo lo realizó contando con un ministro tan eminente como Colbert, y los franceses condecoraron á Luis con el título de *Grande*.

Haciendo justicia al monarca, conviene no disimular las debilidades del hombre. El rey no se apartó de madama de La Valiere sino para ligarse con las cadenas de madama de Montespan. La primera fué insensiblemente abandonada, y en la época de la guerra de Holanda, Luis apenas la hacia caso mas que por causa de sus hijos. Ella lo conocia, y el amor que aun no podia arrancar de su corazon la forzaba á soportar con paciencia, primero la igualdad, y luego la preferencia dispensada ante ella misma á su rival. Con tan cruel desengaño trató La Valliere de llevar á cabo su proyecto de sepultarse en un cláustro. Semejante resolucion no fué repentina, sino que venia desde muy atrás; mas en el momento de la ejecucion cruzáronse obstáculos, producidos en parte por la divergencia de pareceres. Los mas devotos de la corte, á la cabeza de los cuales estaba el duque de Beauvilliers, la exhortaban á dar un grande ejemplo. Otros, menos severos, la aconsejaban se retirase simplemente á una comunidad para vivir en estado religioso, pero sin ligarse con votos. Su madre hubiera deseado que conservara su casa y rango al lado de ella, y que atendiera por sí misma á la crianza de sus hijos; pero el rey creia que la madre no era apropósito para salvar la reputacion de su hija de los peligros de tal situacion, y la misma hija pensaba que la eran necesarios lazos que la consagraran irrevocablemente á la virtud. Se la propuso pues que al tomar el velo escogiese una órden en que pudiera llegar á las dignidades que el claustro no escluia. Ella contestó modestamente que «no habiendo sabido gobernarse á sí misma, no debia pensar en gobernar á los demas.» Se la proporcionaron casamientos; pero San Simon sospecha en Luis este pensamiento orgulloso: «que despues de haber tratado ella con el, no debia permitir que ella se entregara mas que á Dios.»

El 19 de abril de 1674 se despidió de la corte en el cuarto de madama de Montespan, donde cenó. Oyó al dia siguiente la misa del rey, subió á su carruage, y se encerró para siempre á la edad de treinta años en el convento de las carmelitas, donde profesó pasado un año en presencia de la reina y de toda la corte con el nombre de *Sor Luisa de la Misericordia*. Vivió treinta y seis años en los ejercicios mas exactos y penosos de la vida religiosa, en la cual tambien encontró consuelos. Madama de Montespan iba á veces á buscarlos al lado de ella. «¿Es verdad, la dijo un dia, que estais tan gozosa como se dice?—No estoy gozosa, respondió la virtuosa carmelita, pero sí contenta.» Espresion que marca la calma de una buena conciencia aun bajo el peso de la afliccion. Madama de La Valliere dejó una hija, la señorita de Blois, casada despues con el príncipe de Conti, y á Luis de Borbon, conde de Vermandois. Este jóven príncipe, entregado despues de la retirada de su madre á preceptores poco capaces, fué altanero, presuntuoso y libertino hasta tal punto, que el rey le desterró de su presencia. Sin embargo, comenzaba á volver al favor, cuando una aguda enfermedad le arrebató en 1683 en el campamento de Courtray. Bossuet, que en el dis-

curso pronunciado al profesar madama de La Valliere la habia exhortado á su primer sacrificio, se encargó de comunicarla la muerte de su hijo. «¡Ah, dijo la humilde penitente al saberla prosternándose delante de su Crucifijo, es necesario, Dios mio, que yo llore su muerte antes de haber llorado bastante su nacimiento!»

Despues de la retirada de la señora de La Valliere, Luis XIV seguia siendo presa de su pasion á madama de Montespan. Transcurrida la efervescencia de la juventud, y llegada la edad en que la fogosidad de las pasiones se amortigua sin quedar mas que el vigor que principia á conformarlas con la moderacion y dispone á la reflexion, Luis XIV, siempre fiel á la religion á pesar de sus estravios, esperimentaba al lado de Montespan alternativas de ternura y arrepentimiento. Algunas veces se sentian el uno y la otra con el designio de entregarse á una vida mas arreglada, y ocurria estar separados, en términos que servia de buen ejemplo á la corte; pero luego cedian los remordimientos al incentivo del placer y se reproducia el escándalo. Por fin sonrojaron al rey sus recaidas, y la señora de Montespan por no disgustar al padre de sus hijos, se vió precisada á ocultar á los ojos del público el nacimiento de los dos últimos con tanto cuidado como habia procedido á igual diligencia en el de los primeros.

En estas penosas precauciones era ayudada por la viuda de Scarron, á la cual habia confiado la custodia y educacion de sus hijos. Esta asombrosa mujer, nieta de Teodoro-Agrippa-Aubigné, tan distinguido como guerrero y como escritor satírico, nació en la cárcel en que su padre, disipador infatigable, estaba por deudas. Llevada de Francia á América, vuelta de América á Francia por su madre, á quien perdió siendo muy niña, y siempre perseguida por la miseria, se quedó reducida á la edad de diez y seis años á casarse para vivir con el poeta Scarron, célebre por sus obras burlescas, agobiado de achaques, contrahecho, siempre clavado en su asiento de dolor y siempre alegre en este estado de sufrimiento contínuo. Rara vez ella dejaba al pobre *paralítico*, como le llamaba: cuando se empeoraba, ella era su criada, y cuando estaba aliviado, su compañera, su secretario y su lector.

Scarron la dejó viuda á la edad de veinte y cinco años, absolutamente desnuda de todo recurso en el apogeo de una belleza perfecta. La señora de Montespan la encontró solicitando una pension: ya la habia conocido en la sociedad, y no pudo volverla á ver sin recordar su mérito. Por este tiempo buscaba Montespan una persona á quien poder confiar el fruto de sus amores con el rey. Ninguna le parecia mas apta para llenar su cometido que esta viuda, á quien por lo tanto encomendó el cuidado de sus hijos. El rey iba á verlos algunas veces. Encontraba con ellos al aya y no le agradaba al pronto lo que él llamaba su gazmoñeria, disgustándole su aire de desaprobacion en vista de las demostraciones cariñosas que algunas veces se escapaban á los amantes en su presencia. Sin embargó acostumbróse él á ella, con quien conversaba familiarmente escuchando hasta sus reflexiones cuando solia estar de mal humor Montespan. El destino que tenia de aya de sus hijos la introdujo insensiblemente en la corte, en la cual se dió á conocer en 1675 cuando ya tenia cuarenta años, bajo el nombre de madama de Maintenon, que le dió públicamente el rey, por llamarse asi un terreno que cerca de Chartres ella habia adquirido como recompensa del monarca.

Este dejó insensiblemente á madama de Montespan, habiendo apresurado su completa separacion el haberse presentado en la corte una distinguida jóven de diez y ocho años con todos los atractivos del talento y de la belleza. Luis XIV se enamoró de ella en términos de olvidar la gravedad de su edad y de su rango. A los cuarenta y dos años representó el papel de un jóven amartelado, puso á la favorita una soberbia casa y la distinguió con el título de duquesa de Fontanges. Tuvo esta un hijo que murió poco despues de haber nacido, y la madre misma cayó en una postracion mortal.

El ejemplo de esta infortunada es una leccion para la juventud que se deja estraviar, y una acusacion contra los poderosos corruptores que abusan de la inesperiencia. En sus últimos momentos no hubo mas que lágrimas y amargos recuerdos. Próxima á morir deseó ver al rey, quien, aunque con mucha repugnancia, cedió á tal deseo. ¡En qué estado la encontró! Palida, descarnada, apenas pudo conocerla. Ella le miró con una especie de avidez, le despidió tiernamente y le rogó que se casase con su hermana, porque temia que esta tuviera una suerte igual á la suya. El rey se lo prometió y á su promesa vió en la cara de la moribunda los últimos rayos de la alegria. Ella le apretó la mano y espiró á los veinte años escasos el 28 de junio de 1681.

Madama de Montespan que estaba celosa, manifestó un contento indecoroso que chocó al rey, por haberla ya repudiado en su corazon habiéndola obligado con su frialdad á alejarse de su presencia. La muerte de la reina marcó la época de esta ruptura. Se dice que la piadosa princesa puso al morir su sortija en el dedo de madama de Maintenon, queriendo indicar al rey una eleccion que estaba ya hecha en su corazon. En cuanto á la señora de Montespan, siguió viviendo en Paris rechazada por su marido que no quiso verla. Algunas veces se la encontraba en los hospitales distribuyendo limosnas.

Todavía no está completamente averiguado cuándo se casó Luis XIV con madama de Maintenon. Las mas fuertes razones hacen creer que se realizó á fines de 1685 con el mayor sigilo. Como esta época coincide con la revocacion del edicto de Nantes, se presume que gozando Maintenon del mas grande imperio sobre el monarca, contribuyó mucho ella á este acontecimiento; mas los pormenores que se pueden dar sobre un hecho tan importante, van á patentizar que semejante resolucion estaba tomada hacia mucho tiempo, y aun se conservan pruebas de que por el contrario aconsejó siempre las vias de la dulzura. Al subir Luis XIV al trono en 1643 confirmó en general los privilegios de los reformados; pero desde luego les puso todas las restricciones que Luis XIII habia decretado. Luis XIV fué mucho mas lejos, al pronto con pasos insensibles, despues con actos de vigor mas ó menos precipitados que sin ruido ni estrépito trageron la última catástrofe.

Echóse mano de cuanto pudo imaginar la corte para hacer entre los protestantes prosélitos á la religion católica. No se escasearon pues favores de toda especie á los recien convertidos, eximiéndolos de muchos tributos y cargas, emancipando de la patria potestad y permitiendo á los jóvenes convertidos el casarse sin consentimiento de sus padres calvinistas, y dándoles preferencia en los cargos y empleos de toga, rentas y comercio, y aun en los grados militares. A estos privilegios en favor de los nuevos convertidos, sucedieron las esclusiones de los que persistian en su religion. En un principio se contentaron con prohibirles que fuesen admitidos á funciones públicas lucrativas ó simplemente honoríficas, como funciones municipales, judiciales, dotrinales y aun mecánicas: en seguida se mandó que renunciasen los que ya habian sido admitidos. De esta manera fueron eliminados hasta de los cuerpos industriales. Las cámaras del edicto fueron suprimidas. Se prohibió que tuvieran parte en el patrimonio del rey, ni en cosa alguna perteneciente á él. Sus nombres fueron borrados en las matrículas de las universidades, y no solamente á los empleados sino aun á las viudas y á sus hijos, se privó de las pensiones, los honores, del derecho de nobleza y otras distinciones ordinarias. En fin, no se les permitió ejercer la medicina, la cirujia, la farmacia ni aun el oficio de partera.

Era poco inquietar al rebaño, sino se heria á los pastores, pero no habia aun llegado el tiempo de proscribirlos: solamente se vejó en sus personas y funciones. Prohibióse el ministerio á los estrangeros, así como á los pastores el mezclarse en los asuntos publicos, el llevar trage eclesiástico, el titularse ministros de la *palabra de Dios*, el llamar á su religion *reformada*, sin añadir la palabra *pretendida*, y el tener en los templos bancos mas altos para los magistrados de su religion. Tampoco se les permitió predicar mas que en el lugar de su residencia, visitar á los enfermos por temor de que les impidieran convertirse, presentarse en las cárceles, proferir nada en sus sermones contra la religion católica, y celebrar los bautismos, los casamientos y los entierros, con un aparato que pudiese atraer cierta consideracion á su ministerio.

Sujetos en las ciudades á respetar los ritos católicos, á abstenerse del comercio y trabajo en los dias de fiesta, á saludar al Santo Viático ó á esconderse, y á muchas otras practicas que pretendian herir ó incomodar su conciencia, los calvinistas se refugiaban en los campos, donde los señores de su religion los admitian á los sermones en sus castillos; pero no tardó la corte en privarlos de este recurso, fijando el número y la cualidad de los que podian ser recibidos á oir dichos sermones, y aun disputando á muchos señores el derecho de tenerlos; lo que tendia á proscribir los ministros y á quitar los templos: se contaban mas de setecientos destruidos por diferentes razones antes de la revocacion del edicto de Nantes. Por estas ruinas se puede juzgar del edificio. Por muy solidamente que hubiese sido construido, tantos golpes le habian quebrantado en términos que no subsistia mas que con ayuda de un débil puntal que la política de la corte no habia conservado mas que para minarlo con alguna seguridad. Este único apoyo era el edicto de Nantes, cuyo nombre servia para autorizar las restricciones hechas á los privilegios de los calvinistas, y las nuevas leyes que se les imponian, hasta que por fin lo revocó Luis XIV en 22 de octubre de 1685 por medio de otro edicto compuesto de once artículos.

El primero suprimia todos los privilegios otorgados á los pretendidos reformados por Enrique IV y Luis XIII; el segundo y tercero prohibian el ejercicio de su religion en todo el reino; el cuarto mandaba salir de Francia á todos los ministros en el término de 15 dias; el quinto y el sesto marcaban recompensas á los que se convirtieran; por el sétimo se les prohibia tener escuelas, y por el octavo se amonestaba á los padres y tutores á educar sus hijos y pupilos conforme á la religion católica; el noveno y el décimo prometian amnistía y restitucion de bienes á los emigrados que regresaban en el término de cuatro meses; finalmente, el undécimo renovaba la amenaza de las penas aflictivas ya pronunciadas contra los relapsos; y permitia sin embargo á los calvinistas el vivir en sus ca-

nas, disfrutar de sus bienes, sin que se les pudiese inquietar á pretesto de religion, con tal que no se juntasen para ejercerla.

Esta última concesion, que otorgaba una especie de libertad de conciencia, fué violada por el exagerado celo de algunos empleados, ocasionando vejaciones, á las cuales se dió el nombre de *dragonadas*. Como al enviar el rey su edicto á las provincias, recomendaba á los comandantes, gobernadores é intendentes, la mayor energia



Luis XIV y madama de Montespan.

en su ejecucion, muchos de estos se creyeron autorizados para emplear la violencia, como un medio mas corto, mas fácil y aun mas eficaz que la persuasion. En este concepto enviaban con los misioneros los soldados llamados *dragones*, los que so pretesto de buscar á los calvinistas para conducirlos á las pláticas doctrinales y á misa, entraban y permanecian en las casas como en pais enemigo; saqueaban y consumian todas las provisiones, y frecuentemente se conducian con crueldad. Estos malos tratamientos convencieron á los reformados que se habia resuelto esterminarlos, y en consecuencia salieron del reino mas de doscientos mil segun se cuenta, á pesar de los decretos que prohibian la emigracion bajo pena de presidio y confiscacion de bienes, y que anulaban las ventas hechas por los que emigraban un año antes de su fuga.

Hubo muchas variaciones en los edictos que siguieron á la revocacion: los unos permitian salir del reino, los otros lo prohibian: algunos fijaban severas penas contra los obstinados, y al mismo tiempo parecia que inspiraban esperanzas. Al parecer ni regla ni sistema se seguia: sin embargo, ó se aprovechó el momento oportuno, ó se tomaron muy bien las medidas, pues no hubo ningun motin considerable. Los reformados cedieron á la autoridad de la fuerza, y cesaron en todas las ciudades sus asambleas religiosas. No obstante, ellos se reunian en solitarios parages, en espesos bosques, en inaccesibles grutas, adonde algunos ministros escapados de la vigilancia de los magistrados, iban á tener sus ceremonias y á exhortar sus prosélitos á la perseverancia. Esto es lo que se llamó *las asambleas del desierto*.

Estas se multiplicaron en las provincias distantes de la capital, y sobre todo en los parages apartados de las ciudades. La guerra que resultó de la revocacion, y durante la cual estuvo casi toda la Europa contra Luis XIV, distrajo de dichas asambleas á la corte, ora porque pensara en objetos mas importantes, ora porque opinara que sojuzgar mas á los calvinistas seria provocar revueltas. Sea lo que quiera, esta tolerancia voluntaria ó forzada apaciguó poco á poco el resentimiento de las clases acomodadas de la sociedad; mas el antiguo fanatismo no cesó de alimentarse en el seno de las clases inferiores, cuando veinte años despues de la revocacion se le vió estallar en las montañas de Cevennes, limítrofes de Languedoc, entre los frenéticos conocidos con el nombre de *encamisados*, porque en sus espediciones llevaban las camisas encima de sus vestidos. Amaestrados por ministros entusiastas, se imaginaban estar inspirados, se creian profetas, y autorizados por la voz interior del espíritu á tomar las armas en defensa de su religion, habiendo especialmente declarado guerra al clero. Eran labriegos idiotas, y no hubo crueldades que no ejecutasen contra los sacerdotes y los religiosos, á quienes mutilaron y degollaron en gran número; saquearon las abadias, quemaron las iglesias y renovaron todos los horrores de las primeras guerras de religion. Los ingleses y holandeses les dieron municiones, proporcionándoles oficiales para disciplinarlos. Despues de haber inútilmente procurado refrenarlos con castigos ejemplares, Luis XIV envió contra ellos en 1703 y 1704 tropas regularizadas que no consiguieron grandes ventajas. Sometiólos por fin, pero mas bien con gracias que con castigos.

La Europa callaba en presencia de Luis XIV con el silencio del despecho. Permitió este monarca que la adulacion le erigiese en la plaza llamada de las *Victorias* un monumento en que coronándole la fama parecia proclamarle monarca del universo. Las naciones vecinas se creyeron representadas por esclavos encadenados á los pies del monarca. Los holandeses que otras veces habian autorizado sátiras que él habia castigado con la guerra, fueron los primeros en darse por ofendidos y se vengaron con hostilidades promovidas por el Estatuder. La muerte de Cárlos II acontecida el 6 de febrero de 1685, puso en el trono de Inglaterra á Jacobo II, su hermano, no menos adicto que Cárlos al monarca francés; pero aquella nacion se inclinó á Guillermo el Estatuder, su yerno. Desde el principio de su reinado, las tendencias de Jacobo al poder absoluto, su celo mal calculado por la religion católica y sus rigores contra el duque de Monmouth, hijo natural de su hermano, y contra los partidarios de su rebelion, le malquistaron con sus pueblos. Esta conducta inoportuna no se escapó al ojo avizor de Guillermo, y le hizo concebir el atrevido proyecto de derribar á su suegro. El principal obstáculo que entreveria para la ejecucion de sus designios, era la proteccion que podia ofrecer Luis XIV á su amigo Jacobo: Guillermo resolvió en consecuencia ocupar al monarca en el continente de manera que no pudiese pensar en los negocios de Inglaterra. Tal fué la causa secreta de la confederacion formidable conocida por *liga* de *Ausburgo* con motivo de haber sido concertada en esta ciudad. El Estatuder reunió en ella en persona ó por embajadores todos los aliados de la última guerra, en quienes la altaneria y la ambicion siempre crecientes de Luis XIV alimentaban contra él un gérmen de odio, y los movió desde luego por un interés comun á todos la imputacion ya secretamente anticipada contra el monarca francés, y esparcida entonces con la mayor publicidad, de que aspiraba á la monarquia universal. Guillermo procuró en seguida reducir á sus miras á cada uno de los interesados con temores y esperanzas. Ajustada la liga en 1686 con todas las condiciones que podian hacerla sólida, fué firmada en 1688 en Venecia por la mayor parte de los confederados que al efecto concurrieron á esta ciudad, so pretesto de las diversiones de Carnaval. El Papa no accedió abiertamente á la liga, pero fué la causa indirecta de darle impulso.

Los embajadores de las potencias cristianas poseian en Roma en sus palacios y aun en sus cuarteles un derecho de asilo ó de franquicias, que ponia al abrigo de la policía pontifical todos los malhechores que allí lograban refugiarse. Este abuso que no era provechoso mas que al crimen ya habia llamado la atencion de los papas, cuyas medidas para abolirle habian sido hasta entonces infructuosas. Inocencio XI reprodujo el mismo proyecto, y creyó haber conciliado los derechos de su autoridad y las deferencias debidas á los otros príncipes, respetando el ejercicio del privilegio en los embajadores á la sazon existentes, pero declarando que en adelante no se recibiria á los embajadores que no renunciáran tan odioso privilegio. Polonia, España, Inglaterra y el imperio accedieron; pero Luis descontento del Papa, y pretendiendo con orgullo que á él solo correspondia el plantear las bases del ejercicio de sus derechos, no accedió y respondió al Nuncio que á la muerte del duque de Estrees último embajador de Francia en Roma, le estimulaba á seguir el ejemplo de los demas soberanos, que jamás se habia atenido al ejemplo de otro, y que Dios le habia establecido al contrario para servir de ejemplo á los demas.

En consecuencia de una respuesta tan altanera, Enrique Cárlos

de Beaumanoir marques de Lavardin, nombrado en 1687 para reemplazar á Annibal de Estrees, fue especialmente encargado de defender las franquicias. El Papa á consecuencia de haberlo sabido, espidió una bula declarando escomulgados á cuantos pretendieran conservarse en esta posesion, y mandó ademas á todos los gobernadores del estado eclesiástico que negaran al marques á su paso los honores debidos á su carácter, prohibiendo ademas á los



La duquesa de Fontanges.

cardenales el comunicarse con él. Pero la comitiva del embajador compuesta de ochocientos oficiales ó guardias marinas, no dejó de dar á su entrada en Roma todo el aparato de un triunfo, y la conducta posterior del marques correspondió á este primer alarde. Desde luego se opuso el Papa á una audiencia pública pedida segun costumbre y poco despues puso en entredicho á la iglesia de San Luis, por haber asistido en ella el embajador á la funcion de Noche Buena, y haberse dado la comunion á un escomulgado notorio. El marqués fijó al instante en Roma una protesta contra tal medida del Papa, y asi que fue conocida en Francia, el procurador general Harlay y otros se quejaron contra la bula, apelando de esta al primer concilio general.

Dionisio Talon, hijo de Omer, despues de haber representado la nulidad de la intervencion del poder espiritual para la conservacion de derechos puramente civiles y profanos, echó en cara al Papa sus relaciones con los partidarios de la doctrina condenada de Jansenio; su inercia con respecto á los quietistas, y las trabas que su proceder ponia al celo del monarca para la estirpacion de la heregía, aprovechándose ademas de esta ocasion para quejarse de la vacante de 35 sillas, á las cuales el obstinado Pontífice rehusaba dar pastores. Pretendió que la tenaz negativa del Papa á legitimar con el concurso de su autoridad las elecciones hechas por el príncipe, acarreaba una especie de disolucion transitoria que autorizaba á los metropolitanos á conferir por si mismos la instruccion canónica, como se acostumbraba antes del concordato. Propuso por fin la convocacion de un concilio nacional para remediar el desorden que resultaba de las vacantes, y el parlamento votó en pro de tal dictámen.

Pero enfrenado el rey por sus sentimientos piadosos, deseaba no llevar á este estremo las cosas. Escribió al Papa de su propio puño; le despachó un agente secreto para tratar armoniosamente y mezclando la amenaza con los miramientos, le hizo entender que distinguiendo siempre en él la cualidad de gefe de la Iglesia de la de príncipe temporal, podria al paso de respetar á la primera, obrar hostilmente contra la segunda, despojarle de Aviñon y sostener las pretensiones del duque de Parma, su aliado, sobre Castro y Ronciglione. Mas nada era capaz de doblegar al inalterable Odescalchi, despues que adoptaba una resolucion en que creyera cifrar su deber. Rehusó enterarse de la carta del rey, despreció sus amenazas y le descargó un nuevo golpe con la determinacion que tomó en el negocio del arzobispado de Colonia, determinacion impolítica, causa casi inmediata de la ruina de Jacobo II, y por consiguiente de las esperanzas que la Santa Sede habia concebido de atraer á su obediencia á la Inglaterra.

Poseido el *arzobispado de Colonia* hacia un siglo por la casa de Baviera, habia vacado en este año. Dos pretendientes aspiraban á esta silla, cuyo titular adquiria la importante dignidad de elector del imperio. El uno era el cardenal Egon de Furstemberg, protegido de Luis XIV, obispo de Estrasburgo, canónigo y ya coadjutor de Colonia, y el otro, el príncipe José Clemente, obispo de Ratisbona y de Freysingen, hermano del elector de Baviera, y adicto al emperador, que contaba tener en él un útil aliado. Segun el concordato germánico, era necesario para ocupar esta silla ser aleman de nacion, canónigo de la Catedral, tener 24 años, no poseer ningun beneficio incompatible con ella, y finalmente reunir la mayoría de los sufragios del cabildo. Faltando alguna de estas cualidades (y este era el caso de los dos pretendientes) era menester re-



Matanza de protestantes en los Cevennes.

currir á la via de postulacion, es decir, solicitar presentando dos tercios de sufragios, la aprobacion del Papa, al cual estaba reservado el derecho de confirmar la eleccion. De los 24 votos del cabildo, el cardenal obtuvo 14 y el príncipe 9; de manera que ni uno ni otro reunió suficiente número para su eleccion. El Papa, sin conocer sus verdaderos intereses, dispensó al príncipe de Baviera este defecto por un breve de eligibilidad, y este último favor fué para Luis un acto palpable de parcialidad, al cual se manifestó tan sensible, que se decidió á la impolítica resolucion de principiar las hostilidades. Desde luego tomó posesion de Aviñon, é interpuso apelacion al futuro concilio del entredicho contra Francia, ó de cualquiera otra medida que el Papa dictára en represalias. Al mismo tiempo y con el objeto de tranquilizar las conciencias timoratas, declaró que con su conducta no queria sustraerse ni al respeto ni á la obediencia que legítimamente se debian al padre comun de los fieles. El Papa respondió con una moderacion que no se esperaba, y burló todas las previsiones; se limitó á refutar los diversos artículos del manifiesto, por el cual el rey trataba de legitimar la posesion que habia tomado: pretendió con razon negar las bulas á los prelados que sin derecho y de su propia autoridad habian accedido al ensanche de la regalía contra las disposiciones del concordato; y en cuanto á la audiencia rehusada al marqués de Lavardin, observó que ninguno podia decirse embajador cerca de una potencia sin ser admitido por esta, y que ya habia tolerado demasiado permitiendo que el marqués entrara con armas en su capital. La muerte del Pontífice que aconteció al siguiente año, puso fin á los temores inspirados por su obstinacion. El sucesor de Inocencio XI, Alejandro VIII (Pedro Ottoboni) fué repuesto en la posesion de Aviñon, con tal que cediera sobre el artículo de la regalía; pero tambien inflexible sobre el de las franquicias, indujo al rey á renunciarle.

Luis XIV hubiera quizá podido inutilizar los proyectos de los confederados y burlar la sagacidad de Guillermo, conservándose en una respetable defensiva, que hubiera complicado mucho á este en el momento sobre todo en que bajo la apariencia de hacer restituir á los ingleses la plenitud de sus derechos y vengar el protestantismo oprimido por Jacobo II, no pensaba, apoyado en las fuerzas de su república, mas que en usurpar el trono de su suegro, trono cuya espectativa acababa de desvanecérsele con el nacimiento de un príncipe de Gales. Ninguno de los aliados se hubiera atrevido á atacar al monarca francés: pero este, estimulado por la negativa del arzobispado de Colonia al cardernal de Furstemberg y por la de la dieta germánica á convertir la tregua de Ratisbona en paz definitiva, é irritado en fin por las reclamaciones algo osadas del elector palatino, envió un poderoso ejército á Alemania.

Por fallecimiento del mariscal Crequi, ocurrido en el precedente año, y por no apreciar al de Luxemburgo ni Louvois ni el rey, encomendóse el mando de dicho ejército al delfin, llevando á su lado á Jacobo Enrique de Durfort, mariscal de Duras, al teniente general Catinat y á Vauban, que debia dirigir el cerco de Filisburgo. Abandonada esta plaza á sus propias fuerzas por no esperarse en Alemania la ruptura de una tregua tan favorable para Francia, no se sostuvo mas que un mes y se rindió á últimos de octubre. Los franceses, dueños ya á la sazon de Kayserslautern, de Kreutznach, de Oppenheim, de Heidelberg y Maguncia, apoderáronse tambien antes de terminarse la campaña, de Tréveris, Spira y Worms, habiendo puesto por fin guarnicion francesa en todas las plazas del electorado de Colonia, que les fueron entregadas por el cardenal de Furstemberg. Así, desde el principio de la guerra cayó en poder de Luis XIV la mayor parte del Palatinado y de los tres electorados eclesiásticos. Pero mientras se ocupaba en estas conquistas poco sólidas, el hábil Guillermo dejó los puertos de Holanda, y surcó hácia Inglaterra con 20,000 hombres de desembarco. Habia calculado realizarlo en el norte; mas vientos contrarios le arrastraron á la Mancha, donde estacionada la armada inglesa, que, ó no le vió, ó fingió no verle, al sesto dia desembarcó en Torbay. Desde aqui se trasladó á Exeter, luego á Salisbury, y por fin á Lóndres, asi que las numerosas inteligencias que tenia en todo el reino consumaron la desercion universal de las tropas reales. A Jacobo se le permitió retirarse á Rochester, desde donde pasó á Francia con gran satisfaccion del príncipe de Orange, que deseaba ardientemente su evasion. Esta importante revolucion, que puso fin á la dinastía de los Estuardos en Inglaterra, y elevó al trono al príncipe de Orange, fué obra de menos de seis semanas. Guillermo habia arribado el 15 de noviembre á Torbay, y el 23 de diciembre se embarcó Jacobo en Rochester.

A las conquistas de los franceses en Alemania, siguióse una devastacion que se juzgó necesaria para tener al enemigo distante de las fronteras del reino. Cuarenta ciudades y todas las aldeas y caseríos del Palatinado fueron presa de las llamas y del pillage, sin que hubiera sido respetada ni aun la morada sepulcral de los antiguos emperadores germánicos. Alemania lanzó un grito de horror, y la indignacion que se apoderó de ella puso al fin en pie tres ejércitos para rechazar á sus bárbaros invasores. El primero á las órdenes del príncipe de Waldeck, general de los Círculos, se incorporó en los Paises Bajos á los holandeses y españoles y á once mil ingleses capitaneados por Churchill, tan famoso despues con el título de conde y luego de duque de Marlborough, el cual de favorito de Jacobo pasó á sus enemigos; el segundo, conducido por el duque de Lorena, el vencedor de los húngaros y turcos, debia operar en el Alto Rhin, en tanto que el tercero, con el gran elector de Brandeburgo por gefe, atacaba mas abajo al electorado de Colonia. A pesar de los esfuerzos del mariscal Duras, el duque recuperó á Maguncia, defendida durante dos meses con tanta inteligencia como intrepidez por el marqués de Uxelles, quien hizo veinte salidas, no se rindió sino por carecer de pólvora, y sin embargo fué silbado á su regreso por los parisienses. El duque dió en seguida la mano al elector de Brandeburgo para lograr la rendicion de Bonn, cuya defensa fué tan tenaz como la de Maguncia; y forzó él á los franceses á invernar en su propio territorio. Lisonjeábase con proseguir sus triunfos y volver al fin al señorío de sus ascendientes, cuando una enfermedad vino á poner término á sus azañas y esperanzas. Los franceses fueron menos felices en Flandes que en el Rhin. El mariscal Humieres que mandaba en aquel pais, destacó á Walcourt entre el Sambre y el Mosa á perseguir á los forrageadores del príncipe de Waldeck, dejó imprudentemente que se trabara un combate, importante por los numerosos refuerzos que acudieron de una y otra parte, y perdió dos mil hombres. Este descalabro fué ocasion para que al siguiente año se confiara al duque de Luxemburgo el mando del grande ejército.

En el mes de marzo habian conducido algunas fragatas al rey Jacobo á Irlanda, donde la poblacion católica y el virey Tyrconel se le mantenian fieles. Algunas semanas despues, con una escuadra de doce navíos de línea, le trajo el conde de Chateau Renaud un refuerzo de seis á siete mil franceses, guiados por Lauzun, vuelto al favor de su amo por haber conducido á Francia á la reina de Inglaterra y al príncipe de Gales. Al salir de regreso de la bahía de Bantry, fué embestido el conde por el almirante inglés Herbert, á quien batió completamente. Esta ventaja no fué bastante para que el viejo duque de Schomberg, desterrado de Francia por la revocacion del edicto de Nantes y ligado á la fortuna de Guillermo, desembarcára en Irlanda con un ejército, el cual, sin hacer grandes progresos, molestó al del rey Jacobo en el resto del año. Este príncipe habia conseguido al pronto ventajas; pero rigores impolíticos y el designio mal disimulado de castigar á los que le habian ofendido, dañaron á su causa multiplicando la resistencia.

Al siguiente año desembarcó Guillermo en Irlanda, y el 11 de julio su ejército y el de Jacobo se encontraron en Drogheda, sobre el Boyne, al norte de Dublin. El del príncipe de Orange ascendia á treinta y seis mil hombres, entre los cuales se encontraban muchos regimientos de franceses refugiados. Las milicias irlandesas eran casi tan numerosas, pero mucho menos aguerridas; de las cualidades de verdaderos soldados apenas tenian mas que lo que hace perder las batallas; mucha intrepidez, mas presuncion y nada de obediencia. El rey sin embargo, manifestó en el combate un ardor igual al de Guillermo. Sus generales le aconsejaban la retirada, invitándole á esperar la realizacion de las promesas de Luis XIV, que debia enviar fragatas al canal de San Jorge, para destruir los convoyes que abastecian el ejército de Guillermo y reducirle así poco á poco sin tirar un tiro. Jacobo mostróse sordo á tales observaciones, y no habiendo podido suplir á la inesperiencia de los demas el valor de aquel puñado de franceses capitaneados por Lauzun, en pos de algunas vicisitudes que inclinaron por algunos momentos la balanza en favor de Jacobo, como la muerte de Schomberg, la gloria de la jornada fué definitivamente de las tropas mas ejercitadas. La causa del rey á pesar de esta desventaja, no estaba desahuciada, y la reunion de sus guarniciones podia formarle un nuevo ejército igual al de Guillermo; pero Jacobo que mas de una vez habia dado pruebas de capacidad y de valor, pareció carecer entonces de estas cualidades, pues abandonando la Irlanda regresó á Francia dejando á sus partidarios el cuidado de sostener una contienda de que se retiraba personalmente; ejemplo contajioso que Lauzun siguió muy pronto.

Sin embargo, el ministro de marina, el ardiente Seignelay, siendo muy adicto á Jacobo II, habia esperado la salvacion del príncipe del incidente que parecia deber consumar su ruina, y que consistia en el desembarco de Guillermo en Irlanda. En el momento en que este usurpador ponia el pie, Seignelay se habia prometido cortarle la vuelta á Inglaterra. Al efecto se proponia dirigir las operaciones de una escuadra de ochenta navíos de línea, que con él y mandada por Tourville y Chateaurenaud debia salir del puerto de Brest. Contaba que con tan formidable apresto destruiria las escuadras de Holanda y de Inglaterra, bloquearia en seguida la Irlanda del Este al Oeste, y finalmente intentaria en la misma Inglaterra un desembarco que seria fácil secundarlo por los numerosos partidarios de Jacobo en Escocia y en el Norte del reino. Una indisposicion impidió al ministro el embarcarse, y Tourville se encargó de llevar á cabo sus proyectos.

Tourville descubrió en Beachy, al Este de la isla de Wight, la escuadra de 60 velas de los aliados. El almirante inglés Herbert queria retirarse; pero los holandeses que se creian invencibles en el mar, se comprometieron á pesar suyo y fueron mal apoyados. Tourville creyó conseguir al momento lo dispuésto en la primera parte de sus instrucciones relativamente á la destruccion de la flota enemiga, la cual se salvó merced á la presencia de espíritu del almirante holandés Hervetzen. Dió este orden á todos sus vageles maltratados para que echaran el ancla, librandolos así de caer por causa de la marea en poder de los franceses que hubiesen acabado de destruirlos, y que á falta de esta misma precaucion fueron arrastrados lejos del teatro del combate. Esta batalla costó quince buques al enemigo, que buscó su salvacion en la retirada: el almirante inglés hizo la suya al Támésis, y los holandeses á sus puertos. Tourville apenas fondeó en el Havre con el objeto de reparar sus averias, volvió á las costas de Inglaterra para acabar de llenar su mision. Quemó en Teingmouth cerca de Torbay, doce pequeñas embarcaciones, y proyectó un desembarco con ochocientos hombres. Pero no habiendo observado en la corte ninguna apariencia de movimiento en favor de Jacobo, presumió que lo interior no estaba mejor dispuesto, y regresó á Brest cargado de despojos y trofeos que escitaron en estusiasmo general al punto. Guillermo habia dado órdenes para reparar las pérdidas de un escuadra, y ni aun juzgando que habia pasado el peligro, se retiró de Irlanda hasta principios de setiembre, habiendo emprendido en el interin el asedio de Limerick, que fué levantado merced al valor del capitan francés Boisseleau, comandante de esta plaza. Marlborough que reemplazó á Guillermo, sometió antes de finalizarse el año á Cork, Kinsale y todo el Mediodia de Irlanda. No quedó mas que el Oeste á los jacobitas; y la mala inteligencia que se suscitó entre su comandante Sarsfield y el teniente general San Ruth, enviado por la Francia á principios de 1691 en reemplazo de Lauzun, influyó en la desastrosa jornada de Kilronnel. Esta batalla ganada por Ginckle, conde de Athlone, tuvo consecuencias muy funestas para la causa de Jacobo. En ella sucumbió el general francés, y poco despues se rindió Limerick, cuya capitulacion fué una especie de carta que arregló los derechos y la suerte definitiva de los católicos en Irlanda. Por adhesion á Jacobo ó por aversion á Guillermo, quince mil de estos se negaron á aprovecharse de ella, y desterrándose voluntariamente, se embarcaron para el continente en la escuadra que conducia á los franceses.

Diez dias antes de la batalla del Boyne, Flandes era teatro de otra muy importante. Ademas del ejército capitaneado por el mariscal de Luxemburgo, habia alli otro menos considerable á las órdenes de Humieres para cubrir las plazas del Mosela. El principe de Waldeck molestaba con fuerzas superiores cerca de Fleurus al primero, y aguardaba al elector de Brandeburgo para atacar y destruir sucesivamente dichos ejércitos. Luxemburgo conoció este designio y le burló adelantándosele. Antes que llegára el elector, un refuerzo sacado secretamente del ejército del Mosela, dió la superioridad al mariscal, quien se apresuró a aprovecharse de esta presentando en 1.° de julio la batalla. Aceptóla el príncipe con tanto mas gusto, cuanto que ignoraba la llegada del refuerzo, y habia escogido una escelente posicion que no queria abandonarla. El mariscal tras de haberle ocultado el reconocimiento de sus fuerzas, le arrebató ademas la última ventaja por una de las inspiraciones repentinas que parecia tener de Condé su maestro.

Marchaba Luxemburgo á la descubierta y con un frente igual al que presentaba al enemigo, cuando en una de sus alas observó una ligera eminencia que por algunos instantes debia ocultar la vista de sus movimientos. Al abrigo de este cerro conduce toda la caballería de su ala sobre el flanco del ejército holandés, llena al mismo tiempo el vacío de su línea con las tropas procedentes del Mosela, y sin dar lugar al enemigo a sospechar su maniobra, arremete de frente y costados. Sorprendido Waldeck de verse atacado por un ejército que le parecia inferior, intenta remediarlo con un cambio de posicion; mas nó pudo realizarlo sin un desórden que paró en derrota, habiendo quedado seis mil muertos en el campo de batalla, ademas de la pérdida de once mil prisioneros y de casi toda la artillería. La infantería holandesa resistió por largo tiempo, habiendo costado su intrepidez tres mil hombres á los franceses. Una victoria tan brillante, que parecia deber ser decisiva, fue completamente estéril. Los restos del ejército batido se juntaron en Bruselas con las tropas del elector y con diversos de ingleses, holandeses y liejeses, que le dieron su anterior superioridad, al paso que el vencedor, privado por el ministro de una parte de sus fuerzas, se vió reducido á esquivar una accion con tanta solicitud como la habia buscado. Mas allá del Rhin la campaña fue de observacion puramente. El delfin teniendo á sus órdenes al mariscal de Lorges mandaba todavia el ejército, y su suegro el duque de Baviera reemplazaba al de Lorena á la cabeza de las tropas imperiales. El duque era superior en fuerzas á su yerno; pero se debilitó en marchas y contramarchas, sin poder dar alcance ni quitarle la menor plaza.

Apesar de las que poseia la Francia en Italia y que parecia la facilitaban la conquista del Milanesado, la dificultad de abastecer á un ejército atravesando las gargantas de los Alpes, con las municiones de todo género que eran necesarias, hacian esta empresa impracticable sin el concurso del duque de Saboya, quien hallándose entre Francia y Austria, podia favorecer á cualquiera de estas dos potencias. Inclinóse á la última, y la primera envió veinte mil hombres mandados por Catinat, quien fingiendo encaminarse al Milanesado se presentó de improviso delante de Turin, intimando al duque que entregara sus mejores plazas de guerra y que pusiera ademas á disposicion del rey treinta mil hombres de sus tropas. Obedecer á esta peticion era despojarse á si mismo y para rehusarla eran necesarios pretivos con que no contaba el duque: sin embargo, debia dar respuesta para dentro de cuarenta y ocho horas. Victor Amadeo fiel á la táctica de su bisabuelo Carlos Manuel, aprovechó este intervalo para entablar una negociacion y la prolongó con sagacidad por espacio de un mes. Durante este tiempo tomó medidas de defensa con sus aliados, se reconcilio con los Barbets, labriegos calvinistas de sus montañas, á quienes el habia vejado á ejemplo de Luis XIV, y creyendo entonces que podia cambiar de lenguage, intimó á Catinat, que esperaba otro resultado, la orden de evacuar su territorio y de pagar los daños causados por sus tropas. Para apoyar esta intimacion imprevista, él mismo se puso en marcha y se propuso envolver á la retaguardia francesa que estaba todavía en una de las márgenes del Pó, en tanto que el resto del ejército habia pasado el rio por el puente de Carignan. Con el aviso de tal movimiento, Catinat retrogradó hácia Saluces y tropezó con el duque el 18 de agosto cerca de la abadia de Stafarde. Las disposiciones del principe eran malas; las alas mal apoyadas fueron sin dificultad envueltas, habiendo resultado la derrota de su ejército, pues dejó tres mil hombres en el campo, y los franceses solamente trescientos. La pérdida de la Saboya y de la mayor parte de las plazas del Piamonte fue la consecuencia de esta accion, y al siguiente año no le quedaba á Amadeo mas que Turin, Coni y Veué. El duque pudo sostenerse hasta que el Austria envió al príncipe Eugenio con cuatro mil hombres que levantaron el cerco de Coni. El ejército francés tuvo que repasar los Alpes despues de batido completamente por el duque de Baviera que habia pasado con refuerzos á Italia.

La campaña de 169 no fue provechosa mas que para Guillermo que como se ha visto, destruyó al partido del rey Jacobo en Irlanda. Sobre el Rhin el mariscal de Lorges y el elector de Sajonia continuaron la guerra de observacion. El emperador habia reservado la mayoría de sus fuerzas para el Piamonte y la Hungria, donde el príncipe de Baden, su general, batió los Turcos en Salankemen. En España, el mariscal de Noailles tomó á Urgel, y el conde de Estrees bombardeó á Barcelona. En Flandes fue donde tuvieron lugar los mas grandes esfuerzos de la Francia y de los aliados. El rey teniendo á sus órdenes á los mariscales de Luxemburgo y La Feuillade, tomó á Mons. Guillermo se aproximó en vano para socorrerla. Mas dichoso delante de Lieja, interrumpió los progresos del marqués de Boufflers, que habia bombardeado esta ciudad en castigo de su parcialidad por los enemigos. Despues de estos combates reciprocos, los dos reyes abandonaron sus ejércitos. El de Francia, quedó á cargo del mariscal de Luxemburgo; y el de Holanda al del príncipe de Waldeck. La idea de que la campaña habia terminado, y la distancia de cuatro ó cinco leguas entre los dos ejércitos, hicieron descuidar al príncipe las precauciones de seguridad en un movimiento que realizó para cambiar su campo. Noticioso á tiempo Luxemburgo de tal maniobra, atacó su retaguardia al pasar un riachuelo. Componiase esta fuerza de setenta y cinco escuadrones, y la de los franceses solamente de veinte y ocho, si bien contaban estos lo mas escogido de su caballería. La sorpresa, la desventaja del sitio y la necesidad de batirse en retirada, comenzaron la derrota del enemigo, habiéndola completado el valor de los arremetedores.

Aunque la guerra comenzara con tan buenos auspicios, el rey no podia disimular la dificultad de sostenerla por poco que durase. Agotadas las rentas en construcciones y otros gastos de lujo, habia que pensar en algun espediente para proporcionar fondos. Despues de Colbert fue sucesivamente administrada la hacienda por Claudio Lepelletier y por Luis Felipeaux de Pontchartrain. Este ministro fecundo en recursos, proveyo principalmente con impuestos indirectos á los enormes dispendios de una guerra que empleaba cuatro ó cinco ejércitos y cuatrocientos cincuenta mil soldados. Las ciudades hicieron donativos considerables, principiando por Tolosa que prestó cien mil escudos, Rouen otro tanto; Paris cuatrocientos mil francos, y las demas proporcionalmente. El rey fue tambien tributario, y envió á la fábrica de moneda todos los muebles preciosos de plata maciza que adornaban la galería y los aposentos de Versalles. Nada se reservó, y la utilidad que se saco de ellos no puede compararse con la pérdida de los modelos mas apreciables que la materia. Estas alhajas habian costado doce millones y no produjeron mas que tres. La publicidad del sacrificio provocó la rechifla

de los enemigos, y no hizo mas que darles mayor ánimo contra una potencia que tan apurada se manifestaba.

En el interin murió Louvois. El bombardeo de Lieja, la devastacion del Palatinado y otros escesos que se cometieron fueron atribuidos á este ministro duro é inflexible, que mandaba matar é incendiar á sangre fria. Preténdese que el rey, naturalmente justo y clemente, le tomó antipatía, y que el presentimiento de su desgracia, fue lo que quitó la vida al ministro de una manera casi repentina. «Habia nacido, dice el presidente Henault, con grandes talentos, que consagró principalmehte al arte de la guerra. Restableció el órden y la disciplina en los ejércitos, lo mismo que habia hecho Colbert en la hacienda. Frecuentemente mejor informado que el mismo general, tan atento á recompensar como á castigar, económico y pródigo segun las circunstancias, previéndolo todo y no descuidando nada, combinando con los planes en grande la ciencia de los detalles, profundamente reservado, formando empresas que rayaban en prodigio por su ejecucion instántanea, y cuyo buen éxito jamas fue incierto. Empero, hubiese sido de desear, que no hubiera llevado tan lejos el celo por la gloria de su soberano, y que contentándose con ver que el rey era respetado en Europa, no le hubiese querido convertir en terror de ella.» «Luis que vió su muerte con indiferencia, dió sin embargo su empleo al marqués de Barbesieux, su tercer hijo, que tenia la edad de veinte y cuatro años y pareció haber heredado á la vez las virtudes y los vicios de su padre. Seignelay habia muerto el año precedente, y su cargo de secretario de marina habia pasado á Luis Felypeaux de Pontchartrain, ya ministro de hacienda.

Las fiestas sucedieron á los combates, habiendo sido ocasionadas por dos casamientos que fueron criticados, Luis XIV hizo casar á la señorita de Blois, su hija legitimada, con el duque de Orleans su sobrino, y á Luisa Benita de Borbon, hija del principe de Condé de entonces, con el duque de Maine, nacido como la señorita de Blois, de la señora de Montespan. Estos casamientos no fueron dichosos. Altaneras las dos princesas, una por pertenecer al rey, aunque fuese por el vergonzoso lazo de un doble adulterio, y la otra al contrario, por ser el fruto de una union legítima, profesaron igual desprecio á sus esposos. El duque de Orleans, príncipe sin costumbres, apenas hizo caso; pero el de Maine fué un mártir.

Barbesieux señaló el principio de su ministerio con inmensos preparativos para la campaña de los Paises Bajos. El rey á la cabeza de unos ochenta mil hombres, y teniendo á sus órdenes al marques de Bouflers, atacó á Namur. Este sitio es notable por dos particularidades interesantes: 1.°, por la lucha que principió entre los dos primeros ingenieros de Europa; Vauban, que dirigia á los sitiadores, y Cohorn que mandaba á los sitiados, y fué herido gravemente en el ataque de un fuerte de su nombre que cubria la ciudadela; 2.°, por la sábia posicion que Luxemburgo que cubria el sitio tomó sobre el Mehaigne. Esta fué tal, que Guillermo y el duque de Baviera que habian reunido cien mil hombres á la otra márgen del rio, se encontraron en la imposibilidad de atacar sin una desventaja evidente; de manera, que á pesar de la inmensidad de sus fuerzas, tuvieron el dolor de ver sucumbir la ciudad sin haber podido aproximarse. Luis despues de haber tomado posesion de la plaza, volvió triunfante á Versalles, y mandó al mariscal á quien dejó el mando del ejército, que limitara sus operaciones á conservar las conquistas.

Contentose pues Luxemburgo con seguir paso á paso los movimientos del principe; y al hallarse el frances entre Steinkerque y Eughien, separado del enemigo por un terreno cubierto y tan lleno de desfiladeros, que parecia imposible que no se trabara una accion entre los dos ejércitos, Guillermo descubrió que uno de sus secretarios era espía del general frances. Antes de entregarle á la muerte, le obligó á escribir en su presencia al mariscal que al dia siguiente se forragearia, y que con intencion de proteger la vuelta se ocuparian los desfiladeros con infantería y artillería, y que así no se alarmara por todo esto. Una partida francesa reconoció los desfiladeros, y habiendo observado el movimiento del enemigo dió parte de la novedad al general. Este en vista de lo que se le refirió, se confirmó en la idea de que no se trataba mas que de forragear. Mantúvose pues tranquilo, y entonces desembocó Guillermo por todos los desfiladeros, puso en batalla sus fuerzas, y dispersó desde luego una brigada que ocupaba un puesto avanzado. Luxemburgo estaba enfermo, pero para aquellos momentos críticos parecia apropiado su genio: al instante tomó el ejército las armas, y se encontró en batalla á la cabeza del campo con la misma celeridad. La brigada batida recibió refuerzo y rechazó al enemigo. El general frances, que no perdia ninguna de las ventajas de que pudiera sacar algun partido, mandó que sin dilacion avanzara su primera línea, y dió de esta manera á la segunda el tiempo necesario para formarse. Entonces atacó á los acometedores con vigor; y habiendo en el interin llegado el marques de Bouflers á la cabeza de los dragones, juntos acabaron de rechazar al enemigo á los desfiladeros. Este fué el combate mas sangriento de la guerra, y se cree que costó de siete á ocho mil hombres á cada uno de los ejércitos. Casi todos los principes franceses se encontraron en él y contribuyeron con su ejemplo al buen éxito de la batalla. El principe de Orange retrocedió sobre Bruselas. Luxemburgo tambien tuvo que retirarse hasta Courtray, y Flandes quedó todavía por conquistar; solamente Furnes y Dixmude cayeron en poder del marques de Bouflers.

Sobre el Rhin, por la debilidad de los medios fué insignificante la campaña. Hacia el fin sin embargo, Federico Cárlos, administrador de Wurtemberg durante la minoridad de su sobrino, y general del emperadar, fué batido en Pfortzheim, marquesado de Badedourlach, por el mariscal de Lorges, y hecho prisionero por Villars; pero las escasas ventajas que hubo en esta comarca y en Flandes, fueron mas que contrapesadas por los reveses que se esperimentaron en Saboya y el Oceano. Se habia desistido de una guerra ofensiva en el Piamonte, y Catinat estaba entre Suse y Pignerol con un pequeño ejército de observacion. Victor Amadeo, al contrario, robustecido con los sosorros del emperador, de España é Inglaterra, se vió en disposicion de dividir sus fuerzas, y de poder atacar por diversos lados. Parte de ellas fué destinada á molestar á Casal; otra al mariscal de Catinat, y el mismo con el resto, acompañado del conde Eneas Caprara, del principe Eugenio y del duque de Schomberg, hijo del que fué muerto en Irlanda, penetró en el Delfinado que estaba sin defensa, donde siguió los funestos ejemplos dados por los franceses en el Palatinado. Embrun Gap, y Sisteron cayeron en su poder; el hierro y el fuego desolaron el pais, y el botin que cogieron los piamonteses fué inmenso. Las viruelas que atacaron á Amadeo en Embrun, atacaron sus progresos; despues la mala estacion, las enfermedades y la desercion le decidieron á retirarse. Pero el mas grande desastre aconteció en el Oceano. El rey no desconfiaba todavía de reponer á Jacobo en su trono. Un desembarco de veinte mil hombres debia ser protegido por sesenta y cinco velas, cuando se efectuase la reunion de todas las escuadras. Gran parte de ellas estaba en el Mediterráneo. Los vientos y las tempestades la impidieron acudir á tiempo, y la proteccion que se habia prometido á las tropas irlandesas, reunidas en el Cotentin, se redujo á cuarenta y cuatro buques mandados por Tourville.

El rey Jacobo tenia ó creia tener en la flota inglesa inteligencias que le aconsejaban hacerla atacar antes que llegaran los holandeses. Este fué el motivo que hizo salir apresuradamente á Tourville de Brest, con la orden mal concebida de abordar al enemigo, cualquiera que fuese su fuerza, y sin que se hubiese previsto el caso de la reunion de las dos escuadras. Al instante que el rey supo que la flota combinada ascendia precisamente al doble de la de Tourville, remitió á este hasta diez corbetas con órdenes contrarias á las primeras; mas dichas corbetas, ó no llegaron ó llegaron demasiado tarde. Lord Russell, que mandaba los ingleses, habia salido de Portsmouth pocos dias despues que Tourville de Brest, y el 2 de mayo se encontraron las dos flotas. Se dice que la intencion de Russell no era la de combatir: las instrucciones absolutas de Tourville no le permitieron aprovechar estas disposiciones, y á pesar de la desventaja del número, y del viento, fué necesario que se arriesgase al mas desigual combate. Lo hizo con una resolucion que admiró al enemigo, contra quien soltó una andanada, trabándose así una accion que duró desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche. A pesar de lo largo del combate y una superioridad que permitió á los ingleses doblar la línea de los buques franceses, ninguno de estos resultó ni aun fuera de combate, á pesar de que tenian que luchar con tres ó cuatro á la vez. El *sol real* que montaba Tourville, fué de este número y en la imposibilidad de reducirle, dirigiéronse sucesivamente contra él seis brulotes que tuvo la destreza de burlar. Viendo sus esfuerzos inútiles, los buques ingleses que habian doblado la línea, volvieron á unirse á su flota, atreviéndose á pasar por entre las naves francesas, que les dispararon terribles andanadas. Así terminó este combate naval que pareció indeciso hasta el momento de la retirada. Esta fué la que lo decidió en favor de los ingleses: las maltratadas naves francesas no pudieron combinarse para realizarla y se dispersaron por varios puertos de Normandía y de Bretaña. Las que acompañaban á Tourville, acosadas por el enemigo, merced á la lentitud de su marcha, no pudieron ocultarse á este y se vieron forzadas á arribar á los puertos sin defensa de la Hogne y de Cherburgo, donde fueron quemadas en número de trece por los ingleses á la vista del campo de los irlandeses, y á presencia del mismo rey Jacobo. Luis XIV, justo apreciador del estraordinario valor y habilidad acreditados por Tourville en tan desigual combate, no pudo menos de comprenderle en la promocion que proporcionó en el año siguiente al duque de Villeroy, el marques de Bouflers, al duque de Noailles, y á Catinat el baston de mariscal de Francia. No limitó el rey sus mercedes á los generales que guiaban sus ejércitos, sino que las estendió á los oficiales que mandaban á sus órdenes, instituyendo la *Orden militar de San Luis*.

Luis, acompañado de toda la corte, pasó en el mes de mayo á su ejército, reunido en Gemblours, entre Namur y Bruselas. La

campaña parecia anunciarse como una espedicion de recreo, pero la proximidad del príncipe de Orange la hizo formal. Se dice que este tuvo la imprudencia de avanzar hasta encontrarse comprometido entre los ejércitos del rey y del mariscal de Luxemburgo, y que á ser atacado no podia retirarse sin descalabro. Pero sea por la ansiedad de madama de Maintenon acerca de los peligros personales que podia correr el rey, ó por la salud alterada del monarca que le retuvo por algun tiempo en Quesnoy, resistióse Luis á las instancias del mariscal para que se embistiera á Guillermo. El rey regresó á Versalles, despues de dividir su ejército en dos cuerpos: el uno para Alemania mandado por el Delfin, y el otro para Italia, donde se necesitaban refuerzos. Esta fué la última vez que el rey apareció en campaña.

Luxemburgo, que habia quedado con ochenta mil hombres, buscó la ocasion que habia tenido que malograr. El príncipe de Orange estaba acampado en Lovaina, y ocupaba una posicion inexpugnable. Para quitársela, Luxemburgo aparentó amenazar á Lieja, donde estaban los almacenes de su enemigo, habiendo salido perfectamente la estratagema. Guillermo se desprendió desde luego de dos destacamentos que destinó á esta ciudad, y se aproximó en seguida al teatro de las operaciones. Instruido de este movimiento, Luxemburgo marchó rápidamente á ocuparle con la esperanza de sorprenderle. Le encontró el 28 de julio, fuertemente atrincherado delante del Ghete, cerca de Landen, teniendo su frente cubierta en parte por la aldea de Nerwinde. No dejó de atacarlo al dia siguiente; y lo mas encarnizado del combate se empezó en la aldea, que era indispensable tomar, para afrontar al enemigo completamente. Dos veces fué tomada y perdida la aldea: el mariscal de Boufflers opinaba por la retirada; pero Luxemburgo, que se enardecia mas y mas con las dificultades, quiso dirigir él mismo un tercer ataque; echó mano al efecto de la guardia del rey y de parte de la infantería de la derecha, mandada por Villeroy, quien fué el primero en asaltar las trincheras. Nerwinde fué tomada nuevamente. Ya el enemigo desguarnecia su izquierda para reconquistar la aldea, cuando el marqués de Feuquieres, que mandaba la derecha por ausencia del mariscal, atacó á la fuerza destacada, y penetró al mismo tiempo en las trincheras desguarnecidas. Este movimiento y un esfuerzo mas de la izquierda dieron, despues de doce horas de combate, la victoria á los franceses. Ella les costó de siete á ocho mil hombres, y los aliados dejaron casi doble en el campo. La toma de Charleroy, único fruto de esta victoria, terminó estas hostilidades.

Tambien fué brillante la campaña de Italia; el mariscal de Catinat, rechazado hasta mas allá de Pignerol por el duque de Saboya, recibió refuerzos, y situándose en el valle de Suze, interceptó la comunicacion del duque con Turin. El príncipe habia previsto este inconveniente; pero no queria perder de vista á Pignerol, que habia hecho bombardear, hallándose ademas tan enorgullecido con sus primeros triunfos, que no hacia caso de los franceses. Esta primera falta fué seguida de disposiciones las mas desventajosas para el combate, resultando que Victor-Amadeo fué batido lo mismo que lo habia sido en Staffarde y por la misma causa. Pignerol y Casal fueron libertadas, y toda la campiña de Turin fué entregada al pillaje en represalias de la devastacion del Delfinado. Esta desgraciada guerra habia tomado un carácter de ferocidad, que ni era de un siglo ni de una nacion civilizada. El Palatinado era todavia teatro de nuevos escesos: las mas horrorosas crueldades tuvieron lugar en la toma de Heidelberg por el mariscal de Lorges: el mas insignificante de los horrores que fueron cometidos fué la violacion de los sepulcros de los electores, cuyas cenizas fueron arrojadas á las calles. El príncipe de Baden, cargado de la gloria que habia adquirido sobre el Danubio, fué enviado en este año para reemplazar en estas comarcas desoladas á los generales que habia tenido el emperador privados de medios hasta entonces. Pero solos los refuerzos que conducia el Delfin escedian á la totalidad de sus fuerzas, y asi se limitó á una sábia defensiva, situándose bajo Hailbron, de donde fué imposible desalojarle.

Rosas en Cataluña se rindió al mariscal de Noailles, quien fué poderosamente secundado en el sitio por la escuadra del conde de Estrees. En general, si se esceptúa la toma de Pondichery por los holandeses, todas las operaciones marítimas de este año parecieron no ventajosas nada del desastre del año precedente; todas fueron progresos para los franceses, y las de los ingleses solamente sirvieron para su propia confusion. Tales fueron las que intentaron en la Martinica, en Terranova, y especialmente en Saint-Maló, cuyos armadores destruian su comercio. Quisieron los isleños arrasar dicha ciudad por medio de un enorme brulote, cargado con cien barriles de pólvora, cubiertos con paja, pez, azufre y carcasas llenas de balas de cañon, granadas y otras sustancias destructoras. La ciudad habia respondido al cañon de la flota, y despues habiendo cesado el fuego de una y otra parte durante veinte y cuatro horas, se esperaba que el enemigo iba á retirarse, cuando la noche que precedió al 1.° de diciembre, la máquina avanzó á toda vela hácia el muro en donde debia ser atada. No estaba aquella mas que á cincuenta pasos, cuando un golpe de viento la desvió y arrastró sobre una roca en que se abrió. El conductor sin embargo la puso fuego; mas el agua que ya habia entrado evitó parte de la esplosion, y esta no hizo daño mas que á los techos y ventanas de la ciudad. Los ingleses habian sufrido un descalabro mas considerable merced á Tourville, quien á fines de junio habia desbaratado cerca del cabo de San Vicente, á la punta de Portugal, una flota mercante de 400 velas que marchaba al Mediterráneo, escoltada por 27 buques de guerra. El almirante Rook que la mandaba, tan pronto como vió la escuadra de Tourville, fuerte de 71 naves, tomó el partido de retirarse, pero no sin dejar dos de sus buques en poder de los franceses. De la flota mercante, 27 fueron cogidos, 45 quemados, y la dispersion de los otros los puso á merced de los armadores. Tourville no juzgó conveniente seguir á Rook á Madera; pero costeando la España causó nuevas pérdidas al enemigo en los puertos de Cádiz, Gibraltar y Málaga.

En este año tan dichoso para la Francia, se terminaron sus disputas con Roma. El sucesor de Inocencio XI habia dado esperanzas de una reconciliacion completa; pero habia muerto sin haberlas podido llenar, é Inocencio XII (Antonio Pignatelli), elevado al trono pontifical en 1691, fué quien las realizó. Convínose que los obispos electos escribirian separadamente al Papa, manifestándose muy pesarosos de cuanto en la asamblea de 1682 se habia acordado en menoscabo de su legítima autoridad. En virtud de esta especie de retractacion, que no lastimaba esencialmente á la declaracion, les fueron espedidas las bulas: en el precedente año ya los habia enviado el rey á posesionarse de las temporalidades de sus obispados. Luis XIV se prevalió de sus ventajas para soltar palabras de paz. Desde el principio de la guerra de 1690 Cárlos XI, rey de Suecia, se habia ofrecido para mediador. Los aliados no le rehusaron absolutamente; de suerte que continuó sus buenos oficios, aunque sin resultado alguno. Sin embargo, á fuerza de perseverancia, obtuvo en 1693 que se entrara en esplicaciones. El rey de Francia encargó al conde de Avaux, su embajador en Estokolmo, que siguiera la negociacion, pero esta no adelantaba, porque las partes beligerantes no estaban bastante fatigadas. Otra negociacion intentada en Suiza no alcanzó mejor éxito: empero se principió á esplicarse sobre la sucesion eventual de España, sobre la invasion de Inglaterra, sobre las reuniones que se habian de conservar ó restituir, sobre la suerte de la Lorena, y sobre otros artículos importantes; todo lo que era un preliminar para la paz.

En este año empleó Luis al embajador de Dinamarca en Londres y al mismo elector de Baviera para tratar de ganar á Guillermo. Noticiosos los holandeses de estos pasos quisieron tomar tambien parte, é hicieron saber al rey que ellos entrarian con mucho gusto en conferencias, si enviaba un agente á Liega. Envió efectivamente á Callieres y á Harlay. La Holanda mandó tambien negociadores; mas por la mala voluntad de Guillermo nada se pudo adelantar, y el rey se vió precisado á nuevos esfuerzos para conquistar la paz.

Los apuros de Francia en cuanto á hombres y dinero correspondian mal á sus deseos. El ejército de Flandes era muy inferior al de Guillermo, y aunque estaba el delfin, quien realmente mandaba era Luxemburgo. Sus instrucciones se reducian á la defensiva, género de guerra que parecia poco adecuado á su carácter emprendedor, y que sin embargo contribuyó mucho á su gloria. Disfrazando su debilidad al enemigo, tuvo el arte, tanto de inquietarle con demostraciones audaces, cuanto con mantenerse en puestos importantes mucho mas tiempo que el que permitian sus recursos. Desconfiando Guillermo batirle, le abandonó con el designio de embestir las ciudades marítimas de Flandes, que mediaban entre su ejército y las flotas de Inglaterra; pero el activo Luxemburgo burló tambien sus planes con una marcha célebre de 40 leguas, realizada en cuatro dias, á pesar de numerosos desfiladeros y el paso de cinco rios. Puesto todo su ejército al otro lado del rio principal, se adelantó hácia el enemigo, quien se quedó asombrado al verle ocupando todos los puestos que creia suyos.

Los mariscales de Lorges y Joyeuse avanzaron desde el Rhin hasta el Neckre como el año precedente; pero la dificultad de subsistir en un pais devastado por ellos mismos, y los refuerzos que llegaban al príncipe de Baden, les obligaron á regresar á la Alsacia. Siguiólos el príncipe, á quien no pudieron impedir que penetrara en este territorio, en el cual permaneció poco tiempo por causa de la estacion, y se apresuró á repasar el Rhin, despues de haber sacado algunas contribuciones.

Solo en España fueron notables las ventajas. El mariscal de Noailles, que hasta entonces habia progresado lentamente en Cataluña, se atrevió á pasar el Ter á presencia del enemigo, y despues de batir á este, se apoderó de Gerona, Palamos y Holstarich. Continuó hácia Barcelona; y la aproximacion de Tourville por el mar le daba esperanzas de entrar en esta ciudad, cuando la llegada de Russell con 88 navíos de línea desconcertó tal proyecto. Tourville solo contaba con 60 buques, y la corte que era circunspecta, despues del combate de la Hogue le mandó regresar á Tolon.

Los ingleses paseaban otra escuadra sobre las costas de Francia bañadas por el Oceano, intentando desembarcos. El mas considerable fué el que quisieron realizar en Brest; pero Vauban que para oponérseles fué enviado por la corte, dictó tales disposiciones y los recibió tan vigorosamente, que tuvieron que reembarcarse al instante. Sus tentativas de bombardeo y sus máquinas infernales no tuvieron mejor éxito en Dunkerque y Calais. Ellos hicieron mucho daño en Havre y destruyeron casi enteramente á Dieppe; pero los armadores franceses les devolvieron estas pérdidas centuplicadas, y una tempestad en el Mediterráneo pareció cooperar á sus designios. Siete ú ocho buques de guerra de la escolta de un convoy considerable se estrellaron en las rocas, habiéndose dispersado todo el convoy. Al mismo tiempo, Cause, gobernador de Santo Domingo, arruinaba con ayuda de los piratas las fábricas de azucar de la Jamayca, y Juan Bart, cerca del Tegel, atacaba con buen éxito sin mas que 6 fragatas á 8 navíos holandeses que se habian apoderado de un convoy de granos, destinado para Francia.

Al tesoro y al ejército aquejaba igual penuria. Para remediar la del primero hacia mucho tiempo que entre otros espedientes se apelaba al de la refundicion de la moneda. Esta operacion produjo en la actualidad el beneficio de un quince por ciento en cuanto á la masa del anterior numerario, habiéndose sacado en cuatro años la ganancia de 40 millones. Agregóse un nuevo recurso, que solo debia durar hasta la paz. Tal fué la *capitacion*, así llamada porque era establecida en la cabeza de todos los gefes de familia repartidos en veintidos clases. Ningun privilegio eximiria de ella, en la cual quiso ser comprendido el mismo monarca. Esta manera de identificarse alivió la carga del impuesto, y la evidencia de la necesidad hizo que se contribuyera hasta con gusto. Este arbitrio produjo 22 millones. En cuanto al ejército se trató de completarle por medio de una quinta; pero ya no existia el mas hábil de sus gefes. Un ataque de apoplegía habia arrebatado á Luxemburgo en los primeros dias del mes de enero, y con él desaparecieron los triunfos de Luis XIV. La inclinacion del monarca al mariscal Villeroy, hijo de su ayo, hizo que fuera nombrado para suceder al difunto en Flandes. En este pais habia dividido Guillermo su ejército en muchos cuerpos, á fin de ocultar su verdadero punto de ataque.

El elector de Baviera observaba las líneas de los franceses entre el Escalda y el Lys. El príncipe de Wurtemberg amenazaba al fuerte de Knoke, y el cuidado de cubrir la Flandes española estaba confiado al príncipe de Vaudemont, mientras que Guillermo mismo con el resto del ejército atacaba á Namur, verdadero objeto de sus movimientos. El elector y el príncipe de Wurtemberg fueron rechazados en sus ataques, y el principe de Vaudemont, sorprendido una tarde por Villeroy, debió su salvacion y la gloria de una retirada aplaudida á la tregua de la noche que la imprevision del general francés le dió dejando para el dia siguiente el derrotarle. Todos tres se reunieron con Guillermo, el que en las márgenes del Mehaigne, y á pesar de los ochenta mil hombres de Villeroy, cubrió el sitio de Namur, lo mismo que tres años antes lo habia practicado delante de él Luxemburgo, cuando el rey se apoderó de la misma ciudad. El mariscal de Boufflers no pudo, á pesar de su talento, su valor y una guarnicion de quince mil hombres, prolongar su defensa mas allá de un mes. Sostuvo el primer asalto, y no creyó poder arriesgar el segundo. Cohorn dirigia el sitio bajo las órdenes del elector de Baviera. Por la mala salud de los dos generales opuestos sobre el Rhin mantuviéronse sus tropas en la indecision. Por otro lado, á pretesto de enfermedad, fué llamado de Cataluña el mariscal de Noailles, reemplazándole el duque de Vendome, Luis José, biznieto de Enrique IV. Este príncipe, de edad de 40 años, se distinguió en el ejército con muchas acciones brillantes. Su popularidad y sus maneras francas recordaban las de su bisabuelo, y le hacian adorar del soldado. Observóse una actividad desconocida en su ejército. Sin embargo, no adelantó mas que su predecesor, y sus operaciones se limitaron á desconcertar los designios de los españoles sobre Hostalrich y Palamos. En vano quisieron auxiliarles por mar los ingleses. Una astucia de Vendome, que hizo creer á Russell la llegada de Tourville, le alejó de estos parages para ir á su encuentro. Ciñéndose Luis XIV en el mar á la mas severa defensiva, no opuso á los bombardeos de los ingleses en Saint-Malo, Calais y Dunkerque, mas que la via de represalias sobre Bruselas. Los gefes de algunas escuadrillas y de multitud de armadores continuaron ademas inquietando su comercio.

Mezcláronse demostraciones pacíficas con las operaciones militares, habiéndose tenido conferencias para la paz en Utrecht. Hubo conformidad en condiciones casi iguales á las de Riswick; pero estas diligencias terminaron en aceptar todas las partes la mediacion del rey de Suecia á principios de 1696. A riesgo sin embargo de irritar las pasiones rencorosas que podian poner obstáculos á tan buenas disposiciones, Luis renovó todavía en favor de Jacobo tentativas de invasion. Bajo la apariencia de otro destino, aprestáronse flotas en todos los puertos, y juntáronse tropas en Calais. Jacobo, en el momento de la ejecucion, se trasladó á las cercanías de esta ciudad, y el duque de Berwick, su hijo natural, habido de Arabella Churchill, hermana del duque de Marlborough, se atrevió á presentarse de incógnito en Inglaterra, donde agenció numerosas inteligencias. Pero Guillermo habia presentido el objeto de estos preparativos, y la súbita aparicion del almirante Russell en la Mancha, á la cabeza de una escuadra de 50 navíos, fué suficiente para desvanecer un proyecto contrariado ademas por los vientos, y para desvanecer las últimas esperanzas de Jacobo.

Por mucho que exasperara á Guillermo una espedicion dirigida contra él, el cansancio de las potencias beligerantes no le permitió dar oidos á su resentimiento. Un tratado particular con el nombre de neutralidad de la Italia, concluido el 4 de julio entre la Francia y el duque de Saboya con las condiciones precedentemente ofrecidas, fué un paso decisivo para la paz. Sin embargo, como los aliados se mostraban recalcitrantes en ceder, el duque se declaró abiertamente contra ellos; y á consecuencia de un tratado de alianza de 29 de agosto, que interpretaba su primera convencion, revestido del título de generalísimo de las tropas francesas, sitió á Valence en la frontera del Milanesado. Este paso decisivo logró su efecto, pues produjo el 7 de octubre el tratado de Vigevano poniendo fin á las hostilidades de estas comarcas, que alternativamente vejadas por imperiales y franceses vendigeron á Amadeo. Las tropas alemanas evacuaron la Italia, y el principe Eugenio que las mandaba marchó á continuar su carrera de gloria sobre el Danuvio. La aquiescencia de los aliados á la neutralidad de esta porcion del teatro de la guerra, dió actividad á las negociaciones en Holanda, y Luis XIV libre de los obstáculos del Piamonte las secundó ademas con las fuerzas que pudo reunir en Flandes. El rey envió á este pais tres ejércitos mandados por los mariscales de Catinat, Boufflers y Villeroy. Las operaciones militares se limitaron á la toma de Ath por Catinat, y sobre el Rhin el mariscal de Choiseul y el príncipe de Baden persistieron en el estado pasivo de observacion del precedente año. La guerra no fue activa mas que en Cataluña, donde el duque de Vendome proyectando poner sitio á Barcelona tuvo que abrirse paso al través de muchos cuerpos de tropas españolas que le impedian el acercarse á esta ciudad.

El gran negocio, el que absorbia la atencion general y ocupaba aun á los generales á la cabeza de sus ejércitos, eran la paz y las negociaciones que debian proporcionarla. La especie de desercion del duque de Saboya fue causa para que los otros aliados no recurriesen á una paz particular, y para que á fin de sacar mejor partido, aceptaran á principios de 1697 los artículos preliminares presentados por Calliere al Varon de Lilienroot, embajador del rey de Suecia, Carlos XII, el cual acababa de suceder á su padre y habia sido admitido como mediador por todos. Los tres obispados, la Alsacia, el Franco-Condado y parte de los Paises-Bajos quedaban para Francia; Friburgo y Filisburgo quedaban para el emperador; Estrasburgo volvia al imperio, á no compensarse con equivalentes: entre los cuales indicaba la Francia la Lorena, libre de las servidumbres impuestas por los tratados de los Pirineos y de Nimega, finalmente Luis XIV renunciaba diversas reuniones efectuadas por las cámaras de Metz y de Brisach, y consentia en reconocer á Guillermo por rey de Inglaterra. Las conferencias para convertir estos artículos en un tratado definitivo, se abrieron en mayo en el castillo de Riswick, cerca del Haya.

Durante estas conferencias continuaban las hostilidades. Los aliados que habian ya ensayado diversas evasivas y que no consideraban que la restitucion del Luxemburgo y de la Lorena fuese un equivalente de Estrasburgo, pidieron un armisticio. Luis XIV lo rechazó persuadido de que solo lo proponian con el objeto de ganar tiempo. Entre tanto llegó la noticia de que el duque de Vendome habia tomado á Barcelona. Entonces no se titubeó, y á trueque de recobrar esta capital de Cataluña, posesion de la casa de Austria, Estrasburgo, posesion del imperio, fue abandonada: el emperador y los españoles se determinaron á los sacrificios que el rey exigia de ellos en compensacion de los suyos, y la paz fue concertada. Firmaronse tres tratados en Riswick el 20 de setiembre. El formado con los Estados Generales era un tratado de comercio ventajosísimo á los holandeses, á quienes se reconocieron las iguales exenciones que en Nimega; y en la introduccion de ciertos géneros, como por ejemplo, el tabaco, eran mas favorecidos que los mismos franceses. Estos privilegios debian durar veinte y cinco años y servian en alguna manera de compensacion por la restitucion de Pondichery, de cuya ciudad se habian apoderado. El rey de España cobró una gran parte de sus antiguos dominios de los Paises-Bajos, especialmente en Courtray, Mons, Ath, Charleroy y el pais del Luxemburgo, lo mismo que todas las plazas que le habian sido arrebatadas en Cataluña. Quizá se le adjudicó tanto porque no exigió de Luis XIV la renuncia á la monarquía de España, insinuadas en las preliminares. El príncipe de Orange fue reconocido por rey de Inglaterra, y Luis se obligó á no incomodarle en la posesion de sus reinos.

El tratado con el emperador, que como gefe del cuerpo Germánico tenia siempre tantos intereses complicados que arreglar, exigió discusiones que no se pudieron formular mas que provisionalmente por un acta fechada el 30 de octubre y que no acabaron hasta principios de 1699. La Francia fue confirmada en la posesion de Estrasburgo, y en cambio abandonó al emperador y al imperio á Kehl, Filisburgo, Friburgo y Brisach, obligándose á arrasar las fortificaciones de Huningue y de Neuf-Brisach en la derecha del Rhin, y á devolver todo lo agregado á la Alsacia. El elector de Treveris volvió á su ciudad; el Palatino recibió todas sus tierras y posesiones; el duque de Lorena, su ducado, aunque desmanteladas todas sus fortalezas, desmembradas las ciudades de Longwy y de Saarluis que conservó la Francia, y con la servidumbre de dar paso á las tropas francesas. Se convino en designar árbitro para arreglar los puntos de discordia que exigian mucho tiempo. El rey de Suecia, como duque de Deux Ponts, las casas de Baden, Wurtemberg, Linange y la órden teutónica sacaron tambien lo correspondientes. Las pequeñas ciudades y los fuertes de las márgenes del Rhin fueron adjudicadas á la Francia y al imperio; todo, segun decian, conforme al tratado de Westfalia que se violaba constantemente sopretesto de interpretarlo. De esta manera se tapaba con ceniza el fuego, no para apagarlo, sino para conservarlo; y de todos lados se amontonaban materias combustibles, que dos años despues abrasaron la Europa.

Cárlos II, rey de España, Nápoles y Sicilia, soberano de Flandes, de una parte de Italia, de muchas islas en el Oceano y en el Mediterráneo, de las Filipinas en el mar de las Indias, emperador de Méjico y del Perú; Cárlos II sin hijos estaba doliente y amenazado de una muerte próxima. Plugo á los ingleses y holandeses repartir esta herencia á que ningun derecho tenian, ó mas bien Guillermo, príncipe de Orange, estatuder de Holanda y rey de Inglaterra, el alma, por decirlo así de estas dos naciones, y siempre enemigo de Luis XIV, fué quien imaginó desmembrar el reino español, á fin de que no lo heredasen por entero los hijos de este príncipe y de María Teresa, su esposa, hermana de Cárlos. Por un tratado firmado en el Haya en 16 de octubre de 1698, los republicanos y los insulares daban la corona de España á José Fernando Leopoldo, príncipe electoral de Baviera, sobrino del monarca español por María Teresa su abuela, primera esposa del emperador Leopoldo y hermana de María Teresa, reina de Francia. Al Delfin, hijo de esta última, á quien pertenecia la sucesion de derecho, los partidores de los Estados de Cárlos II abandonaban los reinos de Nápoles y de Sicilia, las islas situadas en la costa de Toscana y algunas ciudades de España é Italia á eleccion de la Francia, y últimamente, asignaban al archiduque Cárlos de Austria, hijo segundo del emperador Leopoldo y de Leonor de Neuburgo, el ducado de Milan.

Esta particion habia sido redactada en Lóndres á presencia de Guillermo y de un embajador francés, que parece no haber sido mas que un simple testigo. Cuando se trató de firmarla en el Haya; el rey de Inglaterra, estatuder, obró de manera que hubiera embajadores de muchas potencias, á quienes sus agentes fueron á solicitar hasta en sus palacios; pero esceptuando los representantes de los ingleses y holandeses, no es cierto que los otros hubieran dado un consentimiento formal. Cárlos II tuvo noticia de esta convencion, aunque se hizo todo lo posible para ocultársela. Incomodóse de que se desmembrasen sus estados viviendo él, y en 1698 otorgó un testamento por el cual instituia al príncipe electoral de Baviera heredero suyo, no parcialmente como el tratado de Haya, sino totalmente. Por desgracia murió este príncipe á la edad de siete años á principios de 1699.

Al instante se procedió á nuevo reparto, dando al archiduque toda la monarquía de España, confirmando al Delfin lo que el primero le habia otorgado, y aun añadiéndole la Lorena que seria compensada con el Milanesado. Leopoldo, á quien se comunicó este tratado, se manifestó muy disgustado de que no se le adjudicase la totalidad, ó al menos la porcion que deseaba principalmente: de manera que despues de muchas tergiversaciones, rehusó secamente acceder al tratado á pesar de las vivas instancias de Luis XIV. A Cárlos II chocó como en la vez anterior, la desmembracion de su reino, dispuesto en esta convencion. Al mismo mal opuso el mismo remedio. Despues de muchas dudas y consultas á las universidades de España y al Papa, escuchó la voz de la sangre, é hizo un nuevo testamento por el cual llamaba á su total sucesion á Felipe, duque de Anjou, segundo hijo del Delfin y nieto de María Teresa su hermana. Si Felipe llegaba á ser rey de Francia, le sustituia al duque de Berry su hermano, y despues de estos al archiduque Cárlos, nieto de María Ana de Austria, hermana de su padre, última mujer del emperador Fernando III. A falta de los indicados, llamaba el testador al duque de Saboya descendiente de una hija de Felipe II, y no permitia en ningun caso la desmembracion de la monarquía española.

El testamento es del 2 de octubre de 1700, y el rey de España murió en primero de noviembre. La junta nombrada por él para administrar durante la vacante del reino, se apresuró á dar parte del testamento al consejo de Versalles. En caso de tergiversaciones, proposiciones de desmembracion, de negativa en fin á acertar pura y simplemente, el embajador español tenia órden de ir á Viena y de llevar las ofertas que se desecharan en Francia. El embarazo del consejo fué estraordinario. ¿Se contentaria con los hermosos estados que el tratado de particion asignaba á la Francia, ó se decoraria la casa reinante con muchas coronas que acaso serian disputadas? Si se inclinaba á la particion no podia evitarse la guerra con el emperador, el cual en virtud del testamento se veria legítimamente autorizado para conservar la totalidad de la herencia á su hijo; si se desechaba dicha particion, no solamente habria hostilidades con el emperador al ver este burladas sus esperanzas, sino tambien con Inglaterra y Holanda, lastimadas del olvido de los compromisos contraidos con ellas. La necesidad de adoptar un partido que escluyera los términos medios, hizo decidirse á lo que tan dura é injustamente se ha llamado consejo de la vanidad. Es cierto que Luis sacrificó los intereses de su propio reino; y si las otras potencias no hubiesen estado obcecadas sobre los suyos, hubieran conocido que el nuevo orden de cosas les era mucho mas ventajoso que lo que se habian imaginado. El testamento fué aceptado el 11 de noviembre y Felipe proclamado en Madrid el 24 del mismo mes, habiendo partido el 4 de diciembre para su reino.

Jamás adquisicion alguna se anunció de una manera menos disputada que esta, que daba los vastos estados de la monarquía española á la casa de Borbon. La Inglaterra, la Holanda, el Portugal, el duque de Baviera y toda la Italia reconocieron á Felipe V. Solo el emperador hizo protestas. Los españoles asintieron con una especie de entusiasmo á la voluntad de su difunto rey, y tanto en las guarniciones como en los ejércitos se confundieron con los franceses. En los paises Bajos fué donde primero se observó esta union íntima de las dos naciones. El elector de Baviera confirmado en el gobierno de los Paises Bajos por España, habiendo puesto todas las plazas fuertes en poder de los franceses, hizo salir veinte y dos batallones holandeses, que los Estados Generales siempre en desconfianza con la Francia, habian logrado introducir en aquel territorio á pretesto de su propia seguridad. Las alarmas que concibieron las Provincias Unidas por tal medida, el disgusto del emperador y los recelos de Guillermo sobre el concierto de los dos gobiernos de Francia y España, despertaron fácilmente su odio comun, y el 11 de setiembre fué firmada entre ellos una nueva liga con objeto el apoderarse de los Paises Bajos españoles, del ducado de Milan, de los reinos de Nápoles y Sicilia y de los puertos de Toscana. El artículo 6.° es notable, porque indica los motivos que los holandeses é ingleses sobre todo temian para mezclarse en una contienda de familia que no les concernia. Dice que se apropiarian las posesiones de que ellos se apoderaran mas allá de los mares de Francia y España, y que jamás tolerarian los confederados que se reunieran los reinos de Francia y España. Luis XIV dió lugar á esta cláusula por haber enviado al duque de Anjou despues de su partida á España, una real cédula conservándole su derecho á la corona de Francia en defecto del duque de Borgoña y de sus descendientes; lo que esponia á los dos reinos á ponerse algun dia bajo el mismo cetro contra la voluntad espresa del testador. Esta precaucion impolítica del rey de Francia sirvió mucho al emperador y sus dos aliados para atraer á otros por el temor de las fuerzas inmensas de que iba á disponer la Francia.

Los contratantes habian convenido en dejar libres á las otras potencias para acceder á su alianza, no habiendo sido infructuosos los esfuerzos que hicieron para atraerlas. Casi todos los círculos de la Alemania, asustados del fantasma de la monarquía universal, á la cual se suponia aspirar Luis XIV, se manifestaron quejosos, y el emperador redujo particularmente á sus intereses al elector de Brandeburgo, Federico, confiriéndole el título y la dignidad de rey de Prusia. Ya diez años antes se le habia adherido el duque de Brunswick-Luneburgo-Hanover que estaba por la Francia, erigiendo para él, no sin mucha oposicion, un noveno electorado. No solamente los príncipes de Alemania, antes no aliados, se alarmaron, sino que tembló Italia; y Victor Amadeo, á quien se tuvo el desacierto de rehusar el ducado de Milan, que se le habia prometido, de aliado infiel llegó pronto á ser enemigo declarado. El reconocimiento por Luis XIV del príncipe de Gales para rey de Inglaterra, despues de la muerte de Jacobo II, no entró para nada en los motivos que impulsaron á Guillermo á esta alianza, en atencion á que este acto es cinco dias anterior á la muerte de Jacobo; mas como el tratado no era todavía público, Guillermo dejó creer que esto podia ser la causa de su ruptura, y se valió de tal pretesto para llamar á su embajador.

Contra tantos enemigos la Francia se fortificó con la alianza del rey de Portugal, con la del elector de Baviera, que esperaba el gobierno hereditario de los Paises Bajos, con la del elector de Colonia, su hermano, y finalmente con la del duque de Saboya, á

quien creyó atraer completamente con el casamiento de su hija segunda y del jóven rey de España, casamiento que establecia un doble lazo entre la casa de Saboya y la de Borbon. El Norte de Europa fué estraño á esta guerra. La avaricia le retenia empeñado en otros debates; la apariencia de una espoliacion fácil habia unido á la Dinamarca, la Polonia y la Rusia contra el jóven rey de Suecia, Cárlos XII, el cual ya héroe á los 18 años, obligó á la Dinamarca á una paz separada, y batió con veinte mil suecos solamente ochenta mil rusos, que á las órdenes del Czar, Pedro, sitiaban á Narva.



Asamblea religiosa de protestantes.

La guerra principiada en Italia se estendió sin tardanza por los dos continentes, las islas, y por donde quiera que franceses y españoles tenian establecimientos. Luis XIV hizo esfuerzos prodigiosos, organizó prontamente sus ejércitos, y restauró la marina, debilitada por las mismas victorias de la última guerra. Creó diez mariscales de Francia y encontró dignos sucesores de los Condés, Turenas y Luxemburgos, en los Catinats, Weruvicks, Villars, Vendomes y otros que, á pesar de algunas derrotas, sostuvieron con brillo el honor de la Francia durante esta guerra. Esta duró 11 años, siempre igualmente animada, con alternativas y reveses que la hicieron ruinosísima para todos los parajes á donde estendió sus furores; y estos lugares son toda la España, la Italia, los Paises Bajos, gran parte de la Alemania, algunas costas de Portugal y Holanda, de la Francia misma, la América, el Asia, el Africa en muchos puntos; en fin, casi todo el universo, á donde los ingleses enviaban la devastacion y el incendio desde su isla, en que no fueron inquietados sino por uno que otro desembarco.

Contando el emperador anticipadamente con los socorros de sus aliados, no habia esperado á la conclusion de la liga para obrar hostilmente. El príncipe Eugenio, á la cabeza de veinte mil hombres, sin miramientos á la neutralidad de Venecia, desembocó por las gargantas del Trentin en su territorio, y siguió la izquierda del Adige. Un ejército doble que el suyo, compuesto de franceses, españoles y piamonteses, mandados por Catinat, por el príncipe Tomás de Vaudemont, hijo del que estaba al servicio del emperador, y por el duque de Saboya, generalísimo de todas las tropas, le esperaba en las fronteras del Milanesado. Autorizándoles el ejemplo de los imperiales á internarse en un territorio neutral, se dispusieron á defender el paso del rio. Preténdese que ya el duque, decidido secretamente por la causa contra que combatia, trasmitia á los enemigos las resoluciones de los aliados. Con estos datos fué fácil al príncipe Eugenio forzar el punto de Carpi y atravesar el Adige y el Mincio. Catinat sospechó muy pronto la causa de estos sucesos, y dió parte al rey; pero en pos de esta advertencia fué reemplazado por el mariscal de Villeroy, quien tan prevenido como la corte contra las sospechas de Catinat, principió por concertarse con el duque de Saboya para atacar el campo del príncipe Eugenio en Chiari. No habia necesidad de traicion para que esta empresa fuese temeraria: así, Catinat, que todavía no se habia separado del ejército, hizo que se le repetiera la órden de avanzar. El aviso que de esta marcha recibió el príncipe Eugenio, fué una nueva razon para que este venciera, como venció, á pesar de las pruebas de valor con que el duque de Saboya encubrió su inteligencia con él. Catinat, herido, prestó sin embargo el importante servicio de dirigir la retirada hasta el otro lado del Adda. El invierno separó los ejércitos: los imperiales lo pasaron en el Mantuano, y tomaron durante él á Guastalla y Mirandola.



Villars y el elector de Baviera.

El rey habia tenido en pie otros dos ejércitos; el uno en Flandes y el otro sobre el Rhin. El primero á las órdenes del mariscal de Boufflers, careciendo de enemigos que combatir, se limitó á abrir, para cubrir los Paises Bajos, líneas que se estendian desde Amberes hasta Huy en las cercanías de Namur. El segundo se conservó igualmente en observacion en la frontera. No era ya Barbesieux quien dirigia las operaciones de la guerra, por haber muer-

to en los primeros dias del año. El marqués de Chamillard, ministro de hacienda desde que Pontchartrain habia sido promovido á la dignidad de Canciller en 1699, reunió entonces los dos empleos. Simple consejero en el parlamento, el jugar bien al villar fué la causa de introducirse en la corte. Por su mucha moderacion, dulzura é integridad, simpatizó con madama de Maintenon, y en seguida con el rey, quien le ascendió desde luego de la intendencia de Rouen, y observando despues la naturaleza y estension de sus talentos, lo nombró ministro. Calculando Luis que se lograria mas unidad de accion en las operaciones de la guerra y de la hacienda con acumular los dos ministerios en una cabeza, le eligió para investirlo con este doble empleo; mas Chamillard, ya demasiado débil para llevar la primera carga, fué abrumado por la sobrecarga.

El príncipe Eugenio abrió la segunda campaña con la atrevida empresa de la sorpresa de Cremona, donde estaba el cuartel general del ejército francés. Cuatrocientos hombres, despues de haber puesto de noche un puente en el foso, entraron por un albañal que comunicaba con la casa de uno de los curas de la ciudad adicto al partido del emperador. Abrieron una de las puertas á cuatro mil hombres, cuya marcha habia ocultado el príncipe á los generales, y todos juntos se dirigieron al cuartel del mariscal de Villeroy. Este habia montado á caballo al primer ruido que oyó, y al indagar su causa se encontró embestido por todos lados y fué hecho prisionero. Afortunadamente dos regimientos irlandeses que se encontraron dispuestos hicieron resistencia, y dieron á la guarnicion tiempo para armarse. Ella no hubiera podido sostenerse contra las fuerzas que llegaban al príncipe por el puente del Po, defendido solamente por cien hombres, si el guia de los alemanes en la ciudad no hubiese sido muerto al conducirlos al mismo punto. Privados de su direccion: se perdieron en las calles; lo que permitió á un regimiento de la guarnicion el adelantárseles y cortar el puente despues de haber rechazado á los acometedores. Resultando ya inferiores las fuerzas de Eugenio á las de la ciudad, no se obstinó en combatir, y tomó el partido de la retirada, llevando consigo gran número de prisioneros.



Batalla de Denain.

Vendome, enviado para reemplazar á Villeroy, se juntó con Felipe V, el cual despues de haber pasado de España á Nápoles, donde se hizo reconocer, vino á reanimar al ejército con su presencia. Felices resultados señalaron su reunion, y sus primeros esfuerzos obligaron á Eugenio á levantar el bloqueo de Mántua. Continuando sus progresos, se disponian á cortarle la comunicacion con Guastalla y Mirandola, colocándose entre estas ciudades y el Pó, cuando atravesando el príncipe este rio sin noticia de ellos se escondió en el intermedio de su ribera derecha y del dique del Zero, cerca del cual vinieron imprudentemente los aliados á acamparse sin haber esplorado el terreno. El austriaco se habia propuesto atacarlos cuando hallándose los forrajeadores en los campos y la infantería en busca de paja y agua, le seria fácil invadir el campamento y coger las armas y la mayor parte de los caballos. La realizacion de tan audaz proyecto hubiera sido la ruina total del ejército: una casualidad evitó la ejecucion. Las sinuosidades del Zero y del dique levantado para contener sus aguas se encontraban por un punto tan próximas al campo, que un oficial por entretenimiento y sin otro objeto que el de satisfacer su curiosidad subió al mismo dique para ver el pais comarcano. ¡Cuál fué su asombro al ver á toda la infantería imperial en órden de batalla echada en el suelo, y toda la caballería detrás para sostenerla. Al instante dió la voz de alarma, y el combate no tardó en verificarse. Los imperiales no necesitaron mas que de subir al dique para poner bajo su fuego al ejército combinado que no estaba formado en batalla. Bien pronto lo franquearon para mas aproximarse; pero el terreno cubierto de sotos y matorrales, les impidió hacer cara á todo el frente, y dió tiempo á los aliados para formarse poco á poco. Puesto el ejército en línea, el ataque ya carecia de objeto, y los acometedores se escudaron de nuevo con el dique. Tal fue esta batalla de Luzara, dada el 15 de agosto, en la cual ambas partes se atribuyeron la victoria; pero la toma casi inmediata de Luzara y de Guastalla por el ejército de las dos coronas probó de que lado estaban las ventajas.

Guillermo viudo hacia muchos años de María Estuardo, murió al principio del actual. Se creyó por un momento que este acontecimiento podia introducir algun cambio en la política y las córtes; pero la reina Ana, cuñada de Guillermo, entró con ardor en la confederacion y trató de llenar con exactitud las condiciones del tratado firmado por su predecesor. En consecuencia, el Conde de Marlborough que habia estudiado la guerra con Turena, y que por su mujer ejercia la mas grande influencia sobre la reina Ana, y por sus relaciones con el ministerio, fué enviado á los Paises-Bajos con el título de generalísimo.

Las hostilidades sin declaracion de guerra se habian anticipado allí á su llegada. Cohorn desde las cercanías de Ecluse habia entrado en la Castellanía de Brujas y exigido contribuciones, mientras que otro cuerpo de tropas holandesas é inglesas estacionadas hacia Cleves bajo el mando del conde de Athlone, cubria sobre el Rhin el sitio de Kayserswerh dirigido por el príncipe Walrad de Nassau Sarbruch, general del emperador. El ejército francés, mandado por el duque de Borgoña teniendo á sus órdenes al mariscal de Boufflers, avanzó por este lado hasta Nimega, cuya plaza esperaba tomar; pero la retirada del conde de Athlone debajo de los muros de la ciudad hizo la empresa imposible. Entre tanto llegó Marlborough con re-

fuerzos. El duque de Borgoña, inferior en número, se limitó á una defensiva tímida, que le hizo perder mucho terreno. Cansado por fin de retroceder ante un enemigo que cada dia le presentaba la batalla que él no podia aceptar, volvió á Versalles. El mariscal de Boufflers al instante se retiró sobre el Brabante, y vió á Venloo, Ruremonde y Lieja caer sucesivamente en poder del general inglés que asi usurpó el curso del Mosa á la dominacion española.

Las ciudades del Bajo-Rhin en el electorado de Colonia habian igualmente sucumbido á los esfuerzos del príncipe de Nassau, y al mismo tiempo el archiduque José rey de romanos, dirigido por el príncipe de Baden sitiaba á Landau, colocada por el arte de Vauban en el número de las plazas fuertes de primer órden. El sitio duró tres meses. Catinat, que mandaba en la Alsacia, demasiado débil para impedirlo, tuvo que ser tranquilo espectador de esta toma, lo mismo que de la de Haguenau. El se retiró al abrigo de Estrasburgo, dejando traslucir el designio y la necesidad de concretarse á una defensiva, que permitia al enemigo el dificultar la union proyectada del elector de Baviera con el ejército francés.

La corte sin embargo, habia resuelto obrar, y Villars, teniente general á las órdenes de Catinat y conocido por su carácter emprendedor, fué encargado de operar con una division del ejército. Con este designio se aproximó á Huningue, hizo reedificar las fortificaciones de una isla del Rhin, las cuales habian sido demolidas á virtud de la paz de Riswick, colocó en ellas artillería, y al abrigo de su fuego estableció un puente á pesar de la resistencia del príncipe de Baden, situado en el otro lado bajo el cañon de Fridelinga. Uno de los oficiales de Villars se apoderaba al mismo tiempo de Neuburgo á cuatro leguas de Huningue, y aparentaba construir allí un puente. Inquietóse con esto el príncipe, quien temiendo ser atacado por los dos flancos se dispuso el 14 de octubre á apoyarse en las montañas á que estaba próximo, quedando siempre interpuesto entre el elector y los franceses. Confiando realizar este movimiento antes de ser alcanzado, no cuidó de sostener la infantería y caballería mútuamente, y les señaló caminos diferentes; pero la prontitud de los franceses en pasar el Rhin burló sus cálculos. Escalando la infantería francesa las alturas por donde se retiraba la imperial, logró alcanzarla, y en pos de una ligera resistencia la empujó al valle donde terminó el combate. Arrastrados algunos franceses por su intrepidez, se aventuraron á perseguirla en dicho valle; pero á su vez fueron ahuyentados, infundiendo tal pavor á las tropas victoriosas, que retrocedieron con un desorden que por fortuna no advirtieron los contrarios.

La verdadera batalla ocurió en la llanura entre dos cuerpos de caballería. Metida ya parte de la imperial en un desfiladero, en que sus flancos eran protegidos por la montaña y por el fuerte de Fridelinga, al verse acosada volvió atrás y engañada por una fingida retirada de la caballería francesa desembocó imprudentemente en la llanura, donde perdió la proteccion del fuerte. Este era el momento que aguardaban los franceses, quienes aprovechando el embarazo del enemigo en su nueva formacion en un terreno mas estenso, le atacaron con ventaja persiguiéndole hasta el desfiladero, sin temor al cañon del fuerte, que disparó igualmente sobre imperiales y franceses. Los soldados saludaron á Villars en calidad de mariscal de Francia sobre el campo de batalla, y el rey confirmó la aclamacion. Hacia algunos meses que Luis no recibia mas que despachos desconsoladores, y asi esta victoria le causó una impresion tan favorable, que dió las gracias al que le habia hecho tan importante servicio.

Pero esta victoria no tuvo al pronto las consecuencias que se esperaban. El elector que habia entrado en Ulm y Biberach para poder juntarse con los franceses, al ver los progresos del archiduque y la inaccion de Catinat, reflexionó sobre su posicion aislada en medio del imperio y comenzando á temer dió oidos á las proposiciones del emperador. De aquí su inmovilidad en Suabia en el momento del triunfo de Villars; pero no habiendo accedido el emperador á las demandas del elector, rompióse la negociacion y la Francia comprometió á este con vínculos mas firmes, concediéndole á nombre de Felipe la soberanía de los Paises Bajos españoles. Es probable que si se hubiera hecho esta cesion á los holandeses, desinteresados en las vicisitudes de la guerra, no se habrian comprometido en esta, como ni tampoco los ingleses, y que superior entonces la Francia á Leopoldo que no contaba con ningun camino para llevar la guerra á España y sus colonias, le hubiera traido fácilmente á la paz. Empero, ya no habia lugar para que se arriesgaran los franceses sin víveres ni municiones á cruzar los difíciles pasos de la Selva Negra, á pesar de que parecia ser convidado á esto Villars por el príncipe de Baden, al alejarse y seguir este el curso del Rhin.

Luis XIV tenia necesidad de la victoria de Villars, para compensar el desastre de las flotas francesa y española en el puerto de Vigo. El almirante Rook y el duque de Ormond engañados por falsas inteligencias, se habian presentado delante de Cádiz con una escuadra de setenta navíos y tropas de desembarco. Frustradas sus esperanzas y noticiosos de que los galeones de la Habana enviados por el conde de Chateau Renaud acababan de entrar en Vigo. Galicia, formaron el proyecto de apoderarse de ellos. Dos mil quinientos hombres sorprendieron el fuerte que protegia al puerto. La flota inglesa forzó al mismo tiempo con solo el empuje de sus navíos una estacada, con la cual se habia creido cerrar el puerto; y así que entró en este la escuadra, no permitió su superioridad mas que pensar en librar de su rapacidad todo lo que se pudiera, ya descargando los galeones, ya pegando fuego á los buques. No fué posible ejecutar este plan mas que en parte. Los ingleses cogieron diez naves de guerra y once galeones, y no pudieron quemar ni echar á pique mas que doce. Esta espedicion causó á la marina de las dos coronas una pérdida irreparable durante la guerra, y aseguró el imperio del mar á los ingleses.

El elector de Baviera, confirmado en la alianza de la Francia, dió pruebas durante el invierno de una actividad que no tardó en desmentirse. No solamente batió en Scharding cerca de Passau al conde de Schlyck, general del emperador, y en el otro lado del Danubio, cerca de Amberg capital de su palatinado de Baviera, al conde de Styrum, general de los Círculos, sino que se apoderó de Ratisbona y de Neuburgo; de suerte que desde Ulm hasta Passau se encontró dueño de todos los pasos del Danubio. Villars que al frente de veinte mil hombres no aguardaba mas que la desaparicion de la nieve para juntarse con él, no permaneció ocioso. Pasando el Rhin por Huningue, hizo levantar los cuarteles al príncipe de Baden, cogió parte de su bagaje y municiones, le forzó á retrogradar á sus líneas de Stolhoffen y embistió á Kehl, sin que el enemigo pudiera oponérsele. Para tomar cuanto antes á *Kehl*, desechó los planes de un ataque regular trazados por Vauban, confiando en el ardimiento de sus tropas y en la flogedad de las contrarias. Separándose pues de las reglas ordinarias y aventurándose temerariamente se apoderó en trece dias de una de las plazas mas fuertes de Europa, y aun tuvo tiempo para regresar á la Alsacia y dar aquí á sus tropas un descanso de quince dias.

Volviendo Villars á principios de abril á su gran proyecto, propúsose atacar desde luego en su campo al príncipe de Baden, que podia inquietar su marcha; pero á pesar suyo tuvo que desistir de este intento por haberse presentado obstáculos imprevistos. Encargando entonces al mariscal de Tallard que entretuviera al príncipe, se internó en el valle de Kinzing, y en pos de doce dias de trabajos y luchas en este difícil camino, desembocó en Villengen cerca del orígen del Danubio. Incorporóse al elector en Dutlingen, y desde luego comenzaron entre ellos discordias que malograron todo el fruto que debia aguardarse de la reunion de sus fuerzas. Por la consideracion mezquina de apropiarse como gefe de los ejércitos reunidos las contribuciones impuestas por Villars, queria el elector que se marchara inmediatamente contra las tropas de los Círculos situadas tras el Neckre, esperando que con batir al conde de Styrum se reducirian á la neutralidad los Círculos. Villars opuso la imposibilidad de conseguirlo con una simple derrota, y opinando que lo que al pronto convenia era dar descanso al ejército, propuso que dejando parte de este de observacion en Dutlingen, marchara el resto con las tropas del elector hácia Passau y Lintz, que no debian oponer mucha resistencia, y en seguida hácia Viena, desguarnecida á la sazon, donde se podia confiar que se conquistaria la paz.

Aceptado este plan por el elector, señaláronse para su ejecucion los primeros dias de junio; pero llegada esta época, el príncipe, que al parecer queria guardar consideraciones con el emperador, anunció la imposibilidad de marchar por la precision en que se encontraba de ir á socorrer su castillo de Rotemberg que estaba amenazado por el conde de Styrum. Villars le espuso lo inconveniente de sacrificar á la conservacion de una bicoca la ejecucion de un plan en que se cifraba su propia salvacion y la de sus aliados: nada pudo ablandar al elector. El enemigo entretanto temblaba en Viena: el emperador queria abandonarla, y solo el detuvo el príncipe Eugenio manifestándole que si los aliados no abrigaban la idea de avanzar hasta dicha ciudad, era menester no inspirársela con la fuga. Villars propuso entonces al elector la invasion del Tirol, sobre cuyo territorio tenia antiguas pretensiones. Aprobado este proyecto, fué invadido el Tirol con una facilidad que no se esperaba; el conde de Stahremberg, que mandaba en Italia, corrió á las gargantas del Trentin, á donde tambien le siguió Vendome como Villars habia previsto: todo prosperaba á placer, cuando dos incidentes, uno en el norte y otro en el mediodia, vinieron á cortar tan brillantes progresos.

En el mediodia ocurrió la defeccion del duque de Saboya, quien desde principios del año se habia comprometido con el emperador por abandonarle este el Monferrat. Empero todavía no se habia resuelto á variar de partido, creyéndose que dejó traslucir tales inteligencias para provocar la rivalidad de Francia y lograr el cambio de Saboya por el Milanesado, objeto capital de sus deseos. Acerca de esto mediaban negociaciones, y habia ya conformidad sobre los

artículos importantes, hallándose el duque con ánimo de ceder en puntos subalternos á trueque de conseguir lo principal, cuando el descubrimiento de su astucia surtió un efecto opuesto al que él aguardaba. Irritado de su doblez, mandó al instante Luis XIV que se le tratara como á enemigo. Siete á ocho mil piamonteses que habia entre las tropas francesas, fueron encarcelados, é invadióse la Saboya; pero las fuerzas con que todavía contaba el duque y sus plazas del Piamonte obligaron á Vendome á regresar del Tirol. Entonces juntáronse los tiroleses, casi todos cazadores, y auxiliados por algunas tropas disciplinadas, arremetieron á los bávaros, á quienes arrojaron de su territorio. El elector, que ya se habia establecido en Inspruck, tuvo que evacuarla precipitadamente, y corrió peligros personales en su retirada.

En el norte el mariscal de Tallard habia dejado escapar al príncipe de Baden; y en lugar de reparar esta falta siguiendo la ruta que Villars le habia abierto, se entretuvo en el cerco de Brissach, de que se hizo dueño, poniendo ademas sus miras en Landau. De estas operaciones inconexas resultó que el príncipe de Baden se juntó con Styrum; que siendo asi superior á Villars, pudo acercársele sin riesgo; que estableció un campo fortificado delante del de Dillingen; y que dejándolo á cargo de Styrum con suficientes tropas, pudo dedicarse con las demas á subir por el Danubio con el intento de acometer por la espalda á los franceses ó invadir la Baviera.

En tan inminente peligro renovó Villars al elector las instancias de apoderarse de Ausburgo, cuya posesion ofrecia la doble ventaja de proteger la espalda del ejército francés y cubrir la Baviera. Al mismo tiempo destacó una division considerable de su ejército para observar al príncipe y obligarle cuando menos á alejarse todo lo mas posible, á fin de poder preparar con mas desahogo sus últimas disposiciones. Gracias á estas medidas, no pudo el enemigo cruzar el rio sino por mas arriba de Ulm. Nuevas instancias de Villars al elector para que se aproximase cuanto antes á Ausburgo. Partió, pero tardó ocho dias para andar las once leguas que hay desde Munich á Ausburgo, y cuando llegó, la ciudad estaba ya en poder del príncipe de Baden. Quedaba todavía el recurso de una batalla; pero el elector no quiso empeñarla. Los franceses se quejaban de traicion, y Villars no sabia qué pensar. Por una parte la tranquilidad del elector que en estos críticos momentos se solazaba con la música y se divertia en sus jardines; y por otra las escesivas consideraciones del príncipe de Baden, que no demandaba ninguna contribucion á la Baviera, parecian indicar entre ellos inteligencia. Avergonzado de las faltas que se le hacian cometer, é inquieto ademas de los peligros que resultaban para el ejército, Villars no pudo soportar un estado tan violento, y pidió su relevo, que era igualmente solicitado por el elector.

Entre tanto supo que el mariscal de Styrum decampaba y se dirijia sobre Donawert con una porcion de barcos. Espone al instante al elector la urgencia de atacarle en el camino y no recibe por respuesta mas que las negativas acostumbradas. «Bien.» Marcharé solo con los franceses, replica Villars, quien dá la órden de partir. Fueron necesarias estas enérgicas maneras para arrastrar al elector. Styrum fue atacado en Hochstedt y completamente batido, habiendo dejado cinco mil hombres en el campo de batalla, ademas de siete mil prisioneros. El elector entusiasmado abrazó á Villars y volvió á caer en sus precedentes irresoluciones. Esta victoria fué mas bien una desgracia. Creyóse en Francia que el ejército no necesitaba ya socorros, y Tallard en lugar de ir á reforzarle se empeñó en el cerco de Landau. El elector opinaba lo mismo, y no pensando mas que en la seguridad de su pais queria concentrar en este las fuerzas de los aliados. Tal era precisamente el medio de atraer allí al enemigo, y de cerrar todas las puertas á la vuelta del ejército francés. Villars, al contrario, proponia que se estendiera el ejército de Baviera hasta las montañas, á fin de recibir siempre auxilios de Francia; pero este dictámen fue desestimado por el elector creyéndose abandonado. En la imposibilidad de reducirle con razones, el general francés que juzgaba inminente el peligro, significó que desde el siguiente dia se encaminaria el ejército francés hácia Memmingen. Al oir esto encolerízase el elector, quien tirando á la mesa su sombrero y peluca dice: «Yo he mandado el ejército del emperador con el duque de Lorena, general de tanta importancia, y jamas me trató de esta manera.—El difunto duque de Lorena, replica Villars, era gran príncipe y gran general; pero yo respondo al rey de su ejército, y no lo espondré á perecer por los desacertados consejos que se quieran seguir.» Subyugado por tal firmeza llama á las dos horas el elector á Villars, quien le pregunta: «¿Qué órdenes me da vuestra Alteza? Vos sois, responde esta, quien me las dá, y estoy obligado á seguirlas. Iré á donde os plazca.» Marcharon en efecto hácia Memmingen, y este primer movimiento bastó para que fuera evacuada Ausburgo. Ya no restaba mas que atacar al príncipe de Baden para concluir; pero como el elector estaba cansado del primer esfuerzo que habia hecho, fué imposible decidirle á otro, y Villars exaltado manifestó haber recibido órden para retirarse. Por muy apetecida que fuese la retirada por las dos partes, la resolucion del general, en las circunstancias en que se encontraban, consternó al consejo del príncipe; pero como Villars fué inflexible acerca de la condicion que ponia para quedarse, y no pudo vencer la voluntad ó la irresolucion del elector, partió decididamente y encontró en Schaffousse á su sucesor, el conde de Marsin, hijo del que se habia adherido á la causa de Condé. El rey propuso á Villars un ejército en Italia; pero el duque de Vendome mandaba en gefe, y Villars que acababa de conocer á costa suya los inconvenientes de mandar á medias, lo rehusó y prefirió la oscura comision de ir á sosegar á los encamisados en los Cevennes.

Hacia un mes que Tallard estaba delante de Landau, cuando el príncipe Federico de Hesse-Cassel, casado con la hermana de Carlos XII, á quien sucedió en el trono de Suecia, habiendo sido echado de los Paises-Bajos, se reunió hácia Spira con el príncipe de Nassau Weilburgo, general de las tropas palatinas y avanzó al socorro de aquella plaza. Tallard, sin dejar delante de esta mas que la guardia de la trinchera, se adelantó hácia el enemigo á quien encontró antes de ponerse en batalla, mas allá del segundo brazo del Spirehach. Tenia vista muy escasa: este defecto que le obligaba á ver por los ojos de otro, le hizo tomar el movimiento de una division enemiga que tomaba posicion, por un movimiento de temor; y creyendo que era llegado el momento de atacar, asi lo dispuso aunque el ejército estuviese todavía en columna, y no se hallara todavía reunido del todo en el campo de batalla. El vigor del ataque suplió á la falta de disposicion; y el desacierto que cometieron en seguida las alas del enemigo replegándose sobre su centro, donde sembraron el desórden, consumó su ruina, y proporcionó al mariscal el ganar una batalla que debiera haber perdido. Landau capituló al dia siguiente de la batalla.

Demasiado inferior á Marlborough, desembarcado este año en Flandes con el título de duque, Villeroy no pudo mas que limitar sus progresos, y los ataques que aparentó contra diversas ciudades, no impidieron la toma de Bonn, última plaza del elector de Colonia, como tampoco la de Huy y la de Luxemburgo. Cohorn y el varon de Opdam forzaron las líneas de Waes por el lado de Amberes; pero el mariscal de Boufflers y el marqués de Bedmar, que acudieron allí, los obligaron á retirarse hácia Ecluse, despues de haberlos batido en el combate sangriento de Ekeren. Atraido el rey de Portugal con algunas concesiones en Galicia y Estremadura, y con el casamiento que le fué propuesto de su hija con el archiduque Carlos, en favor del cual el emperador y el rey de los romanos renunciaron sus derechos sobre la España, abrió sus puertos á su yerno futuro y á los ingleses. Entonces se celebró entre Inglaterra y Portugal el famoso tratado de comercio, por el cual las lanas de la primera y los vinos del segundo se declararon objeto de cambio perpétuo entre los dos pueblos; tratado que se pretende no solo haber hecho pasar á Inglaterra la mayor parte del oro del Brasil, sino haber avasallado al mismo Portugal. La Francia no tenia mas que un aliado, el elector de Baviera, quien siguiendo aunque tarde los consejos de Villars, se apoderó de Ausburgo y de Passau; pero estas conquistas intempestivas no ofrecian entonces mas que ventajas parciales sin consecuencias de ninguna especie.

La situacion del emperador, acosado de un lado por los rebeldes de Hungría y de otro por el elector, era bastante crítica. Marlborough llegó á su socorro. Dejando en los Paises-Bajos al general Owerkerk á la defensiva, atravesó el Rhin por Coblenza, pasó el Neckre, se reunió con el príncipe de Baden cerca de Ulm, y se acercó con él á Donawert y á las líneas de Schellemberg, en las cuales se habia parapetado el general bávaro, Arco. Forzaronle despues de un combate sangriento, tomando sucesivamente á Donawert, Neuburgo y Aicha; presentáronse delante de Ausburgo, donde estaba ventajosamente colocado el elector, y recorrieron todo el pais hasta Munich. Esperaban con los estragos que habian cometido, alterar la fidelidad del elector abriendo una negociacion con él; mas ya Luis XIV habia dado órden á Tallard para llevarle un ejército de treinta y cinco mil hombres, y el mariscal estaba en camino. Todos los desfiladeros de las montañas estaban guardados, y en la imposibilidad de abrir paso por estas, pidió Tallard á los suizos permiso para atravesar su territorio, adonde se encaminó á pesar de su negativa y neutralidad. La alarma fué general entre ellos, quienes hicieron preparativos de defensa, y los generales del imperio llevaron todas sus fuerzas á las salidas de la Suiza. Esto era lo que aguardaba el mariscal: así que supo que no estaban en sus respectivos puestos, marchó rápidamente hácia Friburgo, entró en el valle de San Pedro, que apenas estaba custodiado, y habiéndose incorporado con el duque que habia avanzado hasta Biberach, hizo repasar el Danubio á los aliados.

Al mismo tiempo, el príncipe Eugenio que ocupaba las líneas de Stolhoffen, burlaba la vigilancia del mariscal de Villeroy, y no dejando en su campo mas que las tropas necesarias para su defensa, seguia á Tallard de cerca, observándole desde el otro lado del Da-

nubio. Hallábase dicho príncipe hácia Hohstœdt y reunido con Marlborough, cuando el elector y el mariscal atravesaron el rio para forzar á los aliados á alejarse. De todas las tentativas, esta era la mas inútil. Los aliados no podian arriesgarse mas en Baviera, sin correr el peligro de ser privados de sus almacenes, que estaban en Nuremberg y en Nordlingen, y esta circunstancia debia obligarles á dejar su posicion. Lo que un poco de paciencia hubiera proporcionado naturalmente á los generales francés y bávaro, limitándose á inquietar los convoyes enemigos, pretendieron conseguir á la fuerza, y eligieron el momento en que el príncipe de Baden estaba ocupado en el sitio de Ingolstadt. Eugenio y Marlborough juzgaron que debian aceptar el combate, y así se aproximaron á los contrarios.

Los generales frances y bávaro estaban persuadidos que el movimiento de los aliados no era mas que una astucia para ocultar la que proyectaban hácia sus almacenes: y quizá es preciso atribuir á esta opinion el estremado descuido que tuvieron en su órden de batalla. Para colmo de rareza, veinte y siete batallones de la infantería de Tallard estaban encerrados en el pueblo de Blenheim. Cada ejército contaba unos ochenta mil combatientes. El 13 de agosto por la mañana, el príncipe Eugenio, que mandaba la derecha de los enemigos pasó sin obstáculo un arroyo, y atacó á Marsin y al elector. Siempre preocupados por la idea de la retirada de los aliados, habian tomado desde luego este movimiento por una ficcion, y cuidaban tan poco de pelear, que segun costumbre habian salido sus forrageadores por la mañana; pero á pesar de su sorpresa, rechazaron al príncipe hasta el punto de donde habia salido, y otra carga no tuvo mejor resultado. Tallard en lugar de permanecer en su ala para observar al enemigo por aquel lado; al primer ruido habia corrido á la izquierda para informarse por sí mismo de lo que pasaba. Durante su ausencia, Marlborough pasaba el arroyo y se formaba al otro lado de este, en el espacio vacío que se le habia dejado. Los oficiales generales que esperaban á Tallard por instantes, no se atrevieron á tomar sobre sí la responsabilidad de dar órdenes para desconcertar tal movimiento: de suerte que el general inglés pudo con su infantería llegar sin obstáculo hasta la caballería francesa, cargarla, hacerla retroceder, y romper de este modo la línea de batalla. En este momento volvia Tallard á su ala. La debilidad de su vista le condujo á uno de los escuadrones enemigos que sostenian la infantería inglesa, y fué hecho prisionero. Con esto nadie dió órdenes, no hubo mas que confusion en su ejército, y no tardó en ser total la derrota. Marsin y el elector, á pesar de la ventaja que habian obtenido en un principio, temiendo ser cortados, repasaron el Danubio, y quemando en seguida su puente se replegaron sobre Ulm, sin pensar en retirar de Blenheim el cuerpo de infantería que estaba allí encerrado con cuatro regimientos de dragones, y que rodeado por todos lados se vió obligado por una fatalidad inconcebible que jamás habia acontecido, á entregar las armas sin haber podido combatir. A pesar de tantas faltas y desgracias, los vencidos hicieron comprar muy cara la victoria. Los aliados dejaron doce mil muertos en el campo, y solo á este precio compraron la destruccion de la mitad del ejército opuesto. Los fugitivos, recogiendo sus guarniciones de sobre el Danubio, reunian todavía cuarenta y cinco mil hombres; y si Villeroy, que habria quizá evitado esta catástrofe siguiendo de cerca al príncipe Eugenio, hubiera pasado en este momento las montañas, ellos podian hacer frente todavía al ejército victorioso. Pero sea que Villeroy no avanzase, sea que el elector y Marsin no se creyesen en estado de esperarle, estos se fueron á la Alsacia, y abandonaron cien leguas de territorio á los aliados. El elector, cruelmente castigado por haberse privado de los consejos y de la actividad de Villars, perdió toda la Baviera; y la electriz que habia sido siempre partidaria del emperador, obtuvo apenas por composicion que se le dejase á Munich y su bailía, para su mantenimiento y el de sus hijos. Los imperiales siguieron á los fugitivos sobre el Rhin, y acabaron la campaña con la toma de Loudun y de Trarbach, de que se apoderaron el príncipe de Baden y el rey de Romanos.

Algunos triunfos alcanzados en Italia, estuvieron lejos de compensar las pérdidas inmensas que se esperimentaban en Alemania. El duque de Vendome se habia apoderado del ducado de Modena, de Vercell y de Ibree; y el duque de La Feuillade, yerno del ministro Chamillard, que habia sometido la Saboya en el año precedente, se enseñoreó tambien de Suze y Pignerol: empero, por su parte despojaron los imperiales al duque de Mántua y al de la Mirandola. Hubo pocos acontecimientos notables en Flandes, donde los ejércitos debilitados de una y otra parte, se conservaron á la espectativa; mas la guerra se habia estendido á las fronteras de España y Portugal. Los ingleses á principios de año habian transportado el archiduque Cárlos á Lisboa con doce mil hombres de tropas inglesas y holandesas, mandados por el duque de Schomberg. Los españoles y los franceses tenian por gefe al duque de Berwick. Schomberg descontento de los holandeses y de la reina de Portugal, pidió su relevo, y fué reemplazado por otro francés, el conde de Galloway, conocido antes por Rubigny.

Durante la campaña, el almirante Rook se presentó delante de Gibraltar, punto importante que por un descuido imperdonable no tenia entonces mas que ciento ó ciento cincuenta defensores. Lo imponente de su posicion les permitió sin embargo resistir tres dias las hostilidades de la escuadra que disparó quince mil cañonazos, y los esfuerzos de dos mil quinientos ingleses ó alemanes que saltaron en tierra á las órdenes del príncipe de Hesse-Darmstadt. Inglaterra tomó posesion de aquella roca inespugnable. Así que supo Felipe esta pérdida, destinó ocho mil hombres de su ejército contra la misma plaza, mientras que una flota de cincuenta velas conducida por el mariscal Estrees, bajo el conde de Tolosa, hijo natural de Luis XIV y de madama de Montespan, se acercaba para secundar las operaciones de tierra. Mas por una parte los portugueses se aprovecharon de esta espedicion para recobrar las pérdidas que habian sufrido hasta entonces, y por otra el almirante Rook con setenta y cinco buques y muchas lanchas bombarderas vino á contrariar los esfuerzos de la flota, que fué atacada á once leguas del sud de Málaga. Los ingleses á pesar de la superioridad del número y del viento no obtuvieron ventaja ninguna: ni perdieron los franceses un solo buque, habiendo volado el vice-almirante holandés. Al contrario, el cuerpo de batalla de los aliados cedió y fué obligado á retirarse despues de haber agotado todas sus municiones. Los franceses habiendo perdido mil y quinientos hombres, é ignorando la pérdida mas considerable de los ingleses, y sobre todo su absoluta escasez de pólvora, descuidaron el renovar al dia siguiente un combate cuyo éxito no podia ser dudoso. Esta fué la última hazaña marítima de que los franceses pudieron vanagloriarse, pues desde esta época empezó á decaer su marina.

Villars mientras tanto, empleando alternativamente ya la firmeza, ya la clemencia, y echando mano de cuantos medios podian restablecer el órden, ofreció á los protestantes montañeses amnistía completa, libertad de salir del reino y facultad de vender sus bienes. Formó con aquellos un tratado por el cual proponian al rey, que tenia gran necesidad de tropas para reparar el desastre de Hochstædt, organizar cuatro regimientos con sus soldados: no pedian sino que se les considerara como tropas estranjeras sobre la libertad de cultos. Ya se iban á aceptar sus proposiciones, cuando unos emisarios de los aliados vinieron á trastornarlo todo. Un solo gefe permaneció firme, llamado Cabalier, que era hijo de un panadero y obtuvo una pension y el despacho de coronel. Sus compañeros pasaron á Holanda, donde formaron regimientos que se distinguieron por el mas ardiente fanatismo. Mal recibido el mismo Cabalier en la corte donde osó presentarse, pasó al servicio de Holanda, despues al de Inglaterra, y murió siendo oficial general en Jersey.

A las desgracias que empezaban á pesar sobre la Francia vinieron á unirse las disputas teológicas que no ocasionaron á Luis XIV menos embarazos que los cuidados de la guerra: ni un momento cesaba el combate á que habia dado lugar el desdichado libro de Jansenio, orígen de tantos trastornos. Sus defensores eran llamados *jansenistas* y sus adversarios *molinistas* por ser su gefe Molina, jesuita español, que tambien habia intentado poner de acuerdo á la gracia con la libertad. Así, la Iglesia de Francia se veia turbada con incesantes disputas por las opiniones de dos estranjeros. Roma durante treinta y cuatro años que habian transcurrido despues de la paz de Clemente IX, no pudo sin duda ignorar las restricciones que la habian ocasionado; pero juzgó conveniente atenerse á los hechos auténticos, abandonando á los autores de hechos secretos á los remordimientos de su conciencia. La habilidad del arzobispo de Paris Harlay y la moderacion del padre La Chaise, confesor del rey, habian contribuido á conservar la calma cuando los jansenistas renovaron estrepitosamente tan enojosas discusiones.

En 1702 se imprimió el famoso *Caso de conciencia*, que era una consulta supuesta de un confesor perplejo sobre su conducta con un eclesiástico de provincia, y obligado en consecuencia á recurrir á los doctores de la Sorbona. Además de diversos escrúpulos que tenia para absolver á su penitente en razon á los sentimientos particulares que abrigaba sobre diferentes materias tocantes á la gracia, á la moralidad de las buenas obras, al culto de los santos y á la lectura de ciertos libros sospechosos, como las cartas de San Ciran, la Frecuente Comunion de Arnaldo, la Moral de Grenoble, las Conferencias de Luzon, el Ritual de Aleth, el Nuevo Testamento de Mons, etc., el principal motivo giraba sobre la naturaleza de la sumision debida á las Constituciones de los Papas contra el jansenismo, sumision con que se conformaba el eclesiástico, pero bajo reserva de un silencio respetuoso. Cuarenta doctores de la Sorbona opinaron que tales sentimientos ni eran nuevos ni condenables, sin reflexionar mucho en las consecuencias: Clemente IX condenó tal decision por un Breve de 13 de febrero de 1703, y todos los obispos de Francia se apresuraron á adherirse al juicio papal.

De los edictos que aparecieron sobre este punto, ninguno fué tan notable como el de Fenelon, y ningun pastor tenia mas autoridad que él para defender la causa de la sumision, despues del paso de deferencia que él mismo habia dado á su propia condenacion en 1699 en el desgraciado asunto del quietismo á que se dejó arrastrar, habiendo encontrado á Bossuet por adversario. Un lenguaje siempre claro y fácil descifró estas disputas embrolladas que se perpetuaban sin duda por la presuncion de la vanidad y tambien por no entenderse.

«La Iglesia, decia él, jamás ha pretendido que la intencion personal de Jansenio hubiera sido el enseñar las heregías por las cuales su libro ha sido condenado. Ella no juzga de los sentimientos interiores de las personas. El secreto de los corazones está reservado á Dios. Cuando ella habla del sentido de un autor, no intenta hablar sino de aquel que se desprende naturalmente del testo. Ni menos ha decidido que esta combinacion de letras, sílabas y palabras que componen precisamente las cinco proposiciones, se encuentra materialmente en el testo de Jansenio. Las cinco proposiciones no son mas que como el compendio del libro, y el libro es la obra en que el sentido de las cinco proposiciones está ámpliamente esplicado.» En seguida demuestra «que si se adoptaba el sistema de la distincion del hecho y del derecho y del silencio respetuoso, no habria heregía ni herege que no pudiese eludir los anatemas de la Iglesia, y que se podria decir, por ejemplo, que el Concilio de Trento se habia equivocado sobre la verdadera significacion de los testos condenados en los autores protestantes.» Y si los partidarios de Jansenio pretendian que mediaba «gran diferencia entre las decisiones de un concilio general y las bulas de un Papa, les respondia con las palabras mismas de San Agustin, de quien se decian discípulos. ¿Es menester celebrar un concilio para condenar una heregía notoria, como si una heregía no hubiese sido jamás condenada mas que por un concilio? Al contrario, rara vez es necesario convocarlo para tales condenaciones; ora hable la Iglesia en una Asamblea general, ora sin esta se adhiera á la primera silla en una decision de esta, ella es siempre la misma á quien se hizo la promesa del Espíritu Santo.»

Sobre la paz de Clemente IX observa «que es preciso dejar á un lado las cartas misivas de los particulares, todos los razonamientos de los negociadores, y que es menester atenerse á los actos eclesiásticos, que son las únicas pruebas de derecho y las solas formas por las que declara auténticamente la Iglesia sus intenciones.» Concluye probando «que el silencio respetuoso autoriza la hipocresía, el perjurio y todos los errores que combate la Iglesia.» Como el Breve del Papa era por sus cláusulas poco susceptible de ser admitido en Francia, á instancias del rey espidió el Soberano Pontífice una bula descargada de las fórmulas incompatibles con las prácticas del reino. Esta bula, que empieza *Vineam Domini Sabaoth*, se publicó el 15 de julio de 1705: confirma todas las precedentes sobre el mismo asunto, declara la insuficiencia del silencio respetuoso, y exige la adhesion de palabra y de ánimo. Luis XIV la trasmitió desde luego á la asamblea del clero, que antes de aceptarla sentó por máxima que los obispos tienen derecho por institucion divina para juzgar en materias de doctrina; que las constituciones de los Papas obligan á toda la Iglesia, cuando son aceptadas por el cuerpo de los pastores, y que esta aceptacion por parte de los obispos se hace siempre por via de juicio.

La Francia, tan triunfante en otro tiempo, estaba reducida á irse sosteniendo. Despues de la funesta jornada de Hochstædt se volvieron á poner los ojos en Villars, á quien se le dió un mando en la frontera. El enemigo creia tan seguro el buen éxito de sus proyectos de invasion que no los disimulaba, y nada mas se ignoraba que el punto por donde se proponia atacar. Villeroy se oponia en Flandes, Marsin en Alsacia y Villars entre los dos sobre el Mosela. La reunion de los aliados en Tréveris patentizó que contra quien pensaban obrar era contra el último, y que su plan era penetrar por la Lorena, donde contaban con inteligencias. El ejército de ellos se componia de cien mil hombres, y Villars no tenia arriba de sesenta mil: vióse pues precisado á atenerse á la defensiva. Situado en Sirk, entre las ciudades de Luxemburgo, Thionville y Saarluis, fortificó su campo, aunque sin levantar trincheras que al decir suyo inquietaban á los franceses. Ya estaban terminados estos preparativos cuando Marlborough y el príncipe de Baden, habiendo atravesado el Saro, se presentaron el 15 de junio delante de los franceses; pero en la noche del 16 al 17 decampó Marlborough con el mayor secreto y se fué á Flandes á buscar un flanco mas débil que atacar, escudando su retirada con la mala voluntad del príncipe de Baden, quien ora por prevencion religiosa, ora por rivalidad de talentos, era acusado de no secundar al general inglés.

Villars atacó los rezagados, y alarmó de tal manera al pais, abandonado por los enemigos, que Tréveris y Saarburgo le abrieron las puertas sin resistencia, haciéndole dueño de almacenes inmensos. Reunido con el mariscal Marsin, forzó las líneas de Weissemburgo; pero no pudo desalojar al príncipe de Baden de su campo fortificado donde aguardaba refuerzos del imperio. Estos llegaron en el momento mismo en que Marsin era llamado á Flandes á socorrer á Villeroy, cuyas líneas habian sido rotas. Habiendo quedado solo Villars sin mas fuerza que la mitad de las del príncipe, no pudo impedir que este atacase el fuerte Luis y que se apoderase de la ciudad de Haguenau. En los Paises Bajos el elector habia desde luego tomado la ciudad de Huy; pero cuando los aliados vinieron hácia esta parte, no solo recuperaron esta ciudad, sino que forzaron las líneas defendidas por el príncipe y por Villeroy.

En Italia el duque de Saboya defendia con gran trabajo el Piamonte contra Vendome, que le quitó á Verue, y contra el duque de La Feuillade, que se habia apoderado de Niza, Villafranca y Chivas. Sus fuerzas reunidas se dirigian sobre Turin, cuando el príncipe Eugenio apareció á la orilla izquierda del Adda disponiéndose á marchar al socorro de la ciudad. Vendome voló á la orilla derecha para oponerse al paso del príncipe: los dos ejércitos se contemplaron un rato sin moverse; en fin, el príncipe bajó el rio para aprovecharse de los vados y puentes. Vendome hizo otro tanto para continuar observándole; pero la izquierda estaba cubierta de manera que no podian notarse los movimientos del príncipe, al paso que la derecha estaba cortada por arroyos que interrumpian la comunicacion de varias porciones del ejército. Con este conocimiento meditó el príncipe un ataque.

Obligado Vendome por los accidentes topográficos á obrar algo á ciegas, habia abrazado en su marcha una estension de terreno demasiado grande. Su centro estaba al frente del puente de Cassano, cuando su vanguardia distaba de este una legua y otra la retaguardia. En este momento se presentó la infantería del príncipe á la estremidad del puente intentando pasar por él y por los vados vecinos. La sorpresa introdujo desde luego el desórden en los batallones franceses que desfilaban sin sospechar que tan cerca se encontraban del enemigo, y les hizo perder un terreno que el príncipe aprovechó para formar sus tropas; pero repuestos los vencidos de su primer terror, y secundados tanto por la porcion del centro que por su posicion avanzada se habia librado del combate, como por la retaguardia que no se esperaba aun, volvieron á tomar la ofensiva arrojando al rio á cuantos no fueron muertos ó hechos prisioneros. Vendome perdió su caballo; el príncipe Eugenio fué herido; el duque de Saboya no fué socorrido, y sin embargo se cantó un *Te Deum* en Viena, á pesar de que sacaron ventajas los franceses.

Durante este tiempo los almirantes Leake y Schwell con una de las mas formidables flotas que Inglaterra y Holanda habian reunido nunca, y llevando tropas de desembarco al mando del conde de Peterborough, conducian al archiduque Cárlos desde Lisboa á las costas de Cataluña, cuyos habitantes adictos en masa á la casa de Austria solo esperaban una ocasion para declararse. El sitio de Barcelona produjo este acontecimiento: la guarnicion, demasiado débil y atacada en medio de una ciudad contraria, se vió bien pronto forzada á ceder á la numerosa artillería de la flota y del ejército. Cárlos entró en la ciudad el 9 de octubre; fué proclamado rey de las Españas, y toda la provincia, asi como los reinos de Aragon y Valencia, siguieron poco despues este ejemplo. La capitulacion de Barcelona fué notable por una singularidad digna del carácter estraordinario del general que mandaba el sitio. Mientras él parlamentaba con el gobernador en una de las puertas, oyéronse de repente gritos de alarma y de terror en toda la ciudad. «Nos haceis traicion, esclamó el gobernador, en tanto que nosotros parlamentamos de buena fé.—No, respondió Peterborough, y si algunos á favor de la suspension de armas han penetrado en vuestra ciudad, no pueden ser sino alemanes del príncipe de Darmstadt: dejadme entrar con mis ingleses, los echo á todos fuera, y acabaremos la capitulacion.» El acento de verdad con que pronunció estas palabras convenció al gobernador, quien le abrió las puertas. Efectivamente todo pasó tal cual lo habia anunciado Peterborourgh, quien volvió á terminar la capitulacion empezada.

El emperador Leopoldo habia muerto al principio del año. José, su hijo mayor, de un carácter mucho mas ardiente, se mostró todavia mas decidido en favor de la liga, y su primer paso fué declarar traidores al imperio á los electores de Baviera y de Colonia. Los infelices bávaros, agobiados bajo el yugo austriaco, se sublevaron sin considerar si podian ser socorridos, no consiguiendo otro resultado que el de hacer doblemente pesado el yugo. La electriz se refugió á Venecia, y sus hijos fueron detenidos en Inspruck.

La desgracia que perseguia al duque de Baviera y que parecia comunicarse á las armas de su aliado, acumuló en la campaña siguiente todos los reveses sobre la Francia. Unido siempre al mariscal Villeroy, habian abandonado los dos las nuevas líneas levantadas en el Dyle, y cuando el sistema general de las operaciones aconsejaba permanecer en Flandes, ya por órden de la corte, ya por sí mismos, con el designio de impedir la reunion de las tropas danesas y prusianas, se habian adelantado hácia el Ghete. Aquí encontraron la batalla apetecida mas pronto de lo que creian, pues

cuando suponian que el enemigo estaria tambien en movimiento, con la mayor sorpresa le descubrieron de improviso al otro lado del rio. Villeroy se puso al instante en batalla con una imprevision é incapacidad que indicaban la sorpresa que habia esperimentado. Sus disposiciones defectuosas dieron márgen á que en un cuarto de hora fuera derrotado un ejército de ochenta mil hombres dejando cuatro mil muertos en el campo de batalla; y esta pérdida no fué la mayor sino la que hubo en la retirada. Veinte mil hombres fueron víctimas de la confusion y del desórden. La totalidad de los Paises Bajos españoles cayó en poder de los aliados, y los franceses no se encontraron seguros sino al abrigo del cañon de Lila.

Faltas semejantes produgeron iguales reveses en el Piamonte. La campaña habia allí principiado victoriosamente: el duque de Vendome habia batido en el Bressan á los imperiales mandados en ausencia del príncipe Eugenio por el general dinamarqués Rewentlau, y les habia obligado á volver á repasar el Adije por el Trentin. Turin por otra parte estaba muy estrechada por el duque de La Feuillade con toda la actividad que le permitian la inmensidad de municiones que su suegro habia puesto á su disposicion, y el deseo de conseguir el baston de mariscal, justa recompensa de una hazaña que debia terminar la guerra de Italia. Todo presagiaba este desenlace, cuando Eugenio llegó á Roveredo con multitud de contingentes de la Alemania. Vendome, que habia descuidado destruir el núcleo del ejército imperial, se vió muy pronto inferior á este, y aunque habia fortificado bien los pasos del Bressan, del lago de Garda y aun el curso mismo del alto Adige, no habia podido hacer lo mismo con el resto del rio. Este fué justamente el camino que tomó Eugenio, quien encaminándose hácia la Polesina de Rovigo, atravesó el Adige y luego el Pó, estableciéndose sobre este rio. Las dificultades del terreno, hacian sin embargo esperar á Vendome que podria disputar bastante tiempo el terreno, para que Turin sucumbiese antes de la llegada de los imperiales; pero los desastres del norte le llamaron á Flandes á inspirar un poco de confianza al ejército. El jóven duque de Orleans y el mariscal de Marsin, destinados á reemplazarle, recularon el 7 de setiembre ante las fuerzas de Eugenio: el duque de Orleans queria segun las buenas máximas, que se abandonase el sitio para correr al encuentro del enemigo, y este era tambien el parecer de los oficiales generales, cuando Marsin presentó una órden superior que prohibia aventurar la batalla. Esta medida de precaucion, inaplicable á las estensas líneas que rodeaban á Turin, fué muy funesta: las líneas fueron forzadas; Marsin recibió una herida mortal, y el duque de Orleans resultó tambien herido. Fue pues preciso proceder á la retirada, que muy mal dirigida dejó libre á toda la Italia.

Iguales reveses esperimentó la Francia en España, donde Felipe y el mariscal de Tessé, que cercaban al archiduque en Barcelona, levantaron el sitio despues que la ciudad fué provista de víveres por el almirante Leaké, ante cuyas fuerzas superiores tuvo que retirarse la flota del conde de Tolosa. Poco despues Cartagena, Ciudad-Rodrigo y Salamanca cayeron en poder de los aliados, y Lord Galloway entró al fin en Madrid, donde hizo proclamar al archiduque; pero la resistencia de los castellanos, la estremada escasez de víveres y la próxima llegada de Felipe y del mariscal de Berwick le obligaron bien pronto á retirarse.

Unicamente Villars sostenia en la Alsacia el honor de las armas francesas. El mariscal de Marsin estaba todavía con él, cuando libertó al fuerte Luis ocupado el año anterior por el príncipe de Baden. Marsin se negaba á marchar con su division, alegando por pretesto la inundacion que cubria la llanura. Villars que podia darle órdenes, prefirió determinarle por medio del ejemplo, y sin otra precaucion que enviar delante veinte granaderos, se metió en el agua inmediatamente despues de ellos, y se hizo seguir por el cuerpo del ejército de su colega. El enemigo, que se creia muy seguro, apenas opuso resistencia, y emprendió la fuga al otro lado del Rhin. La ocupacion de Lauterburgo, de Drusenheim y de Haguenau, fueron la consecuencia de esta ventaja, Villars no perdia de vista las líneas de Stolhoffen, y habiéndole Vendome enviado su division al salir de los cuarteles de invierno, tomó disposiciones para apoderarse de ellas; parecian en verdad inexpugnables ya por las fortificaciones que las cubrian, ya por estar defendidas por cuarenta mil hombres á las órdenes del Margrave de Bareith, que habia sucedido al príncipe de Baden, fallecido durante el invierno. Villars dejaba creer que esperaba el nacimiento de la yerba para entrar en campaña, cuando el 22 de mayo á las cinco de la tarde y casi al salir de un baile que habia dado en Estrasburgo para encubrir mejor sus designios, se principiaron tres ataques contra las líneas del Rhin, interin dirigia él mismo otro por el lado opuesto del rio. Villars arrolló completamente al enemigo, y penetrando en Alemania, puso á contribucion la Suabia y la Franconia: hasta envió destacamentos á Hochstaedt con el objeto de destruir una pirámide que se decia haber sido elevada para gloria de los vencedores y vergüenza de los franceses.

Las victorias estendieron los planes de Villars. Propuso secretamente á Cárlos XII que despues de haber hecho elegir rey de Colonia á Estanislao Leczinski en 1704, acababa ademas de forzar á Augusto por el tratado de Alt Randstadt á renunciar al trono, que reuniese sus tropas en Noremberg con las suyas á fin de aprovechar la feliz ocasion que se le presentaba para engrandecerse; pero ya Malborourgh habia tomado la delantera cerca del príncipe para obligarle á volver las armas contra los rusos. Otros incidentes vinieron á detener los progresos del general francés, tales como la invasion de la Provenza por el duque de Saboya y el príncipe Eugenio, el aumento del ejército de los Círculos con los contingentes de Sajonia y los hanoverianos, y en especial la actividad de su nuevo gefe, el elector de Hanover, Jorge Luis, que fué despues rey de Inglaterra. La rapidez con que este se trasladó á Filisburgo forzó á Villars, para evitar el peligro de ser cortado, á retroceder hasta la Alsacia, donde tuvo que establecer sus cuarteles de invierno.

La invasion de Provenza no correspondió al cálculo con que fué concertada. Al ejército de tierra auxiliaba una escuadra inglesa que se habia encargado del transporte de la artillería gruesa, difícil de ser arrastrada por las montañas. Como el enemigo no podia ser detenido por plazas fuertes, penetró sin tropiezo en el riñon de Provenza, y se acercó á Tolon á últimos de julio. Al mismo tiempo lograron introducirse en esta ciudad tres mil hombres que repararon las fortificaciones descuidadas imprudentemente. Acrecentóse la esperanza de defender con eficacia un punto tan importante con la llegada del mariscal de Tessé, quien se situó cerca de la ciudad en una respetable posicion que incomodaba mucho al enemigo. Los aliados procedian con lentitud por haberse malquistado el duque de Saboya con los ingleses, que no habian sido exactos en aprontar los subsidios que prometieron para esta espedicion. El desconcierto por lo tanto con que se obró, los refuerzos que llegaron al mariscal, las ventajas sacadas por este del ataque de un puesto, la resistencia de los cercados, y las enfermedades en fin que se propagaron en el ejército combinado, le forzaron á adoptar el partido de la retirada; habiéndole costado esta tentativa infructuosa catorce mil hombres, y no habiendo hecho mas daño que quemar algunas casas y dos buques de guerra con las bombas de los ingleses.

Mas felices fueron los aliados en Nápoles, cuya ciudad arrebataron á Felipe, habiéndose salvado por causa de esta espedicion la Provenza, que acaso habria sucumbido á haberse juntado las fuerzas que obraron separadamente. La pérdida de Nápoles fué compensada en España con los triunfos del duque de Berwick. Habiendo este acudido desde el principio de la campaña á socorrer á Villena, batió á Galloway en Almansa, y redujo á la mitad el ejército anglo-portugués, cuyos restos pasaron á Cataluña y Aragon. El reino de Valencia y otras provincias de España volvieron á la dominacion de Felipe, y hácia el fin del año el duque de Orleans se apoderó de Lérida, adquiriendo con esta toma una gloria que habia faltado al gran Condé. Esta ciudad reputada inexpugnable, habia venido á ser depósito de inmensas riquezas de que se apoderaron los vencedores. Vendome, que habia sido escogido para mandar en Flandes, correspondió perfectamente á las esperanzas que de él se concibieron, alejando á Marlborough, ya que no de las posesiones españolas cuando menos del territorio de Francia.

Este año es notable por la introduccion del *papel moneda* en Francia, remedio destinado á curar una llaga que debia hacerse mas profunda. Entonces se verificó la emision de *billetes* llamados de *moneda*, en cantidad suficiente para producir al menos algun efecto en la circulacion, pues eran conocidos desde 1701. Debieron su origen á la refundicion de la moneda, y eran dados en pago de las materias con que contribuian los particulares á los establecimientos públicos. En los primeros años fueron religiosamente pagados á su vencimiento estos vales que se negociaban como letras de cambio. En 1704, una nueva refundicion dió lugar á otra emision de billetes, á que se dió un interés de siete y medio por ciento.

En medio de tal penuria de medios y á pesar de la decadencia de la marina y de los esfuerzos que Luis XIV tenia que hacer sobre tantos puntos, aun se reunian en Dunkerque buques de transporte para un ejército de siete mil hombres, y una escuadra de ocho navíos y veinte fragatas destinadas á conducir á Escocia á Jacobo III, conocido con el nombre del caballero de San Jorge. La Escocia incorporada recientemente á la Inglaterra, se veia con pena tratada como una simple provincia, y echaba muy de menos su dignidad, su título, su parlamento, su independencia. Estaba entonces sin tropas y se habian agenciado muchas inteligencias: la escuadra era mandada por uno de los mas intrépidos marinos de esta época, el conde Forbin, quien de acuerdo con Duguay-Trouin habia batido en el año anterior la escolta de un convoy considerable destinado á reparar las pérdidas de Almansa y dispersado el convoy mismo. El viento favoreció la escuadra francesa, arrojando

contra la costa los buques ingleses que la espiaban, por haberse traslucido el secreto de la espedicion; de modo que cuando á fines de marzo anclaron los franceses en las aguas de Edimburgo, esta ciudad estaba defendida por una fuerte guarnicion. Forbin que respondia del príncipe, viendo que sus señales quedaban sin respuesta, mandó en el momento desplegar velas para retirarse, determinacion que salvó la flota perseguida muy de cerca por cuarenta buques ingleses á las órdenes del almirante Byng. Todos los gastos de armamento fueron perdidos, y el pretendiente marchó á Flandes á terminar la campaña.

Las inteligencias que allí habia prometian muchos progresos que el rey quiso redundasen en honor de su nieto el duque de Borgoña. Esta especie de capricho produjo en los mandos una mutacion que perjudicó al buen éxito de las operaciones. El duque de Vendome estaba al frente de una cábala opuesta al jóven príncipe, y la confusion en los consejos produjo una inaccion casi completa. El elector de Baviera que no podia obrar á las órdenes de su sobrino, fué enviado á las orillas del Rhin contra el príncipe Eugenio, de quien solo Villars podia ser digno antagonista, y este fué trasladado al Delfinado y a la Provenza amenazadas aun por el duque de Saboya. El ejército de Villars era tan débil, y tan estensa la línea que tenia que defender, que le era imposible entregarse á su carácter emprendedor. Empero los movimientos del duque de Saboya hácia el monte Cenis, le hicieron al fin concentrar sobre este punto las fuerzas que habia diseminado hasta el momento de poder juzgar de los proyectos del enemigo. Ya no se hallaba el duque mas que á media legua de Brianson, cuando Villars se apoderó á su misma vista de las dos pequeñas ciudades de Cezanes, forzándole con esto á replegarse sobre Exiles. Villars intentaba acorralarle hácia este punto, cuando la cobardía del gobernador de esta roca entregó el paso y el mismo fuerte que tenia órden de defender hasta el último trance. Con esto y con la cesion de los fuertes de la Perouze y Fenestrelles al enemigo, vió Villars nuevamente frustrados sus planes; y las nevadas que sobrevinieron terminaron una campaña de que salió humillado el amor propio del general francés, aunque logró el objeto para que fué enviado.

Sobre el Rhin, el príncipe Eugenio habia evitado el encontrarse con el elector, á quien se habia dado por segundo al mariscal de Berwick; y en lugar de seguir el plan por él vociferado de subir hácia Tréveris y penetrar en Lorena, marchó rápidamente hácia Flandes, donde Marlborough inferior en fuerzas al duque de Borgoña, no pudo impedir la rendicion de Gante, á que contribuyeron mucho las inteligencias agenciadas por los franceses. No obstante la divergencia de estos y las incertidumbres que de ella resultaban en los movimientos del ejército, permitieron á Eugenio el reunirse con Marlborough y atacar en seguida á los franceses. La accion habida el 11 de julio no fué una batalla ordenada, sino una multitud de combates que no dieron resultado decisivo. Vendome, á quien reprochaba el duque de Borgoña por haber traido al ejército á una situacion en que era imposible vencer, queria pernoctar en el campo de batalla para reproducirla á la mañana siguiente, y hasta impuso silencio al principe que á ello se oponia. Sin embargo, en vista del parecer de la mayoría de los oficiales generales que se adhirieron al del duque de Borgoña, ordenóse la retirada; pero ejecutada en medio de las tinieblas fué tan funesta á los franceses como útil á los aliados. Realizóse esta especie de fuga hácia Gante, hallándose ya consumada cuando se presentó Berwick con parte del ejército del Rhin.

Agravóse hasta tal punto la discordia entre los generales franceses, que pudieron los enemigos llevar á cabo cuanto quisieron. Contra todas las reglas del arte emprendieron el asedio de Lila, donde se habia introducido el mariscal de Boufflers. En vano se sostuvo este por espacio de cuatro meses aguardando socorro: su larga resistencia y el brillante ejemplo que daba no pudieron inspirar un esfuerzo, y tuvo que capitular cuando ya no restaba en la ciudadela mas medio de subsistencia que un pedazo de caballo, con que convidó al príncipe Eugenio. Despues de tomada la ciudad apoderáronse los franceses de algunos puntos intermedios entre Lila y Ostende, y el elector intentó sobre Bruselas una diversion que hubiera salvado á Lila si hubiese sido realizada á tiempo. Pero la mala estrella debia continuar afligiendo la vejez de Luis, y poco despues de haberse levantado el sitio á la sola presencia de Eugenio, cayeron en poder de este Gante, Brujas y otras ciudades arrebatadas antes á los aliados. Vendome contrariado en el consejo, abandonó al ejército al terminarse la campaña y estuvo retirado en Anet cerca de dos años. La suerte de la guerra era menos feliz para los aliados en España. El duque de Orleans añadió Tortosa á sus primeras conquistas, y el conde de Mahoni que mandaba las tropas de ambas coronas, prosiguió triunfando en el reino de Valencia. Pero los ingleses á quienes su pujante marina permitia libre acceso á todas las costas, se indemnizaron de las pérdidas sufridas en el Continente con las islas de Cerdeña y Menorca.

La guerra empezaba á abrumar á casi todas las potencias beligerantes: los príncipes de Alemania que con tanto ardor habian abrazado la causa del gefe del imperio, cansados ya de las hostilidades, volvian á sus prevenciones añejas contra la casa de Austria. La Inglaterra que contribuia á los subsidios que les pagaba la Holanda, ademas de sus inmensos gastos en Saboya, en Portugal y en la Península, advertia igualmente que su profusion era muy perjudicial á su prosperidad particular. En cuanto á Francia, una larga série de reveses y la penuria de la hacienda la habian dispuesto á cuantos sacrificios fueran menester, para entrar en tratos de paz. Al efecto envió Luis XIV sucesivamente á Holanda al presidente Rouillé y al marques de Torcy, ministro de negocios estrangeros, por juzgar muy desacertadamente que allí debia solicitarse la paz. La distancia de las fronteras holandesas del teatro de las hostilidades permitia á sus afortunados negociantes un comercio muy lucrativo proveyendo casi esclusivamente á las necesidades de la guerra, lo cual daba mucho crédito á los holandeses, y eran los árbitros de Europa. Como ellos no padecian, se cuidaban poco de las penalidades del continente, y á su orgullo se presentaba poco humillada la Francia para otorgarla el reposo. Por otra parte, el pensionario de ellos Hensio, Eugenio general y agente del ambicioso José, y sobre todo Marlborough que dominaba todavía en Inglaterra, formaban una especie de triunvirato que conspiraba á perpetuar la guerra, y no atendia ni á sumisiones las mas humillantes ni á concesiones las mas costosas.

Ya Luis XIV despues de las derrotas de Hochstædt, Ramillies y Turin habia ofrecido abandonar al archiduque, la corona de España y sus estados en el nuevo mundo, á condicion de que quedara su nieto con Nápoles, Sicilia, Cerdeña y las posesiones de los españoles en Italia. Las desgracias de 1707 y 1708, hicieron ofrecer ademas á Milan y los puertos de Toscana retenidos en las primeras proposiciones. En fin, al principio de este año de 1709, cuyos primeros meses hacian prever espantosas consecuencias, Luis XIV abandonando toda la monarquía de España, el Milanesado, los puertos de Toscana, los Paises Bajos y la América, no retenia mas que á Nápoles, Sicilia y Cerdeña, y aun no hacia mucho hincapié en esta última posesion. Ofrecia á los holandeses una barrera que los separara de la Francia, y entregarles en depósito hasta el arreglo definitivo y como prenda de sus sinceras intenciones, las plazas de las fronteras que mas les convinieran; accediendo al mismo tiempo al tratado de comercio que ellos quisiesen. Las conferencias al efecto se celebraban secretamente en el Haya. El rey de Francia tropezó con bastante dificultad para que fuesen admitidos sus negociadores. El príncipe Eugenio y el duque de Marlborough hallaron medio de ingerirse en ellas, y consiguieron que no se otorgara á Francia la paz, sino una simple tregua con unas condiciones que debian ser aceptadas en un corto plazo y fueron significadas con imperio é insolencia en 28 de mayo de 1709. De cuarenta artículos constaban las condiciones preliminares. El treinta y ocho estaba concebido en estos términos: «el archiduque será reconocido por rey de España, tal como la poseia el rey Cárlos II. Cuanto se halla bajo el dominio del duque de Anjou, será entregado dentro de dos meses al rey católico, y si el duque de Anjou no accede á la ejecucion de la presente convencion, el rey cristianísimo y los estados contratantes acordarán las medidas convenientes para llevarla á debido efecto.» Los demas artículos eran tan sumamente favorables á todos los que se habian inclinado á los aliados, como gravosos y humillantes para Francia.

A pesar de su deplorable situacion no aceptó Luis XIV tan duras condiciones. «Puesto que es preciso hacer la guerra, dijo en el «consejo, mas quiero hacerla á mis enemigos que á mis hijos.» Publicó las proposiciones por él presentadas, así como las demandas de los enemigos, y este paso surtió mucho efecto. Villars animado mas que ningun otro de noble indignacion, se fué á Flandes á mandar un ejército que tenia cuarenta batallones menos que el del príncipe Eugenio y de Marlborough, que disponian de cerca de cien mil hombres. Esta circunstancia, la escesiva escasez de víveres y otras dificultades apuraban á Villars, quien por lo tanto, á pesar de que conocia que solo una batalla podia cambiar tan crítico estado, tuvo que limitarse á aceptarla. Por tal motivo estaba reunido el principal cuerpo de su ejército entre Douai y Denain, trazando al frente de los enemigos líneas que se estendian desde Saint Venant á Douai, y se enlazaban con otras dirigidas desde Condé al Sambre. Ya que no podia otra cosa, abasteció bien las ciudades que parecian amenazadas. De este número era Tournay, cuya plaza aunque se defendió bastante, se rindió antes de lo que Villars calculaba. Habiéndose dirigido en seguida el enemigo contra Mons, Villars abandonó las líneas para socorrer á esta ciudad, situándose al intento á la vista de los sitiadores cerca del pueblo llamado Malplaquet. En tal posicion estuvo tres dias, durante los que pudo haber avanzado y tomar la ofensiva con ventajas, porque los contrarios dejaron en Tournay fuerzas numerosas. Villars desperdició el momento favorable para atacar, y á su vez lo fué por los aliados, así que se juntaron todas sus tropas. La irresolucion retuvo al ge-

neral francés en la posicion desventajosa á que debió haber atraido al enemigo. Por otra parte, la izquierda de Villars no estaba bien cubierta, y así fué acometida por Marlborough, quien la ahuyentó y penetró en la llanura. Sacando Villars un cuerpo de infantería de su centro, recogió en buen órden los batallones desalojados, y avanzó sin tardanza. Su vigorosa carga, una de las mas sangrientas que se dieron, restableció el combate y rechazó al enemigo; pero Villars recibió un balazo que le destrozó una rodilla. Sin embargo, continuó mandando por algun tiempo hasta que se desmayó y hubo que trasladarle á Quesnoy sin conocimiento.

La derecha en el interin no solo habia resistido con ventaja los vivos ataques de los holandeses, sino que los persiguió en su propio terreno con terrible carnicería, á pesar de la intrepidez del príncipe de Orange, Juan Guillermo de Nassau Diest Frison, á quien se vió llevar sus banderas sobre las trincheras francesas, animando á sus soldados. Al frente se encontró con el mariscal de Boufflers, que aunque de mas edad que Villars, quiso servir á las órdenes de este en clase de voluntario. La forzosa retirada de Villars hizo recaer en Boufflers el peso del mando en momentos bien críticos. El príncipe Eugenio que advirtió haber sido desguarnecido el centro, le atacó con una infantería superior, y apoderándose de las trincheras puso en estas cañones. Boufflers corrió á este punto, y si en tal ocasion hubiera caido la derecha sobre el centro del enemigo, habrian triunfado los franceses; pero no fué así merced á su inaccion, y la falta de comunicacion entre las dos alas, les hizo



Duguay Trouin en el Brasil.

adoptar separadamente el partido de la retirada. Efectuóse esta con tal órden, que ni un solo prisionero cayó en poder del enemigo, llevándose los vencidos unas treinta banderas que cogieron á los vencedores.

Desde el principio de la guerra no se habia visto una accion ni mas reñida ni mas sangrienta. El ardor de los franceses llegó al punto de verse muchos que no habian comido en un dia, y que al recibir el pan que se les distribuia, lo arrojaban para poder correr al enemigo: ocho mil hombres perdieron aquellos, y este por confesion propia dejó veinte mil en el campo de batalla. «Si Dios nos hace la gracia de perder otra batalla como esta, escribia Villars al rey, V. M. puede estar seguro de que sus enemigos quedan completamente destruidos.» Ni aun ellos mismos supieron que la habian ganado hasta el dia siguiente en que vieron abandonado un terreno que creian ocupado aun por los franceses. Villars queria efectivamente marchar adelante, pero no prevaleció su parecer, y así el enemigo se presentó libremente delante de Mons de que se apoderó pronto.

El elector de Hanover intentaba penetrar en Alsacia, pasar de aquí al Franco Condado y dar la mano al duque de Saboya, que se dirigia allá por Lion. Estos planes se desvanecieron con la victoria que el conde de Bourg, discípulo de Villars, consiguió en Rumersheim sobre el conde de Mercy. Este, mientras el elector de Hanover entretenia al mariscal de Harcourt en las líneas del Lauter, habia hecho pasar el Rhin á su infantería por un puente echado en Neuburgo, y se incorporó sin novedad con su caballería, que sin respetar la neutralidad de Basilea, habia cruzado por su territorio el mismo rio, cuando fué tropezado y batido por el conde de Bourg. Con tal trastorno regresó el duque de Saboya á Italia dominada completamente por el emperador. El papa Clemente XI que habia armado algunas milicias para asegurar su independencia, se vió obligado á licenciarlas y á reconocer al archiduque por rey de España.

En esta península alternaban los triunfos y los reveses de unos y otros. El duque de Orleans no estaba ya allí á la cabeza de las tropas francesas: este príncipe, del mismo nombre que el rey de España, y que á falta de hijos de Luis XIV podia reclamar sus derechos á la sucesion de Cárlos II por parte de Ana de Austria su abuela, mujer de Luis XIII, se habia concertado con diferentes grandes de España para hacerlos valer, en caso de que la situacion desesperada de Felipe le aconsejasen abandonar el continente é ir á reinar en América. Traslucióse este proyecto, y Felipe repulsó con indignacion á un pariente á quien consideró como á un usurpador, habiéndose tratado en Versalles de instruirle proceso. Solo el virtuoso duque de Borgoña se atrevió á tomar su defensa en el consejo y á presentar bajo su verdadero punto de vista unas intenciones que no eran mas que condicionales.

Al incapaz Chamillard habia reemplazado en la direccion de la guerra Voisin, que despues fué canciller, y en la de la hacienda Nicolás Desmarets, hijo de una hermana de Colbert. Cuando Desmarets entró en el ministerio, la deuda consolidada ascendia á mas de dos millones, y aun faltaban por saldar mas de quinientos millones de billetes vencidos, sin contar con el gasto del año corriente que subia á doscientos millones. Para subvenir á tantas cargas, no se contaba mas que con un ingreso de ciento veinte millones. Anticipaciones, empréstitos, fondos vitalicios, constituciones de rentas, el impuesto del diezmo que no produjo mas que diez millones, y barras por la suma de treinta millones traidas del Perú por los armadores de Saint Malo, de las que se apoderó el gobierno mediante un interés de 10 por 100, fueron su secreto. Aunque todo esto no fuera nuevo, es preciso alabar al ministro por haberlo sabido utilizar todavía, sin perderse en semejante laberinto, y por haber dejado la hacienda, en pos de siete años en que no hubo mas que guerra, en situacion no mas desventajosa. La muerte del padre La Chaise, confesor del rey, fué tambien una especie de revolucion en el ministerio de negocios eclesiásticos, y la Francia no se resintió poco de los disturbios religiosos que la agitaron por largo tiempo, hijos del genio atrabiliario del padre Le Tellier, su sucesor.

Apesar de la pérdida de los enemigos en Malplaquet, el estado de la Francia no se habia mejorado, y el monarca deseaba siempre la paz, á cuyo efecto quiso reanudar las negociaciones, encomendando su direccion al mariscal de Huxelles, hombre frio y taciturno, y al abate Polignac. Recibidos estos plenipotenciarios con el mayor desden por los holandeses, no fueron admitidos en el Haya, y sí aposentados en una pequeña ciudad del Brabante holandes. Puestas de nuevo sobre el tapete las proposiciones hechas en el Haya, no suscitaban grandes debates, porque los franceses estaban decididos á someterse á todo, pero renováronse las dificultades sobre el artículo 38, cuyo sentido se fijó en estos términos: «En caso que el rey cristianísimo ejecute cuanto queda dicho, y que toda la monarquía española sea devuelta y cedida al rey Cárlos III en el término estipulado, continuará la cesacion de las hostilidades entre los ejércitos de las altas potencias beligerantes, hasta la conclusion y ratificacion de los tratados.»

«¿Y en qué caso, preguntaban los franceses, se juzgará que el rey cristianísimo no ha ejecutado lo arriba espresado? En el caso de que la monarquía española no sea restituida al rey en el término estipulado, que es de dos meses, respondian los aliados. ¿Y si Felipe no quiere ceder? reponian los franceses. Entonces le obligará á ello Luis XIV.» Esta proposicion de enviar sus tropas contra su nieto, exasperaba al monarca, quien sin embargo, forzado por su deplorable situacion, ofreció contribuir con un millon mensual á

las tropas que emplearan los aliados contra Felipe; pero estos desecharon con menosprecio tan humillante condescendencia.

Los aliados insistieron tenazmente en tal condicion, y los plenipotenciarios franceses la declararon imposible en la ejecucion, especialmente en cuanto al término de los dos meses. «¿Imposible? respondieron los aliados; no lo es la continuacion de la guerra contra Francia. Sin embargo no quisieron cargar con la odiosidad del rompimiento. Los plenipotenciarios franceses estamparon en su carta de despedida estas notables palabras: «Dios sabe, cuando quiere, humillar á los que una prosperidad inesperada ensalza, y que no teniendo en cuenta las calamidades públicas y la efusion de sangre cristiana, continuan las guerras que pudieran terminar.» Luis XIV estaba muy satisfecho de haber manifestado públicamente en el año anterior la grandeza de los sacrificios que hacia, y el insultante desden de los aliados que los rechazaban. Esta especie de apelacion al pais redobló la energía del pueblo y estimuló su valor contra los altaneros que no temian herir el honor nacional despreciando á los plenipotenciarios. Reclutáronse ejércitos con rapidez, y los aliados se arrepintieron bien pronto de no haber aceptado una paz tan ventajosa para ellos.

Villars á pesar de su herida fué destinado á mandar el ejército de Flandes, y organizó su plan de campaña en el palacio mismo de Versalles, donde el rey le habia hecho preparar una habitacion. Pero semejante plan recibió modificaciones considerables, y solo se le permitió afrontar al enemigo con fuerzas iguales. Tambien este



Villars en el cerco de Friburgo.

se habia hecho mas circunspecto con los reveses del año anterior; y en lugar de responder á las escitaciones contínuas y quizá escesivas de Villars, se limitó á un sistema de inmobilidad que sin embargo le salió bien, pues se apoderó de Duai, Bethune, Saint Venant y Aire. La incesante actividad que necesitó desplegar Villars en esta campaña, y sobre todo el mal estado de su rodilla, cada dia peor, le obligaron á pedir un sucesor y á irse á las aguas de Borbona.

Todo el interés de la guerra se concentraba en España; las milicias nacionales reemplazaron á las tropas francesas, y solo el número de aquellas pudo impedir las catástrofes que debieron nacer de su falta de instruccion. A fines de julio la caballería del principe Cárlos batió á la de Felipe en Almenara, sobre la frontera de Aragon, y el 20 de agosto hubo una grande accion en Zaragoza donde se habia situado Felipe para cerrar el paso á Castilla. El marques de Bay, recien llegado de las fronteras de Portugal, capitaneaba su ejército, reducido por la necesidad de dejar guarniciones en varias plazas fuertes, á diez y siete mil hombres, interin ascendia á treinta mil el de los aliados, por haberse reunido el conde de Strahremberg y lord Stanhope. La victoria sin embargo estuvo in-



Ultimos momentos de Luis XIV.

decisa por algun tiempo, hasta que venció al cabo el número. Vióse forzado Felipe á abandonar su capital, en que entraron poco despues los aliados, pareciendo inevitable la ruina de aquel sino le hubieran salvado la decision de los españoles y la habilidad del duque de Vendome. Felipe á pesar de la enemistad del duque con su hermano, y de sus propias prevenciones contra un príncipe sin respeto á las costumbres y á la religion, y un guerrero á quien se podia tachar de negligencias imperdonables, aunque sabia repararlas en un dia de combate, le habia reclamado á su abuelo, ya que no podia enviarle ejércitos. No fueron vanas las esperanzas fundadas en el príncipe.

Su sola presencia fué suficiente para despertar una emulacion general para alistarse en la bandera de Felipe, y subvenir á los gastos de la guerra. En poco tiempo reunió diez y seis mil infantes y once mil caballos, con los cuales se principiaron de nuevo las hostilidades contra los enemigos. Habian estos pasado de Madrid y esperaban á las márgenes del Tajo que se les uniesen los portugueses; pero el marques de Bay entretenia á estos con los restos del ejército de Zaragoza. Cansados de esperar en vano, temiendo ser atacados por retaguardia, y atormentados sobre todo por el hambre, á causa de la mala voluntad con que los aliados eran recibidos en ambas Castillas, que preferian quemar sus víveres á entregarlos al enemigo, se vió este precisado á retroceder hácia Aragon. Vendome restableció entonces á Felipe en Madrid, entre las aclamaciones y los vivas mas sinceros de los habitantes; mas era menester no

contentarse con este triunfo, sino consolidarlo yendo á buscar al enemigo. Así lo hicieron Felipe y Vendome, pasando el Henares y asaltando con el mayor vigor á Brihuega, villa murada en que se habia encerrado el general inglés Stanhope que tuvo que rendirse con cinco mil hombres. Al dia siguiente acudió á socorrerle Strahremberg, quien obligado á combatir en Villaviciosa, dejó tres mil hombres en el campo, dos mil prisioneros, la artillería y brigada, y no debió su salvacion sino á la noche. Concluida esta batalla Felipe abrumado de cansancio, manifestó grandes deseos de dormir y entonces fué cuando Vendome le dijo: «Señor, voy á prepararos el mas hermoso lecho en que se haya acostado rey alguno;» é hizo estender debajo de un árbol las numerosas banderas tomadas al enemigo. La victoria de Villaviciosa tan completa como la de Zaragoza, fué decisiva: de treinta mil combatientes que el archiduque habia conducido á Madrid, apenas le quedaban ocho mil, sin que pudiesen rehacerse en un pueblo que le era tan desafecto. Solo le quedaba Cataluña abierta por todas partes; Felipe afirmó en sus sienes la corona de España, y esta grande revolucion fué obra de dos meses. ¡Tan poderosa es algunas veces la influencia de un solo hombre!

Al mismo tiempo, sucesos tambien inesperados vinieron á sacar á la Francia del abismo en que parecia hundirse. Habia dos facciones en Inglaterra: los whigs que habian contribuido mucho á la revolucion que en 1688 colocó á Guillermo en el trono, gozaban desde entonces de la preponderancia en el gobierno: sus principios eran casi abiertamente republicanos. Marlborough estaba íntimamente unido á ellos, y su mujer era favorita declarada de la reina Ana. Se ha dicho que el esposo engreido con sus victorias, y la esposa llena de orgullo con su crédito, no habian contemplado bastante á la princesa; los torys se insinuaron en su confianza, mostrando sentimientos mas favorables que los de los whigs al mantenimiento del poder soberano. Rencillas domésticas vinieron á mezclarse en los negocios públicos, y la esposa cayó de su gracia: Marlborough llegó precipitadamente á sostener el crédito de su faccion, ya que no le fuese posible sostener el de su mujer. ¿Pero qué es un general separado de su ejército? El mismo fué privado de todos sus empleos, reservándole solo su comandancia muy limitada. Esta desgracia sucedió casi al mismo tiempo que otro acontecimiento muy ventajoso para la Francia. El emperador José murió en la flor de su edad el 17 de abril, tres dias despues que Luis, Delfin de Francia, llamado monseñor ó Gran Delfin, y de la misma enfermedad, las viruelas. José dejaba á su hermano Cárlos, condecorado por los aliados con el título de rey de España, sus dignidades y coronas. Las razones que se habian alegado contra la casa de Borbon para escluir al duque de Anjou de la monarquía española, recaian de lleno sobre el archiduque que iba á reunir en su persona el imperio y las vastas posesiones de la casa de Austria. Estas consideraciones determinaron á la reina Ana á escuchar proposiciones de paz por parte de la Francia, las que fueron presentadas y admitidas en Lóndres el 8 de octubre.

Estos preliminares no contenian mas que siete artículos que nada especificaban y parecian todos de confianza. No se trató de la renuncia de Felipe á la corona de España: únicamente se estableció que jamás se reuniria con la de Francia; que se designaria una barrera segura á Holanda; que se haria un tratado de comercio con la Gran Bretaña; que la sucesion en la línea protestante seria garantida, y Dunkerque demolida. Para la adopcion definitiva de estos artículos fundamentales, se celebraria en Utrecht un congreso general, al que consiguió la reina que accediesen el nuevo emperador y los Estados generales. No por esto dejaron de continuar las hostilidades, aunque de una manera lánguida: los franceses, activos auxiliares en España, sometieron á la obediencia de Felipe á Cataluña y Aragon, á escepcion de Barcelona, único punto á que quedó reducida la dominacion de Cárlos. Por lo demas, en todos partes presidian á las operaciones de la guerra las consideraciones políticas que nacian del nuevo aspecto de los negocios. En el discurso de este mismo año los marinos franceses midieron sus fuerzas ventajosamente con los ingleses, apoderándose de gran parte de una rica flota que venia de la Virginia, y sosteniendo á la vista de Génova un combate sin utilidad quizá, pero no sin gloria. En fin, los insulares sucumbieron en una tentativa sobre Quevec, mientras que Duguay-Trouin causó una pérdida inmensa á los portugueses en el Brasil, donde forzando la estrecha entrada de Rio-Janeiro defendida por trescientas piezas de artillería, muchos buques de guerra é islas fortificadas, puso á precio la ciudad de San Sebastian, y enriqueció con sus despojos á los armadores franceses.

El luto que habia cubierto á la Francia con ocasion de la muerte del Gran Delfin, se renovó al principio de este año con la del duque de Borgoña, que habia tomado el título de Delfin, la de la bondadosa princesa de Saboya su esposa, y la del duque de Bretaña su primogénito, cuyos tres accidentes sucedieron en menos de un mes. Una acumulacion tal de pérdidas en la familia real, fué mirada comunmente como fuera del órden natural; la inconsideracion pública la imputó con indignacion al duque de Orleans, quien desgraciadamente se prestaba á estas sospechas por el cinismo de su conducta. Discípulo de Beauvilliers y de Fenelon, el duque de Borgoña habia aprovechado mas de sus lecciones que su padre de las de Montausier y de Bossuet. Su carácter bondadoso le atraia el cariño de todos y al fallecimiento del hijo de Luis XIV la Francia entera volvió los ojos al nieto como á una esperanza. Así cuando la muerte le arrebató, el dolor fué universal. Segun Avrigny, jamás la Francia tuvo príncipe alguno en quien fundara tan altas esperanzas. Vivo de carácter, perspicaz, elevado y estudioso, era al mismo tiempo compasivo, equitativo y enemigo declarado de la guerra. Las lágrimas de la Francia fueron muy abundantes y justas.

Al mismo tiempo ochenta *escelencias* bajo el nombre de plenipotenciarios, embajadores, diputados, agentes, encargados de negocios y otros mas ó menos condecorados, estaban reunidos en Utrecht, procedentes de toda Europa, bien provistos de pretensiones y demandas, diplomas y argumentos, y deseosos de hacerlos valer ante los tres representantes de la Francia, que eran el mariscal de Huxelles, el abate de Polignac y el señor Menager, quienes solo encontraban ayuda en los plenipotenciarios ingleses, el obispo de Bristol y el conde de Strafford. Apoyados los negociadores franceses en la decision de la reina Ana por la paz, cuyas mas esenciales condiciones estaban ya acordadas, mostraron una firmeza que desde las primeras conferencias logró un punto muy importante.

El artículo 8.° de la gran alianza firmada en setiembre de 1701, estaba concebido en estos términos: «Una vez empezada la guerra, ninguno de los aliados podrá tratar con el enemigo, si no es conjuntamente y con la participacion y consejo de las otras potencias.» Por la palabra conjuntamente querian entender los aliados, tratar todos juntos y en una sola acta. Los franceses por el contrario pretendian que significaba la obligacion de tratar á un mismo tiempo, pero en actas separadas. Tal fué tambien la interpretacion de los ingleses, y de esta manera la gran alianza quedó reducida á una simple reciprocidad de buenos oficios entre las potencias contratantes, sin obligar por eso en caso de guerra a empeños onerosos y á satisfacciones injustas.

Los intereses de la Europa habian cambiado completamente, y encontraba mas espeditivo dejar á Felipe en posesion de todos los dominios españoles, que permitir á Cárlos VI reunirlos al dominio de la casa de Austria y á la influencia de la dignidad imperial; sin embargo aun habia un gran fondo de ceguedad y de odio. La paz con la Inglaterra era probable, pero no segura: la guerra se hacia descuidadamente; pero continuaba siempre, y el enemigo avanzaba poco á poco: solo podian detener su marcha algunas plazas de segundo órden, y una jornada desgraciada bastaria á abrirle las puertas de ¡la Francia y á allanarle el camino hasta la capital. La debilidad ó el terror presagiaba esta posibilidad, y no faltaba quien se atrevia á aconsejar la adopcion de medidas de seguridad personal al monarca agobiado por los años y por las repetidas desgracias de su familia.

Villars estaba pronto á partir para ponerse á la cabeza del ejército, cuando el rey quiso conferenciar con él. «Ya veis el estado en que me encuentro, señor mariscal, le dijo; hay pocos ejemplos de lo que me sucede y de que se pierda en la misma semana al hijo, á la nuera y al nieto, prendas tan queridas y de tantas esperanzas. Dios me castiga porque lo merezco: así padeceré menos en el otro mundo. Pero dejemos á un lado mis desdichas domésticas, y veamos lo que debe hacerse para evitar las del reino. Bien señalada es la prueba de confianza que os doy poniendo en vuestras manos las fuerzas y la salvacion del Estado: conozco vuestro celo y el valor de mis tropas; pero la fortuna puede ser adversa, y en caso de un funesto accidente quisiera conocer vuestra opinion sobre el partido que yo debiera tomar respecto á mi persona.» Villars titubeaba en responder temiendo afligir á un anciano con consejos vigorosos que podrian parecerle superiores á su ánimo. Entonces añadió el rey: «No me admira que no me respondais al instante á tan delicada pregunta; pero antes de que me comuniqueis vuestro pensamiento, voy á esponeros el mio. Casi todos los cortesanos quieren que me retire á Blois y que no espere en Paris que se acerque el ejército enemigo si el mio es batido. Jamás consentiré que se deje al enemigo aproximarse así á mi capital. Sé que ejércitos tan considerables no son nunca derrotados hasta el punto de que la mayor parte del mio no pueda retirarse sobre el Soma: conozco este rio, que es difícil de pasar, y en él hay plazas que pueden ser buenas. En caso pues de una desgracia me propongo trasladarme á Perona ó á San Quintin, reunir las tropas que me resten, hacer el último esfuerzo con vos y perecer juntos ó salvar el Estado.»

Tal fué la generosa resolucion del viejo monarca: afortunadamente no fué necesaria, porque el año de 1712, tan fatal á la familia real, marcó la época de la salvacion del reino. Los ingleses, que con la toma de Menorca y de Gibraltar habian sacado de la guerra todas las ventajas que podian esperar haciéndose dueños del comercio de Levante, pensaron que ya era tiempo de asegurar por

medio de un tratado los despojos de una sucesion a cuyos herederos habian tenido la habilidad de indisponer entre si. El duque de Ormond que habia reemplazado á Marlborough, recibió órden para separarse de los aliados y retirarse á Dunkerque que el rey abandonaba en depósito á los ingleses; pero solo le obedecieron sus compatriotas y no las tropas estrangeras que la Inglaterra pagaba. Sostenidas en adelante por la Holanda, pasaron á las banderas del emperador; de suerte que el ejército de los aliados, fuerte de ciento ochenta batallones al principio de la campaña, no perdio mas que diez y ocho y dos mil caballos, y por consecuencia contaba veinte batallones mas que el ejército francés.

Eugenio, acostumbrado á la ofensiva, y que al principio de la campaña se habia apoderado de Quesnoy, puso entonces su atencion en Landrecies. Tres partidos habia que tomar para socorrer esta ciudad, impedir la circunvalacion, batir al enemigo que cubria el sitio ó forzar el campo de Denain sobre el rio Escalda que servia de comunicacion con Marchiennes, de donde el enemigo sacaba las municiones de boca y guerra necesarias para el sitio. Los trabajos de circunvalacion fueron practicados con tanta actividad y el ejército de observacion estaba tan bien cubierto por todas partes por los tres rios el Escalda, Sambre y Seille, que el ultimo partido sugerido por el mariscal de Montesquiou era el único realizable; pero era preciso fingir no ocuparse de él. Y esto fué lo que con la mayor destreza hizo Villars, dándo órdenes para construir puentes á fin de pasar el rio Sambre engañando así á amigos y enemigos.

Eugenio, persuadido como los demás de que iba á ser atacado en el campo de Landrecies, hizo aproximar el ejército de observacion de esta ciudad, cuando el 25 de julio al oscurecer dirigió Villars treinta batallones hácia el Escalda con pontones que debian echarse á cualquiera hora que fuese, entre Bouchain y Denain. Al mismo tiempo comunicó órdenes al resto del ejército para que siguiese el mismo camino, lo que sorprendió tanto á los oficiales superiores, que dudaron obedecer, creyendo un grave error de parte del mariscal. Sin embargo, el primer destacamento que salio habia sido descubierto al alba, sin que por eso encontrase así como el resto del ejército la mas ligera oposicion en el paso del Escalda. El duque de Albermale, que mandaba á los holandeses, fuertemente atrincherado en sus lineas, no creyó deber abandonar su importante posicion para atacarles, y se limitó á avisar en el momento al principe Eugenio. Los franceses pues continuaron avanzando al través de un pantano profundo que encontraron mas allá del rio y en que el soldado marchaba con el agua y el lodo hasta la cintura. Por fin llegaron á las famosas lineas que los enemigos apellidaban insolentemente el *camino de Paris*, doble parapeto de dos leguas de largo que desembocaba en el campo de Denain, y por medio del cual pasaban los convoyes que venian de Marchiennes. Aunque defendido por reductos, fué tomado sin trabajo, y la infanteria pudo formar en batalla entre ambas lineas, disponiéndose así al ataque del campo de Denain.

Estaba ya pronta á avanzar cuando se vió la cabeza del ejército del principe Eugenio, que acudia formado en diversas columnas del otro lado del Escalda. En aquel momento toda medida era ya inútil para cegar el foso: no habia ya ni un solo minuto que perder. La infanteria que avanzaba en cuatro lineas, fué saludada á cincuenta pasos de los parapetos con un fuego terrible que no produjo desorden alguno: redoblóse aquel á los veinte pasos, y solo allojaron dos batallones: el resto continuó marchando del mismo modo, bajó al foso y tomó el parapeto con el mayor valor. Albermale cayo prisionero á los pies mismos del caballo de Villars, quien apenas entró en Denain, dió órden al conde de Broglie para que volara á Marchiennes en tanto que él perseguia al enemigo que huia hácia el Escalda. Desgraciadamente para este, los puentes se rompieron con el peso de la multitud de carros y fugitivos, de suerte que los veinte y cuatro batallones que defendian las líneas fueron enteramente cogidos y muertos sin que los franceses perdiesen arriba de quinientos hombres. La cabeza del ejército de Eugenio llegaba en este momento al Escalda; pero tuvo que detenerse ante la destruccion de los puentes y las numerosas tropas que se agolpaban al rio. Marchiennes, atacada durante el combate, se rindió á los seis dias entregando cuatro mil soldados, doscientas piezas de artillería de todos calibres y todas las provisiones que el enemigo no tuvo tiempo de arrojar al Scarpe.

Esta brillante jornada libertó á Landrecies, aceleró las negociaciones de Utrecht y acabó de salvar la Francia: el ejército francés reducido por tanto tiempo á defenderse, volvió á tomar la ofensiva. En el resto de la campaña, el talento y el valor volvieron á hacerle dueño de Douai, Quesnoy y Bouchain; y el principe Eugenio, cambiando de papel, hizo en contra los mas inútiles esfuerzos. Siguiendo el ejemplo de los holandeses que en el mismo año habian hecho en campaña una correria marcada con la devastacion, algunos franceses aventurándose mas alla de las fronteras llegaron á las puertas de Rotterdam, y los holandeses sus habitantes temblaron á su vez por la integridad de su territorio. Cinco plazas ganadas en menos de tres meses, cincuenta y tres batallones prisioneros de guerra, cien piezas de grueso calibre, cincuenta morteros y cuatrocientos quintales de pólvora, fueron los resultados de esta campaña, el mas bello floron de la corona de Villars. No fué empero sin grandes trabajos como consiguió estos triunfos: los Albergottis, los Montesquiuus y otros oficiales superiores, antiguos compañeros de sus fatigas, parecian ahora haberse propuesto frustrar todas sus operaciones, calificando de impracticables cuantos planes proponia el general; fué preciso el carácter fuerte y decidido de este para hacer frente á la oposicion y no ceder á consideraciones y miramientos que hubieran sido funestos á los intereses de la patria.

La suspension de armas entre la Francia y la Inglaterra, asegurada por una paz solemne despues de la cesion de Dunkerque; una nueva renuncia de Felipe al reino de Francia por sí y sus hijos, que por la muerte del Delfin y de su primogénito se habian acercado al trono, renuncia que se hizo en Madrid á presencia de comisarios ingleses enviados al efecto, de muchos señores principales de España convocados para ser testigos; la ampliacion del armisticio á España y Portugal; los triunfos de Villars y el peso de la totalidad de los subsidios que desde entonces recayó sobre los holandeses, trajeron por fin á estos últimos á disposiciones mas pacificas, y los negociadores de Utrecht pudieron trabajar con esperanzas de buen éxito en los diversos tratados que debian producir la paz general.

El 11 de abril de 1713 se firmaron en Utrecht siete tratados muy importantes, porque casi durante todo el resto del siglo sirvieron de norma al estado de la Europa. Por lo tratado con Saboya, se devolvió á Victor Amadeo la Saboya, el condado de Niza y sus dependencias, y se le adjudicaron los Alpes, que vierten sus aguas hácia el Piamonte: todo lo que cae al Delfinado y la Provenza se asignó á la Francia: las cumbres eran divididas. La isla y el reino de Sicilia fueron cedidas al duque, y le pertenecerian las coronas de España y de las Indias á falta de descendientes de Felipe V. Todas las posesiones en fin que Leopoldo le habia señalado en 1703 para atraerlo á la gran alianza, prometidas por el emperador aunque no le pertenecian, quedaron para el duque, quien así vino á ser muy poderoso en Italia. En lo tratado con Portugal no hay de importante mas que la cesion hecha por la Francia de la navegacion de las Amazonas y de los fuertes vecinos de este rio en cierta estension de terreno, cesion ventajosísima para los portugueses. Obsérvase ademas la cláusula singular de que no seria permitido á los buques de guerra franceses entrar en los grandes puertos de Portugal mas que en número de seis, sin que las demas potencias quedaran sujetas á igual reserva.

Por el tercer tratado, el elector de Brandeburgo obtuvo lo útil y lo agradable: lo útil por la cesion de la alta Gueldres, del pais de Kessel, del principado de Neufchatel, del Valengin y de sus dependencias; lo agradable, porque la Francia y la España le reconocieron por rey de Prusia con todos los honores debidos á las testas coronadas. Hubo dos tratados de comercio con la Holanda, el uno poco diferente del de Nimega; libertad de tránsito, favor en las aduanas y otros arreglos semejantes; ademas, un artículo para procurarse en España tambien las mismas ventajas que pudiera tener la Francia. El tratado politico fijó las ciudades de donde los franceses debian salir al momento, y en que los holandeses mantendrian guarnicion para servirles de barrera, con la cláusula espresa de que jamás estas ciudades podrian pertenecer á ningun principe o princesa de la casa de Borbon. Eran estas Namur, Tournay, Menin, Furnés, Dixmude, Ipres, el fuerte de Knok y otras de menos importancia. Restituyóse á la Francia Lila, Orchies, Aire, Bethune, Saint Venant, el fuerte de San Francisco y sus dependencias. En fin cediéronse los Paises Bajos al elector de Baviera, cuyo territorio ocupaba aun el emperador, hasta tanto que fuera restablecido en su electorado y puesto en posesion del reino de Cerdeña á título de indemnizacion.

Dos tratados hubo tambien para la Inglaterra. El de comercio, nuevo en su género por los detalles en que entró sobre la calidad de las mercancias, su especie, la tarifa de derechos á que debian estar sujetas, las prohibiciones y las franquicias. Todas estas nueve cosas fueron esplicadas en treinta y nueve artículos que parecian establecer bastante igualdad entre los derechos comerciales de ambas naciones. Sin embargo, mirando las cosas de cerca, se echaba de ver, á propósito de la introduccion de mercancias inglesas en Francia, condiciones que prepararon para lo sucesivo grandes ventajas á la Inglaterra.

Pero mucho mas marcadas están estas ventajas en el tratado intitulado de *paz y de amistad*. La Francia garantiza en él la sucesion de la linea protestante al trono inglés, renuncia á todo derecho sobre la monarquia de España, y á toda innovacion en materia de *comercio y de navegacion*, que en este reino pudiera favorecer esclusivamente á la casa de Borbon. Las fortificaciones de Dunker-

que serian destruidas á costa de la Francia, así como las esclusas que servian para limpiar el puerto. La bahia de Hudson perteneceria á la Inglaterra, así como la Nueva Escocia, llamada antes Acadia, segun sus antiguos límites. Poseeria la pesca esclusiva en sus costas, la isla de Terranova y adyacentes, donde los franceses solo podrian conservar algunas playas no fortificadas. En estos parages mismos no les seria permitido pescar sino á ciertas distancias: conservarian la isla Real del cabo Breton, pero dejarian á los ingleses solos la isla de San Cristóbal que antes gozaban en comun en las Antillas. En fin, en el tratado hecho entre la Inglaterra y la España, esta garantiza á aquella la posesion de Gibraltar y la isla de Menorca con su fortaleza de Puerto Mahon. Así concluyó la guerra entre Francia, España, Saboya, Portugal, Prusia, Holanda é Inglaterra. Dícese que la reina Ana prestó entonces un gran servicio á Luis XIV, y así es la verdad; pero tambien lo es que no podia ella ganar mas con la continuacion de la guerra. La Inglaterra que no tenia ningun derecho á la sucesion de Cárlos II, adquirió de los dominios de este príncipe dos hermosos puertos en el Mediterráneo, obligaba á los franceses á destruir por si mismos una ciudadela que la hacia sombra, se apoderaba de la mas rica pesca de la mar, recibia en América un territorio ilimitado y sacaba otras importantes ventajas.

Durante las negociaciones de Utrecht, los franceses hicieron muchos esfuerzos para obligar al emperador á concurrir á la conclusion de la paz. Se le concedia casi todo lo que razonablemente podia desear; la paz de Riswick por base del tratado, el Rhin por límite hasta Estrasburgo, la cesion de Landau, de los Paises Bajos españoles, del reino de Nápoles, del ducado de Milan y de cuatro plazas sobre la costa de Toscana. En cambio, solo se le pedia el restablecimiento de los electores de Colonia y de Baviera; pero el emperador no podia resolverse á renunciar á la monarquía española, y no acomodándole ninguna de las indemnizaciones que se le ofrecian, se prolongaron aun las hostilidades, cuyo teatro fué el Rhin.

El príncipe Eugenio habia reunido cien mil hombres detras de las líneas de Etlingen menos estensas y por lo tanto mas fuertes que las de tolhoffen. Amenazábalas Villars sin el menor intento de atacarlas, y habiendo logrado con sus ficciones atraer al enemigo, se estendió rápidamente por la izquierda del Rhin desde Lauterburgo hasta mas allá de Landau, embistiendo á este punto despues de haberse apoderado de todos los pasos del rio de mas arriba de Maguncia. Esto fué conseguido con una marcha de diez y seis leguas en veinte horas. El mariscal animaba al soldado con sus palabras y con su ejemplo, marchando el mismo á pie. Esta diligencia le hizo dueño de Spira, Worms y otras ciudades sobre el Rhin. En la primera estaban tan distantes de esperar á los franceses, que tomaron su vanguardia por la del ejército imperial, suponiendo que habia pasado el Rhin por Filisburgo.

Mas si el soldado secundaba el ardor del general, el oficial los contrariaba. Entre las medidas de seguridad que Villars habia tomado para llevar adelante sus planes, era una el ataque del fuerte de Manhein desde donde el enemigo que tenia un puente de barcas hubiera podido intentar algo sério. Albergotti encargado de tomar dicho fuerte, se limitó á bloquearlo so pretesto de que las obras eran demasiado respetables para ceder al instante. Notirioso de la no ejecucion de sus órdenes, Villars marchó allá y las repitió. «Atacad, dijo á Albergotti, y cuando seais dueño del fuerte o admirareis ó quizá tendreis vergüenza de haberle creido tan bueno.» La prediccion se verificó de una manera bochornosa para Albergotti, confundido al ver que no solo no encontró defensa, sino que no habia nádie dentro. Señores, dijo entonces Villars secamente á sus oficiales, aprended para otra vez á conformar con mas sumision vuestras ideas con las de vuestro general.»

El 25 de junio se abrió la trinchera delante de Landau por el general Bezons, que mandaba el sitio; pero como todo iba demasiado despacio para el impaciente Villars, se trasladó allí á acelerar por sí mismo las operaciones: aun tuvo que luchar con multitud de pareceres encontrados y sacrificar su opinion á la de los demas; sin embargo, el 20 de agosto hizo prisionera de guerra á la guarnicion y al príncipe de Wurtemberg que la mandaba. Apenas se habia entregado Landau, cuando ya el general dirigia sus miras sobre Friburgo, en la otra estremidad de la Alsacia. Era ante todo menester apoderarse de la altura de Roscoff que protegia la ciudad. El conde de Bourg que mandaba el ataque, pedia picas, escalas y útiles de todas especies. «Nada de eso, contestó Villars, hombres, hombres.» Y dando él ejemplo, la posicion fué tomada al momento, y los enemigos perseguidos por un destacamento que penetró hasta el Danubio y sembró la alarma en el imperio, donde se creyó que todo el ejército francés estaba encima.

La estacion estaba demasiado avanzada para intentar semejante incursion, y la dificultad de reunir víveres no permitió abrir la trinchera delante de Friburgo hasta el 30 de setiembre. Ya era un poco tarde para una plaza de primer órden que contenia diez y nueve batallones y contaba con un castillo y unos fuertes casi inespugnables por su posicion. Villars sin embargo siguió sus trabajos: un mes despues la brecha estaba practicable, y se hubiera dado el asalto, si una bandera blanca no hubiera venido á anunciar la rendicion de la ciudad; habia sido enarbolada por los magistrados, despues que el gobernador se retiró al castillo con víveres y una parte escogida de la guarnicion.

El primer paso de Villars fué colocarse en la brecha para impedir todo desórden. En seguida reunió en un convento cinco mil soldados que el gobernador habia dejado y las mújeres de todos los oficiales, á fin de no disminuir las inquietudes que pudieran acelerar la rendicion del castillo. Impuso á la ciudad un millon en cambio del saqueo y bajo la espresa condicion de que el castillo no haria un solo disparo, porque en caso contrario pasaria á todos á cuchillo. Intimó ademas al gobernador que los cinco mil abandonados por él no recibirian mas subsistencia que la que les enviase del castillo. El gobernador contestó con una carta muy patética sobre los deberes que le imponia el honor, sobre la religion que suponia en el corazon del general francés para no dejar morir de hambre á los que tenia en su poder. Villars le replicó que su honor y su religion le mandaban no dar el pan de los franceses á los que solo querian matarlos. Así, añadió, vos enviareis pan á vuestros soldados abandonados, ó respondereis ante Dios de los que perezcan de hambre; y para hacer mas eficaz esta respuesta, envió dos dias despues á las puertas del castillo una docena de soldados estenuados de debilidad. La guarnicion, enternecida y horrorizada de este espectáculo, obligó al gobernador á dar pan y carne á los prisioneros.

El gobernador sin embargo no podia ceder sino en último estremo, y con consentimiento de Villars envió un comisionado al príncipe Eugenio para que modificase algo el rigor de sus órdenes: esto produjo una especie de armisticio, durante el cual Villars dispuso sus baterías contra el castillo sin obstáculo. Estos preparativos y el hambre sobre todo, principal elemento en que confiaba el francés, le trajeron la entrega de los fuertes el 12 de noviembre sin que se vertiese una sola gota de sangre.

Pero ya los gefes de ambos ejércitos estaban encargados de misiones mas consoladoras, pues entrambos tenian instrucciones para preparar por su parte el camino á la paz. Despues obtuvieron plenos poderes y convinieron en reunirse en Rastadt, donde se terminaron las negociaciones, que siempre son mas rápidas entre guerreros que se estiman que entre gente diplomática, mañosa y desconfiada de suyo. El 6 de marzo de 1614 se firmó el tratado, que no produjo la paz definitiva hasta el 7 de setiembre en que fué firmado solemnemente por las partes contratantes en Bade, Suiza. Friburgo y todos los fuertes de la derecha del Rhin fueron devueltos al imperio; Landau y toda la izquierda del mismo rio quedaron para la Francia. El elector de Tréveris, el príncipe Palatino, el gran maestre de la órden Teutónica, el obispo de Spira y el de Worms, y las casas de Baden y de Wurtemberg volvieron á entrar en posesion de los estados que la Francia les habia quitado, y la de Baviera en la plenitud de sus derechos y dignidades. Los Paises Bajos, que el elector poseia hasta la paz, fueron devueltos á la casa de Austria, escepto las porciones que fueron segregadas para el rey de Prusia, En fin, el emperador obtuvo los reinos de Nápoles y de Cerdeña, el ducado de Milan y el estado, los Presidios en las costas de Toscana

No se pudo obtener que Cárlos transigiese con Felipe, lo cual consistió no tanto en que el orgullo del primero repugnara abdicar un título de que habia gozado en la misma capital de España, cuanto en que no pareciera que abandonaba á los catalanes que tan generosamente se habian decidido y todavia combatian por su causa. Es de observar que Cárlos VI, que habia tomado el título de rey católico en el tratado de Rastadt, no lo conservó en el de Bade, habiéndolo vuelto á tomar en el que se concluyó en Amberes el 15 de noviembre del año siguiente con los estados generales. Este es el tratado llamado de la *Barrera* que es como el complemento de los de Utrecht, Rastadt y Bade, y que arregló definitivamente la suerte de las ciudades de la Flandes española, convirtiéndolas la desconfianza holandesa en barrera contra la Francia al lograr el derecho de tener en ellas guarniciones pagadas por el emperador.

Así esta guerra, tan fecunda en calamidades de todo género y que duraba desde el principio del siglo, acabó precisamente mediante las estipulaciones que se habian estampado en el tratado de particion con que se quiso evitarla. Luis XIV tenia necesidad del sosiego que le procuró la paz para arreglar los negocios de su reino. Mientras cesaba la guerra en el Estado, continuaba en la Iglesia. Las contiendas del jansenismo, que se creian desvanecidas, volvieron á encenderse con nuevo escándalo y un furor que duró medio siglo merced á la debilidad é inconsecuencias del cardenal de Noailles, arzobispo de Paris. El padre Quesnel, de la congregacion del oratorio, discípulo de Arnaldo y escritor, que en el curso de las disputas teológicas de aquel tiempo se habia constantemente esplicado sobre todas las autoridades con una acrimonia de estilo

que debia hacerle sospechoso, habia publicado en 1671 unas *Reflexiones morales* sobre el Evangelio. Eran cortas, y no formaban mas que un volúmen con el testo, habiendo sido bien recibidas por la uncion con que estaban escritas. En 1687 apareció la segunda edicion en tres volúmenes, la cual contenia todos los libros del nuevo Testamento con reflexiones mas estensas, y fué acogida aun mejor que la primera. La tercera en 1699 compuesta de cuatro volúmenes, recibió la aprobacion especial del espresado Noailles, obispo á la sazon de Chalons, y muchos obispos á su ejemplo la propagaron en sus diócesis. En fin, en 1699 se preparó la cuarta edicion que fué el orígen de todos los disturbios.

La estraordinaria solicitud que mostraban los jansenistas en favor de esta obra, despertó sospechas sobre la doctrina en ella contenida. Muchos creyeron advertir en la misma no solo una alusion constante á lo que habia ocurrido en la cuestion de Jansenio y un especial empeño en representar á los discípulos del obispo aleman como mártires de la verdad, sino tambien una indicacion sagaz de la doctrina condenada en sus escritos. Rugia ya la tempestad sordamente contra la mencionada obra, cuando sus partidarios esperaron conjurarla por medio de una opinion imponente, la del mismo Bossuet, á quien se habia pedido un prólogo para esta edicion. Este obispo habia puesto la condicion de cambiar ó corregir ciento veinte proposiciones, y mediante esta supresion justificaba las proposiciones equívocas que quedaban y podian ser esplicadas favorablemente. Este espediente, que hubiera ahogado tantos disturbios en su orígen, fue desgraciadamente eludido, y la obra fué impresa sin las supresiones propuestas, y por consecuencia sin el prólogo prometido. Tal conducta reveló á Bossuet los motivos que hubiera inspirado la peticion. Sin embargo en los cuatro años que todavía vivió, no denunció la obra, y se contentó con esplicarse abiertamente contra semejante doctrina.

El prólogo de Bossuet fué dado á luz seis años despues de su muerte, precisamente en pos del primer decreto del papa Clemente XI contra el libro del padre Quesnel. Miróse por lo tanto como un ardid de partido el contraponer al juicio del soberano pontífice la opinion de un prelado á quien la voz pública colocaba entre los padres de la Iglesia. Ademas de lo estraño de parecer atribuir á Bossuet una especie de infalibilidad que se disputaba al Papa, ocultáronse las circunstancias que hacian la aprobacion de aquel condicional. Por lo demas sobre materias tan delicadas no podia encontrarse el dictámen definitivo del obispo de Meaux en un mero manuscrito, susceptible de correccion interin no lo publicara el mismo autor. Los obispos de Luzon y La Rochela dieron á luz en 1711 contra el libro de las Reflexiones pastorales que eran como unos tratados dogmáticos sobre la gracia. Como en los demas parages acostumbrados de la capital, fijóse el anuncio de estos escritos en las puertas del palacio arzobispal. Dióse por esto ofendido el cardenal, quien pidió justicia al rey; pero aquel, en lugar de esperarla, se la tomó por sí mismo, obligando al Superior del Seminario de San Sulpicio á espulsar á dos sobrinos de dichos obispos que nada tenian que ver en el asunto. De aquí tomaron ocasion entrambos prelados para tildar al cardenal de favorecedor de las novedades, y este, que hubiera podido sacar partido de una acusacion tan violenta, recriminó desacertadamente contra la evidencia de los hechos tachando á los obispos de jansenistas.

El padre Le Tellier, confesor del rey, antagonista declarado de la obra, y por tal motivo mucho menos prevenido que su predecesor en favor del cardenal, trabajaba para que se pronunciara contra él el cuerpo episcopal de Francia. Este proyecto fué descubierto por una carta interceptada por el cardenal, quien la dirigió al rey y al duque de Borgoña, nombrado árbitro por su abuelo entre el arzobispo de Paris y los dos obispos. Lo menos que se esperaba era que fuese despedido el padre Le Tellier; pero el prelado echó á perder otra vez su causa; retiró de repente los poderes á la mayor parte de los jesuitas de su diócesis sopretesto de que enseñaban doctrinas que sublevaban el rebaño contra el pastor. La acusacion y el castigo fueron públicos, pero no las pruebas; por lo cual pareció muy tiránico este proceder.

Mientras pasaban estas cosas, el duque de Borgoña, trabajando con los consejeros de que se habia rodeado en la reconciliacion de los prelados, hubiera logrado hacerles aceptar su decision como un juicio en su favor, si no se hubiese determinado que el cardenal se esplicara auténticamente sobre la doctrina de las Reflexiones. Tras los elogios que estas le habian merecido, el cardenal no quiso esplicarse como se le encargaba, y pidió una dilacion al duque para ganar tiempo. El duque murió entretanto, y el rey, mas absoluto, no dejó al prelado mas que la alternativa de suscribir á las condiciones de la mediacion, ó someterse al juicio del Papa. El amor propio del cardenal recibió con menos mortificacion el segundo estremo y escribió al rey «que si el Papa juzgaba conveniente censurar el libro del padre Quesnel en las formas, recibiria su constitucion y su censura con todo el respeto posible; que seria el primero á dar el ejemplo de una perfecta sumision de espíritu y de corazon; y que seria para él un verdadero gozo aprovechar las instrucciones de Su Santidad para hablar correctamente sobre materias tan importantes.»

A consecuencia de la manifestacion del cardenal, Luis XIV requirió al papa Clemente XI para que emitiese su juicio. Roma tardó cerca de tres años en pronunciarlo; y porque los jesuitas habian sido considerados como los promotores de la condenacion, no se vió mas que uno de ellos entre los teólogos que formaban la comision, y aun aquel era teólogo titular de la Santa Sede. Los demas pertenecian á las órdenes y escuelas mas opuestas á esta sociedad. Muchos prelados y el Papa mismo tomaron parte en las conferencias, y el 8 de setiembre de 1713 apareció por fin la bula del soberano pontífice, por la cual ciento y una proposiciones del libro de las Reflexiones fueron condenadas juntas, sin especificacion particular y como se dice en tales casos, *en globo*, con las calificaciones de heréticas, sospechosas de heregía, temerarias, mal sonantes, etc.; de suerte que á ninguna se podia aplicar su verdadera imputacion: vicio radical á los ojos de los que ansiaban hallar motivos para eludir la censura. Esta es la famosa constitucion *Unigenitus* que en lo sucesivo fué orígen de tantos disgustos.

Tan pronto como llegó á Francia y aun antes de que fuese aceptada, el cardenal se apresuró á dar una pastoral proscribiendo el mismo libro, pero la tranquilidad que este incidente prometia fué ilusoria. El rey presentó desde luego la bula á los obispos que se encontraban en Paris para la asamblea del clero y que eran en número de 49. Luis XIV rogó al cardenal de Estrées, mas antiguo que el de Noailles, que se retirase para dejar á este el honor de presidir la Asamblea, que se celebró en su palacio y duró tres meses. Se le dejó la eleccion de los comisarios que debian informar, y se le tributaron todas las deferencias posibles, tanto por respeto á sus virtudes como para atraerle; pero todo fué en vano. El informe fué que se aceptara la bula, y tal fué el voto que emitieron el 13 de enero de 1714 cuarenta obispos de la Asamblea; mas el cardenal que en tiempo de la condenacion de Fenelon habia dicho esplicitamente: «Pedro ha hablado por boca de Inocencio,» se negó á unirse á los sentimientos de la mayoría, y de acuerdo con otros siete obispos pretendió deber recurrir al Papa proponiéndole sus penas y dificultades.

Tras la Asamblea vino el Parlamento, quien el 15 de febrero de 1714 registró con la mayor docilidad la bula con las reservas ordinarias en todos los rescriptos procedentes de la corte de Roma. A pesar del concierto con que obraron los cuarenta obispos de la Asamblea, de la adhesion de los demas y la aceptacion del Parlamento, diez dias despues publicó el cardenal un edicto por el cual, aunque condenaba de nuevo al padre Quesnel, prohibia aceptar la bula, pena de suspension. Por irregular que fuera este paso, puso en grande embarazo á los doctores de la Sorbona, convocados por entonces para la aceptacion, y dió márgen á escenas tumultuosas en la asamblea, y despues á esclusiones, destierros y otras vejaciones que casi alcanzaron al cardenal.

Despues de haber intentado el rey inútilmente traer á la unidad al cardenal y los obispos recalcitrantes, pensó echar mano de los medios de rigor, y se trató de deponerlos: medida muy difícil de llevar á cabo. Fenelon que ya se habia hecho notar por su pastoral en favor de la aceptacion, compuso una memoria al mismo efecto, y propuso un concilio nacional, como medida mas de acuerdo con la antigua disciplina y mas apropósito para conciliar todos los derechos y vencer todas las resistencias. Tal fué tambien la opinion del rey, quien envió á Amelot para ponerse de acuerdo con el Papa; pero la muerte, que vino á sorprender al monarca, cambió completamente la faz de los negocios. Este príncipe pasaba una vejez triste en la intimidad de madama de Maintenon, mas vieja que él. La corte, tan risueña en otro tiempo, participaba de esta apatía melancólica: los placeres no se presentaban en ella sino muy de paso, y con ocasion de algunas fiestas magestuosas que la dignidad del trono exigia.

En contraste habia una nueva córte, la de Felipe, duque de Orleans, hijo del hermano del rey, en la cual dominaba una juventud licenciosa. El rey no creia al duque tan pervertido como le pintaban sus costumbres, y decia de él que era un *fanfarron de vicios*. Sin embargo, veia con disgusto que el gobierno del reino recayera en sus manos, y sobre esto sufrió instancias importunas que afligieron sus últimos momentos. Ya habia dado al duque de Maine y al conde de Tolosa, hijos ambos de madama de Montespan, preferencia sobre todos los señores del reino. Por un edicto registrado el 2 de agosto de 1714 llamó á la corona de Francia á ellos y á sus descendientes á falta de príncipes legítimos; pero los amigos del duque de Maine, y sobre todo madama de Maintenon que le habia educado, asediaban al moribundo para que hiciese un testamento, por el cual asegurase mas positivamente la suerte del duque, quitando al de Orleans todas las ventajas posibles. Se le pedia un consejo de regencia, que limitase el poder del regente. Hizo el rey su testamento sobre este principio; mas al entregarlo cerrado al primer

presidente para que no fuese abierto sino en presencia de los pares reunidos, le dijo: «Hé aquí mi testamento: el ejemplo de los reyes mis predecesores y del rey mi padre me hacen comprender lo que sucederá; pero así lo han querido, me han atormentado, no me han dejado en paz hasta que lo he hecho, y solo á este precio he comprado mi reposo. Tomad y guardadle. Valga lo que valiere, estaré tranquilo, y no quiero oir hablar mas de él.»

Despues de este acto de su última voluntad fué aumentándose su postracion. Al siguiente año creyó á fines de agosto sentir los prim os síntomas de una muerte cercana, á la cual se preparó como cristiano. Gimió sobre los desórdenes de su juventud, hizo una confesion pública, pidió perdon de los escándalos que habia causado, recordó con amargura los errores de su vida, y recibió los últimos sacramentos con sentimientos de resignacion que edificaron á toda la corte. Luis XIV falleció á la edad de setenta y siete años y setenta y dos de reinado.

Madama de Maintenon que ya tenia ochenta años, edad en que la decadencia del cuerpo apenas permite el jercicio de las facultades del alma, pareció recobrar su energía para llorar amargamente la muerte del rey. El mariscal de Villeroy, testigo de la agitacion que ella esperimentaba entre el deseo de ver los últimos momentos y el temor de presenciarlos, la exhortó á retirarse del lado del rey. «No, respondió ella, yo debo recoger sus últimos suspiros, y no esponer su última mirada á que me busque y no me encuentre.» Sin embargo, á fuerza de instancias consintió en retirarse á San Cir, soberbia fundacion destinada á la educacion de trescientas jóvenes nobles y desgraciadas, que honrará su memoria para siempre. Al entrar en este asilo debido á ella misma, esclamó: «Yo no quiero mas que á Dios y á mis hijas.» Hizo que pasaran todas por delante de ella, y al verlas se enterneció como una madre á quien se presentan las caras prendas de una dulce union. Allí terminó sus dias á los ochenta y cuatro años de edad en 1719.

La aversion de algunos escritores apasionados á todo lo que lastima á la humanidad, pinta á Luis XIV con colores muy desagradables relativamente á sus guerras. En cuarenta y ocho años, desde 1667 hasta 1715, tuvo este príncipe diez y nueve años de paz y veinte y nueve de guerra, que costaron á la Francia sobre un millon y doscientos mil hombres, y mil quinientos millones. Para dichos escritores estas guerras solamente nacieron del desden del monarca á los príncipes vecinos, de su conducta altanera, de su carácter emprendedor, de su condescendencia á los consejos de algunos ministros interesados en ocuparle en el estrépito de las armas á fin de ser necesarios, en fin, de su propension á envanecerse con las lisonjas de sus cortesanos, que le embriagaban con el deseo de la falsa gloria de las conquistas.

Luis XIV no se perdonó á sí mismo los desastrosos efectos de sus guerras, y es difícil no enternecerse viendo á este monarca que por tanto tiempo fué la admiracion del universo é ilustre por tantos hechos gloriosos, tendido en su lecho de muerte manifestando á la corte que le rodeaba sus faltas, en las palabras que dirigió al Delfin: «Hijo mio, le dijo, os dejo un gran reino que gobernar, y os pido sobre todo que trabajeis cuanto os sea posible en disminuir los males y aumentar los bienes de vuestros súbditos: al efecto conservad siempre cuidadosamente la paz con vuestros vecinos, como el mas abundante manantial de felicidad, y evitad la guerra como orígen de los mas grandes males. No hagais jamás la guerra sino para defenderos ó defender á vuestros aliados. Confieso que en esta parte no os he dado buenos ejemplos: no me imiteis, porque esta es la parte de mi vida y de mi gobierno de que masme arrepiento.»

Muchos panegiristas han intentado celebrar las grandes cualidades de Luis XIV; pero quiza ninguno ha logrado reunir mejor los diversos rasgos de su gloria, ni le ha alabado mas noblemente, que el abate Maury, despues cardenal, el dia de su recepcion en la Academia francesa, el 1.° de enero de 1785. «Este monarca, dijo, tuvo á la cabeza de sus ejércitos á Turena, Condé, Luxemburgo, Catinat, Crequi, Boufflers, Montesquiou, Vendome y Villars. Chateau-Renaud, Duquesne, Tourville, Dnguay-Trouin, mandaban sus escuadras. Colbert, Louvois, Torcy, eran llamados á sus consejos. Bossuet, Bourdalone, Massillon, le anunciaban sus deberes. Su primer senado tuvo por gefes á Molé y Lanoignon, y por órganos á Talon y Aguesseau. Vauban fortificaba sus ciudadelas; Riquet abria sus canales: Perrault y Mansard construian sus palacios: Puget, Girardon, Poussin, Sueur y Brun los embellecian; Notre trazaba sus jardines; Corneille, Racine, Moliere, Quinault, La Fontaine, La Bruyere y Boileau ilustraban su razon y le divertian en sus ratos de ocio; Montausier, Bossuet, Fenelon, Huet, Flechier y el abate Fleury educaban sus hijos. Con este augusto cortejo de génios inmortales, apoyado sobre todos estos grandes hombres, á quienes supo poner y conservar en sus respectivos puestos, Luis XIV se presenta á las miradas de la posteridad.»

Si alguno sostuviese que tantas ventajas nacieron de un concurso fortuito de circunstancias, de una feliz casualidad que le producia esta multitud de hombres célebres en todos géneros, responderé aplicando á Luis el Grande esta reflexion de Sully relativa al grande Enrique: «Al monarca se debe la mayor parte de la alabanza que se da á una buena administracion, porque jamás faltan buenos súbditos á los reyes, sino buenos reyes á los súbditos.» La opinion de la época no hizo á Luis XIV la justicia que merecia y le ha tributado la posteridad, pues los parisienses demostraron bien poco sentimiento en sus funerales.

Aquí termina el esplendor de la monarquía. A los grandes intereses que habian ocupado á la nacion dentro y fuera, sucedieron disputas teológicas, una lucha de poder entre los magistrados y el monarca, mantenida por los mas mezquinos medios, hacienda mal administrada, guerras sin objeto y sostenidas sin energía, tratados vergonzosos. No se vió ninguno de los rasgos heróicos que habian distinguido aun á los mas infelices reinados. El amor de la gloria enervado por la indolencia del príncipe, dejó de estimular la actividad natural de los súbditos. Las costumbres poco respetadas en la corte, se estragaron tambien entre el pueblo: multitud de libros tan contrarios á la autoridad soberana como á la religion, inundó la Francia. Contrájose la costumbre de poner en duda los principios: de medir, por decirlo así, la obediencia debida á las antiguas leyes; en fin, de persuadirse haber llegado el tiempo de abrogarlas y crear otras nuevas. Tal es el triste bosquejo del reinado que vamos á recorrer y preparó la última catástrofe.

LUIS XV.

De edad de 5 años y medio.

Al dia siguiente de la muerte de Luis XIV, el duque de Orleans se dirigió á las diez de la mañana al Parlamento acompañado de príncipes y pares y de un cortejo de oficiales á quienes podia creerse reunidos para arrancar los sufragios con el temor, si estos no hubieran sido ya agenciados con negociaciones y promesas, de que en los casos de necesidad nunca son avaros los magnates. Formada la asamblea, el duque tomó la palabra, y despues de tributar un ligero elogio á la memoria del último monarca y hablar de su propia fidelidad al jóven rey reservado por Dios á la Francia, «estos sentimientos, añadió, conocidos del rey difunto, me han proporcionado sin duda las palabras llenas de bondad que me dirigió en los últimos intantes de su vida y de que creo deber daros cuenta. Sobrino, me dijo, he hecho un testamento en que os conservo todos los derechos que os da vuestro nacimiento: os recomiendo el Delfin, servidle tan fielmente como me habeis servido á mi: si viene á faltar, la corona os pertenece. He dictado las disposiciones que he creido mas prudentes, pero como no todo se puede prever, se variará en ellas lo que merezca ser variado. Estas son sus propias palabras: estoy persuadido de que la regencia me pertenece por las leyes del reino, pero no estaria satisfecho si vosotros no me otorgaseis vuestros sufragios. Pidoos que no confundais mis diferentes títulos, y que delibereis tanto sobre el derecho que tengo por nacimiento, como sobre el que me podrá otorgar el testamento. Estoy persuadido que juzgareis oportuno comenzar por el primero; pero por cualquier título que me pertenezca la regencia, me atrevo á aseguraros, señores, que la mereceré por mi celo en servicio del rey y por mi amor al bien público, en especial siendo ayudado por vuestros consejos y sabias observaciones: os las pido anticipadamente, protestando ante esta augusta asamblea, que jamás abrigaré otro designio que aliviar á los pueblos, restablecer el buen órden en la hacienda, quitar los gastos supérfluos, mantener la paz dentro y fuera del reino, restablecer sobre todo la union y tranquilidad de la Iglesia, y trabajar en fin con cuanto anhelo me sea posible en todo lo que pueda hacer á un estado feliz y floreciente.»

El tribunal enteramente afecto al príncipe, estaba compuesto de tres abogados generales y de un procurador general: su decision fué á medida de los deseos del príncipe, y el Parlamento la adoptó. Abrióse pues el testamento, y todo el mundo se admiró al ver que el duque no era nombrado mas que gefe del consejo de regencia que debia administrar el reino durante la minoridad del rey. En cada artículo que se leia, el presidente Mesmes, partidario del duque de Maine, esclamaba: «escuchad, señores, observad, esta es nuestra ley.» Pero no se juzgó así por los demas, y el de Orleans fué declarado regente por aclamacion. En el transporte de su gozo, las promesas de Felipe fueron exageradísimas; mas un hábil amigo suyo le hizo pasar en medio de la sesion despues de haber observado á la muchedumbre, una esquela con estas palabras: «Estais perdido, sino suspendeis la sesion.» Así lo creyó el duque, y la aplazó para la tarde.

Entonces se acabó de destrozar el resto de las disposiciones de Luis XIV. Luis Enrique de Borbon, por ejemplo, biznieto del gran Condé, conocido con el nombre de el Señor Duque, de edad de veinte y tres años, y que no debia de entrar en el consejo de regencia sino á los veinte y cuatro, fué declarado gefe de él desde luego. El finado rey habia nombrado los demas miembros; pero el

regente obtuvo del Parlamento la facultad de nombrarlos él mismo, como agentes de su administracion. En fin, el duque de Maine, aquel hijo querido del viejo monarca que á favor de él habia tomado tantas precauciones é independientemente de la educacion del rey, le habia confiado la guardia de su persona y el mando de todas las tropas de su casa, fué privado de este privilegio y reducido á la simple incumbencia de la educacion, que no se atrevieron á arrebatarle.

Habiendo salvado tan felizmente esta primera dificultad, el regente se mostró generoso y llamó al consejo de regencia casi todos los que habia escogido el rey difunto: compúsose aquel del duque de Borbon, gefe del consejo, del duque de Maine y del conde de Tolosa su hermano, del canciller Voisins, de los mariscales Villars, Villeroy, Huxelles, Harcourt y Bezons, del duque de San Simon y de los marqueses de Torcy y Effiat: escluyéronse de él los ministros, y hasta fueron suprimidos los ministerios, que fueron sustituidos por el regente con seis consejos: el de la guerra presidido por Villars, el de Hacienda por Villeroy y el duque de Noailles que era el que trabajaba, el de Marina por el conde de Tolosa y el mariscal Estrees, el de negocios estrangeros por el mariscal Huxelles, el del interior por el duque de Antin, hijo legítimo de la marquesa de Montespan, en fin, el de confianza bajo la presidencia del cardenal de Noailles para todos los negocios de religion, y en especial para la provision de los beneficios. El 12 de setiembre, el regente condujo al jóven rey al Parlamento á celebrar una sesion régia, en la que se registró y publicó todo lo que se habia arreglado hasta entonces.

No todos aprobaban los cambios efectuados, y el mariscal Villars los reprobó altamente; pero el regente tenia necesidad de lisongear al pueblo, dando entrada en ciertos puestos á personages de diversas clases y adoptando medidas importantes que fueron bien recibidas del público. Devolvió al parlamento el derecho de reclamacion, proveyó al pago de las tropas, aseguró el de las rentas de la casa de la ciudad, y fijó el precio vacilante hasta entonces de las especies de oro y plata: se mostró dispuesto á atacar á los *asentistas*, cosa que siempre regocija al pueblo, destinando sus despojos á pagar las deudas del Estado: puso cortapisas al poder de los intendentes, y en libertad á muchos de los detenidos en las prisiones reales. Volvieron á sus pueblos los obispos, los curas y hasta los legos desterrados por asuntos de la Iglesia, y tuvieron el placer de ver proscriptos á su vez al padre Le Tellier y á los mas altivos de sus compañeros. En fin, el regente hizo circular una carta en que pedia instrucciones sobre los medios de disminuir los impuestos y de hacer su exaccion menos dura á los contribuyentes: reformó los gastos de la corte, y colmó el gozo de los parisienses prometiéndoles traer cuanto antes á la capital al jóven monarca que estaba educándose en Vincennes.

Hacia mucho tiempo que estaba el regente ligado por los placeres con los lores Stair y Stanhope. Estos aprovecharon en interés de su nacion el crédito que la conformidad de gustos y de inclinaciones les daba cerca del príncipe. Empezaron por ofrecerle las fuerzas de Inglaterra si la España, como era de temer, pensaba inquietarle en la regencia. En reconocimiento, él les sacrificó al caballero de San Jorge que Luis XIV, generoso aun en sus desgracias, no quiso jamás abandonar. Por largo tiempo se habia lisongeado el jóven príncipe con la idea de recobrar la herencia de sus padres mediante la benevolencia con que le miraba su hermana la reina Ana; pero la prematura muerte de esta princesa en 12 de agosto de 1714 desvaneció las esperanzas del pretendiente sin dejarle abierta mas que la via de la fuerza. Al amparo de Luis XIV habia preparado Estuardo una invasion, que hubiera podido prevalecer si hubiese sido secundada; pero el regente no se creyó obligado á guardar los compromisos de su tio, y así se malogró tal proyecto. No contentos los isleños con ver frustrada la empresa, persiguieron al príncipe con encarnizamiento y pusieron á precio su cabeza. Prendióse en Francia á un inglés que se sospechaba aspirar á ganar la prometida recompensa: el embajador inglés no tuvo empacho para reclamarle, ni el regente reparó en entregarle. De esta manera el duque de Orleans, sobrado prevenido á favor de una nacion rival que no pierde jamás de vista sus intereses, se penetró por decirlo así de sus máximas, y adoptó sus opiniones y sistemas. Esta especie de admiracion que despues se ha llamado *anglomania*, vino pronto á influir en los negocios por la preponderancia que tomó sobre el regente el abate Dubois pagado por los ingleses.

Dubois habia sido preceptor del jóven duque de Orleans. Dotado aquel de un talento sagaz y espedito, á propósito para los negocios, habia procurado cautivar á su discípulo abriéndole la carrera de los vicios. Cada vez habia venido á ser mas y mas necesario al príncipe, quien habiendo llegado al colmo del poder, se divertia con su cinismo y empleaba sus talentos sin dejarse por eso engañar enteramente. Cuando le hizo consejero de Estado, al anunciarle esta gracia, que disgustó á los amigos del príncipe, abrazó afectuosamente á Dubois y le dijo: «Abate, rectitud es lo que te suplico.» El nuevo consejero de Estado se procuró en los negocios un ramo en que no se pudiera pasar sin él, quien al efecto escogió el de la política como mas adecuado á sus relaciones y al carácter del príncipe á quien se proponia manejar.

Habia dos partidos en la corte; el uno adicto al sistema de Luis XIV, el otro completamente opuesto á él. Jamás, como queda dicho, habia perdido de vista el rey difunto el proyecto de reponer á los Estuardos en el trono de Inglaterra; y á pesar del esplícito tenor de los tratados de Riswick y Utrecht sobre esta materia, mantenia en este reino inteligencias que aun despues de su muerte no dejaron de alarmar al rey Jorge. Aunque el pretendiente no se hubiera aprovechado de ellas, era siempre objeto de inquietud interin la Francia pudiera tratar de dar pábulo al mal apagado fuego. Para tranquilizarse no encontraron otro medio Stair y Stanhope que el cooperar á la preponderancia del partido opuesto á la antigua corte, como lo consiguieron ganando al expreceptor.

Dubois tenia tambien gran interés en destruir todo el sistema político de la Francia, porque si continuaba este como hasta entonces no habria necesidad ni de sus consejos ni de sus negociaciones. Ya se habian inspirado temores al duque de Orleans sobre su regencia por parte de la España: otros nuevos se le hicieron concebir en cuanto á la sucesion en el trono, insinuándole que si venia á faltar Luis XV, cuya salud parecia delicada, Felipe V podria muy bien no creerse ligado por su renuncia; y como la España, gobernada á la sazon por Alberoni, ministro activo y emprendedor, parecia querer salir de su inercia y ponerse en buen pie, se persuadió al regente que el monarca español trataba de prepararse á sostener en un caso eventual sus derechos á la corona de Francia. Ciertamente no se podia censurar que en esta parte tomara anticipadamente precauciones el duque de Orleans, á quien así se lo manifestó Villars en el Consejo, si bien añadió este general que era menester averiguar con certidumbre cuáles eran las miras de España en sus armamentos, y cuando se estuviese bien seguro que no se hacian contra Francia, desearla buen éxito y no mezclarse en nada.

Tomando estos informes, se hubiera en efecto sabido que el objeto de Alberoni era restituir á España los estados de Italia que se le habian arrebatado en la guerra de sucesion, para formar con ellos soberanías á los hijos de la princesa Farnesio que ocupaba el trono por muerte de Gabriela de Saboya; y que á trueque de impedir que los ingleses ayudaran al emperador en quien habian recaido dichos estados, el ministro español pensaba retener á los isleños en su pais enviando á este al pretendiente con poderosos auxilios. «Pues bien, añadia Villars, si la España quiere engrandecerse, ayudadla en lugar de contrariarla. Cuanto mas contribuyais á su engrandecimiento, menos tentaciones tendrá de venir á turbaros en vuestras pretensiones á la corona; y si Felipe V tuviese tal tentacion, veria á toda la Europa levantarse contra él.» Villars terminó con una especie de prediccion que chocó al regente «La Inglaterra, dijo, al menos en parte, está dispuesta á recibir á su rey legítimo: sigamos estas miras que la gloria de la nacion y la proximidad de la sangre os inspiran, mas bien que las que al fin os llevarán á hacer la guerra al rey de España.» Conmovido el príncipe, le miró fijamente y le dijo: «aspirais á lo grande;» pero el duque estaba subyugado.

¿Y como no habia de estarlo entregándose como se entregaba á los ingleses con un abandono justamente sospechoso á las personas menos persuadidas que él de sus buenas intenciones? «Yendo un dia al palacio real, cuenta Villars, me hallé con que el príncipe habia estado encerrado tres horas con Stair y Stanhope. Así que salieron de la larga audiencia que se les habia dado, yo le dije; Monseñor, he sido empleado en diversas cortes, he visto la conducta de los soberanos, y me tomo la libertad de deciros que sois el único que se espone á tratar solo con dos ministros del mismo amo. El me respondió: son mis amigos particulares. Segun las apariencias, repliqué, lo son todavía mas de su señor, y dos hombres bien preparados á hablaros de negocios pueden conduciros mucho mas allá que lo que vos quisiérais.» A pesar de esta manifestacion muy fundada, él continuó su íntima amistad con ellos, y sus negociaciones, de las cuales era el alma y único confidente el abate Dubois. Este á fines de año fué enviado al Haya en calidad de embajador estraordinario, siendo el objeto de su mision ayudar á los ingleses á inducir á los holandeses á un tratado de alianza dirigido contra la España, tratado que fué firmado en 4 de enero de 1717 bajo el nombre de la *triple alianza*. Las partes se garantizaban la sucesion al trono de Inglaterra y de Francia, segun las estipulaciones del tratado de Utrecht; mas el regente tuvo la debilidad de comprar esta garantía con la espulsion de San Jorge del reino y con la demolicion del puerto de Mardick. Luis XIV habia hecho principiar en este obras que prometian indemnizar un dia á la Francia del sacrificioá que habia sido obligada, en cuanto al puerto de Dunkerque. El embajador de Inglaterra lord Stair se habia quejado al monarca en términos poco comedidos, como eludiendo el espíritu del tratado

de Utrecht. «Señor embajador, le respondió el rey, yo siempre he sido amo en mi casa, y algunas veces aun fuera de ella: no me hableis mas de tal cosa.»

No habia trascurrido un año, despues de la muerte de este príncipe, cuando el duque de Borbon presentó una demanda al Parlamento, con el objeto de privar al de Maine y al conde de Tolosa, del rango y prerogativas de príncipe, que les habian sido otorgadas por Luis XIV, á pesar de que estos legitimados no eran llamados á reinar mas que á falta de legítimos. En este proceder se obraba de concierto con el regente, quien despreciando los lazos que le ataban al duque de Maine, perseguia en él al agente interesado en las intrigas de Felipe V, por aspirar este ademas de su trono de España al de Francia. El regente, en efecto, era cuñado del duque de Maine, con cuya hermana estaba casado; y el duque de Borbon era doblemente su sobrino, como hijo de otra hermana del mismo duque y del hermano de la duquesa. Los duques y pares, á la cabeza de los cuales estaba el de San Simon, intervinieron en este negocio, para agravar todavía la suerte de los desgraciados príncipes. Aquellos reclamaron contra el rango que Luis XIV les habia dado sobre ellos, y pidieron que fuesen reducidos al que les correspondia por la fecha de sus nombramientos de pares.

A pesar de tantos motivos de miramientos, á pesar de los esfuerzos de los amigos de los príncipes legitimados y las investigaciones eruditas practicadas para que prevaleciera la causa de la bastardía, el 2 de julio de 1717 se les declaró por el Consejo de regencia privados de los nombres, derechos y privilegios de príncipes de la sangre, reservándoles sin embargo en el Parlamento el asiento que tenian. Cuando despues de esta decision vió la duquesa de Maine á su marido, orgullosa de la sangre de Condé, cuyas prerogativas perdia, le dijo mirándole con indignacion: «No me queda mas que la vergüenza de haberme casado con vos.» El duque conservó en este incidente una sangre fria y tranquilidad que desconcertaron á sus enemigos. A proposiciones de arreglo haciendo algun sacrificio, él habia constantemente respondido que no era necesario degradarse á sabiendas, sino sufrir la ley del mas fuerte hasta que llegara el tiempo oportuno de reproducir tal cuestion. Recomendó mucha prudencia y circunspeccion en las acciones y palabras á todos los que se interesaban por él.



Madama de Maintenon en San Cir.

Mientras este negocio tenia á la corte en movimiento, Paris y las provincias no estaban menos agitadas por las pesquisas que se practicaban sobre rentas. En marzo de 1716 el regente habia establecido una Cámara de justicia compuesta de presidentes y consejeros del Parlamento, de oficiales de la cámara de Cuentas y otros magistrados. El rey sometia á esta cámara «los oficiales de nuestras rentas, decia, los administradores, tratantes, agentes de negocios, procuradores y otros que han trabajado tanto en la percepcion y manejo de nuestros caudales, cuanto en otras imposiciones y exacciones ordinarias y estraordinarias, contratas, empresas, suministros de víveres á las tropas y á los hospitales, en municiones de guerra y de boca á las ciudades, guarniciones y ejércitos de tierra y mar, ó en el empleo y distribucion de dichos caudales para gastos de la guerra, para nuestros aposentos reales y otras cargas del Estado.» Para invitar á los buenos y fieles súbditos al esclarecimiento de estos hechos, se daba á todos los que querian hacerse denunciadores el quinto de las multas y confiscaciones; á los que descubrieran los efectos ocultados, el décimo ó aun mas grande recompensa, segun las diligencias, cualidades y circunstancias de su aviso. Por esta enumeracion, del número de personas que se encontraban espuestas á las pesquisas, se puede juzgar de la alarma que la publicacion de tal edicto causaria entre todos los que habian tenido alguna parte en los negocios del rey. Los procedimientos fueron desde luego vivos y rigorosos. La Bastilla y las otras cárceles se llenaron de personas acusadas meramente sospechosas: muchas fueron custodiadas en sus casas. Se prohibió dar caballos de posta a los que quisieran escaparse, y favorecer de ninguna manera su evasion. El pueblo, siempre enemigo de los asentistas, veia con placer llevar ante el nuevo tribunal, despojar y deshonrar á los que con su riqueza y aun insolencia habian escitado la envidia y la indignacion



El regente con Luis XV en el Parlamento.

pública. Fueron muchos los condenados á la picota, á los presidies, á gruesas multas, y uno lo fué á muerte en una provincia lejana.

Despues de estos escarmientos impusiéronse á mas de cuatrocientas personas derramas que produjeron sobre ciento ochenta millones, habiéndose empleado los ochenta en retirar los billetes del Estado y reembolsar el capital de las rentas. Madama de Maintenon cuenta en sus cartas lo que fué del resto, diciendo: «Todos los dias se nos anuncia alguna nueva merced del regente, y se murmura mucho sobre la inversion de este dinero de los negociantes. Sabiéndose por otra parte, que habia entonces cortesanos de la primera nobleza bastante bajos para solicitar á título de gratificacion tributos sobre los carruajes de alquiler y sobre los judios, no hay riesgo de engañarse presumiendo que muchos de aquellos tendian la mano al regente por su facilidad en dejar caer los millones que no hubieran debido ser empleados mas que en pagar las deudas del Estado y en aliviar al pueblo.»

Pero este no sacó ningun provecho del castigo de los asentistas, y esto dió márgen á quejas generales. Como no se cesaba de hacer pesquisas y cada dia se buscaban nuevos acusados, citando al tribunal mercaderes y negociantes de buena reputacion, ,qué por causa de suministros eran obligados á justificarse, los mismos que habian aplaudido la instalacion de la Cámara de justicia temieron ser tambien llamados á ella, sin que les tranquilizara su conciencia. Con estos temores desapareció el dinero y padeció el comercio: asi cuando se hubo sacado casi todo lo que se quiso á los capitalistas, la Cámara de justicia fué suprimida, y la continuacion de los asuntos pendientes se encomendó á otro tribunal.

Entonces se preparaba el cumplimiento de la profecía de Villars, á saber: «Que la propension del regente á los ingleses le arrastraria á hacer la guerra al rey de España.» Este reino estaba gobernado por Alberoni, el cual desde cura de aldea pasó al ministerio, y fué un verdadero hombre de Estado. Despues de la muerte de la primera mujer de Felipe V, Alberoni contribuyó mucho á que se casara con Isabel Farnesio. Esta tenia hijos, que eran escluidos del trono por los del primer matrimonio. Alberoni buscó otros estados para aquellos, y al efecto fijó sus miradas en las porciones de Italia quitadas á la corona de España y cedidas al emperador por el tratado de Utrech; pero como este tratado no surtió efecto en cuanto á Cárlos VI y Felipe V, estos mantuvieron todas sus pretensiones. Semejante designio de Alberoni estaba erizado de dificultades, pero su genio triunfó de todos los obstáculos. De este esquilmado reino hizo salir una armada que asombró á la Europa. La Cerdeña habia sido invadida en el mes de agosto del año precedente por el marques de Lede, y bajo el mando del mismo oficial treinta mil españoles desembarcaron este año en Sicilia, desde donde con el asentimiento real ó supuesto del duque de Saboya, debian tantear la conquista de Nápoles. Aprestáronse buques en todos los puertos, preparándose en Cádiz una escuadra mucho mas formidable que las otras. Al mismo tiempo el ministro daba á la España en todas las cortes la consideracion que habia perdido hacia mucho tiempo. Hízose con aliados en el Norte, agenció el socorro de los turcos y calculando por el tratado de la triple alianza concluido entre Francia, Inglaterra y Holanda para garantir al emperador sus estados de Italia, que no podia esperar ni aun la neutralidad de estas otencias, Alberoni resolvió ocupar á los ingleses haciendo pasar á su isla al pretendiente con tropas que debian ser secundaads por los suecos y los rusos, reconciliados por su diligencia; y finalmente, nada menos se propuso que realizar en el gobierno de Francia una revolucion destituyendo al regente.



La peste de Marsella.

Escogióse bastante bien el momento: habia á la sazon no una insurreccion decidida ni quejas ruidosas, pero sí un descontento sordo y una especie de malestar del cuerpo político, una inquietud vaga nacida de conocerse en general que pasaban cosas desagradables. Por ejemplo, se veia con disgusto á los ingleses, cuatro años antes enemigos de la Francia, familiarizados en la actualidad con el regente, en términos de dominar en el Consejo y prescribir leyes.

Tambien se habian concebido esperanzas de una administracion prudente, económica, parecida á la administracion paternal, esperanzas fundadas en el establecimiento de los consejos al principio de la regencia, y en el derecho de reclamacion restituido al Parlamento. Los consejos en que el regente encontraba algunas veces opiniones contrarias á las suyas, le disgustaban, y así toda la gente previsora creia que no subsistirian mucho tiempo. Las reclamaciones no fueron prohibidas, pero el duque de Orleans pretendia que no debian versar sobre ciertos asuntos. Quiso circunscribirlas en la materia y la forma; y esto prestó asa á conjeturas, de que nacieron sospechas y temores. La magistratura se incomodó del apoyo dado por el regente á la pretension de los duques y pares de aventajar á los presidentes en el Parlamento; y á falta de satisfaccion ó para obtenerla, ella publicó una memoria muy punzante para el orgullo de muchas familias elevadas á la dignidad de pares.

El respeto debido á las costumbres contribuyó tambien en parte á las causas del disgusto general. Muchos de los que habian desaprobado los escrúpulos de Luis XIV, censuraron todavía mas el libertinage que les sucedió, y gangrenó á casi toda la juventud de la corte. Si las personas que con todo se divierten, se reian algunas veces de las chanzas poco circunspectas del duque de Orleans, las personas prudentes que veian las consecuencias no podian aprobar

la insultante ligereza con que el primer hombre del Estado trataba á la religion y á sus ministros. Tambien habia grande indignacion por el papel importante que comenzaba á representar entonces el vil y despreciable Dubois, por confiar en la facilidad de su antiguo discípulo, para aspirar abiertamente á las primeras dignidades de la Iglesia.

Contribuyó el abate al menos con sus consejos, á la persecucion que se renovó entonces contra el duque de Maine á quien odiaba, por haberse opuesto en el Consejo al tratado de la cuádruple alianza, nuevo convenio celebrado en Lóndres á instancias de Dubois entre el emperador y los reyes de Francia y de Inglaterra, habiéndose intimado al rey de España que lo aceptase dentro del término de tres meses. Dubois agregó su resentimiento á la antipatía que siempre habia tenido el duque de Borbon á su tio, á pesar de los esfuerzos que para desvanecerla hizo la esposa de este. El regente decia saber por buen conducto «que el duque de Maine abrigaba el designio de traer al rey al Parlamento, hacerle declarar mayor, y con esto quitarle la regencia.—No lo creo, respondió el mariscal de Villars, á quien el duque de Orleans confiaba este proyecto: yo no creo al duque de Maine bastante decidido para tomar tal resolucion.» En efecto, la conducta débil de este príncipe en una ocasion tan importante, confirma este juicio. Como el mariscal fué testigo ocular de lo que pasó, lo contaremos en sus mismos términos. «El 26 de agosto á las seis de la mañana, los consejeros de la regencia fueron avisados que habia consejo estraordinario, que seria seguido de una sesion régia en las Tullerías. Al entrar en el gabinete encontré al regente paseándose con bastante agitacion. Acercóse á mí el duque de Maine, quien me dijo: algo va á suceder contra mi hermano y yo.—No puedo creerlo, le respondí.—El replicó, yo lo sé.—El conde de Tolosa llegó: el regente le condujo á una ventana y le dijo muy pocas palabras, despues de las cuales el conde se juntó con el duque de Maine y salieron entrambos. Sobre este asunto dije al marques de Effiat:—Se marchan, quien deja la partida la pierde.»

Leyéronse en seguida los edictos que debian presentarse en la sesion régia. El primero prohibia al Parlamento tomar conocimiento de los negocios del Estado, y derogaba dos decretos que no solamente eran contrarios al banco de Law, de quien se esperaba la restauracion de la Hacienda, sino que disponian que el mismo Law fuese encarcelado. El segundo edicto declaraba que en presentándose cualquiera medida al Parlamento para que fuera registrada, se entenderia evacuada esta diligencia trascurridos ocho dias. El relativo al duque de Maine y al conde de Tolosa, contenia que á solicitud de los pares se les privaba de la categoría que tanto en el Parlamento como fuera de él les habia dado el finado monarca, y por consecuencia que su asiento solo seria preferente con respecto al de los pares nombrados despues del edicto de 1694. Sin embargo, por una consideracion particular conservó el rey al conde de Tolosa sus honores, rango y prerogativas. El duque de Borbon leyó en seguida una memoria en que decia al rey: «Señor, habiendo el difunto rey manifestado deseos de que el duque de Maine se encargara de la educacion de V. M., aunque este cargo debiera pertenecerme por derecho de nacimiento y segun los usos antiguos, no le he pretendido por la consideracion de mi menor edad. No habiendo ahora tal inconveniente, pido que me sea conferido este honor con arreglo á la justicia de mi derecho.»

Todo lo que acababa de ser leido lo fué tambien de nuevo en el Parlamento, reunido en una pieza inmediata á la de la sesion régia, y convocada de una manera tan brusca é inopinada como lo habian sido los miembros del Consejo. En medio de la sorpresa accedió á todo el Parlamento. Es verdad que el primer presidente pidió que se deliberara; pero el guardasellos Argenson, despues de aproximarse al rey como para recibir sus órdenes, por desempeñar las funciones del nuevo canciller Aguesseau, desterrado por su oposicion al sistema, replicó solamente: «El rey quiere ser obedecido y al instante.» En cuanto á la peticion del duque de Borbon, el regente aconsejó en voz alta al jóven monarca que la concediera.

Algunos pares se sorprendieron de que hubieran sido nombrados en el edicto que reducia al duque de Maine á su rango de par, y en el que distinguia al conde de Tolosa de tal tratamiento. Parecia que estos dos edictos se habian dado á instancias de los pares, y sin embargo la mayoría de estos lo ignoraba; pero como muchos estaban pesarosos de ver degradado á uno de los hijos del finado rey, accedieron con gusto al tratamiento diferente que recibia su hermano. Entrambos se habian retirado al aposento del duque de Maine: si hubieran tenido entereza para estar en la sesion régia y representar con energía el agravio que se les hacia, especialmente al duque por quitársele la incumbencia de la educacion del rey y el cuidado de velar por su conservacion, era posible que hubiesen entorpecido los proyectos formados contra ellos. El temor de ser aprisionados hizo mella en unos corazones llenos de buenas cualidades, menos la firmeza indispensable en tal caso.

Pero el duque de Maine lejos de hacer esfuerzos para conservar un cargo que por lo menos le era indiferente, decia antes de su desgracia al mariscal de Villars «que estaba tan aburrido de lo mucho que tenia que sufrir, que á pesar de lo honorífico de cuidar de la educacion del rey, daria de muy buena gana diez mil escudos al que le presentara una órden para que pasara desterrado cinco años en sus tierras.» La duquesa de Maine estimaba mucho mas aquel honor; y cuando se la comunicó la órden de ceder al de Borbon la habitacion que su marido ocupaba en las Tullerías como encargado de la educacion, respondió con enojo: «Sí, la cederé.» Al mismo tiempo mandó desamueblar el cuarto, y para concluir cuanto antes, ella misma rompió los espejos, las porcelanas y todo lo que cayó en sus manos. Si esta princesa formó lazos sospechosos, si se prestó á proyectos capaces de turbar la tranquilidad del reino, se puede creer que no los principió hasta esta época. Como se la juzgaba muy irritada, no se dudaba que estuviese dispuesta á la venganza si encontraba ocasion, y así todos los descontentos se reunieron en derredor de ella en no escaso número.

Ademas de la manera dura con que el Parlamento habia sido tratado en la sesion régia, el regente hizo prender á tres consejeros que en la sesion del dia siguiente en que el Parlamento habia protestado contra los acontecimientos del dia anterior, se habian permitido manifestar temores sobre los peligros que corria la persona del rey por haber alejado al duque de Maine. Este acto de autoridad escitó una grande fermentacion tanto en la corporacion como en Paris, asombrada de un rigor que no se habia visto desde las barricadas. Iguales severidades ejercidas en otros parlamentos, principalmente en el de Bretaña, sembraron la alarma en las provincias. El duque de Orleans suprimió al mismo tiempo los consejos establecidos al principio de su regencia para reemplazarlos con departamentos, á la cabeza de los cuales puso secretarios de Estado mas dependientes de él. El conde de Maurepas, nieto del canciller Felippeaux de Pontchartrain, fué llamado al departamento de la casa del rey; Luis Felippeaux, marques de la Vrilliere, y el conde de Saint-Florentin, su hijo, al del clero; Claudio Leblanc, á la guerra; Fleuriau de Ermenonville, á la marina; Dubois á los negocios estrangeros, y el guarda-sellos Argenson se quedó encargado á la vez de la direccion de la justicia y de la Hacienda. Este fué un nuevo motivo de crítica, y casi todas las principales familias así como las corporaciones supremas, que por pertenecer todos sus miembros á los consejos suprimidos, se miraban como admitidos al gobierno del reino, viéronse con disgusto privados de una prerogativa tan preciosa á sus ojos.

Finalmente, esperimentábanse pérdidas inmensas en las familias por el descrédito é instabilidad de los efectos públicos que representaban y garantian la deuda del Estado. Desde los primeros dias de la regencia se habian convertido en una sola especie de crédito todas las que, á escepcion de las rentas sobre la casa del ayuntamiento, habian sido creadas con diversos títulos, en diversos tiempos y con diversos nombres durante el reinado de Luis XIV, y que habian considerablemente perdido su valor primitivo. De esta conversion se tomó ocasion para comprobarlas, y de seiscientos millones á que ascendian se anularon doscientos cincuenta: el resto fué saldado en billetes dichos *de Estado* que se podian reembolsar sucesivamente y que entretanto tenian un interés de cuatro por ciento. Por otra parte se les recibia en pago de impuestos y de algunos dominios que fueron enagenados en adquisicion de rentas vitalicias al diez y seis por ciento, y finalmente en todas las casas de moneda en que se estaba practicando una nueva refundicion. De una suma total de siete mil libras, dos mil podian ser pagadas en *billetes del Estado*; pero como al marco se le dió el valor de cuarenta á sesenta libras, acontecía que al dar el gobierno igual suma de siete mil francos en moneda nueva, ganaba realmente un quince por ciento, y todavía retiraba *gratis* sus billetes. Esto era una especie de hurto, y ocasionó las reclamaciones del Parlamento, lo mismo que todas las otras operaciones rentísticas del Consejo. Semejantes reclamaciones, á una con la oposicion que se permitió á las medidas del mismo Consejo, le valieron la mortificacion que esperimentó en la sesion régia que se acaba de mencionar.

En estas circunstancias apareció el escocés Juan Law, hombre de cálculos y proyectos, que se habia ofrecido al regente á descargar la Francia de su deuda. A pesar de la oposicion de Desmarets, que sondeó á Law, sus planes fueron admitidos. El primer paso que dió en la carrera que osó emprender, fué la ereccion de un Banco, cuyo limitado objeto no debió hacer presumir la parte que le destinaba en su grande obra. Reducido en su orígen á negocios de los particulares con la módica retribucion de un cuatro por mil, llegó á un estado increible de prosperidad en el corto tiempo de tres años. Sus primeros fondos, cuando fué establecido en mayo de 1716, eran seis millones solamente, divididos en doce mil acciones de quinientos francos cada una, pagaderos una mitad en dinero y la otra en billetes del Estado. Esto no proporcionaba mas que un ligero alivio á la deuda pública por el corto número de billetes que estraia de la circulacion; pero tal idea fué un gérmen que habiéndose desarrollado produjo el famoso sistema.

Ya se ha dicho haberse dado destinos ventajosos á los billetes del Estado al efecto de sostenerlos: despues entró en la política del gobierno el desacreditarlos, habiéndose logrado esto con lo insignificante de los primeros reembolsos y con una declaracion de que no se pagarian sus intereses. Al mismo tiempo dispensaba el gobierno un favor especial al Banco, disponiendo que los billetes emitidos por este y que debian ser satisfechos en metálico fueran recibidos como numerario en todas las cajas reales. Esta declaracion y los dividendos aumentados oportunamente dieron á las acciones del Banco una importancia bien superior á la de los billetes del Estado.

La comparacion que se hacia naturalmente ofrecia un medio fácil de estinguir la deuda pública con un simple cambio de billetes en acciones del Banco por poca proporcion que estas hubiesen guardado con aquellos. Law encontró un pretesto plausible para aumentarlas. En 1717 logró erigir y juntar al Banco una compañía de comercio titulada *de Occidente*, en razon á que debia hacer el comercio de Mississipi, del cual se prometia maravillosos resultados. Adjudicóla ademas la propiedad del Senegal y el privilegio esclusivo de las Indias y China. Con este motivo creó veinte y cinco millones en acciones é hizo una emision proporcional de billetes de Banco, los que ya antes de estas reuniones habian ascendido hasta ciento diez millones. ¡Júzguese de la suma cuya emision permitieron entonces dichas acciones, y mas al año siguiente cuando el gobierno abandonó por algunos millones al Banco, tanto el provecho de las monedas por nueve años y la adjudicacion de las tierras! Hubo que crear para satisfacer la avidez del público trescientas mil nuevas acciones que no fueron concedidas mas que á personas privilegiadas y que pasando de mano en mano, siempre aumentando su valor, subieron hasta diez ó doce mil libras. No solamente desaparecieron los billetes del Estado, porque cada cual trataba de deshacerse de un papel casi sin valor para adquirir algunos derechos á la mina preciosa, sino que aun las rentas del ayuntamiento, el oro, la plata y las tierras tuvieron la misma suerte. Tal era á fines de 1719 la confianza que inspiraba el Banco.

Sin embargo, sus billetes que segun los decretos de fabricacion no debian subir mas que á seiscientos cuarenta millones, habian sido fraudulentamente aumentados por el gobierno hasta tres mil millones. Las sospechas que algunas personas concibieron de esta emision desordenada, no solamente sin proporcion con los fondos existentes, sino aun con los valores que el Banco podia realizar, les hicieron convertir sus billetes en numerario. El embarazo que de aquí resultó al Banco dió motivo á decretos que prohibieron la conversion de billetes en dinero, y desde entonces se dió un golpe irremediable al sistema. En vano declaró el gobierno que sus recaudaciones se hicieran en billetes con esclusion de toda otra especie; en vano fijó el valor del papel en una cuota superior á la que tenia el dinero; en vano prohibió en todas las transacciones particulares el empleo de la moneda. Los mas discretos, y especialmente los estrangeros, se obstinaron á porfía en cambiar su papel por mucho que perdieran, y así se aumentó el descrédito que desde entonces fué imposible detener.

Para hacer alarde de confianza, el gobierno mandó una nueva fabricacion de billetes, despues un dividendo de cuarenta por ciento por accion, y finalmente una rebaja á todos los que quisiesen pagar los derechos de tierras en billetes, rebaja que daba al papel una ventaja de veinte y cinco por ciento sobre el dinero; mas la desconfianza fué acrecentándose con el estraño favor dispensado á los billetes; los géneros triplicaron su valor, y todos se apresuraron á convertir su papel en perlas, diamantes, joyas y efectos de toda especie.

Defraudado en las esperanzas que se habia prometido de su destreza, el gobierno creyó deber recurrir á medidas de rigor. Prohibió desde luego guardar las antiguas especies, que serian confiscadas en utilidad de los denunciadores, y no tardó en proscribir las nuevas. Ninguno podia poseer mas que quinientas libras de moneda ó de materias de oro y plata. Dispusiéronse visitas domiciliarias y fomentóse la delacion, sin que semejantes vejaciones restablecieran el crédito. Entonces redujo el gobierno sus billetes á la mitad de su valor, y sin embargo siguieron perdiendo cada vez mas, á pesar de haberse revocado aquella medida á instancias del Parlamento. En fin, convencido el gobierno de que era inútil todo medio ulterior para restituir el valor al papel, en 1.° de noviembre de 1720 dispuso que los billetes de Banco no fueran recibidos mas que por un valor convencional, es decir, que no tuvieran ya ningun valor. Empero el gobierno, que habia sido el verdadero banquero, comprendió que debia liquidarlos. Averiguado el valor primitivo de todos los efectos nuevos que se encontraban en manos de los particulares, reconocióse una deuda de mil setecientos millones. El gobierno satisfizo con billetes llamados de *liquidacion*, que convertidos en rentas perpétuas y vitalicias sobre la casa de la ciudad y sobre tallas, y en adquisiciones de maestrazgos y oficios municipales, cargos en su mayoría inútiles y únicamente exigidos para dar salida á los billetes, agravaron el tesoro real con cuarenta millones de renta. Tal fué el desenlace del famoso sistema de Law, que dejó al Estado con mayor deuda que antes; que produjo en las fortunas particulares un trastorno absoluto y en la moral pública una subversion de principios que corrompió á todas las clases de la sociedad inficionándolas con el espíritu vil y codicioso del agiotage, uno de los caracteres distintivos del siglo XVIII.

Como los billetes del Estado no cayeron de golpe en el último grado de su desmerecimiento, y como las acciones del Banco tampoco adquirieron de repente su valor superior, hubo observadores que especularon y establecieron una especie de juego ó de comercio. Cuando bajaban los billetes del Estado, los tomaban aquellos con la esperanza de que subirian; y en el momento que habia una ligera alza los convertian en billetes de Banco, cuyo importe dejaba todavía considerable utilidad, teniendo en cuenta lo que habian costado los billetes del Estado. Al contrario, cuando desmerecian los efectos del Banco, los jugadores buscaban con ardor los billetes del Estado, procurándoles así un favor momentáneo que servia para comprar los efectos del Banco calculando que estos volverian á tener mayor estimacion. Estas alternativas ocurrian de la noche á la mañana, y á veces en un mismo dia. Esta especie de comercio ó juego es lo que se llama *agio*, nombre cuyo origen se ignora, á no ser que se le quiera derivar de la palabra latina *agere*, tratar, porque no hay personas mas activas ni mas vigilantes sobre todo lo que pasa, que las que trabajan en Hacienda.

Law, que tenia la balanza de este comercio y que llegó á ser ministro de Hacienda en 1720, no se descuidó en estas vicisitudes. En menos de un mes compró al conde de Evreux por ochocientas mil libras el condado de Tancarville en Normandía. Ofreció al príncipe de Carignan cuatrocientas mil libras por su palacio de Soissons. Presentó pocos dias despues á la marquesa de Beubron la suma de quinientas mil libras por una tierra. Casi al mismo tiempo estaba en tratos con el duque de Sully para el marquesado de Rosny. Sumas tan considerables reunidas en tan corto tiempo y gastadas con tanta facilidad, ocasionaron muchas murmuraciones y quejas de parte de las familias arruinadas. El Parlamento las acogió y dictó contra Law una providencia de emplazamiento, que no habiendo tenido efecto se convirtió en mandamiento de prision. Mas el regente le tomó bajo su salvaguardia, y Law, así protegido, continuó labrando con su sistema la fortuna de algunos y la desgracia de muchos.

Alberoni examinaba atentamente lo que pasaba en Francia. El regente y los ingleses le instaban á que completara la España la cuadruple alianza; pero él no trataba mas que de ganar tiempo y de establecer sólidamente en Sicilia á los españoles que habian pasado á esta isla. Al mismo tiempo que con artificio retenia á los ingleses, dispuestos á atacar la flota que iba á salir de Cádiz, lisonjeábase de suspender los esfuerzos del duque de Orleans con los obstáculos que le preparaba. No es fácil decidir si el proyecto que estalló entonces fué obra del ministro de España ó de los descontentos de Francia; pero al menos se adivinaron sin dificultad ó se entendieron desde la primera palabra. Puede presumirse que la duquesa de Maine no seria de las últimas en aprovechar y aun buscar los medios de dañar al regente. Por sus primeros pasos en la corte de Madrid ella no quiso, dice la señora de Estaal, mas que empeñar al rey de España á sostener al duque de Maine y su familia oprimida. Su enviado debia ver al cardenal Alberoni y presentir hasta qué punto querria abrazar los intereses de que se trataba, é inclinar á ellos al rey su amo por los motivos de la proximidad de sangre y de respeto á la voluntad del difunto rey, su abuelo, infringida sin ningun miramiento. Ella recomendó mucho á su enviado que no pasara de tal investigacion. No obstante, sea que estas instrucciones solo fuesen dadas para tantear el terreno antes de entrar en confianza, sea que la solidez que ella creyó advertir la indugera á avanzar mas que lo que proyectaba en un principio, se puso en relaciones muy secretas y misteriosas con el embajador de España. «Me abstengo, añade la misma confidente, de esplicar su plan, porque jamás lo he comprendido, y quizá no tuviese ninguno. Todo lo que yo he podido descifrar es que se queria disuadir al rey de España de acceder al tratado de la cuádruple alianza, demasiado favorable al duque de Orleans, y comprometerle á pedir la celebracion de los estados generales para limitar la autoridad del regente y reprimir los abusos de su gobierno.»

Este objeto es bastante claro, y la oscuridad de los medios es probablemente lo que impedia á la señora de Estaal el comprender el plan. Ella dice que la duquesa de Maine no insistió desde luego mas que sobre el primer artículo, es decir, sobre la necesidad de disuadir al rey de España en cuanto á acceder al tratado de la cuádruple alianza; pero cuando la duquesa vió en seguida que el príncipe de Cellamare estaba dispuesto á pedir por su señor la celebracion de los estados generales, obligó á sus dos principales confidentes, Malezieux habituado á su corte, y al cardenal de Polignac, á trazar el modelo de las cartas que este animoso monarca es-

cribiria al efecto tanto al jóven rey, su sobrino, como al Parlamento y á los mismos Estados generales. Estas cartas debian pedir no solamente que la cuadruple alianza fuese desechada por la Francia, sino en términos esplícitos, que la regencia fuese quitada al duque de Orleans á causa de sus abusos, y transferido al rey de España que tenia el derecho principal á ella.

El embajador conoció que no podia salir bien de tal empresa, sin un partido considerable. Se puso á intrigar, tanto por sí mismo cuanto por sus emisarios, con personas de todas clases y estados, grandes señores, militares, sacerdotes, frailes, gentiles-hombres y magistrados. Poco le importaba cuáles fuesen sus intereses, que tuvieran los mismos designios, que concurriesen á su mismo objeto, muy persuadido de que cuando se tratase de hacer estallar el odio contra el regente, el deseo de la novedad ó el temor de encontrarse solos, los reuniria á la faccion que se les indicara. Formábanse muchas, cada cual con sus pretensiones y afanándose por aumentar el número de sus asociados. Segun la costumbre de los caracteres vehementes que se lisonjean siempre de salir bien, estos conspiradores, sobre todo los subalternos, se imaginaban tener por celosos cooperadores á todos los que no encontraban abiertamente contrarios á sus sentimientos, y les inscribian en sus listas. Cellamare que daba la cosa por segura, participaba sus progresos á Alberoni; y este creyendo al embajador, consideraba ya al regente destituido.

El ministro de España tenia necesidad de hacer una revolucion en Francia, la cual era tanto mas urgente cuanto que los ingleses impacientados por tantos plazos, en cuanto á la adhesion de España á la cuádruple alianza, se determinaron al ataque. Aunque no tenian mas que veinte navíos en el Mediterráneo, buscaron la flota española que habia invadido la Sicilia y no contaba mas que veinte y siete. El almirante Byng la encontró el 11 de agosto á la altura del cabo Passaro, al sud de la isla, y cogió ó destruyó veinte y tres naves, lo que fué un golpe mortal para la marina española. El cardenal, irritado con este revés, hallándose al mismo tiempo amenazado por la Francia, escribió al embajador «que pegase fuego á las minas.»

Mientras llegaba esta órden á Paris, el príncipe de Cellamare enviaba á Madrid el modelo de las cartas y las otras piezas sobre las cuales queria consultar al ministro antes de emplearlas. Creyó haber encontrado una via segurísima para hacerlas llegar, confiándolas al clérigo Portocarrero, sobrino del cardenal de este nombre, que se trasladaba á España con Monteleon, hijo del embajador de España en Inglaterra. Tenian una silla con secreto en el asiento, donde colocaron los papeles.

Los mensages, las citas y las conferencias entre las personas del complot, no podian verificarse sin movimientos que causaran sospechas. La duquesa de Maine era observada. Se espiaban todos sus pasos. Nadie visitaba su casa ni de dia ni de noche, aun disfrazado, que no fuese conocido. No obstante, á pesar de tanto celo y vigilancia, quizá el duque de Orleans nada hubiese descubierto, sin una casualidad que se cuenta de dos maneras. La primera que fué generalmente creida, en razon á que las costumbres del regente y de sus confidentes la daban verosimilitud, es que el secretario del embajador de España, para escusarse de haber faltado á una cita en casa de una mujer célebre en los anales del libertinaje, la dijo: que habia tenido tanto que hacer á causa de la partida de Portocarrero, que se habia encontrado en la imposibilidad de cumplir su palabra. Esta mujer, que trataba con el regente, le contó lo que habia pasado, por creer que no le seria indiferente. En efecto, el regente despachó un correo con órdenes para registrar á los viajeros. La segunda, menos singular y acaso mas verdadera, se encuentra en las memorias de Dangeau. Este dice que los dos curas, provistos de pasaporte para ellos y su comitiva, se habian dejado acompañar por un banquero español, fugitivo de Lóndres, donde habia perdido su fortuna. Los ingleses interesados le seguian, y llevaban autorizacion para prenderle en cualquier sitio que le encontrasen. Alcanzáronle en Poitiers, y buscando sus papeles en la silla de sus protectores, tropezóse con los del embajador de España, que fueron recogidos. Una tercera version quiere que el mismo copista de los despachos denunció los viajeros al cardenal Dubois, con el cual hacia mucho tiempo estaba en relaciones.

Sea lo que quiera, se dejó á Portocarrero continuar tranquilo su viaje, pero un correo despachado por él llevó al príncipe de Cellamare la noticia de la novedad, antes que llegara el que conducia los papeles al regente. El último correo llegó de noche. «Desde la hora de cenar, dice San Simon, cerrábase todo de tal manera, que era imposible trasmitir ningun suceso al regente, por mas que interesase á su persona ó al Estado.» El embajador tuvo pues tiempo para ocultar los papeles mas peligrosos; y se atrevió al dia siguiente á reclamar los que habian sido cogidos. No se le respondió mas que poniéndole una respetable guardia en su morada, desde donde fué trasladado á Blois, en cuya ciudad permaneció hasta que el duque de San Agnan, embajador en España, regresó á Francia. La duquesa de Maine fué presa en París el 29 de diciembre, y el duque en Sceaux, habiéndose enviado en seguida á la primera á la ciudadela de Dijon, y al segundo al castillo de Dourlens. Encerróse en la Bastilla á muchos de sus criados ó confidentes. De este número era el jóven duque de Richelieu, ya célebre á los veinte y dos años por su valor y sus proezas entre las mujeres. Se indignaba en su edad, por no tener ninguna influencia en el gobierno. Se supone que el ansia de figurar le hizo faccioso, y que prometió á Alberoni entregarle la ciudad de Bayona, donde estaba su regimiento. El regente decia de él que aun cuando tuviera cuatro cabezas, habia hecho lo bastante para perderlas; pero habiéndose empeñado en favor suyo las mujeres, debió su pronta libertad á la poderosa mediacion de la señorita de Charolais, hermana del duque de Borbon, y en especial á la de la señorita de Valois, hija del regente y despues duquesa de Módena.

Para justificar el regente á los ojos de la nacion estos golpes de autoridad, hizo imprimir las tres cartas que se habian encontrado entre los papeles quitados á Portocarrero, dirigidas por el rey de España, la una al de Francia, la otra al Parlamento, y la tercera á los Estados generales cuando estuviesen reunidos. Tambien se publicó otra titulada *peticion de los Estados á su magestad católica*, para que viniera á tomar la regencia del reino, ó para que atendiera á ella, si no venia en persona. Habia en estos papeles cosas á que no debió haber dado tanta importancia el regente. Hablando del Parlamento se decia: «esta corporacion, en la cual se ha reconocido el poder de conferir la regencia, á quien se han dirigido para recibirla, y con la que se ha estipulado, recibiéndola de sus manos, á la que se ha prometido públicamente y con juramento que no se queria ser dueño mas que de las gracias, y que la resolucion de los negocios seria á pluralidad de votos en el consejo de regencia, no solamente no es escuchada en sus mas discretas reclamaciones, sino que son escluidos de los consejos los mas dignos súbditos, tan pronto como esponen la verdad; y no solo no se atiende, sino que el pudor impide repetir á vuestra magestad los términos vergonzosos é injuriosos con que se ha respondido, cuando se ha hablado á los empleados del rey en particular: de esto darán fe los registros del Parlamento hasta en la posteridad mas remota.» Deciase ademas: «el público no ha cogido ningun fruto, ni del aumento de monedas ni de las cuotas exigidas á los negociantes. Sin embargo se exigen los mismos tributos que el difunto rey habia exigido durante lo mas encarnizado de nuestras guerras; mas al tiempo que el rey sacaba con una mano, lo esparcia con la otra, y esta circulacion hacia subsistir á los grandes y á los pueblos. Hoy dia, los estrangeros que saben adular, consumen todo el patrimonio de sus hijos. Finalmente, añadiase en términos bastante amargos: «parece que el primer cuidado del duque de Orleans haya sido hacer alarde de irreligion. Esta irreligion le ha sumido en escesos de licencia de que los siglos mas corrompidos no han tenido ejemplo; lo cual al paso que le acarrea la indignacion y el desprecio de los pueblos, nos hace temer que caigan sobre el reino los castigos mas terribles de la venganza divina.»

La misma imprudencia del regente que habia hecho publicar estos escritos en el primer calor, los encabezó con un aviso que decia: «que cuando el servicio del rey y las precauciones necesarias para la seguridad y el reposo del Estado permitiesen hacer públicos los demas proyectos, manifiestos y memorias, se verian todas las consecuencias de esta *detestable conjuracion.*» Empero, cuando se interrogó á los presos, en lugar de crímenes de Estado, como complots, proyectos de devastacion y asesinato, que parecian indicar tales espresiones, no se entrevió mas que el designio de hacer reunir los Estados generales: aun este designio, reprensible por la sola razon de que los que lo abrigaban no tenian ningun derecho al efecto, y punible á causa de referirse á un príncipe estrangero, aunque pariente, se encontró desnudo de pruebas concluyentes contra las personas tildadas. A la verdad, los papeles arrebatados á Portocarrero inculpaban fuertemente al embajador de España, por haber abusado de su ministerio para provocar trastornos en Francia; pero no era mas que una mera inculpacion, porque estos papeles no siendo mas que copias, las personas nombradas y designadas podian negar, y negaron en efecto que ellas tuviesen parte alguna en el proyecto.

Despues de haber prometido al público pruebas de una *abominable conspiracion*, despues de haber hecho hablar á todos los parlamentos del reino contra los escritos de Cellamare, como sediciosos, insolentes y calumniosos, todavía estaba por encontrarse lo horrible del espantoso complot. Parece que los consejeros del duque de Orleans deseaban vehementemente hallar culpabilidad en el duque de Maine á quien por lo mismo se le trató con la mayor injusticia. Habiendo escrito uno de los presos en su declaracion, que cuando él trataba del negocio con la duquesa de Maine, esta cortaba la conversacion tan pronto como se presentaba el duque, incomodándose el comisario por lo que tendia á justificar á este príncipe, le dijo: «no es la apología del duque de Maine lo que os pregunto; ta-

chad este artículo.» Lo tachó sin manifestar al magistrado que era prevaricar en su ministerio no recibir igualmente lo que era en cargo y en descargo.

»Pero á pesar de esta afectacion de parcialidad, la inocencia del príncipe era notoria en todos conceptos. No habia acusado que no solamente no la reconociese, sino que no la preconizase sin ser requerido. En el escrito que se exigió á la señora de Estaal como condicion necesaria de su libertad, despues de la relacion de tratos bastante indiferentes, formados y continuados con algunos intrigantes de órden de la princesa, y despues de haber dicho: «esto es todo lo en que he tenido parte y de que estoy informada» añadió, aunque supiera que de ninguna utilidad la serviria: «Por lo demas, he notado que la señora duquesa de Maine se agitaba mucho, y que estaba muy preocupada en algunos negocios de los que no puedo dar razon: solamente he observado la estremada zozobra que tenia por si el duque de Maine llegaba á saberlo.»

»Estas confesiones por escrito eran un medio que se habian imaginado para terminar este negocio y dar un aire de gracia á la libertad que la justicia otorgaba. «El regente estaba decidido á no soltar ni á los gefes ni sus adherentes sin una manifestacion de su parte, que sirviese de apología á su conducta.» De esta manera la duquesa de Maine hizo una, y todos los presos imitaron su ejemplo; pero lo que hay de estraordinario es que no hubo declaracion que no fuese antes concertada. A pesar de los cerrojos, carceleros y guardas, los presos se comunicaban sus ideas, se convenian en lo que habian de decir ó callar, se respondian, se replicaban; hasta en las espresiones, todo era minutado antes, y ellos no daban sus pretendidas deposiciones hasta despues de haberlas graduado exactamente unas con otras. El regente las leia en el Consejo, no sin duda porque las mirase como pruebas contra los residenciados, sino como una especie de justificacion de la importancia que se habia dado á este negocio. La duquesa de Maine despues de su confesion, con la que comprometió á mucha gente, sobre todo en Bretaña, consiguió el permiso de volver á Sceaux, donde contaba encontrar al duque su esposo; mas este no quiso ir allí al pronto irritado del cautiverio que ella le habia ocasionado con su imprudencia. Hubo tambien reconciliacion con el duque de Orleans. La duquesa queria entrar en esplicaciones, pero el duque la dijo: «Todo está olvidado;» y en efecto, no se habló mas en adelante.

Se ha reprochado al ministro de España que su proyecto era vago y mal combinado; mas quizá no falló este sino por habérsele concebido demasiado tarde. Si tal proyecto se hubiera planteado cuando el duque de Maine estaba encargado de la educacion del rey; si este príncipe hubiese tenido la audacia de traer al Parlamento al jóven monarca; si el español hubiese protegido á los principales señores partidarios del antiguo gobierno ó descontentos del nuevo; si al mismo tiempo una flota española hubiese aparecido en nuestras costas, así como un ejército en nuestras fronteras, y si la fermentacion de la capital hubiese sido hábilmente propagada á las provincias, no se puede dudar que el regente se hubiese hallado al menos en medio de una gran crisis, y aun es probable que el desenlace hubiese legitimado el plan atrevido de Alberoni.

Así que se frustró dicho plan, hubo entre el duque de Orleans y el cardenal lo que se puede llamar un combate á muerte, es decir, una desconfianza tácita, una lucha para derribarse; y una caida entre políticos y ambiciosos es una especie de muerte. Armáronse los dos reinos, menos por los intereses de las dos naciones, que por las querellas y venganzas particulares de los mismos rivales. Alberoni continuó inquietando á la Francia con preparativos de invasion en Inglaterra, pero ya el gefe de esta espedicion novelesca no existia. Cárlos XII, mas soldado que general, habia sido muerto por su imprudencia á fines del año precedente en el sitio de Frideriks-Hall, en Noruega, y en este año la flota que debia conducir á Irlanda al pretendiente y al duque de Ormond, su fiel compañero, fué dispersada por la tempestad. El cardenal habia formado lazos íntimos con los señores bretones, que debian entregarle plazas, por medio de las cuales pensaba dominar en todas las costas del Océano, é impedir al regente que llevase socorros á sus aliados. Este envió un ejército al Rosellon con órden de penetrar en España, y declaró al mismo tiempo en un manifiesto «que contra quien se dirigian aquellos preparativos era contra el único ministro enemigo del reposo de la Europa.»

Felipe se habia lisonjeado de que una desercion general iba á entregarle un ejército casi enteramente compuesto de oficiales y soldados descontentos, á quienes conocia casi por su nombre y por haber en otro tiempo combatido por él bajo sus órdenes. Ni un francés se desvió de su deber: todos imitaron á su gefe el marques de Berwick, uno de los que habian mas eficazmente sostenido el trono de Felipe V, y que al paso que aconsejó á su primogénito el duque de Liria que se mantuviera fiel en el servicio de la España, manifestaba la mayor decision por la causa de Francia. Sus progresos en España, á pesar de los intereses opuestos del desgraciado pretendiente su hermano, fueron rápidos: toda la provincia de Guipúzcoa fué invadida en poco tiempo, y parte de la marina española fué destruida en sus puertos con el concurso político de los ingleses; operaciones cuyos perjuicios habian de alcanzar algun dia á la Francia. Pero cualesquiera que fuesen las ventajas de los aliados, Alberoni seguia dándoles mucho cuidado. Todos los dias se descubrian nuevas conspiraciones que hubieran producido grandes trastornos si hubiesen sido llevadas á cabo.

En Bretaña, sobre todo urdiéronse las tramas mas peligrosas. Esta provincia, acostumbrada á votar sus cargas con una apariencia de libertad, se veia despojada á la sazon de tan precioso privilegio, y así abrigaba un resentimiento que enconado por la España paró en rebelion. Las fuerzas enviadas para reducirla estaban casi ganadas por la misma potencia: veinte y dos coroneles habian prometido, segun se dice, prender al regente, si su temple guerrero le conducia á aquel pais, y entregarle luego á una flota española que cruzaba las costas. Ora que estos designios fueran descubiertos por los papeles cogidos, ora que se tuviese conocimiento de ellos por las revelaciones de los conspiradores arrestados, un tribunal establecido en Nantes se encargó de procesar á muchos señores bretones que se comprometieron. A cuatro de estos cortaron la cabeza; los otros se escaparon, y la Bretaña se quedó tranquila. A fuerza de negociaciones con el Norte, consiguió el ministro de Francia desviar de la España á los reyes de Suecia y Dinamarca, lo mismo que á la Rusia, ganados por Alberoni. Entendiéronse tambien los franceses con el turco, que debia enviar una flota al Mediterráneo. El regente no encontró mejor medio para destruir estas tramas que cortar sus hilos dirigiéndose contra la mano que los manejaba, y así encender la guerra en España, penetrar hasta el centro, si era necesario, y obligar de este modo á la reina que dominaba al rey, á abandonar al ministro que dominaba á ella misma. Este medio salió bien. El emperador secundó semejante plan haciendo pasar diez y seis mil hombres á Sicilia. Estos, mandados por el conde de Mercy, nieto del famoso general del mismo nombre, que encontró la muerte en los campos de Nordlinga, alejaron de puesto en puesto al marques de Lede, á quien la catástrofe de la flota española habia arrebatado toda esperanza de retirada, y le obligaron debajo de Palermo á tratar de la evacuacion de la isla.

Sus magestades católicas viendo que la guerra se hacia seria, que ya Fuenterrabia y San Sebastian estaban tomadas y Cataluña amenazada, se prestaron á proposiciones de paz. Estas no fueron otras que las condiciones del tratado de la cuádruple alianza, siendo las principales «que el emperador desistiera de sus pretensiones á la corona de España, reconociendo á Felipe V por legítimo rey de España y de las Indias; que el rey Católico renunciara en favor del emperador los estados desmembrados de la monarquía española, así en Italia como en los Paises Bajos; que Sicilia y Cerdeña serian cedidas al emperador, el que gratificaria con la última al duque de Saboya; que si los duques de Toscana y de Parma morian sin sucesion masculina, el primogénito del rey de España y de la reina su segunda mujer, ó en su defecto los otros hijos varones de esta princesa y sus sucesores varones heredarian estos ducados, y que desde luego podia el rey de España mantener á sus órdenes en estos ducados seis mil hombres *no españoles* para la seguridad de la herencia. En fin, habia un artículo secreto por el cual Felipe V debia confirmar su renuncia á la corona de Francia, »y á lo que se puede presumir, habia otro artículo todavía mas secreto, por el cual el rey de Inglaterra prometia restituir Gibraltar á España. Tales fueron las condiciones á que suscribió Felipe el 25 de enero de 1720.

En leyéndolas causa sorpresa que la España hubiera preferido procurarse por las armas casi todo lo que podia antes haber obtenido por un tratado; pero ademas de que Felipe V no debia ver con indiferencia la Sicilia, la Cerdeña y los Paises Bajos arrancados á su poder, y agregados al del emperador en recompensa de una simple renuncia del reino de España, en que Cárlos VI no poseia nada, está fuera de duda que Alberoni consiguió persuadir que las promesas hechas en cuanto á Parma y Toscana, y á la restitucion de Gibraltar eran ilusorias. Si hubiese habido verdadero designio de asegurar tales estados á los hijos de la reina, ¿por qué exigir que las guarniciones no habian de ser de *tropas españolas?* Y si se queria con sinceridad restituir á Gibraltar, ¿por qué no hacerlo al instante, ó al menos por qué no dar á la carta del rey de Inglaterra una solemnidad auténtica?

Mas la renuncia de la corona de Francia, pedida de nuevo, no debia ser agradable á Felipe V, si se cree á San Simon, que habiendo sido embajador en España, conocia á fondo sus disposiciones escrupulosas. «Este príncipe, dice, no podia quitarse de la cabeza la fuerza de las renuncias de la reina su abuela, esposa de Luis XIV. Con respecto al testamento de Cárlos II, no podia comprender que este rey hubiese tenido derecho para disponer de una monarquía de que no era mas que usufructuario. El se consideraba pues como un usurpador; y para distraerse de estos escrúpulos, conservaba siempre tendencia á volver á Francia, no queriendo

cerrar enteramente el camino al trono de sus padres, si acontecia una desgracia á su sobrino. No se puede negar que todo esto no se coordinaba mal en su cabeza; mas solo existia en ella.»

Por todas estas consideraciones á Alberoni no le hubiera costado trabajo persuadir al rey y á la reina, que en las circunstancias en que se encontraban, con fuertes ejércitos y muchas alianzas, una buena y franca guerra hubiera sido mejor que un tratado capcioso. Efectivamente, este no fué de utilidad alguna para la España, y solo los ingleses sacaron ventajas para su comercio. Por lo demas, el cumplimiento de las condiciones de la cuádruple alianza esperimentó grandes dilaciones. La forma que habia que dar á todos los actos que debian justificar y corroborar las cesiones y los cambios, presentó grandes dificultades. Para orillarlas se señaló un Congreso en Cambrai, que no se celebró hasta 1722.

Una de las principales condiciones de la paz habia sido la desgracia de Alberoni que dejó la España en 5 de diciembre de 1719. Este prelado, dotado de verdaderos talentos de ministro, que parecian deber ser tan estraños á su educacion y nacimiento, mostró durante el corto espacio de su administracion lo que podia esperarse de la España bien gobernada. Aunque tan poderoso tuvo disgustos con los señores españoles, cuya altivez no se doblegaba fácilmente. Parece que la reina no le procuró en su desgracia lo que debia á un servidor fiel, mas bien sacrificado que castigado. Salió de España como desterrado y fugitivo; pero soportó su desgracia y las persecuciones que fueron consiguientes, como un grande hombre, porque lo era. Probó que era víctima de las circunstancias, y no de ninguna falta de conducta. Alberoni habia querido servir á su señor, como Richelieu habia servido al suyo; pero los tiempos, los lugares y el soberano eran bien diferentes.

Al salir de España atravesó las fronteras de Francia acompañado de un oficial encargado por el regente, no de obsequiarle sino de custodiarle como á un prisionero. Génova rehusó darle asilo: Roma le desechó tambien, y se vió forzado á estar arrinconado algunos años en los estados del emperador, de donde un nuevo papa le sacó y le dió la legacion de la Romanía. «Este cardenal, todavia encontró medio de hacer hablar de él en el mundo, emprendiendo para la Santa Sede la conquista de la pequeña república de San Marino, pueblo situado á la vista de Rimini en una altura. Esta empresa de Alberoni, observa un autor de memorias, tuvo todo el aire de la parodia de las *comedias heróicas* que él habia representado en España veinte años antes.»

Durante estos acontecimientos, el Banco acopiaba pacíficamente el dinero de los franceses, y pagaba con él los billetes del Estado y otras cargas reales que levantaba. Cuando á fuerza de pagar principiaron á desaparecer, y asi vino á faltar este medio de propagar ventajosamente los billetes y las acciones del Banco, Law imaginó otro medio no menos industrioso, cual fué rebajar el dinero, conservando siempre el escudo del Banco en su primera tasa: de manera que todos se apresuraron á llevar al Banco el dinero que perdia, y á recibir en cambio billetes que se sostenian. Cuando el ministerio, ya por causa de su abundancia, ya por deseo de otra maniobra, queria impedir una baja del dinero demasiado rápida, alzaba su valor, guardándolo como un efecto que iba á ser precioso, hasta que un nuevo descrédito le condujera al Banco.

Seria dificil pintar la especie de frenesí que se apoderó de todos los ánimos á vista de las fortunas tan enormes que se hicieron entonces. Hubo quien principió con un billete del Estado, y á fuerza de cambios con dinero, otros billetes y acciones, llegó á hacerse con millones en el corto tiempo de algunas semanas. No existia en Paris ni comercio ni sociedad, el artesano en su tienda, el comerciante en su mostrador, y el magistrado y el hombre estudioso en su gabinete, no se ocupaban mas que del precio de las acciones. La novedad del dia era su ganancia ó su pérdida, y de esto se preguntaba antes de saludarse. En las reuniones no habia otra conversacion ni otro juego que el de las acciones. El que acababa de arruinarse con la baja repentina del papel que poseia, no reparaba en degollar á su amigo al obligarle á tomar dicho papel antes que conociera su pérdida. Por esta causa hubo suicidios, asesinatos y todos los crímenes de que la codicia y desesperacion son capaces.

Cuando todo prosperaba para las acciones, y satisfechos al contemplar riquezas inmensas en sus carteras, se halagaban todavía con la esperanza de mejor fortuna, en el momento en que menos se aguardaba apareció el 21 de mayo de 1720 un decreto que reducia á la mitad las acciones. Esta operacion fué indispensable, porque aprovechando el entusiasmo y jugando con la credulidad pública, Law y el regente, á espaldas uno de otro, no habian reparado en arrojar al mercado mucho mas papel que el que se podia pagar con el dinero reunido en el Banco. Este golpe imprevisto sacó á la nacion de su letargo y desvaneció las ilusiones que se abrigaban. A la confianza y á las esperanzas sucedieron los temores y las reflexiones dolorosas. El Parlamento hizo reclamaciones, y el regente aparentó acogerlas.

Este paso del Parlamento abrió los ojos y causó una herida mortal al sistema de Law. En vano para sostenerlo, nombrado este ministro de Hacienda, empleó los recursos de su genio, y el regente toda su autoridad. Acuñóse nueva moneda mas ligera, no permitiendo mas que su curso y habiéndose mandado llevar la antigua á la fábrica de ella. El público se obstinó en guardarla. A pretesto de que los capitalistas reservaban su metálico para entorpecer el cambio y la circulacion de los billetes, vedóse á todo particular el conservar mas de quinientas libras en dinero contante, y esto solo sirvió para que todos lo guardaran con mas cuidado. Como una gruesa suma podia descubrirse por su volúmen, hubo quienes la convirtieron en perlas y diamantes: esta diligencia fué prohibida aunque inútilmente. En vano se presentó tambien nuevo cebo restituyendo á los billetes su primitivo valor: nadie los quiso tomar. Los particulares hallaban en la ruina de su fortuna motivos poderosos para no dejarse arrastrar por quimeras, y ademas eran escitados á mantenerse en guardia por la resistencia del Parlamento á aprobar los proyectos que el ministerio presentaba en apoyo de su sistema. Cansado de tantos obstáculos, Law obtuvo que el Parlamento fuera relegado, habiéndosele enviado á Pontoise el 2 de julio. Entonces apareció multitud de edictos, declaraciones y decretos del Consejo de Hacienda, fijando la tasa del oro y de la plata, limitando la joyería y plata labrada, aumentando el numerario, dictando medios para dividir las acciones, prescribiendo la manera de cortarlas, trasmitirlas, tener los registros, abrir y cerrar las cuentas con el Banco. En fin, en ocho meses se espidieron treinta y tres edictos de esta especie, destruyendo á veces los unos á los otros.

Se ha escrito que el regente habia enriquecido al Estado. Quizá lo creyó así él mismo, puesto que publicó una cuenta de que resultaba que habia pagado despues de la muerte de Luis XIV mil setecientos veinte y dos millones de deuda. Los que sobre esto reflexionaban con madurez decian que en el corto tiempo de cinco años, la tierra no habia vomitado de su seno oro ni plata; que las cosechas no habian sido dobles ni triples; que no habian caido como en el tiempo de las hadas lluvias de perlas y diamantes; que no se habian visto economías importantes, ni nuevos descubrimientos en industria y comercio capaces de traer á Francia á rios los tesoros de los demas reinos: que por lo tanto la nacion sacó de su propia sustancia una suma tan prodigiosa, habiéndose arrebatado al efecto á todos los ciudadanos con fraude, artificio ó seduccion, las garantías de las anticipaciones hechas al gobierno en sus apuros. Ahora bien, empobrecer y arruinar á los particulares, no es «ni pagar las deudas del Estado, ni enriquecerle.»

Esta verdad está sobrado comprobada con la pintura del estado á que la Francia se vió reducida, cuando la ruina del Banco desvaneció la ilusion que no se habia limitado á Paris, sino que se habia estendido á todas las provincias. La peste acababa de asolar á Marsella y parte de la Provenza, y un espantoso incendio habia destruido la mitad de la ciudad de Rennes. El regente, á quien se acusó malamente de haber ocasionado estas calamidades para distraer los ánimos, exhortó á los obispos á contribuir al alivio de los infelices por medio de colectas en sus diócesis. He aquí lo que respondió el de Castres: «Toda la solicitud en favor de las diócesis afligidas por el contagio no ha podido producir en la mia mas que cien doblones en metálico y cinco mil libras en billetes. La inundacion de este papel casi ha hecho tanto daño en nuestros cantones como las llamas en Bretaña: si el espectáculo no es tan espantoso, no son menos funestos los efectos. Nuestros males estan mas ocultos, pero no son menos reales y son mas incurables. ¿Qué importa que nuestras casas no hayan sido reducidas á ceniza, si de lo que mas necesitamos no nos queda mas que una materia que solo sirve para el fuego?

«¡Qué transformacion han causado en seis meses estos billetes en fortunas que parecian muy arraigadas! No se puede comprender sin verlo, ni verlo sin abrumarse de dolor. Nada de comercio, nada de trabajo, nada de confianza, ni en la industria, ni en la prudencia, ni en la amistad, ni en la misma caridad. El comercio, enteramente interrumpido, hace la industria ociosa ó inútil: la confianza destruida destruye la amistad ó suspende sus efectos, persuadiendo á los particulares, que la prudencia dicta no fiarse de nadie, y no prestar ni á sus amigos ni á sus parientes. La caridad, siempre ingeniosa, no podria serlo al presente mas que para descubrir las necesidades estremas, donde quiera que la es dado hallar recursos; reducida á llorar con los que lloran, sin encontrar una ocasion de regocijarse con alguno, ni los medios de enjugar las lágrimas de los pobres y de los afligidos. Esto no es exageracion, sino la espresion sincera de una verdad conocida de todos.» Este cuadro de una miseria real, esperimentada por toda la Francia, es una prueba de que la estincion de tan gran deuda, si es que tuvo lugar, no *enriqueció al Estado*, á no ser que el *Estado* sea diferente de los que le componen; y por un error familiar á los ministros cortesanos, se cree que la miseria del pueblo importa poco, con tal que el tesoro del príncipe esté lleno.

Otros males producidos por el sistema, males mayores que la miseria, que solo perjudica al individuo, fueron un lujo desenfre-

nado que invadió todas las clases, la desercion de los campos, el escesivo precio de los artefactos y artículos de primera necesidad; y lo peor de todo, la pasion de las riquezas sustituida á los sentimientos del honor y de la virtud. Las fiestas suntuosas de Luis XIV habian á la verdad inspirado aficion á la magnificencia; pero ella apenas se estendia mas allá de la corte, en lugar de que el ejemplo de los nuevos enriquecidos, su facilidad en prodigar el oro como lo habian adquirido, su profusion en la mesa, sus trenes y muebles, su prodigalidad en pagar las comodidades y los placeres que se les presentaban, comunicaron una especie de frenesí por ataviarse, agasajar, jugar y edificar. Interin se veia la miseria al mas alto grado y la Francia arruinada, habia personas que hacian demoler como insuficientes, palacios donde el mas fastuoso de los reyes se hubiera encontrado perfectamente alojado con toda su corte, para levantar otros mas magníficos. Los géneros subian y bajaban segun las variaciones del dinero y de los billetes, y quedaban finalmente en una suma que hacia el trabajo mas caro, impidiendo frecuentemente á las manufacturas francesas el sostener la concurrencia con sus rivales. Las ciudades absorbieron los campos, es decir, que el cebo de una fortuna fabulosa atrajo á sus muros á la gente bien acomodada, que con una modestia y una frugalidad hereditarias eran antes el recurso de los pobres labradores. En fin, no hubo proporcion ni delicadeza en los enlaces: la opulencia lo igualó todo. El hombre estudioso, el noble y el mismo gran señor no se sonrojaban al saber que la persona que iban á introducir en su familia acercaria á esta sus viles parientes y la mancharia con costumbres viciosas ó al menos groseras. No será inútil hacer observar que al mismo tiempo infestó la epidemia del agiotage otras comarcas. La compañía del mar de Sud en Londres valia tanto como la compañía del Mississipí en Paris. Lo mismo sucedia en Holanda. Los proyectos imaginarios se multiplicaban en todas partes. Si á un hombre se le antojaba proponer uno cualquiera aunque fuera de chanza, al momento se le abrian los mejores bolsillos. Vióse en un caso de esta naturaleza suscribirse por mas de doce millones en dos horas de tiempo y correr á la multitud al parage indicado con tanto ardor como si se distribuyeran tesoros. Consta que un proyecto ganó ciento por ciento en dos dias, antes que se supiese si era realizable.

Law, especie de mago, que habia como con un golpe de varita trasladado todo el dinero de Francia á las arcas del Banco, no se aprovechó de las inmensas riquezas que al pronto habia acumulado. El regente obligado muchas veces á arrancarle del furor del pueblo, acabó por salvarle en Flandes, de donde pasó á Venecia con su familia. Se cuenta que pasó su vida en cambios, loterías y juegos de azar. Marsella, cuya prudente desconfianza habia constantemente rechazado los engañosos recursos del Banco, se vió entregada á un azote mas terrible por el descuido de los encargados de su lazareto. A fines de mayo su imprudencia dió lugar á la comunicacion prematura de los marineros y del cargamento de un navío que venia de la Siria infectado de la peste. La vergüenza de confesar su incuria les hizo por largo tiempo persistir en desconocer la naturaleza de la epidemia; pero los progresos horrorosos que la peste habia hecho en el mes de julio, no permitiendo ya ocultar la causa, tomáronse medidas tardías para cerrar el puerto, aislar la ciudad y proveerla de los víveres que la faltaban.

Por algun tiempo se pudieron enterrar, no sin grandes peligros y al precio de las sumas mas considerables, los despojos mortales de los que sucumbian; pero cuando se contaron quinientos muertos en un solo dia, el cebo de la ganancia fué insuficiente para ocultar á la vista el horroroso espectáculo de tantas pérdidas, y tantos montones de cadáveres como habia en las calles, aumentaron la malignidad del azote. Entonces con una abnegacion superior á todo elogio, el bailío de Langeron, gefe de escuadra, cuya prudencia habia sabido aislar de la ciudad todas las dependencias de la marina militar, aceptó la arriesgada mision de establecer en la ciudad el órden que reclamaban sus necesidades. Ayudado del caballero Rose y de los generosos regidores Estelle y Moustier, hizo que los presidiarios levantaran y enterraran en zanjas profundas la multitud de cadáveres que llenaban las calles, los arroyos y aun el mismo puerto. El obispo de Marsella, Belzunce, secundaba su celo con exhortaciones piadosas; é invulnerable como estos á un contagio que desafiaba con el mismo sacrificio, era por sí mismo y con los demas ministros de la religion que se animaban con su ejemplo, el consuelo de los moribundos y el apoyo de los que sobrevivian. Encorvado sobre el lecho del dolor de los primeros á todas horas y en todos los lugares, les administraba los socorros de la religion sin temer su aliento mortífero, y á la cabeza de los otros ofrecia al cielo en procesiones espiatorias los votos de un pueblo consternado bajo el peso de su infortunio,

El cielo escuchó sus ruegos. A fines de setiembre un viento norte principió á disipar los miasmas pútridos que existian sobre la ciudad, y que habian reducido casi á la mitad una poblacion de cien mil almas. A los desastres de la epidemia sucedió el hambre en esta desgraciada ciudad, privada por el contagio del recurso de su puerto. Conmovido por sus necesidades el papa Clemente XI con una solicitud digna del padre comun de los cristianos, fué de los primeros en atender á la ciudad, remitiéndola buques cargados de granos que el obispo distribuyó á los indigentes. Contra este venerable gefe de la Iglesia, que terminó su carrera en los primeros meses del año siguiente, despues de un pontificado de veinte años, se levantaban desde el principio de la regencia los prelados opuestos á la bula *Unigenitus*. Segun aquellos, amenazaba esta á las libertades de la Iglesia galicana, y proscribia evidentemente el amor de Dios, la necesidad de la gracia, la doctrina de San Pablo y de San Agustin. Los jansenistas, mal vistos de Luis XIV, habian entrado naturalmente en los intereses del duque de Orleans. Esta era la causa de la proteccion que habian esperimentado en los primeros dias de la regencia. Su odio á la bula se aumentó con este favor, y despues de una guerra de escritos, los unos graves y discretos, los otros acres y virulentos, una guerra de instrucciones pastorales y de mandatos entre los obispos aceptantes y los opuestos el 1.° de marzo de 1717, cuatro obispos, entre los cuales estaba Soanen, obispo de Senez, á quien estas disputas tornaron célebre, apelaron solemnemente de la constitucion al futuro concilio. Adhiriéronse la facultad de teología de la Sorbona y las de artes, derechos y medicina. Las facultades de teología de Reims y Nantes y gran número de eclesiásticos seculares y regulares, muchos cabildos y comunidades recurrieron á la misma via contra la constitucion. Los cuatro obispos tuvieron muchos imitadores entre sus cohermanos, contándose en este número el cardenal de Noailles.

Los aceptantes, que eran en mayor número, clamaron sobre este atentado contra un decreto registrado que miraban como ley de la Iglesia y del Estado; sus reiteradas quejas llegaron al regente, á quien causaron mucho embarazo. El tergiversó, trató de calmar los ánimos y prometió pedir á Roma esplicaciones y medios de concordia. Entretanto escribió á los no aceptantes una carta que se publicó, y por la cual prohibia apelar de la constitucion sin necesidad. Esta palabra, á lo que se dijo, era una interpelacion del canciller Aguesseau, ídolo y esperanza del partido al lado del cardenal de Noailles. Supúsose que habia esperado conciliar con este paso todas las opiniones: nada consiguió mas que malquistarse con el regente, quien comenzó á retirar el apoyo que al pronto habia dado á los jansenistas. En favor de estos habian sido todos sus nombramientos, y en esta ocasion dijo jocosamente al salir del Consejo: «No se quejarán de mí los jansenistas porque todo lo he dado á la gracia y nada al mérito.» Arrepintióse cuando vió su eleccion rechazada por el Papa; no obstante la sostuvo por el honor de la autoridad real, pero proponiéndose no ejercerla en adelante á favor de un partido que á pesar de sus eminentes apoyos estaba visiblemente en minoría. La circular desagradó, tanto á los que se oponian porque prohibia la apelacion, cuanto á los aceptantes porque la permitia en caso de *necesidad*, de la cual serian todos jueces segun su conciencia recta ó errónea. Continuó pues el encarnizamiento entre los dos partidos por medió de escritos llenos de acrimonia.

No se preveia cómo acabaria esta disputa, cuando la evitó la ambicion de un solo hombre. El abate Dubois se habia ya hecho dar el arzobispado de Cambrai, y á pesar de sus principios y costumbres pretendia ademas la púrpura. Las dificultades de Roma con respecto á su bula, cuyo estado precario en Francia le ocasionaba grandes inquietudes, hizo creer al arzobispo que si podia auxiliar al Papa conseguiria con mas facilidad el capelo. Al efecto eran necesarias dos cosas: obtener una aceptacion de los obispos que se oponian, y del Parlamento, que estaba desterrado en Pontoise, un nuevo registro que impusiera *necesidad* á todo el mundo: dos medios que parecian como impracticables por el calor en que estaban los ánimos. Sin embargo Dubois lo intentó y consiguió, porque á él se atribuye el buen éxito de este negocio. El cardenal de Noailles apoyaba su apelacion, pretendiendo que la bula, al condenar ciertas proposiciones del libro de Quesnel, atacaba dogmas positivos, principios morales y ademas las libertades de la Iglesia galicana. Aparentando entrar en las ideas del prelado, Dubois le rodeó de teólogos, que le demostraron que todo lo que podia desear era que estas verdades fuesen zanjadas de manera que la aceptacion de la bula no les perjudicara. Esta aceptacion, se le repetia sin cesar, es necesaria para la paz de la Iglesia; luego una ventaja tan grande merece esta condescendencia. Se le decidió pues á redactar un escrito que llamó *cuerpo de doctrina*, en el cual todos los puntos discutidos y que parecian tachados por la bula eran corroborados con pruebas que le ponian á cubierto de todas las peligrosas consecuencias que se podrian sacar de la bula contra ellos. Noailles presentó su escrito á cuarenta de sus cohermanos reunidos en presencia del regente, los cuales firmaron y aceptaron la constitucion conforme al *cuerpo de doctrina*. Este escrito se remitió á diferentes diócesis, y fué suscrito por un gran número de obispos. Esto es lo que se llamó el acomodamiento de los cuarenta.

Empero no estaban orillados todos los obstáculos. Todavía quedaban algunos obispos que se oponian, y la Sorbona misma hizo protestas. El cardenal con este motivo tuvo ocasion para retardar la pastoral que habia prometido al tenor de las esplicaciones é interpretaciones consignadas en el *cuerpo de doctrina*: sometiendo ademas con bastante desacierto sus sentimientos á los de una asamblea laical, rehusó su publicacion hasta que la declaracion del rey para la aceptacion de la bula y la prohibicion de apelar de esta al futuro concilio, fuesen registradas por el Parlamento, que manifestaba marcada repugnancia á la constitucion, y aun pretendia aguardar el ejemplo de su pastor. Esta especie de colusion fué castigada con la formacion de un nuevo consejo de conciencia, de que el cardenal fué escluido y con la amenaza que se hizo al Parlamento de relegar á Blois. Este cuerpo ya disgustado de su destierro en Pontoise principió á asustarse. Se hablaba por otra parte de darle otros y mas importantes disgustos: en este momento se trataba de sustituir su intervencion en el registro de las leyes con la del gran consejo, que en una especie de sesion régia á la cual asistieron los pares, acababa de aceptar la bula. El escocés Law que todavia estaba en el ministerio y encontraba la ocasion de vengarse del Parlamento, proponia reembolsar los oficios con su papel desacreditado, y reorganizar los magistrados que no tuviesen otras funciones que administrar justicia. Aguesseau temblaba por un cuerpo al cual era muy apasionado, y titubeaba en prestarse á sellar las medidas violentas que se proyectaban. En medio de estas disposiciones, oficiosas negociaciones proporcionaron un arreglo. Villars, como en otro tiempo Turena en circunstancias casi semejantes, se interpuso con celo, y obtuvo del cardenal y del Parlamento el sacrificio de una opinion particular, que les honró por hacerlo con el noble motivo de la paz de la Iglesia y del Estado. En su comun sumision, el cardenal se anticipó al Parlamento, y este registró la declaracion el 4 de diciembre de 1720, «conforme á las reglas de la Iglesia y á las máximas del reino sobre las apelaciones al futuro concilio:» reserva que le fué permitida por salvar al menos su honor. De esta manera la constitucion *Unigenitus* llegó á ser por segunda vez ley del Estado, y pareció haberse restituido la paz á la Iglesia de Francia. El Parlamento volvió á Paris, y Dubois fué hecho cardenal al año siguiente por el Papa Inocencio XIII.



El regente.

El regente habia tenido un interés personal en este negocio. Queria casar su hija con el príncipe de Asturias, y al rey con María Ana Victoria, infanta de España. Este último casamiento tenia inconvenientes por la edad: la princesa no tenia mas que cuatro años, y el rey que se habia robustecido mucho, iba á cumplir pronto trece. Esta desproporcion hizo vacilar á la corte de España, entonces dirigida por el jesuita Aubenton, del cual se habia valido la de Francia para derribar á Alberoni. Se dice que para hacerse pagar este servicio, él y sus cohermanos dirigidos por su general y por el Papa, determinaron al rey, la reina y los miembros del consejo, sus penitentes, á no acceder á un casamiento sino bajo la condicion de que la bula *Unigenitus* seria recibida en Francia y registrada en el Parlamento, y que la conciencia del rey seria dirigida por un jesuita.

Desgraciadamente el registro de la bula no restituyó la paz á la iglesia de Francia: no la proporcionó mas que una tregua pasajera, y continuó fermentando la anterior levadura de oposicion y virulencia. No habian pasado aun dos años despues del arreglo, cuando el cardenal de Noailles sonrojándose quizá de sus miramientos como de una debilidad, dió nuevas muestras de antipatía, rehusando los poderes al padre Linieres, jesuita, hombre recto y sin intriga. Con el objeto de satisfacer á la España, se le habia nombrado confesor del rey en pos de la dimision del modesto abate Fleuri, autor de la *Historia Eclesiástica*, antiguo preceptor del duque de Borgoña, y á la sazon mas que octogenario, y á quien el duque de Orleans al principio de su regencia habia escogido en consideracion á que no era jansenista, ni molinista, ni ultramontano. En vista de la obstinacion del arzobispo, el rey para aprovecharse del ministerio del padre Linieres, tuvo que ir á San Cir, que dependia de la diócesis de Chartres.

Estos movimientos en el clero y el foro, cuyas minuciosas intrigas ha sido menester seguir, disgustaban sobre manera al regente, que hubiera querido no tratar á fondo de este gran negocio, sino abandonarlo á alguno mas á propósito que él al efecto. Dubois, de cuya capacidad tenia pruebas, y á quien creia sumiso completamente á su voluntad, fué escogido para tan grave negocio, con el objeto por otra parte de proporcionarle insensiblemente el rango que le destinaba, despues que le habia agraciado con la mitra de Cambrai, y finalmente con el capelo de cardenal. Pero antes de abandonar totalmente los negocios, el regente se propuso ordenar nuevamente la hacienda.

A fin de averiguar la verdadera deuda del Estado, oculta por el valor ideal del papel, el 26 de enero, prévio el parecer de los hermanos Paris, á los cuales se debia la primera liquidacion hecha en billetes de Estado al principio de la regencia, se dió un edicto del consejo para que se formara una cuenta general de todos los efectos públicos entonces en circulacion. Los propietarios debian dar al mismo tiempo declaraciones de su orígen y del precio á que los habian adquirido, manifestando los títulos ó contratos por los cuales eran sus legítimos poseedores. Estampábase entonces en ellos un timbre, que es lo que se llamaba *visar*, de donde se ha derivado la espresion de *Visto bueno*. De mas de tres mil millones de efectos que debian estar en circulacion, dos mil doscientos millones solamente fueron visados: el resto no salió de la cartera de los capitalistas que se obstinaron en no querer sufrir la reduccion, perdiendo por esto la totalidad de sus créditos. El favor del agiotaje sostuvo algun tiempo los efectos no visados, y al año siguiente todavía se encontraban sesenta francos por una accion de las Indias, ó por un billete de Banco de mil libras. En cuanto á los efectos visados, no se realizó sobre su total mas que una reduccion de quinientos millones, de manera que la deuda fué liquidada en unos mil setecientos millones. Le Pelletier de La Houssaye, ministro de hacienda despues de Law, declaró la imposibilidad de hacer frente á tal crédito, y para satisfacerlo, al menos en parte, propuso la creacion de cuarenta millones de renta sobre la casa Consistorial, y la institucion de muchos cargos ú oficios lucrativos y honoríficos, capaces bajo estos dos aspectos de tentar la codicia de los particulares. Por insignificantes que fuesen estos cargos, creíanseles útiles para hacer desaparecer la masa enorme de papel que estuvo á pique de abismar al reino.

El espediente del *Visto bueno*, á pesar de su reconocida utilidad no dejaba de traer inconvenientes. Era muy desagradable desde luego encontrarse obligado á declarar que se habia vendido la herencia paterna. Ademas, los que se habian visto forzados á recibir billetes por mercaderías ú otros muebles, no podian probar que dichos billetes provenian de bienes raices, y se quedaban con un papel sin valor. Aun con respecto á los agiotistas de profesion, era una injusticia privarlos por una formalidad del precio de su industria. El ministerio hizo aun una vergonzosa violencia, porque á muchos de los que se habian presentado al Visto bueno, no se contentaron con no timbrar sus efectos, á pesar de hallarlos con todas las condiciones requeridas, sino que se les retuvieron los billetes, despidiéndolos con las manos vacías. A otros se mandó so pena de ejecucion, llevar al Banco cierta cantidad de acciones para ser que-

madas. Enviáronse piquetes á las casas de los que no obedecian, se echó mano á su oro y joyas; y muchos fueron encarcelados, aunque protestasen que no era un crímen haberse hecho ricos por los medios inventados por la corte.

Por todo esto, la diligencia del *Visto bueno*, de que se prometian grandes ventajas, no las produjo mas que para el fisco, porque este se desembarazó de una multitud prodigiosa de billetes que habia que pagar, y ella no fué útil mas que á un corto número de los que habian sido forzados por las circunstancias á cambiar sus fondos por papel. Hubo por otra parte abusos en la manera misma de evacuar el Visto bueno. Empleados infieles recibieron dinero por dar como adquiridos con capitales billetes que carecian de tal orígen. Los accionistas mas ricos, sin entretener en seducir á los empleados, acudian en derechura á los favoritos y favoritas del regente, y les ofrecian millones á trueque de conservar el resto de sus bienes, como lo conseguian: es decir, que mediante un sacrificio que no entraba en las arcas reales, se visaron y validaron los efectos de adquisicion sospechosa. Así el Visto bueno pecaba tanto en el fondo como en la forma. El duque de Orleans que teniendo en sus mano la balanza del sistema, hubiera podido inclinar el platillo á su lado y derramar en su casa tesoros inmensos, no ganó nada, á diferencia de otros príncipes, cuyos grandes bienes datan de esta época. Pero si él no se aprovechó, cuantos le rodeaban se enriquecieron, ora con las mercedes que su importunidad alcanzó para los que les pagaban, ora con las dádivas que arrancaban para sí mismos.

La primera vez que Dubois entró en el consejo de Estado con la dignidad de cardenal, que le daba preferencia sobre los miembros legos, se ausentaron el canciller, los pares y mariscales de Francia. El duque de Noailles, uno de los descontentos, le encontró por



Luis XV.

la tarde y le dijo: «Esta jornada será famosa en la historia, monseñor: no se olvidará el estampar en ella que vuestra entrada en el consejo ha hecho salir de él á todos los grandes del reino.» El prelado manifestó desde este momento como pensaba ejercer la autoridad. Hizo desterrar sin miramiento de ningun género á los que habian patentizado con la ausencia su desagrado: los que con anticipacion se habian retirado á sus posesiones, recibieron órden de permanecer en ellas, y se les significó que sus pensiones no serian pagadas. Otras personas adictas al regente mas bien por las diversiones que por los negocios, fueron tambien alejadas por la sola razon de que estorvaban al favorito. Esta inflexibilidad del cardenal debió hacer temer al príncipe lo que podia acontecerle á él mismo, cuando Dubois se encontrase de primer ministro, en el momento en que el rey que ya se aproximaba á los trece años, fuese declarado mayor de edad. Se presentaron al regente estas consecuencias: las conoció; pero como ya lo hemos insinuado, el cansancio de los negocios y la esperanza de entregarse mas fácilmente y sin inquietud á sus placeres, le hicieron pasar por encima de estas consideraciones, y el 22 de agosto de 1722 fué nombrado Dubois primer ministro.

Luis XV consagrado en Reims en 26 de octubre de 1722, fué de-



Arresto de la duquesa de Maine.

clarado mayor en el Parlamento en la sesion régia de 22 de febrero de 1723. Vió tambien llegar para ser educada en la corte de Francia, á la infanta de España que le estaba destinada para esposa. Al tomar las riendas del gobierno, el cardenal Dubois manifestó disposiciones loables. Parecia que ansiaba rehabilitarse en la opinion pública; formó reglamentos muy acertados, y mostró órden y aplicacion. Se principiaba á creer con asombro, que iba á ser escelente ministro, cuando un antiguo achaque, mucho tiempo oculto, se declaró con violencia á principios del mes de agosto. Era aquel un abceso en la vejiga. El peligro fué tan inminente y tan pronto, que hubo que decidir al enfermo á la terrible alternativa de sufrir la operacion ó morir; y los médicos no respondian del buen éxito de ella. En efecto, el 10 de agosto, veinte y cuatro horas despues de haber sido operado, Dubois murió, á la edad de sesenta y seis años, con el cinismo de que habia hecho alarde toda su vida; y sin recibir los sacramentos de la Iglesia, que eludió, á pretesto de que para administrar á un cardenal habia un ceremonial particular, sobre el cual queria consultar antes con sus cohermanos.

Se le encontraron riquezas inmensas, una estremada cantidad de vagilla de plata y oro lo mas admirablemente trabajada, los muebles mas preciosos, las joyas mas raras, tiros perfectos de todos los paises y los mas suntuosos carruages. Dejó un millon cien mil libras en dinero; era casi un año de su renta conocida, que San Simon hace subir á un millon cuatrocientas cincuenta y cuatro mil libras, de las cuales los dos tercios provenian de una pension de Inglaterra. El cardenal se proponia reunir á sus numerosas abadías

las de Premontré, Citeaux, Cluny y otras, para ser así una especie de patriarca en Francia: proyecto tomado de Richelieu.

En el momento en que Dubois cerró los ojos, el duque de Orleans volvió á tomar el ministerio. Como si esta muerte hubiese roto el encanto que le retenia en la ociosidad, desde luego se le vió ocuparse asíduamente en los negocios; renunciar, si no al libertinage, al menos á las escenas mas escandalosas; limitarse á una sola inclinacion, especie de moderacion que la inmoralidad de las costumbres hace mirar con frecuencia en los grandes como una virtud. Este príncipe era complaciente y afable; escuchaba con un aire de bondad que encantaba: hasta en sus repulsas tenia el arte de hacerlas soportar sin disgusto. Se observaba que sufria cuando no podia despedir á cualquiera contento, Su mirada, aunque perspicaz, era dulce y halagüeña. Así, á pesar de las desgracias causadas por el sistema que habia trastornado tantas fortunas, él no solo era querido sino adorado de los parisienses. Cuando salia y entraba en el palacio real, todos corrian á su encuentro, é iban á los espectáculos solo con la esperanza de verlo. Los ministros estrangeros alababan su política y miramientos. Admiraban su exactitud y su penetracion, la prudencia y la sagacidad de su política, su discernimiento esquisito, su facilidad en las negociaciones, su claridad en las esposiciones, su reserva en las preguntas y su decoro y sutileza en las respuestas. El jóven rey, complacido de su respeto inalterable, de su solicitud en agradarle, de su franqueza y de la jovialidad que mezclaba con su instruccion, nunca hablaba de él sino con aprecio mientras vivió y con pesar despues que le perdio.

La verídica historia, al hacer al duque de Orleans la justicia que merece, y al absolverle de los crímenes que no cometió, debe armarse sin embargo de severidad para acabar su retrato. El respeto que todo hombre debe á la moral, arroja una mancha de desprecio sobre un príncipe que bueno por temperamento, pervirtió los recomendables dotes con que habia nacido; que indiferente entre el vicio y la virtud tuvo la deshonra ó desgracia de no creer en la última, y que finalmente por los funestos ejemplos de depravacion y ateismo que dió en las gradas del trono, debe ser considerado como el autor de la vasta y profunda corrupcion en que hoy mismo estamos sumergidos. Un ataque de apoplegía que le sorprendió en medio de sus estravios, y que segun los horrorosos deseos que algunas veces habia manifestado, le quitó al instante el conocimiento, le arrebató en seis horas el 2 de diciembre á la edad de cuarenta y nueve años.

Al instante que el duque de Orleans cerró los ojos, el príncipe de Condé, duque de Borbon, se presentó al rey, y pidió la plaza vacante. El jóven monarca miró á Fleuri, antiguo obispo de Frejus, su preceptor, que estaba á su lado, como para consultarle. El prelado bajó la vista, nada indicó y Luis firmó el nombramiento que estaba dispuesto. En seguida prestó el duque juramento y fué proclamado primer ministro. Estas circunstancias hacen conocer que el puesto fué mas bien arrebatado que obtenido, por lo que el duque no lo conservó mucho tiempo. El consejo de Estado se componia de cuatro personas solamente: del rey, del primer ministro, del obispo de Frejus y del mariscal de Villars.

El duque de Borbon no tenia treinta años ni era conocido mas que por el interés que habia tomado durante el sistema en los negocios de Hacienda, los que no le fueron infructuosos, y por su encarnizamiento contra el duque de Maine, su tio; dos cosas poco á propósito para atraerle la estimacion pública. Era por otra parte grosero, rudo en sus maneras y tuerto, lo que hacia su mirada incierta y desagradable su trato. Ultimamente, estaba dominado por una querida, madama de Prie, mujer tan hábil cuanto disoluta, á la que se atribuyen todos los actos políticos de su ministerio. Desde los primeros dias conoció Condé por la parte esclusiva que se reservó el preceptor en los asuntos eclesiásticos, hasta qué grado poseia este la confianza de su discípulo; pero no desconfió de conquistarla. Al efecto se presentó una circunstancia favorable: el casamiento del rey con la infanta, casamiento de un príncipe de diez y seis años con una princesa de seis no era aprobado en razon á que sus frutos debian ser demasiado tardíos. Se hablaba públicamente de este inconveniente, y el deseo de ver nacer al rey una posteridad que asegurase la tranquilidad del reino, era general sobre todo despues de una ligera indisposicion que Luis acababa de tener. El ministro lo deseaba mas que nadie por la razon de que la muerte del jóven príncipe hubiera colocado en el trono al duque de Orleans, su competidor en el poder. Escogió pues esta coyuntura para satisfacer á la nacion y agradar sin duda al mismo jóven monarca, proponiéndole una esposa que con deber su fortuna al ministro, le daria preponderancia en el ánimo de su esposo.

Sobre este pensamiento se celebró un consejo. Desgraciadamente habiendo sido traida la infanta á Francia, era mas peligroso despedirla que el haberla desatendido si hubiera estado fuera del reino; pero se postergó tal consideracion, y por temor de que la corte de España entorpeciera el proyecto con reclamaciones, sin darla ningun aviso se hizo partir á la princesa. En seguida se acumularon muchas representaciones, escusas y aun motivos de religion, sacados del peligro de precipitar al jóven rey en el hábito de libertinage, si se queria entretenerle mucho tiempo con esperanzas. A estas razones se agregó la atencion de conducir con los mayores honores á la infanta, la cual fué despues reina de Portugal.

El rey de España, á principios del año precedente y á consecuencia de sus antiguos escrúpulos, habia abdicado en favor de Luis I, su primogénito, de edad de diez y seis años; mas este jóven príncipe murió al poco tiempo. El menosprecio que la junta de gobierno habia hecho de las disposiciones de Felipe, fué la causa de que este volviera á tomar las riendas del Estado. Los grandes y su propio confesor el padre Bermudez le opusieron una decision teológica que ya le determinaba á regresar á su palacio de San Ildefonso, cuando accediendo el nuncio del Papa á las escitaciones de la Francia, vino á absolverle del pretendido voto de no volver jamás al trono, disipándole de esta manera los terrores que le agitaban. En el momento en que recibió la noticia de la venida de su hija, despidió por su parte á la jóven viuda de su primogénito, lo mismo que á la señorita de Beaujolais, destinada al infante D. Cárlos, ambas hijas del regente. Llamó al mismo tiempo á sus plenipotenciarios de Cambrai, y en el ardor de su resentimiento mandó al holandés baron de Ripperdá, su enviado en Viena, que tratara directamente con el emperador, con quien ajustó la paz, recibiendo aquel en pago el rango de primer ministro.

Para reemplazar á la princesa, el ministro hubiera podido dar al rey á la señorita de Vermandois, su hermana; pero de esta idea fué disuadido, segun se cuenta, por madama de Prie, que temia la severidad de costumbres de esta princesa, y propuso Condé en el Consejo á Maria Carlota Leczinska, hija única de Estanislao Leczinski, quien elevado al trono de Polonia por Cárlos XII, habia sido forzado á abandonarlo al desgraciarse este príncipe, y despues de su muerte vivia bajo la proteccion de la Francia en Wissemburgo como particular poco acomodado. Maria era mas estimable por sus virtudes que notable por su belleza, y tenia siete años mas que el rey. Cuando en el Consejo el duque preguntó al preceptor su parecer, este respondió que no intervenia ni se mezclaba en casamientos. Los otros consejeros lo aprobaron, el rey consintió, y se casó con la princesa en 4 de setiembre de 1725.

Los primeros años de matrimonio de Luis XV no fueron como los de Luis XIV, notables por torneos, bailes y fiestas públicas que regocijaban al pueblo, sin darle lugar á reflexiones tristes. Luis XV vivia retirado con su esposa, á quien entonces queria; no la dejaba mas que para ir de Versailles á Rambouillet, castillo del conde de Tolosa, cuya condesa, mujer bondadosa, culta, previsora y virtuosa, reunia una sociedad cual merecia su carácter. Esta sociedad era sumamente grata al rey, el cual, siendo de una índole algo retraida, preferia las reuniones poco numerosas. En ella casi todos eran amigos del antiguo obispo de Frejus. El prelado veia con sumo placer á su discípulo habituarse á tal compañia. Por otra parte al duque no le daba cuidado porque mientras el rey se mantenia en tan dulce inercia, él gobernaba como queria, aunque no segun el público deseaba.

Una de sus primeras operaciones, que causó descontento, fué una declaracion contra los protestantes, superior á los antiguos rigores de Luis XIV. La mediacion de los holandeses en favor de sus correligionarios, y sobre todo las disposiciones que tomaban los estrangeros para aprovecharse segunda vez de las medidas impolíticas del gobierno, ilustraron á este. Edictos aclaratorios atenuaron desde luego la declaracion, la cual poco á poco fué condenada por la opinion pública al olvido, en que ya iban cayendo las leyes de Luis XIV sobre la misma materia.

La hacienda era siempre un grande obstáculo para el ministerio, aunque los hermanos Páris, que habian sido llamados a su ayuda, contribuyesen con sus talentos á restablecer el órden en ella. En cuanto al duque de Borbon, se ocupaba en hacer creer que él pensaba menos en aliviar al pueblo que en consolidar el estado de los que se habian enriquecido. Tal fué el edicto por el cual descargaba el rey á la compañía de Indias que habia estado unida al Banco, de todas las cuentas que la primera tuviera que dar al segundo. Este privilegio pareció no ser dado mas que en favor del duque de Borbon y de todos aquellos que como él se habian enriquecido durante la union del Banco con la compañía. Con el edicto presentado al Parlamento sobre tal objeto y al mismo tiempo que se percibia sin haberse registrado, aunque parcialmente y con dificultad, el pretendido derecho de *feliz advenimiento* que fué arrendado en veinte y tres millones, espidióse otro edicto que sin ninguna escepcion de personas imponia el dos por ciento sobre todos los frutos de la tierra é industria, y que exasperó á todas las clases de ciudadanos: al clero y á la nobleza por atentarse á sus privilegios, y al pueblo por el temor de una pesquisa en la valuacion del producto neto sobre que debia percibirse el derecho. Para evitar la resistencia ordinaria de los jóvenes consejeros, otro edicto privaba á los que no tenian diez años de servicio de la facultad de deliberar sobre los

asuntos generales. Con esta precaucion fueron registrados los edictos en una sesion régia por espreso mandato del rey, quien á su vuelta del Parlamento pudo juzgar del descontento del pueblo por su significativo silencio.

Estas señales de desaprobacion se dirigian menos al jóven monarca que al primer ministro. El duque de Borbon carecia de la familiaridad y buen fondo natural que hacian soportar los defectos y las faltas del regente. Tampoco agradaba al rey como este príncipe, ni era afable y paciente como este en el trabajo. Luis se hallaba mejor con su preceptor, á quien encontraba complaciente, y le estimaba por su moderacion y por el interés que tomaba por su persona: así era siempre admitido á una con el primer ministro, y este no era recibido para ciertos trabajos como los asuntos eclesiásticos.

El duque de Borbon no quiso ser menos que el preceptor, é hizo todo lo posible por despachar sin él con el rey. En tal proyecto intervino la reina, que debiéndolo todo al primer ministro, no podia negarse á sus deseos. Con algunos pretestos se indujo al rey á tener de cuando en cuando el consejo en el cuarto de su esposa. Despues de haber sido repetidas veces admitido el preceptor sin dificultad, rehusóle el portero la entrada, y sin insistir, el antiguo obispo marchó á encerrarse en Issy, su casa de campo. Igual eclipse le habia salido bien en tiempo del regente. El rey le habia hecho volver al instante, demostrando la impaciencia de un niño contrariado: ahora manifestó la cólera de un soberano casi insultado, y envió órden á Fleuri para que volviera al puesto que tenia á su lado. Los consejos en el aposento de la reina cesaron, y la marcha de los negocios no fué interrumpida.

Se dice que el duque de Borbon no previó su desgracia, lo cual es difícil de creer; pero los cortesanos saben disimular tan bien lo que quieren, que se ha podido imaginar que lo ignoraba: pór lo menos es cierto que no sospechaba en el momento de ella. Partiendo el rey en 11 de junio para Ramhouillet, habló como de costumbre al duque de Borbon, y le dijo: «no me esperes á cenar.» Así que se separaron, el duque de Charrost que tenia órdenes desde el dia anterior, le entregó una carta concebida en estos términos: «Os mando bajo pena de desobediencia, que os trasladeis á Chantilly y esteis allí hasta nueva órden.» La reina á pesar de su estado de preñez, recibió tambien una carta mortificante, por la cual el rey la mandaba hacer todo lo que el obispo de Frejus la dijese, como si fuera él mismo. Enviáronse otras iguales á los ministros.

Las disposiciones que habian acompañado á la despedida del duque de Borbon, hicieron adivinar fácilmente de donde partia el golpe, y los cambios que se iban á realizar. El mas importante y el que los resumia todos, fué que el rey declaró que no tendria en lo sucesivo primer ministro, y que gobernaria por sí mismo: para esto no vió mas que por los ojos, ni obró mas que por la influencia del antiguo obispo de Frejus, su preceptor, á quien al instante hizo cardenal.

«Si ha habido algun hombre dichoso en la tierra, dice un historiador, es sin duda el cardenal de Fleuri. Se le consideró como el hombre mas bondadoso y tratable hasta la edad de setenta y tres años; y cuando á esta edad, en que tantos se ven obligados á retirarse del mundo, tuvo en su mano las riendas del gobierno, fué mirado como uno de los hombres mas sabios.» El gobierno que principia es ordinariamente el contraste del que acaba: de este modo á hombres nuevos en el ministerio acompañan desgracias, destierros, encarcelamientos, libertades y llamadas. El duque de Maine volvió al favor. Los mariscales de Huxelles y Tallard, fueron admitidos en el consejo: Miguel Roberto Pelletier des Forts, sobrino de Claudio, sucesor de Colbert, fué nombrado ministro de hacienda en lugar del presidente Dodun, que habia sucedido á Pelletier de La Houssaye; y finalmente, el ministro de la guerra Leblanc, á quien el duque de Borbon habia encerrado en la Bastilla y puesto en juicio por dilapidacion, fué llamado al ministerio. El canciller de Aguesseau fué tambien empleado al año siguiente, mas no obtuvo los sellos: estos fueron dados á Chauvelin, quien poseyó al mismo tiempo la cartera de negocios estranjeros en reemplazo del conde de Morville.

Una de las primeras operaciones del cardenal, fué suprimir el edicto del dos por ciento, disminuir algunos otros impuestos y condenar atrasos. El aumento de los ingresos que ascendieron á ciento cuarenta millones, permitió estos actos de generosidad, a los que acompañaron otros menos honrosos, tales como la reduccion de las rentas vitalicias bajo pretesto de que á la caida del sistema habian sido adquiridas á vil precio. Concediéronse fondos á los intendentes para distribuirlos en las provincias y aliviar á los pueblos. Ultimamente, el rey estableció en diferentes ciudades, bajo oficiales esperimentados, seis compañías de caballeros cadetes: establecimiento que fué el preludio de la *Escuela militar*. La inauguracion del nuevo ministerio fué ademas notable por haber puesto término á la fluctuacion que venia esperimentando la moneda, desde la época de Luis XIV. El marco de plata que de cuarenta francos á la muerte de este monarca, habia subido en 1720 á ciento treinta, y bajado cuatro años despues á cuarenta y cuatro, fué fijado definitivamente en cincuenta y uno, por declaracion de 18 de junio de 1726. No habiendo variado sensiblemente desde este tiempo el marco, las especies entonces acuñadas continuaron hasta el fin del siglo y aun mas, circulando por el mismo valor nominal que recibieron en dicha época. Unicamente las especies de oro recibieron algun aumento del cambio comparativo que se introdujo en el comercio entre el valor del oro y el de la plata; cambio comparativo que por decreto de 21 de noviembre de 1785 fué fijado en quince y medio, en lugar de catorce y medio que se calculaba antes.

La Europa estaba entonces en paz, merced á las negociaciones entabladas, suspendidas y reproducidas durante muchos años en todas las cortes. La idea que es necesario dar de ellas, hará conocer el estado respectivo de las potencias, y los intereses que causaron las guerras siguientes. La cuádruple alianza firmada en Lóndres en 1718, obra del cardenal Dubois, que habia roto el proyecto formado por el cardenal Alberoni de incorporar á la corona de España los estados que la paz de Utrecht, Rastadt y Baden la habian quitado, este tratado forzosamente aceptado por los españoles á fines de 1718, no habia sido todavia ejecutado en 1720. Sus principales condiciones eran que el emperador Cárlos VI renunciase á todos los estados de la monarquía de España, y Felipe V por su parte abdicara toda pretension á los estados de Italia y de los Paises Bajos que habian pertenecido á la monarquía española. Aconteciendo la muerte del último varon de la casa de Médicis, que se miraba como próxima, el emperador se comprometia á darla investidura de la Toscana con sus costas é islas adyacentes á D. Cárlos, hijo mayor de Felipe V y de Isabel Farnesio, á sus demas hermanos, si él no tenia hijos, y sucesivamente á sus herederos: de manera que ninguno de estos pudiese jamás ser al mismo tiempo rey de España, y que la Toscana no llegara nunca á ser parte del reino de España. Por este mismo tratado de Lóndres, la Sicilia, que los tratados hechos á consecuencia del de Utrecht daban al duque de Saboya, quien se habia hecho coronar en esta isla, era adjudicada á la casa de Austria, y el duque debia recibir y recibió en cambio, aunqué de mala gana, la isla de Cerdeña, á la que se dieron los honores de reino.

Invirtióse bastante tiempo en reconocer las actas y los diplomas de estos cambios y cesiones. En cada punto, en cada coma, nuevas dificultades por parte de los contrayentes que no pensaban poner término, pues Felipe V no se desprendia sino con pena de los estados de Italia y Flandes, que hubieran servido para colocar perfectamente los hijos de su segunda mujer; y Cárlos sentia renunciar á la corona de España, despues que la habia ceñido. Para conseguir una decision definitiva, se habia convenido en 1720 celebrar en Cambrai un congreso, que no se efectuó hasta 1722, ni hubo actividad en él hasta 1724.

Mientras se aguardaba el arreglo, los confederados de la cuádruple alianza, que eran los mediadores entre Cárlos VI y Felipe V, suplieron las formalidades en que diferian los rivales, garantizando á cada cual de estos lo que les tocase segun el tratado de Lóndres, por una acta firmada en Paris en 21 de setiembre de 1721. Este era un medio de impedir de repente por un esfuerzo comun, el incendio que su obstinacion queria causar.

Se veia en las discusiones que el emperador presentó al congreso de Cambrai, el gérmen de una guerra general: guerra de mar por intereses de comercio; guerra de tierra por herencia de familia. Este príncipe acababa de otorgar á una asociacion de comerciantes, el derecho de ir á traficar en las indias orientales bajo su proteccion. Se llamó la *compañía de Ostende*, en razon á que se estableció en esta ciudad. Los holandeses se opusieron á ella, pretendiendo que la compañía perjudicaria á su comercio, sobre todo al de Amsterdan; que por otra parte era contraria á las estipulaciones espresas del artículo veinte y seis del tratado de la Barriere, y al quinto del de Westfalia, el cual prohibia á los españoles estender su comercio en las indias orientales, al oeste de las islas Filipinas. La república de los Estados Unidos manifestaba intencion de impedir el comercio de la compañía por la fuerza, y Cárlos VI la de sostenerla por el mismo medio.

El emperador presentó otro punto de discusion complicada á los plenipotenciarios de Cambrai. El era el último príncipe de la casa imperial de Austria. Encontrándose sin hijos varones, habia hecho en 1718 con el nombre de pragmática un reglamento por el cual llamaba á su sucesion en defecto de ellos á María Teresa, su primogénita, en seguida á las otras hijas, despues á sus sobrinas y sus hijos por el órden de su edad. Pidió al congreso que esta pragmática fuese garantida por las potencias que tenian plenipotenciarios en esta asamblea. Las potencias marítimas consintieron con la condicion de que el emperador suprimiese la compañía de Ostende. No le acomodó esta condicion, y retiró de Cambrai sus embajadores. Habiendo procedido Felipe lo mismo con motivos de haber sido despe-

dida su hija, el congreso se disipó por sí mismo, y los dos principales adversarios, el emperador y el rey de España, que se habian, por decirlo así, constituido en litigantes ante esta especie de tribunal, tomaron el partido de concluir ellos mismos sus disputas.

Así lo verificaron el 30 de abril de 1725 por un convenio firmado en Viena, por el cual el emperador aseguraba los estados de don Cárlos en Italia, y el rey de España garantizaba á Cárlos VI su pragmática y la estabilidad de la compañía de Ostende. Tambien se estamparon en el tratado insinuaciones de socorros mútuos que tendrían lugar si la España intentaba recobrar Gibraltar y Mahon, y si Holanda queria destruir la compañía de Ostende. Francia é Inglaterra se alarmaron de una alianza tan estrecha entre dos potencias hasta entonces tan enemigas, y opusieron el contra-tratado de Hanover de 3 de setiembre del mismo año, atrayendo á su partido la Holanda, la Suecia y la Dinamarca. La corte de Viena tambien se atrajo la Prusia y la Rusia, dos potencias que principiaban á pesar en la balanza de Europa.

Al mismo tiempo que se negociaba, en todos lados se hacian aprestos militares. En medio de los nubarrones y la oscuridad de las negociaciones, oíase el trueno de la guerra y parecia pronta á estallar la borrasca. Los españoles habian atacado á Gibraltar, y los ingleses bloqueaban los galeones en Portobelo. Fleuri que gobernaba entonces la Francia, se conducia como un hábil piloto que amenazado por la tempestad, observa el choque de los vientos para saber á que lado dirigir sus velas. Le pareció mucho mas ventajoso y honroso inclinarlas hácia la conciliacion y la paz, que tomar parte en la contienda, y así ofreció su mediacion. La corte de España presentó dificultades para aceptarla. Despues de la despedida de la infanta, reinaba entre España y Francia, entre el sobrino y el tio, una frialdad muy marcada. El cardenal á fuerza de miramientos y buenos oficios consiguió reconciliar los ánimos. Luis XV con motivo del nacimiento de un hijo suyo, escribió á Felipe V una carta sumisa y casi suplicante, mezclada de cumplimientos y escusas. El tio siempre francés en el trono de España y que padecia por su estado de enemistad, con su antigua patria, le contestó de la manera mas afectuosa y tierna, y al instante se restableció la buena inteligencia, al menos entre los gefes de los dos estados, á quienes unian lazos de parentesco, aun cuando los separara la política. No faltaba al prelado ministro mas que el sufragio de la España, pues las otras potencias ganadas por su carácter dulce y moderado, le habian dado su confianza. Propúsolas pues y obtuvo artículos preliminares de paz, que fueron firmados en Paris el 31 de mayo de 1727, algunos dias antes de la muerte de Jorge I, á quien sucedió Jorge II su hijo.

Las principales condiciones eran un armisticio de siete años, suspension durante este plazo de la compañía de Ostende, y la convocacion de un Congreso general para Aquisgran. Despues se señaló para su celebracion á Cambrai; pero accediendo á los deseos del cardenal que queria asistir á él en persona, fijóse definitivamente á Soissons, donde principió dicho congreso el 14 de junio de 1728. Los diputados de casi todas las potencias de Europa habian acudido con puntualidad, habiéndose verificado con mucha solemnidad la apertura. El cardenal apareció como un árbitro revestido de la confianza general; árbitro cuya habilidad y prudencia iban á conciliar todos los intereses y á calmar todas las pasiones. Cumplimentó y obsequió, y á su vez fué cumplimentado y obsequiado. Las alocuciones, las visitas, y se podria decir que los banquetes y las diversiones fueron casi la única ocupacion de esta asamblea. Esta duró un año, lánguida, incierta tanto sobre las materias que tenia que tratar, cuanto sobre el órden y la forma que se habian de seguir. La inaccion la mató, disolviéndose en junio de 1729, al año justo de su apertura.

Habia venido á ser enteramente inútil: mientras el prelado fijaba la atencion de los pueblos en el congreso de Soissons que buscaba con afectacion sus miradas, se ocupaba secretamente en medios mas eficaces de procurar una paz general. El principal obstáculo que á ella se oponia, era la obstinacion del emperador en plantear su compañía de Ostende á pesar de sus antiguos compromisos, y en hacer garantir su pragmática. Al mismo tiempo que exijia estas ventajas, suscitaba dificultades, por las cuales parecia querer alejar el establecimiento sólido de D. Cárlos en los Estados de Italia que se le habian cedido. La reina de España, nacida Farnesio y sobrina del duque de Parma, que no tenia hijos, estaba sumamente apasionada por este pais. El cardenal escogió hábilmente esta ocasion de reconciliar enteramente la corte de Francia con la de España, ofreciendo á la reina que procuraria lograrla el favor de Inglaterra. De la solicitud del cardenal provino entre las tres coronas un tratado de alianza que fué firmado en Sevilla en noviembre de 1729, garantizándose á D. Cárlos el derecho de sucesion á los ducados de Parma y Plasencia, despues de la muerte de su soberano, la que no podia tardar. Para asegurar este derecho, los ingleses se obligaban á favorecer por mar el paso de un cuerpo de tropas españolas, que debian guarnecer de antemano las principales ciudades de este ducado. Finalmente, los holandeses accedieron al tratado de Sevilla bajo la promesa que les fué hecha por los aliados de darles entera satisfaccion en cuanto á la revocacion de la compañía de Ostende.

El emperador se incomodó mucho de que se pretendiera imponerle la ley en el asunto de la compañía. Hizo pasar tropas á Italia para impedir el desembarco de guarniciones españolas, que llamaba prematuro, en razon á que el duque de Parma, Antonio Farnesio, vivia todavía. Pero este duque murió á principios de 1731, y Cárlos VI no pudo impedir desde entonces que entrara á gozar de dichos ducados un príncipe á quien el antiguo tratado de Viena y el testamento del difunto llamaban á la sucesion.

¿Qué queda por hacer, dijeron los embajadores de Inglaterra y Holanda al emperador, para terminar la guerra de sucesion que atormenta á la Europa hace treinta años, y para evitar otra no menos desastrosa? ¿Qué queda por hacer, mas que confirmar los arreglos que habeis acordado diferentes veces con la corte de Madrid, y asegurar los estados á vuestras hijas, con la sancion que se dé á vuestra pragmática? Sobre esta base, Cárlos, Inglaterra y Holanda firmaron segunda vez en Viena en marzo de 1731, un tratado por el cual las potencias contratantes renovaron sus antiguas alianzas. Los estados generales garantizaron la pragmática; el emperador se comprometió á hacer cesar el comercio de los Paises Bajos austriacos en las Indias; suscribió á todo lo concertado en Sevilla en cuanto á la sucesion de los ducados de Parma y Plasencia, y en cuanto á la del de Toscana, cuya investidura prometia el tratado de Viena á los hijos de la princesa Farnesio, reina de España. El gran duque, aunque poco satisfecho de ver disponer tan imperiosamente de sus estados, viviendo él, confirmó estas disposiciones por un acta particular firmada en Florencia en el mismo año de 1731, reconociendo á D. Cárlos por sucesor suyo.

La paz que el cardenal se esforzaba por mantener en el esterior, era siempre trastornada en el interior por las desgraciadas cuestiones de religion. El regente se habia lisongeado de haberlas terminado con el registro del edicto que mandaba recibir la constitucion *Unigenitus*, y prohibia apelar de esta; mas siempre continuó entre aceptantes y apelantes una guerra que atormentaba los ánimos. El cardenal creyó cortar todas estas disputas con un golpe de autoridad. Entre los cuatro obispos apelantes en 1727, se encontraba Juan Soanen, obispo de Senez, prelado concentrado en su diócesis, sin relaciones ni proteccion en la corte. Este fué escogido para hacer un ejemplar. Se reunió en 16 de agosto de 1727 en Embrun, metrópoli de Senez, un concilio compuesto de trece obispos, bajo la presidencia del arzobispo Guerin de Tencin. Juan Soanen fué citado á él y compareció por haber sido denunciado como autor de una instruccion pastoral llena de errores capitales, injuriosos á la bula *Unigenitus*, y por recomendar la lectura de las reflexiones morales del padre Quesnel, prohibida por esta bula. Soanen reconoció su obra, la defendió, y aunque de edad de ochenta años, respondió con una firmeza que admiró á sus jueces. Sin embargo fué suspendido de sus funciones: á pesar de su apelacion de la sentencia al futuro concilio y aun á causa de esta apelacion, fué desterrado á la abadía de la Chaise-Dieu, donde alargo su vida hasta la edad de noventa y cuatro años. No firmaba mas que «Juan, obispo de Senez, prisionero de Jesucristo;» y el partido recibia sus cartas como si fuesen las de un mártir.

A principios del año siguiente, el cardenal de Noailles, apoyado de once obispos, escribió al rey una carta, en la cual se quejaban del juicio del concilio de Embrun. Al mismo tiempo apareció en toda Francia multitud de adhesiones á la causa del obispo condenado, y en fin, cincuenta abogados de Paris hablaron contra el mismo juicio, atacándolo en el fondo y en la forma: así principió el foro á mezclarse en la disputa. La consulta fué suprimida por decreto del consejo, como opuesta á la doctrina de la Iglesia, injuriosa á su autoridad y contraria á las leyes del Estado. Espidiéronse al mismo tiempo numerosos mandamientos de destierro contra los ministros de segundo órden que se alzaron contra el episcopado; y por último, cien doctores en teología fueron escluidos de la Sorbona en 1729 por la misma causa, no obstante su apelacion como de abuso al parlamento, asaz ocupado entonces en sus propios intereses para que hiciera justicia á tal queja. Con respecto á los obispos, se les atacó en la persona de su gefe, á quien se dirigieron nuevas proposiciones para apartarle de ellos, como se logró, habiéndose debido tal defeccion á las vivas instancias del duque de Noailles su sobrino, de la mariscala de Grammont su sobrina, y del mismo cardenal Fleuri. Vencido por sus exigencias, el cardenal de Noailles publicó el 11 de noviembre de 1728, seis meses antes de su fallecimiento un edicto por el cual aceptó al cabo pura y simplemente la constitucion *Unigenitus*, y revocó cuanto se habia escrito en su nombre sobre el quesnelismo. Tambien restituyó á los jesuitas los poderes que les habia recogido, y así poniendo término á sus largas variaciones y volviendo á la humilde via de sumision á la autoridad de la Iglesia, se desprendió de un partido formado por él mismo por demasiado apego á su propio sentimiento, pero par-

tido que no pudo destruir con haberlo abandonado. Roma ansiaba tanto su adhesion por las lisonjeras consecuencias que de esta aguardaba, que Benedicto XIII la participó al Sacro Colegio y ordenó solemnes acciones de gracias. Pero el mismo Soberano Pontífice, por haber comprendido mal el espíritu del momento, suscitaba entonces nuevos motivos de discordia, estendiendo á toda la Iglesia el oficio particular de Gregorio VII, el famoso Hildebrando que se habia proclamado superior á todos los reyes, y distribuidor de todas las coronas, y á quien Gregorio XIII habia inscrito en 1584 en el martirologio romano. El legendario estaba acompañado de una bula que el Parlamento condenó con calificaciones muy fuertes. Roma se resistió, y con este motivo reiteró sus instancias para la observancia de la constitucion *Unigenitus*. El rey quiso servir al Papa en cuanto á esta, y el 3 de abril de 1730 dió una declaracion que renovaba la obligacion de la firma pura y simple del formulario, ordenando la ejecucion de la bula *Unigenitus*, y otras constituciones de los papas sobre la misma materia, haciéndola registrar en una sesion regia y vedando al mismo tiempo el deliberar sobre el registro. Con esto se entabló una nueva negociacion que desvirtuó la apelacion de los doctores de la Sorbona, la cual daba mucho cuidado al gobierno. Para satisfacer tambien al Parlamento, el 22 de julio dirigió el rey á los obispos una circular exhortándolos á no dar á la bula la denominacion de regla de fe y sí solamente de juicio de la Iglesia universal en materia de doctrina: espediente que á nadie satisfizo, habiendo sucedido lo mismo con la invitacion que se hizo á todos los partidos de guardar un silencio caritativo, que por ninguno fué observado.

Una consulta poco meditada de algunos abogados de Paris, en favor de un párroco de la diócesis de Orleans, suspendido por su obispo, principió á resucitar los trastornos, exaltando el celo de Vintimille, arzobispo que habia reemplazado al cardenal de Noailles, y cuya opinion era enteramente opuesta á la de su predecesor. El cuerpo de abogados, abrazando la causa de sus colegas, trató de fijar la estension de la jurisdiccion del arzobispo. Once de ellos fueron desterrados. Los otros cesaron de alegar, é interesaron al Parlamento en su causa. Este sin haber sido llamado por la corte, se trasladó á Marly para presentar reclamaciones. El cardenal estaba á la sazon en Issy. El rey privado de su consejo, rehusó ver al Parlamento, cuyo paso inconsiderado fué en descrédito propio. La pronta llamada de los desterrados moderó la recíproca acrimonia, la cual no tardó en reaparecer mas viva que nunca con motivo de un edicto del arzobispo en 27 de marzo de 1731, contra las *Noticias eclesiásticas*, periódico satírico que tenia la mas grande boga, y que redactado por jansenistas desconocidos, era distribuido con regularidad á pesar de toda la vigilancia de la policía. Veinte y dos curas de Paris rehusaron publicar el edicto de su prelado, y siguiendo la moda del tiempo apelaron como de abuso al Parlamento, el cual afectó escandalizarse de los principios ultramontanos que contenia. Un decreto del Consejo retiró tal asunto de dicho Parlamento. Este revindicó obstinadamente su derecho de alta policía sobre todos los objetos que pudiesen alterar la tranquilidad del reino. Dos consejeros, acusados de haber hablado con demasiada libertad en una diputacion presentada al rey en Compiegne, fueron presos. Uno de estos, el abate Pucelle, sobrino de Catinat, gozaba de una reputacion merecida de elocuencia y de virtud. El Parlamento cesó en sus funciones y no las volvió á ejercer mas que cuando se lo solicitó la corte, para declarar abusivo el edicto del arzobispo de Paris. Un decreto del Consejo anuló el del Parlamento, reservó á la gran cámara el conocimiento de las apelaciones por abusos, y por consejo del mismo canciller Aguesseau fueron separados cuatro nuevos miembros. Los consejeros togados que formaban la mayoría del cuerpo, hicieron dimision diciendo que ya que los miembros del Parlamento estaban espuestos á ser presos ó desterrados si daban su voto, ó á deshonrarse si guardaban silencio, devolvian sus empleos al rey.

La cámara alta, compuesta de personas de mas edad, gestionó por la reposicion de sus jóvenes individuos. Estos volvieron á sus puestos, é inmediatamente se reunieron y dirigieron nuevas reclamaciones. Celebróse una sesion regia en Versalles con nuevas protestas y peticiones. Todos los repuestos fueron deterrados á diferentes ciudades del reino. La cámara alta negoció de nuevo. Aguesseau, instrumento forzado de tantos rigores, y Villars que tenia muchas relaciones con el Parlamento, se emplearon en conciliar los ánimos, inclinándolos por un lado á la dulzura y por otro á la sumision. Los desterrados fueron otra vez llamados, y en los últimos dias del año de 1732, la corte y el Parlamento estaban en el mismo punto de donde habian partido, sin que todas las discusiones, los golpes de autoridad, la resistencia y la vuelta á la sumision, hubiesen traido un resultado que pudiese hacer esperar la reconciliacion de los ánimos y la tranquilidad para lo sucesivo.

La misma fermentacion que reinaba en el Parlamento, reforzado por el *cuerpo de abogados* que tomó entonces el nombre de *Orden*, se propagaba por todas las clases del pueblo, en el cual formaron los eclesiásticos aceptantes y apelantes dos partidos. Se combatian por medio de escritos sarcásticos y duros que procuraban para atraer lectores, hacerlos divertidos con anécdotas burlescas, verdaderas ó falsas contra sus adversarios. La palma en este género fué por mucho tiempo para las *Noticias eclesiásticas*, folleto de los jansenistas que duró mas de medio siglo. Los molinistas se desquitaban entregando á la risa pública lo que pasaba en el cementerio de San Medardo, parroquia de Paris. En él habia sido enterrado un diácono llamado Páris, que toda su vida tuvo un celo ardiente contra la constitucion. Muerto en 1727 de apelante y adherente al obispo de Senez, fué preconizado como santo. Esparcióse el rumor de que hacia milagros en su sepulcro, adonde acudian enfermos y estropeados de todo género. Los pacientes esperimentaban convulsiones estraordinarias, grandes dolores que les arrancaban con frecuencia gritos y gemidos; síntomas bastante raros de la benéfica influencia del supuesto santo. El uno se retiraba con mejor vista, segun decia, que cuando se habia aproximado á la fosa: la pierna del otro, antes encojida, se habia alargado algunas líneas. El contagio de la simpatía y la fuerza de la imaginacion segun se cuenta, produgeron efectos positivos. Se gritaba á boca llena ¡Milagro! ¡Milagro! *Es la obra de Dios*, decian los apelantes; es la *de los demonios*, contestaban los aceptantes; es la *obra de los hombres*, la obra de los sacerdotes, siempre farsantes y seductores interesados del populacho, gritaban los que fueron llamados *filósofos*, los cuales no temiendo la oposicion del clero que estaba dividido en opiniones, y sirviéndose de los unos para combatir á los otros, hacian crecer en el campo de la Iglesia sus destructores sistemas de la fe, que es debida á sus misterios. El delirio llegó á tal punto, que el arzobispo de Paris se vió obligado á apoyar la prohibicion de dar culto público al diácono Páris, en que no habia sido canonizado. No faltaron abogados fanáticos que apelaron de tal prohibicion, y el Parlamento no desechó semejante apelacion. El desórden sin embargo que resultaba del concurso perpétuo de los iluminados, de los curiosos y rateros, que á todas horas se agrupaban al rededor del sepulcro, hizo tomar al gobierno en 1732 la resolucion de cerrar el cementerio. Los adeptos se quedaron reducidos á proseguir en las casas vecinas sus prodigios, y el último esceso del ridículo en que dieron, fué justa pena de un orgullo insensato que habia roto el freno de la independencia. A escepcion de estas cuestiones, el cardenal vivia en una tranquilidad perfecta. Contando con la confianza esclusiva de su discípulo, pasaba la mayor parte del tiempo en su casa de campo de Issy, no saliendo de esta mas que para ir á Versalles ó al consejo ó á conferencias particulares con el rey. Su compañía ordinaria era de un superior de los seminaristas, á quien se llamaba *Sulpiciano*, y de obispos. La vida del rey, su discípulo, no era menos monotona: tímido por carácter, y religioso por los principios que le habia inculcado su preceptor, no conocia otra sociedad habitual que la de la reina, de quien ya habia tenido muchas princesas, y el 4 de setiembre de 1729 un Delfin. La caza, á que tenia mucha aficion, y los frecuentes viages á Rambouillet, á la apreciable reunion del conde y de la condesa de Tolosa, ocupaban todos sus momentos. Nada de diversiones ruidosas, nada de fiestas mas que las exigidas por circunstancias imperiosas, como el nacimiento del Delfin. Así y todo, no tomaba parte en ellas sino como forzado y de una manera muy distante de la actividad que alegraba á toda la Francia durante la juventud de Luis XIV. Bajo Luis XV, al contrario, la nacion estaba inerte, indolente con el ejemplo de la corte, y sobre todo del monarca, cuya apatía incurable se habia arraigado con la holganza que se le habia permitido en su infancia, por el temor de fatigar demasiado una complesion delicada. Antiguos cortesanos, y entre ellos Villars, le hicieron reflexiones sobre tal conducta; pero el monarca continuó patentizando que vivir para sí mismo era su principal delicia.

Esta placentera quietud fué interrumpida por la muerte de Augusto I, elector de Sajonia y rey de Polonia, acontecida en 1.° de febrero de 1733. Estanislao Leczinski que habia sido elevado á este trono en 1704 por la proteccion de Cárlos XII, fué obligado á bajar de él, así que le faltó el apoyo del rey de Suecia. Era natural que Luis XV desease salir á la defensa de su suegro; pero este príncipe, desengañado hacia mucho tiempo de las ilusiones de la grandeza, hubiese abandonado con mucho gusto unas pretensiones cuya futilidad conocia, si como es de creer, el solo temor de que se sospechara que le faltaba valor, no le hubiera vuelto á la carrera de la ambicion. Casi toda la Polonia se inclinaba á él, quien cedió á tales simpatías, y habiendo logrado penetrar en Varsovia á favor de un disfraz el 8 de setiembre, fué proclamado el 12. Pero para apoyar al hijo de Augusto, habia entrado en Polonia un ejército ruso al mando del conde de Munich. Nacido este guerrero en Westfalia, pais de Oldemburgo, por estimacion á Luxemburgo y Catinat, habia hecho bajo sus órdenes las primeras campañas, y en la guerra de la sucesion siguió las banderas de Eugenio. Prisionero en Denain recibió consuelos de Fenelon, y del trato de este hombre tan bondado-

so é ilustrado pasó cuando la paz de Utrecht al del Czar Pedro y al servicio de un pais semi bárbaro, adoptando sus costumbres. Su ejército llegó sin obstáculo á Polonia, obligó á los partidarios de Estanislao á dispersarse, y el 5 de octubre hizo elegir á Federico Augusto II rey de Polonia.

Este príncipe, esposo de la hija mayor del emperador José, podia con este título tener pretensiones á la herencia del Austria, y habia tenido el cuidado de atraer á Cárlos con la promesa de garantir su pragmática. Asi, á las tropas sajonas que habia hecho entrar en Polonia para apoyar sus pretensiones, el emperador habia agregado tambien sus tropas á pretesto de apoyar la eleccion mas legítima, y su benevolencia habia ademas contribuido mucho á los diversos socorros que el elector habia obtenido de la Czarina.

Esta, Ana Ivanovna, sobrina de Pedro el grande, viuda del duque de Curlanda, Federico Kettler, y bajo la cual los moscovitas principiaron á influir en la política de Europa, era el tercer soberano que ocupaba el trono ruso despues de la muerte del Czar, acontecida en 1725. Catalina, viuda de este príncipe, le habia sucedido al tenor de la última voluntad del monarca segun el rumor al menos que esta princesa hizo esparcir; y á su fallecimiento en 1727, le reemplazó Pedro II, nieto de su marido é hijo del desgraciado Alejo, condenado á muerte por su padre. Pedro fué arrebatado por las viruelas al cabo de tres años, no contando todavía mas que quince de edad; y entonces los grandes del pais adjudicaron la corona á la sobrina de Pedro el Grande en perjuicio de su hija, á trueque de concesiones y promesas que no surtieron ningun efecto.

Estanislao, refugiado en Dantzick, esperaba los socorros que le habian sido prometidos por la Francia, cuando la plaza fué embestida por los rusos. El valor de los de Dantzick exaltado por el amor que profesaban á su príncipe, les hacia soportar al cabo de tres meses, las privaciones y trabajos de todo género, consecuencia de su situacion, cuando el 13 de mayo apareció á la embocadura del Vistula el socorro desproporcionado de mil y quinientos franceses que el cardenal de Fleuri enviaba al rey de Polonia, como única fuerza que la distancia de los lugares y la envidia de la Inglaterra habian permitido trasportar en buques. Su gefe, el brigadier La Mote, comparando sus fuerzas con las del enemigo, se volvió atrás sin titubear: pero llegado que fué á Copenhague, el jóven conde de Brehant de Pielo, enviado de Francia en Dinamarca, se indignó de una resolucion por la que creia ajado el honor del nombre francés; y poniéndose él mismo á la cabeza de la espedicion, aunque penetrado de la certeza de no conseguir nada, á los quince dias condujo sus escasas fuerzas á la vista de las murallas de Dantzick. Atacó en seguida á la primera línea rusa que se oponia á su entrada en la ciudad, y la obligó á retirarse á espensas de su vida. Era todo el esfuerzo que se podia esperar de un puñado de bravos que se oponian á todo un ejército, y no pudieron franquear la segunda línea. Reducidos á acantonarse en un sitio ventajoso, se sostuvieron en él durante un mes, é hicieron una capitulacion honrosa. Debian ser enviados á Francia; empero á consecuencia de la noticia que se tuvo de que un navío frances acababa de capturar un navío ruso, fueron trasportados á Petersburgo, donde se les trató con una urbanidad que les sorprendió, por no esperar encontrarla en un pais que suponian todavia bárbaro.

Las fuerzas siempre crecientes de los sajones y de sus aliados, los progresos necesarios del sitio, la traicion ó cobardía que entregó el fuerte de Wechselmunde, el bloqueo de la flota rusa, y finalmente, el bombardeo de la ciudad, la redujeron á los cuatro meses de ataque, á la imposibilidad de sostenerse por mas tiempo. La mas aflictiva circunstancia de su posicion, era que la cabeza de Estanislao estaba puesta á precio, y no veian ningun medio de sustraerla al rigor de su suerte, así que la ciudad se rindiera. En esta desesperada situacion el monarca concertó con el embajador de Francia Monty, el proyecto de una evasion que le permitiera proporcionar á los leales de Dantzick que se sacrificaban por él, los medios de tratar al menos de su propia salvacion. El domingo 29 de junio, disfrazado de labriego y acompañado de tres guias toscos, sobre cuya fidelidad no habia podido informarse por la premura, se alejó por la noche de la ciudad; y en una barquilla se esforzó con sus compañeros en pasar el Vístula, mediante una inundacion que habia impedido los aproches del enemigo por aquel lado. Esperaba que para cuando amaneciese y se rindiera la plaza, pondria al menos dicho rio entre él y los rusos. Mas la incertidumbre de su marcha entre las sombras de la noche no le habia permitido, para cuando comenzó á rayar el alba, alejarse más que un cuarto de legua. Refugiado en una choza abandonada, esperaba con impaciencia la vuelta de la noche, sumamente tardía y corta en esta comarca en la estacion de verano, cuando una descarga general del ejército y de la flota rusa, le anunció que la ciudad habia capitulado, y que la solicitud de los aliados iba á reducirse á la persecucion de un solo enemigo.

La noche llegó por fin, sin que sospecharan que el objeto de sus afanosas pesquisas estaba casi en sus manos. Estanislao despues de dos horas de una navegacion penosa, llegó por fin al malecon de un rio, que todavia no era el Vístula. Vióse precisado á pararse durante el dia en una cabaña habitada, á donde los moscovitas venian con frecuencia á comer, y vinieron á la sazon algunos cosacos que comieron con los compañeros del rey, quien entre tanto estuvo acostado sobre un monton de paja, fingiendo un sueño que estaba muy distante de sus ojos. A la noche tercera llegó al Vístula, pero no encontró barca alguna. Fué preciso alejarse del rio y buscar nuevo asilo. En este fué conocido el monarca. La confidencial declaracion del príncipe á su huesped fué pagada con un celo tan vivo como acertado, que proporcionó medios para la travesía. Llegada la noche, el rey, á la claridad de las fogatas de diversas partidas rusas que recorrian el campo en busca de él, se puso en marcha guiado por su huesped, y despues de una legua que no se anduvo sin el temor de un funesto encuentro, llegó por segunda vez á la orilla del rio, y tuvo la dicha de atravesarlo en una barca, debida á los cuidados de un honrado labrador que le habia hospedado.

Los mas inminentes peligros habian ya pasado; pero Estanislao estaba siempre en pais enemigo para él, y para ganar el terreno neutral del rey de Prusia, era necesario cruzar el Nogat, brazo oriental del Vístula, que desagua en el Frischs-Haff. Esto fué obra de dos dias, en los cuales hubo tambien alarmas. La indiscrecion de los guias que se creyeron demasiado pronto fuera de peligro, la ocupacion de muchas aldeas en el camino por los sajones y moscovistas, y el haber quitado todas las barcas del Nogat, renovaron las ansiedades en que el monarca se habia encontrado. Una benevolencia inesperada que la Providencia le deparó por parte de todos aquellos á quienes recurrió, allanó estos últimos obstáculos: y el sábado 2 de julio, habiendo llegado á Marienwerder, primera ciudad fronteriza de la Prusia ducal, pudo gozar al fin de entera seguridad.

Los moscovitas estaban demasiado lejanos de la Francia, para atraer sobre ellos su venganza. Esta fué pues dirigida contra el emperador, y Luis XV se apoderó desde luego de Lorena, patrimonio del duque Francisco Esteban que debia casarse con la archiduquesa María Teresa, primogénita de Cárlos VI. Al mismo tiempo se alió con la España, que esperimentaba obstáculos de parte del emperador para el perfecto establecimiento de D. Cárlos en Italia, y finalmente con el rey de Cerdeña, que tenia motivos de queja contra el mismo príncipe, y que se lisonjeaba obtener de esta alianza el Mantuano y el Milanesado en cambio de la Saboya.

No era ya el político y guerrero Victor Amadeo quien daba leyes á la última comarca, pues habia abdicado voluntariamente á fines de 1730 en favor de su hijo Cárlos Manuel III; pero las ilusiones que se habia formado de las dulzuras de la vida privada se habian pronto desvanecido, y sordas tentativas para volver al trono habian sido castigadas por una detencion violenta que exasperó á toda la Europa, á escepcion de Luis XV su nieto. El cardenal de Fleuri opinó al menos que la causa de un príncipe que habia combatido contra sus dos yernos, no merecia que se comprometiera la paz del reino; y el abuelo del rey no debió mas que á los sentimientos de piedad filial en Manuel, su restitucion á la libertad. Murió poco despues, á los dos años de su abdicacion.

El emperador hizo cuanto pudo para comprometer la Alemania en su contienda, y hacer declarar guerra del imperio la que le era personal. Consiguió su objeto, pero nada mas adelantó que un campo mas vasto á las victorias de los franceses. Las córtes de Lóndres y del Haya, interesadas por su inmediacion en la tranquilidad de los Paises Bajos, obtuvieron un tratado de neutralidad para estas provincias; de suerte que los principales esfuerzos se dirigieron hácia el Rhin. El 12 de octubre el mariscal de Berwick pasó este rio, se apoderó de Kehl, y aseguró tres pasos para la campaña siguiente. Al mismo tiempo el anciano Villars, unido al rey de Cerdeña, prosiguió el plan de invasion que habia propuesto al consejo desde el mes de junio, y se apoderaba de Pavía, Lodi, Pizzighitone, y finalmente de Milan y su castillo, que capituló el 30 de diciembre. Este general esperimentado, persuadido de que para cubrir una conquista es necesario estenderla hasta mas adelante, queria rechazar á los imperiales hasta el Trentin, y cerrarles la vuelta de Italia: pero el rey de Cerdeña desechó esta segunda parte de su plan; y no viendo ningun interés para él en adquisiciones que no debia conservar, prefirió fortificarse en un pais, del cual queria quedar propietario inconmutable.

El marques de Maillebois, hijo del ministro de hacienda Desmarets, se empleó pues durante el invierno en someter el resto de las ciudades del Milanesado, y á favor de esta falta grosera, cuarenta mil imperiales á la vuelta de la primavera pudieron reunirse en la frontera. La campaña se abrió favorablemente á estos. El 2 de mayo sorprendieron un vado del Pó, y redujeron al mas inminente peligro á Villars y al rey, los que sin otra escolta que sus guardias y cincuenta granaderos, se habian alejado del ejército para observar al enemigo. Cercados por cuatrocientos hombres, un inevitable cautiverio parecia amenazarles, cuando recordando Villars su antiguo vi-

gor, cargó á la cabeza de su pequeña fuerza, dispersó la de los imperiales y aun les hizo algunos prisioneros. Pero era el último esfuerzo de su valor: le iban faltando las fuerzas, y las contrariedades que esperimentó contribuyeron á acelerar su total pérdida. A últimos de mayo dejó el ejército para encaminarse á Francia; pero no pudo pasar de Turin, donde concluyó su carrera el 17 de junio, en el mismo cuarto, segun se dice, donde habia nacido ochenta y tres años antes, siendo su padre embajador en el Piamonte. Tuvo todavía tiempo para saber la muerte del mariscal de Berwick, que habia dejado de existir de resultas de un cañonazo, el 12 de junio en una trinchera delante de Filisburgo. Comparando la agonía penosa que le tenia en su lecho, con la muerte instantánea de Berwick en el campo del honor, «este hombre, dijo, ha sido siempre dichoso.» Asi concluyeron estos dos grandes hombres, restos preciosos del gran siglo de Luis XIV, y los últimos depositarios del fuego sagrado que habia hecho brotar tan grandes pensamientos y empresas.

El ejército del mariscal de Berwick encerraba en su seno hombres destinados á reemplazarle algun dia en sus talentos militares. Asi lo comprobaron los dos Belle-Isles, nietos del infortunado Fouquet, y el conde Mauricio de Sajonia, hijo natural del último rey de Polonia. Berwick habia hecho sus primeros ensayos en Flandes á las órdenes de Eugenio, habia servido bajo el Czar en Riga, combatido contra Cárlos en Stralsund, mereció ser electo para el principado de Curlanda, del cual le escluyó la envidia de los rusos, y se habia definitivamente fijado en Francia, donde servia entonces con el grado de mariscal de campo. El ejército opuesto mandado por Eugenio contaba en sus filas guerreros no menos ilustres; y entre ellos el príncipe real de Prusia, despues Federico el Grande, el cual á la edad de veinte y un años habia acompañado á su padre en el ejército. Este último, enemigo de la Francia, como miembro del imperio, ofrecia entonces como príncipe independiente un noble asilo á Estanislao en su ciudad de Kœnigsberg.

El duque de Noailles, que al principio de la campaña habia forzado las líneas de Etlingen, y el marqués de Asfeld que habia atacado á Filisburgo, elevados uno y otro á la dignidad de mariscales de Francia, recibieron despues de la muerte del duque de Berwick el mando del ejército de Alemania, al paso que en Italia el marqués de Coigny y el conde de Broglie, promovidos al mismo grado, reemplazaron á Villars. Los primeros continuaron el sitio de Filisburgo. Asfeld cubrió el campo francés de líneas inexpugnables que Eugenio creyó imposible forzar; de manera que la ciudad, despues de cincuenta dias de trinchera abierta, se vió precisada á capitular. Esto fué una gran hazaña en presencia de un general como Eugenio. Los franceses nada mas intentaron, ó al menos á pesar de la ventaja del número todos sus esfuerzos para pasar adelante fueron inútiles, merced á las sábias precauciones del príncipe. Esta fué su última proeza militar, y el rival de Villars murió dos años despues de este.

El conde de Mercy, que habia recogido en Italia los restos de los ejércitos imperiales, fué menos dichoso que Eugenio. Batido el 29 de junio en Parma por el mariscal de Coigny, dejó la vida en el campo de batalla, lo mismo que su abuelo en Nordlinga. El conde de Kœnigseck, enviado para sucederle, sorprendió al mariscal de Broglie sobre el Sechia el 14 de setiembre; y cinco dias despues, prosiguiendo su primera ventaja, atacó de nuevo á los aliados reunidos bajo Guastalba y Luzara tan ganosos de pelear como él, para vengar la afrenta de su contratiempo. Kœnigseck fué batido; pero no perdió mas que el campo de batalla, habiendo conseguido su habilidad que la victoria careciese de resultados.

A favor de esta poderosa diversion de los aliados en el Rhin y el Milanesado, D. Cárlos arribaba á Nápoles y rechazaba al virey Visconti, demasiado débil para resistirle. Los imperiales se retiraron á la Pulla y ganaron á Bitonto, cerca de Bari, donde se atrincheraron. El general español, conde de Montemar, los acosó allí, y habiéndolos obligado á entregar las armas, el 25 de mayo recibió el glorioso título de duque de Bitonto. D. Cárlos, sin permitir respirar á los austriacos, desembarcó en el mes de agosto con parte de sus tropas en la Sicilia, donde el yugo aleman era odioso, y todo, á escepcion de Mesina y Siracusa se apresuró á someterse.

Al año siguiente se rindieron estas dos ciudades. Temiendo Kœnigseck perder sus comunicaciones con Alemania, tuvo que huir hácia el Adige, y las débiles ventajas del conde de Seckendorff en el Rhin no mejoraron la posicion del emperador. Atacado tan violentamente por todos lados, procuró negociar con los ingleses y holandeses que no veian sin inquietud los triunfos de Francia y España. Propusieron preliminares que fueron firmados en Viena en 3 de octubre de 1735, y seguidos de una supension de armas, que se proclamó el mismo mes en Italia. D. Cárlos habia sido coronado en Palermo rey de Sicilia el 3 de julio de este año.

Por los preliminares de Viena Estanislao renunció el reino de Polonia, no conservando mas que el titulo durante su vida. En cambio se le concedian los ducados de Lorena y Bar, que serian devueltos en plena soberanía á la Francia despues de su muerte; y al duque Francisco Esteban se asignó la posesion del gran ducado de Toscana, luego que la muerte de Juan Gaston, último varon de la casa de Médicis, abriera esta sucesion. En fin, D. Cárlos en cambio de Parma y de Plasencia obtuvo del emperador la cesion de Nápoles y Sicilia, lo mismo que los puertos de Toscana para él y sus descendientes, y en su defecto para los hijos de Isabel Farnesio, reina de España y para sus descendientes segun el órden de primogenitura. Al rey de Cerdeña le dieron el pais de Tortona y de Novara, como igualmente los feudos de Langhes, cercanos á sus estados del Piamonte. El emperador entró de nuevo en los ducados de Milan y de Mántua, que la suerte de las armas le habia arrebatado; y los reyes de España y de Nápoles renunciaron á todos los derechos que pudieran tener á Parma y Plasencia, como igualmente á Toscana y sus dependencias. Las cosas fueron restablecidas en el Rhin como lo estaban antes de las hostilidades.

Por último, lo que contribuyó á que se prestara el emperador, fué que Francia se conformó con la pragmática austriaca y la sucesion por ella establecida. El articulo está concebido en estos términos: «La Francia acepta la pragmática tal como es segun el acta solemne publicada el 19 de abril de 1719, promete defenderla, mantenerla y, como se dice, garantirla con todas sus fuerzas contra cualquiera cuantas veces sea necesario.» La España, que suspiraba siempre por las posesiones arrebatadas á su cetro por el tratado de Utrecht, rehusó al pronto suscribir estos preliminares; pero no pudiendo adelantar nada por sí misma, los aceptó al año siguiente. La redaccion de los tratados definitivos, en los que tomaron parte casi todas las potencias de Europa por los intereses diversos que tenian en estas transacciones, esperimentó todavía largos retardos. El tratado de Viena no fué firmado hasta 1738, y la España no accedió hasta 1739. Desde 1737 sin embargó, Estanislao habia sido investido con la Lorena, y el principe lorenés habia entrado en posesion de la Toscana que la heredó en este año por muerte del gran duque.

En este tiempo los falaces cortesanos, aprovechando la ociosidad de los años de paz, y especulando sobre los vicios y debilidades de su señor, procuraron corromper las costumbres de un príncipe, á quien solo su apatía habia preservado del error de las pasiones. Intrigas preparadas con arte infernal redujeron hasta el ánimo de la reina, y triunfando del cariño esclusivo que le conservaba el monarca, le hicieron por fin caer en las redes que se le tendieron. La condesa de Mailly, Luisa Julia de Nesle, fué la primera que le hizo olvidar sus deberes; pero su favor fué corto, pues reemplazada prontamente por sus propias hermanas, particularmente por la mas jóven, que fué creada duquesa de Chateauroux, aquella primera querida, sin tomar el velo como madama Lavaliere, expió en los ejercicios de un arrepentimiento religioso el crimen de su seduccion.

Por el mismo tiempo se declararon los primeros síntomas de los disturbios que agitaron la Córcega y prepararon su incorporacion á la Francia, incorporacion que haciendo franceses á los habitantes de esta isla, ha influido en el destino de la Europa hasta variar todo de faz. El cansancio de un yugo pesado, privilegios abolidos, asesinatos tolerados, imposiciones mantenidas despues del compromiso solemne de suprimirlas, tales fueron los agravios alegados por los corsos para sublevarse contra la autoridad genovesa que hacia cuatro siglos dominaba en la isla. Impotentes para comprimir esta insurreccion, los genoveses recurrieron al emperador, qué tenia interés en cerrar á la España esta puerta de Italia. Seis mil imperiales mandados por el príncipe de Wurtemberg reconquistaron bien pronto la parte llana, merced á la inesperiencia de los insulares, quienes sostuvieron en las montañas su independencia, y Luis Giafferi su gefe, causó en ellas un descalabro considerable á los alemanes. Esta pérdida y la que ademas esperimentaron los imperiales por las enfermedades, inspiraron al príncipe pensamientos de conciliacion. Ofreció á los corsos la mediacion del emperador para el restablecimiento de la paz, como igualmente para el mantenimiento de sus derechos, consiguiendo hacerla aceptar.

No bien fué aprobada dicha mediacion, cuatro gefes corsos fueron arrestados por órden del senado de Génova. La guerra se encendió entonces; y ya los insurgentes apelaban á la dominacion de España, cuando el emperador, garante de las estipulaciones violadas, hizo soltar los gefes; pero no pudo obtener del gobierno genovés que tratara á los corsos como conciudadanos. Esta impolítica obstinacion reprodujo las hostilidades con tantas mas ventajas para los insurgentes, cuanto que las tropas austriacas llamadas á la defensa de su propio territorio durante la guerra de sucesion de Polonia, evacuaron el pais.

En este interin desembarcó en Córcega en 1736 un baron de Neuhoff, aventurero de Westfalia, que traia á los insulares diez cañones, cuatro mil fusiles y algun dinero, obtenido por sus diligencias del Dey de Argel, al que habia engañado con la perspectiva de someter la isla á su poder. El entusiasmo hábilmente escitado por

el baron que hacia alarde de una reputacion imaginaria en todas las cortes de Europa, se propagó con tal actividad, que una aclamacion general le eligió soberano de la isla con el nombre de rey Teodoro. Empero agotados sus cortos medios en pocos meses por su representacion política, le obligaron á dejar la isla para buscar nuevos recursos. Interesó en su fortuna una compañía de comerciantes de Amsterdan, halagándolos con la posesion esclusiva del comercio de la Córcega. Con los fondos que sacó de ellos aprestó una fragata y varios barcos cargados de armas y pólvora, apareciendo de improviso delante de Ajaccio sitiada por los suyos. Se proponia estrechar la plaza por mar de la misma manera que lo estaba por tierra, cuando una tempestad le arrajó al golfo de Nápoles, donde sus barcos fueron cogidos y él mismo arrestado. Consiguió escaparse de la cárcel, mas su crédito se habia acabado y no le permitió continuar sus designios.

Génova en este intervalo habia reclamado la intervencion de la Francia, como algunos años antes la del emperador. Un plan de pacificacion, redactado en presencia del cardenal de Fleuri, fué llevado á Córcega por el conde de Boissieux, sobrino de Villars, quien partió en los primeros dias de 1738 con cinco regimientos para apoyar su mediacion. Estas fuerzas llegaron á ser sumamente sospechosas á los habitantes, sobre todo cuando se les pidieron sus armas. Ellos fingieron resignarse á su suerte, y aprovecharon la confianza que habian inspirado para sorprender á los franceses y rechazarlos en Bastia. El conde de Boissieux, ya enfermo, murió



El regente salvando a Law del furor del pueblo.

de pena, y fué reemplazado en 1739 por el marqués de Maillebois, cuyas buenas disposiciones sometieron la isla en tres semanas. Esta conquista no obtuvo ningun fruto en razon á los acontecimientos de mayor interés que agitaron la Europa el año siguiente y obligaron á la Francia á retirar sus tropas. De esta manera los corsos recobraron superioridad sobre los genoveses, y si hubiesen podido aquellos sofocar sus propias discordias, es probable que merced á las largas hostilidades de las potencias preponderantes de la Europa hubieran invariablemente consolidado su independencia.

El emperador habia gozado muy poco de las ventajas de la paz. Apenas se firmaron los preliminares del tratado de Viena, se vió comprometido á una nueva guerra contra la Turquía. Una alianza formada en 1726 con la Rusia, le ponia en la obligacion de dar socorros á esta potencia, que se habia dejado ganar de las pérfidas instancias del usurpador del trono de Persia, Tomás Kouli-Kan, el cual tenia necesidad de ocupar á los turcos para dedicarse sin inconveniente á una espedicion á la India. Eugenio ya no existia, y el Austria temió reveses. Una paz vergonzosa y precipitada los evitó,



El cementerio de San Medardo.

con el sacrificio de las conquistas de este gran general. Temeswar Belgrado, y toda la parte de la Servia, con que habia aumentado los estados de la casa de Austria en la paz de Passarowitz, fueron quitadas por la de Belgrado en 1.° de setiembre de 1739. Aun á tal precio Cárlos se consideraba dichoso con poder asegurar á su hija la integridad del resto de sus dominios. Este era el objeto de sus transacciones políticas hacia veinte años, y se lisongeaba de haberlo conseguido, cuando murió el 20 de octubre de 1740. Bajó al sepulcro con la firme confianza de que con la garantía de su pragmática jurada por las principales potencias de Europa, la archiduquesa María Teresa seria pacífica poseedora de todos los estados de la casa de Austria; mas apenas cerró los ojos, se presentó multitud de pretendientes, verificándose la sentencia del príncipe Eugenio: «la mejor de todas las garantías seria un ejército de cien mil hombres.

Los electores de Baviera y de Sajonia reclamaban la sucesion entera: el primero como descendiente de una hija del emperador Fernando I, la cual era llamada á dicha sucesion á *falta de herederos varones*, segun él, *y á falta de herederos de sus hijos*, segun la corte de Viena; el segundo, rey de Polonia gracias á Cárlos, entablaba la misma pretension como esposo de la hija mayor del emperador José. El rey de España hacia tambien revivir derechos antiguos á los reinos de Hungría y Bohemia, como descendiente de la primera rama, por su abuela, mujer de Luis XIV, y por la madre de este, no porque aspirara directamente á la posesion de estos reinos, sino con el objeto de valerse de sus pretensiones para proporcionar

á espensas de la casa de Austria una colocacion en Italia para el infante D. Felipe, que acababa de casarse con la hija de Luis XV. El rey de Cerdeña reclamaba el ducado de Milan por causa de un tatarabuelo, y el rey de Prusia diferentes porciones de la Silesia, á las cuales los electores de Brandeburgo tenian un derecho de reversion por los pactos de familia y de confraternidad con los príncipes silesianos, porciones que sostenia haber sido injustamente arrebatadas á su casa por la de Austria, á pretesto de que estos pactos violaban las leyes feudales, y en virtud de renuncias que habian sido arrancadas por la violencia. «En una palabra, decia él en la esposicion de sus derechos, pido por fuerza y con las armas en la mano, lo que la fuerza y la superioridad de las armas me han usurpado y me retienen.»

Sin embargo, no habia cosa menos justificada que sus títulos; pero toda pretension es buena cuando se tiene un ejército numeroso y disciplinado, un tesoro bien repleto, capacidad y audacia: tales eran los medios del jóven Federico II, elector de Brandeburgo y rey de Prusia, por muerte de su padre acontecida este mismo año. Con tales elementos no tanto trató de razonar como de obrar. Con todo no descuidó la via de las negociaciones, y en cambio de lo que solicitaba prometia aceptar la pragmática y sostenerla. María que no habia podido ser aconsejada todavía por el infortunio desechó sus proposiciones, y desde luego entró él en Silesia. A mediados de diciembre fueron desechadas dichas proposiciones, y á fines del mismo mes era dueño de Breslau, capital de la provincia, y de muchas plazas susceptibles de fortificaciones, que puso en buen estado de defensa.

Mas en el mes de marzo del año siguiente, el conde de Neuperg, negociador infortunado de la paz de Belgrado, sacado de su cautiverio por María Teresa, rechazó al rey de Prusia hasta mas allá del Neisse. Grotkau volvió á caer en manos de los austriacos, y en Olhau amenazaba igual suerte al almacen del ejército prusiano, cuando Federico se determinó al azar de una batalla para salvarla. Ocurrió el encuentro el 9 de abril en los campos de Molvitz. Los prusianos tenian la ventaja de la infantería; los austriacos la de la caballería. El baron de Romer que mandaba la izquierda de estos, aprovechando su superioridad envuelve con un vigoroso esfuerzo la derecha de los enemigos, conducida por el rey de Prusia en persona y cayendo en seguida sobre el flanco de la infantería, causa en esta algun desórden. Federico juzgó la batalla perdida, y sea por su propio movimiento, sea por el parecer de su general, el mariscal Schwerin que se encargaba de la retirada, tomó el partido de ponerse en seguridad por la fuga, hallándose ya á tres leguas del campo de batalla cuando cambió la fortuna del combate. Despues de su partida, Schewerin habia obtenido sobre los austriacos en su ala las mismas ventajas que Romer en el ala opuesto, y este habiendo sido muerto en su cuarta carga á la inalterable infantería prusiana dirigida por el príncipe Anhalt, fijóse la suerte de la batalla. Neuperg se retiró hácia Neisse, poblacion que con su presencia se sostuvo algun tiempo, y sucumbió como las otras plazas de Silesia, cuando la reina de Hungría llamó á su ejército á fines de octubre, para oponerle á peligros mas eminentes.


Luis XV y el Delfin en la batalla de Fontenay.

Mientras obraba Federico, se deliberaba en Versalles. El cardenal de Fleuri, bien por cansancio de los negocios, disculpable á la edad de ochenta y ocho años, bien por confianza absoluta en la capacidad del conde de Belle-Isle, le habia dejado tomar un grande ascendiente en el Consejo. No se puede decidir si el deseo de adquirir reputacion por la guerra sugirió al conde el partido que propuso, ó si fué una verdadera conviccion y la ventaja de la Francia las que le hicieron representar al Consejo que debiendo la ejecucion de la pragmática dar á la casa de Austria en Europa una preponderancia que la de Borbon siempre habia tenido, era necesario aprovechar, para desvirtuarla, la ocasion que se presentaba de formar contra ella una liga poderosa. El cardenal era retenido por la garantía tan solemne jurada á la pragmática en el tratado de Viena, y sin duda por el temor de una guerra que iba á molestar sus últimos años. Con respecto á Luis XV, se sabe cómo se conducia en el Consejo; escuchaba, juzgaba con solidez, decia su parecer, pero con tanta indiferencia que no imponia la necesidad de que prevaleciera su opinion. Se asegura que despues de haber manifestado su modo de pensar é indicado el mejor partido que debia seguirse, dijo: «Ya vereis cómo toman el mas malo.»

Así aconteció: se decidió el oponerse á la pragmática, pero no tan abiertamente que se tachara de infidelidad á una promesa que debia ser sagrada. El conde de Belle-Isle fué encargado de este negocio, y principió formando con el elector una alianza ofensiva y defensiva que obligaba á socorrerle en las guerras que pudiera tener, lo que proporcionaba á la Francia el derecho de contrariar la pragmática, sin poder ser acusada directamente de mala fe. El negociador atrajo á su plan la España, y las dos cortes firmaron en Versalles el 28 de mayo de 1741 una alianza con el elector de Baviera, en la cual entraron sucesivamente los reyes de Prusia y Cerdeña, el de Polonia como elector de Sajonia, y los electores Palatino y de Colonia.

La reunion de tantas fuerzas hizo creer que la particion de los dominios de Cárlos VI seria objeto de un golpe de mano. He aquí cómo se procedió á dividirlos: al elector de Baviera se le adjudicaba la corona imperial, el reino de Bohemia, la alta Austria y el Tirol; al elector de Sajonia la Morabia y la alta Silesia; el resto al rey de Prusia; finalmente, las posesiones austriacas de Italia al rey

de España, para formar con ellas un estado al infante D. Felipe, hermano de D. Cárlos, salvo algunos distritos para el rey de Cerdeña. El elector palatino y el de Colonia no sacaban parte; pero encontraban en el tratado de alianza la ventaja de tener salvaguardias para sus estados durante la guerra. Se dejaba á María Teresa la Bohemia, la Hungria, los Paises Bajos, la Baja Austria y los ducados de Carintia y Carniola. En esta especie de conjuracion general contra dicha princesa, quedaban á esta el elector de Hannover, rey de Inglaterra, los subsidios del Parlamento de este pais, y sobre todo el deseo ó mas bien la pasion de los ingleses de suscitar obstáculos á la Francia, cuya intencion de proteger á los españoles, entonces en guerra con la Gran Bretaña, habia sido presentida. Los ingleses querian pues aniquilar la marina francesa, ya deteriorada por las consideraciones pusilánimes que les guardaba el cardenal, y por sus mal entendidas economías; y finalmente, querian invadir todas las colonias que les conviniesen, ó al menos fundar en la estension de los mares apostaderos fortificados, como valizas en un canal difícil, para llegar al comercio universal.

Tal era hacia mucho tiempo el objeto casi único de la política de Inglaterra y la causa que acababa de ponerla en guerra con España. Poco satisfecha aquella nacion tanto del privilegio que habia obtenido en el tratado de Utrecht para proveer de negros durante treinta años las colonias españolas, como del permiso que tambien se le habia concedido para comerciar libremente en las mismas colonias con un buque de quinientas toneladas, habia fraudulentamente estendido esta concesion, doblando al pronto las dimensiones del mismo buque y despues haciendo que le siguieran á alguna distancia barcos que surtiesen la nave llamada *de permiso*; de suerte que ella equivalia á toda una flota. La necesidad que la España tuvo por algun tiempo de la Inglaterra, la hizo cerrar los ojos sobre una contravencion muy perjudicial á su comercio, y que tardó poco en ser considerada como un derecho por los negociantes ingleses. De esto nacieron resistencias, cuando los guarda-costas españoles recibieron órdenes formales para impedir el contrabando, habiéndose llegado á insultos, vias de hecho y aun crueldades. Al capitan inglés Jenkins, cogido por ellos en alta mar, le cortaron una oreja, y fué amenazado con una suerte mas funesta. Interrogado en la barra del Parlamento sobre esta barbarie, y sobre las palabras injuriosas del capitan español contra el rey de Inglaterra, provocó hasta el mas alto grado la indignacion del auditorio con la elocuente sencillez de su narracion: «cuando se me maltrató de este modo, dijo el marino, me amenazaron con la muerte. Encomendé entonces mi alma á Dios, y mi venganza á mi patria.» Estando igualmente exasperadas las dos naciones, la una por la audacia del contrabando, y la otra por los resultados de este, el cardenal de Fleuri interpuso en vano sus buenos oficios para conciliarlas. Llegó á hacerlas firmar un convenio, pero por ninguna de las partes fué observado. Las hostilidades vinieron por sí solas en 1739, y á principios de 1740 el almirante Vernon se apoderó de Portobelo.

En ejecucion del tratado de Versalles, un ejército de cuarenta mil franceses al cual se dió el nombre de tropas auxiliares, pasó el Rhin á fines de agosto, á las órdenes del conde de Belle-Isle, ya mariscal de Francia, y habiendo llegado á Donawert se embarcó en el Danubio para ir á Passau, que acababa de caer en poder del elector. Al mismo tiempo el mariscal de Maillebois, con un ejército respetable se dirigia á Westfalia y detenia un cuerpo de treinta mil hombres que Jorge II, rey de Inglaterra, traia en socorro de la reina de Hungria. La superioridad de los franceses, dispuestos á apoderarse de su electorado de Hannover, le obligó á desistir de su proyecto, y á firmar un tratado de neutralidad el 27 de setiembre de 1741.

El ejército combinado de Francia y Baviera penetró sin obstáculo en la alta Austria. El elector se hizo coronar en Lintz en calidad de archiduque, ocupó á Ens por medio de un destacamento, avanzó, y envió hasta las puertas de Viena partidas que parecian anunciar á esta capital un sitio. Tal era el plan de invasion que habia trazado Villars cuarenta años antes, y que en vano habia este aconsejado al padre del elector. El hijo cometió la misma falta que su padre. En tanto que temblaban en Viena con las simples apariencias de un sitio, el elector por su parte temia permanecer allí, porque los socorros de Hungria podrian trastornar sus proyectos, y los sajones conquistar por sí mismos aquella Bohemia que deseaba poseer. De esta manera, la envidia principiaba ya á dividir sordamente los aliados. La Francia por otra parte no queria mas que debilitar la casa de Austria, sin despojar enteramente á su heredera. Del concurso de estos pareceres diferentes salió la resolucion de dirigir inmediatamente el ejército á la Bohemia. Este dejó pues las márgenes del Danubio á fines de octubre á las órdenes del elector y del mariscal de Broglie, que reemplazaba al de Belle-Isle, nombrado plenipotenciario en Francfort, durante la eleccion del emperador; y á escepcion de quince mil hombres que dejados en Lintz al marques de Segur para la conservacion del pais, dirigióse en muchas columnas hácia Praga, á cuyos muros llegó el 25 de noviembre.

El gran duque, esposo de María Teresa, que no habia podido impedir que el rey de Prusia conquistara la Morabia, aprovechando un armisticio que acababa de concluir con él, corrió al socorro de la plaza y cortó las comunicaciones de los aliados con el Danubio. No les quedaba otra salvacion estando encima el invierno mas que la toma de Praga; pero no hallándose el gran duque mas que cinco leguas de allí, no podia entrarse en dicha ciudad sino por un golpe de mano. Señalóse esta operacion para la noche del 25 al 26 de noviembre, y su ejecucion fué confiada al conde de Sajonia, entonces teniente general. El conde dispuso tres ataques, y encargó el principal á Chevert, simple teniente coronel del regimiento de Beauce, pero uno de los hombres mas firmes é intrépidos del ejército, y dotado sobre todo de un don particular para inspirar confianza al soldado: jamás se olvidará la órden que dió en esta ocasion á uno de sus granaderos: «¿ves aquella rinconada? le dijo, enseñándole el ángulo entrante de un baluarte: subirás por allí: te gritarán ¿quién vive? una, dos, tres veces: no responderás y avanzarás siempre: el centinela te apuntará y no acertará: te lanzarás sobre él y yo estaré allí para sostenerte.» Sea hábito de una sumision que no admite réplica, sea conviccion de que las cosas debian pasar lo mismo que habia previsto su gefe, el soldado sin hacer la menor objecion, subió con tranquilidad, ejecutó al pie de la letra su consigna, y Chevert se encontró efectivamente allí para socorrerle. La muralla fué ocupada, abriéronse las puertas y la ciudad fué tomada sin el menor desórden, habiendo costado tan solo cincuenta hombres. El 19 de diciembre el elector fué coronado rey de Bohemia, dignidad fatal para su casa, y un mes despues fué ademas elegido emperador en Francfort con el nombre de Cárlos VII. Tal fué el desenlace de sus progresos.

Los españoles á las órdenes de Bitonto desembarcaban al mismo tiempo en Italia, adonde habian sido transportados por una flota francesa y española. Sea respeto á la neutralidad de la Inglaterra, sea miramiento á la Francia, sea por causa de inferioridad, el almirante inglés Haddock que cruzaba en el Mediterráneo, no incomodó el paso. Las tropas españolas atravesaron los estados del gran duque, el cual por conservar su territorio intacto se declaró neutral en la causa de su mujer y de su hijo.

Pero ya el rey de Cerdeña se arrepentia de sus compromisos con los aliados. Las pretensiones demasiado marcadas de la España á la totalidad de las posesiones austriacas en Italia, contrariaban mucho los designios que dicho rey habia siempre manifestado sobre la Lombardía, para que pudiese entrar sinceramente en los intereses de Felipe. Antes de concluir el año se desprendió de ellos enteramente mediante el sacrificio de algunas porciones de estas provincias, al cual se resignó prudentemente María Teresa; y el enemigo de esta princesa se convirtió en uno de sus mas útiles defensores por el doble servicio que la prestó de cerrar los Alpes á franceses y españoles y dejarla en disposicion de emplear en Alemania la mayor parte de las tropas destinadas por ella á defender la Italia.

Otro socorro se proporcionó ademas en Hungria. Refugiada en este reino cuando fué amenazada la capital del Austria, reunió los Estados; y presentándose en ellos con su hijo, despues José II, que llevaba en sus brazos por no tener mas que algunos meses, dijo: «Abandonada de mis amigos, perseguida por mis enemigos, y atacada por mis mas próximos parientes, no tengo mas recurso que vuestra fidelidad, vuestro valor y mi constancia. Pongo en vuestras manos la hija y el hijo de vuestros reyes que esperan de vosotros su salvacion. No temais mucho á mis adversarios. Perjuros á sus compromisos con mi padre, tambien lo serán á los que han contraido entre sí mismos. Se dividirán por la particion de los despojos de una mujer y de un niño, que no son nada para ellos, pero que son mucho á los ojos de Dios, protector de la inocencia y vengador de los tratados. Ojalá que este niño que os presento y os confio, crezca para amaros y defenderos algun dia, así como será defendido por vosotros.» Enternecidos por la patética resignacion de estas palabas que María pronunció en latin, idioma de los Estados, los magnates olvidando sus antiguas quejas contra los precedentes monarcas, sacaron sus sables y gritaron con entusiasmo: «Muramos por nuestra reina María Teresa.»

Este noble arranque fué seguido de prontos efectos: una caballería numerosa y una nube de tropas ligeras con los nombres de húsares, croatas, panduros y talpaches, salieron de esta comarca y las vecinas, llevando por toda la Alemania el terror de sus armas y su indisciplina. Con su ayuda, á principios del año siguiente, el general Kevenhuller y el partidario Mentzel habian reconquistado el Austria, invadido la Baviera y obligado al marques de Segur, despues de una larga é inútil resistencia, á capitular en Lintz en el momento mismo en que el elector era proclamado en Francfort. Vana compensacion de la pérdida de sus estados.

La Rusia no habia podido socorrer á su fiel aliada. Las intrigas

de la Francia habian sabido suscitarla fuera y aun dentro obstáculos que lo impidieron. Por las instigaciones de la Francia y merced á sus subsidios, la Suecia acababa de declarar la guerra á la Rusia, trabajada todavía por una sorda fermentacion ocasionada por las pretensiones de la familia de Pedro el Grande al trono. Siete dias solamente despues de la muerte de Cárlos VI, la czarina Ana Ivanovna le habia seguido al sepulcro, y habia instituido para sucederle á Ivan de Brunswick, su sobrino, de edad de dos meses, hijo de Antonio Ulric, hermano del duque reinante de Brunswick y de Ana de Meklemburgo, su sobrina, la cual era hija de Catalina Ivanovna, hermana mayor de la czarina. Postergando al padre y á la madre del niño, ella habia establecido por regente á su favorito Biren, duque de Curlanda. Esta fué la primera causa de unas disensiones de que Biren no tardó en ser víctima. Al mes fué relegado á la Siberia, y el duque y la duquesa de Brunswick fueron reconocidos regentes; pero estrangeros uno y otro en el pais por el nacimiento, y dirigidos por otros estrangeros, Ostermann y Munich, su gobierno fué mirado con ojos de envidia, y así al poco tiempo se formó un partido por la princesa Isabel, segunda hija de Pedro el Grande, despojada ya por tres veces de la sucesion paterna. Habiendo ganado por medio de sus emisarios al regimiento de guardias, trasladóse ella en la noche del 5 al 6 de diciembre de 1741 á su cuartel, y de este á palacio, donde fueron arrestados á la vez el jóven Czar, su padre, su madre, sus ministros y consejeros. Isabel fué proclamada al dia siguiente sin que esta revolucion costase una gota de sangre: presagio dichoso de un reinado benigno que no vió ni una sola ejecucion. En el curso del año Isabel hizo reconocer por su sucesor á todos los cuerpos del Estado á Cárlos Pedro Ulric de Holstein-Gottorp, hijo de su hermana mayor.

Sin embargo, el duque de Harcourt, enviado por la Francia al socorro de la Baviera, habiendo pasado el Rhin el 10 de marzo, llegó bastante pronto para hacer levantar el sitio de Straubing. Al mismo tiempo el conde de Sajonia tomaba á Egra en la frontera occidental de la Bohemia, puesto importante que fué la salvacion del ejército francés, dándole una comunicacion con la Baviera. El rey de Prusia por su parte, despues de haberse apoderado del condado de Glatz, habia penetrado en Bohemia y batia en Czaslaw al príncipe Cárlos de Lorena, hermano del gran duque, mientras que el mariscal de Broglie lograba en Sahay igual ventaja sobre el príncipe de Lobkowitz: la fortuna en fin del emperador parecia serle risueña, cuando una nueva defeccion, la del rey de Prusia, volvió á sumergirle en un abismo mas profundo. Sus victorias ablandaron la repugnancia de María Teresa á tratar con él, y las exigencias de la Inglaterra obteniendo para Federico el abandono de la Silesia, atrageron facilmente á un príncipe á quien las irresoluciones, la debilidad y las negociaciones del cardenal hacian temer que fuese sacrificado. El 11 de junio fué firmada la paz en Breslau entre las dos potencias. Los sajones eran comprendidos en ella: de manera que los franceses, reducidos en Bohemia á treinta mil hombres, se vieron como abandonados á los esfuerzos de dos ejércitos que reunidos contaban el doble de soldados y todavía podian aumentarse.

De Budweiss, sobre la frontera meridional de la Bohemia, de donde el mariscal de Broglie habia lanzado al príncipe Lobkowitz, y donde esperaba un refuerzo que fué cortado, retrogradó precipitadamente con alguna pérdida al otro lado del Beranitz, donde detuvo al enemigo, y adelantando á favor de la noche una marcha llegó sin tropiezo hasta Praga, pero sin poder oponerse tampoco al bloqueo de la ciudad y de su campo por el conde de Kœnigseck. El mariscal de Belle-Isle acudió á tomar parte en los peligros ocasionados por su imprudente exaltacion, y provisto de plenos poderes juntó á los hechos de armas los artificios de la negociacion. Por precio de la libertad del ejército francés ofrecia abandonar la Bohemia, y permitia al cardenal Fleuri echar sobre él todo el vituperio de la agresion en las cartas en que el prelado declaraba haber sido arrastrado á la guerra á su pesar. Sea ceguedad del triunfo, sea consejo de su propia seguridad, la reina de Hungría entregó al desprecio de la Europa la debilidad del cardenal, haciendo imprimir sus cartas, y exigió por preámbulo de toda estipulacion que el ejército francés se entregara prisionero: condicion deshonrosa que no podian aceptar dos mariscales. Se abrió pues la trinchera; pero cuando se creia á los cercados presa del desaliento y de la penuria, una salida de doce mil hombres capitaneados por el duque de Biron, destruyó en un solo dia los largos trabajos de los sitiadores; y la noticia de la próxima llegada del mariscal de Maillebois, encargado de hacer levantar el cerco, reanimó mas y mas el valor de los asediados. Al moverse este mariscal de Egra, los austriacos abandonaron sus líneas, y el mariscal de Broglie pudo salir á su encuentro hasta Tœplitz; pero el gran duque y su hermano ocupaban los desfiladeros intermedios con fuerzas tan imponentes, que Maillebois creyó inútil tratar de franquearlos. Pensando haber conseguido el objeto de su espedicion con el levantamiento del bloqueo, y considerando que solo tenia víveres para pocos dias, acercóse al Danubio, y amenazando al Austria hizo evacuar la Baviera. Empero fué reemplazado en el mando por el mariscal de Broglie, quien para ponerse al frente del ejército salió de Praga disfrazado de correo.

Forzado á refugiarse de nuevo en esta ciudad, privado de toda esperanza de socorro y amenazado ademas por el hambre, que no obstante las precauciones adoptadas durante el alzamiento del cerco, no podia tardar en sentirse en una poblacion de cien mil almas. Belle-Isle ya no prolongaba su resistencia mas que con la espectativa de aprovechar alguna coyuntura de escapar á la vigilancia del enemigo. El invierno vino á ofrecérsela. Arrasadas las cercanias de la ciudad por los austriacos en la época del primer asedio, tenian ellos que estar acantonados á bastante distancia. No habian dejado mas que tropas ligeras en la izquierda del Maldan, que cruza la ciudad, y el temor á los témpanos de hielo que habia en el rio hasta les habia hecho levantar los puentes que servian de comunicacion á sus cuarteles. Prevaliéndose el mariscal de tal situacion, en la noche del 16 al 17 de diciembre salió en silencio con víveres para doce dias al frente de doce mil infantes y tres mil caballos, y se dirigió hácia Egra que distaba treinta y ocho leguas. El tiempo indispensable para el restablecimiento de los puentes conservó al mariscal la delantera que habia logrado, y pudo continuar su ruta sin ser casi inquietado por las tropas ligeras. Los grandes obstáculos nacieron del estremado rigor de la estacion. Los rehenes sacados de Praga murieron de frio en los carros del mariscal. Las largas noches que habia que pasar al raso en medio del hielo y la nieve, y sin encontrar las mas veces la leña necesaria para hacer fuego, arrebataron al ejército muchísimos soldados. La tierra quedaba sembrada de pelotones de oficiales y soldados con los miembros arrecidos: apenas llegaron á cincuenta los que cayeron al acero del enemigo, y mil doscientos perecieron de frio en el camino. Al décimo dia llegaron á Egra, y quinientos hombres perecieron todavía en el Hospital á consecuencia de tan penosa retirada. Esta hizo un justo honor á la sagacidad, á la resolucion, á la inteligencia y á la conducta del mariscal; pero se procedió con desacierto al compararla con la de los Diez Mil. Quinientas leguas desde las cercanías de Babilonia y á poca distancia del golfo Pérsico hasta la colonia griega de Trebisonda en el Ponto Euxino, recorridas en cinco meses por un número menor de guerreros á pesar de los desfiladeros, las montañas y los rios que los detenian á cada paso, á pesar de las lluvias, el frio y la nieve que los atormentaban, y del hambre sobre todo, que los diezmaba, á pesar en fin de los innumerables ejércitos que no cesaban de acosarlos, es un hecho único y sin igual en la historia. Chevert se quedó en Praga con cinco ó seis mil enfermos, sin que por esto se manifestara dispuesto á rendirse. Apretado tanto por la ciudad como por el ejército, contuvo á una y otro amenazando con pegar fuego á aquella por sus cuatro costados y sepultarse en sus ruinas, si no se le concedia una capitulacion honrosa. Habiendo impuesto con su firmeza, el 2 de enero alcanzó del príncipe de Lobkowitz el marchar á incorporarse con sus compañeros de armas en Egra. El ejército volvió á las fronteras de Francia, sin dejar en esta ciudad mas que una guarnicion que aislada en medio de Alemania evacuada por los franceses, tuvo que rendirse á fin de año.

En Italia, el rey de Cerdeña y los austriacos rechazaban á los españoles y se habian apoderado de Módena, cuando la aparicion en Saboya de los franceses y del infante don Felipe, llamó á dicho rey á la defensa de los Alpes. Los esfuerzos de las dos naciones se estrellaron en los obstáculos que se les opusieron; pero por la espalda podia ser inquietado el mismo rey por la reunion de los españoles y napolitanos, cuando un acontecimiento inesperado vino á disipar este temor.

Renunciando á su neutralidad, los ingleses forzaron á D. Cárlos á someterse y á retirar las tropas con que ayudaba á los españoles. Esto fué efecto de la brusca espedicion del capitan Martin destacado por el almirante Matthews, que habia reemplazado á Haddock en el Mediterráneo. El 12 de agosto se presentó de improviso con doce naves en el puerto de Nápoles que no estaba preparado contra semejante ataque, y cual nuevo Popilio dió al rey una hora para acceder á sus proposiciones. La amenaza de reducir la ciudad á cenizas en caso de negativa, no permitió al príncipe deliberar. Los ingleses se habian lisonjeado en América de un triunfo mucho mas provechoso á sus intereses, pero sus esperanzas salieron fallidas. Treinta navíos de línea y doce mil hombres de desembarco, atacaron á Cartagena y fueron rechazados. Intentaron desquitarse en Alemania, y despreciando sus compromisos hicieron pasar tropas que invernaron en el pais de Lieja.

El mariscal de Noailles, recomendable como administrador y como guerrero, estaba encargado de observarles sobre el Mein, adonde ellos habian avanzado á la llegada de la buena estacion, reuniéndose allí con los hannoverianos y con un cuerpo de tropas de la reina de Hungría. El conde de Stair, discípulo de Marlborough el embajador en Francia al fin del reinado de Luis XIV y al principio de la regencia, era su gefe, Jorge II y el duque de Cumber-

land, su segundo hijo, habian pasado al ejército: y este por órden espresa del rey penetró hasta Aschaffenburgo mas arriba de Hanau, entre las montañas del Spessart y del Mein, cuyos pasos de todos lados estaban en poder de franceses. En esta imprudente posicion tardó poco en esperimentar los inconvenientes de la escasez, y aun en verse espuesto á tener que entregarse. Tal desgracia únicamente se podia evitar con una pronta retirada, pero esta era muy aventurada merced á las disposiciones adoptadas por el mariscal. No solamente en un paso angosto por donde el ejército inglés tenia que desfilar, debian ser cañoneados el cuerpo de batalla y la retaguardia por baterías colocadas al otro lado del Mein, sino que aguardaba otro peligro á la cabeza del ejército en el lugar de Cettingen. El duque de Grammont, sobrino del mariscal, teniente general y coronel de la guardia francesa, estaba allí oculto con toda la casa real detrás de un barranco profundo, adonde tenia que bajar el ejército ingles y debia ser este atacado con ventaja. En fin, habiase destinado un cuerpo de tropas á pasar el Mein por Aschaffenburgo para atropellar al enemigo en el desfiladero y cortarle la retirada. De tan hábiles medidas aplaudidas por el respetable voto del rey de Prusia, debian resultar la destruccion del ejército ingles y acaso la captura de su rey. Esto hubiera podido traer la paz, pero un valor temerario burló tan halagüeñas esperanzas.

El rey levantó su campo con el mayor silencio en la noche del 26 de junio; pero era observado, y el mariscal no aguardaba para dar la orden de ataque mas que el instante en que se comprometiera el enemigo por todos lados, cuando el duque de Grammont por una impaciencia, audacia ó presuncion igualmente inescusables, dejó su puesto y se introdujo en el barranco. El ejército inglés se formó en seguida en el espacio de que podia disponer, bajo la proteccion de una artillería formidable ventajosamente situada en una colina. El duque no dejó de acometer y de empeñar un combate tanto mas desigual, cuanto que poniéndose con esta nueva imprudencia delante de la artillería que debia barrer las filas enemigas, inutilizóse tambien este segundo medio de victoria.

Precisado el mariscal á renunciar á tan hábiles combinaciones, vióse reducido á escogitar los medios de apoyar la temeridad de su sobrino, é hizo pasar al ejército al otro lado del Mein, á un campo cerrado que no podia contenerle; pero ni sus nuevas disposiciones, ni la presencia y el ejemplo de cinco príncipes y de una nobleza numerosa, pudieron reparar tantas faltas. Vióse á un regimiento de preferencia, el de la guardia francesa, repasar el Mein á nado, de donde les vino el apodo de *patos del Mein*, que hizo verter mucha sangre en combates singulares. Despues de tres horas de una pelea sangrienta é inútil, el mariscal tocó retirada, y volviendo á pasar á la izquierda del Mein, dejó el campo y el paso libre á los ingleses. El rey de Inglaterra y el duque de Cumberland no se distinguieron menos que los príncipes franceses, pues una bala atravesó la pierna del duque inglés. Cuando le iban á curar, fijó sus miradas en un mosquetero francés gravemente herido que habia sido colocado junto á su tienda, y dijo á sus cirujanos: «comenzad por curar á ese oficial francés que está mas herido que yo, pues podrá carecer de auxilio y yo no.» El rey de Inglaterra no se detuvo en el campo de batalla mas que el tiempo necesario para tomar posesion de él, y reparar sus fuerzas con algun alimento, y continuó su marcha hácia Hanau, recomendando sus heridos á la generosidad francesa.

Durante este tiempo, el mariscal de Broglie sobrado débil para sostenerse en el Danubio al frente del príncipe Cárlos que contaba con un ejército respetable, retirábase con pena, cuando un cuerpo de doce mil hombres que le mandó el mariscal de Noailles á las órdenes del marques de Segur, le facilitó su movimiento sobre el Rhin. Siguióle el príncipe, quien practicó vanos esfuerzos para franquear esta barrera que le fué cerrada por el mariscal de Coingy, así como la de la baja Alsacia lo fué al rey de Inglatera por el mariscal de Noailles. Disgustado de estas inútiles tentativas, el príncipe entró temprano en sus cuarteles en el Brisgau, y el rey de Inglaterra en los Paises Bajos. El bárbaro Mentzel que habia encontrado medio para penetrar en Lorena, fué muerto de un balazo en las murallas de Saarbruck.

Con la retirada de los franceses volvió á caer la Baviera en poder del Austria. El desgraciado Cárlos VII, obligado una vez mas á abandonar su capital, se vió reducido á interesar la compasion de aquella misma á quien tan imprudentemente trataba de despojar. Ella escuchó por fin unas proposiciones que por mucho tiempo habia rechazado; y en el dia mismo de la batalla de Cettingen el 27 de Junio, obtuvo el emperador un tratado por el cual desistia de sus pretensiones sobre el Austria, se comprometia así como el imperio á mantenerse neutral durante la guerra, y dejaba la Baviera en manos de María Teresa hasta la celebracion de la paz general. Así tuvo que soportar la Francia todo el peso de una guerra en que habia parecido no entrar mas que como auxiliar. Fingiendo todavía no ser mas que parte secundaria, dió el gobierno frances órden para que se retiraran sus tropas de Alemania, toda vez que aparentaban conformidad las partes interesadas; pero la verdadera razon es, que aquellas ya no podian sostenerse.

El cardenal de Fleuri no vió esta revolucion. Habia muerto á fines de enero, de edad de noventa años y algunos meses, y despues de haber manejado, á pesar de su avanzada edad, diez y seis años el timon del Estado. Lleno de urbanidad en sus modales, de sencillez en sus costumbres, enemigo del fausto y estraño á la codicia, este ministro encontró en las cualidades que constituian el fondo de su carácter las dos bases en que estribó su administracion: paz en el esterior, economía en el interior. A favor de estos dos medios tan poderosos como modestos, cicatrizó poco á poco las llagas que habia en Francia con las guerras de Luis XIV y las locuras del sistema. El reino le debe ademas la reunion de la Lorena que habia sido inútilmente intentada hacia muchos siglos, y las ciencias le son deudoras del importante viaje de los astrónomos franceses Bougue, Godin y La Condamine á Quito en el Ecuador, y del de Maupertuis, Clairaut, Camus y Le Monnier á Torneo, en el círculo polar, para medir en estas latitudes estremas un grado del meridiano, y averiguar la teoría de Newton sobre el aplanamiento de los polos de la tierra, y sobre el aumento de la longitud de los grados terrestres, á medida que uno se aleja del Ecuador.

Mas porque no hay cosa buena que en algun concepto no se preste á la crítica, se ha acusado al cardenal de haberse sacrificado demasiado al amor y á la necesidad misma de la paz. Persuadido de que solo los ingleses podian trastornar la tranquilidad de que queria gozar en el esterior, reparó mucho en descontentarlos. Con esto se tornaron exigentes, y Fleuri llevó, segun dicen, la condescendencia hasta acomodar á los deseos de ellos las fuerzas de la marina, á lo cual se resignó con tanta menos dificultad, cuanto que con escusar los gastos que hubiera sido necesario hacer en este ramo, se satisfacia su inclinacion natural á la economía, y contaba por otra parte con el carácter igualmente pacífico de Roberto Walpole, que dirigia entonces el gabinete británico. Mas cuando una oposicion fogosa derribó á Walpole de su alto puesto, un año antes de la muerte de Fleuri, y las circunstancias trajeron la guerra, la marina decrépita que restaba, y la adolescente que se la agregó, no pudieron resistir á la de los ingleses que estaba en su pujanza.

Reconvencion mas grave y mejor fundada acaso es la de un celo perseguidor con respecto al jansenismo, con el cual se supone que no tuvo la indiferencia propia de un hombre de Estado. Pero cuando eclesiásticos de segundo órden, anteponiendo sus sentimientos á las decisiones del episcopado, único juez competente de la doctrina en la república cristiana, no cesaban de perpetuar la perturbacion, renovando con encarnizamiento sus declamaciones contra la bula *Unigenitus*, bula aceptada por la inmensa mayoría de los obispos y convertida en ley del Estado por multiplicados registros, y cuando de las censuras ó prohibiciones provocadas por su desobediencia recurrian dichos eclesiásticos al parlamento que recibia su apelacion, bien necesario era que el gobierno interviniese entre dos autoridades opuestas; y segun el partido á que se inclinara, no podia menos de considerarsele como perseguidor por el otro. Tal fué el caso en que se encontró el cardenal. Obligado a decidirse, creyó propio de la dignidad del poder supremo el no tergiversar en sus ideas, y que ademas era tan justo como consecuente fijarse en la causa de la ley y en la opinion de la mayoría de los jueces. Resta saber si en la ejecucion de este plan tan sensato, supo conservarse en los límites de la moderacion; y si el destierro que alejaba ministros insubordinados de los lugares donde fomentaban el cisma, era de todos los rigores el menor que pudiese emplear.

El objeto primitivo de la guerra habia desaparecido, y desde entonces nada parecia mas fácil que la celebracion de la paz. Esta era ofrecida por la Francia y desechada por María Teresa, que se hallaba ofuscada por sus triunfos y se lisongeaba de encontrar en la continuacion de la guerra la compensacion de lo que habia cedido en Silesia y en el Milanesado, y quizá ocasion para volver á apoderarse de estas provincias y del reino de Nápoles. Abrigaba estas esperanzas mediante un nuevo tratado de alianza que acababa de celebrar en Worms con la Inglaterra y el rey de Cerdeña; de suerte que la Francia se vió forzada á renunciar, á pesar de su inclinacion, al papel de auxiliar, y declarar francamente la guerra á unas potencias, con las cuales se encontraba hacia bastante tiempo en un estado demasiado real de hostilidad.

Ya los primeros dias de este año habian sido testigos de dos empresas dirigidas por la Francia contra Inglaterra. La destruccion de la marina no habia sido tan completa, que por los cuidados del ministro de este departamento, Juan-Federico-Phelippeaux, conde de Maurepas y nieto del canciller de Pontchartrain, no se encontrasen catorce naves aprestadas á la sazon en el puerto de Tolon, para secundar á diez y seis buques españoles que, despues de haber transportado tropas y municiones á D. Felipe, estaban allí bloqueados por treinta y cuatro navíos de línea ingleses á las órdenes del

almirante Matthews. El 22 de febrero, la flota combinada se atrevió, á pesar de su inferioridad, á desafiar la esperiencia de los ingleses; y el resultado de un combate indeciso fué en ventaja de los aliados, porque pudieron pasar á Cartagena, mientras que el almirante inglés iba á repararse en Menorca. Court, de edad de ochenta años, mandaba los franceses, y D. José de Navarro los españoles. A pesar de mil pruebas de valor que habia dado el almirante inglés, el orgullo nacional humillado porque no habia vencido, le sujetó á un consejo de guerra que le juzgó al menos incapaz de servir; y el viejo Court que habia salvado al almirante español de una ruina cierta, acusado por este de haberle dejado espuesto á la penuria con un socorro tardío, fué desterrado á sus posesiones. Solo Navarro, que á la verdad habia resistido á cinco navios ingleses, pero que herido al principio de la accion no habia tenido parte en esta mas que la que le hicieron tomar sus tenientes Girardin y Age, oficiales franceses, recogió toda la gloria y fué colmado de honores en su patria.

Al mismo tiempo, otros veinte y seis navios franceses, á las órdenes del conde de Roquefeuille, salian de Brest, y arribaban en varias divisiones á las costas de Inglaterra, á donde transportaban 24,000 hombres y al príncipe Cárlos-Eduardo, hijo del caballero de San Jorge: valiente, emprendedor, reservado, indiferente á la fatiga, firme en la adversidad, moderado en la prosperidad, todo se podia esperar de su carácter, y tenia al conde de Sajonia por guia y apoyo. Ningun momento por otro lado podia ser mas favorable para semejante espedicion. La mayor parte de las tropas inglesas estaban en el continente, y la de los navios en comision. Pero no fué necesario mas que una tempestad para destruir las operaciones marítimas mejor concertadas. Repetidas veces habia defraudado esta causa las esperanzas de los Estuardos, quienes ahora sufrieron la misma fatalidad. Ya tocaban á las costas de Kent, cuando el 6 de marzo un huracan violento arrojó la flota á las costas de Francia, donde se perdieron muchas embarcaciones.

Hasta despues de esta agresion formal, agresion legitimada por muchas otras, en que los ingleses habian asaltado á los navios franceses con el pretesto mentiroso de tomarlos por navios españoles; no se declaró solemnemente la guerra, habiéndose tomado al mismo tiempo medidas para llevarla á cabo con vigor. El impuesto del 10 por 100 establecido durante la guerra de Polonia, fué restablecido. El ministro de hacienda Orri, que habia sucedido á Desforts en 1730, agregó á dicho impuesto los recursos con que hacia mucho tiempo alimentaba al tesoro real, á saber: rentas sobre las gabelas, los subsidios, las tallas y correos, fondos y empréstitos vitalicios, una lotería real, creaciones de nuevos oficios y gravámenes sobre los antiguos. Por otra parte, se intentó quebrantar la fidelidad del rey de Prusia á los compromisos que habia contraido en Breslau; y este príncipe, que creia tener motivos para sospechar algun disgusto en la reina de Hungria por el abandono de la Silesia, prometió una diversion. Finalmente, D. Carlos á quien la necesidad habia retenido en la neutralidad, fué escitado á romperla; y los genoveses que estaban incomodados del tratado de Worms, por el cual Maria Teresa ponia en el número de las cesiones hechas por ella al rey de Cerdeña, los derechos que pretendia tener al marquesado de Final, aunque hubiese sido vendido por su padre á la república, fueron tambien invitados á hacer causa comun con la Francia.

En cuanto al plan de campaña que fué adoptado, el príncipe de Conti, digno sobrino del gran Condé, debia mandar los franceses en los Alpes y secundar á Felipe y los españoles. El mariscal de Coigny debia quedar á la defensiva en la Alsacia, y las hostilidades principales serian entabladas en los Paises Bajos. El mariscal Noailles debia ocuparse en los sitios de las plazas fuertes, y el conde de Sajonia, elevado á la dignidad de mariscal de Francia, en cubrir tales operaciones. El rey se fué al ejército; y la duquesa de Chateauroux, dama de honor de la reina, se atrevió á tomar la venia de esta princesa para seguirle.

Contra los cien mil franceses que invadian los Paises Bajos, los aliados no oponian mas que setenta mil mandados por Wade, discípulo de Marlborough, y por el conde de Aremberg, discípulo de Eugenio. Debian reunírsele los holandeses que ya habian avanzado hasta las llanuras de Lila, cuando la prontitud de la invasion desconcertó sus designios. El rey llegó á Lila el 12 de mayo, y el 10 de julio, Menin, Ipres, Knoque y Furnes estaban ya en su poder. Se lisongeaba conquistar el resto de Flandes con la misma rapidez, cuando supo que el príncipe Carlos, á la cabeza de ochenta mil hombres, habia pasado el Rhin por Spira el primero de julio; que se habia apoderado de las lineas de Weissemburgo, y rechazado hasta mas allá del Saberne al mariscal de Coigny, demasiado débil para resistirle. Fué necesario cambiar de plan y asi llevar las principales fuerzas á la Alsacia, manteniéndose á la defensiva en Flandes. Se dió este cuidado al mariscal de Sajonia, á quien no se le dejaron mas que cuarenta y cinco mil hombres; pero las sábias maniobras de este general durante el resto de la campaña, suplieron la escasez de fuerzas y le colocaron al nivel de los primeros capitanes.

El mariscal de Noailles con el resto de las fuerzas se dirigió hácia el Rhin, á donde le seguia el rey, cuando este fué detenido en Metz por una enfermedad. Durante este tiempo, el rey de Prusia juzgando al ejército austriaco suficientemente ocupado por el frances, é inquietada su retaguardia por las tropas de Baviera y de la regencia de Hesse Cassel, entró de nuevo en Moravia y Bohemia, y en doce dias hizo capitular el 16 de setiembre en Praga á una guarnicion de diez y ocho mil hombres, la cual estaba muy agena de esperar que seria atacada. Pero ya desde el 24 de agosto el príncipe Carlos habia repasado el Rhin, sin haber sido detenido por los franceses; los que en lugar de seguirle y procurar detenerlo con una accion, cualquiera que fuese su éxito, se limitaron á atacar á Friburgo, cuyos castillos se sostuvieron dos meses, y no se rindieron mas que á falta de víveres el 25 de noviembre. El rey que habia llegado al sitio despues de su restablecimiento, partió para la capital en pos de la rendicion de la ciudad que habia capitulado el 1.° de noviembre.

Sin embargo, el príncipe Carlos se apresuraba á marchar á la Bohemia. Ayudado por la diversion de veinticinco mil sajones, que el rey de Polonia acababa de poner á disposicion de la reina, bajo la promesa de una parte de la Silesia que ella no poseia, acosó y causó de tal manera á los prusianos, que los mantuvo en continuos sobresaltos en cuanto á sus almacenes, y el 27 de noviembre evacuaron á Praga despues de volar sus fortificaciones. Solo el emperador se anticipó á todos estos movimientos: la Baviera fué evacuada, y por tercera vez pudo este entrar en Munich, aunque en un estado de miseria y desnudez, que por su dignidad era mucho mas sensible, y que debió disminuir estraordinariamente en su ánimo las amarguras de la muerte, que le sorprendió en los primeros dias del siguiente año.

En Italia el príncipe de Conti y D. Felipe habian abierto la campaña desde el 1.° de abril, habiendo pasado el Var y apoderádose de Niza sin combate. Con mas fatiga y gloria se habian hecho dueños de Villafranca, donde el rey de Cerdeña, atrincherado en las montañas con veinte mil hombres, habia sido batido y obligado á embarcarse en la flota inglesa del almirante Matthews, el que le transportó á Vado con sus tropas. Los dos generales se proponian seguir las costas del mar; mas la amenaza del almirante inglés, de considerar la violacion del territorio de Génova como una infraccion de su neutralidad, les obligó á renunciar á este proyecto. En su consecuencia volvieron hasta Castillo Delfin, á la entrada del valle de Sture. El baile de Gibry y el valiente Chevert escalaron la roca el 19 de julio, y á pesar de la artilleria de los piamonteses y la presencia del rey de Cerdeña, consiguieron subir hasta la cima, apoderándose de esta tras un sangriento combate que costó dos mil hombres á los sitiados, y el doble á los aliados. El encarnizamiento fué igual de una y otra parte: todos los defensores del fuerte perecieron: fué preciso arrancar de él al rey de Cerdeña, que queria hacerse matar en sus parapetos; y por parte de los franceses hubo granaderos que se aprovecharon de la retirada de los cañones, para arrojarse al fuerte, al través de las llamas.

Pero no era bastante esta hazaña para penetrar en el Piamonte: era todavia necesario ocupar el puesto de las barricadas, triple trinchera de algunas toesas en lo ancho del valle, entre dos montañas, cuya cima se perdia en las nubes, y á la salida de aquellas era tambien menester arrebatar el fuerte de Demont. Dichosamente se halló medio para vencer el primer obstáculo; y Demont, incendiado por una bala roja que fué dirigida á un almacen de mechas, se rindió á discrecion el 17 de agosto. Desde entonces el Piamonte fué puesto á contribucion, y se abrió trinchera el 13 de setiembre delante de Coni. Una batalla que el rey de Cerdeña reforzado por diez mil austriacos, aventuró para socorrer la plaza, no llenó su objeto; pero confiando en la proximidad de la mala estacion, no dejó el gobernador de sostenerse, y al cabo triunfó su constancia. A la vuelta de tres semanas cayó una nevada y se desbordó el Sture: con esto se retiraron los sitiadores al Delfinado y á la Saboya despues de volar las fortificaciones de Demont. Acontecimientos menos importantes en sí mismos, y mas considerables por sus resultados, habian ocupado la escena en el centro de Italia. El conde de Gages, que en el año precedente habia reemplazado al duque de Bitonto, se reunió en los estados romanos con las tropas de D. Carlos. El príncipe de Lobkwitz por otra parte se habia adelantado hasta mas allá de Roma, y penetrado en el Abruzzo, apoderádose de Aquileya y publicado sin efecto un manifiesto invitando á los napolitanos á cambiar de dominadores. Mientras que los dos ejércitos se observaban, D. Carlos creyó ser hecho prisionero en Velletri, de cuyo punto se apoderó el conde de Brown en 11 de agosto por un golpe de mano. Gages recogió los fugitivos, y calmando con presteza el terror que se difundia por todas partes, trató de cortar la retirada á los austriacos. De esto resultó un combate bastante vivo, y los austriacos fueron rechazados. Este contratiempo y las pérdidas que las enfermedades debidas á los calores de un clima estranjero les hacian esperimentar cada dia, los determinaron á regresar al Bolonesado, y de este modo concluyó la campaña.

Era el 4 de agosto cuando el rey llegó á Metz, donde el mariscal de Schmetta, enviado por el rey de Prusia, acababa de concertar con él el movimiento de los ejércitos. El 8 fué atacado el rey por una fiebre pútrida, y á los seis dias se puso de muchísimo cuidado. La duquesa de Chateauroux y el duque de Richelieu no se separaron del rey. El duque, primer gentil hombre de cámara y familiar del monarca, habia contribuido á la elevacion de esta favorita, y esperaba en cambio la continuacion de su favor. El afan de ambos era alejar á todo el mundo de la persona del monarca, afectando no creerle en peligro para desechar los socorros que la religion ofrecia al rey, y presentar á este, si se restablecia, como un mérito el haberle evitado los inútiles terrores de la muerte. Pero el duque de Chartres, en calidad de representante del primer príncipe de la sangre y estimulado por los consejos de su padre, forzó las consignas que ningun otro habria podido alzar, y reunido con Francisco de Fitz-James, obispo de Soissons, hijo del mariscal de Berwick y primer limosnero del rey, le anunció su estado y le dejó en manos del prelado.

Este prodigó al monarca los consuelos celestiales, pero con la condicion de que cortára el escándalo de sus relaciones ilícitas. El moribundo se resignó, y dió órden para que se marchase la duquesa. Mil oprobios del pueblo la acompañaron en su salida y viaje. Al mismo tiempo llegaba la reina para cuidar á su esposo, á quien encontró con esperanzas de restablecerse, y dispuesto á reparar sus injusticias contra ella. Gozoso el pueblo de que su rey hubiese vuelto al camino de la virtud y al de la vida, le proclamó el *muy amado*, y se entregó toda la Francia á un entusiasmo inesplicable. Abrumado en todas partes de testimonios de sensibilidad, preguntaba el rey qué habia podido hacer para merecer tanto amor; y este mismo pueblo le manifestaba mas adhesion, atribuyendo á un rasgo de modestia la sencillez de tal pregunta. Pero no tardaron consejeros corruptores en asediarle, y así se cansó de un proceder que imponia esfuerzos á su debilidad. Encuentros que parecian fortuitos y sin embargo eran dirigidos por la destreza de la seduccion, le tornaron á culpables relaciones. La duquesa fué llamada con estrépito, y el prelado que no habia hecho mas que llenar las estrechas obligaciones de su ministerio, fué desterrado á su diócesis. El triunfo fué de corta duracion, y á los pocos dias de la vuelta de la favorita á la corte, cayó gravemente enferma. Menos dichosa que el monarca, sucumbió á su enfermedad, y esta fúnebre y terrible leccion fué tambien inútil para el rey.

El recíproco encono que se apoderó de las potencias beligerantes, les hizo descuidar la nueva ocasion de terminar las diferencias que les ofrecia la muerte de Carlos VII, acaecida el 20 de enero. La Inglaterra, resentida de las tentativas de la Francia para restablecer á Carlos Estuardo en el trono de sus padres, sostenia con todo su poder, y con inmensos subsidios las antiguas pretensiones de la reina de Hungría. Esta formaba nuevas con respecto á la dignidad imperial para su esposo; y la Francia al contrario, se proponia asegurarla en la casa de Baviera, confiriéndola al jóven elector Maximiliano José. Pero este príncipe rechazado hasta Ausburgo por las tropas austriacas que habian vuelto á Baviera, y enseñado por las desgracias de su padre acerca de las ilusiones de la diadema, hizo paces con María Teresa, la prometió su sufragio para el gran duque, y reconoció la legitimidad del voto de Bohemia, que la fuerza habia repudiado en la eleccion de Carlos VII.

Engañada una vez mas en su esperanza de paz, la Francia se vió obligada á nuevos esfuerzos para conquistarla. Se resolvió estar á la defensiva en Alemania y llevar las operaciones á Italia, y sobre todo á Flandes, donde mandaba todavía el mariscal de Sajonia. El 1.° de mayo, despues de haber burlado á los enemigos, atacó á Tournay, que en virtud del tratado de la Barriere tenia guarnicion holandesa. El ejército aliado, mandado por el duque de Cumberland, se apresuró á socorrerla. Ya estaba próximo, cuando dejando el mariscal quince mil hombres en sus líneas para contener la guarnicion, se situó en una llanura mas allá del Escalda, teniendo el lugar de Fontenoy en su centro, el de Antouin á su derecha y el bosque de Bari á su izquierda, erizados todos estos puestos de cañones que los hacian inespugnables. El 11 de mayo sin embargo fué atacado en esta posicion por el ejército combinado. Los ingleses ocupaban el centro; los austriacos, á las órdenes del conde de Kœnigseck, la derecha, y los holandeses, que por fin se habian pronunciado, formaban la izquierda á las órdenes del príncipe de Waldeck. Los dos ejércitos eran casi iguales, y cada uno contaba aproximadamente cuarenta y cinco mil hombres. El rey, lo mismo que el Delfin que acababa de salir de las fiestas del himeneo, se habian trasladado al ejército con la probabilidad de una batalla.

La accion se empeñó á las nueve de la mañana con un fuego muy prolongado de cañon, que no ofreció resultado notable. Kœnigseck era de parecer que no se continuase mas que este género de ataque, suficiente para interrumpir los trabajos del sitio; mas con tal consejo se irritó la impaciencia de los ingleses, quienes con rara intrepidez avanzaron contra Fontenoy. Rechazados por la formidable artillería que los abrasaba, desistieron de embestir á los franceses por este punto, á quienes acometieron por entre dicho lugar y el bosque. Mal apoyados por los auxiliares, á quienes una tenaz resistencia impedia marchar con órden, avanzaron solos los ingleses, espuestos á todo el fuego de las baterías de Fontenoy y de los reductos de Bari. Entonces para resguardar sus flancos, tuvieron que formar una compacta y formidable columna, que por su masa y su fuego siempre rasante diezmaba los débiles cuerpos de infantería sucesivamente opuestos á su ataque. En su marcha lenta pero continua esta especie de fortaleza ambulante rompió dos líneas de la infantería francesa. Ya no restaba por vencer mas que la reserva de caballería, y hallándose aquella columna fuera del alcance de las baterías, hubiera podido caer sobre su izquierda y apoderarse de Antouin, donde el mariscal habia puesto el cuartel del rey y del Delfin. Ya la alarma se habia esparcido, y aconsejaban al rey el partido prudente de la retirada. El rey la rehusó temiendo desanimar al ejército, y entonces apoyó el mariscal al monarca en su resolucion diciéndole que seria suya la victoria. Las pérdidas que la artillería causaba en la columna disminuian cada vez mas su consistencia; y no debia tardar en desaparecer ésta totalmente, sobre todo, cuando á propuesta de Richelieu, los cuatro cañones reservados para cubrir en caso de necesidad la retirada del soberano fueron destinados á cooperar al triunfo de la jornada. Asestados al mismo frente de la columna disminuian sus filas, é impidiéndolas que se rehicieran, bien pronto se notó una baja considerable en ellas. En seguida se mandó que arremetiera una caballería escogida que cayó con rapidez sobre aquella masa imponente, y que penetrando en esta por todas partes la disipó como por encanto en menos de un cuarto de hora. Los que se escaparon de tan espantosa carnicería se retiraron espuestos al fuego de las baterías de Bari, y no se encontraron fuera de peligro sino despues de haber dejado nueve mil hombres en el campo de batalla. Así volvió el victorioso ejército con mayor interés á las líneas de Tournay, plaza que diez dias despues fué el premio de tan importante victoria.

Esta honró tanto mas al mariscal de Sajonia, cuanto que estaba á la sazon moribundo é incapaz de montar á caballo, por lo cual era conducido en litera á donde quiera que su presencia se hacia necesaria. El rey, en medio de los gritos de triunfo que resonaban en el campo de batalla, fijó la atencion de su hijo sobre el espectáculo desgarrador de tanta carnicería, y haciéndole contemplar con horror el precio a que se compra una victoria, le dió una útil leccion para economizar la sangre de sus pueblos. El jóven príncipe, en un transporte de bravura que fué menester reprimir, habia desembainado su espada y querido mezclarse en la última carga con los valientes que la dieron. El mariscal de Noailles renovó en esta ocasion el ejemplo de patriotismo y generosidad dado por el mariscal de Boufflers en la campaña de Malplaquet, pues no vaciló en obrar como segundo al lado del mariscal de Sajonia que no solo era mas moderno que él sino hechura suya. Una bala de cañon le arrebató en esta jornada al imprudente sobrino que le habia privado de una victoria segura, y á quien sin embargo no cesó de estimar. Cuando se manifestó al rey esta muerte, dijo suspirando: «¡Cuántas otras tendremos que llorar esta tarde.» Debilitados los enemigos por sus pérdidas, no pudieron contrariar los rápidos progresos del ejército francés. En el resto de la campaña cayeron en su poder Gante, Brujas, Oudenarde, Dendermonde, Ostende, Nieuport, Ath, toda la Flandes, en una palabra; y finalmente, en el rigor del invierno, cuando se creia la campaña terminada, la capital del Brabante, Bruselas, donde se encontraron municiones para abastecer al ejército por espacio de cuatro meses.

Los triunfos no eran menores en Italia. Génova arrostrando las amenazas de los ingleses se habia adherido á la alianza francesa y española y persistido en ella á pesar del bombardeo de sus plazas. Reunio diez mil hombres y un tren de artillería al ejército de Felipe y del mariscal de Maillebois que reemplazaba al príncipe de Conti, descontento de su colega, y que en este año habia sido enviado á Alemania. Mientras entraban por el Poniente en los estados de Génova, el conde de Gages llegaba por levante, y todos juntos bajaron al Monferrat. Se apoderaron de Serra-Valle en presencia de los piamonteses y austriacos, reunidos en Novi, y en seguida de Plasencia, Parma y Pavía. El rey de Cerdeña y el conde de Schulemburgo, refugiados al amparo del cañon de Tortona, no se creian en seguridad, y poniendo el Tanaro entre ellos y los enemigos, se escudaron á la vez con este rio y el Pó, cerca del punto donde el primero desagua en el segundo. Separólos la sagacidad del conde de Maillebois, hijo del mariscal, que aparentó marchar hácia Milan. Al momento fué franqueado el Tanaro, y los piamonteses batidos en Bassignano retrocedieron hasta Casal, que cayó pronto en poder de los aliados, lo mismo que las ciudades de Alejandría, Valence, Asti y finalmente Milan, donde D. Felipe recibió en el mes de diciembre el juramento de fidelidad del senado y del pueblo. Todas las posesiones austriacas de Italia, á escepcion de algunas ciudadelas fueron conquistadas, y el rey de Cerdeña se hallaba casi reducido á su capital, amenazada de un sitio.

El ejército de Alemania, cuyo objeto era oponerse á la eleccion

del gran duque, reducido por los refuerzos que se sacaron de él para Flandes, vino á quedar incapaz para llenar dicho objeto. El mismo gran duque cubrió á Francfort con un ejército superior, y hasta obligó al príncipe de Conti á repasar el Rhin. Nada impidió desde entonces el efecto de la mayoría de sufragios agenciada por la emperatriz, y el 15 de setiembre fué elegido emperador su esposo, á pesar de las protestas del rey de Prusia y de sus victorias. El 4 de junio, en efecto, habia batido al príncipe Carlos en Friedberg, Silesia, y pagado segun escribia á Luis XV la letra de cambio girada contra él en Fontenoy. Despues, aunque sorprendido y muy inferior en número, le batió todavía en Shor ó Prandnitz, Bohemia, y últimamente, el 15 de diciembre una nueva derrota de austriacos y sajones en Kesseldorf, bajo los muros de Dresde, le entregó esta capital de la Sajonia, de donde se alejó el rey de Polonia, entrando en ella al instante Federico, como vencedor lleno de gracia. Mas ya el rey de Inglaterra interponia de nuevo su mediacion para reconciliarle con la emperatriz. Por una parte, las pocas ventajas que sacaba el rey de Prusia de la diversion de Francia en Flandes, donde él pretendia que las victorias de Luis XV le aprovechasen lo mismo que si se consiguiesen en el Scamandra, y por otra parte el deseo natural de la emperatriz, de salvar un aliado despojado de sus estados, y de llevar á Italia las fuerzas que reclamaba la defensa de la Bohemia, facilitaron la reconciliacion, y desde el 25 de diciembre, mediante la cesion del condado de Glatz, añadido por la emperatriz á la de Silesia, y un millon de escudos imperiales que se sometió á pagar el rey de Polonia, el de Prusia volvió á su neutralidad.

Los ingleses se habian apoderado en el mes de junio de Luisburgo y de toda la isla Real ó del Cabo Breton, vecina de la Arcadia: conquista importante que les dejaba casi dueños esclusivos de las pesquerías de Terranova, y que interceptaba en parte las comunicaciones de Francia con el Canadá. Pero casi al mismo tiempo tuvo que temblar Inglaterra en sus propios lares. El príncipe Eduardo, que no habia podido llevar el año precedente á Inglaterra una flota de veinte navíos de línea, se atrevió á confiar su fortuna á una fragata de diez y ocho cañones, fletada por un negociante de Nantes. Iban en ella siete oficiales, algunos fusiles y un poco de dinero. Con tan escasos elementos desembarcó en una de las islas occidentales de la Escocia en el mes de agosto; ganó la costa vecina de Loch-Aber, y publicó un manifiesto, en que anunciaba que se proponia reivindicar sus derechos con la sola ayuda de sus conciudadanos. Esta declaracion le proporcionó al momento un ejército de tres mil montañeses, con los cuales se adelantó hasta Perth. El 15 de diciembre fué proclamado regente de los tres reinos por su padre; y cuatro dias despues, reforzado en dicha ciudad con socorros de nobles escoceses y de los vasallos que se adhirieron á su causa, fué proclamado de nuevo en Edimburgo.

Sin embargo, Sir Juan Cope, general de las tropas inglesas en el norte de la Escocia, el que al pronto habia rehusado creer la noticia del desembarque del príncipe, reunió las tropas que estaban á su disposicion como igualmente los escoceses adictos á la casa reinante; se embarcó con cuatro mil hombres en Aberdeen, desembarcó en Dunbar cerca de Edimburgo, y se aproximó en esta ciudad hasta Preston-Pans. El jóven Eduardo no titubeó en atacarle con solos tres mil montañeses, y no faltaron á su valor mas que diez minutos para triunfar del número y de la disciplina de sus enemigos. De estos, quinientos fueron muertos, novecientos heridos y cuatrocientos hechos prisioneros. Las municiones, las armas, los bagajes y la artillería, todo cayó en poder de los vencedores, proporcionándoles los medios ofensivos de que carecian. El príncipe, cuya cabeza habia sido puesta á precio por la regencia de Inglaterra, se vengó con nobleza mediante la humanidad con que trató los prisioneros, realzando con su clemencia el brillo de su victoria.

La Escocia, no obstante, estaba lejos de serle enteramente adicta, y una gran parte seguia las banderas de su adversario. Sin dejar á los suyos lugar para calcular su debilidad, Eduardo aprovechó la confianza que les inspiraba su triunfo, para dirigirse hácia la misma Lóndres. Entró en el Northumberland, se apoderó de Carlisle, bajó hasta el principado de Galles, y no pudiendo penetrar en él por falta de puentes, se replegó sobre Derby, á treinta leguas de Lóndres, donde la consternacion empezó á difundirse. Pero ya el duque de Cumberland habia sido llamado del continente con tropas disciplinadas, habiéndose colocado en Stafford, cerca de Derby. Eduardo no habia avanzado de una manera tan audaz hasta el riñon de Inglaterra, mas que para dar ocasion de declararse á los numerosos partidarios que se habia lisonjeado encontrar; pero ora que hubiese sido engañado, ora que la llegada del duque de Cumberland hubiera comprimido las voluntades, nadie se movió. Una batalla podia solamente abrir al pretendiente el paso hasta la capital, mas las pocas fuerzas con que contaba le impidieron el aventurarla. Su posicion vino á ser tanto mas crítica, cuanto que era ademas observado por el general Wade, el cual habiéndose estacionado al Este durante la invasion del príncipe, podia cortarle la retirada. Esta, sin embargo, era el solo partido que le quedaba; lo tomó diez dias despues de su entrada en Derby, y lo ejecutó á pesar de todas las dificultades de la estacion, con un secreto y una actividad que comprometieron á sus adversarios, y al mismo tiempo con un respeto á las personas y á las propiedades, que no era de esperar de sus montañeses. Esta conducta hubiese hecho honor al ejército mas disciplinado y mejor provisto. Vuelto á Escocia halló unos escasos socorros en hombres y en dinero, procedentes de Francia y España, pero que no siendo bastantes para sus necesidades solo tenian por objeto ocupar á los ingleses fuera del continente. La política de algunas potencias del Norte, que veian esta espedicion con ceño, encadenaba la buena voluntad de la Francia que temia acrecentar el número de sus enemigos.

Perseguido con flojedad el jóven príncipe, tan pronto como regresó á Escocia trató de apoderarse del fuerte de Stirling. Su esperiencia en los sitios y sin otra artillería que el cañon de que habia podido apoderarse batiendo á sus enemigos, se consumia delante de esta plaza, cuando el general Hawley avanzó para libertarla. Hawley se habia jactado de concluir la insurreccion con dos regimientos de dragones. Con mayor número contaba cuando el 24 de enero los montañeses se presentaron á detenerle en Falkirk. Al choque de su caballería opusieron estos una descarga á quemaropa que desbarató á aquella, la cual en su fuga introdujo el desórden en las filas de la infantería, ya sumamente incomodada por el viento y la lluvia, que la daban de cara. Fué completa la derrota de los ingleses, sin que la pérdida de Eduardo fuese considerable.

Un refuerzo de seis mil *Hesseses*, conducidos por el duque de Cumberland que sucedió á Hawley en el mando del ejército, libertó á Stirling. A su aproximacion, Eduardo se retiró á Inverness, punto ventajoso para recibir los socorros que se le pudieran mandar. El duque no le siguió y se acuarteló en Aberdeen, dedicándose desde luego á quitar los puestos establecidos por el enemigo. El duque levantó sus cuarteles á fines de abril, pasó sin obstáculo el rio Spey, á pesar de que Eduardo pudo oponérsele con ventaja, y se acercó á Inverness. El pretendiente por su parte salió á su encuentro con el deseo de batirle y la esperanza de sorprenderle; pero al hallarse á la vista de los ingleses eran tales el cansancio y hambre de los escoceses, que no estando en disposicion de pelear, juzgó conveniente Eduardo retirarse hácia Culloden, para que descansaran y se alimentaran. Abandonábanse con esceso y seguridad á la satisfaccion de su doble necesidad, cuando fueron sorprendidos por los ingleses. Eduardo no pudo arreglar sus tropas en batalla; su artillería, mal servida, no sirvió de nada, al revés que la de los ingleses que hacia estragos entre sus contrarios. En vano quinientos montañeses cansados del espectáculo de sus pérdidas, se lanzaron á las baterías que las causaban; en vano cayeron con la misma impetuosidad sobre las columnas enemigas: tropezaban con nuevas resistencias que la superioridad del número permitia oponerles: una carga de caballería consumó su derrota. La mitad de ellos se quedó en el campo de batalla, y el resto se dividió en pelotones que no pudieron volver á reunirse.

Herido, mas salvado de los furores de esta jornada, en que se vió al implacable vencedor esplorar el campo de batalla no para auxiliar los moribundos sino para degollarlos, Eduardo anduvo cinco dias y cinco noches sin poder descansar con veinte compañeros de infortunio que bien pronto tuvieron que abandonarle, para no llamar con su número la atencion de los que le buscaban. No le quedaron mas que dos compañeros, de quienes tenia tambien que separarse de cuando en cuando. Con estos se encaminó á un pequeño puerto donde sus partidarios de Francia presentaban los socorros que podian agenciar. Allí les aguardó, pero se vió precisado á huir para no ser conocido. Pasó la noche en el fango de una laguna y se alejó al amanecer de un lugar tan funesto. Empero los buques que se divisaban enviaron una canoa á la costa: el príncipe no llegó á tiempo, y los buques se alejaron. El desventurado se metió en aquel pais inculto; anduvo á la ventura, no sabiendo de quién fiarse, sin asilo ni albergue fijo: ora erraba por montañas inaccesibles, ora se hundia en cavernas profundas, ora en fin iba de isla en isla en las mas frágiles barquillas sobre un mar borrascoso, y siempre estaba espuesto á los rigores de la intemperie y al tormento del hambre. Disfrazado de rústico y hasta de mujer, burló las afanosas pesquisas de un enemigo bárbaro que devastó y abrasó veinte leguas de terreno para quitarle todo asilo. Forzado cien veces á confiar su suerte á la discrecion del pobre que no ignoraba estar prometida una suma de treinta mil libras esterlinas á quien le presentara, no hubo quien intentara enriquecerse á costa de tal bastardía. Estenuado en una ocasion de fatiga y hambriento hasta la desesperacion, se determinó á llamar á la puerta de una cabaña enemiga, á cuyo dueño dijo el jóven príncipe: «El hijo de vuestro rey os pide pan y ropa. Sé que sois enemigo mio, pero os creo asaz honrado para no abusar de mi confianza y desventura. Tomad los harapos que me cubren; guardadlos: quizá me podreis algun dia devolvérmelos en el trono de la Gran Bretaña.» Enternecido y afectado á vista de un infortunio tan augusto, el labriego prodigó á su huésped todos los auxilios

que le permitia su pobreza, y guardó un leal secreto. En fin, despues de cinco meses de andar errante, desfallecido y agobiado sucumbió Eduardo á una enfermedad por el esceso de las fatigas é inquietudes, apenas cubierto con una ropa destrozada, y fué recogido el 29 de setiembre por un corsario de Saint Malo, que habia tocado secretamente en la costa de Locnanagh, y le desembarcó en Roscof, cerca de Morlaix el 10 de octubre, no sin haber corrido el nuevo peligro de caer en poder de un crucero inglés.

Mil atrocidades siguieron en Inglaterra á la derrota del pretendiente. Las cárceles se llenaron de defensores de su causa, y los cadalsos fueron inundados con su sangre. Durante este tiempo, engolfado en las delicias de Paris y libre de estas catástrofes crueles, Eduardo supo sus pormenores con indiferencia. Tal es al menos la asercion de algunos escritores; pero por el honor de la humanidad es preciso rechazar una imputacion que no es creible, que fué quizá obra de la politica, y que si no es una calumnia, nada hay que esperar del heroismo. Apliquemos mas bien aquí esta noble sentencia de un historiador de nuestros dias (Lacretelle): «Tengamos fé en las buenas acciones, y reservemos la duda y la incredulidad para las malas.»



Chevert en Praga.

La ruina absoluta del jóven príncipe y la defeccion del rey de Prusia cambiaron la lisongera perspectiva que el fin de la última campaña habia ofrecido á la Francia. Entabláronse negociaciones con el rey de Cerdeña para restablecer el equilibrio roto por el acrecentamiento de las fuerzas que el Austria iba á tener en Italia. Cárlos Manuel se prestó con mucho gusto; pero la España, que para satisfacerle debia desprenderse de una parte de sus pretensiones, persistia con inflexibilidad en estas. Luis sin embargo, conduciéndose vigorosamente con esta potencia á la cual se proponia plegar á sus deseos, continuaba queriendo negociar. Manuel no lo rehusaba, pero bajo la condicion de poder ocultar á los austriacos con apariencias de hostilidades, las negociaciones pacificas que existian entre él y la Francia. Siguiendo estos trámites se presentó delante de Asti, defendida por nueve batallones franceses. Su gefe, secretamente instruido de que se encubria á los españoles y austriacos la disposiciones amigables de las dos naciones, economizó la sangre humana, y despues de una resistencia simulada, entregó una guarnicion que la paz iba á restituir á sus hogares. Los españoles gritaron traicion; la division se introdujo en el consejo entre estos y los franceses, y llegó á ser tal, que el mariscal de Maillebois, recelando por su propia seguridad en medio de los españoles, se ausentó y los puso de este modo en la necesidad de evacuar á Alejandria, por el temor de ser aquí forzados, como los franceses lo habian sido en Asti.

El rey de Cerdeña significó entonces el rompimiento de las negociaciones, y al mismo tiempo treinta mil austriacos al mando del jóven príncipe de Lichtenstein, bajaron á la Lombardia; hicieron que don Felipe evacuara á Milan, y con otros triunfos parciales arrebataron todos los puntos de apoyo de franceses y españoles. El peligro comun los une á estos, pero sin plan ni unidad en sus pareceres. El mariscal queria que se apresurasen á volver al estado de Génova cuya defensa hubiese sido fácil; pero locamente obstinado con su ducado de Parma, D. Felipe no pudo resolverse á perderle de vista. El ejército combinado fué atacado por los austriacos el 15 de junio bajo los muros de Plasencia. La victoria despues de nueve horas de combate, quedó por los austriacos. Los franceses perdieron diez mil hombres, y compensaron débilmente esta pérdida con la gran retirada que hizo honor al conde de Maillebois, hijo del mariscal, y que permitió al ejército el volver á entrar en el estado de Génova. Pero nueve mil españoles y siete mil franceses que quedaban de un ejército poco antes tan floreciente, se marcharon los unos á la Saboya y los otros á la Provenza. Génova, escasamente provista de víveres y ya bloqueada por una escuadra inglesa, se encontró tambien en la necesidad de abrir sus puertas á los austriacos, que entraron el 6 de setiembre, mientras que el rey de Cerdeña por su parte hacia capitular á Savona y Final, recobraba el condado de Niza y penetraba en Francia.

Antibes fué atacada por los aliados: para formalizar su sitio era necesario artilleria, y no la tenian. Se resolvieron á sacarla de Génova. Los austriacos mandaron su estraccion, pero olvidaron todos los miramientos hasta obligar á los vecinos á que la bajasen de las murallas. Ya lastimados por tantas contribuciones exhorbitantes que exigidas sin tregua habian agotado los tesoros del Banco y apurado los recursos de los particulares cuyas quejas eran castigadas con nuevas multas, estos, con un despecho concentrado, se resignaban á la nueva humillacion, cuando un bastonazo dado por un oficial austriaco á uno de los desgraciados conductores de la artilleria, fué como una chispa eléctrica que en un momento hizo pasar á todo el pueblo del estremo de la abyeccion á toda la exaltacion del valor y de la venganza. Todos los austriacos esparcidos por la ciudad y bien distantes de pensar en una sublevacion, fueron degollados al instante. El marqués de Botta, su gefe, que participaba tambien de su seguridad tenia su cuartel en un arrabal, pero cerráronsele las puertas de la ciudad. El arsenal fué destruido; las campanas tocaron á rebato; los labradores de las inmediaciones acudieron al socorro del populacho armado, y esta tropa inexperta supliendo con su energia la falta del arte arrojó al marques, no tan solo de sus muros sino del territorio de la república.

Este acontecimiento tuvo una influencia inmediata en la Provenza, donde los austriacos amenazaban á Tolon y Marsella. Ya el conde de Brown que habia devastado hasta el Duranza, principiaba á escasear de víveres que antes los sacaba de Génova, cuando el mariscal de Belle-Isle llegó con algunas tropas, aseguró la provincia, y detuvo desde el primer momento los progresos del enemigo. Ayudado despues por un refuerzo de españoles enviado por el nuevo rey de España, Fernando VI, que acababa de suceder á Felipe V su padre, hizo temer á los austriacos el ser cercados, determinándolos de esta manera á una pronta retirada, la que aconteció en los primeros dias del año siguiente.

La Francia era mas dichosa en Flandes que en Italia. El rey que se habia trasladado á aquel pais, fué testigo de una parte de las conquistas del mariscal de Sajonia y del príncipe de Conti. Este habia sido llamado de Alemania, donde su presencia era inútil despues de la neutralidad de los Círculos que habia sido procurada por el rey de Prusia. Lovaina, Malinas, Arschot, Amberes, Mons, Saint-Guillain, Charleroy y Namur fueron el fruto de las sábias maniobras del mariscal. El mes de octubre habia llegado. Hizo proponer al príncipe Carlos que mandaba los aliados, el tomar uno y otro sus cuarteles; mas el príncipe, que se acordaba quizá de la toma de Bruselas en medio del invierno, desconfiando de una proposicion que no habia sido sugerida mas que por amor á la humanidad, respondió que no recibia consejos de sus enemigos. «Ya que no acepta, dijo Mauricio, es preciso que lo haga por fuerza,» y le presentó en seguida la batalla que fué aceptada. El príncipe Carlos, colocado á la izquierda del Mosa entre Lieja y Maestricht, cubriendo esta plaza, objeto de los ardientes deseos del mariscal, que dueño de este punto importante, hubiera inundado la Holanda sin obstáculos. Las aldeas de

Liers, de Warem y de Raucoux, provistas de numerosa artillería, estaban al frente de los aliados. Habia que ganarlas para llegar hasta los enemigos, y los franceses se hallaban en la misma posicion en que se encontraron los ingleses en Fontenoy; pero aquellos fueron mas felices en su maniobra. Los puestos de Warem y de Raucoux tomados á la bayoneta, permitieron á su impetuosidad el arremeter desde entonces con menos peligro. Consiguieron la victoria; pero lo corto de los dias en la época del 11 de octubre les robó una parte de las ventajas que debian haber sacado. El principe Carlos, de todos los generales el menos desconcertado por una derrota, repasó el Mosa á favor de la noche y pudo proteger todavía á Maestricht.

Los ingleses inquietaron las costas de Bretaña é hicieron una inútil tentativa contra la ciudad de Lorient, depósito de la compañia francesa de las Indias orientales. Desembarcaron el 3 de octubre en número de cinco mil hombres; mas ora por terror pánico, ora por temor de las averías que podia esperimentar su flota en una costa descubierta, se volvieron á embarcar á los cinco dias. Los ingleses ignoraban las pérdidas que su propia compañia sufria á la sazon en el centro mismo de su poder. La Bourdonnaye, gobernador de la isla de Borbon, cuya colonia nuevamente formada lo habia sido con los restos de una mas antigua en la isla vecina de Madagascar, y Dupleix, gobernador del establecimiento de Pondichery, en la costa oriental de la Península de la India, causaban dichas pérdidas.

La Bourdonnaye, que en vano habia prevenido al ministerio que no se podian mantener en un estado de neutralidad los establecimientos comerciales de las dos naciones en esta parte del mundo, y



El rey y la duquesa de Chateauroux despidiéndose de la reina.

que no habia podido conseguir fuerzas suficientes para proteger las propiedades francesas, habia suplido con su industria la negligencia del gobierno. Construyó por sí mismo buques y armó barcos mercantes, formándose de esta manera una escuadrilla de nueve buques, con la cual afrontó y batió, á la altura de Negapatnam, la flota inglesa del almirante Peyton, á quien privó por algun tiempo del imperio de estos mares, y se aprovechó de esta ocasion para poner sitio á Madras, capital de los establecimientos ingleses de la costa de Coromandel. Se apoderó de ella el 21 de setiembre; pero contrariado por las instrucciones que tenia de no conservar las conquistas, puso la ciudad á contribucion mediante 1.100,000 *pagodas*, cerca de diez millones de libras francesas. Dupleix, á quien se suponen prevenciones rivales con respecto á La Bourdonnaye, rehusó ratificar esta convencion y tomó posesion de la ciudad. Pretestó que el tratado no era bastante ventajoso á la compañia, cuyos intereses habian podido ser sacrificados á los del general, y manifestó al gobierno que era traidor un guerrero lleno de celo y de luces, quien en lugar de los honores y las gracias que parecia deber esperar en su patria á su vuel-



Luis XV y madama de Pompadour.

ta, no encontró mas que cadenas. A los tres años de padecimientos en la Bastilla fué reconocida su inocencia, y no salió de su calabozo mas que para sucumbir á las enfermedades que en él habia contraido.

El año 1747 fué para Versalles un año de fiestas y regocijos, motivados por el segundo casamiento del Delfin. El año precedente, en el mes de junio habia perdido á la infanta Maria Teresa al parir una hija que no sobrevivió á su madre mas que dos años. Su segunda mujer Maria Josefa fué escogida entre los mismos aliados de los enemigos de la Francia. Maria Josefa era hija del elector de Sajonia que habia echado á Estanislao del trono de Polonia haciéndole correr peligros inminentes en Danteick; mas la gloria del mariscal da Sajonia, su tio natural, habia principiado á descartar unas prevenciones que las cualidades personales de la princesa acabaron de disipar. Desde los primeros dias de su casamiento dió pruebas de su buen carácter y de la solidez de su talento. El Delfin habia conservado la mas tierna memoria de la infanta, en términos que derramó lágrimas aun en medio de los preparativos del himeneo. Observólo la delfina; «Dejad correr vuestras lágrimas con entera libertad, le dijo; ellas me patentizan lo que debo esperar de vuestra estimacion, si tengo la dicha de merecerla.» La etiqueta exigia que uno de sus mas brillantes adornos fuese un brazalete con el retrato de su padre. La reina no se atrevia á poner en él los ojos. Sin embargo, creyó deber resignarse, y la dijo: «Hija mia, veamos el retrato de vuestro padre.—Sí, madre, respondió la Delfina, ved como se le parece.» Al mismo tiempo lo acercó á sus ojos, y la hizo reconocer á Estanislao.

Génova habia tardado muy poco en ver otra vez bajo sus mu-

ros á los austriacos y piamonteses, y los escesos que habian acompañado su emancipacion la precisaron á defenderse; pero por mucha decision que animára á sus ciudadanos, habrian sucumbido muy pronto, si la Francia no hubiera podido remitirles algunos socorros en metálico y de cuatro á cinco mil hombres, que á las órdenes del duque de Boufflers, digno heredero del mérito militar de su padre, lograron burlar la vigilancia de la escuadra inglesa. Reforzados con esta tropa esperimentada, atacaron los genoveses con ventaja los puestos mas cercanos de los sitiadores, á quienes precisaron á alejarse cada vez de su recinto. Al mismo tiempo el mariscal de Belle-Isle pasaba el Var, y volviendo á entrar en el condado de Niza obligó al rey de Cerdeña á abandonar á Génova para acudir á la defensa de sus propios estados. Al verse los austriacos sin él no se creyeron bastante fuertes para reducir la ciudad y así se retiraron. La escuadra inglesa levantó entonces un bloqueo que ya era inútil, y Génova se quedó enteramente libre. Atacado de viruelas el duque de Boufflers cuya habilidad y constancia habian preparado este triunfo, no vió el feliz éxito de sus afanes, habiendo sido su sucesor el duque de Richelieu quien recogió sus frutos. Inscrito en el libro de oro de la nobleza de Genova, y honrado con una estátua entre las de los grandes hombres que habian merecido bien de la república, pagó de este modo el reconocimiento genovés sus servicios y los de su predecesor.

El verdadero autor de la salvacion de Génova, realizada por una diversion, era el mariscal de Belle-Isle, quien siémpre entregado á su carácter emprendedor, imaginó inquietar entonces al rey de Cerdeña en el mismo Piamonte, enviando al efecto á su hijo el conde de Belle-Isle hasta mas allá de Brianzon para forzar la garganta del Assiette, sobre el camino de Exiles. Catorce mil hombres divididos en tres brigadas, debian atacarle por todos lados. El conde, que llegó el primero con su columna al punto de reunion, no juzgó necesario esperar á las otras, y sin artilleria, con una temeridad que el mismo triunfo no podia escusar, acometió las sólidas trincheras construidas sobre una roca casi inaccesible, provistas de una artilleria formidable, y defendidas en parte por desertores que no podian aguardar cuartel y por otras tropas cuyo número, todavia problemático, fué aumentado ó disminuido, segun se quiso vituperar ó justificar la empresa del general francés. Dos horas de inútiles esfuerzos, durante las cuales los piamonteses pudieron escojer víctimas á su placer, costaron á los franceses dos mil heridos, cuatro mil muertos, casi todos sus oficiales, y entre estos el jefe imprudente que los guiaba y que plantó en vano una bandera en las trincheras enemigas. Privado por sus heridas del uso de sus manos, trataba todavía con mas desesperacion que verdadero valor, de arrancar, segun se cuenta, las empalizadas con sus dientes cuando recibió el golpe mortal. Despues de este horroroso desastre que aconteció el 22 de julio, se consideraron demasiado dichosos con poder invernar todavia en el condado de Niza.

Los holandeses, que en calidad de simples auxiliares de los enemigos de la Francia, hacian á esta una guerra demasiado real, esperaban siempre de su aparente neutralidad, que su territorio continuaria libre de las calamidades de la guerra: sin embargo, tenian interés en que no se terminára estas por lo beneficiosas que eran á su comercio. Convencido por fin el rey de que los holandeses no proporcionarian acomodamiento alguno, cambió de política con respecto á ellos, y formó la resolucion de atraerlos por sus propios peligros, á disposiciones sinceramente pacíficas. Sin declararles guerra les hizo significar, que así como tres años antes veinte mil holandeses se habian presentado cerca de Lila, sin pretender hostilizar al rey, del mismo modo pensaba entrar en su territorio sin ningun deseo hostil contra la república, y con la sola intencion de privar al Austria y á la Inglaterra de los recursos que estas potencias sacarian de ella. Esta notificacion causó alarma en las Provincias Unidas, y el pueblo creyéndose en las mismas circunstancias en que habia estado cuando la invasion de Luis XIV, quiso recurrir á los mismos medios de salvacion, y obligó á sus magistrados á proclamar Estatuder, y Estatuder hereditario, al príncipe de Orange, Guillermo-Carlos-Enrique Frisson, de la rama de Nassau-Diest, hijo del que se distinguió en Malplaquet y biznieto de Albertina de Nassau-Dillemburgo, segunda hermana del famoso Guillermo III, y su heredera por testamento.

El duque de Cumberland, que en este año mandaba los aliados en Flandes, y que con gran detrimento de la salud de sus soldados, habia levantado sus cuarteles muy temprano, habia pasado á la izquierda del Mosa, con intencion de cubrir á Maëstricht, por donde el mariscal de Sajonia parecia obstinarse en principiar las operaciones contra la Holanda. Este presentó una batalla para llegar por tal medio á atacar la plaza. Esta batalla fué aceptada el 2 de julio en Laufeld, aldea ocupada por los aliados, á poca distancia de la ciudad. Dicha aldea fué el punto sobre el cual se dirigieron los esfuerzos que debian decidir de la victoria. Tres veces los franceses fueron de él desalojados; al cuarto ataque lo dominaron estos completamente, y la jornada se declaró por ellos. El ejército batido repasó el rio; pero acantonado en el ducado de Limburgo estuvo siempre en disposicion de defender á Maëstricht. En la imposibilidad de desalojarle de sus posiciones, el mariscal inventó los medios de retenerle para facilitarla conquista del Brabante holandés. Merced á este plan, los fuertes de Ecluse, Gante, Perle, Liefskenhoek y Zantberg, y las ciudades de Axel y Ternause, pasaron en muy poco tiempo al poder de los franceses que pretendieron no conservarlas mas que á título de depósito; pero la mas brillante de sus conquistas fué la de Berg-Op-Zoom. Esta ciudad, que habia resistido al duque de Parma y á Spinola, y en la cual despues Cohorn habia agotado todos los recursos de su arte; preservada por sus lagunas de una circunvalacion completa, pudiendo recibir constantemente recursos de toda especie por sus comunicaciones con el mar, y á la sazon protegida por un ejército acampado en medio de las inundaciones que le escudaban, pasaba por inespugnable, y parecia deber serlo. Sin embargo fué atacada por el conde de Lowendahl. Del servicio de Rusia, que habia dejado al subir al trono Isabel, lo mismo que Keith y Lasci, por el temor de sufrir la suerte de Munich, Lowendahl nacido en Hamburgo, del nieto de un bastardo del famoso Federico III, rey de Dinamarca, habia pasado al servicio de Francia en calidad de teniente general. A pesar de sus talentos, dos meses de obstinados trabajos, un perpétuo fuego y considerables pérdidas, apenas habian podido abrir una mediana brecha en la plaza. Pero el valor francés la creyó suficiente para el asalto, que se dió el 16 de setiembre, cuando la mala estacion iba á imposibilitar la prolongacion del sitio. Esta hazaña valió al conde el baston de mariscal.

Amsterdan temblaba, y Lóndres no estaba sin inquietud. No obstante los ingleses obtenian en el mar inmensas ventajas, acabando de destruir los restos de la marina francesa, que desde el principio de las hostilidades luchaba con cuarenta navios, contra ciento veinte que contaba entonces la Inglaterra.

El 14 de junio, al marchar el marqués de la Jonquiere á las indias orientales con seis navíos que escoltaban un convoy, encontró á la altura del cabo de Finisterre, una escuadra de diez y siete navíos ingleses, mandados por los almirantes Warren y Ansan, y no pudo salvar mas que el honor. Cuatro meses despues, ocho navíos últimos despojos del poder naval francés, destinados á la América, y mandados por Etanduere, encontrándose igualmente interceptados cerca de Belle-Isle por el almirante inglés Hawke con catorce navíos, se batió con el mismo valor que en Finisterre, y poco mas ó menos con la misma fortuna. Sin embargo, un convoy de doscientas cincuenta velas fué salvado, y de los buques de guerra, dos solamente, el *Rayo* montado por Etanduere, y el *Intrépido*, por el conde de Vaudreuil, pudieron entrar en Brest y formaron entonces toda la marina de Francia. Este combate es célebre en los anales de la armada francesa por la resistencia que hizo el *Rayo*, atacado por algun tiempo por la línea entera de los ingleses. Fatigado de sus esfuerzos, considerándole ellos como una presa que no podia escapárseles, le dejaron respirar un momento; pero burlados en su esperanza, renovaron un combate tan inútil como el primero. Llegó á escapárseles, y fué remolcado por el *Intrépido*, que habia acudido á participar de sus peligros, y que tuvo igualmente parte en su gloria.

El cansancio de esta guerra que duraba hacia ocho años, la dificultad de reclutar ejércitos, las devastaciones y las contribuciones que aniquilaban á los paises invadidos, la ruina de los comerciantes de todas las naciones beligerantes, el deseo de los reyes de Prusia y de Cerdeña por consolidar sus adquisiciones con una paz general, el temor sobre todo de los holandeses por su propia existencia, y las instancias cerca de los aliados, eran grandes elementos para una pacificacion, por la cual ya se habia abierto en Breda, un congreso que despues se celebró en Aquisgran. A pesar del voto general, las disposiciones presentes eran mas hostiles que nunca: los aliados esperaban un socorro de treinta mil rusos que ya habian penetrado en Moravia, y era necesario un gran golpe para dar un impulso decisivo á las tendencias pacíficas. El mariscal de Sajonia, que no cesaba de repetir que la paz estaba en Maëstricht, se preparó á descargarlo. Amenazando á la vez á Breda y Luxemburgo, inquietó á los aliados sobre su verdadero designio; y cuando estos siempre inciertos de su punto de ataque se determinaron á abandonar las márgenes del Mosa, cayendo de improviso sobre sus dos orillas, llegó por fin á cercar á Maëstricht. Su prediccion se verificó con una exactitud singular; pues esta ciudad fué atacada el 15 de abril, y el 30 los preliminares tan deseados eran firmados en Aquisgran entre Francia, Inglaterra y Holanda. Las otras potencias beligerantes accedieron sucesivamente, y el 18 de octubre se acordó la paz definitiva con una precipitacion y una incuria imperdonables, que en lugar de un medio para restablecer la buena inteligencia entre los pueblos, fueron al contrario causa de una nueva guerra.

Jamás, despues de unas hostilidades tan largas y en las cuales tantas potencias habian tomado parte, se vieron menos cambios en sus dominios. La España no perdió nada; solamente consintió en que los ingleses continuaran con el de los *asientos* negros por los cuatro años, en que hubieran gozado de este derecho, si la guerra no hubiese sobrevenido. Lo concerniente á la Alemania habia sido

casi definitivamente arreglado en el convenio de la reina de Hungría con el rey de Prusia: de manera que no hubo grandes obstáculos con este motivo. Las dificultades tampoco fueron considerables en cuanto á Italia, que quedó dividida poco mas ó menos como estaba antes. A escepcion del estado de Plasencia y del marquesado de Final, el rey de Cerdeña se mantuvo en posesion de lo que se le habia concedido en el tratado de Worms por la reina de Hungría, á saber: el Vigebanasque y parte del Pavesano entre el Pó y el Tesino. El marquesado de Final fué adjudicado á los genoveses, y los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla fueron dados á D. Felipe, hermano segundo de D. Cárlos, en reconocimiento de que la Francia restituia los Paises Bajos á la emperatriz. La Saboya y Niza quedaron para el rey de Cerdeña.

Los ingleses, que habian intentado en vano el recobrar á Madrás y desquitarse en Pondichery, sitiada por el almirante Boscawen, y gloriosamente defendida por Dupleix y por Bussy su teniente, fueron restablecidos en la India al mismo ser y estado que tenian antes de la guerra. Por su parte restituyeron á Luisburgo y la Isla Real en el cabo Breton; pero se hicieron conceder la Acadia de una manera indefinida, abandonando la fijacion de los límites á las discusiones amigables que con tal motivo se promoverian, al tenor de la estipulacion insignificante, «de que todas las cosas volvieran al mismo ser y estado en que se hallaban ó debian hallarse antes de la guerra.» Hay derecho á conjeturar por las consecuencias de esta cláusula suspensiva, que ellos devorarian de antemano la totalidad de las posesiones francesas en estos climas para apropiarse esclusivamente la pesca del bacalao y el comercio de pieles; y que si sometieron sus pretensiones á conferencias, no era mas que para madurar en alguna manera los medios de la invasion proyectada. Se devolvió á los holandeses todo lo que se les habia tomado; de modo que despues de ocho años de una guerra sangrienta y ruinosa, que aumentó mil doscientos millones la deuda del Estado, nada quedó á la Francia, ni aun la satisfaccion de sacudir el oprobio de Dunkerque, y restituir á esta ciudad la ventaja de su puerto.

Créese que en el tratado de Aquisgran hubo un artículo secreto en cuanto al pretendiente. El jóven príncipe, retirado en Paris, recibió del rey al pronto insinuaciones, luego exhortaciones, y últimamente órdenes de dejar la Francia. Persuadido de que si se alejaba seria olvidado para siempre, el príncipe se obstinó en permanecer; pero fué cogido y puesto fuera de las fronteras, no sin que un grito de indignacion se alzara de todos los ángulos de la Francia contra la debilidad del monarca, á quien se acusaba de obedecer servilmente á la Inglaterra, olvidando la noble prerogativa de su reino de ser el asilo de los reyes desgraciados. Despues de este tiempo y hasta su muerte, acontecida en 1788, Cárlos Eduardo llevó en diferentes paises una vida oscura, pero con la gloria de no haber rehusado sino buscado las ocasiones, esponiéndose á todo por recuperar la corona de sus padres.

Luis XV se habia portado en muchas ocasiones de esta guerra, de una manera que le mereció alguna gloria militar; pero poco sensible á estos triunfos, frecuentemente se le veia abandonarlos, para volver á entregarse en la indolencia de su corte á los desórdenes que labraron el deshonor de su vida. A la duquesa de Chateauroux habia sucedido en la intimidad del rey una mujer de la última clase del pueblo, á quien su belleza habia proporcionado la intimidad de Normand de Etioles, y que fué conocida despues con el nombre de la marquesa de Pompadour. Una depravada madre la habia inspirado en su infancia el culpable pensamiento de cautivar el corazon de un monarca, y sus artificios lo consiguieron; pero política en su proyecto, la pasion no entró para nada en este. De esta manera jamás tuvo envidia ni celos; al contrario en la época de su mayor favor é indudablemente por su sola solicitud, puesto que todo lo arreglaba ella en el Estado, se vió al monarca francés, al rey cristianísimo, con desprecio de las costumbres y de las miradas de Europa, formar, á ejemplo de los potentados musulmanes del Asia, un verdadero serrallo de beldades comunes, prodigando para esto tan considerables sumas que hubiesen sido suficientes durante muchos años, para el sostenimiento de escuadras numerosas y de ejércitos considerables. Se valua que cien millones de vales al contado, billetes que sin especificar el servicio á que eran destinados, no necesitaban mas que de la firma del monarca para ser pagados, sufragaban en su mayor parte á estos vergonzosos gastos. Nos han quedado multitud de memorias sobre esta parte de la vida privada de Luis XV, cuyas noticias sería mejor ignorar, que presentarlas ni aun con el sello del vituperio. Aunque se cubra el fuego para impedirle que chispee, siempre quema. La única diferencia que se observa entre Luis XV y Luis XIV, su bisabuelo, á quien desgraciadamente imitó y escedió en los desórdenes, es que este último monarca obró con dignidad hasta en sus vicios, y tuvo casi el arte de ennoblecerlos con el velo brillante de la galantería con que los cubrió; pero el biznieto se deshonró con viles amores, que no se pueden escusar con la sorpresa ni el delirio de la pasion, y con abyectos desórdenes de que hasta el pueblo se avergonzaba. Por un contraste muy raro, en medio de sus grandes estravíos, Luis XV conservó siempre gran respeto á la religion; notándosele siempre mucha exactitud en cumplir ciertas prácticas devotas. No sufria que se atacase á la religion en los discursos, y frecuentemente patentizó que sentia las disputas de la iglesia no tanto por las dificultades que se originan, cuanto por el triunfo que proporcionaban á los incrédulos.

La doctrina de estos, doctrina que amenazaba y debia derribar lo mismo el trono que el altar, hacia entonces rápidos progresos, á consecuencia de la propagacion de escritos y folletos llamados filosóficos, cuyos numerosos sarcasmos menos notables por su buen gusto, que por el grosero olvido de todos los miramientos, ultrajaban tanto la moral como la autoridad de la religion. Voltaire, á quien la superioridad y variedad de sus talentos literarios hubiesen rodeado de una gloria pura y no disputada, si frecuentemente no hubiese prostituido su pluma á este mal género de composiciones, embriagado entonces por una especie de furor contra el cristianismo, se habia hecho gefe y patriarca de la nueva secta. Diderot y Alembert eran como sus tenientes; Argens, Boulanger, Freret, Prades, La Mettrie y otros adeptos menos conocidos, fomentadores de las sociedades de Helvecio y Holbach, eran por decirlo así, el cuerpo del ejército. Algunos nombres mas ilustres merecieron llenar esta lista escandalosa, como Buffon, Montesquieu y Condillac, á quien sin embargo no se les puede agregar sin injusticia. El paradógico é inconsecuente Rousseau hizo bando aparte. Un tono mas decente, un estilo perfecto, una elocucion fascinadora, la cualidad sobre todo de la persuasion, le grangearon mas estimacion, aunque acaso no la mereciese, y conquistaron al filosofismo los ánimos de un carácter mas suave, que reprobaban la acritud y el cinismo de la escuela de Voltaire.

En estas circunstancias apareció en 1749 el edicto de *manos muertas*, que prohibia al clero, ya privado de la facultad de enagenar sus bienes, la de adquirir nuevos. Este fué el último edicto que selló el canciller Aguesseau, que á la edad de ochenta y un años pidió y obtuvo su jubilacion al siguiente año. Tuvo por sucesor en su dignidad á Guillermo de Lamoignon de Blancmesnil; pero los sellos fueron dados al autor del edicto, el ministro de Hacienda Machault, quien desde 1745 reemplazaba á Filiberto Orry, sobrado económico para madama de Pompadour. La favorita logró hacer despedir en 1749 al conde de Maurepas, sumamente estimado del rey, y ministro de Marina hacia veinte y siete años, por haberse permitido epigramas crueles contra la marquesa. Su empleo pasó á Antonio Rouillé, el cual no tenia ninguna nocion en la marina; sin embargo, su corto ministerio fué notable por útiles progresos en el número y la forma de las construcciones, y por la emulacion de aprender que supo inspirar á los marinos. Solo el conde de Argenson, ministro de la guerra, segundo hijo del guardasellos del mismo nombre y última hechura del cardenal de Fleuri que le habia elevado al ministerio algunos dias antes de su muerte, resistia á la marquesa porque le necesitaba. El fué quien hizo instituir en 1751 la escuela militar para la instruccion de quinientos caballeros faltos de fortuna. Ya se le debia el haberse concedido la nobleza al mérito de los militares que llegaban al grado de oficiales generales, y aun á los que no habiendo ascendido mas que á capitanes contasen un padre y abuelo con el mismo grado.

Las disposiciones del edicto de *manos muertas* eran tan evidentemente discretas, que no habian esperimentado ninguna contradiccion. No sucedió lo mismo con otra tentativa que al siguiente año hizo el ministro de Hacienda, para que se apreciaran los bienes del clero, á fin de que contribuyeran á las cargas públicas en la misma proporcion que los demas ciudadanos. Mas feliz que las otras clases del Estado, el clero habia sabido mantenerse hasta entonces con el derecho de discutir el impuesto que se le pedia, y de concederlo libremente, de donde se derivó el nombre de *donativo*. No se le podia acriminar por haber sabido conservar su derecho; pero cometió el desacierto de quererlo defender, alegando sus inmunidades. Logró conservarlas aumentando su donativo, y aun tuvo influjo para que fuera trasladado á marina el ministro que le era temible en hacienda. Sechelles, y despues de él Moras su yerno, que la marquesa le dió por sucesor, no podian inquietar la cosa pública mas que con su insuficiencia. Poco antes de dicha traslacion, Machault habia hecho espedir el 17 de setiembre, el famoso decreto para la libertad del comercio de granos dentro del reino, disposicion que debia dar nueva vida á la agricultura. Rouillé su predecesor en el ministerio de marina, pasó entonces al de negocios estrangeros, vacante por dimision del marques de Puisieux.

El triunfo del clero pareció odioso á la filosofía. Mas que nunca fué aquel blanco de las saetas de esta, y desgraciadamente entonces se prestaba al desprecio y á la calumnia por el escándalo de las nuevas disensiones religiosas que debilitaron su autoridad, indisponiéndola con la magistratura. La indiscrecion de los jansenistas habia frecuentemente dado márgen á la reproduccion repentina de los

disturbios que se creían ahogados. Ahora no se pudo reprocharla mas que á sus adversarios. Beaumont ocupaba entonces la silla episcopal de la capital. Ortodoxo en su fe, instruido, desinteresado y caritativo, poseía todas las virtudes de su ministerio, pero ignoró quizá la medida de contemporisacion exigida por la prudencia. Es un principio reconocido, que es necesaria la tolerancia con respecto á ciertos espíritus que no son bastante fuertes para soportar la verdad, no siendo menos constante, que esta tolerancia debe tener tambien sus límites, para no ser cómplice en el vicio ó el error. El límite por otra parte que separa en este punto el bien del mal, es tan difícil de determinar, que no se podria inculpar á la buena fe de haberlo desconocido; y este es el caso en que se encontró el arzobispo de Paris. Se puede creer, que se equivocó sobre la naturaleza de las circunstancias en que se encontró; y hasta se podría asegurarlo, bajo la autoridad del ilustre Benedicto XIV, á quien el rey hizo intervenir en estas tristes contiendas.

La bula *Unigenitus* escomulgaba los adictos al quesnelismo; pero entonces sepultados bajo el ridículo de las escenas de San Medardo, privados de la estimacion de que por tanto tiempo habian disfrutado, y desprovistos de los beneficios que hubieran podido darles influencia, vejetaban en un silencio casi absoluto, á que acababan de quedar reducidos y en que indudablemente hubieran concluido, si no se hubiese venido á estimular de nuevo la terquedad de sus sentimientos. El arzobispo concibió el escrúpulo de profanar los sacramentos de la Iglesia, concediéndolos á moribundos tachados de jansenistas; y en lugar de suponer caritativamente que los que los reclamaban eran aparentemente dignos de recibirlos, ó que habian abjurado los errores que podian impedirles el serlo, creyó que su conciencia no le permitia tolerar sacrilegios posibles, y que era su deber asegurarse por todos los medios, que los reclamantes estaban en comunion con la Iglesia por su ortodoxia. El medio que imaginó, ó mas bien que puso en vigor, fué el de las cédulas de confesion en que se estampaba el nombre del director de los enfermos, así como la fe de los requeridores con respecto á la bula *Unigenitus*. Ya se habia empleado este medio contra los protestantes, despues contra los apelantes y aun en algunas diócesis, como la de Sens, se habia estendido su uso á la comunion pascual.

El célebre Coffin, sucesor de Rollin en la universidad de Paris, el duque de Orleans, llamado el Devoto, y muchos otros personajes mas ó menos notables, se vieron privados por tal causa en el artículo de la muerte del consuelo de los socorros espirituales. El parlamento que no tenia noticia de escomunion notoria, y exigia que esta fuese notificada para su valor y legitimidad, juzgó haber lugar á la apelacion por abuso, y sentenció contra el cura de San Esteban del Monte, Bouettin, que habia rehusado los sacramentos. El clero vió en este acto de rigor una pretension á disponer de las cosas espirituales, y se quejó de que la autoridad judicial invadiese la eclesiástica, y pusiera la mano en el incensario. El consejo del rey entró en sus sentimientos, y anuló el fallo del parlamento. A las reclamaciones del tribunal, el rey respondió que él se encargaba de remediar la indiscrecion de los pastores, y manifestó el deseo de que se cortáran tales disputas. Mas con menosprecio de semejante deseo, el parlamento publicó el 18 de abril de 1752, un decreto solemne prohibiendo negar los sacramentos por falta de cédulas de confesion y por respeto á la constitucion *Unigenitus*. Un nuevo decreto del consejo anuló el del parlamento: declaró que la voluntad del monarca era que se le diera cuenta de tales diferencias antes que los tribunales conociesen de ellas; mandó que se respetase la bula como ley de la Iglesia y del Estado, y ordenó, por último, el silencio sobre las contestaciones. Mas para conseguirlo, los ánimos estaban sobrado enardecidos; y los obispos así como el parlamento continuaron haciéndose una guerra sin descanso, en la cual el rey interpuso y comprometió su mediacion.

A principios de 1753, con motivo de haberse rehusado los sacramentos á una religiosa, la acrimonía llegó á su colmo y tuvo consecuencias bien graves. El parlamento encausó al mismo arzobispo, ocupó sus temporalidades y convocó los pares. El rey prohibió á estos el corresponder á la llamada de los magistrados y mandó á estos que sobreseyeran en todos los procesos por negativa de sacramentos. El parlamento hizo reclamaciones que el rey no quiso escuchar. Entonces entregándose á una especie de desobediencia abierta, y olvidando que él no era mas que una creacion de los reyes, de los cuales había recibido todas sus atribuciones, declaró que no podia obedecer ni queria en consecuencia sobreseer en dichos procesos. El rey no podia ceder sin que su autoridad dejase de existir. Por consejo del conde de Argenson, el 9 de mayo, varios magistrados fueron desterrados. La alta cámara, de la cual se habia esperado mas deferencia, parecía entregarse al mismo fanatismo, y fué enviada desde luego á Pontoise y en seguida á Soisons. Una cámara real, compuesta de consejeros de Estado y de togados, fué instalada para suplir la falta del parlamento en la distribucion de la justicia; pero no pudo suplirle, en razon á que los abogados, procuradores, notarios y otros oficiales subalternos rehusaron prestar sus servicios. Este estado de cosas duró catorce meses.

Finalmente, el 23 de agosto de 1754 el nacimiento del duque de Berry, demasiado conocido despues con el nombre del infortunado Luis XVI, pareció al rey una ocasion favorable para aflojar su severidad, y por sus órdenes, el ministro de hacienda Machault, enemigo del conde de Argenson, estableció una negociacion, y el 5 de setiembre fué restablecido el parlamento. Se convino en que no continuaran los procedimientos comenzados, y que se guardara el mas absoluto silencio sobre estas materias, habiéndose encargado tal cuidado al mismo parlamento. Desgraciadamente el rey no estaba suficientemente seguro de la discrecion de los obispos. Renováronse las negativas: el parlamento las castigó con destierros y multas; y como no mandó administrar los sacramentos, apoyóle el rey quien desterró al arzobispo de Paris, y á los obispos de Orleans y de Troyes, que habian sostenido á sus subordinados en tales actos.

¿Pero quién sabe contenerse en sus triunfos? El favor concedido al parlamento, le hizo emprendedor; y con motivo de alguna nueva negativa que reprimió, admitió la apelacion del procurador general apelante por abuso de la misma bula *Unigénitus*, porque «ninguna eclesiástico la atribuia el carácter y los efectos de las reglas de fé.» Esto era ya una cosa estemporánea. El consejo se vió forzado á reprimir este nuevo intento, que podia sumirlo todo en un caos, y recordó como otras veces que la bula habia sido reconocida como ley de la Iglesia y del Estado. Esta declaracion reanimó algun tanto al clero, que despues de la vuelta del parlamento habia estado humillado.

En su asamblea ordinaria del año de 1755, para votar sobre el donativo acostumbrado, aprovechó la reunion de una parte de sus individuos para escogitar los medios de restituir la calma á los ánimos y á las conciencias. Pero los obispos se dividieron sobre este punto: diez y seis fueron de una opinion, y diez y siete de otra. No pudieron ponerse de acuerdo, y fué necesario que dirigieran una consulta al Papa para recibir sus instrucciones. Esta era una obra digna de Benedicto XIV, pontífice lleno de caridad, que habia sabido conciliar la estimacion y el respeto de todos los disidentes de la comunion romana, y al cual se atribuyen proyectos de reunion de las diferentes sectas, separadas de la Iglesia. El Papa respondió á las instancias de los prelados y á las del rey, por medio de una carta angelical, escrita para reconciliar los partidos, y que por su misma prudencia no podia ser todavía apreciada por ánimos tan preocupados. Recordando las constituciones apostólicas de sus predecesores sobre la autoridad de la bula, regla de fé que no se podia infringir sin crímen, declaraba indignos en efecto de los sacramentos, y semejantes á los pecadores públicos, á aquellos cuya rebelion era notoria. Pero en cuanto á los enfermos que no eran mas que sospechosos, queria, con objeto de prevenir todo escándalo, que fuesen solamente advertidos del peligro en que ponian su salvacion, persistiendo en los sentimientos reprobados por la Iglesia, y que fuesen administrados de su cuenta y riesgo. Este breve del 16 de octubre de 1756 fué suprimido el 17 de noviembre por el parlamento, á pretesto de que contravenia á la ley del silencio: pretesto miserable que acreditó poca buena fé en el deseo de sofocar los trastornos, y que al contrario manifestaba una mala disposicion cuyas funestas consecuencias tardaron poco en hacerse sentir, inspirando á los magistrados un tardío é inútil arrepentimiento.

Se principiaba entonces la guerra con Inglaterra, y las hostilidades amenazaban estenderse por Alemania. Eran necesarios impuestos, y para que fueran legítimos hacia falta el registro del parlamento. Este cuerpo se habia propuesto sacar partido de su aquiescencia. La corte esperó eludir sus proyectos por medio de una sesion régia que fué señalada en Versalles para el 21 de agosto. El parlamento rehusó dar su opinion, y protestó á su vuelta á Paris. Al mismo tiempo se ligaba con los otros parlamentos del reino contra las invasiones del gran consejo, sospechando que el monarca queria sustituirle; y á fin de ofrecer mas resistencia procuraba formar de todos los tribunales superiores un solo cuerpo de magistratura, un parlamento único solamente distribuido en diferentes clases.

A estas pretensiones, cuyo peligro espuso el canciller Lamoignon en el consejo, el rey opuso el 13 de setiembre una nueva sesion regia en que hizo registrar tres declaraciones. En la primera se renovaba el precepto del respeto debido á la bula, pero esta no era calificada de regla de fe. El juicio de negativas de sacramentos, era encomendado á los tribunales eclesiásticos, y se reservaba al Parlamento la apelacion por abuso: débiles restricciones, demasiado suficientes para atenuar la amargura de lo que quedaba por conocer. La segunda declaracion, era relativa al Parlamento: las cámaras no podrian reunirse sin permiso de la alta cámara; ninguna denuncia podria verificarse mas que por medio del procurador general; nada de voto deliberativo, antes de diez años de servicio; órden de registrar los edictos despues de la respuesta del rey á las reclamaciones permitidas; prohibicion en fin de interrumpir el curso de la justicia, so pena de desobediencia. La tercera declaracion

completo el estupor por la supresion de la mayor parte de las salas de ponentes y relatores, foco ordinario de todas las resoluciones estremadas. Los magistrados permanecieron por algun tiempo aturdidos de tan inesperado golpe; pero vueltos en sí y agraviados por no haber podido hacer prevalecer sus sistemas, creyeron tan honroso para ellos como embarazoso para la corte el ofrecer sus dimisiones. Treinta y un miembros solamente de la alta cámara tuvieron la firmeza de no ceder á la seduccion del ejemplo, y de arrostrar la opinion de pasar por cobardes.

Es necesario haberlo visto, para concebir la especie de frenesi que se apoderó de los parisienses, á quienes las reclamaciones sobre los impuestos sagazmente mezcladas con las representaciones sobre los asuntos de la Iglesia, ligaban fuertemente al Parlamento. Se sabia que las resoluciones vigorosas contra los edictos vejatorios salian casi siempre de la juventud, la cual era casi enteramente escluida por el reglamento de la sesion regia. De aquí se originó disgusto por tal esclusion, y prodigáronse elogios á los dimisionarios que unian su suerte á la de los escluidos, y violentas reconvenciones á los que no los imitaban. Mirábanse unos á otros con ceño y se contrariaban en las conversaciones; el cisma reinaba en el clero, la discordia en las familias. Hablábase contra el gobierno y aun contra el rey, principalmente en las casas de los magistrados dimisionarios de una manera violenta y capaz por desgracia de trastornar las cabezas ligeras.

Hubo una prueba de esto en lo que aconteció en Versailles el 5 de enero de 1757. Al subir el rey al carruage, fué herido de una puñalada por Roberto Francisco Amiens, malvado, disoluto y perseguido por ladron. El golpe no fué mortal, se vió por su proceso que no habia cómplices, y que fué impulsado á este crimen, por el descontento general, que se desahogaba en quejas y espresiones poco respetuosas sobre la conducta del monarca. El mismo asesino declaraba no haber tenido el designio de matarle, sino solamente el de advertirle que gobernase mejor. Sin embargo fué condenado por el corto número de magistrados que restaban en la primera cámara al suplicio de los criminales de lesa magestad. El celo que patentizaron en este negocio y la afliccion del pueblo enternecieron al rey. Es verdad que hubo una transformacion repentina en todos los ánimos, los cuales estaban como asombrados de haberse entregado á escesos, cuyas consecuencias podian haber sido muy funestas. Semejante predisposicion indujo á los mas obstinados á no falsear las condiciones de un acomodamiento, el cual sin embargo fué tan equívoco como los precedentes; siempre algunas clausulas por el uno y el otro partido: restablecimiento de la mayor parte de los consejeros removidos; libertad para que volvieran algunos de los obispos que por su exagerado celo por bula habian sido confinados á sus diócesis y otros puntos; destierro al interior del Perigord. al arzobispo de Paris, cuya obstinacion en negar los sacramentos fué pintada al rey como una de las causas del peligro que habia corrido; en fin, nuevo precepto de guardar absoluto silencio sobre las materias controvertidas; perdon, amnistía y olvido general de todo lo pasado. Con estas condiciones, el Parlamento fué restablecido el 1.° de setiembre, y tal fué el último acto de las disputas religiosas causadas por el jansenismo.

En el primer momento de la catástrofe, en que se tembló por la vida del monarca, la favorita fué alejada, y el Delfin, que con las cualidades de su abuelo el duque de Borgoña, se hallaba reducido como este por la desconfianza á la opresion é inutilidad, fué llamado al consejo, en que no permaneció mas que poquísimo tiempo. Disipada la alarma, volvió madama Pompadour triunfante. Machault, el *hombre del gusto del rey*, que habia intimado á la favorita la órden de alejarse, y el conde de Argenson que habia celebrado abiertamente su desgracia, fueron sacrificados en obsequio de ella, y el ministerio en lo sucesivo careció de vigor. El departamento de la guerra fué confiado al sobrino del conde, Paulmy, hijo del marques de Argenson, que habia tenido la direccion de los negocios estrangeros desde 1744 á 1747, y era autor de las *Consideraciones sobre el gobierno*. En cuanto á Machault fué reemplazado por el ministro de hacienda, Perine de Moras, que reunió los dos empleos y los desempeñó de una manera tan insuficiente como Chamillard en otro tiempo los de hacienda y guerra. El resto del ministerio se componia del conde de Saint Florentin y del abate de Bernis conde de Lyon y despues cardenal, que no tenia todavia mas reputacion que la que se habia adquirido con algunos versos agradables, pero que protegido por la marquesa fué elevado al departamento de negocios estrangeros.

Mientras que con un esceso de celo ventilaban los doctores los asuntos de la Iglesia, unos comisarios franceses é ingleses principiaron á fines de setiembre de 1750 á discutir en Paris, con la paciencia de negociadores, los intereses que las estipulaciones mal definidas de la paz de Aquisgran, habian dejado por arreglar entre la Francia y la Inglaterra. Estos intereses eran: 1.°, los límites de la Acadia ó nueva Escocia, que los ingleses estendian hasta el rio San Lorenzo, y que los franceses por medio de los fuertes de Beau, Sejour y de Gasparaux, que habian edificado en el Istmo, enfrente de los que tenian los ingleses, reducian á la península entre Terranova y la Nueva Inglaterra; 2.°, las islas Caribes, de Santa Lucía, la Dominica, San Vicente y Tabago, cuya propiedad se disputaban las dos naciones.

No es de estrañar que en tal asunto que exigia el reconocimiento del mismo terreno, y por consiguiente viajes y retardos indispensables, se hubiesen prolongado las conferencias. Interin las controversias que duraron cinco años, unas veces animadas, otras lánguidas y frias, mantuviéronse las dos naciones como en un estado de guerra. Los franceses construian navios y reforzaban su marina; los ingleses vieron en estas precauciones, no solamente la intencion de defenderse, sino el designio formal de atacar, y creyendo deber cortar con la espada el nudo de las dificultades, cuya solucion temian quizá no les seria ventajosa, tomaron bruscamente el partido de anticiparse á sus adversarios, y llevaron en 1754 las hostilidades á los confines de las provincias que motivaban la contienda.

Los ingleses habian traspuesto las montañas de los Apalaches, que separaban sus colonias de las francesas del Canadá y de la Luisiana, pretendiendo que un espacio de mil doscientas leguas interpuesto entre estas dos provincias, no podia hacer parte de aquellas, y que les asistia igual derecho que los á franceses. Estos, que tenian el mas grande interés en no dejar interrumpir la comunicacion de sus establecimientos, alegaban la posesion, y aducian en prueba una cadena de fuertes que habian construido en estos desiertos, ya sobre los lagos de donde corre al Norte el rio San Lorenzo, ya sobre el Ohio, que naciendo cerca de los mismos lagos termina por el Mediodia en el Mississipi, y por este rio en el golfo de Méjico. Pero esta prueba era el perjuicio mismo de que se quejaba la Inglaterra, la cual meditaba la destruccion de estos puntos de apoyo, y á su vez intentaba levantar otros semejantes fuertes en dichos parajes: de aquí la construccion furtiva de diversos fuertes, y entre otros del de la *Necesidad*, cerca del fuerte Duquesne, que los franceses tenian sobre el Ohio.

Noticioso de esta empresa el comandante de los establecimientos franceses sobre el Ohio, envió al fuerte de la Necesidad un oficial llamado Jumonville con una carta, por medio de la cual los ingleses eran invitados á no trastornar la paz con sus sordas usurpaciones. Pero mientras el enviado, creyendo ir á una conferencia pacífica se apartaba de una escolta de cincuenta hombres que le acompañaba, fué asesinado de un tiro y toda su fuerza hecha prisionera. El gefe que mandaba los ingleses en estas circunstancias era Washington, que despues se hizo tan célebre por hazañas de otro género. Este acontecimiento ocurrió el 24 de mayo, y el 8 de julio Villiers, hermano de Jumonville, enviado á castigar á los violadores del derecho de gentes, recibia por capitulacion el fuerte de la Necesidad, que él hubiera podido tomar por asalto, si hubiese sido menos generoso. Con estraordinario asombro de los salvajes, que no podian comprender su moderacion, sacrificó su venganza particular á la satisfaccion de romper las cadenas de los compañeros de su hermano. Prometiósele volverlos á traer de Boston, adonde habian sido conducidos, pero no se cumplió enteramente tal promesa.

El descalabro sufrido por Washington despertó la solicitud del gabinete de Lóndres, que hizo pasar numerosos refuerzos á sus colonias, y que sin declaracion de guerra se creyó autorizado para concertar planes de invasion contra los establecimientos franceses. La espedicion mas considerable dirigida contra el fuerte Duquesne, fué confiada al general Braddock, oficial designado por el mismo duque de Cumberland, y recomendable por su valor y sus conocimientos militares. Mas la táctica de maniobras de que Braddock podia estar orgulloso en Europa, era un talento inútil en los bosques espesos y solitarios de América. Sin embargo se marchó con presuncion, la cual se le aumentó al comparar la superioridad de sus tropas, que ascendian de cinco á seis mil hombres, con el corto número de sus adversarios. Habiendo partido del fuerte de Cumberland á fines de junio de 1755, sabedor de que los franceses esperaban un refuerzo, se apresuró á estorbar esta union; y dominado del pensamiento de que el enemigo debia temblar á su aproximacion y esconderse en sus parapetos, no se ocupó de otra cosa mas que de darle alcance, sin cuidar de esplorar las vias que á él conducian. El 9 de julio lograba casi su objeto, y se jactaba á la vez de su habilidad, su diligencia y exactitud de su juicio, cuando en medio de una garganta y en lo mas espeso de un bosque casi impenetrable, una descarga inesperada hecha por enemigos invisibles, sembró un terror pánico en sus fuerzas, que al instante se desbandaron. En vano procuró Braddock reunirlos; solo el oficial oyó su voz; pero esto no bastaba para atraer la fortuna del combate, y el imprudente general que se obstinó en mantenerse firme, no hizo mas que asegurar su ruina. Este golpe de mano fué el fruto del valor de doscientos cincuenta franceses solamente, y de quinientos á seiscientos salvajes que los secundaban, los que colocados sobre

los árboles y guarecidos en las malezas, disparaban á los ingleses con un acierto maravilloso, apuntando principalmente á los oficiales. El general Braddock fué del número de las víctimas, y Washington quien hizo la retirada. Se le encontró á Braddock todo el plan de la invasion del Canadá, trazado en plena paz por su gobierno, que sin duda se habia propuesto combinar las operaciones marítimas con las que proyectaba por tierra.

El 10 de junio, en efecto, en el momento en que Braddock se ponia en movimiento para su espedicion, la escuadra inglesa del almirante Boscawen atacaba y arrebataba en la altura de Terranova dos navios de guerra franceses, separados de una escuadra que habia llevado refuerzos al Canadá; y despues, trescientos barcos mercantes, que bajo la fé de la paz, recorrian los mares con seguridad, fueron apresados como lo hubiesen sido por piratas unos buques sin defensa. Esta pérdida fué inmensa para la Francia, que obligada á una guerra marítima se vió de esta manera privada de la esperiencia irreparable de cinco á seis mil marineros.

El gabinete de Versalles no podia desconocer la imposibilidad de evitar la guerra; pero hallándose sin elementos para sostenerla, continuó en negociar y pidió reparacion de los actos de pirateria cometidos en su marina mercante. Una negativa esplícita de dar satisfaccion mientras subsistiera la cadena de fuertes hasta mas allá de los Apalaches, significada el 13 de enero de 1756 por Enrique Fox, despues lord Holland y entonces ministro de negocios estranjeros, trajo por fin á las dos partes á declaraciones formales que no podian diferirse por mas tiempo. La Francia tenia en esta época 63 navios de línea, pero de estos solo 45 estaban en disposicion de ser montados. Machault distribuyó de tal manera tan corto número de navíos, que mantuvo inquieta á toda la marina inglesa. Una apariencia de desembarco preparada en las costas de Normandía, una flota armada en el puerto de Brest dispuesta á favorecerla, y otra en Tolon, cuyo destino era desconocido, algunos navíos en varios parajes de la América y el haber enviado al marqués de Montcalm al Canadá, produjeron buen resultado. La Inglaterra que se habia propuesto invadirlo todo sin obstáculo, se vió reducida desde los primeros dias de la guerra á temblar por sus lares, y mientras llamaba á su socorro tropas del continente, la Francia aprovechándose de este error, desembarcaba el 17 de abril en Menorca un ejército de 12,000 hombres, el cual á las órdenes del duque de Richelieu emprendió el sitio del fuerte de San Felipe, plaza la mas respetable de Europa despues de Gibraltar.

Sus fortificaciones trazadas por los planos de Vauban, y á prueba de bomba y cañon, estaban abiertas en una roca, que dentro encerraba casamatas, donde el soldado encontraba un abrigo seguro, y por fuera ofrecia un aspecto impenetrable que no permitia abrir trincheras. Por último, numerosas minas podian tragar á cada momento á los valientes, que á pesar de tantos obstáculos se hiciesen dueños de algunos importantes puntos de defensa de la plaza. Hacia dos meses que se trabajaba con muy pocos progresos en establecer baterias de ataque, cuando se observó una escuadra inglesa de catorce navios de línea, que llegaba al socorro de los sitiados, mandada por el almirante Byng, hijo del vencedor de Passaro. Aunque inferior en tres navios, la escuadra francesa al mando del marqués de la Gallissoniere, no titubeó en ir á su encuentro para desconcertar el proyecto de los ingleses, y el 20 de mayo se empeñó entre las dos escuadras un combate célebre, en que el arte y el valor tuvieron igual parte, pero que merced á una artilleria servida con la mayor actividad terminó en favor de los franceses.

Byng estraordinariamente maltratado, y despues de inútiles esfuerzos para aproximarse á la ciudad y abastecerla, fué forzado á regresar á la bahia de Gibraltar, conduciendo varios de sus navios á remolque. A pesar del contratiempo de la flota inglesa, el resultado del sitio era incierto, y las enfermedades que se apoderaron del ejército parecian presagiar una retirada. El mariscal creyó deber intentar desde entonces, mediante un asalto, lo que desconfiaba obtener por los medios metódicos que hasta entonces habia empleado. Para darlo se señaló el 27 de junio. El soldado se metió en un foso de veinte á treinta pies de profundidad, y pareció por algunos momentos reducido á la imposibilidad de trepar por la roca en razon á que las escalas eran muy cortas; pero desde el peldaño mas alto de ellas oficiales y soldados subian á porfía sobre las espaldas de unos y otros, y á pesar de un fuego terrible se apoderaron por este medio de la cima de la roca. Así se hicieron dueños de tres de los cinco fuertes esteriores que sostenian la plaza. Lleno de espanto el teniente general Blakeley pidió capitulacion, y esta plaza considerada inespugnable, cayó en poder de los franceses.

Cuando estos entraron en ella, al contemplar lo imponente de sus defensas y los peligros que habian corrido, se estremecieron de su audacia, y en vano ensayaron el repetir á sangre fria la osada maniobra que les habia entregado esta fortaleza. Este rincon de la tierra, testimonio de tantas hazañas gloriosas para el nombre francés, presentó tambien un medio de disciplina que hace honor á la sagacidad del general. Este, despues de mil órdenes severas y siempre inútiles contra la embriaguez de su ejército, dispuso que todo soldado que se encontrase embriagado, seria privado del honor de subir al asalto; y desde este momento se alejó completamente tal vicio del ejército.

El amor propio de la Inglaterra sufrió mucho mas por esta espedicion, que al principio de la guerra precedente. Bing, mas desgraciado que el almirante Matthews fué víctima de los contratiempos. No se podia dudar que se hubiese portado con valor, y hecho verdaderos esfuerzos para llenar su mision; pero como estos no habian sido afortunados, se les consideró insuficientes é infringiendo el código penal, Bing fué declarado culpable y condenado á la pena capital. El infortunado almirante habia conocido con anticipacion la violencia de la prevencion que se le tenia y la imposibilidad de vencerla, por lo que decia á sus amigos: «Dejad de defenderme; mi proceso es un asunto de política, y no un exámen de mi conducta.»

Inglaterra no buscó entonces el apoyo del Austria, otras veces su fiel aliada. Temió que la sola conquista de los Paises Bajos por los franceses, la forzase á restituir las que la superioridad de su marina le prometia en América y en las Indias. La Francia, que por su parte podia concebir el pensamiento de establecer compensaciones con la invasion del electorado de Hannover, habia desistido de tal idea en pos de un exámen mas maduro. Una guerra continental debia disminuir sus recursos para sostener la marítima. Estas dos potencias, sin embargo, se hallaron arrastradas á su pesar por la ambicion del Austria. Maria Teresa suspiraba siempre por la Silesia, y verificaba armamentos que inquietaban al rey de Prusia. Ella, se habia reunido para despojarle, con la Rusia y el elector de Sajonia, y procuraba por medio de seductoras ofertas, y sobre todo, agasajos multiplicados á madama de Pompadour, comprometer á la Francia en su contienda.

Federico tuvo conocimiento de estos manejos por conducto de la Inglaterra que puso en él los ojos para defender el electorado en caso de ataque. Su mútuo interés les hizo firmar en Lóndres, el 16 de enero de 1756, una alianza que tenia por objeto impedir la entrada de tropas estranjeras en Alemania. Esta convencion no irrogaba ningun perjuicio á los intereses bien entendidos de la Francia; pero su amor propio resentido de una medida que parecia imponerla una ley, y el despecho, reunido á una seducciones del Austria, dió márgen á una contra alianza de 1.° de mayo, que despues de tanto como se hostilizaron las dos casas pareció una monstruosidad. Estipulóse en este tratado un socorro de veinte y cuatro mil hombres en favor de cualquiera de las dos potencias que fuese atacada en el continente; y esta cláusula sumamente inútil para la Francia, que por nadie estaba amenazada, tardó muy poco en arrastrarla á otros compromisos mas considerables que paralizaron todos sus esfuerzos en el mar, y acabaron por causar la destruccion entera de su marina.

Sin embargo el rey de Prusia, espuesto á una tempestad que parecia deber aniquilarle, no se atemorizó, y trató de compensar con su celeridad en prevenir los designios de sus enemigos, la desproporcion de sus fuerzas con las contrarias. Aunque todas las tendencias fuesen á la guerra, en todas partes se gozaba de completa paz. Despreciando este estado de cosas, pero obligado por la necesidad de su propia conservacion, Federico, cuyo tesoro era abundante, y cuyo ejército siempre estaba dispuesto y perfectamente instruido, hizo entrar de improviso en Sajonia al príncipe Fernando de Brunswick su cuñado, quien se apoderó de Leipsick el 20 de agosto. Un mes despues él mismo habia entrado en Dresde, de donde el rey de Polonia, enteramente desprevenido, acababa de salir, haciendo á su enemigo proposiciones de paz á las cuales este no contestó mas que con estas palabras concluyentes y secas: «nada de lo que me proponeis me conviene.» Mas firme que su marido, la reina de Polonia, hija del emperador José, habia permanecido en Dresde. Federico apenas hubo llegado á esta ciudad se marchó á palacio, y de aquí á los archivos. La reina le cerró su entrada por sí misma, pero sin respeto á su dignidad la separó á la fuerza, y Federico estrajo el fatal tratado que justificaba su invasion.

El ejército sajon, ascendiendo á diez y siete mil hombres, estaba reunido en Pirna sobre el Elba, á poca distancia de Dresde, en un campo inexpugnable por su posicion, pero mal provisto de víveres donde esperaba con seguridad reunirse con sus aliados. Federico lo bloqueo con parte de sus tropas, y con el resto marchó hácia la frontera de Bohemia en busca de Brown, gefe de un ejército de cincuenta mil austriacos que Maria Teresa enviaba contra él, despues de haberle intimado en vano que evacuara el electorado. Brown habia ya pasado el Eger, y siguiendo la corriente del Elba se aproximaba á Pirna, cuando el 1.° de otubre encontró en Lowositz el débil ejército de Federico, que no era mas que la mitad del suyo; pero la habilidad del monarca, el entusiasmo que inspiró á sus soldados y la terrible arma de la bayoneta triunfaron del número, y obligaron á Brown á repasar el Eger. Federico volvió en seguida á Pirna, cuyos defensores, consternados por su victoria y abatidos por el hambre, tuvieron que capitular.

Tan hábil político como sábio guerrero, procuró entonces hacerse un aliado del mismo príncipe á quien acababa de despojar; pero desconfiando del vencido, retiró sus ofertas, se permitió marcharse á Polonia, desde entonces obró como soberano en su conquista y sacó de esta los recursos que habia esperado de las negociaciones, reclutando un ejército é incorporándole todas las fuerzas sajonas. Así se abrió la guerra llamada *de siete años* del mismo modo poco mas ó menos y por el mismo príncipe que habia dado la señal de la que habia terminado la paz de Aquisgran.

Por lo demas esta guerra no se parece á la de la Pragmática, en que mediaron muchos tratados; esta no solo fué muy sangrienta, sino tambien obstinada, sin casi ninguna proposicion de arreglo, en razon á que las tres potencias no podian persuadirse, que al menos á la larga, no llegasen á reducir á un príncipe cuyas fuerzas eran tan inferiores. Este por el contrario, sostenido por su valor y un genio fecundo en recursos, no se desanimaba por los reveses, ni se adormecia por los sucesos. Una derrota era para él el preludio de una victoria. Multiplicaba sus tropas, haciéndolas por decirlo así, volar de un estremo de sus estados al otro. Vencido y perseguido, se presentaba con fuerzas donde menos se le esperaba. Perdió su capital y le recuperó; hizo frente al rey de Suecia, que fué de los primeros en aumentar las filas de sus enemigos; á la Francia que envió contra él imponentes fuerzas; á los rusos y á los austriacos, en fin, que mandados por hábiles generales le embistieron, invadieron sus estados, y separaron sus ejércitos. Pero estos multiplicados descalabros eran para Federico, un medio de triunfo mas brillante: concentró sus esfuerzos, reconquistó sus plazas, penetró en los estados de sus enemigos, les hizo desear la paz, y á fuerza de constancia y de talento obtuvo y mereció á la vez, el descanso y el sobrenombre de *Grande*. Tal es el cuadro general de esta guerra, cuyos detalles son tan poco gloriosos para la Francia, como poco justos sus motivos para hacerla, habiendo sido tambien la política que la dirigió poco prudente.

El soldado frances se mostró como siempre, valiente, intrépido y celoso de la gloria de su nacion; pero fué mal guiado. La intriga de las familias, el ascendiente de una favorita, la consideracion del nombre y del nacimiento, mas que la capacidad, dieron gefes á los ejércitos. Hubo en los de tierra, traiciones conocidas y no castigadas; y en los de mar cobardías disimuladas. Las escuadras francesas espuestas imprudentemente, ó defendidas con flojedad, desaparecian de los mares, mientras que los enemigos paseaban insolentemente su pabellon á la vista de las costas francesas que insultaban algunas veces. Es verdad que se ganaron tantas batallas como se perdieron; y que los esfuerzos de los franceses en el continente de la Europa fueron bastante dichosos; pero no correspondieron las operaciones marítimas. Los ingleses se apoderaron de casi todos los establecimientos franceses de Ultramar, arruinaron la compañía de Indias y aniquilaron el comercio francés.

Federico no tenia ninguna falta para la corte de Versailles, si se esceptuan algunas chanzas que se habia permitido sobre la debilidad del monarca en su consejo, donde no dominaba como debia, y sobre sus relaciones poco decorosas, que todavía fueron mas viles en lo sucesivo. El monarca prusiano no intentaba mas que conservar la Silesia; la Francia hubiera debido ayudarle en razon á que así se disminuia la preponderancia de la casa de Austria, que estaba muy poderosa. Pero el resentimiento de Luis XV, las lisonjas del Austria con madama de Pompadour, tratada de *amiga* y de *buena prima*, en las cartas confidenciales de María Teresa, y las súplicas de la jóven Delfina á quien se hizo interceder por su padre, lo dispusieron de otro modo y trajeron la fatal determinacion cuyos inconvenientes se habian previsto.

La Francia no se contentó con ser auxiliar, y en lugar de entregar solamente los veinte y cuatro mil hombres que se habia tan gratuitamente comprometido á prestar mandatos por el príncipe de Soubise, envió á Alemania otro ejército de sesenta mil hombres, destinado á conquistar el Hannover y á compensar así las conquistas de Inglaterra fuera del continente. El mariscal de Sajonia no existia ya entonces para conducirlo á la victoria: este ilustre guerrero, que solo fué grande á la cabeza de los soldados, habia muerto en 1750 á consecuencia de una intemperancia habitual. Uno de sus discípulos, el mariscal de Estrees, ocupaba su lugar. En una época en que la marquesa distribuia todos los empleos y era necesario adularla para conseguirlos, el mariscal, nieto de Luvois, y sobrino por su madre del último mariscal de Estrees, cuyo nombre y bienes haba heredado, no debió mas que á su mérito la eleccion que en él habia recaido. Así, apenas fué nombrado, ya se hablaba de su sucesor, y la intriga daba esperanzas de serlo á muchos oficiales generales de su ejército. Entre ellos se citaba particularmente al conde de Maillebois, nieto de Desmarett y yerno del ministro de la guerra.

El duque de Cumberland, demasiado débil para resistir á los sesenta mil hombres franceses que invadian el electorado, no habia opuesto al paso del Rhin y á la ocupacion de Hesse mas que una retirada necesaria, pero prudente que no dejaba de exigir circunspeccion por parte del mariscal. Sus rivales se prevalieron de esta conducta para calumniarle. No era, con esta tímida reserva, decian, como debe guiarse á los franceses; y mejor dirigidos, hace mucho tiempo debian haber derrotado al enemigo. A estas quejas dictadas por la envidia, el mariscal respondió, atacando el ejército hannoveriano en Hamelen, sobre la derecha del Weser. El general inglés fuertemente atrincherado detras de un bosque, tenia su derecha apoyada en la ciudad y su izquierda en la aldea de Hastembeck, al pie de las montañas que separan la Westphalia del pais de Hannover, y que poblada de árboles estaban cortadas por torrenteras y guarnecidas de artillería. El intrépido Chevert encargado de forzar la izquierda, cumplió su deber con su inteligencia y bravura acostumbradas, y de allí se marchó al centro del enemigo, imaginando que el conde de Maillebois que mandaba la derecha y cuya habilidad era notoria, iba á hacer ocupar el puesto que él abandonaba; pero la lentitud del conde en moverse, permitió al príncipe heredero de Bruswick el anticiparse y cortar la vuelta á Chevert. La inaccion del conde, despues de esta primera falta y aun sus disposiciones de retirada, inutilizaron enteramente los triunfos de Chevert, y comprometieron la salvacion de un ejército victorioso que en aquel dia debia haber destrozado al inglés. Engañado por las falsas medidas y aun los avisos falsos de su teniente, el mariscal iba á ordenar que se cediese el campo de batalla, cuando advirtió que el enemigo iba de retirada. Persiguióle hasta Hannover que le abrió sus puertas, y este fué el término de sus progresos. Una cábala, mientras que él batia al enemigo acababa de darle al mariscal de Richelieu por sucesor, fué conducido con tanta torpeza que removió en medio del prestigio del triunfo á un hábil general, á quien ni aun la traicion habia podido privarle de la victoria. Al menos así fué considerada la conducta del conde de Maillebois. Llevado al tribunal de los mariscales de Francia, consideraciones á su padre y el favor de una proteccion poderosa parecieron haber parado el curso de la justicia; no se conoció de su proceso y de su juicio mas que la corta detencion que él sufrió en el castillo de Dourlens, y en seguida volvió á presentarse en la corte.

El mariscal de Richelieu, siguiendo los planes de su predecesor, que despues d0 haberlos comunicado como buen ciudadano, habia partido como héroe *(Cartas del mariscal de Richelieu)*, acosaba al ejército batido con una actividad que se comparaba con poca justicia con la lentitud del mariscal de Estrees. En los primeros dias del mes setiembre, de tal modo habia rechazado los hannoverianos en las cercanías de Stader sobre el Elba, que debian sufrir la suerte de las tropas sajonas en el campo de Pirna. En esta situacion casi desesperada, el duque de Cumberland recurrió á la mediacion del rey de Dinamarca; y con esta débil garantía, fué ajustada el 8 de setiembre la famosa y equívoca convencion de Celostersevon, que enviaba una parte del ejército hannoveriano á sus hogares; continuaba el resto en Stade; ponia el electorado hasta el fin de la guerra, bajo la proteccion de la Francia, y por la cual el mariscal se felicitaba de haber disuelto á la vez el ejército inglés y privado al rey de Prusia del apoyo que se habia prometido de este lado para cubrir sus estados.

Este príncipe, desde el principio de la campaña, dejando un débil cuerpo á las órdenes del anciano general Lehwald, opuesto á los rusos que se aproximaban lentamente, habia tomado la ofensiva en Bohemia, lisongeándose destruir con su celeridad dos ejércitos que la emperatriz formaba en este reino; el primero á las órdenes del príncipe Cárlos de Lorena, y el segundo á las del mariscal Daun. Federico, despues de haber rechazado al conde de Kenigseck, que defendia la frontera, penetró sin obstáculos hasta Praga, donde encontró al príncipe Cárlos. Igual ardor de combatir inflamaba á los dos gefes y les hace soportar con impaciencia y aun con desprecio, los consejos mas prudentes ó mas tímidos de sus hábiles tenientes, Schwerien de una parte, y Brown de la otra, y el 6 de mayo se dió la señal de la destruccion de cuarenta mil hombres. Tal fué en efecto la consecuencia del mútuo encarnizamiento de los combatientes, que esta batalla fué la mas mortífera de cuantas se dieron en el curso del siglo XVIII. Schwerien quedó en el campo de batalla y Brown murió pocos dias despues de las heridas que recibió en ella. La victoria fué del rey de Prusia; y aunque su pérdida casi igualó á la de los vencidos, se atrevió á atacar en Praga á cuarenta mil austriacos que habian escapado de la carnicería.

No obstante el mariscal Daun habiendo recibido refuerzos, avanzaba al socorro de la plaza. Federico formó el designio de sorprenderle y dejando al mariscal Keith con veinte mil hombres solamente en sus líneas, se delizó secretamente. Daun retrocedió al verle, y pareció ceder al ascendiente de un monarca victorioso. Federico, sordo á las observaciones de sus generales, que sospechaban ficcion en esta retirada, acosaba cada vez mas al enemigo. El mariscal hizo alto el 18 de junio sobre el Elba, hácia Kolin y Chotzemitz, donde habia escogido el campo de batalla en una colina, y donde se estrellaron contra sus hábiles disposiciones y contra la inmovilidad de

sus soldados siete furiosos asaltos de los prusianos, y todo el arte y la sábia táctica nueva de que era inventor Federico. La pérdida de veinticinco mil soldados que tuvieron en esta ocasion los prusianos en muertos, heridos y desertores, y una salida acertada de la guarnicion de Praga á la noticia de la batalla, obligaron á Federico á levantar el sitio y aun á evacuar la Bohemia. Con motivo de la batalla de Chotzemitz, y para recompensar á los valientes que en ella se distinguieron y á los que siguiesen su ejemplo, la emperatriz instituyó su órden de María Teresa.



Damiens intentando asesinar al rey.

A este primer revés que esperimentó el rey de Prusia, sucedieron la derrota de su aliado en Hastembeck, la del general Lehwald, en Welau sobre el Pregel, en Prusia, por el general ruso Apraxin, una ventaja del príncipe Cárlos sobre el de Brunswick-Bevern y sobre el mariscal Ketk en la Silesia, y finalmente la capitulacion de Closterseven, mas sensible para él que una batalla perdida. Al mismo tiempo los rusos habian entrado en Memel, los suecos en Pomerania, y el general austriaco Halddick habia puesto Berlin en contribucion. Federico, atrincherado en la Sajonia, la asolaba completamente; pero era molestado por el mariscal Daun, y rodeado de enemigos poderosos y victoriosos, parecia destinado á ser cogido en la inmensa red tendida en rededor suyo. Nadie dudaba de su próxima ruina, y él creyó lo mismo en algunos instantes. Confesaba en sus cartas confidenciales, no ver mas que en la muerte un remedio á su posicion desesperada. Poco á poco penetró la jovialidad en su espíritu, y renació al fin la confianza. Sus enemigos se la proporcionaron en parte con sus falsas medidas. Apraxin, dueño de penetrar en Silesia despues de su victoria, se retiró: lo que permitió á Lehwald trasladarse á Pomerania y arrojar de este territorio á los suecos. El mariscal de Richelieu esperaba en la inaccion la ratificacion de su convenio con el duque de Cumberland, y dejaba que se le adelantara á Magdeburgo el príncipe Fernando de Brunswick, que puso esta plaza á cubierto de todo ataque.

Veinticinco mil franceses sin embargo á las órdenes del príncipe de Soubire habian dejado el Hesse, y reunidos con el ejército de los círculos, fuerte de treinta mil hombres y mandado por el príncipe de Sajonia Hilburghausen, amenazaban ir á buscar al rey de Prusia en Sajonia, cuando este obligado á batir sus enemigos separadamente, para libertarse de ellos, juzgó á propósito principiar las operaciones por este lado. Con una habilidad admirable burló con veinte mil hombres la vigilancia del mariscal Daun y reforzó un débil cuerpo de sus tropas que solo podia observar los movimientos de los imperiales; pero ya se estaba á fines de octubre, y los aliados, renunciando á su primer proyecto, repasaban el Sara para tomar cuarteles de invierno. Esto era precisamente lo que deseaba evitar Federico, que no queria encontrarse en frente de este enemigo en la primavera, y que por otra parte necesitaba de grandes hazañas para restablecer su reputacion y la influencia de sus armas. Para atraer, pues, á los aliados al combate, cesó de disimular su inferioridad, afectó temor, y con una precipitacion peligrosa, pero necesaria á su designio, se retiró hácia Merseburgo, y se escondió, por decirlo así, en Rosbach. Los aliados, que habian dejado escapar el momento favorable de perseguirle, variaron de parecer al verle fuera de peligro, y el 5 de noviembre, lisonjeándose de cortarle la retirada á Sajonia, se aproximaron á su campo, poniéndose en el compromiso de envolverlo. Federico entretuvo su seguridad con un reposo absoluto, y dejó que desfilaran tranquilamente sus columnas á lo largo de sus trincheras; pero cuando juzgó que estaban suficientemente descarriadas y en estado de no poder rehacerse, de repente desaparecieron sus tiendas y ofrecieron al desordenado enemigo un ejército formado en batalla y protegido por baterías que les era imposible inutilizar. Las primeras descargas disiparon las



Los franceses á una con los salvages, arrojando los ingleses del Canadá.

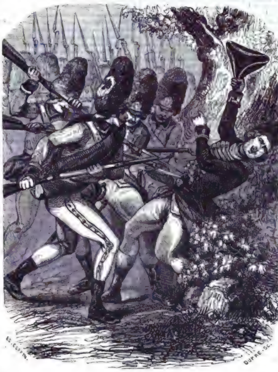
tropas estupefactas de los círculos ya medio vencidas por la sorpresa; y el ejército numeroso que se habia prometido destruir al débil de Federico, fué destruido. La caballería prusiana cayó por caminos desconocidos sobre la francesa que fué acometida por la espalda, y la infantería que se creyó vendida se desbandó en un abrir y cerrar de ojos. El combate no duró mas que un cuarto de hora: la reserva, mandada por el conde de San German, no tuvo tiempo para llegar, y solo pudo recoger los fugitivos que regresaron al Hesse y

la Franconia. Habian dejado tres mil muertos y siete mil prisioneros y el rey de Prusia, apenas prendió quinientos hombres.

El mariscal de Richelieu tardó poco en sentir en Westfalia los efectos de la derrota de Rosbach y en conocer la insuficiencia de las precauciones que habia tomado para confiar en el ejército hanoveriano. Al instante, en efecto, que la fuerza que le contenia en Stade, mas bien que el respeto á sus compromisos, vino á desaparecer á consecuencia de la derrota de los franceses, abundaron pretestos para eludir la capitulacion, y con un jefe, el príncipe Fernando de Brunswick que pretendia ser estraño á las transacciones, volvió á presentarse en campaña, cubriendo de nuevo los estados del rey de Prusia y las conquistas de este monarca. En vano el mariscal recordó al príncipe las estipulaciones del duque de Cumberland; en vano amenazó llevarlo todo á sangre y fuego en el pais que ocupaba, si la Inglaterra persistia en desconocer sus compromisos; en vano, con una severidad desmedida puso en ejecucion sus amenazas en el Hanover que conservó todavia por todo el invierno; el príncipe siguió su tendencia y sembrando con hábiles maniobras la inquietud en los cuarteles del mariscal, á los cuales él hizo temer el ser cortados, llegó, á pesar de un ligero descalabro, á arrojar los franceses del otro lado del Aller.

De Rosbach habia vuelto Federico á Silesia, donde, durante su ausencia y siete dias despues de su victoria, el príncipe de Bevern habia sido batido y hecho prisionero por el príncipe Cárlos en Breslau. Esta ciudad y la de Schweidnitz habian tambien caido en poder de los austriacos, y la Silesia parecia que iba á escaparse á la Prusia. Era necesario todavia un golpe de temeridad para evitar esta pérdida. Federico lo intentó: el soldado, que con su ausencia se habia desanimado, aplaudió su resolucion, y aunque con una mitad menos de fuerza quiso buscar al príncipe Cárlos. Este, orgulloso de sus recientes triunfos, se indignaba de la reserva de Daun que aconsejaba esperar al enemigo, á quien ahorró parte del camino, privándose de las ventajas de una posicion escogida. Los dos ejércitos se encontraron el 8 de diciembre en las llanuras de Lissa, cerca de Breslau. Apenas vió Federico al enemigo, le juzgó vencido; pero no lo consiguió sin emplear un arte profundo y movimientos enigmáticos que engañaron la sagacidad del mariscal y proporcionaron á los prusianos una victoria mas completa todavia que la de Rosbach. Los austriacos sembraron de cadáveres el campo de batalla y perdieron mas de veinte mil prisioneros, cuya mayor parte se habia refugiado en Breslau. Tales fueron en el continente las operaciones importantes de esta célebre campaña: fuera de él la lucha estuvo circunscripta á Francia é Inglaterra.

Esta tuvo ventajas en el Cañadá, donde Montcalm y Baudreuil se apoderaron del fuerte de Oswego ó de Chouaquen, sobre el lago Omtario, y del fuerte Jorge ó Guillermo Enrique uno de los baluartes de los establecimientos ingleses sobre el lago del Santo Sacramento, al Sur del Champlain. Con la destruccion del último desconcertáronse los proyectos de los ingleses acerca de las colonias del Canadá y de la Luisiana. Muchas escuadras dirigidas de diversos puntos sobre Luisburgo, frustraron otra invasion meditada por la Inglaterra y confiada al almirante Holborne, que mandaba quince navíos de línea. Pero cuando se aproximó á la rada para poner su plan en ejecucion, diez y ocho navíos que descubrió, le hicieron desistir. Sin embargo habiendo recibido un refuerzo, se disponia á un ataque, cuando una tempestad furiosa desmanteló todos sus buques y le obligó á guarecerse en Halifax. La flota francesa, que habia sido muy estropeada por la misma tempestad, no se consideró en disposicion de perseguirle, y el almirante Duvois de la Mothe creyó deber regresar á Brest, donde el desembarque de cuatro mil enfermos pareció justificarle; pero esta funesta partida entregó á Luisburgo sin defensa contra una nueva embestida de los ingleses en el año siguiente; y por falta de socorros, esta importante colonia se perdió para el reino, Algunas tentativas en las costas de Francia, débiles diversiones contra los primeros progresos de los franceses en Alemania, no surtieron ningun efecto, y solo contribuyeron al descrédito de los ingleses, quienes únicamente fueron afortunados este año en las Indias orientales.



Muerte del caballero Assas.

La paz de Aquisgran no habia interrumpido en ellas las hostilidades entre las dos compañías. Auxiliares de diversos príncipes de la Indias Dupleix por un lado, y Saunders por otro, habian continuado en afrentarse bajo las banderas de los Soubabes, nababes y rajahs, que en la decadencia del poderoso imperio del Mogol, se disputaban los reinos, las provincias y los distritos con que la política ó debilidad del príncipe investia con frecuencia á la vez á varios aspirantes. Los ingleses en el Tanjaour y los franceses en el Decan y en la Nababia de Arcate, donde se encuentra Pondichery recogian el fruto del reconocimiento del partido á quien proporcionaban el triunfar. En esta distribucion, los franceses habian sido los mas favorecidos, y ademas de un vasto territorio al rededor de Pondichery y de Karikal, ellos habian adquirido hácia el Sur y sobre la frontera de Tanjaour, la isla de Cheringham, formada por los brazos del Caberi, y hácia el norte Masulipatam y Chicacol con cuatro y cinco provincias que ofrecian doscientas leguas de costa á su comercio. Por último, Dupleix, habia conseguido que se le ofreciera la Nababia de Arcate por la corte de Delhy. Pero ya porque la Francia se asustase del poder de su propio agente, y por envidia de los ministros; ya por temor de inspirársela á los ingleses, se le mandó renunciar una dignidad que debia asegurar á los franceses la preponderancia en la India, y se le rehusaron los socorros que so-

licitaba para asegurarla completamente. Los ingleses, al contrario, hacian que pasara Clibe á la península con refuerzos. Esta diferencia de conducta ocasionó una revolucion en la India. La audacia de Dupleix no pudo suplir á su debilidad: sufrió un descalabro, cuyas consecuencias, de inmenso perjuicio para la Francia, hicieron pasar la Navabia de Arcate de manos de Chanda-Saet, que la tenia con la proteccion de los franceses, á las de Mehemet-Alí-Kan, su rival, el amigo y protegido de los ingleses. Estos sentimientos sirvieron de pretesto para la separacion de Dupleix, y este hombre que habia representado en la India el papel de un soberano, llegado á Paris, cuando Labourdonaye salia de la Bastilla, se vió olvidado y reducido á disputar los restos de su fortuna a los representantes de la compañía. Gudeheu, que fué su sucesor, hombre desnudo de toda ambicion y solo aficionado á los intereses comerciales, acordó una tregua con Saunders, y renunció de conformidad con él á todas las dignidades indianas, así como tambien á tomar parte en lo sucesivo en las disputas de los príncipes del pais. Tal era la situacion de los negocios con la India cuando estalló la guerra.

La compañía francesa habia escrupulosamente observado el tratado, y merced al administrador pacífico que tenia las riendas del gobierno, las hostilidades que se suscitaron entre los ingleses y el Soubab de Bengala, no la sirvieron de ocasion para intentar la reconquista de la superioridad perdida; pero quizá pensó recuperarla cuando se encendió la guerra entre las metrópolis. La ocasion era favorable: el Soubab acababa de apoderarse del fuerte de Calcuta que protegia el principal establecimiento de los ingleses sobre el Ganges. Los ciento cuarenta y seis ingleses que componian la guarnicion, fueron encerrados en un sótano que no tenia mas que diez y ocho pies en cuadro, ni mas que dos aberturas por donde apenas podia penetrar el aire. Por no despertar al Soubab para trasmitirle las súplicas de los infelices cautivos que solicitaban se les trasladara á otra parte, porque no podian respirar en dicha cueva, solamente se encontraron veinte y tres con vida al dia siguiente, y aun de estos fallecieron varios de resultas de lo que padecieron en tan espantosa noche.

Pero ya una escuadra inglesa mandada por el almirante Wattson, despues de haber castigado los desmanes del pirata Angria, cerca de Bombay, arribaba á fines de 1756 á aquellas aguas, y saltaba en tierra el afortunado Clive. No le fueron necesarias mas que dos horas para recuperar á Calcuta, y bastaron dos mil europeos para destruir el ejército del Soubab, fuerte de sesenta mil indios. Jaffer-Alí-Kan, ministro del virey, secretamente incitado por los ingleses, aprovechó sus reveses para reemplazarle, y pagó á sus protectores por medio de concesiones que facilitaron rápidamente á los ingleses la soberanía de Bengala, que les abandonó un emperador destronado. Libre de inquietudes por este lado, Clive se dirigió á la posesion francesa de Chandernagor, sobre el Ganges, mas arriba de Calcuta: se apoderó de ella en cinco dias, en el mes de febrero, á pesar de las ciento sesenta bocas de fuego y de una guarnicion de quinientos franceses y setecientos cipayos. Con esta conquista los ingleses se vieron libres de una competencia que por largo tiempo les habia arrebatado la mitad del comercio de esta rica comarca.

La ligereza del mariscal de Richelieu en la época de la convencion de Closterseven, sus devastaciones en el Hanover, y la falta de disciplina entre las tropas, favorecida por su connivencia o al menos por su descuido, habian ocasionado su remocion, y hasta se juzgó ser menester nada menos que el doble ascendiente de la cuna y de la dignidad, reunidas en un príncipe de sangre real, para reorganizar el ejército y atajar el espíritu de rapiña y licencia que habia infestado todas sus clases. El conde de Clermont, tio del príncipe de Condé y hermano del duque de Borbon y del conde de Charolais, príncipe que se habia distinguido en diferentes ocasiones, fué sobre quien se fijaron los ojos para empresa tan difícil. El castigo de algunos asentistas infieles y la separacion de cincuenta y dos oficiales que fueron echados por causa de insubordinacion, señalaron su llegada al ejército. Ocupóse en seguida en acercar sus acantonamientos, que diseminados en una estension de cincuenta leguas, se prestaban á las operaciones del enemigo para aislarlos unos de otros; pero su prevision no pudo evitar esta desgracia. Ordenes condicionales mal interpretadas hicieron evacuar á Verden, y facilitaron el paso del rio Aller por esta ciudad al príncipe Fernando, quien así se encontró en el centro de los cuarteles franceses. Una marcha retrógrada y la evacucion del Hanover fueron la consecuencia forzosa de esta mala inteligencia; pero una posicion respetable detrás del Weser, entre Minden y Hamelen, permitia aun molestar al enemigo, cuando capitulando la primera de estas ciudades al cabo de cinco dias, á pesar de encerrar ocho batallones y otros tantos escuadrones, descubrió la izquierda del ejército poniéndola en la nueva precision de retroceder, sin poder contar con otra línea de apoyo que el Rhin. Evacuóse pues enteramente la Westfalia, y los franceses se acantonaron en la Gueldres al otro lado de dicho rio.

Una nueva negligencia por parte de un oficial general permitió al príncipe Fernando pasar el Rhin por Emmerick, de suerte que este príncipe volvió á encontrarse enmedio de las divisiones francesas. El conde de Clermont no logró reunirlas sino en Crevelt, cerca de Dusseldorf, donde aguardó al enemigo y se trabó el 23 de junio un combate, que tambien redundó en descrédito de los franceses. El ala izquierda capitaneada por el conde de San German, fué casi la única porcion del ejército que hizo alguna resistencia, habiéndose comprometido gravemente su salvacion con la retirada intempestiva y desafortunada de todo el resto sobre Colonia. Los franceses dejaron en el campo de batalla siete mil muertos, hallándose entre ellos el conde de Gisors, hijo del mariscal de Belle-Isle, jóven guerrero de las mayores esperanzas. Dusseldorf, Neuss y Ruremonde cayeron en poder de los hanoverianos y prusianos, cuyas tropas ligeras llevaron el espanto hasta Bruselas. El conde de Clermont que pretendia por tercera vez no habérsele obedecido debidamente, pidió su relevo, y fué reemplazado por el marques de Contades, despues mariscal de Francia. En vano habia solicitado el Delfin que se le permitiera presentarse en el ejército para inspirar alguna confianza al soldado. «Vuestra carta, hijo mio, le respondió el rey, me ha enternecido hasta llorar: estoy envanecido al reconocer en vos los sentimientos de nuestros padres, pero aun no ha llegado el tiempo de separaros de mí.»

La salvacion vino de donde no se aguardaba: en una diversion que intentaba entonces el mariscal de Soubise, quien desde las orillas del Mein volvia á entrar en el Hesse, su vanguardia mandada por el duque de Broglie derrotó ocho mil hanoverianos capitaneados por el príncipe de Isemburgo, en Sondres-Hausen cerca de Cassel, al mes justo de la batalla de Crevelt. Este incidente que restableció los franceses en el Hanover, hizo que el príncipe Fernando se retirara del otro lado del Rhin, á donde tambien se habia trasladado el mariscal de Contades, y ofreció al príncipe de Soubise la ocasion de reparar la afrenta de Rosbach. En efecto, el 10 de octubre batió de nuevo los Hesseses á una con los hanoverianos en Lutzelberg, cerca de Cassel; pero la estacion ya avanzada para las operaciones militares no le permitió aprovechar esta ventaja, y volvió á las márgenes del Mein á establecer sus cuarteles; así esta victoria solo fué provechosa para él mismo, quien recibió el baston de mariscal de Francia.

El rey de Prusia por su parte habia abierto la campaña con la toma de Schweidnitz, y de aquí se dirigió á la Moravia, provincia que no habia aun sufrido el azote de la guerra. Esperaba entrar en Olmutz antes que el contemporizador Daun pudiese socorrerla; pero por un lado menos habilidad en la táctica del sitio que en la de la batalla, y por otro la valerosa resistencia del gobernador burlaron los cálculos del monarca. Daun tuvo tiempo de llegar; pero siempre prudente, evitó las ocasiones de un choque general, del que temia tristes resultados, y se limitó á interceptar los convoyes del enemigo, lo que le debia conducir al mismo objeto. Lo acertado de los planes que concibió, y la actividad de Laudhon en ejecutarlos, obtuvieron el efecto que se habia propuesto, y Federico privado de víveres se vió obligado á decampar; pero entró en Bohemia con el designio de cortar al menos las comunicaciones entre austriacos y rusos, los cuales ya dueños de la Prusia penetraban en el riñon de Brandeburgo, y á las órdenes del nuevo general Fermer sitiaban entonces á Custrin sobre el Oder.

Era este el punto que se necesitaba socorrer con mas urgencia. Dejando pues al príncipe Enrique su hermano con una parte de su ejército para oponerse á Daun, Federico con el resto y las tropas del conde de Dohna, á quien llamó del bloqueo de Stralsund, presentóse delante de los rusos el 25 de agosto en Zorndorf, casi bajo los muros de Custrin, queriendo trabar un combate á muerte. Irritado de las atrocidades cometidas en sus vasallos por los rusos, habia dado órden de no conceder cuartel. Logró inspirar su indignacion á las tropas, y así el furor mas bien que el arte dirigió á los combatientes en esta batalla mortífera, que tres veces se reprodujo en el mismo dia. Los prusianos perdieron once mil hombres, y los rusos el doble, ademas de tres mil prisioneros. La noche que separó á los combatientes casi en el mismo campo de batalla, les permitió la vanagloria de proclamarse vencedores los unos y los otros; pero los rusos realmente mas debilitados, levantaron el sitio y se encaminaron á Polonia.

Tranquilo Federico por este lado, pero condenado á una actividad de la cual no podia descansar sin perecer, voló en auxilio de su hermano, acosado por Daun en las cercanías de Dresde. Este entretenia al príncipe, mientras que un cuerpo de austriacos sitiaba á Neiss en Silesia. El rey de Prusia se proponia socorrer esta plaza, y se prometia conseguirlo á favor de la habitual circunspeccion del Austria. Daun en efecto no cambiaba su prudente táctica; pero al observarla no dejaba de espiar al enemigo, para aprovechar el menor descuido que tuviese. Esta ocasion que él esperaba con paciencia y perseverancia, creyó haberla encontrado el 14 de octubre en Hochkirchen, en Lusacia, cerca de Budissin. Despues de una jornada donde por medidas escesivas de precaucion habia afectado

mas desconfianza en sus fuerzas que la acostumbrada, penetró de noche por un espeso bosque hasta el campo prusiano, le atacó de improviso enmedio de las tinieblas, se apoderó de las baterías y dispersó los batallones enemigos que intentaban en vano el ordenarse. El intrépido Laudhon sobre todo, allanó cuantos obstáculos se le opusieron. Keith y el príncipe Francisco de Brunswick, hermano del príncipe Fernando, fueron muertos; el príncipe de Anhalt resultó herido, y Federico en fin, despues de grandes esfuerzos que no hicieron mas que aumentar sus pérdidas, se vió obligado á retirarse. Pero fué un motivo de admiracion para toda la Europa, que este monarca despues de haber perdido su artillería y todas sus brigadas, se atrevió á situarse á media legua del campo de batalla y desafiar al vencedor. Allí esperó las municiones que le faltaban para seguir sus primeros designios sobre Neiss, y esta ciudad fué efectivamente salvada. El general austriaco esperaba desquitarse en Dresde; mas á la vista de las llamas que salian de los soberbios arrabales de la ciudad, causadas por el gobernador Schmettau, previendo una defensa desesperada por parte de los prusianos y las desgracias que recaerian sobre tan populosa ciudad, donde residia aun la familia del rey de Polonia, cesó de atacarla por respeto á la humanidad, y tomó sus cuarteles en Bohemia, evadiéndose del rey de Prusia que volvia á Sajonia.

En Inglaterra un nuevo ministerio, á cuya cabeza estaba Pitt, despues lord Chatam, daba nuevo impulso á las operaciones marítimas mal combinadas hasta entonces, empeñándose sobre todo en las que tenian por objeto la conquista del Canadá. Veinte mil hombres, mandados por el general Abercrombie, amenazaban en este año al fuerte Duquesne sobre el Ohio, y al de Carillon ó de Ticonderago, al norte del lago San Jorge ó del Santo Sacramento, y al mismo tiempo el almirante Boscawen, con veinte y tres navíos de línea desembarcaba diez y seis mil hombres al mando del general Amherst en Luisburgo. Casi todas las escuadras que los franceses habian destinado en este año para comunicar con esta colonia y la del Canadá, fueron interceptadas ú obligadas á permanecer estacionadas en los puertos.

Solo con cuatro mil hombres aguardaba el marqués de Montcalm en el fuerte de Carillon á los veinte mil del general Abercrombie. No bien se habia acabado una trinchera de troncos de árboles enlazados entre sí y cuyas ramas cortadas en punta ofrecian como una muralla de picas y de caballos de frisia, cuando apareció el enemigo. Los ingleses confiando en su número y proponiéndose hacer alarde de valor, no esperaron su artillería y dieron un asalto precipitado. Pero el obstáculo que encontraron mas difícil de superar que lo que se habian imaginado, los espuso al fuego de las murallas sin que pudiesen evitarlo. Sin embargo, su ciego furor se sostuvo durante cinco horas, y al cabo de este tiempo se retiraron con una pérdida de cuatro mil hombres. Abandonaron totalmente su empresa, aunque tenian fuerzas suficientes para salir bien. La toma del fuerte Duquesne sobre el Ohio y la de Frontenac ó Cataraconi al norte del lago Ontario, y sobre todo la conquista de Luisburgo, les subsanaron semejante contratiempo. Esta desgraciada ciudad abandonada á sus solas fuerzas, aunque siempre esperando sosorros, se sostuvo hasta el último estremo y no se rindió hasta el 27 de julio, víspera de un asalto que no habria podido contrarestar. Durante el sitio se vió á la señora Drucourt, mujer del gobernador, animar al soldado en la muralla con su presencia, su bolsillo y aun con su ejemplo, disparando cada dia muchos cañonazos. Algunos buques llegados á la rada, aunque en corto número para defenderse, habian sido quemados antes de la rendicion de la plaza, y de esta manera principiaron los desastres que debian arruinar de nuevo la marina francesa.

Sin embargo una escuadra francesa á las órdenes del conde de Aché, destinada á las Indias orientales, habia sido mas dichosa que las que se habian intentado enviar á América. Esta escuadra desembarcó á fines de abril en Pondichery un refuerzo de dos mil hombres, á cuya cabeza estaba el conde de Lally, que debia tomar el mando superior en la India. Ademas de esta mision, el general llevaba la de vigilar á los agentes de la compañía, y á los miembros del consejo soberano, que se habia tenido la imprudencia de representarle antes de su partida como hombres sin honor, que no pensaban mas que en enriquecerse. Con un carácter duro, fogoso, absoluto, acostumbrado al mando militar, que no sufre ninguna réplica, tan funesta atribucion le acarreó bien pronto numerosos enemigos. El militar del pais veia por otra parte con disgusto privar al hábil Bussy, el brazo derecho de Dupleix, de una dignidad á la cual sus talentos diplomáticos y la esperiencia que tenia de la táctica militar de este pais parecian llamarle igualmente. En suma, la desunion mas completa existia entre Lally y Aché, y presagiaba la ruina de una colonia que no podia sostenerse mas que con su armonía.

Las primeras operaciones fueron dichosas sin embargo. Despues de haber quemado dos fragatas inglesas en Goudelour, quitado este fuerte y sostenido el 29 de abril con igualdad un combate naval, contra el almirante ingles Pocock, desembarcó en Pondichery y al instante principiaron los aprestos para el sitio de San David, plaza la mas fuerte de los ingleses en la costa. Desde entonces principió á manifestarse el desacuerdo de los dos gefes. El almirante Pocock se habia embarcado con la esperanza de hacer abortar los designios de los franceses, y sin embargo Aché permanecia tranquilo en Pondichery á pretesto de inferioridad. Fué necesario que Lally le amenazase con prenderle, si no aparejaba al instante. Este proceder violento surtió el mejor efecto. Apenas zarpó el almirante, desapareció la flota inglesa; lo que produjo la rendicion del fuerte, donde se encontraron inmensas municiones de guerra. Lally mandó la demolicion de todas las obras, y esto sirvió poco despues de pretesto para una terrible represalia en Pondichery. Divicoté á diez leguas de San David, donde se abrigó por algun tiempo la esperanza de formar el único puerto que se hubiera encontrado en la costa de Coromandel, cayó igualmente en poder de los franceses.

Tantos triunfos daban la confianza de apoderarse de Madras, capital de los establecimientos ingleses, hácia la cual se proponia marchar Lally. Pero al efecto era necesario contar con el almirante quien se negó á cooperar, y al parecer por causa de este nuevo choque se fué á establecer un crucero en los surgideros de Ceylan, so pretesto de favorecer la llegada de los socorros que esperaba de la isla de Francia. Obligado á desistir de una espedicion, cuyo buen éxito era casi cierto, Lally ideó otra al mediodia contra el rajah de Tanjaour, aliado de los ingleses. Los socorros de estos burlaron á los franceses delante de la capital del rajah, forzándolos á una retirada penosa y espuesta sobre Karikal. La toma de Arcate, capital de la Nababia, reparó este revés. Pero bien pronto una nueva aparicion de la escuadra del almirante Pocock hizo temer por Karikal y aun por Pondichery. El consejo envió órden á Aché, para que acudiese cuanto antes á protejer la capital de los establecimientos franceses en la costa. Obedeció, pero pareció querer esquivar encuentros con la flota inglesa. Quizá tenia órdenes para obrar así y no comprometer sin necesidad una escuadra cuya presencia en aquellas aguas era suficiente para trastornar los designios del enemigo; pero el almirante ingles no le dejó realizar sus instrucciones ó planes, y la amenaza de atacarle en la misma rada obligó á Aché el 3 de agosto á aceptar á la vista de Negapatnam y Karikal un segundo combate, que fué tan indeciso como el primero. El almirante Pocock habia vuelto á Madrás, y parecia que esto debia ser un motivo para que el francés permaneciese en Pondichery. Sin embargo, partió al instante para la isla de Francia, á pesar de las instancias del general y del consejo, y aunque aun faltaban seis semanas para que el viento monzon pudiera favorecer su rumbo. Alegó la postracion de los ingleses, que no les permitia por mas tiempo ser motivo de terror, y alegó tambien la suya propia que le precisaba á proteger la llegada de tres buques que le enviaban de Francia, con cuyo refuerzo podria su flota salvar la India francesa.

Independientemente de sus espediciones lejanas á la América, Asia y Africa, donde se apoderaron de los establecimientos franceses del Senegal, los ingleses habian intentado tres desembarcos en las costas de Francia, no tanto sin duda con el designio de hacer en ellas grandes progresos, cuanto con la intencion de entretener las fuerzas que se quisieran enviar á Alemania. El primero tuvo lugar en San Malo. Quince mil hombres desembarcaron el 5 de junio, cañonearon la ciudad, y volvieron á embarcarse á los seis dias al acercarse socorros franceses. El segundo se realizó en Cherburgo el 8 de agosto; y duró menos todavía que el primero. El tercero fué perjudicial á los ingleses. De San Brieuc, donde saltaron en tierra el 3 de setiembre, se dirigieron hácia San Maló, y el 11 entraban sin dificultad en San Cast, donde les esperaba la flota, cuando tropezaron al duque de Aiguillon, gobernador de la provincia. Al verle no pensaron mas que en volver á embarcarse, pero no pudieron conseguirlo sin una pérdida de cinco mil hombres, muertos, ahogados y prisioneros.

El ministerio se habia totalmente cambiado á fines de este año. Moras, agobiado por su doble carga, habia ya cedido la cartera de hacienda en el año precedente á Boulogne, y renunció la de marina sustituyéndole Berryer, que de la policía pasó á este empleo. El marqués de Paulmy tuvo por sucesor al mariscal de Belle-Isle, el que por lo acertado de sus reglamentos y su firmeza en ejecutarlos, hubiera quizá restablecido la disciplina en el ejército, si su carrera hubiese sido mas larga. Finalmente, el cardenal de Bernis, á quien sus instancias por la paz habian desconceptuado en el ánimo de su protectora, siempre adicta á María Teresa, fué reemplazado por el duque de Choiseul, cuyo padre habia sido miembro del consejo áulico del emperador, su primer gentil hombre y plenipotenciario en Francia. El mismo duque estaba á la sazon de embajador en Viena: como era acepto á esta córte, fué propuesto por la favorita, á pesar de su reputacion de hondero y filósofo: títulos que nada gustaban al monarca, pero que se consideraban entonces como prendas de gran capacidad. La primera operacion diplomática del nuevo ministro correspondió á la esperanza de sus protectores; y consistió en un convenio secreto de 30 de diciembre, confirmando la alianza

de 1756 y mucho mas onerosa para la Francia, en razon á que se la imponia como obligacion, y siempre sin equivalente, el socorro inmenso que prestaba desde la guerra voluntariamente. Una confirmacion de alianza de 7 de diciembre entre las cortes de Lóndres y de Berlin, habia sido el motivo ó el pretesto de dicho convenio.

Al principio de la campaña de 1759, el mariscal de Contades estaba á la izquierda del Rhin: el duque de Broglie, que acababa de suceder al príncipe de Soubise, llamado al consejo, tenia sus cuarteles sobre el Mein; el ejército de los Círculos, á su derecha en Franconia, era observado por el príncipe Enrique; y por último el rey de Prusia, siempre en Sajonia, espiaba á la vez al mariscal Daun en Bohemia y á los rusos, que con el nuevo general Solticow se aproximaban á Brandeburgo. El príncipe Fernando, habia proyectado apoderarse de Francfort, separar de esta manera las dos divisianos del ejército francés, y establecer el teatro de las hostilidades entre el Mein y el Danubio, comarcas todavia no devastadas por la guerra. Habiendo llegado el 13 de abril con cuarenta mil hombres cerca de Berghen, advirtió que el duque de Broglie habia juntado sus cuarteles con celeridad, reunido veinticinco mil hombres, y que estaba dispuesto á recibirle. Frustrada su esperanza de sorprenderle, atacóle sin embargo, y á pesar de la ventaja del número fué batido y rechazado hasta Cassel. El mariscal de Contades pasó entonces el Rhin, y reunido con el duque penetró en Westfalia, se apoderó de Munster y de Minden, se lisongeó de arrojar al príncipe hasta mas allá del Weser, y de cercar nuevamente al ejército hanoveriano. Pero en Minden, el príncipe cesó de retroceder: habia apreciado á su enemigo, y aparentando huir le esperó cerca de esta ciudad el 1.° de agosto. Para atraerle ofrecióle un débil cuerpo que parecia apostado para proteger su retirada y que no era sostenido; pero sobreviniendo de improviso en lo recio de la refriega cayó sobre el ejército francés, cuya defectuosa disposicion produjo el desórden y una derrota tan vergonzosa, como las de Rosbach y Crevelt. Los franceses retrocedieron hasta Cassel y abandonaron todos los almacenes que tenian en Westfalia. El mariscal de Contades se quejó de haber sido mal secundado por el duque de Broglie, acusándole de haber atacado demasiado tarde. Este fué relevado y el mando recayó en su cólega, que fué ademas premiado á los cuarenta y un años de edad con el baston de mariscal de Francia.

El rey de Prusia queriendo evitar la reunion de austriacos y rusos, habia enviado al encuentro de estos al conde de Dohna, que con treinta mil hombres tenia la mision de oponerse al doble. No pudo llenarla, y fué obligado el 23 de julio en Palzig ó Zullichau, cerca de Crossen, sobre el Oder, á un combate desigual por el que suspiraban los rusos, impacientes por vengar las crueldades de los prusianos en Zorndorf. Esta accion entregó á los rusos Crossen y Francfort, donde se juntaron con Laudhon. Pero ya el 11 de agosto, Federico que no habia dejado mas que veinte mil hombres en Sajonia, tenia sesenta mil que poderles oponer bajo los muros de la ultima ciudad; y al dia siguiente se trabó una nueva batalla en Kunersdorf á la derecha del Oder. Principió á mediodia, y á las seis de la tarde Federico habia destruido la izquierda de los rusos, ganado sus trincheras y cogido cien piezas de artilleria. Solticow esperimentaba una pérdida que le obligaba á retirarse; pero queriendo Federico aniquilarle, le obligaba despues de una hora á continuar el combate, cuando Laudhon que nada habia podido hacer hasta entonces, cargó tan vigorosamente á la caballeria prusiana, que la puso en una derrota completa, proporcionando la victoria á los rusos. Federico pasó la noche á dos leguas del campo de batalla con cinco mil hombres solamente, y al dia siguiente, en recogiendo sus restos tomó posicion para cubrir á Berlin: pero Solticow estaba harto debilitado por una pérdida de veinte mil hombres, el doble de la de los prusianos, para pensar en marchar adelante. Solamente intentó acercarse á Daun; pero merced á las disposiciones de Federico esta union no pudo verificarse, y la falta de víveres en un pais arruinado por tantos ejércitos, obligó á los rusos á retroceder nuevamente.

Desembarazado de este temible enemigo, Federico volvió á Dresde, de la cual el ejército de los Círculos mandado por el duque de Deux-Ponts, se habia apoderado durante los movimientos de los grandes ejércitos, y formó el audaz proyecto de cortar al mariscal de Daun la retirada á Bohemia. Todo fracasó, y el general Finck, destacado por él con diez y ocho mil hombres en las montañas de Maxen, cerca de Pirna, fué cercado por el mariscal, y despues de un combate sangriento se le obligó á rendirse el 20 de noviembre. Pero Daun, que sabia vencer, no sabia sacar ningun provecho de sus victorias: y el fin de tres campañas mas encarnizadas que ninguna de las guerras precedentes, encontró á las potencias beligerantes casi en la misma posicion que cuando levantaron sus cuarteles.

Con menos brillo conseguian los ingleses triunfos mas reales en el mar y en las colonias. Cuarenta mil hombres que habian llevado á diversos puntos del Canadá, debian asegurarles la conquista de un pais, á donde la Francia no podia mandar refuerzos. Sin embargo, el sitio de Quebec, una de las espediciones proyectadas por ellos, estuvo á pique de estrellarse en el valor y la inteligencia del gobernador Ramsay y de su guarnicion; y libertados los ingleses del peligro de ver destruida su flota, por medio de ocho brulotes que no fueron dirigidos con bastante acierto para surtir el efecto que se esperaba, recurrieron á las bombas incendiarias para abrasar la ciudad, sin osar aproximarse á ella. Al cabo de dos meses, y cuando la estacion ya avanzada hacia mas problemático que nunca el resultado del sitio, el general Wolff, que mandaba la espedicion y tenia que sostener la reputacion que se habia adquirido con la toma de Luisburgo, se decidió á un verdadero esfuerzo é intentó tomar las alturas que dominaban la ciudad. Los franceses habian descuidado ocuparlas, creyéndolas suficientemente protegidas por una porcion de rocas escarpadas que las cercaban. El marques de Montcalm que habia acudido al socorro de la plaza con tres mil quinientos hombres, no advirtió su error hasta que los ingleses hubieron ganado un puesto tan importante. Resolvió desalojarlos trabándose una gran batalla, menos célebre por el número de los combatientes que por la influencia que tuvo sobre los destinos de este pais, y particularmente por la suerte de dos generales igualmente dignos de estimacion por sus talentos, y sobre todo por los sentimientos de humanidad que acreditaron en estos desiertos, donde el trato de los salvages casi hacia olvidarlos. Wolff, mas afortunado que su rival, vió huir á los franceses desalentados con la pérdida de su gefe, y pudo prever la rendicion de Quebec, que tuvo lugar el 10 de setiembre, seis dias despues de la batalla. El fuerte de Niagara, entre los lagos Erie y Ontario, despues de una vigorosa resistencia que habia costado la vida al general ingles Prideaux, cedió igualmente á los esfuerzos de Johnson, su sucesor. El general Amherst, el conquistador de Luisburgo, enviado contra el fuerte de Carillon, lo encontró evacuado y destruido. Privado el Canadá de todos sus puntos de apoyo, parecia que iba á ser avasallado; pero algunos valientes mandados por Vaudreuil y Levis, y siempre sostenidos por la esperanza de un socorro de la metrópoli, disputaron todavia un año esta posesion á los ingleses, y aun faltó muy poco para reconquistar á Quebec á la vuelta de la primavera. Un contratiempo imposible de prever frustró la sorpresa que habian meditado, y hasta lo ultimo de la campaña de 1760, en que fueron cercados en Montreal y privados de toda esperanza ulterior, no capitularon por toda la colonia. Parte de las Antillas francesas habia igualmente sucumbido á la superioridad de las fuerzas inglesas en estos parajes.

En la India, privado Lally para atacar á Madras de la flota del conde de Aché, intentó realizarlo sin esta y aguardó á la partida del almirante Pocock, para llevar á cabo el proyecto que meditaba hacia ya mucho tiempo. A principios de diciembre de 1758, cuatro mil europeos y tres mil cipayos ó infantes indios se pusieron en marcha para esta espedicion, y el 14 penetraron en la ciudad Negra, que recibia tal nombre del color de la mayoría de sus habitantes, y que es propiamente el arrabal de la ciudad blanca ó fuerte San Jorge, reservado para los ingleses. En una salida que hicieron estos en el mismo dia, cogieron al conde de Estaing, que mandaba el regimiento de Lorena, pero fueron bastante maltratados para que impidieran el establecimiento de las baterías. Comenzaron estas á jugar el 1.° de enero de 1759, con bastante acierto para hacer brecha en las murallas. Esta ventaja fué de corta duracion: por falta de pólvora se aflojó el fuego: los ingleses avivaron el suyo para desmontar las piezas francesas, y al cabo de seis semanas la artillería del enemigo, las enfermedades y la desercion arrebataron la tercera parte del ejército. Entre tanto, la aparicion de una escuadra de nueve naves que precedente de Bombay fondeó en la rada de Madras el 17 de febrero, determinó una retirada precipitada hácia Arcate. Fueron vanos los esfuerzos de los ingleses para desordenarla, pues fueron batidos en Vandavachi; pero una sublevacion ocurrida repentinamente entre las tropas francesas por debérselas un año de sueldo, no permitió utilizar tal ventaja, y por el contrario dió tiempo al enemigo para rehacerse. A falta de dinero en las cajas, fué menester que los oficiales de Lally escotasen para satisfacer al soldado, al cual mediante una amnistia solemne exigida, acabó de volver á la obediencia, aunque no de muy buena gana, y tarde ademas para emprender nada provechoso.

Empero Aché á quien ya no se aguardaba por lo avanzado de la estacion, volvió á parecer en los primeros dias de setiembre con un refuerzo de tres buques, habiendo consistido su tardanza en que se encontró sin víveres en la isla de Francia y tuvo que ir por ellos hasta el cabo de Buena Esperanza. Mas apenas llegó á los mares de la India, fué atacado el 10 de setiembre por el almirante Pocock en la altura de Negapatnam pero á pesar de su superioridad quedó indeciso el resultado despues de tres combates. Pocock volvió á Madras, y el almirante francés pretendió hallarse muy maltratado para permanecer en Pondichery, donde suponia no haber medios para reparar las averías de su flota. A pesar de las instancias mas vivas todavía que las del año precedente, á pesar de la pru-

mesa de suministrarle cuanto necesitara para remediarse, á pesar en fin de una nueva protesta formal haciéndole responsable de la pérdida de la colonia, se mantuvo inflexible; y fiel al parecer á instrucciones terminantes, dió la vela para la isla de Francia, despues de haber desembarcado las pocas tropas y municiones que conducia para la India. Este incidente aumentó el desaliento que nacia ya de la escasez de recursos, del poco concierto de los gefes, de la indisciplina del soldado y de la dispersion del ejército en diversos cuerpos distantes los unos de los otros. Esto facilitó á los ingleses, mas concentrados, los medios de tomar la ofensiva, y arrebatar muchos de los fuertes que cubrían de lejos á Pondichery.

La Francia que no conocia aun toda la estension de sus desastres, aparentaba querer vengarse en el mismo seno de la Gran Bretaña. Dos ejércitos, el uno en Bretaña al mando del duque de Aiguillon y el otro en Dunkerque al de Chevert, amenazaban la Inglatera con un desembarco. La Clue, debia salir con doce navios del puerto de Tolon y reunirse en el de Brest con el mariscal de Conflans que mandaba veinte y uno, y proteger ambos tal espedicion. Pero bien pronto el comodoro Boyx y los almirantes Hawke y Boscawen bloquearon estrechamente la armada francesa en dichos puertos. Sin embargo, una tempestad obligó á Boscawen á dejar las aguas de Tolon y marcharse á Gibraltar. La Clue que hubiera podido seguirle y aprovechar su desastre, tardó en moverse de suerte que su adversario estaba reparado, cuando al pasar por el estrecho fué descubierto en la noche del 16 al 17 de agosto y alcanzado en este dia por catorce navios ingleses en la costa de Portugal cerca de Lagos y del cabo San Vicente. Para colmo de desgracias, una borrasca ó una fatalidad habia separado de él durante la noche cinco de sus navios, y con siete solamente tuvo que contrarestar el esfuerzo del enemigo. El resultado del combate correspondió á la desproporcion de las fuerzas; tres navios franceses fueron cogidos, dos quemados en la costa, y los dos restantes se salvaron en Lisboa.

El almirante Hawke habia esperimentado delante de Brest el 2 de octubre el mismo contratiempo que Boscawen en Tolon, y el mariscal de Conflans habia cometido por una tímida prudencia la misma falta que La Clue. No dió la vela hasta mediados de noviembre, y encontró el 20 al sud de Belle-Isle la flota inglesa, toda reparada, de fuerza de veinte y tres navios de línea. Hallabase empeñada la accion cuando una ráfaga de viento, una fuga vergonzosa ó una maniobra desacertada del almirante francés separó los combatientes. Conflans confiando en sus pilotos costeros se habia lisongeado de una retirada fácil en medio de los escollos de la costa, que debian causar pérdidas á los ingleses; pero su retaguardia espuesta con tal medida á los esfuerzos reunidos del enemigo, la defeccion de la vanguardia que se dirigió á la isla de Aix, y la entrada inesperada de una de sus divisiones en el rio Vilaine, de donde no pudo salir, convirtieron esta jornada, conocida con el nombre de la *batalla de Conflans*, en jornada de oprobio, en cuyo desórden fué cogido un navio, dos fueron quemados y los otros tres bararon ó se sumergieron.

Tantos reveses aumentaban las dificultades del tesoro público, cuyos administradores, cambiados cada año, no podian hacer nada útil. Tan estéril en recursos como su predecesor, Boulogne habia pedido la cartera á Silhouette, magistrado relator, de quien se esperaban prodigios á consecuencia de la restauracion de la rentas del duque de Orleans, debida á su inteligencia. Sus primeras medidas parecian justificar lo acertado de su nombramiento. Reduciendo á la mitad las ganancias de los asentistas, creó setenta y dos mil acciones de mil libras cada una, á las cuales adjudicó el beneficio de la otra mitad, cuyo aficiente produjo setenta y dos millones en veinte y cuatro hóras. Algunas economias en los gastos y la suspension de diversos privilegios concernientes á la talla, acrecentaron las alabanzas que se oian del nuevo ministro; pero estas comenzaron á declinar, cuando con la supresion de las pensiones vino á lastimar á las clases mas altas de la sociedad, habiéndose convertido dichas alabanzas en sentimientos de ódio á causa de un edicto de subsidio territorial adoptado el 22 de setiembre en una sesion régia en Versalles. Este edicto sometia sin escepcion al impuesto todas las corporaciones que hasta se gloriaban eximirse de él. La magistratura por su posicion fué la primera en reclamar, habiendo sido tan vigorosa su oposicion, que no pudo ejecutarse el edicto. Cerráronse al mismo tiempo las puertas de los grandes capitalistas, y volvió la penuria.

Silhouette hubiera debido retirarse entonces. Habia indicado en la igual distribucion de las cargas entre los ciudadanos, el único recurso que pudiera formar la base de un sistema regular de hacienda, suplir á los espedientes, siempre mezquinos, precarios y desastrosos arbitrios fiscales. No era falta suya, si la corte con su prodigalidad, y los ricos con una codicia mal entendida, ponian igual obstáculo al restablecimiento de esta parte de la administracion que dá la vida á todas las demas. Continuó y como se encontró sin los medios enérgicos que habia meditado, se redujo cobarde y vergonzosamente á las mezquinas invenciones de sus predecesores. La suspension de parte de los pagos exigibles al tesoro real, y una exhortacion á los ciudadanos para que llevaran su plata labrada á la fábrica de moneda para convertirla en especie, solo produjeron murmuraciones, pocos recursos, y lo que fué peor, retrajeron á la Inglaterra de tratar con una potencia cuyos recursos creyó completamente agotados. Acosado por el descontento y el ridículo, Silhouette se vió obligado á resignar su empleo. Su sucesor Bertin reemplazó el subsidio proyectado con el establecimiento de un 5 por 100, con un doble de capitacion y con empréstitos de diversas naturalezas, que el parlamento se mostró menos dispuesto en el siguiente año á registrar.

El mariscal de Broglie mereció con nuevos triunfos la dignidad que acababa de serle conferida. Dejando sus acantonamientos sobre el Main para trasladarse de nuevo al Hesse, el 10 de junio batió al príncipe heredero de Brunswick, Cárlos Guillermo, en Corback á algunas leguas al oeste de Cassel, y preparó de esta manera la toma de esta última ciudad y la de Minden por el príncipe Javier de Sajonia, hermano de la delfina. El príncipe de Soubise avanzaba al mismo tiempo desde el Rhin hácia el Hesse. A este doble ataque opuso el príncipe Fernando una correría sobre el bajo Rhin, habiendo confiado el mando de ella al príncipe heredero, su sobrino, que comenzaba á labrarse una reputacion militar de que no le despojaron repetidas derrotas. Cleves y Rhimberg tardaron poco en caer en su poder, y estaba bloqueando á Wesel, cuando el marqués de Castries destacado por Broglie se presentó á hacer frente al príncipe heredero, situándose en Clostercamp, cerca de Rhimberg, á la izquierda del rio. Fué atacado el 16 de octubre y consiguió una victoria que libertó á Wessel, obligando al príncipe á replegarse sobre el ejército de su tio. Una abnegacion sublime hizo memorable esta jornada. El caballero Assas capitan del regimiento de Auvernia, enviado durante la noche á la descubierta, cayó en poder de un destacamento de granaderos hanoverianos prontos á sorprender el campo. «¡Si hablas, mueres!» le dijeron al cogerle, poniéndole veinte bayonetas en el pecho. Reflexionó por un instante, y despues gritó con toda su fuerza: «¡Auvernia, auxilio; que está el enemigo!» Assas fué muerto en el acto, pero el campo no fué sorprendido. El combate de Clostercamp acabó la campaña de este lado, y permitió á los franceses tomar sus cuarteles en el Hesse y en Westfalia.

El rey de Prusia colocado sobre el Elba, mas abajo de Dresde, observado por el ejército de los círculos, por el mariscal Daun y siempre amenazado por los rusos, se veia en vísperas de perder la Silesia. El emprendedor Laudon, despues de hacer prisionera en Landshut la columna del general Fouquet, que ni con el valor mas obstinado ni la resistencia mas desesperada no pudo sustraerse á tal suerte, habia caido sobre Breslau. Pero sus esfuerzos fueron inútiles: los rusos llegaron tarde para sostenerle, y el príncipe Enrique hizo levantar el sitio con hábiles maniobras, evitando ademas la reunion: sin embargo, no hubiera podido mantenerse mucho tiempo con esta ventaja, si su hermano no hubiese acudido á socorrerle. Federico habia tomado posicion en Leignitz, donde bien pronto se encontró estrechado por Daun, Laudhon y Lascy que debian atacarlo de concierto. Noticioso Federico de este plan decampó en la noche del 15 de agosto y cayó sobre Laudhon, que avanzaba para sorprenderle y se encontró sorprendido y atacado él mismo por un ejército. Sin la audacia y presencia de ánimo del sorprendido, su division hubiera perecido completamente. En lugar de retroceder, se precipitó sobre la izquierda de los prusianos á quienes desordenó: durante este movimiento hizo que parte de la artillería repasara un riachuelo: luego protegido por el fuego de ella y mientras se rehacian los prusianos cruzó el mismo riachuelo, y salvó al menos las dos terceras partes de sus fuerzas. Esta brillante retirada obtuvo los elogios del vencedor: «Yo no he visto, dijo, maniobra mas hermosa en toda la guerra, y el dia mas placentero de Laudhon es el en que yo le he batido.»

El monarca se encaminó al instante hácia Breslau. Este movimiento determinó á los rusos á repasar el Oder, y á buscar, para penetrar en Brandeburgo, algun punto menos defendido. Le encontraron hácia Francfort y aun llegaron el 9 de octubre hasta Berlin, que fué puesta segunda vez á contribucion, y donde los cosacos mutilaron una porcion de monumentos artísticos. Pero esta irrupcion de bárbaros fué de poca duracion; y Federico dejaba la Silesia para velar á la defensa de su capital, cuando ya ellos habian repasado el Oder y regresado á Polonia como tenian de costumbre. A Daun que le habia seguido desde Sajonia, era mas difícil alejarle. El 3 de noviembre le atacó Federico cerca de Torgau sobre el Elba. A las ocho de la noche era Daun vencedor, y así escribia á su corte. A las diez, á pesar de las tinieblas de la noche, el general prusiano Ziethen, habiéndose posesionado de las alturas de Supplitz, el combate cambió de faz, y Federico que pensaba en la retirada, obligó á Daun á ella. Este habia sido gravemente herido en una pierna, y el rey de Prusia recibió una ligera contusion en el pecho. O'Donell que á falta de Daun dirigió la retirada, lo hizo á Dresde donde los austriacos,

tomaron sus cuarteles; y el resultado de una batalla que costó treinta mil muertos á los dos ejércitos, fué retroceder los acantonamientos austriacos una docena de leguas.

Los ingleses continuaban durante este tiempo sus progresos en la India, y una nueva batalla en Vandavachi los acrecentó mucho. El coronel Coote, irlandés como Lally, batió á este último é hizo prisionero á Bussy; se apoderó inmediatamente de Arrate, despues de todos los fuertes que protegian de cerca á Pondichery, y finalmente con cuatro mil ingleses y diez mil indios, puso sitio á esta ciudad que encerraba ochenta mil habitantes, pero que no contaba mas que con setecientos defensores. El almirante inglés interceptaba al mismo tiempo sus comunicaciones marítimas, y en vano aguardaron los cercados que Aché acudiera á facilitarlas. Acostumbrado á menospreciar las protestas, obró en la isla de Francia lo mismo que en Pondichery; y las mas vivas reclamaciones del gobernador y de los habitantes que ansiaban la presencia de su escuadra, no habian podido hacerle variar de resolucion. Encadenado al parecer por instrucciones terminantes para proteger la isla, amenazada á lo que se suponia por los ingleses, lo cual era quizá un ardid de su política, se estuvo quieto en un punto que no fué atacado, y se olvidó enteramente del que no podia sostenerse sin su auxilio: ejemplo patente del peligro de las instrucciones demasiado absolutas en unas regiones tan lejanas.

Obligado á encerrarse en los muros de Pondichery, el único de los establecimientos indios que restaba á la Francia en la costa, Lally se vió rodeado de todos los enemigos que le acarrearon la fatalidad de su mision, la severidad de su mando, la dureza y la ironía de sus palabras, y que se hallaban interesados en desacreditarle. Pedia víveres y se le negaban; dinero no habia en las cajas; ninguno de los habitantes ó empleados de la compañía se prestaba á aliviar á los soldados abrumados de fatiga, y si se prestaban era de mala gana y á la fuerza. Un socorro negociado con los Marattas por el marqués de Bussy tambien se frustró por falta de dinero; de manera que no quedó esperanza mas que en las lluvias abundantes de la última estacion, y en la violencia de las borrascas en estos mares en la misma época. Pero ni las lluvias ni las tempestades pudieron vencer la obstinacion de los ingleses, estimulados por la perspectiva de destruir completamente en la India con un poco de constancia el poder de los franceses. Persistieron siete meses en un bloqueo incómodo para ellos por la intemperie de la estacion, pero cien veces peor para los sitiados por los horrores de las privaciones. La guarnicion estenuada por el hambre no tenia vigor para hacer salidas, y ademas se hallaba desanimada por la imposibilidad de reparar sus pérdidas. El general agriado de las contrariedades que esperimentaba dentro y fuera, y tan prevenido contra el ciudadano como contra el enemigo, no esperaba ningun socorro del primero y rehusaba tratar con el segundo, á quien acusaba de mala fé. De este modo, sin haber adelantado nada ni con los unos ni con los otros, llegó el momento en que no hubo en la ciudad víveres mas que para un solo dia. Amonestado entonces por el consejo soberano á pedir una suspension de armas, persistió en no querer capitular en forma, y se limitó á no oponerse á la ocupacion de la plaza que se entregó á discrecion el 15 de abril de 1761. El vencedor no pretendia imponerle otras condiciones, y abusó de su fortuna de una manera deplorable. No solamente fueron arrasadas las fortificaciones, sino las iglesias, los almacenes y el palacio del gobernador, edificio el mas magnífico de la India. Se dice que esto fué una especie de represalia, y que las instrucciones dadas por la compañía á los condes de Lally y de Aché, interceptadas por el enemigo, prohibian á estos generales hacer concesion alguna á los establecimientos ingleses de que pudieran apoderarse.

Los oficiales del ejército y todos los agentes de la compañía fueron trasportados á Inglaterra. Lally, á consecuencia de los rumores desfavorables á su honor, que corrian en Francia, obtuvo permiso para pasar de Lóndres á Paris; pero sus numerosos enemigos alcanzaron el mismo favor y no tardaron en delatarle como causante de las desgracias de la India. Semejantes inculpaciones motivaron un proceso. El consejo de Pondichery en cuerpo presentó denuncia al Parlamento, y el procurador general acusó al conde de Lally, como «culpable de vejaciones, coacciones, traiciones y crímenes de lesa magestad.»

Sus amigos, testigos de tal animosidad y de las intrigas empleadas para perderle, le aconsejaban que desapareciera de Francia. «Yo, esclamaba temblando de cólera, yo huir manchado con la sospecha de una infame traicion! antes perderé la vida!» Al contrario, alentado por el sentimiento de su inocencia, se brinda á constituirse preso en la Bastilla, y tan generoso proceder fué deslealmente acogido. Permaneció quince meses en el calabozo de La Bourdonaye antes de sufrir su primer interrogatorio: en seguida se le llevó de tribunal en tribunal, y por fin fué sometido á la gran cámara del Parlamento. Cautivo y privado del auxilio de consejos, que las leyes de la época presumiendo el crimen en un mero denunciado, rehusaban á los acusados de alta traicion, y únicamente reducido á sus escritos, que no siempre eran dictados por la prudencia contra unos enemigos sagaces, libres y opulentos, sucumbió en esta lucha desigual. El 6 de mayo de 1766 fué condenado despues de diez y ocho meses de procedimientos á ser decapitado, «como reo de traicion á los intereses del rey, del Estado y de la compañía de Indias; de abusos de autoridad, vejaciones y concusiones.» Causó sorpresa general que la sentencia no dijese espresamente que él habia *vendido la ciudad*. Las palabras de *traicion á los intereses del rey* no parecian análogas á las que debieran haberse empleado para caracterizar una villana perfidia, que á estar probada era indispensable mencionarla en términos esplícitos; aunque solo fuera para justificar el rigor de semejante sentencia contra un oficial general, que al frente del regimiento de su nombre habia combatido por la Francia en ocho batallas campales, asistido á diez y ocho asedios, en varios de los que se triunfó bajo su direccion, recibido catorce heridas, y que era en fin recomendable por su habilidad en las marchas y campamentos, por su actividad y por una série de servicios tan útiles como brillantes.

Los actos despóticos que fueron probados, aunque escusables en unos momentos difíciles en que la obediencia era urgente; las frases poco comedidas, pero que el sentimiento del honor y del deber arrancaban á un hombre vivo y exaltado que no veia al rededor de sí mas que indiferencia, cobardía ó traicion; los rigores en fin que empleó contra los revoltosos, atestiguaban las faltas de su carácter mas bien que las de su conducta. Pero presentados hasta la saciedad á los ojos del público, ofuscaron su criterio, estraviaron la atencion de su verdadero objeto, y formaron contra el acusado una preocupacion confusa de que acaso no supieron eximirse los magistrados. Lally estaba ageno de creerse culpado, y así al notificársele el fallo clamó contra la injusticia, y no pudo prescindir de echarla en cara á sus jueces con toda la vehemencia de su carácter. Esto sirvió de pretesto á una nueva barbarie: el magistrado encargado de la ejecucion de una sentencia harto severa, no se ruborizó de manchar con un baldon infame y de arrastrar al suplicio en un humillante carro á un militar lleno de honrosas cicatrices, á quien podia querer el débil monarca conducir á la muerte, pero no con ignominia. Voltaire fué quien primero osó apelar de esta sentencia al tribunal de la opinion pública, observando que el conde de Lally «era un hombre sobre el cual todo el mundo tenia derecho á poner la mano, escepto el verdugo.» El favor que dicho filósofo comenzó á dar á esta causa produjo ventajosos resultados; y cinco dias antes de su fallecimiento pudo acaso sentir alguna satisfaccion, al saber que el fallo del Parlamento fué jurídicamente anulado por el consejo, quien el 25 de abril de 1778 rehabilitó la memoria del infortunado general, otorgando este triunfo á los esfuerzos reunidos de la elocuencia y de la piedad filial. La suerte de Lally que la historia no debe dejar ignorar, advirtió el peligro que se corre chocando sin prudencia con cuerpos poderosos por su crédito y riquezas.

Tantas pérdidas esperimentadas por la Francia en pocos años no podian ser reparadas por ella sola, en el estado de postracion en que se encontraba su marina. El duque de Choiseul que á la muerte del mariscal de Belle-Isle, ocurrida al principio de este año, fué nombrado ministro de la guerra, y que sin el título de primer ministro lo era realmente, intentó en marzo de 1761 negociaciones con Inglaterra. Jorge II habia fallecido á fines del precedente año, y las disposiciones de Jorge III, su nieto, dirigido por lord Bute, que desaprobaba una guerra ruinosa para Inglaterra á pesar de sus conquistas, ofrecian buena perspectiva; pero Pitt aun conservaba suficiente prestigio para desvanecerla. Luis ordenó que las condiciones equitativas y un tanto humillantes que proponia, fueran manifestadas al público para reanimar la energía de la nacion, como Luis XIV habia obrado en pos de las infructuosas conferencias de Gertruydemberg; pero Luis XV no logró su intento. Durante su reinado que era ya largo, no se habia adquirido como aquel gran monarca, la estimacion de los franceses. No se le creia como á su bisabuelo, afectado de los males del pueblo, ni sensible á la gloria de la nacion: imitóse su apatía y descuido. El escrito fué leido sin que se manifestara la menor indignacion contra la soberbia indiferencia del enemigo, ni empeño alguno por abatir su orgullo.

En la imposibilidad de dar vigor á las masas que estaban inertes, intentó el ministro interesar á los españoles, é imaginó juntar la decaida marina francesa con la española, que se hallaba en un estado respetable. Ya no era Fernando VI quien reinaba en la Península, sino Cárlos III su hermano, rey de las Dos Sicilias, é hijo tambien de Felipe V, aunque de su segunda mujer. No pudiendo con arreglo á las cláusulas del tratado de Aquisgran, reunir las dos coronas en su cabeza, despues de haber justificado la imbecilidad de su primogénito, hizo reconocer á Fernando, su tercer hijo, para sucederle en Nápoles, y pasó á España con el segundo Cárlos Antonio, destinado á reinar despues de él. Cárlos acogió las proposiciones de Luis XV, y ligándose generosamente á su fortuna, se ce-

lebró el tratado conocido con el nombre de *pacto de familia*, el cual fué firmado en Paris el 16 de agosto de 1761, á los tres meses de las ofertas de paz hechas á la Inglaterra. Este convenio que habia sido negociado con el mayor secreto, estipulaba socorros respectivos entre todas las ramas de la casa de Borbon para el mantenimiento de sus estados, y declaraba enemigos de ambas potencias contratantes á cuantos en el porvenir hostilizaran á cualquiera de estas; mas dicho convenio no debia ponerse en ejecucion segun el artículo segundo, hasta despues que se terminara la guerra subsistente entre Francia é Inglaterra. Pero siendo de temer que mas de un incidente podia apresurar el cumplimiento de estas estipulaciones, juzgóse conveniente practicar esfuerzos, para reparar el vacío de treinta y siete navíos de línea y cincuenta y seis fragatas que se habian perdido durante la guerra, y dar así á la España una garantía de no sostener la lucha con las únicas fuerzas que podia aprontar. De aquí se originaron ofertas multiplicadas de buques de diversa magnitud, hechas por provincias, ciudades y corporaciones, en quienes se supo despertar sentimientos de patriotismo. De aquí ademas resultó la concentracion de los ministerios de guerra y marina en manos del duque de Choiseul, que desde entonces se descargó en cuanto á la forma del de negocios estranjeros en favor de su pariente César Gabriel, conde de Choiseul y despues duque de Praslin. El ministro de marina Berryer fué agraciado con el empleo de guardasellos, del cual no habia dispuesto el rey despues de la retirada de Machault.

La inutilidad de los pasos en favor de la paz habia hecho necesaria la continuacion de las hostilidades. El príncipe Fernando abrió la campaña con la invasion de Cassel, donde se habia encerrado con diez mil hombres el conde de Broglie, hermano del mariscal, é hizo que el príncipe heredero cubriera el sitio; pero una ventaja conseguida por dicho mariscal en Grunberg obligó á levantarlo y restablecer los ejércitos á sus cuarteles. Volvieron aquellos á salir de estos á fines de junio: los mariscales de Soubise y Broglie se juntaron en Soert cerca del Lippe, y teniendo una tercera parte mas de fuerzas que los príncipes de Brunswick, parecian deber derrotar á estos en Filingshausen, donde los atacaron el 16 de julio al siguiente dia de su reunion. La falta de concierto hizo pasar á los generales franceses por la ignominia de un descalabro y tornó á uno y otro á los puntos de donde habian partido. El mariscal de Broglie se quejaba de una rivalidad, que por privarle de la victoria no le habia sostenido en sus primeros progresos, y el príncipe de Soubise tambien se quejaba de una vanidad culpable, que por llevarse toda la gloria se habia abstenido de acertar el ataque y de indicarle su momento, habiendo permitido esto al príncipe Fernando el conducir casi todas sus tropas sobre el ala del mariscal. En esta especie de juicio entre ambos caudillos del ejército, el público se inclinó al mariscal, pero la favorita al príncipe y aquel fué desterrado.

El rey de Prusia tuvo todavía que pelear en este año con el ejército de los Círculos y el mariscal de Daun en Sajonia, y con Laudhon y los rusos, á las órdenes del feldmariscal Butturline, en Silesia. Opuso al príncipe Enrique á los primeros, y marchó él mismo contra los otros. Laudhon entorpeció de tal manera su marcha, que no pudo impedir que los rusos pasaran el Oder por debajo de Breslau, y que se reunieran con los austriacos entre Jaber y Hohenfriedber. Se esperaba una batalla, y la superioridad de los austriacos les prometia un éxito favorable; pero Federico que no veia ninguna ventaja para sí ni aun en la victoria, cambió su táctica acostumbrada y se afanó en atrincherarse de una manera inexpugnable. De esta suerte redujo al enemigo á la inaccion, y la escasez que en un país castigado por tantos ejércitos debia inevitablemente sobrevenir, separó sus adversarios. Los rusos fueron los primeros que dejaron su posicion y bajaron por el Oder para proteger una division de su ejército, que al mando del conde de Romanzow sitiaba á Colberg sobre el Báltico. Federico levantó entonces su campo con el objeto de trastornar tales designios; pero su alejamiento proporcionó á Laudhon libertad para presentarse delante de Schweidnitz que estaba sin guarnicion: la atacó tan vivamente, que él estaba en la plaza antes que el comandante hubiese podido proponer una capitulacion. Este incidente que daba cuarteles de invierno á los austriacos en la Silesia, forzó á Federico á aproximarse á Breslau y abandonó el punto de Colberg á los rusos, que se apoderaron de él en 16 de diciembre, y procuraron los medios de alimentar en lo sucesivo su ejército por mar y principiar mas temprano sus operaciones. De este modo no solamente fué desfavorable la campaña al rey de Prusia, sino que todo hacia presagiar que la siguiente seria su ruina, pero un acontecimiento inesperado vino á salvarle.

Este acontecimiento fué la muerte de la emperatriz Isabel Petrowna el 5 de enero de 1762. Pedro III, su sobrino y sucesor, admirador fanático del héroe prusiano, contemplaba con sentimiento que los rusos concurrieran á la destruccion de su ídolo. Su primera diligencia fué llamar sus tropas, y poco despues puso parte de estas disposiciones de Federico. Al mismo tiempo hallándose mal pagados los suecos en cuanto á los subsidios que les habia prometido la Francia, y no pudiendo sufragar por sí mismos á los gastos de la guerra, hicieron tambien la paz; de modo que el monarca prusiano, á quien se habia creido reducido á la situacion defensiva mas alarmante, se vió en disposicion de tomar la ofensiva. Engañando la penetracion del mariscal Daun, atacó á Schweidnitz á mediados de julio; pero esta ciudad que habia sido arrebatada en el año precedente por un golpe de mano, provista entonces de numerosos defensores, exigió un sitio tanto mas largo, cuanto que el mariscal se esforzaba en poner obstáculos. Durante dicho sitio, una revolucion pudo cambiar nuevamente la fortuna del rey de Prusia.

Pedro III, entregado al delirio de las innovaciones, variaba y trastornaba todo en Rusia, sin miramiento á las opiniones religiosas del pueblo, á las costumbres y preocupaciones de la nacion; y á pesar de los prudentes consejos de Federico, á quien consideraba como amigo y maestro, y que aunque era filósofo cuidaba mucho de no aplicar sus principios particulares al gobierno de su estado. El descontento inevitable que se originó en todas partes de una conducta tan irreflexiva, sujirió la idea de reemplazarle con Catalina Anhaltzerbst su esposa, amenazada con ser repudiada y declaraba ilegítimo su hijo. El senado, que habia sufrido desaires por parte del monarca cuando se aventuró á presentarle reparos á causa de sus nuevas instituciones, y la guardia imperial á quien humillaba el régimen prusiano que se queria hacerle adoptar, entraron fácilmente en los proyectos de Catalina. Un dia fué suficiente para que fuera dueña de la persona del desprevenido emperador, á quien se obligó á abdicar el 10 de julio y murió el 17.

Catalina, reconocida solemnemente por el imperio y propensa no obstante á apoyar su autoridad con la presencia de sus tropas, quiso conservarse neutral en los debates de la Europa, y llamó á su ejército de la Silesia. Pero la lentitud del conde de Czernichef en ejecutar sus órdenes con diversos pretestos, hostilizó todavía por algun tiempo una parte de las fuerzas del mariscal Daun que ignoraba dicha revolucion, y permitió á Federico proseguir sus aproches y reconquistar por fin á Schweidnitz el 4 de octubre, despues de dos meses y medio de un sitio, célebre por el talento de los ingenieros que dirigian el ataque y la defensa: el uno era el ingeniero prusiano Lefebre, y el otro el conde de Gribeauval.

Federico y Daun permanecieron el resto de la campaña en un estado de observacion; pero los socorros que el primero envió al príncipe Enrique, su hermano, que habia tenido que retroceder merced al conde de Stolberg, anciano general del ejército de los Círculos, le restituyeron el 29 de octubre en la jornada de Freyberg cerca de Dresde, la superioridad que habia perdido, obligando al conde á retrogradar hasta la baja Sajonia.

Los generales franceses no habian sido mas afortunados en el teatro ordinario de sus operaciones. El viejo mariscal de Estrees, que habia principiado la guerra con la victoria de Hastembeck, vuelto al mando por la desgracia del mariscal de Broglie, la terminó de una manera menos gloriosa. Cruzando el Dimmel por Wilhemstad, con el designio de acercarse á Cassel y evitar su asedio, dicho mariscal y el príncipe de Soubise fueron atacados el 24 de junio con ventaja por el príncipe Fernando. Llegaron sin embargo á Cassel, mas poco despues retrocedieron hasta Francfort. El príncipe de Condé vengó el 30 de junio aquel descalabro en Joannesberg, junto á Fridberg, al norte de Francfort, donde batió al príncipe heredero, y restableció, sino la preponderancia, al menos el honor de los ejércitos franceses. El príncipe Fernando se hizo dueño de Cassel el 1.° de noviembre; pero esta fué la última hazaña de la guerra, por haber sido firmados los preliminares el 5 de noviembre en Fontainebleau, entre las cortes de España, Francia é Inglaterra.

La primera potencia se habia implicado para su desgracia en el último hecho de esta sangrienta tragedia. Exasperóse con esto la Inglaterra, á la cual no eran bien conocidos los artículos del *pacto de familia*, y pidió que se le manifestaran con un tono que chocó á la altivez española. Su embajador debia exigir esplicaciones á la corte de Madrid sobre si intentaba reunir sus ejércitos con los de Francia, y tomar la menor tergiversacion por una declaracion de guerra. Cárlos respondió que el rompimiento era obra de los mismos ministros ingleses, toda vez que se habian permitido arriesgar una cuestion tan inconsiderada, y desde entonces se encendió la guerra. La marina inglesa, á quien la reduccion de casi todas las colonias de la Francia dejaba el campo libre á nuevas conquistas, se dirigió entonces contra las colonias españolas; y Cuba, Manila y doce navíos de línea y cien millones fueron en el curso del año presa de los ingleses. Una diversion insignificante que Francia y España realizaron injustamente sobre Portugal con el objeto de compensar sus pérdidas, hubiese sido enteramente inútil sin las disposiciones pacíficas de lord Bute, que al fin habia logrado alejar á Pitt de un gabinete en que ya no influia. Los españoles que desde 1760 se habian conducido como mediadores y habian alcanzado que las partes beligerantes accedieran á un congreso en Augsburgo, reprodujeron entonces sus ofertas por la mediacion de Cerdeña, y fueron. De una y otra parte se enviaron embajadores, y las hostilidades

aceptadas cesaron por fin con los preliminares de Fontainebleau.

Ya no se cuestionaba mas que entre Prusia y la reina de Hungria. Esta princesa habia armado el imperio contra Federico. Para acelerar la paz, creyó este que debia exigir del imperio la neutralidad. Con esta intencion hizo entrar en él á un ejército que avanzó hasta Ratisbona. Amenazados los electores de Baviera y de Maguncia y los Circulos vecinos pidieron la paz y se comprometieron á retirar sus contingentes del ejército del imperio. La Francia por su parte rehusó todo socorro á la emperatiz, quien se encontró sola con Sajonia contra el rey de Prusia. No habiendo podido atraérle cuando tenia á su favor toda la Europa, Maria Teresa nada debia esperar de él cuando todos la habian abandonado: de manera que, despues de haber regateado con el prusiano y ofrecidole cortar la diferencia dejándole la Silesia sin el condado de Glatz, por no conformarse tampoco en esto se vió obligada á celebrar la paz con las condiciones que agradaron al monarca. Ella fué firmada en Hubertsburgo el 15 de febrero de 1763 entre él, la emperatriz reina y el elector de Sajonia, rey de Polonia. Por este tratado, todo fué restablecido entre las tres potencias al ser y estado que con poca diferencia tenian las cosas antes de la guerra. Un artículo separado aseguró el voto del rey de Prusia al archiduque José, que fué elegido rey de romanos el año siguiente, y que á este título sucedió en el imperio en 18 de agosto de 1765. Tal fué el resultado de siete campañas tan encarnizadas como dispendiosas.

Cinco dias antes, es decir, el 10 de febrero de 1763, firmóse la



La esposa del gobernador mandando en las murallas.

paz definitiva en Paris entre Francia, Inglaterra, España y Portugal. Aunque se resienta el orgullo francés, cruelmente maltratado, es preciso estampar por menor el vergonzoso tratado de Paris y sus funestos efectos. La Francia cedió á los ingleses por los artículos II y III la Acádia y la Nueva Escocia, el Canadá y sus dependencias, «el Canadá, la mas antigua de las colonias francesas y toda poblada de franceses,» la isla del cabo Breton y todas las demas del golfo y rio San Lorenzo. Se dejó á la Francia la libertad de la pesca en el golfo á tres leguas de las islas y fuera de él á quince leguas del cabo Breton. Los pescadores podrian tener barracas y secar su pesca en las islas de San Pedro y Miquelon que les cedia la Inglaterra, pero sin poder levantar fortificaciones. «Todo este artículo de la pesca está escrito en general con un estilo que irrita contra la mala fé del vencedor.» La Martinica, la Guadalupe, Maria Galanda, la Deseada y Bella-Isla serian restituidas por el artículo VII á la Francia; Granada y los granadinos á la Inglaterra, conservando esta enteras las islas Caribes de San Vicente, de la Dominica y de Tabago, cuya posesion era antes comun á las dos naciones. Por el artículo V, Dunkerque debia volver al estado de inutilidad marcado por el tratado de Aquisgran, y en consecuencia presentóse un comisario inglés á presidir la «demolicion de las obras de defensa y la destruccion del puerto. El rio Mississipi en toda su longitud vino á ser, por el artículo VI, el límite de la Luisiana y de los establecimientos ingleses del norte de la América, pero quedando Nueva Orleans á la Francia. La Inglaterra conservaria por el artículo IX el Senegal en Africa, y la Francia solamente la isla de Gorea, «isla estéril, sin agua, lejana del comercio de polvo de oro, del marfil y demas riquezas africanas, fundado por los franceses.» Por último, las posesiones inglesas y francesas de las costas de Coromandel, de Malabar, de Bengala y de todas las Indias orientales serian devueltas por el artículo X á los que las poseian antes de la guerra, á condicion de que los franceses no enviaran allí tropas: «cláusula que escusa toda reflexion.»

La isla de Menorca y el fuerte de San Felipe eran restituidos á la Inglaterra, y la Francia la devolvia su electorado de Hanover, así como á sus aliados de Alemania cuanto les habia quitado. La paz de España se hizo tambien á espensas de la Francia, la cual concedió á los españoles la Luisiana en cambio de la Florida y de la bahía de Pensacola, que abandonaron á los ingleses, como tambien el derecho de cortar el palo de Campeche en la bahía de Honduras. Tambien la Francia confirmó á los portugueses la cesion ya hecha de la navegacion de las Amazonas, como igualmente las tierras y los fuertes del contorno.

Los ingleses tuvieron cuidado de hacer mencionar nominalmente en este tratado de Paris, los de Westfalia, Nimega Ryswick, Utrecht, Baden, la triple y cuádruple alianza de Viena y de Aquisgran. Esta mencion les era necesaria para garantir las adquisiciones hechas en el espacio de un siglo en las cuatro partes del mundo. Cuando la paz de Westfalia en 1648, no poseian fuera de su reino mas que las islas de Jersey y de Guernesey; y cuando la paz de Paris en 1763, es decir, en el espacio de 115 años eran poseedores: En Europa, ademas de Jersey y Guernesey, de Gibraltar, Menorca y la ventaja de inutilizar á Dunkerque; en Africa, de Santa Elena y de fuertes y factorias en los rios de Senegal y Gambia sobre las costas de la Guinea ó Nigricia; en Asia, del puerto de Bombay y de la isla de Salcetta, del fuerte San David, de la ciudad de Goudelour, del fuerte de San Jorge, de Madrás y Bengala con la ciudad de Calcuta, del fuerte Wiliam, Bancouli, etc.; en América, de la Barbada, San Vicente, la Anguila, la Barbuda, San Cristóbal, Newis, Antigoa, Monferrat, la Dominica, Granada y los Granadinos, las Bermudas, la Jamaica, Bahama, las costas del continente septentrional con ciudades opulentas desde la Carolina hasta la Acádia ó Nueva Escocia, de casi todas las islas de los mares, y por último del Canadá, la bahía de Hudson, y del privilegio para cortar madera en la bahía de Honduras.

Hallándose entonces casi sin vida la marina de Francia, los ingleses pudieron lisongearse de poseer el imperio de los mares. Sin duda Luis XV se sintió avergonzado del tratado de Paris: si conoció los elementos que podia sacar del reino para sustraerse á tal humillacion, créese que no echó mano de ellos, porque preveia en su empleo instancias y dificultades y que eran menester esfuerzos y actividad. A todo esto no podia resolverse, y el duque de Choiseul, ministro ardiente, se plegó á la voluntad del amo, quizá hasta la ocasion del desquite. Despues de las guerras, dos acontecimientos marcaron el reinado de Luis XV: la espulsion de los jesuitas y la destruccion de los parlamentos, dos cuerpos que despues de haber luchado largo tiempo entre sí, desaparecieron de la arena casi juntos.

Recuérdense las disputas originadas en la Iglesia de Francia con motivo del formulario y de la constitucion, las firmas exigidas, las negativas de los sacramentos, las discusiones agrias y violentas que del clero pasaron al foro, la interrupcion de la justicia, y por último, el destierro de los magistrados precedido por el de los párrocos y otros eclesiásticos respetables. Un gran número de personas de todas clases, igualmente vejadas, atribuia estos males á la ambicion ó por lo menos al falso celo de los jesuitas á quienes profesaban profundo resentimiento, y no esperaba mas que ocasion para vengarse. Esta se presentó en 1760 con circunstancias propias para determinar contra ellos la opinion pública que ya les era sumamente desfavorable.

Hacia mucho tiempo que se les acusaba de cuidar en las misiones mas bien de su provecho que de los progresos de la religion,

haciendo bajo este velo un comercio inmenso que les suministraba riquezas, con las cuales agenciaban prosélitos en las cortes de los príncipes y gobernaban los reinos católicos. Sea verdadero ó falso este empleo de los productos del comercio, es lo cierto que lo hacian muy considerable. Uno de sus padres, llamado La Valette, visitador general, y prefecto apostólico de las misiones establecidas en la Martinica, almacenaba géneros en esta isla, cargaba naves, tenia un banco público, comisionistas y factorías en las otras islas,



Espulsion de los jesuitas en Francia.

y esparcia su papel, que tenia gran crédito en todas las ciudades comerciales de Francia y aun de la Europa entera.

Sus naves colmadas de riquezas recorrian los mares con seguridad, cuando permitiéndose los ingleses hostilidades inesperadas, cogieron varias de aquellas dirigidas á los hermanos Leoney y Geouffre, que tenian una casa de banco considerable en Marsella. Con la esperanza de dos millones de géneros, ellos habian aceptado millon y medio en letras de cambio. Algunas urgian; los banqueros recurrieron al padre De Sacy, procurador general de las misiones, que era en Paris el corresponsal de La Valette. Aquel escribió á sus superiores de Roma, donde ocurrió una fatalidad en este negocio. El general acababa de morir, y la eleccion de un sucesor exigia algun tiempo. Apenas hubo nuevo prelado, envió órden de prestar fondos á los Leoneys. El correo llegó el 22 de febrero de 1756, y ellos se habian declarado en quiebra el 19. Ya que no pudieron evitar la publicidad, creyeron los jesuitas que debian retirar su apoyo á todos los que en alguna manera no eran mas que sus testaferros.

Cuatro años transcurrieron en pasos sumisos de los banqueros cerca de los religiosos, en súplicas para que les ayudaran y luego en amenazas de moverles litigio. Los jesuitas practicaron algunos esfuerzos; pero por mala voluntad ó por impotencia, suspendieron los socorros periódicos que habian prometido. Cesaron los pagos, y apareció multitud de acreedores que llevaron sus quejas á los tribunales. Los jesuitas obtuvieron letras patentes para que todas las contestaciones que mediaban sobre la materia se llevaran á la primera cámara del Parlamento de Paris. Todas estas maniobras duraron cuatro años, y hasta fines de 1760 no comenzó verdaderamente el proceso.

Los jesuitas cometieron en él la mayor falta que se puede cometer en las cuestiones, cual es variar en las defensas. Toda la sociedad era emplazada. Ellos pretendieron que las negociaciones del padre La Valette no debian interesar mas que á la casa de la Martinica; en seguida digeron que no era la casa, sino solamente el padre La Valette, quien debia ser culpado de violador de los cánones de la Iglesia que prohibe el comercio á los religiosos, y por consiguiente de culpable de un delito personal. Por consiguiente, como en materia de crimen personal no hay fiador, la deuda del padre La Valette no podia recaer ni aun sobre la casa de la Martinica, y mucho menos sobre toda la sociedad.

Los Leoneys respondian: en el gobierno de los jesuitas, todo está sometido al poder del general; él es el solo propietario y dispensador de los bienes de la Compañía; el padre La Valette no ha podido ser mas que el agente y el prepósito del géfe, y probaban esta asercion con las constituciones de la sociedad que invocaban y citaban. Los jesuitas ofrecieron demostrar por estas mismas constituciones que la sociedad en general no era propietaria de nada; que los bienes pertenecian á cada colegio ó casa, y que ninguna mancomunidad habia entre estas. Aceptóse su oferta, y dispúsose en consecuencia el 17 de abril de 1761, que se sometieran á exámen sus constituciones. No se tardó mucho en el exámen de la mancomunidad.



Luis XV y la condesa Dubarry.

El 8 de mayo apareció el fallo que condenaba al general y en su persona á la sociedad, á pagar las letras de cambio y todos los gastos, perjuicios é intereses. Sometiéronse los jesuitas, quienes pagaron en seis ó siete meses mas de un millon doscientas mil libras, sin tocar á los bienes de la sociedad. Es muy probable que en pocos años hubiesen satisfecho el resto sin el nuevo golpe que les dió el Parlamento. Hacia mucho tiempo que se urdia una conspiracion contra ellos. La filosofía, dice Alembert, es la única que debia saber á qué atenerse en cuanto á ellos, y ella es quien por

boca de los magistrados ha condenado los jesuitas. El jansenismo no ha hecho mas que pedir contra estos. Ya so pretesto de complicidad de algunos de sus miembros en el asesinato de un rey disoluto, en quien un padre y un marido ofendidos habian tratado de vengar su injuria, Carbalho, marques de Pombal y ministro de confianza del rey José I, habia podido espulsarlos en 1759 de Portugal. En Francia se trató de seguir este ejemplo.

La sociedad de los jesuitas se componia de cinco clases: 1.ª, la de los novicios que eran admitidos á hacer voto simple despues de dos años de noviciado; 2.ª, la de los hermanos legos entregados á las ocupaciones serviles de las casas religiosas; 3.ª, la de los estudiantes aprobados, así llamados porque eran enviados á los colegios á aprender las lenguas sábias, y enseñarlas en seguida; 4.ª la de los profesos, que de edad de treinta y tres años lo menos, habiendo regentado siete y pasado un tercer año de noviciado, pronunciaban los tres votos ordinarios de pobreza, castidad y obediencia, y entonces eran capaces de poseer los cargos de la órden hasta el de rector de colegio; 5.ª, la de los profesos de cuatro votos, cuyos talentos distinguidos eran utilizados mediante un cuarto voto de obediencia particular al Papa, en todo lo concerniente á la salvacion de las almas y á la propagacion de la fé. Sobre todos los miembros de la sociedad dominaba un gefe único que llevaba el nombre de general. Su dignidad era vitalicia y le asistia un consejo formado de un profeso de cada una de las naciones en que los jesuitas estaban establecidos; pero el general no estaba sujeto á los acuerdos del consejo. Solo él tenia el derecho de hacer nuevas constituciones, reunir el capítulo general, disolverlo, y finalmente admitir en la sociedad ó escluir de ella, sin dar cuenta á nadie de su conducta. Tal era el instituto de los jesuitas, y el régimen célebre que ha sido considerado por algunos como el modelo de una monarquía templada.

Pero cualquiera que fuera el mérito que hubiera á la alabanza y al vituperio, «del exámen de las constituciones, dice un escritor, resultó un cuadro admirable y horroroso á la vez de esta órden, cuyos miembros unidos entre sí por la conformidad de la moral y por la semejanza de la doctrina y de las costumbres, y con su gefe por los lazos de una sumision ciega y de una obediencia ardiente y pronta, estaban igualmente penetrados del mismo espíritu, gobernados por una sola alma, y formaban en el Estado un cuerpo absolutamente distinto, no recibiendo leyes mas que de un estranjero, su general, absoluto sobre las voluntades, sobre los corazones, sobre la moral, sobre los bienes, sobre el régimen esterior, y aun sobre el instituto mismo.» Tal fué al menos lo informado por el abate Chauvelin, ardiente jansenista, que teniendo en cuenta el nacimiento y los progresos de la sociedad en su estado actual, la representó como «un coloso temible que con sus brazos sujetaba los dos mundos, y aspiraba al imperio del Universo.» No se olvidó de reprochar su adhesion á las máximas ultramontanas reprobadas en Francia, las máximas regicidas esparcidas en los libros de muchos de sus casuistas, que él pretendió ser la doctrina de la corporacion. Añadió que los jesuitas no habian sido recibidos en Francia mas que para enseñar como particulares, que habian sido escluidos como órden religiosa, que su existencia en el reino era efecto de la tolerancia y no fruto de la adopcion: que no habia contrato formado entre el Estado y estos religiosos, y que no habia otra formalidad que seguir para destruirlos, que romper los vínculos de la órden á los que quisiesen quedarse en Francia, y despedir á los restantes.

Esta conclusion hubiera tenido al instante su efecto, si los numerosos partidarios que los jesuitas tenian en la corte no hubiesen hecho entender al rey que era necesario no precipitar este negocio, ni dejar los acusados á discrecion de unos magistrados que tenian antiguas injurias que vengar. El rey prohibió en consecuencia por una declaracion del 2 de agosto de 1761, que durante un año se hiciese nada ni definitiva ni provisionalmente en todo lo que podia concernir al instituto, á las constituciones y los establecimientos de la sociedad; y al mismo tiempo nombró una comision de su consejo para revisar las piezas de este proceso.

Los comisarios se reunieron con doce obispos. Se redujo el exámen á estas cuatro proposiciones: ¿de que utilidad son los jesuitas en Francia? ¿Cuál es su enseñanza sobre las opiniones ultramontanas y la doctrina regicida de los casuistas? ¿Cuál es su conducta interior y qué uso hacen con respecto á los obispos y curas de los privilegios que les son concedidos por los Papas? Por último, ¿cómo se pueden remediar los inconvenientes de la autoridad escesiva que su general ejerce sobre ellos? En este último artículo se fijó principalmente la atencion de los comisarios; pero á peticion suya convocó el rey á fines de 1761 una asamblea estraordinaria de obispos para oir su parecer sobre el instituto de los jesuitas y sobre la utilidad de estos religiosos en el reino De cincuenta y un prelados que se juntaron en casa del cardenal de Luynes, cuarenta y cinco fueron enteramente favorables á la sociedad, y la asamblea ordinaria del clero del año siguiente dió nuevos testimonios del interes que tomaba por su conservacion en Francia.

De estos sufragios respetables y de los de otros muchos obispos que no habian asistido á estas reuniones, la comision establecida por el rey opinó por la necesidad, no de suprimir la sociedad, sino de modificar la existencia de los jesuitas en Francia. En su consecuencia se formó un plan de arreglo que fué enviado al Papa y al general de la órden Ricci; pero este, segun dicen, respondió con altanería: «*Sint ut sunt, aut non sint*,» que continuen como están, ó que no continuen. Esta fué la sentencia de su proscripcion.

El 6 de agosto de 1762 apareció el decreto que sin esperar el voto del monarca, tanto acerca de lo principal como de lo accesorio, disolvió la sociedad, prohibió á los jesuitas llevar su trage, vivir bajo la obediencia del general, y mantener con este ú otros superiores nombrados por él ninguna correspondencia directa ni indirecta; les mandó abandonar sus casas y no vivir en comunidad, y reservó concederles á peticion suya pensiones alimenticias que se fijaron en cuatrocientas libras. Ancianos respetables por sus trabajos en la educacion ó por su capacidad en las ciencias y en la literatura, fueron tratados con la misma parsimonia que los otros, y no se les economizó ninguna tribulacion.

Los jesuitas se alzaron con energía contra este decreto de destruccion, quejándose con harta justicia de no habérseles oido: reclamaron contra las aserciones truncadas recogidas de sus casuistas, diciendo que aunque fueran exactas era una perfidia imputarlas á la sociedad: demandaron en fin dónde estaba el cuerpo del delito probado que les hacia ser proscritos; y por última apología pudieron presentar el voto de algunos parlamentos en favor suyo, y la acogida de todos los que lejos de creerlos culpables de principios antisociales, motivo de su condenacion, se apresuraron en todas partes, inclusa la corte, á ofrecerles asilo y ponerlos así á cubierto de la necesidad y del perjurio. Lo que se debe mirar en efecto como el último esceso de la persecucion, es que se pusiese su subsistencia al precio de la infamia, y que se les forzase á mentir contra su propia conciencia, prescribiéndoles una forma de juramento por el cual declaraban sopena de ser privados de la pension, que abjuraban como abominable una órden y un instituto, que habian abrazado y consideraban todavía como santo. Es de observar que un gran número de los que les imponian estas tiránicas obligaciones, habian pasado de los bancos de sus clases á las flores de lis, y que la mayoría de ellos les debia los conocimientos que habian adquirido. Por fin la autoridad real hizo oir su voz protectora. Por su edicto del 28 de noviembre de 1764 anuló las coacciones odiosas de la conciencia, y al paso que se confirmaba la disolucion de la sociedad en Francia, permitió á los que la componian vivir en el reino como particulares bajo la autoridad espiritual de los ordinarios y con arreglo á las leyes.

Entre los medios empleados cerca del rey con el objeto de determinarle a favor ó en contra de los jesuitas, se deben distinguir de un lado los votos frecuentemente manifestados en favor de estos religiosos por parte de la reina, del Delfin, de la Delfina, de las princesas sus hermanas y de todas las personas que hacian profesion de piedad en la corte; de otro, los temores perpétuamente inspirados al monarca con respecto á una sociedad ambiciosa, dominante y segun decian, partidaria abiertamente del regicidio. Acordaos, se le repetia sin cesar, de los trastornos de la Iglesia, de los obstáculos que os han causado el formulario, la constitucion, la negativa de los sacramentos, la fermentacion del pueblo, la agitacion de la magistratura, el cisma de los obispos, las sesiones régias, las cámaras reales; y por último, de la necesidad de emplear, contra vuestra propia inclinacion, la reclusion, el destierro, las proscriciones: estas disputas, que no están mas que adormecidas, pueden muy bien despertarse y turbar de nuevo el reposo de vuestra vida: amenaza horrorosa para un hombre que ponia toda su dicha en la seguridad de los goces privados.

No se puede dudar que Choiseul, que sacrificaba mucho al deseo de captarse la opinion pública, dirigida entonces por el filosofismo, contribuyó á la espulsion de los jesuitas, si es que no la provocó. Se cree que concibió tal proyecto en Roma, donde tuvo ocasion durante una embajada, de examinar su gobierno y política. Su penetracion les desagradó y le causaron algunos disgustos. Resolvió vengarse y se vengó en efecto; pero al darse el placer de una venganza personal, privó sin preverlo á la autoridad real de un recurso en tiempos difíciles.

Los jesuitas tenian en Paris y en todas las ciudades en que estaban establecidos lo que ellos llamaban *congregaciones*, es decir, una reunion de hombres de todas clases que en dias indicados asistia á conferencias, en las cuales es notorio que estos religiosos sabian mezclar las instrucciones morales con las opiniones que ellos querian hacer prevalecer. Es ademas positivo que siendo directores muy acreditados, sabian los secretos de casi todas las familias, mezclándose en su régimen interior, en los matrimonios, en los testamentos, en los establecimientos honestos ó lucrativos; cosas todas por cuyo medio facilitaban la propagacion de sus relaciones. Nadie se escapaba de su vigilancia; preténdese que introducian en las ca-

sas de los grandes y ministros unos confidentes, cuya abnegacion y penetracion suplian en caso de necesidad la discrecion de los señores. Estas maniobras que enemigos y sus envidiosos han quizá exagerado y generalizado en demasia, podian servir á un gobierno que hubiese sabido aprovecharse. Acaso bastaba mantener estos puntales poco notables para impedir la destruccion del edificio, pudiéndose agregar á los motivos que debian aconsejar la conservacion de esta órden, las necesidades de la enseñanza pública. Los jesuitas han sido reemplazados insuficientemente en los colegios, y muchas ciudades están todavía privadas de la instruccion que recibian gratuitamente.

Sin tener el título de primer ministro, segun ya lo hemos advertido, Choiseul reunia en su mano ó en la de sus protegidos todos los géneros de administracion. Hábil en inventar, atrevido en emprender, fecundo en medios, pronto en ejecutar, auxiliaba admirablemente á Luis, no manifestándole sino lo mas fácil de los negocios. De esta manera si hubo alguna época en que este príncipe se abandonara enteramente á la indolencia, entregándose con delicias, por decirlo así, á la voluptuosidad, fué la época actual, en que merced á la buena inteligencia del ministro y de la favorita, concierto bastante raro, el uno le descargaba de todos los cuidados del trono, y la otra hasta del insignificante cuidado de pensar en sus placeres.

La vergonzosa carrera de esta se acabó en 1764 el 15 de abril. Lejos de llorarla, Luis á quien no habia avasallado ni con las prendas de su carácter, ni con el delirio de sus encantos largo tiempo hacia marchitados, sino por puro hábito, pareció respirar al verse libre con su muerte de la ocasion del crímen. Así su familia que hasta entonces habia estado alejada de él, se atrevió á acercársele y mantuvo por algunos dias la esperanza de arrancarle á sus antiguas debilidades. No fué necesario mas que este corto intervalo para cansar su valor. No tardó en abjurar los últimos sentimientos del pudor: se le vió escitado y animado por el mismo hombre que habia ya corrompido su juventud á tomar de su mano un vil objeto de la depravacion pública, al cual una alianza infame habia condecorado con el nombre de condesa Dubarry, y cuya imprudente familiaridad, nueva para el rey, fué el estímulo que despertó su estragada sensualidad. Luis olvidando toda decencia, se atrevió á darla en la corte un puesto distinguido que la acercaba á las princesas, sus hijas; y hay lugar de creer que el temor de sufrir la humillacion de tolerarla á su lado, o de desagradar á su padre, determinó á madama Luisa á entrar en 1770, en la órden austera de las carmelitas.

Luis habia perdido al Delfin, la Delfina y la reina para cuando dió este nuevo escándalo. La indiferencia y aun la desconfianza que esperimentaba el primero de parte de su padre, el aislamiento á que le habian reducido la favorita que le aborrecia, y el duque de Choiseul que osaba despreciarle, el interés que él manifestaba por los jesuitas cuya proscripcion no habia podido ser evitada por sus deseos, la pérdida, en fin, del duque de Borgoña, su primogénito, jóven príncipe, que á la edad de diez años daba pruebas precoces de una alma tan generosa como sensible, eran para él manantiales de pena que poco á poco minaron una constitucion robusta y acabaron por afectar su pecho. La distraccion de los ejercicios militares, aficion en la cual siempre habia sido contrariado, pareció restablecer un poco su salud, cuando con ocasion de un campo de recreo ó instruccion formado en Compiegne, se le permitió ir á estudiar en un simulacro de guerra las operaciones cuyos azares se le habian prohibido correr. Pero el celo con que se entregó al mando de las maniobras y la fatiga que esperimentó, aceleraron estraordinariamente los progresos de un mal incurable, sucumbiendo allí mismo el 20 de diciembre á la edad de treinta y seis años y medio. Privado de todas la ocasiones de darse á conocer, hay que adivinar lo que hubiera sido este príncipe; la austeridad de sus costumbres, la firmeza de sus principios religiosos, la estension variada de sus conocimientos, y sobre todo, su aplicacion al trabajo y al estudio de sus deberes, anunciaban las cualidades del duque de Borgoña, su abuelo, y una pérdida igual para la Francia. Por esta causa hubo el mismo luto y el mismo dolor por todo el reino.

Entre los muchos rasgos que pueden ayudar á pintar al Delfin, citaremos los dos siguientes; «Habia tenido la desgracia de herir estando de caza á uno de sus caballerizos, y en la desesperacion que el príncipe esperimentaba, se trataba de calmarle con la consideracion de que la herida no seria mortal acaso. «¿Pues qué, esclamó él, solo debe tenerse dolor cuando se mata á un hombre?» Inconsolable con este accidente prometió abstenerse de una diversion que le habia sido tan funesta, y su resolucion fué inalterable. En 1761, poco despues de la muerte del duque de Borgoña, habiendo hecho suplir las ceremonias del bautismo á sus otros hijos, el duque de Berry (despues Luis XVI), al conde de Provenza (Luis XVIII), al de Artois (Cárlos X), y á Isabel su hermana, mandó que le trajeran los registros de la parroquia, y abriéndolos á presencia de ellos les dijo: «Aquí veis vuestros nombres colocados al lado de los nombres de los pobres é indigentes. La religion y la naturaleza ponen de este modo todos los hombres al nivel; la virtud sola motiva entre estos alguna diferencia; y acaso este que os precede será mas grande á los ojos de Dios que vosotros lo sereis á los ojos de los pueblos.»

Tales eran los sentimientos que este virtuoso príncipe trataba de hacer germinar en el corazon de sus hijos. La Delfina, digna de ser su compañera por los ejemplos que daba en la corte, no le sobrevivió mas que quince meses. Se habia alterado su salud por los asiduos cuidados que habia prodigado á su marido con un celo que por nada se arredraba, y dió márgen á que un médico que no la conocia la tomara por una ejemplar enfermera. Acabó de destruirse su salud con la profunda amargura de sus pesares y con las molestias de la educacion de sus hijos. Esta era un cuidado que la inquietud de un padre moribundo sobre los riesgos que rodeaban á sus hijos en una corte y en un siglo tan corrompidos, habia legado á su solicitud y que ella no confiaba á nadie, porque sus conocimientos la permitian desempeñarlo por sí misma. Un mismo sepulcro reunió las cenizas de los dos esposos, no en San Dionisio sino en Sens, donde el Delfin habia deseado que descansasen sus despojos mortales.

El viejo rey Estanislao, ídolo de los loreneses, á quienes durante treinta años habia renovado la paternal administracion de sus últimos duques, acababa tambien de ser víctima de un accidente el 23 de febrero de 1766. Cebóse el fuego de la chimenea en su bata en un momento en que se encontraba solo, y pereció por no haberse oido sus gritos. Por último, sucumbiendo tambien la reina á la edad, á los golpes con que tantas pérdidas afligian su corazon, y á las angustias de un largo abandono, acabó su piadosa carrera en 1768, despues de seis meses de una enfermedad estraordinaria que suspendia las facultades de su alma, pareciendo que se apoderaba de ella un sueño inquieto y doloroso.

En el intervalo de estos acontecimientos fúnebres proyectó el duque de Choiseul la reunion de Córcega á la Francia. Las tropas francesas llamadas á esta isla por la república de Génova, habian recibido otra direccion en la época en que la muerte de Cárlos VI armó toda la Europa. Su retirada de la isla y la deplorable situacion en que poco despues cayó la república, habian permitido á los corsos, guiados por Gafforio, recobrar parte de sus antiguas ventajas. Asesinado dicho gefe en 1753, al siguiente año fué reemplazado por Pascual Paoli, de edad de treinta años, quien tardó poco en reducir la posesion de los genoveses á la de sus ciudades marítimas. Cuatro mil franceses mandados sucesivamente por el marqués de Castries y el conde de Vaux, vinieron á ocuparlas en 1756 con el beneplácito de la república, á consecuencia de las sospechas concebidas por el gabinete de Versalles, de que los ingleses tenian proyectos hostiles contra esta isla, desde que habian perdido la de Menorca; pero en 1759 se retiraron las tropas francesas por las necesidades de la guerra de Alemania, y libre Paoli de unos huéspedes tan temibles, estrechó las plazas de los genoveses apoderándose de varias. Desgraciadamente las disensiones de su propio partido dieron márgen á una guerra intestina que duró dos años y retardó sus progresos. En el interin sin embargo acostumbraba sus conciudadanos á la disciplina militar, organizaba un gobierno regular, establecia un sistema de hacienda, constituia tribunales, fundaba una universidad, y sometiendo su nacion al yugo saludable de las instituciones sociales, dulcificaba su carácter y disminuia sensiblemente en ella una propension harto comun á las venganzas particulares.

Génova conoció en 1763 la inutilidad de sus esfuerzos contra un sistema tan bien ligado; pero no le salió mejor la via de la conciliacion, pues los corsos solo respondieron á sus ofertas con un juramento solemne de no tratar jamás con ella. Desde entonces quiso la república entregar sus plazas marítimas en depósito por cuatro años á los franceses, y reservar sus fuerzas para la conquista del centro. A consecuencia de lo pactado en tal sentido, siete batallones capitaneados por el conde de Marbeuf, ocuparon á Bastia, San Fiorenzo, Calvi y Ajacacio á fines de 1764. Su mision no era mas que conservadora, y obraron como mediadores; ofrecian á nombre de Génova, siempre impotente en sus tentativas, la confirmacion de la nueva constitucion del Estado, sin someter su inspeccion mas que á la autoridad circunscrita y moderada de un residente genovés. Pero los triunfos de Paoli en la isla y aun fuera de ella, pues se apoderó de Caprara y de los numerosos almacenes que allí tenian los genoveses, le volvieron tanto mas sordo á las proposiciones de arreglo, cuanto que contaba con los auxilios de la Inglaterra. Entonces propuso el duque de Choiseul á la república, harto convencida de que la próxima retirada de las tropas francesas ocasionaria la desaparicion de la autoridad genovesa en la isla, que cediera sus derechos á la Francia. Firmóse en este sentido un tratado el 15 de mayo de 1768, y el 15 de agosto publicó el rey un decreto de sumision de Córcega á Francia.

En virtud de esta declaracion, Chauvelin desembarcó en la isla á fines de agosto, é hizo proclamar á Luis XV como rey de Córcega en las plazas marítimas de que disponia, habiendo producido este paso en toda la isla un grito general de indignacion. Los estados reunidos en la ciudad de Corte se prepararon á la defensa, lamentándose en un

manifiesto vehemente de que la Francia, que durante el término de la mediacion no habia cesado de considerarlos como un pueblo libre é independiente, afectaba últimamente sin respeto á sus derechos ni miramientos á su voluntad, la pretension insultante de adquirirlos como un vil rebaño de carneros. Su exasperacion era ademas fomentada por los rumores secretamente difundidos de que el convenio de Francia con Génova no era mas que simulado, y que la primera solo iba á emprender la conquista de la isla para restituirla sumisa á la república. Paoli era asaz ilustrado para participar del fanatismo que cegaba á sus conciudadanos sobre la inutilidad de la resistencia; pero habria corrido riesgos si se hubiera empeñado en desengañarlos, y tanto por su seguridad como por su gloria, continuo dirigiendo los negocios.

El primer acto de hostilidad ocurrió en las montañas del Istmo, entre las ciudades de Bastia y San Fiorenzo, cuya comunicacion quiso asegurar el marqués de Chauvelin. Paoli fué rechazado de este punto y del de Oletta en la punta del Istmo, aunque no sin una resistencia obstinada que costó cara al vencedor; y aun este triunfo no fué mas que momentáneo, pues el gefe corso volvió á presentarse con ánimo de disputar el terreno á palmos. Ora por conviccion, ora por el deseo de justificarse, el general francés al participar sus pérdidas á Luis XV, pintó la conquista de la isla como temeraria, que jamás indemnizaria la sangre y los tesoros que debia costar, y aun como imposible á poco que los ingleses ayudaran á los corsos. Mas la vergüenza de retroceder, la idea de impedir á los ingleses la posibilidad de un establecimiento tan importante en el Mediterráneo, y la ventaja sobre todo de sacar madera de construccion para su marina, espuestas con vigor por el ministro, decidieron á continuar unos esfuerzos que estaban á punto de cesar. Enviado el conde de Marbeuf en relevo del marqués de Chauvelin, dió al pronto alguna esperanza de buen éxito merced á los refuerzos que le acompañaron; pero al poco tiempo se conoció que era menester un verdadero ejército para someter completamente la isla. Diéronse en consecuencia cincuenta batallones y una artilleria formidable al conde de Vaux, quien desembarcó en Córcega á principios de abril de 1769, con dos tenientes generales y tres mariscales de campo á sus órdenes. Inglaterra mandó á Paoli algunos socorros en armas y dinero, aunque poco considerables. La atencion de esta potencia se dirigia entonces casi esclusivamente á las colonias de América, y las inquietudes que comenzaba á concebir del alzamiento de ellas encadenaban su liberalidad y buenas intenciones. La discordia nacida de la impotencia y del desaliento, vino ademas á debilitar los corsos: en menos de dos meses fué arrebatada la mayoria de sus puestos, uno tras otro, casi sin disparar un tiro, y no le quedó á Paoli otro recurso que la fuga. Determinóse á esta el 13 de junio de 1769, y su embarcacion en Porto Vecchio en un buque que le trasportó á Lóndres, fué la señal de la sumision de la isla; pero regida como pais de estados, conservó por medio del derecho de arreglar sus subsidios y realizar su recaudacion, formas libres y republicanas que la aligeraren el peso de la dependencia. A los dos meses de la partida de Paoli, el 15 de agosto de 1769, y precisamente en el aniversario del decreto de reunion de la Córcega, nacia en esta isla un niño destinado por la Providencia á vengar, por decirlo asi, á su pais; dominar á Génova, y sentarse ademas en el trono de Francia; á evitar sobre todo la disolucion de este reino, atacado dentro por la anarquia, y fuera por una conjuracion de la Europa entera; á ensanchar sus límites aun mas allá que los que Carlomagno habia dado á su imperio, y en fin á sojuzgar en el curso de diez años, bien con su dominacion inmediata, bien con su proteccion provincias y estados, que la fortuna de los Capetos no habia podido conquistar en el curso de ocho siglos.

La ignorancia propagada en toda la Europa por las invasiones de los pueblos del norte, habia circunscrito las pocas luces que quedaban á la clase de los eclesiásticos, dedicados por sus funciones al estudio, y particularmente al de moral. Jueces esclusivos en materias espirituales, y ya árbitros de la mayoria de las disensiones privadas por la estimacion que se hacia de su virtud, tardaron poco en verse investidos por los mismos príncipes con parte de su propia jurisdiccion. Muchos abusos resultaron de esta confusion de poderes. El clero se acostumbró á considerar como derecho un privilegio esencialmente revocable: nacieron las inmunidades, y últimamente se confundieron las dos jurisdicciones en términos que fué muy difícil deslindarlas, cuando habiéndose estendido con la renovacion de los estudios los progresos de las luces hasta los legos, revindicaron estos los derechos imprescriptibles de los príncipes. Esto motivó una discusion formal entre Pedro de Cunieres y Pablo Bertrandi, en el advenimiento de los Valois al trono de los Capetos; pero como esta conferencia apenas tuvo resultados, y despues solo hubo ocasiones particulares que de cuando en cuando permitieron ilustrar algunos hechos relativos á la distincion de las dos potestades, han llegado nuestros dias sin que esta especie de separacion se fijara ó no se hubiera fijado generalmente; originándose de aqui que Roma ejerciera todavia en algunas comarcas derechos mas ó menos estensos, caducados en otras. Benedicto XIV que habia graduado estas antiguas pretensiones, sabia en caso de necesidad renunciarlas noblemente, y de aqui la atencion de los príncipes en no reclamárselas mas que con miramientos que respetaban siempre su dignidad. No sucedió lo mismo con Clemente XIII (Cárlos Rezzonico) que le sucedió en 1758. Este pontífice tenia todas las virtudes de su predecesor; pero le faltaban su amenidad y su espíritu de conciliacion, cualidades preciosas en un tiempo en que las doctrinas filosóficas minaban sordamente la autoridad pontifical, y persuadian á los príncipes que no era propio de su dignidad el negociar y arreglarse con ella, sino arrogárselo todo por sí mismos, sin vacilar sobre la justicia de sus deseos. De esta manera por un contraste muy chocante, si los Papas en otros tiempos habian pretendido juzgarlo todo, tanto en lo temporal como en lo espiritual so pretesto de conciencia, los príncipes á su vez, so pretesto de policía, eran escitados á suscitar pretensiones no menos chocantes á regirlo todo sin intervencion estraña. Tales fueron las opuestas preocupaciones que produjeron nuevas desavenencias entre el Papa y las diversas ramas de la casa de Borbon.

Prosiguiendo los planes de reforma de su padre, que tres años antes habia sujetado á las cargas públicas los eclesiásticos de sus ducados, el duque de Parma don Fernando, ó mas bien el consejo de este príncipe, de edad de diez y siete años, habia hecho publicar en el mes de enero de 1768, una pragmática que probibia á sus vasallos llevar causa alguna á los tribunales estranjeros, y solicitar fuera, sin espreso permiso, ningun beneficio dependiente de sus estados. Privaba ademas de estos beneficios á los estranjeros, y declaraba nulos todos los rescriptos de Roma que no se presentaran al *regium exequatur* ó aprobacion real. Lastimado Clemente XIII por este ataque, y acordándose demasiado, tanto de las máximas de los tiempos pasados como del antiguo vasallaje de los duque de Parma, no solamente anuló esta pragmática, sino que declaró á todos aquellos que habian intervenido en ella, incursos en las censuras de la bula *In cœna Domini*, como violadores de las inmunidades eclesiásticas. El jóven príncipe, miembro de la casa de Borbon, sobrino del rey de España y nieto de Luis XV, tenia una importancia superior á la que le daban sus cortos estados, y seguro de que se tomaria parte en su injuria podia atreverse á rechazarla. Suprimió pues el breve, estimulado por el ejemplo que le dió el Parlamento de Paris, ejemplo que fué imitado en España, Nápoles, Portugal y aun en Viena; pero desde luego y vengando con poca justicia en sus propios súbditos los disgustos que tenia con el Papa, espulsó todos los jesuitas de sus estados. No podia dar golpe mas sensible al corazon del pontífice por la utilidad de estos religiosos, á quienes sostenia con todo su poder. Esta era una medida concertada entre los ministros que gobernaban en las cortes de la casa de Borbon: Choiseul en Paris, Aranda en Madrid, Tanucci en Nápoles y Felino en Parma. En el año anterior, todos los jesuitas habian sido arrestados en un mismo dia en España y trasladados á las costas de los estados pontificios, sufriendo la misma suerte en Nápoles, donde el consejo del jóven rey, de la misma edad que el duque de Parma, se hallaba entonces bajo la influencia del consejo de España. Francia fué el pais donde los jesuitas esperimentaron menos persecuciones, no reparando sus compatriotas en reconocerles como tales. El ministerio por otra parte, de acuerdo con los otros gabinetes, solicitó con el mas ardiente celo la estincion de la órden, y á esta condicion ofrecieron restituir Aviñon, Benevento y Pontecorvo, que habian sido secuestrados por los reyes de Francia y de las Dos Sicilias. Pero Rezzonico era lo mismo que Odescalchi, á quien ninguna consideracion podia doblegar; y un precio puesto á su condescendencia, era á sus ojos un cebo sospechoso, que en lugar de ablandarle debia alejar toda conciliacion. Ya malquistado con Portugal y Venecia, no contempló con menos firmeza la nueva conjuncion que se levantaba contra él. Su inflexibilidad podia acarrear las consecuencias mas funestas, cuando su muerte, á principios del año siguiente, y la eleccion de Clemente XIV (Lorenzo Ganganelli) franciscano y único regular que habia entonces en el Sacro Colegio, dieron alguna esperanza de avenencia.

Fundábase dicha esperanza en las opiniones del nuevo Papa con respecto á las medidas rigurosas de su predecesor, y en su carácter personal, risueño, vivo, amable y conciliador, que recordaba el de Benito XIV, cuya memoria era para él de mucha veneracion y aprecio. Su primer cuidado fué alzar las censuras de Clemente XIII, dando despues una muestra notable de ser ageno á las pretensiones exageradas de la tiara, con abolir el uso anual de la publicacion de la bula *In cœna Domini*, en que habia muchas disposiciones incompatibles con los derechos de los soberanos. Pero estas pruebas de consideracion y miramientos no pudieron libertarle de sus importunas instancias en cuanto á la supresion de los jesuitas. En vano contemporizó á pretesto de tomar informes que pudiesen autorizar y justificar su conducta; en vano alegó la necesidad de consultar el voto de todas las potencias católicas. La politica allanó todas las dificultades, haciendo desaparecer los pretestos y llevando al Papa

hasta un punto de donde no podia retroceder. Estrechado por ella, firmó el 21 de julio de 1773 el famoso Breve que estinguió la órden. Pero ya porque se arrepintiera de una deferencia débil opuesta á su conviccion, ya porque participara de los temores de una venganza de que se suponia capaces á los jesuitas, desde este momento multiplicados remordimientos embargaron su ánimo y le persiguieron hasta su muerte, que aconteció catorce meses despues. El rey de Prusia y la emperatriz de Rusia, que á título de no ser católicos podian desconocer la autoridad del Breve del Papa, no participando de la prevencion de los otros príncipes con respecto á la doctrina regicida atribuida a los jesuitas, conservaron estos religiosos en sus Estados; y dos meses antes de su muerte, Clemente XIV por un rescripto particular los mantuvo en el *Statu quo* en que se encontraban. Pio VI, su sucesor, confirmó esta disposicion en 1777, y concedió ademas á los jesuitas de Rusia la facultad de nombrarse un vicario general. Finalmente, Pio VII los reintegró en 1804 en Nápoles á peticion del mismo Fernando IV, á cuyo nombre habian sido espulsados durante su menor edad; mas los acontecimientos casi inmediatos que echaron abajo el trono de este príncipe, arrastraron con él este ensayo de restablecimiento.

El destino de Luis XV, tan adorador del ocio, fué no poder sacrificar tranquilamente á su ídolo. Los impuestos, que se habian multiplicado durante la guerra, no fueron disminuidos ó retirados en la paz como lo habia prometido el rey. El Parlamento de Paris negoció con la corte para aligerar este peso ya que no podia rechazarlo enteramente; pero el Parlamento de Besanzon, sin guardar tales miramientos, negóse á votarlos. Los miembros recalcitrantes fueron desterrados. Casi todos los parlamentos del reino abogaron por el de Besanzon. El de Paris, como cabeza de los otros, presentó reclamaciones: el rey contestó que este asunto le era estraño. El Parlamento replicó que le era enteramente personal, en razon á que todos los parlamentos no componian mas que uno solo, dividido en diferentes clases. Este sistema, que pareció nuevo, fué discutido en largos y multiplicados escritos. El rey desvió de él la atencion mediante la satisfaccion que dió al Parlamento de Besanzon, retirando al intendente de la provincia, Boynes, que era al mismo tiempo primer presidente, y llamando á los desterrados. En cuanto á los impuestos, sobre que los gefes del Parlamento de Paris transigian secretamente con los ministros, se convino que para salvar su honor á los ojos del pueblo no apareciera el registro como voluntario sino como forzado. El rey en consecuencia celebró el 31 de mayo de 1763 una sesion régia, en que se confirmó la continuacion de los impuestos, incluso el del segundo cinco por ciento que debia terminar con las hostilidades. Dictáronse restricciones ó modificaciones envueltas en operaciones rentísticas, que parecian rebajarlos sin disminuir el producto, tales como el establecimiento de una caja de amortizacion y el proyecto de un catastro.

Para agradecer al Parlamento su complacencia y atraerle para lo sucesivo, el rey estableció por cédula de 1.° de diciembre de 1763 una comision de magistrados para el exámen de los medios de lograr mejor administracion en las rentas; y á fin de manifestarles la absoluta confianza que tenia en ellos, nombró ministro de Hacienda á Laverdy, que era de dicha comision. Al mismo tiempo, Renato Cárlos de Maupeou, antiguo primer presidente, recibió los sellos con el título de vice-canciller; y su hijo Renato Nicolás, que dentro de poco debia figurar mucho, fué revestido con la primera presidencia.

Lejos de la corte y de sus mercedes, los otros parlamentos habian mostrado mucha mas firmeza con respecto á los impuestos. La mayoría de ellos opuso una resistencia vigorosa al registro que se les queria exigir, arrostrando las amenazas de los comandantes enviados á forzarlos. El duque de Fitz James, que pasó á Languedoc, puso arrestados en sus casas los miembros del Parlamento de Tolosa; empero como con esto no se administraba justicia y el pueblo murmuraba, fué menester soltarlos. La primera operacion de ellos así que se reunieron, fué decretar la prision del comandante. Este era duque y par, y reclamó su privilegio de ser juzgado por los Pares: no por esto interrumpió sus procedimientos el Parlamento de Tolosa, quien los remitió al de Paris para que la causa fuera continuada, sustanciada y perfeccionada por el tribunal de los Pares en el punto en que fuese convocado. Interesados los ministros en desunir los parlamentos, insinuaron al de Paris que por las palabras «continuar y perfeccionar» parecia indicar el de Tolosa que él tenia derecho de proceder contra un par, y que ellos no debian permitir poner en duda que el tribunal de los Pares pudiera residir fuera de su seno. El rey se prestó al deseo espuesto por los magistrados parisienses de que les confirmara tal privilegio, y reconoció que al Parlamento de Paris pertenecia eminente y esencialmente el tribunal de los Pares. En consecuencia llamaron como de derecho á los pares á sesiones, anularon á últimos de 1763 todo lo actuado en Tolosa, volvieron a principiar el proceso, y para mas complacer á la corte, pronunciaron un fallo equívoco, que ni justificaba ni condenaba al duque de Fitz James. Casi todos los parlamentos protestaron contra el privilegio que afectaba el de Paris de pertenecerle esclusivamente el tribunal de los Pares, y recordaron el sistema de clases. Avergonzados los magistrados de Paris de ser privados de este apoyo, declararon que su dignidad de solo y único tribunal de Pares no debia romper la confraternidad entre los miembros de un mismo cuerpo. Los parlamentos parecieron contentarse con este paliativo; pero las pretensiones del de Paris ofendieron á los demas y originaron frialdad entre ellos.

Sin embargo, la necesidad comun los reunió con motivo de lo que se llamó la *cuestion de Bretaña*. Esta cuestion debe ser presentada con alguna estension por hallarse ligada con la catástrofe del Parlamento de Paris, que fué causada por la misma cuestion. El duque de Aiguillon habia sido nombrado comandante de Bretaña, y así que este biznieto de un sobrino del cardenal de Richelieu llegó á la provincia, pretendió enseñorearla. Formó reglamentos duros y vejatorios tanto con respecto á las servidumbres como respecto de otros ramos de la administracion dependientes de su mando, y quiso llevar á cabo con imperio sus disposiciones. Levantáronse quejas contra él, y el Parlamento se hizo cargo de ellas. El procurador general llamado La Chalotais, habló con vehemencia sobre este asunto. Era aquel el mismo que habia dado contra los jesuitas el informe fogoso que inclinó al Parlamento á pronunciar la disolucion de la sociedad. Esta tenia numerosos partidarios en la provincia, donde vivian muchos nobles adeptos y aun miembros de la compañía de Jesus, retirados en casa de sus parientes ó amigos despues de su espulsion de Paris. Todos estos descontentos se entendieron con el comandante, quien enorgullecido con tal apoyo, obró sin contemplaciones contra el Parlamento, poniendo trabas á su autoridad é impidiendo la ejecucion de sus decretos. Quejáronse los magistrados á la corte, y no consiguiendo lo que pedian, hicieron dimision por despecho.

Encontróse sin justicia la provincia, donde todo era confusion, atacándose unos á otros con escritos muy acalorados. Aparecieron libelos difamatorios contra el comandante, injuriosos hasta á la persona del rey: estos impresos, tanto en verso como en prosa, parecian parto de los adictos á los magistrados. Contra semejante suposicion clamaron estos, pues en circunstancias análogas se habia imputado á los jesuitas la perfidia de publicar sátiras en descrédito de sí mismos y del gobierno, á fin de persuadir confundiendo su causa con la de la corte, que ellos solo eran odiados porque sostenian invariablemente la autoridad real. Privados los presuntos reos por la inaccion de su Parlamento de un tribunal á donde poder elevar sus quejas, las dirigieron al de la capital, que principió á ocuparse en ellas.

Durante el exámen de los autos, en la noche del 11 de noviembre de 1765, los La Chalotais padre é hijo y otros tres consejeros fueron encerrados en los calabozos de la ciudadela de San Maló, adonde se enviaron comisarios sacados del consejo para que formaran causa á estos magistrados en defecto del parlamento que no existia. Las letras patentes dirigidas á la comision en 16 de noviembre, acusaban á los presos de haber tenido juntas ilícitas, mantenido correspondencias criminales, esparcido libelos difamatorios contra las personas adictas al gobierno, y de haber llevado su audacia hasta hacer llegar á la corte y al rey mismo anónimos injuriosos á su persona, y atentatorios á su autoridad. Cárlos Alejandro de Calonne, á la sazon juez relator, era su denunciador y pretendia haber reconocido su letra.

A fin de dar á la violencia un barniz de justicia, ofrecióse al Parlamento de Bretaña el restablecerlo para juzgar á sus compañeros; pero se le ofreció sin darle satisfaccion acerca de los puntos que habian movido á sus magistrados á hacer dimision. Negóse la mayoría á volver á sus cargos: los que los aceptaron registraron el 16 de enero de 1766 unas letras patentes que no solo los autorizaban á volver á sus funciones ordinarias, sino que les encargaban que se ocupasen sin dilacion en la instruccion del proceso criminal incoado en San Maló. Instalados los consejeros, casi todos ó por parentesco con los presos ó por odio y litigios con los mismos, tuvieron que inhibirse, y decretó el tribunal «que vistos los motivos de recusacion de la mayoría de sus miembros, que la corporacion juzgaba legítimos y la inhabilitaban para conocer en el proceso, se suplicara al rey retirase sus letras patentes.» Esto era lo que se deseaba.

El asunto fué devuelto á San Maló y seguido con tanto ardor, tanta violacion de los trámites ordinarios y tantos tratamientos rigurosos, que era difícil no descubrir la mano de la venganza. El duque de Aiguillon habia puesto en movimiento todos sus amigos de la corte, que eran numerosos: á su cabeza aparecia el ministro que la Bretaña tenia en su departamento: por todos lados se le sugeria al rey que los bretones eran una raza rebelde y turbulenta, y que era preciso hacer un castigo ejemplar á fin de contenerlos. Segun se cuenta, habíase resuelto en Versalles la condenacion de los magistrados para cuando partió la comision: no se trataba mas que de buscar pruebas en que fundar una sentencia de muerte. Se ha

dicho que á falta de otras y á fin de arrancar por medio del tormento las confesiones de los acusados, se hizo que fuera de Paris el verdugo con sus instrumentos de tortura, como si no los hubiera en Bretaña; pero el Parlamento de Paris conociendo el peligro de dejar juzgar á sus compañeros por otros que sus pares, dirigia reclamaciones sobre reclamaciones. Estas conmovieron al rey que era bondadoso, cuando le patentizaron que la actividad del procedimiento iba á traer la muerte de unos magistrados, cuyo crímen principiaba á parecerle dudoso. Escitado por el duque de Choiseul que hacia alarde de protector de los parlamentos, se apresuró á suspender los poderes de la comision de San Maló, encomendando el asunto á sus jueces naturales.

Los acusados declinaron la jurisdiccion de su parlamento, porque no teniendo este casi el suficiente número para juzgar á particulares, era inhábil para fallar sobre la suerte de magistrados que no debian ser juzgados sino por todas las cámaras reunidas. Pidieron que se les sometiera al Parlamento de Burdeos, pero no pudieron conseguirlo merced á las dificultades que de intento se opusieron. El proceso fué llevado al consejo el 22 de noviembre de 1766, y los presos fueron trasladados á la Bastilla. Pero cuando se creia que dicho proceso iba á seguirse con la mayor actividad, el rey mandó que se lo presentaran en su consejo, donde se descubrieron las vergonzosas intrigas que se habian puesto en juego, y declaró que no queria encontrar culpables, y que se suspendiese el juicio, aboliendo por decreto de 22 de diciembre de 1766 todos los delitos y acusaciones, y prohibiendo ulteriores diligencias. Los presos salieron de la Bastilla, pero no fueron restablecidos en sus funciones: al contrario, fueron desterrados. El rey á pesar de declararlos inocentes, creyó no ser injusto imponiendo esta pena á unos hombres culpables al menos contra el, de reflexiones indiscretas consignadas en cartas suyas que habian sido interceptadas. El Parlamento de Paris á quien el rey no dispensó ni podia dispensar su confianza, espuso que semejante medida era un verdadero castigo que comprometia el honor de los magistrados: el rey se limitó á responder que no habia tal compromiso; y el duque de Aiguillon que era violentamente inculpado, fué repuesto en su gobierno con una autoridad mas lata que la que habia tenido y con mayor deseo de hacerla valer.

Así que llegó á su provincia con los honores de la victoria, al paso que sus víctimas sufrian fuera de sus hogares, señaló Aiguillon su triunfo con los muchos disgustos que dió al Parlamento á causa de nuevas empresas gravosas al pueblo, aunque muy útiles en sí mismas, como la continuacion ó construccion de nuevas carreteras sumamente costosas. Queriendo ademas dar pruebas de su reconocimiento á la corte que tan bien le habia servido, resolvió privar á los bretones de los privilegios de que se enorgullecian, y que siempre habian desagradado á los encargados de las órdenes del rey, eludidas por tales prerogativas. Presentó á los estados de la provincia varios reglamentos que so pretesto de establecer en la administracion mejor órden, anulaban entre otros derechos que siempre habian ejercido desde su concordia con Luis XII, el de fijar y el de levantar los impuestos. Los Estados desecharon con horror el reglamento, y enviaron á la corte un memorial de agravios tan persuasivo y concluyente, que los ministros no se atrevieron á presentarle al rey, por temor á su sano juicio y corazon sensible: empero fué menester manifestarle el estado de las cosas, porque la fermentacion se aumentaba en la provincia, donde habia tendencias á la rebelion.

Luis XV envió á fines de 1769 al presidente Ogier, hombre ilustrado y pacífico. A consecuencia de sus informes retiró al duque de Aiguillon; pero á fin de que su separacion no pareciera una desgracia, le confirió el mando de la caballería ligera de su guardia, cargo de honor y confianza. Ogier sometió á la discusion de los Estados el reglamento que originó su descontento. A medida que se leian los artículos fueron tachándolos, y el reglamento fué suprimido. El presidente restableció tambien el Parlamento en toda su intregridad, llamando á él los desterrados, á escepcion de los La Chalotais, por no haberse podido conseguir que desistieran de sus pretensiones. Cuando los magistrados se vieron constituidos en poder, ordenaron una pesquisa para descubrir los autores é instigadores de los trastornos de la provincia. La mayor parte de las declaraciones las imputó á los jesuitas, quienes tratados al pronto con miramientos en Bretaña, se habian refugiado en gran número en esta provincia, aunque estaban sumamente irritados contra su Parlamento, que los habia proscrito antes que el de Paris. Por resentimiento habian abrazado con ardor el partido del duque de Aiguillon, acusándoseles de haberle ayudado con sus intrigas y su pluma. Mas por venganza que por justicia renovó tambien acaso el Parlamento el decreto de su proscripcion, y lo agravó disponiendo que cuantos rehusaran firmar el juramento que les ponia en la alternativa de morir de hambre ú obrar contra su conciencia, serian precisados á salir inmediatamente de la provincia.

Pero en el curso de la pesquisa se encontraron, lo que quizá era su principal objeto, delitos contra el duque de Aiguillon, abusos de poder, vejaciones de todo género, seduccion para proporcionarse contra los magistrados que deseaba perder, pruebas de menosprecio de la autoridad régia y de rebelion: en fin, el espediente arrojó sospechas del crimen mas enorme, de proyectos de asesinato ó envenenamiento meditado. Sobre estos fundamentos comenzóse un proceso criminal que se continuaba muy rápidamente, cuando dispuso el rey, al ver que era inculpado un par, que pasara la causa al tribunal de los Pares residente en el Parlamento de Paris, y declaró que se celebraran las sesiones en Versalles, porque las queria presidir en persona. El rey tomó esta determinacion por consejo del primer presidente Maupeou, canciller desde 1768, por la doble dimision del canciller Lamoignon y del vice-canciller su padre. Maupeou habia persuadido al monarca que el único medio de terminar este negocio era dejar libre curso á la justicia, y que ora por el poco fundamento de la inculpacion, ora por la influencia necesaria del soberano en el tribunal de los Pares, el duque de Aiguillon no podia menos de salir triunfante de esta prueba.

La primera sesion tuvo lugar el 4 de abril de 1770, y toda se invirtió en discursos. En la segunda, el 7 se entabló la cuestion, y el Parlamento tuvo mucha satisfaccion en las sesiones siguientes, en que muchos oradores brillaron por su elocuencia. Estaban muy complacidos de ver que el rey les observaba, y quizá abrigaban la esperanza de que tal distincion les proporcionaria alguna ventaja. Pero con ocasion de las vejaciones imputadas al comendante de Bretaña, algunos oradores se permitieron observaciones críticas sobre las órdenes que le habian servido de autorizacion. Los partidarios del duque de Aiguillon aprovecharon esta coyuntura para que el rey se disgustara de las sesiones que parecian agradarle: lograron su intento esponiéndole que era posible se viera precisado a justificar sus disposiciones y á dar cuenta de su gobierno: perspectiva pavorosa por las consecuencias que semejante discusion podia acarrear. Impulsado por este temor, el rey combatió las sesiones de los Pares en sesion régia que se celebró en Versalles el 27 de junio de 1770. El monarca refirió por boca del canciller todo lo que habia hecho para apaciguar los trastornos de la Bretaña y tranquilizar los ánimos; observó que con esta intencion y la de ilustrarse él mismo, habia traido este asunto á la cámara de los Pares para que se deliberara en su presencia; que habian visto con asombro que la discusion se sujetaba al exámen y á la crítica de órdenes emanadas del trono; «que en esta causa dominaba una animosidad detestable; que cuanto mas se la profundizaba se la encontraba mas llena de iniquidades y horrores, de los cuales S. M., dijo el canciller, quiere apartar la vista. Desea pues no oir hablar mas de este proceso. Prohibe por la plenitud de su potestad todo procedimiento ulterior é impone un silencio absoluto sobre todas las acusaciones recíprocas.

El Parlamento salió lastimado de la sesion régia. El 2 de julio de 1770 espidió un decreto para que el duque de Aiguillon, inculpado gravemente de hechos que manchaban su honor, fuera suspenso de sus funciones hasta que por un juicio sustanciado en el tribunal de los Pares con las formas solemnes prescritas por las leyes, fuese plenamente justificado y reintegrado. Nombráronse inmediatamente comisionados para imprimir dicho decreto en el mayor número de ejemplares posible. Creése que en el mismo dia se mandaron mas de diez mil á las provincias. Al siguiente dia 3 de julio, una órden dada por el rey en su consejo, anuló el mencionado decreto, y dispuso que el duque de Aiguillon continuara sus funciones de par de Francia. De aquí resultaron reclamaciones del Parlamento, para justificar su decreto y mantenerlo. Otros parlamentos siguieron el ejemplo del de Paris. Vinieron las vacaciones y se dieron tregua los partidos beligerantes.

Súpose que pasadas dichas vacaciones debian reproducirse las hostilidades, y que el Parlamento se proponia continuar el proceso. El rey hizo estraerlo de la escribanía en una sesion régia que celebró en Versalles el 7 de diciembre, en la cual tuvieron los magistrados la mortificacion de ver entre los Pares al duque de Aiguillon. Prohibióse á los jueces ponentes y relatores el escitar á la asamblea de las cámaras y al Parlamento de Paris á servirse del término de *clases* al hablar de los demas Parlamentos, el enviarles memorias de que se pudiera inducir una asociacion entre ellos, el dejar el servicio y hacer dimision. De regreso á Paris dirigieron los magistrados reclamaciones: no habiéndoseles atendido suspendieron sus funciones: tuvieron sin embargo el placer de volver á ellas para fallar un proceso que interesaba fuertemente al príncipe de Condé. El canciller que habia comprometido al príncipe á pedir audiencia, esperaba que el Parlamento una vez comenzado continuaria el servicio, pero se equivocó: los magistrados tornaron á su inaccion, ó no se ocuparon mas que en asuntos públicos, y sobre todo trataron con afectacion de la causa de la carestía de los cereales.

La doctrina de los economistas, secta de filósofos que reconocia por fundador y patriarca al doctor Quesnay, médico de madama de Pompadour, el cual dirigiendo sus especulaciones hácia al

administracion pública, abrazaba mas particularmente la agricultura y el comercio, habia hecho prevalecer una libertad ilimitada en la circulacion de los granos tanto dentro como fuera del reino. Tal era poco mas ó menos el espíritu de un edicto dado en 1764, siendo ministro de hacienda Laverdy, quien sin embargo creyó deber imponer el derecho de uno por ciento á la entrada y salida de los granos, y aun vedar esta siempre que el valor del trigo llegara al precio de doce libras por quintal. Pero esto que se hizo en beneficio de la agricultura, como igualmente la seguridad que debian concebir en lo sucesivo sobre las subsistencias las provincias en que habia esterilidad y escasez, se desvanecieron bien pronto por los cálculos vergonzosos de una codicia no vigilada. En lugar de un comercio útil y honroso se estableció un culpable agiotage. Se especuló sobre la subsistencia de los pueblos como sobre las acciones de la plaza; el precio del grano varió como el del papel, y acabó por subir de una manera tan alarmante, que no permitia al pobre remediar sus necesidades. Los economistas atribuyeron este mal resultado á la inferioridad de las cosechas y á las ligeras restricciones puestas al completo desarrollo de su sistema, que se resumia en estas dos frases: «Dejad hacer y dejad pasar.» Pero el clamor público ahogó su voz: la esportacion fué prohibida en 1770, restableciéndose como principio que una cuestion que tocaba tan de cerca á la misma existencia del pueblo, no debia ser abandonada enteramente á las azarosas vicisitudes de la libertad del comercio.

En este momento de crisis, el Parlamento perdió el mas firme de sus apoyos con la desgracia del duque de Choisseul. Se persuadió al rey que el ministro trabajaba por comprometerle á una guerra con los ingleses, apoyando el descontento que principiaba á notarse en sus colonias americanas. Luis XV miró este proyecto como un atentado meditado contra su tranquilidad; é impelido por las instancias de su favorita, menospreciada asaz abiertamente por Choisseul, le desterró el 24 de diciembre lo mismo que al duque de Praslin. El de Choisseul fué reemplazado en guerra por el marques de Monteynard, en negocios estranjeros por el duque de Aiguillon su rival, y la marina fué confiada á Boynes. La imposibilidad de sufragar á una corte siempre pródiga, á pesar de los apuros de la hacienda, ocasionó en 1768 la salida de Laverdy del ministerio. Maynon de Hau, á quien el duque de Choisseul dió por sucesor, no pudiendo hacer adoptar sus planes de reforma en el consejo, dió su dimision á los quince meses. Su corto ministerio fué notable por la estincion de la compañía de Indias que habia sido erigida por Colbert, y que no habiendo podido reponerse de los reveses que habia sufrido en la guerra de siete años, entregó al rey sus fondos con la condicion de satisfacer sus deudas. Fué reemplazado á fines de 1769 por el abate Terrey, consejero en el Parlamento, no temiendo lanzarse en el caos de las rentas. Su carácter firme é impasible, conocido del canciller, hizo que este le recomendara, prometiendo que le secundaria en la revolucion que meditaba.

El canciller que en los negocios precedentes no habia dado al Parlamento toda la satisfaccion deseada, era mirado por este de reojo, y se aprovechó gustoso de la ocasion de mortificar á dicho cuerpo. La desgracia de Choisseul le desembarazó de un observador cuyas reflexiones en el consejo le obligaban algunas veces á reprimir su fogosidad, y entonces abandonó á esta el canciller sin reserva. En la noche del 16 de enero de 1771, cada uno de los miembros del Parlamento fué despertado al mismo tiempo por dos mosqueteros que les presentaron la órden de volver á sus funciones y de firmar su consentimiento ó su repulsa con esta sola palabra *si* ó *no*, sin esplicacion ni comentarios. Despertados de una manera tan brusca muchos firmaron *si*; pero reunidos al dia siguiente en palacio con los que habian dicho *no*, retractaron su consentimiento. A la siguiente noche notificó un ugier que se les privaba de sus cargos y hubo nueva embajada de mosqueteros portadores de órdenes que desterraban á todos á puntos diferentes y entre sí distantes.

El canciller esperó que los que habian dicho *si* le servirian para formar lo que él llamaba el *plantel de otro Parlamento*. Su retractacion le quitó este recurso, el cual fué suplido por consejeros de Estado y jueces relatores á quienes marchó á instalar él mismo, habiendo pasado sin parecer inmutado por entre una multitud exaltada esparcida al rededor del palacio. Mientras este tribunal interino entendia en algunas causas y figuraba una sombra fugaz de justicia, el canciller trabajaba en su gran proyecto, que era llenar las plazas de los desterrados y quitarles todo medio de recobrarlas. Halló suplentes en el gran consejo, en la corporacion de los abogados, y entre los jurisconsultos bien ó mal acreditados, sacándolos de Paris y las provincias.

Arreglado de esta manera su Parlamento, segunda vez vino él mismo á instalarlo en palacio. Los parisienses, á quienes lo sério cansa asaz pronto, en lugar de su sombrío silencio se burlaron de la figura, continente y carácter de los nuevos consejeros, se publicaron canciones, y en Francia *cuando se rie todo se arregla*. El sagaz canciller al cautivar á la córte con el cebo de libertarla de un cuerpo que no cesaba de entorpecer la marcha del gobierno, y que por su nuevo sistema de clases habria llegado rápidamente á la independencia, procuró ademas recabar el sufragio entonces imponente de la filosofía. Al efecto ponia en planta las ideas de esta sobre la venalidad de los cargos, la administracion gratuita de la justicia, la refundicion de las leyes criminales que se prometia como próxima, y sobre la reduccion del inmenso resorte del Parlamento de Paris, en el cual se colocaron todavia seis consejeros superiores. Con estas reformas el canciller hizo tolerable el despotismo que las introducia, y que por otra parte no recaia mas que sobre los jueces desacreditados del imprudente Lally, del inocente Calás y del infortunado La Barre: Calás condenado en Tolosa en 1762, como acusado de haber, por prevencion religiosa, asesinado á su hijo que se habia hecho católico; y La Barre en Paris en 1766, como «vehementemente sospechoso de haber destrozado una cruz» en el puente de Abbeville.

El rey celebró el 13 de abril su última sesion régia. Dió tres edictos: el uno anulando el antiguo Parlamento, el otro creándolo de nuevo y el tercero suprimiendo el tribunal mayor de subsidios que se habria atrevido á oponer reparos al trono. El rey terminó la sesion mandando á los nuevos magistrados principiar sus funciones al dia siguiente, prohibiendo toda deliberacion sobre lo que habia pasado, y toda representacion en favor del antiguo parlamento; «porque, dijo con tono firme y alto, no cambiaré nunca.» En efecto sostuvo su palabra hasta el fin de su vida, y el canciller tuvo el placer de ver que su Parlamento, que se llamó el *Parlamento de Maupeau*, se atrajo insensiblemente algunas personas estimadas en el foro: él las recibia con placer, como atestiguando la bondad de su operacion.

Durante la borrasca, los otros Parlamentos estuvieron tranquilos, ó al menos se limitaron á algunas quejas muy moderadas, que no fueron oidas. El canciller habia tenido maña para persuadirles que solo trataba de reemplazarlos, y que no aguardaba sino que le depararan ellos mismos ocasion al efecto, bien ofreciendo sus dimisiones, bien interrumpiendo sus funciones. Para contrariar el plan que ya se le presumia, los tribunales superiores redoblaron su celo en la administracion de justicia, y así dieron tiempo al gefe supremo de la magistratura para organizar sus nuevas salas, sometiéndose los mismos en seguida á sus reformas. En efecto, desde el mes de agosto al de noviembre, reducidos los Parlamentos de provincia, por sus insinuaciones ó amenazas, registraron el edicto de supresion y redencion de sus oficios, y al dia siguiente el que los volvia á crear con emolumentos y sueldos; de manera que para San Martin de 1771, el nuevo órden judicial estaba en ejercicio en toda Francia. El canciller lo consolidó por la redencion efectiva de los cargos parlamentarios que logró se reclamaran sucesivamente por los magistrados suprimidos.

El ministro de Hacienda mantenia las rentas por medios no menos violentos. Cuando entró en el ministerio se encontró con un déficit de mas de sesenta millones: para cubrirlo, era imposible sin escitar el clamor público, imponer nuevas cargas, pues harto se habia conseguido con haberse podido prorogar las antiguas. Una reduccion en los gastos era el único recurso para lograrlo. Así se decretó; pero en lugar de aplicarla al lujo desenfrenado de la corte, vino á recaer sobre los acreedores del Estado, á quienes no se pagó ó solo se les pagó en parte. Suponiendo que los mas de ellos se habian ilegítimamente enriquecido con los desastres públicos, y prevaliéndose del ejemplo del *Visto Bueno* que mas de una vez habian reducido sus créditos, suspendióse en 1770 el pago de billetes, de contratas y de otras asignaciones análogas nacidas de otros ramos. Rebajáronse al mismo tiempo las rentas perpétuas, las unas un quinto, las otras un cuarto, y algunas una mitad: las vitalicias sufrieron igual suerte: los fondos vitalicios fueron convertidos en rentas vitalicias, y las pensiones en fin fueron sujetadas á una disminucion gradual desde un décimo hasta un tercio. Con estos medios y multitud de edictos rentísticos que siguieron y disfrazaron mas ó menos hábilmente el impuesto, se ahorraron trece millones en la deuda constituida por una parte, y por otra se aumentó la recaudacion general con un veinte por ciento. Tales eran los espedientes inmorales á que obligaba á sus agentes un monarca cada vez mas apático y disoluto, sin reparar que no era para cubrir las necesidades del Estado sino para fomentar la prodigalidad caprichosa de una prostituta por lo que se arruinaba á una multitud de súbditos.

El duque de Aiguillon no alcanzó en su ministerio ni aun esta ventaja de un mal triunfo, pues la falta absoluta de energía en el carácter del príncipe, produjo en el esterior efectos todavia mas vergonzosos que en el interior. La muerte del elector de Sajonia, rey de Polonia, acontecida en 1763, abrió en este pais una nueva carrera á la intriga. Pero allí habia ya tomado la emperatriz de Rusia tal ascendiente, que sus tropas podian estar impunemente, y así hallándose estas, se celebró al siguiente año la dieta de eleccion, que llamó al trono á Estanislao Augusto Poniatowski, stolnik ó panetero mayor de Lituania, y uno de sus antiguos favoritos. El rey

de Prusia toleraba estas intrigas, y de acuerdo con él se habian descartado los pretendientes, que por sus alianzas tuvieron medios esteriores para defender su corona. Por el mismo motivo las dos potencias se opusieron á la abrogacion del *veto*, que daba á un solo opositor á la Dieta la facultad de paralizar el voto, aunque fuera unánime, de los demas electores, y que perpetuaba un estado habitual de anarquía, que deberia poco á poco, no obstante el valor de los polacos, poner su pais á merced de sus vecinos. Estos sostuvieron con tal mira á los disidentes ó no católicos, que habian sido



Conquista de Córcega por los franceses.

privados del derecho de sufragio, y escudándose con la garantía de la paz de Oliva, reclamaron en favor de estos con una altanería que por sí misma bastaba para una repulsa. Con todo no se rechazó dicha reclamacion, sino se difirió el resolver acerca de ella. Esto bastó para que la emperatriz se creyera insultada; y obrando como si Polonia hubiese obedecido á su autoridad, hizo prender al obispo de Cracovia y á ocho senadores, á quienes mandó á la Siberia. Entonces alzáronse llenos de indignacion muchos polacos, los cuales se apoderaron de Cracovia y de la fortaleza de Bar, donde en 1768 se confederaron para libertar su pais del yugo estrangero.

Los confederados buscaron el apoyo de la Francia; pero la falta de recursos y el temor de volver á comprometerse en una guerra continental, hicieron limitar los socorros al módico subsidio de sesenta mil francos por mes y al mezquino envio de mil quinientos hombres mandados por un jóven oficial llamado Dumouriez, destinado veinte y cinco años despues á cierta celebridad en la guerra de la revolucion francesa. De esta manera, mal secundados en el esterior y peor unidos en el interior, cada uno de los principales señores pretendia mandar, y obrando separadamente por no obedecer, los polacos fueron batidos en todas partes por los rusos, quienes persiguiendo á una porcion de aquellos hasta dentro del territorio otomano, quemaron la ciudad de Balta por haberse refugiado en ella los fugitivos. Esto dió márgen á la guerra desgraciada que por instigacion del conde de Vergennes, embajador de Francia en Constantinopla, declaró la Puerta á la Rusia a fines de 1768, intimándola con arreglo á diversos tratados á que retirase sus tropas de Polonia.

Mas arrebatada Cotzim en la frontera de la Moldavia en 1769, por el príncipe Galitzin, y conquistado el resto de la provincia por el conde de Romanzow; destruida la flota otomana en 1770 en Schesme, cerca de Scio, por el almirante Spiridow; tomada Bender en 1771, forzado el itsmo de Precop por el príncipe Dolgorouki y conquistada en consecuencia la Crimea, todas estas pérdidas redujeron la Puerta Otomana á buscar mediadores que la proporcionaran de la Rusia una paz tolerable. La Prusia, que tenia un interés político en estar bien con la Turquía para oponerle en caso de necesidad al Austria, y esta potencia que debia temer el contacto de la Rusia, prestáronse á los deseos del Sultan; pero encontraron á la emperatriz muy opuesta á la proposicion de suspender sus conquistas. La corte de Viena se mostró entonces dispuesta á hacer causa comun con la Turquía: preparó tropas y dio muestras de querer aproximarse al teatro de las hostilidades, ocupando en Polonia el territorio de Zyps, al cual pretendia tener derechos. Esto fué un rayo de luz para Catalina y Federico. «La corte de Viena, dijo ella al príncipe Enrique que se hallaba en Petersburgo, al decentar el territorio de Polonia invita sin duda á las demas potencias á seguir su ejemplo.» Desde entonces se entablaron negociaciones entre las tres cortes con el objeto de repartirse la Polonia, en que la Rusia indemnizaria los sacrificios exigidos por sus conquistas de entre el Dniester y el Danubio. El 5 de agosto de 1772 se realizó la particion del modo siguiente: para la emperatriz, toda la parte de la Polonia de la derecha del Dwina y de la izquierda del Dnieper; para el rey de Prusia, la Pomerelia hasta algo mas allá del Netze y todas



Luis XVI.

las dependencias de Polonia esparcidas en todo el reino de Prusia, á escepcion de Thorn y Dantzick; en fin, para el Austria toda la derecha del Vístula hasta Sandomir, y la misma orilla del Dniester con inclusion de los palatinados de Betz y de Leopoldo. Realizóse la toma de posesion el primero de setiembre, y esta terrible usurpacion que despojaba á la Polonia de una tercera parte de su territorio, fué ratificada el siguiente año en una Dieta envilecida, convocada espresamente. «Ah! si Choisseul hubiera estado aquí, dijo el rey al saber tal novedad, no habria sucedido esto.» Puede añadirse que sino se hubiese realizado este repartimiento, ni aun se hubieran intentado los de 1793 y 1795, que acabaron de borrar la Polonia del número de las potencias.

La esperanza que se habia concebido de pacificar las partes beligerantes no se realizó; y un armisticio concluido en 1772, como igualmente un congreso tenido en Fockiani, en los límites de la

Moldavia y de la Balaquia no produjeron resultados. La obstinacion de la Rusia en reclamar á Azow, en el fondo del mar de este nombre, los fuertes de Kersch y Genikalé en Crimea, sobre el estrecho de Taman y en el otro estremo del mismo mar; Kinburn sobre el mar Negro en la embocadura del Dnieper, y en especial la independencia de Crimea, hizo romper las negociaciones. Reprodujéronse las hostilidades, pero esta vez la fortuna abandonó los rusos: Repnin fué batido sobre el Danubio, Romanzow en Silistria, Dolgoroucki en Varna, Potemkin, Soltikow y Souvarow fueron rechazados sobre la derecha del rio, y al mismo tiempo el rebelde Pugatchew que se titulaba Pedro III, hacia temblar á Moscow. Finalmente, la Francia armándose en Tolon parecia dispuesta á una escursion en favor de la Puerta Otomana, y se proponian añadir obstáculos á la Rusia que amenazaba al jóven Gustavo, rey de Suecia, su aliado. Este jóven príncipe, ayudado de los consejos del conde de Vergennes, acababa de libertar su pais de la tiranía de un senado que le dominaba desde la muerte de Cárlos XII, y el cual por las intrigas de la Rusia se encontraba sujeto á esta potencia. Tal era á principios de 1774 el estado respectivo de los turcos y de los rusos, estado que no presagiaba nada venturoso á los últimos, cuando cambió de repente merced á una victoria inesperada del conde de Romanzow. Atreviéndose este general á revolver de improviso sobre la derecha del Danubio, sorprendió y destrozó el 20 de junio al ejército turco, y obligó al gran visir á firmar en su campo de Kainardgi, el 2 de julio, una paz que abandonó á los rusos todas las concesiones rehusadas en Fockiani.

Los trastornos de la magistratura, los apuros de la hacienda y la degradacion infamante de la política francesa no impedian las diversiones y las fiestas cuando las circunstancias las exigian. Luis XV casó á sus tres hijos: al Delfin con María Antonieta, hija de la emperatriz María Teresa, y á los condes de Provenza y de Artois con dos hermanas princesas de Saboya. No se olvidará en mucho tiempo el funesto accidente ocurrido el 30 de mayo de 1770, al concluirse la fiesta que la ciudad de Paris dió por el casamiento del Delfin. Medidas muy mal tomadas, descuido en desembarazar las salidas de la plaza de Luis XV donde se ejecutaron los fuegos artificiales, y en poner en ella una guardia numerosa; la concurrencia de rateros que apretaban para robar mas fácilmente, todas estas circunstancias contribuyeron á formar un amontonamiento de gente en que se ahogaron mas de trescientas personas. Se computa en mas de doscientos el número de los que pisoteados ó muy oprimidos se quedaron estropeados ó murieron en pocas semanas de resultas de este accidente que enlutó á muchas familias. El Delfin y su jóven esposa se mostraron sumamente sensibles á estas desgracias y consolaron á los afligidos con pruebas de bondad y largueza.


Arresto de un miembro del Parlamento.

Luis XV se encontró de esta manera en medio de una nueva corte. En iguales circunstancias, Luis XIV se habia hecho el centro de la sociedad: juntaba sus nietos, esposas y servidumbres al rededor de él, informándose de sus inclinaciones é interesándose en sus placeres; su solicitud inspiraba la reserva; la atencion á lo que se llama etiqueta, la gravedad del ceremonial, y un tanto de sujecion, escudo del decoro, impedian actos licenciosos: nada de secreto ni de misterioso en la vida comun entre el padre y los hijos, porque tenian las mismas afecciones, pudiendo entretenerse en estas sin temer vituperio ó enojo: así se buscaban ó se encontraban con placer. Pero Luis XV, dominado por pasiones que llegaron á ser mas lividinosas con la edad, preferia encerrarse en el círculo de las víctimas y cómplices de su disolucion: se aislaba para gozar mas libremente, ó para que no se viesen sus escesos. No hubo, sin embargo, siempre esta loable reserva, y se le debe estampar como una nota de ignominia indeleble que en la primera comida que dió á la Delfina, hizo colocar en la mesa con distincion su impudente dama.

Los cuatro años transcurridos desde la dispersion del Parlamento hasta la muerte de Luis XV, no presentan acontecimientos que merezcan figurar en la historia; pues todo se redujo á una repeticion de mezquinas intrigas y de anécdotas de corte, á las cuales la proximidad de los tiempos da importancia, pero que desatenderá la posteridad. Se dice que el rey tenia un tesoro particular, que lo aumentaba con el juego de acciones y efectos reales, como un particular, pero con menos riesgo, en razon á que enterado del estado del tesoro público, podia prever y aun procurar lo que se llama *alza* y *baja*, segun el termómetro de su interés. Negociaba hasta en el comercio de granos, censurándosele de culpables monopolios á los cuales se atribuian la miseria y carestía que afligieron los últimos años de su reinado. Sin embargo se debe hacerle la justicia de que deseaba que el pueblo fuese mas dichoso, que estaba conmovido de su miseria, y que hubiera querido remediarla; pero que no creyéndose capaz de hacerlo por sí mismo, se imaginaba no estar rodeado de cooperadores bastante honrados para intentarlo. ¿Nacia esto de su conciencia propia, ó de haber sido engañado? Tenia antipatía á los negocios, como lo mostraba á las claras. Los mismos placeres le fastidiaban, si no eran sazonados con una variedad difícil de inventarse. Todo lo que no le era personal, lo juzgaba, por decirlo así, como estraño.

Este príncipe dejó al nieto que le sucedió una corte entregada á un fausto devorador, la hacienda en desórden, y un reino interiormente trabajado por maquinaciones. La murmuracion y el descontento general anunciaban trastornos; el aflojamiento de los lazos entre el pueblo y el soberano hacia temer la disolucion total del Estado. El monarca, segun se dice, preevia estas desgracias; pero

en lugar de trabajar para conjurarlas por no molestarse y dejar sus goces, parecia decir á la revolucion: «Espera á que ya no exista.»

Luis XV pasaba por haber tenido las viruelas en el mes de octubre de 1728 y no estar ya espuesto á ellas, cuando le atacaron en mayo de 1774, manifestándose paciente y resignado. El mismo pidió los socorros espirituales, é hizo alejar á la condesa Dubarry. El cardenal La Roche-Aymon, arzobispo de Reims y limosnero mayor de Francia, que le administró los últimos sacramentos, pidió públicamente por su órden y en su nombre perdon de los escándalos que habia dado. Murió el 10 de mayo á la edad de sesenta y cuatro años. Su cuerpo fué conducido sin pompa á San Dionisio, á pretesto de la fetidez que exhalaba el féretro; y el pueblo que acudió al camino, no manifestó la pena que correspondia al régio difunto por su título de *muy amado*.

Luis XV en su interior era bueno, paciente, bondadoso y fácil de contentarse. Aunque fué un marido infiel, siempre observó con la reina las consideraciones que la eran debidas. Estaba dotado de principios religiosos que jamás se borraron, ni aun en medio de las pasiones desenfrenadas que le dominaban. Rodeado del esplendor de las ciencias, que llegaron á ser brillantes desde Luis XIV, no se dejaba deslumbrar por ellas, sino que las favorecia con discernimiento. Una inteligencia recta le hacia juzgar acertadamente sobre los autores y sus obras; pero los escritores de todos géneros, demasiado multiplicados entonces como tambien ahora lo están, no encontraban siempre en él acogida protectora; sin embargo favorecia noblemente las grandes empresas literarias cuya utilidad se le patentizara; pero solo con repugnancia fué como permitió la publicacion de una coleccion enorme, que debia enseñar todas las ciencias, y cuya menor falta es el haber formado multitud de pedantes.

Este monarca amaba con preferencia la geografía, la astronomía, la mecánica y la historia natural. La primera ocupó su juventud, durante la cual escribió un tratadito acerca de los rios de Francia. Proveyó generosamente á los gastos de los astrónomos célebres que envió á diversas partes del mundo á medir un grado del meridiano terrestre, á observar el paso de Venus por el sol, lo que dio la distancia de este último astro á la tierra, y á practicar otras observaciones aplicables á la marina. Los mecánicos que presentaban invenciones útiles y agradables, no se apartaban jamás de su lado sin recompensa. Aumentó, enriqueció y embelleció el jardin de plantas. Durante su reinado, Poivre, intendente de la isla de Francia, introdujo y aclimató en las colonias francesas las plantas de droguería que prosperaron. Se me permitirá citar aqui como notable en otro género á mi hermano Anquetil Duperron, que ha estado en la India á estudiar las antiguas lenguas del pais no conocidas en Europa, y que ha traido manuscritos con los cuales ha enriquecido la Biblioteca real. La Francia debe á Luis XV la Escuela militar, émula de los inválidos, donde el aprendizage de las virtudes guerreras estaba al lado de la recompensa, debiéndole tambien la escuela de cirujía, cuyos discípulos son superiores en esta ciencia á los de todas las demás naciones. Tambien se puede colocarle entre los legisladores, pues lo mereció por el edicto de manos muertas, por sus leyes sobre testamentos, sustituciones, hipotecas y tutelas, y en fin, por haber restaurado varios reglamentos que habian caducado.

LUIS XVI.

De edad de 20 años.

Luis XVI, educado sin recibir nociones acerca de los negocios, así que ocupó el trono á la edad de veinte años, conoció la necesidad que tenia de un guia en el laberinto del gobierno en que iba á entrar. ¿Hizo bien ó mal en tomar por mentor al conde de Maurepas, veinte y tres años habia separado de la corte por haber caido en desgracia? ¿No era de temer que vuelto á la carrera del gobierno un anciano, enervado por tan largo reposo é inclinado ya por su carácter á tratar las cosas con ligereza, pensase mas bien en gozar tranquilamente del crédito y los honores de su nueva dignidad de primer ministro, que en entregarse al activo trabajo que exigian las circunstancias? No falta quien pretenda que una intriga de corte le llamó á este empleo, tan poco á propósito para él, y que el rey, en vista de las notas que habia encontrado en los papeles de su padre, habia pensado antes en Machault, hombre hábil, austero y aun religioso á pesar de sus ataques al clero, pero que los cortesanos consiguieron descartarle porque temian su firmeza.

Uno de los principales embarazos de Luis XV durante su largo reinado, fué su lucha permanente con todos los parlamentos. Con frecuencia, como se ha visto, importunaban y fatigaban estos al monarca con reclamaciones apremiantes, interrupciones del servicio y coaliciones amenazadoras; mas Luis XV se habia desquitado humillándolos, anulando sus providencias y desterrándolos, hallándose bajo el anatema, cuando este príncipe vino á morir, puesto que habia sancionado su disolucion.

Se decidió resucitar estas corporaciones; mas acaso hubiera sido de buena política aprovechar esta ocasion para poner freno á su autoridad, ora consolidando los cambios que Luis XV habia introducido repetidas veces en su régimen, ora no devolviéndoles el poder sino con restricciones mas ó menos atenuantes. Tal era la opinion que manifestaron al rey tanto el mariscal de Muy, antiguo amigo del Delfin, su padre, y llamado por el rey al ministerio de la Guerra, como Turgot, antiguo intendente de Limoges, sucesivamente promovido á los departamentos de Marina y Hacienda, y que penetrado de la doctrina de los economistas, que habia ensayado en su intendencia; veia en el restablecimiento de los parlamentos un obstáculo á las inmensas reformas que proyectaba en toda la administracion. Pero el viejo ministro encontró mas cómodo restablecerlos casi como estaban antes, que meterse en un laberinto de negociaciones que hubieran perjudicado á su tranquilidad. Desembarazóse pues lo mas pronto posible de este asunto de inquietud, y el impolítico llamamiento del Parlamento reinstalado el 12 de noviembre de 1774, fué una de las primeras operaciones del reinado de Luis XVI.

Mucho agradó esta medida sobre todo al pueblo de Paris, entusiasta por sus magistrados. El jóven monarca habia hecho preceder esta gracia por la exencion del derecho de *feliz advenimiento* de que hubiera podido sacar muy gruesas sumas. Esta condonacion fué objeto de su primer edicto. El segundo emancipó los siervos de las tierras señoriales: al mismo tiempo anuló la ley rigurosa que hacia solidarios á los pecheros para el pago del impuesto, y abolió el tormento preparatorio. Tales testimonios de benevolencia con que se estrenaba este príncipe, dieron esperanzas de un buen gobierno.

Tambien pensó en rodearse de buenos ministros: los que escogió por consejo del conde de Maurepas, el principal de ellos, gozaban de la estimacion pública; pero algunos eran de los que se llaman hombres sistemáticos, demasiado aficionados á novedades. Uno de ellos, Turgot, apenas instalado en sus funciones, restableció la libertad del comercio interior de granos en un tiempo que pareció poco favorable para los reglamentos sobre esta materia, aunque la escasez de la cosecha que se aducia como motivo de censura, debiera antes bien justificar el espediente mas á propósito al abastecimiento de las provincias amenazadas por la miseria. Su error consistió en haber estampado en los preámbulos de sus edictos proposiciones duras y aun falsas, capaces de asustar á los ciudadanos, á quienes se proponia ilustrar. Tal era la que reclamaba para el comerciante en granos, precisamente cuando se sentian cada vez mas las angustias de la necesidad, una propiedad tan absoluta sobre su mercancía, que fuera dueño de retirarla de la circulacion y aun de dejarla perder. De aquí nacieron algunos motines parciales, que si no tuvieron consecuencias, habituaron al pueblo á agitarse. Por lo demas se sospecha que estas agitaciones tuvieron otra causa que los temores del pueblo por sus medios de subsistencia, y que el deseo de desacreditar á un ministro cuyos planes de restauracion amenazaban los privilegios, puso en movimiento la intriga, y asalarió á la muchedumbre de bandidos que en esta época se vió pulular, tan poco acosados del hambre, que quemaban los graneros y arrojaban los granos al rio. Otro ministro, el conde de San German, encargado de la cartera de la Guerra por muerte del mariscal de Muy, despues de haber fatigado las tropas con una disciplina alemana tan agena del carácter nacional, rebajó, so pretesto de economías, el número de la guardia real, sin reflexionar que así disminuia el esplendor que impone á la multitud, tan necesario algunas veces. Los mosqueteros, al disolverse, obtuvieron el permiso de suspender sus banderas en las bóvedas de la iglesia de Valenciennes, ciudad que un siglo antes habian conquistado á la Francia con su valor y su conducta. El resto del ministerio se componia del primer presidente del Parlamento de Rouen, Hue de Miromesnil, á quien el rey confió los sellos; del conde de Vergennes, llamado á la direccion de los negocios estrangeros por su prudencia en las embajadas de Constantinopla y Suecia; de Sartines, que pasó como Berryer de la policía á la marina, y de Lamoignon de Malesherbes, hijo del canciller Blancmesnil y amigo de Turgot, de cuyas opiniones filantrópicas participaba, y célebre ya como primer presidente del tribunal de subsidios. Tocóle á este magistrado el departamento de la casa real y el ramo de los rigores estrajudiciales, de las detenciones que se fundaban en la seguridad del Estado y el honor de familias, pero que por el abuso que podia haber en ellas eran el espanto y el terror del ciudadano.

Malesherbes trabajaba en someter á una especie de regla el ejercicio completamente arbitrario hasta entonces de esta peligrosa autoridad, al mismo tiempo que Turgot por su parte preludiaba con la abolicion de las servidumbres la justa reparticion de las cargas públicas entre todos los ciudadanos. Pesaba este impuesto sobre el infeliz habitante del campo que no tenia otro recurso que sus brazos, y sin embargo empleaba anualmente muchos dias en un trabajo gratuito y forzoso en la construccion de carreteras que

casi no servian mas que para los magnates. La injusticia de una carga que solo gravaba á la clase mas desvalida de los ciudadanos era tan evidente, que no se suponia se opusiera el menor obstáculo á la reparacion de un abuso tan irritante: empero la desconfianza que inspiraba á gran número de personas sensatas una serie de proyectos cuyo secreto se habia descubierto, y cuya idea parecia sugerida por una filosofía sospechosa; la avaricia que temia la disminucion de sus goces, y el orgullo sobre todo que se creia envilecido con tener que pagar un impuesto propio de los plebeyos, reunieron sus esfuerzos contra la ley y su autor. El Parlamento rehusó registrarla, y fué menester una sesion régia para obligarle; con lo cual se avivó mas y mas la intriga. Todos los que rodeaban al rey, con el viejo y frívolo Maurepas á la cabeza de ellos, le asediaron con pérfidas insinuaciones contra lo que llamaban espíritu sistemático: se le ocultó el asentimiento casi unánime de los pueblos: se le probo que con el nuevo administrador no se habia disminuido el déficit anual, y no se le espuso que los gastos de la consagracion y el pago de las deudas atrasadas, desatendidas hasta entonces, habian agotado las economías de su administracion. En fin, la reina fué arrastrada á esta cábala, y su imperio sobre un esposo que la amaba, alcanzó la desgracia de un ministro, *el único que amaba al pueblo conmigo*, decia algunas veces el virtuoso monarca. Malesherbes que habia presentido la caida de su amigo y la suya propia, hizo dimision: Turgot, mas firme, no quiso cesar de ser útil hasta que fué relevado. Así se perdió por culpa de una corte superficial y harto mal aconsejada para permitir dudar de la generosidad de sus sentimientos á la ocasion de hacer partir del trono las reformas útiles que reclamadas por la opinion pública no se plantearon despues, sino minando y derribando por fin el mismo trono.

Turgot fué reemplazado por Clugny, intendente de Burdeos, que murió en el mismo año. En su corta administracion se restableció el malhadado impuesto de la servidumbre y se estableció la lotería, otro impuesto no muy moral, cuya justificacion mas plausible es la necesidad de evitar la desaparicion de capitales que sin este preservativo irian á perderse en loterías estranjeras. Débese tambien á Clugny la creacion de una caja de descuentos, proyecto meditado por Turgot para facilitar las transacciones del comercio, y empezado á ejecutar en su tiempo. Los primeros fondos de este Banco, que debia pagar en un despacho público los billetes emitidos por él, fueron dos millones. Taboureau de Reaux, tambien intendente, que sucedió á Clugny, recibió un adjunto destinado á eclipsarle: este era el banquero genovés Necker, condecorado entonces con el título de enviado de su república. Habíase labrado una reputacion en Hacienda con ocasion de varias discusiones sobre la compañía de Indias, y la habia acrecentado despues, ya con su Elogio de Colbert recientemente premiado en la Academia francesa, obra en la cual anunciaba lo muy bien que conocia los deberes austeros de un ministro de Hacienda, para que se le juzgara digno de llenarlos, ya sobre todo con una memoria dirigida al conde de Maurepas sobre el arreglo de la misma Hacienda y el modo de cubrir el déficit, computado entonces en veinte y cuatro millones. La opinion general le llamaba al ministerio, y el rey seducido por las ideas morales que servian de base á su sistema rentístico, y por los elogios de Maurepas, le nombró al siguiente año director general de rentas y no ministro, porque no profesando la religion católica, ni podia revestírsele con esta dignidad ni entrar en el Consejo, por ser á la sazon indispensable para esto un juramento de catolicismo.

Necker tuvo el orgullo ó la generosidad de no admitir los emolumentos de su destino. Acusósele desde luego de haberse olvidado de los principios que afectaba proclamar, por haber recurrido á empréstitos vitalicios, destructores de las relaciones morales que ligaban los miembros de una misma familia. Una censura mas propagada y mucho mas injusta fué la de haber aumentado la deuda pública con repetidos empréstitos, y el no haber establecido á la vez impuestos para garantía del pago de intereses y del reembolso de los capitales. En efecto, los gastos enormes de la guerra marítima en que la Francia se halló comprometida durante su ministerio, no solamente le justifican en el primer concepto, toda vez que los empréstitos eran entonces el único medio de proporcionar los fondos inmensos indispensables para sostenerla, sino que ceden en elogio suyo, en cuanto con solo su carácter pudo restablecer la confianza tan frecuentemente burlada de los prestamistas; y con respecto á los intereses, aun hay otro motivo de elogio por haberlo podido incluir, no en los impuestos, sino en las economías que dispensaban de ellos. Tal fué el objeto esplícito que se propuso en su administracion, procurando alejar, en cuanto fuera posible, el momento en que la continuacion de la guerra y la garantía de los prestamistas exigieran por fin un impuesto y debates acaso en los Parlamentos.

Luis XV habia mantenido severamente la prohibicion de los libros que atacaban la religion y de rechazo la autoridad civil: sus sistemas barnizados con el agradable nombre de filosofía, lo desagradaban sobremanera. Llegó hasta prohibir la residencia en su reino á sus autores, que por otra parte eran recomendables por diversas obras que justamente los han hecho célebres. Luis XVI, mas verdaderamente religioso que su abuelo, pero con un corazon abierto á todas las afecciones benévolas, estaba dispuesto á una tolerancia casi filosófica, y así anuló los decretos de proscripcion. Voltaire, gefe de estos escritores, volvió á Francia, y fué acogido con entusiasmo por la multitud de los que creian adquirir reputacion profesando sus opiniones. Estas vinieron á ser el tema ordinario de las conversaciones: acostumbráronse todos á discutir los derechos del pueblo en el sentido de ellas, que nada favorables eran á los soberanos; y la insurreccion de los americanos, de un pueblo que se armaba por la libertad y era socorrido por los franceses, difundió y acreditó los principios republicanos, que eran el motivo de la guerra en que tomaba parte la Francia.

Los disgustos que dieron lugar á ella databan desde la época de la paz de 1763. La Inglaterra abrumada de deudas, concibió el pensamiento de que las pagaran en parte sus colonias de América; mas estas acostumbradas á pecharse por sí mismas y á ver invertidos sus tributos completamente en los gastos de su misma administracion, miraron semejante pretension como una injuria á sus derechos; y la publicacion de una acta del Parlamento de 1765, que introducia en América el uso del papel sellado, fué origen de un motin en Boston. Estendióse la revuelta á toda la provincia de Massachusets, y en Bay, su capital, se determinó en una junta general de libres terratenientes, que no obstante el acta del Parlamento, fuera legal celebrar los contratos en papel simple y no sellado.

Esta audacia, á una con reclamaciones mas conformes al espíritu de sumision, logró al siguiente año la revocacion del acta del sello, pero para dar márgen á otro mas alarmante. Dispúsose que las provincias americanas no solo habian de recibir las tropas que se las enviaran por la metrópoli, sino tambien darlas de balde alojamiento, leña, cerveza y otras menudencias. Las quejas de la provincia de Nueva-York fueron castigadas con la suspension de su poder legislativo. Distinguiéronse tambien en esta ocasion los bostoneses, espulsando al pronto de la ciudad dos regimientos que hicieron fuego al pueblo, y organizando en seguida un alzamiento general, que fue trazado por una junta particular creada en 1768. Reunida esta con varios diputados de otras provincias, formóse una junta general llamada *Convencion*, cuyos acuerdos fueron bien pronto respetados como leyes. El gobierno cejó ante estas medidas de sublevacion y retiró sus mandatos de 1770. Su debilidad aumentó entre los americanos el sentimiento de su importancia, favoreció la emision de multitud de opiniones políticas nocivas á la autoridad, y acarreó por fin un resfriamiento considerable en los sentimientos de amor á la madre patria.

Tales eran las disposiciones generales, cuando en 1773, reproduciendo el gobierno su primer plan de someter las colonias al impuesto, recargó con derechos exorbitantes diversos objetos de comercio introducidos en América, y particularmente el te, que se consumia inmensamente en Nueva Inglaterra; pero siempre vigilantes sobre sus intereses, los bostoneses rechazaron este tributo indirecto al cual se los queria someter, negándose á descargar las mercancías sujetas al impuesto: hasta intimaron al gobierno que las retirara del puerto, y á consecuencia de negativa lanzóse la plebe á los buques, habiendo arrojado el te al mar.

Al mismo tiempo tomó nueva consistencia la confederacion de las provincias, con un sentimiento tenaz y unánime de rechazar los géneros con cuyo envío disfrazaba la política inglesa sus primitivos proyectos.

El gobierno resolvió entonces castigar los bostoneses, y so pretesto de no poder recaudar con seguridad los derechos en una ciudad insurreccionada, decretó la inhabilitacion de su puerto y la traslacion de su aduana. Esta medida no podia menos de ser muy sensible á una ciudad esencialmente mercantil, donde multitud de familias no vivian mas que del movimiento y de las transacciones comerciales. En represalias declararon los bostoneses el embargo de los buques ingleses que se encontraban en su puerto, é invitaron al comercio estranjero á que se dirijiese á dicho puerto; pero para hacer efectiva tal resolucion era indispensable valerse de la fuerza; y el general Gages, gobernador de la ciudad, decidido tambien á emplearla por su parte para impedir lo proyectado, tenia diez regimientos á sus órdenes.

El 1.° de junio de 1774, dia fijado para la inhabilitacion del puerto, bloqueólo Gages sin obstáculo con las embarcaciones de que disponia, y trasladó la aduana á Plymouth, hácia el Sud, y la asamblea de la provincia á Salem, hácia el Norte; pero no hallándose aquella bajo la inspeccion inmediata del gobernador, sus resoluciones vinieron á ser mas audaces. Una junta representativa se une nuevamente á los diputados de las establecidas á semejanza de la de Boston en todas las provincias; fija desde luego con ellos el plazo de un año para la tolerancia del comercio con Inglaterra, y manifiesta por fin el pensamiento de un

congreso general. Nombráronse diputados en todas partes, los cuales se congregaron en Filadelfia, capital de la Pensilvania y casi el centro de la América inglesa. Elegido Peyton Randolph presidente, comenzaronse las sesiones rompiendo una corona en doce partes iguales, que fueron distribuidas á los representantes de otras tantas provincias que formaban entonces la confederacion. El Congreso redactó en seguida una declaracion de derechos, tipo de todas las que se han hecho despues, pero que no escitó en América ninguno de los desprecios interesados ni de las violencias particulares que con tal motivo se han presenciado en Francia. Declaró la cesacion de los poderes y funciones de los empleados ingleses, autorizó represalias en caso de oposicion, y ordenó por fin el levantamiento de las milicias para la defensa del pais. Un empadronamiento las hizo subir á cuatrocientos mil hombres; pero aparte del número de realistas que se incluian en tal cálculo, el entusiasmo y no la coaccion que reunia los demas en las banderas y que no los retenia en estas mas que transitoriamente y siempre con un compromiso limitado y subordinado á sus quehaceres ó su buena voluntad, no permitió por mucho tiempo el utilizarse de dichas milicias. Sin embargo, un débil cuerpo de estas, capitaneado por el general ingles Cárlos Lee, que se habia adherido á la causa de los americanos, tomó inmediatamente por asalto el fortin de Portsmouth, y esta ventaja afianzó invariablemente las resoluciones hostiles de los americanos.

El primer acontecimiento militar que presenta esta guerra redundó en favor de ellos. Sorprendidas sus milicias el 19 de abril de 1775 en Lexington cerca de Boston, retrocedieron al pronto y se dispersaron; pero reforzadas y rehechas sin tardanza sorprendieron á su vez á los ingleses, que confiando no haber mas enemigos que combatir, se desbandaron por si mismos sembrando el terror y la desolacion en las cercanias. Batidos y perseguidos los ingleses hasta la ciudad, tuvieron que abandonarla y regresar con pérdida á Boston, que no tardó en ser embestida por el general Putnam al frente de veinte y cinco mil americanos; pero al mismo tiempo desembarcaban en esta ciudad los generales Burgoyne y William Howe enviados por Inglaterra, con cinco mil hombres de tropas regladas que forzaron el cerco, aunque no sin una tenaz resistencia que presagiaba de cerca otros triunfos. Desde fines del año, dos columnas americanas dirigidas por el general Montgomery y el mayor Arnold, penetraron en el Canadá por vias diferentes, á pesar de reputarse los caminos impracticables, y despues de apoderarse de Ticonderago y Montreal vinieron á sitiar á Quebec. Ya habian intentado seducir á sus habitantes con el aliciente de la libertad; pero mantuviéronse estos fieles por dominar los sentimientos monárquicos en ellos, quienes apoyando el valor de su gobernador Guy Carleton, ejecutaron salidas vigorosas en que Montgomery y Arnold fueron heridos: con lo cual se levantó el asedio.

En seguida del levantamiento del cerco de Boston, Jorge Washington, aquel oficial que fué ordenador ó simple testigo de la maldad que privó de la vida á Jumonville, siendo uno de los motivos de la guerra de siete años, habia sido elevado al grado de generalísimo de los ejércitos americanos. La notoria moderacion de su carácter le habia hecho juzgar el mas á propósito para defender con acierto la revolucion que se estaba realizando: él correspondió á la opinion de su pais, é indudablemente se le debe el haber evitado muchos crímenes. Apenas se alzaron patíbulos mas que para vengar alguna vez traiciones justificadas, y los realistas no pudieron echar en cara á sus conciudadanos otras injusticias que detenciones arbitrarias y despojos que eran represalias.

A la vuelta de la primavera renovó el generalísimo el cerco de Boston. Esta ciudad se hallaba mal fortificada, pero los americanos no la apuraban por consideracion á sus habitantes. La penuria que principió á haber entre estos, adelantó las operaciones, y principalmente la ocupacion de un punto importante, desde donde se cañoneaba á la escuadra inglesa y se podia estorbar el embarque de la guarnicion siempre que se viera reducida á este estremo. Las instrucciones del general Howe eran quemar la ciudad antes de evacuarla. Llegó tal caso, pues únicamente la retirada podia libertar á la escuadra de una destruccion inevitable; pero los riesgos del embarque y el temor de esponer parte de la retaguardia á la venganza de los americanos, impulsaron al general inglés á un arreglo y á desistir del acto de barbarie que se le habia mandado. Retiróse á Halifax en la Nueva Escocia, donde aguardó los numerosos refuerzos que Inglaterra enviaba á América, reclutados con su oro en los pequeños principados de Alemania. La toma de Boston llevó al colmo el entusiasmo de los americanos. La Georgia accedió entonces á la confederacion, y el Congreso hizo publicar el 4 de julio de 1776 un acta de independencia, por la cual se constituia potencia libre y emancipada de la dominacion inglesa. Deseando ser reconocido como tal por las potencias europeas, envió agentes diplomáticos á España y Francia. Benjamin Franklin, no menos célebre por sus descubrimientos físicos que por el talento con que habia defendido á sus conciudadanos en Londres y dirigido despues su resistencia, acompañó á Francia al enviado americano; y aunque sin carácter oficial, las simpatías que despertaron su persona y la sencillez de sus costumbres y de su trage le tornaron el principal agente de la negociacion, y procuró su buen éxito. Hizo en Francia una verdadera revolucion, y toda la nacion se habia inclinado á la causa de sus compatriotas, antes que se pronunciara el gobierno á su favor. Este sin embargo habia tolerado las comunicaciones lucrativas de sus comerciantes con las colonias americanas, y los acopios de armas y municiones que se hacian en sus puertos por cuenta de los insurrectos. En fin, cerraba los ojos á la desaparicion de una juventud sedienta de gloria é idólatra de la libertad, que abandonaba la corte y los ejércitos para asociarse a la causa de los americanos y acostumbrar sus inespertos batallones á la disciplina y á la victoria. Lord Chatam, el implacable enemigo de la Francia, queria que solo por estos indicios se la declarase guerra; pero no considerándolos el ministerio bastante esplícitos para que se pudiera deducir el designio formal de tomar una parte activa en la contienda, juzgó inútil y aun peligroso provocar esta nueva dificultad.

Sin embargo, cuarenta mil alemanes de diferentes pequeños principados habian desembarcado en América. Lord Howe, hermano del general, mandaba las naves que los habian conducido, y la facilidad que tenia de trasladar rápidamente estas tropas á diversos puntos de ataque, debilitaba al enemigo, forzándole con la incertidumbre en que le mantenia, á diseminar sus numerosas milicias. No obstante, desgraciáronse los ingleses delante de Charlestown, capital de la Carolina meridional, hábil y vigorosamente defendida por el general Lee. Mas felices fueron en Nueva-York, donde sufrieron sin embargo un ligero contratiempo. Habian contado con la conquista de esta ciudad, á causa de una inteligencia entablada con el alcalde, con el mismo comandante de la provincia, uno de los hijos de Benjamin Franklin, y hasta con la dama de Washington que le era traidora. La trama fué descubierta, y los ingleses tuvieron que apelar á la fuerza abiertamente. Su número decidió el éxito: Nueva-York fué evacuada al acercarse, y Washington batido ademas por el caballero Howe en Kingsbridge, vióse precisado á abandonar las márgenes del Hudson y retirarse sobre el Delaware para cubrir á Filadelfia. Esta ciudad donde residia el Congreso, era uno de los puntos de mira de los ingleses. Lord Cornwallis recibió órden de dirigirse á ella; pero durante la marcha encontró á Washington hácia Princeton. Esperaba conseguir su objeto destrozando antes al generalísimo, cuando á favor de la noche se escapó este sin ser advertido, realizando una aplaudida retirada que terminó la campaña.

Al principio de la siguiente, el caballero William Howe volviendo á emprender los planes que la estacion habia entorpecido, se hizo conducir á la embocadura del Delaware, subió por el rio y tomó tierra á poca distancia de Filadelfia. Washington se proponia oponerle los medios de dilacion, únicos de que debia echar mano con su novel ejército; pero el Congreso le mandó atacar. La accion tuvo lugar el 11 de setiembre de 1777 en Brandywine. El jóven marques de La Fayette, uno de los primeros franceses que ofrecieron sus servicios á los americanos, se distinguió en la pelea; pero una herida que recibió no le permitió inspirar toda su resolucion á las brigadas que mandaba. Los americanos fueron batidos, y reportaron sin embargo de esta jornada una ventaja, la de privar al ejército inglés de un número considerable de combatientes que no se podian reemplazar. Los ingleses entraron en Filadelfia abandonada por el Congreso que fué á establecerse en York-Town: pero mientras triunfaban en el Mediodia, sufrian en el Norte una vergonzosa derrota, que sirvio mas que de compensacion á su triunfo.

A ejemplo de los americanos habia intentado el general Burgoyne facilitarse camino en los desiertos espantosos que separan del Canadá los Estados Unidos. Despues de apoderarse con mas felicidad que la que podia esperar del fuerte de Ticonderago, siguió el rio Hudson con el objeto de reunirse al general Enrique Clinton, que saliendo de Nueva-York se adelantaba hácia dicho rio, y aislar así las provincias del Norte de las del Mediodia; pero apenas abandonó el fuerte, fué cortado por la espalda. Empero siempre iba avanzando al través de los obstáculos que á cada paso le ofrecia un pais inculto y estéril, donde á la vez perdia el tiempo, los víveres y soldados. En un estado lamentable de postracion hallábase cerca de Albany, cuando tropezó á los generales americanos Gates y Arnold. Un infructuoso ataque le patentizó la imposibilidad de avanzar y la necesidad de retrogradar; pero ni aun este recurso le quedó al llegar á Saratoga. Cercado por todos lados y en una carencia absoluta de víveres que ni por la misma victoria podia ser remediada, vióse forzado á capitular el 17 de octubre, y á rendirse con seis mil hombres, resto de doce mil con que habia entrado en campaña. Precisamente cogia el marques de La Fayette al mismo tiempo un convoy considerable que lord Cornwallis conducia á Filadelfia, y esta ventaja contribuyó algun tanto á que esta ciudad fuera evacuada al siguiente año por los ingleses.

Luis XVI no veia con indiferencia la posicion difícil en que se encontraba la Inglaterra; pero su probidad le alejaba de aprovecharse de ella, y de vengar, segun se le aconsejaba, las antiguas injurias de la Francia, cubiertas ya en su opinion por el tratado solemne que habia reconciliado los dos pueblos. Todo lo que pudo arrancarle en favor de los americanos la imprevision que se esforzaba en arrastrarle á una guerra de consecuencias tan funestas para él, y todo lo que creyó poder permitirse como medida de precaucion, fué un simple tratado de alianza y comercio, firmado el 6 de febrero de 1778, y que no debia tener efecto ofensivo ni defensivo sino en caso de rompimiento entre Inglaterra y Francia; acontecimiento que no podia tardar segun el espíritu que reinaba en ambas naciones. Los ingleses se quejaban hacia mucho tiempo de socorros prestados por algunos negociantes y militares franceses, tanto en América á los insurgentes, como en la India al nabab Ayder Ali-Kan, su enemigo mortal. Los franceses respondian que el celo caballeresco de algunos individuos no podia jamás considerarse como una agresion nacional, acriminando al mismo tiempo á los ingleses por sus violaciones é injusticias contra multitud de embarcaciones del comercio, y por su falta de respeto á las costas de Francia, donde las naves americanas se veian perseguidas y quemadas hasta en los puertos. Ignorábase entonces que habia recriminaciones mucho mas graves que hacer á los ingleses, y que su ministerio, no dudando ya del éxito de estas acusaciones recíprocas, habia hecho pasar por la via de Suez órdenes absolutas para atacar los establecimientos franceses en la India; que ya Chandernagor, Massulipatam y Karikal habian caido en poder de los ingleses, y que el general Monro habia salido de Madras en direccion de Pondichery. Mas generoso Luis XVI se hubiera ruborizado de empezar las hostilidades: creyó no deber ocultar á los ingleses los compromisos que habia contraido con sus colonias, y el 13 de marzo hizo que su embajador los participara al gobierno inglés con el intento de evitar las inducciones erróneas que se pudieran sacar de ellos. Pero la prevencion inglesa vió en esto una declaracion de guerra, y el ministerio fué quien mas afectó no dudarlo. Llamó en seguida á su embajador en la corte de Francia, y acogió con énfasis un pretesto tan oportuno para encubrir la deslealtad de las órdenes prematuras que habia enviado á la India.

A mediados de abril salió de Tolon para América una flota de doce navíos de línea con tropas de desembarco y un agente de Francia cerca del Congreso, siendo aquél M. Gerard, primer oficial del ministerio de negocios estrangeros. El conde de Estaing mandaba la flota con el título de vice-almirante, aunque no habia comenzado su carrera militar en la marina, circunstancia que le produjo muchos disgustos por parte de los oficiales poco subordinados de este cuerpo. Servia en la India en 1759 con el grado de brigadier, cuando fué cogido por los ingleses durante el asedio de Madras. Soltado bajo su palabra y suponiendo que habia sido cangeado, se puso al frente de dos buques de la compañía de Indias, y destruyó en el golfo de Persia y en las islas de la Sonda diversos establecimientos ingleses, cuyas riquezas hizo pasar á la isla de Francia; pero vuelto á caer durante sus espediciones en poder de los ingleses, pretendieron tratarle como pirata é infractor de las leyes de la guerra, metiéndole en consecuencia en Lóndres en un calabozo y habiendo dispuesto formarle causa. Las vivas instancias del Delfin á quien era muy adicto, le salvaron de la pena capital que le amenazaba, y de regreso á Francia encontró en el grado de teniente general de marina que le fué conferido, una reparacion de sus largos padecimientos. Su acreditada actividad y el odio que habia declarado al nombre inglés tras los malos tratamientos á que habia estado espuesto, le presentaron como el hombre mas á propósito en esta ocasion para los designios de Francia contra Inglaterra. Su destino fué, al Delaware: debia estrechar á Howe por mar, mientras Washington que se habia acercado á Filadelfia, continuaria en acosarle por tierra, abrigándose esperanzas de reducir al general inglés á la suerte humillante de Burgoyne. Pero desde el mes de mayo presintiendo la posibilidad de un desastre, Howe hacia preparativos para retirarse á Nueva York, y así lo realizó á fines de junio el general Clinton que le sucedió en el mando. En esta época ocurrió en Monmouth un choque, en que ambas partes cantaron victoria, á pesar de que no interrumpió la retirada de Clinton.

Ocho dias bastaron al conde de Estaing para llegar á la entrada del Delaware, y no siendo ya allí necesaria su presencia dirigióse sobre Nueva York, con intencion de atacar á la escuadra de lord Howe, antes que fuera reforzada por el comodoro Byron; pero tambien hubo que desistir de tal designio, en razon á que los buques franceses no podian acercarse suficientemente al puerto. Desde entonces se concertó otra espedicion contra Rhode Island, una de las plazas de armas de los ingleses. Novecientos americanos mandados por el general Sullivan y el marques de La Fayette, y cuatro mil franceses de la escuadra tomaron tierra en la isla, y marcharon sin tardanza contra Nuevo Puerto, que es su fortaleza. Creíase tan infalible la toma de este punto, que el almirante habia amenazado á la guarnicion con pasarla á cuchillo, si se permitia reparar las fortificaciones de la plaza. Los aproches secundados por la artillería de marina, inspiraban en efecto una esperanza fundada de buen éxito, cuando el almirante Howe se arriesgó, á pesar de su inferioridad, en las aguas de la isla á intentar la introduccion de algunos socorros de hombres y municiones en ella. Entusiasmado de hallar al fin la ocasion de combatirle, el conde de Estaing deja su apostadero para buscarle; pero en el momento en que le alcanza, una tempestad furiosa separa los dos ejércitos, maltratándolos hasta verse precisados á ir á repararse el uno en Boston y el otro en Nueva York. Repuesta la flota inglesa la primera, volvió á presentarse delante de Nuevo Puerto y decidió el levantamiento del cerco. Los sitiadores que habian barruntado su llegada, repasaron con anticipacion el brazo de mar que los separaba del continente.

Empero los almirantes Howe y Byron habian logrado reunirse y amenazar á la misma Boston. El almirante francés consiguió alejarlos de aquí mediante una diversion sobre las Antillas. Apenas llegó á la Martinica supo que los ingleses acababan de apoderarse de Santa Lucía, al Sud de aquella isla: apareja en seguida y encuentra en el puerto al almirante Barrington con seis naves solamente, pero anclado de una manera inaccesible. Tiene que reducirse á un ataque por tierra, cuyo riesgo le oculta su valor, y no pudo triunfar. Una pérdida considerable que esperimenta, y la llegada del almirante Byron al canal, contribuyeron igualmente á hacerle apresurar su regreso á la Martinica, para aguardar los refuerzos que le traia Grasse. Terminóse así su campaña en tentativas que no fueron ventajosas. Mas afortunado el marques de Bouillé, comandante de la Martinica, el cual tenia á sus órdenes al marques de Chilleau y al vizconde de Damas, coroneles de los regimientos de Vieneses y Auxerreses, se habia apoderado el 7 de setiembre, sin perder un solo hombre, de la isla de la Dominica, la mas vecina de la Martinica por el Norte, y con esta hazaña habia infundido terror á los negociantes ingleses, que temieron por todas sus demas posesiones de las Antillas.

No solamente el comercio inglés, sino la marina militar misma empezó á concebir alguna inquietud por la audacia y esperiencia francesa. Tal fué al menos el sentimiento que debió ocasionar el inesperado resultado del combate de Ouessant, dado el 27 de julio á la entrada del Canal de la Mancha. Treinta navíos de línea de una y otra parte midieron sus fuerzas á las órdenes del conde de Orvilliers por la Francia y del almirante Keppel por la Inglaterra; y despues de un dia entero de combate, todos se vieron obligados á retirarse á sus respectivos puertos, para reparar sus averías, no habiéndose perdido ni un solo buque. Esta accion fué para los franceses tan importante como una victoria, por la confianza que les inspiró contra un enemigo hábil sin duda, pero cuya capacidad se exageraba demasiado: los ingleses por el contrario miraron el éxito de este combate como una verdadera derrota, por haberse convencido de que se encontraban por fin con quienes les igualaban en su arte. El duque de Chartres, tan tristemente célebre despues con los títulos de Orleans y de Igualdad, mandaba allí la retaguardia, acompañado del valiente Chaffaut. La serenidad del príncipe altamente elogiada al principio, fué denigrada sin reserva poco despues, y aun se supuso que su poca resolucion en el combate habia privado á la armada de una victoria que se debia esperar. Sea como quiera, la corte accedió al deseo de todos los marinos, separándole del mando marítimo y dándole en cambio el empleo de coronel general de los húsares, servicio incompatible con el de marina. Se cree que esta especie de desdoro, que causó disgusto al mismo príncipe, fué el primer gérmen de encono, tan fatal á la Francia, que despues manifestó contra la familia real.

Si despues de la jornada de Ouessant, la Francia podia prometerse disputar la victoria á la Inglaterra, no dudó ya de arrebatársela por entero cuando su alianza con la España le permitió al siguiente año doblar sus fuerzas. En pos de algunos esfuerzos inútiles para conciliar las diferencias de la Inglaterra con sus colonias y con la Francia, la España ligada á esta potencia por el pacto de familia, declaróse abiertamente á favor de ella, apresurándose á reparar con una pronta cooperacion su falta de intervencion en la precedente guerra. Gibraltar fué bloqueada por tierra y por mar, y treinta y cuatro navíos de línea á las órdenes de D. Luis de Córdoba se reunieron en el Océano con treinta y dos franceses que mandaba el conde de Orvilliers. El almirante inglés Hardy no osó ó no pudo impedir con sus treinta y ocho navíos dicha reunion que se realizó el 25 de junio de 1779, y retrocedió á presencia de la formidable armada de sesenta y seis navíos, que parecia destinada á favorecer un desembarco en Inglaterra. Multitud de buques de trasporte, dispuestos en las costas de Bretaña y Normandía, estaban prontos á recibir cuarenta mil hombres juntados en estas dos provincias, sin que á fuerzas tan imponentes pudiera oponer mas que sus milicias la Inglaterra. El mariscal de Vaux debia mandar el desembarque, y entre los oficiales generales que servian á sus órdenes se distinguia el marques de La Fayette, vuelto de América para tomar parte en

esta espedicion. Su presencia parecia garantir la realizacion de ella; pero con general admiracion, ya por contrariedad de los vientos, ó ya por efecto de la política conservadora de las cortes aliadas, que solamente pretendieron desvirtuar con semejante demostracion los esfuerzos esteriores de la Inglaterra, la escuadra combinada despues de estar tres meses en el mar, de acercarse á Plymouth donde causó terror, y de perseguir durante veinte y cuatro horas la flota del almirante Hardy sin poder alcanzarla, volvió á Brest en el mes de setiembre en pos de haber perdido sin combate cinco mil hombres, que perecieron á bordo víctimas de una epidemia.

Una táctica semejante se observó en América, donde el conde de Estaing servia la causa de los Estados Unidos con diversiones sobre las islas inglesas de las Antillas. Destacada por él acababa el caballero Rumain de quitar á los ingleses la isla Caribe de San Vicente, y él mismo recibidos los refuerzos traidos por los condes de Grasse y de la Motte Piquet y por el marques de Vandreuil que al principio del año habia destruido los establecimientos ingleses del Senegal, habia dado la vela con veinte y cinco navíos de línea para la Granada, donde desembarcó el 2 de julio haciéndose dueño de ella en dos dias. Esta espedicion que escitó un entusiasmo general entre los franceses, tuvo un mérito superior á su importancia: no era mas que un golpe de mano, brillante á la verdad, pues un pequeño ejército de mil quinientos hombres sin cañon alguno forzó á setecientos en un fuerte; pero recibió nuevo lustre de las dobles funciones del gefe, como almirante y como general, y de la intrepidez con que penetró de los primeros en las trincheras enemigas, y en fin del choque naval que siguió á la toma. El mismo dia en que lord Macartney se rendia á los franceses, noticioso el almirante Byron del ataque de la Granada, habia partido de Santa Lucía con veinte y un navíos de línea y cuatro mil hombres de desembarco. No llegó á la vista de la isla hasta el 6, y se dirigió al puerto, donde fué cercado y su flota habria corrido el azar de entregarse por sí misma, si no hubiera habido tanto apresuramiento por enarbolar el pabellon francés sobre el fuerte. Conoció el inglés su error bastante pronto para evitar su ruina, aunque no el combate. Varios de sus buques fueron desamparados, pero no perdió ningun otro. Retiróse á San Cristóbal, donde no aceptó el nuevo choque á que por el almirante francés fué convidado.

Hasta despues de estas proezas no apareció el conde de Estaing en las costas de los Estados Unidos, cuyos habitantes se quejaban de estar olvidados por sus aliados. En el curso de este año se habian mantenido con bastante igualdad en el continente, donde habian batido á los ingleses repetidas veces, así como lo fueron por estos en combates parciales y en ataques de puestos, que nada decidian y que por lo tanto redundaban en desventaja de los ingleses. Empero á fines del año precedente se habian estos apoderado de Savannah, capital de la Georgia. El conde de Estaing secundado por el general Linconil resolvió arrancarle esta plaza, y al efecto abrió la trinchera el 16 de setiembre; pero por una parte la negligencia de los americanos, consecuencia de la prevencion que se habia logrado inspirarles contra sus aliados, habia dejado penetrar refuerzos, y así los sitiados vinieron á ser mas numerosos que los sitiadores; y por otra, la escuadra esperimentaba en una rada descubierta de cuando en cuando ráfagas de viento mas ó menos perniciosas á su aparejo. En situacion tan crítica el almirante no vislumbró esperanza de triunfo mas que en el azar de un asalto. Fijólo para el 9 de octubre, y él mismo capitaneó una columna; pero si el ataque fué vigoroso, la defensa del gobernador Prevost fué tambien tenaz, y próximos franceses y americanos á plantar sus banderas sobre los muros repetidas veces, otras tantas fueron rechazados. La pérdida que sufrieron y una herida que recibió el conde de Estaing, determinaron desde el dia siguiente el levantamiento del asedio y la partida de la escuadra. Byron habia dividido sus fuerzas en tres porciones: el almirante francés hizo lo mismo con las suyas. La primera se dirigió á Santo Domingo á las órdenes de Grasse; la segunda recibió por gefe á La Motte Piquet y fué destinada á la Martinica; la tercera mandada por el marques de Vaudreuil márchó á cruzar en la bahía Chesapeak. El conde de Estaing regresó á Francia sin mas que el navío *Languedoc*. Lo mas singular de la infructuosa espedicion de la Georgia, fué que á trescientas leguas ocasionó la evacuacion de Rhode Island, que las fuerzas combinadas de americanos y franceses no habian podido lograr en el año anterior. Clinton la dispuso en virtud de los avisos de la aproximacion de los franceses, de suerte que los americanos se apoderaron de esta isla sin disparar ni un tiro: el pabellon británico que dejaron ondear en ella por algun tiempo, les valió la captura de riquezas que entraron sin desconfianza en el puerto.

En este mismo año se celebró el tratado de Teschen que cortó una guerra, la cual sin la prudencia del conde de Vergennes hubiera quizá abrasado á la Europa. El 30 de diciembre de 1777, la muerte del hijo del emperador Carlos VII, del elector de Baviera Maximiliano José, el último de la rama menor de esta casa, llamó á su sucesion al elector Palatino Cárlos Teodoro, que reunió las posesiones de ambas ramas, separadas hacia quinientos años. Mas ya el emperador en virtud de títulos poco concluyentes, abrigaba pretensiones á esta herencia, y obtuvo del atemorizado elector el reconocimiento de sus pretendidos derechos apoyados por algunos batallones que tomaron posesion de una parte del electorado. Los estados de Baviera y como el mas próximo agnado el duque Cárlos de Deux-Ponts, que mas tarde fué rey de Baviera, apelan de esta via de hecho y encuentran en el rey de Prusia un protector de sus derechos y un defensor de las leyes del imperio. Con tal título envia dicho rey un ejército á Sajonia y otro á Silesia. El emperador por su parte reclama los socorros de la Francia estipulados en el tratado de 1756, y la conflagracion de la Alemania dependia de la contestacion del gabinete de Versalles. Esta fué que siendo el emperador agresor por la ocupacion de la Baviera, no habia lugar á la aplicacion del tratado de asistencia. Al mismo tiempo la emperatriz de Rusia separada por mediacion de la Francia de sus disputas con la Puerta por causa de la eleccion del Kan de Crimea, significa á la corte de Viena que se veria en la precision de llenar sus compromisos con la Prusia, si el emperador persistia en sus pretensiones. Este se determina entonces á negociaciones mas serias que las que habian acompañado á las escaramuzas ocurridas entre ambos ejércitos. Afortunadamente ningun combate formal habia tenido lugar para cuando se abrió un congreso en Teschen, Silesia, bajo la mediacion de Francia y Rusia. Firmóse allí la paz el 3 de mayo de 1779, confirmándose al elector palatino y á los príncipes de su casa la herencia de la Baviera, y habiéndose salvado el honor imperial con la cesion del círculo de Burghausen, á la derecha del Inn y del Salza.

La emperatriz María Teresa que vivia aun, no habia dejado el gobierno de sus estados, y solamente habia llamado á su hijo en 1765 al puesto de co-regente. Su muerte, acaecida en los últimos dias del año siguiente, despues de cuarenta de un reinado que la colocó á la altura de los mas grandes príncipes de su casa, dejó á su hijo José II en libertad de dar rienda suelta á su carácter inquieto y á las innovaciones con las cuales queriendo mejorar la suerte de sus pueblos, no consiguió mas que molestarlos. En cuanto á María Teresa, uno de los elogios mas lisonjeros que se pueden hacer de su gobierno, es esta frase de un pobre agricultor de Bohemia: «No soy mas que un rústico, pero hablaré á nuestra reina cuando yo quiera, y ella me oirá como oye á los mas grandes señores.»

La Inglaterra vió disminuir en 1780 los inmensos productos con que se enriquecian sus corsarios. A pretesto de que los neutrales trasportaban á sus enemigos municiones prohibidas, ó de que se dirigian á puertos que se declaraban bloqueados sin que realmente lo estuviesen, se arrogaba el derecho de visitar sus buques y con frecuencia el de confiscarlos. Cansados de tantas vejaciones, los gobiernos del Norte, creyeron llegado el momento de emanciparse, y con el nombre de *neutralidad armada*, formaron una liga pacífica para proteger su comercio: armaron en efecto sin intencion hostil aunque con la de rechazar por la fuerza las pesquisas insolentes que se permitian los mas pequeños buques de guerra; declararon ademas no reconocer por municiones prohibidas mas que los medios inmediatos de ataque ó de defensa, tales como pólvora, cañones, balas ú otros semejantes; pero de ninguna manera las albitanas, tablas, vigas, cordages, hierros y breas, materias ordinarias de su comercio. Participada esta resolucion á las potencias beligerantes, conformáronse con ella España y Francia; mas la Inglaterra concibió un resentimiento muy vivo contra Catalina á quien suponia la instigadora de tal proyecto.

El conde de Guichen que reemplazaba á Estaing en las Antillas, habia salido en el mes de enero con quince buques hácia su apostadero. Sir Jorge Rodney destinado á ser su rival de glorias en las mismas aguas, habia dado la vela algunos dias antes de los puertos de Inglaterra con 21 navíos de línea y un convoy que debia dejar al paso en Gibraltar. Este oficial estaba detenido en Francia por sus deudas, cuando se encendió la guerra entre las dos coronas. Estando comiendo en casa del mariscal de Biron, habló con jactancia sobre la conducta igualmente desacertada de sus compatriotas y de los franceses, y pretendió que si él estuviera libre destruiria sucesivamente las fuerzas de los dos aliados. El mariscal tomó á punto de honra el castigar esta especie de insulto á su patria, con un acto de generosidad cuya trascendencia estaba lejos de sospechar. Pagó las deudas de Rodney, y al anunciárselo le dijo: «Partid, señor mio, y procurad cumplir vuestras promesas: los franceses no quieren prevalerse de los obstáculos que os impedian llevarlas á cabo; con su bravura es como vencen á sus enemigos.»

La comision que se le habia dado era difícil desempeñarla: veinte y cuatro buques, tanto españoles como franceses, al mando de Gaston, debian salir inmediatamente de Brest y dirigirse á Cádiz en su persecucion: la numerosa escuadra de D. Luis de Córdoba y la del almirante Barcello, encargado del bloqueo de Gibraltar, cruzaban la entrada del estrecho sobre los cabos Espartel y Trafalgar; y en fin, D. Juan de Lángara con nueve navíos de línea

tenia su apostadero delante de Cádiz hácia el cabo de Santa María. Rodney debia pasar por entre tantos enemigos y penetrar en Gibraltar con el convoy. Una ráfaga de viento dispersó á treinta leguas de Brest la flota de Gaston; otra separó el crucero del estrecho, obligándole á ir á reponerse en Cadiz. Solo Lángara se mantuvo ileso para caer en manos de Rodney. El 16 de enero, por no haber enviado á la descubierta del enemigo, fué sorprendido por este, á quien recibió en órden de batalla; pero su valor no pudo sustraerle á la inevitable suerte que le deparaba su inferioridad: uno de sus buques ardió y cuatro fueron cogidos, mas no todos se perdieron. Uno de ellos, demasiado escaso de equipage para maniobrar por mucho tiempo, hallándose á punto de ir á pique, los ingleses que lo ocupaban quisieron forzar á los prisioneros españoles á quienes tenian en la bodega, para que les ayudasen á salvar el buque: los españoles respondieron que estaban prontos á morir con los vencedores, y que no les prestarian auxilio alguno si no se les permitia conducir la nave á un puerto de España. La necesidad precisó á los ingleses á acceder, y los españoles llevaron prisioneros á los vencedores á Cadiz. En cuanto á Rodney, despues de haber pasado en la rada de Gibraltar un mes reparando sus averías, salió sin obstáculo del estrecho, y llegó á su destino de las Antillas.

Apenas arribó, tres combates sucesivos con el conde de Guichen vinieron á demostrar la habilidad de ambos combatientes. Empero los bageles de Rodney resultaron mas maltratados, y el tiempo que necesitó para rehabilitarlos le dió una inferioridad momentánea. Aprovechóse de esta Guichen para proteger la llegada de una escuadra española de doce navíos de línea que Solano conducia á la Habana con doce mil hombres de desembarque, contra la cual habia hablado el almirante inglés con bastante jactancia. El francés habia aguardado de esta reunion alguna tentativa feliz contra las islas inglesas; pero las instrucciones terminantes del español, que se proponia la conquista de la Jamaica, no le permitieron entorpecer su marcha, y las enfermedades que se cebaron en ambas escuadras acabaron de paralizar sus esfuerzos.

Sin embargo, su reunion momentánea habia inquietado á Rodney, quien temiendo lo mismo por la Jamaica que por el continente, formó dos divisiones con su escuadra, enviando la una á Kingstow y marchando con la otra á las costas americanas. Esto era á la vez un menosprecio y una imprudencia; pero siempre dichoso, libertó así sus bageles de un huracan terrible que se sintió en las Antillas el 10 de octubre y los dias siguientes, destrozando cuatrocientas naves en la Barbada, San Cristóbal y Santa Lucía: Bridgetown, la principal ciudad de la primera de estas islas, quedo reducida á un monton de ruinas, y cinco mil habitantes perecieron bajo sus escombros.

Guichen, que espiaba los pasos de Rodney para norma de los suyos, no teniendo ya que temerle en aquellos mares, escoltó hasta Cadiz la flota mercante de Santo Domingo, siendo la primera francesa de comercio que llegó sin novedad á Europa. En general, el cuidado de convoyar las embarcaciones mercantes habia estado harto desatendido por el gobierno, y una preocupacion sobrado comun entre los oficiales de la marina les hacia considerarlo como inferior á su dignidad. Esta prevencion realzó el mérito del celo que patentizaron en tal punto algunos oficiales distinguidos, y entre ellos el valiente La Motte-Piquet, cuya reputacion estribó particularmente en el desinterés, el valor y la habilidad con que supo proteger diversos convoyes. Entre los hechos de este género cítase como un ejemplo memorable la jornada de 28 de diciembre de 1779. Hallábase en la Martinica con seis naves averiadas, y tres de estas en carena, cuando divisaron los vigías una flota de veinte y seis velas, que era perseguida en el canal de Santa Lucía por catorce navíos mandados por el almirante Hyde-Parker. Solo el *Aníbal* estaba pronto á dar la vela. La Motte-Piquet apareja sin vacilar: empeña el choque mas desigual, desbarata algunas embarcaciones, y una hora despues sostenido por otros dos buques que con la precipitacion apenas tuvieron tiempo para recibir la mitad de sus equipages, maniobra con tanto arte y fortuna, que salva diez y siete naves y la fragata que las escoltaba. El almirante inglés no pudo menos de admirar á las claras los grandes talentos de su adversario, á quien dirigió una carta de felicitacion.

Renovábanse sin embargo en España los inmensos preparativos de la campaña precedente. El conde de Estaing habia sido llamado por el rey Cárlos, quien le nombro generalísimo de sus tropas de mar y tierra, y un ejército de desembarco se hallaba siempre situado en las costas de Flandes, Normandía y Bretaña. Empero todo esto no fué mas que un espantajo, porqué sesenta y tres navíos de línea españoles y franceses, que salieron de Cadiz al mando del conde, no tuvieron otro destino que conducir á los puertos de Francia la rica flota mercante de Santo Domingo. Acaso era menester tan imponente escolta para sustraerla de cuarenta y cinco navíos de línea que la espiaban en estos mares á las órdenes del almirante Darby.

En América, Clinton y el almirante Arbuthnot habian hecho en la primavera la importante conquista de Charlestown, capital de la Carolina meridional, y dominaban en esta provincia y en Georgia con una ferocidad de que por desgracia dieron sobrados ejemplos los ingleses en el discurso de esta guerra. Impolíticamente en verdad habian formado en algunas provincias listas de proscritos, cuyos bienes fueron confiscados, amenazándoles hasta con pena de muerte si faltaban á las órdenes de destierro, y encontrándose á la cabeza de estas listas el nombre de Enrique Clinton. El congreso autorizó represalias que por ventura de la humanidad no se llevaron á cabo.

A semejantes progresos de la Inglaterra en el mediodía del continente americano, opuso la Francia una diversion en el norte. El teniente general conde de Rochambeau fué conducido con seis mil hombres á Rhode Island por el caballero de Ternay, y durante el otoño recibió un nuevo refuerzo de seis mil hombres á las órdenes del conde de La Touche-Treville. Clinton, que debió entonces arrepentirse de la evacuacion de este punto, concertóse con Arbuthnot para recobrarlo; pero la resistencia que encontraron y un movimiento de Washington sobre Nueva York que habia quedado sin defensa casi al instante, les hicieron desistir de su proyecto. Los españoles por su parte obraban con buen éxito en el Yucatan, donde espulsaron á los ingleses de sus establecimientos de Campeche, y en la Florida occidental, donde se apoderaron del fuerte Móbile y de Pensacola.

Durante esta campaña ocurrió la defeccion de Arnold, uno de los generales americanos mas apreciados: tachado de haberse reservado parte del botin cogido al enemigo, habia perdido la confianza del Congreso. Advirtiólo Arnold, quien resolvió vengarse abandonando la causa de la libertad, despues que habia sido uno de sus mas ardientes apóstoles. Clinton admitió sus ofertas; pero quiso que en garantía de estas le entregara el fuerte en que mandaba. El mayor André, jóven oficial inglés de las mayores esperanzas, enviado á concertar con Arnold las disposiciones necesarias para la ejecucion de tal proyecto, fué cogido con disfraz de paisano al regresar de su delicada comision, habiéndole encontrado en las botas las pruebas de su inteligencia. Arnold supo casualmente la novedad y se escapó; pero el infortunado mayor, á pesar de que escitó en sus jueces el mas vivo interés, fué condenado á muerte como espía. Arnold sirvió despues contra sus compatriotas, y aun estuvo á pique de caer prisionero. «¿Qué hubiérais hecho de mí si me hubierais cogido? pregunto á un americano.—Hubiéramos, respondió este, separado de tu cuerpo esa pierna que fué herida en defensa de la patria, y hubiéramos colgado el resto.» Respuesta que no merece considerarse sublime, porque peca á la vez contra la generosidad y la justicia de las compensaciones.

Sin embargo, luchando la Inglaterra con gran trabajo contra la marina francesa y española, reclamaba la asistencia de la Holanda en virtud de los tratados de 1678 y 1716. Este pais estaba dividido en dos facciones: la de los republicanos, que no querian chocar con la Francia, y la del Estatuder, adicto á la Inglaterra por sus alianzas con la casa de Brunswick que le dirigia. Prevaleció la primera, y las demandas de la Inglaterra solo obtuvieron un obstinado silencio. Nuevas reclamaciones y quejas por el asilo dado á los corsarios americanos, al famoso Pablo Jones, no lograron mejor resultado, ó por lo menos las medidas que se adoptaron parecieron actos de connivencia. Desde entonces estuvo espuesto el comercio de las Provincias Unidas á la rapacidad de los corsarios ingleses. Esto parecia deber remediarse con el intento de la Holanda de adherirse á la neutralidad armada; pero la Inglaterra, que hubiera visto defraudadas sus esperanzas con esta amenaza, declaró formalmente guerra á los holandeses el 21 de diciembre, lisongeándose compensar con las posesiones indefensas de esta potencia las pérdidas que la pudieran causar las demas. Tal era la situacion de las potencias beligerantes al principiarse el año de 1781.

Las legítimas esperanzas de la Francia, frustradas con tanta frecuencia, hicieron sospechar que los ministros de Guerra y Marina Montbarey y Sartines no eran aptos para sus empleos. Preténdese que necesitando Necker de la victoria para conservar la confianza de los capitalistas, hizo sugerir á la reina que fueran reemplazados por los marqueses de Castries y de Segur, tan entendidos como virtuosos. Presentados por ella, fueron aprobados por el rey sus nombramientos hácia últimos de 1780, y con su direccion tomó nueva actividad la guerra.

Mientras se aplicaban á justificar la alta opinion que se tenia de su capacidad, el, que habia preparado el camino á su elevacion prometiéndose quizá abundante cosecha de gloria, obraba contra sus esperanzas, y preparaba la ocasion de su caida con las combinaciones mismas de un trabajo que suponia deber afianzarle en su puesto. Las reformas que habia proseguido con una firmeza saludable al Estado, no habian podido menos de acarrearle muchos enemigos. Estos se aumentaron con la aparicion de una *cuenta razonada* que puso á los ojos del público en los primeros dias del mes de enero de 1781 el estado de los ingresos y de los gastos del rei-

no, y que ofrecia por resultado un esceso de diez millones en los ingresos.

La publicacion de semejante estado era un fenómeno inaudito en Francia. La constitucion política del reino que facultaba al trono para recaudar é invertir el impuesto sin dependencia de sus súbditos, habia alejado siempre de este paso á los monarcas, quienes hubiesen temido comprometer su autoridad, prestándose á dar, digámoslo así, una cuenta de criado á señor. Pero Luis XVI seducido siempre por las ideas filantrópicas, era poco celoso de su autoridad, y entró fácilmente en las miras de su ministro, cuyo sistema rentístico estribaba completamente en la fuerza de la opinion pública, que el príncipe esperaba dirigir suavemente con actos de condescendencia y franquicia que serian bien recibidos. El rey accedió pues á dicha publicacion, cuyo objeto era probar que el Estado contaba con un sobrante de ingresos, suficiente para garantía de los prestamistas, sin necesidad de recurrir al odioso medio de los impuestos. Bajo este concepto, la *cuenta razonada* logró perfectamente su objeto, pues al momento quedaron cubiertos dos nuevos empréstitos vitalicios, el uno de sesenta millones y el otro de treinta, á pesar de no haber mediado mas que un mes entre ambos.



Regreso de Voltaire á Francia.

Pero por otra parte, cierto fausto de virtud que resaltaba en la obra del ministro, cuyo menor inconveniente hubiera sido ponerle en ridículo; el *yo* odioso tan importuno al amor propio de los demas, que se reproducia sin cesar y parecia pedir el reconocimiento de los pueblos; en fin, un cúmulo de reformas útiles, las unas ejecutadas, las otras solamente enunciadas como para preparar la opinion, y por las cuales se alarmaron los cuerpos privilegiados, no tardaron en sublevar á todos los cortesanos contra el autor. Indignado el viejo Maurepas de verse eclipsado por su hechura, se decidió á reducirle á la condicion privada, no habiéndole costado mucho el desacreditar á un ministro cuyos ensayos tendian á asimilar la situacion de un rey de Francia á la nulidad de uno de Inglaterra. Adoptóse por sistema el contrariar sus planes en el Consejo: solicitó él la entrada para defenderlos, pero no se accedió. Entonces comprendió que su papel habia concluido, y el 25 de mayo presentó su dimision. Pero el entusiasmo que habia escitado entre los franceses, quienes se creyeron llamados por su cuenta razonada á la discusion de los principales intereses del Estado; la escelente situacion en que dejaba al real tesoro, provisto de los fondos necesarios para la brillante é importante campaña de 1781; las ventajosas reformas que habia empezado á introducir en la administracion de algunas provincias puestas por él en una especie de régimen municipal, y cuyos felices ensayos hacian desear á las demas la misma suerte, dieron á su retirada el carácter de una calamidad pública.

Sin embargo, posteriormente se le ha considerado como á un charlatan político, no tan poderoso en obras como en palabras, como á un empírico capaz todo lo mas de paliar las enfermedades del Estado, y que con los numerosos empréstitos que realizó, comenzó á abrir el abismo rentístico que trajo el caos y los crímenes de la revolucion. Por confesion propia aumentó la deuda del tesoro hasta un capital de quinientos treinta millones que producian cuarenta y cinco millones de renta; pero en honor de la justicia debe observarse que la causa de la deuda de la Francia fué la guerra, azote de los imperios, y que no se aumentó dicha deuda con la administracion de este ministro que hizo subir las rentas en una cuota superior á las cargas. La estincion necesaria de una parte de los créditos vitalicios, el reembolso de algunos otros, la reduccion del número de administraciones y de los beneficios de los administradores, la disminucion de los asentistas y de los intereses de sus fondos, la supresion de los recaudadores generales, el aumento de los arriendos de algunas administraciones, el exámen de los 5 por 100, la severidad sobre los descargos, la reforma de loterías, los donativos del clero, la abolicion de multitud de cargos inútiles, una gran reduccion en el artículo de gastos imprevistos y otras muchas mejoras menos notables llevaron dicho escedente hasta cerca de ochenta millones, lo que no solo cubrió los cuarenta y cinco millones de renta añadidos por el director general de rentas á la deuda del reino, sino los veinte y cuatro millones de *déficit* que presentaba el estado de Cluny su predecesor: así dejó los ingresos y gastos en un equilibrio casi completo. Esto á la verdad le han disputado sus enemigos, aunque parecia haberlo probado con los empréstitos realizados, y las mejoras sobrevenidas despues de su retirada, y cuya comprobacion ofrece precisamente el *déficit* espantoso que hizo recurrir en 1787 á la asamblea de notables.

Tan pronto como Rodney conoció su error respecto de los proyectos de franceses y españoles volvió á las Antillas, y dominando á la sazon en aquellos mares, se apresuró á sacar partido de su preponderancia desembarcando en San Vicente cuatro mil hombres; pero setecientos franceses que formaban la guarnicion de Kingstown bastaron para arrebatarle la esperanza de apoderarse de esta isla. Informado entonces de la declaracion de guerra entre Inglaterra y Holanda, dirigió sus esfuerzos á conquistas mas fáciles y lucrativas. Habiéndose presentado en los primeros dias de enero á la vista de San Eustaquio el mayor general Roberto Vaughan, forzó á ciento treinta soldados incautos, única guarnicion de la isla, á rendirse á discrecion. El mayor no desmintió en esta ocasion el concepto de bárbaro que se habia grangeado en el continente americano con el incendio de la ciudad de Esopo, cuando iba inútilmente al encuentro del general Burgoyne. Por causa de alguna resistencia por parte del capitan de una fragata, queria imponer la misma suerte á los desgraciados habitantes de San Eustaquio, que por su inocencia y debilidad debian ser respetados, y que sin embargo fueron despojados lo mismo que si se hubiera entrado por asalto. Rodney que se opuso á la destruccion propuesta por Vaughan, empañó por otro lado su gloria accediendo á las demas violencias: treinta y dos embarcaciones cargadas de despojos de negociantes holandeses fueron despachadas para Europa, escoltadas por cuatro navíos de línea; pero á la altura de las Sorlingas, á vista ya de la Inglaterra, fueron sorprendidas por una escuadra superior á las órdenes de La Motte-Piquet, quien se apoderó de veinte y seis de ellas.

El conde de Grasse que salió de Brest á mediados de marzo con veinte y un navíos de línea y un numeroso convoy, llegó á las Antillas con solos treinta y seis dias de travesía. Rodney ocupado en San Eustaquio en la venta de los efectos capturados, destacó al vice-almirante Hood con diez y ocho naves para observarle y cerrarle la entrada del puerto de la Martinica. Hallándose el 29 de abril Grasse á la vista del Fuerte Real recibió el refuerzo de cuatro buques. Hood á pesar de su inferioridad no rehusó el combate ni se retiró hasta pasadas cuatro horas de choque. Los planes del almirante francés no le permitieron ocuparse en perseguirle.

Una diversion á Santa Lucía, engañando á los ingleses sobre su designio, le permitió desembarcar en Tabago inesperadamente. El marques de Bouillé ya con reputacion por la toma de la Dominica, dirigia los ataques é hizo que capitularan las fuerzas de aquella isla importante, tanto por sus producciones como por la vecindad del continente meridional de América. En cuanto á Grasse, unos despachos que le trajo la fragata *Concordia*, le obligaron á

dejar aquellas aguas y dirigirse á Santo Domingo. Juzgando Rodney terminada la campaña en las Antillas, regresó á Inglaterra con parte de los despojos de San Eustaquio, dejando el mando de las fuerzas inglesas al vice-almirante Hood.

Grasse no hizo mas que tocar en Santo Domingo, donde tomó tropas de desembarco, y desde esta isla se trasladó al rápido y peligroso canal de Bahama para llegar mas pronto á las costas de la América, donde era esperado con impaciencia. Al paso proyectó interceptar en la punta de la Isla de Cuba una rica flota que acababa de salir de la Jamaica, y que forzada á retroceder á esta alarmó toda la isla. En fin, el 16 de agosto el almirante francés echó el ancla á la entrada de la bahía de Chesapeak, y empezó á ejecutar por su parte el plan concertado en Rhode Island por Washington y el conde de Rochambeau, y para el cual le habia invitado la fragata enviada á las Antillas. Dicho plan consistia en encerrar de tal manera á lord Cornwallis en la península de York-Town, que se le obligase á sufrir la suerte de Burgoyne.

El general inglés despues de haber sometido de nuevo parte de las provincias meridionales del continente se dirigió á la Virginia, donde sus progresos fueron mas disputados. Ya contrariado en su marcha por el marques de La Fayette, que con un débil cuerpo de milicia no cesaba de observar y molestarle, tuvo que retrogradar hácia el mar, cuando la incorporacion del marques con los generales americanos Wayne y Gréen aumentó su dificultad de subsistir en un territorio arrasado por él mismo. Llegó á York-Town en la



Lafayette en América.

estrecha península formada por los rios James y York en la bahía de Chesapeak, donde se hallaba en comunicacion con la escuadra del almirante Arbuthnot, que le surtia de víveres y aun debia llevarle refuerzos; pero Clinton que se los prometia, cambió de resolucion, á consecuencia de la noticia segura que creyó tener por una carta interceptada, de que los generales Washington y Rochambeau se proponian atacarle. Dicha carta era un ardid de estos generales, quienes corroboraron su contenido con un movimiento que realizaron hácia Nueva-York. Entonces llamó Clinton á Arbuthnot, lo que permitió á Grasse entrar sin obstáculo en la bahía y cortar toda retirada á lord Cornwallis por mar, así como se trataba de cortársela por tierra insensiblemente para mejor engañarle.

Tres mil hombres conducidos por la flota y mandados por el marques de San Simon, se reunieron al momento con el marques de La Fayette, y quince dias despues, con una marcha de casi trescientas leguas, Washington y Rochambeau llegaban á Baltimore, en el estremo opuesto de la bahía, donde el oficial encargado de anunciarles la llegada del almirante á su apostadero les aguardaba hacia una hora: coincidencia bien estraordinaria en una empresa



Los nobles y eclesiásticos negándose á pagar el impuesto.

de ejecucion tan larga y concertada á tanta distancia. Fueron trasportados por las fragatas de la escuadra á Williamsburgo, donde el 24 de setiembre se reunieron todas las tropas de la espedicion en número de veinte mil, siendo la mitad francesa, y sus primeros oficiales el conde de Custine, el baron de Viomenil y el marques de Chastellux. Hallábanse ademas entre los franceses el duque de Biron que con el nombre de Lauzun habia realizado la conquista del Senegal; el vizconde de Noailles que se habia hecho notable en la toma de la Granada; el conde de Rochambeau, hijo del general y coronel del regimiento de Auvernia; el vizconde de Mirabeau, coronel del de Turena; Duportail, despues ministro; el comisario ordenador Villemanzy; Cárlos de Damas, Roberto de Dillon, Cárlos de Lameth, Mateo Dumas, Alejandro Berthier y otros muchos, todos unidos entonces por los sentimientos, y que mas tarde por efecto de disensiones domésticas, combatieron bajo distintas banderas, si bien conservaron todos pura é intacta la gloria del honor francés.

Al mismo tiempo que llegaban á Baltimore, los almirantes Graves y Hood reunidos trataron de turbar las operaciones combinadas penetrando en la bahía, Grasse salió á su encuentro con veinte y cuatro navíos de línea: los ingleses no tenian mas que diez y nueve. A pesar de tal desproporcion, la importancia de los resultados y la confianza en su táctica les hicieron trabar lucha. La circunstancia del viento y la naturaleza de las evoluciones no permitieron que se comprometieran seriamente mas que las vanguardias. La de la escuadra francesa era capitaneada por el famoso navegante Bougainville. Los ingleses fueron los que peor libraron, y desaparecieron á

los dos dias, dejando el campo libre á las operaciones de los aliados.
Ciego lord Cornwallis por mucho tiempo en cuanto á lo crítico de su situacion, tanto por la política lentitud de su investidura, cuanto por los avisos del general en gefe Clinton, que siempre se creia el blanco de las maniobras del enemigo, habia repartido siete ú ocho mil hombres que le quedaban, entre las ciudades de York-Town y de Glocester, y no habia prestado á las fortificaciones de estas plazas todo el cuidado que se debia, sin duda por contar con una funesta seguridad. Así no se prolongaron mucho las operaciones que iban á decidir de su suerte. El 28 de setiembre se movieron las tropas de Williamsburgo, y á la mañana siguiente fueron vivamente embestidas las dos ciudades. Abrióse la trinchera el 7 de octubre delante de York-Town, y al décimo dia, despues de algunas proezas por una y otra parte, lord Cornwallis pidió una suspension de armas para arreglar una capitulacion que fué firmada el 19. En la víspera valiéndose de algunas barcas intentó fugarse á Glocester, cuyo paso habria sido inútil aunque no hubiese sido estorbado por una borrasca. Seis mil hombres de tropas regladas y mil quinientos marineros rindieron las armas y cayeron prisioneros. Esta espedicion que decidió la suerte de la América, no costó cien hombres á los aliados. Señaláronse en esta ocasion la generosidad y afabilidad francesa para con los prisioneros, aunque no se creyó deber dispensar al general inglés de una ligera humillacion, la de entregar al mismo Washington la espada que ofrecia á La Fayette ó á Rochambeau, que se declararon auxiliares.

Pocos dias antes, el activo Bouillé se aprovechaba de la ausencia de la escuadra en las Antillas para apoderarse de la isla de San Eustaquio y de las islitas dependientes de ella. De mil doscientos hombres que destinó á esta conquista, no pudieron aportar á tiempo ochocientos. Los otros cuatrocientos mandados por Arturo Dillon, coronel del regimiento de este nombre, sorprendieron la guarnicion, que habia salido y hacia ejercicio en la esplanada. Aquella volvió al fuerte, en el cual penetraron los franceses con ella, se apoderaron de los puentes levadizos é hicieron capitular el 16 de julio á ochocientos soldados que burlados por la osadía de los acometedores, no dudan que peleaban con la vanguardia de un ejército pronto á sostenerla. Una suma de un millon seiscientas mil libras, perteneciente á Rodney y Vaughan, producto de la venta de sus presas y que estaba depositada en San Eustaquio, fué la recompensa del ejército: de suerte que la avaricia inglesa se utilizó poco de sus duras exacciones.

El Océano que baña las costas de Europa, presentó aun en este año el imponente espectáculo de las flotas española y francesa mandadas por Guichen y don Luis de Córdova. Los cincuenta navios que la componian cruzaron por la altura de las Sorlingas, forzaron á la escuadra del almirante Darby á guarecerse en Torbay, difundieron de nuevo la alarma en todas las costas de Inglaterra, y volvieron en el mes de setiembre á sus respectivos puertos, sin haber realizado ninguno de los grandes designios que llevaban al parecer, y que se supone eran por lo menos el impedir el regresó de las flotas mercantes de la Gran Bretaña. No hubo en los mares de Europa otro choque que el de Doggersbank, en el mar del Norte, entre las costas de Inglaterra y las de Jutlandia. Siete naves inglesas á las órdenes del vice-almirante Peter Parker regresaban del Báltico, cuando tropezaron con una escuadra holandesa de igual fuerza, que capitaneada por el contra almirante Zoutman, escoltaba un convoy destinado al mismo mar. Trabóse el combate el 5 de agosto, y fué sostenido con tal vigor por una y otra parte, que ambas escuadras igualmente averiadas tuvieron que arribar á sus respectivos puertos, habiéndose ido á pique en la travesia uno de los buques holandeses.

Al mismo tiempo que la gran escuadra salia de Cádiz, aprestábase otra para el Mediterráneo. Contrariada por los vientos tardó cerca de un mes en aportar á Menorca, objeto de su destino. El 21 de agosto desembarcaron allí de cien velas doce mil españoles, á las órdenes del duque de Crillon, general al servicio de España. El general Murray tuvo la fortuna de reunir en dicha isla todas las tropas diseminadas en diversos puntos, las que ascendian á tres mil hombres, aunque molestados por la disenteria y la discordia. Las fortificaciones habian sido aumentadas considerablemente desde 1756, y todas abiertas en la roca: las murallas tenian sesenta pies de altura, y los fosos casi otro tanto de profundidad. Las medias lunas y contraguardias que cubrian el cuerpo de la plaza; el camino cubierto y las esplanadas, en fin, diversos fortines avanzados, estaban tambien abiertos en la roca, minados y contraminados como el cuerpo de la plaza, provistos de subterráneos, de comunicaciones impenetrables á la bomba, y cortados ademas por hoyos á propósito para detener al enemigo, en el caso que lograra introducirse en ellas. Para vencer tantos obstáculos eran indispensables refuerzos: Francia mandó allí una division compuesta de los regimientos del Lionesado, Bretaña, Bouillon y Real Sueco, y entonces comenzaron las operaciones del asedio: pero el triunfo estaba reservado para el año siguiente.

En la India, donde todavia dominaban los ingleses, caian una tras otra las posesiones holandesas, habiendo perdido en este año los holandeses parte de sus establecimientos de Sumatra y Bengala, los de Mazulipatnam y Paliacate en la costa de Coromandel al norte de Madras y al sud de Sadras, y Negapatnam hácia la punta de la península; amenazándoles ademas la pérdida de todo, incluso el cabo de Buena Esperanza, si no se hubiera encargado de protegerle la Francia, la cual por salvar á sus aliados desplegó una actividad que no habia tenido para sí misma.

Hemos visto ya que los ingleses la hacian guerra en la India, antes de que fuese declarada en Europa. Pondichery, cuyas pérdidas estaban lejos de ser reparadas, y cuyas fortificaciones no se hallaban terminadas, vió desplegarse ante sus muros en el mes de agosto de 1778 un ejército ingles salido de Madras á fines de julio. Al mismo tiempo el comodoro ó gefe de la escuadra Vernon, se presentaba con un navio de línea y cuatro fragatas á bloquear la ciudad por mar. Tronjoli que mandaba en la rada salió el 10 de agosto á su encuentro con iguales fuerzas, y el combate se quedó indeciso. Ambas partes tuvieron que separarse, y Tronjoli se dirigió al efecto á la isla de Francia. Cercada Pondichery por todos lados, no podia ofrecerle ningun recurso para reponerse, y los refuerzos que llegaban al comodoro habrian podido esponerle á ser bloqueado en la rada y á sufrir la suerte de la ciudad. La marcha de Tronjoli permitió á la escuadrilla inglesa abastecer sin obstáculo á los sitiadores de todas las municiones necesarias, y dejó á merced de los ingleses al gobernador de Pondichery, Belle-Combe, quien despues de cuarenta dias de trinchera abierta, se vió en la necesidad de capitular el 18 de octubre. Aider-Ali-Kan acudia en socorro de los franceses, pero no pudo llegar á tiempo.

Este Aider era hijo de uno de los generales del Soubab del Decan. Las victorias conseguidas por su padre contra los Maratas en Mysore al mediodia de la Península, le valieron el honor de llegar á ser feudatarioso del imperio, y de asistir al Soubab con tropas dependientes de él solo. El jóven Aider sobrepujó las hazañas de su padre: apreciador de la táctica europea, organizó tropas ayudado por el desertor Lalley, simple sargento, pero de una capacidad poco comun para el arte de la guerra. Valiéndose pues de este hombre y de algunos franceses que por los contratiempos de su patria buscaron asilo estraño, encontróse Aider en 1767 al frente del mejor ejército indio que jamás se habia visto en la Península. Propúsose desde entonces libertarla del yugo inglés y logró hacer temblar á Madras; pero no habiendo podido lograr que le apoyara el gobernador de Pondichery, sin embargo de ser aliados, ajustó la paz con ellos en 1769, aunque no reposó mas que para tomar aliento. La guerra entre Inglaterra y Francia le deparó la ocasion de reproducir sus antiguos proyectos.

Si la lejanía de la costa del Malabar, punto principal de su dominacion, habia permitido á los ingleses apoderarse de Pondichery sin obstáculo, no consiguieron esto impunemente; y los terribles estragos que hizo el conquistador indio á la cabeza de veinte mil hombres en todas sus posesiones, debieron quizá causarles pesar por haber comenzado las hostilidades. Despues de devastar por largo tiempo el Carnate, en el mes de agosto de 1780 se presentó Aider delante de Arcate, capital de la provincia y residencia del Nabab, hechura de los ingleses. Llamó este en su socorro á diez mil hombres que mandaba Monro en Madras; pero por disciplinados que fuesen, creyéndolos el general inglés insuficientes para oponerse á las innumerables fuerzas de Aider, se mantuvo á la defensiva, y dió órden al coronel Baillie que mandaba en la Crischna, para que pasara á incorporársele. Al acercarse pónese Aider entre los dos gefes y hace que atacara á Baillie su hijo Tipoo-Saib, que es rechazado dos veces. Entonces desiste de vencer á los ingleses á viva fuerza, aparenta dejarles libre el paso y les arma una emboscada. El 10 de setiembre es sorprendido Baillie, y la esplosion de sus repuestos de municiones por negligencia de los conductores, aumenta sus pérdidas y consuma su ruina. De mil doscientos europeos y cinco mil cipayos que capitaneaba, no salvó mas que un corto número y él mismo cayó prisionero. Monro aprovechó la postracion en que la victoria dejó á Aider, para retirarse hácia Madras, donde reunió hasta la guarnicion de Pondichery. Los franceses volvieron en seguida á la posesion de su ciudad; pero Sir Eyre Coote, á quien el gobernador general de los establecimientos ingleses en Bengala, Warrey Hastings, hizo pasar á la costa de Coromandel al abrigo de la escuadra del almirante Hughes, se apoderó nuevamente de dicha ciudad, antes que sus moradores pudieran ser socorridos por Aider, ocupado todavía delante de Arcate, que al fin cayó en su poder el 3 de noviembre.

A principios de 1781, Aider dirijió sus esfuerzos hácia Vandavachi. La aproximacion de sir Eyre Coote le obligó á levantar el asedio, y marchó á encontrarle. Ambos ejércitos estuvieron observándose hasta el mes de junio. Coote esperaba entonces un socorro que debia venirle de Bengala por Goudelour. Aider se colocó en el camino para impedirlo, y esto dió ocasion á un choque entre los

dos ejércitos. El de Aïder consistia en cuatrocientos franceses mandados por Lalley nuevamente condecorado con la cruz de San Luis y promovido al grado de teniente coronel, en veinte y cinco batallones de infantería disciplinada, cincuenta mil caballos, cien mil malos infantes llamados Mathelocks, Peones y Poligars, y cuarenta piezas de artillería. El ejército inglés incomparablemente mas reducido, tenia su principal fuerza en cinco mil europeos que formaban parte de él, y que despues de ocho horas de combate pusieron á los indios en completa derrota. Ocurrió esta accion en 1.° de julio. El 29 de agosto, Aïder y Tipoo-Saib intentaron un nuevo esfuerzo y sufrieron otro desastre en el mismo campo en que habian triunfado del coronel Baillie en el año precedente. Otras dos derrotas poco despues de las referidas, les obligaron á evacuar completamente el Carnate, cuyo territorio se quedó en tal estado de devastacion, que por largo tiempo no pudieron sacar de él utilidad alguna los ingleses.

Para apoyar á Aïder faltó en la India una escuadra que privara á los ingleses de las ventajas que sacaban de la suya para la conduccion de sus soldados. La que mandaba el conde de Orves en la isla de Francia, era demasiado débil para presentarse en aquellas aguas. En el año anterior habia intentado el ministro reforzarla con dos navíos de línea, una fragata y doce transportes conducidos por el capitan Chilleau de La Roche; pero en las inmediaciones de Madera, tropezó con la escuadra de Rodney, que despues de abastecer á Gibraltar se dirigia á las Antillas. El capitan francés no pudo preservar su convoy sino atrayendo al enemigo sobre sí mismo, habiéndose visto forzado á rendirse despues de combatir por mucho tiempo contra cinco navíos que destruyeron toda su jarcia. Este fué el primer buque francés que en esta guerra cayó en poder de los ingleses. La fragata que se retiró á tiempo, pereció al entrar en Brest, y otra vez se aplazaron los socorros para la India.

Estos no fueron mucho mas eficaces en el presente año; pero las medidas que pudieron adoptarse prepararon los triunfos de los años sucesivos. El baile Suffren partió el 22 de marzo de Brest con cinco navíos con la doble mision de conducir un refuerzo de buques á la India al conde de Orves, y asegurar al mismo tiempo el Cabo de Buena Esperanza á los holandeses contra el comodoro Johnstone, que acababa de partir del Mediterráneo con órden de atacarle. Al llegar á los surgideros de Santiago, una de las islas portuguesas del Cabo Verde, tropezó á Johnstone, y al instante formó el proyecto de reducirle á la imposibilidad de ejecutar su mision. Con este designio penetra seguido de dos solas naves en la bahía de la Praya al través de multitud de embarcaciones que la llenaban y con un nutrido fuego de dos horas les causa inmensas averías: él mismo sufrió mucho, y solo con dificultad fué como salió de la bahía despues de lograr su objeto. Menos maltratado que su adversario, que tardó diez y seis dias en reponerse, pudo adelantársele al Cabo, donde dejó algunas tropas; y al marqués de Bussy, célebre por sus hazañas y negociaciones en la India. Este general debia permanecer momentáneamente en el Cabo para dirigir sus medios de defensa y aguardar nuevos refuerzos de Europa. Opusiéronse al envío diversas causas que forzaron á aplazar á época mas favorable los decisivos golpes que desde este año se habia pensado dar en este pais. Bussy no pudo pues llenar mas que la parte de su destino concerniente al Cabo; pero la desempeñó tan bien, que habiendo aparecido el comodoro al frente de la plaza y reconocido su situacion, ni aun trató de insultar, y volvió á tomar el rumbo de Inglaterra.

Fuera de las ventajas que en la India obtuvieron los ingleses sobre Aïder, ventajas que compraron con la vida de muchos europeos, esta campaña fue poco feliz para ellos. La terminaron por un incidente que hizo honor a su almirante Kempenfeld, aunque á aquel tambien contribuyó la fortuna. Cruzaba este gefe sobre las costas de Francia con doce navíos de línea, esperando quizá interceptar un rico convoy que venia de Santo Domingo, y que entró felizmente en Brest el 7 de diciembre, cuando el 12 á cincuenta leguas al Sud de Ouessant tropezó con Guichen. Mandaba este general una escuadra de igual fuerza con rumbo á Cádiz, escoltando dos navíos de línea, un convoy destinado para la India, siete navíos mas de línea con 118 transportes cargados de nueve mil hombres que el marques de Vaudreuil conducia á las Antillas; de suerte que tenia una inmensa superioridad sobre los ingleses. Una ráfaga de viento al pronto y una terrible tempestad en seguida le impidieron aprovecharse de su superioridad, y separaron el convoy de la escuadra. A la vista de esta, que fué dispersada, pudo el almirante Kempenfeld coger quince buques, y si no cogió mas fué por Vaudreuil, quien con solos dos navíos cortó sus progresos y le precisó á una retirada prudente por el temor de tener que resistir acaso á toda la escuadra combinada. Varios de los buques del convoy fueron arrojados á la costa, y Vaudreuil no pudo conducir mas que una parte de ellos á la Martinica.

Grasse y Bouillé le esperaban en esta isla para hacer una tentativa sobre la Jamaica. Esta espedicion en América, el sitio de Gibraltar en Europa y el proyecto de recuperar la India asiática eran los resultados que se esperaban de los esfuerzos inmensos que hacian aun en este año la Francia y la España con el objeto de proporcionar la paz. Los generales franceses habian preludiado estos grandes proyectos en las Antillas con la toma de San Cristóbal. El almirante francés, que contaba con veinte y ocho navíos, habia desembarcado en esta isla el 11 de enero seis mil hombres capitaneados por el marques de Bouillé y los de Chilleau y San Simon, el conde de Dillon, vencedor de San Eustaquio y el vizconde de Damas. Toda la isla se sometió inmediatamente á escepcion de la fortaleza de Brimstone-Hill, donde el general inglés Frazer habia reunido sus destacamentos, que componian mil doscientos hombres. Mientras se preparaba la embestida, Albert de Rioms atendia á la penosa estraccion de la artillería de sitio atascada en la costa con la nave que la transportaba. Sus afanes tuvieron el mejor exito, y ya las baterías comenzaban á jugar, cuando apareció la flota del almirante Hood, fuerte de veinte á veinte y dos navíos.

Grasse levó al instante anclas para salir al encuentro: el 25 y el 26 hubo entre las escuadras dos escaramuzas, que terminaron sin embargo con la mas hábil maniobra ejecutada por los ingleses, quienes engañando al conde de Grasse, tuvieron la destreza de apoderarse de la rada que él acababa de dejar, obligándole á ponerse en alta mar. Una ráfaga de viento podia alejarle del todo, y entonces la posicion de los sitiadores entre la flota y la fortaleza vendria á ser muy crítica. Redoblando estos sus esfuerzos y actividad, triunfaron de las desventajas de su posicion, rechazando las tropas desembarcadas por el almirante, ahuyentando sus fragatas de Brimstone-Hill, y obligando con el auxilio de la artillería del *Caton* puesta á su disposicion por el conde de Framont, á la plaza á capitular el 12 de febrero. En este intervalo Grasse no solo no intentó atacar al almirante Hood á pesar de que podia hacerlo con ventajas, sino que le vigiló tan poco despues de la capitulacion, que se le escaparon los ingleses, no obstante el tiempo que necesitaban para levar sus anclas. En adelante tuvo que arrepentirse cruelmente de esta doble falta. El almirante Hood volvió sin novedad á Santa Lucía, donde con los buques llevados por Rodney, ascendió la escuadra inglesa á treinta y ocho navíos, mientras que la de Francia no pasaba de treinta y cinco despues de la reunion del marques de Vaudreuil.

Pero en Santo Domingo le aguardaban diez y siete navíos españoles que debian restituirle la preponderancia necesaria para la conquista de la Jamaica. El 8 de abril partió Grasse de la Martinica á reunirse con aquellos. Rodney le espiaba desde Santa Lucía: todos sus buques forrados de cobre tenian una velocidad superior á la de la escuadra francesa, cuyos movimientos se retardaban ademas por causa del convoy que llevaba las tropas de desembarco. Así desde la tarde del mismo dia se divisaron ambas escuadras, y á la mañana siguiente fué alcanzada la francesa por la vanguardia inglesa mandada por Hood. Grasse hizo señal al convoy para que continuara su rumbo con la escolta de dos de sus navíos, y trabando lucha con dicha vanguardia la maltrató, siguiendo él á las dos horas su derrotero para Guadalupe. El 10 dos de sus naves, el *Caton* y el *Jason*, se quedaron separados de la escuadra; pero creyendo acertadamente que no debia chocar con Rodney, mientras no se le reunieran los navíos españoles, las abandonó con discrecion y continuó su ruta. ¡Ojalá no se hubiera olvidado á los dos dias de los motivos que tuvo para obrar de esta manera! Casi en el momento de reducir al enemigo á la imposibilidad de alcanzarle, no solamente se detuvo sino que volvió atras para libertar al *Celoso*, que por averías en sus jarcias iba inclinándose hácia los ingleses. Salvó al navío, que fué remolcado hasta la Guadalupe, adonde ya habian llegado el *Caton* y el *Jason*: pero su escuadra fué alcanzada por Rodney entre los Santos y la Dominica, y se encontró en la funesta imposibilidad de rehusar un combate desigual que hubiera bastado evitar para dominar en aquellos mares.

Grasse tenia treinta navíos que aun no se habian formado bien en línea, cuando principió la accion á las siete de la mañana. Así la vanguardia guiada por Bougainville, no tardó en ser separada, á pesar de la vigorosa resistencia del *Cetro*, montado por el intrépido é infortunado La Peyrouse. Desde entonces se previó el éxito del combate por la facilidad de los ingleses en dirigir varios de sus bageles sobre uno solo. La *Ciudad de Paris*, de 110 cañones y montado por el almirante, fué principalmente el blanco de tan rudo ataque. Tras una resistencia que se prolongó hasta las seis y media de la tarde, totalmente desamparado y en la necesidad de arriar su bandera, este navío tuvo al menos el honor de sucumbir noblemente á los esfuerzos de diez ó doce embarcaciones que le batian. Otros cuatro, casi tan maltratados, fueron cogidos en el mismo combate; y siete dias despues el *Caton* y el *Jason*, que ignoraban tal suceso, sufrieron igual suerte al dirigirse á Santo Domingo. Vaudreuil, que llegó á esta isla sin obstáculo con diez y nueve navíos lo mismo que Bougainville con su division, que habia hecho escala

en San Eustaquio, se lamentaron mucho de que el almirante no hubiera seguido su rumbo. Los transportes habian arribado con fortuna; pero la tardia reunion que se efectuó entonces ni aun ofrecia igualdad con el enemigo que pasó á la Jamaica, y así fue menester desistir de la espedicion proyectada contra esta isla. Los españoles regresaron á sus puertos, y Vaudreuil despues de cruzar por algun tiempo entre la Jamaica y Santo Domingo, y acompañar hasta la desembocadura las flotas mercantes de las islas, trasladóse al continente de América a pasar el invierno y abastecerse de la madera necesaria para la reparacion de sus buques.

Antes de salir, habia destacado de su flota una escuadrilla mandada por La Peyrouse y compuesta de un navío de línea y dos fragatas, en una de las cuales montaba el caballero Langle, amigo y despues tambien compañero del triste destino de su gefe. Esta espedicion, que constaba de trescientos hombres de desembarco á las órdenes de Rostaing y Monneron, tenia por objeto destruir los ricos depósitos de peletería pertenecientes á los ingleses en la bahía de Hudson. Bastó al hábil navegador aparecer en aquellas costas desoladas para hacer capitular á los fuertes de la bahía, habiendo tenido que defenderse tanto de los hombres como de los vientos, los escollos y los hielos, que mas de una vez le espusieron á desistir de su empresa por el temor de no poder efectuar su retirada. Arribó á principios de agosto, y volvió á dar la vela el 1.° de setiembre, calculándose que la ruina de aquellos establecimientos causó á los ingleses un quebranto de doce millones. Es por otra parte de notar en obsequio de la humanidad, que en el incendio general á que fueron entregados tan ricos almacenes, el generoso francés respetó los que contenian víveres, á fin de que los desgraciados que por temor habian huido á los bosques encontrasen á su vuelta medios de subsistencia.

La aparicion de Vaudreuil en las costas del continente americano vino á inquietar á los ingleses que lo ocupaban aun, y que estaban reducidos á la defensiva. La evacuacion de Savannah y de Charlestown fue quizá motivada por ella; y Nueva-York amenazada siempre por Washington y por Rochambeau, estaba dispuesta á seguir este ejemplo. El general en gefe Guy-Carleton, antiguo gobernador del Canadá, que acababa de suceder á Clinton, tenia instrucciones para negociar mas bien que para combatir; pero sus esfuerzos para obtener una paz separada que no podia ser mas que una añagaza, fueron inútiles. Rodney tambien habia sido reemplazado por el almirante Pigot, á causa de su conducta en San Eustaquio; pero quiso su buena estrella que pareciera una injusticia su relevo, porque decretado este por la corte de San James antes del combate de 12 de abril, no se ejecutó tal medida hasta despues de la victoria de que todavía no podia estar noticioso el gabinete. Tratóse de indemnizarle elevándole á la parería ó dignidad de par. Grasse habia llegado antes que él á Inglaterra. Este ilustre prisionero era acogido en todas partes con distinciones lisonjeras, aunque á veces incómodas, por el pueblo, que al llamarle al balcon y aplaudir su bravura, quizá satisfacia su vanidad tan adelante como al respeto que merecia un enemigo tan importante.

Las escuadras francesa y española, fuertes de cuarenta y cinco navíos de línea, despues de haber limpiado el Océano de Europa como los años anteriores, y asegurado la vuelta de sus flotas mercantes, tornaron al Mediterráneo, y el 12 de setiembre echaron anclas delante de Algeciras para secundar las operaciones dirigidas contra Gibraltar. El duque de Crillon que se habia apoderado del fuerte de San Felipe en el mes de febrero, parecia haber dado la garantía de la conquista de Gibraltar. Esta roca estaba amenazada por tierra, es decir, por el lado de su mas alta elevacion, por doscientas bocas de fuego que en vano la hostilizaban aunque muy próximas, y del lado del mar por diez baterías flotantes, invencion del coronel de Artillería Arson. Consistian aquellas en unos barcos muy chatos con triple cubierta á prueba de bomba y guarnecidos de un tablon muy grueso, preparado de modo que podia mantener la humedad suficiente para preservarlos del efecto de las balas rojas. Ofrecian las baterías contra el muelle, único punto por donde se podia intentar la escalada, un frente de ciento cincuenta piezas, y completaban el cerco formado por la numerosa flota combinada que impedia llegaran por mar á la plaza los auxilios que le faltaban de víveres, municiones y soldados.

El 13 de setiembre, época marcada para poner en juego tan formidables medios de destruccion, el fuego empezó á las diez de la mañana. A las cuatro de la tarde parecia apagado el de las baterías de la plaza, y su valiente gobernador Elliot fingia resignarse á la dura necesidad de ceder á la fortuna; pero en aquellos mismos momentos daba nuevas disposiciones, y destinaba la mayor parte de las fuerzas de la guarnicion al servicio de las balas rojas dirigidas contra las baterías flotantes. Dispāronse contra estas mas de seis mil de aquellas, una de las cuales penetró en el tablon de la *Taja Piedra*, capitaneada por el aventurero príncipe de Nassau. El temor de que perjudicara á la pólvora la humedad, habia hecho desatender en parte las medidas de precaucion indicadas contra el incendio por el ingeniero francés, quien no accedió al pronto á tal omision y despues condescendió por complacencia, vencido por el entusiasmo de los valerosos que deseaban arrostrar los mayores peligros. Los progresos de la bala fueron por bastante tiempo imperceptibles, pero despues no se pudieron cortar cuando fueron notados en medio de las tinieblas: para colmo de desgracia, no se habia cuidado de preparar para semejante caso los medios de alejar inmediatamente las embarcaciones incendiadas de las cercanas. Las chalupas que se enviaron tardiamente al efecto se llenaron de los que temieron la esplosion de la máquina. Propagóse el fuego á otras dos baterías, y las tripulaciones de las que todavía estaban ilesas, se apresuraron á abandonarlas recelando igual suerte: en fin, el temor de que cayeran en manos de los ingleses impulsó á los españoles á entregarlas asaz inconsideradamente á las llamas, de suerte que se desvaneció la esperanza de renovar esta prueba. En tan funesta noche perecieron y fueron hechos prisioneros mil doscientos hombres por los ingleses, quienes destinaron varias embarcaciones á salvar lo que pudieran. El príncipe de Nassau se escapó á nado.

No bastó tan funesto desengaño para que se desistiera de una conquista que paralizó los medios inmensos que hubieran decidido la contienda en otros lugares: sin embargo, todo se limitó á un bloqueo estrecho que fuera agotando los recursos de la plaza. Esta se hallaba bien asegurada por tierra, y parecia que tambien lo estaria por mar con los cuarenta y seis navíos que la custodiaban. Empero lord Howe que se habia retirado á las costas de Irlanda al acercarse las flotas reunidas, se dirigió con treinta buques solamente hacia el Mediterráneo, con el único objeto de levantar el bloqueo. Salió de Plymouth el 11 de setiembre, y el 9 de octubre se encontraba á la altura del cabo de San Vicente. Enterado D. Luis de Córdoba de su venida, se preparaba á recibirle, cuando el 11 un temporal dispersó sus buques, arrojando parte de ellos al Mediterraneo. Este accidente favorable á los ingleses, los condujo al puerto de Gibraltar, y el 18 á favor de un tiempo nebuloso que impedia el verlos abastecieron la plaza, habiendo repasado el estrecho á la mañana siguiente. El 20 fueron perseguidos, pero la marcha desigual de los buques españoles no permitió alcanzar mas que á treinta y dos, trabando el combate la vanguardia á las órdenes de La Motte Piquet. Howe fingió querer aceptarla; pero por la noche largó las velas, y á la mañana siguiente se habia perdido toda esperanza de embestirle. Habia llenado su mision, y su escuadra, último recurso de la Gran Bretaña, la era muy necesaria para comprometer su salvacion.

Solo en la India era próspera la fortuna á las fuerzas aliadas, y la Francia por sí misma obtuvo triunfos. Apenas el baile Suffren habia dejado en el Cabo los recursos que estaba encargado de llevar, se encaminó á la isla de Francia. El conde de Orves zarpó en seguida con doce navíos, habiéndosele agregado otro en el camino: pero falleció á principios de febrero al tocar la costa de Coromandel. Entonces recayó el mando en gefe en el Baile Suffren, quien 15 el se presentó delante de Madras. Sir Eduardo Hughes, recientemente llegado de Ceylan, donde habia quitado á los holandeses la plaza de Trinquemale, estaba en la rada con diez navíos colocados de una manera inaccesible. El almirante frances se dirigió entonces hácia el Sud; pero apenas partió, juzgando sir Eduardo oportuno aprovecharse del embarazo que el convoy unido á la escuadra oponia á su marcha, se puso á perseguirle y en efecto le cojió todos los trasportes. Suffren revolvió en seguida sobre él, y el 17 empeñó á la altura de Sadras un combate cuyo éxito quedó indeciso, pero obligó á los ingleses á retirarse á Ceylan. En seguida desembarcó en Pondichery tres mil hombres que conducia á Portonovo, perteneciente á Aider.

Reunido con el ejército del príncipe indio, Duchemin que mandaba las tropas francesas, se apoderó de Goudelour el 8 de abril, y procuró de esta manera un puesto en la India á los franceses, que no poseian en ella ni una pulgada de tierra. Aider queria marchar inmediatamente sobre Madras. Suffren, á pesar de su carácter emprendedor, contuvo su intrepidez, aconsejándole esperar la segunda division prometida, y la artillería de sitio que la acompañaba. En los atracaderos de Ceylan encontró el baile á la escuadra inglesa el 12 de abril cerca de la Isla Proveduerna, á poca distancia de Trinquemale, combatiéndola desde la una hasta las seis, sin otro resultado que contrariar las operaciones del enemigo. La flota inglesa se reparó en Trinquemale, y el baile un poco mas al Sur, en Tranquebar, plaza que pertenecia á los holandeses, y en la cual se le incorporaron tres navíos de esta nacion y dos franceses que escoltaban la segunda parte del convoy.

Sin ningun retardo se dirigió al instante sobre Negapatnam, con la esperanza de sorprender esta plaza y restituirla á los holandeses, pero sir Eduardo que lo habia adivinado, acababa de reforzar la guarnicion, y despues de tal diligencia no resultó mas que un combate naval que fué ofrecido y aceptado el 5 de julio. Un viento fuerte separó las dos escuadras antes que la accion se concluyese, con

ventaja para una de las dos partes. Los ingleses se retiraron entre Naour y Negapatnam, y los franceses á Karikal y despues á Goudelour. El Baile partió de aquí á principios de agosto con el fin de tantear una sorpresa que fué mas dichosa. El 23 fondeó en la bahía de Trinquemale, y el 30 había hecho capitular á la plaza. Hacia cuatro dias que esta se había rendido, cuando apareció sir Eduardo que llegaba tarde á su socorro. El 3 de setiembre se empeñó un cuarto combate tan indeciso como los precedentes. La estacion del invierno sobrevino pronto tras esta última accion. Los ingleses, estraordinariamente maltratados por un huracan que les hizo perder muchos navíos, se apresuraron á trasladarse á Bombay, donde debia juntárseles una nueva escuadra á las órdenes del almirante Bickerton; y Suffren, que no se creyó seguro en Trinquemale, se fué á establecer en el puerto de Archem, en la punta septentrional de la isla de Sumatra.

Habiendo regresado en el mes de enero, había cruzado por espacio de dos meses, cuando el 10 de marzo se le agregó en Trinquemale Peynier, que le traia cuatro navíos de línea y dos mil y quinientos hombres con el marqués de Bussy. Tenia grande necesidad de estos socorros en razon á que un doble accidente le había reducido al de once el número de sus navíos, y la escuadra de sir Eduardo tenia diez y ocho. Por otra parte la muerte de Aider acontecida á fines del año anterior, había privado al ejército frances de la cooperacion de este príncipe en la costa de Coromandel.

Los ingleses establecidos en Bombay esperaban grandes ventajas del cambio de reinado, y habiendo hecho con tal designio la paz con el Marata Sceindiah, penetraron en el Carnate, donde el general Matthews hizo rápidos progresos, señalados por atrocidades que se hubieran creido imposibles en un europeo. Millares de indios indefensos eran degollados sin compasion: Omanpore, cerca de Onore, ciudad casi abierta que fué asediada por él, y en la cual estaban encerradas cuatrocientas mujeres de Aider y de Tipoo, sufrió esta funesta suerte, y la destruccion universal se estendió hasta á las infortunadas cautivas, á quienes ni sus riquezas, ofrecidas á sus feroces vencedores, ni su belleza, ni sus lágrimas pudieron sustraer de tan horroroso destino. Bednore ó Aider-Nagur (ciudad de Aider), capital de los estados de este príncipe, capituló para evitar un asalto. Las propiedades del Nabab y sus ricos tesoros, capaces de saciar la mas vasta codicia, fueron abandonados á los ingleses, con la condicion de respetar las propiedades particulares. Con desprecio de esta solemne convencion, son buscados los principales habitantes, vejados, encarcelados y amenazados con una ruina que dichosamente evitó la aproximacion de Tipoo. De la costa de Coromandel corrió al socorro de sus estados, llevando consigo á dos mil franceses, concedidos por el reconocimiento de los generales á pesar de la urgente necesidad de sí mismos. El 19 de febrero atacó á los ingleses cerca de su capital, y los batió quitándoles su artillería y sus brigadas. Retiráronse á la ciudadela, y el 28 de abril les obligó el hambre á capitular. Debian devolver todos los efectos públicos y particulares de que se habian apoderado, y á este precio quedar enteramente libres, y ser conducidos á Bombay. Matthews, impulsado por una avaricia que le fué muy funesta, eludiendo el tratado, encargó á su hermano que trasladara á Bombay por caminos estraviados una inmensa cantidad de diamantes que el habia sustraido á la vigilancia del vencedor. Pero el latrocinio fué descubierto: habiendo sido detenidos los conductores, al hermano de Matthews le cortaron la cabeza, y despues sufrieron la misma pena Matthews y cuarenta y cinco de sus principales oficiales, que fueron condenados á ella por un consejo de guerra en expiacion de sus atrocidades. Tipoo retuvo ademas el resto del ejército ingles prisionero.

Durante los desastres de los ingleses en la costa de Coromandel, el mayor Stuart, sucesor de sir Eyre Coote, que acababa de fallecer, embestia á Goudelour á la cabeza de cinco mil europeos y de nueve mil cipayos. Privados los franceses por sus enfermedades y generosidad, de una parte de sus tropas, se vieron precisados á retirarse á sus muros, esperando la vuelta de Tipoo. El 7 de junio, dia en que apareció el mayor Stuart, Bussy no tenia mas fuerzas disponibles para defender el esterior de la plaza, que dos mil quinientos franceses y ocho mil cipayes, de los cuales tres mil acababa de enviarle Tipoo. Estos que ocupaban la derecha del campo, contrarestaron mal el esfuerzo de los ingleses en el ataque que verificaron el 13, y no solamente cedieron sino que se desbandaron y arrastraron consigo el resto de los cipayos; de manera que los franceses á pesar de las pérdidas que causaron á los ingleses en esta jornada, tuvieron que abandonar las obras esteriores.

Visto el peligro que amenazaba á la plaza, Suffren acudió con sus quince navíos, y supliendo la inferioridad del número con la superioridad de las tripulaciones, aumentadas con mil doscientos hombres sacados de la guarnicion, buscó desde entonces la ocasion de ahuyentar los diez y ocho navíos de sir Eduardo, que traia la artillería de sitio. Durante muchos dias los dos almirantes maniobraron para conseguir la ventaja del viento. Por último, el 20 de junio á las cuatro de la tarde, el Baile consiguió comprometer la accion á la vista de Goudelour. La noche separó á los combatientes; pero habiendo sido obligada la escuadra inglesa á ir á Madras para repararse, no solo devolvió el Baile los mil doscientos hombres que se le habian prestado, sino que les añadió todavía mil doscientos soldados de marina. Este refuerzo permitió verificar salidas afortunadas, y todo presagiaba que el éxito del sitio seria favorable á los franceses, cuando una fragata parlamentaria trajo la halagüeña noticia de que los preliminares de la paz habian sido firmados en Europa.

Negociábase la paz desde el mes de setiembre, en medio de las disposiciones mas formidables de los aliados, que tenian todavía cuarenta y seis navíos mas que los ingleses. El descalabro de la campaña precedente no habia hecho mas que despertar la energía de los franceses, y para remplazar los siete navíos que se habian perdido, hicieron los particulares, los cuerpos y las provincias ofertas generosas de costear el doble. Nuevos refuerzos para la India, como igualmente ocho mil hombres y nueve navíos para el continente de América, acababan de salir de Brest, preparándose ademas otro armamento que debia reunirse con la flota española. El conde de Estaing, deseado por las dos naciones, era el destinado al mando general. Se habia puesto en camino en el mes de diciembre para ir á España; la escuadra estaba dispuesta á dar la vela en Cádiz, y se proponia conquistar á Gibraltar y la Jamaica, cuando los preliminares de la paz entre todas las potencias beligerantes, firmados el 20 de enero, hicieron estos preparativos superfluos.

Esto era fruto de los cambios que se habian realizado á principios del año anterior en el ministerio de Inglaterra. Lord North, que dirigia el de la Guerra, se vió obligado á ceder á los ataques provocados por la derrota de lord Cornwallis. El marques de Rockingham, el conde de Shelburne, lord Keppel, Cárlos Fox, hijo segundo de lord Holland, Edmond Burke y otros miembros del partido de la oposicion, que se habian particularizado en los violentos debates del Parlamento, fueron llamados á componer el nuevo ministerio. El jóven William Pitt, hijo segundo de lord Chatam, que tambien se habia distinguido en estas disensiones, y que á los veinte y dos años tenia aspiraciones muy elevadas, rehusó representar en él un papel secundario. No formó parte del ministerio hasta tres meses despues, cuando por muerte del marques de Rockingham, primer lord de la tesorería, habiendo sido investido el conde Shelburne con el empleo de primer ministro, le ofreció la cartera de Hacienda.

La superioridad que obtiene el partido de la oposicion en Inglaterra, anuncia ordinariamente en los nuevos ministros disposiciones diferentes de las de sus predecesores. Así lo probó la administracion recientemente formada, la cual determinó ademas al rey á reconocer la independencia de los Estados Unidos, que se habian alzado por causa de la severidad del anterior ministerio. Enviáronse á París plenipotenciarios que negociaron por mediacion del emperador con los de Francia, España, Holanda y Estados Unidos.

Resultaron de estas conferencias desde luego los preliminares de enero de 1782, y el 3 de setiembre siguiente, tres tratados definitivos entre la Inglaterra de una parte, y la Francia, la España y los Estados Unidos de otra. El tratado con Holanda no fué concluido hasta el 20 de mayo de 1784.

Los Estados Unidos fueron reconocidos independientes. Los límites de su territorio con los del Canadá y con la Acadia en el norte, fueron fijados; al oeste son establecidos por los lagos y por la corriente del Mississipí, cuya navegacion seria comun á las dos naciones. Los americanos conservan el uso de la pesca en el banco de Terranova y en el golfo de San Lorenzo.

El rey de España es mantenido en las posesiones de Menorca y las dos Floridas; devuelve á la Inglaterra las islas de Bahama, concediéndole un territorio en el Yucatan, para la estraccion y el almacenaje del palo de Champeche. La Holanda fué menos feliz en sus convenciones: fué obligada á ceder Negapatnam á los ingleses, y á consentir la libre navegacion de los súbditos británicos en todo el mar de las Indias, que la compañía holandesa se habia hasta entonces esclusivamente reservado. De esta manera pagó la inaccion que habia tenido en la defensa de los intereses comunes, y en la cual la habian retenido las facciones que la dividian.

En cuanto á la Francia sacó poco fruto de sus victorias. El tratado que concluyó, confirma á la Inglaterra en América (artículo IV) la propiedad de Terranova y las islas adyacentes, á escepcion de San Pedro y Miquelon que pertenecerian á la Francia. Los límites de los parajes donde principiaria y acabaria la pesca de las dos naciones en el *gran banco* y en el rio San Lorenzo, son arreglados (arts. V y VI) de una manera algo menos desventajosa para la Francia que en 1763. El rey de Inglaterra restituye y garantiza á la Francia las islas de Santa Lucía y de Tabago (art. VII); y el rey de Francia á la Inglaterra (art. VIII) las islas de Granada, las Granadinas, San Cristóbal, Newis y Montserrat.

En Africa, la Gran Bretaña (art. IX) cede y garantiza á la Francia, el rio del Senegal y sus dependencias, que consisten en cuatro fuertes y la isla de Gorea, y reciprocamente la Francia garantiza á la Inglaterra (art. XI) el fuerte James en el rio de Gambia; pero los franceses consienten en reducirse por el tratado entre la embocadura de San Juan y el fuerte de Portendic, á condicion de no poder hacer en dicho rio de San Juan sobre la costa, como igualmente en el de Portendi, ningun establecimiento permanente, de cualquiera naturaleza que fuera.

La Inglaterra devuelve á la Francia (art. XIII) algunas factorias que le pertenecian al principio de la guerra sobre la costa de Orija y en Bengala; permite circundar á Chandernagor de un foso para dar salida á las aguas, y se compromete á asegurar en la India la libertad de comercio á los súbditos de Francia, tanto individualmente como en sociedad. Restituye (art. XIV) Pondichery y Karikal con promesa de arreglo del territorio, que es especificado y conservado á la Francia, en la costa de Malabar (art. XV), Mahé y la factoria de Surate. Las potencias contratantes se comprometen reciprocamente (art. XVI), á no prestar ayuda ó socorro á aquellos de sus aliados en la India, que no entraren en el presente arreglo. Pero la paz fué restablecida en 1784 entre los ingleses y Tipoo: los numerosos prisioneros que tenia este principe, decidieron á la compañía á hacerla. Dichos prisioneros sirvieron de rescate de las ciudades de Calicut, Mongalor, Onore y otras que le restituyeron los ingleses.

En fin, por el articulo XVIII las partes contratantes deben nombrar comisarios para trabajar nuevos arreglos de comercio entre las dos naciones, sobre el fundamento de la reciprocidad y de la mútua conveniencia.

La ejecucion de este articulo produjo mas de dos años de trabajos, y al fin apareció el famoso tratado de comercio de 1786. Bajo las apariencias de la seguridad é igualdad mas estrictas, los ingleses tuvieron la sagacidad de procurarse todas las ventajas. Para convencerse de esto, es suficiente el considerar el artículo XI, que contiene la tarifa de los derechos en los géneros esportables é importables entre los dos reinos.

El tratado no fija mas que ligeros derechos sobre los géneros franceses de lujo admisibles en Inglaterra: en recompensa, tampoco somete mas que á un impuesto sumamente moderado los géneros ingleses admisibles en Francia. A esto se reduce toda la apariencia de equidad y de igualdad. Pero porque los géneros de lujo, como vinos de postre, batistas, telas de lino, blondas, encages de seda, perfumería, guantería, flores artificiales, mantelería, muebles, joyeria, etc., etc., no convienen mas que á un pequeño número de compradores, y al contrario los géneros comunes, tales como la bonetería, las cotonadas, el hierro, las herramientas, las lanas, los objetos de alfarería y otros semejantes, convienen al pobre como al rico, resultó en detrimento de muchas de las preciosas manufacturas francesas y de gran número de obreros de la clase necesitada, que se compraron mas géneros comunes que de lujo, y que redundaron las ventajas en favor de la Inglarerra. De esta manera Pitt en el cuadro estadístico que presentó á la cámara de los Comunes en el mes de junio de este año, colocó entre los medios con que su nacion podia contar para ocurrir al escedente de los gastos públicos «los buenos resultados de este tratado en favor de la Gran Bretaña.»

Sin embargo, este convenio no sufrió menores críticas en Inglaterra que en Francia, y en los dos paises los negociadores Eden y Gerard de Rayneval fueron igualmente tachados de haberse dejado engañar por la sagacidad de su adversario. Por lo demás, en los tratados de esta naturaleza es imposible pesar las consecuencias de sus disposiciones, en términos que resulte un exacto equilibrio entre la cuota de las importaciones y esportaciones, y es muy fácil sacar ventajas sin sorpresa así como perderlas sin intencion.

La intervencion de la Francia entre la Rusia y la Turquía dió lugar á fines de 1783 á una transaccion no menos importante que la que habia terminado las diferencias de la Inglaterra con sus colonias. Dicha transaccion fué ocasionada por haber abandonado sus estados á la emperatriz Catalina II el Kan de los tártaros de Crimea Schahim-Gueray. La ocupacion de Oczákow, de la peninsula de Crimea y del Cuban, que fué su consecuencia, estuvo á punto de encender entre los rusos y los turcos una nueva guerra, en la cual el emperador José II debía obrar como aliado de la Rusia. La corte de Versalles, reclamada en calidad de mediadora, evitó las hostilidades, y demasiado oficiosa en favor de las dos cortes imperiales, obtuvo de la Puerta Otomana por el acta de Ainali-Lavak del 28 de diciembre, que consintiera en reconocer estas provincias como una dependencia de la Rusia. Este acto de debilidad que se ha reprochado á la Francia le habia sido desgraciadamente dictado, tanto por la certeza que tenia de que los turcos sucumbirian si eran abandonados á sus propias fuerzas, cuanto por la imposibilidad en que se hallaba para prestarles socorros eficaces.

Luis XVI habia encontrado al subir al trono el tesoro público en mal estado, y su primer cuidado habia sido restablecerlo. En su edicto para el perdon de los derechos de su feliz advenimiento, se espresaba de esta manera: «Entre los diferentes gastos que están á cargo del tesoro público, los hay necesarios, que es preciso conciliar con la seguridad de nuestros estados; otros, que se derivan de liberalidades susceptibles de moderacion, pero que han adquirido derechos de justicia por una larga posesion, y que desde entonces no presentan mas que economías parciales; los hay por último destinados á nuestra persona y á la magnificencia de nuestra corte. En estos podemos seguir mejor los movimientos de nuestro corazon.»

Quizá los siguió demasiado privándose de una numerosa guardia que su amor al pueblo le hacia mirar como inútil para su seguridad. La sacrificó, como igualmente una multitud de otros objetos de gasto mas ó menos útiles, al deseo ardiente de cubrir el *deficit* que era su tormento y ha labrado todas sus desgracias. Pero el ejemplo de su moderacion y sencillez personal no produjo ninguna reforma en una corte entregada al fausto, y él no tuvo carácter para obligarla con su autoridad.

Los ministros que sucesivamente se encargaron de la Hacienda, principiaban todos por insinuar la necesidad de estas reformas como el medio mas propio para igualar los gastos con los ingresos; pero observando que este medio disgustaba á toda la corte escepto al monarca, y que podia arrastrar su desgracia por la debilidad del principe, volvian á los impuestos ó á los empréstitos, que no son mas que impuestos disfrazados. La deuda acrecia con los atrasos que cada vez se iban aumentando y solo eran pagados con nuevos empréstitos.

Necker, como se ha visto, pretendia haber nivelado las cargas con las mejoras, cuando salió del ministerio. La continuacion de las necesidades forzó á su sucesor Joly de Fleury, consejero de Estado, á recurrir á los mismos espedientes para procurarse los fondos necesarios; pero tampoco pudo encontrar reformas para hipotecarlas. Gravó en verdad proporcionalmente algunos objetos de consumo é hizo renovar el tercer cinco por ciento; pero el primer impuesto era demasiado mezquino para amortizar una deuda de cerca de cuatrocientos cincuenta millones que se formó de sus empréstitos, y el segundo, que debia cesar á los tres años de firmada la paz, no pudo ser considerado mas que como un recurso pasagero de veinte millones por cada uno de los cuatro años en que se cobró: recurso que debia aprovechar á los sucesores del ministro de Hacienda mas que á él mismo. Cansado de una administracion que habia agotado todos sus medios, el 29 de marzo hizo dimision, despues de haber llegado afortunadamente el término honroso de la paz. Ormesson, que sucedió á Fleury, no pudo desempeñar su cargo ni aun un año. Un entorpecimiento que no supo evitar en los pagos de la caja de descuentos, á la cual se pidió de repente el reembolso de sus billetes, patentizó su insuficiencia, y el 4 de noviembre le sustituyó Calonne, intendente de Metz, cuya capacidad nadie ponia en duda. Tuvo en efecto la de encontrar todavia bastantes medios para fascinar á los agiotistas y aumentar el capital de la deuda, que llegó á su apogeo. El juego de la máquina se paró en sus manos, y se vió precisado á descubrir su enfermedad; pero si habia contribuido á agravarla, indicó igualmente el remedio; y no fué falta suya el no haberse salvado el Estado.

Estas dificultades de la hacienda influyeron en todas las operaciones diplomáticas de esta época. Habiendo hecho la Francia cuando la paz de Aquisgran, arrasar algunas de las plazas fuertes de los Paises-Bajos austriacos, donde los holandeses en virtud del tratado de La Barriere de 1718 tenian tropas, la corte de Viena tuvo ocasion de descargarse del subsidio de un millon de florines que pagaba á las Provincias-Unidas para el mantenimiento de estas guarniciones. Habiendo hecho Jose II demoler el resto de las fortalezas de los Paises-Bajos, á escepcion de Amberes, Ostende y Luxemburgo; se creyó autorizado no solo para espulsar de su territorio las guarniciones estrangeras, sino para pedir en toda la estension de las fronteras holandesas el amojonamiento que habia sido acordado por el mismo tratado para redondearlas, y entre otras dependencias la ciudad de Maestricht, que pretendia pertenecerle. El objeto que se habia propuesto en esta exigencia que mandó presentar en 1784, era tener por compensacion la navegacion del Escalda; pero persistiendo los holandeses en la firme resolucion de mantenerse poseedores esclusivos, ejecutáronse aprestos hostiles por ambas partes. La Francia siempre conciliadora, intervino nuevamente entre las dos potencias y evitó las hostilidades. Esto no fué por otra parte mas que continuar sacrificando á los que ella protegia, Con sus instancias determinó á los holandeses á ceder ó á consentir al menos en una rectificacion de límites y á rescatar el derecho pretendido sobre Maestricht, mediante una suma de nueve millones y medio de florines (veinte millones de francos), de cuyo peso los alivió tomando sobre ella la mitad de esta carga. El gobierno francés comparó este gasto con el que hubiera resultado de una guerra y creyó hallar en

él ventajas. El convenio que se concluyó bajo su mediacion, tuvo lugar el 10 de noviembre de 1785.

El inquieto José no habia terminado este negocio, sin que en los primeros dias de 1785 manifestara de nuevo sus antiguos designios sobre la Baviera. Proponia entonces dar en cambio los Paises-Bajos, condecorándolos con el título de reino de Austrasia. La Rusia que estaba ligada con el Austria para la ejecucion de los planes que ella habia formado para espulsar los turcos de la Europa, apoyaba por reconocimiento los designios de la corte de Viena, y el elector que no tenia hijos, los contemplaba con bastante indiferencia; pero el duque de Deux Ponts, heredero presunto de Cárlos Teodoro, reprodujo la alarma. La Francia escuchó sus reclamaciones, limitándose á hacer vanas exhortaciones para disuadir al emperador de su proyecto. El viejo Federico lo consiguió mas eficazmente, formando entre los príncipes del norte de la Alemania y para el mantenimiento de la constitucion germánica, una liga que fué firmada en Berlin el 22 de julio. Con los designios que abrigaban sobre la Turquía, no podian las dos cortes imperiales dejar subsistir una semilla de division tan perjudicial á sus proyectos. José renunció nuevamente al proyecto porque tanto suspiraba, merced á las manifestaciones vigorosas de una potencia secundaria que se llenó de lauro. Con este paso se igualó Federico al gefe del imperio, y se colocó por su influencia al menos en el rango de las potencias de primer órden.

Pero el colmo de la humillacion para la política esterior de la Francia fué el abandono del partido republicano en Holanda. La buena voluntad de esta para con la Francia durante la guerra de América, habia sido neutralizada por los manejos del partido estatuderiano adicto á la Inglaterra; y á esta causa se habia debido la inaccion de una flota de diez navios que debia reunirse á las escuadras combinadas de Francia y España. Esto fué despues de la paz objeto de una pesquisa que no se estableció sin dificultad. El almirante Byland que mandaba la flota, fué destituido de sus empleos, y el príncipe Luis Ernesto de Brunswick, tio del duque entonces reinante, y el cual bajo el nombre del Estatuder su discípulo, gobernaba imperiosamente en Holanda, y habia impedido á Byland el llenar su mision, fué obligado á abdicar las funciones de feld-mariscal al servicio de las provincias Unidas, funciones que le daban sobre todo una grande influencia en las tropas. Finalmente, la provincia particular de Holanda llegó hasta á privar al Estatuder del mando en el Haya, como igualmente de los cargos que poseia en la provincia, y arrastró á su partido las de Groninga y Over-Issel.

Guillermo V se retiró á Nimega. Contaba con la mayoría de votos en la asamblea de las siete provincias, sin tener una preponderancia real en razon á que la provincia de Holanda sola era superior en poder á las otras seis. Pero el Estatuder contrapesaba esta influencia con la adhesion del populacho que estaba por él, y con la obediencia de las tropas que le consideraban como su gefe. De aquí entre el poder legal y la potestad real un conflicto indeciso y confuso, que parecia no poderse concluir mas que por medios violentos. Se armaron de una y otra parte, y bien pronto hubo encuentros parciales; y el 9 de mayo de 1787, Averhoult, uno de los regentes de Wirecht, batió en Juphatz, pueblo inmediato á la ciudad, un destacamento de tropas del Estatuder. Este habia ya invocado el socorro de la Prusia. Federico, cuya sobrina se habia casado con aquel, estaba dispuesto á apoyarle. Sin embargo, se inclinaba mas á las medidas conciliadoras y parecia negarse á arriesgar un paso hostil que podria estender mas lejos el incendio de la guerra. La Francia en efecto, cuya mediacion habia sido eludida por el Estatuder, se proponia reunir en las cercanías de Givet y de Valenciennes un ejército cuyo mando se destinaba al príncipe de Condé. Pero habiendo muerto el viejo monarca el 17 de agosto de 1786, miró las cosas de otra manera el ardiente Federico Guillermo II, su sobrino.

En el mes de junio de 1787, por los consejos del caballero Harris, despues lord Malmesbury, la princesa de Orange, hermana del nuevo rey de Prusia, quiso marcharse al Haya para conciliar los ánimos; pero sospechando los estados otros designios, y particularmente el de amotinar el populacho contra los magistrados, fué detenida en la frontera de la provincia, y obligada á retrogradar. Ella miró como una violencia que no se la dejara proseguir su viage, y se quejó de haber sido ultrajada su dignidad y la de su hermano. El jóven príncipe lo consideró de la misma manera, y asegurado de que las amenazas de la Francia no habian sido mas que un pretesto, y que no existia mas que la sombra de un ejército en el campo de Givet, envió rápidamente á Holanda veinte y cinco mil hombres, reunidos hacia algun tiempo en Cleves á las órdenes del duque reinante de Brunswick, y el 20 de setiembre, despues de veinte dias de campaña, los prusianos estaban en Amsterdan. Los republicanos se habian propuesto romper sus riquezas é inundar sus campiñas como en tiempo de Luis XIV; pero por mas fanatismo que reinara entre ellos, el ansia de los goces habia corrompido en los ricos el desinterés de los tiempos pasados. El deseo de conservar sus espléndidas habitaciones, sugirió medidas parciales, y por consecuencia inútiles. El Estatuder fué reintegrado en todas sus prerogativas, que fueron aumentadas hasta el punto de asemejarse á un verdadero soberano. El partido francés cayó al mismo tiempo en la opresion, y la Inglaterra se aprovechó de esta coyuntura para anudar con las Provincias Unidas una alianza ventajosa, que desvirtuó todos los efectos de un tratado anterior, de igual naturaleza concluido por la república con la Francia, tratado que si hubiese subsistido, hubiera contenido la ambicion de la Inglaterra, y no habria jamás permitido á su marina afrentar á la que le hubiesen opuesto la Francia, la España y la Holanda.

Lo que mas habia estimulado la audacia de la Prusia y las intrigas de la Inglaterra, era la rebelacion del cancer de la hacienda de Francia, espuesta á los ojos de toda la Europa. Calonne que dirigia entonces dicha hacienda, se habia adquirido alguna celebridad en la magistratura. Desgraciadamente sus talentos y el conocimiento de su carácter flexible le habian hecho escoger para dirigir el tribunal establecido por Luis XV en San Malo contra los magistrados bretones. Llegó pues al ministerio de hacienda con la odiosidad que por tal asunto le impuso la opinion pública; pero esta preocupacion no le perjudicó en la corte, donde observó el sistema de mostrarse fácil, complaciente y oficioso, poco mas ó menos como Fouquet en el mismo destino, cuando distribuia los tesoros del reino á la multitud de cortesanos captándose su benevolencia. En la situacion mas apurada de la hacienda afanándose por conservar el crédito con todas las engañosas apariencias de seguridad y desahogo, viósele pagar todos los reembolsos exigibles, y ademas un semestre atrasado de rentas. Consumió en esto y en ocurrir al rápido acrecentamiento de los gastos en los departamentos, seiscientos millones de empréstitos ó anticipaciones que se verificaron durante su ministerio. De esta manera, aunque no habia guerra, la deuda pública se aumentaba en progresion horrorosa, y á los tres años de la administracion de Calonne puso él mismo en ciento diez millones la diferencia de los gastos con los ingresos.

Se disculpaba con que este déficit era obra de sus predecesores tanto como suya, y que las cuentas que habia encontrado lo hacian ascender ya á ochenta millones. Necker se creyó indirectamente atacado por esta asercion, y para conservar el crédito de su cuenta razonada trató de contestar. Observó que setenta millones de caidos de los empréstitos, la mayor parte vitalicios, hechos despues de su salida del ministerio; cincuenta millones segun el mismo cálculo de Calonne, de reembolsos de muchos años, y sesenta millones de aumento de gastos en los diversos departamentos, formaban un esceso de ciento ochenta millones en las cargas, y que si se deducian setenta millones por los abonos hechos desde el mismo tiempo por la estincion natural de las rentas vitalicias, la desaparicion de los intereses de los reembolsos ejecutados, los sueldos impuestos por libra, y el aumento de los arriendos, ayudas y señoríos, llevado de doscientos quince millones á doscientos cincuenta y uno, resultaba precisamente el escedente de ciento diez millones que formaba el déficit. Este escrito ocasionó el destierro de Necker. Se dió por pretesto que sus réplicas y su crédito á una con su presencia, perjudicaban á las nuevas operaciones rentísticas.

Este debate se habia suscitado entre los dos administradores con ocasion de la asamblea de notables, que por sugestion del ministro de Hacienda habia convocado el rey para acordar con estos los medios de remediar el mal, ó para hacer adoptar los que presentara. Las sesiones principiaron en Versalles el 22 de febrero, y en el mismo discurso de apertura se encontraban las aserciones contra las cuales reclamó Necker. Por lo demas, de cualquier lado que viniese el déficit, era urgente remediarle. «Pero ¿por qué medio? decia Calonne. Tomar siempre prestado seria agravar el mal y precipitar la ruina del Estado; *imponer mas* seria esquilmar los pueblos que el rey quiere aliviar; ¿*anticipar todavía*? no se ha hecho otra cosa, y la prudencia exige que se disminuya cada año la masa de las anticipaciones actuales; ¿economizar? es preciso sin duda, pero la economía sola seria insuficiente y no puede ser considerada mas que como un medio accesorio; ¿*faltar, en fin, á sus compromisos*? la inmutable fidelidad del rey no permite ni aun pensarlo como posible. ¿Qué resta pues...? Los abusos... En los abusos se encuentra un fondo de riqueza que debe servir para restablecer el órden; en la proscripcion de los abusos reside el único medio de ocurrir á todas las necesidades. Entre los que señaló, resaltaba el de privilegios pecuniarios, y en su consecuencia propuso una estension del impuesto del sello, y la conversion de los cincos por ciento en una *subvencion territorial* que recayera sin escepcion sobre todas las propiedades, inclusas las del clero. Para tratar sin embargo de atraer á los grandes á su sistema, propuso descargar á los nobles de la *capitacion* como de un impuesto incompatible con la dignidad de su estado.

La asamblea estaba compuesta de príncipes, de la alta nobleza, del alto clero, de los primeros presidentes y procuradores genera-

les de los parlamentos y de los diputados de las principales ciudades, distinguidos por sus cargos ó riquezas. Casi todos gozaban de los privilegios de las dos primeras clases, es decir, estaban acostumbrados á ver sus propiedades gravadas lo menos posible por el impuesto, que recaia casi por completo sobre el pueblo. Pocos fueron los que no contemplaron en el proyecto de Calonne la espoliacion próxima de la nobleza y del clero: criticáronse amargamente sus planes: le atormentaron con preguntas insidiosas, y rechazaron sus defensas con tan marcada mala voluntad, que resignó su empleo y se fugó el 20 de abril. Reemplazóle el arzobispo de Tolosa.



Saqueo de la casa de Reveillon.

No tardó en renovarse todo el ministerio. Vergennes habia muerto á principios del año. Castries y Segur dieron su dimision. Montmorin dirigió los negocios estrangeros; Luzerne la marina, y el conde de Brienne la guerra. En palacio estaba de intendente desde 1783 el baron de Breteuil. Miromenil habia cedido los sellos á Lamoignon aun antes de salir Calonne, á quien procuró desacreditar este guardasellos. En cuanto á la Hacienda, Bouvard de Fourgueux, Lorenzo de Villedeuil y Lambert, ministros de Hacienda despues de Calonne, obraban secundariamente y á las órdenes de Lomenie de Brienne, hermano del ministro de la Guerra y arzobispo de Tolosa, á quien sus luces alabadas en la administracion elevaron á la dignidad de gefe del consejo de Hacienda y de primer ministro, motivando esto la retirada de los mariscales Castries y Segur, que rehusaron trabajar á sus órdenes. El primer ministro negoció por algun tiempo con los notables para que accedieran á las principales partes del plan de Calonne, censuradas por él mismo. La Asamblea no se decidió claramente ni en pro ni en contra, y se separó el 25 de mayo. El nuevo ministro, de quien se esperaba un sistema luminoso de hacienda, en el cual trabajaba, segun se decia, hacia mucho tiempo, adoptó el de su predecesor: impuesto del sello, subvencion territorial de ochenta millones y algunos edictos rentísticos. El Parlamento, á quien se presentaron estos edictos, suponiéndose que se opuso á ellos por su propio interés, dió á su negativa un color favorable, pidiendo que antes de registrarlos se le justificara la legitimidad de las necesidades con la demostracion del estado actual de la hacienda. No se accedió á esto, y el Parlamento rehusó á su vez el registro de los impuestos, declarando ademas que los Estados generales eran los únicos competentes en la materia. Por peligroso que fuera este medio, si se hubiera recurrido á él inmediatamente, quizá habria salvado al Estado.

Pero el ministro, que habia hecho prometer al rey su reunion el 5 de julio, la aplazó á pretesto de informarse mejor en cuanto á su convocacion, y al efecto llamó imprudentemente á todos los ciudadanos á dar su parecer, lo cual no tardó en desbordar la mayoría de los ánimos. Por otra anomalía volvió el arzobispo á instar por el registro de sus edictos. Habia esperado obtenerlo de su complacencia en ceder al voto de los magistrados; pero estos, que se habian atado las manos invocando la autoridad de los Estados generales, se manifestaron mas consecuentes persistiendo en su repulsa. Desde entonces el ministro pretendió arrancar lo que se negaba á su condescendencia, y exigió el registro en una sesion régia celebrada en Versalles. De vuelta áParis, los magistrados protestaron y los edictos no se ejecutaron. El Parlamento fué desterrado á Troyes el 15 de agosto y llamado el 30 de setiembre bajo la condicion *tácita* tanto de no dar curso á un decreto que habia acordado para averiguar las malversaciones cometidas en la administracion de la Hacienda, como de conformarse con un edicto que creaba empréstitos graduales y sucesivos hasta la reunion de cuatrocientos veinte millones. Hemos llamado esta condicion *tácita* en razon á que no fué comunicada á la juventud del Parlamento, y tan solo á los gefes mas moderados de las cámaras que se lisonjeaban y prometian atraer á los otros á su mismo parecer en la sesion régia que se tendria para el registro



El duque de Orleans.

de los empréstitos sucesivos. En esta sesion, que se celebró el 19 de noviembre, cuando un silencio general parecia indicar la aquiescencia de la Asamblea, dos consejeros, Freteau y Sabatier, levantan la voz, no solamente contra el edicto, sino contra la forma del registro, pretendiendo que se coartaba la libertad con la presencia del rey. El duque de Orleans, cuyos antiguos resentimientos se habian enconado mas y mas con la oposicion de la reina al casamiento casi concertado de la hija de este príncipe con el primogénito del conde de Artois, apoyó los magistrados, y lo hizo con tanta vehemencia, que el monarca tuvo impulsos de declararle preso en el acto.

El 21 el rey hizo que le presentaran el registro, en el cual habian sido estampadas las protestas despues de la sesion. Desterró los dos consejeros y confinó al duque de Orleans á uno de sus castillos; pero bien pronto fueron llamados los tres. Esta pronta indul-

gencia inspiró confianza á los miembros del Parlamento, quienes ora por celo de los intereses del pueblo, ora para mortificar al ministro, cuyas intenciones con respecto á la corporacion eran muy sospechosas, suscitaban obstáculos á sus operaciones, sobre todo en materia de impuestos. Las dificultades que sobrevenian de tal choque fatigaban al monarca. Se puede presumir sin arriesgar demasiado, que Luis XVI no estaba arrepentido de haber reinstalado un cuerpo con el cual sin cesar era necesario negociar ó combatir; que á consecuencia de esto no fué difícil al arzobispo de Tolosa y al nuevo guarda-sellos, Cristian Francisco de Lamoignon, que acababa de suceder á Miromenil, conseguir del rey la aprobacion de un plan que le libertase para siempre de las sofisterías de esta corporacion representada como ingrata.

Para la ejecucion de este plan era preciso tomar medidas vigorosas y reservadas. Adoptáronse estas medidas dando órden á los intendentes y comandantes para que marcharan á sus respectivos departamentos y provincias, donde encontrarian cartas cerradas que abririan en un dia fijo. Se hizo tambien aproximar como por casualidad tropas á las ciudades donde residian los parlamentos. En cuanto al secreto, el ministro procuró conservarlo rodeando de guardias la imprenta real, donde se trabajaba dia y noche en los edictos, declaraciones y cartas circulares que debian aparecer al mismo tiempo. Ademas de que los obreros eran pagados con largueza, cada uno de estos tenia un vigilante para impedir cualquiera sustraccion de estos papeles importantes. Pero á pesar del rigor de las precauciones, un consejero del Parlamento, Duval de Epremesnil, prodigando el oro, consiguió una *prueba*.

El 5 de mayo las cámaras se reunen y leen estos papeles sorprendidos á la vigilancia del ministro: contenian edictos para crear una asamblea compuesta de príncipes, pares, mariscales de Francia y personas distinguidas sacadas del clero, la nobleza y la magistratura, con toda la autoridad de que gozaban los consejos plenos bajo Carlomagno. Esta corporacion registraria las leyes de policía general y los edictos que no fuesen sometidos al exámen de los parlamentos, limitados en lo sucesivo á los negocios de los particulares. Se hubiera establecido en la estension del Parlamento de Paris cuatro *consejos supremos* denominados *grandes Bailías*, cada cual con un resorte determinado, y cuyas atribuciones debian circunscribir estrechamente las que restaran al Parlamento, privado por lo mismo del privilegio de ser en adelante el tribunal de los pares. Estas disposiciones generales y algunas otras medidas particulares que se habian añadido, equivalian á la abrogacion pronunciada quince años antes por Luis XV.

Contra un peligro que no era conocido mas que de una manera indirecta, el Parlamento no pudo tomar mas que medidas hipotéticas. Espuso pues que «justamente alarmado de los acontecimientos funestos que notoriamente parecian amenazar la constitucion del Estado y la magistratura; considerando que los ministros no querian atentar á las leyes y los magistrados, sino porque estos no cesaban de mostrarse inflexibles en la resolucion de no registrar los impuestos onerosos, solicitando la celebracion de los Estados como el solo remedio aplicable á los males del reino, habia deseado antes de todo acontecimiento asentar los principios de una manera positiva: que en consecuencia declaraba que la Francia es una monarquía en la cual gobierna el rey por leyes fijas; que en el número de las leyes fundamentales están las que aseguran la corona á la casa reinante de varon en varon por órden de primogenitura, á los Estados generales legítimamente convocados, el derecho de votar los impuestos, á la magistratura su inamovilidad, á cada cual el goce invariable de sus propiedades y de la libertad individual. En caso que la magistratura subyugada por la fuerza se encontrase en la imposibilidad de velar por la conservacion de los principios aquí establecidos, la recomienda al rey, á los príncipes, á los pares del reino, á los Estados legítimamente reunidos, y en general á todos los ciudadanos. Declaraba ademas que en el caso de que contra estos principios se pretendiese establecer un cuerpo cualquiera para representar al tribunal de los pares, ningun miembro del actual tomaria en él asiento no reconociendo por tal mas que el que existe.»



Maria Antonieta y sus hijos en Trianon.

El prelado se incomodó mucho al ver su secreto descubierto; quiso hacer prender á Epremesnil y Monsabert, este último culpable á los ojos del ministro de ser el denunciador tenaz de los monopolistas; se les buscó inútilmente en sus casas; se habian refugiado en la primera cámara, donde muchos de sus compañeros se les habian juntado. El 5 de mayo á media noche un fuerte destacamento del regimiento de guardias atraviesa Paris á tambor batiente, precedido de sus gastadores con hachas á cuestas. Se dirigen al palacio, llaman á la puerta determinados á echarla abajo; pero es abierta sin esperar la violencia. Los soldados entran; el que los mandaba no conocia á los que tenia la órden de prender: pregunta por ellos. Muchos esclaman: «aquí somos todos Monsabert y Epremesnil.» Pero para no esponer á sus compañeros, los buscados se presentan ellos mismos: son sacados y transportados, el primero á Pierre Encise cerca de Lion, y el segundo á las islas de Santa Margarita. Los magistrados quedaban en la cámara; el comandante les da órden de retirarse. Pasan por entre los soldados, y son recibidos con aplausos por el pueblo atraido por el ruido, del tambor y que se manifestaba mas irritado que consternado.

El 8 de mayo se tuvo en Versalles una sesion régia, en la cual los edictos trabajados en secreto con tanto esmero, fueron regis-

Imp. de D. J. M. Alonso, calle de Capellanes, núm. 10. Tomo II.

trados solemnemente. Los príncipes, pares y altos empleados de la corona habian sido llamados, y dieron con su reunion una idea del consejo pleno que se les pretendia hacer representar; pero esto no fué mas que un simulacro, un fantasma que desapareció pronto.

El Parlamento tomó contra los actos de esta sesion régia las precauciones de costumbre, protestas y reclamaciones. La opinion pública se pronunció fuertemente. Lomenie, que era el principal ministro, luchó tres meses contra ella; pero sea que asustado de lo peligroso de su empresa no se sintiera con el suficiente valor para continuarla, sea que no encontrase en el monarca la firmeza que habia esperado, no queriendo sin embargo sufrir á los ojos de la Francia la vergüenza de tener que abandonar su proyecto, dió el 8 de agosto un edicto que suspendia el establecimiento del *consejo pleno* hasta la celebracion de los Estados generales que el mismo edicto fijaba para el 1.° de mayo del año siguiente. Ocho dias despues publicó un decreto acerca del órden y la forma de los pagos del tesoro real. Suspendiéronse setenta y seis millones de reembolso; y las otras partes debian ser pagadas durante diez y ocho meses en todo ó en parte, segun su naturaleza, en billetes del tesoro real con el interés de cinco por ciento, y debian ser recibidos con preferencia en el primer empréstito que se abriese. Este decreto, consecuencia necesaria de la imposibilidad de atender, á causa de la resistencia de los parlamentos, á la desigualdad de los gastos con los ingresos, despues de haber causado consternacion por un momento, exasperó todos los ánimos. El ministro, ya forzado á desistir del proyecto de *consejo pleno*, convencido despues por lo mal que fué recibido su edicto de 16 de agosto que no podia prometerse ningun buen éxito de su ministerio, hizo dimision el 25. Como habia sido nombrado cardenal, se retiró á Roma so pretesto de recibir el capelo. Dícese que en su última conversacion con el rey le aconsejó que llamara á Necker al ministerio de Hacienda. Este consejo fué seguido, y dos dias despues de su marcha Necker entró en el ministerio. El 14 de setiembre Lamoignon presentó tambien su dimision, y fué reemplazado por Barentin, primer presidente del tribunal de subsidios.

Seria difícil de pintar el júbilo de los parisienses á la noticia de la dimision del principal ministro. Una turba de jóvenes, casi toda compuesta de empleados del palacio, se reunió en la plaza Delfina, donde quemó en efigie al cardenal, se apoderó del puente Nuevo, y obligó á todos los que pasaban, bien fuese á pie ó en carruage, á que saludasen la estátua de Enrique IV. Todo esto se hacia como por diversion, y entre aquella turba de jóvenes corria la voz de que habia con ellos consejeros de los de su edad.

Pero el populacho, que toma parte con gusto en todo lo que tiende al desórden, hizo otro tanto á su manera. Trasladóse en tropel á la calle en que vivia el hermano del ex-ministro, con intencion de saquear su casa é incendiarla. Soldados conducidos por el comandante de ronda, rechazaron á aquellos malhechores, pero no los pudieron ahuyentar sin matar algunos. Alborotáronse entonces contra el mismo comandante, y corrieron á su casa, amenazándola tambien con el pillage y el incendio. Aquí tambien fueron rechazados, pero la mortandad fué mas grande porque hubo mayor obstinacion. El Parlamento mandó informaciones con motivo de las desgracias de las dos calles. Las informaciones por el modo con que fueron hechas, inculpaban principalmente á los gefes militares, acusándoselos de que habian abusado de su poder al mandar disparar sobre un tropel que podia ser disipado por medios menos violentos. En vista del rumbo que tomaban los procedimientos, la corte conoció que el comandante de ronda, mas inculpado que los otros, podria sucumbir, y eludió el juicio dándole otro empleo fuera de Paris. Al conceder esta satisfaccion al populacho, la corte no echó de ver que esto era autorizar sus caprichos, que son casi siempre feroces; y el Parlamento, indulgente por una falta en que tenia algun interés, tampoco previó el peligro de la impunidad.

La confianza que Necker habia siempre inspirado á los capitalistas, le hizo encontrar en sus arcas y en la suspension de los pagos menos urgentes los medios de ganar tiempo hasta la época de los Estados generales: en consecuencia fueron retirados los edictos rentísticos que habian escitado la malevolencia del Parlamento, y este ya no tuvo mas por qué oponerse á la corte. El 27 de setiembre le fué presentado el edicto para la convocacion de los Estados generales en Versalles. El registro del Parlamento sobre tal edicto contenia la cláusula «de que serian reunidos segun la forma observada para los Estados de 1614.»

En estos Estados se reconocian tres órdenes: clero, nobleza y tercer estado. Los diputados eran elegidos por las bailías en número igual en cada órden, de manera que no habia mas para el uno que para el otro. En el lugar indicado para la asamblea habia una sala, donde todos se reunian para oir las proposiciones, formar leyes de policía y conferir sobre los negocios generales. Cada órden se retiraba en seguida para deliberar en la cámara que le era asignada. Se diputaban mútuamente para entenderse en las materias entregadas á su discusion, principalmente sobre los impuestos. Cuando cada cuerpo habia tomado su resolucion, se reunian todos tres en la sala comun; y cuando dos órdenes se encontraban del mismo parecer, é imponian al tercero la necesidad de adoptar su voto, que entonces venia á ser el voto, la conclusion, el estatuto de los Estados; de esta manera no se deliberaba por individuos mas que en cada cámara, ni por órden mas que en la sala comun.

Esta forma era sumamente favorable á los dos primeros órdenes, sobre todo en materias de impuestos, en razon á que gozando de los mismos privilegios, no adoptaban mas que las imposiciones que en virtud de estos privilegios les eran menos onerosas, y en razon á que reunidos imponian al tercer estado la obligacion de aceptar las que este órden habria desechado por serle gravosas en el fondo y en la forma.

Vuelto Necker al ministerio, reprodujo su sistema que habia sido tambien el de Calonne y Brienne: hacer contribuir á los privilegiados á la par con el tercer estado. Consideró la ocasion de los estados como la mas propia para las mismas tentativas, sin correr el riesgo de verlas frustradas de nuevo, y trabajó con ardor al efecto. Esparciéronse entre el público escritos que probaban que los privilegios pecuniarios eran abusos que era necesario destruir; que para alcanzarlo era indispensable que no se votara por órdenes, porque en esta forma los privilegiados eran siempre dos contra uno, y que si se acordaba votar por individuos, convenia dar al tercer estado una doble representacion, con el objeto de ponerle en equilibrio con los otros dos.

El ministro de hacienda instaba porque se adoptara este medio sugerido á la opinion general por mil folletos mas ó menos atrevidos; pero no queriendo el rey tomar por sí mismo la decision, convocó para el 6 de octubre en Versalles los notables del año anterior. Dividiéronse en cinco cámaras. El rey les propuso la cuestion de la doble representacion. Despues de dos meses de discusion, una sola cámara, presidida por el príncipe, hermano del rey, se declaró por el doble voto. El resto rechazó esta opinion. Los príncipes, los pares y el Parlamento corroboraron este voto con mensajes especiales al rey, é intentaron dulcificar su acrimonia, mediante un abandono formal de sus privilegios pecuniarios.

Privado de la esperanza que se habia prometido de la asamblea de los notables, el 27 de diciembre presentó Necker al consejo un proyecto para fijar los estados en cuanto el lugar, el tiempo y el número de los diputados. Adoptóse en todas sus partes dicho proyecto y se espidió el correspondiente edicto. Leíase en este que los estados generales se celebrarian antes de fines de abril en 1789, en Versalles, ciudad demasiado vecina de la capital, para no resentirse de sus peligrosas influencias; que el número de los miembros será de mil, y el de representantes del tercer estado, seria igual al de los otros dos órdenes reunidos. El proyecto del ministro fué impreso á consecuencia del edicto; de manera que el autor de aquel parecia ser el de este, lo cual le granjeó la estimacion y las simpatías de la multitud.

Nada por lo demas era menos concluyente, mas débil, ni mas confuso, que los motivos aducidos por el ministro para afianzar su opinion. Todos caian ante este argumento sin réplica, que si la doble representacion estaba absolutamente exenta de peligros por la separacion de los órdenes como lo insinuaba el ministro, era evidente por esta misma razon que ella era inútil; y el calor con que se trataba de ventilar este punto, descubria manifiestamente, tanto en Necker como en aquellos á quienes servia de órgano, el designio formado y adoptado de antemano de reunir los órdenes y dar toda la preponderancia al tercer estado. Sin embargo, el consejo del rey lo aprobó. Abundó en el sentido de la multitud, bastante prevenida entonces para atribuir al espíritu de cuerpo de los dos primeros órdenes un imperio tan irresistible, que pudiese paralizar en los corazones franceses los rasgos generosos de la abnegacion mas absoluta, y de los sacrificios mas completos por los intereses bien entendidos de la patria; de aquella multitud harto poco ilustrada para conocer que los obstáculos presentados unánimemente en otras circunstancias por el mismo espíritu y por la separacion de los órdenes, eran una garantía de la estabilidad de las instituciones sociales, mientras que una asamblea única, dominada por el entusiasmo, no podia menos de precipitarse irresistiblemente en los partidos mas estremos, y en las innovaciones mas inconsideradas. Fué preciso que escarmentáramos á nuestra costa, y nadie lo conoció sino cuando el mal no tenia remedio, cuando la salvacion del Estado pendia precisamente de la separacion de los tres órdenes, que tanto se combatia entonces. Mucho se ha hablado de las causas de la revolucion: todas se cifran en el proyecto de 27 de diciembre y en la aprobacion que mereció al consejo, porque sin esta última medida se hubieran ahogado en su gérmen, ó al menos en sus efectos.

En muchas provincias los dos órdenes privilegiados hicieron esfuerzos para impedir la doble representacion del tercero; pero llegaron á ceder: solo en la Bretaña prefirieron la nobleza y el alto clero no enviar diputados, á sufrir al tercero la duplicacion pres-

crita. Los curas bretones no se asociaron á esta obstinacion: verificaron la eleccion y concurrieron á la asamblea sus representantes, uniéndose al estado llano. Antes de separarse, la mayor parte de las asambleas de las provincias constituyeron unas especies de juntas, con las cuales debian estar en correspondencia sus diputados, para tenerlas al corriente de lo que pasase en Versalles, y tomar instrucciones de ellas sobre las materias que les interesasen. Estas juntas fueron como núcleos de los *clubs*, para cuando pareció oportuno establecerlos. Llámanse así en Inglaterra las asambleas donde se ventilan ordinariamente los negocios del Estado: palabra que ha sido adoptada en Francia para significar las reuniones destinadas al mismo objeto.

El primer club se formó en Paris en torno de los diputados de la Bretaña, á quienes los de otras provincias iban á felicitar por su energía y victoria. Desde los primeros cumplimientos se pasaba á las cuestiones que entonces preocupaban los ánimos: se discutia sobre la estension de la soberanía, si por entero pertenecia al rey, y que parte de ella podia corresponder al pueblo. A estas conferencias no eran admitidos cuantos se presentaban: era preciso dar pruebas de lo que se llamó despues *patriotismo*, esto es, de adhesion á la causa del pueblo, ó mas bien, al sistema de la asamblea. Esta reunion fué llamada el *club breton*. Por entonces fueron, sino inventadas, á lo menos propagadas las calificaciones de *aristócratas y demócratas*, la primera para indicar los partidarios de la nobleza, y la segunda los del pueblo.

Esta voz colectiva *pueblo* debe distinguirse de la de *populacho* que representa la parte mas abyecta, la mas vil, la que con mas facilidad es arrastrada á cualquiera prevencion, porque es la mas ignorante, y se subleva mas pronto por la sencilla razon de que no puede perder sino ganar en las revueltas. Tal era la turba que dió el 28 de abril en Paris el segundo espectáculo de un tumulto sangriento, cuyo primer ejemplo se habia visto cuando las casas de Brienne y del gefe de la ronda fueron asaltadas. Del arrabal de San Marceau salió de improviso un tropel furioso que allanó la casa de un fabricante del arrabal de San Antonio, llamado Reveillon, destruyendo y arrojando al medio de la calle todos los muebles é instrumentos industriales, con los cuales hizo una hoguera. Hacia algun tiempo que iban apareciendo en Paris hombres de siniestro semblante, armados de garrotes. Entraban á pelotones por las diferentes barreras, y se alojaban en los arrabales, habiéndose juntado en dia señalado en el de San Marceau, donde formaban la vanguardia de la turba que despojó á Reveillon. Entre los gritos y ahullidos lanzados durante su marcha, se entendia que su objeto era castigar á aquel fabricante, que al decir de ellos era duro con sus obreros, á quienes maltrataba, habiéndose manifestado alegre cuando se encareció el pan, para que el hambre les obligase á trabajar sin descanso.

Era esto una calumnia inventada para amotinar al pueblo y obligarle á engrosar y reforzar el tropel de aquellos bandidos pagados. Desde el siguiente dia aparecieron escritos achacando á la corte este tumulto, é insinuando que ella deparaba el hambre y daba pábulo al furor del pueblo á fin de tener un pretesto de llamar y sostener un ejército entre Paris y Versalles, á trueque de sojuzgar por este medio los Estados, y dictar imperiosamente sus decisiones. Pocas personas llegaron á creer esta imputacion: casi todas las sospechas recayeron en el duque de Orleans.

Habia llegado este á oponerse al rey cara á cara en la sesion régia del 19 de noviembre de 1787. Los escritos de agravios que hizo distribuir en sus posesiones, como para servir de modelos á aquellos de que debian ser portadores los diputados, anunciaban que este príncipe meditaba grandes reformas en la constitucion del Estado, en el gobierno y en la religion. Era notorio el ódio que él y la reina se tenian. Creíase al duque ambicioso y vengativo. Solo muy de tarde en tarde y como por fuerza se presentaba en palacio, donde á la verdad no era muy bien quisto. Por casualidad ó premeditacion, sucedió que al volver del campo la duquesa de Orleans obtuvo que el comandante de un destacamento de caballeria enviado para cerrar el paso á los bandidos que llegaban á la capital, dejase pasar á su carruaje, tras el cual se precipitaron aquellos furiosos con una impetuosidad que no fué posible contener, yendo á aumentar el número de los que ya inundaban á Paris.

La virtud de esta princesa era harto conocida para que se sospechase de que ella pudiese ser cómplice en los designios de su esposo: pero se ha creido que, dócil á sus preceptos, secundó sus intenciones sin prever las consecuencias. En cuanto á él, ¿cuál era su objeto? Acostumbrar, segun se dice, al pueblo á sublevarse contra el órden establecido, aficionarle á las ventajas del pillaje, imprimirle un movimiento tumultuoso, á fin de que fuera dócil instrumento cuando quisiese echar mano de él para la realizacion de sus proyectos; tantear en fin, en el momento de la apertura de los estados hasta donde podria arrastrar segun las circunstancias la licencia de la plebe, y abusar de la debilidad de la corte. Los estados generales iban á abrirse el 5 de mayo.

Veíanse allí obispos que por su dignidad y virtudes inspiraban respeto y confianza; muchos sacerdotes dignos del mismo homenaje; guerreros defensores de la patria, condecorados con honrosas distinciones que atestiguaban su bravura; en fin, en el tercer órden, jurisconsultos, magistrados, médicos dedicados al alivio del pobre como del rico, los que hacian florecer el comercio con su industria, los que fertilizaban los campos con su esmero y trabajo, los que ejercian y perfeccionaban las artes, los que con sus estudios privados propagaban las luces, todos representantes de la nacion y honrados con sus sufragios. ¿Quién en vista de una reunion que encerraba lo mas distinguido del pais, no hubiera concebido esperanzas muy halagüeñas para el porvenir? El rey pronunció, bastante conmovido, un discurso lleno de sensatez y buenas ideas, que fué muy aplaudido. Los del guarda-sellos y ministro de Hacienda parecieron secos é imperiosos, porque trazaban á la asamblea la marcha que debia seguir. Súpose por el de Necker que el presupuesto arrojaba un déficit de cincuenta y seis millones, fácil de cubrirse con diversos arbitrios que propuso; mas que las anticipaciones que montaban á doscientos sesenta millones, los setenta y seis de reembolsos suspendidos por el decreto del consejo de 16 de agosto, algunas otras atenciones atrasadas y ochenta millones de imposiciones, formaban el verdadero escollo de la hacienda, de que no se podria salir sin el recurso de un empréstito.

Cada uno de los tres órdenes tenia una cámara separada para las sesiones particulares. El tercero, en lugar de retirarse á la suya, despues de los discursos, se quedó en la sala comun: pequeña circunstancia, que no dejaba de ser importante, porque aquella permanencia en el lugar de las asambleas generales le daba la actitud del que admite y recibe, lo que puede mirarse como una señal de posesion y ordinariamente de preeminencia.

En la sesion siguiente se abrió una discusion que desde el principio fué muy animada, sobre la manera de examinar los poderes dados por las provincias á sus diputados. El clero y la nobleza querian que cada órden examinase los suyos, por conocerlos mejor; el estado llano que esta diligencia fuese evacuada por una comision nombrada por todos, porque el asunto era de importancia comun. Si se adoptaba este último espediente, los privilegiados temian que sirviese de ejemplar para que adoptada una decision comun por todos los diputados, ya no se distinguieran los unos de los otros, y así votaran no por órdenes, sino por individuos.

Esto era en efecto á lo que aspiraba el tercero: habia en él hombres diestros que tenian combinado el plan, y oradores á propósito para inspirar entusiasmo: entre ellos se distinguia el conde de Mirabeau. Noble por su cuna, se habia afiliado en el tercer órden de su provincia, á fin de conseguir ser elegido diputado, lo que no podia prometerse de la nobleza. Parece que era depositario de los secretos del duque de Orleans y que dirigia su faccion. Sostuvo enérgicamente el sistema del exámen de poderes en comun, encareciendo á la cámara su importancia. Esta no se dejó ablandar por el sacrificio que hizo el clero de sus privilegios pecuniarios el 21 de mayo; y con la misma indiferencia fué acogida la resolucion de la nobleza que imitó al clero el 23. Estas abnegaciones que tan oportunas hubieran sido algunos meses antes, fueron completamente inútiles en este momento.

El estado llano esperó diez dias el resultado de las negociaciones abiertas para conciliar las pretensiones respectivas: mas viendo que nada adelantaban, y que los dos órdeñes resistian hasta las instancias del rey, que disgustado ya con tantas dilaciones les exhortaba á ceder, el tercero tomó la determinacion de atropellar el negocio, eligiéndose el 3 de junio un presidente que fué Bailli, literato célebre, miembro de tres academias, francesa, de bellas letras y de ciencias, quien en seguida llamó por bailías á los diputados de los tres órdenes indistintamente ante la comision que nombró para el exámen de las actas. El 10 de junio tres curas del Poitou respondieron al llamamiento y comenzaron la defeccion del clero, que fué aumentándose en los dias siguientes; y el 17, á consecuencia de una proposicion presentada el dia anterior, los diputados cuyos poderes fueron así examinados, tomaron la denominacion de *Asamblea nacional*. Este cambio de nombre era de tanta mayor importancia, cuanto que los diputados que hubieran querido oponerse á las innovaciones que los otros meditaban, encontraban sus medios en la historia que fija los límites y la estension de las atribuciones de los Estados generales; en lugar de que una *Asamblea nacional*, instituto enteramente nuevo podia arrogarse cuantas facultades quisiera.

Por el decreto que la constituia en *Asamblea nacional*, estableció «que los impuestos y contribuciones, aunque ilegalmente establecidos, continuarian pagándose como antes, y hasta el dia solamente de la primera separacion, de cualquiera causa que proviniera, y que despues de aquel dia entiende y decreta la Asamblea que todas las contribuciones é impuestos que no hubieran sido nominal, formal y libremente otorgados por la nacion, cesarian enteramente en todas las provincias del reino.» Al decretar que los im-

puestos actuales solo durarian hasta el dia en que «la Asamblea se separase, cualquiera que fuese la causa de su disolucion,» esta corporacion aseguraba ilimitadamente su existencia, porque no era creible que el rey apelara á ninguna violencia contra ella, á riesgo de dejar la hacienda sin recursos.

Las intenciones trascendentales indicadas por el cambio de nombre de los estados, y por la precaucion tomada para asegurar la permanencia de la Asamblea, aun á pesar del rey, no escaparon á la atencion de la corte. Juzgó esta prudente desviar el torrente antes que causase mas estragos. El consejo redactó una declaracion que el monarca debia leer en los Estados, proponiéndose que estos se verian precisados á aceptarla en una sesion régia. A pretesto de los preparativos que habia que hacer para esta ceremonia, se cerró el salon comun. Cuando los diputados se presentaron el 20 de junio para celebrar su sesion ordinaria, encontraron á la puerta centinelas que los rechazaron. Despues de algunos instantes de deliberacion, el presidente y gran número de diputados que le rodeaban, se trasladaron á un juego de pelota, único local que juzgaron capaz para los diputados y la multitud que los seguia. «Allí acordaron que, enviados para fijar la constitucion del reino, llevar á cabo la regeneracion del órden público y mantener los verdaderos principios de la monarquía, en cualquiera lugar que eligiesen para sus deliberaciones estaria la Asamblea nacional; que todos los miembros prestarian juramento de no separarse hasta que la constitucion del reino y la regeneracion fueran establecidas y afianzadas.» Con entusiasmo lo juraron todos, agrupándose en derredor al presidente que juró el primero, así como lo hizo por aclamacion el pueblo. Desde el siguiente dia, ciento cuarenta miembros del clero se reunieron á la *Asamblea nacional*, á cuyo exámen sometieron sus poderes.

El 23 de junio llevó el rey á los Estados su declaracion. Iba acompañado de una corte numerosa y brillante, y se habia rodeado de todo el esplendor del trono. Luis XVI verdaderamente conmovido, pronunció un discurso afectuoso que causó sensacion; recomendó con efusion la paz y la concordia, y dijo que esperaba que el decreto que les llevaba seria la base de una union inalterable. Desgraciadamente el primer artículo de la declaracion no era á propósito para inspirar tales sentimientos á los diputados del estado llano, que con la agregacion de muchos miembros del clero era ya muy preponderante.

El monarca comenzaba anulando como *ilegal* é *inconstitucional* la deliberacion del 17, en virtud de la cual los estados generales habian adoptado la denominacion de *Asamblea nacional*; exhortaba no obstante á deliberar en comun en los negocios de utilidad general, esceptuando la forma de la constitucion de los estados generales, que consideraba como fijada por la tradicion y los derechos útiles y las prerogativas honoríficas de los dos primeros órdenes, que confirmaba como inherentes y esenciales á la monarquía. Entre las propiedades que debian ser constantemente respetadas incluia los diezmos, censos, rentas y cargas feudales. En seguida venian sus propios compromisos: uno de ellos era consentir en que no se contraeria ningun empréstito ni se estableceria contribucion alguna sin intervencion de los representantes de la nacion. Los Estados generales y provinciales debian ser convocados en épocas fijas. En los intervalos podria el rey contratar hasta la cantidad de cien millones, y dispondria libremente de la institucion y organizacion del ejército. Manifestaba en fin, que nada de lo que respecta á la libertad individual, á la igualdad de contribuciones al establecimiento de los estados provinciales, podria ser variado sin consentimiento de los órdenes emitidos separadamente; y en cambio, ninguna disposicion tendria fuerza de ley sin la aprobacion especial del monarca. Leida la declaracion, mandó este á los tres órdenes que se retirasen á sus respectivas cámaras, y se levantó la sesion.

Reinaba un profundo silencio en la asamblea: los que se habian prometido una larga carrera y hacerse notables con la formacion de una constitucion, estaban consternados de no tener mas en que ocuparse que aquello de que hasta entonces se habian ocupado los Estados generales: la creacion de los impuestos, su reparticion y algunas leyes y reglamentos administrativos. Mientras contemplaban frustradas sus esperanzas, uno de ellos, que se dice haber sido Mirabeau, observa que los asientos destinados á los ministros estaban ocupados, menos el de Necker, que estaba vacío: con un codazo y una mirada se lo hace notar á su vecino, este al que le seguia, y así sucesivamente. Esta observacion fué como una chispa eléctrica. A la conmocion sucedió la esperanza. No hay que desesperar, se decia cada cual á sí mismo, puesto que tal ausencia indica desacuerdo y division en el consejo. Así que desapareció el rey, lo primero que hizo la asamblea fué desobedecer al mandato de retirarse á las cámaras particulares. El estado llano se quedó en el salon. El primer maestro de ceremonias le intimó que se retirase. «Vos, que no teneis aquí ni asiento ni voz ni derecho para hablar, le respondió Mirabeau por todos, vos no sois quien debe recordarnos las palabras del rey: id á decir á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que solo las bayonetas podrán hacernos abandonar nuestro puesto.»

Cuando la declaracion leida en la sesion régia se esparció en las provincias, sus habitantes, agenos al influjo de la cábala y la intriga, que no habian visto en la convocacion de los Estados generales mas que un medio pronto y decisivo de proveer al bienestar de la Francia, que estaban disgustados de que cuestiones de forma que ellos miraban como simples altercados de ceremonial, retardasen el despacho de los negocios interesantes, creyeron que esta declaracion iba á terminar todas las diferencias. Pareciales llena de sabiduría y moderacion, por fijar las bases de la monarquía reconocidas hasta entonces como inviolables, y distribuir entre el soberano y el pueblo en justa proporcion lo que cada uno necesitaba para labrar el bien comun. Mucha fué pues su sorpresa cuando llegaron á saber que la disidencia entre los tres órdenes no habia desaparecido, y que nada se habia adelantado en las tareas que para ellos eran las únicas útiles.

En efecto, el tercer órden continuaba exigiendo que la revision de poderes se hiciese en comun: la mayoría de la nobleza y la minoría del clero seguian obstinados en que esta revision la hiciese cada órden por separado. El rey tuvo con este motivo en presencia de los príncipes y de gran número de señores, con Luxemburgo, presidente de la nobleza, una conferencia que se fija en el 27 de junio, y cuya mayor parte es necesario dar á conocer, porque pone en claro el estado de la cuestion y hace prever los acontecimientos sucesivos.

«Señor de Luxemburgo, dijo el rey, espero de la lealtad y afecto á mi persona del órden que presidís, su reunion con los otros dos.» Respondió aquel: «Señor, el órden de la nobleza estará siempre pronto á dar pruebas de adhesion á V. M.; pero me atrevo á decir que jamás dió otra mas patente que en esta ocasion, porque no es su causa sino la de la corona la que defiende en la actualidad.—¡La causa de la corona!—Sí señor: la nobleza nada teme perder en la reunion que V. M. desea.» Hácele ver en seguida que los nobles no perderian nada de su consideracion, confundiéndose con el estado llano, y que serian recibidos con gusto y hasta con entusiasmo. «Mas ¿ha espuesto alguno á V. M. las consecuencias que tal reunion puede traer para V. M.? La nobleza obedecerá si vos lo ordenais; pero como presidente de ella y leal servidor de V. M. me atrevo á suplicarle me permita que le presente algunas reflexiones mas sobre un paso tan decisivo.—Hablad, le dijo el rey, os escucho.»

«V. M. no ignora hasta dónde llega el poder que la opinion pública y los derechos de la nacion conceden a sus representantes. Este poder es tal, que la misma autoridad soberana de que estais revestido queda como muda en su presencia. Este poder sin límites existe en toda su plenitud en los Estados generales, sea cualquiera la manera como estén constituidos; pero su division en tres cámaras enerva su accion y conserva la vuestra. Reunidos, no conocen superior; divididos, son vuestros súbditos. El déficit de la Hacienda y el espíritu de insubordinacion que se ha apoderado del ejército entorpecen, segun me consta, la deliberacion de vuestros consejos; pero, señor, aun os resta vuestra leal nobleza. Puede en este momento escoger entre ir, como V. M. la invita, á compartir con los demas diputados el ejercicio de un poder legítimo, ó morir en defensa de las prerogativas del trono. Su eleccion no es dudosa; morirá, y por ello no pide reconocimiento porque es su deber. Muriendo, salvará la independencia de la corona y neutralizará las decisiones de la asamblea nacional que de ningun modo podrá reputársela completa, cuando una tercera parte de sus miembros haya sido entregada al furor del populacho y al puñal asesino. Yo conjuro á V. M. á que reflexione sobre lo que he tenido el honor de esponerle.—Señor de Luxemburgo, repuso el rey en tono firme, mis reflexiones ya están hechas estoy resuelto á todos los sacrificios. Yo no quiero que perezca un solo hombre por mi causa. Decid pues al órden de la nobleza que le ruego se reuna con los otros dos; y si esto no es bastante se lo mando como su rey: yo lo quiero.» Desde este dia, 27 de junio, los dos órdenes casi por completo se unieron con el tercero. El arzobispo de Paris seguia fiel á sus principios. Asesinos apostados le asaltaron á pedradas, costando no poco arrancarlo de sus manos. El rey y su familia le suplicaron que cediese y obedeció.

Si los gefes del estado llano, aquellos que arrastraban á los demas, como sucede siempre en las asambleas, conocieron las disposiciones de Luis XVI, no es de estrañar que hubiesen persistido en su resolucion, porque podian obrar sin temor. Cuando despues de la sesion régia Mirabeau hubo declarado al maestro de ceremonias que el tercer órden no abandonaria el salon comun, se miraron en silencio unos á otros como consultándose lo que se debia hacer. Una voz dijo que era preciso sostener los precedentes acuerdos, que eran los mismos que acababan de ser declarados nulos y abusivos por el rey desde su trono. Se decidió al momento que se sostendrian. «Bendigo mil veces la libertad, esclamó entonces Mirabeau, que tan

ópimos frutos nos produce en la Asamblea nacional: afiancemos nuestra obra, declarando inviolables las personas de los diputados de los Estados generales. Esto no es manifestar temor; es si obrar con prudencia; esto es un freno contra los consejos violentos que asedian al trono.»

Tal proposicion no podia menos de encontrar eco. Cuatrocientos noventa y tres votos contra treinta y cuatro pronunciaron la inviolabilidad del diputado. Nada se omitió para dar á la decision toda la eficacia y estension posibles. «Todo individuo, se lee en ella, corporacion, tribunal ó comision que osare durante ó despues de la presente sesion perseguir, buscar ó prender, detener ó hacer detener á un diputado por razon de algunas proposiciones, dictámenes, opiniones ó discursos pronunciados en los Estados generales, así como cuantos cooperaren á dichos atentados, cualquiera que sea la autoridad que los disponga, son infames y traidores á la nacion y reos de crimen capital. La Asamblea nacional decreta que en los casos referidos tomará todas las medidas necesarias para indagar, perseguir y castigar á cuantos aparezcan autores, instigadores ó ejecutores.» Esto no era solo un escudo para ponerse al abrigo de ataques, como queria darlo á entender Mirabeau en su devoto apóstrofe á la *libertad*, sino un arma para herir á los que opusieran alguna resistencia á los autores ó propagadores de ideas audaces.

¡*Libertad*! Esta palabra mágica conmovia á toda Paris; corria en tropel la gente á las asambleas de los distritos, donde oradores de buena fe y charlatanes pagados proclamaban las grandes virtudes de esta panacea de todos los males que afligian al pobre pueblo; á uno proporcionaria riquezas, á otro goces y á otro independencia. Entreteníanse mucho en los lugares en que se permitia hablar de gobierno y política, con tal que fuese en sentido favorable á la Asamblea. Las mujeres eran allí admitidas y emitian sus opiniones. Concurrian tambien ó eran arrastrados algunos guardias franceses; temiendo sus oficiales que aprendiesen doctrinas poco conformes con el espíritu de la disciplina, se lo prohibieron, impidiéndoles la salida de los cuarteles. Algunos soldados lograron evadirse y corrieron á las asambleas; mas fueron cogidos y llevados el 30 de junio á la Abadía, prision militar. Instantáneamente un concurso inmenso acudió al palacio real, y se trató de ir á libertarlos. La multitud logró que se los entregasen el 1.° de julio; los llevó en triunfo y les dió pródigamente vino y manjares, teniéndolos como custodiados para rechazar la fuerza si se queria emplearla con el objeto de apoderarse de ellos.

La subordinacion y disciplina, aunque muy relajadas, no habian desaparecido enteramente de las tropas. Los mismos culpables, por temor á las consecuencias, deseaban obtener perdon; y diputados de los distritos partieron á Versalles á rogar á la Asamblea que interviniese en este negocio. Esta envió una diputacion al rey; á los motivos de indulgencia agregó el presidente insinuaciones sobre los peligros de la negativa. Para no aparentar que lo otorgaba por intimidacion, la corte hizo que se lo solicitara tambien el arzobispo, quien el 8 de julio llevó el perdon á los distritos, que lo atribuyeron á la Asamblea y la dieron las gracias.

Este motin fué seguido de otro, en el cual el populacho dió á conocer de una manera espantosa su tendencia á la barbárie. La corte no habia olvidado la ausencia de Necker en la sesion régia, y seguia en la persuasion de que la Asamblea nacional se habia mostrado tan firme en sus principios, porque la disidencia del ministro le habia hecho contar con su apoyo. El rey depuso al genovés del ministerio, y le mandó salir del reino en veinte y cuatro horas. Las personas tanto de la corte como del consejo, que le eran adictas, fueron como él separadas de sus empleos; y á Montmorin, Puysegur, La Luzerne y Saint-Priest, sucedieron otros ministros: el baron de Breteuil en la presidencia del consejo de Hacienda, el duque de La Vauguyon en los Negocios estrangeros, el mariscal de Broglie en la Guerra, y Mr. de Foulon en la direccion general de rentas.

La nueva de esta mudanza llegó á Paris el 11 de julio, y fué recibida como una calamidad pública: el pueblo estaba ya alarmado con el acantonamiento de algunas tropas que estaban diseminadas entre la capital y Versalles: se esparció el rumor de que la corte las habia llamado para relevar á los guardias franceses, con cuya fidelidad no podia contar: Mirabeau tres dias antes habia denunciado á la Asamblea nacional esta precaucion del rey, como un medio de venganza dirigido contra ella y contra Paris. En un momento de todos los barrios de Paris corrió la multitud al palacio real, no faltan oradores que siembran el desórden y la desolacion: cien cañones, decian, hay colocados sobre Montmatre, otros tantos en las alturas de Belle-ville; la Bastilla se encuentra atestada de morteros dispuestos á vomitar sobre la ciudad el esterminio: los Inválidos y la Escuela militar ocultan cincuenta mil hombres; mas del doble va á desembocar de los Campos Eliseos en los barrios para saquear la capital: ni mujeres ó niños, nadie será respetado. «No teniamos mas que un protector, y ese nos lo arrebatan.» Estas palabras causaban sollozos y gritos de desesperacion. Los jóvenes corren á buscar dos bustos, el uno de Necker y el otro del duque de Orleans, los cubren con crespones en señal de luto, y los pasean por las calles como las urnas de los santos en tiempos de calamidad. Esta ridícula procesion al pasar por la plaza de Luis XV se encuentra con el príncipe de Lambesc que estando al frente de su regimiento de Royal-Alemand, atropella y dispersa aquellos devotos de nueva especie, y persigue los fugitivos hasta las Tullerías. En el tumulto fueron heridos algunos pacíficos habitantes que por allí se paseaban tranquilamente.

Entonces ya no se dudó que la corte atentaba á la vida de los parisienses. Este accidente tuvo lugar el 12 de julio. Todo el dia 13 se empleó en buscar armas; las tiendas de los armeros fueron forzadas. Sacáronse de los Inválidos sin resistencia treinta mil fusiles, ademas de los cañones que allí se encontraron. Una turba de los mas frenéticos se lanza á las barreras, las destruye, quema los registros de los encargados de ellas y las empalizadas. Concíbese porqué el pueblo se empeñó en destruir las oficinas de los recaudadores de los derechos de puertas, considerados siempre como una vejacion; pero todavía se ignora porqué cebó su furor en la casa de San Lázaro, habitada por piadosos eclesiásticos, especialmente dedicados á la instruccion y alivio del menesteroso. La saquearon con una especie de rabia sin objeto de enriquecerse, destrozando y arrojándolo todo como en casa de Rebeillon, y bailando en rededor de los restos incendiados.

Paris estaba sin gefe, sin gobierno y en la mas completa anarquía. Como las asambleas constituidas para elegir representantes en los Estados generales, no se habian aun disuelto, nombraron diputados de su seno, que se reunieron el 14 de julio en la casa de la ciudad, para tratar de poner coto á semejantes desmanes. Mientras ellos deliberaban se toca á rebato en todas partes; el pueblo se precipita en direccion de la Bastilla, y el cañon truena contra ella, donde no habia pólvora ni víveres, ni mas guarnicion que algunos inválidos discordes, pues unos querian sostenerse y los otros rendirse. Estos últimos facilitan el acceso á los agresores y fuerzan al gobernador á capitular. Todo era desórden. En esta confusion óyese un tiro que no se sabe si sale de los sitiadores ó de los sitiados; pero aquellos fueron víctimas de semejante imprudencia habiendo perecido muchos de ellos antes que se hubiera podido averiguar la causa. El gobernador que habia pedido ser llevado á la casa Consistorial, fué muerto en las calles. El corregidor que en su casa de campo habia sabido el tumulto y acudia para informarse y dictar órdenes, sucumbió tambien de un pistoletazo en la escalera de la casa Consistorial. Háse creido que estos asesinatos fueron dispuestos á fin de colocar en los dos puestos hombres mas adictos á la faccion. En efecto, el 15 Bailli, que habia cesado en la presidencia de la Asamblea nacional, fué nombrado corregidor de Paris, y La Fayette, que habia peleado en América por la fundacion de la república de los Estados Unidos, recibió el título de comandante general de la milicia parisiense.

El 15 no existia aun esta *milicia parisiense*, y el 16 se organizó como por ensalmo. Todos los hombres capaces de llevar armas, hasta los viejos, con el nombre de *veteranos*, corrieron á inscribirse. Los padres presentaban á sus hijos apenas adolescentes. Todos pusieron una escarapela que por el pronto fué verde, y desechada luego por ser el color del conde de Artois, que era poco querido, fué sustituida con la tricolor que era la del duque de Orleans. A nadie se permitia dejar de llevarla, á lo cual eran forzadas las mismas mujeres. En el paseo, en las reuniones, en todas partes adoptaron los hombres cierto aire militar; y el mismo mercader en su tienda, vestido de uniforme, con gola y charreteras, se esforzaba en amalgamar la flexibilidad mercantil con la actitud marcial.

Nada mas singular en su clase que el armamento de todo el reino en un mismo dia y casi en un instante. Mientras el cañon tronaba contra la Bastilla, corrian hombres de muy mala traza á los caminos y se presentaban en los mercados gritando ¡á las armas! y propalando que era preciso armarse para rechazar á los bandidos que iban á arrasarlo todo. En un abrir y cerrar de ojos levantan simultáneamente en toda la Francia una milicia innumerable. La legitimidad de una defensa que se creia necesaria alistó en ella á los mas honrados ciudadanos. Pero bien pronto y con el mismo pretesto, cuadrillas de bandidos y asesinos se reunieron á presencia de los magistrados que lo toleraban y de las tropas leales que no hicieron movimiento alguno; y encontraron gefes que los concitaron y guiaron en todos los desmanes. Entonces comenzaron tambien las violencias contra los nobles, las reuniones tumultuarias en los campos y las ciudades, el pillaje é incendio de los castillos. Llegaban á Paris relaciones de estos hechos que eran acriminados á los aristócratas. ¡Los nobles saquear y quemar sus castillos! ¡Y el pueblo lo creia! Creia tambien que las grandes sacas de granos hechas de los mercados por desconocidos, y cuyo destino se ignoraba, eran dispuestas por los aristócratas para abatir al pueblo, poniéndole delante los horrores del hambre, que á la verdad comenzaba á hacerse sentir vivamente. Investigando cual pudo ser el orígen de es-

tos movimientos sediciosos, se supone que dimanaron del descontento del duque de Orleans que deseaba á la vez vengarse del almirantazgo, satisfacer su ódio contra la reina, suscitar dificultades al rey, demasiado fácil quizá en recibir las impresiones de su esposa, y apoderarse eventualmente del trono, ú obligar por lo menos á su pariente á que resignase en él la autoridad. Dícese que destinó al logro de este proyecto la mayor parte de su fortuna que era inmensa. Tambien se pretende que el oro de la Inglaterra le ayudó para seducir al populacho, y esta presuncion se funda en que al principio de nuestras revueltas, el ministro Pitt pidió al Parlamento que se le concediese un crédito de un millon de esterlinas, de cuya inversion no se le obligaria á dar cuenta, y que lo obtuvo. En el interin la reina estaba en Trianon con sus hijos.

La nueva de la toma de la Bastilla y los asesinatos, llevada á Versalles, consternó á la corte. La Asamblea no aparentó gran sensacion. Cuando supo la separacion de Necker y sus amigos, habia declarado que él y sus compañeros de infortunio merecian el aprecio de la nacion, y el mismo dia 14 de julio, mientras que todo estaba en combustion en Paris, nombraba muy tranquilamente la comision que debia redactar el proyecto de constitucion. Este trabajo se hacia como si un reino que llevaba once siglos de existencia no tuviera constitucion.

Empero Liancourt habia persuadido al monarca que hiciese cesar la causa de los desórdenes, condescendiendo con los deseos del pueblo, y le habia tambien decidido á que él mismo fuese á participarlo á la Asamblea. En efecto, el 15 se presentó en ella el rey, sin pompa, acompañado únicamente de sus hermanos, y manifestó en un discurso verdaderamente paternal su resolucion de alejar las tropas, causa de la agitacion del pueblo, y la confianza con que esperaba que los representantes de la nacion le ayudaran á restablecer la calma en la capital. Con aclamaciones de entusiasmo acogió la Asamblea tales palabras, y toda ella acompañó al rey, conduciéndole como en triunfo hasta el palacio. Una diputacion de la Asamblea llevó estas nuevas á Paris con la esperanza de que bastarian para poner coto al desenfreno y anarquía del populacho, y á su regreso se encargó dicha diputacion de presentar al monarca los votos de la capital: eran estos que Luis XVI se trasladase á ella para nombrar los magistrados exigidos por las circunstancias, reponer á Necker en el ministerio, y recibir la única recompensa que su corazon ambicionaba, las bendiciones del pueblo.

El rey, que nunca habia temido por sí mismo, se decidió á este viage y lo prometió. La reina, sus dos hermanos y los cortesanos mas adictos, temblaron en vista de esta resolucion y trataron de hacerle desistir de ella. «¿Qué he hecho yo á mi pueblo, dijo, para que me quiera mal? He prometido, mis intenciones son puras, y yo confio en él; debe saber que yo le amo: él hará de mí lo que quiera.» Mas Luis, resignado sobre cuanto pudiera acontecerle, temió por el conde de Artois su hermano, amenazado por el populacho. Le instó á que se espatriase con todas las personas de su séquito que le eran afectas. Este fué el principio de la *emigracion* que vino á ser moda. Es preciso confesar que muchas personas que ni por su posicion, ni por su cuna tenian nada que temer de la faccion orleanista, creyeron darse importancia asociándose á un príncipe y los principales del Estado. Por otra parte, se creia que la ausencia seria corta, y la faccion los vituperaba esteriormente porque así conseguian disminuir el número de sus adversarios.

El rey llegó á Paris el 17 de julio, entrando en medio de una cabalgata de tres mil jóvenes y mayor número de á pie. Sus guardias de corps fueron detenidos en la barrera. Durante la marcha, que fué lenta, aparecia menos triste que sorprendido de aquella milicia abigarrada tan diversamente armada. Veia picas á un lado á otro mosquetes de todas formas y tiempos, desenterrados de los arsenales, y largos palos con bayonetas que se cruzaban por encima de su cabeza. Tumultuosas aclamaciones interrumpian de cuando en cuando un espantoso silencio. Oyó discursos en la barrera y en la casa consistorial, á los cuales respondió en pocas palabras, pero siempre benévolo y afectuoso. Confirmó en sus cargos al comandante general, al corregidor y al consejo municipal, que habian sido elegidos provisionalmente: anunció que ya habia dictado sus órdenes para la vuelta de Necker, recibió la escarapela tricolor, se mostró al pueblo con esta insignia, y oyó casi por última vez retumbar en sus oidos el grito de *viva el rey!* Si los orleanistas se prometieron ayudados por las prevenciones inspiradas al pueblo, retener al rey en Paris, para hacerlo instrumento de sus miras, se equivocaron, si bien por poco tiempo. Dejáronle en libertad para volverse á Versalles.

Interin se presentaba Necker, el populacho corrió á apoderarse de Foulon, que habia sido designado para sucederle, y se encontraba en su casa de campo. Amarran en una carreta á este anciano casi octogenario, abrumándole por el camino con humillaciones dolorosas, y le cuelgan en la plaza de un rev. rbero, delante de la casa consistorial: su yerno Berthier, intendente de Paris, que con la mayor confianza pasaba en aquel crítico momento para asuntos de su empleo, es cogido como él y espira en el mismo suplicio. Estas atrocidades se ejecutaron el 23 de julio á vista del consejo municipal que no quiso ó no pudo impedirlas. El 28 de julio llega triunfante Necker. El 30 se presenta en la casa consistorial, escoltado por la multitud ébria de gozo. Lisongeó y fué lisongeado por el consejo, y obtuvo en aquel momento de plácemes la libertad del comandante del vizcondado de Paris, Besenval, á quien estaba destinada la suerte de Foulon y Berthier; mas al dia siguiente, ¡notable ejemplo de la versatilidad popular! esta gracia fué revocada en presencia misma del triunfador; en vano hizo esfuerzos para que fuesen abiertas á su protegido las puertas de su prision: se aseguraron mas sus cerrojos, y hubo que estar al resultado de un juicio azaroso para esperar la libertad.

Como el ministerio habia sido cambiado á la caida de Necker, su vuelta fué la señal de otros nombramientos. Champion de Cicé, arzobispo de Burdeos, fué nombrado guardasellos, y Pompignan, arzobispo de Viena, ministro de beneficios. Ambos eran miembros de la Asamblea nacional á la cual dirigieron una comunicacion que terminaba con estas palabras: «Dignaos, señor presidente, ser nuestro intérprete para con la Asamblea, ofreciéndole en nuestro nombre la sincera protesta de que no queremos cargo alguno político, en cuanto no podamos contar con su apoyo y conservar nuestra adhesion á sus principios.» La Tour-du-Pin y Saint-Priest fueron llamados tambien al ministerio, uno para el departamento de la guerra, y el otro para el de la casa real, en reemplazo de Villedieu. Necker se reservó el tesoro real como primer ministro de Hacienda, y Lambert fué nombrado contador general á sus órdenes.

Entonces dió principio la metafísica discusion de la declaracion de derechos que se quiso hacerla servir de preámbulo á la constitucion y de guia á sus redactores. Los jóvenes militares que habian hecho recientemente la guerra en América, fueron los ardientes promovedores de tal amalgama, cuya idea habian tomado de las constituciones de los Estados-Unidos. Mas bien porque realmente no estuvise aun en sazon el pueblo para comprender estas máximas, ó bien decidida intencion de tergiversarlas, fueron para el populacho un nuevo manantial de crímenes. Paris, desde este momento, no fué ya el esclusivo teatro de los mas horrorosos asesinatos. Casi todas las poblaciones se vieron inundadas de sangre; las aldeas eran devastadas por el dia é iluminadas de noche por el incendio de los castillos. Los impuestos ó no se pagaban ó se pagaban de manera que se disminuian estraordinariamente los ingresos.

Tan desagradables noticias llegaban diariamente á la Asamblea. En su vista resolvió celebrar una sesion á fin de poner coto á tamaños desórdenes. Señalado para ella el 4 de agosto, dió principio á las ocho de la noche. Por mas que se sepa lo que son Asambleas nocturnas, fué esta tan singular que bien merece algunos pormenores. Un diputado que ha unido su nombre á la constitucion que entonces se preparaba, tanto por el esquisito cuidado con que la redactaba, cuanto por su negativa á interpretar sus disposiciones, cuando un honor insigne, aunque peligroso, le llamó á defender la causa del monarca, invocando esta constitucion, dijo el abogado Target. «Si deber nuestro es dotar al pais de una constitucion que asegure su dicha y su gloria, lo es mas urgente todavía proteger la vida y la propiedad de los ciudadanos.» Este sábio exordio fué seguido de un proyecto de decreto en el cual se declaraba que los desórdenes y las violencias que agitaban diferentes provincias, sembrando la alarma en los ánimos, bastaban para entorpecer los trabajos de la Asamblea, con gran satisfaccion de los enemigos del bien público; que en consecuencia se recomendaba á todos la paz y el pago de las prestaciones y censos acostumbrados. El testo de esta proposicion tan sencillo, dió lugar á que se levantasen diferentes oradores á comentarlo, quienes concluyeron como sucede frecuentemente, descartando la cuestion.

El primero de la clase de nobles, el vizconde de Noailles, á propósito de estas palabras, prestaciones y censos, que no le habian sentado bien, propuso que los derechos feudales pudiesen ser redimidos por los comunes en dinero ó cambios, y que las servidumbres señoriales, las llamadas manos muertas y otras servidumbres del mismo género fuesen abolidas sin indemnizacion. El segundo, de la misma clase, el duque de Aiguillon, quiso probar la justicia de la indemnizacion diciendo que tales derechos son una verdadera propiedad, y logra que se acuerde que son redimibles á voluntad de los deudores. El tercero, el abogado Legrand, diputado de Bourges, el mismo á quien se debia la denominacion de *Asamblea nacional*, calificacion que habia prevalecido sobre las propuestas por el abate Sieyes y por Mounier y Mirabeau, hizo una division científica de todos estos vasallages: 1.° servidumbres personales, manos-muertas, derechos de fuerza y otros análogos, que debian abolirse sin indemnizacion; 2.° servidumbres reales, censos y rentas en frutos ó dinero, redimibles á un precio equivalente; 3.° servidumbres mistas, que al mismo tiempo pesan sobre los bienes y personas, redimibles á un precio menor que los derechos puramente reales.

Un cuarto y quinto orador, tambien del estado llano, Leguen y

La Poule, hicieron una pintura espantosa de los atentados que contra la libertad del hombre y el pudor de la mujer perpetraron antiguos nobles, atentados que muchas veces iban dirigidos contra la vida de sus vasallos, sin tener en cuenta que aquellos odiosos derechos estaban desde largo tiempo abolidos de hecho, suponiendo tambien que el capricho pasagero de algun señor les hubiese dado jamás un momento de existencia en rincon alguno de sus tierras. Un sesto orador suelta algunas palabras contra el diezmo, que tan pernicioso influjo, dijo, ejerce sobre la agricultura. Sin embargo, el marqués de Foucault, despues de haber osado desaprobar ofertas tan inconsideradas, aludiendo á algunos opulentos pensionistas que no eran por eso gefes menos ardientes de la revolucion, dijo que los sacrificios de los derechos pecuniarios debian ser principalmente soportados por los grandes de la corte, á quienes colma el príncipe superabundantemente de dignidades lucrativas y exorbitantes pensiones.—¡Ah! ciertamente, esclama un noble estraño á la corte, hé aquí una buena ocasion para que aquellos á quienes esta observacion toca se apresuren á renunciar tantas ventajas.—¡Pues qué! digeron tumultuosamente otros muchos, ¿no tenemos iguales sacrificios que hacer? Uno de estos generosos dimisionarios, el duque de Chatelet, indicó que deberian contarse los diezmos en el número de las gabelas respetables.—Si el clero, repuso el presidente Chapelier, nada ha dicho todavía, y sin duda querrá hacer tambien sus sacrificios.—El clero, responde el obispo de Nancy, La Fare, se adhiere á cuanto acaba de decir la nobleza; desea solamente no que el producto de la redencion quede á favor del propietario eclesiástico actual, como lo verificarán los legos, sino que se invierta en mejorar los mismos beneficios, para que los bienes de la Iglesia no recaigan en manos de poseedores pasageros.—Convendria tambien, continúa el obispo de Chartres, Lubersac, la destruccion de los palomares y conejares, así como el declarar la pesca libre y reformar la legislacion tiránica vigente sobre la caza. De esta manera los dos órdenes privilegiados se despojaban á porfía de sus derechos, cuando de un golpe pusieron el sello á la abnegacion de aquella célebre noche de un modo que sorprende.

El tiempo se consumia en palabras: la noche avanzaba, ó mas bien asomaban ya los albores del nuevo dia. Sea cansancio ó espontáneo movimiento de una generosidad sin ejemplo, óyese sobre multitud de instituciones sociales hasta entonces respetadas, un grito de reprobacion general. «Ya no mas vasallages, abajo los feudos, censos y diezmos.» El cura de Soupes, Thibault, á nombre de sus compañeros que no le habian autorizado para ello, ofreció lo que se llamaba *el dinero de la viuda*, que era cierta costumbre de apoderarse el párroco á la muerte del feligrés de determinados efectos ó cantidades. Tan poco autorizados como él por sus comitentes, los diputados de las provincias en los Estados generales renunciaron todas las prerogativas y privilegios. Ya no habrá pues, decian, mas distinciones en Francia: una sola ley y una sola nacion serán nuestra divisa: todos serán iguales, teniendo por el mas honroso el nombre de *ciudadano francés*. Con la mayor precipitacion se redactó el decreto, lanzándose todos á la mesa con grande entusiasmo para firmarle; se acordó tambien que se cantaria un *Te Deum* en accion de gracias, al cual se suplicaria al rey asistiese. Así terminó esta sesion, que principió por asegurar *las prestaciones y censos acostumbrados*, y dió fin con la proscripcion de todas, resultado harto comun en las asambleas únicas, deliberantes y *parlantes*, si nos es permitido usar esta voz.

El primer acto ministerial de Necker fué levantar un empréstito de treinta millones, que no llegó á cubrirse, y otro en seguida de ochenta que no tuvo mejor éxito; mas esto pendia menos de él que de la Asamblea, que tolerando los desórdenes alejaba la confianza. Propuso, en fin, un *donativo patriótico* que debia consistir en la cuarta parte de las utilidades de cada uno. Mas como su exaccion debia girar sobre la declaracion simple y no sujeta á investigaciones de cada particular, arrojó únicamente la módica suma de noventa millones, que solo al cabo de tres años llegó á verse cubierta. Se propuso al mismo tiempo señalar á los diputados una retribucion diaria de diez y ocho libras durante el tiempo de su encargo. Este sueldo no fué precisamente fijado por un decreto; pero se pasó órden á las oficinas para que lo abonasen. Este espediente logró retener á los diputados menos ricos, que componian el mayor número y cuya retirada hubiera dejado en cuadro á la Asamblea hasta el punto quizá de tener que disolverse por sí misma. Por último, el 27 de agosto fué decretada la ilimitada libertad de imprenta, que se hacia necesaria para garantizar á los escritores, cuyas plumas gratuitas ó mercenarias eran precisas para la defensa del sistema de reforma comenzado.

Los sacrificios de la noche del 4 de agosto, votados entonces con tanto entusiasmo, dieron motivo á mas de una señal de pesar y de oposicion en las discusiones que se consagraron á su redaccion. El artículo sobre los diezmos fué con especialidad objeto de vivas reclamaciones. Habíase decretado al principio que serian redimibles; sin embargo, al redactarla, La Cote, Chasset y otros propusieron la supresion absoluta, y sacaron á plaza la delicada cuestion de la propiedad del clero. Las refutaciones de diversos miembros de este cuerpo y las terminantes observaciones del abate Sieyes á propósito del diezmo, no habian hecho impresion alguna en la Asamblea, que parecia decidida á cortar este punto de alta importancia, y Juigné, arzobispo de Paris, puso término al conflicto con la formal renuncia del diezmo, á nombre del mismo clero.

Una vez redactadas todas las resoluciones de aquella famosa noche, fueron presentadas al rey en diez y nueve artículos; respondió este que las examinaria, y el 18 de setiembre envió á la Asamblea sus observaciones. Sobre las servidumbres personales dijo que habiendo él espontáneamente abolido en sus dominios la esclavitud, al subir al trono, destruido sus vasallajes y otros derechos y abusos que agoviaban al pueblo, veia con gusto la decision de la Asamblea referente á la materia; que puesto que accedia la nobleza misma, se conformaba con que los derechos feudales, diezmos, rentas y prestaciones quedasen sujetas á redencion: pero que debian adoptarse medidas eficaces para asegurar la indemnizacion, antes de llevar á efecto este plan, sobre todo por miramiento á los derechos de este género que muchos príncipes estranjeros poseian en Francia; que le parecia laudable y aprobaba el desinterés del clero renunciando á los suyos, pero que con respecto al diezmo, opinaba que debia reclamar toda la atencion de la Asamblea, ya porque este generoso abandono de sesenta ú ochenta millones anuales hubiese podido ser de otro modo un recurso para el Estado, y ya porque el beneficio recaia sobre los propietarios, quienes al verificar la compra de sus tierras habian descontado del capital el importe de este gravamen. En cuanto á la venalidad de los empleos, que habia razones plausibles en pro y en contra, que la Asamblea debia meditar en su sabiduría, antes de decidir definitivamente sobre este punto; que el dinero de los empleos de la magistratura era en efecto una garantía de la educacion honrosa de los que se presentaban á adquirirlos, y que su reembolso acreceria inútilmente las dificultades del tesoro. Que aprobaba, sin reserva alguna, la abolicion de todo privilegio en materia de impuestos, y la renuncia de ellos realizada por ciertas provincias que tenian sobre el particular usos y legislaciones especiales, y que apoyaria con todas sus fuerzas el establecimiento de una constitucion comun, que seria para todos mas útil que sus privilegios particulares. Supuso que antes de la supresion de las jurisdicciones señoriales, se tomarian medidas para que el pueblo no quedase sin jueces y sin policía. Aprobó el rey la incompatibilidad de muchos beneficios; mas hizo observar que siendo los anuales, ó que vacaban en ciertas épocas, de nombramiento pontificio, segun el concordato, no podia una de las partes anular sus disposiciones sin consentimiento de la otra; sin embargo que tomaba su ministerio á su cargo zanjar esta dificultad, teniendo en cuenta las deferencias debidas á la tiara. En cuanto á las gracias y pensiones declaró que le encontraria dispuesto siempre la Asamblea á hacer los exámenes y clasificaciones que creyese necesarias; pero que creia preferible una reduccion por punto general á investigaciones interminables que causarian muchas alarmas. De esta manera el monarca acogiendo los votos de la Asamblea, la insinuaba que era su deseo fuesen sus resoluciones el resultado de un maduro exámen. Tales dilaciones no eran del gusto del partido que dominaba en la Asamblea; representó este, apremió é hizo instancias tan vivas y atrevidas (pues llegó hasta á pretender que el rey no podia negar su aprobacion y que no era precisa) que el 20 de setiembre, dos dias despues de leidas las sábias observaciones, Luis XVI se vió obligado á dar su consentimiento. Llamábase á esto *sancion*, que se indicaba con estas palabras: *es de nuestro agrado, consentimos lo queremos*, ú otras equivalentes: y la desaprobacion ó negativa con estas otras: *veto, lo prohibo*. Esta última fórmula era tomada de la Polonia, donde esta palabra *veto* pronunciada por un solo miembro en la asamblea general de los estados, suspendia la deliberacion ó impedia la decision hasta que hubiese retirado su *veto*.

Desde algunos dias antes la definicion precisa del *veto* habia sido objeto de deliberaciones en la Asamblea: la comision de constitucion por órgano del conde de Lally-Tollendal habia presentado un plan de gobierno. Proponia un cuerpo legislativo compuesto del rey, un senado y los representantes de la nacion. La iniciativa correspondia á las dos cámaras, y la sancion al rey: ambas cámaras tenian el derecho de *veto*, la una sobre la otra y el rey sobre las dos. Por estos motivos diferentes, los de opiniones estremas se pusieron de acuerdo para desechar las dos cámaras. La discusion se prolongó demasiado sobre el *veto* y sus efectos. Conveniase generalmente en que el rey debia tener el derecho de sancion; mas algunos pretendian que este era un acto de pura fórmula, acto necesario únicamente para promulgar la ley; los otros sostenian que esta era una parte integrante del poder legislativo, que daba al rey este derecho de concurrir á la confeccion de las leyes con su adhesion, ó impedir sus efectos con la negativa. Mas esta negativa debia ser *absoluta*,

de manera que no se pudiese reproducir una ley una vez desechada por la corona, ó simplemente *suspensiva*, y así el *veto* solo impedia los efectos de la ley por una vez solamente, pudiendo volver á ser presentada á la *sancion*; y en el caso de que esta reproduccion tuviera lugar, ¿cuántas veces podria ser ejercida? En fin, agotados ya todos los arbitrios ¿podria sostener el monarca su *veto* perpétuamente, ó estaria obligado á prestar la *sancion*? Tratábase pues, como vemos, de la soberanía, porque indudablemente es el señor aquel que puede impedir obrar á los otros. Despues de mu-



Mirabeau en la tribuna.

chos dias de debates muy vivos, la Asamblea, teniendo presente un informe de Necker, se decidió el 11 de setiembre por el *veto suspensivo*, fijando el término de la suspension en la segunda legislatura, esto es, en la segunda asamblea general que siguiese á la primera demanda de *sancion*.

El conde de Mirabeau se habia decidido por el *veto absoluto* del monarca; y en un discurso que pronunciaba en apoyo de esta opinion, fué cuando salió de sus labios este vigoroso apóstrofe: «Uno de los opinantes os acaba de decir que no cree necesaria la sancion real cuando el pueblo ha decidido, y yo, señores, creo el *veto* del rey tan preciso, que viviria mil veces de mejor gana en Constantinopla que en Francia, si no lo hubiese. Si, os lo declaro, nada mas terrible conozco que la aristocracia soberana de seiscientas personas, que mañana podrán hacerse inamovibles, al siguiente dia hereditarias, y acabarian, como todas las aristocracias de todos los paises, invadiéndolo todo.» Mas ni el profundo sentido de este pensamiento, ni la viveza de la imágen bajo la cual fué presentado, ni su popularidad en fin, pudieron triunfar del espíritu de republicanismo que dominaba ya en la Asamblea, y cuyo gérmen él mas que otro alguno habia introducido.

La discusion sobre el *veto* no quedó reducida á la Asamblea; se llegó á hacer objeto de acaloradas disputas y de una grande fermentacion en la capital. Si se concede al rey el *veto* absoluto, todo se ha perdido, gritaban los oradores del Palacio Real; se acabó la libertad, y el despotismo volverá á levantar la cabeza mas tiránico que nunca. Estos oradores esplicaban á su manera en los jardines al populacho lo que era este *veto*, que lo representaban como un mónstruo dispuesto á devorarlo. Si se deja al monarca, decian, pesarán sobre vosotros impuestos sobre impuestos, vasallajes y todo género de vejaciones. Se insinuaba que el rey estaba dispuesto espontáneamente á dar esta satisfaccion al pueblo, esto es, á desprenderse del derecho del *veto*; pero que se hallaba supeditado por los nobles y el clero que le rodeaban, y sobre todo por la reina, cuya conducta se comenzó á desacreditar entonces, clamando contra el ascendiente que se le atribuia sobre su esposo. El único medio, añadian, de sustraer el rey á estas seducciones, será tenerle en la capital, en medio de vosotros, donde su presencia traerá consigo la abundancia, alejando el hambre que ya se deja sentir en vuestro seno.

El rey no habia sancionado aun el veto suspensivo: diferia hacerlo, no mostrándose mas dispuesto á dar la sancion al primer capítulo de la constitucion, intitulado *de los Derechos del hombre*, que le fué presentado el 1.° de octubre y que parecia contener el germen de máximas anárquicas, contrarias á la subordinacion gradual necesaria á todo gobierno. Estas dilaciones no eran del gusto del *lado izquierdo* de la Asamblea, la cual, naturalmente se habia dividido en dos partes: la derecha monárquica, que era la mas débil; y la izquierda republicana que era la mas numerosa. Al descontento causado por estas dilaciones, siguieron inquietudes. Algunos hicieron notar que lejos de marcharse segun costumbre al destacamento de guardias de corps que concluia su semestre en 1.° de octubre era retenido, siendo la consecuencia que se encontrase doblada la fuerza agregado al relevo ordinaria. Este aumento de fuerzas fué mas notable con la llegada del regimiento de Flandes que la corte llamó á Versalles. Era ordinario que cuando llegaba un cuerpo á una plaza, fuese festejado por los que en ella estaban de guarnicion. Siguiendo esta costumbre, quisieron los guardias del rey, para celebrar la llegada del regimiento, dar el 1.° de octubre, dia de la reunion de la fuerza de los destacamentos de ambos semestres, un convite á que fueron convidados los oficiales del regimiento de Flandes, los de la guardia nacional de Versalles y en general todos los militares distinguidos agregados á la corte.

El festejo fué dado en el salon de Hércules. Su golpe de vista era brillante: las damas colocadas en las tribunas aplaudian la alegría de los convidados. Una de las damas de la reina, encantada de aquel espectáculo, corre á suplicarla que tenga la complacencia de asistir á él, o al menos que lo permita al jóven Delfin. La reina estaba triste, pensativa, poco dispuesta á divertirse; mas resolvióse á marchar á fuerza de instancias. El rey llegaba á la sazon de cazar, y fué reducido á acompañarla. Así que entraron en el salon, la reina coge á su hijo en brazos y lo pasea alrededor de la mesa. Los convidados con el vaso en una mano y en la otra la espada, brindan por la salud del rey, de la reina y del Delfin en su presencia. Retirados estos, la alegría se desborda sin reserva, los brindis se suceden, caliéntanse las cabezas, y una música marcial entona aires propios para dar mas espansion al entusiasmo. Las damas de las galerías cesan de ser simples espectadoras. Ofréceules finezas y ellas las aceptan. Jóvenes oficiales se disputan con ardor el placer de obsequiarlas. Escalan luego las tribunas: su acaloramiento causa al principio algun alboroto, mas todo concluye por un animadísimo baile.

Se reprodujo la fiesta al dia siguiente en el Picadero; pero esta vez la concurrencia no se limitó á las personas convidadas. La conversacion desde luego puramente cortesana, como acontece siempre al principiar estas comidas, fué insensiblemente tomando calor á medida que los espirituosos vinos circulaban; luego se oyeron frases de adhesion al rey y su familia, protestas de firme lealtad, y por una consecuencia forzosa, imprecaciones contra aquellos que designaban como sus enemigos. El nombre de la Asamblea nacional salió de los lábios de algunos; otros mas imprudentes llegaron á pisotear la escarapela tricolor sustituyéndola con la antigua. El ruido y el desórden fueron en aumento, hasta el punto que se creyó fuera que se batian, y la guardia nacional de Versalles corrió á las armas para impedir que el tumulto se estendiese.

La Asamblea nacional, que desde su sala de sesiones oyó toda la algazara, no pareció inquietarse por ello. Ocupábase en aquel momento de la constitucion y del capítulo primero de *los derechos del hombre*, de que pedia al rey la sancion, así como la del *veto* suspensivo; pero esta tranquilidad era aparente. Partieron emisarios de su seno á Paris para presentar al pueblo estas escenas con colores á propósito para conmoverlo. Brindis subversivos, una lealtad jurada con la espada en la mano, la escarapela nacional profanada y su rival usurpando el puesto, la Asamblea nacional insultada por dichos injuriosos, sus miembros amenazados: ¡ cuán hermoso asunto para comentarios! En efecto, los oradores populares dieron á todo esto las proporciones que no tenia. Añadian que habia certeza de que los aristócratas estaban dispuestos á llevarse al rey á la frontera, y que una vez alejado, levantarian en su nombre un ejército que traerian á Paris para bloquearlo, interceptar los víveres y

matar al pueblo de hambre. Es necesario pues, repetian, ser mas activos que ellos: la presencia sola del rey entre vosotros basta para preservaros de los últimos horrores del hambre que ya os amenaza.

El motin que siguió á estos preparativos fué una repeticion del de 11 de julio, si bien tuvo mas funestas consecuencias. El 5 de octubre grupos de mujeres, gritando, cantando y llorando, recorrian las calles, suelto el cabello, parecidas á unas bacantes y la mayor parte en un estado que bien merecia este nombre. Engrosábanse sus grupos con las demas mujeres que por curiosidad ó sus quehaceres estaban fuera de sus casas; metianlas violentamente en medio de ellas, y por fuerza las obligaban á seguirlas. Estos grupos se reunieron en la plaza de la Greve sobre las ocho de la mañana. Habianse unido á ellas hombres feroces de la anterior insurreccion, armados de hachas y palos, y otros no menos malvados disfrazados de mujeres que los concitaban al desórden. Llegados todos á la casa consistorial, se empeñaron en entrar para presentar, segun decian, una representacion al consejo, que lo creian reunido. En efecto, muchos miembros, llevados por la noticia del tumulto, se habian presentado é iban llegando otros. Paris estaba dividida en distritos, cada cual con su consejo y una compañia de guardia nacional á sus órdenes. Estos distritos enviaban destacamentos en apoyo de los que defendian la casa consistorial. Ya muchas mujeres, ayudadas de sus feroces campeones, habian forzado las puertas y penetraban en las salas con teas encendidas en busca de las armas que creian ocultas en los subterráneos, y que-



Vuelta del rey á Paris.

rian cogerlas para ir á Versalles á rescatar al rey. Se logró hacerlas salir empleando la dulzura y la promesa de satisfacerlas.

La Fayette, el comandante general, apostado en la plaza al frente de un cuerpo de caballeria, se veia rodeado por esta multitud, á la que con trabajo podia contener y separar. ¡Que se nos lleve á Versalles, á Versalles! gritaban todas las voces, y este grito se prolongaba por las calles vecinas con un tumulto espantoso. El general se negaba á prestarse sin órden á un deseo cuya ejecucion podia acarrear funestas consecuencias, y del cual seria él el responsable: pidió repetidas veces al consejo una decision, que llegó al fin. El comandante la leyó en alta voz: no solo consentia el consejo en que el populacho partiese á Versalles, sino que daba al comandante la órden de escoltarlo y dirigirlo. Al instante el grueso de las mujeres se pone en marcha, citando para los campos Eliseos á aquellas que volvian á sus casas á prepararse, donde unas y otras se reunieron á las diez de la mañana en número de siete ú ocho mil.

Cubrian el camino de Versalles, la mayor parte á pié, otras en carretas que quitaban á sus conductores y en toda especie de car-



Fuga del rey y de su familia.

ruages: la alegria reinaba entre esta tropa, que hablaba, cantaba y deliraba, animándose unas á otras en la fatiga de una marcha, penosa por lo resbaladizo del terreno á causa de una espesa niebla que se convirtió en lluvia á su llegada á Versalles. Estas bandas se refugiaron en las casas, en las iglesias y donde quiera que pudieron encontrar asilo, y hasta en la sala de la Asamblea, donde algunas pasaron la noche acostadas en los escaños de los diputados, despues de haber sembrado el espanto con sus imprudentes vociferaciones. La guardia parisiense, que formaba un ejército, las seguia para defenderlas y dirigirlas con sujecion á las órdenes del consejo. La llegada de La Fayette al frente de una tropa disciplinada, compuesta en su mayor parte de ciudadanos amigos del órden, dió la esperanza de ver restablecida la tranquilidad. En efecto, este general pasó la noche apostando cuerpos de guardia, destacando patrullas y disponiéndolo todo de manera que fuese el desórden el menor posible en medio de tanta confusion.

Llega desgraciadamente la hora fatal elegida para el crímen que se meditaba. A los primeros rayos del sol se reunieron aquellas mujeres que parecian haber dado impulso á todo: algunos diputados disfrazados, entre los cuales se creyó conocer á Mirabeau, se mezclaron en aquel cortejo ó le dirigian de lejos; preséntanse ellas á las puertas del palacio real. No se las quiere abrir. Los hombres atroces, que ya en Paris las escitaban á poner fuego á la casa de la ciudad, habianlas acompañado á Versalles. Penetran en el edificio por puertas secretas, y se introducen en las galerias y aposentos. Mu-

chos guardias que quisieron oponerse á la irrupcion de estas cohortes, furiosas ya con la resistencia, fueron asesinados á la misma puerta de los aposentos reales que querian defender. La reina, amenazada por aquellas frenéticas, se refugia medio desnuda en la habitacion de su régio esposo. Toda la familia se reunió allí. Los asesinatos continuaban con un encarnizamiento horrible. No habia quien diese órdenes ni fuese obedecido. Se clamaba á gritos por el general del ejército de Paris, y este se presentó al fin. Un destacamento de guardias nacionales bastó desde luego para hacer evacuar el palacio á pesar de su escaso número, y salvar la vida á una porcion de guardias de corps, que encadenados por órdenes superiores se habian entregado sin resistencia á sus asesinos. El rey habia mandado á decir á la Asamblea nacional la angustia en que se hallaba; y esta corporacion envió á su lado algunos miembros de su seno. Desde muchos dias antes apremiábale esta á que prestase su *sancion* al capítulo de los *Derechos del hombre*. El habia dado su *consentimiento*; pero esta palabra no les parecia suficiente. Los diputados consultados por el rey sobre el partido que debia tomarse en aquel trance, contestaron que solo se calmaria el pueblo si daba francamente su *sancion*. Así lo prometió. Una vez divulgada esta complacencia, hubo un momento de calma; mas del palacio real en que estaba el grueso de las mujeres, salió luego el grito de «¡el rey á Paris!—¡A Paris!» repiten todos los demas. Luis resiste algunos momentos, y da por fin su consentimiento á condicion de que le acompañen su esposa y sus hijos. El pueblo quiso oir esta promesa de su boca. Presentóse Luis en el balcon. Ya no se oyeron entonces los gritos de furor de aquel desencadenado populacho, sino entusiastas aclamaciones de alegria: «¡Viva el rey! ¡viva la reina! viva el Delfin!» Los guardias se presentan tambien; arrojan la escarapela negra, toman la tricolor, bajan al patio, se mezclan con las mujeres que les ponen gorras de granaderos de la guardia nacional, y la mejor inteligencia llega á reinar entre estas y aquellos hombres á quienes momentos antes perseguian de muerte.

El consentimiento del rey para la vuelta de la corte á Paris fué la señal de marcha de toda la comitiva. Componian la vanguardia los asesinos y sus furiosas compañeras que llevaban en lo alto de las picas las cabezas de los guardias de corps degollados. En medio de esta tropa ébria de vino y de furor, descollaba, dice un testigo ocular, un fantasma gigantesco, que parecia vomitado por el infierno: era este «*el Corta-cabezas*, notable por su barba larga, un trage negro y desgarrado, cubiertos pecho y espalda con una especie de cota blanca, los brazos desnudos hasta el hombro, las manos ensangrentadas, armado con una hacha enorme que blandia con furor, como provocando nuevos asesinatos y ansiando otras víctimas.» Este grupo precedia al rey á larga distancia, ya porque quisiese hacer alarde de su prisa y entusiasmo, ó porque le hubiesen obligado á ello para evitar al rey y á su familia tan repugnante espectáculo.

La marcha era en este órden: «Un fuerte destacamento del ejército parisiense, los trenes de artillería, gran parte de las mujeres y hombres del pueblo armados de picas á pie el mayor número, otros en coches y carros y sobre los cañones; esta multitud era seguida de cincuenta ó sesenta carros de trigo y harina sacados de diferentes depósitos de Versalles. Estos carros precedian de cerca á las carrozas de la corte. Un cuerpo numeroso de caballería ciudadana en la mayor confusion con mujeres, diputados, granaderos y otras personas, rodeaba el carruage del rey. Seguian atropelladamente y confundidos á pie y á caballo, el regimiento de Flandes, los dragones, los guardias de corps, los suizos y multitud de bandidos. Veíase alrededor de los carros de provisiones á las mujeres del mercado, y sus robustos dependientes llevando enormes ramas de álamo, por lo cual parecia que un bosque mezclado con fusiles y picas se movia lentamente hácia Paris.

«Retumbaban en el aire los gritos de toda esta comitiva. Las mujeres que precedian á los carruages del rey, cantaban canciones alegóricas á las que añadian con el gesto alusiones picantes á la reina. Al entrar en Paris mostraban á la multitud que las rodeaba, las provisiones con una mano, y al monarca y su familia con la otra. ¡Valor! amigos les gritaban; ya no nos faltará pan: aquí os traemos el panadero, la panadera y el mozo de tahona: detras de los carruages los guardias de corps que se habian salvado, humillados abrazaban con efusion á sus libertadores. Los cuerpos del ejército de Paris, dividido en compañías, precedidas cada una de sus cañones, terminaban este cortejo, cuyo conjunto ofrecia á la vez, el cuadro de una fiesta cívica y el efecto grotesco de una saturnal. Igualmente podia considerarse entonces al monarca tanto como un padre rodeado de sus hijos, cuanto como un príncipe destronado paseado en triunfo por sus rebeldes súbditos.»

Luis XVI fué magníficamente recibido en la casa consistorial. Oyó pomposos discursos, á los cuales respondió con su benignidad ordinaria. El general del ejército le rogó que por sí mismo anunciase al pueblo que estaba decidido á fijar su residencia en Paris: «Yo no me niego, respondió el monarca, á fijar mi residencia en mi buena ciudad de Paris, pero todavía nada he resuelto: respecto á este punto, yo no quiero hacer una promesa que no esté resuelto á cumplir.» Se retiró á media noche á las Tullerías, donde nada se habia preparado, y su hermano y cuñada que le habian seguido pasaron al Luxemburgo.

Desde el siguiente dia dedicó el rey todo su afan, secundado por el consejo municipal, al abastecimiento de Paris. Estos paternales cuidados conmovieron el pueblo. Concurrieron á las Tullerías diputaciones de todos los cuerpos á asegurar al monarca su obediencia. Condescendiendo espontáneamente con el voto general, hizo publicar solemnemente la promesa de «fijar en la capital su mas habitual residencia.» Este compromiso fué recibido con entusiastas aclamaciones. La tranquilidad se restableció en Paris en un solo dia, como si no hubiera sido turbada. Las provisiones llegaron; se abastecieron las plazas y los almacenes; los hombres sanguinarios que habian cometido los asesinatos de Versalles, viendo tan cambiados los ánimos en la capital, se apresuraron á volver á las provincias del Mediodia que los habian vomitado; y el duque de Orleans, mas que sospechoso de haber puesto á sueldo la rabia y el furor de aquellos bandidos, debió creerse afortunado, si no esperimentaba mas que el desvío de la corte.

La Asamblea Nacional siguió aun por algunos dias en Versalles vacilante sobre quedarse ó trasladarse á Paris. Muchos diputados temian que lo que acababa de hacer en Versalles un simple destacamento del populacho de la gran ciudad, se renovase con mas furor cuando este populacho se encontrase reunido: dudaban pues sobre el partido que tomarian. Gran número, á pretesto de negocios de familia ó salud, pidieron los pasaportes para volverse á sus hogares, donde querian esperar los acontecimientos para obrar: otros se marcharon sin advertirlo; el resto llegó á Paris el 10 de octubre, y se instaló en la capilla del palacio arzobispal, interin se habilitaba el Picadero, cerca de las Tullerías.

La constitucion seguia discutiéndose en Paris en el mismo sentido que habia comenzado en Versalles. Cada artículo que la Asamblea presentaba á la sancion, causaba al rey nuevas angustias: no fué mas que una continuacion de este estado de perplegidad y zozobra el resto de la vida de Luis XVI. Nosotros nos limitaremos á dar una relacion de los sucesos, sin ingerirnos en la apreciacion de sus causas tan diversamente vistas y contadas. Tampoco nos permitiremos entrar en el sagrado de las intenciones. Muy recientes todavía los sucesos, y vivos los odios, no permiten esperar que la misma imparcialidad sea bien acogida. El plan de nuestro trabajo nos obliga á bosquejar los hechos muy someramente; vamos pues á recorrer esta última época de prisa y como ansiosos de desembarazarnos de penosos recuerdos.

La Asamblea continuaba en Paris un gran trabajo que habia comenzado en Versalles, á saber: la division del reino en departamentos, distritos, cantones y municipalidades, suprimiendo las antiguas denominaciones de gobiernos, intendencias, parroquias y límites de las provincias, de las que hasta los nombres se proscribieron, á fin de que no hubiese mas bretones, borgoñones, gascones ni otras cualesquiera denominaciones de razas ó paises, y que las sustituyese á todas la de francés. Esta operacion no fué terminada hasta el 15 de enero de 1790, fecha del decreto que dividió á la Francia en ochenta y tres departamentos. Entonces se propuso, como natural consecuencia de esta division, la *inscripcion cívica*, esto es, la inscripcion de cada habitante en el registro de imposiciones abierto en su canton, sin distincion de rango ni dignidad: esta confusion, á lo que se cree, un paso para la destruccion de los órdenes privilegiados.

Hasta entonces solo se habia echado mano de medios ridículos. La Asamblea habia permitido que desfilasen ante ella procesiones de ciudadanos y ciudadanas de toda edad y profesion para depositar en su seno, los hombres sus alhajas de oro y plata necesarias para sus trajes, y las mujeres sus joyas y otros objetos de precio. Habia hasta emulacion en despojarse de estas prendas por la patria. Todo, aun la mas insignificante ofrenda, era aceptado. Estas especies de espectáculos, espontáneos unas veces y provocados otras, venian á distraer de tiempo en tiempo á los legisladores de sus graves tareas.

Ocupábanse entonces de orillar un obstáculo, que podia hacer mucha guerra á la autoridad de sus decretos. Las vacaciones de los Parlamentos iban á terminar; y era de temer que si volvian á sus funciones, llegasen á contrariar las miras de la Asamblea. Para obviar este inconveniente, decretó que los Parlamentos seguirian suspensos hasta nueva órden, y que las cámaras de vacaciones los suplirian en todos los negocios concernientes á ellos. El rey no se opuso á esta interdiccion de los Parlamentos, cuya intervencion hubiera podido serle útil. Llegó hasta á amonestar algunas cámaras de vacaciones que se negaron á registrar la prorogacion mandada por la Asamblea, y permitió que fuesen citadas á la barra para oir las amonestaciones. Calcúlese con que actividad administrarian justicia unos jueces desalentados. Los gefes de los cuerpos militares, mal sostenidos por la autoridad real, y temiendo la animadversion de la

Asamblea, demasiado inclinada en favor de las clases inferiores del ejército, dejaban relajarse la disciplina. Algunos que quisieron sostener enérgicamente la subordinacion, fueron asesinados por sus soldados. De todas partes llegaban a la Asamblea nuevas de revoluciones y asesinatos: provincias enteras estaban en combustion.

Estas conmociones hacian difícil y á veces nula la recaudacion de los impuestos. El tesoro público se encontraba exhausto; y eran precisos ciento setenta millones para el estraordinario de 1789.

Solo á la Asamblea, en su ilimitada autoridad, era dado imaginar grandes recursos. Inmensos los veia ella en los bienes del clero, la dificultad estaba en poder sacar ventajas inmediatas y tangibles. Para ello era preciso dar movilidad á estos fondos inmutables por su naturaleza, y cambiar por dinero las casas, tierras, los prados y bosques. Acudióse á ello creando billetes ó cédulas que daban al portador *asignacion* sobre el precio de los bienes eclesiásticos que se vendian. Esto es lo que se llamó *asignados*, que circularon como moneda corriente. Por de pronto se pusieron en venta bienes por valor de cuatrocientos millones. Sin embargo, como se necesitaba tiempo para llevar á cabo las ventas y fabricar los asignados, la caja de descuentos que ya en 1787 habia dado setenta millones de sus billetes al tesoro público, fué autorizada para crear veinte mil acciones, emitiendo en consecuencia cien millones en nuevos billetes que serian entregados al tesoro, reembolsables así como los otros en *asignados*. Por de pronto se logró el efecto apetecido: esto es, la ventaja de afianzar la estabilidad de la Asamblea nacional; y este tesoro recibió mayor aumento aun por la enagenacion de los dominios del patrimonio real, y con la confiscacion de los bienes de los emigrados. Al paso que estas operaciones arruinaban al clero, la proposicion leida en la tribuna para la abolicion de todos los privilegios y distinciones, anunciaba á la nobleza su próxima destruccion.

Difícil seria pintar la especie de rabia que se apoderó del pueblo durante el proceso de Favras, que se instruyó en el Chatelet. Una multitud de furiosos obstruia las puertas del tribunal y hubieran querido que el acusado fuese interrogado, sentenciado y ejecutado en el acto. Las dilaciones necesarias parecíanles parcialidad en favor del culpable, á quien se queria salvar porque era noble. Amenazaban, apremiaban á los jueces, y pedian la sentencia con espantosos ahullidos. Favras se mostraba tranquilo en medio de este desbordamiento, cuya trascendencia no se le ocultaba: embarazaba cada vez mas á los jueces con la oportunidad de sus respuestas. El complot de que se le acusaba estaba mal concebido y era incoherente en los medios é imposible en su ejecucion: le fué fácil destruir victoriosamente todas las pruebas que se le presentaban, y no por eso dejó de ser condenado á un suplicio ignominioso. «Vuestra vida, le dijo el relator al hacerle saber la sentencia, vuestra vida es un sacrificio que debeis á la libertad y al órden público.» Este relator era Quatremere, que pereció despues en el reinado del terror: y á este propósito puede observarse con el autor del *Ensayo sobre las revoluciones*, que, «los procesos en que tales consideraciones merecian ser atendidas, preparaban otros atroces que caerian sobre las cabezas de los pusilánimes magistrados, que para el cumplimiento de sus deberes se habian dejado llevar por otras inspiraciones que las de su conciencia.» Favras no perdió su admirable sangre fria en tan terrible trance; dictó sin turbacion un prolijo testamento, lo revisó y hasta corrigió las faltas ortográficas con escrupuloso esmero. La plaza de Greve estaba llena de un pueblo frenético que á gritos pedia su cabeza. Atravesóla sin emocion, completamente entregado á los piadosos consuelos del sacerdote, que era amigo suyo. Desde la fatal escalera dijo al pueblo con voz firme: «Muero inocente.» El ejecutor con la esperanza de que fuese posible calmar al pueblo, le exhortó á que hablase mas alto. Tres veces protestó su inocencia, y él mismo dió la señal de la ejecucion. Su protesta de inocencia y su valor causó una especie de estupor á aquel pueblo, presa un momento antes de frenéticas convulsiones, y se retiró triste y pensativo. Es verosimil que la picota en la cual fué espuesto el marques de Favras era un signo patibulario colocado para imponer á aquellos que pudieran verse tentados á mezclarse en empresas contrarias á las de los dominadores de la Asamblea.

De esta manera se enervaba la autoridad suprema privada del concurso de aquellos que eran sus órganos ordinarios: no se cesaba de presentarla á los ojos del pueblo como un juez insoportable, como una esclavitud: «Cuando se ve uno agoviado por esta esclavitud, decia un hombre entonces de mucho crédito, la insurreccion es el mas santo de los deberes.» Por solo hacer mas odioso el ejercicio de esta autoridad, sobre todo en el empleo de los caudales públicos, fué por lo que se entregó á la curiosidad y malignidad del público el *libro encarnado*, en que estaban consignados al lado de diversos gastos de reconocida justicia y utilidad, muchas pensiones puramente de favor, que la corte habia concedido á diferentes particulares. Encontrábanse á la verdad entre estos quienes ni por sus profesiones ni servicios eran acreedores á tal recompensa. Luis XVI no ignoraba que sus predecesores habian traspasado los límites de una munificencia discreta; solo pues abandonó este *libro* que se juzgaba necesario para reducir los gastos inútiles, con la condicion de que las observaciones no pasaran mas allá de su reinado, condicion que deja entrever lo limpio de su conciencia en cuanto á sus liberalidades, y que prueba tambien su delicadeza por su empeño en que no se culpase á su predecesor por una prodigalidad deshonrosa en su principio.

Existia entre Francia y España, en virtud del pacto de familia, una obligacion de socorros mútuos en caso de ruptura con las otras potencias. Los españoles que desde mucho tiempo antes estaban cansados de sufrir el gran contrabando que ejercian los ingleses en sus colonias, y que se atribuian un derecho de soberanía en toda la costa occidental de la América septentrional, habian atacado un establecimiento ingles formado en Nootka-Sound, apoderándose de dos navios. Habia sido seguido el hecho de negociaciones entre las dos potencias, y de armamentos por parte de Inglaterra para apoyarlas. El rey de Francia al saberlo, creyó prudente equipar catorce navios, y así lo comunicó á la Asamblea. Este mensage dió lugar á una discusion muy viva sobre la proposicion siguiente: «¿A quién pertenece el derecho de declarar la guerra y ajustar la paz?» Un orador pronunció entonces estas palabras: «Señores, hasta el presente habeis deliberado en Francia y por la Francia: ahora vais á deliberar en el Universo y para el Universo.» Por conclusion de su discurso asaz virulento sobre el abuso que los monarcas habian hecho de este derecho en pro de sus particulares intereses y en perjuicio de los pueblos, pidió que este derecho quedase reservado á la nacion. Muchos oradores hablaron en el mismo sentido. Mirabeau á quien se creyó desde entonces separado del duque de Orleans por despreciar su pusilanimidad, y agregado al partido de la corte por la esperanza de grandes favores, sostuvo la opinion contraria. Las tribunas estaban llenas de curiosos que aplaudian furiosamente á los oradores de la oposicion. Cerrada la sesion llevaron en triunfo al mas elocuente de ellos, el jóven Barnave. El pueblo estaba agitado; y Mirabeau al ver lo que hacia con Barnave, dice con calor echando una mirada fulminante sobre sus adversarios: «Tambien á mí se me queria llevar en triunfo pocos dias hace; y hoy no se oye otra cosa por las calles: *La gran traicion del conde de Mirabeau*. No necesitaba yo de esta leccion para saber que no hay mas de un paso del Capitolio á la roca Tarpeya;» amenaza que fué una prediccion para muchos de aquellos á quienes se dirigia. Los debates se prolongaron muchos dias. La resolucion fué que el derecho de la guerra y de la paz pertenecia á la nacion, y que la guerra no podria ser declarada sino por un decreto del cuerpo legislativo dado á propuesta del rey y sancionado por él.

En medio de todas estas ruinas, la alegría del pueblo no tenia límites y sorprendia á los que conservaban alguna serenidad. Hombres, mujeres, niños, todos corrian al campo de Marte á trabajar en los preparativos de una fiesta, á la cual fueron llamados diputados de todos los cuerpos del ejército y de todos los guardias nacionales de Francia. Fué llamada *la fiesta de la confederacion*. El rey se presentó en el trono que se le tenia dispuesto, con su familia, y rodeado de todos aquellos que *grandes* antes, no eran ahora mas que simples *ciudadanos*, aunque brillaban todavía con su antiguo esplendor. Sacerdotes, en número de doscientos, revestidos de albas que ceñian con cintas tricolores, cubrian las gradas del altar de la patria. Se celebró la misa que no fué lo que mas llamó la atencion en aquel estraño tumulto. El obispo de Autun que oficiaba, bendijo el estandarte del ejército de línea y las banderas de los ochenta y tres departamentos. El rey pronunció desde su trono el juramento de someterse el primero á las leyes y de hacerlas observar por los demas. El comandante general de la milicia parisiense, acompañado de un cuerpo de oficiales partió del trono, atravesó el campo de Marte espada en mano, púsola sobre el altar, y todos juraron defender hasta con la última gota de sangre una constitucion que todavía no estaba acabada. En el instante del juramento del rey resonó una aclamacion general de aplauso: los ecos de la música, el estampido del cañon, el ruido de las armas, la ondulacion de las banderas, los gritos de entusiasmo, la afluencia, en fin, de confederados que estendian sus brazos hácia el trono, formaban un espectáculo que aquellos que fueron testigos, no recuerdan todavía sin emocion, y el cual pudo causar celos á la Asamblea.

El rey solicitó esta reunion fraternal esperando que ahogaría los enconos; dió el ejemplo del olvido permitiendo que el duque de Orleans volviese de Inglaterra. Sin embargo, los procedimientos sobre los desgraciados sucesos de Versalles en 5 de octubre del año anterior, en los cuales el duque y Mirabeau su consejero parecian complicados, no se habian abandonado: continuaban aun ante el Chatelet. Al presentarlos á la Asamblea el 7 de agosto, dijo el relator: Venimos, despues de seis meses de indagaciones á rasgar el velo que cubria los atentados cometidos en el palacio de nuestros reyes. Este exordio anunciaba terribles revelaciones. Su exámen fué sometido á la Asamblea. Mirabeau se defendió con la vehemencia que acostumbraba, mas pareció frio en la defensa del

duque de Orleans. Se esforzó en demostrar los vicios del procedimiento, los cuales aunque produjesen buen éxito, no patentizaban la inocencia. A pesar de la armonía que parecia reinar entre Luis XVI y la Asamblea desde la confederacion, ella en el fondo se hallaba disgustada por la lentitud con que el monarca hacia ejecutar sus decretos; se habia pues elegido muy mala oportunidad para obtener justicia contra un «atentado cometido en el palacio de los reyes:» la Asamblea declaró que no habia lugar á acusacion contra Orleans y Mirabeau. La atribucion que habia sido dada al Chatelet de Paris de juzgar las causas revolucionarias, le fué quitada sin sentimiento de sus magistrados que no habian sacado otro fruto que odios y disgustos.

Muchas personas encargadas de funciones administrativas ó judiciales, las abandonaron viendo que no habia medio entre entregarse á las facciones ó esponerse á su venganza. Necker dió el ejemplo. El 4 de setiembre habia enviado á la Asamblea su dimision del ministerio de Hacienda. La renuncia del *ministro adorado*, como le llamaban en el apogeo de su popularidad, fué recibida con frialdad. Aunque provisto de pasaporte, los habitantes de una aldea del tránsito le arrestaron como fugitivo. Quejóse él á la Asamblea, que por única satisfaccion mandó que le dejasen libre el paso. Se retiró á la Suiza, desde donde en vano intentó despues influir con sus escritos en los destinos de la Francia. En reemplazo de los ministros dimisionarios, disgustados por las contrariedades que sufrieron, el rey nombró otros mas sufridos y de la confianza de la Asamblea, para destruir las sospechas de connivencia con los exaltados de su corte. Eran aquellos Fleurieu, Duportail, Duport-Dutartre y Valdec de Lessart, en las plazas de La Lucerne, La Tour-du-Pin, Cicé, Lambert y Saint Priest. Las relaciones menos directas de Montmorin con la Asamblea, le permitieron no despertar desde luego su desconfianza, y conservar su empleo algun tiempo mas. Como todos los medios de destruccion debian concurrir, se habia insinuado al debil monarca que despidiese su guardia, la que habia escitado, segun le decian, la indignacion popular con la orgía de Versalles. Hizolo así, separándose de aquella juventud bizarra con muestras de recíproco sentimiento. Los guardias nacionales hicieron por algun tiempo el servicio en las Tullerías, menos por la pompa y magestad del trono, que por secundar una sombría desconfianza.

El rey sin embargo parecia haber echado en olvido la constitucion del clero, que se habia tenido el cuidado de revestir con el epíteto falso de *civil* para declinar el concurso de la autoridad religiosa; el monarca por el contrario deseaba la intervencion de esta, y se lisongeaba obtenerla mediante algunas variaciones que hubieran podido hacer aceptable el decreto. Mas creyéndose infalible el orgullo de las facciones, repudiaba transacciones y queria conseguirlo todo por fuerza. El jansenismo conspiraba para esta obra con el filosofismo. Camus, abogado del clero, que habia defendido con teson la causa de este órden cuando fué atacado en sus propiedades, y que despues se convirtió en su mas implacable perseguidor; Camus que tenia religion, pero la religion de un sectario, fué uno de los que mas vivamente escitaron á la Asamblea á apremiar al rey y violentar su conciencia, obligándole á dar una respuesta precipitada que le repugnaba. Una sublevacion escitada con el mismo fin en la capital, forzó al príncipe á aceptar esta constitucion para prevenir mayores males. En verdad que no podrian ser peores que lo que fueron. La casi totalidad de los miembros del clero fué invitada á aceptar individualmente el decreto, y fueron llamados *refractarios* los que se negaban á ello. No solo perdieron sus beneficios, sino que fueron designados al encono del pueblo como malos ciudadanos.

No es de estrañar que la cautividad en que vivia Luis, estimulase el celo de los cortesanos adictos al monarca y su familia, hasta el punto de formar el designio de libertarle de tal esclavitud. Se ha hablado de haberse pensado en llevarle por el rio á Rouen; mas otra empresa peor concertada todavía quisieron llevar á cabo los jóvenes de la corte: habian transformado estos en arsenal, los armarios de palacio, donde habian ocultado pistolas, espadas y hasta puñales. Los gefes de la guardia nacional, sospechando algun complot, fueron á quejarse al rey de la evasion meditada que ellos calificaban de traicion. El monarca no vió otro medio de evitar á aquellos jóvenes mayores males, que desarmarlos el mismo y mandarles que se retirasen; pero obligados á pasar por entre dos filas de guardias nacionales, sufrieron insultos y hasta golpes; algunos de los que los maltrataban, creyendo añadir el ridículo al insulto, les llamaron *caballeros del puñal*, nombre con que quedaron conocidos por haber intentado sostener los restos de una monarquía que por todos lados se desplomaba.

No puede dudarse que el rey deseaba tambien salir del poder de sus carceleros: su hermano tuvo probablemente la misma intencion, y se quiso impedir su ejecucion. Una multitud amotinada corrió al palacio del Luxemburgo, y el príncipe no pudo desembarazarse de las instancias del populacho de otra manera que anunciando que no tenia tal intencion de dejar á Paris. Las tias del rey fueron mas afortunadas, pues se las vió con indiferencia abandonar la capital. Su marcha y la de muchas otras personas á las que estaba el rey acostumbrado, le redugeron á un penoso desamparo; no veia á su alrededor mas que caras nuevas. Los desórdenes que en torno suyo iban en aumento, y las ofensas que diariamente se irrogaban á la religion y sus ministros traspasaban de pesar al piadoso monarca.

Tenian siempre al pueblo en agitacion los directores de aquella situacion angustiosa; política que trae á la memoria la de un dey de Argel. Sus confidentes le echaban en cara de que no dejaba al pueblo tranquilo, proporcionándole él mismo motivos para tumultos. «si yo tuviera, les contestó, una porcion de ratones metidos en una red, y dejara un momento de sacudirlos, roerian las mallas y á mi mismo me devorarian despues.» Los instigadores del desórden no dejaban escapar la mas pequeña ocasion de motin: el acontecimiento de menos valor les servia para ello lo mismo que los de general importancia. A fines del año anterior habia tenido lugar un duelo entre dos constituyentes, el marqués de Castries que era realista, y Cárlos Lameth, republicano: este salió herido, y el populacho por venganza corrió á casa del vencedor, y destruyó y robó cuanto le llegó á mano. La guardia se presentó con cierta apariencia de priesa é interés, cuando ya no habia nada que proteger.

Tales resoluciones repentinas se tomaban ordinariamente en el club de los *jacobinos* que las comunicaba á los demas. Esta reunion política dependia del club breton, que era el foco y habia tomado su nuevo nombre del punto donde se habia fijado en la calle de San Honorato. Los anti-republicanos establecieron uno rival en los fuldenses de la misma calle, que se denominó *club realista*. La multitud hizo bien pronto imposible la concurrencia á este. Repartida en los alrededores del local cubria con sus gritos la voz de los oradores, subia á las ventanas, rompia los cristales, lanzaba piedras al salon, obligaba frecuentemente á los deliberantes á huir, ó si tomaban resoluciones, eran puestos en ridículo por folletos esparcidos con profusion.

Por esta época, en una sesion del club de los jacobinos se decretó que la iglesia de Santa Genoveva se titulase *Panteon*, recibiera las cenizas de los hombres distinguidos por cualquiera clase de méritos, y llevara en la fachada esta inscripcion: «*A los grandes hombres la patria reconocida.*» El conde de Mirabeau fué el primero que recibió allí los fúnebres honores.

Si Mirabeau hubiera vivido, dispuesto sin duda como estaba en favor de la monarquía, no hubiera sufrido sin reclamar, la afrenta que se hizo al monarca por un paseo que pensaba dar por las alturas de San Cloud, para disfrutar de los primeros dias de la primavera, y ocultar al ojo observador de los espías su conducta religiosa en aquellas pascuas. Fué advertida de ello la Asamblea, y de esta pasó al pueblo la noticia. Al momento tocan á rebato y el pueblo se precipita sobre el palacio de las Tullerías; la guardia nacional llega de todos lados, el comandante general se presenta, habla al rey que estaba con su familia en el carruage, manda al pueblo que se retire y á sus soldados que abran paso; pero no es obedecido. Despues de dos horas de espera, el triste monarca tiene que volverse á sus aposentos. Pide el castigo de algunos guardias nacionales culpables de insultos á su persona y familia, y no puede obtenerlo. El comandante general disgustado por la insubordinacion de la tropa presenta su dimision en la casa de la ciudad; no se la admiten, y él insiste dos dias seguidos. Su estado mayor le suplica, y el consejo municipal le hace vivas instancias. Obligado por tanto afecto, La Fayette abraza al corregidor y sus cólegas, y vuelve al ejercicio de su cargo.

La copa de la amargura se iba colmando; Luis hacia los mayores esfuerzos para alejarla de su labio, y se promete adormecer la vigilancia de sus argos á fuerza de complacencias. Despide á los prelados y curas de su capilla, separa á los ministros que no son del gusto de la Asamblea, recibe otros de la faccion, permite que le menoscabasen el poder, y hasta se prestó á la aceptacion de muchos decretos que á su conciencia repugnaban. Es verdad que hizo una protesta secreta contra las sanciones pasadas, presentes y futuras, obtenidas ó que le arrancasen por violencia

En la noche del 20 al 21 de julio Luis sale furtivamente de su palacio, llevando de la mano á su hijo; María Antonieta conducia á su hija apenas adolescente; madama Isabel, hermana del rey, princesa respetable por sus virtudes, no quiso abandonarlos, y los acompañaba tambien el aya de los niños. La triste familia sube al carruage que tenia preparado, parte y toma la direccion de Montmedi, pequeña poblacion fortificada de la frontera. No era la intencion del rey solicitar la ayuda de los príncipes estrangeros para reunir un ejército y disolver la Asamblea; sino, como dejó dicho en una carta, pensaba encontrar seguridad en este asilo y presentar desde él al pueblo las modificaciones que creia debian hacerse en la Constitucion. El viage fué completamente feliz hasta un pueblo lla-

mado Varennes, poco distante de Montmedi. En Sainte-Menchould, el rey habia sido conocido por el maestro de postas Drouet, que no se atrevió á arrestarle, pero envió á su hijo á Varennes para que se opusiese al paso del monarca. Logró Drouet hijo adelantarse á los fugitivos, obstruir un puente que era necesario pasar, y alarmar aquellas aldeas, cuyos habitantes acudieron armados. La escolta que debia mandar Bouillé, que dirigia la fuga, no se encontró en el lugar y hora convenidos. El rey atacado se entrega á esta milicia agreste, que le trató con mucho mas respeto que los *ciudadanos* en sus motines. Su hermano, que hasta aquellas cercanías le habia acompañado, se salvó por otro camino llegando sin novedad á Bruselas. Este era el mismo camino que Bouillé habia aconsejado al rey como mas corto. El destacamento que debia proteger al rey llega al cabo de una hora; mas los obstáculos que era preciso vencer para llegar hasta el monarca, enfriaron el celo de los húsares que lo componian, y que muy pronto hicieron causa comun con la guardia nacional. Noticioso Bouillé de este contratiempo, se puso desde luego en marcha al frente del regimiento real aleman para rescatar al rey á viva fuerza: pero cuando llegó á Varennes, hacia ya siete ú ocho horas que por disposicion de un ayudante de campo de La Fayette, que acababa de llegar, se habia vuelto á llevar al rey para Paris. Retrocedió con esto, y entró con harta dificultad en Stenay, desde donde huyó á Luxemburgo, no sin haber corrido riesgos personales.

A la noticia de la marcha del rey, á pesar de algunos miembros del club de los franciscanos, que pedian se asesinase á La Fayette, á quien creian en inteligencia con el monarca, reinó en Paris una calma que sorprendió á todo el mundo. Nadie sabia cuáles podian ser las consecuencias de este hecho, y ninguno se atrevia á predecirlas. La Assamblea nacional, obligada á tomar un partido, publicó un manifiesto en contestacion á las quejas consignadas por el rey en su escrito que la habia dirigido; mandó depositar el sello del Estado en su secretaria, declaró que debian ejecutarse sus decretos, aunque privados de la sancion real, y exigió á todos sus miembros un nuevo juramento cívico en que se omitió el nombre del rey. Desde entonces todos los signos, rótulos y emblemas, que en la capital hacian recordar la monarquía, fueron arrancados, y se caminaba al gobierno republicano. Mas ni el espíritu nacional ni la Asamblea misma estaban todavia preparados; y esta última se encontró libre de un gran peso cuando supo la noche del 24 que el rey habia sido arrestado.

Para que recibieran al príncipe, envió tres de sus miembros, Latour-Maubourg, Petion y Barnavé, cuyas instrucciones eran hacer atravesar al rey en un estado ignominioso la parte del reino que recorriesen. Tres guardias de corps vestidos de correos, que le habian acompañado en su fuga, iban atados delante del carruage como criminales. El monarca, su esposa y su hermana, separados por los tres diputados, no podian comunicarse su dolor mas que por lágrimas y sollozos. Se habian prohibido á la multitud, que la curiosidad ó el interés atrajo á su paso, las muestras ordinarias de respeto. Llegan á las Tullerías: los guardias nacionales rodean á Luis; ciérranse las puertas del jardin, y su palacio es convertido en prision.

Despues de la llegada del rey y su reclusion, la Asamblea se dividió en secciones para resolver lo que debia hacerse en tales circunstancias. Los puntos de discusion se reducian á estas dos cuestiones: «¿Luis XVI debe ser sometido á formacion de causa? ¿Su evasion debe considerarse como delito?» Habia ya un partido dispuesto á declarar inmediatamente su destitucion; mas una inmensa mayoría no creia prudente que punto de tamaña importancia fuese decidido en un momento de calor. Establecióse que el poder ejecutivo seguiria en manos del rey, aunque intervenido por la Asamblea, hasta tanto que sancionase la Constitucion; y el lado derecho aplaudió esta resolucion como un triunfo, pues temia que el rey fuese víctima del decreto de destitucion. Solo seis ó siete miembros entre los cuales se contaban Petion y Robespierre, se atrevieron á votar por lo último. Adriano Duport, hasta entonces uno de los mas ardientes revolucionarios, y que habia sido nombrado con Trouchet y Daudre para recibir las declaraciones del rey y de la reina en este negocio, los Lameths, y sobre todo Barnave, que habia sido irrevocablemente ganado á los intereses de la augusta familia por la amable familiaridad con que le habian tratado durante la vuelta de Varennes, se pasaron á la causa de la autoridad real y la hicieron triunfar casi por unanimidad.

Los clubs y los instigadores de las sociedades patrióticas quedaron muy disgustados del decreto, porque dejaba al rey el recurso de la aceptacion de la Constitucion para afirmarse en el trono. Lograron amotinar el populacho, que corrió en numero de cuatro ó cinco mil hombres á jurar en el campo de Marte sobre el altar de la patria, que no obedeceria al rey sin que fuera reconocido por todos los departamentos. Era esto querer prolongar la suspension mas allá del plazo marcado por el decreto, puesto que podia suceder que los departamentos tardasen largo tiempo en decidirse, lo que convertiria la suspension en destitucion, y la destitucion en anarquia. En efectó, estos fanáticos gritaban: «*No mas Borbones! ¡No mas rey! ¡No mas Asamblea nacional! ¡Que se elija otra!*» El corregidor de Paris fué autorizado para ir á disipar aquella multitud: presentóles la bandera roja; mas los rebeldes le apedrearon y llenaron de injurias. Su furor fué en aumento: degollaron á dos infelices solo porque creyeron que se habian metido bajo el altar con intencion de derribarlo. El corregidor Bailly dió entonces la órden de fuego sobre aquellos asesinos obstinados. Cayeron en número de diez ó doce; el espanto se apodera de la turba, que se dispersa; pero un rencor implacable que concibieron los demagogos por tan justo rigor fué despues causa de la condenacion del corregidor y de su muerte en el mismo lugar.

El grito de los sediciosos «de que se elija otra Asamblea» se lle-llevaba á cabo entonces. En todas las provincias se hacian las elecciones para la *Asamblea legislativa* que habia de suceder á la *constituyente*, y casi todas se realizaban bajo el influjo de los clubs y sociedades fraternales, que no elegian mas que *hermanos* y *amigos*. Los miembros de la Asamblea espirante se habian escluido por decreto de 17 de mayo de 1791, de la que iba á reemplazarlos; y aun cuando por sí mismos no se hubiesen cerrado las puertas, pocos hubieran deseado entrar en un cuerpo turbulento, que anunciaba á sus miembros una lucha y combates mas encarnizados que los precedentes. Se diéron priesa á terminar la constitucion que era el fin de su existencia política. La presentaron al rey que dió su sancion y firmó su aceptacion en la Asamblea, entre el ruido de los clarines y del cañon. La reina se presentó con el Delfin y recibió repetidísimos aplausos: dió ella á conocer su reconocimiento con gracias que encantaron á la Asamblea.

El acta constitucional fué publicada en las plazas de Paris por el corregidor y sus adjuntos. La última proclamacion la hicieron en el campo de Marte, donde se encontraban reunidas las corporaciones administrativas y judiciales de la capital, fuertes divisiones de la guardia nacional, y un inmenso pueblo que cubria las esplanadas. El corregidor sube al altar de la patria, en el cual estaba colocada el acta constitucional: la eleva y muestra al pueblo. Instantáneamente puebla los aires una aclamacion de júbilo que sale de miles de espectadores. Como en el dia de la confederacion se desenvainan las espadas, saludan las banderas, y un cuerpo de músicos entona un himno patriótico que el pueblo repite en coro. A cada estrofa sucedia una tocata guerrera, sostenida por las descargas de ciento treinta cañones. A presencia de esta multitud maravillada, se eleva un gran globo con los colores nacionales, como para anunciar al universo esta fiesta augusta, que terminó en los Campos Eliseos. Todo se habia preparado allí con el mayor esmero para distraer al pueblo: orquestas, bailes, cucañas, fuegos artificiales, iluminacion general y espectáculos de todo género. La familia real se paseó entre las tropas, bajo un cielo tachonado de estrellas, en una noche placentera, mucho mas hermosa que el mas bello dia, y recibió despues de tan acerbos pesares las felicitaciones estrepitosas de un pueblo alegre y satisfecho.

La Asamblea constituyente se separó sin dejar gran sentimiento ni aun á sus miembros, de los cuales unos estaban disgustados del general trastorno á que habian contribuido, arrastrados muchas veces por un impulso superior á sus fuerzas, y otros por no haber hecho aun todo lo que querian.

La *legislativa* dió á su primera sesion todo el aire de una ceremonia litúrgica. Eligió seis ancianos que fueron á sacar del archivo el testo sagrado de la constitucion. El archivero la llevaba elevada encima de su cabeza y la colocó sobre la tribuna. El presidente y los miembros llamados individualmente, juraron, puesta la mano sobre el libro, de mantenerla hasta el último suspiro. Algunos dias despues, cuando los representantes fueron formando el juicio que les pareció mas conveniente de su dignidad, decretaron que en las sesiones régias, el presidente se sentaria en un sillon igual, y colocado á la misma altura que el del rey; que cuando se le dirigiese la palabra no se le llamase *señor*, sino *rey de los franceses*; y que la palabra *magestad* fuese abolida. Verdad es que al dia siguiente fué sometido este decreto á revision. Tal era la marcha de la Asamblea legislativa, tan pronto progresiva como retrógrada. No distinguiremos en ella dos partidos, porque el corto número de aquellos que deseaban una marcha moderada, estuvo siempre inerte y pasivo, y porque en el partido republicano solo hubo alguna diferencia momentánea sobre los mas ó menos escesos que se habian de cometer.

La Asamblea constituyente habia visto la guerra civil dispuesta á abrasar todo el mediodia de la nacion. Muchos descontentos bajo el nombre de *realistas*, habian formado en el alto Languedoc una reunion considerable, conocida con el nombre de *campo de Jalés*. Enviáronse allí tropas y se dispersaron aquellos, aunque no sin efusion de sangre. Al abandonar sus funciones dejó en herencia á la Asamblea legislativa el cuidado de desembarazarse de una guerra que existia en el Poiton, Saintonge, Anjou, Maine, y que amagaba

las fronteras de la Normandía y de la Bretaña, llamada *guerra de la Vendee*, nombre tomado de uno de los pequeños cantones sublevados. Como los que recorrian los campos y pueblos pequeños para hacer prosélitos y reclutar soldados no andaban de dia, se les llamó *Chuanes*, abreviacion de *Chut-huant* (lechuza) ave nocturna. Muchos de estos reclutadores eran fugitivos del *campo de Jalès*, y la mayor parte de sus gefes emigrados, traidos á las costas por los ingleses, que los abastecian de municiones y dinero, no segun sus necesidades, sino solo con lo indispensable para alimentar la guerra, sin ponerlos con tales socorros en estado de conseguir ventajas capaces de terminarla.

Puede creerse que tal fué tambien el sistema de la Asamblea legislativa. Haciala falta una guerra intestina, guerra en que anduviese mezclada la religion, á fin de dar pábulo á los odios, hacer aborrecible el clero, que *fanatizaba*, segun se decia, y fomentaba la sublevacion en los pueblos obcecados. Decretó contra los *Chuanes* un envio de tropas, pero su número no fué cual era preciso para poner término á la guerra. Por esta razon la calificaron de *cancer político*, porque iba devorando aquellas desgraciadas provincias. Para hablar sin figuras, el incendio, los saqueos y degüellos y el hambre las han devastado sucesiva y simultáneamente á veces. Lo que sobre todo movia á los habitantes del campo á proteger los *Chuanes* y aun á hacerse ellos mismos *Chuanes*, era la abolicion del culto católico y sus ceremonias, la prohibicion de las procesiones, el rapto de las campanas, y la persecucion de los curas refractarios. Sin embargo, se proclamaba abiertamente la libertad de cultos. La municipalidad de Paris creyó dar un ejemplo eficaz de la práctica de esta libertad, asistiendo en cuerpo á la funcion con que los protestantes celebraron en su templo el triunfo de la constitucion.

Las relaciones de los emigrados con las potencias estrangeras fueron objeto de la atencion de la Asamblea legislativa, la cual alcanzó del rey una declaracion amenazadora contra ellos. Exhortó á sus hermanos por medio de una carta apremiante á que volvieran á Francia; mas ellos contestaron que no harian tal en tanto que él siguiese cautivo. Entonces por un decreto que reproducia otro de la constituyente, se declaró al hermano del rey privado de todos sus derechos como primer príncipe de la sangre, si no entraba en el reino en el término de dos meses. Las potencias estrangeras á las cuales se habia participado la aceptacion del acta constitucional, respondieron de una manera equívoca que hizo recelar á la legislativa. A fin de no dejar salir de Francia un dinero que podia servir contra ella, se dispuso el secuestro de los bienes de los príncipes franceses, y se lanzó contra todos los emigrados una sentencia de muerte, si no estaban en Francia antes del 1.° de enero. Luis XVI escribió á sus hermanos que él estaba perfectamente libre; y en el mismo dia, queriendo salir de su aposento á las nueve de la noche, fué detenido por un centinela que le forzó á retroceder. Opone su *veto* al decreto contra sus hermanos; pero al mismo tiempo les ruega de nuevo, y conjura con las mas apremiantes instancias á todos los emigrados á que vuelvan á sus hogares en el plazo prefijado. Todos persistieron en su negativa, como confiados en las potencias estrangeras que continuaban esplicándose de un modo evasivo.

Decidióse que la guardia del rey corriese en lo sucesivo á cargo de la nacional de los departamentos. El ministro encargado de este asunto, dispuso tomar informes sobre los que se presentaban insinuando que se deseaba fuesen sinceramente adictos al rey. Pidió al mismo tiempo noticias sobre la disposicion de los ánimos en los departamentos con respecto al clero. Estas cartas inquisitoriales disgustaron á los legisladores. El rey por condescender con el deseo de la Asamblea, tuvo que despedir al ministro, y un señor de la corte que debia ponerse al frente de esta guardia, fué tambien alejado.

Segun se cree, el exámen del interés que las provincias tomaban por el clero, fué lo que atrajo sobre los curas no *juramentados* el decreto fulminante que no solo los privaba de toda pension y beneficio, sino que los declaraba sospechosos y los hacia responsables de las turbulencias que pudiesen surgir en sus residencias sobre opiniones religiosas. Ordenaba este decreto, que los curas que no hubiesen prestado todavía el juramento cívico, fuesen obligados á prestarlo en el término de ocho dias en sus municipalidades, so pena de privacion de su pension y de una vigilancia especial. El directorio del departamento de Paris, compuesto de Talleirand-Perigord, antiguo obispo de Autun, del duque de La Rochefoucauld, y de Anson, Desmeuniers, Baumetz, Thion de Lachaume, Germain Farnier y Brousset-Desfaucherets, todos hombres moderados, elegidos con entera libertad en las secciones, rogó al rey interpusiese su *veto* á este decreto vejatorio. Representóle por una parte, que el libre ejercicio del culto era uno de los primeros derechos del hombre proclamados por la Asamblea constituyente, y por otra, que la pension señalada á los eclesiásticos, en reemplazo de sus bienes, habia sido colocada en la categoría de deuda del Estado; por manera, que su supresion nunca podria verificarse por el deudor. Mas la municipalidad y el consejo del comun compuestos de los mas fogosos anarquistas sacados de los clubs y presididos por el corregidor Petion, que acababa de suceder á Bailly, pidieron lo contrario al monarca en tono de exigencia; pero la sancion fué negada.

Ya se ha visto que existia en el convento de los *fuldenses* un club donde se discutian, como en el de los *jacobinos*, aunque en diferente sentido, las materias que debian ser presentadas á los legisladores. Este club al cual se habia adherido una porcion de miembros de la constituyente, que habian pertenecido al de los *jacobinos*, comenzaba á gozar de una consideracion que inquietaba á sus rivales. Sorprendidos de la firmeza del rey acerca del decreto contra los curas, creyeron que era inspirada por su confianza en el creciente prestigio de este club, y pidieron á la Asamblea que lo hiciese cerrar. Para no cargar con la nota de parcial si destruia á los *fuldenses* mientras toleraba á los *jacobinos*, se limitó á mandar á los inspectores, encargados de la policía de la sala, que no permitiesen asambleas alguna popular en el distrito de su jurisdiccion, hallándose comprendido en esta medida el claustro de los fuldenses. Entonces quiso el club celebrar sus sesiones en otro local, pero no se le permitió buscarlo. La misma municipalidad, empleó la autoridad que se habia arrogado para suprimir periódicos y otros impresos que podian sostener opiniones contrarias á sus miras. Cuando los autores no obedecian la supresion, grupos de hombres de la hez del pueblo, aquellos que despues fueron designados con el nombre de *Sans-culottes* (descamisados), caian de improviso sobre las imprentas, quemaban los papeles, desparramaban la letra y destrozaban las prensas. Por el contrario, los que trabajaban por el partido eran protegidos. Los vendedores ambulantes de folletos anunciaban á gritos por las calles escritos calumniosos é indecentes libelos, y tiendas tapizadas de caricaturas que representaban la impiedad y la prostitucion mas desenfrenadas, acostumbraban al pueblo al olvido de todos los principios.

Llegó á tal punto este olvido, que se vió al pueblo mas sensible al honor, adornarse con el emblema del oprobio. En el mes de agosto de 1790, un regimiento suizo y otros dos franceses á los cuales se habian inculcado *los derechos del hombre, la libertad y la igualdad*, se sublevaron contra sus oficiales. Bouillé, al frente de la guardia nacional de las cercanías, fué enviado á Nancy para reducirlos. Ya se habia presentado delante de la ciudad y puesto de acuerdo, cuando un grupo de los insurgentes asesta un cañon contra los que querian restituirlos á la disciplina. El jóven Desilles, oficial de uno de aquellos regimientos, se pone delante del instrumento de muerte con la esperanza de imponer á sus soldados y evitar la efusion de sangre, pero perece víctima de su sublime abnegacion. El furor se apodera entonces de los sitiadores y penetran con su gefe hasta la plaza por entre una lluvia de balas que mata á una tercera parte de ellos; pero causan igual mortandad á sus adversarios, á quienes obligan á evacuar la ciudad. Despues de la deplorable pérdida de tantos franceses, la clemencia impuso silencio á la justicia. Los dos regimientos franceses obtuvieron el perdon bajo la sola promesa de no volver á separarse del deber; mas no salió tan bien librado el regimiento suizo: por mas protestas que hizo de arrepentimiento, su gobierno se conducia por otros principios: los culpables fueron buscados con vigor. A veinte y tres se les pasó por las armas, y cuarenta y uno fueron condenados á galeras.

Por estos buenos patriotas se interesó la municipalidad de Paris. Solicitó su perdon, y para alcanzarlo se dirigió á la Asamblea: un decreto de esta habia quitado al rey injuriosamente un derecho que tan bien se avenia con su escelente corazon. La Asamblea lo concedió. Los galeotes volvieron con el trage de la cadena y con un *gorro colorado* que se les habia hecho llevar á fin de distinguirles de otros mercenarios que se ocupaban en los mismos trabajos. Fueron recibidos en triunfo y paseados con aclamaciones por los jardines del *Palacio Real*. Este gorro, tipo de su humillacion, fué adoptado por sus protectores, como un honroso distintivo de persecucion. Todos pues se proveyeron de gorros colorados: se hizo moda el llevarlos, y llegó á ser hasta peligroso no ostentar esta señal de patriotismo, así como no imitar el esterior desaliñado y el grosero lenguaje de los furiosos demagogos.

El consejo del comun de Paris llegó á ser omnipotente por su correspondencia con todas las sociedades populares de Francia dirigidas por la misma táctica. Puede decirse que los escesos de la revolucion son al principio obra de muy reducido número de personas: nosotros no las nombraremos, como ya lo hemos hecho, sino en tanto que la claridad de la narracion lo exija. ¿Qué importa, en efecto á la claridad de la historia la conservacion de nombres que no hubieran debido salir jamás de la oscuridad en que la mayor parte de ellos han vuelto á caer? nos limitaremos á mostrar el encadenamiento de los sucesos; están aun tan cerca de nosotros, que creemos permitido, á fin de que la hilacion sea mejor seguida,

emplear frecuentemente en esta narracion el tiempo presente, como si las cosas fueran pasando diariamente á nuestra vista.

El primer decreto de 1792 declara á los hermanos del rey al príncipe de Conde y á antiguos ministros y magistrados en estado de acusacion; mas al tribunal que debia juzgarlos, se le habia señalado á Orleans para residencia por la Asamblea constituyente, á fin de que no sufriese la coaccion del populacho como en el proceso de Favras. Este tribunal se les hacia muy lejos á los jacobinos para obtener la justicia que á ellos convenia. Tratan, pues, de hacerlo aproximar: sus esfuerzos son inútiles, pero consiguen que se declare al hermano del rey privado de la regencia, para que no pudiese autorizarse con este título, si lo tomaba en la suposicion de que el rey no era libre. Luis XVI, siguiendo la indicacion de los legisladores, acababa de nombrar mariscales de Francia á Luckner y á Rochambeau, á cada uno de los cuales, y á La Fayette, daba un ejército de cincuenta mil hombres, y habia tomado tambien nuevos ministros á gusto de aquella corporacion. Los unos y los otros fueron á ofrecer á la Asamblea su respectiva dignidad, y los ministros se obligaron en particular á seguir estrictamente en su administracion la letra de la Constitucion. Eran estos Bertrand de Molleville, antiguo intendente de la Bretaña, de Marina; Narbonne, de Guerra; Tarbé, de Hacienda, y Cahier de Cerville, del Interior; Lessart pasó á Negocios estranjeros por dimision de Montmorin, que no estaba de acuerdo con la marcha de los nuevos legisladores: Duport du Tertre era todavía ministro de Justicia. Pero todos estos hombres tenian aun sobrados sentimientos de moderacion para obrar á gusto de la Asamblea y ocupar mucho tiempo sus empleos. Lessart sobre todo llegó á ser el blanco de sus inicuas persecuciones.

Las dificultades con que tropezaba el comercio por la multiplicacion de los asignados, y por las revueltas de las colonias donde los imprudentes decretos de las dos Asambleas habian puesto á los blancos á merced de la gente de color y de los negros, encarecieron los artículos coloniales, tales como el azúcar y café. Cree el pueblo ó le persuaden que la carestía de ellos proviene de que los comerciantes los ocultaban para darles mas subido precio; se precipita en tropel á las tiendas, y arrebata indistintamente cuanto encuentra. La municipalidad encargada de la policía, no se opone sino tardía y débilmente á este saqueo. Al mismo tiempo descuida cortar un incendio que se descubre en la cárcel. Alármase el barrio; mas cesa el fuego por sí mismo, cuando ya se habia escapado gran número de bandidos, vagos y mendigos.

Uno de los ministros que habia jurado no separarse de la letra de la Constitucion, se dedicaba á administrar segun las formas prescritas por los decretos; pero se encontró con que estas formas dificultaban mas bien que facilitaban los negocios. Se le acusó ante la Asamblea de emplearlas malignamente para desacreditarlas, y se pidió su destitucion; el rey le disculpa. Probablemente por salvar á su ministro, y por una condescendencia que tan inútilmente le habia sido pedida, permite que fuese promulgado el decreto de confiscacion de los bienes de los emigrados. Al mismo tiempo, el cuerpo legislativo añade artillería á la guardia de honor que se habia dado, y la municipalidad ordena la construccion de cien mil picas para armar el populacho. Tómanse estas medidas en la suposicion de que el rey se disponia á huir de Paris; mas él escribió á la Asamblea para destruir tal sospecha. El gorro colorado iba haciéndose un adorno distinguido. Muchas personas tímidas se servian de él como de una salvaguardia. Era moda y aun necesidad pasar por *jacobino*, *franciscano*, *maratista*, ó por afiliado bien en los mismos clubs, ó en las facciones con ellos relacionadas. Un legislador espantado de su gran número y del ascendiente que tomaban en la Asamblea, propone abolirlos todos, y prohibir la asistencia de los diputados á ninguno de ellos, y pide que en su lugar se celebrasen sesiones preparatorias en el mismo salon para preparar é ilustrar las materias. Esta proposicion, que hubiera roto la cadena de correspondencia con las Asambleas populares, fué desechada.

El saqueo de las tiendas, que con trabajo se habia podido contener, llegó á quedar como sancionado por un reglamento de la municipalidad, que fijaba el *máximum*, esto es, el precio mas alto á que podrian venderse las mercancías; mas siendo muy inferior este precio al que los mercaderes exigian para no vender con pérdida, se negaron á despachar: los compradores insistian en no dar mas que el *máximum*, y cargaban con los artículos sin dejar el dinero. Muchos comerciantes cerraron sus almacenes: el temor de hacer desaparecer por completo del mercado estos artículos de primera necesidad, hizo suprimir el reglamento del *máximum*.

Sin embargo, los pasos de los emigrados en las córtes estranjeras, los conocidos compromisos del emperador y del rey de Prusia en Plinitz de Sajonia, en el mes de agosto de 1791, para intervenir en los negocios de Francia, y las demostraciones hostiles que de aquí resultaron, habian sublevado la altivez nacional contra las pretensiones estranjeras, y de aquí, un grito de guerra inmediata, que la exajeracion y el ódio proclamaban en la Asamblea con furor por órgano de los Brissot, los Vergniaud, los Danton y otros energúmenos mas ó menos acalorados, conocidos con los famosos nombres de *franciscanos* y *girondinos*.

Algunos miembros mejor intencionados entraban en la idea en cuanto les parecia necesario para poner á disposicion del rey fondos y tropas que pudiesen restituirle la autoridad constitucional que le usurpaban diariamente las facciones con sus demasías.

Para echar por tierra los esfuerzos de los diputados monárquicos, los *jacobinos* acusaron á la reina de que presidia en las Tullerías un *club austriaco*, esto es, una junta que enteraba á su hermano de las medidas que se tomaban para la guerra. El rey salió á la defensa de su esposa, y mandó que se procediese contra los inventores de tal calumnia. El juez de paz encargado de las primeras pesquisas, sospechoso para los jacobinos, es arrestado y conducido á Orleans.

Por mas que todos los individuos del ministerio fuesen adictos al monarca, habia entre ellos diferencias sobre la manera de servirle. Narbonne se inclinaba á la guerra, y Lessart, por el contrario, conforme con la opinion del monarca y el interés del reino, hacia lo posible por evitar tal catástrofe. Fatigado el rey de las disidencias de su consejo, separó á Narbonne. La Asamblea declaró que este merecia su confianza y entregó á Lessart á la venganza pública. La comision diplomática recibió el encargo de informar sobre sus operaciones. La lentitud de ella en esplicarse era una justificacion del ministro. Desde entonces tomó Brissot á su cargo el entablar la acusacion, y el 10 de marzo, con ayuda de sus satélites, arrancó el decreto, que sin oir al ministro le enviaba al tribunal de Orleans como presunto reo de lesa-nacion.

El terror que los clubs quisieron inspirar al ministerio, surtió su efecto. Todos los ministros hicieron dimision, y el rey se vió en la dura necesidad de elegir su Consejo entre los ministros jacobinos. Grave fué nombrado ministro de la Guerra, pero no tardó en ceder su plaza á Servan; La Coste fué llamado al ministerio de Marina; Dumouriez al de Negocios estranjeros; Duranthon al de Justicia; Roland al del Interior, y el ginebrino Claviere al de Hacienda. Esta combinacion influyó inmediatamente en los negocios de Europa. En 20 de abril arrancó al rey Dumouriez la declaracion de una guerra que ha hecho correr rios de sangre por espacio de diez años, y cuyos resultados estaba la Europa muy lejos de prever.

No agradeció la Asamblea al rey su complacencia, y cada vez mas siniestra y exigente, á pretesto de *incivismo*, disolvió la guardia constitucional del monarca, que solo llevaba cuatro meses de existencia, remitiendo á su gefe Brisac al tribunal de Orleans, y reduciendo al infortunado príncipe á no poder oponer la menor defensa á los golpes que le amenazaban.

La conspiracion contra él se tramaba en su mismo Consejo, en el cual apenas osaba despegar los lábios. El ministro de la Guerra dispuso sin consultarle la formacion de un campo de veinte mil hombres cerca de Paris; demasiado convencido el monarca de que no se compondria sino de soldados los mas dispuestos á la rebelion, se opone á esta reunion de fuerzas; y no solo separa al ministro que la habia mandado, sino que destituye á la mayor parte de aquellos que habian salido de los bancos de la Asamblea. Chambonnas, Lajard, Terrier de Monteciel y Beaulieu, reemplazaron á Dumouriez. Servan, Roland y Claviere. La Asamblea declaró que estos últimos merecian bien de la patria, y lanzó decretos fulminantes contra los hermanos del rey, sus allegados, y los curas refractarios. El rey interpuso su *veto*, y esto fué el pretesto de la insurreccion.

Resueltos á arrancar por la fuerza lo que no podian obtener de grado, los jacobinos reunieron lo mas faccioso de la plebe de los barrios, mezclándolo con mujeres, escoria de las plazas y del libertinaje. Ármanse de picas, hachas y tridentes. Doce piezas de artillería son arrastradas por ellos. Marchan así en direccion de las Tullerías, dando salvajes alaridos que espantaban. El destacamento de la guardia nacional, que ocupaba el puesto de la guardia despedida, se preparaba á la resistencia; mas un cañon llevado á brazo á los aposentos, es colocado en la puerta de la habitacion del rey; Luis dispone que la abran. Bougainville, Acloque, Aubier y Marcilly se ponen en derredor suyo, y le ponen en un estrado que le impedia estar tan inmediatamente espuesto á los insultos del inmundo populacho, que por espacio de tres horas estuvo pasando por delante de él. Le pidieron con audacia una sancion que se negó á dar con la mayor afabilidad. «Primero renunciaria la corona, respondió, que contribuir á semejante tiranía de conciencias.» Su dulzura y firmeza imponen á los furiosos, á quienes calma aceptando un vaso de vino que le presentan para beber á su salud. «Está envenenado, le dijo uno en voz baja.—Bueno, moriré sin haber sancionado!—Solo se ha querido atemorizar á Vuestra Majestad, repone un granadero.—Tocad mi corazon, le responde el rey, cogiéndole la mano, y ved cuán tranquilo está: ninguno teme cuando cumple con su deber.» Aquellos bandidos se amansaron: el rey los desconcertó por completo, poniéndose un *gorro colorado* que le ofrecen; y los que habian ido con intenciones hostiles, se retiran aplacados y casi arrepentidos á despecho de sus gefes.

Esta tropa caminaba, por decirlo así, bajo el estandarte de la municipalidad. El corregidor Gerónimo Petion, mas dueño de Paris que el rey y la Asamblea, llega en el momento en que la multitud se dispersaba; con una sola mirada reune los que quedaban y entra en los aposentos reales. Habiéndole preguntado Luis la causa y el objeto de esta violenta insurreccion, y echadole en cara su apatía en impedirla, contestóle el corregidor segun se dice: «El pueblo os ha hecho sus manifestaciones, y está tranquilo y satisfecho. La municipalidad hace lo que ha podido y debido hacer; y no espera, para el cumplimiento de sus deberes, á que nadie se los recuerde.» Estas palabras revelan al hombre picado por no haber conseguido su objeto, pero que no desconfia. El departamento de Paris, compuesto de hombres sacados de la magistratura, de los altos empleos de la hacienda, del comercio y de antiguas familias de la capital, decretó la suspension del corregidor, por no haber empleado contra la insurreccion popular los medios de represion que la autoridad y la fuerza inherentes á su cargo ponian en sus manos.

La reina que tantos riesgos hubiera corrido á haberse presentado en los primeros instantes, fué retenida por todas las personas que la rodeaban, pues queria compartir los peligros de su esposo. No se presentó hasta el final de aquella escena de desórden, cuando los ánimos no estaban tan agitados, y protegida ademas por el Delfin, á quien llevaba de la mano, y por los granaderos del batallon de Santo Tomás, adictos en todos tiempos al monarca.

El estado de los negocios se presentó en este primer momento, bajo un aspecto desagradable para la faccion jacobina. Alentado



Despedida de Luis XVI de su familia.

Luis XVI por la facilidad con que habia podido desembarazarse de los *peticionarios* armados, declara y hace proclamar que jamás le arrancaria la violencia la sancion de decretos contrarios á su conciencia y á la pública utilidad. Veinte mil habitantes de Paris firman una esposicion á la Asamblea, anatematizando con indignacion los escesos cometidos en la casa real, y pidiendo el condigno castigo; de todas las provincias llegan peticiones en el mismo sentido. Por último, el antiguo general de la guardia nacional parisiense, La Fayette, dejó su ejército y tuvo valor para presentarse solo en la barra á esponer las mismas quejas á nombre de sus tropas. Su moderacion ya le habia hecho odioso á la faccion estrema, que no pudo vengarse de otra manera que haciendo que su retrato fuera quemado por el populacho. Conoció entonces que la práctica *del mas santo de los deberes* no dejaba de tener sus inconvenientes. Denunciado por el diputado Guadet, de querer como otro Cromwel dar leyes á la Asamblea, se trató de formalizar su acusacion; pero trescientos treinta y nueve votos contra doscientos veinte y cuatro, le declararon absolutamente irreprensible. Al mismo tiempo los granaderos



La princesa de Lamballe.

de la guardia nacional proponian al general que los condujese á los jacobinos para destruir el foco de las agitaciones y disturbios de la Francia. No se sabe lo que impidió á La Fayette el prestarse á una propuesta que hubiera sido la salvacion de la Francia. Se supone creyó que nada se adelantaria, y que la hidra de la discordia subsistiria en la mayoría de la Asamblea. Mas el decreto que le libró de la acusacion probaba lo contrario; y la relajacion de los lazos del terror habria aumentado el número de los bien intencionados.

Los jacobinos no cejaron en tales circunstancias: inundaron la ciudad de escritos, jocosos unos y otros rebosando veneno contra la osadía del Departamento y la indolencia de los legisladores que la toleraban. Gritaban que la «patria estaba en peligro;» y en la Asamblea se repetia este grito de alarma. El rey parecia participar de la ansiedad general. Para aumentarla se propalaban noticias siniestras, como la de que los enemigos se aproximaban, y que nuestros ejércitos huian despavoridos á su vista. «Esta es una traicion del tirano, decia un orador desde la tribuna; él es el que manda la deshonra, y dice á la nacion: Yo te prohibo vencer.» Dió fin á su sedicioso discurso con este apóstrofe, dirigido al rey como si estuviera presente: «Hombre, que solo sois sensible á los halagos del despotimo, vos ya no sois nada para esta constitucion que violais impunemente, y para este pueblo que tan cobardamente vendeis.» Esto era anunciar claramente la disposicion de violar la misma constitucion que se habia jurado observar, cuyo primer artículo declaraba la estabilidad de la monarquía. Arrojado así el guante, otro orador lo recoge y propone que se establezca una *Convencion nacional* para examinar la conducta del rey, y someter su misma persona al rigor de un proceso.

La Asamblea oyó sin estrañeza el apostrófe y la proposicion. Todo era en ella confusion: ni órden ni decoro habia en las deliberaciones: se disputaba con tenacidad y parecia que se iba á llegar á las manos. El obispo constitucional de Lion, llamado Lamourette, se levanta y pronuncia un discurso tan patético sobre las ventajas de la union y la concordia, que todos los legisladores se abrazan cordialmente, y juran desistir, los unos de su *republicanismo*, y los otros de su sistema de dos cámaras. Los jacobinos de la Asamblea no se negaron al juramento; pero el público que en Francia rie de gana en los momentos mas sérios, se burló de aquellos besos de Lamourette.

El rey se prevale de esta coyuntura para reunir por decirlo así, á los legisladores en torno de la constitucion, que era la salvaguardia de su corona. Se celebra una nueva confederacion en el campo de Marte, donde se jura el mantenimiento de la constitucion en el altarde la patria; mas la suspension del corregidor es levantada por un decreto; recobra aquel su autoridad, y trata de consumar la empresa del 20 de junio, que no habia terminado á placer de la faccion. La falta en el ataque dirigido contra el palacio real, habia consistido en no poner al frente del populacho algunas tropas regulares, que inspirasen osadía á aquellas bandas inespertas, y fuesen las que rompieran el fuego, si era preciso apelar á tal estremo. Se corrigió esto para otra espedicion que fué fijada para el dia fatal que debia decidir del trono y del monarca.

Se habian organizado en el mediodia de la Francia falanges compuestas de hombres acostumbrados al asesinato y á la vida bandolera, conocidos por *marselleses*, porque habian hecho de Marsella como su cuartel general, y porque dominaban en esta ciudad por medio del terror que su ferocidad inspiraba. Aix y Arlés habian tambien esperimentado su furia; pero su rabia habia tenido por blanco á Avinon, que fué obligada á fuerza de degüellos á incorporarse á la Francia. Estos hombres parecieron á los gefes anti-realistas los mas á propósito para asegurar el éxito del complot, y así llamáronlos á Paris. Los *hermanos* y *amigos* los recibieron con transportes de júbilo. Bien tratados y cómodamente alojados en el arrabal de San Marceau, donde vivia tambien el que debia capitanearlos, desde el dia siguiente al de su arribo recorrieron las calles. En una de sus banderas estaba escrito: *abajo el tirano*, y en otra: *la sancion ó la muerte*. Uno de ellos llevaba por insignia en la punta de su pica un corazon de becerro todavía sanguinolento. Preséntanse con un séquito del populacho en la barra de la Asamblea, donde son honrados hasta darles asiento; y el corregidor Petion, considerándose seguro en pos de este alarde de su preponderancia, va á pedir de parte de las secciones de Paris la destitucion del rey. Semejante demanda es desatendida. Para activar la decision, forman los jacobinos un *comité de insurreccion* que sucesivamente se junta en varios puntos á pretesto de comidas fraternales. En estas reuniones se toman medidas para asaltar el palacio real, y á fin de apoyar en algo la insurreccion, se propala que el rey quiere fugarse de nuevo.



Muerte de Luis XVI.

A consecuencia de este rumor la guardia nacional es convocada por el corregidor, que la distribuye en el Carrousel, en las puertas esteriares y en las avenidas de palacio, á fin de impedir la supuesta huida. Mas el rey sabia el motivo secreto de estas precauciones, que era apoderarse de su persona y llevar quizá mas lejos el atentado segun las circunstancias. A falta de su guardia, de que le habian privado, llama á su lado varias compañías de suizos. Todo el dia 9 y durante la noche del 10 se llenan los aposentos de palacio de nobles y militares ansiosos de mostrar al rey su lealtad en unos momentos tan decisivos. Mil ochocientos guardias nacionales, novecientos suizos y trescientos nobles constituian su defensa.

A las cinco de la mañana baja el rey de palacio, señala sus puestos á los suizos y pasa revista á la guardia nacional de caballería é infantería, siendo recibido en las filas con respeto por todos y con aclamaciones por muchos. Retírase asaz satisfecho, y exhorta á aquella falange de nobles que le rodeaba á moderar su celo; y por temor sin duda de que semejante reunion fuera mal juzgada por la guardia nacional, advirtióse que solo recibia el ofrecimiento de sus servicios con reserva.

Hácia las ocho los marselleses, á los cuales se habian unido los de Brest, sus dignos compañeros, sacados del presidio de Brest, así como en su mayoría eran los primeros escapados de las galeras de Marsella, óyense de lejos por los espantosos gritos que lanzaba el inmenso populacho que los seguia. La primera guardia en que se presentan les niega el paso, mas ellos insisten. Dispáranse algunos tiros. Los bandidos, que no pensaban encontrar resistencia, se desconciertan y retroceden. Una carga vigorosa en aquel momento hubiera dispersado á todos. El comandante general Mandat, antiguo oficial de guardias, tenia al efecto órden firmada del corregidor Petion; mas en lugar de hacer uso de ella, noticioso de que acababa de ser cambiada la municipalidad, corre á la casa consistorial para informarse si en cuanto á la guardia nacional se habia tomado alguna nueva determinacion, pero es asesinado en el camino.

La guardia se encuentra entonces sin gefe. Sorprendida y vacilante, deja pasar por entre sus filas grupos de hombres y mujeres, que se decian *peticionarios*, y que solo iban á palacio á presentar al rey súplicas. Durante esta especie de armisticio, los fugitivos, al ver que no los perseguian, vuelven y llenan el Carrousel, donde el prusiano Westerman, su gefe, los ordena en batalla. El tumulto se aumenta, y en palacio cada cual da su parecer. El rey

escucha á todos, pero no toma ningun partido. En este momento de perplegidad el procurador síndico del departamento que por la noche habia sido llamado á la régia morada con el corregidor para ser consultado sobre la disposicion de los ánimos, dice que la mayer parte de la guardia nacional está por los insurgentes; que el resto vacila, que era imposible que los suizos, aun apoyados por la nobleza que guarnecia el palacio, armada únicamente de pistolas, y espadas, resistieran la impetuosidad de un populacho inmenso que tenia á su cabeza furiosos avezados al crimen, provistos de fusiles, bayonetas y artillería; y que el único partido á propósito para la seguridad del rey y de su familia era que se retiraran al seno de la Asamblea nacional.

Parecia que Luis, inclinado por carácter á resoluciones medias, habia pensado ya en este espediente. La reina se le opuso vivamente. «Primero me dejaré clavar, dijo, en las paredes de palacio que salir de él. Ea, señor, dirijiéndose al rey y entregándole una pistola, esta, es la ocasion de portaros.» El rey guarda silencio. El procurador síndico dice á la reina: «¿con que quereis, señora, haceros culpable de la muerte del rey, de la de vuestro hijo, de la de vuestra hija y de la vuestra misma? ¿Con que quereis ver perecer cuanto os es mas caro? Afectada la reina de cuadro tan terrible, nada objeta y acompañada de sus hijos y su hermana, sigue tristemente á su esposo en direccion del funesto asilo. La nobleza que estaba reunida, queria escoltar al monarca; «jamás, decian, abandonaremos al rey en un peligro tan grande.—Quereis por lo visto hacerle matar» añadió el magistrado. La reina vuelve hácia ellos sus ojos arrasados de lágrimas: «quedaos les dice afectuosamente; y añade quizá con el presentimiento de lo contrario: «Pronto regresaremos.»

Al ver que el rey abandona su palacio, los guardias nacionales y los nobles que habian acudido á su defensa, lo desamparan: los suizos iban tambien á marcharse. Unos marselleses que se aproximan á ellos á pretesto de fraternizar, atraen á cinco á sus filas y los degüellan inhumanamente. Al mismo tiempo un pistoletazo disparado á los suizos despierta su furor; por órden de sus capitanes Turler y Castelberg, vomitan por puertas y ventanas un fuego mortífero que ahuyenta aquella turba, dejando en la plaza muchos muertos y heridos, y se apoderan de los cañones de los marselleses. La alarma llega hasta la Asamblea, donde muchos miembros rodean al rey y le ruegan que mande cesar la carnicería. Despues de tanto desacierto que aceleraba la caida de la monarquía, su suerte no era aun desesperada. Quedábale aun una esperanza de salvacion en el valor de estos valientes estrangeros, y la victoria que alcanzaban en favor de la causa de Luis, podia en algunas horas reconquistarle su reino y someterle sus enemigos. Mas espantado siempre por la idea de la efusion de la sangre de sus súbditos, y siempre desgraciado en sus medidas para impedirla, Luis acabó de abandonarse y de destruir su último recurso con la órden que mandó á los victoriosos suizos, de que abandonaran el palacio y no se permitieran otra defensa que la indispensable para salvar su vida sin efusion de sangre. Esta restriccion se hace muy pronto pública, y enardece á los cobardes que huian poco antes. Seguros de no correr riesgo, atacan á los suizos. Estos bravos soldados, fieles á la disciplina, hacen uso únicamente de sus armas para parar los golpes. Los que estaban fuera vuelven á palacio y se fortifican. Se llevan cañones contra ellos, quienes son abrasados, dispersados, perseguidos con encarnizamiento, arrancados de los parages donde se habian ocultado, y degollados sin piedad con todo el refinamiento de una rabia brutal. Sus miembros, todavia palpitantes, eran arrastrados por las calles y sus cabezas paseadas en las puntas de las picas. Las mujeres se mostraron mas crueles y feroces que los hombres. Se las vió despojar á los suizos, degollarlos y hacer un trofeo de las mutilaciones á que se animaban recíprocamente. El palacio fué saqueado y destruido por aquellos salvajes sin utilidad para ellos y por el solo placer de asolar. No sin trabajo pudo cortarse el fuego, que le prendieron por diferentes puntos. Se calcula en cinco ó seis mil el número de las víctimas de este dia.

El corregidor Petion no se presentó en palacio. El rey le habia llamado durante la noche para consultarle sobre las circunstancias, y se cree que en este momento fué cuando á su pesar dió la órden al comandante general para que rechazase la fuerza con la fuerza.

El rey y su familia al pronto embarazaron á la Asamblea, donde se habian refugiado. Un miembro rompió el silencio para hacer observar que la Constitucion no permitia deliberar en su presencia. Le ruegan que abandonara el asiento en que se habia colocado al lado del presidente, y le llevan con su familia á una tribuna. Por la noche fué dado el famoso decreto cuyos dos primeros artículos se hallan concebidos en estos términos: «1.° El pueblo francés es invitado á formar una Convencion nacional; 2.° el gefe del poder ejecutivo queda provisionalmente suspenso de sus funciones hasta tanto que la Convencion nacional haya pronunciado sobre las medidas que juzgue oportunas para asegurar la soberanía del pueblo y el reinado de la libertad y de la igualdad.» Los ministros Servan, Roland y Claviere fueron llamados al ministerio, y se hizo entrar en él ademas á Monge para marina, á Danton para justicia y á Lebrun para los negocios estrangeros. Se estableció tambien que el rey y su familia habitasen el palacio de Luxemburgo, y que la municipalidad de Paris seria responsable de su custodia; mas esta representó que las salidas de este palacio eran demasiadas para responder de semejante depósito, y en su consecuencia fueron encerrados en el Temple.

Aparte de sus penosos recuerdos y de sus inquietudes por el porvenir, si Luis XVI sabia en su prision lo que pasaba fuera, aquellos cinco meses de su vida fueron un doloroso martirio. Continuaba el frenesí del pueblo, ébrio, por decirlo así, con la sangre derramada: derribó las estátuas de los reyes inclusa la del popular Enrique. Muchas personas fueron encarceladas, y se estableció un tribunal para juzgar á los acusados del 10 de agosto. Las sentencias de muerte se multiplican, no sobre los culpables, sino sobre los que habian manifestado adhesion al rey: el intendente de la casa real, Delaporte, el mayor general de los suizos, Brachmann, y un periodista monárquico, Durozoir, son decapitados. Tribútanse honras fúnebres en el jardin de las Tullerías á los ciudadanos republicanos que habian perecido en la refriega del 10. La inquisicion mas odiosa turba las familias, y autoriza para penetrar en los lugares mas recónditos de las casas en busca de realistas, que son arrestados en gran número y sumidos en los calabozos. Así se establecen las *visitas domiciliarias*. Un orador de la municipalidad, Tallien, introducido á la barra de la Asamblea, anuncia que aquella ha reunido en un mismo lugar los curas perturbadores, y añade ambiguamente que muy pronto el suelo de la libertad se veria libre de su presencia.

La jornada del 10 de agosto habia decidido á las potencias estrangeras á defender la causa real mas eficazmente que con notas ó amenazas, y Federico Guillermo al frente de cincuenta mil prusianos, treinta mil austriacos, siete mil hesseses y quince mil emigrados que tenia á sus órdenes el duque de Brunswick, habia invadido el 19 de agosto las llanuras de Champaña. Longwy se habia rendido el 23, Verdun era atacada, y la esperanza renacia en el ánimo de los realistas. La misma causa exasperó mas el de los anarquistas. El 2 de setiembre al toque de rebato y despues de una proclama redactada por el procurador de la municipalidad, Manuel, una multitud desenfrenada se reune en el campo de Marte para socorrer á Verdun. «Pero los enemigos mas peligrosos no están delante de esta plaza, representan los emisarios de los facciosos; están en las cárceles, de donde van á escaparse para degollar á las mujeres é hijos de los bravos defensores de la patria.» *Degollemos nosotros mismos los presos*, es el grito que vuela de boca en boca, y al instante marchan á las prisiones, al convento de los carmelitas y al seminario de San Fermin, donde estaban encerrados trescientos curas destinados á la deportacion; todos son sin piedad asesinados: aquellos tigres los sacaban como para someterlos á un juicio en la puerta, e inmediatamente los mataban los verdugos á hachazos ó mazazos. La misma crueldad se ejercia en las cárceles, especialmente en la Force y en la Abadía de San German, sobre ciudadanos que estaban detenidos en ellas á consecuencia de denuncias de los jacobinos de sus secciones. El pueblo, al ver pasar los sangriéntos cadáveres amontonados en las carretas que los llevaban á zanjas abiertas fuera de las murallas, se estremecia de horror y temblaba. Los presos de Orleans fueron llamados á Paris sopretesto de ser mas prontamente juzgados por el nuevo tribunal revolucionario; en Versalles se les saca de las carretas que los conducian en número de sesenta, y son inhumanamente asesinados en la plaza á palos ó puñaladas.

Durante estas ejecuciones, los *mas furiosos sans-culottes* (hacian alarde de este nombre) paseaban en la punta de una pica la cabeza y el corazon de madama de Lamballe, princesa bondadosa, compañera ordinaria de la reina. Uno de los que guardaban á Luis queria obligarle á asomarse á la ventaña de su prision para contemplar aquel horrendo espectáculo; pero otro menos atroz le dispensó de ello. La municipalidad de Paris por órgano de algunos de sus miembros, fué á confesar y justificar en la Asamblea aquellas *grandes medidas* que ella creia necesarias para salvar la patria. Otro pide osadamente doscientos mil francos para pagar á los asesinos, y añade: «Si no hay dinero que se vendan las alhajas de la corona.» Pero se consideró mas pronto y sencillo hacerlas robar del guarda-ropa.

La Asamblea legislativa no dijo ni una palabra: temblaba por sí misma, y por otra parte iba á disolverse. Habíase formado la Convencion, compuesta, tanto en Paris como en las provincias, de miembros elegidos entre los mas decididos republicanos, que los jacobinos designaron á los departamentos. Aun no habian llegado todos los nombrados, cuando los que estaban en Paris juzgan oportuno no aguardarlos. En número de trescientos setenta y uno solamente, interpretando el voto de los otros trescientos setenta y cuatro que formaban el completo de la Asamblea, se constituyen

en *Convencion nacional* en una sala de las Tullerias. Envian al Picadero comisionados que dicen sin preámbulo á los legisladores: «Ciudadanos, la Convencion nacional está constituida. Os venimos á anunciar de su parte que va á trasladarse á este local para comenzar sus sesiones.» Los legisladores se levantan y van á las Tullerías á cumplimentar á los convencionales. Estos se dirigen al salon del Picadero. Petion ocupa la presidencia, y la mesa se forma con seis secretarios, dignos auxiliares del antiguo corregidor. Desde esta primera sesion, celebrada el 21 de setiembre de 1792, se declara abolida la monarquía, y la república es decretada por aclamacion. Todas las instituciones cambian y tienden á la igualdad republicana: los títulos de *señor* y *señora* son proscriptos y reemplazados por los de *ciudadano* y *ciudadana*; en fin, la Convencion se da por guardia un ejército reclutado en los departamentos.

A la nueva de los acontecimientos del 10 de agosto, La Fayette habia intentado comunicar su indignacion al ejército que mandaba, y se cree que si se dirige en seguida á Paris, habria quizá causado una revolucion. El tiempo que malgastó en ponerse de acuerdo con los departamentos mas cercanos, dió lugar á que la seduccion hiciese prosélitos. Al mismo tiempo la Asamblea decretó su acusacion, y nombró en su reemplazo á Dumouriez. Aunque todavia podia disponer de bastante autoridad para arrestar á los diputados que le fueron á notificar la órden de destitucion, tardó poco en conocer que para él no habia seguridad en medio de su ejército. Así, el 20 de agosto pasó con la mayor parte de su estado mayor á territorio estranjero, donde declararon que no pudiendo hacer frente á la opresion de su patria, habian abandonado el suelo francés, decididos á no combatir ni en favor ni en contra de sus enemigos. Bajo tal protesta pedian ser considerados como simples viageros, y solicitaban solamente libre paso para ir á establecerse en pais neutral. No lo obtuvieron, y detenidos cerca de Luxemburgo, La Fayette, Tour-Maubourg, Bureaux de Puzy y Alejandro de Lamet, fueron por de pronto encerrados en Wessel, despues en Magdeburgo, y por último, en Olmutz, sin que las pruebas de adhesion que habian dado al rey desde su vuelta de Varennes, pudiesen servirles de recomendacion para con los príncipes alemanes. El reconocimiento americano mitigó con socorros pecuniarios los rigores de la prision del general, y la esposa de La Fayette despues de inútiles súplicas para hacerla cesar, procuró al menos hacerla mas llevadera compartiéndola con sus dos hijas. Las cadenas de su esposo y de sus compañeros de infortunio no se rompieron hasta la paz de Campo-Formio en 1797.

El rey de Prusia habia tomado á Verdun el 2 de setiembre, y avanzaba hácia Sainte-Menehould. Ya no habia una sola plaza fuerte entre él y la capital, de la que solo distaba cuarenta leguas, y el débil ejército de Luckner, acantonado en Chalon y falto de todo, no podia considerarse como un obstáculo á su marcha. Nada pues debia detenerle al parecer, cuando se supo con sorpresa que la reunion de los guardias nacionales y tropas de línea, diestramente combinada por Dumouriez en Grandpré, habia sembrado el espanto entre los veteranos de Federico; que estos habian sido batidos en Valmy, el 20 de setiembre por el general Kellerman, y que en fin se retiraban fatigados, tanto por la penuria á que los reducian las partidas francesas destacadas al efecto, así como las guarniciones de Montmedi, de Metz y de Thionville, cuanto por las enfermedades que el uso inmoderado de las frutas de la estacion les habia ocasionado. Operaciones demasiado circunspectas, cuando se debia avanzar decididamente para inspirar terror, permitieron á los franceses hacerse dueños de importantes posiciones, como la de las Ilettes y el desfiladero de Argonne. Por esta maniobra el ejército aliado se encontró encerrado en Champaña-Pouilleuse, y en la imposibilidad de procurarse víveres tuvo que abandonar el territorio francés. Se ha dicho que un motivo mas poderoso habia ocasionado esta marcha retrógrada, y que solo era debida á una formal invitacion de Luis XVI al monarca prusiano; añadiéndose que esta invitacion la habian obtenido del augusto preso, Petion, Manuel y Kersaint, que á este precio le garantizaban su existencia y la de su familia. Mas ¿cómo podian garantirla?

Desde el momento de la retirada de los prusianos, los franceses se desbordaron fuera de sus fronteras. Montesquiou se apodera de la Saboya; mas destituido al mismo tiempo, es obligado á huir. El general Anselme ocupa á Niza; Custines se apodera por su parte de las plazas germánicas sobre el Rhin, entra en Maguncia, y penetra hasta Francfort. Por último, Dumouriez, despues de haber batido el 6 de noviembre en Jemmapes, cerca de Mons, al príncipe de Coburgo, inundaba la Bélgica y arrojaba á los austriacos que un mes antes habian bombardeado inútilmente á Lila. Rochambeau, á quien no se vió obrar, habia dado su dimision, y el mariscal de Luckner, que era sospechoso, estaba en segunda línea.

Pero otro interés mayor absorbia en Francia el de las operaciones militares. El rey habia sido trasladado en los últimos dias de octubre á la torre del Temple á pretesto de que estaria allí mas á cubierto de las irrupciones del populacho, y desde este momento quedaron los presos en absoluta incomunicacion. Aquí se atropellan los acontecimientos. Un decreto ordena que el rey sea llamado en lo sucesivo Luis Capeto. Merlin de Thionville, á quien se atribuye el proyecto de asesinar al rey en la tribuna de la Asamblea el 10 de agosto, pide que se le forme causa; en fin, una comision de veinte y cuatro miembros, es encargada para recibir las declaraciones contra él, y examinar los papeles remitidos por el ministro Roland, encontrados por él en el palacio en el hueco de una pared cerrado con una puerta de hierro, papeles casi insignificantes, mas á los cuales una interpretacion violenta dió colores contra revolucionarios.

En 6 de noviembre, dia de la batalla de Jemmapes, presentó la comision su informe á la Convencion. Al dia siguiente, á nombre de la comision de legislacion, el abogado de Tolosa, Mailhe, presentó otro sobre la forma de la acusacion del monarca y los trámites del juicio. La discusion sobre tan importante punto fué señalada para el lunes 7 de noviembre.

Ya el informe de Mailhe, leido en medio de esta asamblea que habia precipitado á Luis del trono, entre las vociferaciones de una multitud de diputados, recien llegados, que solo abrian la boca para insultar al monarca, habia osado faltar á la conciencia pública, articulando que el rey no podia apetecer jueces mas imparciales que la misma Asamblea; mas esta asercion, cruelmente insolente, era moderada en comparacion de otras que debia aplaudir la atroz asamblea. Saint-Just, jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años, «se maravilló de la barbarie de un siglo que daba como un carácter religioso al proceso de un tirano, cuando dos mil años antes fué inmolado César en pleno senado, sin mas formalidad que treinta puñaladas, ni otras leyes que la libertad de Roma..... Luis debe ser juzgado, decia, por el crimen de haber sido rey. Es este uno de esos atentados que la obcecacion misma de todo un pueblo no puede justificar. Este *pueblo* es criminal para con la *nacion* por el mal ejemplo que ha dado; y todos los hombres reciben de ella la secreta mision de esterminar en todo pais la dominacion de los reyes. No se puede reinar inocentemente: la locura es sobrado evidente..... Luis es otro Catilina: apresuraos á juzgarlo: su matador podrá jurar como Ciceron, que ha salvado la patria.»

Otro, que solo habló en la presente ocasion, encuentra «su mision mezquina por tener que descender de la altura de las sublimes funciones de un representante del pueblo para ocuparse..... ¿de qué?..... de un rey, es decir, de un tigre, de un antropófago, de uno de esos seres que la humanidad aborrece, la razon rechaza, y la libertad destierra para siempre de la tierra de los vivientes.»

«Si fue rey, fué culpable, dijo Manuel, porque los reyes han deshonrado los pueblos. Desde la infancia del mundo ha hablado Homero contra los devoradores de hombres. Despues que un Rousseau se ha aparecido en la tierra, cuando todas las naciones se preparan á deponer las diademas, ¿espera un rey de Francia encubrir sus maldades con la inviolabilidad que le da una Constitucion? Serias el mas imbécil si no fueras el mas malvado de los hombres, tú, que con el alma de Tiberio y la estúpida apatía de Claudio sonreias al deseo que formaba la hija de los Césares: ¡Ah! ¡si la Francia no tuviera mas que una cabeza para arrojarla á las garras de un águila! Si yo hubiera podido creerte inviolable como á los representantes del pueblo, ó te habria matado como Bruto, ó me habria muerto como Caton. No se debe vivir á merced de un hombre como tú, y tu vida es un argumento contra la Providencia.» Manuel quiso no obstante salvar sinceramente á Luis XVI; pero como tantos otros que abrigaron igual intencion, desde luego habia viciado y exaltado con demasía la opinion con su ejemplo y discursos para poderla comprimir y dirigir á su beneplácito; y no hizo mas que inmolarse á la honrosa causa que abrazó sobrado tarde. Secretario en la época de la computacion de votos, nada omitió por conservar los dias de Luis, y estuvo espuesto á ser asesinado por sus colegas. En el dia siguiente al de la condenacion, envió su dimision, diciendo que no queria cooperar á semejante injusticia. En el mismo dia, y por igual motivo, hizo otro tanto Kersaint; entrambos fueron enviados poco despues al patíbulo.

La mayoría de los que fueron favorables al monarca, creyeron no poder emitir su opinion sino merced á las injurias de que le colmaron. De ellos fueron los mas notables el abate Fauchet y Mazuyer: el primero proponía que el tirano depuesto fuera condenado al suplicio de vivir en medio de un pueblo libre. «Pido, decia el segundo, que Luis el traidor sea condenado á muerte, pero no quiero que muera. Tal es el deseo de los aristócratas y emigrados, porque conseguirian una minoridad, una regencia para el hermano mayor y una lugartenencia general para el segundo que es el conde de Artois. Si al derribar aquella cabeza cayeran todas estas malvadas, ninguna dificultad habria; pero las cabezas reales son como las de la hidra: cortad una y renacerá otra. En lugar, pues, de cortar, es menester arrojarla. Si cortamos la cabeza del padre, ¿qué haremos con la del hijo? ¡Ah! un emigrado, un francés que combatiria quizá por este hijo, no hará nada por el padre, porque no lo merece; toda la sangre de este hombre no vale una gota de sangre de un buen ciudadano á quien su muerte pusiera en peligro. Yo quiero que se

dé á toda Europa un gran ejemplo, un ejemplo vivo, palpitante, un ejemplo terrible; yo quiero que Luis el traidor diga á todos los pueblos que recorra: «Yo fui un tirano, imbécil y sanguinario, dócil á la saña de una mujer atroz, juguete de los sacerdotes fanáticos de mi córte, y de una vil porcion de supuestos grandes señores, bribones y malvados. Yo he querido oprimir una nacion generosa y magnánima, y ella se ha alzado entera: sobrado orgullosa y fuerte para temerme, háme arrojado ignominiosamente, y yo huyo de su seno cargado de execracion y oprobio.» Mas ¡ó instabilidad de la frágil é inconsecuente humanidad! Este mismo hombre que votó con valor, segun la opinion que habia emitido, así que vió prevalecer la pena de muerte, votó para que esta no se suspendiera.

Lanjuinais, Camus, Tomás Payne y Kersaint, opinaron en igual sentido, pero respetándose mas. Camus tuvo valor hasta para tributar algunos elogios al infortunado cautivo, sin que nadie por otro lado tuviera serenidad para declararle inocente; y los mas osados, en número de siete á ocho, á saber: Baraillon y Lafont de la Creuse, Morison de la Vendée, Enrique Lariviere y Lomont de Calvados, Lalande de la Meurthe, Valadi del Aveyron, y Vadelaincourt del Alto Marne, fueron los que se atrevieron á recusarse como incompetentes para juzgar al monarca, y quienes por una delicadeza inoportuna le privaron así de los sufragios que podian haberle dado.

Por lo demas, cuantos le atacaron, no llevaron la inconsecuencia hasta el mismo grado, sino que algunos hasta echaron mano del arte, y de un arte especioso en su agresion. Confesaron los principios constitucionales en que estribaba la inviolabilidad del príncipe; pero se esforzaron en hacerlos inaplicables y en sacar consecuencias opuestas al sentido natural que presentaban. Entre los que se abandonaron á esta dialéctica tortuosa, distinguióse Condorcet, quien se afanó en hacer prevalecer una distincion ficticia y cruel entre el monarca y el hombre privado, y por la cual, al absolver al primero segun la carta constitucional, entregaba al segundo, esto es, la persona real, á toda la venganza de las leyes particulares. Empero, en calidad de filósofo, no votó la muerte que contrariaba sus sistemas; pero al juzgar que el acusado era digno de ella, le espuso á la condenacion de las conciencias menos timoratas en que no podia originar escrúpulos una opinion filantrópica.

La respuesta á todas estas arguciás y la que hizo brillar mas eminentemente la inocencia del monarca, fué el mismo discurso del tigre mas sediento de su sangre. «No hay proceso que formar, esclamaba Robespierre: Luis no es un acusado; vos no sois ni podeis ser mas que unos hombres de Estado. Vos no podeis dar sentencia alguna en pro ó en contra de un hombre: únicamente podeis dictar una medida de salvacion pública, ejercer un acto de providencia nacional. Luis fué rey y ha sido destronado. Denunciando al pueblo francés como rebelde, ha apelado para castigarlo á las armas de los tiranos sus compañeros: la victoria y el pueblo han decidido que él era el único rebelde. Proponer formar causa á Luis es poner su crímen en duda, es un paso retrógrado hácia el despotismo, es una idea contrarevolucionaria. En efecto, si Luis puede ser objeto de un proceso, puede ser absuelto, puede ser inocente: ¿qué digo? Tiene la presuncion de serlo hasta que sea juzgado: y si Luis es inocente, todos los defensores de la libertad son unos calumniadores. Los rebeldes eran los amigos de la verdad y los defensores de la inocencia oprimida. La prision de Luis es una vejacion injusta. Los confederados, el pueblo de Paris, todos los patriotas del imperio francés son unos culpables.

»Os dejais engañar por falsas nociones. Los pueblos no juzgan como los tribunales; no dictan sentencias, lanzan el rayo; no condenan á los reyes, los reducen á la nada. Invócase la Constitucion en favor del tirano: yo añado á lo replicado á este argumento que la Constitucion os vedaba cuanto habeis obrado. Si no podia ser castigado mas que con el destronamiento, no teniais facultad para conservarle encarcelado, y él tiene la de pediros su soltura. La Constitucion os condena: nada mas os resta que ir á echaros á los pies de Luis XVI é implorar su clemencia.

»En cuanto á mí, añadia con hipócrita humanidad, aborrezco la pena de muerte prodigada por vuestras leyes; yo ni amor ni ódio profeso á Luis; no detesto mas que sus maldades. He pedido la abolicion de la pena de muerte en la Asamblea que todavia llamais constituyente, y no es culpa mia si los principios de la razon se la figuraron heregías morales y políticas. Si; la pena de muerte es un crímen cuando no es necesaria para la seguridad del cuerpo social; luego en los casos de delitos ordinarios, la sociedad puede siempre reducir al reo á la imposibilidad de dañarla; pero mediando un rey destronado en medio de una revolucion que no está afianzada, un rey cuyo solo nombre atrae el azote de la guerra, ni la prision ni el destierro son bastantes para que su existencia sea indiferente al bien público. Pronuncio pues con pesar esta funesta verdad... pero Luis debe morir para que la patria viva. La generosidad con que se os arrulla se pareceria á la de una sociedad de bandidos que se reparten despojos.»

Así no se trataba en verdad de averiguar si el príncipe era ó no culpable, sino si su vida ó muerte importaba á los proyectos y á la seguridad de algunos malvados. Robespierre, al atreverse á desechar abiertamente toda consideracion de justicia, debia provocar la indignacion general ó helar á todos de terror. Este fué el sentimiento que prevaleció en todos los ánimos, imprimiéndolo sobre todo en el de los facciosos girondinos que se creian hombres de Estado, y que al provocar la jornada culpable del 10 de agosto, dieron alas á los matadores de setiembre, peores todavía que ellos. En vano invocaron el órden despues de haber dado rienda suelta á violencias las mas horrendas: habíase desvanecido su influencia, y aunque principios mas moderados les dieran aun mayoría en la Convencion, la dominacion de la municipalidad y de los bandidos que la servian neutralizaba sus resoluciones. Para reconquistar la popularidad que habian perdido, recurrieron en vano á medios perversos, únicos que á la sazon podian atraer un populacho feroz; pero ni la deportacion de los Borbones no detenidos que hicieron decretar, ni la pena de muerte que á su instancia fué impuesta á los emigrados y fautores del realismo, pudieron recabársela; no consiguieron mas que disminuir el número ya escaso de sus defensores, y divorciaron de su causa á los que todavía se hubiesen agrupado en derredor de ellos como partidarios al menos de un órden social. Abandonaron pues infructuosa y completamente un rey que habian querido destronar, pero no perderle. Despues de manifestar la inutilidad ó el riesgo de su condenacion, la mayoría de ellos votó contra él. Dieron á sus enemigos la superioridad que no tenian, y con este nuevo acto de debilidad se enredaron mas y mas los girondinos en las redes de sus implacables adversarios.

El fin de la discusion produjo el decreto de 3 de diciembre, por el cual la Convencion con menosprecio de las prevenciones sañudas solemnemente manifestadas en su seno contra Luis, osó constituirse su juez. Robespierre proponia que le condenara inmediatamente á muerte en virtud de una insurreccion; pero la hipocresía quiso revestirla de formas que á nadie engañaron. El 6 encargóse una comision de redactar el escrito de acusacion, y el mismo dia se decretó que Luis sufriera un interrogatorio en la barra de la Asamblea. El 11 fué conducido á ella, donde se presentó en actitud firme y modesta. Ignoraba los cargos que se le harian, y sin embargo respondió con mucha claridad y discernimiento, y en especial con mucha calma y sangre fria.

El rey pidió entonces letrados para discutir los cargos y responder á ellos, y no sin muchos reparos fué como Petion le hizo conceder una gracia que las nuevas leyes otorgaban á todos los acusados, aunque nada debia variar su suerte. Luis eligió dos constituyentes, Trouchet y Target, como personas que debian tener un conocimiento mas cabal de la Constitucion, en que creia deber basar su defensa. El segundo se negó y cubrió de oprobio á los mismos ojos de los enemigos del príncipe. En seguida solicitó Malesherbes reemplazarle diciendo: «He sido honrado con el favor del rey durante su prosperidad, y no debo abandonarle en su desgracia.» Aprobólo la Convencion, la cual accedió ademas á que se agregara á los defensores Seze, jóven abogado del Parlamento de Burdeos, mas á propósito que ellos para hablar.

El 26 de diciembre, dia fijado por la Convencion para oir la defensa del rey, Seze leyó su alegato. Sus medios eran perentorios; pero unos ánimos falaces, prevenidos, fanáticos y crueles, dispuestos de antemano en su opinion culpable, no debian alterarse por aquel escrito, como tampoco por las patéticas palabras á él añadidas por el monarca.

«Se acaba de esponeros, dijo, mis medios de defensa; yo no los renovaré. Al hablaros quizá por última vez, declaro que de nada me remuerde mi conciencia, y que no os han dicho mas que la verdad mis defensores.

»Yo jamás he temido que mi conducta fuera públicamente examinada; pero mi corazon está lacerado de encontrar en la acusacion la imputacion de haber querido derramar la sangre del pueblo, y sobre todo que se me atribuyan las desgracias del 10 de agosto.

»Confieso que las pruebas multiplicadas que en todos tiempos he dado de mi amor al pueblo y la manera con que me he conducido, me parecia que debian patentizar que no he titubeado en arriesgarme por economizar su sangre y alejar para siempre de mí semejante imputacion.» El tono de conviccion de Luis, su dulzura, la verdad que salia de su boca, sin recriminaciones ni réplicas, afectaban una parte de la Asamblea; ella parecia inclinarse á suspender el juicio y á decretar que bastaba tomar medidas de precaucion, hasta que la nacion emitiera su voto sobre la suerte del preso. Pero los mas exagerados jacobinos se precipitan á la mesa; amenazan, hasta usan de violencia, y hacen decidir que con esclusion de todo otro asunto se proseguiria el juicio hasta el fallo definitivo.

Robespierre y sus partidarios hasta querian que se procediera inmediatamente á la votacion, cuando el diputado Salles, el mismo que despues del 20 de junio se habia levantado en la Constituyente contra el destronamiento, indicó la idea de apelacion al pueblo

del juicio de la Convencion. Hubo una fuerte oposicion á que semejante idea fuera discutida. Los girondinos, que hacian inclinar la balanza, votaron por la afirmativa; pero á pesar de la elocuencia de Vergniaud, que defendió la apelacion con calor, despues de haber forzado á la Asamblea á la discusion, carecieron del valor y tenacidad necesarias para procurar el triunfo de la causa de la justicia.

Cerráronse todas las discusiones el 7 de enero. A la mañana siguiente dió parte á la Convencion el ministro de relaciones esteriores de una súplica del rey de España por la vida del monarca. Si se respondia favorablemente, comprometíase el español á no cooperar de manera alguna á la coalicion de las potencias contra Francia. La Convencion pasó á la órden del dia. El ministro habia intentado ademas una negociacion con Prusia y Austria, á las cuales pedia el reconocimiento de la República. La rapidez de la instruccion por una parte, y la lentitud de las respuestas, tornaron inútil este paso.

En fin, el 15 de enero procedió la Convencion á votar sobre las cuestiones que se habia hecho presentar para decidir esta causa importante. Eran las cuestiones las siguientes: 1.° ¿Luis Capeto es culpable? 2.° ¿Se apelará al pueblo? 3.° ¿Qué pena debe ser impuesta? Decidióse la afirmativa sobre la 1.ª cuestion por seiscientos noventa y tres votos de setecientos diez y nueve. Ocho se abstuvieron de votar: diez y ocho opinaron con restriccion; ni uno siquiera osó votar por la inocencia. Acerca de la 2.ª cuestion prevaleció la negativa por una mayoría de cuatrocientos veinte y cuatro votos. En suma, el 17 despues de una sesion de treinta y seis horas y de un tumulto imposible de describir, Luis fué condenado á muerte por trescientos sesenta y seis votos de setecientos veinte y uno: es decir, por cinco votos. El duque de Orleans que por su desdicha y la del monarca no habia sido comprendido en la deportacion decretada contra los Borbones, porque los anarquistas creian que todavía necesitarian de él, acabó de cubrirse de ignominia votando la muerte y siendo de los cinco que constituyeron la mayoría que fijó la suerte funesta de Luis. Muchos girondinos, como ya hemos observado, al votar en contra de la opinion que habian emitido, dieron á los jacobinos, sus enemigos personales, la mayoría que les faltaba, y aunque esta circunstancia debiera patentizarles su preponderancia, no la aprovecharon en el último recurso de suspension que fué propuesto el 19, y contra el cual votaron todavía mas que por la misma muerte, puesto que fué desechado por trescientos ochenta votos de seiscientos noventa. Perdidas todas las esperanzas de librar al monarca de su desventurada suerte, manifestaron los girondinos una compasion mal entendida al abreviarle por lo menos la penosa espectativa de la muerte, y votaron porque la ejecucion tuviera lugar á las veinte y cuatro horas. La sentencia hallábase concebida en estos términos: «La Convencion nacional declara á Luis Capeto, último rey de los franceses, reo de conspiracion contra la libertad de la nacion, y de atentados contra la seguridad general del Estado; decreta que Luis Capeto sufra la pena de muerte; declara nulo el escrito que Luis Capeto ha presentado en la barra por medio de sus defensores, calificado de apelacion á la nacion del fallo contra él pronunciado por la Convencion; prohibe darle ningun curso, so pena de que cualquiera que osare será perseguido y castigado como culpable de atentado contra la seguridad general de la República.»

El 20 de enero fué notificado el decreto al rey por el ministro de la justicia. Malesherbes habia ya enterado al monarca de la fatal decision, y en este momento pareció Luis mas afectado del dolor del anciano que de la suerte que aguardaba á él mismo. Empero al saberla no pudo menos de esclamar: «¡Dios mio! ¿era este el premio que debia aguardar de todos mis sacrificios? ¿he omitido cosa alguna por la felicidad de los franceses?» Despues de escuchar la lectura del proceso de la Convencion, la cual fué hecha con voz mal segura por el secretario del consejo Grouvelle, entregó al ministro un escrito en que pedia á la Convencion un plazo de tres dias para prepararse á la muerte, la libertad de ver á su familia de la cual estaba separado desde el 16 de diciembre, y la facultad de llamar libremente el confesor que le conviniera. Solo se le concedieron los dos últimos puntos: en cuanto al primero pasó á la órden del dia la Convencion sedienta de sangre.

A las ocho y media de la tarde, refiere el leal Clery, ayuda de cámara del rey, testigo é historiador de sus padecimientos durante los cinco meses de su encierro en el Temple, «presentóse la reina con su hijo de la mano, siguiéndola su hija y madama Isabel. Todos se arrojaron á los brazos del rey. Un triste silencio reinó durante algunos minutos, sin ser interrumpido mas que por sollozos. Pasaron á una sala destinada á su entrevista, y no podian ser observados mas que por una vidriera. Sentóse el rey con la reina á su izquierda, hallándose casi al frente la hija y madama Isabel. El tierno príncipe estuvo de pie entre las piernas del rey. Todos se inclinaban hácia él y le tenian á veces abrazado. Solo se veia que á cada frase del rey se redoblaban los gemidos de las princesas, duraban algunos minutos, y en seguida volvia el rey á hablar. Por sus movimientos fué fácil juzgar que él mismo les dió noticia de su condenacion. Esta escena de dolor duró siete cuartos de hora, en los cuales fué imposible oir nada. A las diez y cuarto se levantó el rey, á quien parecian querer retenerle. Asegúroos, las dijo, que os veré mañana á las ocho, y al mismo tiempo se despidió de una manera tan espresiva, que se redoblaron los sollozos. La tierna hija se desmayó.»

Despues de esta escena desgarradora conferenció Luis con su confesor Edgeworth de Firmont, sobre la escena del siguiente dia, y le manifestó el deseo de oir misa y comulgar. Todavia fué menester negociar con los municipales para agenciar hostias que rehusaron al pronto á pretesto de que podian estar envenenadas. Confesóse el rey, y viéndole cansado le invitó Edgeworth á descansar. Durmió cinco horas, se levantó á las seis, y mientras Clery preparaba el altar, conversó Luis con el sacerdote, á quien decia: «¡Qué feliz soy de haber conservado mis principios de religion! ¿Dónde estaria yo ahora si Dios no me hubiese hecho esta gracia?» Oyó la misa, recibió la comunion con los sentimientos de consuelo que la religion inspira, y entró en seguida en su gabinete. Dirigiéndose entonces á Clery, le dijo: «Mi querido Clery, estoy satisfecho de tus servicios;» y despues de encargarle se despidiese á su nombre de la reina, su hermana é hijos, le añadió: «Voy á pedirte que te mantengas al lado de mi hijo. Algun dia podrá acaso recompensar tu celo. —¡Ah, señor mio! ¡ah rey mio! le respondió Clery postrado á sus pies, si mi adhesion, si mi celo y cuidados han podido satisfaceros, la única recompensa que deseo es recibir vuestra bendicion: no la negueis al último francés que está á vuestro lado.» El rey se la dió con bondad, diciéndole al levantarle; «Da parte en ella á las personas que me son adictas.»

A las nueve en punto se presentó al rey Santerre acompañado de gendarmes. «¿Venís á buscarme? les dijo.—Sí,» respondió secamente Santerre. Luis pasó entonces unos momentos al lado del confesor y poniéndose de rodillas le dijo: «Todo se ha consumado, dadme vuestra bendicion.» Pero Edgeworth quiso acompañarle hasta el patíbulo, y llenó al rey de reconocimiento por este acto de abnegacion. Luis ofreció entonces su testamento al municipal Jacobo Roux, para entregarlo á la reina y á la municipalidad. «Yo nada tengo que ver en eso, respondió aquella fiera; yo no estoy encargado mas que de conduciros al cadalso.» Aceptólo otro comisario. Un coche de alquiler aguardaba al rey en el patio: ocupó la cabezera con Edgeworth, y dos gendarmes se sentaron en la delantera. De sus siniestras miradas le libró el breviario de su confesor, del cual no apartó Luis la vista.

Asi que llegó á la plaza de Luis XV, entre las Tullerías y los Campos Elíseos, plaza escogida para lugar de su suplicio, en memoria de las desgracias de que habia sido teatro en la época de su casamiento, se apeó junto al patíbulo, y recomendó su confesor á los gendarmes. Quitóse él mismo su ropa, y en seguida le cogieron las manos los verdugos para atárselas. Como no aguardaba tal violencia, quiso rechazarla. «Señor, le dijo el sacerdote, este es un rasgo mas de semejanza entre V. M. y el Dios que va á ser vuestra recompensa.» Entonces Luis se las presentó de grado, y subió con paso firme al patíbulo. En este momento fue cuando Edgeworth le dirigió estas sublimes y consoladoras palabras: «Hijo de San Luis, subid al cielo.»

El rey se volvió entonces hácia el pueblo, ó mas bien hácia la fuerza armada que llenaba la plaza, y con voz fuerte esclamó: «Franceses, muero inocente de todos los crímenes que se me han imputado. Perdono á mis enemigos, y ruego á Dios que les perdone. Yo ansío que mi muerte.....» No pudo decir mas, porque un redoble de tambor, mandado por Santerre, ahogó su voz. En la imposibilidad de continuar, resignóse á la muerte y se abandonó á los verdugos. A las diez y cuarto cae su cabeza y retírase la multitud silenciosa.

Luis XVI era de edad de treinta y ocho años, y habia reinado diez y ocho. La posteridad no le juzgará por el testimonio de los escritos que las facciones dan á luz en los tiempos de revolucion. Lejos de ser tirano, era bueno, humano, y deseaba sinceramente la felicidad del pueblo. Su conciencia le decia que debia ser amado: hasta el fin confió que su notorio carácter de bondad prevaleceria sobre la maldad de sus enemigos. Libertado muchas veces de su furor á fuerza de condescendencias; creyó todavía el 10 de agosto triunfar de sus esfuerzos cediendo. Esta persuasion le determinó á no emplear contra la violencia la fuerza de la guardia nacional que le era adicta. Imprudentemente se retiró á la Asamblea legislativa, en que habia sobrada gente que creia no poder evitar sino con su muerte el castigo de los escesos de ella misma. Luis era muy religioso, buen marido, buen padre y escelente amo. Era amigo de leer y no carecia de instruccion: pero en medio de su buen discernimiento era tímido é irresoluto en las ocasiones importantes, y aunque tenia el valor de la reflexion, le faltaba el valor de la intrepidez que tanto agrada á los franceses.

«Tan religioso como Luis IX, decia Malesherbes al sacerdote Ed-

geworth en seguida de la catástrofe de Luis XVI, tan justo como Luis XII y tan bueno como Enrique IV, no tenia ninguna de sus faltas. Sus mayores, sus únicos defectos consisten en habernos amado escesivamente, en haberse considerado como nuestro padre, y no como nuestro rey, en haber cifrado su dicha en hacernos felices hasta un grado que no lo mereciamos. Pero todos sus desaciertos pertenecen á sus virtudes, asi como los nuestros son consecuencia de nuestros vicios y de la falsa filosofia de que yo mismo he sido juguete, y que ha abierto el abismo espantoso que nos devorará á todos. Ella es la que con una mágia inconcebible ha fascinado los ojos de la nacion hasta el punto de hacerla sacrificar al fantasma de la libertad política la realidad de la libertad social, de que estaba en posesion y gozaba en todos conceptos con mas estension que otra nacion alguna.»

INTERROGATORIO DE LUIS XVI.

El presidente. Luis, la nacion francesa os acusa. La Convencion nacional ha decretado el 3 de diciembre, que seais juzgado; el 6 de diciembre ha decretado que fuerais oido hoy en su barra. Vais á oir la lectura del acta enunciativa de los hechos. Luis, sentaos.

Luis toma asiento. Un secretario (Mailhe) lee el acta enunciativa que el presidente reproduce en seguida artículo por artículo.

El presidente. Luis, vais á responder á las preguntas que la Convencion nacional me encarga haceros. Luis, el pueblo francés os acusa de haber cometido multitud de crímenes para establecer vuestra tiranía destruyendo su libertad.

El 20 de junio de 1789 habeis atentado á la soberanía del pueblo, suspendiendo las asambleas de sus representantes y rechazándolos con violencia del lugar de sus sesiones. Su prueba está en la informacion estendida en el juego de pelota de Versalles por los miembros de la Asamblea constituyente. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Entonces no habia ley alguna sobre tal materia.

El presidente. El 23 de junio quisisteis dictar leyes á la nacion: cercásteis de tropas sus representantes: les presentásteis dos declaraciones reales destructoras de toda libertad, y les mandásteis que se separaran. Vuestras declaraciones y las informaciones de la Asamblea prueban estos atentados. ¿Qué teneis que responder?

Luis. (La misma respuesta que la precedente).

El presidente. Enviásteis un ejército contra los ciudadanos de Paris: vuestros satélites hicieron correr su sangre, y no alejásteis aquel ejército, hasta que la toma de la Bastilla y la insurreccion general os patentizaron que el pueblo habia triunfado. Los discursos que dirigisteis el 9, el 12 y 14 de julio á las diputaciones de la Asamblea constituyente, manifiestan cuáles eran vuestras intenciones, y las matanzas de las Tullerías deponen contra vos. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Yo era dueño de disponer de las tropas como me pareciese en aquel tiempo: jamás he tenido intencion de hacer derramar sangre.

El presidente. Despues de estos sucesos, y á pesar de las promesas que hicisteis el 15 en la Asamblea constituyente y el 17 en la casa consistorial de París, habeis persistido en vuestros proyectos contra la libertad nacional. Eludisteis por largo tiempo la ejecucion de los decretos de 11 de agosto, concernientes á la abolicion de la servidumbre personal, del régimen feudal y del diezmo. Rehusásteis por mucho tiempo el reconocer la *Declaracion de los Derechos del Hombre*: duplicásteis el número de vuestros guardias de Corps, y llamásteis el regimiento de Flandes á Versalles: permitisteis que en banquetes celebrados á vuestra vista fuera pisoteada la escarapela nacional, sustituida por la blanca, é injuriada la nacion: en fin, habeis provocado una nueva insurreccion, ocasionado la muerte de muchos ciudadanos, y hasta despues de la derrota de vuestros guardias no habeis variado de lenguaje ni renovado pérfidas promesas. Las pruebas de estos hechos están en vuestras observaciones del 18 de setiembre sobre los decretos de 11 de agosto, en las informaciones de la Asamblea constituyente en los acontecimientos de Versalles de 5 y 6 de octubre, y en el discurso que el mismo dia dirigisteis á una diputacion de la Asamblea constituyente cuando le deciais: *que deseabais ilustraros con sus consejos, y no separaros nunca de ella.* ¿Qué teneis que responder?

Luis. Yo hice las observaciones que juzgué justas y necesarias acerca de los decretos que se me habian presentado. El hecho es falso en cuanto á la escarapela: jamás pasó á mi presencia tal cosa.

El presidente. Habiais prestado á la confederacion de 14 de julio un juramento que no habeis observado. No tardásteis en corromper el espíritu público por medio de Talon, que trabajaba en Paris, y de Mirabeau que debia causar un movimiento contrarevolucionario en las provincias. Derramásteis millones para lograr la corrupcion, y quisisteis hacer de la popularidad misma un medio de sujetar el pueblo. Estos hechos resultan de una memoria de Talon, anotada de vuestra mano, y de una carta que Laporte os escribia en 19 de abril, en que refiriéndoos la conversacion que habia tenido con Rivarol, os decia que los millones esparcidos nada habian producido. ¿Qué teneis que responder?

Luis. No me acuerdo precisamente de lo que pasó entonces; pero todo es anterior á la aceptacion de la Constitucion.

El presidente. ¿No fué á consecuencia de un plan de Talon por lo que estuvisteis en el barrio de San Antonio, donde distribuisteis dinero entre los pobres trabajadores y les digisteis que no podiais hacer otra cosa? ¿Qué teneis que responder?

Luis. Yo no tenia mayor placer que socorrer á los necesitados: nada mas intentaba en tal ocasion.

El presidente. ¿No fué á consecuencia del mismo proyecto el haber vos fingido una indisposicion para esplorar la opinion pública sobre vuestra retirada á San Cloud ó á Rambouillet so pretesto de restablecer vuestra salud? ¿Qué teneis que responder?

Luis. Esta acusacion es absurda.

El presidente. Desde mucho tiempo atrás habiais meditado un proyecto de huida: el 23 de de febrero se os entregó una memoria con los medios de efectuarla, y vos la anotásteis. El 28 se reunió multitud de nobles y militares en vuestros aposentos del palacio de las Tullerías. Quisisteis el 18 de abril dejar á Paris para trasladaros á San Cloud, pero la resistencia de los ciudadanos os hizo conocer que la desconfianza era grande: vos tratásteis de disiparla, comunicando á la Asamblea constituyente una carta que dirigiais á los agentes de la nacion cerca de las potencias estranjeras, para anunciarles que habiais aceptado libremente los artículos constitucionales que se os habian presentado; y sin embargo, el 21 de junio os fugábais con un pasaporte falso, dejábais una declaracion contra los mismos artículos constitucionales, ordenabais á los ministros que no firmaran ningun acto emanado de la Asamblea nacional, y vedábais al de Justicia el entregar los sellos del Estado. Los fondos del pueblo eran prodigados para asegurar el buen éxito de esta traicion, y la fuerza pública debia protejerla á las órdenes de Bouillé, que poco antes fué destinado á dirigir la matanza de Nancy, y á quien con este motivo habiais escrito que *procurara conservar su popularidad, porque esta podia seros muy útil.* Estos hechos están probados por la memoria de 23 de febrero anotada de vuestra mano, por vuestra declaracion de 20 de junio, toda de vuestra letra, por vuestra carta de 4 de setiembre de 1790 á Bouillé, y por una nota de este en que os da cuenta de la inversion de novecientas noventa y tres mil libras dadas por vos, y empleadas en parte en seducir tropas que debian escoltaros. ¿Qué teneis que responder?

Luis. No tengo la menor noticia de la memoria de 23 de febrero. En todo lo respectivo al viaje de Varennes, me remito á las respuestas que dí entonces á la Asamblea constituyente.

El presidente. Despues de vuestra detencion en Varennes, se os suspendió el ejercicio del poder ejecutivo, y vos conspirásteis todavía. El 17 de julio vertióse sangre de los ciudadanos en el campo de Marte. Una carta de vuestro puño escrita en 1790 a La Fayette prueba que existia una coalicion criminal entre vos y La Fayette, á la que Mirabeau habia accedido. La revision comenzó bajo estos auspicios crueles: empleáronse todos los géneros de corrupcion: vos habiais pagado libelos, folletos y diarios destinados á pervertir la opinion pública, á desacreditar los asignados y á sostener la causa de los emigrados. Los registros de Septeuil indican cuán enormes sumas se emplearon en estas maniobras liberticidas.

Vos aparentásteis aceptar la Constitucion el 14 de setiembre: vuestros discursos anunciaban la voluntad de mantenerla, y trabajábais en destruirla aun antes de que fuera concluida. ¿Qué teneis que responder?

Luis. De lo que pasó el 17 de julio, de ninguna manera puedo ser responsable: de lo restante no tengo el menor conocimiento.

El presidente. En Pilnitz se ha celebrado el 24 de julio un convenio entre Leopoldo de Austria y Federico Guillermo de Brandeburgo, quienes se han comprometido á restaurar en Francia el trono de la monarquía absoluta, y vos habeis callado sobre esto hasta que ha sido notorio á toda Europa. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Yo lo hice conocer tan pronto como lo supe: por lo demas, este asunto, segun la constitucion, atañe á los ministros.

El presidente. Arles habia levantado el estandarte de la rebelion: vos la favorecisteis con el envio de tres comisarios civiles que se ocuparon no en reprimir á los contrarevolucionarios, sino en justificar sus atentados. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Las instrucciones dadas á los comisarios deben probar el encargo que recibieron: yo no conocia ninguno de ellos cuando me fueron presentados por los ministros.

El presidente. Aviñon y el condado Venasino habian sido reunidos á la Francia: vos no hicisteis ejecutar el decreto hasta despues de un mes, y en el interin causó estragos en aquel pais la guerra civil: los comisarios que enviasteis sucesivamente acabaron de asolarlo. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Semejante hecho no puede imputárseme personalmente: ignoro si hubo tardanza en el envio, por lo demas este negocio incumbe á los que estaban encargados de él.

El presidente. Nimes, Montauban, Mende y Jales habian sufrido grandes agitaciones desde los primeros dias de la libertad: vos nada hicisteis para cortar este gérmen de contrarevolucion hasta que estalló la conspiracion de Dusaillan, ¿Qué teneis que responder?

Luis. Sobre esto di cuantas órdenes me propusieron los ministros.

El presidente. Enviasteis veinte y dos batallones contra los marselleses que se encaminaban á reducir los contrarevolucionarios arlesanos. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Seria preciso que yo viera los autos para poder responder exactamente sobre esto.

El presidente. Disteis la comandancia del mediodia á Wigenstein, que os escribia en 21 de abril de 1792 despues que fué relevado. «Algunos instantes mas, y yo reunia para siempre en derredor del trono de V. M. millares de franceses dignos de los votos que V. M. forma por su ventura. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Esa carta es posterior á su relevo: despues no fué empleado. No me acuerdo de la carta.

El presidente. Habeis pagado á vuestros anteriores guardias de corps en Coblenza, como lo afirman los registros de Septeuil; y muchas ordenes firmadas por vos acreditan que trasmitisteis sumas considerables á Bouillé, Rochefort, Lavauguyon, Choiseul-Beaupré, Hamilton y á la señora Polignac. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Así que supe que los guardias de corps se juntaban al otro lado del Rhin, prohibí que recibiesen ningun pago. No tengo noticia de lo demas.

El presidente. Vuestros hermanos, enemigos del Estado, han reunido los emigrados bajo sus banderas: han levantado regimientos, hecho empréstitos y contraido alianzas en vuestro nombre, y vos no les habeis censurado hasta el momento en que estabais seguro que no podiais perjudicar á sus proyectos. Vuestra inteligencia con ellos se patentiza con una carta escrita de mano de Luis Estanislao Javier, suscrita por vuestros dos hermanos, y así concebida:

«Os he escrito, pero era por el correo y nada he podido decir. Estamos aquí los dos sin formar mas que uno por los sentimientos, principios y el ardor que nos animan por serviros. Guardemos silencio, porque si lo rompiésemos intempestivamente os comprometeríamos; pero hablaremos tan pronto como estemos seguros del apoyo general, y este momento está cercano. Si se nos habla de parte de esa gente, nada escucharemos; si de la vuestra, escucharemos, pero iremos sin torcer por nuestro camino: así si se quiere que vos nos hagais decir algo, no tengais cuidado. Estad tranquilo sobre vuestra seguridad; nosotros solo existimos para serviros: al efecto trabajamos con calor, y todo va bien: nuestros mismos enemigos tienen sobrado interés en vuestra conservacion para perpetrar un crímen inútil, que acabaria de perderlos.—Adios.—Luis Estanislao Javier.—Cárlos Felipe.»

¿Qué teneis que responder?

Luis. Yo desaprobé todos los pasos de mis hermanos así que llegaron á mi noticia, como la constitucion me lo prescribia: no tengo conocimiento alguno de esa carta.

El presidente. El ejército de línea que debia ser puesto en pie de guerra, no era mas que de cien mil hombres á fines de diciembre: vos habiais pues descuidado proveer á la seguridad del Estado. Narbonne, vuestro agente, habia pedido un contingente de cincuenta mil hombres, pero redujo el reclutamiento á veinte y seis mil, asegurando que todo estaba pronto: nada lo estaba sin embargo. En pos de él, Servan propuso formar un campo de veinte mil hombres cerca de Paris: decretólo la Asamblea legislativa, y vos rehusasteis la sancion. Un arranque de patriotismo hizo partir de todos lados ciudadanos para Paris: vos disteis una proclama que tendia á detenerlos en su marcha. Empero nuestros ejércitos carecian de soldados: Dumouriez, sucesor de Servan, habia declarado que la nacion carecia de armas, municiones y subsistencias, y que las plazas no estaban en estado de defensa. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Di al ministro cuantas órdenes podian acelerar el aumento del ejército hasta el mes de diciembre último: sus estados fueron remitidos á la Asamblea: no es culpa mia sino salieron exactos.

El presidente. Vos encargásteis á los comandantes de las tropas que desorganizaran el ejército, estimulando regimientos enteros á la desercion y haciéndoles pasar el Rhin para ponerlos á disposicion de vuestros hermanos y de Leopoldo de Austria. Este hecho está probado por una carta de Toulongeon, comandante del Franco Condado. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Ni una palabra de verdad hay en esta ocasion.

El presidente. Vos encargásteis á vuestros agentes diplomáticos que favorecieran la coalicion de las potencias estranjeras y de vuestros hermanos contra Francia, y particularmente que afianzaran la paz entre Turquía y Austria, para que esta economizara las guarniciones de sus fronteras del lado de aquella, y dispusiera así de mayor número de tropas contra Francia. Una carta de Choiseul-Gouffier, embajador que fué en Constantinopla, estampa este hecho. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Choiseul no ha dicho la verdad: eso no ha existido jamás.

El presidente. Habeis aguardado á ser apremiado por el ministro Lajarre, á quien la Asamblea legislativa pedia que indicara cuales eran sus medios de atender á la seguridad esterior del Estado, para proponer por un mensaje el levantamiento de cuarenta y dos batallones.

Los prusianos avanzaban hácia nuestras fronteras; interpelóse á vuestro ministro acerca del estado de nuestras relaciones políticas con Prusia; vos respondisteis en 6 de julio que *cincuenta mil prusianos venian contra nosotros, y que dabais aviso al cuerpo legislativo de los actos formales de estas hostilidades inminentes con arreglo á la constitucion.* ¿Qué teneis que responder?

Luis. Hasta esa época no tuve noticia de tales hostilidades: toda la correspondencia diplomática pasaba por los ministros.

El presidente. Confiásteis el departamento de la guerra á Dabancourt, sobrino de Calonne, y fué tal el buen éxito de vuestra conspiracion que las plazas de Longwi y Verdun fueron entregadas así que se presentaron los enemigos. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Yo ignoraba que Daboncourt fuese sobrino de Calonne: por lo demas no soy yo quien desguarneció: jamás hubiera yo hecho tal cosa.

El presidente. ¿Quién desguarneció á Longwi y Verdun?

Luis. No me consta si lo fueron.

El presidente. Vos habeis destruido nuestra marina: multitud de oficiales de este cuerpo ha emigrado, y apenas han quedado los suficientes para el servicio de los puertos: sin embargo Bertrand concedia siempre pasaportes, y cuando el cuerpo legislativo os espuso en 8 de marzo su punible conducta, respondisteis que estabais satisfecho de sus servicios. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Yo hice lo posible por retener los oficiales. Entonces no daba la Asamblea nacional contra Bertrand queja alguna que le sujetara á acusacion: yo no juzgué que debiera relevarle.

El presidente. Habeis favorecido en las colonias la conservacion del régimen absoluto: vuestros agentes han fomentado en ellas los disturbios y la contrarevolucion, que se ha realizado en la misma época en que debia haberse efectuado en Francia: lo cual indica bastante que vuestra mano era la conductora de esta trama. ¿Qué teneis que responder.

Luis. Si hay personas que se han titulado agentes mios en las colonias, han faltado á la verdad: yo nunca he dispuesto nada de lo que acabais de decirme.

El presidente. El interior del Estado estaba agitado por fanáticos: vos os habeis declarado su protector manifestando la intencion evidente de recobrar por medio de ellos vuestro antiguo poderio. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Nada puedo contestar: ninguna noticia tengo de semejante proyecto.

El presidente. El cuerpo legislativo habia expedido en 29 de noviembre un decreto contra los clérigos facciosos: vos suspendisteis su ejecucion. ¿Qué teneis que responder?

Luis. La constitucion me dejaba la sancion libre de los decretos.

El presidente. Las turbulencias se habian aumentado: el ministro declaró que no encontraba en las leyes existentes ningun medio de castigar los culpados. El cuerpo legislativo dió un nuevo decreto, y todavia suspendisteis su ejecucion. ¿Qué teneis que responder?

Luis. (Igual respuesta que la precedente.)

El presidente. El incivismo de la guardia que la constitucion os habia dado hizo necesario su licenciamiento. Al dia siguiente la escribisteis una carta de satisfaccion: vos habeis continuado pagándola su sueldo. Esto está probado por las cuentas del tesoro de la casa real. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Yo no he continuado sino hasta que pudiera ser reorganizada, como se espresa en el decreto.

El presidente. Conservásteis á vuestro lado la guardia suiza: la constitucion os lo prohibia, y la Asamblea legislativa habia ordenado espresamente su estincion. ¿Qué teneis que responder?

Luis. Yo observé el decreto que se habia dado sobre este objeto.

El presidente. Habeis tenido en Paris compañías particulares para que realizaran movimientos útiles á vuestros proyectos de contrarevolucion. Dangremont y Gilles eran de vuestros agentes y pagados de la lista civil. Se os presentarán los recibos de Gilles encargado de la organizacion de una compañía de sesenta hombres. ¿Qué teneis que responder?

Luis. No tengo noticia alguna de los proyectos que se suponen; jamás ha entrado idea de contrarevolucion en mi cabeza.

El presidente. Mediante sumas considerables habeis querido sobornar muchos miembros de las Asambleas constituyente y legislativa. Afirman este hecho cartas de Duffresne San Leon y de otros, que os serán presentadas. ¿Qué teneis qué responder?

Luis. Muchas personas se me presentaron con semejantes proyectos: yo las alejé.

El presidente. ¿Cuáles son los miembros de las Asambleas constituyente y legislativa que corrompisteis?

Luis. Yo no traté de corromper: á ninguno de ellos conozco.

El presidente. ¿Cuáles son las personas que os presentaron proyectos?

Luis. Esto era tan vago que no me acuerdo.

El presidente. ¿A quienes prometisteis dinero?

Luis. A nadie.

El presidente. Habeis dejado vilipendiar la nacion francesa en Alemania, Italia y España, toda vez que nada hicisteis para exijir la reparacion de las vejaciones esperimentadas por los franceses en dichos paises. ¿Qué teneis que responder?

Luis. La correspondencia diplomática debe probar lo contrario: por lo demas eso toca á los ministros.

El presidente. Pasásteis revista á los suizos el 10 de agosto á las cinco de la mañana, y ellos dispararon los primeros contra los ciudadanos. ¿Qué teneis qué responder?

Luis. Yo estuve á ver las tropas que se habian reunido en mi morada. En ese dia hallábanse en ella las autoridades constituidas, como el departamento y el corregidor de Paris: Yo hasta hice pedir á la Asamblea una diputacion de sus miembros, que me aconsejara lo que yo debia hacer: yo me trasladé con mi familia al seno de ella.

El presidente. ¿Por qué hicisteis doblar la guardia de suizos en los primeros dias del mes de agosto?

Luis. Todas las autoridades constituidas lo supieron, y porque el palacio estaba amenazado, yo que era una autoridad constituida debia defenderlo.

El presidente. ¿Por qué llamásteis en la noche del 9 al 10 de agosto al corregidor de Paris?

Luis. Por los rumores que corrian.

El presidente. Habeis hecho correr sangre de los franceses. ¿Qué teneis que responder?

Luis. No, señor, yo no.

El presidente. ¿No autorizásteis á Septeuil para comerciar en granos, azúcar y café en Hamburgo y otras ciudades? Esto se halla probado por las cartas de Septeuil.

Luis. No tengo noticia alguna de lo que decís.

El presidente. ¿Por qué habeis puesto vuestro *veto* al decreto concerniente á la formacion del campo en Paris?

Luis. La constitucion me dejaba la libre sancion, y yo pedí un campamento mas hácia las fronteras, en Soissons.

El presidente. ¿Luis, teneis algo mas que advertir?

Luis. Pido copia de la acusacion y la comunicacion de los documentos, y que se me conceda un consejo para continuar mi asunto.

El presidente. Luis, se os van á presentar los documentos que sirven para vuestra acusacion.

(Dufriche-Valazé indica los documentos y los presenta sucesivamente á Luis XVI.)

Preséntase á Luis una memoria de Talon anotada, y habiéndole interpretado si renonocia la nota de su letra responde que nó.

Declara asimismo no reconocer una memoria de Laporte que se le presenta.

Exhíbesele una carta de su letra. Dice que cree ser su letra, y que se reserva esplicarse sobre el contenido. Léese esta carta. Luis dice que no es mas que un proyecto, que ella no fue enviada, y que ninguna relacion tiene con la contrarevolucion.

Una carta de Laporte que se dice dirigida á él, Luis.

Dice no reconocer ni la carta ni la fecha.

Otras dos del mismo, ambas anotadas de mano de Lius en 3 de marzo y 3 de abril de 1791. Declara no reconocerlas.

Otra del mismo. Luis dá igual respuesta.

Un proyecto de Constitucion firmado *La Fayette*, seguido de nueve líneas de letra de Luis, quien responde que si existió todo esto desapareció mediante la constitucion, y que no reconocia ni el documento ni su nota.

Una carta de Laporte de 19 de abril, otra del mismo de 16 de abril despues de mediodia, otra del mismo de 23 de febrero de 1791, todas tres anotadas por Luis, quien declara no reconocerlas.

Un documento sin firma, conteniendo un estado de gastos. Antes de interpelar á Luis sobre este documento, *el presidente* le hace la pregunta siguiente:

¿Hicisteis formar en una de las paredes del palacio de las Tullerías un armario con puerta de hierro, y encerrásteis en él papeles?

Luis. No tengo noticia alguna de esto, ni del documento sin firma.

Otro documento de igual naturaleza, anotado de mano de Luis, Talon y Sainte-Foix. Declara no reconocerlo.

Un tercer documento de la misma naturaleza. Tampoco lo reconoce.

Un registro ó diario de mano de Luis, intitulado: *pensiones ó gratificaciones concedidas del bolsillo secreto*.

Luis. Reconozco esto: son limosnas que hacia.

Un estado de la compañía escocesa de guardias de corps. Luis reconoce este documento, y declara que es anterior á cuando se prohibió pagarles su sueldo, y que no lo percibian los ausentes.

Un estado de la compañía de Noailles para el pago de los sueldos conservados, firmado *Luis* y *Laporte*. Luis declara que este documento es igual al anterior.

Un estado de la compañía de Grammont. Luis declara lo mismo.

Un estado de la compañía de Luxemburgo. Luis hace idéntica declaracion.

El presidente. ¿Dónde depositásteis estos documentos que reconoceis?

Luis. Estos documentos debian estar en poder de mi tesorero.

Un documento concerniente á los cien suizos; un documento firmado *Nion, notario*; una memoria firmada *Convay*; una copia certificada de un original depositado en el departamento de Ardeche, el 14 de julio de 1792; una copia certificada de un original depositado en el mismo departamento; una carta relativa al campo de Jales; copia certificada de un documento existente en el departamento del Ardeche; una copia conforme al original de los poderes dados á Dusaillaut; una copia de instruccion y poderes dados á Convay por los hermanos del rey; otra copia de original depositado; una carta de Bouillé con la cuenta de novecientas mil libras recibidas de Luis; un legajo con cinco documentos encontrados en la cartera de Septeuil, dos de ellos bonos fimados *Luis*, recibos de Bonnieres y los demas billetes; un legajo de ocho documentos, órdenes firmadas *Luis* á favor de Rochefort; un billete de Laporte sin firma; un legajo de dos documentos relativos á una dádiva hecha á la señora Polignac y á Lavauguyon. Luis declara no tener noticia alguna de estos documentos.

Una esquela firmada por los hermanos del rey. Luis declara no reconocer ni la letra ni las firmas.

Una carta de Toulongeon á los hermanos del rey; un legajo relativo á Choiseul-Gouffier y sus agencias. Luis declara no tener noticia alguna de todo esto.

Una carta de Luis al obispo de Clermont. Declara no reconocerla, ni la firma ni la letra, y que muchas personas tenian el sello de las armas de Francia.

Una copia firmada *Desnies*; una factura de pago de la guardia del rey, firmada *Desnies*; un legajo con las sumas pagadas á Gilles para una compañía de sesenta hombres: un documento relativo á pensiones; una carta de Dufresne Saint Leon; un impreso contra los jacobinos. Luis manifiesta no reconocer ninguno de estos documentos.

El presidente. Luis, la Convencion nacional os permite retiraros.

Luis se retira á la sala de conferencias. A propuesta de Kersaint, la Convencion decreta inmediatamente que el comandante general de la guardia nacional parisiense vuelva á conducir inmediatamente á Luis Capeto al Temple.

TESTAMENTO DE LUIS XVI.

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Hoy 25 de diciembre de 1792, yo Luis, el XVI de este nombre, rey de Francia, estando hace mas de cuatro meses encerrado con mi familia en la torre del Temple en Paris por los que eran mis súbditos, y privado de toda comunicacion hasta con mi familia desde el 11 del corriente: complicado ademas en un proceso, cuyo éxito es imposible prever á causa de las pasiones de los hombres, y para el cual no se encuentra pretesto ni medio alguno en ninguna ley existente; no teniendo mas que á Dios por testigo de mis pensamientos, y á quien pueda dirigirme, declaro aquí en su presencia mi última voluntad y mis sentimientos.

Entregó mi alma á Dios, mi criador, le suplico la reciba en su misericordia, que no la juzgue segun sus méritos sino segun los de Nuestro Señor Jesucristo, que se ofreció en sacrificio á Dios, su padre, por nosotros los hombres por mas indignos que seamos y yo el primero.

Muero en la comunion de nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica, romana, que tiene sus poderes por una sucesion no interrumpida de San Pedro, á quien Jesucristo los habia confiado.

Creo firmemente y confieso todo cuanto se contiene en el Símbolo y en los mandamientos de Dios y de la Iglesia, los sacramentos y los misterios, tales como la Iglesia católica los enseña y los ha enseñado siempre. Yo jamás he pretendido constituirme juez en las diferentes maneras de esplicar los dogmas que desgarran la Iglesia de Jesucristo: en esto siempre me he atenido y me atendré, si Dios me concede vida, á las decisiones que los superiores eclesiásticos unidos á la Santa Iglesia católica dan y dieren conforme á la disciplina de la Iglesia seguida desde Jesucristo. Compadezco de todo corazon á los hermanos nuestros que pueden estar en error, mas no pretendo juzgarlos: no los amo menos a todos en Jesucris-

to, observando lo que la caridad cristiana nos enseña.. Suplico á Dios que me perdone todos mis pecados: he procurado recordarlos escrupulosamente, detestarlos y humillarme en su presencia. No pudiendo valerme del ministerio de un sacerdote católico, ruego á Dios que reciba la confesion que le he hecho, y en especial el arrepentimiento profundo que tengo de haber puesto mi nombre (aunque contra mi voluntad) en actos que pueden ser contrarios á la disciplina y á la creencia de la Iglesia católica, á la cual siempre me he mantenido sinceramente unido de corazon. Pido á Dios que admita la firme resolucion en que estoy, si me concede vida, de servirme tan luego como me sea posible del ministerio de un sacerdote católico para acusarme de todos mis pecados y recibir el sacramento de la penitencia.

Suplico á cuantos he podido ofender por inadvertencia (pues no recuerdo haber ofendido á sabiendas á persona alguna) ó á cuantos he podido dar malos ejemplos ó escándalos, que me perdonen el mal que crean he podido causarles.

Suplico á cuantos tienen caridad que unan sus oraciones á las mias para alcanzar de Dios el perdon de mis pecados.

Perdono de todo corazon á los que se han hecho enemigos mios sin que yo les haya dado ningun motivo; y pido á Dios que les perdone lo mismo que á los que por un falso celo ó por un celo mal entendido me han irrogado mucho daño.

Encomiendo á Dios mi mujer, mis hijos, mi hermana, mis tios, mis hermanos y cuantos me están ligados con los vínculos de la sangre ó de cualquier otra manera. Ruego á Dios particularmente que mire con ojos de misericordia á mi esposa, mis hijos y mi hermana, que sufren hace tanto tiempo conmigo, que los sostenga con su gracia, si llegan á perderme, en tanto que permanecieren en este mundo perecedero.

Recomiendo mis hijos á mi esposa: jamás he dudado de su ternura maternal hácia ellos: la recomiendo sobre todo que los haga buenos cristianos y hombres honrados, que no les enseñe á mirar las grandezas de este mundo (si están condenados á probarlas) mas que como bienes peligrosos y caducos, y que dirija su vista hácia a única gloria sólida y estable de la eternidad. Suplico á mi hermana que tenga á bien continuar su ternura á mis hijos y ocupar el lugar de madre, si tienen la desgracia de perder la suya.

Ruego á mi mujer que me perdone todos los males que sufre por mí y los sinsabores que he podido haberla dado durante nuestra union, como puede estar segura de que nada tengo contra ella, si cree tener algo que echarse en cara.

Encargo encarecidamente á mis hijos que despues de lo que deben á Dios, á quien ante todo debe tenerse presente, vivan siempre unidos entre sí, sumisos y obedientes á su madre, y reconocidos de todos los afanes y angustias que se toma por ellos; y en memoria de mí les pido que miren á mi hermana como segunda madre.

Recomiendo á mi hijo, si tiene la desgracia de ser rey, que piense se debe consagrarse por completo á la felicidad de sus conciudadanos; que debe olvidar todo encono y resentimiento, y particularmente todo lo relativo á las desgracias y penas que esperimento; que no puede labrar la ventura de los pueblos sino reinando segun las leyes; pero al mismo tiempo, que un rey no puede hacerlas respetar y obrar el bien que está en su espíritu, sino en tanto que tiene la autoridad necesaria, y que de lo contrario, estando ligado en sus operaciones y no inspirando nada de respeto, es mas perjudicial que útil.

Encargo á mi hijo que tenga cuidado de todas las personas que me eran adictas, en cuanto se lo permitan las circunstancias en que se encontrare; que piense que esto es una deuda sagrada que yo he contraido hácia los hijos ó parientes de los que han perecido ó son desdichados por mí.

Sé que muchas personas de las que me eran adictas no se han conducido conmigo como debian, y que hasta me han manifestado ingratitud; yo les perdono (á veces en los momentos de turbacion y efervescencia uno no es dueño de sí), y pido á mi hijo, si le llega ocasion, que no piense mas que en su desdicha.

Yo quisiera poder patentizar aquí mi reconocimiento á los que me han mostrado una verdadera adhesion y desinterés: si por un lado me han lastimado hondamente la ingratitud y deslealtad de personas, á quienes así como á sus parientes ó amigos siempre habia yo dispensado bondades, por otro he tenido el consuelo de ver la fidelidad y el generoso interés que me han acreditado muchas personas, á quienes suplico admitan mi reconocimiento: en la situacion actual de las cosas temeria comprometerlas si yo hablara mas esplícitamente; pero encargo con especialidad á mi hijo que busque ocasiones de poder reconocerlas.

No obstante, yo creeria calumniar los sentimientos de la nacion, si no recomendara á mi hijo las personas de Chamilly y Hue, á quienes su verdadera adhesion á mí ha arrastrado á encerrarse conmigo en esta triste morada, decididos á ser víctimas: le recomiendo tambien á Clery, de cuyos servicios estoy altamente satisfecho desde que está conmigo: como él es quien ha permanecido conmigo hasta el fin, ruego á los señores de la municipalidad que le entreguen mis ropas, libros, reloj, bolsillo y demas menudencias que han sido depositadas en el consejo del Comun.

Perdono ademas de todo corazon á los que me custodian los malos tratamientos y las vejaciones que han creido deber emplear conmigo: he encontrado algunas almas sensibles y compasivas: que ellas gocen en su corazon de la tranquilidad que debe darlas su modo de pensar.

Suplico á Malesherbes, Trouchet y Seze que reciban aquí mis mas espresivas gracias y el testimonio de mi gratitud por todos los cuidados y malos ratos que se han tomado por mí.

Concluyo declarando delante de Dios y pronto á parecer en su presencia, que no me remuerde la conciencia de ninguno de los crímenes que se han estampado contra mí.

Hecho por duplicado en la torre del Temple á 25 de diciembre de 1792.

Firmado.=Luis.

FIN DE LA HISTORIA DE FRANCIA POR ANQUETIL.



INDICE CRONOLOGICO

DE

MATERIAS DE LA HISTORIA DE FRANCIA.

TOMO I.

IV. 260-420.

Historia de las Galias desde las primeras incursiones de los francos en aquel pais hasta el establecimiento definitivo que formaron en él bajo Faramundo, su primer rey.

PRIMERA RAZA LLAMADA DE LOS MEROVINGIOS.

(420-762).

I. 420-511.

Los cuatro primeros reyes franceses. Progreso de los francos en el norte de las Galias. Caida del imperio de Occidente.

II. 481-511.

Clodoveo, primer rey cristiano. Propagacion de los francos por el mediodia de las Galias. Su conversion. Reyes de Clodoveo. Periodo de 30 años.

III. 511-562

Los cuatro hijos de Clodoveo. Sus divisiones y sus crímenes. Periodo de 51 años.

SEGUNDA RAMA DE LOS CAPETOS. CASA DE VALOIS. Período de 161 años.

CASA DE VALOIS. (Segunda rama.)

DINASTIA DE ORLEANS.

Imp. de D. J. M. Alonso, calle de Capellanes, núm. 10.

FIN DEL INDICE CRONOLOGICO DE LA HISTORIA DE FRANCIA POR ANQUETIL.

